

JOYCE CAROL
OATES

BLONDE



Lectulandia

«Socorro, siento que la Vida se acerca.»

Marilyn Monroe era puro fuego, sexualidad a flor de piel, romances turbulentos; pero también era frágil, una mujer asustada y repleta de inseguridades que buscaba en otros —el Ex Deportista, el Dramaturgo o el Presidente— ese amor que ella misma se negaba. Una artista emblemática cargada de conflictos y temores, de pasiones desatadas; una niña que no dejó de huir hacia delante, y llegó a burlar a la propia muerte para convertirse en leyenda.

Tras una exhaustiva documentación, Joyce Carol Oates redibuja la vida interior de Norma Jeane Baker —la pequeña sin padre, la mujer dependiente de tranquilizantes y estimulantes, la malograda amante y actriz— y a su «Amiga Mágica del Espejo», la idolatrada rubia que el mundo llegó a conocer como Marilyn Monroe.

Lectulandia

Joyce Carol Oates

Blonde

ePUB v1.0

minicaja 18.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Blonde*

Joyce Carol Oates, 2000.

Traducción: María Eugenia Ciocchini

Diseño/retoque portada: María Pérez-Aguilera

Editor original: minicaja (v1.0)

ePub base v2.0

A Eleanor Bergstein y Michael Goldman

En el círculo de luz de un foco escénico, rodeado de oscuridad, uno tiene la sensación de estar completamente solo... Esto es lo que se denomina «soledad en público»... Durante una representación, ante un público de miles de personas, siempre es posible encerrarse en este círculo como un caracol en su concha... Uno puede llevarlo allí donde vaya.

CONSTANTIN STANISLAVSKI

Un actor se prepara

El escenario es un lugar sagrado donde el actor no puede morir.

MICHAEL GOLDMAN

La libertad del actor

La genialidad no es un don, sino la manera en que una persona inventa en circunstancias desesperadas.

JEAN-PAUL SARTRE

Nota de la autora

Blonde es una «vida» radicalmente destilada en forma de ficción y, a pesar de su longitud, el principio de apropiación es la sinécdoque. Por ejemplo, en lugar de los múltiples hogares de acogida en los que vivió Norma Jeane de pequeña, *Blonde* explora solamente uno, y éste es ficticio; de sus numerosos amantes, crisis médicas, abortos, tentativas de suicidio e interpretaciones cinematográficas, *Blonde* muestra un grupo selecto y simbólico.

La verdadera Marilyn Monroe llevó una especie de diario y escribió poemas, o fragmentos de poemas. De ellos sólo he incluido dos versos en el último capítulo (*¡Socorro! ¡Socorro!...*); los demás son falsos. Algunos comentarios del capítulo «Obras completas de Marilyn Monroe» proceden de entrevistas; otros son ficticios. Las últimas líneas de ese capítulo son la conclusión de *El origen de las especies*, de Charles Darwin. El lector que desee conocer datos biográficos fidedignos de Marilyn Monroe no debería buscarlos en *Blonde*, que no pretende ser un documento histórico, sino en biografías autorizadas. (La autora ha consultado *Legend: The Life and Death of Marilyn Monroe*, de Fred Guiles, 1985; *Las vidas secretas de Marilyn Monroe*, de Anthony Summers, 1986, y *Marilyn Monroe: A Life of the Actress*, de Carl E. Rollyson Jr., 1986. Otros libros más subjetivos sobre Marilyn como figura mítica son *Marilyn Monroe*, de Graham McCann, 1987, y *Marilyn*, de Norman Mailer, 1973.) De los libros consultados sobre política estadounidense, específicamente sobre Hollywood en los años cuarenta y cincuenta, el más útil fue *Naming Names*, de Victor Navasky. De las obras sobre actuación citadas o aludidas, son verdaderas *The Thinking*

Body, de Mabel Todd; *To the Actor*, de Michael Chekhov; *Un actor se prepara* y *Mi vida en el arte*, de Konstantin Stanislavski, mientras que *El manual del actor y la vida del actor* y *La paradoja de la interpretación* son imaginarias. En los capítulos «El colibrí» y «Todos nos hemos ido al reino de la luz» se cita el párrafo final de *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells. Aparecen versos de Emily Dickinson en los capítulos titulados «El baño», «La huérfana» y «Hora de casarse». En «La muerte de Rumpelstiltskin» se incluye un pasaje de *El mundo como voluntad y representación*, de Arthur Schopenhauer. En «El Francotirador» se parafrasea un párrafo de *El malestar en la cultura*, de Sigmund Freud. En «Roslyn, 1961» se reproducen párrafos de los *Pensamientos*, de Blaise Pascal.

Prólogo

3 de Agosto de 1962

Entrega en mano

Ahí venía la Muerte, avanzando presurosa por el bulevar, bajo la mortecina luz sepia.

Ahí venía la Muerte, volando sobre una vulgar y pesada bicicleta de mensajero, como en los dibujos animados.

Ahí venía la Muerte; infalible. Una Muerte imposible de disuadir. Una Muerte con prisas. Una Muerte que pedaleaba frenéticamente. La Muerte, que llevaba un paquete con la inscripción ENTREGA EN MANO, FRÁGIL en un rústico cesto situado detrás del asiento.

Ahí venía la Muerte, abriéndose paso diestramente con su vulgar bicicleta entre el tráfico del cruce de Wilshire y La Brea, donde, debido a

reparaciones en la calle, los dos carriles con dirección oeste de Wilshire se habían fundido en uno.

¡Qué Muerte tan rápida! Haciendo morisquetas a los conductores maduros que le tocaban la bocina.

La Muerte burlándose: *¡Vete a la mierda!* Y tú también. Como Bugs Bunny adelantando a toda velocidad a los resplandecientes automóviles de último modelo.

Ahí venía la Muerte, sin amilanarse ante el aire enrarecido y contaminado de Los Ángeles; ante el cálido aire radiactivo del sur de California, donde la Muerte había nacido.

Sí, he visto a la Muerte. Soñé con ella la noche pasada y muchas noches antes. No tenía miedo.

Ahí venía la Muerte, tan resuelta. Ahí venía la Muerte, inclinada sobre el herrumbroso manillar de una bicicleta destartada pero imparable. Ahí venía la Muerte, luciendo una camiseta del Instituto Tecnológico de California, pantalones cortos limpios pero sin planchar, zapatillas de deporte sin calcetines. La Muerte con musculosas pantorrillas cubiertas de vello oscuro. Con una espalda curva como un hueso de codillo. Con la cara llena de granos e imperfecciones de adolescente. La Muerte llena de valor, deslumbrada por la luz del sol que se reflejaba como cimitarras en los parabrisas y la pintura cromada de los coches.

Más bocinazos tras la estela ampulosa de la Muerte. La Muerte con el pelo cortado a cepillo. La Muerte mascando chicle.

La Muerte con su rutina; cinco días a la semana, más sábados y domingos por una tarifa especial. El Servicio de Mensajería de Hollywood. La Muerte que entrega en mano sus paquetes especiales.

¡Ahí venía la Muerte, inesperadamente en Brentwood! La Muerte volando por las estrechas calles residenciales de un Brentwood casi desierto en agosto. Aquí, en Brentwood, la conmovedora futilidad de jardines cuidados al detalle, a cuyo lado pasa la Muerte pedaleando con rapidez. Como un autómatas. Alta Vista, Campo, Jacumba, Brideman, Los Olivos. Hacia Fifth Helena Drive, una calle sin salida. Palmeras, buganvillas, rosas rojas trepadoras. El olor a flores podridas. A la hierba agostada por el sol.

Jardines vallados; glicinas. Circulares senderos privados. Ventanas con las cortinas echadas para que no entre el sol.

La Muerte que lleva un regalo sin remite para

M. M., OCUPANTE DEL
12305 FIFTH HELENA DRIVE
BRENTWOOD, CALIFORNIA
EE. UU.
LA TIERRA

Una vez en Fifth Helena, la Muerte empezó a pedalear más despacio. Escrutaba los números de la calle. No le había echado un segundo vistazo a la extraña dirección del paquete, curiosamente envuelto en papel de regalo de rayas, como un bastón de caramelo, que parecía haber sido usado antes. Adornado con un lazo de seda blanco pegado a la caja con celo.

El paquete medía dieciséis por dieciséis centímetros y pesaba poco. ¿Como si estuviera vacío? ¿Como si sólo contuviera papel de seda?

No. Al sacudirlo, uno comprobaba que había algo dentro. Quizá un objeto blando, de tela.

Ahí venía la Muerte, a primera hora de la noche del 3 de agosto de 1962, para llamar al timbre del 12305 de Fifth Helena Drive. La Muerte enjugándose su sudorosa frente con la visera de la gorra de béisbol. La Muerte mascando chicle frenéticamente, con impaciencia. Oye pasos en el interior, pero no puede dejar el maldito paquete en la puerta porque necesita una firma. Oye el zumbido de un aparato de aire acondicionado instalado en la ventana. ¿Y acaso una radio dentro? Es una pequeña casa de estilo colonial, una «hacienda» de una sola planta. Paredes de falso adobe, refulgente techo de tejas anaranjadas, ventanas con persianas venecianas cerradas y aspecto polvoriento. Pequeña como una casa de muñecas; nada especial para el barrio de Brentwood. La Muerte llamó por segunda vez, pulsando el timbre con insistencia. Y en esta ocasión abrieron la puerta.

De manos de la Muerte acepté el regalo. Creo que sabía qué era y de quién procedía. Al ver el nombre y la dirección, reí y firmé el recibo sin

vacilar.

La niña

1932 - 1938

El beso

He estado viendo esta película durante toda mi vida, aunque nunca hasta el final.

Casi habría podido decir ¡Esta película es mi vida!

Su madre la llevó por primera vez al cine cuando ella tenía tres o cuatro años. Era su recuerdo más temprano. ¡Qué emocionante! Habían ido al Teatro Egipcio de Grauman, situado en Hollywood Boulevard. Aún faltaban años para que entendiera siquiera los rudimentos de una historia cinematográfica; sin embargo, se quedó fascinada por el movimiento, el incesante, ondulante, fluido movimiento en la gran pantalla que se alzaba ante ella. Todavía era incapaz de pensar *Éste es el mismísimo universo sobre el cual se proyectan innumerables e indescriptibles formas de vida.*

Cuántas veces en su niñez y adolescencia perdidas volvería con añoranza a esta película, reconociéndola de inmediato a pesar de la diversidad de títulos y actores. Porque siempre aparecían la Bella Princesa y el Príncipe Encantado. Una sucesión de complicados acontecimientos los reunía, los separaba, los reunía otra vez y los separaba nuevamente hasta que, cuando la película se acercaba a su fin y la música subía de volumen, se fundían en un apasionado abrazo.

Aunque no siempre feliz. Era imposible predecirlo. Porque a veces uno de los dos aparecía arrodillado junto al lecho de muerte del otro y anunciaba el fin con un beso. Incluso si él (o ella) sobrevivía a su amado, uno sabía que su vida había perdido el sentido.

Porque la vida no tiene ningún sentido fuera de la historia cinematográfica. Y no hay historia cinematográfica fuera del oscuro cine.

Pero ¡qué intrigante no ver nunca el final de la película!

Porque siempre pasaba algo: había una conmoción en el cine y las luces se encendían; la alarma de incendios (aunque no había fuego, ¿o sí?, en cierta ocasión habría jurado que olía a humo) sonaba con estridencia y ordenaban al público que se retirara, o ella llegaba tarde a una cita y tenía que marcharse, o se quedaba dormida en la butaca, se perdía el final y despertaba deslumbrada por las luces cuando la gente se levantaba ya a su alrededor.

¿Ha terminado? Pero ¿cómo puede haber terminado?

Sin embargo, incluso de adulta, siguió buscando la película, entrando en cines de barrios oscuros o de ciudades desconocidas. Dado que padecía insomnio, compraría una entrada para la sesión de medianoche. O quizá fuera a la primera del día, a última hora de la mañana. No intentaba evadirse (aunque últimamente su vida se había vuelto desconcertante, como suele ser la vida de adulto para todos los que la viven), sino crear un paréntesis dentro de esa vida, deteniendo el tiempo como haría un niño con las agujas del reloj: por la fuerza. Entrando en el oscuro cine (que a veces olía a palomitas rancias, a gomina de desconocidos, a desinfectante), emocionada como una niña pequeña que alza la vista para ver en la pantalla —¡Ay!, ¡de nuevo!, ¡una vez más!— a la preciosa rubia que no parece

envejecer, envuelta en carnes como cualquier mujer y sin embargo elegante como ninguna, con un intenso resplandor brillando no sólo en sus ojos luminosos, sino también en su piel. *Porque mi piel es mi alma. No existe otra alma. Veis en mí la promesa de la dicha humana.* Ella, que entra en el cine, escoge una butaca en una fila cercana a la pantalla, se entrega sin vacilar a la película que se le antoja a un tiempo familiar y extraña, como el recuerdo imperfecto de un sueño. Los trajes, los peinados, las caras e incluso las voces de los actores cambian con los años y ella recuerda, no con claridad sino en fragmentos, sus emociones perdidas, la soledad de su propia infancia, aliviada sólo en parte por la gran pantalla. *Otro mundo donde vivir. ¿Dónde?* Y cierta vez, un día, se da cuenta de que la Bella Princesa, que es hermosa porque es hermosa y porque es la Bella Princesa, es condenada a buscar la confirmación de su propia identidad en los ojos de otros. *Porque no somos quienes dicen que somos si no nos lo dicen, ¿verdad?*

Desazón adulta y creciente horror.

La historia cinematográfica es complicada y confusa, aunque familiar o casi familiar. Quizá esté mal enhebrada, quizá pretenda provocar, quizá haya saltos al pasado en medio del presente. ¡O saltos al futuro! Los primeros planos de la Bella Princesa parecen demasiado íntimos. Queremos permanecer en la periferia de los otros, no aceptamos que nos arrastren al interior. *Si pudiera decir: ¡ahí!, ¡ésa soy yo! ¡Esa mujer, ese ser en la pantalla, ésa soy yo!* Pero ella no puede prever el final. Nunca ha visto la última escena ni los títulos de crédito; en ellos, después del beso final, se encuentra la clave del misterio de la película, y ella lo sabe. Del mismo modo que los órganos del cuerpo, extirpados durante una autopsia, constituyen la clave del misterio de la vida.

Pero habrá una vez, quizá esta misma noche, cuando ella, ligeramente agitada, se acomode en la raída y mugrienta butaca tapizada en felpa de la segunda fila del viejo cine de un barrio marginal, el suelo curvándose a sus pies como la curva del planeta Tierra, pegajoso bajo las suelas de sus zapatos caros; el público desperdigado, casi todos individuos solos; y ella se alegra de que, gracias a su disfraz (gafas de sol, una bonita peluca, una

gabardina), nadie la reconocerá ni sabrá quién es, ni adivinará quién podría ser. *Esta vez la veré hasta el final. ¡Esta vez sí! ¿Por qué? No lo sabe. De hecho, la esperan en otro sitio, adonde llegará varias horas tarde. Quizá haya un coche aguardándola en el aeropuerto, a menos que se haya retrasado días, semanas; porque la mujer adulta ha empezado a desafiar al tiempo. Al fin y al cabo, ¿qué es el tiempo sino lo que otros esperan de nosotros? El juego que no podemos negarnos a jugar.* Ha notado que el tiempo también confunde a la Bella Princesa. Que la confunde el argumento de la película. Uno recibe las pistas de los demás, pero ¿y si los demás no nos dan pistas? En esta película, la Bella Princesa ya no está en la flor de la juventud, aunque sigue siendo hermosa, claro está, pálida y radiante en la pantalla mientras se apea de un taxi en una calle ventosa; va disfrazada con gafas de sol, una lacia peluca castaña y una gabardina estrechamente atada con un cinturón, seguida a pocos pasos por una cámara mientras se dirige al cine, compra una sola entrada, entra en la sala oscura y se sienta en la segunda fila. Como es la Bella Princesa, otros espectadores la miran, pero no la reconocen; tal vez sea una mujer corriente, aunque hermosa, una desconocida. La película ya ha empezado. Pocos segundos después, ella se abandona por completo, quitándose las gafas de sol. La pantalla que se alza sobre ella la obliga a echar la cabeza atrás y a mirar hacia arriba con un gesto de reverencia algo infantil y aprensivo. Como los reflejos en el agua, la luz de la película se ondula sobre su cara. Abstraída en la fantasía, no se percata de que el Príncipe Encantado la ha seguido hasta el cine; la cámara lo enfoca mientras, durante varios tensos minutos, él permanece de pie detrás de las raídas cortinas de terciopelo de un pasillo lateral. Su apuesto rostro está envuelto en sombras... Su expresión es apremiante. Lleva un traje oscuro sin corbata, y un sombrero de ala curva ladeado sobre la frente. A una señal musical, camina a paso vivo y se inclina sobre ella, la mujer solitaria de la segunda fila. Le susurra algo y ella se vuelve, sobresaltada. Su sorpresa parece real, aunque ya debe de conocer el guión; al menos hasta este punto y tal vez un poco más.

¡Amor mío! Eres tú.

Nunca ha habido nadie más que tú.

En la trémula luz de la gigantesca pantalla las caras de los amantes están llenas de significado, nuncios de una perdida era de esplendor. Es como si estuvieran obligados a interpretar la escena, a pesar de su carácter decadente y mortal. *Interpretarán la escena*. Él la coge con descaro de la nuca para que no se mueva. Para reclamarla. Para poseerla. Qué fuertes y fríos son sus dedos; qué extraño, el resplandor vidrioso de sus ojos, más cercanos que nunca.

Una vez más, ella suspira y eleva su cara perfecta para recibir el beso del Príncipe Encantado.

El baño

El actor nato emerge en los primeros años de la infancia, pues es entonces cuando el mundo se percibe por primera vez como Misterio. El origen de toda interpretación reside en improvisar ante el Misterio.

T. NAVARRO

La paradoja de la interpretación

1

—¿Ves? Ese hombre es tu padre.

Érase una vez un día, el del sexto cumpleaños de Norma Jeane, el primero de junio de 1932, y una mañana mágica —cegadora, fascinante, deslumbrantemente blanca— en Venice Beach, California. El viento procedente del Pacífico era fragante, fresco, penetrante y apenas si se percibían las habituales notas salobres a podredumbre y a los desperdicios de la playa. Entonces, traída al parecer por el propio viento, llegó madre. Madre, con la cara demacrada, los voluptuosos labios rojos, las cejas depiladas y dibujadas con lápiz, fue a buscar a Norma Jeane a la casa donde ésta vivía con sus abuelos, una vieja ruina cubierta de estuco beis y situada en Venice Boulevard.

—¡Ven, Norma Jeane!

Y Norma Jeane corrió, corrió hacia su madre. Su manita regordeta cogió la mano estilizada de la mujer, sintiendo una extraña y maravillosa sensación al tocar el guante de malla. Porque las manos de la abuela eran las agrietadas manos de una anciana, igual que su olor era el olor de una anciana, pero madre despedía una fragancia tan dulce que resultaba embriagadora, como el sabor del limón caliente con azúcar.

—Norma Jeane, mi amor, ven.

Porque madre era «Gladys» y «Gladys» era la *verdadera madre* de la niña. Cuando decidía serlo. Cuando tenía fuerzas suficientes. Cuando sus obligaciones en La Productora se lo permitían. Porque la vida de Gladys tenía «tres dimensiones, rayando en las cuatro» y no era «plana como un tablero de parchís», como la mayoría de las vidas. Y ante la ansiosa desaprobación de la abuela Della, madre sacó con aire triunfal a Norma Jeane del piso de la tercera planta —que apestaba a cebolla, lejía, ungüento para los juanetes y al tabaco de pipa del abuelo— haciendo oídos sordos a la furia de la vieja, que graznaba con una voz radiofónica entre cómica y desesperada.

—¿De quién es el coche que conduces esta vez, Gladys? Mírame. ¿Estás drogada? ¿Estás *bebida*? ¿Cuándo me traerás de vuelta a mi nieta? ¡Maldita sea! ¡Espérame! ¡Espera a que me ponga los zapatos! ¡Yo también quiero bajar! ¡Gladys!

Y madre respondió con su enloquecedora voz de soprano:

—*Qué será, será.*

Riendo como traviesas niñas perseguidas, madre e hija corrieron escaleras abajo como si descendieran por la ladera de una montaña, agitadas, cogidas de la mano hasta fuera, ¡fuera!, hacia Venice Boulevard y la emoción del coche de Gladys, siempre imprevisible, aparcado junto al bordillo; y en esta radiante y deslumbrante mañana del 1 de junio de 1932, el coche mágico era, como vio la risueña Norma Jeane, un Nash con el techo abombado, el color del agua de fregar los platos cuando ha perdido la espuma y la ventanilla del lado del acompañante agrietada, como una telaraña, y pegada con cinta adhesiva. Sin embargo, era un coche precioso,

y qué joven y alegre parecía Gladys; ella, que nunca tocaba a Norma Jeane, y ahora la levantaba con las manos enguantadas para acomodarla en el asiento del acompañante («¡Aquí, mi querida pequeña!») como si la sentara en la noria gigante del parque de atracciones de Santa Mónica para llevarla, con los ojos como platos y rebosante de emoción, hasta el mismísimo cielo. Luego cerró la portezuela con fuerza y comprobó que estuviera puesto el seguro. (Porque existía un antiguo miedo, la preocupación de la madre por la hija, de que durante uno de esos paseos la portezuela del coche se abriera, como un escotillón en una película muda, y la niña se perdiera.) Se sentó en el asiento del conductor, detrás del volante, como Lindbergh en la cabina de mando en *El héroe solitario*. Aceleró el motor, manipuló las marchas y se coló en el tránsito en el mismo momento en que la pobre abuela Della, una mujer regordeta con la cara manchada, vestida con una bata de algodón desteñido, medias elásticas y zapatos de vieja, salía del edificio como Charlie Chaplin, el Pequeño Vagabundo, con frenética y cómica desazón.

—¡Espera! ¡Eh, espera! ¡Loca! ¡Cabeza de chorlito! ¡Te lo prohíbo! ¡Llamaré a la policía!

Pero no la esperaron, claro que no.

Se marcharon como una exhalación.

—No hagas caso a tu abuela, cariño. Ella es de los tiempos del cine mudo y nosotras, del sonoro.

Porque Gladys, que era la *verdadera madre* de la niña, no permitiría que se burlaran de su Amor de Madre en este día especial. Ahora que «por fin se sentía más fuerte» y que tenía unos pocos dólares ahorrados, Gladys había ido a buscar a Norma Jeane en el día del cumpleaños de la niña (¿el sexto?, ¿ya? Dios, qué deprimente), tal como había prometido. «Llueva o haga sol, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe. Lo juro.» Ni siquiera un temblor en la falla de San Andrés habría podido disuadir a Gladys.

—Eres mía. Te pareces a mí. Nadie va a arrancarte de mi lado, Norma Jeane, como hicieron con mis otras hijas.

Norma Jeane no oyó estas triunfales, terribles palabras; no las oyó, no, porque se las llevó el viento.

Este día, este cumpleaños, sería el primero que Norma Jeane recordaría con claridad. Este maravilloso día con Gladys, que a veces era madre, o con madre, que a veces era Gladys. Una mujer delgada, dinámica, con ojos penetrantes y vivarachos, una sonrisa que ella misma calificaba de «cautivadora» y codos que se clavaban en tus costillas si te acercabas demasiado. Exhalaba por las ventanas de la nariz un humo luminoso, como los curvos colmillos de un elefante, de modo que una no se atrevía a llamarla por ningún nombre, y mucho menos «mami» o «mamaíta» —esos «motes asquerosamente cursis» que Gladys había prohibido hacía tiempo—, ni siquiera a mirarla con fijeza.

—¡No me mires tan fijamente! Nada de primeros planos, a menos que yo esté preparada.

En esos momentos, la nerviosa y crispada risa de Gladys sonaba como un punzón rompiendo cubos de hielo. Norma Jeane recordaría este día de revelaciones durante toda su vida de treinta y seis años y sesenta y tres días —una vida a la que sobreviviría Gladys— como un bebé de muñeca que puede encajarse a la perfección en una muñeca más grande, ingeniosamente vaciada con ese propósito. *¿Quería yo otra clase de felicidad? No; sólo estar con ella. Quizá acurrucarme y dormir en su cama, si ella me dejaba. La quería tanto.* De hecho, había pruebas de que Norma Jeane había pasado otros cumpleaños con su madre, al menos el primero, pero únicamente los recordaba por las fotos (¡FELIZ PRIMER CUMPLEAÑOS, NORMA JEANE!), una pancarta escrita a mano que, al igual que la banda de la ganadora de un concurso de belleza, cubría a la bonita niña de ojos húmedos y deslumbrados, regordeta cara de luna, mejillas con hoyuelos, cabello rizado de color rubio oscuro y caídos lazos de seda; como sueños antiguos, estas fotografías (evidentemente tomadas por un amigo de la madre) estaban desenfocadas y arrugadas; en ellas aparecía una Gladys muy joven y bonita aunque con semblante febril, una melena recta, tirabuzones y labios acorazonados, parecida a Clara Bow, sujetando con rigidez sobre su regazo a su hija de doce meses «Norma Jeane» como uno sujetaría un objeto frágil y precioso: con veneración, si no con ostensible placer; con frío orgullo, si no con amor. La fecha de estas fotografías estaba garabateada en el dorso: 1

de junio de 1927. Pero la Norma Jeane de seis años no recordaba mejor esa ocasión que su propio nacimiento —deseaba preguntar a Gladys o a la abuela: ¿cómo se nace?, ¿es algo que una hace sola?—, cuando su madre la había traído al mundo en un pabellón de beneficencia del Hospital General del Condado de Los Ángeles después de veintidós horas de «incesante infierno» (como Gladys calificaba el trance), o el tiempo que su madre la había llevado en su «bolsa especial», debajo del corazón, durante ocho meses y once días. ¡No lo recordaba! Sin embargo, emocionada ante la oportunidad de contemplar esas fotografías cuando Gladys estaba de humor para extenderlas sobre cualquier colcha de cualquier cama de cualquier «residencia» de alquiler, no dudaba de que la niña de las imágenes era ella, pues *durante toda mi vida sabría de mí a través de los testimonios y las palabras de otros. Igual que en los Evangelios son otros los que ven a Jesús, hablan de él y dejan constancia de ello. Conocí mi existencia y el valor de esa existencia a través de los ojos de otros, porque creía que éstos eran más dignos de confianza que los míos.*

Gladys miraba a su hija, a quien no había visto en..., bueno, en varios meses.

—No estés tan nerviosa —dijo con brusquedad—. No me mires como si fuera a estrellarme en cualquier momento; si cierras así los ojos, acabarás llevando gafas. Y procura no encogerte como una serpiente con ganas de hacer pis. Yo no te he inculcado esos malos hábitos. No tengo intención de estrellarme, si es eso lo que te preocupa, como a tu ridícula abuela. Te lo prometo —Gladys le dirigió una larga mirada de soslayo, regañona pero seductora (porque así era ella: te espantaba, te atraía) y añadió en voz baja y grave—: Tu madre tiene una sorpresa de cumpleaños para ti. Nos espera más adelante.

—¿Una so-sorpresa? —Gladys hundió las mejillas, sonriendo mientras conducía—. ¿Ado-adónde vamos, ma-madre?

La felicidad era tan punzante como cristales rotos en la boca de Norma Jeane.

A pesar del tiempo caluroso y húmedo, Gladys llevaba elegantes guantes de malla negros para proteger su sensible piel. Golpeó alegremente

el volante con las dos manos enguantadas.

—¿Que adónde vamos? Qué cosas dices. Como si nunca hubieras estado en la residencia de Hollywood de tu madre.

Norma Jeane sonrió, confundida, esforzándose por recordar. ¿Había estado allí? Su madre parecía insinuar que había olvidado algo esencial, que aquello era una especie de traición o desengaño. Sin embargo, Gladys se mudaba con frecuencia. A veces informaba a Della, y otras no. Su vida era complicada y misteriosa. Tenía problemas con los propietarios y con otros inquilinos; problemas de «dinero» y de «mantenimiento». El invierno anterior, un breve y violento terremoto en la zona de Hollywood donde vivía Gladys la había dejado sin techo durante dos semanas, obligándola a vivir con amigos y a perder el contacto con Della. Pero Gladys siempre vivía en Hollywood. En el oeste de Hollywood. Su trabajo en La Productora se lo exigía, porque era una «empleada contratada» (La Productora era la productora cinematográfica más grande de Hollywood y, en consecuencia, del mundo, con más estrellas en plantilla que «las de todas las constelaciones»), su vida no le pertenecía, «igual que las monjas católicas, que están “casadas con Dios”». Gladys se había visto obligada a dejar a su hija de doce días al cuidado de la abuela, a cambio de cinco dólares más gastos a la semana; era una vida dura, penosa, *triste*, pero qué alternativa tenía cuando trabajaba tantas horas en La Productora, a veces doble turno, y siempre debía estar disponible por si la llamaba su jefe. ¿Cómo iba a llevar la carga de una niña?

—¡Que nadie se atreva a juzgarme, a no ser que haya vivido lo mismo que yo! Y mucho menos una mujer. Sí; mucho menos una mujer.

Gladys hablaba con misteriosa vehemencia. Tanta que habría podido pasar por su madre, Della, con quien discutía a menudo.

Cuando se peleaban, Della la acusaba de «exaltada» —¿o de «intoxicada»?— y Gladys replicaba que era una mentira podrida, una calumnia: vamos, ella nunca había oído siquiera la marihuana y mucho menos fumado.

—Y lo mismo digo del opio. ¡Nunca!

Della había oído demasiadas historias absurdas e infundadas sobre la gente del cine. Era verdad que Gladys a veces se exaltaba. *¡Siento arder un fuego en mi interior! Es maravilloso.* Y tenía cierta tendencia a «hundirse en la depresión», «la melancolía», «el pozo». *Como si mi alma fuera de plomo fundido que se ha filtrado y endurecido.* Sin embargo, Gladys era una joven atractiva y tenía muchas amistades. Amistades masculinas que complicaban su vida emocional.

—Si los hombres me dejaran en paz, «Gladys» estaría bien.

Pero no la dejaban en paz, de modo que Gladys tenía que medicarse con regularidad. Medicamentos de verdad, o acaso drogas proporcionadas por sus amigos. Admitía que estaba enganchada a la aspirina Bayer y que había desarrollado una alta tolerancia al fármaco, pues disolvía las tabletas en café negro como si fueran minúsculos terrones de azúcar. («¡No siento sabor a nada!»)

Esta mañana, Norma Jeane supo de inmediato que Gladys estaba de buen humor: exaltada, contenta, graciosa, imprevisible como la llama de una vela en el aire inquieto. Su piel pálida como la cera despedía oleadas de calor como el asfalto bajo el sol estival y ¡qué ojos tenía!: coquetos, esquivos, dilatados. *Aquellos ojos que yo amaba, que no me atrevía a mirar.* Gladys conducía distraídamente y con rapidez. Ir en coche con ella era como subir a los autos de choque de una feria de atracciones; había que sujetarse fuerte. Se dirigían hacia el interior, alejándose de Venice Beach y del océano. Subieron por el bulevar hasta La Ciénaga y finalmente llegaron a Sunset Boulevard, que Norma Jeane reconoció de otros viajes con su madre. Cómo se sacudía el Nash mientras avanzaba, impulsado por el impaciente pie de Gladys en el acelerador. Traqueteaban sobre los raíles del tranvía, frenaban en el último momento ante los semáforos en rojo, de modo que los dientes de Norma Jeane castañeteaban incluso mientras reía con nerviosismo. A veces, el coche de Gladys patinaba en medio de un cruce, y los demás conductores tocaban el claxon, gritaban y sacudían los puños como en una típica escena de película; a menos que los conductores fueran hombres solitarios, en cuyo caso sus ademanes eran más amables. En

más de una ocasión, Gladys hizo caso omiso del silbato de un guardia de tráfico y escapó.

—¿Lo ves? ¡No había hecho nada malo! Me niego a dejarme intimidar por esos matones.

A Della le gustaba recordar, con tono entre mordaz y furioso, que Gladys había «perdido» su carné de conducir, y ¿qué significaba eso? ¿Que lo había extraviado como le ocurre a la gente con algunos objetos? ¿Que lo había olvidado en algún sitio? ¿O que un policía se lo había quitado con el fin de castigarla un día en que Norma Jeane no estaba presente?

Norma Jeane sólo sabía una cosa: que no se atrevía a preguntárselo a Gladys.

Dejaron Sunset Boulevard torciendo por una callejuela lateral y luego por otra, hasta llegar a La Mesa, una estrecha y decepcionante calle flanqueada por pequeños comercios, restaurantes, «coctelerías» y edificios de apartamentos; Gladys dijo que era su nuevo barrio.

—Todavía lo estoy explorando, aunque ya me siento muy *cómoda* en él —Gladys le explicó que La Productora estaba a «sólo seis minutos en coche». Vivía allí por «razones personales» difíciles de explicar, pero Norma Jeane ya vería—. Es parte de la sorpresa.

Gladys aparcó enfrente de un vulgar edificio colonial estucado, con cochambrosos toldos verdes y antiestéticas escaleras de incendios. LA HACIENDA. HABITACIONES Y APARTAMENTOS. ALQUILER SEMANAL Y MENSUAL, INFORMACIÓN EN EL INTERIOR. El número de la casa era el 387. Norma Jeane lo miró fijamente, memorizando lo que veía; era como una cámara que tomaba fotos; quizá algún día se perdiera y debiera encontrar el camino a ese sitio que no había visto hasta entonces, pero con Gladys esos momentos eran apremiantes, tan emocionantes y misteriosos que hacían que el pulso latiera desbocado, como si una estuviera bajo los efectos de una droga. *Era como si hubieras tomado anfetaminas. La misma sensación que buscaría durante toda mi vida, regresando como una sonámbula hasta La Mesa, hasta La Hacienda, hasta el lugar de Highland Avenue donde volvía a ser una niña, otra vez a su cargo, bajo su embrujo, antes de que la pesadilla hubiera comenzado.*

Gladys reparó en el gesto de Norma Jeane, que la propia Norma Jeane no podía ver, y rió.

—¡Eh, hoy es tu cumpleaños! Sólo se tienen seis años una vez en la vida. Tonta; es probable que ni siquiera llegues a los siete. Vamos.

La mano de Norma Jeane estaba sudorosa, de modo que Gladys se negó a cogerla y empujó a la niña con el puño enguantado, con suavidad, desde luego, guiándola alegremente por los desportillados peldaños de la entrada de La Hacienda y, en el interior, por una escalera cubierta de rugoso linóleo.

—Nos espera alguien y me temo que empiece a impacientarse. Venga.

Se dieron prisa. Corrieron, trotaron escaleras arriba. Gladys, calzada con sus elegantes tacones de aguja, súbitamente pareció asustarse. ¿O sería una representación, una de sus *escenas*? Al llegar arriba, madre e hija jadeaban. Gladys abrió la puerta de su «residencia», que no se diferenciaba mucho de la que Norma Jeane recordaba apenas. Se componía de tres pequeños cuartos con el papel de las paredes y los techos manchado, ventanas angostas, jirones de linóleo despegados del suelo de madera, un par de alfombras mexicanas, una nevera hedionda y agujereada, un hornillo de dos fuegos, un fregadero lleno de platos sucios y brillantes cucarachas negras como semillas de sandía, que escaparon aparatosamente cuando ellas se acercaron. En las paredes de la cocina había carteles de películas con las que Gladys había tenido alguna relación y de las que estaba orgullosa: *Kiki*, con Mary Pickford; *Sin novedad en el frente*, con Lew Ayres; *Luces de la ciudad*, con Charlie Chaplin, cuyos estremecedores ojos Norma Jeane no se cansaba de mirar, convencida de que Chaplin la veía. La relación de Gladys con esas películas célebres no estaba clara, pero las caras de los actores producían un efecto hipnótico sobre Norma Jeane. *¡Éste es mi hogar! Recuerdo este sitio.* También le resultaron familiares el calor sofocante del apartamento, pues Gladys nunca dejaba las ventanas abiertas cuando salía; el penetrante olor a comida, posos de café, ceniza de cigarrillo, chamusquina, perfume y ese misterioso y acre aroma químico que Gladys nunca conseguía eliminar por mucho que restregara sus manos con un jabón medicinal hasta dejarlas despellejadas y sangrantes. Sin embargo, aquellos

olores eran reconfortantes para Norma Jeane *porque representaban el hogar. El lugar donde estaba madre.*

¡Pero el apartamento nuevo le parecía más abarrotado, desordenado y extraño que los demás! ¿O acaso ella era mayor y más capaz de *notarlo*? En cuanto entrabas, había un terrible momento en suspenso entre el primer temblor de la tierra y el siguiente, que sería más poderoso, inconfundible e inexorable. Una esperaba sin atreverse a respirar. Aquí había muchas cajas abiertas, aunque sin desembalar, con la inscripción PROPIEDAD DE LA PRODUCTORA. Había ropa sobre la encimera de la cocina y prendas colgadas de perchas en un improvisado tendedero que cruzaba la estancia, de modo que la primera impresión era que el lugar estaba lleno de gente, de mujeres que lucían su «vestuario»: Norma Jeane sabía que «vestuario» era distinto de «ropa», aunque no habría podido explicar la diferencia. Algunas de esas prendas eran vistosas y extravagantes, como los vestidos de la década de los veinte con sus minúsculas faldas y estrechos tirantes. Otras eran más formales, con largas y holgadas mangas. Había bragas, medias y sostenes lavados y escrupulosamente dispuestos sobre el tendedero. Al ver que la niña observaba boquiabierta las prendas que colgaban de la cuerda, Gladys se rió de su confusión.

—¿Qué pasa? ¿Te parece vergonzoso? ¿O a Della? ¿Te ha mandado a espiarme? Vamos, entra ahí. Por aquí. Vamos.

Con su huesudo codo empujó a Norma Jeane a la habitación contigua, un dormitorio. Era pequeño, tenía el techo y las paredes salpicados de manchas de humedad y una sola ventana con la agrietada y cochambrosa persiana bajada hasta la mitad. Allí estaban la cama de siempre, con la brillante aunque ligeramente deslustrada cabecera de bronce y las almohadas de pluma de ganso; el tocador de pino; una mesilla de noche, sobre la cual reposaban un montón de frascos de pastillas, revistas y libros en rústica y un cenicero desbordante de colillas sobre un ejemplar del *Hollywood Tatler*; más ropa desperdigada y en el suelo más cajas abiertas pero llenas; en la pared, junto a la cama, una chabacana reproducción de un fotograma sacado de *The Hollywood Revue of 1929*: Marie Dressler vestida con una diáfana bata blanca. Exaltada, respirando con agitación, Gladys

observó cómo Norma Jeane miraba con nerviosismo a su alrededor. Porque ¿dónde estaba la persona «sorpresa»? ¿Escondida? ¿Debajo de la cama? ¿Dentro del armario? (Aunque no había ningún armario; sólo una cómoda de contrachapado situada contra una pared.) Una mosca solitaria pasó zumbando. Lo único que se veía por la ventana de la habitación era la pared tiznada del edificio adyacente. Mientras Norma Jeane se preguntaba ¿*Dónde está?*, ¿*quién es?*, Gladys le dio un golpecito entre los omóplatos.

—Norma Jeane, a veces juraría que eres medio ciega, además de..., bueno, medio tonta. ¿No lo ves? Abre los ojos y mira. Ese hombre es tu padre.

Norma Jeane miró hacia donde señalaba Gladys.

No era un hombre. Era el retrato de un hombre, colgado en la pared junto al espejo del tocador.

2

El día de mi sexto cumpleaños vi su cara por primera vez.

¡Y hasta aquel día no supe que tenía un padre! Un padre; igual que los demás niños.

Siempre había pensado que su ausencia tenía que ver conmigo. Con algo malo, algo terrible, que había en mí.

¿Nadie me había hablado de ello antes? Ni mi madre, ni mi abuela, ni mi abuelo. Nadie.

Sin embargo, jamás en esta vida vería su verdadera cara. Y moriría antes que él.

3

—¿No crees que tu padre es muy guapo, Norma Jeane?

La voz de Gladys, que a menudo era inexpresiva, monocorde o ligeramente burlona, sonó llena de ilusión, como la de una niña.

Norma Jeane contempló en silencio al hombre que al parecer era su padre. Al hombre de la fotografía. Al que estaba en la pared, junto al espejo del tocador. ¿Papá? El cuerpo de la niña estaba caliente y tembloroso como un pulgar amputado.

—Mira. Pero no, no debes tocarlo con esos dedos pringosos.

Gladys descolgó el retrato de la pared con un ademán teatral. Norma Jeane notó que era una fotografía auténtica, satinada; no un cartel publicitario ni una página recortada de una revista.

Con sus manos enguantadas, Gladys sujetó la foto a la altura de los ojos de Norma Jeane, aunque lo bastante lejos para que la niña no la tocara. ¡Como si ella hubiera querido tocarla! Como si no supiera, por experiencia, que no debía tocar las cosas especiales de Gladys.

—¿Es... es mi padre?

—Desde luego. Tienes sus seductores ojos azules.

—Pero ¿dónde...?

—Calla. Mira.

Era una escena de película. Norma Jeane casi podía oír la emocionante música de fondo.

Madre e hija contemplaron la fotografía durante largo rato. En un silencio reverencial, miraron al hombre del retrato enmarcado, al hombre de la foto, al hombre que era el padre de Norma Jeane, el hombre que era misteriosamente guapo, el hombre con brillantes y aceitosos mechones de cabello grueso y lacio, el hombre con un bigote fino como un lápiz sobre el labio superior, el hombre de pálidos y taimados párpados ligeramente caídos. El hombre con un esbozo de sonrisa en los carnosos labios, el hombre con un puño por barbilla, una prominente nariz aguileña y una hendidura en la mejilla que podía ser un hoyuelo, como los de Norma Jeane. O acaso una cicatriz.

Era mayor que Gladys, pero no demasiado. Aparentaba unos treinta y cinco años. Tenía cara de actor y una expresión de fingido aplomo. Llevaba un sombrero de fieltro elegantemente inclinado sobre su altiva cabeza, una camisa blanca con el cuello más ancho de lo normal, como si luciera un disfraz de época. El hombre que a Norma Jeane le pareció que estaba a

punto de hablar, aunque no lo hizo. *Agucé el oído, pero era como si me hubiera quedado sorda.*

El corazón de Norma Jeane palpitaba con rapidez, como las alas de un colibrí. Y ruidosamente, llenando la habitación. Pero Gladys no se dio cuenta y no la riñó. Exaltada, contemplaba con añoranza al hombre de la fotografía, diciendo con voz cargada de emoción y fervor, como la de una cantante:

—Tu padre. Su nombre es precioso e importante, pero no puedo pronunciarlo. Ni siquiera Della lo conoce. Cree que sí, pero se equivoca. Y no debe enterarse. Ni siquiera debe saber que has visto esta foto. Verás, mi vida y la de él están llenas de complicaciones. Cuando tú naciste, tu padre estaba lejos; ahora también está muy lejos y temo por su seguridad. Es un hombre ávido de conocer mundo que en otros tiempos habría podido ser un guerrero. De hecho, ha arriesgado su vida por la causa de la democracia. En nuestros corazones, él y yo estamos casados, somos marido y mujer. Pero despreciamos las convenciones y no estamos dispuestos a someternos a ellas. «Os quiero a ti y a nuestra hija, y algún día regresaré a Los Ángeles a buscaros», prometió tu padre, Norma Jeane. Nos lo prometió a las dos.

Gladys hizo una pausa y se humedeció los labios.

Aunque le hablaba a Norma Jeane, parecía ajena a su presencia y mantenía la vista fija en la fotografía, que, según pensaba ella, reflejaba una luz quebradiza. Su piel estaba pegajosa y caliente y sus labios se veían hinchados, magullados incluso, bajo el intenso carmín rojo; sus manos enguantadas temblaban un poco. Más tarde, Norma Jeane recordaría que había intentado concentrarse en las palabras de su madre a pesar del rugido en sus oídos y de una profunda sensación de ansiedad en el vientre, como si necesitara ir urgentemente al lavabo, aunque no se había atrevido a hablar ni a moverse.

—Tu padre estaba contratado por La Productora cuando nos conocimos, hace ocho años, al día siguiente del Domingo de Ramos. ¡Siempre lo recordaré! Era uno de los actores jóvenes más prometedores, pero a pesar de su talento natural y de su presencia escénica..., el propio señor Thalberg decía que era un segundo Valentino..., era demasiado indisciplinado,

impaciente y cabeza loca para ser actor de cine. La belleza, el estilo y la personalidad no lo son todo, Norma Jeane, también hay que ser obediente. Hay que ser humilde. Hay que tragarse el orgullo y trabajar como un negro. A las mujeres nos resulta más fácil. Yo también estuve contratada como actriz durante un tiempo. Cuando era joven. Me trasladé a otro departamento por voluntad propia, porque comprendí que era imposible seguir. *Él* era un rebelde, naturalmente. Durante un tiempo hizo de doble de Chester Morris y Donald Reed, pero finalmente se despidió. «Entre mi alma y mi carrera, elijo mi alma», dijo.

En su excitación, Gladys empezó a toser. Al toser parecía despedir un aroma más penetrante, mezclado con aquel ligero olor acre a limón que parecía impregnar su piel.

Norma Jeane preguntó dónde estaba su padre.

—Lejos, tonta —respondió Gladys con brusquedad—. Ya te lo he dicho.

Su humor había cambiado, cosa que ocurría a menudo. La música de la película también cambió de súbito. Ahora era brusca y entrecortada, como las tempestuosas y crueles olas que rompían en la playa donde Della, agitada a causa de la «presión arterial», caminaba sobre la compacta arena junto a Norma Jeane con el único fin de hacer «ejercicio».

Jamás habría preguntado por qué. Por qué no me habían dicho nada hasta entonces.

Por qué me lo decían ahora.

Gladys volvió a colgar el retrato en la pared, pero ahora el clavo hundido en el yeso no era tan seguro como antes. La mosca solitaria continuó zumbando, chocando con obstinación y esperanza contra el cristal de la ventana.

—Ahí está la maldita mosca, «zumbando a la hora de mi muerte» —dijo misteriosamente Gladys.

A menudo decía cosas extrañas delante de Norma Jeane, aunque no necesariamente dirigidas a ella. Norma Jeane era más bien un testigo, una observadora privilegiada, como el espectador de cine, de cuya presencia los protagonistas de la película fingen no tener conocimiento o, de hecho, no lo tienen. Una vez que el clavo quedó fijo y pareció que ya no iba a caerse,

hubo que cerciorarse de que el marco estuviera derecho. En estos menesteres domésticos Gladys era una perfeccionista y reñía a Norma Jeane si colgaba las toallas torcidas o dejaba los libros mal alineados en las estanterías. Cuando el hombre de la fotografía hubo recuperado su sitio junto al espejo del tocador, Gladys retrocedió unos pasos y se tranquilizó un poco. Norma Jeane siguió mirando la foto, abstraída.

—Ése es tu padre. Pero es un secreto entre las dos, Norma Jeane. De momento, lo único que necesitas saber es que está fuera. Pero algún día, pronto, regresará a Los Ángeles. Lo ha prometido.

4

Se dirá que mi infancia fue desdichada, desesperada, pero permitid que os diga que nunca fui infeliz. Siempre que tuviera a mi madre no sería desdichada; y un día también tuve a un padre a quien amar.

¡Y también estaba la abuela Della! La madre de la madre de Norma Jeane.

Una corpulenta mujer de tez aceitunada, con cejas gruesas como cepillos y la sombra de un bigote en el labio superior. Della tenía una manera especial de aguardar en la puerta del apartamento o en el umbral del edificio: con las manos en las caderas como una jarra con dos asas. Los tenderos del barrio temían su ojo agudo y su lengua viperina. Era una gran admiradora de William S. Hart, el fabuloso tirador, y de Charlie Chaplin, el genio de la mímica, y se jactaba de pertenecer a una «raza de pioneros». Nacida en Kansas, con el tiempo se trasladó a Nevada y por fin al sur de California, donde conoció al hombre con el cual se casó, el padre de Gladys, que, según decía ella con tono de reproche, había sido gaseado en la batalla de Argonne en 1918.

—Por lo menos está vivo. Una cosa que tenemos que agradecer al gobierno de Estados Unidos, ¿no?

Sí; había un abuelo Monroe, el marido de Della. Vivía con ellas en el piso y Norma Jeane sabía que no la quería, pero en cierto modo el abuelo

«no regía muy bien». Cuando le preguntaban por él, Della se encogía de hombros y decía:

—Por lo menos está vivo.

¡La abuela Della! Un auténtico «personaje» en el barrio.

Ella era la fuente de todo lo que Norma Jeane sabía, o creía saber, acerca de Gladys.

Y el principal dato sobre Gladys era el principal misterio sobre Gladys: no podía ser una *verdadera madre* para Norma Jeane. Al menos *por el momento*.

¿Por qué no?

—Que nadie me culpe —decía Gladys encendiendo con nerviosismo un cigarrillo—. Bastante me ha castigado ya Dios.

¿Castigado? ¿Cómo?

Cuando Norma Jeane se atrevía a formular esa pregunta, Gladys parpadeaba con sus preciosos ojos azul pizarra inyectados en sangre, en los que siempre brillaba un velo húmedo.

—Lo único que pido es que no me culpen, ¿vale? Después de lo que ha hecho Dios... ¿Entendido?

Norma Jeane sonreía. Una sonrisa que indicaba que no entendía pero se contentaba con la respuesta.

Sin embargo, todos parecían estar al tanto de que Gladys había tenido «otras niñas» —«dos niñas»— antes de dar a luz a Norma Jeane. Pero ¿dónde estaban?

—Que nadie se atreva a culparme. *Malditos seáis*.

Parecía un hecho que Gladys, pese a su aspecto juvenil a los treinta y un años, había tenido ya dos maridos.

Era un hecho que ella misma reconocía con jovialidad, como un personaje de película que repite una frase cómica, que cambiaba de apellido con frecuencia.

En una de sus numerosas anécdotas de madre agraviada, Della contaba que Gladys había nacido en 1902 en Hawthorne, Los Ángeles, y había sido bautizada con el nombre de Gladys Pearl Monroe. A los diecisiete años se había casado (en contra de los deseos de su madre) con un hombre llamado

Baker, convirtiéndose así en la señora Gladys Baker, pero el matrimonio no había durado ni siquiera un año (¡desde luego!); se habían divorciado y Gladys se había casado con «Mortensen, el de los contadores» (¿el padre de las dos niñas desaparecidas?), pero el segundo matrimonio tampoco había funcionado (¡desde luego!). Y Mortensen, a Dios gracias, había desaparecido de la vida de Gladys. El problema era que Gladys todavía figuraba como la señora Mortensen en algunos documentos que no había modificado ni modificaría, ya que todo lo que tuviera que ver con trámites y asuntos legales la aterrorizaba. Mortensen no era el padre de Norma Jeane, por supuesto, pero Gladys aún llevaba su apellido en el momento del nacimiento de la niña. Sin embargo —y éste era un detalle tan retorcido que enfurecía a Della—, el apellido de Norma Jeane era oficialmente Baker, en lugar de Mortensen.

—¿Sabe por qué? —preguntaba Della a los vecinos o a cualquiera que estuviera escuchando tamaño disparate—. Porque Baker era el hombre a quien la loca de mi hija «odiaba menos» —proseguía poniéndose cada vez más furiosa—. Paso noches enteras en vela rezando por esta pobre niña, que tiene que estar totalmente confundida sobre quién es en realidad. Debería adoptarla yo y darle mi apellido, que es bueno, decente e intachable: Monroe.

—Nadie va a adoptar a mi hijita —decía Gladys con vehemencia— mientras yo esté viva para impedirlo.

Viva. Norma Jeane sabía lo importante que era permanecer *viva*.

De modo que Norma Jeane Baker era el nombre oficial de Norma Jeane. Cuando tenía siete meses, la bautizó la célebre pastora evangelista Aimee Semple McPherson en su templo del Ángelus de la Iglesia Internacional del Evangelio Cuadrangular (a la que entonces pertenecía Della), y conservaría ese apellido hasta que se lo cambiara un hombre, un hombre que la convertiría en «su» esposa. Con el tiempo, volvería a cambiar de nombre por decisión de otros hombres. *Hice lo que me exigían. Lo que me exigían era que permaneciera viva.*

En un insólito momento de intimidad maternal, Gladys comunicó a Norma Jeane que su nombre era especial:

—Te puse «Norma» en honor a la gran Norma Talmadge y «Jeane» en honor a..., ¿a quién iba a ser?... a la Harlow.

Esos nombres no significaban nada para la niña, que sin embargo vio cómo Gladys temblaba al pronunciar cada sílaba.

—Tú, Norma Jeane, serás una combinación de las dos. ¿Entiendes? Es tu destino.

5

—De modo que ya lo sabes, Norma Jeane.

Era una revelación tan deslumbrante como el sol. Imponente como el dorso de una mano que empuña un látigo. La boca pintada de rojo de Gladys, tan parca en sonrisas, ahora sonreía. Su respiración era entrecortada, como si hubiera estado corriendo.

—Has visto su cara. Has visto a tu verdadero padre, que no se llama Baker. Pero no debes decírselo a nadie. Ni siquiera a Della.

—S-sí, ma-madre.

Entre las finas cejas depiladas de Gladys apareció una prominente arruga.

—¿Cómo has dicho, Norma Jeane?

—Sí, madre.

—Eso está mejor.

El tartamudeo continuaba en el interior de Norma Jeane, pero había pasado de su lengua al colibrí que era su corazón, donde pasaría inadvertido.

En la cocina, Gladys se quitó uno de los elegantes guantes negros de malla y rozó con él el cuello de Norma Jeane, haciéndole cosquillas.

¡Qué día! Una bruma de felicidad como una cálida y húmeda neblina elevándose sobre la ciudad. Felicidad con cada inspiración. Gladys murmuró:

—¡Feliz cumpleaños, Norma Jeane! —y luego—: ¿No te he dicho que éste sería un *día especial* para ti?

Sonó el teléfono, pero Gladys sonrió para sí y no atendió.

Las persianas de las ventanas estaban escrupulosamente bajadas hasta el alféizar. Gladys comentó que tenía vecinos «fisgones».

Se había quitado el guante de la mano izquierda, pero no el de la derecha. Parecía haberlo olvidado. Norma Jeane notó que la ceñida malla del guante había dibujado pequeños diamantes en la piel ligeramente enrojecida de la mano izquierda. Gladys llevaba un vestido de crepé granate entallado, cuello alto y una falda acampanada que producía un susurrante frufú cuando ella se movía. Era la primera vez que Norma Jeane veía ese vestido.

Cada instante estaba cargado de significado. Cada instante, igual que cada latido del corazón, era una señal de advertencia.

En la mesa situada bajo la arcada de la cocina, Gladys sirvió, en desportilladas tazas de café, zumo de uva para Norma Jeane y un «agua medicinal» de olor penetrante para ella. ¡La sorpresa era un pastel de cumpleaños para Norma Jeane! Cubierto de un glaseado de vainilla, con seis velitas rosadas y unas letras escritas con azúcar rosa que rezaban:

FELIS CUMPLEAÑOS
NORMAJEAN

La visión del pastel y su delicioso aroma hicieron la boca agua a Norma Jeane. Pero Gladys estaba furiosa:

—El muy imbécil del pastelero. Mira que escribir «feliz» y tu nombre con faltas de ortografía. *Se lo dije.*

Con cierta dificultad y las manos temblorosas, aunque quizá temblara la estancia, o un profundo estrato de la tierra —en California nunca se sabe si un temblor es «real» o la culpa la tiene «una misma»—, Gladys consiguió encender las seis velitas. La tarea de Norma Jeane consistía en soplar las pálidas y parpadeantes llamas.

—Ahora debes pedir un deseo, Norma Jeane —dijo Gladys con solemnidad, y se inclinó de tal manera que prácticamente rozó la caliente

cara de la niña—. Debes desear que ya sabes quién vuelva pronto con nosotras. ¡Adelante!

Así que Norma Jeane cerró los ojos con fuerza, pidió ese deseo y apagó todas las velas menos una con un solo soplo. Gladys extinguió la que quedaba.

—Eso es. Tan eficaz como una oración.

Gladys rebuscó en el cajón y tardó un buen rato en encontrar un cuchillo adecuado para cortar el pastel. Finalmente sacó un «cuchillo de carnicero..., ¡no te asustes!», cuya larga hoja de metal brillaba con tanta intensidad como el sol sobre las olas de Venice Beach, lastimando la vista, aunque era imposible no mirarlo. Pero lo único que hizo Gladys con el cuchillo fue hundirlo en el pastel, con el entrecejo fruncido en un gesto de concentración, sujetando su enguantada mano derecha con la desnuda mano izquierda mientras cortaba grandes trozos para ambas. La tarta estaba ligeramente húmeda y pegajosa en el centro y las porciones rebasaban los bordes de los platillos de café que Gladys estaba usando como platos de postre. *¡Qué bueno! Aquel pastel sabía tan bien. Debo decir que nunca en mi vida he probado un pastel tan exquisito.* Madre e hija comieron con avidez; era más de mediodía, y ninguna de las dos había desayunado.

—Y ahora, Norma Jeane, tus regalos.

El teléfono empezó a sonar otra vez, pero Gladys continuó sonriendo como si no lo oyera. Estaba explicando que no había tenido tiempo de envolver los regalos. El primero era una bonita rebeca rosa de hilo, tejida con ganchillo, con pequeñas rosas bordadas a modo de botones; una rebeca que debía de ser para una niña más pequeña, porque a Norma Jeane, que era menuda para su edad, le quedaba estrecha. Pero Gladys no pareció reparar en este detalle y alabó repetidamente la rebeca.

—¿No es preciosa? ¡Pareces una princesita!

Los demás regalos eran prendas menos llamativas: calcetines de algodón blancos y ropa interior (con la etiqueta del precio de un baratillo todavía pegada). Hacía muchos meses que Gladys no la proveía de estos artículos de primera necesidad; además, llevaba varias semanas de retraso en los pagos a Della, así que Norma Jeane pensó con entusiasmo que los

regalos complacerían a su abuela. Dio las gracias a su madre, que chasqueó los dedos y respondió:

—Esto es sólo el principio. Ven.

Con un ademán teatral, Gladys condujo otra vez a Norma Jeane al dormitorio, donde el hombre de la fotografía ocupaba un lugar prominente en la pared, y abrió el cajón superior del tocador con aire provocativo.

—*Presto*, Norma Jeane! Aquí hay algo para ti.

¿Una muñeca?

Norma Jeane se puso de puntillas y cogió con nerviosismo y torpeza una muñeca de pelo dorado, redondos y azules ojos de cristal y una boca como un pimpollo de rosa, mientras Gladys decía:

—¿Recuerdas quién solía dormir aquí, en este cajón, Norma Jeane? —la niña negó con la cabeza—. No en este apartamento, sino en este cajón. En este mismo cajón. ¿No recuerdas quién dormía aquí? —Norma Jeane volvió a negar con la cabeza. Empezaba a inquietarse. Gladys la miraba con los ojos muy abiertos, como si imitara a la muñeca, aunque los ojos de la mujer eran de un azul desvaído y sus labios, de color rojo vivo. Rió y dijo—: *Tú. Tú*, Norma Jeane. ¡*Tú* dormías en este cajón! En aquellos tiempos era tan pobre que no podía permitirme comprar una cuna. Pero este cajón fue tu cuna cuando eras muy, muy pequeña; a nosotras nos bastaba, ¿verdad?

La voz de Gladys sonaba estridente. Si la escena hubiera tenido un fondo musical, habría sido un rápido *staccato*. No, cabeceó Norma Jeane, y su cara se ensombreció, sus ojos se nublaron con un no-recuerdo, un no-recordaré, igual que no recordaba haber usado pañales ni lo mucho que les había costado a Gladys y a Della enseñarle a usar el orinal. Si hubiera tenido tiempo para examinar el primer cajón del tocador de pino y descubrir que *podía cerrarse con un simple empujón*, habría sentido náuseas, habría vuelto a experimentar la misma y angustiosa sensación de miedo en el vientre que la asaltaba cuando estaba en lo alto de una escalera, o al asomarse por una ventana situada a gran altura, o al correr demasiado cerca del agua cuando rompía una ola particularmente grande, porque ¿cómo era posible que ella, una niña de seis años, hubiera cabido alguna vez en un sitio tan pequeño? —y *¿acaso alguien habría cerrado el cajón para no oír*

su llanto?—, pero Norma Jeane no tuvo tiempo de pensar en eso porque ya estrechaba entre sus brazos a la muñeca de cumpleaños, la muñeca más bonita que había visto de cerca, tan hermosa como la Bella Durmiente de un libro ilustrado, con una rizada melena rubia que le llegaba a los hombros, sedosa como el cabello de verdad, más bonita que el pelo castaño claro de Norma Jeane y que la cabellera sintética de la mayoría de las muñecas. La muñeca llevaba un pequeño gorro de dormir de encaje y un camisón de franela con estampado de flores; su piel era lisa como la goma, suave, perfecta, y sus deditos estaban exquisitamente formados. ¡Y los piecillos calzados con escarpines de algodón blancos, atados con lazos rosas! Norma Jeane soltaba grititos de alegría y habría querido abrazar a su madre en señal de gratitud, pero la ostensible rigidez de Gladys le indicó que no debía tocarla. Gladys encendió un cigarrillo, exhaló el humo con deleite —fumaba Chesterfield, igual que Della (aunque la segunda opinaba que fumar era un vicio deplorable que demostraba una voluntad débil y estaba decidida a abandonarlo)— y dijo con voz provocativa:

—Me he tomado muchas molestias para conseguir este regalo, Norma Jeane. Espero que asumas la responsabilidad de tener una muñeca.

Las palabras «la responsabilidad de tener una muñeca» quedaron misteriosamente suspendidas en el aire.

¡Cuánto amaría Norma Jeane a su muñeca rubia! Sería uno de los grandes amores de su infancia.

Sin embargo, la inquietaba la evidente ausencia de huesos en los brazos y las piernas de la muñeca, la laxitud de las extremidades, que se sacudían de manera macabra. Si la tendía de espaldas, se despatarraba.

—¿Có-cómo se llama, madre? —tartamudeó Norma Jeane.

Gladys cogió un frasco de aspirinas, se puso unas cuantas en la palma de la mano y se las tragó a palo seco. Luego respondió con la altiva voz de la Harlow, arqueando sus depiladas cejas:

—Eso depende de ti, pequeña. Es *tuya*.

Cuánto se esforzó Norma Jeane por encontrar un nombre para la muñeca. Lo intentó, pero era como tartamudear con el pensamiento; no se le ocurría ninguno. Empezó a preocuparse y se llevó el pulgar a la boca.

¡Los nombres son tan importantes! Si no conoces el nombre de una persona, no puedes pensar en ella, y los demás también deben saber tu nombre; de lo contrario, ¿qué sería de ti?

—¿Cómo se llama la mu-muñeca, madre? —gimoteó Norma Jeane—. *Por favor.*

Más divertida que enfadada, o al menos eso parecía, Gladys gritó desde la otra habitación:

—Diablos, llámala Norma Jeane. A veces es casi tan lista como tú. Te lo juro.

Con tantas emociones, la niña estaba agotada.

Era la hora de su siesta.

Sin embargo, cuando la tarde declinaba hacia el ocaso, sonó el teléfono y Norma Jeane pensó con nerviosismo: *¿Por qué madre no lo coge? ¿Y si fuera padre? ¿O sabe que no es padre? Pero ¿cómo lo sabe, si es que lo sabe?*

En los cuentos de los hermanos Grimm que le leía Della ocurrían cosas que habrían podido ser sueños —cosas extrañas y aterradoras como sueños—, pero no lo eran. Deseabas despertar para escapar de ellas, pero *no podías*.

¡Qué sueño tenía! Estaba tan hambrienta que había comido demasiado pastel: era una cerdita que había comido tanto pastel de cumpleaños para desayunar que ahora sentía náuseas y le dolían los dientes. Tal vez Gladys hubiera puesto un poco de su extraña bebida incolora en el zumo de uva —«Sólo un dedo, para que te animes»—, por eso no conseguía mantener los ojos abiertos y su cabeza se bamboleaba sobre los hombros como si fuera de madera. En consecuencia, Gladys no tuvo más remedio que llevarla al caluroso, sofocante dormitorio; tenderla sobre la colcha de felpa de la desvencijada cama, donde no le gustaba mucho que durmiera; quitarle los zapatos y, escrupulosa como siempre en estas cuestiones, poner una toalla bajo la cabeza de Norma Jeane:

—Para que no babeas en mi almohada.

Norma Jeane reconoció la colcha de felpa anaranjada de sus visitas previas a otras residencias de su madre, aunque estaba descolorida, salpicada de quemaduras de cigarrillos y de misteriosos lamparones de óxido, o antiguas manchas de sangre.

En la pared, junto al tocador, su padre la miraba desde arriba. Lo observó con los ojos entornados y murmuró:

—Pa-papá.

¡Por primera vez! En su sexto cumpleaños.

La primera vez que pronunciaba la palabra «pa-papá».

Gladys había bajado la persiana hasta el alféizar, pero era una persiana vieja y agrietada que no podía impedir que se colara el feroz sol de la tarde. El cegador ojo de Dios. La ira de Dios. Aunque la abuela Della se había llevado una profunda decepción con Aimee Semple McPherson y la Iglesia del Evangelio Cuadrangular, todavía creía en lo que llamaba la Palabra de Dios, la Santa Biblia. «Es difícil de transmitir y somos prácticamente sordos ante su sabiduría, pero es *lo único que tenemos*.» (¿Era cierto? Gladys tenía sus propios libros y nunca mencionaba la Biblia. Ella sólo demostraba pasión y reverencia cuando hablaba de las Películas.)

El sol había descendido en el cielo cuando a Norma Jeane la despertó el teléfono que sonaba en la habitación contigua. Era un sonido discordante, burlón, un sonido de furia adulta, de reproche masculino. *Sé que estás ahí, Gladys, sé que oyes el teléfono; no puedes ocultarte*. Hasta que por fin Gladys levantó el auricular y habló con voz aflautada y confusa, casi plañidera:

—¡No, no puedo! Ya te he dicho que es el cumpleaños de mi hija y que quiero pasarlo a solas con ella —una pausa y luego, con tono más apremiante, entre sollozos y chillidos como los de un animal herido—: Sí que lo hice; te lo dije, tengo una niña, me da igual lo que pienses, soy una persona normal, una verdadera madre, te dije que había tenido hijos, soy una mujer normal y no quiero tu asqueroso dinero; no, te he dicho que no puedo verte esta noche, no te veré ni esta noche ni mañana por la noche, déjame en paz o te arrepentirás, si entras aquí con esa llave, llamaré a la policía, ¡cabrón!

El 1 de junio de 1926, cuando nací en el pabellón de beneficencia del Hospital General del Condado de Los Ángeles, mi madre no estaba allí.

¡Nadie sabía dónde estaba mi madre!

Más tarde la encontraron escondida; se escandalizaron y la riñeron diciendo:

—Ha tenido un bebé precioso, señora Mortensen, ¿no quiere cogerlo en brazos? Es una niña y es la hora de amamantarla.

Pero mi madre giró la cabeza y miró a la pared. Sus pechos secretaban una leche semejante a pus, pero no era para mí.

Fue una desconocida, una enfermera, quien explicó a mi madre cómo cogerme en brazos y sujetarme. Cómo sostener la tierna cabecita de bebé con una mano y la espalda con la otra.

¿Y si se me cae?

¡No se le caerá!

Es tan pesada y está tan caliente... Patalea.

Es una niña normal y sana. Una belleza. ¡Mire qué ojos!

En La Productora, donde Gladys Mortensen había estado empleada desde los diecinueve años, existían dos mundos: el que se ve con los ojos y el que se ve a través de la cámara. El primero no era nada; el segundo lo era todo. De modo que con el tiempo mi madre aprendió a mirarme a través del espejo. Aprendió incluso a sonreírme. (¡Aunque sin mirarme a los ojos! Eso nunca.) El espejo es como el objetivo de una cámara, algo a lo que casi puedes amar.

Yo adoraba al padre de la niña. El nombre que me dio no existe. Me entregó doscientos veinticinco dólares y un número de teléfono PARA QUE ME DESHICIERA DE ELLA. ¿De verdad soy yo su madre? A veces lo dudo.

Aprendimos a mirarnos a través del espejo.

Yo tuve a la Amiga del Espejo en cuanto fui lo bastante mayor para mirar.

Mi Amiga Mágica.

Había pureza en esa experiencia. Nunca percibí mi cara ni mi cuerpo desde el interior (donde reinaba el aturdimiento, algo semejante al sueño), sino a través del espejo, donde todo era claro y preciso. De esa manera podía verme a mí misma.

Gladys rió. *Vaya, esta niña no es fea, ¿no? Supongo que me la quedaré.*

Era una decisión tomada de día en día. Nunca permanente.

En la neblina de humo azul, me pasaban de una persona a otra. Tenía tres semanas de vida y estaba envuelta en una manta. *¡Ay, la cabeza! Ten cuidado, sujétale la cabeza con la mano,* gritó una mujer con voz ebria. Otra mujer dijo: *¡Dios, cuánto humo hay aquí! ¿Dónde está Gladys?* Los hombres miraban y sonreían. *Es una niña, ¿eh? Ahí abajo es como un bolso de seda. Suaave.*

Más adelante, en otra ocasión, uno de ellos ayudó a madre a bañarme. ¡Y después se bañaron ellos dos! Chillidos, risas, azulejos blancos. Charcos de agua en el suelo. Sales perfumadas. ¡El señor Eddy era rico! Tenía tres clubes nocturnos en Los Ángeles, donde las estrellas cenaban y bailaban. El señor Eddy estaba en la radio. El señor Eddy era un bromista que dejaba billetes de veinte dólares en sitios insólitos: en un cubo de hielo en la nevera, enrollado en el extremo de un estor, en una página mutilada de la *Pequeña antología de poesía estadounidense*, pegado con celo bajo la mugrienta tapa del inodoro.

La risa de madre era estridente y penetrante como un estallido de cristales.

7

—Pero primero tenemos que *bañarte*.

La palabra «bañarte» emergió con lentitud y sensualidad.

Gladys bebía el agua medicinal y estaba en condiciones de sentarse erguida. En el tocadiscos sonaba *Mood Indigo*. El pastel de cumpleaños había dejado pringosas las manos y la cara de Norma Jeane. Era ya casi la

noche del sexto cumpleaños de Norma Jeane. Poco después oscurecería. En el diminuto cuarto de baño, el agua de los dos grifos se precipitaba ruidosamente en la vieja bañera con patas.

La preciosa muñeca rubia observaba la escena desde lo alto del frigorífico. Con los cristalinos ojos muy abiertos y la boca de rosa siempre amagando una sonrisa. Si la sacudías, los ojos se abrían aún más. La boca de rosa no cambiaba nunca. ¡Los pequeños pies con los manchados escarpines blancos se abrían en un ángulo tan extraño!

Tarareando y balanceándose, madre le enseñó la letra.

You ain't been blue

No, no, no

You ain't been blue

Till you've had that mood indigo.^[1]

Después madre se aburrió de la música y buscó un libro. Tenía muchos libros aún sin desembalar. Gladys había tomado clases de dicción en La Productora. A Norma Jeane le encantaba que le leyera, porque entonces estaba más tranquila. Nada de súbitas carcajadas, ni maldiciones, ni ataques de llanto. Dejaba todo eso para la música. Pero allí estaba ahora Gladys, con gesto solemne, hojeando la *Pequeña antología de poesía estadounidense*, que era su libro favorito. Con la cabeza y los estrechos hombros erguidos, como una actriz de cine, sujetando el libro en alto.

Porque no podía detenerme para la Muerte,
ella, amablemente, se detuvo por mí;
en su coche no había nadie más que nosotros
y la Inmortalidad.

Norma Jeane escuchaba con ansiedad. Cuando Gladys terminara de leer el poema, se volvería hacia ella con los ojos brillantes:

—¿De qué habla, Norma Jeane? —y como la niña no lo sabría, ella diría —: Algún día, cuando tu madre no esté a tu lado para rescatarte, *lo sabrás*.

Después serviría un poco más del fuerte líquido incoloro en la taza y bebería.

Norma Jeane esperaba que leyera otros poemas, poemas con rima, poemas que pudiera entender, pero Gladys parecía haber terminado con la poesía por esa noche. Tampoco le leería párrafos de *La máquina del tiempo* ni de *La guerra de los mundos* —que eran «libros proféticos», «libros que pronto se harán realidad»—, como hacía de vez en cuando con voz trémula y vehemente.

—Es la hora del *baaño*.

Era una escena de película. El agua que salía a borbotones de los grifos se mezclaba con una música casi audible.

Gladys se inclinó sobre Norma Jeane para desnudarla, ¡pero Norma Jeane podía desnudarse sola! Había cumplido seis años. Gladys tenía prisa y le apartó las manos con brusquedad.

—Qué vergüenza. Tienes pastel por todas partes.

Esperaron a que la bañera se llenara, y fue una larga espera. Una bañera tan grande. Gladys se quitó el vestido de crepé, y al pasarlo por la cabeza su pelo se levantó en retorcidos copetes. Su pálida piel estaba resbaladiza a causa del sudor. No debía mirar el cuerpo de madre, que era un gran misterio: la piel blanca salpicada de pecas, los huesos prominentes, los pechos pequeños y prietos como puños que parecían querer escapar del sostén de encaje. Norma Jeane casi podía ver fuego en el cabello electrizado de Gladys. En sus húmedos y penetrantes ojos.

Al otro lado de la ventana se oía el rumor del viento. Gladys decía que eran las voces de los muertos. Que querían *entrar*.

—Meterse dentro de nosotros —explicaba—. Porque no hay suficientes cuerpos. En ningún momento de la historia ha habido suficiente vida. Y durante la Guerra, que tú no recuerdas porque todavía no habías nacido, pero yo sí, porque soy tu madre y vine a este mundo antes que tú, durante la Guerra murieron tantos hombres, mujeres e incluso niños, que hay una gran

escasez de cuerpos, créeme. Todas esas almas muertas están deseando entrar.

Norma Jeane se estremeció. ¿Entrar adónde?

Gladys se paseaba de aquí para allí mientras esperaba a que se llenara la bañera. No estaba bebida ni drogada. Se había quitado el guante de la mano derecha, y ahora las dos delgadas manos estaban al descubierto, descamadas y llenas de manchas rojas; no quería admitir que la culpa era del trabajo en La Productora, donde a veces pasaba sesenta horas semanales, que los productos químicos atravesaban los guantes de látex y su piel los absorbía, sí, igual que su pelo, los propios folículos pilosos, y los pulmones, ¡ah, se moría! ¡Estados Unidos la estaba matando! Cuando empezaba a toser, era incapaz de parar. Pero entonces ¿por qué fumaba? Bueno, en Hollywood todo el mundo fumaba, en las películas todo el mundo fumaba, el cigarrillo tranquilizaba los nervios, sí, pero Gladys marcaba el límite en la marihuana, lo que los periódicos llamaban «porros»; demonios, quería que Della supiera que ella no era ninguna *drogadicta*, ninguna *yonqui*, ninguna *pendona*, diablos, *nunca lo había hecho por dinero*, o casi nunca.

Sólo durante las ocho semanas en las que se había quedado sin su empleo en La Productora. Después del Crac de 1929.

—¿Sabes qué fue el Crac? —Norma Jeane negó con la cabeza. No. ¿Qué?—. Tú tenías tres años, pequeña, y yo estaba desesperada. Todo lo que hice lo hice por ti.

Entonces cogió a Norma Jeane en brazos, en sus delgados y nervudos brazos, y dejó a la horrorizada niña, pataleando y manoteando, en el agua humeante. Norma Jeane gimoteaba, no se atrevía a gritar, ¡el agua estaba muy caliente!, ¡hirviendo!, la quemaba viva mientras caía del grifo que Gladys había olvidado cerrar; de hecho, había olvidado cerrar los dos grifos, como también había olvidado comprobar la temperatura del agua. Norma Jeane intentó salir de la bañera, pero Gladys la empujó.

—Siéntate y quédate quieta. Esto es necesario. Yo también me meteré. ¿Dónde está el jabón? Sucia.

Gladys dio la espalda a la sollozante Norma Jeane y rápidamente se quitó el resto de la ropa —la combinación, el sostén, las bragas— arrojándolo al suelo con afectación teatral, como una bailarina. Una vez desnuda, se metió en la antigua y amplia bañera con pies, resbaló, recuperó el equilibrio, y sumergió sus estrechas caderas en el agua, que tenía un fragante aroma a sales de gaulteria, sentándose de cara a la asustada niña, con las rodillas abiertas como para abrazar o proteger a esa misma niña a quien seis años antes había dado a luz en medio de un calvario de desesperación y recriminaciones —*¿Dónde estás? ¿Por qué me has abandonado?*— dirigidas al hombre que había sido su amante y cuyo nombre no revelaría ni siquiera durante los terribles dolores del parto. Qué incómodas, madre e hija sumergidas en esta bañera, con el agua rizándose en irregulares olas que rebasaban los bordes; Norma Jeane, empujada por la rodilla de su madre, se hundió en el agua, empezó a ahogarse y tosió, y Gladys la levantó rápidamente por los pelos, reprendiéndola:

—¡Ya basta, Norma Jeane! ¡Para ya!

Gladys cogió la pastilla de jabón y comenzó a enjabonarse las manos con fuerza. Era extraño que ella, que no soportaba que su hija la tocara, estuviera apretujada en la bañera con la niña; como también extraña era la expresión arrobada, extática, de su cara enrojecida por el calor. Norma Jeane volvió a protestar por la temperatura del agua, por favor, madre, estaba demasiado caliente, tanto que prácticamente no la sentía en la piel, pero Gladys respondió con intransigencia:

—Sí; tiene que estar caliente, porque estamos muy sucias. Por fuera y por *dentro*.

Lejos, en otra habitación, amortiguado por el rumor del agua y por la severa voz de Gladys, se oyó el sonido de una llave girando en la cerradura.

No era la primera vez. No sería la última.

Ciudad de arena

1

—¡Despierta, Norma Jeane! ¡Deprisa!

La estación de los fuegos. Otoño de 1934. La voz, que era la de Gladys, estaba cargada de alarma y sentimiento.

La noche olía a humo —¡a ceniza!—, un olor semejante al que despedía el incinerador de basura situado detrás del viejo edificio de apartamentos de Della Monroe en Venice Beach, pero no estaban en Venice Beach sino en Hollywood, en Highland Avenue, donde madre e hija vivían por fin solas, juntas las dos —*como debe ser, hasta que la muerte nos lleve*—, y se oía el ulular de las sirenas y apestaba a pelo quemado, a grasa quemándose en una sartén, a ropa húmeda imprudentemente chamuscada con la plancha. Había sido un error dejar la ventana abierta, pues el olor impregnaba la habitación: un olor sofocante, denso, un olor que hacía escocer los ojos igual que la arena arrastrada por el viento. Un olor parecido al que despedían las espirales del hornillo eléctrico cuando Gladys olvidaba quitar el hervidor del fuego y el agua se evaporaba por completo. Un olor como el de la ceniza de los cigarrillos permanentemente encendidos de Gladys y el de las quemaduras en el linóleo, en la alfombra con estampado de rosas, en la cama de matrimonio con cabecera de bronce y almohadas de plumas de ganso que compartían madre e hija, el inconfundible olor a chamusquina de

la ropa de cama que la niña reconoció en el acto mientras dormía; un Chesterfield encendido caído de la mano de Gladys mientras ésta leía de madrugada, como buena lectora compulsiva e insomne, sólo para despertar de súbito, brutalmente, porque una chispa, en su opinión de manera misteriosa e inexplicable, había prendido fuego a la almohada, las sábanas y el edredón, de los que a veces brotaban auténticas llamas que ella sofocaba desesperadamente con un libro, una revista o, en una ocasión, un calendario de *Our Gang* descolgado a toda prisa de la pared, o con sus propios puños; y si las llamas persistían, Gladys corría maldiciendo al baño a coger un vaso de agua y lo arrojaba sobre el fuego, mojando las sábanas y el colchón.

—¡Maldita sea! ¿Qué más me va a pasar?

Aquellos episodios tenían el ritmo trepidante y bufonesco de una película muda. Norma Jeane, que dormía con Gladys, despertaba de inmediato y saltaba de la cama, agitada y alerta como un animal preparado para luchar por la supervivencia. De hecho, a menudo era la niña quien corría a buscar el agua. Aunque se trataba de una alarma justificada y de una auténtica molestia en medio de la noche, la escena ya era lo bastante familiar para convertirse en un rito de emergencia con su propia metodología. *Estábamos acostumbradas a salvarnos de morir abrasadas en la cama. Habíamos aprendido a afrontar el peligro.*

—¡Ni siquiera estaba dormida! Mi mente está demasiado agitada. En mi cerebro, todavía es de día. Creo que se me durmieron los dedos. Últimamente me ocurre a menudo. El otro día estaba tocando el piano y no conseguía sacarle ni una nota. Nunca trabajo sin guantes en el laboratorio, pero los productos químicos son cada vez más potentes. Es probable que ya me hayan afectado. Mira, las terminaciones nerviosas de los dedos están casi muertas; mi mano ni siquiera *tiembla*.

Gladys tendió la mano culpable, la derecha, para que su hija la examinara; y tenía razón. Curiosamente, tras la alarma de las sábanas incendiadas y la crisis nocturna, la delgada mano de Gladys no temblaba, sino que caía laxa desde la muñeca, como si no fuera suya, como si Gladys no tuviera poder ni responsabilidad sobre ella, con la palma surcada por

finas líneas abierta y hacia arriba, la piel pálida y sin embargo enrojecida; una mano exquisitamente formada y vacía.

En la vida de Gladys había otros misterios parecidos, tantos que era imposible enumerarlos. Para llevar la cuenta habría sido preciso una vigilancia constante aunque también, de manera paradójica, un distanciamiento casi místico.

—Todos los filósofos, desde Platón hasta John Dewey, lo han dicho: no te vas hasta que te llega la hora y cuando te llega la hora, te vas.

Gladys chascó los dedos, sonriente. Para ella, el optimismo era eso.

Por eso soy una fatalista. ¡Es imposible rebatir la lógica!

Y por eso soy eficiente en las emergencias. O lo era.

Era la vida cotidiana, el día a día, lo que era incapaz de interpretar.

Pero aquella noche los fuegos eran de verdad.

No se trataba de fogatas en miniatura en la cama, que pudieran apagarse con golpes o vasos de agua, sino incendios que «hicieron estragos» en el sur de California después de cinco meses de sequía y altas temperaturas. Incendios de maleza que representaban «un serio peligro para las personas y las propiedades» incluso dentro de los límites de la ciudad de Los Ángeles. Culparían a los vientos de Santa Ana: procedentes del desierto de Mojave, al principio suaves como una caricia, luego más prolongados, más intensos, empujaban el calor y en cuestión de horas desataron tormentas eléctricas en las estribaciones y cañones de las montañas de San Gabriel, avanzando hacia el oeste en dirección al Pacífico. En menos de veinticuatro horas habían estallado centenares de incendios aislados e idénticos. En los valles de San Fernando y Simi soplaban vientos abrasadores a ciento cincuenta kilómetros por hora. Se veían muros de llamas de seis metros de altura que se precipitaban sobre la autopista de la costa como aves rapaces. A pocos kilómetros de Santa Mónica había campos de fuego, cañones de fuego, bolas de fuego parecidas a cometas. Las chispas, transportadas por el viento como semillas diabólicas, provocaron incendios en las comunidades residenciales de Thousand Oaks, Malibú, Pacific Palisades y Topanga. Se oían historias de pájaros que estallaban en llamas en pleno vuelo. Historias

de estampidas de ganado, de animales que rugían de horror y corrían envueltos en llamas, como antorchas, hasta caer muertos. Árboles gigantescos y centenarios se consumieron por completo en cuestión de minutos. Hasta los techos empapados ardían, y los edificios explotaban como bombas. A pesar de los esfuerzos de miles de bomberos voluntarios, los fuegos continuaron «extendiéndose, fuera de control», y un humo denso, gris blanquecino ocultó el cielo en centenares de kilómetros a la redonda. Cualquiera que mirara el cielo encapotado durante el día, cuando el sol quedaba reducido a una enfermiza media luna, habría podido pensar que estaba ante un eclipse solar permanente. Cualquiera diría, comentó la madre a su asustada hija, que aquél era el fin del mundo descrito en el Apocalipsis:

—«Y fueron abrasados los hombres con fuego intenso. Y blasfemaron el nombre de Dios». ¡Pero es Dios quien nos ha blasfemado!

Los siniestros vientos de Santa Ana soplarían durante veinte días y veinte noches, arrastrando grava, arena, ceniza y el sofocante olor a humo, y cuando por fin se extinguieron los últimos fuegos, con la llegada de la lluvia, veintiocho mil hectáreas del condado de Los Ángeles habían quedado devastadas.

Para entonces, Gladys Mortensen llevaba casi tres semanas ingresada en el Hospital Psiquiátrico Estatal de Norwalk.

Ella era una niña pequeña y, en teoría, las niñas pequeñas no tienen necesidad de meditar, en especial las niñas bonitas de cabellos rizados no necesitan *preocuparse*, *inquietarse* o calcular; sin embargo, ella tenía el hábito de fruncir el entrecejo como una adulta en miniatura mientras formulaba preguntas del estilo de: ¿cómo *empieza* un incendio? ¿Hay una chispa que es la primera, la primera chispa de todas, surgida de la *nada*? No de una cerilla ni de un mechero, sino de la *nada*. ¿*Por qué*?

—Porque el fuego viene del sol. El sol es fuego. Y Dios también. Deposita tu fe en Él y te quemará hasta convertirte en cenizas. Tiende la mano para tocarlo y Él la abrasará. No existe un «Dios Padre»; prefiero creer en W. C. Fields. Él sí que existe. Me bautizaron en la religión cristiana

porque mi madre era una pobre ilusa, pero yo no soy tonta. Soy agnóstica. Creo que la ciencia es el único medio para salvar a la humanidad. Una cura para la tuberculosis y para el cáncer; la eugenesia para mejorar la especie; la eutanasia para los desahuciados. Pero mi fe no es muy firme, y la tuya tampoco lo será, Norma Jeane. Está claro que no estábamos destinadas a vivir en esta parte del mundo, el sur de California. Fue un error que nos asentáramos aquí. Tu padre —y en este punto la ronca voz de Gladys se endulzó, como ocurría siempre que hablaba del progenitor ausente de Norma Jeane, como si él estuviera cerca, escuchando— llama a Los Ángeles «la Ciudad de Arena». Está construida sobre la arena y es de arena. Es un desierto. Llueve menos de veinte centímetros cúbicos al año o, por el contrario, hay grandes inundaciones. Los seres humanos no deberían vivir en sitios semejantes. Por eso somos castigados, por nuestra arrogancia e insensatez. Terremotos, incendios y un aire sofocante. Algunos nacimos y moriremos aquí. Es un pacto que hemos hecho con el diablo.

Gladys hizo una pausa para recuperar el aliento. Mientras conducía, como hacía ahora, Gladys se quedaba sin aliento, como si el veloz movimiento del coche representara un esfuerzo físico, aunque había estado hablando con calma, con cordialidad incluso. Estaban en el oscurecido Coldwater Canyon Drive, encima de Sunset Boulevard, era la 1.35 de la madrugada de la primera noche completa de incendios en Los Ángeles, y Gladys había despertado a gritos a Norma Jeane para luego sacarla de la casa, descalza y en pijama, y obligarla a subir a su Ford de 1929, ordenándole que se diera *prisa, prisa, prisa* y no hiciera ruido para que los vecinos no la oyeran. Gladys llevaba un camisón de encaje negro que había cubierto apresuradamente con un deshilachado quimono verde, un antiguo regalo del señor Eddy; también ella iba descalza y sin medias, el pelo enmarañado recogido con un pañuelo y su escuálida cara cubierta de crema hidratante parecía una suntuosa máscara, que sólo ahora empezaba a tiznarse con la ceniza y el polvo arrastrados por el viento. ¡Qué viento, qué aire seco, abrasador, perverso soplaba en el cañón! Norma Jeane estaba demasiado asustada para llorar. ¡Tantas sirenas! ¡Tantos gritos masculinos! Extraños chillidos agudos que parecían de pájaros o animales (¿coyotes?).

Norma Jeane había visto la refulgente luz del fuego reflejada en las nubes, en el horizonte, más allá de Sunset Strip, en el cielo que se alzaba sobre lo que Gladys llamaba «las aguas curativas del Pacífico... demasiado lejanas», un cielo recortado al fondo por palmeras que se sacudían a merced del viento, unos árboles cuyas hojas secas, deshidratadas, estaban convirtiéndose en jirones. También había oído a humo (*no sólo a chamusquina en la cama de Gladys*) durante horas, aunque todavía no le había llamado la atención, ni siquiera le llamaba la atención ahora, porque *yo no era una niña inclinada a cuestionar las cosas, puede decirse que era una niña dócil, o más bien desesperadamente optimista*, a quien su madre llevaba ahora en un Ford en la dirección equivocada.

No se alejaba de las colinas salpicadas de incendios; se dirigía a ellas.

No se alejaba del ardiente y sofocante humo; avanzaba hacia él.

Sin embargo, Norma Jeane debió reconocer las señales: Gladys hablaba con serenidad. Con su tono agradable y coherente.

Cuando Gladys era ella misma, la auténtica Gladys, hablaba con voz monocorde e inexpresiva, una voz a la que parecían haber extraído todo vestigio de placer o emoción, como la última gota de humedad que se desprende de una manopla de baño al estrujarla con fuerza; en esos momentos no te miraba a la cara, tenía el poder de atravesarte con la mirada, como lo haría una máquina de sumar si tuviera ojos. Cuando Gladys no era ella misma, o empezaba a deslizarse en su no-yo, hablaba atropelladamente, con fragmentos de palabras que no alcanzaban a seguir el ritmo de su mente veloz y febril; o bien hablaba con calma, con lógica, como una de las maestras de Norma Jeane, constatando lo evidente.

—Es un pacto que hemos hecho con el diablo. Incluso aquellos que no creemos en él.

Gladys se giró de súbito y preguntó a Norma Jeane si la había estado escuchando.

—S-sí, madre.

¿El diablo? ¿Un pacto? ¿Cómo?

En la vera del camino había un objeto pálido y un tanto brillante, no un niño humano, sino probablemente una muñeca, una muñeca desechada,

aunque la primera y aterradora impresión era que se trataba de un bebé abandonado mientras sus padres huían de los incendios, pero debía de ser una muñeca, claro. Gladys no pareció verla al pasar a su lado, pero Norma Jeane sintió una punzada de horror: ¡había olvidado su muñeca sobre la cama! En medio de la confusión y el nerviosismo, cuando su madre la había despertado con brusquedad y conducido a toda prisa hasta el coche, entre las sirenas, las luces y el olor a humo, Norma Jeane había abandonado a la muñeca de rizos dorados a merced del fuego; ahora no tenía el pelo tan rubio como antes, su piel suave como la goma ya no era inmaculada, el gorro de encaje había desaparecido hacía tiempo y el camisón con estampado de flores y los escarpines blancos estaban irremediablemente sucios, pero Norma Jeane amaba a su muñeca, la única que tenía, su muñeca sin nombre, la muñeca de cumpleaños a quien nunca había puesto nombre y a quien se limitaba a llamar «Muñeca» o, con mayor frecuencia, tiernamente, «tú», como cuando uno habla con su imagen en el espejo, sin necesidad de un nombre formal. Ahora Norma Jeane gimoteó:

—¿Qué pasará si se quema la casa, ma-madre? ¡Me he dejado la muñeca!

Gladys resopló con desprecio.

—¡Esa muñeca! Sería una suerte para ti que se quemara. Le tienes un cariño malsano.

Gladys se concentró en la tarea de conducir. El Ford verde de 1929 era un vehículo de segunda o tercera mano, comprado por setenta y cinco dólares a un amigo que había pretendido demostrar con la venta su «compasión» por Gladys, una madre divorciada; no era un coche fiable: los frenos tenían sus peculiaridades y Gladys debía coger el volante por la parte superior, con ambas manos, e inclinarse para ver con claridad por encima del capó y de las finísimas grietas que surcaban el parabrisas como una telaraña. Se encontraba en un estado sereno, premeditado; se había zampado medio vaso de una bebida potente, destinada a tranquilizarla y darle seguridad, *ni gin, ni whisky, ni vodka*, pero esta noche conducir en el Strip y subir hacia las colinas era un desafío, pues había vehículos de emergencia con ensordecedoras sirenas y luces deslumbrantes, y en el

estrecho Coldwater Canyon Drive circulaban coches en dirección contraria, colina abajo; sus luces eran tan cegadoras que Gladys se maldijo por no llevar consigo las gafas de sol y Norma Jeane, espiando a través de sus dedos, vislumbró caras pálidas y ansiosas al otro lado de los parabrisas. *¿Por qué vamos cuesta arriba, por qué en esta noche de incendios?* fue una pregunta que la niña no formuló, acaso recordando que cuando la abuela Della estaba viva le había advertido que vigilara «los cambios de humor» de Gladys y la había obligado a prometerle que le telefonaría de inmediato cuando presintiera algún peligro.

—Si es necesario, iré en taxi, aunque me cueste cinco dólares —había dicho Della con seriedad.

No era su número el que había dado a la niña, puesto que Della no tenía teléfono, sino el del encargado del edificio, y Norma Jeane lo tenía grabado en su memoria desde que se había ido a vivir con Gladys, un año antes, cuando ésta la había llevado triunfalmente a su nueva residencia de Highland Avenue, cerca del Hollywood Bowl, y lo recordaría durante el resto de su vida —VB 3-2993—, aunque de hecho nunca se atrevió a llamar, y esa noche de octubre de 1934 la abuela Della llevaba varios meses muerta y el abuelo Monroe muchos más, de modo que no había nadie en ese número al que ella habría podido llamar si se hubiera atrevido a hacerlo.

No había nadie, en ningún número, a quien Norma Jeane pudiera llamar.

¡Mi padre! Si tuviera su número de teléfono, lo llamaría, estuviera donde estuviese. Diría: madre te necesita, por favor, ven a ayudarnos, y estaba convencida de que él habría venido, lo creía firmemente.

Más adelante, en la entrada de Mulholland Drive, había una barricada. Gladys maldijo —¡Maldita sea!— y frenó en seco. Pretendía seguir hasta lo alto de las colinas, muy por encima de la ciudad, a pesar del peligro, de las sirenas, de las ocasionales erupciones de llamas, del silbante y abrasador viento de Santa Ana que sacudía el coche incluso en los tramos resguardados de Coldwater Canyon Drive. En aquellas colinas aisladas y célebres, como en Beverly Hills, Bel Air y Los Feliz, estaban las residencias privadas de las «estrellas» de cine, delante de las cuales madre e hija pasaban a menudo en sus excursiones dominicales, siempre que Gladys

podía pagar la gasolina; momentos felices para ambas, *lo que hacíamos juntas en lugar de ir a la iglesia*, pero ahora era plena noche, el aire estaba cargado de humo y resultaba imposible ver las casas. Además, las residencias privadas de las estrellas debían de estar quemándose; de ahí la barricada en la carretera. Y de ahí que, unos minutos después, cuando Gladys intentó torcer hacia el norte por Laurel Canyon Drive, donde había luces de emergencia y vehículos aparcados, la detuvieran unos agentes uniformados.

Cuando le preguntaron con brusquedad adónde demonios iba y Gladys explicó que vivía en Laurel Canyon, que su residencia estaba allí y tenía todo el derecho de seguir hasta su casa, los agentes le preguntaron su dirección exacta.

—No es asunto suyo —respondió Gladys.

Ellos se acercaron más, alumbrándole la cara con la linterna, y con desconfianza y escepticismo preguntaron quién iba en el coche con ella.

—Bueno, no es precisamente Shirley Temple —contestó Gladys riendo.

Uno de los agentes, el ayudante del *sheriff* del condado de Los Ángeles, se aproximó para hablar con ella y miró fijamente a Gladys, que a pesar de su grasienta máscara de crema era una mujer elegante y bonita, una mujer con el aire enigmático de la Garbo, si no la mirabas muy de cerca: sus oscuros ojos dilatados parecían inmensos para su cara; su nariz era larga, huesuda, con la punta cérea, y sus labios carnosos estaban cubiertos de carmín; antes de huir en la noche, esa noche entre todas las noches, se había tomado el tiempo necesario para pintarse los labios, porque una nunca sabía cuándo sería observada y juzgada. El agente comprendió que algo iba mal: allí estaba esa mujer relativamente joven y trastornada, con un quimono de seda verde caído sobre un hombro, revelando algo parecido a un deshilachado camisón negro y unos pechos pequeños y flácidos. Junto a ella iba una niña con una enmarañada mata de rizos, descalza y en pijama; una niña menuda con cara de ángel, piel encendida y sucias mejillas surcadas por las lágrimas. Tanto la niña como la mujer tosían, y la segunda murmuraba para sí: estaba indignada, furiosa, era coqueta, evasiva, y ahora

insistía en que la habían invitado a una residencia privada en lo alto de Laurel Canyon:

—El propietario tiene una mansión a prueba de incendios. Mi hija y yo estaremos a salvo allí. No puedo decirle su nombre, agente, pero es un hombre famoso. Trabaja en la industria del cine. Esta niña es su hija. Los Ángeles es una ciudad de arena y no se mantendrá en pie mucho tiempo, *pero nosotras sobreviviremos*.

La ronca voz de Gladys tenía un dejo agresivo.

El agente informó a Gladys de que lo sentía, que tendría que volver atrás; esa noche no se autorizaba a nadie a subir a las colinas, estaban evacuando a las familias que vivían en las zonas altas y ella y su hija estarían más seguras en la ciudad.

—Vuelva a casa, señora, tranquilícese y meta a la niña en la cama. Es tarde.

Gladys estalló.

—No me hable con ese tono paternalista, agente. No me diga lo que tengo que hacer.

El policía quiso ver el permiso de conducir de Gladys y los papeles del coche. Ella respondió que no los llevaba consigo —era una emergencia, qué esperaba—, pero le enseñó el pase de La Productora; el agente se lo devolvió después de examinarlo brevemente, diciendo que Highland Avenue era un sitio seguro, al menos por el momento, de modo que tenía suerte y debía regresar a casa de inmediato. Gladys esbozó una sonrisa furiosa y dijo:

—La verdad, agente, es que quiero ver el infierno de cerca. Me gustaría asistir al preestreno.

Lo dijo con la voz grave y sensual de la Harlow y el súbito cambio de registro resultó desconcertante. El policía frunció el entrecejo mientras Gladys sonreía con aire seductor y se desataba el pañuelo de la cabeza, dejando caer la melena sobre los hombros. Gladys, que en el pasado vivía pendiente de su pelo, hacía meses que no se lo cortaba ni arreglaba, y sobre su sien izquierda caía un immaculado mechón blanco en zigzag, como un rayo de tebeo. Turbado, el agente repitió que Gladys debía regresar, podían

proporcionarle una escolta en caso necesario, pero era una orden y la arrestarían si desobedecía.

—¡Arrestarme! —rió Gladys—. ¡Por conducir mi coche! —luego añadió con más prudencia—: Lo lamento, agente. Por favor, no me arreste —y en un murmullo, como para que Norma Jeane no escuchara—: Ojalá me disparara.

El agente perdió la paciencia y dijo:

—Vuelva a casa, señora. Está bebida o drogada y esta noche no podemos perder el tiempo. Dice cosas que podrían perjudicarla.

Gladys asió el brazo del policía, que no era más que un hombre uniformado, un hombre de mediana edad con bolsas bajo los ojos, cara de agotamiento, placa brillante, un grueso cinturón de cuero alrededor del vientre y una pistola oculta en la funda; sentía compasión por la niña y por aquella mujer con la sucia cara untada de crema, ojos dilatados y aliento a alcohol —un aliento rancio, nada saludable—, pero quería que se marcharan de una vez: los demás agentes lo esperaban y tenía una larga noche en vela por delante. Se desasíó con suavidad de los dedos de Gladys, que añadió con actitud jovial:

—Aunque me disparara, agente, por ejemplo si intentara cruzar esa barricada, no dispararía a mi hija. Se convertiría en una huérfana. Es una huérfana. Pero no desearía que lo supiera aunque la quisiera. Quiero decir, aunque no la quisiera. Todos sabemos que nadie tiene la culpa de haber nacido.

—Tiene razón, señora. Ahora vuelva a casa, ¿de acuerdo?

Los policías del condado de Los Ángeles observaron cómo la conductora del Ford verde de 1929 batallaba por dar la vuelta en la estrecha carretera y cabecearon con una mezcla de compasión y perplejidad; cuánto se parecía esa escena a un *striptease*, pensó Gladys con indignación bajo la mirada atenta de esos desconocidos.

—Con sus secretos y sucios pensamientos masculinos.

Pero Gladys consiguió dar la vuelta y avanzó hacia el sur por Laurel Canyon, rumbo a Sunset y a la ciudad. Su cara grasienta brillaba y sus labios pintados temblaban de furia. Junto a ella, Norma Jeane estaba

paralizada, embargada por una confusa vergüenza adulta. Había oído a medias lo que Gladys había dicho al agente, pero no sabía si era verdad o si su madre estaba «actuando», como hacía a menudo durante esos incandescentes episodios en los que no era ella misma. Pero era un hecho, un hecho incuestionable como una escena de película, y había otros testigos de ello, que unos instantes antes su madre, Gladys Mortensen, tan orgullosa, independiente y leal a La Productora y decidida a convertirse en una «profesional» que no aceptaba la caridad de nadie, había sido objeto de *las miradas y la compasión de otros por comportarse como una loca*. ¡Era cierto! Norma Jeane se enjugó los ojos, que le escocían a causa del humo y no dejaban de lagrimear, pero no estaba llorando; sentía una vergüenza impropia de su edad, pero no lloraba; intentaba pensar: ¿era posible que su padre las hubiera invitado a su casa? ¿Había vivido todos aquellos años tan cerca de ellas, en lo alto de Laurel Canyon Drive? Pero entonces ¿por qué Gladys quería subir por Mulholland Drive? ¿Gladys había pretendido engañar, despistar, a los agentes? («Despistémoslos» era una de las expresiones favoritas de Gladys.) En las excursiones dominicales, cuando pasaban delante de las mansiones de las estrellas y «otros miembros de la industria del cine», Gladys a veces sugería quizá *tu padre* viva cerca, quizá *tu padre* haya asistido a una fiesta aquí, pero nunca daba más explicaciones; se suponía que había que tomarse esos comentarios a la ligera —o al menos no al pie de la letra—; eran insinuaciones, guiños, previsiblemente destinados a intrigar a la niña, pero nada más. De forma que Norma Jeane se preguntaba cuál era la verdad, o de hecho si existía una «verdad», pues la vida no era como un gigantesco puzzle. En un puzzle todas las piezas encajaban de manera armónica, maravillosa, al margen de si el paisaje que formaban era o no era hermoso como el reino de las hadas; lo único que importaba era que el cuadro completo estaba *ahí*: una podía verlo, admirarlo, incluso destruirlo, pero *estaba ahí*. En la vida, tal como había descubierto antes de cumplir los ocho años, nada estaba *ahí*.

Sin embargo, Norma Jeane recordaba a su padre inclinado sobre su cuna. Era una cuna de mimbre blanca con lazos rosas. Gladys se la había señalado en un escaparate.

—¿Ves esa cuna? Tú tenías una idéntica cuando eras pequeña. ¿Recuerdas?

Norma Jeane había negado con la cabeza en silencio. No, no lo recordaba. Pero más tarde la había visto en una especie de sueño, mientras fantaseaba en clase, arriesgándose a que la riñeran como sucedía a menudo (en su nueva escuela de Hollywood, donde no caía bien a nadie); entonces había recordado la cuna, pero sobre todo al padre risueño inclinado sobre ella y a Gladys apoyada sobre el brazo de él. La cara de su padre era redonda, huesuda, apuesta y propensa a reflejar una sutil ironía, parecida a la de Clark Gable, y su grueso cabello moreno se alzaba sobre la frente en un copete idéntico al de Gable. Tenía un bigote fino y elegante, su voz era grave y melodiosa como la de un barítono y le había prometido *Te quiero, Norma Jeane, y algún día regresaré a Los Ángeles a buscarte*. Luego la besaba dulcemente en la frente. Y Gladys, su adorada y sonriente madre, contemplaba la escena.

¡Tan vívida en su memoria!

Tanto más «real» que las cosas que la rodeaban.

—¿E-estaba ahí? —preguntó Norma Jeane de repente—. ¿Padre ha estado ahí todo el tiempo? ¿Por qué no ha venido a vernos? ¿Por qué no estamos con él?

Gladys no pareció oírla. Estaba perdiendo su incandescente energía. Sudaba bajo el quimono, despidiendo un olor penetrante y desagradable. Y sucedía algo raro con las luces del coche: los haces habían perdido intensidad, o bien los cristales estaban tiznados. El parabrisas también se hallaba cubierto por una fina película de ceniza. El viento abrasador sacudía el coche y junto a ellas pasaban sinuosas espirales de polvo. Al norte de la ciudad, los cúmulos de nubes estaban llenos de torbellinos de luz flamígera. Por todas partes se percibía un acre olor a quemado: pelo quemado, azúcar quemada, basura quemada, vegetación podrida, desperdicios. Hubiera querido gritar. ¡*Era insoportable!*

Fue entonces cuando Norma Jeane repitió sus preguntas en voz más alta, una ansiosa voz infantil con un timbre que, como debería haber

supuesto, su madre *no podía soportar*. Preguntó dónde estaba su padre. ¿Siempre había vivido tan cerca de ellas? Entonces, ¿por qué...?

—¡Calla!

Rápida como una serpiente de cascabel, la mano de Gladys soltó el volante y golpeó la febril cara de Norma Jeane. La niña gimoteó y se acurrucó en el asiento, doblando las rodillas contra el pecho.

Al pie de Laurel Canyon Drive había un desvío; tras seguirlo a lo largo de varias manzanas, Gladys, indignada y sollozando entre dientes, tomó un segundo desvío hasta que llegó a una calle más ancha que no reconoció; no sabía si era Sunset Boulevard, y si lo era, ¿hacia dónde debía girar para ir a Highland Avenue? Eran las dos de la madrugada de una noche extraña. Una noche desesperada. A su lado lloriqueaba una niña. Tenía treinta y cuatro años. Ningún hombre volvería a mirarla con deseo. Había entregado su juventud a La Productora, ¡y qué cruel recompensa recibía a cambio! Con ríos de sudor en la cara, condujo hasta el cruce y miró de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

—¡Dios mío! ¿Dónde está mi casa?

2

Érase una vez, en la arenosa costa del gran océano Pacífico, una ciudad.

Un lugar misterioso donde la luz era dorada sobre la superficie del mar. Donde el cielo por la noche era de tinta negra salpicada de estrellas. Donde el viento era cálido y suave como una caricia.

¡Donde una niña llegó hasta un Jardín Amurallado! La muralla era de piedra, medía seis metros de altura y estaba cubierta de hermosas buganvillas del color de las llamas. Desde el interior del Jardín Amurallado se oía el canto de los pájaros, música y el rumor de una fuente. Voces y risas de personas desconocidas.

Jamás podrás escalar esa muralla, pues no eres lo bastante fuerte; las niñas no son lo bastante fuertes; tu cuerpo es frágil y quebradizo como el de una muñeca; tu cuerpo es una muñeca; es para que otros lo admiren y lo

mimen; para que lo usen otros, no tú; es una fruta voluptuosa que morderán y saborearán otros; tu cuerpo es para otros, no para ti.

La niña prorrumpió en llanto. Tenía el corazón roto.

Entonces apareció su hada madrina y le dijo: ¡hay un camino secreto que conduce al Jardín Amurallado!

Hay una puerta oculta en la muralla, pero debes esperar como una niña buena hasta que se abra. Has de aguardar con paciencia y en silencio. No debes llamar a la puerta como un niño travieso. No tienes que llorar ni gritar. Tendrás que ganarte al guardián: un gnomo viejo y feo de piel verdosa. Has de lograr que se fije en ti, que te admire. Debes conseguir que te desee, entonces te amará y te dejará entrar. ¡Sonríe! ¡Sonríe y sé feliz! ¡Sonríe y desnúdate! Pues tu Amiga Mágica del Espejo te ayudará. Porque tu Amiga Mágica es muy especial. El viejo y feo gnomo de piel verde se enamorará de ti y la puerta oculta de la muralla se abrirá sólo para *ti*, que penetrarás en el jardín riendo de felicidad; en el interior del Jardín Amurallado habrá rosas bellísimas, colibríes y tangaras, música y una fuente cantarina, y tus ojos se llenarán de admiración porque el viejo y feo gnomo de piel verde es en realidad un príncipe desfigurado mediante un cruel hechizo, un príncipe que se arrodillará ante ti y te pedirá en matrimonio, y viviréis felices para siempre en su reino del Jardín; *nunca volverás a sentirte sola, desdichada niña*.

Siempre y cuando permanezcas en el interior del Jardín Amurallado con el príncipe.

3

—¿Norma Jeane? Ven *ahora* mismo.

El verano anterior, la abuela Della llamaba a Norma Jeane a menudo, demasiado a menudo, desde la puerta del edificio. Ahuecaba las manos como una bocina alrededor de la boca y gritaba a voz en cuello. La anciana parecía cada vez más preocupada por su nieta, como si ella, y sólo ella, conociera una verdad que estaba a punto de precipitarse sobre ambas.

Pero yo me escondí, como una niña mala, la última vez que la abuela me llamó.

Era un día como otro cualquiera. Casi. Norma Jeane jugaba con sus amigas en la playa cuando oyó la voz, que parecía caer del cielo como un pájaro que desciende en picado.

—¡Norma Jeane! ¡NORMA JE-ANE!

Las otras dos niñas miraron a Norma Jeane y rieron, quizá compadeciéndose de ella. Norma Jeane frunció el labio inferior y continuó cavando en la arena. *¡No iré! No puede obligarme.*

En el barrio todos conocían a Della Monroe, un personaje al estilo de «Ana, la del remolque». Solía vérsela en la Iglesia Cristiana Renacer, donde (¡los testigos lo juraban!) sus gafas emanaban vapor cuando ella cantaba. Y con qué desparpajo empujaba luego a Norma Jeane al frente, delante de los demás, para que el joven pastor rubio admirara a la niña de melena rizada a lo Shirley Temple y primoroso vestido, cosa que él hacía invariablemente, sonriendo.

—Dios la ha bendecido, Della Monroe. Debe de estarle muy agradecida.

Della reía y suspiraba. Ella no aceptaba ni siquiera un cumplido sincero sin una respuesta maliciosa.

—Lo estoy, aunque su madre no.

La abuela Della no era de las que malcrían a los niños. Creía que había que obligarlos a trabajar desde jóvenes, como había hecho ella toda su vida. Ahora que su marido había muerto y su pensión era «miserable» —«habas contadas»—, continuaba trabajando.

—¡No habrá paz para los malvados!

Planchaba para una lavandería de Ocean Avenue, cosía para la modista local y de tanto en tanto, cuando no tenía más remedio, cuidaba niños en casa: *se las apañaba*. Había nacido en la *frontera* y no era un *delicado lirio* como esas ridículas mujeres de las películas o como su propia neurótica hija. Ah, cuánto odiaba Della Monroe a Mary Pickford, «la novia de América». Hacía tiempo que apoyaba la decimonovena enmienda, que concedía a las mujeres el derecho de sufragio, y había votado en todas las elecciones desde el otoño de 1920. Era lista, mordaz e irascible, y aunque

detestaba las películas porque eran engañosas como una moneda falsa, admiraba a James Cagney en *El enemigo público*, que había visto tres veces; ese enano pendenciero siempre dispuesto a atacar a sus enemigos pero resignado a su destino: que lo envolvieran en vendas como a una momia y lo abandonaran en un portal cuando le llegara la hora. También admiraba al niño asesino de *Hampa dorada*, Edward G. Robinson, que farfullaba torciendo sus labios de niña. Los dos eran lo bastante hombres para aceptar la muerte cuando les llegara la hora.

Cuando te llega la hora, te llega. La abuela Della parecía creer que éste era un hecho alentador.

A veces, después de que Norma Jeane la ayudara a limpiar el piso durante toda la mañana, lavando y secando platos, Della la premiaba llevándola a dar de comer a los pájaros. ¡Los momentos más felices de la niña! Ella y la abuela arrojaban migas de pan en el suelo cubierto de arena de un descampado cercano y observaban cómo bajaban los pájaros, cautelosos pero hambrientos, entre frenéticos aleteos y rápidos picotazos. Palomas, torcazas, oropéndolas, alborotadores arrendajos. Bandadas de curruacas de cabeza negra. Y en los arbustos, entre las campanillas, colibríes apenas más grandes que abejorros. Della decía que este minúsculo pájaro se distinguía por su capacidad para volar hacia atrás y hacia los lados, a diferencia de cualquier otra especie; era un «diablillo astuto» casi doméstico, pero se negaba a comer migas de pan o semillas. Norma Jeane estaba fascinada por aquellas aves de iridiscentes plumas rojas y verdes que brillaban bajo el sol como el metal y aleteaban con tanta rapidez que sus alas se desdibujaban; los picos finos como agujas se hundían en las flores tubulares para libar su néctar mientras los pájaros permanecían suspendidos en el aire. ¡Y después desaparecían con tanta rapidez!

—¿Adónde van, abuela?

Della se encogía de hombros. Ya había renunciado al papel de la abuela que conforta a una niña solitaria.

—¿Quién sabe? Allí adonde vayan los pájaros.

Después de su muerte, se dijo que Della Monroe había envejecido tras el fallecimiento de su esposo. Aunque mientras estaba vivo, Della se quejaba de él ante cualquiera que quisiera escucharla: de su afición por la bebida, «sus pulmones enfermos», «sus malos hábitos». A pesar del sobrepeso de Della, de su cara permanentemente encarnada debido a la hipertensión, no había cuidado su salud.

Como una vela henchida por el viento recorría el barrio en busca de su nieta. Poco después de darle permiso para salir a jugar, quería que volviera a casa. Decía que pretendía salvar a la niña de las garras de su hija:

—Esa que rompió el corazón de su propia madre.

Aquella tarde de agosto brillaba un sol de justicia y hacía tanto calor que nadie, salvo algunos niños que jugaban detrás del edificio, había salido a la calle. La abuela Della tuvo la premonición de que iba a ocurrir algo, algo malo, de modo que se aventuró al bochorno gritando «¡Norma Jeane! ¡Norma Je-ane!» con el peculiar tono que los demás llamaban «el golpe del cuchillo del carnicero», uno-dos-tres, uno-dos-tres, llamando desde el camino de la entrada, desde el callejón adyacente, desde el descampado, mientras Norma Jeane y sus amigas corrían a esconderse entre risitas ahogadas. *No respondí. No podía obligarme.* Sin embargo, Norma Jeane adoraba a su abuela, la única persona que la quería de verdad, la única persona que la amaba sin hierirla y que sólo pretendía protegerla. Pero cuando los niños del barrio se burlaban de Della, llamándola «gorda elefanta vieja», la niña se sentía avergonzada.

Así que Norma Jeane se escondió. Más tarde, después de un rato sin oír los gritos de Della, decidió volver a casa y subió desde la playa con el aspecto de una salvaje, la sangre palpitando en sus oídos. En el camino, una vieja de la edad de su abuela la riñó:

—¡Eh, tú! ¡Tu abuela te ha estado llamando, señorita!

Norma Jeane entró en el edificio y subió corriendo hasta el tercer piso, como había hecho tantas veces, pero a sabiendas de que esta ocasión sería diferente, porque reinaba un silencio absoluto, el silencio de las películas antes de una sorpresa, a menudo una sorpresa que te hacía gritar, para la

cual no podías prepararte. ¡Oh, vaya! La puerta del piso de la abuela estaba abierta. Eso era un mal presagio. Norma Jeane lo sabía. Y también sabía lo que iba a encontrar dentro.

Porque la abuela se había caído otras veces, cuando yo estaba en casa. Se mareaba súbitamente y perdía el equilibrio. Yo la encontraba tendida en el suelo de la cocina, aturdida, gimiendo y respirando con dificultad, sin saber qué le había pasado, y la ayudaba a levantarse, a sentarse en una silla, le daba sus píldoras y cubitos de hielo envueltos en un paño para que se los pusiera en la frente caliente; sentía miedo, pero después de un rato ella sonreía y yo sabía que todo marchaba bien.

Sin embargo, esta vez no fue así. La abuela estaba en el suelo del cuarto de baño, un cuerpo pesado y sudoroso encajado entre la bañera y la taza, ambos escrupulosamente lavados esa misma mañana; el olor a desinfectante era un reproche a la debilidad humana y allí estaba Della, tendida de lado como una ballena en la playa, con la enorme cara salpicada de manchas rojas, los ojos entornados y vidriosos, resollando.

—¡Abuela! ¡Abuela!

Era una escena de película y sin embargo real. La abuela Della buscó a tientas la mano de Norma Jeane, como si quisiera que la ayudara a levantarse. Emitía un sonido ahogado, gutural, ininteligible al principio. No estaba enfadada ni la reñía. ¡Aquello no estaba bien!, Norma Jeane lo sabía. Se arrodilló junto a su abuela y percibió el nauseabundo olor de la carne condenada —a sudor, gases, flojera intestinal—, lo reconoció de inmediato como el hedor de la muerte y rompió a llorar.

—¡No te mueras, abuela!

La moribunda atenazó la mano de Norma Jeane en un espasmo tan violento que prácticamente le rompió los dedos y atinó a decir, cada palabra detonante y laboriosa como un clavo martillado con tremenda fuerza:

—Que Dios te bendiga, hija. Te quiero.

*¡La abuela ha muerto por mi culpa!
No seas ridícula. Nadie ha tenido la culpa.
No le hice caso cuando me llamó. Fui una niña mala.
Mira, la culpa es de Dios. Ahora vuelve a dormirte.
¿La abuela puede oírnos, madre?
¡Por Dios! ¡Espero que no!
Lo que le pasó fue culpa mía. Ay, mamáíta...
¡Yo no soy mamáíta, imbécil! A tu abuela le llegó la hora; eso es todo.*

Usó los huesudos codos para apartar a la niña. Se resistía a abofetearla porque no quería usar sus manos descamadas y enrojecidas.

(¡Las manos de Gladys! La atormentaba la idea de que los productos químicos se hubieran filtrado en sus huesos, provocándole un cáncer.)

Y no me toques, maldita seas. Sabes que no lo soporto.

Tiempos difíciles para los nacidos bajo el signo de Géminis. Los trágicos gemelos.

Cuando recibió la llamada en el laboratorio de corte de negativos, Gladys se asustó tanto que tuvieron que ayudarla a llegar al teléfono. Su supervisor, el señor X —que en un tiempo había estado enamorado de ella; sí, le había suplicado que se casara con él y habría dejado a su familia por Gladys en 1929, cuando ella era su ayudante, antes de que la bajaran de categoría *no por culpa suya*, sino debido a su enfermedad—, le alargó el auricular en silencio. El cable de goma estaba retorcido como una serpiente; estaba vivo, aunque Gladys se negó estoicamente a reconocerlo. Le lloraban los ojos a consecuencia de los corrosivos productos con los que había estado trabajando (una tarea que debería haber quedado en manos de un empleado de rango inferior, pero Gladys se negaba a dar al señor X la satisfacción de quejarse) y en sus oídos sonaba un suave rumor, como el de unas voces de película murmurando: *¡Ahora!, ¡ahora!, ¡ahora!, ¡ahora!*, pero también hizo caso omiso de ellas. A los veintiséis años, después del nacimiento de su última hija, se había convertido en una experta en negar, desdeñar las inoportunas voces que se infiltraban en su mente y que sabía que no eran reales; pero a veces la pillaban cansada, y una de ellas

destacaba, como la emisora de una radio que de súbito transmite sus ondas con mayor potencia. Si le hubieran preguntado, habría respondido que esa «llamada urgente» tenía relación con su hija Norma Jeane. (Sus otras hijas, que vivían con su padre en Kentucky, habían desaparecido de su vida. El padre se las había llevado, aduciendo que ella era una «enferma». Y quizá tuviera razón.) *Le ha ocurrido algo a su hija. Lo lamento mucho. Ha sido un accidente.* Sin embargo, se trataba de su madre. ¡De Della! ¡Della Monroe! *Le ha ocurrido algo a su madre. Lo lamento mucho. ¿Podría venir lo antes posible?*

Gladys soltó el auricular, dejando que colgara del enroscado cable. El señor X tuvo que sujetarla para evitar que cayera desmayada al suelo.

Dios, se había olvidado de Della. De su propia madre, Della Monroe. Al apartarla de sus pensamientos, la había dejado indefensa ante la adversidad. Della Monroe, nacida bajo el signo de Tauro. (Su padre había muerto el invierno anterior. En aquel momento Gladys sufría un virulento ataque de migraña y no había podido asistir al entierro ni acercarse a Venice Beach para ver a su madre. De alguna manera había conseguido olvidar a Monroe, su padre, pensando que Della lloraría su muerte por las dos. Y si Della se enfadaba con ella, eso la ayudaría a no pensar en lo que significaba ser viuda. Gladys llevaba años contándoles a sus amistades: «Mi pobre padre murió en la batalla de Argonne. Gaseado. De hecho, no llegué a conocerlo».) En los últimos años, Gladys había sido incapaz de amar a Della; el amor resultaba agotador y exigía demasiado esfuerzo, pero siempre había supuesto que Della, siendo como era, la sobreviviría. Que sobreviviría incluso a la huérfana Norma Jeane, que estaba bajo sus cuidados. Gladys no había querido a Della porque le asustaban sus críticas. *Ojo por ojo y diente por diente. Toda madre que abandona a sus hijos deberá pagar por ello.* O acaso sí había amado a Della, pero su amor había sido belicoso, inapropiado para protegerla de la adversidad.

Porque *el amor es precisamente eso.* Una protección contra la adversidad.

Si existe la adversidad, fue un *amor inapropiado.*

La pequeña Norma Jeane, a quien resultaba difícil no culpar, que había encontrado a su abuela moribunda en el suelo, no había sufrido daño alguno.

Fue como si a la abuela «le cayera un rayo», diría Norma Jeane.

Pero el rayo no había alcanzado a Norma Jeane, y Gladys decidió dar gracias por ello.

Supuso que era una señal, como también lo era el hecho de que ella y Norma Jeane fueran géminis, del mes de junio, mientras que Della, con quien resultaba imposible entenderse, había nacido bajo el signo de Tauro, el más distante de Géminis. *Los polos opuestos se atraen; los polos opuestos se repelen.*

Sus otras hijas tenían signos muy diferentes. Para Gladys era un alivio que vivieran a muchos kilómetros de distancia, en Kentucky, lejos de la influencia de su madre enferma. Ahora pertenecían por completo al padre. ¡Se salvarían!

Naturalmente, Gladys llevó a Norma Jeane a su casa. No iba a dejar a una niña de su propia sangre en un hogar de acogida ni en un orfanato del condado de Los Ángeles, donde Della siempre insinuaba maliciosamente que habría acabado *de no ser por ella*. Gladys hubiera deseado creer en el cielo de los cristianos y saber que Della las miraba desde allí, que veía cómo ella y Norma Jeane vivían en el edificio de apartamentos de Highland Avenue, contrariada porque sus predicciones no se habían hecho realidad. *¿Lo ves? No soy una mala madre. He sido débil. He estado enferma. Los hombres me han maltratado. Pero ahora estoy bien. ¡Soy fuerte!*

Sin embargo, la primera semana de convivencia con Norma Jeane fue una pesadilla. ¡Compartían unas habitaciones tan pequeñas en el fondo de un edificio de apartamentos que apestaba a humedad! Dormían en la misma desvencijada cama. Si es que Gladys conseguía dormir. La enfurecía el hecho de que su propia hija parecía tenerle miedo. Se estremecía y se encogía ante ella como un perro apaleado. *No es culpa mía que se haya muerto tu adorada abuela. ¡Yo no la maté!* No soportaba los lloriqueos de la niña, ni sus constantes mocos, ni la manera en que, como una huerfanita de película, abrazaba a su ahora andrajosa y sucia muñeca.

—¡Esa basura! ¿Todavía la conservas? ¡Te prohíbo hablar con ella! ¡Es el primer paso hacia...!

Gladys se detuvo, incapaz de nombrar su peor temor. (¿Por qué detestaba tanto esa muñeca?, se preguntaba. Al fin y al cabo, ella misma se la había regalado a Norma Jeane por su cumpleaños. ¿Tenía celos de la atención que le dedicaba la niña? La muñeca de cabello rubio, inexpresivos ojos azules y sonrisa inerte *era* Norma Jeane..., ¿de eso se trataba? Gladys se la había regalado casi en broma; un amigo le había entregado la muñeca diciendo que la había encontrado en algún sitio, pero conociendo a aquel cabeza loca, Gladys suponía que la había visto en un coche o en un portal y que, perverso como Peter Lorre en *M, el vampiro de Düsseldorf*, se la había robado a su pequeña propietaria, rompiéndole el corazón.) Sin embargo, no podía quitarle el maldito juguete a la niña. Al menos por el momento.

5

Madre e hija vivían juntas valientemente, en la época de los vendavales de Santa Ana, del asfixiante aire cargado de humo y de los fuegos del infierno del otoño de 1934.

Convivían en tres habitaciones de un edificio de apartamentos situado en el 828 de Highland Avenue, Hollywood.

—A cinco minutos andando del Hollywood Bowl —decía Gladys a menudo, aunque lo cierto es que nunca iban andando al Hollywood Bowl.

La madre tenía treinta y cuatro años y la hija, ocho.

En este punto había una sutil distorsión, como en un espejo de un parque de atracciones en el que uno acaba confiando, aunque no debería, porque es casi normal. ¡Gladys, treinta y cuatro años! ¡Si su vida todavía no había empezado! Había tenido tres bebés, pero se los habían arrebatado —en cierto modo, habían desaparecido—, y ahora esta niña de ocho años con ojos tristes, esta criatura a un tiempo joven y vieja, era un reproche que no podía soportar, aunque no tenía más remedio que hacerlo, porque, como

Gladys solía decir a su hija: *Sólo nos tenemos la una a la otra. Estaremos juntas mientras yo tenga fuerzas suficientes para seguir adelante.*

Los incendios no sorprendieron a Gladys. Los castigos merecidos nunca son inesperados.

Sin embargo, mucho antes de los incendios de Los Ángeles en 1934, en el sur de California se respiraba una amenaza en el aire. No era preciso que los vientos soplaran desde el desierto de Mojave para saber que pronto se desataría un caos incontrolable. Se veía en las caras perplejas y ajadas de los vagabundos (como los llamaban) en las calles. Se veía al atardecer, en ciertas demoníacas formaciones de nubes encima del Pacífico. Se intuía en las insinuaciones crípticas, las sonrisas reprimidas y las risas apagadas de ciertas personas de La Productora en las que en un tiempo Gladys había confiado. Era conveniente no oír las noticias de la radio. Evitar echar un vistazo siquiera a la sección de noticias de cualquier periódico, incluido el *L. A. Times*, que a menudo aparecía en algún rincón del edificio de apartamentos (¿lo dejaban allí deliberadamente para provocar a los inquilinos más sensibles, como Gladys?), porque una no quería enterarse de las alarmantes estadísticas sobre el paro en Estados Unidos, las familias desalojadas y sin techo, los suicidios causados por la bancarrota, los veteranos de la Primera Guerra Mundial que habían quedado lisiados, desempleados y sin «esperanza». No convenía leer las noticias procedentes de Europa. De Alemania.

La próxima guerra será aquí mismo. Entonces no nos salvaremos.

Gladys cerró los ojos y sintió una punzada de dolor. Rápida como la primera señal de una migraña. Esa convicción no la había pronunciado ella, sino una autorizada voz radiofónica.

Por todas estas razones Gladys llevó a Norma Jeane a vivir con ella al edificio de apartamentos de Highland Avenue, pese a que aún trabajaba muchas horas en La Productora, vivía con el continuo terror de que la despidieran (en esos tiempos proliferaban las cesantías y despidos en los estudios cinematográficos de Hollywood) y el mundo era una carga tan pesada sobre sus hombros que algunas mañanas debía hacer un esfuerzo sobrehumano para levantarse de la cama. Sin embargo, había decidido que

sería una «buena madre» para su hija en el poco tiempo que les quedaba. Porque si la guerra no estallaba en Europa o en el Pacífico, sin duda lo haría en el cielo: H. G. Wells había profetizado semejante horror en *La guerra de los mundos*, una obra que, por alguna razón misteriosa, Gladys conocía prácticamente de memoria, igual que algunos pasajes de *La máquina del tiempo*. (Creía recordar que el padre de Norma Jeane le había regalado éstas y otras novelas de Wells junto con algunos libros de poesía, pero lo cierto era que se los había entregado «para que se instruyera» un colega de La Productora que había sido amigo del padre de Norma Jeane y que había trabajado allí durante una breve temporada a mediados de la década de los veinte.) Una invasión de los marcianos, ¿por qué no? Cuando atravesaba una de sus etapas eufóricas, Gladys creía en los signos del zodiaco y en la poderosa influencia de las estrellas y los planetas sobre la humanidad. Era lógico que en el universo existieran otros seres y que éstos, a imagen y semejanza de su Creador, tuvieran un cruel interés predatorio por la humanidad. Una invasión semejante en el sur de California cuadraba perfectamente con las predicciones del Apocalipsis, que en opinión de Gladys era el único libro convincente de la Biblia. En lugar de ángeles iracundos empuñando espadas de fuego, ¿por qué no feos marcianos con forma de setas blandiendo invisibles rayos de calor que «estallaban en llamas» al tocar a sus blancos humanos?

Pero ¿creía de verdad Gladys en los marcianos?, ¿en una posible invasión desde el cielo?

—Estamos en el siglo xx. Las cosas han cambiado desde el reino de Yahvé, y los cataclismos también.

Nadie sabía si Gladys pretendía bromear y provocar o si hablaba en serio. Hacía estas declaraciones con la seductora voz de la Harlow y el dorso de la mano en su delgada cadera. Con la mirada brillante, fija e impasible. Sus húmedos labios rojos parecían hinchados. Norma Jeane descubrió con inquietud que los demás adultos, en especial los hombres, miraban a su madre con la misma fascinación con que se mira a alguien que se asoma con excesiva audacia a una ventana alta o acerca demasiado el pelo a la llama de una vela. Los cautivaba a pesar del mechón blanco que

cruzaba su frente (y que Gladys se negaba a teñirse para demostrar su «desdén»), de sus violáceas y rugosas ojeras y del temblor febril de su cuerpo. Gladys *interpretaba escenas* en el vestíbulo del edificio de apartamentos, en el sendero de la entrada, en la calle y en cualquier sitio donde encontrara a alguien que la escuchara. Cualquiera que supiera algo de cine sabría cuándo Gladys *interpretaba una escena*. Porque incluso las escenas sin sentido tenían la virtud de llamar la atención, y eso la ayudaba a tranquilizarse. También resultaba excitante que gran parte de esa atención fuera de naturaleza erótica.

Erótica: significa que te «desean».

Porque la locura, o la locura femenina, es seductora, sensual.

Siempre que la mujer en cuestión sea razonablemente joven y atractiva.

A Norma Jeane, que era una niña tímida y a menudo pasaba inadvertida, le gustaba que los demás adultos, en especial los hombres, demostraran tanto interés por su madre. Si la risa nerviosa y las continuas gesticulaciones de Gladys no los hubieran ahuyentado tras el interés inicial, *ella habría conseguido enamorar a otro hombre. Puede que hubiera encontrado marido. ¡Nos habrían salvado!* Pero lo que a Norma Jeane no le gustaba era que, después de aquellas hilarantes escenas públicas, cuando volvía a casa, Gladys solía tomar un puñado de píldoras y tenderse sobre la cama de bronce, donde permanecía temblando durante horas, sin sentido, despierta pero con los ojos nublados como por una película de moco. Si Norma Jeane intentaba aflojarle la ropa, cabía la posibilidad de que Gladys la maldijera y le pegara. Si trataba de quitarle los ceñidos zapatos de tacón, Gladys podía darle un puntapié.

—¡No! ¡No me toques! ¡Podría contagiarte la lepra! Déjame en paz.

Si hubiera puesto más empeño en conquistar a aquellos hombres... Quién sabe. ¡Tal vez habría funcionado!

Allí donde estés, estaré yo. Incluso antes de que llegues al lugar adonde te diriges, yo estaré allí, esperando.

Estoy en tus pensamientos, Norma Jeane. Siempre estaré allí.

¡Qué bonitos recuerdos! Se sentía privilegiada.

Era la única niña de la Escuela Elemental de Highland que tenía «dinero propio» —guardado en un monederito de raso de color rojo fresa— para pagarse el almuerzo en la tienda de la esquina. Pasteles de fruta y una naranjada. A veces un paquete de galletas rellenas de mantequilla de cacahuete. ¡Qué delicia! Años después se le hacía la boca agua al recordar aquellas golosinas. Algunos días, a la salida de la escuela —incluso en invierno, cuando oscurecía pronto—, Norma Jeane tenía permiso para recorrer sola los casi cuatro kilómetros que la separaban del Teatro Egipcio de Grauman, situado en Hollywood Boulevard, donde podía ver dos películas por la módica cantidad de diez centavos.

¡La Bella Princesa y el Príncipe Encantado! Al igual que Gladys, siempre estaban esperándola para consolarla.

—No menciones a nadie tus visitas al cine.

Gladys enseñaba a Norma Jeane a no hacer confidencias; no se podía confiar en nadie, ni siquiera en los amigos. Podían interpretar mal la situación y juzgar a Gladys con dureza. Pero Gladys a menudo debía quedarse a trabajar hasta muy tarde. Había ciertas tareas de «revelado» que sólo Gladys Mortensen podía hacer, su supervisor dependía de ella. Sin su colaboración, algunos éxitos de taquilla como *Popurrí*, con Dixie Lee, y *Kiki*, con Mary Pickford, habrían sido un fracaso. Además, Gladys insistía en que la niña estaría segura en el Teatro Egipcio.

—Siéntate cerca del final, junto al pasillo. Mira directamente a la pantalla y quéjate al acomodador si alguien te molesta. No mires a nadie a los ojos y *jamás* subas al coche de un desconocido.

Que yo recuerde, nunca me ocurrió nada malo.

Porque ella siempre estaba conmigo. Y él también.

El Príncipe Encantado. Si ese hombre existía, estaría en un sueño de película. Tu corazón se aceleraba cuando te aproximabas al Teatro Egipcio, que parecía una catedral. Lo veías por primera vez en los carteles del

exterior, bellas y relucientes fotografías protegidas por un cristal, como una obra de arte digna de admiración. *Fred Astaire, Gary Cooper, Cary Grant, Charles Boyer, Paul Muni, Fredric March, Lew Ayres, Clark Gable*. Dentro, en la pantalla, él se vería gigantesco y al mismo tiempo íntimo, ¡tan cercano que una tenía la impresión de que bastaría con alargar la mano para tocarlo! Incluso mientras hablaba con otros, mientras abrazaba y besaba a las hermosas mujeres, se estaba definiendo a sí mismo para *ti*. Y aquellas mujeres también estaban lo bastante cerca para tocarlas, eran visiones de ti misma, como las de un espejo del reino de las hadas, Amigas Mágicas encarnadas en otros cuerpos, con caras que de alguna manera, misteriosamente, eran la tuya. O que algún día serían la tuya. *Ginger Rogers, Joan Crawford, Katharine Hepburn, Jean Harlow, Marlene Dietrich, Greta Garbo, Constance Bennett, Joan Blondell, Claudette Colbert, Gloria Swanson*. Las historias se mezclaban como sueños soñados en una desconcertante sucesión. Había alegres y estridentes bandas musicales, tristes dramas, comedias disparatadas, historias de aventuras, guerras, tiempos lejanos..., visiones oníricas en las que las mismas e imponentes caras aparecían y reaparecían una y otra vez. Con distintos papeles y vestuarios, habitando destinos diferentes. ¡Allí estaba! *El Príncipe Encantado*.

Y su Princesa.

Allí donde estés, estaré yo. Pero en el colegio esto no era cierto.

En el edificio de apartamentos del 828 de Highland Avenue sólo vivían adultos, a excepción de Norma Jeane, la bonita niña de cabellos rizados que había robado el corazón a todos los inquilinos. («Con todos esos personajes entrando y saliendo, no es el sitio más apropiado para una niña», dijo cierta vez una vecina a Gladys. «¿A qué te refieres con eso de “personajes”? —replicó Gladys—. Todos trabajamos en La Productora». «Eso es precisamente lo que quiero decir —dijo la mujer con una risa sugestiva—. Todos trabajamos en La Productora».) Pero en el colegio había otros niños.

¡Yo les tenía miedo! A aquellos que tenían carácter fuerte había que ganárselos con rapidez. No te daban una segunda oportunidad. Si no tenías

hermanos, estabas sola. Yo era una extraña para ellos. Supongo que estaba demasiado empeñada en caerles bien. Me llamaban Ojos de Sapo y Cabezona, nunca entendí por qué.

Gladys decía a sus amigas que estaba «obsesionada» por la «deficiente educación» de su hija, pero lo cierto es que sólo visitó la Escuela Elemental de Highland en una ocasión durante los once meses que Norma Jeane pasó allí, y únicamente porque la habían citado.

El Príncipe Encantado no tenía cabida allí.

Norma Jeane no conseguía imaginarlo en el colegio, ni siquiera en sus fantasías, ni siquiera si cerraba los ojos con fuerza. Él la esperaba en el sueño de película, que formaba parte de su dicha secreta.

7

—Tengo planes para ti, Norma Jeane. Para *nosotras*.

Un piano Steinway blanco tan hermoso que Norma Jeane lo miró fascinada, rozando la reluciente superficie con dedos reverentes: ¿era para ella?

—Tomarás lecciones de piano, como siempre he querido hacer yo.

El salón del apartamento de tres habitaciones de Gladys era pequeño y estaba atestado de muebles, pero habían hecho sitio para el instrumento, «otrora propiedad de Fredric March», como alardeaba Gladys con frecuencia.

El distinguido señor March, que se había hecho célebre gracias al cine mudo, ahora estaba contratado por La Productora. Había «entablado amistad» con Gladys en la cafetería y le había vendido el piano «a un precio considerablemente módico», como un favor especial, sabedor de que ella no tenía mucho dinero; en otra de las versiones de Gladys, el señor March le había regalado el piano sin más, como «muestra de su aprecio». (Gladys llevó a Norma Jeane al Teatro Egipcio de Grauman a ver a Fredric March en *La reina de Nueva York*, con Carole Lombard; madre e hija vieron la película tres veces.)

—Tu padre se pondría celoso si se enterara —comentó misteriosamente Gladys.

Puesto que todavía no podía pagar a un profesional para que enseñara piano a Norma Jeane, se encargó de que le diera clases otro inquilino del edificio, un inglés llamado Pearce que hacía de doble de Charles Boyer y de Clark Gable. Era un hombre apuesto, de estatura media y bigote fino. Sin embargo, no transmitía calor, no tenía «presencia». Norma Jeane trató de complacerlo practicando diligentemente sus lecciones; le encantaba tocar el «piano mágico» cuando estaba sola, pero los suspiros y muecas del señor Pearce la intimidaban. Pronto adquirió el vicio de repetir notas de forma compulsiva.

—Querida, no debes *tartamudear* con las teclas —la reñía el señor Pearce con su impecable dicción y característico sarcasmo—. Ya es bastante desafortunado que destroces la lengua inglesa con tus tartamudeos.

Gladys, que tocaba «de oído», trató de enseñar a Norma Jeane lo que sabía, pero sus lecciones eran aún más exasperantes que las del señor Pearce.

—¿Es que no te das cuenta cuando tocas la nota equivocada? ¿No tienes oído musical? ¿O eres *sorda*?

A pesar de todo, Norma Jeane continuó recibiendo lecciones esporádicamente. También asistía a ocasionales clases de canto, impartidas por una amiga de Gladys, otra inquilina de la casa de huéspedes que trabajaba en el departamento de música de La Productora. La señorita Flynn dijo a Gladys:

—Tu hija es una niña dulce y sincera. Pone mucho empeño. Más que cualquiera de las cantantes jóvenes que trabajan en La Productora. Pero con franqueza —añadió en voz baja para que Norma Jeane no la oyera—, no tiene voz.

—La tendrá —replicó Gladys.

Era lo que hacíamos juntas en lugar de ir a la iglesia. Nuestro culto.

Los domingos, cuando Gladys tenía dinero para comprar gasolina, o un amigo que se lo proporcionara, llevaba a Norma Jeane a ver las casas de las

«estrellas» en Beverly Hills, Bel Air, Los Feliz y Hollywood Hills. Lo hizo con regularidad durante la primavera, el verano y el seco otoño de 1934. Gladys hablaba con voz de *mezzosoprano*, cargada de orgullo. La residencia palaciega de Douglas Fairbanks. La residencia palaciega de Mary Pickford. La residencia palaciega de Pola Negri. Las residencias palaciegas de Tom Mix y Theda Bara.

—La Bara se casó con un empresario retirado multimillonario. Muy lista.

Norma Jeane miraba de hito en hito. ¡Qué casas tan inmensas! En efecto, parecían palacios o castillos de cuentos de hadas. Madre e hija nunca disfrutaban tanto como durante esos momentos mágicos, paseando en coche por las deslumbrantes calles. Entonces Norma Jeane no corría el riesgo de disgustar a su madre con sus tartamudeos, porque Gladys era la única que hablaba.

—La casa de Barbara La Marr, «la mujer que era demasiado hermosa». (Es una broma, cariño, nunca se es demasiado hermosa, igual que nunca se es demasiado rica.) La casa de W. C. Fields. La antigua residencia de Greta Garbo, preciosa, pero más pequeña de lo que cabría esperar. Ahí, al otro lado de la verja, está la mansión de estilo colonial de la incomparable Gloria Swanson. Y ésta era la de Norma Talmadge, «nuestra» Norma.

Gladys aparcó para que la niña pudiera admirar la elegante mansión de piedra de Los Feliz donde Norma Talmadge había vivido con su marido, un productor de cine. ¡Ocho magníficos leones de granito, iguales a los de la Metro-Goldwyn-Mayer, custodiaban la entrada! Norma Jeane no se perdía detalle. El césped era tan verde y lozano. Si Los Ángeles era verdaderamente una ciudad de arena, quién iba a imaginar que en Beverly Hills, Bel Air, Los Feliz y Hollywood Hills hubiera una vegetación tan exuberante. Hacía semanas que no llovía y en el resto de la región la hierba se veía agostada, moribunda o muerta, pero en aquellos lugares de fábula los jardines se mantenían uniformemente verdes. Las buganvillas rojas o violetas siempre estaban florecidas. Había árboles de formas exquisitas que Norma Jeane no había visto en ningún otro sitio: cipreses italianos, según

Gladys. Las palmeras no eran raquílicas y ralas, como en todas partes, sino frondosas y más altas que las más altas de las casas.

—La antigua residencia de Buster Keaton. Allí, la de Helen Chandler. Al otro lado de esa verja, la de Mabel Normand. Y ahí, la de Harold Lloyd. John Barrymore. Joan Crawford. Y Jean Harlow, «nuestra» Jean...

Norma Jeane se alegraba de que Jean Harlow, igual que Norma Talmadge, viviera rodeada de verde.

Por encima de esas casas, el sol irradiaba una luz suave, sin deslumbrar. Si había nubes, éstas eran altas, delicadas y algodinosas, recortadas contra un cielo perfectamente pintado de azul.

—¡Ésa es la de Cary Grant! Con lo joven que es. ¡Y ahí está la de John Gilbert! Ésa es una de las antiguas mansiones de Lillian Gish. Y aquélla, la de la esquina, es la casa de la difunta Jeanne Eagels. Pobrecilla.

Norma preguntó una vez más qué le había ocurrido a Jeanne Eagels.

En el pasado, Gladys siempre se había limitado a responder con tristeza: «Murió». Esta vez dijo con desprecio:

—¡La Eagels! Era drogadicta. Dicen que al final estaba más seca que un esqueleto. Vieja, con sólo treinta y cinco años.

Gladys continuó avanzando. A veces iniciaba el trayecto en Beverly Hills y a última hora emprendía el camino de regreso a Highland Avenue serpeando entre las calles; en otras ocasiones, conducía directamente hasta Los Feliz y volvía por Beverly Hills, o subía a las menos populares Hollywood Hills, donde vivían los actores más jóvenes o las estrellas en ciernes. De vez en cuando, como si avanzara en contra de su voluntad, como una sonámbula, torcía por una calle donde ya habían estado ese mismo día y repetía sus comentarios:

—¿Ves? Al otro lado de esa verja, está la mansión de estilo colonial de Gloria Swanson. Y allí, la de Myrna Loy. Más arriba, la de Conrad Nagel.

La excursión se hacía cada vez más emocionante, incluso cuando Gladys reducía la velocidad, mirando a través del parabrisas del Ford verde, siempre necesitado de un buen lavado. O quizá el cristal estuviera irremediablemente cubierto de una fina película de mugre. El paseo parecía tener un propósito que, igual que en una película con una trama enrevesada

y compleja, pronto sería desvelado. La voz de Gladys difundía admiración y entusiasmo, como de costumbre, pero por debajo se adivinaba una furia serena e implacable.

—Ahí está la más famosa de todas: FALCON'S LAIR. La casa del difunto Rodolfo Valentino. No tenía talento como actor. Y tampoco tenía talento para la vida, pero era fotogénico y murió en el momento oportuno. Recuerda, Norma Jeane, *hay que morir en el momento oportuno*.

Madre e hija se quedaron sentadas en el coche, contemplando la barroca mansión de la gran estrella del cine mudo, y hubieran querido permanecer allí para siempre.

8

Tanto Gladys como Norma Jeane se vistieron para el funeral con esmero y elegancia, aunque pasarían inadvertidas entre los siete mil «dolientes» que abarrotaban Wilshire Boulevard, en las proximidades del Wilshire Temple.

Gladys explicó a Norma que un templo era «una iglesia judía».

Y un judío era «como un cristiano», salvo que pertenecía a una raza más antigua, sabia y trágica. Así como los cristianos habían conquistado Occidente, los judíos habían conquistado la industria del cine y hecho una revolución.

—¿Podemos ser judías, madre? —preguntó Norma Jeane.

Gladys iba a decir que no, pero titubeó, rió y respondió:

—Si nos aceptaran. Si fuéramos dignas de ello. Si naciéramos por segunda vez.

Gladys, que desde hacía días se jactaba de haber conocido al señor Thalberg «si no bien, al menos a través de mi admiración por su talento cinematográfico», estaba despampanante con su seductor vestido de crepé negro, un modelo de los años veinte reformado, con talle bajo, ondulante falda en capas hasta media pantorrilla y un exquisito cuello de encaje. El sombrero era un casquete negro con un velo que subía y bajaba, subía y bajaba al compás de su rápida y cálida respiración. Sus guantes de raso

negros, que ascendían hasta los codos, parecían nuevos. Llevaba medias de color humo y zapatos de tacón negros. Su cara era una pálida máscara cerosa, semejante a la de un maniquí, con las facciones exageradamente realzadas por un maquillaje al estilo Pola Negri, y se había puesto un penetrante perfume dulzón que recordaba al de las naranjas podridas de su nevera, que casi nunca tenía hielo. Sus pendientes, que podrían haber sido de diamantes, estrás o vidrio ingeniosamente tallado, destellaban cuando giraba la cabeza.

Nunca te arrepientas de endeudarte si es por una buena causa.

La muerte de un gran hombre es siempre una buena causa.

(De hecho, Gladys sólo había comprado los accesorios. El vestido negro de crepé lo había tomado prestado, sin autorización, de la guardarropía de La Productora.)

Norma Jeane, asustada por la multitud de desconocidos, la policía montada, la procesión de lúgubres limusinas negras que avanzaba por la calle y los ocasionales gritos, chillidos y salvas de aplausos, lucía un vestido de terciopelo azul marino con cuello y puños de puntilla, una boina escocesa, guantes de encaje blancos, calcetines de canalé oscuros y relucientes zapatos de charol. Ese día la habían obligado a faltar a clase. La habían acicalado, reñido y amenazado. Gladys le había lavado la cabeza (brusca y meticulosamente) antes del amanecer, pues había pasado una mala noche —la medicina le había afectado al estómago, sus pensamientos eran «enmarañados, como la cinta de una teleimpresora»—, de modo que se empeñó en desenredar el cabello de Norma Jeane con un cruel peine de púas finas, y luego lo cepilló una y otra vez, hasta dejarlo brillante. Más tarde, con la ayuda de Jess Flynn (que había oído llorar a la niña a las cinco de la mañana), le hizo unas trenzas que recogió sobre la cabeza para que la niña quedara, a pesar de sus ojos llorosos y su boca fruncida, como la princesa de un cuento de hadas.

Él estará allí, en el funeral. Entre los miembros del cortejo o los portadores del féretro. No hablará con nosotras en público, pero nos verá. Te verá a ti, su hija. No podemos prever el momento exacto, pero debemos estar preparadas.

A una manzana de distancia del Wilshire Temple, la multitud ya se congregaba a ambos lados de la calle, aunque todavía no eran las siete y media y el funeral no empezaría hasta las nueve. Había policía montada y a pie; fotógrafos impacientes por inmortalizar ese acontecimiento histórico. En la calle y en las aceras habían levantado barricadas para contener a la multitud de hombres y mujeres que aguardaría con avidez, con una peculiar mezcla de paciencia y concentración, a que las estrellas de cine y demás celebridades llegaran en una sucesión de limusinas conducidas por chóferes, entraran en el templo y salieran después de noventa interminables minutos, durante los cuales el alborotado gentío —excluido de entrar en el templo, de cualquier comunicación directa, por no hablar de la intimidad, con estas celebridades— continuaría agolpándose en los alrededores, mientras Gladys y Norma Jeane, apretujadas contra uno de los caballetes de madera, se agarraban a éste y entre sí. Al fin salió del templo el reluciente ataúd, sujeto en volandas por unos portadores de gesto solemne, elegantemente vestidos, cuyos nombres pronunciaban con entusiasmo los alborozados espectadores a medida que los reconocían: ¡*Ronald Colman!* ¡*Adolphe Menjou!* ¡*Nelson Eddy!* ¡*Clark Gable!* ¡*Douglas Fairbanks Jr.!* ¡*Al Jolson!* ¡*John Barrymore!* ¡*Basil Rathbone!* Tras ellos, tambaleándose a causa del dolor, apareció la viuda, la actriz Norma Shearer, vestida de suntuoso luto de la cabeza a los pies y con la hermosa cara cubierta por un velo. A su espalda comenzó a emerger del templo, como un río de lava de oro, una serie de estrellas también ostensiblemente desoladas que Gladys fue nombrando en una especie de letanía para información de Norma Jeane (apretada contra el caballete, emocionada y asustada, temerosa de que la arrollaran): ¡*Leslie Howard!* ¡*Erich von Stroheim!* ¡*Greta Garbo!* ¡*Joel McCrea!* ¡*Wallace Beery!* ¡*Clara Bow!* ¡*Helen Twelvetrees!* ¡*Spencer Tracy!* ¡*Raoul Walsh!* ¡*Edward G. Robinson!* ¡*Charlie Chaplin!* ¡*Lionel Barrymore!* ¡*Jean Harlow!* ¡*Groucho, Harpo y Chico Marx!* ¡*Mary Pickford!* ¡*Jane Withers!* ¡*Irvin S. Cobb!* ¡*Shirley Temple!* ¡*Jackie Coogan!* ¡*Bela Lugosi!* ¡*Mickey Rooney!* ¡*Freddie Bartholomew* luciendo el traje de terciopelo que había usado en *El pequeño Lord!* ¡*Busby Berkeley!* ¡*Bing Crosby!* ¡*Lon Chaney Jr.!* ¡*Mae West!* En este punto algunos fotógrafos y

cazadores de autógrafos saltaron las vallas mientras la policía montada, maldiciendo y amenazando con las porras, trataba de restaurar el orden.

Se produjo una confusa refriega. Gritos furiosos, chillidos. Alguien parecía haber caído, quizá golpeado por una porra o pisoteado por los cascos de los caballos. La voz de la policía tronó a través de un megáfono. Se oyeron motores de automóviles y un estruendo creciente, pero la conmoción cesó muy pronto. Norma Jeane, con la boina torcida, demasiado asustada para llorar, se cogió con fuerza del rígido brazo de Gladys y *madre me lo permitió, no me apartó*. La presión de la multitud disminuyó gradualmente. El elegante coche fúnebre, la carroza de la muerte, y las numerosas limusinas conducidas por chóferes habían desaparecido de la vista y sólo quedaban espectadores, gente corriente que no tenía mayor interés que una bandada de gorriones. Sin impedimentos para andar por la calle, la multitud comenzó a dispersarse. No sabían adónde ir, pero ya no tenía sentido permanecer allí. El acontecimiento histórico, el funeral del gran pionero de Hollywood Irving G. Thalberg, había llegado a su fin.

Algunas mujeres se enjugaban las lágrimas. Muchos espectadores parecían desorientados, como si hubieran sufrido una gran pérdida, aunque no supieran cuál.

La madre de Norma Jeane era uno de ellos. Su cara se adivinaba sucia detrás del húmedo y pegajoso velo y sus ojos estaban vidriosos y desenfocados, como minúsculos peces nadando en direcciones opuestas. Murmuraba para sí y en sus labios se dibujaba una tensa sonrisa. Su mirada resbaló sobre Norma Jeane, como si no acabara de reconocerla. Luego echó a andar con paso inseguro sobre los altos tacones. Norma Jeane advirtió que dos hombres, que no iban juntos, la miraban. Uno de ellos le silbó con actitud inquisitiva; fue como el prelude de una inesperada escena de baile en una película de Ginger Rogers y Fred Astaire, pero la música no llegó, Gladys no pareció percatarse de la mirada del hombre y éste perdió el interés por ella en el acto, bostezó y se alejó. El otro individuo, que tiraba distraídamente de la entrepierna de su pantalón como si estuviera solo, fuera de la vista de otros, se marchó en la dirección contraria.

¡El repiqueteo de los cascos de los caballos! Asombrada, Norma Jeane alzó la vista y vio a un hombre uniformado, montado en un bonito zaino de ojos grandes y saltones.

—¿Dónde está tu madre, pequeña? No habrás venido sola, ¿no?

Norma Jeane negó tímidamente con la cabeza. No. Corrió tras Gladys, le cogió la mano enguantada y una vez más dio gracias de que ella no la soltara, pues el policía las observaba con atención. *Lo haría enseguida, pero todavía no.* Gladys, aturdida, no recordaba dónde había aparcado el coche, pero Norma Jeane tenía una vaga idea y finalmente encontraron el Ford verde de 1929 en una calle comercial perpendicular a Wilshire. Norma Jeane pensó que era curioso, sintiéndose una vez más en una película en la que al final las cosas salen bien, que uno tuviera una llave que sólo encajaba en la cerradura de un coche determinado; entre centenares, miles de automóviles, esa llave servía sólo para uno; una llave que Gladys llamaba «de contacto» y que ponía en marcha el motor. Gracias a ella, una no se quedaba perdida y tirada a kilómetros de casa.

El interior del coche era un horno. Norma Jeane se revolvió en el asiento; necesitaba con urgencia ir al lavabo.

Gladys se enjugó los ojos y dijo con tono enfurruñado:

—Lo único que quiero es no sentir dolor, pero me reservo mis pensamientos —luego se dirigió a Norma Jeane con inesperada brusquedad —: ¿Qué demonios le ha pasado a tu vestido?

El dobladillo se había enganchado en una astilla del caballete y la falda tenía un desgarrón.

—No... no lo sé. Yo no lo he hecho.

—¿Quién, entonces? ¿Papá Noel?

Gladys se proponía ir al «cementerio judío», pero no sabía dónde estaba. Se detuvo varias veces en Wilshire para pedir instrucciones, pero nadie parecía saber dónde quedaba. Continuó conduciendo, ahora con un Chesterfield en la boca. Se había quitado el sombrero, que tenía el velo humedecido, y lo había arrojado al asiento trasero, sobre la pila de objetos —periódicos, revistas de cine, libros en rústica, pañuelos almidonados y

diversas prendas— acumulados durante meses. Mientras Norma Jeane continuaba revolviéndose en el asiento, musitó:

—Puede que para un judío como Thalberg las cosas sean diferentes. Seguro que ellos tienen una idea distinta del universo. Hasta su calendario es distinto del nuestro. Para nosotros todo es nuevo, una sorpresa constante, pero no para ellos, que prácticamente viven en el Antiguo Testamento, con todas sus plagas y profecías. Si pudiéramos compartir ese punto de vista — hizo una pausa y miró con el rabillo del ojo a Norma Jeane, que se esforzaba por contener el pis, aunque la urgencia era tan grande que sentía entre las piernas un dolor agudo como un alfilerazo—. *Él* tiene sangre judía. Es una de las barreras que nos separan. Pero hoy nos ha visto. No pudo hablarnos, pero lo hizo con los ojos. Y te vio a ti, Norma Jeane.

Fue entonces, a menos de un kilómetro de Highland Avenue, cuando Norma Jeane se hizo pis encima. Se sintió mortificada, angustiada, pero incapaz de contenerse una vez que hubo empezado. Gladys reconoció el olor de inmediato y comenzó a golpearla y abofetearla con furia:

—¡Cerda! ¡Pequeña salvaje! ¡Has estropeado ese precioso vestido, que ni siquiera es *nuestro*! Lo has hecho adrede, ¿verdad?

Cuatro días después se desataron los vientos de Santa Ana.

9

Porque quería a la niña y deseaba evitarle sufrimientos.

Porque estaba envenenada. Y la niña también lo estaba.

Porque la Ciudad de Arena se consumía en llamas.

Porque el olor a quemado impregnaba el aire.

Porque, según el horóscopo, era el momento de que los nacidos bajo el signo de Géminis «actuaran con determinación» y «demostrarán valor para decidir su vida».

Porque el momento señalado del mes había pasado y la sangre había cesado de manar de su cuerpo. Nunca volvería a desearla un hombre.

Porque durante trece años había trabajado en el laboratorio de La Productora, siendo una empleada fiable, leal, devota, que había contribuido a hacer las mejores películas, a promover a las grandes estrellas, a transformar el propio espíritu del país, sólo para descubrir ahora que la juventud se había escapado entre sus dedos y que su alma estaba mortalmente enferma. En la enfermería de La Productora le habían mentido; el médico contratado por la dirección había dicho que su sangre no estaba contaminada cuando de hecho lo estaba, pues el veneno de los productos químicos se había filtrado, pese a la protección de los guantes de goma de doble densidad, y penetrado en los huesos de sus manos, esas manos que su amante había besado diciendo que eran hermosas y delicadas, «el mejor solaz». El veneno había llegado a la médula y al cerebro, transportado por la sangre, mientras sus indefensos pulmones respiraban los tóxicos vapores. También le había afectado a la vista, ahora nubosa. Los ojos le dolían incluso mientras dormía. Sus compañeros de trabajo se negaban a reconocer su propia enfermedad por temor a ser despedidos, a quedarse en el paro. Porque en Estados Unidos, 1934 era el año del infierno, el año del horror. Porque había llamado para avisar de que estaba enferma una y otra vez, hasta que una voz la informó de que «ya no estaba en nómina, que su pase de La Productora había sido cancelado y que en el control de seguridad le negarían el acceso». Después de trece años.

Porque no volvería a trabajar para La Productora. Ya no trabajaría por una miseria, vendiendo su alma para sobrevivir miserablemente como un animal. Porque ella y la niña debían purificarse.

Porque la niña era su propio yo secreto desenmascarado.

Porque bajo el disfraz de la bonita niña de melena rizada, su hija era un monstruo plagado de deformidades. *Porque su apariencia era engañosa.*

Porque su propio padre no había querido que naciera.

Porque le había dicho que dudaba de que fuera hija suya.

Porque le había dado dinero, arrojando los billetes sobre la cama.

Porque esos billetes sumaban doscientos veinticinco dólares, el total de su amor.

Porque le había dicho que nunca la había amado; que ella había interpretado mal sus palabras.

Porque le había dicho que no volviera a llamarlo ni a seguirlo por la calle.

Porque la había engañado.

Porque antes de que se quedara embarazada la había amado y después no. Porque se habría casado con ella. Estaba convencida.

Porque la niña había nacido tres semanas antes de lo previsto para ser una géminis, igual que ella. Tan detestable como ella.

Porque nadie amaría a una niña tan detestable.

Porque los fuegos de malezas en las colinas eran una llamada y una señal clara.

No fue el Príncipe Encantado quien acudió en busca de mi madre.

Durante el resto de mi vida, me atormentó la idea de que algún día unos desconocidos vendrían también en mi busca, para llevarme desnuda, desquiciada, en un bochornoso espectáculo.

Le prohibieron ir a la escuela. Su madre no permitiría que saliera a mezclarse con sus enemigos. A veces confiaba en Jess Flynn, pero otras veces no. Porque Jess Flynn era empleada de La Productora y probablemente una espía. Pero ella les llevaba comida. Pasaba con una sonrisa en los labios, «sólo para ver cómo va todo». Se ofrecía a prestar dinero a Gladys si era dinero lo que Gladys necesitaba, o la aspiradora que tenía en su apartamento. Gladys permanecía en la cama la mayor parte del tiempo, desnuda bajo las sábanas sucias, con la habitación a oscuras. Sobre la mesilla de noche había una linterna para localizar los escorpiones a los que tanto temía Gladys. Las persianas estaban siempre bajadas hasta el alféizar, de manera que era imposible diferenciar la noche del día, el ocaso del amanecer. Aunque fuera brillara el sol, dentro había una permanente neblina de humo. Olor a enfermedad, a sábanas y ropa interior sucias. Olor a borra de café mohosa, leche rancia y naranjas en la nevera que nunca tenía hielo. Olor a ginebra, olor a cigarrillos, olor a sudor, furia y desesperación.

Jess Flynn «ordenaba un poco» cuando tenía autorización. En caso contrario, no lo hacía.

Clive Pearce pasaba a verlas de tanto en tanto. Hablaba con Gladys o con la niña a través de la puerta, aunque la conversación era ininteligible. A diferencia de Jess Flynn, él nunca entraba. Las clases de piano habían llegado a su fin en el verano. Él diría que fue una «tragedia», pero que podría haber sido «una tragedia peor». Los inquilinos se preguntaban qué hacer. Todos eran empleados de La Productora. Entre ellos había dobles y extras, pero también un ayudante de realización, un masajista, un encargado de vestuario, dos supervisores de continuidad, un monitor de gimnasia, un técnico de laboratorio, una estenógrafa, un par de asistentes de decorado y varios músicos. Todos daban por sentado que Gladys sufría «inestabilidad mental», a menos que fuera simplemente una mujer «temperamental, excéntrica». La mayoría sabía que la señora Mortensen vivía con una niña que, salvo por sus rizos, guardaba un «asombroso» parecido con ella.

No sabían qué hacer, o si debían hacer algo. Se resistían a involucrarse. Temían despertar la ira de la mujer. Suponían que Jess Flynn era su amiga y se haría cargo de la situación.

La niña, desnuda y llorosa, gateó hasta el piano con intención de esconderse, desafiando a su madre. Eludiéndola. Arrastrándose luego sobre la alfombra como un animal asustado. La madre golpeó el teclado con los puños en una protesta de notas agudas, un sonido vibrante de nervios desquiciados. Una astracanada al estilo de Mack Sennett. Como Mabel Normand en *A Misplaced Foot*, que Gladys había visto de pequeña.

Si te hace reír, es una comedia. Aunque duela.

La bañera estaba llena de purificante agua hirviendo. Había desvestido a la niña y ella también estaba desnuda. Había llevado a rastras a Norma Jeane al baño, tratado de levantarla y meterla a la fuerza en la bañera, pero la pequeña se había resistido, gritando a voz en cuello. En el caos de sus pensamientos, que se mezclaban con el acre sabor del tabaco y el sonido de voces burlonas demasiado sofocadas por las drogas para ser inteligibles, pensaba que la niña era mucho más pequeña, que vivían en una época

pasada en la que su hija tenía dos o tres años, pesaba apenas —¿cuánto?— quince kilos y no desconfiaba de su madre, no se encogía ni huía gritando ¡No! ¡No! como esta niña tan mayor, tan fuerte y *obcecada*, que contrariaba a su madre negándose a que la levantara y la sumergiera en purificante agua hirviendo, luchando por liberarse, huyendo del baño lleno de vapor, fuera del alcance de las desnudas manos que intentaban asirla.

—Tú. Tú tienes la culpa de que se marchara. No te quería.

Unas palabras pronunciadas casi con serenidad, arrojadas a la aterrorizada niña como un puñado de hirientes piedrecillas.

Y la pequeña, desnuda, corrió a tientas por el pasillo y golpeó la puerta del vecino gritando:

—¡Socorro! ¡Ayudadnos!

No obtuvo respuesta, de modo que llamó a una segunda puerta.

—¡Socorro! ¡Ayudadnos!

Pero tampoco abrieron. La niña corrió hasta una tercera puerta, llamó y esta vez atendieron. Un joven atónito, bronceado y musculoso, vestido con camiseta y pantalones sin cinturón, un hombre que pese a su cara de actor esta vez parpadeó con un asombro que no era fingido al ver a la pequeña totalmente desnuda, con la cara bañada en lágrimas, gritando:

—¡A-ayúdenos! Mi madre está enferma, venga a ayudar a mi madre, que está enferma.

Lo primero que hizo el hombre fue coger una camisa del respaldo de una silla para envolver a la niña, cubriendo su desnudez, y luego dijo:

—De acuerdo, pequeña. ¿Tu madre está enferma? ¿Qué le pasa?

La tía Jess y el tío Clive

Ella me quería; la apartaron de mí, pero siempre me quiso.

—Tu mamaíta ya está en condiciones de verte, Norma Jeane.

La que hablaba era la señorita Flynn. A su espalda, en la puerta, estaba el señor Pearce. Parecían portadores de un féretro. La amiga de Gladys, Jess Flynn, con los párpados enrojecidos y la temblona nariz de conejo, y el amigo de Gladys, Clive Pearce, rascándose con nerviosismo la barbilla y chupando un caramelo de menta.

—¡Tu mamaíta ha preguntado por ti, Norma Jeane! —añadió la señorita Flynn—. El médico dice que ya está en condiciones de verte. ¿Andando?

¿Andando? Hablaba como en una película, y la niña intuyó el peligro.

Sin embargo, igual que en las películas, era preciso interpretar la escena. Debía disimular su desconfianza. Porque, naturalmente, una ignora lo que va a suceder. Sólo si te quedas a la sesión siguiente para ver la película por segunda vez, descubres el verdadero significado de las sonrisas afectadas, los ojos evasivos, el diálogo titubeante.

La niña sonrió con alegría. Confiaba en ellos y deseaba demostrarlo.

Hacía diez días que se habían «llevado» a Gladys Mortensen para ingresarla en el Hospital Estatal de Norwalk, en el sur de Los Ángeles. El húmedo aire de la ciudad continuaba turbio y hacía llorar los ojos, pero los incendios del cañón estaban controlados. El número de sirenas que ululaban por las noches se había reducido. Las familias evacuadas del norte de la

ciudad ya tenían autorización para regresar a casa. En la mayoría de los colegios se habían reanudado las clases, aunque Norma Jeane no se había reincorporado —ni se reincorporaría— al cuarto curso de la Escuela Elemental de Highland. La niña lloraba con facilidad y estaba «nerviosa». Dormía en el salón del apartamento de la señorita Flynn, en el sofá cama, entre unas sábanas que habían cogido de casa de Gladys. A veces conseguía dormir seis o siete horas de un tirón. Cuando la señorita Flynn le ponía sobre la lengua «sólo la mitad» de una píldora blanca que sabía a harina amarga, se sumía en un sueño profundo, pesado y letárgico que hacía latir su pequeño corazón con el lento y acompasado golpeteo de una almádena y le dejaba la piel húmeda y resbaladiza como la de una babosa. Y cuando despertaba no recordaba dónde estaba. *Yo no la vi. No estaba allí para ver cómo se la llevaban.*

La abuela Della solía contarle un cuento, quizá inventado por ella misma: érase una vez una niña que veía demasiado y oía demasiado, hasta que un buen día un cuervo le saca los ojos a picotazos, un «gran pez que camina sobre la cola» le devora las orejas y, para colmo, ¡un zorro rojo le arranca de un bocado la naricita respingona! ¿Ves lo que pasa, señorita?

El día señalado había llegado por fin, pero la pilló por sorpresa. La señorita Flynn se estrujaba las manos, sonreía enseñando unos dientes que casi no le cabían en la boca, explicaba que Gladys «no dejaba de preguntar por ella».

Había sido una crueldad por parte de Gladys decir que Jess Flynn era una virgen gazmoña de treinta y cinco años. Jess trabajaba en La Productora como profesora de dicción y asesora musical, se había graduado en la Escuela Coral de San Francisco y tenía una voz de soprano tan admirable como la de Lily Pons.

—¡Vaya suerte la de Jess! —decía Gladys—. En Hollywood hay tantas sopranos «admirables» como cucarachas. Y como pollas.

Pero no podías reír, ni siquiera sonreír, cuando Gladys decía palabrotas y abochornaba a sus amigos. No debías demostrar que la habías oído, a menos que ella te hiciera un guiño.

Y así llegó el día, la mañana en la que Jess Flynn sonreía con la boca, los húmedos ojos tristes, la nariz temblona. Había faltado al trabajo. Dijo que había hablado por teléfono con los médicos, que «mamaíta» estaba en condiciones de ver a Norma Jeane, que irían en coche con Clive Pearce y llevarían «algunas cosas» que ella, Jess, empaclaría en unas maletas; entretanto, Norma Jeane podía salir a jugar al patio trasero, pues no era preciso que la ayudara. (Pero ¿cómo «jugar» cuando tu madre está enferma en un hospital?) Fuera, enjugándose los ojos, que le escocían a causa del aire arenoso, la niña se negó a pensar que algo iba mal; como bien sabía Jess Flynn, «mamaíta» era un nombre inapropiado para Gladys.

No vi cómo se la llevaban. Con los brazos enfundados en mangas atadas a la espalda. Desnuda, sujeta a la camilla con correas, cubierta por una fina manta. Escupiendo, gritando, tratando de soltarse. Y los hombres de la ambulancia, con la cara sudorosa, la maldecían a su vez mientras la arrastraban.

Habían explicado a Norma Jeane que ella no había visto nada, que ni siquiera estaba allí.

¿Acaso la señorita Flynn le había tapado los ojos con las manos? ¡Ésa era una idea mucho más agradable que la de un cuervo picoteándole los ojos!

La señorita Flynn y el señor Pearce. No eran pareja, aunque podrían haber pasado por el matrimonio protagonista de una comedia cinematográfica. Eran los amigos más íntimos de Gladys en el edificio de apartamentos. ¡Y le tenían mucho afecto a Norma Jeane! El señor Pearce estaba desolado por lo ocurrido y la señorita Flynn había prometido «hacerse cargo» de Norma Jeane, cosa que había hecho durante diez fatigosos días. Pero ahora el diagnóstico era oficial y debían tomar una decisión. Norma Jeane oyó cómo sollozaba Jess mientras mantenía una larga conversación telefónica en la habitación contigua.

—Me siento fatal, pero esta situación no puede prolongarse indefinidamente. Que Dios me perdone. Sé que prometí cuidarla, y lo hice de corazón. Quiero a esta niña como a mi propia hija; es decir, como querría

a una hija si la tuviera. Pero he de trabajar; Dios sabe que lo necesito. No tengo ahorros, no puedo hacer otra cosa.

Alrededor de las axilas del vestido de lino beis se dibujaban medialunas de sudor. Después de llorar en el cuarto de baño, Jess se había cepillado los dientes con fuerza, como hacía siempre que estaba nerviosa, y ahora le sangraban las encías.

En el edificio de apartamentos, a Clive Pearce se le conocía como el «caballero británico». Era un actor contratado por La Productora que, pese a rondar los cuarenta, todavía esperaba su oportunidad; como decía Gladys frunciendo cómicamente la boca hacia abajo: «Casi todos los que esperan una oportunidad no tienen ninguna». Clive Pearce llevaba un traje oscuro, una camisa de algodón blanca y una chalina. Estaba guapo, aunque se había cortado al afeitarse. El aliento le olía a humo y a chocolatinas rellenas de menta, un aroma que Norma Jeane habría reconocido incluso con los ojos cerrados. Allí estaba el «tío Clive», como él había sugerido que lo llamara, aunque ella nunca se había atrevido porque no le parecía apropiado, *puesto que en realidad no era mi tío*. Sin embargo, Norma Jeane quería mucho, mucho al señor Pearce, el profesor de piano a quien tanto se había esforzado por complacer. El mero hecho de arrancarle una sonrisa la hacía feliz. También quería mucho a la señorita Flynn, la mujer que en los últimos días le pedía que la llamara «tía Jess» —«tita Jess»—, aunque las palabras se atoraban en la garganta de la niña, porque *en realidad no era mi tía*.

La señorita Flynn se aclaró la garganta.

—¿Andando? —y esa horrible sonrisa.

Pearce, atormentado por la culpa, chupando ruidosamente su caramelo de menta, cogió las maletas de Gladys: las dos pequeñas en una de sus manazas y la grande en la otra.

—Qué le vamos a hacer, qué le vamos a hacer —murmuraba sin mirar a Norma Jeane—. Que Dios nos ayude, no podemos hacer otra cosa.

En una película, tía Jess y tío Clive se casarían y Norma Jeane sería su hijita. Pero no estaban en esa película.

El fornido señor Pearce llevó las maletas al coche estacionado en la puerta, que era el suyo. Parloteando con nerviosismo, la señorita Flynn

cogió a Norma Jeane de la mano y la condujo hacia allí. Era un día bochornoso en el que el sol, oculto tras las nubes cargadas de humo, parecía estar en todas partes. Conduciría el señor Pearce, desde luego, porque siempre conducían los hombres. Norma Jeane rogó a la señorita Flynn que se sentara junto a ella y su muñeca en el asiento trasero, pero la mujer prefirió sentarse delante con el señor Pearce. El viaje duraría aproximadamente una hora, en el transcurso de la cual se intercambiarían pocas palabras entre un asiento y otro. El zumbido del motor, el rumor del aire que se colaba por las ventanillas abiertas. La señorita Flynn gimoteaba mientras indicaba el camino a Pearce, leyendo un papel. Sólo entonces el objetivo del viaje sería «visitar a mamá en el hospital»; en retrospectiva, sería otro. Si es que podías ver la película una segunda vez, desde luego.

Es importante llevar siempre el vestuario apropiado, independientemente de la escena. Norma Jeane lucía su único atuendo decente, el mismo que usaba para ir a la escuela: falda plisada, camisa de algodón blanca (que Jess Flynn había planchado esa misma mañana), calcetines blancos remendados y razonablemente limpios y su ropa interior más nueva. Jess le había pasado el cepillo, pero no el peine, por la melena de abigarrados rizos. («¡Es imposible! —había suspirado dejando caer el cepillo sobre la cama—. Si continúo, te arrancaré la mitad de la cabellera, Norma Jeane».)

La desesperación con que la niña abrazaba a su muñeca debía de resultar bochornosa para la señorita Flynn y el señor Pearce. Una muñeca tan sobada, llena de quemaduras, con la mayor parte del pelo chamuscado y los ojos fijos en una expresión de atontada perplejidad. La señorita Flynn había prometido comprarle una nueva, pero o bien no había tenido tiempo o lo había olvidado. Norma Jeane la estrechaba con fuerza y no estaba dispuesta a permitir que se la quitaran.

—Es *mi muñeca*. Me la regaló mi madre.

La muñeca se había salvado del incendio en la habitación de Gladys. Presa de un arrebató de cólera, Gladys había prendido fuego a la cama y las sábanas después de que Norma Jeane escapara del baño hirviendo y corriera a pedir ayuda a los vecinos; había hecho mal, la niña lo sabía; no estaba

bien «actuar a espaldas de tu madre», como decía Gladys, pero no había tenido más remedio. Entretanto, Gladys había echado el cerrojo y quemado casi por completo el vestido de crepé negro, el de terciopelo azul que Norma Jeane había usado el día del funeral en Wilshire Boulevard, varias fotografías rasgadas (¿una de ellas la del padre de la niña? Norma Jeane nunca volvería a ver el retrato de aquel apuesto hombre), zapatos y cosméticos; tal era su furia, que habría deseado quemar todas sus posesiones, incluido el piano que había pertenecido a Fredric March y del que tan orgullosa estaba, habría deseado quemarse a sí misma, pero los médicos del servicio de urgencias habían derribado la puerta para evitarlo y allí, en medio de las nubes de humo que llenaban el apartamento, habían encontrado a Gladys Mortensen, una mujer de tez cetrina, desnuda, tan delgada que los huesos prácticamente le atravesaban la piel, con la ajada y crispada cara de una bruja, una mujer que recibió a sus salvadores gritando obscenidades, rasguñándolos y dándoles puntapiés, que debió ser derribada y «encerrada por su propio bien» —como oiría describir repetidas veces la escena Norma Jeane de boca de la señorita Flynn y otros vecinos—, una mujer a la que la niña no había visto porque no estaba allí, o porque alguien le había tapado los ojos.

—Vamos, sabes que no estabas allí, Norma Jeane. Estabas *conmigo*, a salvo.

Tu castigo si eres mujer. Que no te amen lo suficiente.

Ese día llevarían a Norma Jeane al hospital «a visitar a mamaíta». Pero ¿dónde estaba Norwalk? Al sur de Los Ángeles, según le habían dicho. La señorita Flynn se aclaró la garganta y leyó las indicaciones al señor Pearce, que parecía nervioso y enfadado. Ya no era el tío Clive. Durante las clases de piano, Clive Pearce a veces estaba callado y suspiraba con tristeza y otras veces era gracioso y vivaz; todo dependía de su aliento: si su aliento olía *de aquella manera*, Norma Jeane sabía que, por muy mal que tocara ella, se divertirían. Pearce marcaba el ritmo golpeteando con un lápiz —*un-dos, un-dos*— sobre el piano y a veces sobre la cabeza de su pequeña alumna, haciéndola reír. O se inclinaba y echaba el cálido aliento a whisky en el oído de Norma Jeane, tarareando como un abejorro, tamborileando

más fuerte con el lápiz —*un-dos, un-dos, un-dos*—, y de súbito su lengua penetraba como una serpiente en la oreja de la niña, que se encogía, reía y corría a esconderse. Pero Pearce la reñía, no seas tonta, y entonces ella volvía al banco del piano, temblando, desternillándose, y la clase continuaba. *¡Me encantaban las cosquillas! Aunque me hicieran daño. Me gustaba que me besuquearan como solía hacer la abuela Della, a quien tanto echaba de menos. No me importaba que me rasparan la cara.* Pero en otras ocasiones el señor Pearce respiraba con rapidez y nerviosismo e inesperadamente tapaba el teclado del piano (que entonces tenía un aspecto extraño, pues Gladys nunca lo cerraba) declarando:

—¡La clase ha terminado! —y salía del apartamento sin mirar atrás.

Qué extraña, también, aquella noche de verano en la que Norma Jeane, todavía levantada a pesar de que hacía rato que había pasado su hora de acostarse, se apretujaba con insistencia contra el señor Pearce, que había ido a tomar un trago con Gladys, colándose entre su madre y la visita en el sofá, empeñada en trepar como un cachorrillo al regazo de él, hasta que Gladys la atravesó con la mirada y dijo con brusquedad:

—Compórtate, Norma Jeane. Tu conducta es vergonzosa —luego se dirigió al señor Pearce en voz más baja—: ¿A qué viene esto, Clive?

Y la traviesa y risueña niña fue enviada al dormitorio para que no escuchara la conversación de los adultos, aunque tras unos pocos minutos de expectación volvió a oír risas afables y el reconfortante *clic* de una botella al chocar con un vaso. Fue entonces cuando Norma Jeane comprendió que el señor Pearce no era siempre la misma persona, como tampoco lo era Gladys, y que sería absurdo esperar otra cosa. De hecho, la niña también empezaba a sorprenderse a sí misma: a veces reía tontamente, otras veces lloraba por cualquier cosa, de vez en cuando adoptaba una actitud distante e interpretaba un papel y en ocasiones estaba «con los nervios de punta», que así era como Gladys definía su estado, y «se asustaba de su propia sombra como de una serpiente».

Pero en el espejo siempre estaba la Amiga Mágica de Norma Jeane. Espiándola desde una esquina de la luna de cristal, o mirándola con

desfachatez a los ojos. El espejo podía ser una película; quizá *fuera* una película. Y aquella bonita niña de melena rizada era *ella*.

Abrazada a su muñeca, Norma Jeane estudió la nuca de los adultos sentados en el asiento delantero del coche de Pearce. El «caballero británico» vestido con un elegante traje oscuro y una chalina no era el mismo señor Pearce que se sentaba al piano y con embelesada concentración tocaba la desgarradora sonata de Beethoven *Para Elisa* —«la melodía más hermosa jamás compuesta», según declaraba Gladys con afectación—, ni el señor Pearce que tarareaba como un abejorro y hacía cosquillas a Norma Jeane, sentada a su lado en el banco, «tocando el piano» con sus delgados dedos sobre el cuerpo tembloroso de la niña; tampoco la señorita Flynn, que ahora se cubría los ojos y se quejaba de una migraña, era la misma señorita Flynn que la había abrazado llorando y le había rogado que la llamara «tía Jess», «tita Jess». Sin embargo, Norma Jeane no creía que esos dos la hubieran engañado intencionadamente; al menos no más de lo que la había engañado Gladys. Eran momentos diferentes, escenas diferentes. En las películas no hay una secuencia inevitable, porque en ellas todo es presente. Una película puede adelantarse o rebobinarse. Puede cortarse radicalmente. Puede *borrarse entera*. Una película es el depósito de aquello que, aun cuando no consiga recordarse, es inmortal. Algún día, cuando Norma Jeane se convirtiera en habitante permanente del Reino de la Locura, comprendería la lógica absoluta, aunque dolorosa, de lo sucedido aquel día. Recordaría, equivocadamente, que Pearce había tocado *Para Elisa* antes de emprender el viaje.

—Por última vez, querida.

Pronto aprendería la doctrina de la Ciencia Cristiana y gran parte de su confusión sobre ese día se disiparía. *Todo está en la mente; la verdad nos hará libres; el engaño, las mentiras, el dolor y el mal no son sino ilusiones humanas que nosotros mismos creamos para castigarnos; sólo si somos débiles e ignorantes sucumbiremos a ellas*. Porque siempre es posible perdonar con la ayuda de Cristo.

Si comprendes la afrenta, debes perdonarla.

Aquel día llevaban a Norma Jeane a visitar a su «mamaíta» al hospital de Norwalk, pero de hecho la llevaron a un edificio de ladrillo situado en El Centro Avenue, un edificio en cuya fachada había un cartel que quedaría grabado para siempre en el alma de Norma Jeane, pese a que la primera vez que lo vio no lo vio en absoluto.

CASA DE EXPÓSITOS DE LOS ÁNGELES

Fundada en 1921

¿No era un hospital? Pero ¿dónde estaba el hospital? ¿*Dónde estaba madre?*

La señorita Flynn, crispada como Norma Jeane no la había visto nunca, regañándola entre sollozos, tuvo que sacar a la aterrorizada niña a la fuerza del asiento trasero del coche de Clive Pearce.

—Por favor, Norma Jeane, sé buena. *¡No me des patadas, Norma Jeane!*

Pearce les dio la espalda y se alejó rápidamente a fumarse un cigarrillo en el jardín. Había trabajado de extra durante tantos años —a menudo se le veía de perfil, con una enigmática sonrisa británica en los labios— que no sabía cómo interpretar una escena de verdad; su formación clásica en la Royal Academy no había incluido clases de improvisación.

—¡Maldito seas, Clive, por lo menos mete las maletas! —le gritó la señorita Flynn.

Según la descripción de Jess de aquella traumática mañana, ella llevó a la hija de Gladys Mortensen al orfanato medio a rastras, medio en volandas. Oscilando entre súplicas y reproches.

—Por favor, perdóname, Norma Jeane. No podemos dejarte en ningún otro sitio. Tu madre está *enferma, muy enferma*, según dicen los médicos. Intentó hacerte daño, ¿sabes? En estos momentos no es una buena madre para ti. Y yo tampoco puedo ser tu madre ahora mismo..., ¡ay, Norma Jeane! ¡Eres mala! ¡Me has hecho daño!

En el interior del húmedo y sofocante edificio, Norma Jeane comenzó a temblar de manera incontrolable, y en el despacho de la directora se echó a llorar, tartamudeando mientras explicaba a una corpulenta mujer con un rostro que parecía tallado en madera que ella no era huérfana, que tenía una madre. *No era huérfana. Tenía una madre.* La señorita Flynn se marchó apresuradamente, sonándose la nariz con un pañuelo. Clive Pearce también se había largado a toda prisa después de depositar las maletas en el vestíbulo. Con la cara bañada en lágrimas y la nariz moqueando, Norma Jeane Baker (pues así la identificaban sus documentos: nacida el 1 de junio de 1926 en el Hospital General del Condado de Los Ángeles) se quedó a solas con la doctora Mittelstadt, que llamó a su despacho a una celadora algo más joven, una mujer ceñuda con una bata manchada. La niña continuó protestando. *No era huérfana. Tenía madre. Y también un padre que vivía en una gran mansión en Beverly Hills.*

La doctora Mittelstadt observó a la niña de ocho años que estaba bajo la tutela de los Servicios Sociales del Condado de Los Ángeles a través de los cristales bifocales de sus gafas. Y dijo sin crueldad, más bien con cortesía y un suspiro que elevó por un instante su generoso busto:

—Guárdate las lágrimas, pequeña. Vas a necesitarlas.

Perdida

Si era suficientemente bonita, mi padre vendría a buscarme y me llevaría con él.

Cuatro años, nueve meses y once días.

A lo largo y ancho del vasto continente de América del Norte era época de niños abandonados. Y en ningún lugar eran tantos como en el sur de California.

Tras numerosos días de cálidos, crueles e implacables vientos procedentes del desierto, comenzaron a descubrir a niños entre la arena y los desperdicios que llenaban las secas cunetas, las alcantarillas o las vías férreas; arrastrados por el vendaval hasta las escalinatas de granito de las iglesias, hospitales y edificios públicos. Niños recién nacidos, con el sanguinolento cordón umbilical todavía unido al vientre, aparecían en lavabos públicos, bancos de iglesia, cubos de basura y vertederos. Cómo aullaba el viento día tras día; aunque en cuanto empezó a amainar, se descubrió que los aullidos provenían de los bebés abandonados. Y de sus hermanas y hermanos mayores: niños de dos o tres años que deambulaban desorientados por las calles, algunos con las ropas y el pelo chamuscados. Eran seres sin nombre. Criaturas incapaces de hablar, de entender. Niños heridos, muchos con graves quemaduras. Otros, aún menos afortunados, habían muerto o los habían matado; el servicio sanitario retiraba con presteza de las calles de Los Ángeles sus pequeños cadáveres, a menudo

calcinados e imposibles de identificar, y los cargaban en camiones para luego enterrarlos en fosas comunes en los cañones. ¡Ni una palabra a la prensa o la radio! Nadie debía enterarse.

Los llamaban «los perdidos», «los insalvables».

Abrasadores rayos cayeron sobre Hollywood Hills, una tormenta de fuego descendió cuesta abajo como la ira de Jehová, hubo una explosión ensordecedora alrededor de la cama que Norma Jeane compartía con su madre y de inmediato advirtió que tenía las pestañas y el pelo chamuscados, que los ojos le escocían como si la hubieran obligado a mirar una luz cegadora y que estaba sola con su madre en este lugar para el que ella no tenía otro nombre que «este lugar».

Si se subía a la cama que le habían asignado (descalza, en camisón, por la noche), a través de las angostas ventanas bajo los aleros, a una distancia que era incapaz de calcular, podía ver las parpadeantes luces de neón de la torre de RKO Motion Pictures, en Hollywood:

RKO //// RKO //// RKO

Algún día.

La niña no recordaba quién la había llevado a «este lugar». En su memoria no había caras nítidas ni nombres. Durante días permaneció muda. Su garganta estaba irritada y seca, como si la hubieran obligado a inhalar fuego. Era incapaz de comer sin que le dieran arcadas y vomitaba a menudo. Tenía un aspecto enclenque, estaba enferma. Deseaba morir. Era lo bastante madura para expresar ese deseo: *Me siento avergonzada porque nadie me quiere. Ojalá me muriera.* Pero no era lo bastante madura para detectar la rabia oculta tras ese deseo. Ni el éxtasis de la locura que esa rabia alimentaría algún día, una locura caracterizada por la ambición de vengarse del mundo conquistándolo de alguna manera, de cualquier manera, en la medida en la que un «mundo» puede ser «conquistado» por un simple individuo, tanto más si ese individuo es mujer, huérfana, marginada y con un valor intrínseco en apariencia tan grande como el de un

insecto en particular en un hervidero de insectos. Sin embargo, *conseguiré que todos me améis y me castigaré a mí misma para burlarme de vuestro amor* no era a la sazón la amenaza de Norma Jeane, porque ella sabía, a pesar de su alma herida, que había tenido suerte de que la llevaran a «este lugar», salvándola de morir quemada en agua hirviendo o abrasada entre las llamas, víctima de su furiosa madre, en el apartamento del 828 de Highland Avenue.

Porque en la Casa de Expósitos de Los Ángeles había niños más desdichados que Norma Jeane. A pesar del dolor y la confusión, ella lo sabía. Niños retrasados, con lesiones cerebrales, tullidos —bastaba un vistazo para saber por qué los habían abandonado—; niños feos, furiosos, salvajes, derrotados, a los que no te atrevías a tocar por miedo a que la viscosidad de su piel se adhiriera a la tuya. La niña de diez años que dormía en el camastro contiguo al de Norma Jeane en el dormitorio de la tercera planta, Debra Mae, había sido maltratada y violada (qué dura, qué cruel era la palabra «violación», una palabra adulta; pero Norma Jeane sabía instintivamente lo que significaba, o casi lo sabía; era un sonido *lacerante* y algo vergonzoso que tenía que ver «con lo que una tiene entre las piernas y nunca debe enseñar», ese sitio donde la piel es blanda, sensible y se lastima con facilidad; si Norma Jeane se estremecía ante la sola idea de que la tocaran allí, cuánto menos podía imaginar algo duro y punzante penetrándola por la fuerza). Había también unos gemelos de cinco años hallados a punto de morir de desnutrición en un cañón de las montañas de Santa Mónica, donde su madre los había abandonado en un «sacrificio semejante al de Abraham en la Biblia» (según explicaba en su nota); y había una niña de once años llamada Fleece, aunque tal vez su nombre original fuera Felice, que pronto hizo amistad con Norma Jeane y que no se cansaba de contar, con morbosa fascinación, la historia de su hermana de dos años, a quien el amante de su madre había «golpeado contra la pared hasta esparcir sus sesos como semillas de melón». Norma Jeane, enjugándose las lágrimas, reconoció que *a ella no le habían hecho daño*.

Que ella recordara.

Si era suficientemente bonita, mi padre vendría a buscarme y me llevaría con él era una idea relacionada de alguna manera con el cartel de RKO que parpadeaba a kilómetros de distancia, en Hollywood, un cartel que Norma Jeane veía por la ventana situada encima de su cama y, en otras ocasiones, desde el techo del orfanato, un faro en la noche que ella deseaba tomar como una señal secreta, si bien otros también lo veían y acaso lo interpretaban de la misma manera. *Una promesa..., pero ¿de qué?*

Esperaba que Gladys saliera del hospital, porque entonces volverían a vivir juntas. Aguardaba con la desesperada ilusión de niña mezclada con una certeza más adulta y fatalista —*nunca vendrá, me ha abandonado, la odio*—, atormentada por la preocupación de que Gladys no supiera dónde la habían llevado, dónde estaba aquel edificio de ladrillo rodeado de una cerca de alambre de tres metros de altura. Las ventanas con barrotes, las altas escaleras, los interminables pasillos; los dormitorios con apiñados catres (llamados «camas») y una mezcla de olores desagradables, entre los que predominaba el ácido hedor de la orina; el «comedor», con su propia mezcla de olores igualmente penetrantes (a leche rancia, grasa quemada y productos de limpieza), donde se esperaba que la niña tímida, asustada e incapaz de hablar comiera sin que le dieran arcadas y sin vomitar con el fin de «conservar sus fuerzas» y evitar que la enviaran a la enfermería.

¿Dónde estaba El Centro Avenue? ¿A cuántos kilómetros de Highland?
Si volviera, quizá la encontraría allí, esperándome, pensaba.

Pocos días después de transformarse en pupila del condado de Los Ángeles, Norma Jeane se quedó sin lágrimas. Las había agotado demasiado pronto. Era tan incapaz de llorar como su andrajosa muñeca de ojos azules, que no tenía más nombre que «Muñeca». La fea y afable mujer que dirigía el orfanato, a quien les habían ordenado llamar «doctora Mittelstadt», se lo había advertido. La corpulenta y rubicunda celadora del delantal se lo había advertido. Las niñas mayores —Fleece, Lois, Debra Mae, Janette— se lo habían advertido.

—¡No seas llorica! No eres especial.

Podía decirse, como habría dicho el risueño pastor de la iglesia de la abuela Della, el hombrecillo de cara brillante, que los demás niños del orfanato no eran desconocidos a quienes temer y detestar, sino hermanos suyos recién descubiertos *y que el vasto mundo estaba poblado por muchos otros hermanos, incontables e imposibles de identificar, como granos de arena, seres con alma amados por Dios.*

Esperaba que Gladys saliera del hospital y fuera a buscarla, pero entretanto era una huérfana entre otros ciento cuarenta huérfanos, una de las menores, asignada al dormitorio de la tercera planta (el de niñas de entre seis y once años), donde tenía su propia cama, un camastro de hierro con un colchón lleno de bultos cubierto por un hule que sin embargo olía a orina, su propio sitio bajo el alero del viejo edificio de ladrillo, en una amplia y atestada habitación rectangular poco iluminada incluso durante el día, mal ventilada y sofocante en los soleados días de calor, fría y húmeda en los lluviosos días sin sol que predominaban en el invierno de Los Ángeles. Compartía una cómoda con Debra Mae y otra niña y le habían entregado dos mudas —dos pichis azules y dos camisas de batista blancas—, sábanas desgastadas por los lavados y ropa interior. También le habían dado toallas, calcetines, zapatos, chanclas, una gabardina y un abrigo de lanilla. Su presencia había atraído la atención de las demás, pero era una atención aterradora, provocada en el dormitorio aquella primera y espantosa noche por la entrada de la celadora cargando las maletas de Gladys, con su aspecto elegante (si no se las examinaba con atención) y llenas de prendas extravagantes: vestidos de seda, un pichi con volantes, una falda de tafetán rojo, una boina, una capa con forro de satén, pequeños guantes blancos y relucientes zapatos de charol, todo empacado con una prisa culpable por la mujer que deseaba que Norma Jeane la llamara «tía Jess» (¿o era «tita Jess»?). Pese a que apestaban a humo, la mayoría de esos artículos desapareció en cuestión de días, robados incluso por las niñas que demostraban afecto a Norma Jeane y que con el tiempo se convertirían en sus amigas. (Como Fleece explicaría luego sin rubor, en el orfanato regía «la ley de la selva».) Pero nadie quería la muñeca de Norma Jeane. Nadie

robó la muñeca, que para entonces estaba calva, desnuda y mugrienta, con sus azules ojos de cristal abiertos como platos y su boquita de rosa petrificada en una expresión de aprensiva coquetería; nadie deseaba ese «engendro» (así la llamaba Fleece sin verdadera crueldad) que Norma Jeane abrazaba durante la noche y ocultaba en la cama durante el día, como si fuera un fragmento de su anhelante corazón, extrañamente hermosa ante sus ojos pese a las burlas y desprecios de las demás.

—¡Esperad al Ratón! —gritaba Fleece a sus amigas, y aguardaban con indulgencia a Norma Jeane, la más pequeña, menuda y tímida del grupo—. Venga, Ratón, mueve tu bonito culo.

Fleece, con sus largas piernas, labios agrietados, áspero cabello oscuro, áspera piel aceitunada, vivarachos y penetrantes ojos verdes y unas manos capaces de hacer daño, se había encariñado con Norma Jeane, quizá por compasión, y le profesaba un afecto propio de una hermana mayor, pese a su frecuente impaciencia, pues la niña debía de recordarle a la hermana pequeña cuyos sesos habían sido esparcidos por la pared «como semillas de melón». Fleece fue la primera defensora de Norma Jeane en el orfanato y, aparte de Debra Mae, la niña a la que recordaría con mayor afecto, con una especie de ansiosa admiración, porque era imposible prever cómo reaccionaría, qué palabras crueles y groseras saldrían de su boca y en qué momento usaría las manos, rápidas como las de un boxeador, para lastimar o para exigir atención, igual que un signo exclamativo al final de una frase. Porque cuando Fleece finalmente arrancó un tartamudeo titubeante y una demostración de confianza de boca de Norma Jeane —«De hecho, no soy huérfana; mi ma-madre está en el hospital y también tengo un pa-padre, que vive en una gran mansión en Beverly Hills»—, Fleece rió y le pellizó el brazo con tanta fuerza que la señal roja permaneció durante horas, como la huella de un beso perverso, en la pálida y cérea piel de Norma Jeane.

—¡Y una mierda! ¡Embustera! Tus padres han muerto, como los de todos los demás. *Todos están muertos.*

Los regalos

Llegaron la noche anterior a la víspera de Navidad.

Trayendo regalos para los huérfanos de la Casa de Expósitos de Los Ángeles, dos docenas de pavos para la comida de Navidad y un magnífico árbol de más de tres metros de altura, que los elfos de Papá Noel colocaron en la sala de visitas, transformando la húmeda estancia en un maravilloso santuario. Un árbol alto, exuberante, luminoso, lleno de vida, cuyo olor, un penetrante aroma a oscuridad y misterio, evocaba la fragancia de un bosque lejano, un árbol reluciente con sus adornos de cristal y coronado por un radiante ángel rubio con la mirada alzada hacia el cielo y las manos enlazadas en actitud devota. Y debajo del árbol, *montañas de regalos envueltos en deslumbrantes papeles*.

Todo en medio de una fiesta de luces. En medio de villancicos que resonaban por los parlantes e interpretaba una banda en el jardín delantero: *Noche de paz, Los tres reyes magos, Engalanad los templos*. Una música tan inesperadamente ensordecedora, que el corazón parecía zapatear a su ritmo.

Los niños mayores no se sorprendieron, pues habían recibido esa bendición en Navidades anteriores. Los niños más pequeños y los nuevos estaban perplejos y asustados.

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡No rompáis la fila!

Con brusquedad, les ordenaron salir formados en doble fila del comedor, donde los habían obligado a esperar después de la cena, sin

explicaciones, durante más de una hora. Pero no había un incendio y era demasiado tarde para jugar en el jardín. Norma Jeane estaba confundida, alarmada a causa de los empujones de los niños formados detrás de ella — ¿qué pasaba?, ¿quién había llegado?—, hasta que vislumbró, en la plataforma erigida al fondo de la sala de visitas, una imagen que la dejó atónita: ¡el apuesto Príncipe Encantado y la Bella Princesa rubia!

¡Allí mismo, en la Casa de Expósitos de Los Ángeles!

Al principio pensé que habían venido por mí. Sólo por mí.

Hubo una algarabía de gritos, voces amplificadas y risas, villancicos interpretados en un alegre *stacatto* que exigía respirar con rapidez para seguir el ritmo. Y por todas partes brillaban luces cegadoras, pues había una cámara filmando a la pareja real mientras ésta distribuía regalos a los necesitados, y numerosos fotógrafos disparando los flashes o abriéndose paso entre la multitud para encontrar un sitio mejor. La corpulenta directora del orfanato, la doctora Edith Mittelstadt, recibió el «certificado de regalos» de manos del Príncipe y la Princesa y las cámaras sorprendieron su cara avejentada en una sonrisa tensa pero espontánea, mientras que el Príncipe y la Princesa, situados a ambos lados de la madura mujer, lucían sus ensayadas sonrisas de tal manera que una quería mirarlos, mirarlos y no desviar nunca la vista.

—¡Hola, niños! ¡Feliz Navidad, niños! —gritó el Príncipe Encantado, y levantó las manos enguantadas como un sacerdote dando la bendición.

—¡Feliz Navidad, queridos niños! *Os queremos* —exclamó la Bella Princesa.

Como si fueran sinceras, sus palabras desataron un clamor de felicidad, un aluvión de efusiones.

¡Qué aspecto tan familiar tenían el Príncipe Encantado y la Bella Princesa! Sin embargo, Norma Jeane no los identificó. El Príncipe Encantado tenía un aire a Ronald Colman, a John Gilbert, a Douglas Fairbanks Jr., pero no era ninguno de ellos. La Bella Princesa se parecía a Dixie Lee, a Joan Blondell, a una Ginger Rogers con un busto más generoso, pero no era ninguna de ellas. El Príncipe lucía un esmoquin con un ramillete de muérdago en la solapa, una camisa de seda blanca y, sobre

su engominado pelo negro, un vistoso gorro de Papá Noel confeccionado con terciopelo rojo con un ribete de piel blanca.

—¡Venid a buscar vuestros regalos, niños! ¡No seáis tímidos!

¿Acaso bromeaba? Porque los niños, en especial los mayores, no demostraban la menor timidez y avanzaban a empujones, decididos a arrebatarles los regalos antes de que las existencias se agotaran.

—¡Sí, acercaos! ¡Bienvenidos, queridos niños! *Que Dios os bendiga.*

¿Acaso la Bella Princesa estaba al borde de las lágrimas? Sus pintarrajeados ojos reflejaban un vidrioso brillo de sinceridad y su radiante sonrisa carmesí temblaba y resbalaba como un caprichoso ser con vida propia.

La Princesa lucía un destellante vestido rojo de tafetán con falda de vuelo, cinturilla ajustada y corpiño cubierto de lentejuelas que se ceñía como un guante a su voluminoso busto. Sobre su cabello rubio platino, tieso por efecto de la laca, había una tiara (¿de diamantes?, ¿escogida especialmente para esa ocasión en la Casa de Expósitos de Los Ángeles?). El Príncipe llevaba guantes blancos cortos, mientras que los de la Princesa le llegaban a los codos. Detrás y a cada lado de la pareja real estaban los elfos de Papá Noel, algunos con falsas cejas y bigote blancos, que cogían los regalos de debajo del árbol y se los pasaban a los Príncipes sin pausas: era maravilloso, mágico, ver cómo el Príncipe y la Princesa recibían los obsequios como si aparecieran en el aire, sin siquiera inclinarse o detenerse a mirarlos.

En la sala de visitas reinaba una atmósfera alegre pero exaltada. Los villancicos retumbaban; el micrófono del Príncipe emitía silbidos que lo irritaban. Además de los regalos, la pareja distribuía bastones de caramelo y manzanas confitadas, y las reservas empezaban a escasear. Por lo visto, el año anterior no había habido regalos para todos, cosa que explicaba los empujones de los niños mayores.

—¡Manteneos en vuestro sitio! ¡Respetad los turnos!

Las celadoras uniformadas apartaban de la fila con brusquedad a los alborotadores, enviándolos a los dormitorios, sacudiéndolos vigorosamente o dándoles coscorriones. Por suerte, ni la pareja real ni los fotógrafos

repararon en ello, o si lo hicieron, no lo demostraron: *lo que no está bajo los focos no se ve.*

¡Por fin le llegó el turno a Norma Jeane! Estaba en la cola de los que recibirían el regalo de manos del Príncipe Encantado, que de cerca se veía más viejo que de lejos, con una piel extrañamente rosada y sin poros, como la que antaño tuviera la muñeca de Norma Jeane; sus labios parecían pintados y sus ojos eran tan brillantes y cristalinos como los de la Bella Princesa. Pero Norma Jeane no tuvo tiempo para concentrarse en estos detalles cuando llegó junto a él, aturdida por la emoción, sintiendo un rugido en los oídos y un codo en la espalda. Levantó con timidez las manos para recibir su obsequio y el Príncipe exclamó:

—¡Pequeña! ¡Preciosa pequeña!

Entonces, sin darle tiempo a reaccionar, como en uno de los cuentos de hadas de la abuela Della, ¡el Príncipe la agarró de los brazos, la alzó y la depositó sobre la plataforma, a su lado! Allí la luz era cegadora de verdad; prácticamente no veía nada, y la estancia llena de niños y miembros del personal se desdibujó, como el agua agitada. Con teatral galantería, el Príncipe Encantado entregó a la niña un bastón de caramelo rojo con rayas blancas, una manzana confitada —ambos sumamente pegajosos— y uno de los regalos envueltos en papel rojo. Acto seguido se volvió hacia los fogonazos de las cámaras y les dedicó una de sus perfectas y ensayadas sonrisas.

—¡Feliz Navidad, pequeña! ¡Feliz Navidad te desea Papá Noel!

La niña de nueve años debió de quedarse boquiabierta, paralizada por el horror, porque los fotógrafos, todos hombres, rieron encantados y uno de ellos gritó:

—¡Mantén esa expresión, preciosa!

Deslumbrada por los fogonazos, Norma Jeane fue incapaz de sonreír — y no se le presentaría otra oportunidad— a las cámaras (de *Variety*, *Los Angeles Times*, *Screen World*, *Photoplay*, *Parade*, *Pageant*, *Pix*, el equipo de noticias de Associated Press) como lo hacía ante su Amiga Mágica del Espejo, de una docena de maneras especiales y secretas. Pero la habían pillado por sorpresa y su Amiga del Espejo la había abandonado. *Juré que*

no volverían a sorprenderme. Un instante después la bajaron de la plataforma, el único lugar de honor, convirtiéndola de nuevo en una huérfana, una de las huérfanas más jóvenes y menudas, y una celadora la empujó con brusquedad hacia la fila de niños que desfilaban hacia los dormitorios.

Ya estaban abriendo los regalos de Navidad, dejando tras de sí una estela de papeles metalizados.

El suyo era un muñeco de peluche más apropiado para un niño de quizá dos, tres o cuatro años, y aunque Norma Jeane tenía el doble de esa edad, el «tigre de rayas» la conmovió profundamente. El juguete era del tamaño de un gatito y estaba confeccionado con una piel tan suave que daban ganas de frotarlo contra la cara y abrazarlo, abrazarlo y abrazarlo en la cama. Tenía botones dorados por ojos, un gracioso hocico achatado, finos bigotes que hacían cosquillas, rayas anaranjadas y negras y una cola que era un alambre forrado, de modo que podía curvarse hacia arriba, hacia abajo, o dibujar un signo de interrogación.

¡Mi tigre! Mi regalo de Navidad de él.

En el dormitorio, unas niñas le arrebataron el bastón de caramelo y la manzana confitada y los devoraron rápidamente.

No le importó; lo único que quería era su adorado tigre.

Sin embargo, el muñeco también desapareció pocos días después.

Norma Jeane había tomado la precaución de esconderlo junto a su muñeca bajo las mantas de la cama, pero un día, al regresar de su turno de tareas, descubrió que la cama estaba deshecha y el tigre había desaparecido. (La muñeca seguía allí.) Tras la fiesta navideña, en el orfanato habían aparecido numerosos tigres —además de pandas, conejos, perros y muñecas que eran los regalos destinados a los huérfanos más pequeños, mientras que los mayores habían recibido lápices, estuches y juegos—, pero incluso si Norma Jeane hubiera reconocido el suyo, no se habría atrevido a reclamarlo ni a robarlo, como alguien se lo había robado a ella.

¿Por qué hacer sufrir a otro? Bastaba con sufrir uno mismo.

La huérfana

Aquellos que tengan fe serán reconocidos por estas señales:
en mi nombre expulsarán a los demonios;
hablarán lenguas nuevas;
agarrarán serpientes;
y si beben veneno, no les afectará;
pondrán sus manos sobre los enfermos y éstos se curarán.

JESUCRISTO

El amor divino siempre ha satisfecho y siempre satisfará todas las necesidades humanas.

MARY BAKER EDDY, *Ciencia y salud
con clave de las Escrituras*

1

—Norma Jeane, tu madre ha pedido otro día para pensárselo.

¡Un día más! Pero la doctora Mittelstadt hablaba con tono alentador. No era de las que demuestran dudas, debilidad, preocupación; en su presencia, tenías la obligación de ser optimista. Tenías la obligación de ahuyentar los pensamientos negativos. Norma Jeane sonrió cuando la doctora Mittelstadt

explicó que el jefe de psiquiatría de Norwalk había dicho que Gladys ya no «sufría delirios» ni mostraba «impulsos de venganza» como al principio. Esta vez —la tercera en que solicitaban la adopción de Norma Jeane— había esperanzas de que la señora Mortensen fuera razonable y diera su conformidad.

—Naturalmente, tu madre te adora, cariño, y quiere que seas feliz. Desea lo mejor para ti, como nosotros —la doctora Mittelstadt hizo una pausa, suspiró y con un dejo de ansiedad en la voz dijo lo que se había propuesto decir desde un principio—: Bien, pequeña, ¿rezamos juntas?

La doctora Mittelstadt era una devota de la Ciencia Cristiana, pero sólo intentaba inculcar sus creencias a sus pupilas favoritas, e incluso en estos casos, lo hacía sin presionar, como quien ofrece un bocado de comida a una persona hambrienta.

Cuatro meses antes, el día del undécimo cumpleaños de Norma Jeane, la doctora Mittelstadt había llamado a la niña a su despacho para darle un ejemplar de *Ciencia y salud con clave de las Escrituras*, el libro de Mary Baker Eddy. En la primera página, la doctora Mittelstadt había escrito con su perfecta caligrafía:

¡A Norma Jeane, en su cumpleaños!

«Aunque hubiera de ir por los valles sombríos de la muerte, ningún mal temería.» Salmos 23, 4.

¡Este maravilloso y sabio libro cambiará tu vida como ha cambiado la mía!

Dra. Edith Mittelstadt

1 de junio de 1937

Todas las noches, Norma Jeane leía el libro antes de acostarse, y todas las noches susurraba la inscripción. *Te quiero, doctora Mittelstadt*. Más tarde consideraría ese libro como el primer regalo auténtico de su vida. Y ese cumpleaños, como el día más feliz desde su llegada al orfanato.

—Rezaremos para que se tome la decisión adecuada. Y para que Dios nos dé fuerzas para afrontar esa decisión, sea cual fuere.

Norma Jeane se arrodilló sobre la alfombra. La doctora Mittelstadt, que tenía las articulaciones agarrotadas a causa de una artritis, permaneció sentada detrás del escritorio con la cabeza gacha y las manos enlazadas en actitud de fervorosa devoción. Aunque sólo tenía cincuenta años, a Norma Jeane le recordaba a su abuela Della: la misteriosa y abundante carne femenina, sin más forma que la que le daba el corsé; el inmenso pecho caído; el dulce rostro ajado; el cabello gris, y las piernas regordetas surcadas por venas y enfundadas en gruesas medias elásticas. Sin embargo, esos ojos estaban llenos de vehemencia y esperanza. *Te quiero, Norma Jeane, como si fueras mi propia hija.*

¿Había pronunciado estas palabras en voz alta? No.

¿Había besado y abrazado a Norma Jeane? No.

La doctora Mittelstadt se inclinó hacia delante en la silla y entre susurros guió a Norma Jeane en la oración de la Ciencia Cristiana que era su principal regalo para la niña, igual que para ella había sido el principal regalo de Dios.

Padre nuestro que estás en el cielo,

Nuestro Dios Madre-Padre en armonía,

Santificado sea tu nombre.

Adorable.

Venga a nosotros tu reino.

Tu reino ya ha venido; siempre estás presente.

Así en la tierra como en el cielo.

Permite que sepamos —así en la tierra como en el cielo— que Dios es omnipotente, supremo.

El pan nuestro de cada día dánoslo hoy,

Danos hoy la gracia; alimenta los afectos hambrientos.

Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Y el amor se refleja en el amor.

Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal;
Y que Dios no nos deje caer en la tentación; antes bien que nos libre del pecado, la enfermedad y la muerte.

Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos.

Porque Dios es infinito, todopoderoso, es todo Vida, Verdad, Amor hacia todo, y Todo.

¡Amén!

—Amén —se atrevió a murmurar Norma Jeane, en un suave eco.

2

¿Adónde va uno cuando desaparece?

Y dondequiera que sea, ¿está solo?

Hubo que aguardar tres días a que Gladys Mortensen decidiera si daría a su hija en adopción. Tres días susceptibles de descomponerse en horas, incluso minutos, durante los cuales habría que sobrevivir con el aliento contenido.

Mary Baker Eddy, Norma Jeane Baker. ¡Ay, era una señal clara!

Sabiendo que Norma Jeane estaba aterrorizada, Fleece y Debra Mae le leyeron el futuro con una baraja robada.

En el orfanato se permitía jugar a «triunfan corazones», *gin rummy* y a «robar», pero estaba prohibido apostar y leer las cartas, que era «magia» y una ofensa a Cristo. En consecuencia, las niñas lo hacían una vez que apagaban las luces y con emocionante sigilo.

Norma Jeane no quería que sus amigas le predijeran el futuro porque temía que las cartas interfirieran con sus oraciones y porque si las predicciones eran malas, prefería ignorarlas hasta que no tuviera más remedio que saberlas.

Pero Fleece y Debra Mae insistieron. Ellas tenían más fe en la magia de los naipes que en la de Jesucristo. Fleece barajó las cartas, hizo cortar a

Debra Mae, volvió a barajar y finalmente depositó cuatro delante de Norma Jeane, que aguardaba sin atreverse a respirar. La reina de diamantes, el siete de corazones, el as de corazones y el cuatro de diamantes.

—Son todas rojas, ¿lo ves? Eso significa buena suerte para el Ratón.

¿Mentía? Norma Jeane adoraba a su amiga, que aunque a menudo la provocaba o la ponía en ridículo, también la protegía en el orfanato y en la escuela, donde las huérfanas más pequeñas necesitaban protección, pero no confiaba en ella. *Fleece quiere que me quede con ella en esta prisión. Porque nadie la adoptará jamás.*

Era cierto; triste, pero cierto. Ninguna pareja adoptaría a Fleece ni a Janette ni a Jewell ni a Linda, ni siquiera a Debra Mae, que era una bonita pelirroja pecosa de doce años, porque ya no eran niñas, sino jovencitas; jovencitas con «esa expresión» en los ojos que delataba que habían sido víctimas de los adultos y que nunca los perdonarían. Pero por encima de todo, eran demasiado mayores. Habían vivido en hogares de acogida sin llegar a «adaptarse», de modo que habían regresado al orfanato, donde permanecerían hasta que cumplieran los dieciséis y pudieran valerse por sí mismas. En el orfanato, cualquiera que superara los tres o cuatro años era demasiado mayor. De hecho, era un milagro que alguien quisiera adoptar a Norma Jeane. Sin embargo, desde que estaba al cuidado del condado de Los Ángeles, tres parejas habían solicitado su tutela. Estas parejas decían haberse enamorado de ella y estaban dispuestas a pasar por alto el hecho de que tenía nueve años, luego diez, ahora once, y de que su madre estaba viva y confinada en el Hospital Psiquiátrico Estatal de Norwalk, donde le habían diagnosticado «esquizofrenia paranoide crónica, con probables daños neurológicos causados por el consumo de alcohol y drogas» (unos datos que estaban a disposición de los aspirantes a padres adoptivos que lo solicitaran).

En efecto, parecía un milagro. Excepto cuando uno observaba, como hacía el personal del centro, la forma en que la apocada Norma Jeane se transformaba en la sala de visitas. Aunque unos instantes atrás hubiera estado triste, su rostro se iluminaba como una bombilla en presencia de las visitas importantes. Su dulce cara, una luna perfecta; sus ansiosos ojos

azules; su sonrisa y sus modales tímidos que le hacían parecer una versión melancólica de Shirley Temple.

—¡Qué angelito!

Esos ojos encerraban una súplica: *¡Queredme! Yo ya os quiero.*

La primera pareja que solicitó la adopción de Norma Jeane Baker procedía de Burbank, donde tenía un campo de árboles frutales de dos mil quinientas hectáreas; se enamoraron de la niña, según dijeron, porque ésta era la viva imagen de su hijita, Cynthia Rose, que había muerto de polio a los ocho años. (Le enseñaron su fotografía a Norma Jeane, que llegó a creer que tal vez ella fuera verdaderamente su hija, que quizá fuera posible; si se iba a vivir con la pareja, le cambiarían el nombre por el de Cynthia Rose, ¡y cuánto anhelaba ese día! «Cynthia Rose» era un nombre mágico.) El matrimonio esperaba encontrar una niña más pequeña, pero en cuanto vieron a Norma Jeane «fue como si Cynthia Rose volviera a nacer, como si nos la devolvieran. ¡Un milagro!». Sin embargo, Gladys Mortensen se negó a firmar los documentos de cesión de la custodia de su hija. La pareja quedó desolada, «fue como si nos arrebataran a Cynthia Rose por segunda vez», pero no hubo nada que hacer.

Norma Jeane se escondió para llorar. ¡Cuánto había deseado convertirse en Cynthia Rose! Y vivir en un campo de dos mil quinientas hectáreas, en un lugar llamado Burbank, con un padre y una madre que la quisieran.

La segunda pareja, que procedía de Torrance y decía gozar de una «posición desahogada» a pesar de la depresión económica, pues el marido estaba al frente de un concesionario de Ford, tenía varios hijos propios — ¡cinco varones!—, pero la mujer suspiraba por una niña. También ellos deseaban una niña más pequeña, pero en cuanto la mujer posó sus ojos en Norma Jeane, decidió que la quería a *ella*.

—¡Qué angelito!

La mujer pidió a Norma Jeane que la llamara «mamita» —¿acaso era «mamá» en español?— y ella lo hizo. Era una palabra mágica: ¡mamita! *Ahora tendré una mamá de verdad. ¡Mamita!* Norma Jeane adoraba a esa cuarentona regordeta que había acudido a rescatarla de la soledad, según decía, y vivía en una casa llena de varones; tenía la cara arrugada y curtida

por el sol, pero también una sonrisa optimista y tan radiante como la de la niña. Tenía la costumbre de tocar a la pequeña, de apretarle con cariño la mano, y la colmaba de regalos: un pañuelo blanco bordado con las iniciales «N. J.», una caja de lápices de colores, monedas de cinco y diez centavos, chokolatinas envueltas en papel de aluminio que Norma Jeane se apresuraba a compartir con Fleece y las demás niñas para aplacar sus celos.

Pero Gladys también obstaculizó esta adopción en la primavera de 1936. No por voluntad expresa, sino por mediación del administrador de Norwalk, que comunicó a la doctora Mittelstadt que la señora Mortensen estaba muy enferma y sufría alucinaciones periódicas: una de ellas era que los marcianos habían llegado en sus naves espaciales con la intención de raptar a los niños humanos; otra, que el padre de Norma Jeane pretendía llevársela a un lugar secreto, donde ella, su verdadera madre, jamás la encontraría. «La única identidad de la señora Mortensen es su papel de madre de Norma Jeane y por el momento no se encuentra en condiciones de renunciar a ella.»

Una vez más, Norma Jeane se escondió para llorar. Pero en esta ocasión sentía algo más que tristeza. Tenía diez años, edad suficiente para experimentar furia y resentimiento ante su injusto destino. La mujer fría y cruel que nunca había permitido que la llamara «mamaíta» le impedía vivir con «mamita», que la quería de verdad. *Era incapaz de ser mi madre, y sin embargo me impedía tener una verdadera madre. Me negaba la posibilidad de tener una madre, un padre, una familia, un auténtico hogar.*

Conocía una manera secreta de subir al techo del orfanato, donde se escondía detrás de la alta y sucia chimenea, al otro lado del lavabo de niñas de la tercera planta. Por las noches, la luz del parpadeante letrero de neón de RKO caía precisamente en ese sitio; una podía sentir su pulsante calor en las manos tendidas y los párpados cerrados. Agitada, Fleece alcanzó a Norma Jeane y la estrechó entre sus brazos fuertes y delgados como los de un niño. Fleece, siempre identificable por el olor de sus axilas y su pelo grasiento; Fleece, con sus efusiones reconfortantes y bruscas como las de un perro grande. Norma Jeane rompió a llorar con angustia.

—¡Ojalá se muriera! ¡La odio!

Fleece frotó su cara caliente contra la de Norma Jeane.

—¡Sí! ¡La muy puta! Yo también la odio.

¿Planearon aquella noche hacer autostop hasta Norwalk para incendiar el hospital? ¿O era un falso recuerdo de Norma Jeane? Quizá fuera un sueño. Aunque ella había estado allí: el fuego, los gritos, la mujer desnuda corriendo con el cabello en llamas y la mirada desquiciada, pero consciente de lo que sucedía. ¡Aquellos gritos! *Lo único que hice fue taparme los oídos y cerrar los ojos.*

Años después, cuando Norma Jeane visitó a su madre en Norwalk y habló con la jefa de enfermeras, descubrió que en la primavera de 1936 Gladys había intentado suicidarse «lacerándose» las muñecas y la garganta con horquillas y que había perdido «mucho sangre» antes de que la descubrieran en la sala de calderas del hospital.

3

11 de octubre de 1937

Querida madre:

¡Yo no soy nadie! ¿Quién eres tú?

¿Eres nadie, también tú?

¡Entonces ya somos dos!

¡No lo cuentes! ¡Sabes que nos harían desaparecer!

Éste es mi poema favorito de tu libro, la *Pequeña antología de poesía estadounidense*, ¿recuerdas? La tía Jess me lo ha traído y lo hojeo con frecuencia, recordando los tiempos en que me leías poemas y cuánto me gustaban. Cuando los leo, pienso en ti, madre.

¿Cómo estás? No dejo de pensar en ti y espero que te encuentres mucho mejor. Yo estoy bien, ¡te sorprendería ver cuánto he crecido!

He hecho amistades aquí, en el centro, y en mi escuela, que es la Escuela Elemental de Hurst. La directora y el personal de esta casa son muy agradables. A veces un poco estrictos, pero es necesario, porque somos muchos. Vamos a la iglesia y yo canto en el coro. ¡Aunque ya sabes que no se me da muy bien la música!

Tía Jess viene a verme de vez en cuando y me lleva al cine. Los estudios me cuestan un poco, sobre todo la aritmética, pero me divierto en la escuela. Todas mis calificaciones son «bienes», salvo en álgebra, en la que he sacado una nota que me da vergüenza decir. Creo que el señor Pearce también ha venido a verme.

Hay un matrimonio muy amable, el señor Josiah Mount y su esposa, que vive en Pasadena, donde él trabaja como abogado y ella tiene un jardín lleno de rosas. Algunos domingos me llevan a pasear en coche y a su casa, que es muy grande y con vistas a un lago. El señor y la señora Mount quieren que me convierta en su hija y vaya a vivir con ellos. Desean que digas que sí, y yo también lo deseo.

A Norma Jeane no se le ocurría qué más podía decirle a su madre. Enseñó con timidez el papel a la doctora Mittelstadt, que la alabó diciendo que era «una carta muy bonita», con unos pocos errores ortográficos que ella corregiría. Sin embargo, creía que la niña debía terminar con una oración.

En consecuencia, Norma Jeane añadió:

Rezo por las dos, madre, esperando que des tu autorización para que me adopten. Te lo agradeceré con todo mi corazón. Pido a Dios que te bendiga para siempre, amén.

De tu hija que te quiere,

NORMA JEANE

Doce días después llegó la respuesta, la primera y última carta que Gladys Mortensen enviaría a Norma Jeane a la Casa de Expósitos de Los

Ángeles. Una carta escrita en un ajado papel amarillento, con renglones torcidos y una caligrafía temblorosa que recordaba a una sinuosa procesión de hormigas:

Querida Norma Jeane, si es que no te avergüenzas de decir al mundo que ése es tu nombre:

He recibido tu deplorable carta, y mientras viva y sea capaz de luchar contra esta ofensa, nunca permitiré que mi hija sea adoptada. ¡Cómo iban a adoptarla! Tiene una MADRE que está viva y pronto tendrá fuerzas suficientes para llevarla otra vez a casa.

Por favor, no me insultes con estos pedidos que para mí son dolorosos y abominables. No necesito ni la bendición ni la maldición de tu puñetero Dios, de quien me pitorreo con el pulgar en la nariz. ¡Espero seguir teniendo un pulgar y una nariz! Contrataré a un abogado y me aseguraré de conservar lo que es mío hasta el día de mi muerte.

«De tu madre que te quiere»,

Y A SABES QUIÉN

La regla^[2]

Todo lo que has visto y experimentado algún día te pertenecerá por completo.

El manual del actor y la vida del actor

—¡Mira qué culo tiene esa rubita!

Norma Jeane los oyó, pero fingió no oírlos, con la cara indignada y cubierta de rubor. Estaba en El Centro Avenue, de camino al orfanato desde la escuela. Vestida con una blusa blanca, pichi azul (ceñido en el busto y las caderas, aparentemente de la noche a la mañana) y calcetines blancos. Tenía doce años, aunque en su corazón eran sólo ocho o nueve, como si su desarrollo se hubiera detenido el mismo día en que había huido de la habitación de Gladys, desnuda y llorando, para pedir ayuda a los vecinos. Escapando del vapor, el agua hirviendo, la cama en llamas destinada a ser su pira funeraria.

¡Avergonzaos, avergonzaos!

Y llegó el día. Fue en la segunda semana de septiembre, poco después de empezar el séptimo curso. No la sorprendió del todo, aunque le costaba hacerse a la idea. ¿Acaso no hacía años que oía hablar del tema a las niñas mayores?, ¿y que escuchaba los groseros chistes de los chicos? ¿No había sentido una mezcla de repugnancia y fascinación al ver los «paños

higiénicos» manchados de sangre —a veces envueltos en papel del váter y otras no— en el lavabo de mujeres?

¿No había sentido náuseas al percibir el olor a sangre seca cuando la habían mandado a sacar la basura al patio trasero del orfanato?

«Una maldición en la sangre. Es imposible escapar de ella», solía decir Fleece con una sonrisa burlona.

Pero Norma Jeane se regocijaba para sus adentros, porque tenía una convicción: *Sí que es posible escapar. ¡Hay una manera!*

Delante de sus amigas del orfanato y de la escuela (porque Norma Jeane tenía amigos con familia y casas «de verdad»), la niña nunca hablaba de esa vía de escape, *la de la Ciencia Cristiana*, una perla de sabiduría que le había revelado Edith Mittelstadt: que Dios es la mente, la mente lo es todo y la «materia» no existe.

Que Dios nos cura por mediación de Jesucristo. Aunque sólo si creemos firmemente en Él.

Pero hoy, este día, una jornada laborable de mediados de septiembre, sintió un dolor sordo y extraño en el vientre durante la clase de gimnasia, mientras jugaba al voleibol vestida con blusa marinera y bombachos. Norma Jeane era una de las niñas más altas del séptimo curso y una de las mejores atletas —aunque a veces su timidez la hacía actuar con inseguridad y torpeza y dejaba caer el balón, provocando la impaciencia de las demás, que desconfiaban de ella pese a la determinación y el esfuerzo con que intentaba hacerles cambiar de parecer—, pero esta tarde, en el pegajoso calor del gimnasio, dejó caer la pelota al percibir un líquido ardiente en la entrepierna. Se sintió aturdida, aquejada por un súbito dolor de cabeza, y más tarde en el vestuario, mientras se ponía la combinación, la blusa y el pichi, decidió hacer caso omiso de lo que le ocurría, fuera lo que fuese; estaba escandalizada, indignada: *aquello no podía sucederle a ella.*

—¿Qué te pasa, Norma Jeane?

—¿Eh? Nada.

—Pareces... —la chica intentó sonreír y ser simpática, pero sus palabras tenían un dejo prepotente, coercitivo— enferma.

—A mí no me pasa nada, ¿y a ti?

Se marchó del vestuario temblando de furia. *¡Avergonzaos, avergonzaos! Pero en Dios no hay vergüenza.*

Se marchó de la escuela a toda prisa, evitando a sus amigas. Aunque siempre iba acompañada de un grupo de chicas, entre las que se encontraban Fleece y Debra Mae, ese día se las ingenió para volver sola, caminando con pasitos rápidos y los muslos apretados, como un pato. Sus bragas estaban húmedas, pero el cálido goteo se había detenido (*¡lo había detenido ella con su mente!, ¡se negaba a rendirse!*), y avanzaba con la vista clavada en el suelo, ajena a los silbidos y piropos de los chicos que paseaban por El Centro Avenue, jóvenes que ya eran estudiantes de instituto o incluso mayores, con más de veinte años.

—¡Norma Jeane! Porque te llamas así, ¿verdad, guapa? ¡Eh, Norma Jeane!

Y ella deseando que el pichi no le quedara tan ceñido. Prometiéndose que iba a adelgazar. ¡Bajaría dos kilos! Nunca había sido gorda como algunas chicas de su clase, ni rechoncha como la doctora Mittelstadt, *pero la carne no es real, Norma Jeane. La materia pertenece a la mente, y Dios es la mente.*

Cuando la doctora Mittelstadt le explicó detenidamente esta verdad, ella la entendió. Cuando leyó el libro de la señora Eddy, y en especial el capítulo titulado «La oración», lo comprendió a medias. Sin embargo, cuando estaba sola, sus ideas eran tan confusas como un rompecabezas desarmado. Había un orden, pero ¿cómo hallarlo?

Ahora, esta tarde, sus pensamientos eran como una cascada de cristales rotos en el interior de su cráneo. Aquello que las personas no iluminadas denominaban «jaqueca» era una mera ilusión, una debilidad; aun así, después de recorrer las ocho manzanas que separaban la Escuela Superior de Hurst del orfanato, la cabeza le latía con tanta fuerza que apenas si podía ver algo.

Deseaba una aspirina. Una simple aspirina.

La enfermera del orfanato siempre prescribía aspirinas cuando una estaba enferma. O cuando las chicas tenían «el período».

Pero Norma Jeane juró que *no cedería*.

Dios estaba poniendo a prueba su fe. ¿No había dicho Jesucristo que «vuestro Padre sabe lo que necesitáis, antes de que lo pidáis»?

Recordó con amargura que, cuando ella era pequeña, su madre disolvía aspirinas en su zumo de naranja. Y luego añadía al vaso de Norma Jeane una cucharada del «agua medicinal» —vodka, probablemente— contenida en una botella sin etiqueta. Ella tenía tres años —¡o menos!—, demasiado pequeña para rechazar esos venenos. Drogas, alcohol. La Ciencia Cristiana repudiaba todos los vicios. Algún día denunciaría a Gladys por someter a una niña inocente a esas prácticas crueles. *Quería envenenarme de la misma manera en que se envenenaba ella. Yo jamás consumiré drogas, ni siquiera beberé.*

A la hora de la cena, desmayada de hambre pero demasiado indispuesta para comer los macarrones cubiertos de queso correoso y las refritas lonchas de beicon, lo único que consiguió pasar fue un tierno bollo de pan blanco que masticó y tragó muy despacio. Después, mientras recogía la mesa, habría arrojado al suelo una bandeja cargada con platos y cubiertos de no ser por una chica que corrió a sujetarla. En la cocina sofocante, bajo la ceñuda mirada de la cocinera, fregaba los peroles y la grasienta plancha; la peor de todas las tareas, tan desagradable como limpiar los lavabos. Y todo por diez centavos a la semana.

¡Avergonzaos, avergonzaos! Pero finalmente triunfaréis sobre la vergüenza.

Cuando por fin le permitieran salir del orfanato para vivir en un hogar de acogida en Van Nuys, en noviembre de ese mismo año, 1938, tendría ahorrados en su «cuenta» veinte dólares con sesenta centavos. Como regalo de despedida, Edith Mittelstadt dobló esa cantidad.

—Recuérdanos con cariño, Norma Jeane.

A veces lo hacía; la mayoría no. En el futuro recrearía la historia de su vida de huérfana. No comprarían su orgullo por una suma tan mísera.

¡De hecho, no tenía orgullo! ¡Ni vergüenza! Bastaba una palabra cordial o la mirada de cualquier hombre para que me sintiera agradecida. Mi cuerpo adolescente era tan extraño para mí como un bulbo que se dilata en la tierra hasta que parece a punto de estallar. Porque sin duda era

consciente del desarrollo de sus redondos pechos y de la gradual expansión de sus muslos, caderas y «culo» (pues esa parte de la anatomía, cuando pertenecía a un cuerpo femenino, se nombraba con aprobación y una especie de jocosos afecto). *Qué culo tan bonito. Mira qué bonito culo. ¡Ay, nena, nena! ¿Quién es? Carne de estupro.* Esos cambios físicos la asustaban, porque si Gladys hubiera tenido ocasión de verla, se habría burlado. Gladys, que era delgada y esbelta, que admiraba especialmente a las estrellas de cine espigadas y «femeninas», como Norma Talmadge, Greta Garbo, la joven Joan Crawford y Gloria Swanson, prefiriéndolas a las más voluptuosas, como Mae West, Mae Murray o Margaret Dumont. Puesto que hacía tanto tiempo que no veía a Norma Jeane, sin duda le disgustaría comprobar cuánto había «crecido» su hija.

A Norma Jeane no se le ocurrió preguntarse qué aspecto tendría su madre después de tantos años de confinamiento en el hospital de Norwalk.

Su madre no había vuelto a escribirle después de aquella carta en la que le comunicaba su negativa a firmar los papeles de la adopción. Norma Jeane tampoco le había escrito a ella, excepción hecha de las felicitaciones de rigor para los cumpleaños y la Navidad. (¡Que Gladys nunca correspondía! Pero, como Dios nos ha enseñado, es mejor dar que recibir.)

Norma Jeane, casi siempre tan dócil e insegura, sorprendió a Edith Mittelstadt con sus lágrimas de rabia. ¿Por qué permitían que su despreciable madre, su madre enferma, su *innoble madre loca* le fastidiara la vida? ¿Qué absurda ley la mantenía a merced de una mujer ingresada en un centro psiquiátrico del que con toda probabilidad no saldría nunca? Era una infamia, una injusticia; todo porque Gladys tenía celos del señor y la señora Mount y porque la odiaba a *ella*.

—Y con lo mucho que he rezado —sollozó la niña—. Hice lo que usted me dijo: recé, recé y recé.

Al llegar a este punto, la doctora Mittelstadt habló con severidad a Norma Jeane, como hubiera hecho con cualquier otro huérfano a su cargo. La riñó por sus «emociones ciegas y egoístas», por no ver lo que *Ciencia y*

salud dejaba muy claro: que la oración no puede cambiar la ciencia del ser, con el cual únicamente nos permite alcanzar una mayor armonía.

Entonces, ¿de qué servía rezar?, se preguntó la niña con indignación.

—Sé que te sientes decepcionada y afligida, Norma Jeane —dijo Edith Mittelstadt con un suspiro—. También ha sido una desilusión para mí. Los Mount son personas decentes, buenos cristianos, a pesar de no pertenecer a la Ciencia Cristiana, y te quieren mucho. Pero, verás, tu madre todavía tiene la mente confusa. Es obvio que pertenece a la tipología del «moderno», el «neurótico», y ella misma se ha enfermado con sus pensamientos negativos. Tú tienes la libertad de deshacerte de esos pensamientos y deberías dar gracias a Dios por ello durante cada minuto de tu preciosa vida.

Ella no necesitaba ni la bendición ni la maldición de su puñetero Dios.

Sin embargo, mientras se enjugaba los ojos, llena de pueril emoción, respondía con gestos de asentimiento a las persuasivas palabras de la doctora Mittelstadt. ¡Sí! Era verdad.

La voz potente pero cálida de la directora. Su mirada inquisitiva. El alma que resplandecía en sus ojos. Apenas si reparabas en las arrugas y la flacidez de su cara; aunque de cerca podías ver las manchas de la edad en sus brazos fofos, que ella no intentaba ocultar con mangas o maquillaje, como hacían las mujeres vanidosas. Y en su barbilla crecían pelos como alambres. Norma Jeane observaba estas sorprendentes imperfecciones desde una óptica cinematográfica. Porque en la lógica del cine, la estética tiene la autoridad de la ética: ser poco atractiva es triste, pero ser voluntariamente poco atractiva es inmoral. Gladys se habría estremecido al ver a la doctora Mittelstadt. Se habría reído a sus espaldas, esas anchas espaldas cubiertas de sarga azul. Pero Norma Jeane admiraba a la directora del orfanato. *Es fuerte. Le tiene sin cuidado lo que piensen los demás. ¿Por qué iba a preocuparla?*

—Yo también me equivoqué —decía la doctora Mittelstadt—. El personal del hospital me indujo a pensar que reaccionaría de manera diferente. Puede que nadie tenga la culpa. Pero podemos enviarte a un excelente hogar de acogida, Norma Jeane, porque para eso no necesitamos

la autorización de tu madre. Te encontraré una familia que pertenezca al culto de la Ciencia Cristiana, cariño. Te lo prometo.

Cualquier familia. Cualquier casa.

—Gracias, doctora Mittelstadt —murmuró Norma Jeane.

Se enjugó los ojos con un pañuelo de papel que le pasó la mujer. Cualquiera diría que se había empequeñecido físicamente; otra vez era dócil, con la voz y la postura de una niña.

—Estarás allí para Navidad, Norma Jeane. Dios mediante.

Deleitándose otra vez con la idea de que no podía ser una simple coincidencia que el primer apellido de Mary Baker Eddy fuera Baker, igual que el suyo.

Norma Jeane buscó «Mary Baker Eddy» en una enciclopedia del colegio y descubrió que la fundadora de la Iglesia de la Ciencia Cristiana había nacido en 1821 y muerto en 1910. No en California, pero ese dato no tenía relevancia: la gente viajaba por todo el continente en tren y en avión. El primer marido de Gladys, Baker, había desaparecido de la vida de su madre y era posible —¿o probable?— que estuviera emparentado con la señora Eddy, pues ¿por qué iba a tener la señora Eddy ese segundo nombre a menos que también fuera una Baker?

En el universo de Dios, igual que en los rompecabezas, no existen las coincidencias.

Mary Baker Eddy era mi abuela.

Quiero decir, mi abuelastra.

Porque mi madre se casó con el hijo de la señora Eddy.

Él no era mi verdadero padre, pero me adoptó.

Mary Baker Eddy era la madre de mi padrastro

y la suegra de mi madre,

pero ella no conocía a la señora Eddy,

al menos personalmente.

Yo no conocí a la señora Eddy,

que es la fundadora de la

Iglesia de la Ciencia Cristiana.
Murió en 1910.

Yo nací el 1 de junio de 1926.
De eso estoy segura.

Se encogía ante las miradas de los chicos mayores. ¡Tantas miradas! Y esperaba constantemente. Las clases del primer y segundo ciclo de secundaria se impartían en edificios adyacentes y la escuela ya no se parecía en nada a aquella en la que había hecho el sexto curso de primaria.

Norma Jeane se escondía entre las demás chicas. Era la única manera. Enfundada en el pichi azul que se ceñía al busto y las caderas, que se subía en las caderas, de modo que el elástico quedaba torcido. ¿Y si se le veía la combinación? Porque había que llevar combinación, aunque los tirantes se ensuciaran y enroscaran. Había que lavarse las axilas dos veces al día, y a veces no era suficiente. «¡Los huérfanos apestan!», se burlaban en la escuela, y cualquier chico que se tapara la nariz haciendo una mueca de asco arrancaba risas seguras.

Los propios niños del orfanato le reían la gracia. Al menos los que sabían que la cosa no iba con ellos.

También circulaban chistes crueles sobre las niñas. Sobre su particular olor. *La regla. La maldición de la sangre.* Norma Jeane no pensaría en ella; nadie iba a obligarla.

Llevaba semanas posponiendo el momento de pedir un pichi de una talla más a la celadora, porque ella respondería con un comentario sarcástico, como de costumbre.

—Vas a ser una chica bien desarrollada, ¿eh? Supongo que te viene de familia.

Los «paños higiénicos» se pedían en la enfermería. Todas las demás iban a buscarlos. Pero Norma Jeane no. Tampoco estaba dispuesta a mendigar aspirinas. Esas cosas no eran para ella.

Una cosa sé: que antes yo era ciego y ahora veo.

Norma Jeane murmuraba a menudo para sí estas palabras del Evangelio según San Juan. En la intimidad de su despacho, la doctora Mittelstadt le había leído por primera vez la historia del ciego al que Jesús había curado, que era muy sencilla. *Jesús escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, aplicó el barro a los ojos del ciego, y los ojos del ciego se abrieron. Así de simple. Si uno tenía fe.*

Dios es la mente. La mente sola cura. Si tienes fe, todo te será dado.

Sin embargo, Norma Jeane tenía una fantasía —que jamás habría confiado a la doctora Mittelstadt o a sus amigas—, una fantasía que se repetía constantemente en su cabeza como una película interminable: que se quitaba la ropa para que la vieran. En la iglesia, en el comedor, en la escuela, en El Centro Avenue entre el alboroto del tráfico. *¡Miradme, miradme, miradme!*

Su Amiga Mágica no tenía miedo. Sólo Norma Jeane tenía miedo.

Su Amiga del Espejo hacía piruetas desnuda, bailaba el hula-hula balanceando las caderas y sacudiendo los pechos, sonreía, sonreía, sonreía, exhibiendo su desnudez ante Dios como una serpiente orgullosa de su brillante y sinuosa piel.

Porque entonces me sentiría menos sola. Aunque todos me injuriais. No podríais dejar de mirarme.

—Eh, mira al Ratón. Guaaapa.

Una de las chicas había encontrado una polvera con polvos color melocotón y una mugrienta borla. Otra había encontrado un pintalabios de un intenso tono coral. Si la suerte te acompañaba, podías «hallar» estos tesoros en la escuela o en los grandes almacenes Woolworth. En el orfanato estaba prohibido maquillarse antes de los dieciséis años, pero las chicas se escondían para empolvase la cara, brillante a fuerza de lavados, y para aplicarse carmín en los labios. Allí estaba Norma Jeane, mirándose en el empañado espejito de la polvera. Sintiendo una punzada de culpa —¿o era emoción?— tan intensa como un dolor entre las piernas. La suya no era la única cara bonita, pero *era bonita*.

Las chicas la chinchaban. Ella se ruborizaba, porque detestaba que la provocaran. Bueno, le encantaba que la provocaran. Pero era una sensación nueva, aterradora, indefinible.

—Lo detesto —dijo sorprendiendo a sus amigas, pues no era propio del Ratón hablar con esa furia—. Se ve artificial. Y detesto cómo sabe.

Dejó la polvera y se restregó los labios, quitándose el carmín.

Aunque el dulce sabor a cera permaneció durante horas, durante toda la noche.

Rezaba, rezaba, rezaba, *rezaba*. Para que cesara el dolor de detrás de los ojos y de la entrepierna. Para que la sangre (si es que era sangre) dejara de manar. Se negaba a acostarse porque aún no era la hora de dormir y porque acostarse equivaldría a darse por vencida. Porque las demás chicas adivinarían lo que le pasaba. Porque la considerarían parte de su grupo. Porque Norma Jeane no era una de ellas. Porque tenía fe, y la fe era lo único que tenía. Porque debía hacer los deberes —¡tantos deberes!— y era una alumna lenta e insegura. Esbozaba una sonrisa temerosa incluso cuando estaba sola, sin una maestra delante a quien tuviera que aplacar.

Estaba en séptimo curso. Una de las asignaturas era matemáticas. Los deberes eran una maraña de nudos que debía deshacer. Pero si desataba uno, aparecía otro y luego, otro. Cada problema era más difícil que el anterior.

—Maldita sea.

Gladys había encontrado un nudo imposible de desatar, había cogido las tijeras y cortado el hilo. Como cuando trataba de desenredar la melena de su hija. *Maldita sea*, a veces era más sencillo coger unas tijeras y cortar por lo sano.

¡Sólo faltaban veinte minutos para las nueve, la hora en que apagaban las luces! Ah, qué impaciente estaba. Tras terminar con la limpieza de la cocina, con las inmundas cacerolas grasientas, se había encerrado en el lavabo y forrado las bragas con papel higiénico, todo sin mirar. Pero ahora el papel higiénico estaba empapado de lo que ella se negaba a identificar como sangre. ¡Jamás se metería un dedo ahí! Ay, qué asco. En la escalera, mientras los niños bajaban en tropel, la insensata, la fanfarrona, la

repugnante Fleece se había rezagado con objeto de meterse un dedo bajo la falda y en el interior de las bragas.

—¡Eh, Abbott!

Al ver que le había venido la regla, Fleece levantó el dedo con la punta teñida de rojo brillante y se lo enseñó a las demás, que rieron escandalizadas. Norma Jeane, al borde del desmayo, cerró los ojos.

Pero yo no soy Fleece.

No soy como vosotras.

Muchas noches se levantaba con sigilo y se escondía en el lavabo mientras sus compañeras de cuarto dormían. Le gustaba estar despierta a esas horas. Igual que, años antes, Gladys deambulaba por la casa en plena noche, como un gran gato inquieto que no puede o no quiere dormir. Con un cigarrillo en la mano, quizá también una copa, a menudo terminaba hablando por teléfono. Era una escena de película percibida a través de los algodones de un sueño infantil. *Hola. ¿Pensabas en mí? Sí, claro. ¿De veras? ¿Quieres hacer algo al respecto? Vaya. Querer es poder. Pero con la niña somos tres, ¿lo pillas?* Si Norma Jeane sabía que estaba sola y segura, el lúgubre y apestoso lavabo se convertía en un lugar fascinante, como un cine antes de que se apagaran las luces, se abriera el telón y empezara la película. Se quitaba el camisón, igual que en las películas se despojaban de las capas, mantones o prendas de abrigo, y una suave y rítmica música de fondo comenzaba a sonar cuando su Amiga Mágica se revelaba, como si hubiera estado oculta bajo la anodina prenda aguardando el momento de exhibirse. Una jovencita que era Norma Jeane y sin embargo no era Norma Jeane, sino una desconocida. Una joven mucho más especial de lo que ella llegaría a ser nunca.

La gran sorpresa era que sus brazos, antes delgados, y sus pechos, antes diminutos y planos como los de un niño, empezaban a «rellenarse», como se decía con aprobación; los prietos pechos pequeños crecían de manera gradual pero rápida, comenzaban a bambolearse, y la pálida piel cremosa que los cubría era curiosamente suave. Los tocó con las palmas de las manos ahuecadas, maravillándose ante su contemplación: qué sorprendente eran los pezones y la tersa piel rosácea que los rodeaba; la forma en que los

pezones se endurecían, como carne de gallina. Y qué curioso que los niños también tuvieran pezones; no pechos, sino pezones (que nunca usarían, pues sólo las mujeres pueden amamantar). Norma Jeane sabía (¡la habían obligado a verlo demasiadas veces!) que los chicos tenían pene —lo llamaban «aparato», «picha», «polla»—, una desagradable salchicha pequeña entre las piernas que los convertía en varones, y en personas importantes, porque las mujeres no podían ser importantes. ¿No había visto hacía mucho tiempo (aunque éste era un recuerdo borroso en el que no podía confiar) los «aparatos» gordos, túrgidos, húmedos y calientes de adultos amigos de Gladys?

¿Quieres tocarla, bonita? No muerde.

—Eh, Norma Jeane —era Debra Mae, que le dio un codazo en las costillas. Norma Jeane se dobló sobre la mesa llena de arañazos, jadeando. Hasta es probable que perdiera el conocimiento, aunque sólo durante segundos. Todo a causa del dolor que no sentía y de la sangre que no era suya. Apartó con un débil manotazo el brazo de su amiga, pero Debra Mae añadió con brusquedad—: ¿Te has vuelto loca? Estás sangrando, ¿no lo ves? Has empapado la silla. Señor.

Roja de vergüenza, Norma Jeane se levantó con dificultad. Los deberes de matemáticas cayeron al suelo.

—Vete. Déjame en paz.

—Mira, es verdad —dijo Debra Mae—. Los dolores son *reales*. La regla es *real*. La sangre es *real*.

Norma Jeane salió de la sala de estudios tambaleándose, con la vista borrosa. Un reguero de sangre descendía por el interior de su muslo. Había estado rezando y mordiéndose el labio inferior, resuelta a no sucumbir. No quería que la tocaran ni que la compadecieran. Oyó voces a su espalda. Se escondió en el hueco de la escalera, en un armario, en el lavabo. Tras asegurarse de que nadie la miraba, se escabulló por la ventana. Subió a gatas a la parte más alta del tejado. El cielo del anochecer surcado de nubes, la pálida luna en cuarto creciente, el aire fresco y, a varios kilómetros de distancia, las parpadeantes luces de RKO. *La mente es la única verdad. Dios es la mente. Dios es amor. El amor divino siempre ha satisfecho y*

siempre satisfará todas las necesidades humanas. ¿Alguien la llamaba? No oyó nada. Rebosaba alegría y seguridad. Era fuerte y pronto lo sería aún más. Sabía que tenía el poder de resistir el dolor y el miedo. Sabía que había sido bendecida, y el amor divino inundaba su corazón.

El dolor que palpitaba en su cuerpo ya comenzaba a alejarse, como si perteneciera a otra chica más débil que ella. ¡Estaba escapando de él mediante un acto de voluntad! Trepando al empinado techo y elevándose hacia el cielo, donde las nubes formaban cúmulos como peldaños, peldaños que subían, estriados por la luz del sol que se ponía en el oeste, al borde mismo del horizonte. Un paso en falso, un titubeo, y caería al suelo, inerte como una muñeca rota, pero eso no sucedería. *Era mi voluntad que no ocurriera*, de modo que no ocurrió. Intuyó que a partir de ese momento estaría al frente de su vida, siempre que el amor divino inundara su corazón.

Le habían prometido que en Navidad estaría en su nueva casa. ¿Hacia dónde quedaría?

La adolescente

1942 - 1947

El tiburón

La silueta del tiburón apareció antes que el tiburón. Había silencio en el profundo mar verde. Un tiburón deslizándose en las profundas aguas verdes. Yo debía de estar bajo el agua, fuera del oleaje, pero no nadaba; tenía los ojos abiertos, que me escocían a causa de la sal —en aquellos tiempos era una buena nadadora y mis amigos me llevaban a Topanga Beach, Will Rogers, Las Tunas y Redondo, pero mis playas favoritas eran Santa Mónica y Venice, las «playas de los músculos», donde se reunían los apuestos culturistas y surfistas—, y miraba fijamente al tiburón, a la silueta del tiburón deslizándose en el agua oscura que me impedía calcular su tamaño o incluso identificarlo.

El tiburón ataca cuando menos te lo esperas. Dios le ha dado grandes y destructoras mandíbulas, feroces dientes afilados como navajas de afeitar.

En cierta ocasión vimos un tiburón colgado, chorreando sangre, en el embarcadero de Hermosa. Lo vimos mi prometido y yo. Acabábamos de prometernos y yo tenía quince años, casi una niña. ¡Dios! ¡Era tan feliz!

Sí, pero sabes que su madre está en Norwalk.

No voy a casarme con la madre, sino con Norma Jeane.

Es una buena chica. Al menos lo parece. Pero eso no está tan claro cuando son jovencitas.

¿Qué cosa?

Lo que podría ocurrirle más adelante.

¡Yo no lo oí! No estaba escuchando. Permitid que os diga que estaba en el séptimo cielo —prometida a los quince años y objeto de envidia de todas las chicas a las que conocía—, y me casaría inmediatamente después de cumplir los dieciséis en lugar de regresar al instituto para dos años más. Con Estados Unidos en guerra, como en *La guerra de los mundos*, ¿quién podía asegurar que hubiera un futuro?

«Hora de que te cases»

1

—¿Sabes una cosa, Norma Jeane? Creo que es hora de que te cases.

Le soltó esas palabras alegres y sorprendentes a bocajarro, como si hubiera encendido la radio y de súbito oyeran una voz cantando. No las había ensayado. No era de las que estudian sus discursos. Descubrió lo que se proponía decir cuando se escuchó a sí misma decirlo. ¿O no? Y una vez dicho, dicho estaba. Abrió la puerta mosquitera que daba al porche de atrás, adonde habían sacado la tabla de planchar y la chica planchaba; prácticamente había vaciado el cesto de ropa y las camisas de manga corta de Warren colgaban en las perchas. Norma Jeane sonrió a Elsie, como si no hubiera oído sus palabras, o como si las hubiera oído pero no entendido, o como si las hubiera entendido pero pensara que eran uno de los chistes de Elsie. Norma Jeane, vestida con pantalones muy cortos y una camiseta a topos que dejaba entrever el nacimiento de sus redondos pechos, descalza, con la piel brillante de sudor, el vello rubio incluso en las piernas y las axilas y el cabello rizado y crespo atado con un pañuelo viejo de Elsie. Qué niña más alegre y buena era, a diferencia de otras, que cuando una se les acercaba, aun con una sonrisa de oreja a oreja, se encogían como si temieran que fueran a azotarlas; sí, había habido otros más jóvenes, tanto chicos como chicas, que se meaban encima si una se les acercaba de

improviso. Pero Norma Jeane no era como ellos. Norma Jeane no se parecía a ninguno de los niños que habían tenido a su cargo con anterioridad.

Ahí residía el problema. Norma Jeane era un caso especial.

Llevaba dieciocho meses con ellos, compartiendo una habitación de la segunda planta con la prima de Warren, que trabajaba en Radio Plane Aircraft. Casi podía decirse, quizá exagerando, que la querían. ¡Era tan distinta de los pupilos que solía mandar el Tribunal de Menores! Callada pero atenta y siempre dispuesta a sonreír, a reír los chistes (¡en casa de los Pirig no faltaban chistes!) y a hacer sus tareas, a veces incluso las de los demás niños; mantenía su mitad de la habitación ordenada, hacía la cama como le habían enseñado en el orfanato, bajaba la vista para bendecir la mesa antes de las comidas, aunque nadie más lo hiciera, y la prima de Warren, Liz, se reía de ella porque rezaba de rodillas junto a la cama durante tanto tiempo, que cualquiera hubiera dicho que lo que fuera que pedía ya debería habersele concedido. Pero Elsie nunca se burlaba de Norma Jeane. Una chica tan asustadiza que si veía un ratón luchando por liberarse de la trampa de la cocina, o si Warren aplastaba una cucaracha de un pisotón, o si la propia Elsie se armaba de valor y despachaba una mosca con el matamoscas, se comportaba como si fuera el fin del mundo, por no mencionar las veces que salía corriendo de la habitación para evitar oír algo doloroso (por ejemplo, ciertas noticias sobre la guerra, como la de los hombres enterrados vivos tras la ocupación de Corregidor). También se impresionaba cuando la ayudaba a desplumar y limpiar gallinas, naturalmente, pero Elsie jamás se reía. Era ella quien siempre había deseado una hija; Warren había aceptado alojar pupilos del estado únicamente por el dinero, pues era de la clase de hombre que o bien tenía hijos propios o no quería ninguno, aunque también él tenía sólo buenas palabras para Norma Jeane. Por lo tanto, ¿cómo se lo explicaría Elsie a la chica?

¡Sería como estrangular a un gatito! Pero sabía Dios que tenía que hacerlo.

—Sí. He estado pensando que es hora de que te cases.

—¿Qué? ¿Cómo has dicho, tía Elsie?

Alguien berreaba en la pequeña radio de plástico situada sobre la barandilla del porche, parecía —¿cómo se llamaba?— Caruso. Elsie hizo algo que jamás hacía: apagó la radio.

—¿Nunca has pensado en casarte? Cumplirás los dieciséis en junio.

Norma Jeane sonrió, perpleja, con la pesada plancha de hierro en alto. A pesar de su asombro, la chica tomó la precaución de no dejar la plancha apoyada sobre la tabla.

—Yo me casé muy joven, prácticamente a tu edad. También en mi caso hubo circunstancias especiales.

—¿Casarme? ¿Yo? —preguntó Norma Jeane.

—Bueno... —rió Elsie—, no iba a ser yo. No hablamos de mí.

—Pero ni siquiera tengo un novio estable.

—Sales con muchos chicos.

—Pero ninguno es mi novio. No estoy enamorada.

—¿Enamorada? —Elsie volvió a reír—. Ya te enamorarás. A tu edad, una se enamora enseguida.

—Bromeas, ¿verdad, tía Elsie? ¿Me estás tomando el pelo?

Elsie frunció el entrecejo mientras buscaba los cigarrillos en el bolsillo. No llevaba medias —sus piernas salpicadas de pálidas arañas vasculares se veían regordetas a la altura de las rodillas, pero todavía bien torneadas en la parte inferior— y sus pies desnudos estaban calzados con zapatillas. Vestía una bata de andar por casa, una prenda de algodón barato no demasiado limpia, con los ojales tirantes en la pechera. Sudaba más de lo que le hubiera gustado y empezaban a olerle las axilas. No estaba acostumbrada a que nadie, salvo Warren Pirig, le plantara cara en su propia casa, de modo que sus dedos se crisparon peligrosamente. *¿Qué te parecería que te diera un guantazo en esa carita de inocente, pequeña puta ladina?*

¡De repente sentía tanto odio! Aunque sabía, vaya si lo sabía, que la culpa no era de Norma Jeane. El único culpable era su marido, e incluso ese pobre imbécil era inocente a medias.

Eso creía. A juzgar por lo que había visto. ¿O tal vez no lo hubiera visto todo?

Lo que había visto, lo que había estado viendo durante meses hasta que se sintió incapaz de seguir respetándose a sí misma si fingía que no lo veía, era la manera en que Warren miraba a la chica. Y eso que Warren Pirig no miraba a nadie. Cuando te hablaba desviaba la vista, como si no mereciera la pena mirarte puesto que ya te había visto antes y sabía quién eras. Incluso cuando estaba con sus compañeros de copas, a quienes apreciaba y respetaba, miraba hacia otro lado, como si no hubiera nada digno de verse, nada que, en efecto, justificara el esfuerzo. Y eso un hombre que se había lesionado el ojo izquierdo en Filipinas, en sus tiempos de boxeador aficionado en el ejército de Estados Unidos, si bien tenía visión perfecta en el ojo derecho, razón por la cual se negaba a usar gafas diciendo que no eran más que un «estorbo». Para hacerle justicia, había que reconocer que tampoco se miraba a sí mismo, al menos con atención. Casi siempre tenía demasiada prisa para afeitarse o ponerse una camisa limpia, a menos que Elsie se la diera y metiera las usadas en el fondo del cesto de la ropa sucia, donde no pudiera encontrarlas; de hecho, para ser vendedor, aunque sólo fuera de chatarra, neumáticos usados y algún que otro coche o camión de segunda mano, no podía decirse que fuera un hombre preocupado por la impresión que causaba. Había sido un hombre apuesto en su juventud, cuando estaba delgado y vestía uniforme, en los tiempos en que Elsie lo había conocido en San Fernando, a sus diecisiete años, pero hacía mucho que no era joven ni delgado ni usaba uniforme.

Tal vez Joe Louis o el presidente Roosevelt habrían conseguido llamar la atención de Warren Pirig si se le hubieran puesto delante de las narices. Pero ninguna persona corriente lo lograba, y mucho menos una cría de quince años.

Elsie vio que los ojos de ese hombre seguían a la chica, moviéndose en las cuencas como las bolas de acero de un rodamiento. Vio que la miraba como nunca había mirado a ningún otro pupilo del estado, a menos que el niño en cuestión creara problemas o diera la impresión de que estaba a punto de crearlos. Pero a Norma Jeane sí la miraba.

Nunca durante las comidas. Elsie había reparado en ese detalle, preguntándose si evitaba hacerlo deliberadamente. Porque era el único

momento en que estaban sentados todos juntos, cara a cara. Warren era un hombre corpulento con un apetito voraz, convencido de que la hora de la comida era para comer y no para cotorrear, como decía él, y Norma Jeane solía guardar silencio en la mesa (aunque riera en voz baja las bromas de Elsie, nunca decía gran cosa por iniciativa propia). Tenía unos modales de señorita que le habían enseñado en el orfanato y que, en opinión de Elsie, no casaban demasiado con la casa de los Pirig, de modo que permanecía callada y tímida, aunque comiera tanto como los demás, exceptuando a Warren. Así pues, cuando estaban juntos y cara a cara, Warren no miraba a Norma Jeane, ni a nadie más, sino que por lo general leía el periódico que antes había plegado en una estrecha tira vertical; no era exactamente una grosería, porque Warren Pirig era así. Pero en otros momentos, incluso estando Elsie delante, Warren observaba a la chica como si no supiera que lo hacía, y era esa aparente indefensión suya, esa expresión débil y enfermiza en su cara —una cara castigada, señalada como el terreno montañoso en un mapa— lo que caló hondo en Elsie y le dio que pensar. Y de repente se encontró dándole vueltas al asunto incluso cuando no era consciente de ello, pese a que darles vueltas a las cosas no era propio de ella, que llevaba veinte años enemistada con algunos parientes y no se cortaba un pelo si tenía que hacer un desplante a sus antiguas amigas al cruzárselas por la calle, pero jamás rumiaba sobre esas personas; sencillamente, no pensaba en ellas. Sin embargo, ahora en su mente había un espacio sucio que contenía a su marido y a esa chica, cosa que le daba rabia, porque Elsie no era celosa ni lo había sido nunca, era demasiado orgullosa para ello. Pero ahora se había sorprendido a sí misma revisando las pertenencias de Norma Jeane en la habitación de la segunda planta, que ya en abril era como un horno con abejas zumbando bajo el alero, y lo único que había encontrado era el diario encuadernado en piel roja que la propia chica le había enseñado con anterioridad, orgullosa de ese obsequio de la directora del orfanato. Elsie había hojeado el diario con manos temblorosas (¡ella!, ¡Elsie Pirig!, ¡qué impropio de su persona!) temiendo ver algo que hubiera preferido no ver, pero en el diario de Norma Jeane no había nada interesante, o al menos nada que, con las prisas, Elsie hubiera

tenido tiempo de detenerse a considerar. Había poemas, probablemente copiados de libros o aprendidos en la escuela, escritos con la esmerada caligrafía de colegiala de Norma Jeane:

Tan alto llegó el pájaro en su vuelo,
que ya no pudo decir «éste es el cielo».
Tan hondo descendió el pez en el mar,
que ya no pudo decir «no existe otro lugar».

Y:

Si el ciego puede ver,
¿qué no podré yo hacer?

A Elsie le gustó ese último, pero no entendió algunos de los otros, sobre todo los que no tenían rima, como debían tener todos los poemas.

Porque no podía detenerme para la Muerte,
ella, amablemente, se detuvo por mí;
en su coche no había nadie más que nosotros
y la Inmortalidad.

Aún más incomprensibles eran las oraciones que, según supuso Elsie, pertenecían al culto de la Ciencia Cristiana. La pobre niña parecía creer en esas patrañas y había copiado una plegaria por página:

Padre celestial,
deja que me funda con tu ser perfecto
en todo lo que es eterno —espiritual—, armonioso
y haz que el amor divino resista a todo mal
porque el amor divino es para siempre
ayúdame a amar como amas Tú.

El DOLOR no existe
La ENFERMEDAD no existe
La MUERTE no existe
La TRISTEZA no existe
Sólo el AMOR DIVINO existe ETERNAMENTE.

¿Quién podía encontrarle sentido a tamaña insensatez o, peor aún, creer en ella? Tal vez la madre enferma de Norma Jeane fuera devota de la Ciencia Cristiana y hubiera convertido a la niña; una no podía sino preguntarse si esas patrañas habían empujado a la mujer a la locura o si, una vez loca, se había aferrado a ellas como a un clavo ardiendo. Elsie volvió la página y leyó:

Padre celestial,
¡Gracias por mi nueva familia!
¡Gracias por la tía Elsie, a quien tanto quiero!
¡Gracias por el señor Pirig, que me trata bien!
¡Gracias por mi nuevo hogar!
¡Gracias por mi nueva escuela!
¡Gracias por mis nuevos amigos!
¡Gracias por mi nueva vida!
Ayuda a mi madre a recuperarse
y que la luz perpetua la ilumine
durante todos los días de su vida.
Y ayuda a mi madre a amarme
para que deje de desear hacerme daño.
Gracias, Padre celestial, AMÉN.

Elsie cerró rápidamente el diario y volvió a guardarlo en el cajón, entre la ropa interior de Norma Jeane. Se sentía como si le hubieran pegado un puntapié en el estómago. No acostumbraba a husmear entre las cosas de los demás, detestaba a los fisgones y estaba furiosa con Warren y la chica,

malditos fueran, por empujarla a hacer algo así. Había decidido decirle a Warren que la chica tendría que marcharse.

¿Marcharse? ¿Adónde?

Me importa un bledo adónde. Fuera de esta casa.

¿Estás loca? ¿Vas a devolverla al orfanato sin ningún motivo?

¿Quieres que espere a tener un motivo, cabrón?

Llamar cabrón a Warren Pirig, aunque lo hicieras afligida y hecha un mar de lágrimas, era arriesgarse a que te diera un puñetazo en la cara; en cierta ocasión lo había visto derribar una puerta a golpes (aunque ella lo había perdonado porque eran circunstancias especiales: estaba borracho y lo habían provocado). Warren pesaba ciento cinco kilos la última vez que subió a la báscula del médico, y Elsie, que medía un metro cincuenta y ocho, pesaba poco más de sesenta. Era obvio que tenía todas las de perder.

Como dirían en el mundo del boxeo, eran una pareja desapareja.

En consecuencia, Elsie decidió no decirle nada. Guardar las distancias, como una mujer engañada. Hacer lo que decía esa canción de Frank Sinatra que emitían constantemente por la radio: «No volveré a sonreír». Pero Warren trabajaba doce horas diarias transportando neumáticos podridos al este de Los Ángeles, a una planta de Goodyear donde compraban caucho reciclable, por el cual, el 6 de diciembre de 1941, el día anterior al bombardeo de Pearl Harbor, pagaban menos de cinco dólares la libra. («¿Cuánto te han dado hoy?», preguntaba Elsie con expectación, pero Warren miraba a un punto situado detrás de la cabeza de ella y respondía: «Apenas lo suficiente». Llevaban veintiséis años casados y Elsie todavía no sabía cuánto ganaba Warren al año.) O sea que su marido pasaba todo el día fuera y cuando llegaba a casa no estaba de humor para cháchara, como decía él. Se lavaba las manos y los antebrazos, sacaba una cerveza de la nevera, se sentaba a comer, se levantaba de la mesa en cuanto acababa y pocos minutos después ella lo oía roncar en la cama, donde se había tendido sin quitarse nada más que los zapatos. Así que por mucho que Elsie guardara las distancias y se pusiera de morros, Warren no se enteraría.

Al día siguiente tocaba hacer la colada, lo que significaba que Norma Jeane faltaría a las primeras clases de la mañana y se quedaría en casa para

echar una mano a Elsie con la lavadora Kelvinator, que perdía agua, y con la centrifugadora, que siempre se quedaba atascada. Luego la ayudaría a sacar los cestos de ropa mojada al patio trasero y a tenderla (las normas del Tribunal de Menores prohibían que los tutores hicieran faltar a los niños al colegio por motivos como éste, pero Elsie sabía que Norma Jeane jamás se chivaría, a diferencia de un par de zorras ingratas que la habían denunciado en años anteriores). No era el momento más adecuado para sacar un tema tan grave, sobre todo porque Norma Jeane, alegre, sudorosa y resignada, como de costumbre, estaba haciendo la mayor parte del trabajo. Incluso tarareaba para sí, con su dulce voz titubeante, las canciones de la lista de éxitos de la semana. Allí estaba, levantando las sábanas mojadas con sus delgados brazos, sorprendentemente fuertes, y colgándolas en el tendedero mientras Elsie, que llevaba un sombrero de paja para protegerse del sol y un cigarrillo suspendido entre los labios, jadeaba como una mula vieja y cansada. De vez en cuando Elsie entraba en la casa para ir al lavabo, tomar un café o hacer una llamada telefónica, y entonces se reclinaba contra la encimera de la cocina y observaba cómo la quinceañera tendía la ropa de puntillas, como una bailarina. ¡Qué bonito culo tenía! Hasta Elsie, que no era lesbiana, sabía apreciarlo.

Marlene Dietrich sí que era lesbiana, según se rumoreaba. Igual que Greta Garbo. ¿Y Mae West?

Miró a Norma Jeane, que batallaba con la ropa mojada en el patio trasero. Las palmeras ralas y las hojas secas caídas debajo. Con cuánto cuidado tendía la chica la camiseta de deporte de Warren, que se hinchaba con el viento. Y cuando la brisa alcanzó los pantalones cortos de Warren, éstos prácticamente envolvieron la cabeza de Norma Jeane. ¡Maldito fuera Warren Pirig! ¿Qué había entre él y esa niña? ¿O acaso todo estaba en la cabeza de su marido, en esa expresión de imbécil, de deseo enfermizo, que Elsie no había visto en su cara, ni en la de ningún otro hombre, desde hacía veinte años? Era la naturaleza: los hombres caían sin pretenderlo. Ella no podía culparlo, ¿no? Y tampoco podía culparse a sí misma. Sin embargo, era su mujer y debía protegerse. Cualquier mujer necesitaría protegerse ante una jovencita como Norma Jeane. Porque ya podía ver a Warren

acercándosele por detrás con un andar curiosamente elegante para un hombre de su talla, a menos que una recordara que había sido boxeador y que los boxeadores han de tener pies ágiles. Warren cubriendo con sus manazas las nalgas de la chica, como si fueran un par de melones, y ella que se gira, asombrada, y oculta la cabeza en el cuello de él, tapándole la cara con una cascada de pelo rubio pajizo.

Elsie sintió un nudo en el estómago.

—¿Cómo voy a echarla? —se preguntó en voz alta—. Nunca tendremos otra igual.

A eso de las diez y media, cuando Norma Jeane hubo terminado de tender la ropa, Elsie la envió al Instituto de Van Nuys con una carta dirigida al director para justificar el retraso:

Por favor, disculpe a mi hija Norma Jeane, que tuvo que acompañar a su madre en coche al médico porque no me sentía con fuerzas para conducir en el camino de ida y también en el de vuelta.

Era una excusa original, que Elsie no había usado antes. No quería explotar demasiado los problemas de salud de Norma Jeane, pues en el instituto podían empezar a sospechar si la joven faltaba a clase a menudo debido a lo que Elsie describía como «migraña y fuertes dolores de barriga». Era verdad que la pobre Norma Jeane padecía unos dolores de regla que Elsie jamás había experimentado a su edad, ni a ninguna otra. Tal vez debería llevarla al médico. Si es que aceptaba ir. Se tendía en su cama de la segunda planta, o en el sofá de mimbre de la planta baja para estar cerca de Elsie y se quejaba, sollozaba, a veces incluso lloraba en voz baja, la pobrecilla, con una bolsa de agua caliente sobre el vientre (cosa que por lo visto la Ciencia Cristiana permitía), aunque sin que ella se enterara, Elsie le daba aspirinas disueltas en el zumo de naranja, tantas aspirinas como consideraba que podían pasar inadvertidas, pues la tonta e ingenua cría afirmaba que las medicinas eran «antinaturales» y que si una tenía suficiente fe, Jesús te «curaría». Seguro; como si Jesús pudiera curar el

cáncer, o hacer que te creciera una pierna nueva cuando te la habían amputado, o devolverte la vista en un ojo con lesiones en la retina, como el de Warren. Como si Dios pudiera hacer algo por los niños tullidos, víctimas de las Luftwaffe de Hitler, cuyas fotos publicaban en *Life*.

Así que Norma Jeane se marchó a la escuela mientras la ropa se secaba en el tendedero. No había mucho viento, pero brillaba un sol abrasador. A Elsie nunca dejaba de sorprenderle el hecho de que, en cuanto Norma Jeane terminaba con las tareas domésticas, aparecía el coche de uno de sus amigos frente a la puerta, le tocaban el claxon y la chica salía corriendo, sonriendo de oreja a oreja y agitando sus alborotados rizos. ¿Cómo era posible que el conductor de esa carraca (demasiado mayor para ir al instituto, pensó Elsie espíandolo a través de las cortinas del salón) supiera siquiera que Norma Jeane se había quedado en casa esa mañana? ¿Acaso ella le enviaba señales telepáticas? ¿Se trataba de una especie de radar sexual? ¿O (Elsie prefería no pensar en esta posibilidad) de un olor auténtico, como el que despiden las perras en celo y hace que todos los perros machos del vecindario se presenten jadeando y escarbando la tierra?

Los hombres caen sin pretenderlo. Una no puede culparlos, ¿no?

En ocasiones eran más de uno los que acudían a buscarla para llevarla al instituto. Entonces ella, riendo como una niña, arrojaba una moneda al aire para decidirse por un coche y un muchacho.

Uno de los misterios del diario de Norma Jeane era que en él no figuraba ni *un solo nombre de chico*. De hecho, aparecían pocos nombres, aparte del de Warren y el de ella, ¿y qué significaba eso?

Poemas, plegarias. Cosas incomprensibles. No era normal en una chica de quince años, ¿no?

Hablarían ahora. Era inevitable.

Elsie Pirig siempre recordaría esta conversación. Maldita fuera; la hacía sentir rencor hacia Warren: vivimos en un mundo de hombres y ¿qué puede hacer al respecto una mujer realista?

Norma Jeane dijo con timidez, en un tono que indicó a Elsie que había estado cavilando sobre el asunto desde primera hora de la mañana:

—Bromeabas cuando dijiste que debería casarme, tía Elsie, ¿verdad?

—Yo no bromearía sobre un tema semejante —respondió Elsie sacándose una hebra de tabaco de la boca.

—Me asusta la idea de casarme con cualquiera —explicó Norma Jeane, preocupada—. Una tiene que querer mucho a un hombre para unirse a él.

—Sin duda serías capaz de querer a alguno de los muchos que te rondan, ¿no? —repuso Elsie a la ligera—. He oído hablar de ti, cariño.

—¿Te refieres al señor Haring? —se apresuró a preguntar Norma Jeane, pero al ver que Elsie la miraba sin entender, dijo—: Ah, ¿te refieres al señor Widdoes? —Elsie volvió a mirarla con desconcierto, así que la joven se ruborizó y añadió—: ¡Ya no veo a ninguno de los dos! No sabía que estuvieran casados, tía Elsie, *lo juro*.

Elsie dio una calada al cigarrillo y sonrió ante esta revelación. Si mantenía la boca cerrada el tiempo suficiente, Norma Jeane le contaría su vida con pelos y señales. Mirándola con esa dulce carita de niña, con esos ojos intensamente azules y húmedos, y hablando con voz trémula, como si tuviera que esforzarse para no tartamudear. La expresión «tía Elsie» sonaba bien en la voz de Norma Jeane. Elsie solía pedir a sus pupilos que la llamaran así, y la mayoría lo había hecho, pero Norma Jeane había tardado casi un año en atreverse; lo intentaba y se atoraba una y otra vez con la palabra. No era de extrañar que se hubiera negado a actuar en la función de teatro del instituto, pensó Elsie. ¡Era tan sincera que no valía para actriz! Pero a partir de Navidad, cuando Elsie le hizo varios regalos, entre ellos un espejo de mano con una silueta femenina de perfil estampada en la parte trasera, Norma Jeane por fin empezó a llamarla «tía Elsie», como si fueran *parientes* de verdad.

Razón por la cual este trance resultaba aún más doloroso.

Razón por la cual Elsie estaba aún más furiosa con Warren.

—Tarde o temprano tendrás que hacerlo —dijo Elsie con cautela—. Así que más vale que sea temprano. Ahora que ha empezado esta horrible guerra y que todos los hombres jóvenes deben alistarse, te conviene asegurarte un marido mientras haya hombres disponibles y todavía enteros.

—¿Hablas en serio, tía Elsie? —protestó Norma Jeane—. ¿No estás bromeando?

—¿Tengo cara de estar bromeando, jovencita? —preguntó Elsie con irritación—. ¿Crees que Hitler bromea? ¿Y Tojo?

Norma Jeane cabeceó, como si tratara de aclararse las ideas.

—No lo entiendo, tía Elsie. ¿Por qué iba a casarme? Tengo sólo quince años y todavía me quedan dos cursos para terminar el bachillerato. Quiero ser...

—¡El bachillerato! —interrumpió Elsie, furiosa—. Yo me casé cuando estaba en primero y mi madre ni siquiera terminó la primaria. No necesitas ningún diploma para casarte.

—Pero soy demasiado jo-joven, tía Elsie —protestó Norma Jeane con tono plañidero.

—Ése es el problema —replicó la mujer—. Has cumplido quince años, tienes amigos jóvenes y mayores y en cualquier momento te meterás en un lío. Como dijo Warren hace unos días, los Pirig tenemos que cuidar nuestra reputación en Van Nuys. Hace veinte años que recibimos pupilos del condado de Los Ángeles, y más de una chica de las que tuvimos a nuestro cargo se complicó la vida mientras vivía bajo nuestro techo; y no eran todas malas, también hubo algunas chicas buenas que salían con hombres y nos dejaban en mal lugar. Qué hace Norma Jeane viéndose con hombres casados, dice Warren, y yo digo que es la primera noticia que tengo y él responde: «Elsie, debemos tomar medidas cuanto antes».

—¿Eso dijo el señor Pi-pirig de mí? —preguntó Norma Jeane, desconcertada—. ¡Vaya! ¡Creía que le caía bien!

—No tiene nada que ver con que le caigas bien o mal —respondió Elsie—. Se trata de lo que el condado llama «medidas de emergencia».

—¿Qué medidas? ¿Qué emergencia? —preguntó la joven—. No estoy metida en ningún lío, tía Elsie. Yo...

Pero Elsie la interrumpió otra vez, ansiosa por soltarle lo que pensaba cuanto antes, como si escupiera algo repugnante:

—Lo importante es que tienes quince años y más de un hombre te echará dieciocho, pero hasta que los cumplas de verdad estarás bajo la

tutela del estado y, de acuerdo con la ley, podrías volver al orfanato en cualquier momento. A menos que te cases, desde luego.

Las palabras salieron de su boca como un aluvión y Norma Jeane se quedó aturdida, como una persona dura de oído. La propia Elsie se sentía a punto de desmayarse, embargada por la misma desagradable sensación que le subía desde las plantas de los pies cuando había un temblor de tierra. *Tenía que hacerlo. ¡Que Dios me ayude!*

—Pero ¿por qué iba a volver al orfanato? —preguntó Norma Jeane, asustada—. ¿Por qué iban a devolverme allí? ¡Ellos me enviaron *aquí!*

Elsie eludió su mirada y respondió:

—De eso hace dieciocho meses y las cosas han cambiado. Tú sabes que han cambiado. Cuando te enviaron aquí eras..., bueno, una cría. Y a veces te comportas como una mujer hecha y derecha. Nuestra conducta tiene consecuencias, sobre todo la conducta que..., bueno, quiero decir lo que uno hace con los hombres.

—Pero yo no he hecho nada malo —dijo Norma Jeane con creciente desesperación en la voz—. ¡Te lo juro, tía Elsie! ¡No he hecho nada malo! Esos hombres son decentes conmigo. Dicen que les gusta estar conmigo y sacarme a pasear. ¡Eso es todo! De verdad. Pero de ahora en adelante les diré que no; les diré que tú y el señor Pirig no me dejáis salir. ¡Lo haré!

Elsie no estaba preparada para aquella respuesta, de modo que titubeó cuando dijo:

—Pero... necesitamos la habitación. Mi hermana y sus hijos vendrán desde Sacramento a vivir con nosotros...

—Yo no necesito una habitación, tía Elsie —se apresuró a decir Norma Jeane—. Dormiré en el sofá, o en el cuarto de la lavadora..., en cualquier parte. Incluso podría dormir en uno de los coches que vende el señor Pirig. Algunos son bonitos y tienen cojines en el asiento trasero...

—Norma Jeane, el estado nunca permitiría algo así —repuso Elsie meneando la cabeza con gesto serio—. Sabes que envían inspectores.

—No me devolverás al orfanato, tía Elsie, ¿verdad? —dijo la joven cogiéndola del brazo—. ¡Creí que me tenías cariño! ¡Creí que éramos como una familia! Ay, tía Elsie, por favor. ¡Me encanta vivir en esta casa! ¡Te

quiero! —hizo una pausa, jadeando. Su afligida cara estaba bañada en lágrimas y sus pupilas dilatadas reflejaban una expresión de terror animal—. ¡No me mandes al orfanato, por favor! ¡Te prometo que seré buena! ¡Trabajaré más! ¡No saldré con hombres! Dejaré el instituto y me quedaré en casa para ayudarte. También podría ayudar al señor Pirig con sus negocios. ¡Si me devuelves al orfanato, me moriré, tía Elsie! No quiero volver allí. Me suicidaré. ¡Por favor, tía Elsie!

Ahora Norma Jeane estaba en brazos de Elsie. Temblorosa, agitada, muy caliente, llorando. Elsie la estrechó con fuerza y sintió las sacudidas de sus omóplatos y la tensión de su espalda. La joven era un par de centímetros más alta que ella, de modo que se inclinaba para hacerse más pequeña, como una niña. Elsie pensó que nunca se había sentido tan mal en su vida de adulta. Ay, mierda, se sentía fatal. Si hubiera podido, habría echado a Warren a patadas y se habría quedado con Norma Jeane. Pero, naturalmente, no podía hacerlo. *Vivimos en un mundo de hombres y una mujer debe traicionar a sus congéneres para sobrevivir.*

Elsie siguió abrazando a la llorosa joven y se mordió el labio inferior para contener sus propias lágrimas.

—Para ya, Norma Jeane. El llanto no sirve de nada. Si sirviera, a todos nos iría mucho mejor.

2

No me casaré, ¡soy demasiado joven!

Quiero ser enfermera de las fuerzas armadas y viajar al extranjero.

Quiero ayudar a los que sufren.

A esos niños ingleses heridos y tullidos, algunos enterrados bajo los escombros. Y sus padres, muertos. Niños que no tienen a nadie que los quiera.

Quiero ser un receptáculo de amor divino. Quiero que Dios brille a través de mí. Quiero ayudar a curar a los heridos, quiero transmitirles mi fe.

Podría fugarme. Alistarme en Los Ángeles. Dios responderá a mis oraciones.

Se había quedado transfigurada de horror, con la boca abierta y laxa, la respiración rápida como la de un perro agitado y un terrible rugido barrenándole los oídos mientras miraba las fotografías de la revista *Life*, abierta sobre la mesa de la cocina: un niño con los ojos hinchados y un brazo amputado, un bebé envuelto en tantas vendas manchadas de sangre que sólo se le veían la boca y parte de la nariz, una niña de unos dos años con los ojos amoratados y una expresión de perplejidad en su carita demacrada. ¿Qué era lo que tenía en la mano la pequeña? ¿Una muñeca cubierta de sangre?

Warren Pirig le quitó la revista. Se la arrebató de las manos paralizadas. Su voz sonó grave, enfadada y a un tiempo indulgente, como sonaba a menudo cuando estaban a solas.

—No te conviene ver esas cosas —dijo—. No sabes lo que estás mirando.

Nunca la llamaba «Norma Jeane».

3

Se llamaban Hawkeye, Cadwaller, Dwayne, Ryan, Jake, Fiske, O'Hara, Skokie, Clarence, Simon, Lyle, Rob, Dale, Jimmy, Carlos, Esdras, Fulmer, Marvin, Gruner, Price, Salvatore, Santos, Porter, Haring, Widdoes. Eran soldados, un marinero, un marine, un rancharo, un pintor de brocha gorda, un fiador de personas en libertad condicional, el hijo del propietario de un parque de atracciones de Redondo Beach, el hijo de un banquero de Van Nuys, un trabajador de una fábrica de aviones, atletas del último curso del Instituto de Van Nuys, un maestro de la escuela dominical de Burbank, un guardia del Correccional de Los Ángeles, un mecánico de motos, el piloto de una avioneta fumigadora, un ayudante de carnicero, un empleado de correos, el hijo y asistente de un corredor de apuestas de Van Nuys, un profesor del Instituto de Van Nuys, un detective del Departamento de

Policía de Culver City. La llevaban a las playas de Topanga, Will Rogers, Las Tunas, Santa Mónica y Venice. La llevaban al cine. La llevaban a bailar. (A Norma Jeane le daba vergüenza bailar los «lentos», pero era fantástica en las piezas movidas, que bailaba con los ojos cerrados, como si estuviera hipnotizada, y un brillo de piedra preciosa en la piel. ¡Y se movía al ritmo del hula-hula como una nativa de Hawái!) La llevaban a la iglesia y a las carreras en Casa Grande. La llevaban a patinar. La llevaban a pasear en canoa y se sorprendían cuando, a pesar de ser una chica, insistía en remar y lo hacía bien. La llevaban a jugar a los bolos. La llevaban al bingo y a las salas de billar. La llevaban a ver partidos de béisbol. La llevaban de excursión dominical a las montañas de San Gabriel. La llevaban en coche por la autopista de la costa, o hacia el norte, hasta Santa Bárbara; otras veces hacia el sur, hasta Oceanside. La llevaban a dar románticos paseos en automóvil a la luz de la luna, con el luminoso océano Pacífico a un lado, las oscuras colinas arboladas al otro, el viento agitando su cabello y chispas de los cigarrillos del conductor volando en la noche, aunque pasados los años confundiría estos paseos con escenas de películas que había visto o creía haber visto. *No me tocaban donde yo no quería que lo hicieran. No me obligaban a beber. Me respetaban. Lustraba mis zapatos blancos todas las semanas, mi pelo olía a champú y mi ropa tenía la fragancia de la ropa recién planchada. Si me besaban, yo mantenía la boca cerrada. Sabía que debía apretar los labios con fuerza. Y cerraba los ojos. Rara vez me movía. Mi respiración se aceleraba, pero nunca gemía. Dejaba las manos sobre el regazo, aunque a veces levantaba el antebrazo para apartar con suavidad al hombre.* El más joven tenía dieciséis años y estaba en el equipo de fútbol del instituto. El mayor tenía treinta y cuatro años: era el detective de Culver City cuyo matrimonio Norma Jeane había descubierto demasiado tarde.

¡El detective Frank Widdoes! Un poli de Culver City que a finales del verano de 1941 investigaba un asesinato en Van Nuys. Habían hallado un cuerpo acribillado a balazos en un lúgubre barrio a las afueras de Van Nuys, junto a las vías del tren, y tras la identificación de la víctima como el testigo de un asesinato ocurrido en Culver City, Widdoes acudió a interrogar a los residentes de la zona. Y mientras estaba examinando el escenario del

crimen vio llegar por un camino de tierra a una chica en bicicleta, una chica de cabello rubio oscuro que pedaleaba despacio, con aire distraído, ajena a las miradas del policía vestido de civil que al principio la tomó por una cría de doce años, aunque rápidamente descubrió que era mayor, que acaso tuviera diecisiete, pues vio un busto de mujer bajo el ceñido jersey color mostaza y un trasero con forma de corazón, igual que el de Betty Grable en el cartel donde aparecía en bañador, bajo los diminutos pantalones cortos de pana blanca, y cuando la detuvo para preguntarle si había visto algo «sospechoso» en la zona, observó que tenía unos espectaculares ojos azules, unos preciosos ojos cristalinos y soñadores que no parecían mirarlo a él, sino a algo situado en su interior, como si él ya la conociera, y aunque él no la conocía, ella pensó que la conocía y tenía derecho a interrogarla, a detenerla y obligarla a sentarse a su lado en el coche policial sin identificación durante tanto tiempo como quisiera, o como la «investigación» requiriera, y tenía una cara que él no podría olvidar, también con forma de corazón, un hoyuelo, la nariz un pelín grande y los dientes ligeramente torcidos, cosa que le añadía encanto, pensó él, le daba aspecto de plácida normalidad, pues al fin y al cabo era una cría pese a su aspecto de mujer, una cría que lucía su cuerpo de mujer como una niña disfrazada con ropas de adulta, una cría que en cierto modo parecía consciente de su atractivo y se recreaba en él (el ceñido jersey, su manera de sentarse con una perfecta pose de modelo, respirando hondo para expandir su caja torácica, y sus piernas bronceadas también perfectas bajo los pantalones cortos que apenas le cubrían la entrepierna) y al mismo tiempo parecía ignorarlo. Si le hubiera ordenado que se desnudara, ella lo habría hecho, sonriente, deseosa de complacer, y habría parecido más inocente aún, más hermosa; si lo hubiera hecho —aunque no lo hizo, naturalmente—, pero si lo hubiera hecho, habría merecido la pena, incluso si después se hubiera convertido en estatua de piedra o los lobos lo hubieran devorado vivo.

De modo que había visto a la chica varias veces. Viajaba a Van Nuys y la esperaba cerca del instituto. ¡No la tocaba! No de esa manera. De hecho, apenas si le ponía las manos encima. Sabía que la chica era menor de edad

y era consciente de los problemas profesionales que podía crearle, por no mencionar los de pareja, pues había engañado a su mujer con anterioridad y ella lo había pillado. Además, descubrió que la chica, Norma Jeane, estaba bajo la tutela del estado. Era una pupila del condado de Los Ángeles que vivía con una familia de acogida en Reseda Street, una calle de bungalows miserables y jardines marchitos, y su padre adoptivo era propietario de un garaje de venta de coches, camiones y motos de segunda mano, entre otras cosas, y había un permanente olor a goma quemada en el aire, una bruma azulada sobre el barrio, y Widdoes podía imaginar el interior de la casa, pero decidió no investigar, mejor no, pues podía salirle el tiro por la culata y, en cualquier caso, ¿qué iba a hacer él?, ¿adoptar a la chica? Tenía sus propios hijos, que ya le costaban lo suyo. Norma Jeane le inspiraba compasión, de modo que le daba dinero, billetes de uno o cinco dólares, para que «se comprara algo bonito». Todo era muy inocente en realidad. Ella era de la clase de chica que obedece, o está dispuesta a obedecer, así que si eres un hombre responsable, te cuidas bien de lo que le pides. Cuando depositan su confianza en ti, la tentación es mucho mayor que cuando desconfían. Y con su edad. Con ese cuerpo. No era sólo la placa (ella admiraba la placa, le «encantaba» la placa, siempre quería mirarla, igual que la pistola; había preguntado si podía tocar la pistola y Widdoes había reído y respondido que adelante, por qué no, siempre que permaneciera en la funda y con el seguro puesto), sino también su aire de autoridad, porque cuando uno lleva once años en la policía adquiere un aire de autoridad, interrogando a la gente, dando órdenes, o sea que los demás prevén que si se resisten, lo lamentarán, lo saben intuitivamente, porque somos capaces de adivinar en la presencia física de otro un poder que llevado al límite, y ese límite no es negociable, puede hacernos daño. Sin embargo, todo era muy inocente en realidad. Las cosas no siempre son lo que aparentan. Como buen detective, Widdoes lo sabía. Norma Jeane sólo tenía tres años más que su hija. Pero esos tres años eran cruciales. Era mucho más lista de lo que parecía a primera vista. De hecho, en varias ocasiones lo había sorprendido. Los ojos y la voz de niña engañaban. La joven era capaz de hablar con seriedad de las mismas cosas de las que

hablaría cualquier adulto (la guerra, el «significado de la vida»). Tenía sentido del humor. Se reía de sí misma. Quería ser «cantante con Tommy Dorsey». Quería ser oficial del Cuerpo Femenino del Ejército. Quería ingresar en la Escuela Femenina de Vuelo de las Fuerzas Aéreas, sobre la cual había leído en los periódicos. Quería ser médico. Le dijo a Widdoes que era «la única nieta viva» de la mujer que había fundado el movimiento de la Ciencia Cristiana, que su madre, muerta en un accidente de aviación sobre el Atlántico en 1934, había sido una actriz de Hollywood contratada por La Productora como doble de Joan Crawford y Gloria Swanson, y que su padre, a quien no veía desde hacía años, era productor en Hollywood y a la sazón comandante de la marina en el Pacífico Sur, y aunque Widdoes no creyó ninguna de esas afirmaciones, escuchaba a la joven como si la creyera, o como si intentara creerla, y ella parecía agradecida por su amabilidad. Le permitía besarla siempre y cuando no la obligara a abrir los labios, cosa que él no hizo. Se dejaba besar en la boca, el cuello y los hombros, pero sólo si llevaba los hombros al descubierto. Se ponía nerviosa si él le tocaba la ropa, si pretendía bajar cremalleras o desabrochar botones. Esa turbación infantil resultaba conmovedora para él, un rasgo de personalidad que evocaba a los de su hija. *Ciertas cosas están permitidas; otras no.* Pero Norma Jeane accedía a que le acariciara los aterciopelados brazos, e incluso las piernas hasta mitad del muslo; dejaba que le acariciara su largo cabello ondulado y se lo cepillara. (¡Ella misma le daba el cepillo! Decía que su madre solía hacerlo cuando era pequeña, ¡y ella la echaba tanto de menos!)

Durante esos meses, Widdoes frecuentó a varias mujeres. No veía a Norma Jeane como una mujer. Quizá fuera el sexo lo que lo había empujado a ella, pero no era sexo lo que obtenía de la joven. Al menos no de una manera de la cual la chica fuera consciente o pudiera reconocer como tal.

¿Cómo terminó todo entre ellos? Inesperadamente. De golpe. A causa de un incidente que Widdoes deseaba que no llegara a oídos de nadie, y mucho menos a los de sus superiores del Departamento de Policía de Culver City, donde Frank tenía un expediente con varias quejas por «abuso

de autoridad» mientras efectuaba un arresto. Y aquello no era un arresto. Una tarde de marzo de 1942 había quedado con Norma Jeane en una esquina, a pocas manzanas de Reseda, y por primera vez la joven no estaba sola. La acompañaba un muchacho y parecían enfrascados en una discusión. Él era un tipo corpulento de unos veinticinco años, con pinta de mecánico, vestido con ropa hortera y barata, y Norma Jeane lloraba porque el tal «Clarence» la había seguido y no la dejaba en paz por mucho que ella insistiera, de modo que Widdoes le gritó que se fuera a tomar por el culo y Clarence le respondió algo que no debía, o que nunca habría dicho si hubiera estado sobrio o hubiera tenido ocasión de mirar mejor a Widdoes, que sin decir otra palabra bajó del coche y ante la mirada horrorizada de Norma Jeane desenfundó la Smith & Wesson y le cruzó la cara con ella al muy cabrón, rompiéndole la nariz y produciendo un reguero de sangre con ese único golpe; y cuando Clarence cayó de rodillas sobre la acera, Widdoes le asestó otro golpe en la nuca y el imbécil se desplomó en el suelo en el acto, sin sentido, moviendo las piernas entre espasmos. Entonces Widdoes empuja a Norma Jeane hasta el coche, la obliga a subir y arranca, pero la chica está paralizada de miedo, literalmente paralizada, rígida e inmóvil, tan asustada que no parece oír las palabras de Widdoes, que aunque destinadas a tranquilizarla, quizá suenen furiosas, rencorosas. Incluso más tarde no dejará que él la toque, ni siquiera la mano. Y Widdoes tiene que admitir que él también está asustado ahora que ha tenido tiempo de pensar en lo ocurrido. Algunas cosas están permitidas y otras no, y él ha cruzado el límite en un lugar público, ¿y si hubiera habido testigos?, ¿y si el muchacho hubiera muerto? Naturalmente, no querría que una cosa así se repitiera. De modo que no volvió a ver a la pequeña Norma Jeane. Ni siquiera para despedirse de ella.

4

Ella empezaba a olvidar.

En virtud de cierto mecanismo mágico asociaba el *olvido* con el período menstrual, que veía como una forma de eliminar veneno más que como una hemorragia. Le ocurría una vez cada tantas semanas y era algo bueno, necesario; las jaquecas, la piel febril, las náuseas y los dolores no eran *reales*, sino indicios de su debilidad. Tía Elsie le había explicado que era un fenómeno natural y que toda chica debía soportarlo. Lo llamaban «la maldición», pero Norma Jeane nunca empleaba ese término. Porque procedía de Dios y en consecuencia sólo podía ser una bendición.

«Gladys» ya no era un nombre que pronunciara en voz alta, ni tampoco para sí. Cuando mencionaba a su madre en este nuevo lugar (cosa que hacía rara vez y únicamente delante de tía Elsie), decía «mi madre» con voz serena y neutral, como quien dice «mi profesor de literatura» o «mi jersey nuevo» o «mi tobillo». Nada más.

Pronto, despertaría una mañana y descubriría que el recuerdo de «mi madre» se había desvanecido de la misma manera en que la regla, después de tres o cuatro días de seguir su curso natural, desaparecía tan misteriosamente como había empezado.

El veneno ha desaparecido. Y otra vez soy feliz. ¡Tan feliz!

5

Norma Jeane era una chica alegre, siempre risueña.

Aunque su risa era extraña, inarmónica: aflautada y chillona como la de un ratón (que así la llamaban a la pobre) aplastado por un pie.

Daba igual. Ella reía a menudo porque era feliz y porque los demás reían, de modo que hacía lo mismo en su presencia.

En el Instituto de Van Nuys era una alumna del montón.

Una chica del montón, salvo por su aspecto.

Una chica del montón, salvo por la expresión tensa, nerviosa, excitable y la tendencia a ruborizarse.

Candidata a animadora. Sólo las chicas más bonitas y populares, con buena figura y habilidades atléticas, eran elegidas animadoras, pero allí

estaba Norma Jeane, sudando y mareándose durante las pruebas en el gimnasio. *Ni siquiera recé, porque creía que no tenía sentido importunar a Dios por una causa perdida.* Llevaba semanas practicando las cancioncillas y se las sabía de memoria, igual que los saltos, las contorsiones de la columna, las aperturas de brazos y piernas; se consideraba tan capaz como cualquier otra chica del instituto, pero a medida que se acercaba la hora se sentía más débil y asustada, la voz empezaba a fallarle y al final no consiguió pronunciar palabra y tenía tan poca fuerza en las rodillas que prácticamente se desplomó sobre la colchoneta. Un silencio incómodo descendió sobre las cuarenta jovencitas reunidas aquella tarde en el gimnasio. La capitana de las animadoras se apresuró a decir con tono expeditivo y alegre:

—Gracias, Norma Jeane. ¿Quién es la siguiente?

Candidata a miembro del grupo de teatro. Se presentó a una audición para *Nuestra ciudad*, de Thornton Wilder. ¿Por qué? La desesperación debió de influir. Era normal; más que normal, era una elección. Y cabía prever que, en esta obra que le parecía tan hermosa, en su participación en la obra, ella, Norma Jeane, encontraría un hogar; sería Emily y los demás la llamarían por ese nombre. Había leído y releído el texto y creía entenderlo; una parte de su alma lo entendía. Aunque aún faltaban años para que llegara a la conclusión de que *me he situado en el centro mismo de circunstancias imaginarias, existo en el corazón de una vida imaginaria, en un mundo de cosas imaginarias y ésta es mi redención.* Pero de pie bajo las potentes luces del escenario, deslumbrada, escrutando la primera fila de la platea, donde estaban sentadas las personas que la evaluarían, se sintió súbitamente presa del pánico.

—El siguiente. ¿Quién es el siguiente? —preguntó el profesor de teatro —. Norma Jeane, empieza.

Pero ella no pudo empezar. Sujetaba el libro con una mano temblorosa, las palabras se desdibujaban ante sus ojos, su garganta parecía cerrada. Las frases que la noche anterior se sabía de memoria ahora se arremolinaban en su cabeza como moscas desquiciadas. Por fin comenzó a leer con voz

presurosa, quebrada. ¡Su lengua era demasiado grande para su boca! Tartamudeó, titubeó, perdió el hilo.

—Gracias, querida —dijo el profesor invitándola a retirarse.

Norma Jeane alzó la vista del texto y preguntó:

—Po-por favor, ¿puedo intentarlo de nuevo? —y siguió una violenta pausa. Oyó murmullos y risitas ahogadas—. Creo que podría ser Emily. Sé... sé que soy Emily.

Si pudiera desnudarme. Si pudiera lucirme ante vosotros tal como Dios me creó, ¿entonces me veríais!

Pero el profesor no se conmovió y repuso con voz cargada de ironía, para que sus alumnos preferidos se rieran de su ingenio y de la víctima de sus burlas:

—Mmm... ¿De verdad, Norma Jeane? Gracias, jovencita. Pero dudo que Thornton Wilder compartiera esa opinión.

Salió del escenario. Le ardía la cara, pero estaba decidida a mantener su dignidad. En una película podían exigirte incluso que murieras. Siempre que los demás te observen, debes mantener la dignidad.

Un silbido de tenorio la siguió en su retirada.

Candidata a miembro del coro de niñas. Sabía que era capaz de cantar, ¡lo sabía! Siempre cantaba en casa, lo adoraba, su voz sonaba melodiosa a sus oídos, ¿y no le había prometido Jess Flynn que era posible educar su voz? Estaba convencida de que era soprano. *These Foolish Things* era su mejor canción. Pero cuando la directora del coro le pidió que cantara *Spring Song*, de Joseph Reisler, que nunca había oído antes, se quedó mirando la partitura, incapaz de leer las notas. Y después, cuando la mujer se sentó al piano, empezó a tocar y le ordenó que la siguiera, Norma Jeane perdió la confianza y canturreó con una voz entrecortada, temblorosa y decepcionante ¡que no era la suya!

Suplicó que la dejara intentarlo una segunda vez, por favor.

La segunda vez su voz sonó algo más segura, pero no mucho.

La directora del coro la despidió con cortesía.

—Quizá el año que viene, Norma Jeane.

Para el profesor de lengua y literatura, el señor Haring, había escrito redacciones sobre Mary Baker Eddy, la fundadora de la Ciencia Cristiana; Abraham Lincoln, «el mejor presidente de Estados Unidos», y Cristóbal Colón, «un hombre que no se amilanaba ante lo desconocido». También le había enseñado al señor Haring sus poemas pulcramente escritos con tinta azul sobre papel sin pautar.

Sé que jamás moriría de desconsuelo
en lo más alto del cielo.

Sé que no sería triste tu suerte
si yo pudiera quererte.

Si en la tierra el amor fraterno
pudiera ser eterno.
Si el hombre supiera
decir «te amo» y de verdad lo sintiera.

Así como Dios dice «te quiero
a ti, y a ti te quiero»
y su amor es siempre VERDADERO.

Cuando el profesor Haring sonrió con turbación y dijo que el poema era «muy bueno» —la rima, «perfecta»—, Norma Jeane se ruborizó de placer. Había tardado varias semanas en armarse de valor para enseñarle sus poesías y ahora ¡qué recompensa! ¡Y tenía muchas más! ¡Su diario estaba lleno de poemas! Había transcrito algunos que había escrito su madre durante su juventud en el norte de California, antes de casarse.

Roja es la hoguera del amanecer,
violeta la mitad de la jornada,
el día ámbar por fin decae

y después no queda nada.

Pero estrellas por doquier
revelan al anochecer
un incendio en el Territorio Argénteo
que sin embargo no se ha consumido.

El profesor Haring leyó y releyó este extraño poema con expresión ceñuda. ¡Ay!, ¿habría cometido un error al enseñárselo? El corazón de la joven se alborotó como un conejo asustado. Haring era autoritario con sus alumnos a pesar de su juventud: veintinueve años, delgado, cabello rubio ceniza que empezaba a ralear y una leve cojera consecuencia de un accidente en la infancia: un joven esposo tratando de mantener a su familia con el sueldo de profesor de escuela pública. Parecía una versión más endeble y menos amistosa de Henry Fonda en *Las uvas de la ira*. No siempre se le veía contento en clase y tenía cierta inclinación al sarcasmo. No sabías cómo iba a reaccionar, qué cosas extrañas podía llegar a decir, pero esperabas que al menos te sonriera. Y solía sonreír a Norma Jeane, que era callada y tímida, una niña de sorprendente belleza y precoces curvas que usaba jerséis demasiado pequeños para ella y tenía una actitud inconscientemente provocativa..., al menos Haring creía que era inconsciente. *Una quinceañera que rebosaba atractivo sexual y no parecía saberlo. ¡Y qué ojos!*

Haring intuyó que el poema de la madre de Norma Jeane, que no tenía título, no estaba «terminado». Cogió una tiza y escribiendo en la pizarra (Norma Jeane había ido a consultarlo después de clase) demostró que la rima era deficiente. «Amanecer» y «decae», como Norma Jeane podía ver, no rimaban de verdad aunque tuvieran algunas vocales comunes. La rima de la segunda estrofa era aún peor. Al fin y al cabo la poesía es música y uno no se limita a leerla; también debe poder oírla. Además, ¿qué era el Territorio Argénteo? Haring nunca había oído hablar de ese lugar y dudaba de su existencia. «Oscuridad y afectación»: eran los típicos puntos flacos de

la poesía femenina. Para que un poema tenga fuerza se necesita una buena rima y el sentido nunca debe ser críptico.

—De lo contrario, el lector se encoge de hombros y dice: «Vamos, hasta yo soy capaz de escribir mejor».

Norma Jeane rió porque el señor Haring rió. Se sentía profundamente avergonzada por los defectos del poema de su madre (si bien continuaría pensando con obcecación que era un poema hermoso, extraño, misterioso, debía reconocer que ella tampoco sabía qué significaba «Territorio Argénteo»). Disculpó a su madre ante el profesor diciendo que no había ido a la universidad.

—Mamá se casó cuando tenía diecinueve años. Quería ser poetisa. Quería ser profesora, igual que usted, señor Haring.

Haring se conmovió. ¡Era una chica tan dulce! Se mantuvo al otro lado del escritorio.

Algo en la voz trémula de Norma Jeane lo indujo a preguntar con cautela:

—¿Dónde está tu madre, Norma Jeane? No vives con ella, ¿verdad?

Norma Jeane negó con la cabeza. Sus ojos se humedecieron y su carita infantil se tensó, como si corriera el riesgo de romperse.

Fue entonces cuando Haring recordó haber oído que la joven estaba bajo la tutela del estado. Que vivía con los Pirig. Otros hijos adoptivos de la pareja habían asistido a sus clases con anterioridad. Le sorprendió que ésta fuera tan pulcra, sana e inteligente. Su cabello rubio oscuro no estaba grasiento, su ropa se veía limpia y planchada a pesar de ser tan llamativa: el barato y ceñido jersey rojo y la barata y ceñida falda de sarga gris que permitía adivinar la raja entre las nalgas. Si se hubiera atrevido a mirar.

No había mirado ni tenía intención de hacerlo. Él y su joven esposa agotada tenían una hija de cuatro años y un hijo de ocho meses y ese hecho, crudo e implacable como el sol del desierto, flotó ante sus ojos inyectados en sangre.

Pero se apresuró a decir:

—Oye, Norma Jeane, tráeme poemas cuando quieras. Los tuyos o los de tu madre. Será un placer leerlos. Forma parte de mi trabajo.

De modo que en el invierno de 1941, Sidney Haring, que era el profesor favorito de Norma Jeane, empezó a ver a la joven después de clase un par de veces a la semana. No se cansaban de hablar —ay, ¿de qué hablaban?— principalmente de novelas y poemas que Haring hacía leer a Norma Jeane: *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë; *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë; *La buena tierra*, de Pearl Buck; volúmenes más cortos de poesía de Elizabeth Barrett Browning, Sara Teasdale, Edna St. Vincent Millay y el favorito de Haring, Robert Browning. Él continuó «criticando» sus poemas de colegiala (por suerte, ella no le enseñó ningún otro de su madre). Una tarde, Norma Jeane se percató de pronto de que se había retrasado, de que la señora Pirig la esperaba para que ayudara con las tareas domésticas, y Haring se ofreció a acompañarla: a partir de ese momento, cada vez que Norma Jeane acudía a verlo, él la llevaba en coche a casa, que quedaba a unos dos kilómetros del instituto. De ese modo tenían más tiempo para conversar.

Él habría jurado que todo era muy inocente. Completamente inocente. La joven era una alumna y él era su profesor. Jamás la tocó. Puede que al abrirla la portezuela del coche su mano rozara la de ella o que le acariciara el cabello. Quizá, de manera involuntaria, aspirara su aroma. Tal vez la mirara con demasiada vehemencia o a veces, mientras hablaba animadamente con ella, perdiera el hilo de sus palabras y se repitiera. No quería reconocer que era culpable de llevarse consigo, al hogar alborotado y fatigoso donde era marido y padre, el recuerdo vívido de la risueña cara de la chica, la promesa de su cuerpo joven y la exasperante y azul mirada húmeda que siempre parecía un tanto desenfocada, como si con ella le concediera libre acceso a su interior.

Vivo en tus sueños, ¿no? ¡Ven, vive en los míos!

Sin embargo, en los meses que duró su «amistad», la chica no dijo nada que indujera a pensar en un flirteo o en segundas intenciones. Se la diría sinceramente deseosa de discutir los libros que Haring le había dado y sus poemas, que él parecía considerar prometedores. Si dichos poemas hablaban de amor y se dirigían a un misterioso «tú», Haring no tenía motivos para pensar que ese «tú» fuera él. Norma Jeane sólo lo sorprendió en una ocasión, mientras hablaban de otro tema. Haring mencionó de

pasada que no se fiaba de Roosevelt, que creía que estaban manipulando las noticias, que él nunca se fiaba de los políticos. Entonces Norma Jeane saltó diciendo que no, no, estaba equivocado.

—El presidente Roosevelt es diferente.

—¿Sí? ¿Y cómo sabes que es «diferente»? —preguntó Haring, divertido—. No lo conoces personalmente, ¿verdad?

—Claro que no, pero tengo fe en él. Conozco su voz porque la he oído por la radio.

—Yo también le he oído hablar por la radio y creo que pretende manipularme. Todo lo que escuchas por la radio o ves en las películas está escrito, ensayado e interpretado para un público; no es espontáneo ni podría serlo. Quizá parezca nacido del corazón, pero no es así. Es imposible.

—¡El presidente Roosevelt es un gran hombre! —exclamó Norma Jeane, agitada—. Puede que tan grande como Abraham Lincoln.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo te-tengo fe en él.

Haring rió.

—¿Sabes cuál es mi definición de la fe, Norma Jeane? Creer en algo que uno sabe que no es verdad.

—Se equivoca —replicó Norma Jeane frunciendo el entrecejo—. Uno tiene fe en lo que sabe que es verdad, aunque no pueda probarlo.

—Pero ¿qué sabes tú de Roosevelt, por ejemplo? Sólo lo que has leído en los periódicos u oído por la radio. Apuesto a que no sabes que es un tullido.

—¿Un... qué?

—Un tullido. Dicen que tuvo la polio. Sus piernas están paralizadas y va en silla de ruedas. Si miras sus fotografías, advertirás que sólo se le ve de cintura para arriba.

—¡No es verdad!

—Bueno, lo sé por una fuente fidedigna, un tío mío que trabaja en Washington D. C.

—No lo creo.

—Pues muy bien —Haring rió, disfrutando de la discusión—, no lo creas. A Roosevelt no le importa lo que desee, crea o se niegue a creer Norma Jeane Baker, en Van Nuys, California.

Estaban en el coche de Haring, en una calle sin pavimentar de las afueras del pueblo, a cinco minutos de distancia de Reseda Street y la ruinoso casa de los Pirig. En las proximidades se avistaban las vías del ferrocarril y, más allá, las brumosas estribaciones de las montañas Verdugo. Alterada por la oposición de Haring, Norma Jeane pareció *verlo* por primera vez. Respiraba con agitación y tenía los ojos clavados en él, de modo que Haring sintió un impulso casi incontrolable de estrecharla en sus brazos para tranquilizarla. Pero ella, con los ojos como platos, murmuró:

—¡Le odio, señor Haring! No me gusta usted.

Haring rió y giró la llave de contacto.

Después de dejar a Norma Jeane en su casa, descubriría que había sudado: su camisa estaba empapada y su cabeza, húmeda. Por encima del escroto su pene palpitaba, furioso como un puño.

Pero no la toqué, ¿no? Podría haberlo hecho, pero no lo hice.

Cuando volvieron a verse, el arrebató emocional de la chica era agua pasada. Ninguno de los dos lo mencionó, desde luego. Su conversación se ciñó a los libros, a la poesía. La joven era su alumna; él, su profesor. No volverían a discutir en esos términos, a Dios gracias, pensó Haring; él no estaba enamorado de esa quinceañera, pero no tenía sentido correr riesgos. Podía perder su empleo, poner en peligro su de por sí precario matrimonio, y tenía su orgullo.

¿Qué habría ocurrido si la hubiera tocado?

Ella había escrito poemas para él, ¿no? Sidney Haring era el «tú» al que ella adoraba, ¿verdad?

Repentina y misteriosamente, Norma Jeane abandonó el Instituto de Van Nuys a finales de mayo. Cuando faltaban tres semanas para que acabara el décimo curso. No avisó a su profesor favorito. Un buen día, sencillamente no asistió a clase de lengua y literatura y a la mañana siguiente Haring se enteró por el director, igual que los demás profesores,

de que la joven se había marchado aduciendo «razones personales». Haring se quedó de una pieza, pero se cuidó muy bien de no demostrar su asombro. ¿Qué había pasado? ¿Por qué abandonaría el colegio en un momento como ése? Y sin decirle una sola palabra a él.

En varias ocasiones descolgó el auricular con intención de llamar a casa de los Pirig y hablar con ella, pero no tuvo valor para hacerlo.

No te involucres. Mantén las distancias.

A menos que la quieras. ¿La quieres?

Finalmente, una tarde, obsesionado por el recuerdo de la joven ahora tan ausente de su vida como de su clase, fue en coche a Reseda Street con la esperanza de encontrársela, de verla aunque sólo fuera al pasar, y se quedó mirando fijamente el bungalow de madera, el agostado jardín delantero y, más allá, el adefesio de patio trasero, aspirando el hedor de basura quemada. Qué clase de «acogida», se preguntaba uno, tendrían los niños en esa casa. A la cruda luz del mediodía la pobreza de la casa de los Pirig resultaba desafiante y la desconchada pintura gris y el techo podrido se le antojaron a Haring cargados de sentido, un emblema del mundo perdido que la inocente niña estaba destinada a habitar por un accidente de nacimiento y del cual sólo podría rescatarla la valiente intervención de alguien como él. *Norma Jeane. He venido por ti. He venido a salvarte.*

Fue entonces cuando Warren Pirig salió del garaje situado detrás de la casa y caminó hacia la furgoneta aparcada en el camino de entrada.

Haring pisó el acelerador y se alejó a toda velocidad.

6

Tan sencillo como arrojarse de cabeza contra un cristal.

Pero esa tarde ella había tomado dos cervezas y ya tenía en sus manos la tercera.

—Tiene que irse —dijo.

—¿Norma Jeane? ¿Por qué?

Elsie no respondió de inmediato. Fumaba un cigarrillo. El sabor era amargo y estimulante.

—¿Se la lleva su madre? —preguntó Warren—. ¿Es eso?

No se miraban. Ni siquiera miraban en la dirección del otro. Elsie sabía que el ojo sano de Warren estaba cerrado y el enfermo, nublado. Ella estaba sentada a la mesa de la cocina, ante sus cigarrillos y una botella de cerveza caliente a la que le había arrancado la mayor parte de la etiqueta de Twelve Horse. Warren, que acababa de entrar, estaba de pie y llevaba las botas de trabajo. En momentos como aquél tenía aire de temible autoridad, como cualquier hombre corpulento que acabara de entrar en un lugar pequeño, sofocante y con aroma a mujer. Tras quitarse la camisa sucia, arrojándola sobre una silla y quedándose con la fina camiseta de algodón, Warren despedía un calor velludo y un fuerte olor a sudor. Pirig el Cerdo. En un tiempo habían tenido intimidad, habían jugado como niños. Él era Pirig el Cerdo, loco por escarbar, hozar, embestir, gruñir y chillar. Sus musculosos michelines eran como filetes de carne cruda en las manos de su joven esposa. ¡Ay, ay, ay, ay! ¡Warren! ¡Dios santísimo! Hacía años de aquello, más de los que Elsie deseaba recordar. Desde entonces su marido se había transformado en un hombre aún más corpulento: los hombros, el pecho, la barriga. Enormes antebrazos, cabeza imponente. Encrespados copetes de vello cano en todos los sitios visibles. Incluso en la parte superior de la espalda, los costados, el dorso de sus grandes y ajadas manos.

Elsie se enjugó los ojos y alargó distraídamente el ademán para limpiarse la nariz.

—Creí que la madre estaba chalada —dijo Warren con estridencia—. ¿Ya está mejor? ¿Desde cuándo?

—No.

—No ¿qué?

—Esto no tiene nada que ver con la madre de Norma Jeane.

—¿Con quién, entonces?

Elsie sopesó la cuestión. No acostumbraba a ensayar sus palabras, pero había ensayado éstas... tantas veces que ahora parecían desinfladas, falsas.

—Norma Jeane tendrá que marcharse antes de que pase algo.

—¿Qué dices? ¿Qué va a pasar?

Las cosas no iban tan bien como ella había deseado. De pie, a su lado, Warren era un hombre tan alto... Sin la camisa, su cuerpo velludo era demasiado grande para la cocina. Elsie buscó a tientas su cigarrillo. *Maldito cabrón. El problema eres tú.* Elsie se había puesto colorete en las mejillas y se había recogido el pelo para ir al centro, pero al mirarse al espejo vio su cara amarillenta, cansada. Y allí estaba Warren mirándola desde un lado; joder, detestaba que la miraran de perfil, que vieran su barbilla rechoncha y su nariz que parecía el hocico de un cerdo.

—Tiene demasiados amigos —dijo Elsie—. Algunos son hombres mayores.

—¿Hombres mayores? ¿Quiénes?

Elsie se encogió de hombros. Quería que Warren notara que estaba de su parte.

—Yo no le pido nombres, cariño. Y esos hombres no entran en la casa.

—Tal vez deberías pedirle nombres —replicó Warren con agresividad—. Puede que lo haga yo. ¿Dónde está?

—Fuera.

—¿Dónde?

Elsie temía mirar a su marido a la cara. Ese ojo inmóvil inyectado en sangre.

—Creo que ha salido a dar una vuelta en coche. Adónde la llevan esos chicos no lo sé.

Warren resopló.

—Es natural que una chica de su edad tenga amigos —dijo Warren con la calma forzada de un hombre cuyo vehículo derrapa y se sale de la carretera.

—Norma Jeane tiene demasiados. Y es demasiado confiada.

—¿Qué quieres decir con que es demasiado confiada?

—Que es demasiado *amable*.

Elsie dejó que sus palabras calaran en él. Si Warren le hubiera hecho algo a la cría cuando estaban solos, sería únicamente porque Norma Jeane era demasiado amable, buena y dócil; demasiado obediente para rechazarlo.

—No estará metida en un lío, ¿no?

—Todavía no. Al menos, que yo sepa.

Pero Elsie sabía que Norma Jeane había tenido la regla la semana anterior. Dolores desgarradores, una jaqueca insoportable. La pobrecilla sangraba como un cerdo empalado. Tenía un miedo de muerte, pero se negaba a admitirlo y rezaba a Jesucristo, que todo lo cura.

—«Todavía no.» ¿A qué viene eso?

—Warren, tenemos que pensar en nuestra reputación. La de los Pirig — como si él necesitara que le recordara su apellido—. No podemos correr riesgos.

—¿En nuestra reputación? ¿Por qué?

—Ante el condado. Ante el Tribunal de Menores.

—¿Han estado husmeando? ¿Haciendo preguntas? ¿Desde cuándo?

—He recibido algunas llamadas.

—¿Llamadas? ¿De quién?

Elsie empezaba a ponerse nerviosa. Dejó caer la ceniza del cigarrillo en un cenicero del color de la arcilla. Era verdad que había recibido llamadas, aunque no de las autoridades del condado de Los Ángeles, y tenía miedo de que Warren pudiera leerle el pensamiento. Según decía él, el gran boxeador Henry Armstrong, a quien había visto pelear en Los Ángeles, podía leer el pensamiento de su contrincante; de hecho, Armstrong sabía qué iba a hacer o tratar de hacer su rival incluso antes que el propio rival. Cuando Warren se decidía a mirarla, en su ojo sano se reflejaba una expresión astuta y mezquina que presagiaba peligro.

Alzándose sobre ella, ahora más cerca. Su cuerpo fornido. Su denso olor a sudor. Y sus manos. Sus puños. Si ella cerraba los ojos, aún podía recordar la brutalidad del puñetazo en su mejilla derecha. Y la cara hinchada, torcida. Algo en que pensar. Algo que rumiar. De ese modo, una nunca está sola.

En otra ocasión la había golpeado en el vientre, haciéndola vomitar en el suelo. Los niños que en ese entonces vivían con ellos (ahora desperdigados, niños de los que no sabían nada desde hacía tiempo) habían corrido al patio como si se los llevara el diablo, riendo. Naturalmente, en

opinión de Warren, no la había golpeado con fuerza. *Si hubiera querido hacerte daño, te lo habría hecho. Pero no fue el caso.*

Elsie debía admitir que se lo había buscado. Hablando en voz alta y chillona, cosa que Warren detestaba, y haciendo amago de salir de la habitación justo cuando él se disponía a contestarle, cosa que también detestaba.

Más tarde, no inmediatamente pero quizá al día siguiente, la noche siguiente, él había estado encantador. No es que se disculpara con palabras, pero había demostrado que deseaba hacer las paces. Con las manos, con la boca. Qué extraña manera de usar la boca. No decía gran cosa, porque ¿qué iba a decir en esas circunstancias?

Nunca le había dicho que la quería. Pero ella lo sabía, o creía saberlo.

Te quiero, había dicho la niña. Con esos ojos húmedos y asustados. *Ay, tía Elsie, te quiero, no me echés de aquí.*

—Tenemos que pensar en el futuro, cariño —dijo Elsie con cautela—. En el pasado cometimos errores.

—A la mierda el pasado. El pasado no es ahora.

—Ya conoces a las adolescentes —insistió Elsie con tono plañidero—. Sabes lo que les pasa.

Warren había ido hasta la nevera, abierto la puerta, sacado una cerveza, cerrado de un portazo y ahora bebía con avidez. Se inclinó sobre la encimera, junto al cochambroso fregadero, y empezó a levantar la masilla con la uña larga, roma y mugrienta del pulgar que se había lastimado hacía unos años. La masilla que él mismo había puesto ese invierno y que, maldita fuera, ya comenzaba a desprenderse. Y en las grietas había minúsculas hormigas negras.

—Se lo tomará mal —dijo Warren, incómodo como un hombre que se prueba una prenda que le viene pequeña—. Le caemos bien.

Elsie no pudo resistirse.

—Nos quiere.

—Mierda.

—Pero ya sabes lo que pasó la última vez.

Elsie empezó a hablar atropelladamente de una chica que había vivido con ellos unos años antes; Lucille, que dormía en la habitación de la segunda planta, iba al Instituto de Van Nuys, se había metido en un «lío» a los quince y ni siquiera sabía quién era el padre de la criatura. Como si la olvidada Lucille tuviera algo que ver con Norma Jeane. Warren, absorto en sus pensamientos, no la escuchaba. La propia Elsie apenas si se escuchaba a sí misma. Sin embargo, el discurso le parecía apropiado en este punto.

Cuando Elsie hubo terminado, Warren preguntó:

—¿Piensas devolver a la pobre chica al condado? ¿Devolverla a, qué, al orfanato?

—No —Elsie sonrió. Su primera sonrisa sincera del día. Tenía un as en la manga y había estado reservándolo para ese momento—. Voy a hacer que la chica se case y se marche a un lugar seguro.

Respingó cuando Warren le dio súbitamente la espalda y, sin decir una palabra, salió de la casa dando un portazo. Oyó el motor de la furgoneta en el camino de entrada.

Regresó tarde, después de medianoche, cuando Elsie y los demás estaban en la cama. Los pesados pasos de Warren la despertaron de un sueño superficial y agitado y luego, cuando la puerta de la habitación se abrió con brusquedad, percibió la respiración entrecortada de él y el olor a alcohol. La habitación estaba completamente a oscuras y Elsie esperó a que él buscara a tientas el interruptor de la luz y la encendiera, pero no lo hizo, y ella se giró hacia la lámpara de la mesilla de noche demasiado tarde. Warren ya estaba encima de ella.

Sin una palabra de saludo o de reconocimiento siquiera. Caliente, pesado, henchido de la necesidad de ella, o de cualquier mujer, gimiendo y forcejeando, tirando del camisón de rayón, y ella tan sorprendida que ni siquiera pensó en protegerse ni (al fin y al cabo *era la esposa de ese hombre*) en moverse sobre la desvencijada cama con el fin de hacerle sitio.

No habían hecho el amor desde hacía —¿cuánto tiempo?— meses; «hacer el amor» no era la expresión que hubiera usado ella, más bien quizá «hacerlo», porque entre ellos siempre había habido cierta timidez verbal,

por muy exigente y sexualmente voraz que Warren fuera en su juventud y por más que Elsie, demasiado reservada, bromeara y lo provocara, una curiosa forma de comunicarse, pero mencionar la palabra «amor», decir «te quiero», era difícil. Qué extraño, pensaba a menudo, que uno hiciera diariamente ciertas cosas como ir al lavabo, hurgarse la nariz, rascarse el cuerpo y tocarse a uno mismo y a otros (si había otros en tu vida a los que tocar y que te tocaran), y sin embargo nunca hablara de ello, pues para esas cosas no había palabras adecuadas.

Como lo que él le hacía ahora, con qué palabras describirlo, cómo explicar o entender siquiera esa agresión, una agresión sexual, aunque *ella era la esposa de ese hombre y en consecuencia él estaba en su derecho* y además ella lo había provocado, de modo que era justo, ¿no? Antes de arrojarse sobre la cama, Warren se había desabrochado el cinturón, bajado la cremallera y quitado los pantalones, pero aún llevaba puesta la hedionda camiseta. La ahogaría bajo los gruesos pelos de su cuerpo. La aplastaría bajo su peso. Nunca había pesado tanto y nunca su peso había sido tan denso, tan furioso. Su pene era un grueso ariete que se clavaba en el vientre de ella, al principio a ciegas. Le separó los flácidos muslos con las rodillas y cogió el pene con una mano para penetrarla de la misma manera en que ella lo había visto a menudo atacar a un coche destartado con una barra de hierro para desguazarlo, disfrutando al vencer su resistencia. Elsie protestó:

—Dios, Warren... Ay, espera...

Pero el antebrazo de él estaba encajado bajo la barbilla de Elsie, que trató desesperadamente de liberarse porque ¿y si en su ebria inconsciencia la asfixiaba, le rompía la tráquea o el cuello? Warren atenazó entonces las muñecas de Elsie, extendió sus agitados brazos perpendicularmente a su cuerpo, como si fuera a crucificarla, clavándola a la cama, y la penetró con embestidas furiosas pero metódicas, y Elsie vio en la oscuridad la cara crispada de él, los labios que mostraban los dientes en una mueca que ella le había visto con frecuencia mientras dormía, gimiendo en sueños, reviviendo los combates de su juventud, cuando lo habían vapuleado de mala manera pero él también había vapuleado a otros. *Yo repartí mi parte de sufrimiento.* ¿Qué clase de felicidad, felicidad de hombre, era aquella de quien dice *Yo*

repartí mi parte de sufrimiento ni siquiera con presunción, sino con total naturalidad? Elsie trató de colocarse en una postura que le permitiera atemperar la fuerza del ataque de Warren, pero él era demasiado fuerte y demasiado astuto. Si *podiera, me mataría. Me follaría hasta matarme. No a Norma Jeane*. Logró soportarlo sin gritar ni pedir auxilio, sin llorar siquiera pese a que le costaba respirar y las lágrimas y la saliva se deslizaban por su cara, tan crispada como la de él. Intuía que entre las piernas estaría desgarrada, sangrando. El pene de Warren nunca le había parecido tan grande. Hinchado de sangre, demoníaco. ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! La pobre cabeza de Elsie golpeaba contra la cabecera de la cama que habían tenido durante toda su vida de casados, y la cabecera golpeaba a su vez contra la pared, y la propia pared vibraba y se sacudía como si temblara la tierra.

Tenía miedo de romperse el cuello, pero esto no ocurrió.

7

—¿Qué te había dicho, cariño? Es nuestra noche de suerte.

Como si tuviera el agri dulce presentimiento de que sería la última vez que irían juntas al cine. Elsie llevó a Norma Jeane a la sesión nocturna del jueves en el cine Sepulveda, en el centro del pueblo, donde ponían *Tres días de amor y fe* y *El recluta enamorado*, además del avance de la última película de Hedy Lamarr. Al final de la sesión había un sorteo, y qué grito pegó Elsie Pirig cuando anunciaron el número del segundo premio y resultó ser el de la papeleta de Norma Jeane.

—¡Aquí! ¡Estamos aquí! ¡Tenemos el número! ¡Es el de mi hija! ¡Ya vamos!

El incrédulo y feliz grito de una mujer que jamás había ganado nada.

Elsie parecía una niña: tan emocionada estaba que el público rió con benevolencia y aplaudió, y mientras subían apresuradamente al escenario con los demás ganadores, se oyeron un par de silbidos dirigidos a la hija.

—Qué pena que Warren no esté aquí para ver *esto* —murmuró Elsie al oído de Norma Jeane.

Lucía sus mejores galas: un vestido de rayón azul marino con topos blancos y aparatosas hombreras y el último par de medias sano. Se había puesto colorete en las mejillas, que ahora estaban encendidas. Las misteriosas magulladuras y marcas que tenía debajo de la barbilla había conseguido disimularlas —o casi— con polvos para la cara. Norma Jeane, con la falda plisada y el raído jersey rojo que usaba para el colegio, un collar de cuentas de vidrio y el ondulado cabello rubio oscuro recogido con un pañuelo, era la persona más joven que había en el escenario y la que más miradas atraía. No se había puesto carmín, pero sus labios eran casi tan rojos como su jersey. También sus uñas estaban pintadas de rojo. Aunque su corazón latía frenéticamente, como un pajarillo atrapado entre sus costillas, logró mantenerse erguida y con la cabeza alta mientras los demás, Elsie incluida, se encorvaban con timidez, se manoseaban con nerviosismo el pelo y la cara o escondían la boca tras los dedos. Norma Jeane ladeó apenas la cabeza y sonrió como si subir al escenario del Sepulveda en la noche de un día laborable con el fin de estrechar la mano del maduro administrador y recoger su premio fuera lo más natural del mundo para ella. Varios años antes, en la Casa de Expósitos de Los Ángeles, el Príncipe Encantado había cogido con sus manos enfundadas en guantes blancos a una niña asustada y la había subido a la plataforma iluminada, y ella había mirado estúpidamente al público, más allá de las luces, pero ahora tenía experiencia. Ahora resistió la tentación de mirar a la platea, sabiendo que allí había individuos a los que reconocería, que la conocían, algunos del Instituto de Van Nuys. *Deja que me miren, que me miren.* Al igual que la voluptuosa Hedy Lamarr, Norma Jeane no rompería el hechizo cinematográfico prestando atención a aquellos cuyo deber era mirarla a ella.

Elsie y Norma Jeane recibieron su premio: un juego de doce servicios de platos y ensaladeras de plástico decorados con flores de lis. El público aplaudió calurosamente a los cinco ganadores, todas mujeres a excepción de un viejo regordete tocado con un deshilachado gorro de faena del ejército. Elsie abrazó a Norma Jeane allí mismo, en el escenario, tan feliz que poco faltó para que rompiera a llorar.

—No es sólo por los platos de plástico. ¡Es una señal!

Elsie no se lo había dicho a Norma Jeane, pero el muchacho de veintiún años al que se proponía presentarle, hijo de una amiga que vivía en Mission Hills, estaría esa noche entre el público. De acuerdo con el plan de Elsie, el chico observaría a Norma Jeane a una distancia prudencial y luego decidiría si le interesaba salir con ella. Según había dicho la madre del muchacho, la diferencia de edad, seis años, que no significarían nada para un adulto —de hecho, era un punto a favor de la chica ser seis años menor—, podía parecer excesiva entre jóvenes. «Dale una oportunidad», había pedido Elsie, que ahora estaba convencida de que el chico se habría quedado impresionado al ver a Norma Jeane en el escenario, como una reina de la belleza. También para él sería una señal.

¡Esa chica trae buena suerte!

A la salida, bajo la oscura marquesina, Elsie se rezagó con Norma Jeane, esperando que su amiga y su hijo fueran a su encuentro. Pero no fue así. (Elsie no los había visto entre el público. ¡Malditos fueran si no habían acudido a la cita!) Quizá se debiera a que había demasiada gente alrededor tratando de hablar con ellas. Algunos eran amigos y vecinos, pero otros, completos desconocidos.

—A todo el mundo le gusta hablar con un ganador, ¿eh? —Elsie dio un suave codazo en las costillas a Norma Jeane.

La emoción fue decayendo gradualmente. Apagaron las luces del vestíbulo. Bessie Glazer y su hijo Bucky no habían dado señales de vida, ¿qué significaba eso? Elsie estaba demasiado eufórica para pensar en ello. Ella y Norma Jeane volvieron a Reseda Street, con la caja de platos de plástico en el asiento trasero del sedán Pontiac de 1939 de Warren.

—Hemos estado dándole largas, cariño. Pero esta noche deberíamos hablar de ya sabes qué.

—Tía Elsie, tengo tanto *miedo* —repuso Norma Jeane en voz baja y resignada.

—¿De qué? ¿De casarte? —Elsie rió—. La mayoría de las chicas de tu edad tienen miedo de *no* casarse.

Norma Jeane no respondió. Elsie sabía que tenía la loca fantasía de enrolarse en el Cuerpo Femenino de las Fuerzas Armadas o de asistir a un curso de enfermería en Los Ángeles, pero era demasiado joven. No iría a ninguna parte, salvo allí adonde ella la enviara.

—Mira, cariño, estás haciendo una montaña de un grano de arena. Ya has visto la picha de un chico, o de un hombre, ¿no?

Elsie era tan franca y grosera que Norma Jeane rió, sorprendida.

Asintió tímidamente con la cabeza.

—Bueno, también sabrás que aumenta de tamaño —Norma Jeane volvió a asentir con timidez—. Eso pasa cuando te miran. Les dan ganas de..., ya sabes, de «hacer el amor».

—Nunca he mirado, tía Elsie —dijo Norma Jeane con inocencia—. En el orfanato, los chicos nos la enseñaban, supongo que para asustarnos. Y aquí, en Van Nuys, algunos me la han enseñado cuando salimos. Querían que la tocara.

—¿A quién te refieres?

Norma Jeane cabeceó, pero no evasivamente, sino con un aire de auténtico desconcierto.

—No estoy segura. Los confundo. Fueron varios, en citas y momentos diferentes. Quiero decir, si un chico se propasaba conmigo en la primera cita pero después se disculpaba y me pedía que le diera otra oportunidad, yo siempre se la daba y a partir de entonces se comportaba. La mayoría de los chicos se portan como caballeros si una insiste. Es como Clark Gable y Claudette Colbert en *Sucedió una noche*.

Elsie gruñó.

—Mientras te respeten...

—Yo no me enfadaba con los que querían que les tocara la... la pirula —dijo Norma Jeane con seriedad—, porque sé que los hombres son así, han nacido así. Pero me asustaba y me daba por reír como hago siempre, como si me hicieran cosquillas —Norma Jeane rió también ahora, avergonzada. Estaba en el borde del asiento del coche, como si estuviera sentada sobre huevos—. Una vez, en Las Tunas, me bajé del coche de un chico y salí corriendo hacia el coche de un amigo que estaba con otra chica..., los

conocía, porque habíamos ido juntos..., les pedí que me dejaran subir y volví a Van Nuys con ellos. Y el otro, el que había salido conmigo, nos siguió y trató de chocarnos. Supongo que armé más alboroto del necesario.

Elsie sonrió. Cuánto le gustaba que aquella adolescente atractiva hiciera sufrir a esos cabrones salidos.

—¡Niña! Eres increíble. ¿Cuándo fue?

—El sábado pasado.

—El sábado pasado —Elsie rió—. Conque quería que se la tocaras, ¿eh? Chica lista, hiciste bien. Eso sólo lleva al paso siguiente —hizo una pausa sugestiva, pero Norma Jeane no preguntó cuál era el paso siguiente—. La palabra apropiada es «pene» y sirve para hacer bebés, aunque supongo que ya lo sabes. Es como una manguera que lanza la «semilla».

Norma Jeane emitió una risita tonta. Elsie también rió. Si una describe la cuestión en términos de hidráulica, no hay mucho que decir. En otros términos, sin embargo, hay tanto que decir que una no sabría por dónde empezar.

En el transcurso de los años, Elsie había tenido que instruir a muchas de sus pupilas en materia sexual (con los chicos no se molestaba, convencida de que ya lo sabían todo al respecto), y cada vez abreviaba más su discurso. Ciertas chicas se escandalizaban o se asustaban; algunas prorrumpían en carcajadas histéricas; otras la miraban con incredulidad. Algunas se turbaban porque ya sabían más del tema de lo que hubieran querido.

Una cría que, según descubriría más tarde, había sido violada por su propio padre y sus tíos, sacudió a Elsie y le gritó a la cara:

—¡Calla, vieja arpía!

Con quince años de edad y siendo como era una chica lista y despierta, lo más probable era que Norma Jean supiese mucho sobre sexo. Incluso la Ciencia Cristiana debía admitir su existencia. Estaba demasiado nerviosa y excitada para ir directamente a casa, de modo que pasó de largo Reseda Street y siguió viaje hacia las afueras del pueblo. Warren no estaría en casa, seguramente, y cuando él no estaba en casa una esperaba y esperaba a que volviera sin saber de qué humor llegaría.

Notó que Norma Jeane se estremecía de expectación, como una niña pequeña. Le había contado que hacía años, antes de enfermar, su madre solía llevarla a dar largos y maravillosos paseos dominicales en coche y que aquéllos eran los recuerdos más felices de su infancia.

Elsie insistió:

—Cuando te cases, Norma Jeane, y está bien que lo hagas, verás las cosas de otra manera. Tu marido te enseñará —hizo una pausa y luego, incapaz de resistirse, añadió—: Ya lo he elegido y es un chico encantador. Ha tenido varias novias y es cristiano.

—¿Ya lo has ele-elegido, tía Elsie? ¿Quién es?

—Pronto lo averiguarás. No es seguro. Es un chico normal de sangre roja, como digo yo, fue un atleta en el instituto y sabe lo que se hace —Elsie hizo una pausa. Una vez más, fue incapaz de resistirse a la tentación de añadir—: Warren también sabía lo que se hacía; vaya si lo sabía —asintió con vehemencia.

Norma Jeane vio que Elsie se acariciaba la barbilla. Antes le había pedido que la ayudara a disimular los cardenales, explicando que se los había hecho al golpearse con la puerta del lavabo en la oscuridad de la noche.

Norma Jeane había dicho: «Ay, tía Elsie. Qué fastidio». Y ni una palabra más. Como si supiera perfectamente cuál era la causa de los hematomas. Y Elsie cojeando por la casa, rígida como si le hubieran metido un palo de escoba por el culo.

Sabiendo también, con profunda sabiduría femenina, que no debía hablar del tema.

Durante los últimos días, Warren había evitado mirar a Norma Jeane. Cuando no tenía más remedio que estar en la misma habitación que ella, giraba la cara de tal modo que la chica quedaba del lado de su ojo ciego. Una ternura herida se reflejaba en sus ojos en los inevitables momentos en que Norma Jeane le hablaba, pero ni siquiera entonces la miraba de frente, cosa que debía de intrigar y doler a la joven. Últimamente no cenaba en casa; se quedaba en una taberna o pasaba sin la cena.

—Quizá la noche de bodas deberías beber de más —decía Elsie—. No digo que te emborraches, pero sí que te achispes un poco con champán. Por lo general, el hombre se pone encima de la mujer y ella está preparada para recibirlo, o debería estarlo. No duele.

Norma Jeane se estremeció. Miraba a Elsie de reojo con gesto desconfiado.

—¿No duele?

—No siempre.

—Ay, tía Elsie. Todo el mundo dice que *duele*.

—Bueno, a veces —concedió Elsie—. Al principio.

—Pero la mujer sangra, ¿no es cierto?

—Si es virgen, tal vez.

—Entonces ha de doler.

Elsie suspiró.

—Supongo que eres virgen, ¿no? —Norma Jeane asintió con solemnidad y Elsie, violenta, explicó—: Bueno. Tu marido te prepara. Ahí abajo. Entonces te mojas y estás lista. ¿Nunca te ha pasado?

—¿Qué cosa? —preguntó Norma Jeane con voz temblorosa.

—Si has deseado hacer el amor.

Norma Jeane sopesó la cuestión.

—Casi siempre me gusta que me besen y me encanta que me abracen. Como con una muñeca. Aunque entonces la muñeca soy yo —rió como solía hacerlo, con voz aflautada, asustada, chillona—. Si cierro los ojos, ni siquiera sé quién lo hace. Cuál de ellos es.

—¡Qué cosas dices, Norma Jeane!

—¿Por qué? Sólo son besos y abrazos. ¿Qué importancia tiene quién sea el chico?

Elsie meneó la cabeza, un tanto escandalizada. ¿Qué importancia tenía? Que la condenaran si lo sabía.

Pensaba en que Warren la habría matado si hubiera besado a otro hombre, y ¡qué decir si hubiera tenido una aventura! Claro que él le había sido infiel muchas veces y ella había sufrido, se había puesto furiosa, le había dicho lo que pensaba de él, loca de celos, llorando, y él lo había

negado todo aunque era evidente que disfrutaba con la reacción de su esposa. Era parte del juego, parte del matrimonio, ¿no? Al menos en la juventud.

—Se supone que debes ser fiel a un solo hombre —declaró Elsie con falsa indignación—. «En la enfermedad y en la salud, hasta que la muerte os separe.» Son cosas de la religión, supongo. Quieren asegurarse de que si tienes hijos, éstos sean de tu marido y no de otro. Te casarás con una ceremonia cristiana. Yo me ocuparé de ello.

Norma Jeane se mordía la uña del pulgar. Elsie soltó una mano del volante y le dio una palmada. Norma Jeane bajó las manos en el acto y las cruzó sobre el regazo.

—Ay, tía Elsie, lo siento. Tengo mucho miedo.

—Lo sé, cariño. Pero se te pasará.

—¿Y si tengo un hijo?

—Bueno, eso no ocurrirá hasta pasado un tiempo.

—Si me caso el mes que viene, podría tener un hijo en menos de un año.

Era cierto, pero Elsie no quería pensar en ello en ese momento.

—Podrías pedirle que se protegiera. Ya sabes, que usara uno de esos chismes de goma.

Norma Jeane arrugó la nariz.

—¿Esas cosas que son como globos?

—Son asquerosas —convino Elsie—, pero lo otro es peor. A su edad, tu marido debería alistarse en el ejército, la marina o lo que sea; hasta puede que ya lo haya hecho. Y no tendrá más interés que tú en que te quedés embarazada. Y si se marcha al extranjero, estarás segura.

Norma Jeane se animó.

—¿Crees que se iría al extranjero? Sí. Irá a la guerra.

—Todos los hombres van.

—¡Ojalá pudiera ir yo! Me gustaría ser hombre.

Y a quién no. Pero no caerá esa breva. Debemos jugar con las cartas que nos han tocado.

Elsie había llegado al final de una calle de tierra sin salida. Cerca de allí estaban las vías del tren, aunque era imposible verlas en la oscuridad. Un año antes habían encontrado en los alrededores el cuerpo acribillado a balazos de un hombre de otra ciudad. Un «ajuste de cuentas del hampa», según los periódicos. Ahora el viento soplaba entre la alta hierba como los espíritus de los muertos. Las cosas que se hacen los hombres entre sí. Todo el mundo recibe su parte de sufrimiento. Elsie pensó que si aquélla hubiera sido una escena de película, ella y Norma Jeane solas en ese lugar desolado, habría ocurrido algo: la música habría sugerido que estaba a punto de ocurrir algo. En la vida real no había música ni pistas. Te metías en una escena sin saber si era importante o no. Si la recordarías durante el resto de tu vida o la olvidarías en menos de una hora. El solo hecho de que la gente apareciera en una película, ante el objetivo de la cámara, significaba que iba a suceder algo crucial; la sola presencia de la cámara indicaba que pasaría algo. Quizá se debiera a la alegría de haber ganado los platos de plástico (que usaría y sorprenderían gratamente a Warren), pero lo cierto era que esa noche sus pensamientos volaban en todas las direcciones y tuvo que hacer un esfuerzo para no coger la mano de Norma Jeane y apretar, apretar, *apretar*.

—Las películas como las que hemos visto esta noche están bien y entretienen —dijo de repente, como si viniera a cuento—, pero no son más que una sarta de mentiras, ¿sabes? Bob Hope es muy gracioso, pero no es real. Las películas que me gustan a mí son *El enemigo público; Hampa dorada; Scarface, el terror del hampa*. Jimmy Cagney, Edward G. Robinson, Paul Muni. Hombres guapos y mezquinos que al final se salen con la suya.

Elsie dio la vuelta con el coche y condujo hacia Reseda. No había nada que le impidiera volver a casa; era tarde y le apetecía una cerveza, pero no se la tomaría en la cocina, sino que la llevaría a su habitación y la bebería despacio hasta que le entrara sueño. Finalmente dijo con voz más animada, como si en efecto interpretara la escena de una película que de pronto cambiaba de tono:

—Hasta es posible que te guste tu marido, Norma Jeane. Y que quieras tener hijos. En un tiempo, yo quise.

El tono de Norma Jeane también cambió cuando repuso:

—Puede que quiera tener hijos. Es lo normal, ¿no? Un niño de verdad. Una vez que ha nacido y salido de tu cuerpo. Cuando ya no puede hacerte daño. Me encanta abrazar a los bebés. Ni siquiera tendría que ser mío. Cualquier bebé —hizo una pausa para recuperar el aliento—. Pero si fuera *mi hijo*, tendría derecho a estar con él las veinticuatro horas del día.

Elsie la miró, sorprendida por su cambio de humor. Sin embargo, esas oscilaciones eran típicas de Norma Jeane: a veces estaba meditabunda y abstraída y en cuanto te veía se transformaba en una joven desenfadada, animada y rebotante de alegría, como si de súbito la enfocara una cámara.

—Sí, me gustaría tener un bebé —repitió con mayor entusiasmo—. Bastaría con uno. Entonces no me sentiría sola, ¿no?

Elsie respondió con tristeza:

—Por un tiempo —suspiró—. Hasta que ella se fuera y te dejara.

—¿Ella? Yo no quiero una hija. Mi madre sólo tuvo niñas. Yo quiero un *niño*.

Norma Jeane hablaba con tanta vehemencia que Elsie la miró con alarma.

Qué chica más rara. ¿Es posible que no la conozca?

Elsie se alegró de ver que la destartada furgoneta de Warren no estaba en el camino de entrada, aunque eso significaba que volvería tarde, sin duda borracho, y si había perdido en una partida de cartas, como le ocurría a menudo en los últimos tiempos, estaría de pésimo humor, pero arrinconó esa idea por el momento. Dejaría los platos de plástico en la mesa de la cocina para que Warren los viera y se preguntara: ¿qué diablos? Imaginó su expresión de intriga. Le gustaban las buenas noticias. Hasta puede que sonriera. Cualquier cosa que uno consiguiera sin dar nada a cambio, que cayera como llovida del cielo, era un chollo, ¿no? Elsie dio las buenas noches a Norma Jeane con un beso y dijo en voz baja:

—Todo lo que te he dicho esta noche es por tu bien, cariño. Tienes que casarte porque no puedes quedarte con nosotros y sabe Dios que no te

conviene volver a... a ese lugar.

Norma Jeane parecía haber asimilado con serenidad esta revelación, que días antes la había horrorizado.

—Lo sé, tía Elsie.

—Algún día tendrás que convertirte en una mujer. Es inevitable.

Norma Jeane emitió una risita triste y chillona.

—Supongo que me ha llegado la hora, tía Elsie.

El hijo del embalsamador

—¡Te quiero! Ahora mi vida es perfecta.

Llegó el día, menos de tres semanas después de que cumpliera dieciséis años, el 19 de junio de 1942, el día en que Norma Jeane intercambió los sagrados votos matrimoniales con un muchacho al que amó a primera vista, que la amó a primera vista, mirándose el uno al otro con un asombro cargado de ternura (*Hola, soy Bucky y Yo, No-norma Jeane*), mientras a una distancia prudencial Bess Glazer y Elsie Pirig los observaban con ojos risueños y ya húmedos, previendo este gran momento. *Naturalmente, todas las mujeres asistentes a la boda en la Primera Iglesia de Cristo de Mission Hills, California, lloraron ese día al ver a la joven y hermosa novia que aparentaba apenas catorce años junto al novio, imponente con su metro noventa y dos de estatura y sus ochenta y seis kilos, que por su parte no parecía mayor de dieciocho, un muchacho desgarrado pero gallardo, apuesto como un Jackie Coogan adulto con el pelo moreno cortado a cepillo, dejando al descubierto sus grandes y puntiagudas orejas. En el instituto había sido campeón de lucha libre y jugador de fútbol y era obvio que protegería a esa pobre niña huérfana. Amor a primera vista por ambas partes. Prometidos durante menos de un mes. Son los tiempos que corren, la guerra. Todo va más deprisa.*

¡Mirad sus caras!

La de la novia, pálida y luminosa como el nácar excepto en las mejillas delicadamente maquilladas con colorete. Sus ojos parecían llamas

danzarinas. Su perfecta cara de muñeca enmarcada por el cabello rubio oscuro, brillante como aprisionados rayos de sol, peinado en parte en tirabuzones y en parte en trenzas hechas por la propia madre de la novia y entrelazado con lirios del valle sobre los cuales flotaba el velo nupcial, ligero y vaporoso como un soplo de aire. En la pequeña iglesia se respiraba la dulce y nostálgica inocencia de los lirios del valle, *ese aroma que recordaré durante el resto de mi vida, el aroma de la felicidad hecha realidad. Y el miedo a que mi corazón se parara y Dios me acogiera en su seno.*

Y el vestido de novia, tan bonito. Metros de resplandeciente raso blanco, un corpiño ceñido, ajustadas mangas largas con volantes en los puños, metros y metros de deslumbrante raso, pliegues y tablas blancas, cintas, puntillas, pequeños lazos, diminutos botones de perla y una cola de metro y medio: nadie habría adivinado que era un vestido usado, perteneciente a Lorraine, la hermana de Bucky; naturalmente, lo habían adaptado a la altura y la figura de Norma Jeane y enviado a la tintorería, de modo que estaba impecable. Y las sandalias forradas de raso blanco también estaban impecables, aunque sólo habían pagado cinco dólares por ellas en una tienda benéfica de Van Nuys. La chaqueta color perla del novio se ajustaba a sus fornidos hombros; cualquiera podía ver que era un chico fuerte, corpulento, que no se andaba con chiquitas, un chico que había conseguido graduarse en el Instituto de Mission Hills en la promoción del 39 a pesar de que faltaba a clase a menudo porque detestaba los libros de texto, las aulas, las pizarras y la obligación de permanecer sentado, sentado y sentado en pupitres demasiado pequeños para él, escuchando a profesores solterones de ambos sexos soltar peroratas y peroratas como si conocieran el secreto de la vida, cosa que obviamente no era así. En razón de sus méritos deportivos, a Bucky Glazer le habían ofrecido becas en las universidades de Los Ángeles, Pacific y San Diego, entre otras, pero él las había rechazado porque prefería ganar dinero y ser independiente y había aceptado un empleo de media jornada como ayudante de embalsamador en la más antigua y prestigiosa funeraria de Mission Hills, de modo que los Glazer se jactaban de que su hijo era casi un embalsamador, y un

embalsamador era casi lo mismo que un médico que hace autopsias, un forense; pero por las noches también trabajaba en la cadena de montaje de Lockheed Aviation, fabricando milagrosos bombarderos como el B-17, destinado a aniquilar a los enemigos de Estados Unidos.

Sí; Bucky se proponía alistarse en las fuerzas armadas para luchar por su país, y se lo había dejado claro a su novia, Norma Jeane, desde el principio.

Son los tiempos que corren. ¡Todo va más deprisa!

La comidilla: casi todos los asistentes a la boda eran invitados del novio. Los Glazer y sus numerosos parientes eran estadounidenses robustos, saludables y de aspecto bonachón, todos parecidos a pesar de las grandes diferencias de edad y sexo, y al verlos apiñados en los bancos de la pequeña iglesia estucada, daba la impresión de que habían entrado arreados como ganado. A una señal, se levantarían y saldrían en manada. Muchos eran feligreses de la Primera Iglesia de Cristo y se los veía en su elemento, asintiendo sin cesar durante la ceremonia nupcial. Los invitados de la novia se limitaban a los padres adoptivos, los Pirig; dos chicos muy distintos entre sí, descritos como «hermanos adoptivos»; unas cuantas alumnas del instituto llamativamente maquilladas, y una mujer con el cabello encrespado, vestida con traje de sarga azul, que se presentó a sí misma como «doctora» y rompió a llorar con voz ronca cuando el pastor de la Iglesia de Cristo preguntó con voz seria a la novia: «¿Tú, Norma Jeane, aceptas a este hombre, Buchanan Glazer, como tu legítimo esposo en la riqueza o en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe, en el nombre de Dios Nuestro Señor y Jesucristo, su Único Hijo?» y la novia tragó saliva antes de responder en un murmullo:

—¡Oh!, sí, señor.

Con la titubeante voz de una huérfana. Para toda la vida.

La doctora Edith Mittelstadt regaló a los recién casados una «reliquia de la familia»: un servicio de té de plata —una tetera pesada y barroca, boles para la nata y el azúcar y bandeja a juego— que Bucky empeñaría en Santa Mónica por la decepcionante cantidad de veinticinco dólares.

Y encima había tenido que sufrir la ofensa de que le tomaran las huellas dactilares mientras Norma Jeane, roja de vergüenza y riendo tontamente, contemplaba la escena.

Como si fuera un delincuente. Joder; qué rabia.

¿Dónde estaba la verdadera madre de la novia? ¿No había asistido a la boda de su hija? ¿Y el padre? Nadie se atrevió a preguntar.

¿Era cierto que la madre de la novia estaba confinada en un manicomio? ¿Era cierto que estaba encerrada en una cárcel de mujeres? ¿Era cierto que había intentado matar a su hija cuando ésta era pequeña? ¿Era cierto que se había suicidado en el manicomio, o en la cárcel? Nadie se atrevió a hacer preguntas en una ocasión tan dichosa.

¿Era cierto que no tenía padre? ¿Que no había ningún Baker? ¿La novia era hija ilegítima? ¿Figuraba acaso en su partida de nacimiento la inscripción «PADRE DESCONOCIDO»?

Como Bucky había dicho a su futura esposa la víspera de la boda, no debía avergonzarse de sus circunstancias. *No pienses en ello, cariño. Ningún miembro de la familia Glazer desprecia a una persona por motivos que no están bajo su control, te lo prometo. Si lo hicieran, les pegaría un puñetazo en la nariz.*

Ahora que Norma Jeane se había transformado en una mujer lo suficientemente hermosa, un hombre la reclamaba.

Amor a primera vista, un amor que atesoraremos durante toda nuestra vida, aunque quizá no fuera del todo así.

La verdad es que Bucky Glazer no quería conocer a Norma Jeane Baker. Al verla en el Sepulveda con esa arpía de Elsie Pirig, las dos en el escenario, al exigente Bucky se le había antojado que era una colegiala pendona del montón —con el agravante de ser demasiado joven—, de modo que había hecho enfadar a su madre escapando del cine y esperándola en el aparcamiento, reclinado contra el capó del coche y fumando un cigarrillo como un personaje de película. Pobre señora Glazer,

tambaleándose sobre sus altos tacones y riendo a su hijo como si tuviera doce años en lugar de veintiuno.

—¡Buchanan Glazer! ¡Cómo te atreves! ¡Grosero! ¡Humillar a tu propia madre! ¿Qué le diré a Elsie? Me llamará por la mañana. ¡He tenido que esconderme para que no me viera! Y la chica es un encanto.

Era la exasperante estrategia de Bucky permitir que su madre protestara cuanto quisiera, echara humo por las orejas y se sonara los mocos, convencida de que a la larga se saldría con la suya como todas las mujeres de la familia Glazer. Lo había hecho con el hermano mayor y las dos hermanas mayores de Bucky, obligándolos a casarse jóvenes, la medida más prudente para evitar problemas; el mundo es tan peligroso para los chicos como para las chicas y la pobre Bess estaba desesperada por que Bucky rompiera su escandalosa aventura con una divorciada de veintinueve años a quien había conocido en el turno de noche de Lockheed, madre de un niño pequeño, una cara bonita y dura que «ha cogido a mi niño entre sus garras», como se lamentaba Bess a todo el que estuviera dispuesto a escucharla. Bucky había salido con muchas chicas en sus años de instituto y en la actualidad frecuentaba a varias, incluida la hija del director de la funeraria, pero en opinión de Bess la divorciada suponía una seria amenaza.

—¿Qué tiene de malo la hija de Elsie Pirig? ¿Por qué no te gusta? Elsie jura que es una buena cristiana que no fuma ni bebe, lee la Biblia, ha nacido para ama de casa y es reservada con los chicos. ¿Sabes, Bucky?, deberías pensar en sentar la cabeza con una chica en la que puedas confiar. Si te marchas al extranjero, desearás que alguien te esté esperando en casa. Necesitarás una enamorada que te escriba.

Bucky no pudo resistirse.

—Carmen me escribirá, mamá. Ya les escribe a un par de tipos.

Bess se echó a llorar. Carmen era la guapa divorciada que había cogido a Bucky entre sus garras.

Arrepentido, Bucky rió y abrazó a su madre diciendo:

—Tú me estarás esperando en casa, ¿no, mamá? Y me escribirás. ¿Para qué necesito a otra?

Poco tiempo después, Bucky escandalizó a una habitación llena de parientes femeninas cuando oyó que su madre decía con llorosa voz de mártir: «Mi hijo se merece una virgen»; entonces se inclinó contra la jamba de la puerta y preguntó en voz alta, con cara inexpresiva:

—¿Qué es una virgen? ¿Cómo la reconocería si la viera? ¿Y tú, mamá? —y siguió su camino silbando. *Vaya con Bucky Glazer, ¿no es demasiado? El más listo de la familia.*

Pero, de alguna manera, ocurrió. Bucky accedió a conocer a Norma Jeane. Era más sencillo ceder ante Bess que soportar sus quejas o, peor aún, sus suspiros y miradas de víctima. Sabía que Norma Jeane era joven, pero no le habían dicho que tenía quince años, así que se llevó toda una impresión al verla de cerca. Su andar titubeante, como el de una sonámbula, cuando fue a su encuentro y cómo se detuvo de repente, paralizada por la timidez, diciendo su nombre entre tartamudeos. *Una cría. Pero, Dios, había que verla. ¡Qué silueta!* Aunque había planeado que más tarde se burlaría de su «cita» con los amigotes, ahora experimentó una atracción tan fuerte hacia la chica que sus pensamientos se adelantaron hasta el momento en que se jactaría de haber salido con ella. Se vio enseñando su foto. Mejor aún, presentándola. *Mi nueva novia, Norma Jeane. Es algo joven, pero madura para su edad.*

Bucky podía imaginar la expresión de sus amigos.

La llevó al cine. La llevó a bailar. La llevó de excursión, a pasear en canoa y a pescar. Le sorprendió comprobar que, a pesar de su apariencia, a la chica le gustaba la naturaleza. Entre los amigos de él, todos de su edad, permanecía callada, atenta y risueña, disfrutando con sus chistes y juegos, y estaba tan claro como el agua que Norma Jeane era la chica más guapa que cualquiera hubiera visto fuera de una película, con esa carita de corazón, ese hoyuelo, ese cabello rubio oscuro cayendo sobre sus hombros en una cascada de rizos y la elegancia con que lucía sus ceñidos jerséis, faldas y pantalones con pinzas, ahora que en los lugares públicos se permitía llevar pantalones a las mujeres.

Sexy como Rita Hayworth. Pero la clase de chica con la que uno querría casarse, igual que Jeanette MacDonald.

Eran tiempos en los que las cosas se precipitaban. Desde el horror de Pearl Harbor. Cada día era como un terremoto y, al despertar, uno se preguntaba qué pasaría a continuación. Titulares de periódico, boletines de radio. Pero también era emocionante.

Había que compadecer a los viejos de más de cuarenta, que ya habían perdido su oportunidad en las fuerzas armadas y no los llamaban para combatir de verdad. Para defender su país. Y si habían tenido su oportunidad —en la Primera Guerra Mundial, por ejemplo—, hacía tanto tiempo de ello que ya nadie se acordaba. Lo que ocurría en Europa y en el Pacífico era el *presente*.

Norma Jeane tenía una forma de inclinarse hacia él, casi temblando de expectación ante lo que iba a decir; rozándole la muñeca y alzando los soñadores y vidriosos ojos azules con la respiración entrecortada, como si hubiera corrido, para preguntarle qué creía que les depararía el futuro. ¿Estados Unidos ganaría la guerra y salvaría al mundo de las garras de Hitler y Tojo? ¿Cuánto duraría la guerra?, y ¿verían caer bombas en su país? ¿En California? En tal caso, ¿qué les sucedería? ¿Cuál sería su destino? Bucky no pudo por menos que sonreír; nadie que él conociera habría usado una palabra tan curiosa: *destino*. Pero ahí estaba esa chica que lo obligaba a pensar, y eso le gustaba. A veces se sorprendía a sí mismo hablando como alguien de la radio. Tranquilizaba a Norma Jeane diciéndole que no se preocupara: si los japoneses intentaban bombardear California o cualquier otra zona del «territorio de Estados Unidos», los liquidarían en el aire con armas antiaéreas. («Para tu información, en Lockheed estamos fabricando misiles secretos.») Si alguna vez trataban de desembarcar tropas, los hundirían antes de que llegaran a la costa. Y si conseguían pisar suelo estadounidense, todos los ciudadanos sanos lucharían contra ellos hasta la muerte. *Es imposible que triunfen aquí.*

Mantuvieron una extraña conversación. Norma Jeane hablaba de *La guerra de los mundos*, de H. G. Wells, que decía haber leído, y Bucky le explicó que no, que se trataba de un programa de radio conducido por Orson Welles unos años antes. Norma Jeane no discutió y dijo que

seguramente se había confundido. Bucky creyó adivinar el motivo de esa confusión:

—Supongo que no lo escuchaste, ¿no? Eras muy pequeña. En casa lo oímos. ¡Caray, fue increíble! Mi abuelo pensó que era verdad y casi le da un ataque al corazón y mi madre, ya sabes cómo es, a pesar de que Orson Welles no dejaba de decir que era un «informativo simulado», estaba aterrorizada, como todo el mundo, yo era un crío y pensé que podía ser real, pero en el fondo sabía que no, que no era más que un programa de radio. Pero, joder —Bucky sonrió al ver que Norma Jeane lo miraba con profundo interés, como si cada palabra que él pronunciaba fuera preciosa—, todos los que vivieron ese momento, el programa de esa noche, pensaron que podía ser real, aunque no lo fuera. Así que cuando los japoneses bombardearon Pearl Harbor unos años después, la cosa no fue muy distinta, ¿eh?

Había perdido el hilo de lo que decía. Pretendía hacer una observación y sabía que era una observación importante, pero con Norma Jeane tan cerca de él, oliendo a jabón o a polvos de talco o a lo que fuera, un aroma floral, le resultaba imposible concentrarse. No había nadie cerca, de modo que se inclinó rápidamente para besarla en los labios y de inmediato los ojos de ella se cerraron, igual que los de una muñeca, y un calor como una llama recorrió el cuerpo de él, desde el pecho a la entrepierna, y le puso una mano con los dedos extendidos detrás de la cabeza ladeada, levantando la cascada de rizos, y la besó con más fuerza, ahora también él con los ojos cerrados; se perdió en un sueño aspirando su fragancia, e igual que la mujer de un sueño, ella era suave, dócil, sumisa, así que la besó más fuerte aún, tratando de abrir con la lengua los labios firmemente cerrados, a sabiendas de que uno de esos días Norma Jeane abriría la boca y, ¡oh, Dios!, ojalá no se corriera en los pantalones.

Amor a primera vista. Bucky Glazer empezaba a creérselo.

Ya les contaba a los muchachos de Lockheed que la había visto por primera vez en el escenario de un cine. Ella había ganado un premio y ay, tíos, ay, *ella misma era un premio* mientras subía hacia las candilejas y el público aplaudía, enloquecido.

—Todo hombre merece casarse con una virgen. Es una cuestión de respeto hacia sí mismo.

Pensaba mucho en Norma Jeane. Los habían presentado en mayo y su cumpleaños era el primero de junio; entonces cumpliría los dieciséis. Las chicas podían casarse a los dieciséis, en la familia Glazer había varios ejemplos. «No debes precipitarte, Bucky», había advertido su madre, pero él se percató de que era una de las tácticas de Bess: decirle lo que *no* debía hacer, a sabiendas de que eso sería precisamente lo que *desearía* hacer. Sin embargo, nunca había pensado en una chica como pensaba en Norma Jeane. Incluso cuando estaba con Carmen. Especialmente cuando estaba con Carmen, porque entonces hacía comparaciones. *Afróntalo, es una puta. No puedes fiarte de ella.* Pensaba en Norma Jeane durante las tardes en la funeraria, mientras ayudaba al señor Eeley, el embalsamador, a preparar los cadáveres para el velatorio. Si el cadáver era de mujer y medianamente joven, lo embargaba una desazón nueva para él y meditaba sobre la brevedad de la vida y la mortalidad; «Polvo eres y polvo serás», decía la Biblia. Todas las semanas la revista *Life* publicaba fotografías de heridos y muertos, soldados semienterrados en arena en alguna isla del Pacífico dejada de la mano de Dios de la cual nadie había oído hablar con anterioridad, montañas de cadáveres de chinos muertos durante los bombardeos de los japoneses. Todos los muertos estaban desnudos. *¿Qué aspecto tendría Norma Jeane desnuda?* A punto de desmayarse, tuvo que doblar el torso para poner la cabeza entre las rodillas, y el señor Eeley, un gracioso solterón con cejas tan gruesas como las de Groucho Marx, se burló de su «flaqueza». Durante sus turnos de noche en Lockheed, en medio de un barullo ensordecedor, recordaba a Norma Jeane, preguntándose si habría salido esa noche a pesar de que le había prometido que se quedaría en casa pensando en él. En la línea de montaje trabajaban hombres poco mayores que él, hombres impacientes por volver a casa con su mujer y meterse en la cama a las seis de la mañana. Las cosas que decían restregándose las manos. Sonriendo y poniendo los ojos en blanco. Algunos enseñaban fotos de sus jóvenes y guapas esposas o novias. Uno de ellos hizo circular una foto de su esposa en una pose al estilo de Betty Grable, dando la espalda a

la cámara y mirando por encima del hombro, aunque no vestía un bañador, como Betty Grable, sino unas bragas de encaje y tacones altos. Señor. A Bucky prácticamente le rechinaron los dientes. La mujer no estaba ni la mitad de sugerente de lo que lo estaría Norma Jeane en esa misma pose. *Esperad a ver a mi chica.*

¿Se estaba enamorando? ¡Maldición! Puede que sí. Quizá ya fuera hora. No permitiría que se la llevara otro.

En opinión de Bucky Glazer había dos clases de mujeres: las «duras» y las «tiernas». Y él sabía que tenía debilidad por las segundas. Ahí estaba esa dulce niña, mirándolo con los ojos muy abiertos y confiados, asintiendo a prácticamente todo lo que él decía; claro que él sabía mucho más que ella, de modo que era lógico que asintiera, y por eso la admiraba; no le gustaban las mujeres agresivas que creían que exasperar a los hombres era la mejor manera de seducirlos, como Katharine Hepburn en las películas. Puede que esas maniobras excitaran también a Bucky, pero la sumisa y complaciente Norma Jeane lo excitaba de una manera diferente, de modo que comenzó a murmurar su nombre en sueños, a fantasear con que la abrazaba cuando abrazaba las mantas, a besarla y acariciarla con la imaginación. *No te haré daño, te lo prometo. Estoy loco por ti.* Despertaba en plena noche, loco de deseo, en la cama donde había dormido desde Dios sabía cuándo, desde los doce años, una cama que se le había quedado pequeña tiempo atrás, pues ahora sus tobillos y sus pies del cuarenta y seis rebasaban el borde del colchón. *Es hora de que compres tu propia cama. Una cama de matrimonio.*

Así que esa noche tomó la decisión. Tres semanas después de que los presentaran. En fin, en los tiempos que corrían todo sucedía más deprisa. Un tío de Bucky había sido dado por desaparecido en Corregidor. Su mejor amigo del equipo de lucha libre de Mission Hills era piloto de la armada y ya volaba en solitario, bombardeando puntos del sureste asiático. Norma Jeane lloró, dijo que sí, que se casaría con él, que aceptaba el anillo de pedida, que lo amaba; como si eso no fuera suficiente, acto seguido hizo la cosa más extraña que una chica hubiera hecho jamás, tanto en las películas como en la vida real: cogió las grandes y ajadas manos de él entre las suyas,

pequeñas y suaves, y sin importarle que olieran al líquido de embalsamar (por mucho que las restregara, Bucky no conseguía eliminarlo), una mezcla de formaldehído, glicerina, bórax y fenol, se las llevó a la cara e inspiró, como si aquel hedor fuera un bálsamo para ella o le recordara un aroma entrañable, con los ojos cerrados, expresión soñadora y una voz que era apenas un murmullo:

—¡Te quiero! Ahora mi vida es perfecta.

Gracias, Dios. Gracias, oh, Dios. Prometo que nunca volveré a dudar de ti mientras viva. Nunca desearé castigarme por sentirme no deseada ni querida.

Por fin concluyó la solemne ceremonia en la Primera Iglesia de Cristo de Mission Hills, California. Las mujeres no eran las únicas que habían llorado; muchos hombres se enjugaban los ojos. El alto novio, con las mejillas encendidas, se inclinó para besar a la novia, tímida y ansiosa como un niño en la mañana de Navidad. Estrechó sus costillas con tanta fuerza que el vestido de raso se abultó sobre la parte inferior de la espalda y el velo cayó con poca elegancia hacia atrás, descubriendo la cabeza.

Besó en la boca a la novia, ya la señora de Buchanan Glazer, y ella abrió sus temblorosos labios. Aunque sólo un poco.

La joven esposa

1

—La mujer de Bucky Glazer no trabajará nunca. De ninguna manera.

2

Quería ser perfecta. Él no se merecía menos.

En el apartamento de la planta baja 5A de Verdugo Gardens, sito en el 2881 de La Vista Street, Mission Hills, California.

En los fascinantes primeros meses de casados.

¡Nada tan hermoso como el primer matrimonio! Aunque en su momento una no lo sabe.

Érase una vez una joven esposa. Una joven ama de casa que robaba tiempo a sus tareas para escribir un diario secreto. *La señora de Bucky Glazer. La señora de Buchanan Glazer. La señora Norma Jeane Glazer.*

El apellido «Baker» ya no figuraba. Pronto ni siquiera lo recordaría.

Bucky sólo le llevaba seis años, pero desde el primer abrazo ella lo llamaba «papá». A veces era el gran papá, orgulloso poseedor de la cosa grande. Ella era la nena, a veces la muñeca, orgullosa poseedora de la cosita.

Había llegado virgen al matrimonio, naturalmente. Bucky también estaba orgulloso de ello.

Eran el uno para el otro.

—Es como si nosotros hubiéramos inventado el amor, pequeña.

Qué curioso pensar que a los dieciséis años Norma Jeane había triunfado allí donde Gladys había fracasado. Había hallado un marido bueno, afectuoso; se había casado, era una *señora*. Norma Jeane sabía que ésa había sido la causa de la enfermedad de Gladys: la ausencia de un marido, el hecho de que nadie la quisiera de la única manera que de verdad contaba.

Cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que quizá Gladys no se hubiera casado nunca. De que «Baker» y «Mortensen» eran personajes inventados para evitar el ridículo.

Hasta había engañado a la abuela Della. Probablemente.

También era curioso que recordara la mañana en que Gladys la había llevado a Wilshire Boulevard para presenciar el funeral de un gran productor de Hollywood. Ella esperando con el corazón en un puño el momento en que papá fuera a buscarla. Pero pasarían años.

—¿Me quieres, papá?

—Estoy loco por ti, pequeña. No hay más que verme.

Norma Jeane había enviado una invitación a Gladys para su boda. Asustada, emocionada, ansiosa por ver a la mujer que era «madre». Y al mismo tiempo, aterrorizada ante la posibilidad de que madre se presentara.

¿Quién diablos es esa loca? ¡Mira! Todos clavarían sus ojos en ella.

Naturalmente, Gladys no asistió a la boda de Norma Jeane. Tampoco envió una felicitación ni una nota con buenos deseos.

—Me da igual. ¿Por qué iba a importarme?

Como le dijo a Elsie Pirig, le bastaba con una suegra. No necesitaba una madre. La señora Glazer. Bess Glazer. Le había pedido a Norma Jeane que la llamara «mamá» antes incluso de que terminara la ceremonia, pero la palabra se atoraba en la garganta de Norma Jeane.

A veces se atrevía a llamarla «mamá Glazer» con una voz tímida y trémula, prácticamente inaudible. Qué mujer más amable; una verdadera

cristiana. Pero nadie podía culparla por someter a su nueva nuera a un meticuloso escrutinio. *Por favor, no me odie por haberme casado con su hijo. Por favor, ayúdeme a ser una buena esposa.*

Ella triunfaría allí donde Gladys había fracasado. Se lo prometió a sí misma.

Le encantaba cuando Bucky le hacía el amor con vehemencia, llamándola su amada, su cielo, su pequeña, su muñeca, gimiendo, temblando y relinchando como un caballo —«¡Eres mi caballito, pequeña! ¡Arre!»— mientras los muelles de la cama chillaban como ratones moribundos. Y más tarde, Bucky entre sus brazos, respirando agitadamente, con el cuerpo cubierto del profuso y aceitoso sudor que a ella le encantaba oler; Bucky, que caía sobre ella como una avalancha, clavándola a la cama. *Un hombre me ama. Soy la mujer de un hombre. No volveré a estar sola.*

Ya había olvidado los temores de la vida de soltera. Qué niña tan tonta había sido.

Ahora las mujeres solteras, las que no estaban siquiera prometidas, la envidiaban. Se les veía en los ojos. ¡Qué emoción! Anillos mágicos en el anular de la mano izquierda. Decían que eran «reliquias» de la familia Glazer. La alianza era de oro mate, desvaído por el tiempo. *Procedía del dedo de una muerta.* El anillo de compromiso tenía un diminuto diamante. Pero eran anillos mágicos que atraían la atención de Norma Jeane en los espejos y otras superficies reflectantes, cuando los veía como debían de verlos los demás. *¡Anillos! Una mujer casada. Una joven amada.*

Era la bonita y dulce Janet Gaynor en *La feria de la vida*, *Una chica de provincias*, *Un plato a la americana*. Era una joven June Haver, una joven Greer Garson. Hermana de Deanna Durbin y de Shirley Temple. De la mañana a la noche perdió interés por las actrices despampanantes, como la Crawford, la Dietrich o la Harlow, con su falso pelo rubio, ostensiblemente decolorado. Porque su encanto no era más que una farsa. La farsa de Hollywood. ¡Y Mae West! ¡Qué ridícula! Un remedo de mujer.

Como es lógico, esas mujeres hacían lo que podían para venderse. Eran lo que los hombres deseaban. La mayoría de los hombres. No se

diferenciaban mucho de una prostituta. Pero su precio era más alto, pues tenían una «carrera».

¡Yo nunca tendré que venderme! No, mientras me amen.

En el tranvía de Mission Hills, Norma Jeane observaba con emoción y placer cómo los ojos de desconocidos, tanto mujeres como hombres, se posaban en su mano, en sus anillos. La identificaban en el acto como una *mujer casada*, y *¡tan joven!* Jamás se quitaría esos anillos, esas reliquias de familia.

Sabía que si lo hacía, moriría.

—Como si entrara en el cielo. Y aún no estoy muerta.

Sin embargo, después de la boda, Norma Jeane empezó a tener una pesadilla nueva: un ser sin rostro (¿hombre?, ¿mujer?) se inclinaba sobre ella mientras estaba en la cama, paralizada, incapaz de escapar; esa persona quería sus anillos, y como Norma Jeane se negaba a dárselos, le atenazaba la mano y comenzaba a cortarle el dedo con un cuchillo tan real que ella no podía creer que no sangrara, se despertaba revolviéndose y gimiendo, y si Bucky estaba a su lado, si esa noche no trabajaba, la abrazaba, la acunaba en sus fuertes brazos y la tranquilizaba con voz soñolienta:

—Vamos, muñeca. Sólo ha sido una pesadilla. Papá te protegerá de cualquier daño. ¿Vale?

Pero no siempre la convencía de inmediato. A veces Norma Jeane estaba tan asustada que era incapaz de conciliar el sueño durante el resto de la noche.

Bucky trataba de ser comprensivo, y le halagaba la desesperada necesidad de él que demostraba su joven esposa, pero al mismo tiempo se inquietaba. Él también había sido un niño durante demasiado tiempo. ¡Sólo tenía veintiún años! Y empezaba a descubrir que Norma Jeane era imprevisible. Cuando eran novios, ella era una joven constantemente risueña, mientras que ahora, durante estas noches agitadas, empezaba a vislumbrar otra faceta de su personalidad. Igual que sus «dolores», como describía ella con cara avergonzada el período menstrual, habían supuesto una alarmante revelación para Bucky, otrora protegido de esos secretos

femeninos por su propio bien; ahí estaba Norma Jeane, que además de sangrar (como un cerdo empalado, no podía por menos que pensar él) por la vagina, el lugar clave para el «amor», no servía prácticamente para nada durante dos o tres días, tendida con una bolsa de agua caliente sobre la barriga y una compresa fría en la frente (también tenía «migraña»), pero lo peor era que se negaba a tomar medicamentos, ni siquiera aceptaba las aspirinas que le ofrecía Bess, de modo que él se enfadaba ante «esas patrañas de la Ciencia Cristiana, que nadie se toma en serio». Pero no quería discutir con ella, porque hacerlo sólo hubiera servido para empeorar las cosas. Así que trataba de ser comprensivo, se esforzaba de verdad, era un hombre casado y (tal como decía con resignación su hermano mayor, también casado) más le valía acostumbrarse a esas cosas, incluso al olor. Pero ¡las pesadillas! Bucky estaba agotado y necesitaba dormir —si nadie lo molestaba, era capaz de hacerlo durante diez horas seguidas—, y Norma Jeane lo despertaba, le daba un susto de muerte cada vez que chillaba en plena noche, presa del pánico, con el camisón empapado en sudor. Bucky no estaba acostumbrado a dormir con otros. Al menos, no una noche entera. Ni una tras otra. Con alguien tan imprevisible como Norma Jeane. Daba la impresión de que era dos personas a la vez, como un par de gemelas, y la gemela nocturna se imponía de tanto en tanto, por muy dulce que fuera la gemela diurna y por muy loco que él estuviera por ella. Él la abrazaba y sentía los latidos desbocados de su corazón. Como si estrechara en sus brazos un pajarillo asustado, un colibrí. Sin embargo, con qué fuerza lo abrazaba, Señor. Una chica asustada es casi tan fuerte como cualquier hombre. Antes de despertar del todo, Bucky pensaba que había regresado misteriosamente al instituto y que estaba sobre la colchoneta del gimnasio, luchando con un contrincante empeñado en romperle las costillas.

—Nunca me dejarás, ¿verdad, papá? —suplicaba Norma Jeane.

—No —respondía Bucky, adormilado.

—Prométeme que no me dejarás, papá —decía ella.

—Claro, te lo prometo, pequeña —respondía él. Pero Norma Jeane seguía insistiendo y Bucky decía—: ¿Por qué iba a dejarte, muñeca? ¿No acabo de casarme contigo?

Había algo equivocado en esa respuesta, pero ninguno de los dos habría podido definirlo. Norma Jeane se arrimaba más a Bucky, apretando su cara caliente y bañada en lágrimas contra el cuello de él, oliendo a cabello húmedo, polvos de talco y algo que él suponía un primitivo terror animal, murmurando:

—¿De verdad me lo prometes, papá? —Bucky respondió que sí, que lo prometía, pero ¿podían volver a dormir? De repente Norma Jeane rió y dijo —: Júralo y que te caigas muerto si no cumples.

Con el dedo índice dibujó una cruz sobre el corazón saltarín de Bucky, haciéndole cosquillas en el pecho, y súbitamente él se excitó, la cosa grande se excitó, y cogió los dedos de Norma Jeane, fingiendo comérselos, mientras la joven pataleaba, reía y se removía gritando:

—¡No, papá, *no!*

Bucky la inmovilizó sobre la cama, trepó sobre su delgado cuerpo, le restregó la nariz contra los pechos, mordiendo esos pechos que lo volvían loco, dándoles lengüetazos, gruñendo:

—Sí, papá, sí. Papá hará lo que quiera con su pequeña muñeca, porque la muñeca le pertenece. Y esto también y esto... y esto.

Cuando lo tenía dentro de mí, yo estaba segura. Deseaba que nunca terminara.

3

Quería ser perfecta. Él no se merecía menos.

Preparaba la comida de Bucky. Grandes emparedados dobles, los favoritos de Bucky. Salchicha ahumada, queso y mostaza entre gruesas rebanadas de pan. Jamón con salsa picante. Restos de carne con ketchup. Una naranja de Valencia, las más dulces. De postre, gelatina de cerezas o pastel de jengibre con salsa de manzana. Dado que el racionamiento era cada vez más riguroso, Norma Jeane guardaba su ración de carne de la cena para los almuerzos de Bucky. Él no parecía advertirlo, pero ella sabía que se

lo agradecía. Bucky era un chico grande, todavía en etapa de crecimiento, con «un apetito de caballo», según bromeaba Norma Jeane, «de caballo hambriento». El rito de levantarse temprano para preparar el almuerzo de Bucky la llenaba de emoción, le hacía saltar las lágrimas. Dentro de la fiambarrera metía notas de amor adornadas con cenefas de corazones.

Cuando leas esto, mi querido Bucky, yo estaré pensando en TI y en LO MUCHO QUE TE QUIERO.

Y:

Cuando leas esto, papá, ¡piensa en tu muñequita y en el AMOR ardiente que te dará cuando llegues a CASA!

Bucky no podía resistir la tentación de enseñar estas notas a sus compañeros de trabajo en Lockheed. Pretendía impresionar, en especial, a un guaperas fanfarrón, Bob Mitchum, un aspirante a actor unos años mayor que él. Pero Bucky dudaba antes de mostrar los extraños poemas de Norma Jeane:

Cuando nuestros corazones se derriten de amor
ni siquiera los ángeles del cielo
pueden evitar sentir celos.

¿Era poesía si no rimaba? ¿Si no rimaba *bien*? Bucky doblaba los poemas y se los reservaba para sí. (De hecho, a menudo los perdía o hería los sentimientos de Norma Jeane porque olvidaba mencionarlos.) Bucky desconfiaba de esa fantasiosa faceta de colegiala de Norma Jeane. ¿Por qué no se conformaba con ser bonita y sencilla, como otras chicas guapas? ¿Por qué pretendía ser también «profunda»? Él sospechaba que eso tenía alguna relación con las pesadillas y los «problemas femeninos». La amaba porque era especial, pero en parte ese rasgo suyo lo inquietaba. Como si Norma

Jeane sólo fingiera ser la chica que él conocía. Esa costumbre de alzar la voz inesperadamente; esa risa chillona, fastidiosa, y ese rasgo que podía definirse como curiosidad morbosa cuando lo interrogaba, por ejemplo, sobre su trabajo como ayudante del señor Eeley en la funeraria.

Pero a los Glazer les caía bien Norma Jeane, y eso significaba mucho para Bucky. En cierto modo, se había casado con ella para complacer a su madre. Bueno, no: él bebía los vientos por la chica. ¡De verdad! Con la forma en que los demás hombres se volvían para mirarla en la calle, habría estado loco si no la hubiera querido. Y qué buena *esposa* fue durante el primer año y más. La luna de miel parecía no tener fin. Norma Jeane escribía a mano en fichas el menú de la semana entrante y pedía la aprobación de Bucky. Copiaba las recetas que le recomendaba Bess y recortaba otras nuevas de *Ladies' Home Journal*, *Good Housekeeping*, *Family Circle* y las demás revistas femeninas que le pasaba la señora Glazer. Incluso cuando tenía jaqueca, tras una jornada entera haciendo la colada y otras tareas domésticas, Norma Jeane contemplaba con adoración a su joven y apuesto esposo mientras él se zampaba vorazmente la comida que ella le había preparado. *Una no necesita tanto a Dios si tiene un marido*. Eran como plegarias: pastel de carne con grandes rodajas de cebolla roja cruda, pimientos verdes picados y migas de pan con una gruesa capa de ketchup encima que se volvía crujiente en el horno. Guiso de carne (aunque a la sazón la carne era pura grasa y cartílago) con patatas y otras verduras (debía tener cuidado con las verduras porque a Bucky no le gustaban) y salsa espesa («enriquecida» con harina) sobre las galletas de pan de maíz de mamá Glazer. Pollo rebozado frito con puré de patatas. Salchichas en panecillos, chorreando mostaza. Desde luego, a Bucky le encantaban las hamburguesas solas y con queso que Norma Jeane le servía, cuando conseguía carne, con una montaña de patatas fritas y un montón de ketchup. (Mamá Glazer se lo había advertido: si no ponía suficiente ketchup en la comida de Bucky, corría el riesgo de que él se impacientara, cogiera la botella, le diera un golpe en la base y vertiera la mitad del contenido en el plato.)

Los guisos no eran santo de la devoción de Bucky, pero si tenía hambre —y siempre la tenía—, los engullía con casi el mismo apetito con que daba cuenta de sus platos preferidos: atún, macarrones con queso, salmón triturado con maíz de lata sobre una tostada, porciones de pollo en salsa de nata con patatas, cebollas y zanahorias. Budín de maíz, de tapioca, de chocolate. Gelatina con caramelos de malvavisco. Pasteles, galletas, tartas. Helado. ¡Si no fuera por la guerra, por el racionamiento! La carne, la mantequilla y el azúcar comenzaban a escasear. Bucky sabía que no era responsabilidad de Norma Jeane, pero de un modo infantil parecía culparla: los hombres culpan a las mujeres por las comidas insatisfactorias, así como por las relaciones sexuales insatisfactorias; así es la vida y Norma Jeane Glazer, pese a llevar menos de un año casada, lo intuía. Pero cuando a Bucky le gustaba la comida rebosaba entusiasmo y a ella le encantaba verlo comer, igual que mucho tiempo antes (o lo parecía: de hecho, habían pasado pocos meses) la fascinaba mirar a su profesor de instituto, el señor Haring, leyendo sus poemas en voz alta o incluso en silencio. Bucky, sentado a la mesa de la cocina con la cabeza levemente inclinada hacia el plato, masticando con un ligero brillo en su huesudo rostro. Si acababa de llegar del trabajo, se habría lavado la cara, los antebrazos y las manos y peinado el cabello húmedo para despejar la frente. Se habría quitado la ropa sudada y llevaría una camiseta limpia y pantalones holgados con cinturilla elástica, o a veces simplemente calzoncillos. Qué exótica se le antojaba a ella su virilidad. Su cabeza, que según le diera la luz parecía modelada en arcilla, su mentón cuadrado, sus poderosas mandíbulas, su boca infantil y sus claros ojos castaños, más hermosos, pensó la enamorada Norma Jeane, que los ojos de cualquier hombre al que hubiera visto de cerca, fuera de las películas. Sin embargo, un día Bucky Glazer diría de ella, su primera mujer: «La pobre Norma Jeane se esforzaba, pero era incapaz de cocinar; hacía unos guisos llenos de grumos de queso y zanahoria, flotando en ketchup y mostaza». Diría con franqueza: «No nos queríamos; éramos demasiado jóvenes para estar casados. Sobre todo ella».

Él repetía de todo. Cuando le servía sus platos favoritos, tomaba tres raciones.

—Está delicioso, cariño. Te has superado otra vez.

La alzaba con unos brazos musculosos como los de Popeye sin darle tiempo a dejar los platos en remojo en el fregadero y ella chillaba con anticipado terror, como si durante una fracción de segundo olvidara quién era el muchacho lascivo de cien kilos que gritaba: «¡Te pillé!». La llevaba a la habitación con pasos tan pesados que hacían temblar el suelo de madera—los vecinos lo notarían; con toda seguridad, en el apartamento de al lado, Harriet y sus compañeros de piso sabrían qué hacían los recién casados—, y ella se agarraba con fuerza de su cuello como si estuviera ahogándose, de modo que la respiración de Bucky salía agitada y audible como la de un caballo. Él reía, Norma Jeane estaba a punto de estrangularlo con una llave digna de un campeón de lucha libre y pataleaba y se revolvía mientras él, con un grito triunfal, le inmovilizaba los hombros contra la cama, le abría el vestido o le levantaba el jersey, le acariciaba con la nariz los bonitos pechos desnudos, unos pechos suaves y firmes con pezones marrón-rosáceos como gominolas, el redondeado vientre cubierto de una fina pelusilla rubia y siempre caliente, los pelillos cobrizos, rizados, húmedos y suaves al final de su vientre, una mata sorprendentemente poblada para una chica de su edad.

—Ah, muñeca, aaaaahhhh.

Por lo general, Bucky estaba tan excitado que se corría sobre los muslos de Norma Jeane; un buen método anticonceptivo, asimismo, para cuando no alcanzaba a ponerse el condón a tiempo, pues incluso en los momentos de mayor frenesí Bucky Glazer era perfectamente consciente de que no quería hijos. Pero, igual que un semental, volvía a tener una erección pocos minutos después, cuando la sangre afluía a su cosa grande como si alguien hubiera abierto el grifo del agua caliente. Enseñó a hacer el amor a su esposa adolescente, que era una sumisa y aplicada alumna, y a veces, Bucky debía reconocerlo, su pasión le asustaba un poco; sólo un poco, *porque esperaba tanto de mí, del amor*. Se besaban, se abrazaban, se hacían cosquillas, se metían mutuamente la lengua en la oreja. Atenazándose, agarrándose con fuerza el uno al otro. Si Norma Jeane intentaba escapar reptando por la cama, Bucky se arrojaba sobre ella y la inmovilizaba. «¡Te pillé otra vez!» La lanzaba nuevamente sobre las sábanas arrugadas,

gritando, riendo, jadeando y gimiendo, y Norma Jeane también gemía y lloraba, sí, al diablo con los entrometidos vecinos de al lado, o de arriba, o con cualquiera que pasara junto a la ventana con mosquitera y la persiana que habían olvidado bajar. Estaban casados, ¿no? Por la Iglesia. Se querían, ¿verdad? Tenían todo el derecho de hacer el amor siempre que les apeteciera, ¿no? ¡Todo el derecho!

Era una chica dulce, pero tan sentimental. Pedía amor continuamente. Era inmadura e inestable y supongo que yo también; éramos demasiado jóvenes. Si hubiera sido mejor cocinera y un poco menos sensible, quizá la relación habría funcionado.

4

A mi marido

Mi amor por ti es profundo,
más profundo que el mar.
Sin ti, cariño mío,
mi corazón dejaría de palpar.

En el invierno de 1942-1943, ante las malas noticias sobre el curso de la guerra en Europa y el Pacífico, Bucky Glazer empezó a inquietarse y a hablar de alistarse en la armada, los marines o la marina mercante.

—Dios quiso que Estados Unidos fuera el número uno por alguna razón. Tenemos que asumir esa responsabilidad.

Norma Jeane lo miró con una sonrisa alegre y pasmada.

La junta de reclutamiento pronto llamaría a filas a los hombres casados que no tuvieran hijos. Lo lógico era alistarse antes de que te reclutaran, ¿no? Bucky trabajaba cuarenta horas semanales en Lockheed, además de una o dos mañanas ayudando al señor Eeley en la funeraria McDougal. («Pero es curioso: ya no muere tanta gente. Muchos hombres se han ido a la

guerra y los viejos quieren seguir vivos para ver cómo acaba todo. Además, con la escasez de gasolina, nadie conduce a suficiente velocidad como para sufrir un accidente.») Su experiencia como embalsamador le resultaría útil en las fuerzas armadas. Igual que los conocimientos de fútbol, lucha libre y atletismo adquiridos en el instituto: Bucky Glazer había sido un deportista de primera y podría ayudar a entrenar a los reclutas. También tenía talento para las matemáticas —al menos las que enseñaban en el Instituto de Mission Hills—, la reparación de radios y la lectura de mapas. Todas las noches escuchaba las noticias de la guerra y leía con atención el *L. A. Times*. Llevaba a Norma Jeane al cine todas las semanas, sobre todo para ver *The March of Time*. En las paredes del apartamento había colgado mapas de Europa y el Pacífico y clavaba chinchetas de colores en las zonas donde combatían sus familiares o amigos. Nunca hablaba de la posibilidad de que alguno de ellos muriera, desapareciera o fuera tomado prisionero, pero Norma Jeane intuía que pensaba en ello a menudo.

En la Navidad de 1942, un primo que estaba en el ejército le envió un cráneo de «recuerdo» desde Kiska, una de las islas Aleutianas. ¡Qué sorpresa! Bucky desenvolvió el paquete, levantó el cráneo con las dos manos como si fuera una pelota de baloncesto, emitió un largo silbido y llamó a Norma Jeane, que estaba en la habitación contigua, para que fuera a verlo. La joven entró rápidamente en la cocina y estuvo a punto de desmayarse. ¿Qué era ese objeto tan horrible? ¿Una cabeza? ¿Una cabeza humana? ¿Una *cabeza humana* sin pelo ni piel?

—No pasa nada. Es el cráneo de un japonés —dijo Bucky.

Su cara se cubrió de un rubor infantil. Metió los dedos en las inmensas cuencas de los ojos. El agujero de la nariz también parecía anormalmente grande e irregular. Tres o cuatro dientes descoloridos seguían unidos a la mandíbula superior, pero no había rastros de la inferior. Lleno de emoción y envidia, Bucky repitió varias veces:

—¡Vaya! Trev me ha ganado la carrera final.

Norma Jeane volvió a esbozar su sonrisa alegre y pasmada, como quien no ha pillado un chiste o no quiere demostrar que lo ha pillado, igual que cuando los Pirig y sus amigos le contaban chistes asquerosos para hacer que

se ruborizara y ella no les daba ese gusto. Pero era obvio que su marido estaba contento y no tenía intención de hacerle cambiar de humor.

El «viejo Hirohito» acabó expuesto en el comedor, sobre la radio RCA Victor. Bucky estaba tan orgulloso como si él mismo hubiera capturado al japonés en las islas Aleutianas.

5

Quería ser perfecta. Él no se merecía menos.

¡Era tan exigente! Y se fijaba en todo.

Todas las mañanas, Norma Jeane limpiaba escrupulosamente el apartamento de Verdugo Gardens: tres habitaciones pequeñas y un cuarto de baño apenas lo bastante grande para acomodar una bañera, una pila y un inodoro. Unas estancias confiadas a sus cuidados que ella limpiaba con la concentración y el fervor de un mendicante. Sin ver ironía alguna en las palabras «la mujer de Bucky Glazer no trabajará nunca. De ninguna manera». Comprendía que el trabajo de la mujer en la casa no es trabajo, sino un deber y un privilegio sagrados. «La casa» justificaba cualquier derroche de energía o esfuerzo. Era una convicción frecuentemente voceada por los Glazer, y de una misteriosa forma emparentada con su devoción cristiana, que ninguna mujer, en particular ninguna mujer casada, debía trabajar fuera del «hogar». Incluso durante la Depresión, cuando parte de la familia había vivido en una caravana y una tienda de campaña en el valle de San Fernando (Bucky, turbado y avergonzado, no entraba en detalles y Norma Jeane no deseaba incomodarlo con preguntas), incluso entonces sólo habían «trabajado» los miembros masculinos de la familia, incluidos los niños y sin duda el propio Bucky, que a la sazón no contaba más de diez años.

Era una cuestión de orgullo, de orgullo masculino, el hecho de que las mujeres Glazer no trabajaran fuera del «hogar».

—Pero ahora hay una guerra —observó Norma Jeane con inocencia—. ¿No es diferente?

Su pregunta flotó en el aire, sin respuesta.

Mi mujer, jamás. ¡De ninguna manera!

¡Ser objeto del deseo masculino equivale a saber que *existo!* La expresión de los ojos. La erección. Aunque no valgas nada, te desean.

Aunque tu madre no te quisiera, te desean.

Aunque tu padre no te quisiera, te desean.

La verdad fundamental de mi vida, ya fuera una verdad o un remedo de verdad: cuando un hombre te desea, estás a salvo.

Con mayor nitidez que la apasionada presencia de su marido en el apartamento, Norma Jeane recordaría algún día las largas y agradables horas comprendidas entre la mañana y la primera hora de la tarde pasadas en aquel lugar oscuro, casi secreto, nunca tranquilo (pues Verdugo Gardens era un edificio tan bullicioso como un cuartel; niños gritando en el jardín, bebés llorando, radios con el volumen más alto que la de Norma Jeane): los rítmicos, repetitivos, hipnóticos placeres de las tareas domésticas. Con qué rapidez el cerebro animal se acostumbra a la herramienta de turno: el cepillo para alfombras, la escoba, la fregona, el estropajo. (La joven pareja Glazer todavía no podía permitirse una aspiradora eléctrica. Pero pronto la tendrían, ¡Bucky lo había prometido!) En el salón había una alfombra rectangular de metro ochenta por dos y medio, color azul chillón, un resto de serie comprado por ocho dólares con noventa y ocho centavos que Norma Jeane repasaba una y otra vez con el cepillo, en estado de trance. Una simple pelusa suponía una aventura: una imperfección que primero estaba allí y segundos después ¡desaparecía! Norma Jeane sonrió. Quizá recordara a Gladys cuando estaba de mejor humor, de un humor casi afable, realizando alguna tarea (nunca doméstica), drogada pero algo más que drogada, porque ahora Norma Jeane entendía que el cerebro de su madre generaba un singular y conveniente proceso de reacciones químicas. Estar tan completamente absorta en el momento presente. Fundirse con la acción que tienes entre manos. *Sea lo que fuere: este milagro ante mí*, empujando el pesado cepillo por la alfombra de adelante atrás, de atrás adelante. Después en el dormitorio, sobre la alfombra aún más pequeña y ovalada. Cantando al son de la música de la radio, de una popular emisora de Los

Ángeles. En voz baja, titubeante, desafinada, alegre. Recordó las clases de Jess Flynn y sonrió al pensar en los ambiciosos planes de Gladys para ella: ¡Norma Jeane, cantante! Tenía gracia, igual que las lecciones de piano de Clive Pearce. El pobre hombre dando respingos y forzando una sonrisa mientras la niña tocaba, o intentaba tocar. Experimentó una oleada de vergüenza al evocar su fallida tentativa en la audición para interpretar un papel en una obra de teatro en el instituto: ¿cuál era? Sí. *Nuestra ciudad*. Era más difícil sonreír ante aquel recuerdo. El ridículo, la voz autoritaria y segura del profesor: «Dudo que Thornton Wilder compartiera esa opinión». ¡Tenía razón, desde luego! Ahora adoraba el cepillo para limpiar la alfombra, regalo de boda de una de las tías de Bucky. Los Glazer le habían hecho otro obsequio útil: una fregona con palo de madera y un cubo de plástico verde con escurridor. Estas herramientas la ayudarían en su objetivo de convertirse en una mujer perfecta. Fregó y enceró el estropeado suelo de linóleo de la cocina y fregó y enceró el desvaído suelo de linóleo del cuarto de baño. Con los estropajos Dutch Boy restregó con habilidad y fanatismo las pilas, las encimeras, la bañera y el inodoro. Algunos de estos enseres nunca quedarían limpios, ni siquiera mínimamente limpios. Los inquilinos anteriores, ante quienes ya no podrían reclamar, los habían dejado irremediablemente manchados. Cambió con rapidez las sábanas, «ventilando» el colchón y las almohadas. Todas las semanas llevaba la ropa sucia a una lavandería automática cercana. Volvía con la colada húmeda y la tendía en el balcón del apartamento. Le encantaba planchar y coser. Bucky era «un desastre con la ropa», tal como Bess Glazer había advertido con seriedad a su nuera, y Norma Jeane estaba dispuesta a afrontar este desafío con entereza y optimismo inagotables, remendando calcetines, camisas, pantalones, calzoncillos. En el instituto había aprendido a tejer para el Fondo Británico de Ayuda a los Damnificados por la Guerra y ahora, cuando tenía tiempo, tejía una sorpresa para su marido: un jersey verde siguiendo un patrón que le había pasado la señora Glazer. (Nunca lo terminaría, ya que, siempre insatisfecha con los resultados, destejía una y otra vez las vueltas que había tejido.)

Mientras Bucky estaba fuera de casa, Norma Jeane cubría con un pañuelo el cráneo del japonés expuesto sobre la radio. Poco antes de que él regresara a casa, retiraba el pañuelo.

—¿Qué hay aquí abajo? —preguntó cierta vez Harriet, y antes de que Norma Jeane pudiera detenerla, levantó el pañuelo y frunció su chata nariz. De inmediato dejó caer el pañuelo en su sitio—. Dios mío. Uno de éstos.

Norma Jeane quitaba amorosamente el polvo de las fotografías enmarcadas que decoraban el salón. Casi todas eran de su boda, brillantes y coloridas fotos en marcos de bronce. Hacía menos de un año que Bucky y ella se habían casado, pero ya habían acumulado muchos recuerdos felices. ¿Sería una buena señal para el futuro? A Norma Jeane le fascinaban las numerosas fotografías familiares que había en casa de los Glazer, expuestas en prácticamente todas las superficies adecuadas. Abuelos y tatarabuelos de Bucky ¡y una multitud de niños! Le maravillaba el hecho de que la historia de Bucky pudiera seguirse desde su primera aparición en el mundo como un bebé regordete y boquiabierto en brazos de Bess Glazer, en 1921, hasta el joven fornido y apuesto que era en 1942. ¡Una prueba de que Bucky Glazer existía y era amado! Aún recordaba de sus infrecuentes visitas a casa de sus compañeras del Instituto de Van Nuys que también aquellas familias exhibían con orgullo imágenes de sus miembros: fotografías sobre mesas, pianos y alféizares, o colgadas de las paredes. La propia Elsie tenía algunas fotos selectas de unos Pirig más jóvenes y felices. Fue doloroso percatarse de que Gladys era la única persona que nunca había enmarcado y expuesto fotos familiares, salvo la de aquel hombre moreno que según ella era el padre de Norma Jeane.

Norma Jeane emitió una risita. Era muy probable que aquella foto fuera un cartel publicitario de La Productora. La imagen de un hombre al que quizá Gladys nunca hubiera conocido bien.

—¿Qué más da? No me importa.

Ahora que estaba casada, rara vez pensaba en su padre desconocido o en el Príncipe Encantado. Rara vez pensaba en Gladys, excepto de la manera en que se piensa en un pariente que padece una enfermedad crónica. ¿Para qué?

Había una docena de fotos enmarcadas. Varias estaban tomadas en la playa; Bucky y Norma Jeane en traje de baño, cogidos de la cintura; Bucky y Norma Jeane con amigos de él durante una barbacoa; Bucky y Norma Jeane sentados en el capó del nuevo Packard de 1938. Pero las favoritas de Norma Jeane eran las de su boda. La radiante novia luciendo su vestido de raso blanco y una encantadora sonrisa, el novio con chaqueta de gala y pajarita, el pelo peinado hacia atrás y un perfil tan hermoso como el de Jackie Coogan. Todo el mundo se había quedado impresionado con la belleza de la pareja y lo mucho que se querían. Hasta el pastor había tenido que enjugarse los ojos. *Pero qué asustada estaba, aunque no se note.* Como en un sueño, un amigo de la familia Glazer había llevado al altar a Norma Jeane (porque Warren Pirig se había negado a asistir a la boda), que sentía la sangre agolpándose en sus oídos y una desagradable sensación de pánico en la boca del estómago. Ante el altar se tambaleó sobre los altos tacones de las apretadas sandalias (eran de un número menos que el suyo, pero los había conseguido por una minucia en la tienda de ropa de segunda mano), mirando con su sonrisa flanqueada de hoyuelos al pastor de la Iglesia de Cristo mientras éste entonaba las palabras de rigor con voz gangosa, y entonces se le ocurrió que Groucho Marx habría interpretado esa escena con mayor dinamismo, frunciendo sus cejas y bigote falsos y ridículos. *Tú, Norma Jeane, ¿aceptas a este hombre...?* No entendió la pregunta, pero entonces se volvió, o la obligaron a volverse, porque seguramente el novio le había pegado un codazo, y vio a Bucky Glazer a su lado mordiéndose nerviosamente los labios como el cómplice de un crimen, y atinó a responder la pregunta del pastor en un murmullo: *Sí, a-acepto.* Bucky respondió con mayor contundencia, en voz lo bastante alta para que lo oyeran en toda la iglesia: *¡Claro que sí!* Luego hubo cierta confusión con la alianza, que sin embargo se deslizó perfectamente sobre el helado dedo de Norma Jeane, y la señora Glazer, con su característica prudencia, le había hecho poner el anillo de prometida en la mano derecha, de modo que esa parte de la ceremonia transcurrió sin incidentes. *Estaba tan asustada. Quería salir corriendo. Pero ¿adónde?*

En otra de sus fotos favoritas aparecían el novio y la novia cortando el pastel de tres pisos durante la fiesta celebrada en un restaurante de Beverly Hills. La mano grande y hábil de Bucky sobre los delgados dedos de Norma Jeane y la larga hoja del cuchillo; ambos sonriendo de oreja a oreja a la cámara. A estas alturas, Norma Jeane había bebido un par de copas de champán y Bucky, champán y cerveza. Había una fotografía de los recién casados bailando; en otra, saludaban desde el Packard de Bucky, adornado con guirnaldas de papel y un cartel de RECIÉN CASADOS. Norma Jeane había enviado éstas y otras fotos a Gladys al hospital de Norwalk, junto con una nota informal y alegre escrita en papel de carta decorado con flores:

Lamentamos mucho que no pudieras asistir a mi boda, madre. Pero, naturalmente, todo el mundo lo entendió. Fue el día más maravilloso de mi vida.

Gladys no respondió, pero Norma Jeane no esperaba respuesta.
—¿Qué más da? No me importa.

Era la primera vez que bebía champán. Como miembro de la Ciencia Cristiana, censuraba el consumo de bebidas alcohólicas, pero una boda es una ocasión especial, ¿no? Qué delicioso era el champán y qué agradable el hormigueo de las burbujas en la nariz, pero no le gustaron el mareo posterior, la risa incontenible, la sensación de haber perdido el control. Bucky se emborrachó con champán, cerveza y tequila y vomitó sobre la falda de su precioso vestido de raso. Por suerte, Norma Jeane se proponía quitárselo enseguida, antes de salir hacia el hotel de Morro Beach donde pasarían la luna de miel. La señora Glazer mojó una servilleta y se apresuró a quitar la hedionda mancha.

—¡Qué vergüenza, Bucky! —riñó a su hijo—. ¡Es el vestido de Lorraine!

Bucky puso cara de niño arrepentido y lo perdonaron. La fiesta continuó. La orquesta siguió tocando a todo volumen. Norma Jeane, ahora descalza, bailaba otra vez con su marido. *Don't Get Around Much Anymore*,

This Can't Be Love, The Girl That I Marry. Se deslizaban por la pista de baile, chocaban con otras parejas, reían a carcajadas. Las cámaras disparaban sus flashes. Hubo una lluvia de confeti, globos y arroz. Los compañeros de instituto de Bucky empezaron a arrojar globos de agua y le empaparon la pechera de la camisa. Sirvieron tarta de fresa con nata montada. De alguna manera, Bucky se las ingenió para dejar caer una cucharada de pegajosas fresas en la falda acampanada del vestido de lino blanco que Norma Jeane acababa de ponerse.

—¡Qué vergüenza, Bucky!

La señora Glazer estaba escandalizada, pero todos los demás (incluidos los recién casados) rieron.

Bailaron durante un rato más entre una acalorada, festiva confluencia de olores. *Tea for Two, In the Shade of the Old Apple Tree, Begin the Beguine.* Todo el mundo empezó a aplaudir para ver a Bucky Glazer, cuya cara brillaba como el tapacubos de una rueda de coche, marcarse un tango. *Lamento que no pudieras asistir a mi boda. ¿Crees que me importa? Pues no.* Bucky y su hermano mayor, Joe, reían. Elsie Pirig, enfundada en un vestido de tafetán verde chillón, apretó la mano de Norma Jeane y le hizo prometer que la telefonaría al día siguiente y que ella y Bucky irían a visitarla en cuanto regresaran de la luna de miel de cuatro días. Norma Jeane volvió a preguntar por qué Warren no había ido a la boda, aunque Elsie ya le había dicho que era por asuntos de trabajo.

—Te manda recuerdos, cariño. Te echaremos de menos, ¿sabes?

Elsie, que también estaba descalza, medía unos cuatro centímetros menos que la joven. De repente dio un paso al frente para besar violentamente en los labios a Norma Jeane. Ninguna mujer la había besado así antes.

—Tía Elsie —suplicó—, déjame ir contigo a casa. Sólo una noche más. Podría decirle a Bucky que aún no he terminado de empacar mis cosas, ¿vale? Por favor.

Elsie rió como si se tratara de un chiste y empujó a la joven en dirección al novio. Era hora de que los recién casados emprendieran viaje hacia el

hotel donde pasarían la luna de miel. Bucky y Joe no reían; discutían. Joe intentaba quitarle las llaves del coche a Bucky, que decía:

—Puedo conducir. ¡Joder, soy un hombre casado!

Norma Jeane pasó miedo durante el viaje en coche por la costa. La bruma del mar cubría la autopista y el Packard hacía eses sobre la línea de división de carriles. Norma Jeane ya estaba perfectamente sobria y viajaba con la cabeza sobre el hombro de Bucky, preparada para coger el volante en caso necesario.

Cuando llegaron al Loch Raven Motor Court, situado encima del océano cubierto de niebla, ya oscurecía. Norma Jeane ayudó a Bucky a salir del adornado Packard y tropezaron, resbalaron y poco faltó para que cayeran juntos, con sus mejores ropas, sobre el sendero de tierra volcánica. La cabaña olía a insecticida, pero había t́ipulas corriendo sobre la colcha de la cama.

—Son inofensivas —dijo Bucky con alegría, d́andoles puñetazos—. Los que matan son los escorpiones. Los alacranes. Si te pican en el culo, estás perdida.

Rió con ganas. Necesitaba ir al lavabo. Norma Jeane le rodeó la cintura con un brazo y lo acompañó. Se sentía turbada. La primera visión del pene de su marido, que hasta ahora sólo había sentido cuando él se apretaba o restregaba contra ella, fue desconcertante: estaba hinchado de orina, siseando y sacando vapor sobre la taza del váter. La joven cerró los ojos. *Sólo la mente es real. Dios es amor. El amor tiene el poder de curar.* Poco después, ese mismo pene penetraría en su cuerpo a través de la estrecha raja que había entre sus muslos. Bucky fue alternativamente metódico y brutal. Por supuesto, Norma Jeane estaba preparada para ese trance, al menos en teoría, y tal como Elsie Pirig había predicho, el dolor no era peor que los de la regla. Aunque quizá más punzante, como un destornillador. Otra vez cerró los ojos. *Sólo la mente es real. Dios es amor. El amor tiene el poder de curar.* Había manchas de sangre en el montoncillo de papel higiénico que ella, pulcramente, había colocado bajo su cuerpo, pero era sangre fresca y roja, no oscura y hedionda. ¡Si pudiera darse un baño! ¡Sumergirse en un reconfortante baño caliente! Pero Bucky estaba impaciente; quería volver a

intentarlo. Un condón de aspecto mustio se le caía una y otra vez de las manos y él maldecía («Joder») con la cara roja e hinchada como un globo a punto de estallar. Norma Jeane tenía demasiada vergüenza para ayudarlo con el condón: era su noche de bodas, no podía dejar de temblar y estaba sorprendida —no había imaginado nada semejante— de la incomodidad que cada uno de ellos experimentaba ante la desnudez del otro. No era en absoluto como verse desnuda en un espejo. Era una experiencia llena de torpeza, sudor, piel pegajosa. Era como si faltara espacio. Como si en la cama hubiera otras personas, además de ella y Bucky. Durante muchos años se había maravillado al ver a su Amiga Mágica en el espejo, sonriendo y haciéndose guiños a sí misma, moviendo el cuerpo al compás de una música imaginaria como Ginger Rogers, aunque ella no necesitaba una pareja para bailar y ser feliz. Pero ahora era diferente. Todo sucedía demasiado deprisa. No podía verse para saber qué pasaba. Ah, cuánto deseaba que todo terminara para acurrucarse en brazos de su marido y dormir, dormir, dormir..., quizá soñando con su boda y con él.

—¿Me ayudas, cariño? Por favor.

Bucky la besaba repetidamente, rechinando los dientes contra los de ella, como si tuviera que demostrar una idea durante una discusión. En algún lugar cercano, las olas rompían en la playa como un aplauso burlón.

—Dios, te quiero, cariño. Eres tan dulce, tan buena, tan bonita. Vamos.

La cama vibraba. El colchón lleno de bultos comenzó a deslizarse peligrosamente hacia un lado. Ella volvió a poner papel higiénico bajo su cuerpo, aunque Bucky no prestaba atención. Norma Jeane chilló e intentó reír, pero Bucky no estaba de humor para reír. Uno de los últimos consejos que le había dado Elsie Pirig era: «Lo único que tienes que hacer es no interferir». Norma Jeane había dicho que eso no sonaba romántico, a lo que Elsie había respondido: «¿Quién ha dicho que lo fuera?». Sin embargo, Norma Jeane empezaba a entender. Los apremiantes movimientos de Bucky tenían un carácter extrañamente impersonal; no se parecían en nada a los «besuqueos» y «manoseos» del mes anterior. La joven sintió un intenso ardor entre las piernas y vio manchas de sangre en los muslos de Bucky; cualquiera hubiera dicho que aquello era suficiente, pero Bucky estaba

empeñado en seguir. De nuevo había conseguido meterse a través de la raja que había entre las piernas de ella, esta vez más profundamente que la primera, y ahora sacudía la cama, gemía y de súbito se irguió como un caballo al que le hubieran disparado en plena carrera. Con la cara arrugada y los ojos en blanco, emitió un sonido semejante a un relincho:

—Seee-ñor.

Se dejó caer sobre los brazos de Norma Jeane, se sumió en un profundo sopor y empezó a roncar. Norma Jeane dio un respingo de dolor y trató de adoptar una postura más cómoda. La cama era muy pequeña, aunque fuera de matrimonio. Acarició con ternura la frente empapada de sudor de Bucky y sus fornidos hombros. La lámpara de la mesa de noche estaba encendida y la luz le hacía daño en los ojos cansados, pero no podía alcanzarla sin molestar a Bucky. Ah, si al menos pudiera darse un baño. Era lo único que quería: un baño. Y hacer algo con la sábana bajera, que estaba arrugada y húmeda. En varias ocasiones durante la larga noche que acabaría en la mañana del 20 de junio de 1942 y en una niebla prácticamente impenetrable, Norma Jeane despertó de un sueño ligero con dolor de cabeza, y Bucky seguía encima de ella, clavándola a la cama. Trató de levantar la cabeza para verlo entero. Su marido. *¡Su marido!* Parecía una ballena en la playa, desnudo, con las peludas piernas abiertas. Se oyó reír, emitir una risita de niña asustada, pues Bucky le recordaba la muñeca que tanto había querido, la muñeca sin nombre, a menos que se llamara «Norma Jeane», la muñeca con lánguidas piernas y pies de trapo.

6

Háblame de tu trabajo, papá. Pero no se refería al trabajo de Bucky en Lockheed.

Acurrucada sobre el regazo de él, vestida con un camisón corto sin bragas debajo, un brazo alrededor de su cuello, su cálido aliento en el oído distrayéndole del último número de *Life* y sus fotografías de demacrados soldados en las islas Salomón, del general Eichelberger en Nueva Guinea

—rodeado de sus hombres, aún más demacrados, flacos, sin afeitarse y algunos, heridos—, de las estrellas de Hollywood visitando a las tropas destacadas en el extranjero para «levantarles la moral»: Marlene Dietrich, Rita Hayworth, Marie McDonald, Joe E. Brown y Bob Hope. Norma Jeane, que evitaba mirar las fotos de la guerra, examinó esta última con atención, aunque se impacientó al ver que Bucky continuaba con la lectura. «Háblame de tu trabajo con el señor Eeley», murmuró, y Bucky sintió un escalofrío de horror y excitación; no es que tuviera escrúpulos, de hecho no tenía ninguno cuando contaba anécdotas morbosas y cómicas sobre su trabajo de embalsamador a sus amigos, pero ninguna amiga o pariente femenina lo había interrogado al respecto y tenía toda la impresión de que la mayoría de la gente prefería no oír hablar del tema; no, gracias. Sin embargo, esta esposa-niña acurrucada en su regazo murmuraba «Cuéntame, papá», como si necesitara saber lo peor, de modo que Bucky habló con todo el tacto de que fue capaz, sin entrar en detalles, describiendo un cuerpo que habían preparado esa misma mañana para el velatorio: una mujer de cincuenta y tantos años, muerta de cáncer de hígado, con la piel tan repulsivamente amarilla que habían tenido que maquillarla varias veces, aplicando con un pincel capas de tinte cosmético que al secarse habían quedado desparejas, dándole el aspecto de una pared desconchada, por lo que había sido necesario repetir todo el procedimiento; sus mejillas estaban tan hundidas que tuvieron que rellenarlas con algodón y coser las comisuras de la boca para mantenerla cerrada y fijar los labios en una expresión de placidez («No es una sonrisa, sino una “semisonrisa”, como la llama el señor Eeley. Una sonrisa no quedaría bien»). Norma Jeane se estremeció, pero quiso saber qué habían hecho con los ojos. ¿Los habían «pintado»? Bucky explicó que primero le habían inyectado una solución para rellenar las cuencas y luego le habían pegado los párpados.

—No conviene que el muerto abra los ojos en medio del velatorio.

En esencia, el trabajo de Bucky consistía en extraer toda la sangre e inyectar el líquido de embalsamar. Una vez que el cuerpo estaba firme —«restaurado»—, Eeley se encargaba del trabajo artístico: rizar las pestañas, pintar los labios, hacer la manicura a personas que, en algunos

casos, no se habían hecho una manicura en toda su vida. Norma Jeane preguntó si la muerta parecía asustada, triste o dolorida.

—No —respondió Bucky—. Simplemente parecía dormida. Casi siempre es así.

(Lo cierto es que la mujer tenía aspecto de querer gritar: los labios separados, los dientes al descubierto, la cara arrugada como un trapo; sus ojos estaban abiertos y nublados por una secreción mucosa. Pocas horas después de la muerte había empezado a despedir un nauseabundo olor a carne podrida.) Norma Jeane abrazó a Bucky con tanta fuerza que prácticamente le impedía respirar, pero él no tuvo valor para apartarla. No tuvo valor para levantarla y dejarla en el sofá, aunque su muslo izquierdo empezaba a dormirse bajo el cálido peso de la joven.

Era tan posesiva. Lo asfixiaba. Bucky la quería. El problema era el olor a formaldehído que impregnaba su piel, sus folículos pilosos. Si hubiera querido escapar, ¿adónde habría ido?

Ella volvió a preguntar cómo había muerto la mujer y Bucky se lo contó. Preguntó qué edad tenía y Bucky le dijo un número al azar: «Cincuenta y seis». Su joven esposa se puso tensa, como si estuviera restando mentalmente su edad a cincuenta y seis. Luego se tranquilizó un poco.

—Entonces falta mucho —dijo para sí.

7

Ella rió; era tan fácil. Una adivinanza infantil cuya respuesta conocía: *¿Qué soy yo? Una mujer casada, eso es lo que soy. ¿Qué no soy? Una virgen, eso es lo que no soy.*

Empujar el cochecito de niño a través del pequeño y descuidado parque. A sus pies había hojas de palmera y desperdicios. ¡Pero le encantaba! Su corazón rebosaba felicidad al pensar *esto es lo que soy; soy lo que hago*. Había tomado cariño a esta actividad vespertina. Cantándole nanas y canciones populares a la pequeña Irina. En otro sitio era la terrible estación

de Stalingrado, Rusia: febrero de 1943. Una carnicería humana. Allí no era más que el invierno típico del sur de California: la mayoría de los días, tiempo fresco y seco con un sol deslumbrante.

¡*Qué niña tan bonita!*, exclamarían las caras de los demás. Norma Jeane, risueña, sonrojada, murmuraría: *Oh, gracias*. A veces las caras dirían: *Una niña preciosa y una madre preciosa*. Norma Jeane se limitaría a sonreír. *¿Cómo se llama la pequeña?*, preguntarían y Norma Jeane respondería con orgullo: *Irina, ¿verdad, cariño?*, inclinándose sobre la niña para besarla en la mejilla o cogerle los deditos regordetes que con tanta rapidez y fuerza se cerraban sobre los de ella. Casi siempre preguntarían la edad de la niña y Norma Jeane contestaría: *Tiene casi diez meses; cumplirá el año en abril*. Las caras se iluminarían con una sonrisa. *Debe de estar muy orgullosa*. Y ella diría: *Claro que lo estoy; es decir..., los dos lo estamos*. En ocasiones, las caras inquisitivas, avasalladoras, preguntarían: *¿Su marido...?* y Norma Jeane se apresuraría a responder: *Está en el extranjero. Muy lejos. En Nueva Guinea*.

Era verdad: el padre de Irina estaba en un sitio llamado Nueva Guinea. Era teniente del ejército de Estados Unidos. De hecho, estaba «desaparecido». Oficialmente «desaparecido en acto de servicio» desde diciembre. Norma Jeane hacía lo posible para no pensar en ello. Mientras pudiera cantarle *Little Baby Bunting* y *Three Blind Mice* a Irina, no le importaba nada. Lo único que contaba era que la preciosa niña rubia le sonriera, balbuceara, la cogiera de la mano, la llamara «mamá» como un pichón de loro que está aprendiendo a hablar.

Contigo
el mundo vuelve a nacer.

Antes de ti...
nada existía.

Madre miró a la pequeña. Durante largo rato fue incapaz de hablar y temí que rompiera a llorar, o que se volviera de espaldas y ocultara su rostro.

Entonces vi que su cara estaba radiante de felicidad. Y de asombro por esa felicidad, después de tantos años.

Estábamos en un lugar cubierto de césped. Creo que era el jardín que está detrás del hospital.

Había bancos y un pequeño estanque. La mayor parte de la hierba estaba quemada. Los colores eran todos distintos tonos de marrón. Los edificios del hospital estaban borrosos debido a la distancia y no alcanzaba a verlos con claridad. Madre estaba tan recuperada que le permitían salir sin supervisión. Se sentaba en un banco y leía poesía, repitiendo las bellas palabras para sí, en un murmullo. O caminaba durante todo el tiempo que le permitían sus «carceleros», como los llamaba ella, aunque sin rencor. Reconocía que había estado enferma y que las sesiones de electrochoque le habían hecho bien. Reconocía que aún tardaría un tiempo en curarse por completo.

Naturalmente, los jardines del hospital estaban rodeados de muros.

Era un radiante y ventoso día invernal cuando fui a ver a madre para presentarle a mi hija. Le confié a mi pequeña. La puse en sus brazos.

Finalmente madre prorrumpió en sollozos, estrechando a la niña contra sus flácidos pechos. Pero no eran lágrimas de tristeza, sino de felicidad. Ah, mi querida Norma Jeane, dijo madre, esta vez todo irá bien.

En Verdugo Gardens había varias mujeres jóvenes cuyos maridos estaban en el extranjero. En Gran Bretaña, Bélgica, Turquía, el norte de África. En Guam, las islas Aleutianas, Australia, Birmania y China. Era una lotería: ningún hombre sabía dónde le enviarían. No se guiaban por un criterio lógico y mucho menos justo. Algunos permanecían en las bases, en inteligencia, comunicaciones, o trabajando en los hospitales o las cocinas. Quizá los asignaran al servicio de correos. O a las prisiones militares. Con el transcurso de los meses, y más tarde de los años, quedaría claro que

durante la Segunda Guerra Mundial en las fuerzas armadas había dos clases de hombres: los que combatían y los que no.

Después de la guerra quedaría claro que había dos clases de seres humanos: los que tenían suerte y los que no.

Si te encontrabas entre las esposas desafortunadas, debías esforzarte por no demostrar rencor ni abatimiento, pues eso era digno de encomio. «¡Qué valiente!», diría la gente. Pero Harriet, la amiga de Norma Jeane, no se fijaba en esas cosas. Harriet no era valiente ni se esforzaba por disimular su resentimiento. Cuando Norma Jeane llevaba a la pequeña Irina al parque, la madre de la niña se quedaba tendida en el desvencijado sofá del salón que compartía con las esposas de otros dos soldados, con las cortinas echadas y la radio apagada.

¡La radio apagada! Norma Jeane era incapaz de permanecer cinco minutos sola en su apartamento sin encender la radio. Y eso que Bucky estaba a menos de cinco kilómetros de allí, en Lockheed.

Norma Jeane consideraba su deber anunciar con tono jovial:

—¡Hola, Harriet! ¡Ya estamos de vuelta! —pero Harriet no respondía—. Irina y yo hemos dado un bonito paseo —informó Norma Jeane con la misma voz deliberadamente animosa mientras sacaba a la niña del cochecito y entraba en el apartamento—. ¿Verdad, cariño?

Le entregó la niña a Harriet, que permanecía inmóvil en el sofá, anegada en lágrimas de rabia y furia más que de dolor, pues quizá estuviera más allá del dolor; Harriet, que había engordado más de diez kilos desde el mes de diciembre, con la piel abotargada y pálida y los ojos inyectados en sangre. En medio del exasperante silencio, Norma Jeane se oyó decir:

—¡Sí! ¡Ha sido un paseo muy bonito! ¿Verdad, Irina?

Finalmente Harriet cogió a la niña (que empezaba a inquietarse, a gemir y patallar) de brazos de Norma Jeane como si cogiera un montón de ropa húmeda que luego dejaría en un rincón.

*¿Por qué no dejas que yo sea la madre de Irina, si tú no quieres serlo?
Oh, por favor.*

Quizá Harriet ya no fuera su amiga. De hecho, quizá nunca lo hubiera sido. Evitaba el trato con las «tristes y estúpidas» mujeres con las que

compartía piso y a menudo se negaba a hablar por teléfono con su familia o la de su marido. Y no porque hubiera discutido con ellos: «¿Por qué? No hay nada sobre lo que discutir». No es que estuviera enfadada con ellos ni que la molestaran. Sencillamente, se sentía demasiado agotada para atenderlos. Decía que estaba aburrida de sus propias emociones. Norma Jeane temía que Harriet se hiciera daño a sí misma o le hiciera daño a la niña, pero cuando le mencionó su preocupación a Bucky, de manera indirecta, titubeante, él no le hizo caso porque eso eran «cosas de mujeres», sin interés para un hombre. Y no se atrevió a discutir el asunto con Harriet. Provocarla podía resultar peligroso.

Guiándose por un patrón de *Family Circle*, Norma Jeane confeccionó un tigre para Irina con un par de calcetines anaranjados, tiras de fieltro negro (para las rayas) y relleno de algodón. La cola del tigre estaba ingeniosamente hecha con una percha de metal forrada. Los ojos eran brillantes botones negros y los bigotes, limpiapipas comprados en Woolworth. ¡Cuánto le gustaba el tigre a la pequeña Irina! Norma Jeane reía con alegría mientras la niña abrazaba el muñeco y gateaba con él por el salón, chillando como si el animalito estuviera vivo. Harriet contempló la escena con indiferencia, fumando un cigarrillo. *Al menos podrías darme las gracias*, pensó Norma Jeane. Pero Harriet se limitó a observar:

—¡Vaya, Norma Jeane! Estás hecha toda un ama de casa. La esposa y la madre perfecta.

Norma Jeane emitió una risita, pero la burla le dolió. Con un ligero aire de reproche, como Maureen O'Hara en las películas, dijo:

—Harriet, es un pecado que seas desdichada teniendo a Irina.

Harriet soltó una carcajada. Estaba sentada con los ojos entornados, pero los abrió de súbito con una expresión de exagerado interés, mirando a Norma Jeane como si no la hubiera visto antes y no le gustara lo que veía.

—Sí; es un pecado y yo soy una pecadora. Y ahora lárgate, señorita Alegría. Vete al infierno.

—Conozco a un tipo que revela películas. Es estrictamente confidencial —dice él—. En Sherman Oaks.

En el caluroso y sofocante verano de 1943, Bucky comenzó a inquietarse. Norma Jeane trataba de no pensar en lo que eso significaba. Todos los días los titulares de los periódicos anunciaban nuevos ataques de las fuerzas aéreas estadounidenses. Heroicas incursiones nocturnas en territorio enemigo. Un ex compañero de instituto de Bucky había recibido una condecoración póstuma al valor tras ser abatido en acto de servicio mientras pilotaba un Liberator B-24 durante un ataque a una refinería alemana en Rumanía.

—Es un héroe —convino Norma Jeane—, pero *está muerto*, cariño.

Bucky miraba la fotografía del piloto en el periódico con gesto ausente y pensativo. Sorprendió a su mujer con una violenta carcajada.

—Bueno, muñeca, también puedes ser un cobarde y acabar muerto.

Esa misma semana, Bucky compró una cámara de cajón Brownie de segunda mano y empezó a hacer fotos a su joven e inocente esposa. Al principio eran de Norma Jeane vestida con ropa de domingo, casquete blanco, guantes blancos y zapatos de tacón blancos; Norma Jeane con vaqueros y camisa; Norma Jeane en la playa de Topanga con su dos piezas a topos. Bucky le pidió que posara al estilo de Betty Grable, mirando con timidez por encima del hombro y enseñando su bonito trasero, pero Norma Jeane era demasiado vergonzosa. (Estaban en la playa, era mediodía, la gente los miraba.) Bucky quiso que posara atajando una pelota de playa con una gran sonrisa, pero la sonrisa salió tan forzada y poco convincente como las de los cadáveres del señor Eeley. Norma Jeane rogó a Bucky que pidiera a alguien que les hiciera una foto juntos.

—No me divierto posando sola, Bucky. Venga.

Pero él se encogió de hombros y dijo:

—¿Qué interés iba a tener en mirarme a mí mismo?

Después, Bucky quiso tomar fotos de Norma Jeane en la intimidad del dormitorio. Fotos de «antes» y «después».

«Antes» era Norma Jeane como siempre. Primero completamente vestida; luego, parcialmente desvestida, y por fin desnuda. Desnuda en la cama con una sábana sugestivamente echada sobre los pechos, una sábana que él iría retirando poco a poco hasta tomar fotografías de Norma Jeane en posturas incómodas y pícaras.

—Vamos, muñeca, sonríte a papá. Ya sabes cómo.

Norma Jeane no sabía si debía sentirse halagada o turbada, excitada o avergonzada. Le dio un ataque de risa y se tapó la cara. Cuando recuperó la compostura, Bucky seguía esperando pacientemente, enfocándola con la cámara. ¡*Clic!*, ¡*clic!*, ¡*clic!*

—Ven, papá. Ya es suficiente. Me siento sola en esta cama tan grande.

Pero cuando abrió los brazos a modo de invitación, Bucky se limitó a retratarla una vez más.

Cada *clic* del disparador era una astilla de hielo clavándose en su corazón. Como si al mirarla a través del objetivo no la estuviera viendo a *ella*.

Pero el «después» fue peor. Fue humillante. Para las fotos de «después», Norma Jeane debía usar una peluca cobriza, al estilo de Rita Hayworth, y la ropa interior de encaje negro que Bucky le había comprado. Ante su alarma, él fue más allá aún y la maquilló, exagerando las cejas y la boca, «realzando» incluso los pezones con un pintalabios rojo cereza que aplicó con un pincel pequeño, haciéndole cosquillas. Norma Jeane resopló, incómoda.

—¿Ese maquillaje es de la funeraria? —preguntó.

Bucky frunció el entrecejo.

—No —respondió—. Lo compré en una tienda de artículos de broma en Hollywood.

Pero el maquillaje tenía el inconfundible olor del líquido de embalsamar con una nota dulzona a ciruelas demasiado maduras.

Bucky no pasó mucho tiempo tomando fotos de «después». Enseguida se excitó, dejó la cámara y se desnudó.

—Ay, nena. Muñeca. Se-ñor.

Estaba tan agitado como si acabara de nadar en las aguas de Topanga. Quería hacer el amor, quería hacerlo de inmediato, y manipulaba torpemente un condón mientras Norma Jeane lo miraba con la inquietud de un paciente que observa a su cirujano.

Tenía la impresión de que su cuerpo entero se había sonrojado. La voluminosa peluca de ondas cobrizas que caía sobre sus hombros desnudos, las bragas y el sostén de encaje negro que no eran más que minúsculos retazos de tela...

—Esto no me gusta, papá. No me parece bien.

Nunca había visto en la cara de Bucky Glazer una expresión como la de ahora. Parecía la célebre foto de Valentino en el papel de jeque. Norma Jeane prorrumpió en sollozos y Bucky preguntó con brusquedad:

—¿Qué pasa?

—Esto no me gusta, papá —respondió ella.

Bucky acarició el pelo de la peluca y le pellizó un pezón rojo y tumesciente a través del tejido transparente del sostén.

—Claro que sí, pequeña. Te gusta.

—No. No es lo que quiero.

—Vamos. Apuesto a que tu cosita está lista. Apuesto a que está mojada.

Sus dedos ásperos e indiscretos hurgaron entre los muslos de la joven, que dio un respingo y lo empujó.

—No, Bucky. Me haces daño.

—Venga ya, Norma Jeane. Nunca te ha hecho daño. Te encanta. Admítelo.

—Ahora no me gusta. No me gusta nada.

—Es divertido.

—No lo es. Me da vergüenza.

—Por Dios, estamos casados —se exasperó Bucky—. Llevamos un año casados. Una eternidad. Los hombres hacen muchas cosas con sus esposas y no hay nada de malo en ello.

—Yo creo que sí. Te digo que me duele.

—Ya te he dicho que otros también lo hacen —replicó Bucky perdiendo la paciencia.

—Nosotros no somos otros. Somos nosotros.

Con la cara encendida, Bucky empezó a tocar de nuevo a Norma Jeane, esta vez con más fuerza; cuando habían discutido y él la tocaba, ella, casi siempre se ablandaba al primer roce, sometándose como un conejo capaz de entrar en trance en cuanto comienzan a acariciarlo rítmicamente y con firmeza. Bucky la besó y ella le devolvió el beso. Pero cuando quiso quitarle el sostén y las bragas, Norma Jeane lo apartó. Arrojó al suelo la espectacular peluca, que olía a fibra sintética, y se frotó la cara para quitarse el maquillaje hasta que sus labios quedaron pálidos e hinchados. Hilillos de lágrimas y rímel se deslizaban por sus mejillas.

—Ay, Bucky. Estas cosas me dan mucha vergüenza. Hacen que no sepa quién soy. Creía que me querías.

Empezó a temblar. Bucky se acuclilló a su lado, con la cosa grande bamboleándose ahora a media asta, el condón arrugado en la punta, y la miró como si la viera por primera vez. ¿Quién coño se creía que era esa chica? En esos momentos, con la cara húmeda y manchada, ni siquiera le parecía guapa. ¡Una huérfana! ¡Una niña abandonada! ¡Una más entre los miserables hijos adoptivos de los Pirig! Su madre había sido declarada oficialmente loca y no tenía padre, así que ¿de dónde sacaba esas ínfulas? ¿Cómo se atrevía a sentirse superior a él? De repente, Bucky recordó lo mucho que lo había irritado unas noches antes en el cine, mientras veían a Abbott y Costello en *Pardon My Sarong*: él había estado a punto de mearse de risa, había hecho vibrar la fila entera de asientos con sus carcajadas, pero Norma Jeane, que tenía la cabeza apoyada sobre su hombro, se había puesto rígida y con esa vocecilla suya de niñata había dicho que no les veía la gracia a esos actores. («¿No crees que el gordo es retrasado? ¿Está bien reírse de un retrasado?») Bucky estaba furioso, pero se limitó a hacer oídos sordos a su pregunta. Aunque habría querido gritar: *¡Caray, la gracia de Abbott y Costello es precisamente que tienen gracia! ¿Es que no oyes al público reír como hienas?*

—Puede que esté cansado de quererte. Tal vez necesite un cambio de vez en cuando.

Furioso, con su orgullo masculino herido, Bucky se bajó de la cama, se puso apresuradamente los pantalones y la camisa y salió del apartamento dando un portazo para que lo oyeran los fisgones de los vecinos. En el piso de al lado vivían seis mujeres de soldados, mujeres hambrientas de sexo que lo miraban con coquetería cada vez que se cruzaban con él y que con toda seguridad en ese momento tendrían la oreja pegada a la pared. Estupendo; que escucharan. Norma Jeane se asustó y lo llamó:

—¡Bucky! ¡Vuelve, cariño! ¡Perdóname! —pero en el tiempo que tardó en ponerse la bata y correr tras él, Bucky había desaparecido.

Conducía el Packard sin rumbo. El depósito de gasolina estaba casi vacío, pero le daba igual. Habría ido a ver a Carmen, su ex novia, de no ser porque le habían dicho que se había mudado y no tenía su nueva dirección.

Sin embargo, las fotografías fueron toda una sorpresa. ¿*Ésa* era su mujer, Norma Jeane? Pese a que mientras Bucky la fotografiaba ella parecía a punto de morir de vergüenza, algunas de las fotos mostraban a una chica osada y coqueta con una sonrisa pícaro y provocativa; aunque Bucky sabía que su mujer se había sentido verdaderamente incómoda, se convenció de que, al menos en algunas de las fotografías, daba la impresión de haber disfrutado «exhibiendo su cuerpo como una puta cara».

Las fotografías de «después» intrigaron especialmente a Bucky. En una de ellas, Norma Jeane aparecía tendida de lado en la cama, el cabello cobrizo cayendo sensualmente sobre la almohada, los ojos entornados en expresión soñolienta y la punta de la lengua asomando entre unos labios que el pincel de Bucky había transformado en carnosos y lascivos. *Como un clítoris que sobresale entre los labios de la vagina*. Los pezones erectos de Norma Jeane se veían a través del transparente sostén negro y la imagen de su mano alzada delante del vientre estaba movida, como si estuviera a punto de acariciarse lujuriosamente o acabara de hacerlo. Bucky sabía que la pose había sido accidental, que la había empujado para que adoptara esa postura sensual y que ella intentaba incorporarse, pero ¿qué más daba?

—Se-ñor.

Imaginó que aquella chica exótica y hermosa era una desconocida y sintió una punzada de deseo.

Seleccionó media docena de fotos, aquellas en las que Norma Jeane estaba más *sexy*, y se las enseñó con orgullo a sus compañeros de Lockheed. Tuvo que alzar la voz para que le oyeran por encima del casi ensordecedor bullicio de la fábrica:

—Esto es estrictamente confidencial, ¿de acuerdo? Ha de quedar entre nosotros.

Los hombres asintieron con la cabeza. ¡La expresión de sus caras! Estaban *estupefactos*. Todas las fotografías eran de Norma Jeane con la peluca cobriza a lo Rita Hayworth y la ropa interior negra.

—¿*Ésta* es tu mujer? ¿Tu *mujer*?

—¿*Tu* mujer? ¡Caray, Glazer, qué suerte tienes!

Silbidos y risas cargadas de envidia. Tal como Bucky había previsto. Aunque Bob Mitchum no reaccionó como él esperaba. Bucky se quedó de una pieza cuando Mitchum miró rápidamente las fotos, hizo una mueca de disgusto y dijo:

—Hay que ser un hijo de puta para enseñar fotos como éstas de tu propia esposa.

Y antes de que Bucky pudiera detenerlo, las rompió en pedazos. Si el capataz no hubiera estado cerca, se habrían enzarzado en una pelea.

Bucky se alejó, enfurruñado. Y furioso. Mitchum le tenía envidia. Quería ser actor en Hollywood, pero jamás dejaría de trabajar en la cadena de montaje de la fábrica. *Sin embargo, yo tengo los negativos*, pensó Bucky con satisfacción. *Y tengo a Norma Jeane*.

Sin que Norma Jeane lo supiera, Bucky había tomado la costumbre de pasar por la casa de sus padres de camino a la suya. Su ronca voz de niño ofendido resonó entre las paredes de la cocina que tan bien conocía:

—¡Claro que quiero a Norma Jeane! Me he casado con ella, ¿no? Pero es tan absorbente. Es como un bebé que llora cuando no lo cogen en brazos. Como si ella fuera una flor y yo, el sol sin el cual no puede vivir. Es... — con la frente fruncida en una mueca de dolor, Bucky buscó la palabra adecuada— *agotador*.

La señora Glazer lo riñó con nerviosismo.

—¡Vamos, Bucky! Norma Jeane es una chica dulce y una buena cristiana. Sencillamente, es joven.

—Yo también soy joven, puñetas. Tengo veintidós años. Lo que ella necesita es un tipo mayor, un *padre* —Bucky miró con rabia las caras preocupadas de sus padres, como si ellos tuvieran la culpa de todo—. Me está exprimiendo. Acabará haciendo que me distancie.

Calló, conteniéndose para no decir que Norma Jeane quería abrazarlo y hacer el amor todo el rato. Besarlo y abrazarlo en público. A Bucky a veces le gustaba y otras veces no. *Y lo curioso es que no creo que físicamente sienta gran cosa. Al menos no lo que se supone que deben sentir las mujeres.*

Como si hubiera leído los pensamientos de su hijo, la señora Glazer se ruborizó con furia y dijo con ansiedad:

—Desde luego que quieres a Norma Jeane, Bucky. Todos la queremos; para nosotros no es una nuera, sino una hija. ¡Ah, qué boda tan bonita! Parece que fue ayer.

—Encima quiere tener hijos —prosiguió Bucky, indignado—. En plena guerra. Ha estallado la Segunda Guerra Mundial, el mundo se está yendo a hacer puñetas y mi mujer quiere tener hijos. ¡Señor!

—No seas blasfemo, Bucky —protestó débilmente la señora Glazer—. Ya sabes cuánto me fastidia.

—Yo sí que estoy fastidiado —replicó Bucky—. Cuando vuelvo a casa, Norma Jeane se comporta como si se hubiera pasado el día entero limpiando y haciendo la cena para mí, esperándome. Como si no existiera sin mí. Como si yo fuera Dios o algo por el estilo —dejó de pasearse, respirando con dificultad. La señora Glazer le había servido gelatina de

cerezas en un plato y él empezó a comer vorazmente. Con la boca llena, añadió—: Yo no quiero ser Dios. *No soy más que Bucky Glazer.*

El señor Glazer, que había permanecido callado hasta ahora, declaró con contundencia:

—Mira, hijo, vives con esa chica. Os casasteis por la Iglesia «hasta que la muerte os separe». ¿Acaso crees que el matrimonio es un tiovivo?, ¿que puedes dar unas cuantas vueltas y luego apearte para jugar con los demás chicos? No, señor. Es para toda la vida.

Mientras comía la gelatina de cerezas, Bucky emitió un sonido semejante al que haría un animal herido.

Quizá en tu generación, viejo. Pero no en la mía.

10

—Tengo que ir, pequeña.

Ella casi no podía oírle por encima del fuego de las ametralladoras y la música del noticiario. *The March of Time*. Estaban en el cine. Todos los viernes por la noche iban al cine. Era el entretenimiento más barato; caminaban hasta el centro cogidos de la mano como un par de colegiales enamorados. La gasolina estaba demasiado cara. Y eso si podías conseguirla. Un rumor casi inaudible, como un trueno lejano, en las montañas. Un viento árido que escocía en los ojos y las fosas nasales. No apetecía recorrer largas distancias a pie con ese aire seco e irritante. El Capitol de Mission Hills ya estaba lo bastante lejos. Puede que estuvieran viendo *Confesiones de un espía nazi*, el engreído y sofisticado George Sanders y Edward G. Robinson, con su cara de bulldog. Los vidriosos ojos de Robinson brillando de emoción. ¿Quién, aparte de él, era capaz de expresar sucesivamente dolor, odio, ira, terror y trivialidad? Aunque era un canijo, poco convincente en el papel de amante. No era lo que se dice el Príncipe Encantado. Ni un hombre por el cual una estaría dispuesta a morir. O quizá estuvieran viendo *Acción en el Atlántico Norte*, con Humphrey

Bogart. Bogart, con su cara picada de viruela y sus ojos rodeados de bolsas. Siempre con un cigarrillo entre los dedos y una nube de humo cruzando su rostro demacrado. Sin embargo, Bogart era apuesto. En la pantalla gigante, vestidos con uniforme, todos los hombres eran apuestos. También es posible que aquella noche hubieran ido a ver *The Battle of the Beaches* o *Los hijos de Hitler*. Bucky quería verlas todas. O acaso vieran otra comedia de Abbott y Costello, o *El recluta enamorado*, con Bob Hope. A Norma Jeane le gustaban los musicales: *Tres días de amor y fe*, *Cita en Saint Louis*, *All About Lovin' You*. Pero Bucky se aburría con los musicales y ella tenía que admitir que eran tontos y banales, tan falsos como el Reino de Oz.

—En la vida real, la gente no se pone a cantar ni a bailar de repente — protestaba Bucky—. Por Dios, ni siquiera hay música.

Norma Jeane resistió la tentación de señalar que siempre había música en las películas, incluso en las de guerra o en los noticiarios como *The March of Time*. No quería discutir con Bucky, que en los últimos tiempos estaba hipersensible. Nervioso e irritable como un hermoso perrazo al que uno no se atrevería a tocar por mucho que le apeteciera.

Ella no lo sabía, pero lo intuía. Durante meses. Lo intuía desde antes de lo de la peluca, la ropa interior de encaje y los *clics* de la cámara. Escuchaba los murmullos de Bucky, sus insinuaciones. Todas las noches, durante la cena, oía las noticias de la radio. Devoraba los periódicos locales, *Life*, *Collier's*, *Time*. Bucky, que leía con dificultad, arrastrando los dedos por las líneas impresas y esbozando las palabras con los labios. Despegaba de las paredes los mapas desactualizados y los reemplazaba por otros nuevos, recortados de los periódicos. Una nueva configuración de chinchetas de colores. Parecía distraído e impaciente mientras hacía el amor. Empezaba y terminaba en un pispás. *Lo siento, cariño. Buenas noches*. Norma Jeane lo abrazaba y él se sumía rápidamente en el sueño, como una piedra hundiéndose en el blando lodazal del fondo de un lago. Sabía que se iría pronto. El país sufría una fuga masiva de hombres. Era el otoño de 1943 y la guerra parecía haber durado ya una eternidad. Era el invierno de 1944 y los estudiantes del último curso de instituto temían que la guerra terminara antes de que ellos pudieran alistarse. A veces, aunque

cada vez con menor frecuencia, Norma Jeane volvía a acariciar su viejo sueño de convertirse en enfermera de la Cruz Roja o en piloto. ¡Una mujer piloto! A las mujeres entrenadas para pilotar bombarderos no se les permitía hacerlo. Las mujeres muertas en acto de servicio no tenían funerales con honores militares, como los hombres.

Norma Jeane lo entendía: los hombres merecían una recompensa por ser hombres, por arriesgar su vida de hombres, y su recompensa eran las mujeres. Las mujeres que los esperaban en casa. Era absurdo que las mujeres pelearan codo con codo con ellos en el campo de batalla; no podía haber mujeres-hombres. Las mujeres-hombres eran monstruos. Las mujeres-hombres eran obscenas. Las mujeres-hombres eran lesbianas, «tortilleras». Cualquier hombre normal querría estrangular a una tortillera, o follársela hasta que los sesos le salieran por las orejas y la sangre empezara a chorrear por su coño. Norma Jeane había oído a Bucky y sus amigos despotricar contra las lesbianas, que eran casi peores que los mariposones, los maricas, los «pervertidos». Esos bichos raros patéticos y asquerosos inspiraban en un hombre sano y normal el deseo de lanzarse sobre ellos y darles su merecido.

Bucky, por favor, no me hagas daño. Ay, por favor.

Bucky ya no veía el cráneo del viejo Hirohito expuesto sobre la radio en el salón. De hecho, Norma Jeane tenía la impresión de que ni siquiera la veía a *ella*. Pero ella era muy consciente de la presencia del *souvenir* y temblaba cada vez que le quitaba el pañuelo de encima. *Yo no te he matado ni decapitado. No es culpa mía.*

A veces veía en sueños las cuencas de los ojos de la calavera. El asqueroso agujero de la nariz, la sonriente mandíbula superior. El olor a humo de tabaco, el sonido del agua caliente saliendo furiosamente del grifo.

¡Te pillé, pequeña!

En una de las últimas filas del Capitol de Mission Hills, Norma Jeane deslizó su mano en la de Bucky, que estaba pringosa por la mantequilla de las palomitas. Como si en lugar de estar en la platea de un cine, participaran en una cabalgada salvaje que ponía en peligro la vida de ambos.

Era curioso: desde que se había convertido en la señora de Bucky Glazer, Norma Jeane no se interesaba tanto por las películas. Eran tan... *optimistas*. Optimistas a la manera de las cosas irreales. Uno compraba la entrada, se sentaba y abría bien los ojos para ver... ¿qué? A menudo se distraía durante la proyección. Al día siguiente tendría que hacer la colada y ¿qué le haría de cenar a Bucky? Y el domingo: si pudiera conseguir que Bucky fuera a la iglesia en lugar de quedarse durmiendo hasta las tantas. Bess Glazer había hecho una velada alusión al hecho de que la «joven pareja» no asistía al oficio dominical y Norma Jeane estaba convencida de que su suegra la culpaba a ella por no arrastrar a Bucky hasta la iglesia. La otra tarde, Bess Glazer la había visto empujando el cochecito de Irina en el parque y poco después le había telefonado para expresar su sorpresa:

—¿Cómo es que tienes tiempo para todo, Norma Jeane? Incluso para ocuparte del bebé de otra mujer. Lo único que puedo decir es que espero que te pague por tus servicios.

Esa noche *The March of Time* atronaba. La música marcial era tan estridente y emocionante que aceleraba el corazón. Eran secuencias de la vida real. Era la *realidad*. Durante las noticias de la guerra, Bucky se irguió en el asiento y miró fijamente a la pantalla. Sus mandíbulas dejaron de triturar palomitas. Norma Jeane contemplaba las escenas con una mezcla de fascinación y horror. Allí estaba el malhumorado «Vinagar Joe» Stilwell con barba de varios días diciendo: «Nos han dado una buena paliza». Pero la música subía de volumen y retumbaba. La pantalla relampagueaba con vertiginosos cambios de plano. Granulados cielos grises y, abajo, suelo extranjero. ¡Combates aéreos sobre Birmania! ¡Los fabulosos Tigres Voladores! Todos los hombres y mujeres presentes en el Capitol habrían deseado ser Tigres Voladores. Habían pintado los viejos Curtiss P-40 para que parecieran caricaturas de tiburones. Eran temerarios, héroes de guerra. Se enfrentaban a los Zeros japoneses, aviones más veloces y técnicamente más avanzados.

En el curso de un único combate aéreo sobre Rangún, los Tigres derribaron veinte de los setenta y ocho aviones japoneses... ¡sin

perder ninguno de los suyos!

El público aplaudió. Hubo silbidos aislados. Los ojos de Norma Jeane se llenaron de lágrimas. Hasta Bucky se enjugó los suyos.

Impresionaba ver semejante acción en el cielo: llamaradas de proyectiles antiaéreos; aviones que caían en picado dejando una estela de fuego y humo. Cualquiera hubiera dicho que aquello era un conocimiento secreto. El conocimiento de la muerte de otro. Cualquiera hubiera dicho que la muerte era algo sagrado e íntimo, pero la guerra lo había cambiado todo. Las películas lo habían cambiado todo. Además de la posibilidad de contemplar a distancia la muerte de otro, uno tenía el privilegio de hacerlo desde una perspectiva de la cual los moribundos estaban privados. *Así debe de vernos Dios. Si es que nos mira.*

Bucky apretó la mano de Norma Jeane con tanta fuerza que ella tuvo que contenerse para no protestar. En voz baja y apremiante dijo algo como:

—Tengo que ir, pequeña.

—¿Irte? ¿Adónde?

¿Al lavabo de caballeros?

—Tengo que alistarme antes de que sea demasiado tarde.

Norma Jeane rió, convencida de que bromeaba. Lo besó con ferocidad. En los tiempos en que empezaban a conocerse, siempre se besuqueaban en el cine. Los Tigres Voladores habían desaparecido de la pantalla y ahora mostraban bodas de soldados. Sonrientes soldados de permiso o en las bases en el extranjero. *La marcha nupcial* sonaba a todo volumen. ¡Cuántas bodas! Cuántas novias, de todas las edades. La rapidez con que las parejas de novios aparecían y desaparecían de la pantalla daba a las escenas un aire de comedia. Ceremonias religiosas y ceremonias civiles. Paisajes exuberantes y paisajes agrestes. Tantas sonrisas radiantes, tantos abrazos vigorosos. Tantos besos apasionados. Tanta *esperanza*. Se oían risitas ahogadas entre el público. La guerra era noble, pero el amor, el matrimonio y las bodas hacían gracia. La mano de Norma Jeane se movía como un ratoncillo en la entrepierna de Bucky.

—Mmm, pequeña —murmuró Bucky, sorprendido—. Ahora no. Eh.

Pero se volvió hacia ella y la besó con fuerza. Venciendo la fingida resistencia de la joven, le abrió los labios para meterle la lengua profundamente en la boca y ella gimió y se apretó a él. Le cogió el pecho derecho con la mano izquierda como si cogiera un balón de fútbol. Los asientos se sacudieron. Jadeaban como perros. Detrás de ellos, una mujer golpeó el respaldo de los asientos y murmuró:

—Si queréis hacer esas cosas, marchaos a casa.

Norma Jeane se volvió y replicó con furia:

—Estamos casados, así que déjenos en paz. Márchese usted. Váyase al infierno.

Bucky rió: ¡su dulce esposa se había convertido súbitamente en un basilisco!

Aunque más adelante pensaría: *Fue entonces cuando empezó todo. Esa noche, supongo.*

11

—Pero... ¿dónde? ¿Adónde ha ido? ¿Cómo es que no lo sabes?

Sin previo aviso, Harriet desapareció de Verdugo Gardens en marzo de 1944. Llevándose consigo a Irina y dejando tras de sí sus miserables pertenencias.

Norma Jeane estaba asustada: ¿qué haría ella sin su niña?

Con una confusión propia de un sueño, creía recordar que había ido a presentar a la niña a Gladys y que ésta le había dado su bendición. Pero ahora no había ninguna niña. No habría bendición.

Norma Jeane llamó a la puerta de sus vecinas una media docena de veces. Pero las compañeras de piso de Harriet también estaban estupefactas y preocupadas.

Nadie parecía saber dónde había ido la deprimida Harriet con su hija. No estaba con su familia en Sacramento, ni con sus suegros en el estado de Washington. Sus amigas dijeron que se había marchado sin decir adiós ni dejar una nota de despedida. Sin embargo, había dejado pagada su parte del

alquiler de marzo. Hacía tiempo que planeaba «desaparecer». Había dicho que «no tenía madera de viuda».

También había estado «enferma». Había intentado hacer daño a Irina. Hasta era probable que le hubiera hecho daño por algún medio que no dejara señales.

Norma Jeane retrocedió, entornando los ojos.

—No. Eso no es cierto. Yo lo habría notado. No deberías decir esas cosas. Harriet era amiga mía.

Era incomprensible que Harriet se hubiera marchado sin decir adiós a Norma Jeane. Sin permitirle que se despidiera de Irina. *Harriet no haría una cosa así. Dios no se lo habría permitido.*

—Hola, qui-quiero denunciar la de-desaparición de una pe-persona. Una ma-madre y su hi-hija.

Norma Jeane llamó al Departamento de Policía de Mission Hills, pero empezó a tartamudear de tal manera que tuvo que colgar. Sabía que en cualquier caso no serviría de nada, porque era evidente que Harriet se había marchado por voluntad propia. Era una adulta y la verdadera madre de Irina, de modo que aunque ella quisiera a la niña más que Harriet y creyera que ese amor era recíproco, no podía hacer nada, absolutamente nada.

Harriet e Irina se habían esfumado de su vida como si nunca hubieran estado allí. El padre de la niña seguía oficialmente «desaparecido en acto de servicio». Jamás encontrarían sus restos. ¿Era posible que los japoneses se hubieran llevado su cabeza? Cuando Norma Jeane se concentraba con todas sus fuerzas, veía una escena en una habitación lejana —aunque quizá fuera un sueño, pues no distinguía las imágenes con claridad— en la que Harriet bañaba a la pequeña Irina con agua hirviendo, la niña daba gritos de dolor y pánico y nadie, excepto ella, podía rescatarla, pero Norma Jeane corría con impotencia de un extremo al otro de un pasillo sin puertas y lleno de vapor, tratando de localizar la estancia, apretando los dientes con desesperación y furia.

Al despertar, Norma Jeane se arrastró hasta el diminuto cuarto de baño, bajo la deslumbrante bombilla del techo. Estaba tan asustada que se metió en la bañera. Le castañeteaban los dientes. Su piel ardía en el agua caliente,

muy caliente. Allí la descubriría Bucky a las seis de la mañana. La habría alzado en sus brazos musculosos y llevado a la cama, pero *me miraba de tal manera, con las pupilas dilatadas como las de un animal, que supe que no debía tocarla.*

12

—Nuestra época ya es historia.

Por fin llegó el día. Norma Jeane estaba casi preparada.

Esa mañana, Bucky la informó de que se había enrolado en la marina mercante. Dijo que probablemente se marcharía seis semanas después. A Australia, según creía. Pronto invadirían Japón y la guerra terminaría. Como ella ya debía de saber, hacía tiempo que quería alistarse.

Le aseguró que eso no significaba que no la quisiera, porque la amaba con toda su alma. No significaba que no fuera feliz, porque *era feliz. Nunca había sido tan feliz.* Pero quería que su vida fuera algo más que una luna de miel.

Vives en una época histórica; si eres un hombre, debes hacer tu parte. Debes servir a tu país.

Demonios; Bucky sabía que aquello sonaba cursi. Pero era lo que pensaba.

Podía ver el dolor en la cara de Norma Jeane; sus ojos anegados en lágrimas. Se sentía culpable, pero también contento. ¡Eufórico! No era sólo Norma Jeane, sino también Mission Hills, donde había pasado toda su vida; su familia, que lo asfixiaba; la fábrica Lockheed, donde estaba atascado en la cadena de montaje; el inmundito olor de la sala de embalsamamiento. *No pensaba terminar siendo un embalsamador. Yo no.*

Le sorprendió la compostura de Norma Jeane, que se limitó a decir con tristeza:

—Ay, papá. Ay, Bucky. Lo entiendo.

La estrechó en sus brazos y de pronto los dos se echaron a llorar. ¡Bucky Glazer, que jamás lloraba! Ni siquiera cuando se rompió el tobillo

jugando al fútbol en el último curso del instituto. Se arrodillaron en el suelo de linóleo de la cocina, que Norma Jeane mantenía limpio y encerado, y rezaron juntos. Luego Bucky la levantó en brazos y la llevó a la habitación entre sollozos. Ése fue el primer día.

Después de una agotadora jornada de trabajo en Lockheed, despertó de su profundo sueño al sentir unos torpes dedos infantiles acariciándole la polla. En su sueño, la niña se reía de él, de su cara de disgusto, porque Bucky llevaba la camiseta de fútbol y las nalgas al aire, estaban en un sitio público y la gente los miraba, de modo que Bucky empujó a la niña y consiguió soltarse, pero entonces, para su sorpresa, descubrió que era Norma Jeane quien jadeaba junto a él en la oscuridad, acariciando y tirando de su cosa grande; sintió un muslo cálido sobre el suyo mientras ella restregaba su vientre y su pubis contra él gimiendo: *¡Oh, papá! ¡Oh, papá!* Era un hijo lo que quería esa mujer que le hacía cosquillas con el pelo en la nuca, esa hembra que gemía a su lado, desnuda y con un único deseo en mente, un deseo impersonal, frío e implacable como una fuerza que lo empujaba a su posible muerte en las aguas inimaginablemente oscuras de aquello a lo que sólo podía llamar «historia». Bucky apartó a Norma Jeane con brusquedad, diciendo que lo dejara en paz, que lo dejara dormir, por el amor de Dios, que tenía que levantarse a las seis. Norma Jeane no pareció oírlo y siguió abrazándolo, besándolo con pasión. Bucky la empujó, esta vez como si ella fuera un animal en celo, un animal en celo repulsivo a sus ojos. Su pene, erecto mientras soñaba, se había encogido. Se tapó la entrepierna con las manos, bajó las piernas de la cama y encendió la lámpara: eran las 4.40 de la madrugada. Volvió a maldecir a Norma Jeane. A la luz de la lámpara vio que estaba a gatas sobre la cama, jadeando, con el pecho izquierdo colgando fuera del camisón, la cara encendida y las pupilas dilatadas igual que unas noches antes. *Como si ésa fuera su personalidad nocturna. La gemela nocturna que supuestamente yo no debía ver. La mujer a la que ni siquiera ella veía o conocía.*

Bucky estaba medio dormido y asustado, pero atinó a decir con un tono casi razonable:

—¡Maldita sea, Norma Jeane! Creí que ya habíamos dejado claro este asunto ayer. Me he alistado. Me marcho.

—¡No, papá! —gritó ella—. No puedes dejarme. Si me dejas, moriré.

—No morirás, porque nadie se muere por eso —repuso Bucky secándose la cara con la sábana—. Tranquilízate. Pronto te sentirás mejor.

Pero Norma Jeane no le oía. Se abrazaba a él, lloriqueando, restregándole los pechos contra la espalda sudada. Bucky se estremeció de asco. Nunca le habían gustado las mujeres agresivas o descaradas; jamás se habría casado con una de ellas. Creía haber escogido a una dulce y tímida virgen.

—Mira qué pinta tienes.

Norma Jeane trató de subirse a horcajadas sobre él, aplastando los muslos contra los suyos, sin oírle, u oyéndole pero haciendo caso omiso de sus palabras, y entonces Bucky se enfureció aún más y le gritó a la cara:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Zorra enferma, patética!

Norma Jeane huyó a la cocina, donde él la oyó llorar y dar golpes en la oscuridad; por el amor de Dios, no tuvo más remedio que seguirla, y al encender la luz, vio que empuñaba un cuchillo, como una loca en una película melodramática, aunque en una película uno jamás vería una mujer con ese aspecto ni lastimándose de esa manera los antebrazos. Ya completamente despierto, Bucky se lanzó sobre ella y le arrebató el cuchillo.

—¡Norma Jeane! ¡Se-ñor!

Iba en serio: se había cortado el brazo y sangraba: una brillante pulsera de sangre, increíble para Bucky, que recordaría aquello como una de las horribles revelaciones de su vida de civil, la vida hasta entonces inocente y aparentemente inviolable de un muchacho estadounidense.

De modo que Bucky contuvo la sangre con un trapo de cocina. Llevó a Norma Jeane al cuarto de baño, donde lavó con ternura las heridas superficiales, toda una novedad para un muchacho acostumbrado al contacto con cuerpos fríos que jamás sangraban por muy heridos, magullados o lacerados que estuvieran; tranquilizó a Norma Jeane del modo

en que uno tranquilizaría a una niña asustada y ella empezó a llorar en voz baja, recuperada ya de su locura. Se inclinó sobre él y murmuró:

—Oh, papá, papá, te quiero tanto, papá. Lo siento, no volveré a ser mala. Te lo prometo, papá. ¿Me quieres?

Bucky la besó.

—Claro que te quiero, pequeña, ya sabes que te quiero. Me he casado contigo, ¿no? —murmuró mientras aplicaba yodo a las heridas y las vendaba con gasas.

Después la llevó de vuelta a la cama, la dejó sobre las arrugadas sábanas y almohadas y la estrechó en sus brazos, consolándola y tranquilizándola hasta que poco a poco, como una niña agotada, ella dejó de llorar y se durmió. Bucky permaneció despierto, angustiado, con los nervios de punta y sin embargo con una aterradora sensación de euforia, hasta que fueron las seis de la mañana, hora de huir de ella, que seguiría durmiendo con la boca abierta, respirando entrecortadamente como si estuviera en coma. ¡Qué alivio para Bucky!, ¡qué alivio meterse bajo la ducha para quitarse el olor de Norma Jeane, la viscosidad de su cuerpo!, ducharse, afeitarse y salir al estimulante frío del amanecer rumbo a las instalaciones de la marina en Catalina Island con objeto de presentarse ante las autoridades entre una multitud de hombres como él. Y ése fue el comienzo del segundo día.

13

—¡Adiós, Bucky, cariño!

En un templado día de abril, los Glazer y Norma Jeane fueron a despedir a Bucky, que embarcó con rumbo a Australia en el carguero *Liberty*. Los términos precisos de la primera misión de Bucky eran secretos y todavía no se sabía cuándo le concederían un permiso para volver a Estados Unidos, pero no sería antes de ocho meses. Se rumoreaba que las fuerzas estadounidenses se proponían invadir Japón. Ahora Norma Jeane tendría una estrella azul para exhibir orgullosamente en su ventana, como las demás esposas y madres de soldados. Sonrió y se comportó con

entereza. Estaba «encantadora y guapísima» con su vestido camisero azul, zapatos de tacón blancos y una gardenia en la melena rizada, de modo que Bucky, que no dejaba de abrazarla con las mejillas cubiertas de lágrimas, inhaló repetidas veces la dulce fragancia de la flor y más tarde, a bordo del carguero y entre los demás hombres, la recordaría como la fragancia de Norma Jeane.

Lo que nos ocurre ya es historia. Nadie tiene la culpa.

No fue Norma Jeane, sino la señora Glazer, quien se mostró más sentimental esa mañana, sollozando y refunfuñando en el coche mientras su marido los llevaba desde Mission Hills a Catalina. En el asiento trasero, Norma Jeane estaba apretujada entre los hermanos mayores de Bucky, Joe y Lorraine. Las palabras de los Glazer bullían en su cabeza como mosquitos. Nadie pretendía que Norma Jeane, que estaba aturdida y sonreía sin convicción, se mantuviera atenta a la conversación o interviniera en ella. *Era amable, pero parecía un zombi. De no ser por su aspecto llamativo, nadie se habría percatado de su presencia.* La joven pensaba que en una familia normal rara vez había un silencio como el que existía entre ella y Gladys. Pensaba con serenidad que nunca había pertenecido a una familia normal y ahora quedaba claro que tampoco pertenecía a la de los Glazer, aunque la trataban con cortesía y ella procuraba corresponderles. En su presencia, los Glazer alababan su «valor» y su «madurez». Decían que era «una buena esposa para Bucky». Era probable que él les hubiera hablado de sus recientes arrebatos emocionales, que Bucky describía con crueldad como «histeria femenina». Pero como testigos directos que la examinaban con atención, los Glazer no tenían motivos de queja. *¡Esa chica maduraba deprisa! Y Bucky también.*

Se despidieron de Bucky Glazer, que vestía el uniforme de la marina y tenía el pelo tan corto que su cara infantil se veía casi demacrada. Sus ojos brillaban de emoción y miedo. Se había hecho un corte al afeitarse. Aunque había pasado poco tiempo en el campo de instrucción, ya parecía cambiado, más adulto. Abrazó con timidez a su llorosa madre, a sus hermanos y a su padre, pero sobre todo a Norma Jeane.

—Te quiero, pequeña —murmuró casi con angustia—. Escríbeme todos los días, ¿de acuerdo? Voy a echarte de menos —y añadió con pasión a su oído—: No te quepa duda de que la cosa grande echará de menos a la cosita.

Norma Jeane emitió una pequeña exclamación de sorpresa, algo parecido a una risita. ¡Vaya, los demás podían haberle oído! Bucky decía que cuando la guerra terminara, cuando volviera a casa, tendrían hijos.

—Tantos niños como quieras, Norma Jeane. Tú mandas.

Empezó a besarla como besan los muchachos, besos húmedos y violentos, besos ansiosos. Los Glazer se apartaron para dejar intimidad a la joven pareja, aunque era imposible tener mucha intimidad en el muelle de Catalina aquella templada mañana de abril de 1944 en la que el carguero *Liberty* se preparaba para zarpar rumbo a Australia con el resto del convoy de barcos de la marina mercante. Qué suerte, pensó Norma Jeane, que la marina mercante no fuera una rama de las fuerzas armadas de Estados Unidos, como creía la mayoría de la gente. El *Liberty* no era un buque de guerra ni transportaba bombarderos y Bucky no iba armado. Nunca «entraría en acción» ni lo enviarían a combatir. A él no podía sucederle lo que le había sucedido al marido de Harriet y a tantos otros maridos. Norma Jeane prefirió pasar por alto el hecho de que los barcos de la marina mercante eran objeto de constantes ataques de submarinos y aviones.

—Mi marido no va *armado* —decía a cualquiera que se interesara por él—. La marina mercante se limita a transportar *provisiones*.

En el camino de regreso a Mission Hills, la señora Glazer se sentó en el asiento posterior del coche con Lorraine y Norma Jeane. Se quitó el sombrero y los guantes y apretó con fuerza la mano helada de su nuera, consciente de que la joven se encontraba en estado de shock. Y no lloraba, pero su voz estaba ronca de emoción.

—Puedes mudarte a casa, cariño. Ahora eres nuestra hija.

La guerra

—Ya no soy la hija de nadie. He superado esa etapa.

No se mudó a casa de los Glazer en Mission Hills. Tampoco se quedó en Verdugo Gardens. Una semana después de que Bucky embarcara en el *Liberty*, consiguió un empleo en la cadena de montaje de Radio Plane Aircraft, en Burbank, veinticuatro kilómetros al este. Alquiló una habitación amueblada en una casa de huéspedes situada cerca de una parada de tranvía y vivía sola ya el día de su decimoctavo cumpleaños, cuando pensó, agotada, mientras se sumía en un sueño profundo: *Norma Jeane Baker ya no es una pupila del condado de Los Ángeles*. A la mañana siguiente esta idea adquirió aún más fuerza en su mente, como un rayo abrasador iluminando el oscuro hematoma de un cielo de tormenta sobre las montañas de San Gabriel. *¿Fue por eso por lo que me casé con Bucky Glazer?*

En medio del alboroto de las máquinas de la fábrica de aviones, empezó a contarse la historia de por qué se había prometido a los quince años y abandonado el instituto para casarse a los dieciséis. De por qué ahora, entre asustada y eufórica, vivía por primera vez sola a los dieciocho, sabiendo que su vida acababa de comenzar. Lo sabía gracias a la guerra.

Si no existe el mal
pero existe la guerra,
¿acaso la guerra no es el mal?,

¿acaso el mal no es la guerra?

Cierto día, en el comedor de Radio Plane, ella, que rara vez leía los periódicos por motivos supersticiosos, oyó a unas compañeras de trabajo hablar de una noticia publicada en el *L. A. Times*, una de esas noticias secundarias que aparecían en primera página debajo de los inevitables titulares sobre la guerra, ilustrada con la fotografía de una mujer vestida de blanco sonriendo con expresión de éxtasis; entonces se detuvo en seco, miró con atención el periódico que sujetaba una de las mujeres y debió de poner cara de estupefacción, porque las demás le preguntaron qué pasaba y ella respondió evasivamente que nada. Los ojos de las mujeres estaban clavados en ella como punzones de hielo, escrutándola, juzgándola, desaprobando la actitud reservada de esta joven esposa, confundiendo su timidez con displicencia; su obsesión por el pelo, el maquillaje y la ropa, con vanidad; su desesperado celo en el trabajo, con un depredador deseo femenino de congraciarse con el capataz, de modo que retrocedió confundida y avergonzada, sabiendo que las mujeres se reírían de ella con crueldad en cuanto se cercioraran de que no podía oírlas, parodiando sus tartamudeos y su vocecilla de niña, y esa tarde compró el *Times* para leer con fascinación y horror:

LA EVANGELISTA McPHERSON MUERE
A CONSECUENCIA DE UNA SOBREDOSIS DE DROGAS.

¡Aimee Semple McPherson había muerto! La fundadora de la Iglesia Internacional del Evangelio Cuadrangular de Los Ángeles, donde casi dieciocho años antes la abuela Della había llevado a Norma Jeane para que la bautizaran en la fe cristiana. Aimee Semple McPherson, que hacía tiempo había sido desenmascarada y acusada de impostora y que al parecer había amasado una fortuna de millones de dólares por medio de artimañas hipócritas y corruptas. Aimee Semple McPherson, cuyo nombre era conocido porque en un tiempo había sido una de las mujeres más famosas y admiradas de Estados Unidos. ¡Aimee Semple McPherson se había

suicidio! Norma Jeane tenía la boca seca. Estaba en la parada del tranvía y se sentía incapaz de concentrarse en el artículo. *Me negaba a pensar que el hecho de que la mujer que me había bautizado se hubiera quitado la vida tuviera algún significado. Que la fe cristiana no era más que algo que uno podía echarse encima y quitarse con rapidez, como una simple prenda.*

—Eres la mujer de Bucky. No puedes vivir sola.

Los Glazer estaban escandalizados. Estaban enfadados y reprobaban su actitud. Norma Jeane cerró los ojos y vio, como en un sueño, una sucesión de días hipnóticos en la cocina de la casa de su suegra, entre utensilios brillantes, el impecable suelo de linóleo, el delicioso aroma de guisos y sopas, carne asada, pan y galletas cocándose al horno. El reconfortante parloteo de una mujer mayor. *¿Me echas una mano con esto, Norma Jeane, cariño?* Cebollas que picar, sartenes que engrasar. Pilas de platos sucios que habría que fregar, enjuagar y secar después de la comida del domingo. Cerró los ojos y vio a una joven sonriendo mientras lavaba los cacharros con los brazos sumergidos hasta el codo en la marfileña agua jabonosa. Una joven risueña concentrada en la tarea de cepillar escrupulosamente las alfombras del salón y el comedor, metiendo la ropa sucia en la lavadora en el húmedo sótano, ayudando a la señora Glazer a tender la colada, a descolgar las prendas, plancharlas, doblarlas y guardarlas en cajones, armarios y estantes. Una joven vestida con un bonito vestido camisero almidonado, sombrero, guantes blancos y zapatos de tacón; una joven que en esos tiempos de guerra y penurias no podía permitirse el lujo de llevar medias de seda, pero que simulaba la «costura» de esas medias trazando cuidadosamente una línea en la parte posterior de sus piernas con un lápiz para cejas. Se imaginó entrando en la Iglesia de Cristo con sus numerosos parientes políticos. Los Glazer. *¿Ésa es...? Sí, la esposa del hijo menor. Vive con ellos desde que su marido se marchó al extranjero.*

—Pero no soy vuestra hija. Ya no soy la hija de nadie.

Sin embargo, llevaba los anillos de los Glazer. Tenía toda la intención de permanecer fiel a su marido.

Zorra enferma, patética.

Aunque vivía sola en una habitación pequeña y miserable de Burbank, en un sitio nuevo y extraño donde nadie la conocía y estaba obligada a compartir el cuarto de baño con otras dos huéspedes, a veces reía en voz alta, sorprendida de su propia felicidad. ¡Era libre! ¡Estaba sola! Por primera vez en su vida estaba verdaderamente sola. No como huérfana. No como hija adoptiva. No como la hija, la nuera o la esposa de alguien. Esto era un lujo para ella. Se le antojaba una vida robada. Era una *mujer trabajadora*. Llevaba a casa su paga semanal, cobraba en cheques y canjeaba esos cheques por efectivo en el banco como cualquier adulto. Antes de que la contrataran en Radio Plane Aircraft, había solicitado empleo en varias fábricas no sindicadas, pero la habían rechazado debido a su falta de experiencia y a su juventud; incluso en Radio Plane la habían rechazado en un principio, pero ella había insistido: *¡Por favor, denme una oportunidad! Por favor*. Aterrorizada, con el corazón desbocado, había insistido con terquedad, poniéndose de puntillas e irguiendo la espalda con el fin de exhibir su cuerpo joven y capaz. *S-sé que puedo hacerlo; soy fuerte y no me canso nunca. ¡Nunca!* Finalmente la habían contratado y había demostrado que tenía razón: aprendió con rapidez la mecánica del trabajo en la cadena de montaje, un trabajo de autómatas, ya que era casi idéntico a la rutina de las tareas domésticas, con la única diferencia de que en el bullicioso mundo exterior, el mundo de los demás, si una trabajaba duro, pasaba por ser más eficaz, inteligente y en consecuencia más útil que sus compañeras de trabajo. Todo bajo la atenta supervisión del capataz y, por encima de él, del gerente de planta y, por encima de él, de jefes a quienes sólo conocían de nombre, unos nombres que las operarias de las máquinas, como Norma Jeane, no pronunciaban jamás. Después de la jornada de ocho horas, regresaba a casa en tranvía, tambaleándose de cansancio pero contando mentalmente, como una niña avariciosa, el dinero que había ganado y que, aunque ascendía a menos de siete dólares tras descontar los impuestos y la seguridad social, era suyo para gastarlo y para

ahorrar lo que pudiera. Con un ligero dolor de cabeza volvía a la silenciosa habitación donde no la esperaba nadie salvo su Amiga Mágica del Espejo; volvía hambrienta, pero puesto que no estaba obligada a cocinar una comida abundante para un marido voraz, la mayoría de las noches se contentaba con calentarse una sopa de lata, y qué deliciosa estaba esa sopa caliente que quizá acompañara con una rodaja de pan blanco con mermelada, un plátano o una naranja y un vaso de leche templada. Luego se metía en la cama, un estrecho catre con un colchón de apenas dos centímetros de espesor, una cama de niña otra vez. Deseaba estar demasiado cansada para soñar y a menudo era así, o se lo parecía, aunque en ocasiones deambulaba confusa por los pasillos inesperadamente largos y poco familiares del orfanato hasta que aparecía columpiándose en el patio cubierto de arena que creía haber olvidado y divisaba una figura al otro lado de la cerca de alambre, ¿era él?, ¿el Príncipe Encantado, que acudía en su busca?; en su momento no lo había visto, no lo había reconocido. Luego deambulaba por La Mesa, vestida únicamente con bragas, buscando el edificio de apartamentos donde vivían ella y madre, pero no lo encontraba, era incapaz de pronunciar las palabras mágicas que la llevarían hasta él: LA HACIENDA. Era una niña en los tiempos de *Érase una vez*. Era Norma Jeane buscando a su madre. Sin embargo, no era una niña de verdad, pues se había convertido en una mujer casada. El Príncipe Encantado había reclamado, desgarrado y ensangrentado el lugar secreto que estaba entre sus piernas.

Me dejó con el corazón roto. Lloré y lloré. Cuando él se marchó, pensé en la mejor manera de lastimarme, de imponerme el castigo que merecía. Porque era tan fuerte y sana que las heridas de los brazos cicatrizaron rápidamente. Sin embargo, cuando empezó a vivir sola descubrió que bastaba con cambiar las toallas una vez a la semana, o incluso menos. Que bastaba con cambiar las sábanas una vez a la semana, o incluso menos. Porque ya no había un marido joven, fuerte y sudoroso que las ensuciara y ella se mantenía escrupulosamente limpia, bañándose tan a menudo como podía, lavando a mano su camisón, su ropa interior y sus medias. Como en

su habitación no había alfombras, no necesitaba aspiradora; una vez a la semana pedía prestada una escoba a la casera y se la devolvía poco después. No tenía fogón ni horno que restregar. Aparte del alféizar de la ventana, en su habitación había pocas superficies donde se acumulara el polvo, de modo que no era necesario usar un plumero. (Sonreía cuando recordaba al viejo Hirohito. ¡Se había librado de él!) Al dejar el apartamento de Verdugo Gardens, había dejado la mayor parte de sus pertenencias en casa de los Glazer. En teoría, la familia de Bucky «guardaría» esas cosas hasta que él regresara; pero Norma Jeane sabía que Bucky no volvería nunca. Al menos no volvería con ella.

Si me quisieras, no me habrías abandonado.

Si me abandonaste, es porque no me querías.

A pesar de que la gente moría o resultaba herida y el mundo se llenaba de ruinas humeantes, a Norma Jeane le gustaba la guerra. La guerra era tan constante y fiable como el hambre o el sueño. *La guerra siempre estaba ahí*. Podías hablar de ella con desconocidos. La guerra era como un programa de radio que no termina nunca. Era el sueño que todos soñaban. Resultaba imposible sentirse sola durante la guerra. Desde el 7 de diciembre de 1941, cuando los japoneses bombardearon Pearl Harbor, hasta varios años después, no habría soledad. En el tranvía, en la calle, en las tiendas, en el trabajo, a cualquier hora del día, una podía preguntar con aprensión, ansiedad o naturalidad: *¿Ha pasado algo hoy?*, porque siempre pasaba o podía pasar algo. Se «libraban» continuas batallas en Europa y el Pacífico. Las noticias podían ser buenas o malas. Compartías la alegría, la tristeza o la preocupación con otros. Personas desconocidas lloraban juntas. Todo el mundo escuchaba. Todos tenían una opinión.

Al anochecer, como un sueño que se aproximaba, el mundo se oscurecía para todos. A Norma Jeane le parecía un momento mágico. Los faros de los coches se apagaban y estaba prohibido iluminar los escaparates o las marquesinas. Se disparaban ensordecedoras alarmas antiaéreas. Había

infundadas advertencias de peligro, rumores de una invasión inminente. La escasez de alimentos y otros artículos era continuo motivo de queja. Se hablaba de la existencia de un mercado negro. Norma Jeane, vestida con ropa de trabajo —pantalones holgados, camisa y jersey—, con el cabello atado con un pañuelo, se sorprendía de su propia facilidad para hablar con extraños. Aunque experimentaba una angustiosa timidez y no podía evitar tartamudear ante sus parientes políticos, incluso ante su marido cuando éste estaba quisquilloso, rara vez tartamudeaba delante de desconocidos amables, y la mayoría de los desconocidos eran amables con ella. En especial, los hombres. Norma Jeane era consciente de que atraía a los hombres, incluso a algunos lo bastante mayores para ser abuelos; sabía que la expresión vehemente y cálida en los ojos masculinos reflejaba deseo y eso la tranquilizaba. Al menos cuando estaba en un lugar público. Porque si la invitaban a cenar o al cine, siempre podía señalar sus anillos en silencio. Si le preguntaban dónde estaba su marido, podía responder en voz baja: «En el extranjero. En Australia». A veces se oía a sí misma decir que había «desaparecido en acción» en Nueva Guinea, o «muerto en combate» en Iwo Jima.

Pero la mayoría de los desconocidos quería hablar de la forma en que la guerra había afectado a su vida. *Si al menos acabara la maldita guerra*, decían. Pero Norma Jeane pensaba: *Si al menos la guerra durara eternamente*.

Porque su empleo en Radio Plane dependía de la escasez de obreros masculinos. Gracias a la guerra había camioneras, conductoras de tranvía, recolectoras de basura, encargadas de mantenimiento e incluso mujeres que llevaban grúas, reparaban techos y pintaban paredes. Por todas partes se veían mujeres uniformadas. Norma Jeane calculaba que en Radio Plane había ocho o nueve mujeres por cada hombre; salvo en los puestos directivos, naturalmente, donde no había ninguna. Le debía su trabajo y su libertad a la guerra. Le debía su sueldo a la guerra, y en menos de tres meses de trabajar allí, la ascendieron y le concedieron un aumento de veinticinco centavos por hora. Había demostrado tanta eficiencia en la cadena de montaje que la seleccionaron para desempeñar una tarea más

difícil: pintar los fuselajes de los aviones con un barniz plástico que «colocaba». El olor era penetrante y nauseabundo. Se metía en el cerebro, donde formaba minúsculas burbujas como las del champán. La sangre abandonaba su rostro y sus ojos parecían desenfocarse.

—Será mejor que salga a tomar un poco de aire fresco, Norma Jeane — dijo el capataz.

—No tengo tiempo —se apresuró a responder ella, riendo y frotándose los ojos—. No tengo tiempo.

Le costaba mover la lengua, que parecía demasiado grande para su boca. Pero le aterrorizaba la posibilidad de fallar en su nuevo puesto y que volvieran a trasladarla a la cadena de montaje o la enviaran a casa. Porque ella no tenía casa. Porque su marido la había abandonado. *Zorra enferma, patética*. No quería fallar y no lo haría. Finalmente el capataz la agarró del brazo y la sacó de la sala. Norma Jeane se asomó a una ventana y aspiró profundas bocanadas de aire fresco, pero regresó al trabajo casi de inmediato, insistiendo en que se encontraba bien. Sus manos se movían con destreza, con una inteligencia propia que crecería con el transcurso de las horas, los días, las semanas, a medida que aumentaba su tolerancia a la mezcla de sustancias químicas. Ya se lo habían dicho: «Con el tiempo, ni siquiera notarás el olor». (Sin embargo, sabía que su ropa y su pelo apestaban. En consecuencia, debía ser más escrupulosa que nunca a la hora de lavarse y ventilar las prendas.) Se negaba a pensar en la posibilidad de que los gases le dañaran la piel, las fosas nasales, los pulmones y el cerebro. Se enorgullecía de su rápido ascenso y del aumento de sueldo y tenía la esperanza de acceder a un puesto y a una paga aún mejores. El capataz la tenía por una trabajadora competente, una joven seria a quien podía confiársele un trabajo serio. Parecía una niña, pero no se comportaba como tal. ¡No en Radio Plane, donde ayudaba a fabricar bombarderos para atacar al enemigo! Veía la fábrica como una especie de carrera, y en el instituto había sido una de las corredoras más rápidas, había ganado una medalla de la que estaba orgullosa, aunque se la había enviado a Gladys a Norwalk y ésta jamás le había respondido. (En un sueño había visto a Gladys con la

medalla prendida en el cuello de la bata verde del hospital. ¿Era posible que el sueño fuera real? *No debía rendirse y no se rindió.*)

Esa mañana de noviembre, mientras vaporizaba el barniz y luchaba contra el mareo, temió que la regla se le adelantara porque ahora, para conservar su empleo, tomaba tantas aspirinas como se atrevía para combatir los dolores, sabiendo que eso estaba mal, que no se curaría si sucumbía ante semejante debilidad, y a pesar de todo, para su vergüenza, en ocasiones se veía obligada a solicitar un par de días de baja. Esa mañana de noviembre, mientras vaporizaba el barniz decidida a no marearse ni desmayarse, sonrió inesperadamente, y a pesar de que las burbujas en su cerebro parecían distraerla más que nunca, fue capaz de divisar un futuro fascinante y feliz.

El Príncipe Encantado con un atuendo formal negro y Norma Jeane, que era la Bella Princesa, luciendo un largo vestido blanco confeccionado con una tela brillante. Caminaban de la mano por la playa al atardecer. El cabello de Norma Jeane se agitaba al viento. Era el cabello rubio platino de Jean Harlow, muerta, según se rumoreaba, porque su madre pertenecía a la Ciencia Cristiana y se había negado a llamar a un médico cuando la actriz había caído gravemente enferma a los veintiséis años, pero Norma Jeane sabía que sólo la debilidad podía matarte y ella no sería débil. El Príncipe Encantado se detuvo para poner su chaqueta sobre los hombros de la joven. Le besó dulcemente los labios. Empezó a sonar música: una romántica melodíaailable. El Príncipe Encantado y Norma Jeane comenzaron a bailar, pero muy pronto ella sorprendió a su amante. Se quitó los zapatos, sus pies desnudos se hundieron en la arena húmeda ¡y qué deliciosa sensación bailar entre las olas que rompían contra sus piernas! El Príncipe Encantado la miraba estupefacto, porque ella era mucho más hermosa que cualquier mujer a la que hubiera conocido, y mientras él la miraba, ella lo esquivaba, levantando los brazos, unos brazos que de súbito se convirtieron en alas y Norma Jeane, en un pájaro de plumas blancas que se elevaba más y más alto, hasta que el Príncipe Encantado no fue más que una figura en la playa entre el espumoso oleaje, contemplándola con asombro y añoranza.

Norma Jeane alzó la vista de las manos enguantadas que sujetaban el bote de barniz y vio que un hombre la observaba desde la puerta. Era el Príncipe Encantado y tenía una cámara.

La chica de portada 1945

La vida fuera del escenario no es una vida accidental. Podría definirse como inevitable.

El manual del actor y la vida del actor

Durante aquel primer año de maravillas que estallaban ante ella igual que las violentas y punzantes olas en la playa de Santa Mónica, oyó el sereno metrónomo de esa voz. *Allí donde estés, estaré yo. Incluso antes de que llegues al lugar adonde te diriges, yo estaré allí, esperando.*

¡La expresión de la cara de Glazer! Sus compañeros del *Liberty* se burlaban sin piedad de él, recordando que había estado leyendo el *Stars & Stripes* de diciembre de 1944 con su habitual gesto adusto y aburrido hasta que, al volver una página, sus ojos parecieron saltar de las órbitas y se quedó literalmente boquiabierto. Lo que quiera que viese Glazer en aquella revista barata había tenido sobre él el efecto de una descarga eléctrica. Después emitió un graznido:

—Señor. Mi mujer. *¡Ésta es mi mujer!*

Le arrebataron la revista de las manos. Todos leyeron el titular (LAS MUJERES TRABAJADORAS DEFIENDEN EL FRENTE NACIONAL) y contemplaron embobados la foto de página entera de la mujer más bonita que jamás hubieran visto, una joven con una cascada de rizos, hermosos ojos

nostálgicos y unos labios húmedos que dibujaban una tímida sonrisa esperanzada; vestida con un mono tejano ceñido sobre los jóvenes y generosos pechos y las fabulosas caderas, sujetaba un atomizador con torpeza infantil, con ambas manos, como si estuviera a punto de rociar la cámara.

Norma Jeane trabaja nueve horas diarias en Radio Plane Aircraft, Burbank, California. Está orgullosa de su contribución a la campaña solidaria de la población civil. «El trabajo es duro, ¡pero me encanta!» Arriba, Norma Jeane en la planta de fuselajes. A la izquierda, Norma Jeane con gesto pensativo, recordando a su marido, el recluta de la marina mercante Buchanan Glaser, actualmente destinado al Pacífico Sur.

Se burlaban del pobre muchacho, le tomaban el pelo: si habían escrito Glaser en lugar de Glazer, ¿cómo podía estar tan seguro de que aquella chica era su esposa? Se enzarzaron en una pelea por la revista y poco faltó para que la destrozaran, hasta que Glazer se lanzó sobre ellos, furioso y echando chispas por los ojos:

—¡Cabrones! ¡Basta ya! ¡Dadme eso! ¡Es mío!

Y en la clase de lengua y literatura del Instituto de Van Nuys, Sidney Haring confiscó a un grupo de alborotadores el número de marzo de 1945 de la revista *Pageant*, la dejó con indiferencia sobre el escritorio y más tarde la examinó en privado, pasando las páginas hasta llegar a la que los gamberros habían señalado, sin duda con intenciones obscenas; entonces se subió las gafas sobre el caballete de la nariz para ver mejor, atónito, a...

—¡Norma Jeane!

La reconoció en el acto a pesar de la gruesa capa de maquillaje y la postura provocativa, la cabeza ladeada, la boca pintada de un oscuro tono de carmín abierta en una sonrisa entre ebria y soñadora, los ojos entornados en una ridícula expresión de éxtasis. Llevaba zapatos de tacón y un arrugado camisón semitransparente que le llegaba a la mitad del muslo, y

bajo sus pechos curiosamente puntiagudos estrechaba algo que parecía un panda de peluche con una sonrisa estúpida estampada en la cara: *¿Te apetece un cálido abrazo en esta fría noche de invierno?* Haring empezó a respirar por la boca. Las lágrimas le nublaban la vista.

—Norma Jeane. Dios santo.

Miró la fotografía una y otra vez. Sintió una oleada de vergüenza. Aquello era culpa suya; lo sabía. Habría podido salvarla, ayudarla. ¿Cómo? Habría podido intentarlo, esforzarse más. Habría podido *hacer algo*. ¿Qué? ¿Oponerse a que se casara tan joven? Quizá estuviera embarazada. Quizá había tenido que casarse. ¿Podría haberse casado con ella? Él ya estaba casado. En aquel entonces la joven tenía quince años. Él se había sentido impotente y había hecho bien en poner distancia. Había actuado con prudencia. Durante toda su vida, había actuado con prudencia. Hasta quedar tullido había sido una medida sensata, pues de ese modo había evitado alistarse. Tenía hijos pequeños y una esposa. Amaba a su familia. Ellos dependían de él. Todos los años había chicas en sus clases. Hijas adoptivas, huérfanas. Niñas maltratadas. Jovencitas de mirada ansiosa. Chicas que buscaban su consejo, su aprobación, su amor. No podía evitarlo: era un hombre, un profesor relativamente joven. Todo había empeorado con la guerra. La guerra era un salvaje sueño erótico. Si uno era un hombre. Si te veían como hombre. No habría podido salvarlas a todas, ¿verdad? Y perder su empleo. Norma Jeane vivía en un hogar de acogida. Ese solo hecho era una condena. Su madre estaba enferma... aunque no recordaba de qué. Su padre estaba..., ¿dónde? Muerto. ¿Qué habría podido hacer él, Haring? Nada. Lo que había hecho, nada, era lo único que *podía* hacer. *Sálvate a ti mismo. No las toques nunca*. No estaba orgulloso de su conducta, pero tampoco tenía motivos para avergonzarse. ¿Por qué iba a estar avergonzado? No lo estaba. Sin embargo, miró con expresión culpable hacia la puerta del aula (la jornada escolar había terminado y era difícil que entrara alguien, pero algún alumno o profesor rezagado podría espiarlo a través del cristal de la puerta), arrancó la página y arrojó el ejemplar de *Pageant* a la papelería dentro de un sobre marrón usado (para que el portero no se fijara en él). *¿Te apetece un cálido abrazo en esta fría noche de*

invierno? Haring tomó la precaución de no doblar la fotografía de página entera de su ex alumna, la introdujo en una carpeta y la guardó en el último cajón de su escritorio, junto con la media docena de poemas que la joven había escrito para él.

Sé que no sería triste mi suerte
si yo pudiera quererte.

Y en febrero, el detective Frank Widdoes del Departamento de Policía de Culver City estaba registrando la cochambrosa caravana de un sospechoso de asesinato; más concretamente, el principal sospechoso en un sonado caso de asesinato con violación, un asesinato con violación y mutilación, un asesinato con violación, mutilación y descuartizamiento. Widdoes y sus compañeros estaban seguros de que ese tipo era su hombre, de que el muy cabrón era culpable; sólo necesitaban pruebas físicas que lo relacionaran con la muerta (que había estado desaparecida durante varios días antes de que la encontraran descuartizada en un basurero de Culver City; la joven residía en West Hollywood, tenía un aire a Susan Hayward y había trabajado en un estudio cinematográfico, pero recientemente la habían despedido, había conocido a aquel psicópata y ése había sido su fin). Widdoes, que se había tapado la nariz con una mano y examinaba una pila de revistas obscenas con la otra, encontró un ejemplar de *Pix* y allí, al abrir la doble página central vio a...

—¡Santo cielo! ¡Aquella chica! —era uno de esos detectives legendarios que en las películas nunca olvida una cara ni un nombre—. Norma Jeane... ¿qué más? ¡Baker!

La joven lucía un ceñido traje de baño de una pieza que revelaba prácticamente todo lo que tenía, dejando sólo lo imprescindible a la imaginación, y unos zapatos ridículos con tacones altísimos; en una de las fotografías aparecía retratada de frente y en la otra, de espaldas, al estilo de Betty Grable, mirando con picardía por encima del hombro con un ojo guiñado y las manos en la cintura; llevaba lazos en el traje de baño y en el

pelo, que era una masa de rizos más bien oscuros fijados con laca, y una gruesa capa de maquillaje endurecía la expresión todavía infantil de su rostro. En la foto de frente parecía ofrecer provocativamente una pelota de playa al espectador con cara de tonta y los labios fruncidos en un beso. *¿Cuál es la mejor medicina para la depresión invernal? Nuestra Miss Febrero lo sabe.* Widdoes sintió un dolor sordo en el pecho. No fue como si lo atravesara una bala, sino como si le hubieran disparado un trozo de cartón doblado en varias capas con una pistola de fogeo.

Su compañero le preguntó qué había encontrado y él respondió con brusquedad:

—¿Qué esperas que encuentre? En una cloaca, sólo puedes encontrar mierda.

Enrolló con disimulo el ejemplar de *Pix* y lo puso a buen recaudo en el bolsillo interior de su chaqueta.

Y poco tiempo después, en la caravana que hacía las veces de despacho situada detrás del humeante depósito de chatarra de Reseda Street, con un cigarrillo ardiendo furiosamente entre los labios, Warren Pirig contemplaba la portada de papel satinado del último ejemplar de *Swank*. ¡La portada!

—¿Norma Jeane? Dios.

Allí estaba su chica, la joven a la que había renunciado sin haberla tocado jamás. La joven a la que todavía recordaba de vez en cuando. Pero estaba cambiada, más madura, y lo miraba como si ahora conociera las reglas del juego. Y como si lo que sabía le gustara. Llevaba una camiseta mojada con la inscripción *USS Swank* en el pecho, zapatos rojos de tacón y nada más: la ceñida camiseta le llegaba a los muslos. Le habían recogido el cabello rubio oscuro sobre la coronilla y algunos rizos sueltos caían sobre su cara. Era evidente que no llevaba sujetador, pues el tejido húmedo transparentaba sus pechos redondos y tersos. Y a juzgar por la forma en que la camiseta se ceñía a las caderas y la pelvis, tampoco llevaba bragas. La cara de Warren se cubrió de rubor. Se irguió con brusquedad en la silla, ante el desvencijado escritorio, y sus pies golpearon violentamente el suelo. Lo último que Elsie le había dicho de la chica era que se había casado, que

vivía en Mission Hills y que su marido estaba en el extranjero. Warren no había vuelto a preguntar por ella y Elsie no le había dado ninguna noticia más. ¡Y ahora esto! La portada de *Swank* y dos páginas interiores llenas de fotografías de Norma Jeane con la misma camiseta blanca. Enseñando las tetas y el culo como una puta. Warren sintió una mezcla de deseo y profundo asco, como si hubiera mordido un alimento podrido.

—Maldita sea. La culpa es de *ella*.

Se refería a Elsie. Ella había destrozado la familia. Los dedos de Warren se crisparon con el impulso de hacer daño.

Sin embargo, tomó la precaución de guardar este número especial de *Swank*, el de marzo de 1945, ocultándolo en un cajón del escritorio bajo una pila de viejos libros de cuentas.

En la droguería Mayer's, de improviso, una mañana de abril que recordaría durante mucho tiempo (la víspera de la muerte de Franklin Delano Roosevelt), Elsie oyó que Irma la llamaba con impaciencia y se acercó a mirar el último ejemplar de *Parade*, que su amiga sacudía en una mano.

—Es ella, ¿no? La chica que vivía contigo. La que se casó hace un par de años. ¡Mira!

Elsie miró la página abierta de la revista. ¡Ahí estaba Norma Jeane! Con trenzas como las de Judy Garland en *El mago de Oz*, estrechos pantalones de pana y «un conjunto de jersey y rebeca tejidos a mano» de color azul pastel: se balanceaba en un portalón de campo, sonriendo alegremente, mientras unos caballos pastaban al fondo. Norma Jeane tenía un aspecto juvenil y encantador, pero si uno examinaba la foto con atención, como hizo Elsie, podía detectar cierto grado de nerviosismo en su sonrisa radiante y jovial. La tensión le marcaba hoyuelos en las mejillas. *¡La primavera en el espectacular valle de San Fernando! En la página 89 encontrará las instrucciones para confeccionar este bonito conjunto de algodón.* Elsie se quedó tan estupefacta que se marchó de Mayer's sin pagar la revista. Subió al coche y fue directamente a Mission Hills a ver a Bess Glazer, sin perder el tiempo en telefonar antes.

—¡Bess! ¡Mira! ¡Mira esto! ¿Sabías algo al respecto? Mira quién es.

Puso la revista ante la asombrada cara de Bess, que miró la foto y frunció el entrecejo. Estaba sorprendida, sí, pero no demasiado.

—Oh, ella. Vaya.

Dejando perpleja a Elsie, Bess no añadió nada más; se limitó a conducir a su amiga a la cocina, donde sacó de un cajón el número de diciembre de 1944 de *Stars & Stripes*, enseñándole el artículo de LAS MUJERES TRABAJADORAS DEFIENDEN EL FRENTE NACIONAL. ¡Y allí estaba Norma Jeane... otra vez! Elsie sintió como si le hubieran pegado un puntapié en el estómago... otra vez. Se dejó caer en una silla, mirando fijamente a Norma Jeane —¡su propia hija, su niña!—, vestida con un ajustado mono tejano, sonriendo a la cámara como jamás, que ella recordara, le había sonreído a nadie en la vida real. *Como si quienquiera que sujetara la cámara fuera su mejor amigo. O acaso su mejor amiga fuera la propia cámara.* La embargó una oleada de sentimientos encontrados: confusión, dolor, vergüenza, orgullo. ¿Por qué Norma Jeane no la había hecho partícipe de esta estupenda noticia?

—Me la envió Bucky —decía Bess con su habitual cara avinagrada—. Supongo que está orgulloso de ella.

—¿Y tú no? —preguntó Elsie.

—¿Orgullosa de una cosa así? —repuso Bess con mal humor—. Desde luego que no. Los Glazer creen que es una vergüenza.

Elsie cabeceó, indignada.

—Yo creo que es estupendo. Me siento orgullosa. Norma Jeane será modelo o estrella de cine. Ya verás.

—Es la mujer de mi hijo —replicó Bess—. Los votos matrimoniales tienen prioridad.

Elsie no se marchó enfadada; se quedó. Bess preparó café y las dos charlaron y lloraron por la añorada Norma Jeane.

A la caza de un contrato

Para el verdadero actor, cualquier papel es una oportunidad. No hay papeles secundarios.

El manual del actor y la vida del actor

Fue Miss Productos de Aluminio 1945 en su primera semana con la agencia Preene. Lucía un ceñido vestido plisado de nailon blanco con amplio escote, varias vueltas de perlas falsas y pendientes a juego, zapatos de tacón blancos, guantes hasta el codo también blancos y una gardenia de color crema prendida a la melena iluminada con «mechas» y larga hasta los hombros. Se celebraba una convención de cuatro días en el centro de Los Ángeles y ella se vio obligada a permanecer de pie durante horas sobre una plataforma, en medio de una selección de relucientes artículos domésticos de aluminio, entregando folletos informativos a los interesados: casi todos hombres. La paga era de doce dólares diarios más gastos (mínimos) de comida y transporte.

En la segunda semana, fue Miss Productos de Papelería 1945. Con un vestido de papel pinocho rosa subido, que se arrugaba cada vez que se movía y se agrietaba con la humedad de las axilas, y una corona del mismo material sobre el cabello recogido. En una sala de congresos, repartiendo folletos informativos y muestras de artículos de papelería: papel de seda,

higiénico, compresas (en envoltorios marrones sin señas). La paga era de diez dólares diarios más gastos (mínimos) de comida y transporte.

Sería Miss Hospitalidad en una convención de instrumentos quirúrgicos en Santa Mónica. Miss Productos Lácteos del Sur de California 1945, vestida con un traje de baño blanco con manchas negras —simulando las de las vacas Guernsey— y zapatos de tacón. Fue «azafata-corista» en la inauguración del hotel Luxe Arms de Los Ángeles. Y también en la ceremonia inaugural del restaurante-parrilla Rudy's en Bel Air. Luciendo un atuendo náutico —blusa marinera, falda corta, medias de seda y tacones altos— fue azafata en la exposición de yates de Rolling Hills. Con un vistoso conjunto de falda vaquera y chaleco con flecos de cuero crudo, sombrero de ala ancha y una cartuchera con un revólver plateado (descargado) colgada de su curvilínea cadera, fue Miss Rodeo 1945 en Huntington Beach (donde, bajo las deslumbrantes luces, un risueño maestro de ceremonias le «echaría el lazo»).

Está terminantemente prohibido alternar con los clientes. No deberá aceptar propinas bajo ninguna circunstancia. Los clientes pagarán directamente a la empresa. En caso de incumplir estas reglas, la agencia se verá en la obligación de rescindir el contrato.

Tomaba aspirinas Bayer para aliviar los dolores menstruales. Pero como no siempre surtían el efecto deseado, empezó a tomar medicamentos más fuertes (¿codeína?, ¿qué era exactamente la «codeína»?) recetados por el médico de la agencia Preene. El abundante, constante flujo menstrual. El dolor pulsátil en la cabeza. A menudo se le nublaba la vista en uno o los dos ojos. En los peores días no podía trabajar. Cada vez que perdía una paga, aunque sólo fuera de diez dólares, era como si le sacaran una muela. ¿Y si se quedaba ciega? ¿Y si tenía que ir a tientas hasta la parada del tranvía, tambaleándose como una vieja? La aterrorizaba la posibilidad de convertirse en una mujer desaliñada como su madre. La aterrorizaba la posibilidad de convertirse en una inepta incluso para las tareas más

sencillas. La aterrizzaba la posibilidad de que los perros olfatearan su húmeda entrepierna. A pesar de que reforzaba las compresas con varias capas de pañuelos de papel, se empapaban de sangre en menos de una hora. ¿Dónde se cambiaría? ¿Con qué frecuencia? Los demás advertirían que andaba con rigidez, como si sujetara una tabla entre los muslos. Estaba desesperada: no podía quedarse en cama semiinconsciente y llorosa, como solía hacer en Verdugo Gardens o en casa de los Pirig, donde tía Elsie le llevaba una bolsa de agua caliente y leche templada. *¿Cómo te encuentras, cariño? Procura aguantar.*

Ahora no tenía a nadie que la quisiera. Estaba sola. Ahorraba para comprar un coche de segunda mano a un amigo de Otto Öse. Alquilaba una habitación amueblada en West Hollywood, a pocos minutos andando del estudio de Otto Öse. Enviaba billetes de cinco dólares a Gladys al Hospital Psiquiátrico Estatal de Norwalk: «¡Con mis saludos, madre!». Se comentaba que era una de las más «prometedoras» modelos nuevas de Preene. Uno de los valores «en alza». Al presidente de la agencia no le gustaba el tono rubio de su cabello. O quizá dijera «turbio». Tuvo que pagar para que le hicieran «reflejos» en un salón de belleza. Tuvo que asistir a clases para modelos en la agencia. A veces le proporcionaban las prendas para sus apariciones en público; otras veces, tenía que ponerlas ella. Tenía que llevar sus propias medias, desodorante, maquillaje y ropa interior. Aunque ganaba dinero, se veía obligada a pedir préstamos a la agencia, a Otto Öse y a otros. Tenía miedo de hacerse una carrera en las medias; la habían visto (desconocidos, en un tranvía) prorrumpir en sollozos al advertir un pequeño enganche que presagiaba una catastrófica carrera. *Ay, no. No, Dios, por favor.* Ahora que trabajaba como modelo de Preene, sus temores eran todos por el estilo: a sudar a pesar del desodorante en un día húmedo y caluroso, a oler mal, a mancharse el vestido. Todo el mundo se enteraría, porque todo el mundo la observaba. Incluso cuando no estaba siendo fotografiada en el estudio de Otto Öse, bajo su despiadada mirada y los crueles y deslumbrantes focos. Se había atrevido a salir del espejo y ahora todos la observaban. No tenía donde esconderse. En el orfanato podía ocultarse en uno de los lavabos. Podía ocultarse bajo las mantas de la cama.

Podía escabullirse por una ventana y ocultarse en una de las pendientes del tejado. ¡Ah, echaba de menos el orfanato! Echaba de menos a Fleece, a quien quería como a una hermana. Ah, echaba de menos a todas sus hermanas: Debra Mae, Janette, el Ratón. ¡El Ratón era ella! Echaba de menos a la doctora Mittelstadt y todavía le enviaba poemas de vez en cuando. *Por la noche, entre las sombras errantes, las estrellas son más brillantes. En el fondo de nuestro corazón, sabemos si tenemos razón.* Otto Öse, que la había fotografiado en Radio Plane y parecía capaz de leer sus pensamientos, se burlaba de su sentimentalismo. De la huerfanita de ojos húmedos. Le decía con cruel franqueza que le pagaban «puñeteramente bien» para que fuera una chica especial, de modo que más le valía ser especial.

—De lo contrario, tendrás que buscarte la vida.

Lo haría, lo haría, ¡sería alguien especial! Aunque le costara la vida. ¿Acaso Gladys no la había preparado para ello desde un principio? Clases de canto y de piano. Preciosos trajes a medida para ir a la escuela.

Otto Öse, el Príncipe Encantado. La había sorprendido en la sala de pintura de Radio Plane y le había hecho un montón de fotografías para *Stars & Stripes*: Norma Jeane vestida con su mono de «mujer trabajadora defendiendo el frente nacional», a pesar de sus protestas, de su timidez y de su resistencia a posar después de que Bucky la obligara a hacerlo. Pero él la había perseguido entre los fuselajes, negándose a aceptar un no por respuesta. Otto trabajaba para la revista oficial de las fuerzas armadas de Estados Unidos y eso era una seria responsabilidad para él, pero también para ella. Los soldados que combatían en el exterior necesitaban que les subieran la moral con fotografías de jóvenes guapas.

—No querrás que nuestros muchachos desesperen, ¿no? Sería el equivalente a una traición.

Otto Öse hacía reír a Norma Jeane, aunque era el hombre más feo que había visto en su vida. Disparaba la cámara, *clic, clic, clic*, encorvado, mirándola fijamente como un hipnotizador.

—¿Sabes quién es mi jefe en *Stars & Stripes*? Ron Reagan.

Norma Jeane cabeceó, desconcertada. ¿Reagan? ¿Ronald Reagan, el actor? ¿Un Tyrone Power o Clark Gable de tercera? Le sorprendió que un actor como Reagan tuviera alguna relación con una revista militar. De hecho, era sorprendente que un actor pudiera hacer cualquier cosa «real».

—«Tetas, culos y piernas, Öse; ése es tu trabajo», dice Reagan. El muy imbécil no sabe nada de fábricas si cree que puedo fotografiar piernas en un sitio como éste.

Era el hombre más feo y grosero que Norma Jeane había conocido en su vida.

Sin embargo, Otto tenía razón. Se jactaba de haberla arrancado de las garras del olvido y era verdad. Los desconocidos que la contrataban tenían todo el derecho de exigir una mujer especial y no una pueblerina de Van Nuys. Había aprendido que no debía ofenderse, y mucho menos romper a llorar, cuando ellos la examinaban como si fuera un maniquí. O una vaca.

—Ese pintalabios es demasiado oscuro. Parece una zorra.

—Venga, Maurie. Ese tono de carmín está de moda.

—Su busto es demasiado grande. Se le ven los pezones a través de la blusa.

—¡Joder! Su busto es perfecto. ¿Qué quieres?, ¿vasos de papel? ¿Y qué tienen de malo los pezones? ¿Tienes algo en contra de los pezones? Vaya gracia.

—Dile que no sonría demasiado; parece que tuviera el baile de San Vito.

—Se supone que las chicas estadounidenses tienen que sonreír, Maurie. ¿Para qué le pagamos? ¿Para que dé pena?

—Parece Bugs Bunny.

—Maurie, lo tuyo es el vodevil, no la ropa de señora. ¡Por Dios! La chica está aterrorizada. Esto nos está costando una pasta.

—¿Y me lo dices a mí? Ya lo creo que nos está costando una pasta.

—¡Mierda, Maurie! ¿Quieres que la despida cuando acaba de llegar? ¿Con esa carita de ángel?

—¿Estás loco, Mel? Ya le hemos pagado veinte dólares, sin contar los ocho por el transporte. Lo perderíamos todo. ¿Crees que somos

millonarios? La chica se queda.

Norma Jeane estaba orgullosa: siempre acababan dejando que se quedara.

En su primera semana de trabajo, se cruzó con una pelirroja espectacular que salía de la agencia Preene en el mismo momento en que ella entraba: la chica bajaba por la escalera repiqueteando furiosamente en los peldaños con los tacones. La melena cobriza le caía sobre los ojos, al estilo de Veronica Lake, y llevaba un ajustado vestido negro de punto con marcas de sudor en las axilas, carmín chillón, colorete en las mejillas y un perfume tan penetrante que hacía llorar los ojos. No era mucho mayor que Norma Jeane, pero empezaba a mostrar signos de decadencia, y tras mirar mejor a Norma Jeane, a quien prácticamente había empujado para apartarla de su camino, la cogió del brazo.

—¡Ratón! ¡Dios santo! Eres tú. Ratón, ¿verdad? ¿Norma Jane... Jeane?

¡Era Debra Mae, del orfanato! Debra Mae, que dormía en la cama contigua a la de Norma Jeane y todas las noches lloraba hasta quedarse dormida..., a menos que fuera la propia Norma Jeane quien lloraba hasta quedarse dormida (porque nada de lo referente al orfanato estaba claro). Pero ahora Debra Mae era «Lizbeth Short», un nombre que, según dijo con amargura, no había escogido ella y no le gustaba. Era una modelo de la agencia Preene temporalmente fuera de servicio. O quizá (Norma Jeane no estaba segura, porque no había querido interrogarla) la agencia la hubiera despedido. Tal vez le debieran dinero. Le dijo a Norma Jeane que no cometiera el mismo error que ella; naturalmente, Norma Jeane le preguntó de qué error se trataba y Debra Mae dijo:

—Aceptar dinero de los hombres. Si lo haces y la agencia te pilla, sólo querrán que hagas eso.

Norma Jeane se quedó estupefacta.

—¿Que querrán qué? Creía que la agencia no lo permitía.

—Eso es lo que dicen —repuso Debra Mae con el morro torcido—. Yo quería ser una modelo de verdad y conseguir una audición en un estudio

cinematográfico, pero... —sacudió la melena cobriza— las cosas no salieron como esperaba.

Tratando de aclarar sus ideas, Norma Jeane preguntó:

—¿Quieres decir que aceptas dinero de hombres a cambio de salir con ellos?

A Debra Mae no le gustó su expresión y saltó:

—¿Qué tiene eso de terrible? ¿Qué tiene de *original*? ¿Cuál es el problema? ¿Que no estoy casada?

Debra Mae bajó la vista y miró las manos de Norma Jeane, pero ésta se había quitado los anillos, desde luego. Nadie contrataría como modelo a una mujer casada.

—No, no...

—¿Es que sólo una mujer casada tiene derecho a aceptar dinero de un hombre que quiere acostarse con ella?

—No, Debra Mae...

—¿Tan vergonzoso es que yo necesite dinero? Vete a la mierda.

Debra Mae apartó con brusquedad a Norma Jeane y se marchó hecha una furia, con la espalda erguida y la cabeza leonada muy alta. Sus tacones repiquetearon en las escaleras como castañuelas. Norma Jeane parpadeó, mirando a la hermana huérfana a la que no había visto en casi ocho años con tanto asombro como si ella acabara de abofetearla. En su dolorido recuerdo de esta escena, con el tiempo creería que, en efecto, Debra Mae la había abofeteado. Norma Jeane la llamó con voz suplicante:

—Espera, Debra Mae... ¿Sabes algo de Fleece?

Con crueldad, Debra Mae gritó por encima del hombro:

—¡Fleece ha *muerto*!

Madre e hija

Todavía no me sentía orgullosa; quería sentirme orgullosa. Envió fotografías suyas, cuidadosamente seleccionadas, de *Parade*, *Family Circle* y *Collier's* a Gladys Mortensen al Hospital Psiquiátrico Estatal de Norwalk. No eran fotos eróticas como las publicadas en *Laff*, *Pix*, *Swank* y *Peek*, sino retratos en los que aparecía completamente vestida: con el conjunto de jersey y rebeca tejido a mano; con vaqueros, camisa con alforzas y coletas, al estilo de Judy Garland en *El mago de Oz*, arrodillada junto a un par de corderitos, sonriendo alegremente mientras acariciaba la suave e inmaculada lana blanca; con un atuendo de colegiala compuesto por falda tableada roja, jersey blanco de cuello cisne, mocasines, calcetines cortos blancos y el cabello color miel recogido en una cola de caballo, saludando con una gran sonrisa (*¡Hola!* o *¡Adiós!*) a alguien situado detrás de la cámara.

Pero Gladys no respondió.

—¿Qué más da? No me importa.

Comenzó a soñar con una situación que se repetía. O quizá la hubiera soñado siempre, aunque no lo recordara. *Tengo una herida entre las piernas. Un corte profundo. Sólo eso: un corte. Un vacío desde el cual mana la sangre.* En una variante de este sueño, que ella llamaría el «sueño de la herida», volvía a ser una niña, Gladys la sumergía en una bañera llena de agua hirviendo, prometiéndole que de ese modo la purificaría y todo

«iría bien» y ella se aferraba a las manos de Gladys, aterrorizada, debatiéndose entre el deseo de soltarse y el miedo a soltarse.

—Supongo que sí me importa. ¡Debería admitirlo!

Ahora que ganaba dinero de la agencia Preene y como intérprete en plantilla de La Productora, empezó a visitar a Gladys en el hospital de Norwalk. En el curso de una conversación telefónica, el psiquiatra le había dicho que Gladys Mortensen había mejorado «prácticamente hasta el límite de sus posibilidades». Desde que la habían ingresado, hacía casi una década, la paciente había sido sometida a numerosos tratamientos de electrochoque que habían reducido sus «ataques maníacos» y en la actualidad se encontraba bajo una fuerte sedación para evitar crisis de «euforia» y «depresión». De acuerdo con los informes del hospital, hacía mucho tiempo que no intentaba hacerse daño ni hacer daño a otros. Norma Jeane preguntó con ansiedad si una visita suya podría trastornarla.

—¿Trastornar a su madre, o trastornarla a usted? —dijo el psiquiatra.

Norma Jeane no había visto a Gladys en diez años.

Sin embargo, reconoció de inmediato a la mujer delgada vestida con una descolorida bata verde que tenía el dobladillo torcido (o quizá estuviera mal abotonada).

—¿Ma-madre? ¡Oh, madre! Soy Norma Jeane.

La joven abrazó a su madre sin que ésta le devolviera el abrazo ni se resistiera, pero más tarde recordaría que ambas se habían echado a llorar; en verdad, sólo Norma Jeane lloró, sorprendiéndose de la virulencia de sus emociones. *En mis primeras clases de interpretación nunca conseguía llorar. Después de ir a Norwalk, fui capaz de hacerlo.* Estaban en la sala de visitas, rodeadas de desconocidos. Norma Jeane no dejaba de sonreír a su madre. Temblaba violentamente, le costaba respirar y, para su bochorno, no podía evitar fruncir la nariz, pues Gladys despedía el olor acre y desagradable de una persona que no se ha lavado en mucho tiempo. Con apenas un metro sesenta de estatura, Gladys era más baja de lo que Norma Jeane recordaba. Llevaba unas zapatillas y unos calcetines cortos mugrientos. La bata verde tenía marcas de sudor en las axilas. Le faltaba un

botón, y a través del cuello abierto de la prenda se veía el pecho cóncavo de Gladys y una roñosa combinación blanca. También su pelo estaba descolorido —un castaño opaco con hebras grises— y encrespado como la lana sin cardar. Su cara, otrora llena de vida, ahora se veía sin brillo, con la piel cetrina llena de finas grietas, como un papel arrugado. Gladys debía de haberse arrancado la mayor parte de los pelos de las cejas y las pestañas y resultaba impresionante ver sus ojos tan desnudos y desprotegidos. Unos ojos tan pequeños, desconfiados, húmedos y desprovistos de color. La boca que siempre había sido atractiva, pícara y seductora había quedado reducida a una delgada hendidura. Habría pasado por una mujer de cualquier edad entre los cuarenta y los sesenta y cinco. De hecho, ¡habría podido ser cualquiera! Cualquiera desconocida.

Pero las enfermeras nos comparaban. Nos miraban. Alguien les había dicho que la hija de Gladys Mortensen era modelo y salía en las portadas de las revistas y buscaban el parecido entre madre e hija.

—¿Ma-madre? Te he traído algunas cosas.

Las *Poesías selectas*, de Edna St. Vincent Millay, un pequeño volumen de tapa dura que había comprado en una librería de viejo en Hollywood. Un bonito mantón gris perla, delicado como una telaraña, que le había regalado Otto Öse. Una polvera de concha con polvos compactos. (¿Cómo se le había ocurrido? Naturalmente, la polvera tenía un espejito. Una de las enfermeras, que estaban pendientes de todo, le dijo a Norma Jeane que no podía dejar ese regalo: «El espejo podría romperse y usarse con otros fines».)

Pero le permitieron salir al jardín con su madre. Gladys Mortensen estaba lo bastante bien para gozar de ese privilegio. Caminaron lenta y laboriosamente, pues Gladys arrastraba los hinchados pies calzados con zapatillas viejas de una manera que a Norma Jeane, a su pesar, le pareció exagerada, incluso morbosamente cómica. ¿Quién era esa vieja amargada y enferma que interpretaba el papel de Gladys, su madre? ¿Debía inspirar piedad o risa? ¿No era acaso Gladys Mortensen una mujer veloz, inquieta, siempre impaciente con los «lerdos»? Norma Jeane hubiera querido cogerla del delgado y flácido brazo, pero no se atrevió. Temía que su madre la

rechazara. A Gladys nunca le había gustado que la tocaran. El acre olor a sucio se intensificaba cuando ella se movía.

Su cuerpo se está pudriendo poco a poco. Yo siempre me bañaré, siempre me mantendré limpia. ¡Limpia! Esto jamás me ocurrirá a mí.

Al fin salieron a la luz de un día radiante y ventoso.

—¡Qué bien se está aquí, madre! —exclamó Norma Jeane con voz curiosamente aguda e infantil.

A pesar de que tuvo que contener el impulso de librarse de la carga de su madre y correr, correr, correr.

Norma Jeane miró con inquietud los bancos deteriorados por la intemperie y el agostado césped pardusco. De repente la invadió la poderosa sensación de que había estado allí antes. Pero ¿cuándo? Nunca había visitado a Gladys en el hospital y sin embargo aquel sitio le resultaba familiar. Se preguntó si Gladys le habría transmitido sus pensamientos, quizá en sueños. Si había tenido esa clase de poder cuando ella era pequeña. Norma Jeane estaba segura de que conocía el jardín situado detrás del ala oeste del hospital de ladrillo. La zona pavimentada con el cartel de ENTRADA DE PROVEEDORES. Las palmeras ralas, los achaparrados eucaliptos. El rumor seco de las hojas de las palmeras agitándose al viento. *Los espíritus de los muertos, que quieren regresar.* En la memoria de Norma Jeane, el jardín del hospital era más grande y escarpado y no estaba en medio de un bullicioso barrio urbano, sino en pleno campo de California. Sin embargo, el cielo era tal como lo recordaba, con nubes claras que el viento empujaba desde la costa.

Norma Jeane estaba a punto de preguntar a Gladys en qué dirección quería ir, pero su madre, sin decir una palabra, se separó de ella y fue arrastrando los pies hacia el banco más cercano. Se sentó de inmediato, como un paraguas que se cerrara de golpe. Cruzó los brazos sobre su delgado pecho y encorvó los hombros como si sintiera frío o estuviera enfadada. Sus párpados eran gruesos como los de una tortuga. El cabello seco como copos de trigo se movía con rigidez a merced del viento. Norma Jeane se apresuró a cubrirle amorosamente los hombros con el mantón gris.

—¿Estás mejor así, madre? ¡Ah, qué bien te sienta este mantón!

Parecía incapaz de controlar su voz. Se sentó junto a Gladys, sonriendo. Empezaba a asustarse, como si estuviera interpretando la escena de una película sin que antes le hubieran dado el guión; estaba obligada a improvisar. No se atrevía a contarle a Gladys que el mantón era un obsequio de un hombre en quien no confiaba, un hombre al que adoraba y temía a la vez, un hombre que sería su salvador. La había fotografiado en «poses artísticas» con ese mismo mantón echado de forma provocativa sobre los hombros desnudos; con un escotado vestido rojo de tejido sintético, sin sujetador debajo y con los pezones (previamente frotados con hielo, «un truco viejo, pero eficaz», según Öse) prominentes como pequeñas uvas. Las fotografías eran para una nueva revista de Howard Hughes llamada *Sir!*

Otto Öse aseguraba que había comprado el mantón especialmente para Norma Jeane, su primer y único regalo, pero la joven sospechaba que lo había encontrado en algún sitio; en el asiento trasero de un coche sin llave, por ejemplo. O que se lo había quitado a otra de sus chicas. Como «marxista radical», Otto Öse creía que un artista tenía el derecho de apropiarse de todo aquello que quisiera.

¿Qué diría Otto Öse si viera a Gladys?

Nos fotografiaría juntas, cosa que no debe ocurrir jamás.

Norma Jeane le preguntó a Gladys cómo se sentía y ella murmuró algo ininteligible. Entonces le preguntó si querría ir a visitarla algún día.

—El médico dice que podrás ir a verme. Que estás «prácticamente curada». Podrías quedarte a dormir en mi casa o pasar una tarde conmigo.

Norma Jeane vivía en una habitación pequeña con una sola cama individual. ¿Dónde dormiría ella si Gladys ocupara la cama? ¿Podrían dormir juntas? Experimentó una mezcla de euforia y aprensión, pero entonces recordó que su agente, I. E. Shinn, le había advertido de que no le dijera a nadie que su madre era una «enferma mental». «El estigma te perseguirá siempre.»

Pero Gladys no parecía ansiosa por ir a casa de su hija. Respondió con un vago gruñido. Sin embargo, Norma Jeane pensó que se alegraba de que la hubiera invitado, aunque todavía no estuviera en condiciones de aceptar. Acarició la mano delgada, seca e inerte de Gladys.

—Ay, madre, ha pasado tanto tiempo... Lo lamento.

¿Cómo decirle que no se había atrevido a ir a verla mientras estaba casada con Bucky Glazer? Los Glazer le daban mucho miedo. Temía las críticas de Bess. Titubeante, Norma Jeane rebuscó en el bolso, sacó un pañuelo de papel y se enjugó los ojos. Estaba obligada a llevar rímel marrón oscuro incluso los días en los que no trabajaba, pues una modelo de Preene debía estar siempre perfecta en público, y la aterrorizaba la idea de que el rímel se extendiera como tinta por sus mejillas. Ahora llevaba el pelo de color castaño claro, un tono miel, y con ondas grandes en lugar de rizos. Sus apretados tirabuzones de colegiala estaban «pasados de moda»; en la agencia le habían dicho que parecía la «hija de un granjero de Oklahoma emperifollada para sacarse una foto en Woolworth». Y tenían razón, desde luego. Otto Öse opinaba lo mismo. Sus cejas finas, su ropa barata, la postura de su cabeza e incluso la manera en que respiraba eran inadecuadas y debía corregirlas. (*¿Qué te has hecho?*, preguntó Bucky Glazer la única vez que se vieron desde que le dieron de baja en el ejército. *¿Pretendes convertirte en una fulana?* Estaba ofendido y furioso. Lo habían avergonzado ante su familia. Ningún Glazer se había divorciado antes. Las esposas de los Glazer nunca se *fugaban*.)

—Te envié las fotos de mi boda, madre —decía Norma Jeane—. Creo que debería decirte que ya no estoy casada —alargó la mano izquierda, que temblaba ligeramente y ya no tenía anillos—. Mi es-esposo..., éramos tan jóvenes..., él decidió que... que no quería...

Si aquélla hubiera sido una escena de una película, la joven y recién divorciada esposa se habría deshecho en lágrimas y su madre la habría consolado, pero Norma Jeane sabía que eso no ocurriría y no se permitió llorar. Sabía que las lágrimas inquietarían o molestarían a Gladys.

—No puedes amar a un hombre que no te ama a ti, ¿verdad, madre? Porque si quieres a alguien de verdad, las almas se funden y Dios está en ambos, pero si él no te quiere...

Norma Jeane se interrumpió. No estaba segura de lo que quería decir. ¡Oh, había amado a Bucky Glazer más que a su propia vida! Sin embargo,

por alguna razón misteriosa, ese amor se había desvanecido. Esperaba que Gladys no le hiciera preguntas sobre Bucky y el divorcio, y no se las hizo.

Permanecieron sentadas bajo la irregular luz del sol, mientras las nubes pasaban sobre ellas como veloces pájaros depredadores. A pesar de que era un día bonito y templado, había pocos pacientes en el jardín. Norma Jeane se preguntó qué opinión tendrían de su madre, que era claramente superior a los demás pacientes. Deseó que hubiera llevado consigo el libro de poemas, pero Gladys lo había dejado en la sala de visitas. ¡Habrían podido leer poesía juntas! ¡Qué recuerdos tan felices tenía de los tiempos en que Gladys le leía poemas! Y de los largos y maravillosos paseos dominicales por Beverly Hills, Hollywood Hills, Bel Air, Los Feliz. Las casas de las estrellas. Gladys había conocido a muchos de aquellos hombres y mujeres. Había sido invitada a algunas de esas mansiones y había acudido escoltada por el apuesto actor que era el padre de Norma Jeane.

Ahora me toca a mí. ¡Sí!

Madre, dame tu bendición.

Si su padre siguiera vivo y en Hollywood; si a Gladys le dieran el alta en el hospital, cosa que parecía factible; si se fuera a vivir con ella; si la carrera de Norma Jeane «despegara», como el señor Shinn creía que ocurriría... Su mente se convirtió en un torbellino de emociones, como cuando despertaba en mitad de la noche con el camisón empapado y las sábanas húmedas.

Volvió a rebuscar en su bolso, que estaba repleto de cosas (un pequeño estuche de maquillaje para emergencias, compresas, desodorante, imperdibles, vitaminas, monedas sueltas y una libreta barata para apuntar sus pensamientos), y sacó un sobre que contenía fotografías suyas recientes. En todas aparecía en poses «decentes»; nada chabacano o vulgar. Había preparado las fotos para presentarlas una a una, como un regalo, ante los atónitos ojos de su madre, que gradualmente se llenarían de orgullo y emoción. Pero Gladys se limitó a exclamar «¡ja!» mientras miraba las imágenes con gesto indescifrable. Sus labios delgados y sin vida se hicieron aún más finos. *Quizá imaginara que la mujer de las fotos era ella en su juventud*, pensaría más tarde Norma Jeane.

—Ay, ma-madre, este último año ha sido fantástico, maravilloso, como los cuentos de hadas de la abuela Della. A veces todavía me parece increíble. ¡Soy modelo! Estoy contratada en La Productora, donde trabajabas tú. Lo único que tengo que hacer para ganarme la vida es posar. ¡Es el trabajo más fácil del mundo!

Pero ¿por qué decía esas cosas? La verdad era que se trataba de un trabajo duro, lleno de ansiedad, de preocupaciones que la mantenían en vela por las noches, un trabajo más difícil que cualquier otro que hubiera hecho, más estresante y agotador que el que solía hacer en Radio Plane: era como andar por la cuerda floja sin una red debajo, mientras los demás —el fotógrafo, el cliente, la agencia, La Productora— la juzgaban constantemente. *La mirada de los demás* con su cruel poder para reírse de ella, burlarse, rechazarla, despedirla, enviarla de vuelta, como un perro apaleado, al olvido del que acababa de emerger.

—Si quieres, puedes quedártelas. Tengo co-copias.

Gladys emitió un sonido impreciso y siguió mirando sin parpadear las fotos que le pasaba Norma Jeane.

Curiosamente, en cada una de ellas tenía un aspecto distinto. Infantil, sensual, anodina, sofisticada, etérea, *sexy*, más joven de lo que era, mayor de lo que era. (Pero ¿qué edad tenía Norma Jeane? Tuvo que pellizcarse para recordar que acababa de cumplir los veinte años.) En algunas llevaba el pelo suelto; en otras, recogido. Se la veía alternativamente provocativa, coqueta, pensativa, soñadora, masculina, altiva, divertida. Era guapa. Era bonita. Era hermosa. La luz caía de lleno sobre sus facciones, o las sombreaba con sutileza, como en un cuadro. En la foto de la que más orgullosa estaba, y que no había tomado Otto Öse sino un fotógrafo de La Productora, Norma Jeane aparecía entre las ocho jóvenes contratadas en 1946, posando en tres filas: de pie, sentadas en un sofá y sentadas en el suelo. Norma Jeane miraba más allá de la cámara con expresión ausente y los labios entreabiertos pero sin sonreír como las demás, sus rivales, que parecían suplicar *¡Miradme! ¡Miradme sólo a mí!* Al señor Shinn, su agente, no le gustaba esta foto porque en ella Norma Jeane no aparecía sugerentemente vestida como las otras. Llevaba una blusa de seda blanca

con escote en V y un lazo, la clase de blusa que usaría una joven de buena familia y no un símbolo sexual; era verdad, Norma Jeane estaba sentada a lo indio sobre la alfombra, como el fotógrafo le había indicado, con las rodillas muy separadas y las piernas enfundadas en medias de seda a la vista, aunque su falda oscura y las manos enlazadas en el regazo ocultaban sus partes íntimas. Sin duda no había nada en esa foto que pudiera ofender a la exigente Gladys, ¿verdad? Por eso cuando su madre frunció el entrecejo y examinó la fotografía a la luz como si se tratara de un acertijo, Norma Jeane dijo con una risita culpable:

—Supongo que «Norma Jeane» todavía no existe, ¿no? Cuando sea actriz, si me dejan..., podré ser otras personas. Espero trabajar todo el tiempo, porque entonces nunca estaré sola —hizo una pausa, esperando a que Gladys hablara. Que le dijera algo halagüeño o alentador—. ¿Mamá?

Gladys arrugó aún más el ceño y se volvió hacia su hija. El acre olor a sucio hizo que Norma Jeane frunciera la nariz. Sin mirar directamente a los ojos llenos de ansiedad de la joven, Gladys murmuró algo que sonó como un «sí».

—¿Mi pa-padre trabajaba para La Productora? —preguntó de forma impulsiva Norma Jeane—. ¿No me dijiste eso? ¿En 1925? He estado fisgando en los archivos, tratando de encontrar su foto, pero...

Esta vez Gladys reaccionó. Su expresión cambió de inmediato. Pareció ver a su hija por primera vez con sus furibundos ojos sin pestañas. Norma Jeane se asustó tanto que las fotos se le cayeron de las manos. Se agachó a recogerlas con la cara encendida.

La voz de Gladys sonó como una bisagra oxidada.

—¿Dónde está mi hija? Dijeron que mi hija vendría a verme. No te conozco. ¿Quién eres tú?

Norma Jeane ocultó su cara abochornada. No tenía ni idea.

Sin embargo, regresaría obstinadamente a Norwalk a visitar a Gladys. Una y otra vez.

Algún día, me llevaré a madre a casa. ¡Lo haré!

Aquel día soleado y ventoso de octubre de 1946.

En el aparcamiento del Hospital Psiquiátrico Estatal de Norwalk, Otto Öse se arrellanó en el pequeño Buick de dos plazas mientras esperaba a que saliera la dulce jovencita cuyo valor él había inflado en la ciudad como si se tratara de una vaca de Oklahoma. Si se sumaba la medida de su busto a la de sus caderas, uno obtenía la cifra aproximada de su cociente intelectual. Y ella lo adoraba. Y, caray, qué encantadora era, a pesar de su estupidez: a veces intentaba discutir con él de marxismo (había estado leyendo el *Daily Worker* que le había dejado) y del «sentido de la vida» (había intentado leer a Schopenhauer y otros «grandes filósofos»). Pero tenía el mismo sabor del azúcar morena deshaciéndose en la lengua. (¿Sería cierto que Otto la había degustado? Sus amigos no se ponían de acuerdo al respecto.) La esperó durante una hora, mientras ella visitaba a la chalada de su madre en Norwalk. Un hospital psiquiátrico del estado de California, el lugar más deprimente del mundo. ¡Brrr! Mejor no pensar —desde luego, Otto no quería hacerlo— que la locura es un mal hereditario. Que se transmite por los genes. La dulce y pobrecilla Norma Jeane Baker.

—No le conviene tener hijos. Ella lo sabe.

Otto Öse se entretuvo fumando puros y examinando su cámara. No permitía que nadie más la tocara. Sería como si le tocaran los genitales. ¡De ninguna manera! Por fin vio a Norma Jeane caminando a paso vivo hacia él. Tenía una expresión ausente en la cara y se tambaleaba sobre los altos tacones de sus zapatos.

—Eh, muñeca.

Otto arrojó el cigarro al suelo y comenzó a hacerle fotos.

Se apeó del coche y se acuclilló. *Clic, clic. Clic, clic, clic.* Aquello era la sal de su vida. Había nacido para eso. A la mierda con el cabrón de Schopenhauer, puede que la vida no fuera más que voluntad ciega y sufrimiento inútil, pero ¿qué más daba en momentos como aquél? Cuando uno tiene ocasión de fotografiar la cara hecha cisco de una jovencita, sus pechos bamboleándose, su culo, sobre todo si la chica tiene el aspecto de una niña metida a la fuerza en un cuerpo de mujer, inocente como algo que

a uno le gustaría manchar con el pulgar sin otro propósito que el de ensuciarlo. La pobre había llorado: tenía los ojos hinchados y su cara manchada de rímel parecía la de un payaso. Sus lágrimas, como gotas de lluvia, habían salpicado con motas oscuras la pechera del jersey de punto rosa, y los pantalones de lino blancos, comprados esa misma semana en una tienda de Vine donde las mujeres y amantes de los ejecutivos del estudio ponían en venta su guardarropa del año anterior, estaban irremediablemente arrugados en la entrepierna.

—La cara de la Hija —recitó Öse con voz de sacerdote—. No estás nada atractiva —se incorporó y olfateó a Norma Jeane—. Además, hueles mal.

Un bicho raro

Por la forma en que le aseguraron *Todo va bien, Norma Jeane; eh, Norma Jeane, todo va bien* supo que no era verdad. Regresó al lugar donde una joven lloraba, reía, sollozaba..., la joven era ella misma y la conducían a una de las sillas dispuestas en semicírculo; estaba agitada y temblaba como si sufriera convulsiones.

No actuaba. Era algo más profundo que una interpretación. Era poco sutil, demasiado burdo. Nos enseñaban fundamentalmente la técnica. Simular una emoción en lugar de experimentarla. No debíamos ser el rayo a través del cual la emoción se desata en el mundo. Ella nos daba miedo y eso es difícil de perdonar.

Decían que era demasiado «vehemente». La única que jamás se perdía una clase de interpretación, baile o canto. Y siempre llegaba temprano, a veces antes de que abrieran la sala. Era la única que se presentaba «perfectamente acicalada» día tras día. No parecía una actriz o una modelo (la habíamos visto en las portadas de *Swank* y *Sir!* y estábamos impresionados), sino más bien una secretaria juiciosa. Con el pelo arreglado y brillante. Una blusa de nailon blanca con un lazo en el cuello, mangas largas y puños abotonados. Pulcra y con la ropa impecablemente planchada. Y una falda estrecha de franela gris que debía de planchar al vapor todas las mañanas, enfundada en su combinación. Era fácil imaginarla inclinada sobre la plancha, frunciendo el entrecejo en un gesto de concentración. A veces llevaba jersey, un jersey dos tallas por debajo de la suya porque era el

único que tenía. De vez en cuando usaba pantalones, pero casi siempre lucía su atuendo de señorita decente, medias con la costura perfectamente recta y tacones altos. Era tan tímida que parecía muda. Los movimientos bruscos y las risas estridentes la asustaban. Antes de que empezaran las clases, fingía leer un libro. En ocasiones era *A Electra le sienta bien el luto*, de Eugene O'Neill. Otras veces, *Las tres hermanas*, de Chéjov. Shakespeare, Schopenhauer. Era fácil reírse de ella. De su costumbre de sentarse en un extremo del semicírculo, abrir su cuaderno y empezar a tomar apuntes como una colegiala. Los demás usábamos vaqueros, pantalones anchos, camisas, suéteres y zapatillas de deporte. En los días de calor íbamos a clase con sandalias o descalzos. Bostezábamos, llevábamos el pelo alborotado y los chicos no se afeitaban porque todos éramos jóvenes atractivos, la mayoría recién salidos de los institutos de California, donde habíamos sido las estrellas de las representaciones escolares, adulados desde el parvulario. Teníamos confianza en nosotros mismos, algo de lo cual Norma Jeane, esa chiquilla salida de la nada, carecía por completo. Suponíamos que era una auténtica campesina de Oklahoma, porque no procedía de ningún lugar cercano. Se esforzaba para hablar como nosotros, pero su antiguo acento la delataba a menudo. Además, tartamudeaba. No siempre, pero con frecuencia. Al empezar un ejercicio de interpretación, tartajeaba un poco, pero una vez que superaba ese estadio, su timidez se desvanecía y en sus ojos aparecía una expresión extraña, como si otra persona tratara de aflorar a la superficie. Sin embargo, no dejaban de machacarnos que *cuando uno no tiene técnica, cuando se limita a ser uno mismo, a desnudarse, no actúa*.

De modo que a nosotros nos sobraba confianza. Y Norma Jeane, que era la más joven de la clase, no tenía ni un ápice. Ella sólo contaba con su luminosa piel pálida, sus ojos de color azul oscuro y un entusiasmo que parecía una corriente eléctrica imposible de contener, una corriente a la que había que dejar salir hasta que se agotara.

Después de sus actuaciones, alguno de nosotros le preguntaba en qué había pensado durante el ejercicio —porque, joder, nos apabullaba y resultaba tan difícil reírse de Norma Jeane como de las fotografías de

Buchenwald de Margaret Bourke-White— y ella respondía con su vocecilla infantil: «Oh, no pensaba en nada. Supongo que estaba recordando».

Sin embargo, le faltaba seguridad. Cada vez que tenía que interpretar una escena, temblaba como si fuera la primera vez, y ésa sería su perdición. En aquel entonces tendría diecinueve o veinte años, pero ya se notaba que estaba perdida. Era la más bonita de la clase y aun así el menos dotado de nosotros era capaz de destruirla con una palabra, una mirada, un amago de burla. O sencillamente haciendo como si no existiera cuando nos miraba con una sonrisa ansiosa. El profesor de interpretación se impacientaba cuando respondía a sus preguntas con tartamudeos, y a menudo Norma Jeane tardaba varios minutos en entrar en escena, como si estuviera en un trampolín muy alto haciendo acopio de valor para lanzarse, como si ese valor procediera de un sitio muy profundo y tuviera que hacer un gran esfuerzo para encontrarlo. La castigábamos de la única manera que conocíamos. Dándole a entender: *No te queremos. Éste no es tu lugar. Serías más convincente como vagabunda o puta. No eres lo que buscamos. No eres lo que necesita La Productora. Tu interior no concuerda con tu apariencia. Eres un bicho raro.*

El colibrí

El amor divino siempre ha satisfecho y siempre satisfará todas las necesidades humanas.

MARY BAKER EDDY, *Ciencia y salud
con clave de las Escrituras*

Septiembre de 1947 // Hollywood. Cal.

¡Desperté temprano! No pude dormir después de las seis, toda la noche despertando, sudando, escuchando voces eufóricas y de advertencia // Éste será el día que determinará mi FUTURO // el corazón golpeteaba ya contra mis costillas como si un pequeño pájaro estuviera atrapado en mi interior. Pero creo que es un sentimiento *bueno y feliz*

Los pájaros cantaban en mi ventana del club de La Productora // una buena señal entre la hierba alta, el estramonio // oropéndolas, esa llamada acuosa, el desvelado y estridente arrendajo // y el recuerdo de una voz // el sueño de un hombre (un desconocido) advirtiéndome de algo importante en mi vida // yo aterrorizada porque no oigo o no entiendo las palabras como si estuvieran en una lengua extranjera

Hoy me enseñarán el célebre AVIARIO del señor Z // su premiada colección de pájaros que sólo han visto los privilegiados // más tarde la

audición para *Scudda-Hoo! Scudda-Hay!* con June Haver // El señor Shinn dice que soy más guapa y tengo más talento que June Haver, me gustaría creerle // Lo cierto es que soy la única de la clase a la que han llamado para la audición de esta película // no es más que un papel secundario, desde luego

La cabeza cubierta de rulos de plástico rosa // ¡36! // Ha sido una tortura apoyar la cabeza en la almohada // el cuero cabelludo me duele y escuece // pero no tomaré píldoras para dormir como me han aconsejado // Sacudí mi cabellera «nueva» // la cepillé y la rocié con laca // todavía no estoy acostumbrada // *Mi pelo se ha puesto totalmente blanco, como si hubiera sufrido una terrible impresión*

Enferma de nervios y preocupación // 5 meses sin visitar a madre y debo enviarle \$\$\$ // Es una suerte que Bucky no pueda verme ahora porque se horrorizaría // No culpo a los Glazer // es todo un shock verme // una muñeca con esta melena rubia y ahuecada // y el pintalabios rojo y las prendas ceñidas que el señor Shinn quiere que use

El miedo nace de la esperanza, dijo una vez mi madre // si puedes desterrar la esperanza de tu vida, también desterrarás el miedo // estos veinte minutos de ansiedad aplicando el maquillaje // lo estropeé, lo retiré con crema limpiadora y empecé de nuevo // Ay Dios estas cejas marrones con los extremos hacia fuera y no hacia dentro como las mías // se ven tan FALSAS las cejas marrones con el pelo rubio platino // si la doctora Mittelstadt me viera ahora // o el señor Haring // o Bess Glazer // me sentiría AVERGONZADA

Han talado muchos árboles en Hollywood Boulevard // también en Wilshire y en Sunset // Los Ángeles ahora es una nueva ciudad // desde la guerra // La abuela Della no la conocería, ni siquiera Venice Beach // después de la guerra, Otto dice que habrá otras guerras // el capitalismo conducirá a nuevas guerras // siempre hay guerras nuevas, sólo cambian los enemigos // Asfalto / calles / aceras / edificios nuevos // Ruido, chirridos y

la tierra temblando como en un terremoto // Topadoras / grúas / hormigoneras / taladros // Han nivelado las colinas de Westwood y construido calles y edificios nuevos // «Esto era un pueblo rural», dice Otto // vivía allí cuando llegó a Los Ángeles // Casi es posible oír cómo palpita Los Ángeles // ME ENCANTA // He nacido aquí, soy hija de esta ciudad y nadie necesita saber nada más // ME INVENTARÉ A MÍ MISMA COMO HA HECHO ESTA CIUDAD // sin mirar atrás

Desayuno en Schwab's // todos los ojos fijos en mí al entrar // en clases de interpretación una aprende a estar «ciega» ante el público // y allí, encima de la fuente y la parrilla, un gran espejo // y mi reflejo en el interior // siempre parece sacudirse como en una película muda // Oh Dios no es elegante la chica del espejo en Mayer's // Pienso en tía Elsie, que me quería // y me traicionó // Sin embargo: la chica del espejo es tímida y está asustada de verse

oh Dios la vida que he dejado atrás

Esos diminutos colibríes son un misterio // al principio parecían abejorros // al verlos esta mañana detrás del club de La Productora volví a oír a la abuela Della // creo que me ha perdonado // me quiere // El colibrí es mi pájaro favorito: tan pequeño, fuerte, audaz, temerario // (Pero ¿no los matarían los halcones?, ¿los cuervos?, arrendajos, etc.) metiendo los largos y finísimos picos en las campanillas para sorber su dulce néctar puedes darles de comer en la mano como a otros pájaros // tres colibríes esta mañana // deben comer continuamente o se consumen y mueren // pequeñas alas agitándose tan rápido que no las ves // se desdibujan, emborronan // y su corazón palpita tan deprisa // pueden volar hacia los lados y hacia atrás // Dije: *Es como pensar, abuela // los pensamientos pueden volar en cualquier dirección*

¿Quiero a Otto Öse?

¿Me gusta el sufrimiento / el miedo?

(Pero él no me haría sufrir, estoy segura // en realidad no // últimamente me mira con más afecto a través del objetivo de la cámara // porque gano \$\$\$ para él // ¡aunque no es la única razón!)

Schwab's es un escenario // *en todo momento debes decirte soy una actriz y estoy orgullosa de serlo porque el secreto de la interpretación es el control // soy tímida // titubeo // sus ojos atentos y risueños se clavan en mí // igual que en cualquiera que entre // unas pocas sonrisas y saludos // las cabezas se giran para ver mi pelo nuevo y mi figura con este traje blanco de falsa piel de tiburón que planché tan escrupulosamente esta mañana // Vaya es ella cómo se llamaba // Norma Jeane // no es más que una figurante sin importancia de La Productora // sin influencias // los ojos femeninos se arrugan // dos o tres hombres miran desvergonzadamente // pero casi todos apartan la mirada decepcionados // la chispa de esperanza se desvanece como una llama que se apaga*

El viernes pasado entré en Schwab's después de mis ejercicios matutinos con la cara sonrosada y sintiéndome bien // nada nerviosa y quién estaba en la barra tomando café y fumando sino el mismísimo Richard Widmark // me miró fijamente y me sonrió // me preguntó mi nombre y si estaba en La Productora // quizá me había visto allí // conversamos y yo estaba nerviosa pero no tartamudeé // me atravesaba con los ojos como en sus películas y me eché a temblar // supe que ese hombre quería más de mí de lo que yo podía darle // retrocedí con una sonrisa y mi nueva risa que es suave como una cascabel // cuando recuerdo // *Bueno Norma Jeane dice Widmark con su sonrisa torcida puede que algún día trabajemos juntos // y yo digo *Estaría encantada Richard // (me pidió que lo llamara Richard // y me preguntó el nombre de mi agente)**

Esta mañana no había nadie en Schwab's // eché un vistazo rápido a la barra, las mesas y los reservados // en el espejo la joven tímida y asustada con un traje de falsa piel de tiburón // no está allí, es un fantasma

Gracias a Dios llegó el señor Shinn y me sentí segura // adoro a mi agente // Otto me llevó hasta él // un hombrecillo jorobado como un enano con cejas muy pobladas, frente hundida, casi calvo y se peina la media docena de pelos teñidos de marrón por encima de la coronilla // es el Rumpelstiltskin del cuento de hadas que me contaba Della // el enano feo que enseñó a la hija del molinero a hilar la paja para convertirla en oro // ¡Ja! ¡ja! ¡ja! La risa del señor Shinn es un pico golpeando sobre una roca // sin embargo creo que sus ojos son inteligentes y curiosamente bonitos para un hombre // parece inquieto tamborileando con los dedos sobre el mantel // siempre lleva un clavel rojo en la solapa (¡uno fresco cada mañana!) // *Norma Jeane el futuro podría ser muy interesante para los dos // No olvides tu cita con Z a las 11 ¿vale?*

como si fuera a olvidarla // Dios mío

¿Quién es esa rubia con pinta de vagabunda? preguntó el señor Z al verme según uno de mis supuestos amigos // Yo había ido a La Productora con pantalones y jersey y él debió de verme // como no sabe mi nombre olvidará el incidente, espero

Otto está orgulloso de mis fotos «artísticas» en *U. S. Camera* // *Una fotografía es composición / luz y matices oscuros // no es una cara bonita*

Otto me ha dejado *La anatomía humana* para que la estudie // y dibujos de Miguel Ángel y de un artista del siglo XVI Andreas Vesalius que quiere que memorice // *Los hombres te desean con un alma a la que sólo se accede a través del cuerpo*

(Pero Otto ya no me toca // sólo como un fotógrafo que ayuda a su «modelo» a encontrar la mejor pose)

El señor Z aparenta la edad de algunos de los inmigrantes europeos mayores // no es tan viejo, creo // En la sala de ejecutivos donde nos sirven

bebidas lo he mirado con disimulo // corren rumores sobre él, desde luego una vez vi (me pareció ver) a Debra Mae / Lizbeth Short con el señor Z // con gafas de sol y una pámela que le tapaba la mitad de la cara y salían del aparcamiento en el Alfa Romeo del señor Z // El señor Z ahora es famoso en California aunque nació en un pequeño pueblo de Polonia y emigró a este país con sus padres cuando era un niño // su padre era vendedor ambulante en Nueva York pero el señor Z a los veinte años (menos de los que tengo yo ahora) ya había construido y dirigía el Parque de Atracciones de Coney Island // Y más tarde una feria ambulante // Dicen que es un genio para descubrir talentos y crear un público para algo que no existía antes y nadie había imaginado // En su feria ambulante el señor Z puso un tragafuegos, un yogui (de la India) que podía andar y sentarse sobre brasas, un Pulgarcito, un gigante, un cerdo bailarín y un pobre negro con parte de sus entrañas fuera del cuerpo // y a la edad de veintidós años el señor Z era millonario y empezó a hacer películas mudas en un almacén de Lower East Side y en 1928 se mudó a Hollywood y se asoció para fundar La Productora // creando estrellas como Sonja Henie la campeona de patinaje, los quintillizos Dionne y el pastor alemán policía Rin-Tin-Tin // Y Myrna Loy, Alice Faye, Nelson Eddy, Jeanette MacDonald y June Haver // y tantos otros que me mareé de sólo oír sus nombres // (se dice que al señor Z y otros pioneros de Hollywood les gustan los cuentos de hadas y las viejas leyendas) // La secretaria del señor Z me miró con frialdad // me hizo repetir mi nombre y yo tartamudeé // dentro del despacho el señor Z estaba al teléfono y gritó *¡Entra y cierra la puerta!* como si le hablara a su perro // así que entré // temblando y sonriendo

Una rubia entrando en el despacho de un caballero con altas ventanas con cortinas y relucientes muebles de teca y cristal // el caballero sentado detrás de la mesa mirando con desconfianza y evaluando // Agucé el oído para ver si la música de esta escena me daba alguna pista // no oí nada

Detrás del despacho del señor Z, que es tan grande como uno imaginaria, está su apartamento particular, al que pocas personas pueden

pasar // (el señor Shinn, por ejemplo, nunca ha entrado // se reúne con este gran hombre en su oficina o en la sala de ejecutivos) // pero él me llevó detrás y de repente me asusté // espero que no se notara // Naturalmente había ensayado mis palabras pero me olvidé // porque en esta situación no sabía lo que diría el señor Z cosa que habría sabido si se hubiera tratado de un texto dramático en una clase de interpretación // así que no sirve de nada ensayar lo que va a decir una // Sonreí al ver a la rubia en un espejo que estaba encima del sofá // con el traje de falsa piel de tiburón que realzaba su joven y voluptuosa figura // estaba guapa y aquello era lo que veía el señor Z // Sonreí con alegría deseando que el pánico que sentía no se reflejara en mis ojos // tropecé con el borde de la alfombra y el señor Z rió / / *¿Lo haces adrede?* // *¿Crees que estamos en una película de los hermanos Marx?* // Reí aunque no entendí la broma // si es que era una broma

El señor Z es casi un dios en La Productora así que impresiona visto de cerca // no es alto y lleva ropa cara y holgada // detrás de los cristales ahumados de sus gafas bifocales sus ojos estaban inyectados en sangre y amarillos como si tuviera ictericia // olía a licor y a puros cubanos (algunas chicas seleccionadas servíamos cigarros y bebidas al señor Z, los ejecutivos y sus invitados en el salón privado de La Productora // vestidas como chicas de un cabaret // era un privilegio, porque nos daban propinas // siempre corrías el riesgo de que no te renovaran el contrato si te negabas // sin embargo en esas ocasiones el señor Z no me prestaba mayor atención y parecía preferir a las pelirrojas) // De todos modos me invitó a ver su AVIARIO y eso era un raro privilegio

Me hizo pasar a la habitación del fondo // y cerró la puerta // *¿Qué te parece mi AVIARIO?* // *Ésta no es más que una pequeña parte de mi colección* // y qué sorpresa, el AVIARIO del señor Z no era de pájaros vivos como esperaba yo ¡sino de pájaros muertos! // Centenares de ellos detrás de un cristal hasta donde alcanzaba mi vista // me quedé mirándolos sin saber qué decir (aunque supongo que los pájaros eran hermosos // si mirabas

detenidamente a través del vidrio como en un museo) // El señor Z explicó con orgullo que su colección estaba en un *simulacro de hábitats naturales* // nidos, formaciones rocosas, troncos retorcidos y madera arrastrada por la corriente // hierba, flores silvestres, arena, tierra // y una extraña luz sepia como si contemplaras el pasado // el AVIARIO no tenía ventanas pero estaba forrado de paneles de madera con pequeños decorados pintados para simular un bosque, una jungla, un desierto o la ladera de una montaña // al mismo tiempo parecía una caverna subterránea // el interior de una caja o un ataúd // Pero yo noté que cuanto más mirabas más fascinante era el AVIARIO // porque los pájaros eran hermosos y parecían vivos como si no acabaran de convencerse de que estaban muertos // Me pareció oír una voz como la de mi madre *Todos los pájaros muertos son hembras, la muerte tiene algo de femenino*

El señor Z estaba encantado con mi interés y no perdió la paciencia conmigo // explicó que había empezado su colección cuando era joven y acababa de llegar a California // durante años había perseguido y capturado personalmente a los pájaros en sus expediciones // pero más tarde había delegado esta tarea en otros porque su vida se había complicado // y siguió diciendo cosas por el estilo mientras la rubia lo miraba sonriendo, con interés y los ojos como platos // Dijo que los especímenes premiados del AVIARIO eran pájaros raros de especies en vías de extinción // Había loros del Amazonas grandes como pavos con vistosas plumas verdes, rojas y amarillas y picos curvos como narices humorísticas hechas de hueso // y pájaros cantores sudamericanos de fabulosos colores // y azores norteamericanos de especies casi extintas // y un águila dorada, un águila calva y halcones más pequeños, todos pájaros nobles y poderosos que yo sólo había visto antes en ilustraciones

Me llamaron la atención los pájaros más pequeños de otro expositor // entre flores y matas silvestres // picoterías de los cedros y sedosos papamoscas // el cardenal me recordó a una de las estrellas de las películas mudas del señor Z // una mujer hermosa cuya carrera había terminado

mucho tiempo antes y cuyo nombre casi había caído en el olvido // Creo que mi madre y yo habíamos pasado delante de su casa de Beverly Hills // ¡era KATHRYN MCGUIRE! // la impresión me hizo sonreír // otro pájaro, una lechuza pequeña con cara en forma de corazón, plumas que parecían arrugadas y alas cruzadas como brazos // tenía la cara de MAY MCAVOY, otra estrella de las películas mudas del señor Z // y con asombro y horror creí ver la cara de JEAN HARLOW en un sinsonte posado con sus alas de color gris plata abiertas como si volara

Luego como un mago el señor Z pulsó un interruptor oculto y de pronto la silenciosa y cavernosa estancia se llenó de cantos de pájaros // docenas, centenares de pájaros cantando // y cada canción era hermosa, nostálgica y conmovedora // aunque tantas melodías juntas al unísono producían el efecto de un simple alboroto y unas súplicas desesperadas // *¡Miradme! ¡Escuchad mi canción! ¡Aquí estoy! ¡Aquí!* // Mis ojos se anegaron de lágrimas de compasión y horror // El señor Z se rió de mí, aunque se sentía halagado y yo le caía bien

Me acarició la nuca y los pelos se me erizaron de miedo // me contó que había aprendido taxidermia y descubierta que no existía una afición más relajante // algún día me enseñaría // quizá // su laboratorio no estaba aquí sino en otro sitio // en el desierto // *Sería un placer señor Z gracias // esto es estupendo y tan // misterioso*

Tamborileando las uñas pintadas de rojo en el cristal como una niña // entre los cantos frenéticos de los pájaros // casi parecía que el arrendajo posado en una rama verde a pocos centímetros de mí *me veía* // con una expresión de compañero de cautiverio *¡Ayúdame! ayúdame* // Me alegró no ver ni un solo colibrí en todo el AVIARIO

Más tarde // no habría podido decir cuánto tiempo pasamos en el AVIARIO escuchando el canto de los pájaros

Más tarde // no habría podido decir cuánto tiempo permanecí en compañía del señor Z

Durante cuánto tiempo sonrió, sonrió y sonrió la rubia // sintiendo el mismo dolor en la boca que sentiría una máscara de la alegría si tuviera carne y nervios // aunque nadie lo reconozca, hay horror en las máscaras de la alegría // (también me dolían los dientes debido al aparato que debo usar por las noches // porque mis dientes delanteros sobresalían unos milímetros // La Productora me informó de que es preciso corregirlos para que no nos «saboteen» las fotos de perfil // en tal caso no podrían renovarme el contrato // me enviaron al dentista que me dio un horrible aparato de alambre // y cada semana me descuentan 8 \$ del sueldo // me explicaron que es una ganga y supongo que tienen razón porque si hubiera ido a un dentista privado no habría podido pagarlo y mi carrera habría terminado)

El señor Z sonrió y dijo *Ya basta con el AVIARIO, veo que te aburre* // y me sorprendió porque yo no me aburría, no me comportaba como si lo hiciera // me pregunté si el señor Z siempre interpretaría un papel diferente al que parecía indicar el guión // un productor de películas querría pillar a los demás por sorpresa // porque él es el único que tiene el guión // *¿Cuál de ellos eres tú, rubita?* // *Pero no me digas tu nombre* // *¿cuál es tu especialidad?* Ahora me miraba con disgusto // como si oliera mal // Me sentí tan dolida y atónita // habría querido protestar porque naturalmente me había duchado por la mañana // Me levanté temprano, hice mis ejercicios, me planché el traje, me duché y por último me puse Arrid en las axilas que me afeito todos los días // (aunque sé que tengo tendencia a sudar cuando me pongo nerviosa) // me apliqué polvos de talco con aroma a lilas // dediqué 40 minutos al maquillaje y este vestido de falsa piel de tiburón no es el de una *vagabunda* ¿no? // ¿Cómo pudo decir algo así de mí sin conocerme? // Mis manos están suaves de tanta crema y mis uñas perfectamente limadas y cuidadas aunque no son llamativas, creo // Lo del agua oxigenada no es culpa mía // La Productora me ordenó que me

decolorara el pelo hasta conseguir un «rubio platino» // no fue una decisión mía // pero no dije nada desde luego // El señor Z me miró sonriendo como quien mira a un perro o un elefante entrenados o a cualquier bicho raro // se quitó las gafas ahumadas revelando unos ojos desnudos, sin pestañas // Teníamos la misma estatura cuando yo no llevaba tacones // No tiene cincuenta años ¿no? // aunque los hombres todavía no son viejos a esa edad // *Vamos dejémonos de sensiblerías // no puedes ser tan tonta como pareces* // Salimos del AVIARIO y entramos al apartamento privado del señor Z que estaba detrás del despacho // había apagado las luces del AVIARIO y el canto de los pájaros cesó de repente como si todos los pájaros se hubieran extinguido de golpe

El señor Z me empujó sobre una alfombra de piel blanca diciendo *túmbate, rubita* y sólo entonces comprendí *el señor Z es mi padre ¿no?* // la secreta aflicción de Gladys Mortensen // y sin embargo la única felicidad de su vida

En la cama esa noche // cuando no podía dormir pasada la medianoche cogía uno de los viejos libros de mi madre // EL VIAJERO DEL TIEMPO de H. G. Wells // y el Viajero del Tiempo como se le llama exclusivamente se sienta con valor y aprensión en la máquina del tiempo que ha inventado // aprieta una palanca // y se lanza al futuro donde ve soles y lunas girando sobre su cabeza // A pesar de haberlo leído tantas veces arrastraba el dedo sobre las líneas impresas aterrorizada por lo que podía pasar y mis ojos se nublaban de lágrimas

Así que viajé, deteniéndome una y otra vez en paradas separadas por miles de años o más, atraído por el misterioso destino del mundo, observando con extraña fascinación cómo el Sol se hacía más grande y opaco al oeste del cielo y la vieja Tierra empequeñecía. Por fin, más de treinta millones de años más adelante, la enorme bóveda incandescente del Sol cubría casi la décima parte del cielo...

Hasta que no podía seguir leyendo porque empezaba a temblar // que pudiera haber un tiempo en el que *no existiríamos*, como hubo un tiempo en el que *no existimos* // ni siquiera las películas nos preservarían como nos gustaría pensar // ¡hasta Rodolfo Valentino se desvaneció por fin de la memoria humana! // igual que Chaplin y Clark Gable (me gustaba pensar que era mi padre, como mi madre había insinuado alguna vez) // El señor Z estaba impaciente // creo que no era un mal hombre pero estaba acostumbrado a salirse con la suya y rodeado de «personas insignificantes» // cuando uno vive rodeado de individuos semejantes ha de ser una tentación ser cruel porque te adulan // y se encogen aterrorizados ante tus caprichos // Yo había empezado a tartamudear y ahora ni siquiera podía hablar // Estaba a gatas sobre la suave alfombra (zorro ruso, presumiría más tarde el señor Z) // con el vestido de falsa piel de tiburón subido hasta la cintura y sin bragas // No necesito cerrar los ojos para estar «ciega» lo aprendes en el orfanato // cuando estás «ciega» el tiempo pasa de una manera extraña // como flotando en sueños por un lado // pero por otro lado parece veloz como el Viajero del Tiempo en su nave // Lo único que recordaría más tarde del señor Z serían sus ojos pequeños y húmedos, su aliento a ajo y el brillo del sudor sobre su calva visible a través de sus tiesos pelos // y el dolor de la cosa // de goma dura, creo, engrasada y nudosa en la punta primero en la raja de mis nalgas y luego // en lo más profundo de mí // arremetiéndome como un pico // *Dentro, dentro lo más dentro posible* // No recordaría cuánto tiempo tardó el señor Z en desplomarse como un nadador rendido sobre la playa gimiendo y jadeando // me horrorizaba la posibilidad de que al viejo le diera un infarto o una apoplejía y me culparan a mí // una está cansada de oír esas historias graciosas y crueles // hacen gracia cuando las escuchas pero no cuando eres la víctima // Mi sueldo era de 100 \$ a la semana y pronto me lo subirían a 110 a menos que lo rescindieran // como les había pasado a otras chicas de la clase de interpretación // entonces debían mudarse del club de La Productora porque ya no tendrían ninguna oportunidad // yo también tendría que irme del club de La Productora y vivir dónde, ¿dónde viviría?

Más tarde el día del comienzo de mi NUEVA VIDA vi al señor Z, a su amigo George Raft y a otros dos caballeros vestidos con traje y corbata cara esperando a su limusina bajo el toldo // iban a comer (¿al Brown Derby, donde el señor Z tiene una mesa permanentemente reservada?) // yo iba a hacer un recado a toda prisa y ellos me miraron con ojos risueños // *Ahí abajo es como un monedero de seda // sin pelos //* La pequeña Norma Jeane envuelta en una manta de lana rosa pasando de manos de un extraño a otro // tosiendo y ahogándose con el aire cargado de humo // Qué feliz y joven era mamá entonces, qué optimista // los hombres la rodeaban con un brazo felicitándola por su *precioso bebé* // y mamá también era hermosa pero eso no basta // No tenemos el mismo apellido y ¿quién iba a adivinar que Gladys Mortensen es mi madre? // Le prometí al señor Shinn que no le diría a nadie que mi madre estaba en Norwalk pero algún día ella vendría a vivir conmigo // Yo lo había prometido

Al salir del despacho del señor Z tuve que pasar delante de su secretaria // mirona y desdeñosa // yo estaba dolorida y con el maquillaje corrido y la mujer me dijo en voz baja hay un tocador al otro lado de la puerta // le di las gracias demasiado avergonzada para mirarla a los ojos

Más tarde no recordaba cuánto tiempo me escondí en el tocador

Ya empezaba a olvidar al señor Z // pedí unas píldoras de codeína a una de las chicas de maquillaje // mis dolores menstruales habían comenzado, qué injusto en un momento así // 8 días antes de lo previsto y precisamente el día de la audición pero no tenía más remedio // La codeína me daba miedo porque es un analgésico fuerte // para aliviar los dolores // Yo no creía en el dolor y por lo tanto tampoco en las píldoras para aliviar los dolores // el señor Shinn había mencionado que mi tocaya Norma Talmadge era una *drogadicta* // por eso su carrera se había truncado // todavía estaba viva, decían que era un esqueleto andante // tenía una mansión georgiana en Beverly Hills // *Por favor no me lo cuente* supliqué

al señor Shinn que siente un placer perverso al relatar estas historias de antiguas estrellas de Hollywood // que no fueron clientes suyos

Se acercaba el momento de la audición // yo estaba desesperada por detener el flujo de la asquerosa sangre marrón // escondida en el lavabo de señoras poniéndome pañuelos de papel entre las piernas con manos temblorosas pero en cuestión de minutos se empaparían de sangre // temía que se me manchara el vestido de falsa piel de tiburón // *qué haría entonces* // y sentía un dolor desgarrador e incomprensible en el ano

Cuando por fin me atreví a salir de mi escondite para ir al edificio donde se celebraría la audición llevaba veinte minutos de retraso y estaba aterrorizada // antes de que pudiera hablar, me dejaron atónita diciendo que no haría la prueba para *Scudda-Hoo! Scudda-Hay!* // ni siquiera leería en voz alta las pocas frases de la amiga de June Haver // Murmuré que no entendía y el director de reparto se encogió de hombros y me dijo *Si te llamas Norma Jeane Baker ya has sido elegida*. Tartamudeé sí así me llamo // pero no entendía nada // él repitió *ya has sido elegida* mirando su tablilla de notas // me dijo que me llevara un guión y volviera a las siete de la mañana siguiente // yo miraba fijamente a ese desconocido, al portador de semejante mensaje *¿Trabajaré en la película? ¿Quiere decir que he sido elegida para la película? ¿Mi primera película? ¿Ya estoy contratada?* // la sorpresa y la alegría pudieron más que yo y me eché a llorar incomodando al director de reparto y sus ayudantes

Por encima del rugido de mis oídos oí que me daban la enhorabuena // andaba con dificultad y estuve a punto de desmayarme // dentro de la ropa sangraba pero era una sensación lejana // mi cuerpo estaba lejos e insensible // en un lavabo de señoras me cambié los empapados pañuelos de papel que se me antojaban inoportunos en un momento tan feliz como aquél // y el dolor pulsátil en mi vientre // y las lágrimas calientes que se deslizaban por mi cara // Ya había olvidado al señor Z // de aquella visita no recordaría más que imágenes inconexas // algunas de los pájaros del

AVIARIO // con sus ojos fijos en los míos y sus tristes cantos // pero arrinconaría incluso estos recuerdos // el rugido de felicidad en mis oídos igual que después de mi boda, cuando había bebido champán // *¡Soy tan feliz, no puedo soportar tanta felicidad!*

En medio de mi confusión telefoneé al señor Shinn para darle la noticia // debería haber supuesto que ya estaba al tanto y en efecto se encontraba ya en La Productora reunido con el productor ejecutivo de la película // entonces me avisaron de que me presentara de inmediato en el despacho del señor X // cuando llegué el señor X y el señor Shinn estaban buscándome un nombre nuevo // «Norma Jeane» es un nombre de pueblerina, de campesina de Oklahoma, decían // «Norma Jeane» no tiene atractivo ni encanto // Eso me dolió y habría querido explicarles que mi madre me había llamado así en honor a Norma Talmadge y a Jean Harlow pero naturalmente no pude porque el señor Shinn me hizo callar con una mirada // Hablaban con entusiasmo entre sí y no me hacían caso como suelen hacer los hombres // como si yo no estuviera allí // entonces reconocí la voz misteriosa de mis sueños // la voz de los presagios y premoniciones // de hecho eran dos voces, voces masculinas hablando de mí pero no conmigo // Uno de los ayudantes del señor X le había pasado una lista de nombres femeninos y él y el señor Shinn discutían al respecto

Moira / Mona / Mignon / Marilyn / Mavis / Miriam / Mina

y el apellido sería «Miller» // Me molestó que no me consultaran porque ahí estaba yo, sentada entre los dos // pero prácticamente invisible para ellos // Detestaba que me trataran como a una niña y me acordé de Debra Mae cuyo nombre habían cambiado contra su voluntad // Marilyn no me gustaba // en el orfanato había una celadora que se llamaba así y era odiosa // y «Miller» no me parecía un apellido bonito // ¿Por qué era mejor que «Baker», que ni siquiera consideraron? // Traté de explicarles que me habría gustado conservar por lo menos «Norma» // había crecido con ese nombre // y siempre sería mi nombre // pero se negaron a escucharme

Marilyn Miller // Moira Miller // Mignon Miller

querían el sonido MMMMMM // lo pronunciaban como si cataran un vino /
/ dudando de su calidad // entonces el señor Shinn se dio una palmada en la
frente diciendo ya existe una actriz llamada Marilyn Miller, trabaja en
Broadway // y el señor X soltó una maldición porque estaba perdiendo la
paciencia // me apresuré a proponer qué tal «Norma Miller» // pero los
hombres seguían sin escucharme // añadí con tono suplicante que el
apellido de mi abuela era «Monroe» // en eso el señor X chasqueó los
dedos como si la idea acabara de ocurrírsele a él // y él y el señor Shinn
dijeron al unísono como en una película

Mari-lyn Mon-roe

¡saboreando el sonido rumoroso!

MARI-LYN MON-ROE

lo repitieron varias veces riendo y felicitándose el uno al otro // y a mí /
/ y eso zanjó la cuestión

MARILYN MONROE

sería mi nombre artístico y con él figuraría en los títulos de crédito de
Scudda-Hoo! Scudda-Hay! // Ahora eres una auténtica *starlet* dijo el señor
Shinn con un guiño

Estaba tan contenta que lo besé // y también al señor X // y a todos los
que estaban cerca // y ellos estaban contentos por mí // ME DIERON LA
ENHORABUENA

En septiembre de 1947 se cumplieron todos los sueños de Norma Jeane
// todas las esperanzas de la niña huérfana que miraba el mundo desde el

tejado del orfanato // que miraba la torre de RKO y las lejanas luces de Hollywood

Para celebrarlo el señor Shinn invitó a MARILYN MONROE a cenar esa noche // y a bailar (¡aunque era un enano que apenas si me llegaba al hombro!) // me apresuré a responder gracias señor Shinn pero no me siento bien esta alegría me ha dejado aturdida y mareada y quiero estar sola // era la pura verdad // me tambaleé, caí y dormí en un sofá en uno de los estudios de sonido // desperté al anochecer y salí del edificio sin que nadie me viera // cogí el tranvía en la parada de costumbre sonriendo y diciéndome soy una *starlet* // Soy MARILYN MONROE // mientras el tranvía traqueteaba mi mente volaba en distintas direcciones como pájaros en el cielo // un cielo surcado por franjas rojas como llamas // los incendios en las montañas y los cañones avivados por los vientos de Santa Ana // aspirábamos el olor a azúcar quemada, pelo chamuscado y ceniza mientras mi madre huía conmigo en el Ford conduciendo hacia el norte en dirección al fuego hasta que la POLICÍA DE LOS ÁNGELES nos detuvo // pero no pensaba en ese lejano día ni tampoco en el AVIARIO que había visto esa mañana ni en el hombre que me lo había enseñado // me dije a mí misma *¡Mi nueva vida! ¡Mi nueva vida ha comenzado! ¡Ha comenzado hoy!* Me dije *Empieza en este mismo momento, tengo veintiún años y soy MARILYN MONROE* // entonces un hombre me habló en el tranvía como sucedía a menudo // me preguntó si me encontraba mal y si podía ayudarme // respondí disculpe, bajo en esta parada // y me apresuré a apearme // de hecho pensé que era mi parada en Vine pero estaba confundida, ese punzante dolor entre los ojos y en el vientre // en la acera me tambaleé mirando al este, mirando al oeste // estaba en algún punto de Los Ángeles al este de Hollywood pero no reconocí el lugar y me dije repentinamente desorientada // *¿Dónde está mi casa?*

La mujer

1949 - 1953

La belleza no tiene un uso evidente ni hay indicios claros de que sea una necesidad cultural. Sin embargo, la cultura no podría prescindir de ella.

SIGMUND FREUD,
El malestar en la cultura

El Príncipe Encantado

El poder del actor radica en su capacidad de encarnar el miedo a los fantasmas.

El manual del actor y la vida del actor

Supongo que nunca pensé que merecía vivir, como parecen pensar otras personas. Yo necesitaba justificar mi vida en todo momento. Necesitaba tu permiso.

Era una estación de clima indeterminado. Un momento del verano demasiado prematuro para los vientos de Santa Ana pese a que el aire seco procedente del desierto sabía ya a fuego y arena. A través de los párpados cerrados podías ver danzar las llamas. En sueños podías oír cómo huían las ratas, desterradas de Los Ángeles por los frenéticos y continuos trabajos de remodelación. Desde los cañones del norte de la ciudad llegaban los lastimeros gritos de los coyotes. Hacía semanas que no llovía y sin embargo los días encapotados se sucedían con una luz pálida y deslumbrante como el interior de un ojo ciego. Esa noche el cielo se despejó brevemente encima de El Cayon Drive, revelando una luna lánguida con el húmedo matiz rojizo de una membrana viva.

No quiero nada de ti, ¡lo juro! Nada más que decirte que deberías conocerme. Soy tu hija.

Esa noche de principios de junio la joven rubia aguardaba en un Jaguar prestado a la vera de El Cayon Drive. Estaba sola y no bebía ni fumaba. Tampoco oía la radio del coche. El Jaguar se encontraba aparcado al final del estrecho camino de grava, delante de una propiedad semejante a un fuerte de diseño vagamente oriental, rodeada de una muralla de piedra de tres metros y protegida por una verja de hierro forjado. Había incluso una caseta de seguridad, aunque estaba vacía. Más abajo, las luces de los reflectores bañaban las casas, y las risas y voces se elevaban como música en la noche templada, pero esta residencia situada en lo alto de El Cayon estaba prácticamente a oscuras. Alrededor de la alta muralla no había palmeras; sólo cipreses italianos convertidos por el viento en extravagantes esculturas retorcidas.

No tengo ninguna prueba. No la necesito. La paternidad se lleva en el alma. Lo único que quería era verte la cara, padre.

A la rubia le habían dado un nombre. Se lo habían arrojado con indiferencia, como quien deja caer una moneda en la mano de un mendigo. Y ella, sumisa, tan necesitada como cualquier mendigo, lo había cogido en el aire. ¡Un nombre! ¡Su nombre! El del individuo que quizá hubiera sido amante de su madre en 1925.

¿Quizá? Probablemente.

Había estado hurgando entre los escombros del pasado. Como un mendigo, nuevamente, que escarba en la basura buscando un tesoro.

Poco antes, en una fiesta celebrada alrededor de una piscina de Bel Air, había pedido prestado un coche, varios hombres se habían disputado el honor de entregarle sus llaves y finalmente había salido corriendo, descalza. Si el Jaguar permanecía desaparecido durante demasiadas horas, denunciarían el «préstamo» a la policía, pero eso no sucedería porque la rubia no estaba borracha ni drogada y disimulaba bien su desesperación.

¿Por qué? No sé por qué, tal vez únicamente para estrechar tu mano y decirte hola y adiós si eso es lo que quieres. Tengo mi propia vida, desde luego. No perderé nada.

La rubia del Jaguar habría seguido esperando toda la noche de no ser porque un guardia de seguridad, al volante de un coche sin marcas que lo identificaran, subió a investigar a lo alto de El Cayon.

—¿Qué hace aquí, señorita? Éste es un camino particular.

La joven parpadeó rápidamente, como para contener las lágrimas (aunque ya no le quedaban lágrimas) y murmuró:

—Nada. Lo siento, agente.

Su cortesía y su actitud infantil desarmaron de inmediato al guardia. Además, había visto esa cara antes. *¡Esa cara! Le resultaba familiar, pero ¿quién era?* Titubeó, se rascó la barbilla cubierta por un leve rastrojo de barba y dijo:

—Bien, será mejor que dé media vuelta y regrese a casa, señorita. Si es que no vive por aquí. Los residentes de esta calle son bastante peculiares. Usted es demasiado joven para... —se interrumpió, pero ya había dicho prácticamente todo lo que tenía que decir.

La rubia puso en marcha el coche prestado y respondió:

—No, no soy demasiado joven.
Al día siguiente cumpliría veintitrés años.

Miss Sueños Dorados 1949

—No me pongas en ridículo, Otto. Te lo ruego.

Él rió. Era una venganza y todos sabemos que la venganza es dulce. Había estado esperando que Norma Jeane volviera arrastrándose a su lado. Esperaba la oportunidad de fotografiarla desnuda desde el momento en que la vio por primera vez, vestida con un sucio mono de trabajo, escondiéndose detrás de los fuselajes con un atomizador de barniz en las manos. Como si pudiera esconderse de *él*.

Pero *nadie puede esconderse* del objetivo de la cámara de Otto Öse, igual que nadie puede esconderse de los ojos de la muerte.

A cuántas mujeres había despojado Otto Öse de la ropa y de sus pretensiones de «dignidad», y todas en un principio habían jurado *¡Nunca!*, igual que esta joven, que se creía superior a su suerte y había exclamado *¡Jamás! ¡No lo haré jamás!*

Como si fuera virgen. De alma.

Como si fuera incorruptible. En una economía capitalista y consumista, nadie, absolutamente nadie, es incorruptible.

Como si la diferencia entre «chica de portada» y «desnudo» fuera lo único a lo que podía aferrarse para conservar el respeto por sí misma.

—Tarde o temprano, pequeña, vendrás a mí.

Sin embargo, ella había rechazado sus ofertas mientras acariciaba la esperanza de hacer cine. Y también mientras era una cara nueva en la pantalla. La había descubierto *él*. Su foto había aparecido en todas las

revistas de destape, en algunas revistas femeninas nacionales e incluso en unas pocas publicaciones de prestigio como *U. S. Camera*. Gracias a Otto Öse se había convertido en cliente de I. E. Shinn, un importante agente de Hollywood. La Productora la había contratado como figurante y más tarde como actriz en una insípida «comedia rural» protagonizada por June Haver y una pareja de mulas. Los cuatro minutos de rodaje habían quedado cruelmente reducidos a segundos después del proceso de edición, y en esos segundos se veía a la *starlet* Marilyn Monroe tan lejos —sentada en un bote con June Haver—, que ni siquiera ella se había reconocido a sí misma.

Ése fue el debut cinematográfico de Marilyn Monroe en 1948: *Scudda-Hoo! Scudda-Hay!*

Había pasado más de un año. Desde entonces había interpretado papeles insignificantes en dos o tres películas de bajo presupuesto y mala calidad producidas por La Productora, breves escenas humorísticas en las que hacía de rubia tonta con buena figura. (En la más grosera, Marilyn Monroe se contonea provocativamente delante de Groucho Marx, que le mira el trasero con ojos desorbitados.) De repente, La Productora la dejó en la calle. No le renovaron el contrato.

En pocos meses, Marilyn Monroe dejó de ser alguien.

En la ciudad corrían rumores (falsos, como bien sabía Otto, aunque la mera existencia de los rumores y su cruel persistencia eran malos presagios) de que, en su desesperación por medrar y al igual que tantas otras actrices jóvenes, la chica se había acostado con algunos productores de La Productora, incluidos el célebre señor Z —un notorio donjuán que sin embargo detestaba a las mujeres— y un influyente director de cuyas influencias no había conseguido aprovecharse. Se decía que Marilyn Monroe se acostaba con el enano de su agente, I. E. Shinn, y con los amiguetes de Hollywood a los que éste debía favores. Los cotilleos aseguraban que había tenido al menos un aborto; probablemente, más de uno. (A Otto le hizo gracia enterarse de que, en una versión del rumor, él era el padre de la criatura y había concertado la operación ilegal con un médico de Santa Mónica. Como si Otto Öse, nada más y nada menos, fuera tan descuidado con su esperma.)

Durante tres años, Norma Jeane había rechazado todas las ofertas para posar desnuda. Para *Yank, Peek, Swank, Sir!*, entre otras, por sumas muy superiores a los cincuenta miserables dólares que ganaría con los calendarios de Ace Hollywood. (Otto recibiría novecientos por hacer las fotos. Además, se quedaría con los negativos, aunque Norma Jeane no tendría por qué enterarse de ese detalle.) Ahora que no vivía en el club subvencionado por La Productora y se había mudado a una habitación amueblada en West Hollywood, la joven debía varios meses de alquiler. Se había visto obligada a comprarse un coche de segunda mano para moverse por Los Ángeles, pero una semana atrás se lo habían embargado. La agencia Preene estaba a punto de despedirla por la única razón de que La Productora la había despedido antes. Hacía meses que Otto no le telefoneaba, esperando que fuera ella quien diera el primer paso. ¿Por qué coño iba a llamarla él? No la necesitaba. En el sur de California había chicas a patadas.

Hasta que una mañana sonó el teléfono en su estudio, atendió y al oír la voz de Norma Jeane su corazón dio un vuelco, lleno de emociones que no habría sido capaz de definir: excitación, alegría, deseos de venganza. La voz de la chica sonaba agitada e insegura:

—¿Otto? ¡Ho-hola! Soy No-norma Jeane. ¿Puedo ir a verte? ¿Ti-tienes trabajo para mí? Espero que...

—No estoy seguro, muñeca —respondió Otto arrastrando las palabras—. Haré algunas llamadas. Este año han aparecido un montón de chicas estupendas en Los Ángeles. Ahora mismo estoy haciendo fotos. ¿Te importa que te llame en otro momento?

Había colgado el auricular relamiéndose de gusto, pero más tarde empezó a sentir remordimientos y junto con ellos un extraño placer, porque si Norma Jeane era una joven dulce y decente que le había hecho ganar dinero vestida con camisetas, pantalones cortos, jerséis ceñidos y trajes de baño, bien podría hacerle ganar aún más posando desnuda, ¿por qué no?

Yo no era una vagabunda ni una puta. Sin embargo, querían verme de ese modo. Supongo que no podían venderme de ninguna otra manera. Y yo

entendía que tenían que venderme. Porque entonces me desearían y amarían.

—Cincuenta dólares, pequeña —dijo él.

—¿Cin-cincuenta... nada más?

Había imaginado que serían cien. Incluso más.

—Nada más.

—Pensaba que..., una vez me dijiste...

—Claro. Puede que más adelante consigamos más. En alguna revista. Pero ahora la única oferta que tenemos es para los calendarios de Ace Hollywood. Tómalo o déjalo.

Una larga pausa. ¿Y si inesperadamente se deshacía en lágrimas?, se preguntó Norma Jeane. En los últimos tiempos lloraba mucho. No recordaba haber visto llorar a Gladys. Temía el desprecio del fotógrafo. Sus ojos estarían rojos e hinchados y tendrían que aplazar la sesión, aunque ella necesitaba el dinero de inmediato.

—Vale. De acuerdo.

Otto tenía el contrato listo para que lo firmara. Norma Jeane supuso que lo había preparado por si ella cambiaba de opinión después de hacerse las fotos, movida por la vergüenza o la ira; en tal caso, él perdería su parte. Se apresuró a firmar.

—«Mona Monroe». ¿Quién coño es ésa?

—Yo, desde ahora.

Otto rió.

—No es una gran tapadera.

—No iré muy *tapada*.

Se desnudó con dedos lentos y temblorosos detrás del raído biombo chino, donde en otras ocasiones se había puesto la ropa de modelo. En un círculo de luz solar oscurecido por la suciedad del cristal a través del cual brillaba. No había perchas para las prendas que ella mantenía siempre limpias y planchadas: una blusa de batista blanca y una falda acampanada azul marino. Se quitó la ropa hasta quedar completamente desnuda salvo por las sandalias de tacón mediano. Se había despojado de su dignidad.

Aunque ya no le quedaba mucha. Desde que había recibido la terrible noticia de La Productora, durante cada hora de cada día, oía una voz burlándose de ella: *¡Fracasada! ¡Fracasada! ¿Por qué no te mueres? ¿Por qué estás tan viva?* No tenía respuesta para esa voz que no conseguía identificar. No se había percatado de cuánto había significado Marilyn Monroe para ella. No le gustaban ni el nombre, que era falso y vulgar, ni el artificial pelo decolorado, ni la ropa de mujer fatal, ni los movimientos afectados de Marilyn Monroe (así como otras personas gesticulaban con las manos, ella bamboleaba los pechos o daba pasos menudos dentro de faldas ceñidas que revelaban hasta la raja de sus nalgas), ni los papeles que le daban los ejecutivos de La Productora; sin embargo, tenía la esperanza (una esperanza que el señor Shinn alimentaba) de que muy pronto le ofrecieran un papel serio, caso en el cual haría su auténtico debut en la pantalla. Como Jennifer Jones en *La canción de Bernadette*. Como Olivia de Havilland en *Nido de víboras*. ¡Jane Wyman interpretando a una sordomuda en *Johnny Belinda!* Norma Jeane estaba convencida de que podía encarnar personajes semejantes. «Si al menos me dieran una oportunidad.»

Nunca le contó a Gladys que se había cambiado el nombre.

Había imaginado que cuando se estrenara *Scudda-Hoo! Scudda-Hay!* llevaría a Gladys al Teatro Egipcio de Grauman y que Gladys estaría asombrada, emocionada y orgullosa de ver a su hija en la pantalla por pequeño que fuera el papel; al final de la película la joven le habría explicado que la Marilyn Monroe de los títulos de crédito era *ella*. Que el cambio de nombre no había sido idea suya, pero que al menos le habían dejado usar el apellido «Monroe», el de soltera de Gladys. Pero en aquella estúpida película habían reducido su escena a unos segundos, de modo que no podía enorgullecerse de ella. *Si no me siento orgullosa, no podré ir a buscar a madre. Sin orgullo, no puedo esperar su bendición.*

Si su padre la hubiera conocido como Marilyn Monroe, también se habría disgustado. Porque no había posibilidad de enorgullecerse de Marilyn Monroe... todavía.

Otto Öse preparaba las tomas mientras hablaba con rapidez y entusiasmo. Hacía planes para otras sesiones «artísticas» como ésa. Porque

siempre había demanda para..., bueno, para fotos «especializadas». Norma Jeane lo escuchaba con gesto ausente, como si estuviera muy lejos. Otto era un hombre lento y apático salvo cuando trabajaba con su cámara; con la cámara, volvía a la vida. Era infantil y divertido. Norma Jeane había aprendido a no ofenderse por sus bromas. La joven se conducía con timidez, pues hacía meses que no se veían y la despedida había sido incómoda. (Ella había hablado demasiado. Le había contado que se sentía sola y preocupada por su carrera y que pensaba «un montón» en él. Todavía no terminaba de creer que hubiera dicho eso. Era lo peor que una podía decirle a Otto Öse, y ella lo sabía. Al principio él no había respondido, se había vuelto de espaldas, fumando su apestoso cigarro, y por último había murmurado: «Por favor, Norma Jeane, no quiero herirte». Había fruncido la boca como un niño enfurruñado, su párpado izquierdo temblando espasmódicamente. Después había guardado silencio durante tanto tiempo que Norma Jeane supo que había cometido un error garrafal e irremediable.) Ahora ella estaba detrás del raído biombo chino, temblando a pesar del sofocante calor. Había jurado que nunca posaría desnuda, porque eso equivalía a *cruzar la raya*, y *cruzar la raya* era lo mismo que aceptar dinero de un hombre a cambio de sexo. Era imposible volver atrás. La transacción le parecía sucia en el sentido más literal. Y ella estaba obsesionada por la limpieza. Las uñas de las manos, las de los pies. *Nunca seré como madre; ¡nunca!* Si sudaba durante una escena en la escuela de interpretación, se duchaba en cuanto terminaba. ¿Era Orson Welles quien había dicho aquello de «un actor que no suda no es un actor»? ¡Pero a ninguna actriz le gusta oler mal! En el club de La Productora, Norma Jeane era una de las chicas a las que les gustaba permanecer sumergidas en un baño caliente durante tanto tiempo como les permitieran. Pero ahora, para su vergüenza, en su miserable habitación alquilada no tenía bañera ni ducha y no le quedaba más remedio que lavarse con dificultad en una pequeña pila. Había estado a punto de aceptar la invitación de pasar un fin de semana con un productor que vivía en Malibú por la única razón de que añoraba un baño reconfortante. El productor era un amigo de un amigo del señor Shinn. Uno de tantos «productores» de Hollywood. Un hombre rico

que había ayudado a empezar a Linda Darnell. Y a Jane Wyman. Al menos se jactaba de ello. Pero si Norma Jeane hubiera ido a su casa, habría *cruzado la raya*.

Ella no quería dinero, sino trabajo. Había declinado la invitación del productor y ahora estaba desnuda en el abarrotado estudio de Otto Öse, que olía como peniques de cobre apretados en una mano sudorosa. A sus pies había pelusas y caparazones de insecto secos que le pareció reconocer de la última vez que había estado allí, muchos meses antes. *Cuando juré que no regresaría. ¡Nunca!*

Era incapaz de descifrar las miradas del fotógrafo: ¿se sentía atraído hacia ella o la despreciaba? El señor Shinn había dicho que Otto era judío y Norma Jeane no conocía a ningún otro judío. Desde su descubrimiento de Hitler, los campos de concentración y las fotografías de Buchenwald, Auschwitz y Dachau que había contemplado largamente y con horror en *Life*, sentía auténtica fascinación por los judíos y el judaísmo. ¿No había dicho Gladys que eran un pueblo elegido, una raza antigua y predestinada a la gloria? Norma Jeane había estado leyendo sobre esa religión, que no buscaba conversos, y sobre la «raza»..., una «raza», ¡qué misterio! Los orígenes de las «razas» humanas eran un verdadero misterio. Una debía tener una madre judía para nacer judía. ¿Era una maldición o una bendición ser un «elegido»? A Norma Jeane le habría gustado preguntárselo a uno de ellos. Pero era una pregunta ingenua, y después del horror de los campos de concentración, con toda probabilidad la interpretarían mal. En los hundidos ojos de Otto Öse veía algo conmovedor, una profundidad y una historia que no estaban en los suyos, claros y deslumbrantemente azules. *Yo no soy más que una estadounidense. Superficial. En mi interior no hay nada.*

Otto Öse no se parecía a ninguno de los hombres a los que ella conocía. No sólo porque era excéntrico y tenía talento, sino también porque, en cierto modo, no era un *hombre*. No estaba definido por la *masculinidad*. Su sexualidad era un misterio para ella. Las mujeres parecían disgustarle por una cuestión de principios. A Norma Jeane tampoco le habrían gustado las mujeres si hubiera sido hombre. O eso creía. Sin embargo, durante mucho tiempo había tenido la esperanza de que Otto Öse la considerara diferente y

la *amara*. De que sintiera compasión por ella y la *amara*. Porque ¿acaso no la miraba a veces con ternura y siempre con vehemencia a través del objetivo de la cámara? Y después, mientras examinaba las fotos de Norma Jeane, o de la Norma Jeane a la que había retratado disfrazada, murmuraba: «Dios mío. Mira esto. *Preciosa*». Pero se refería a las fotografías, no a ella.

Completamente desnuda de no ser por los zapatos. ¿*Por qué hago esto? Es un error*. Buscaba desesperadamente con la vista una bata con la cual cubrirse. ¿No había siempre una bata a mano para las modelos que posaban desnudas? Debería haberla llevado ella. Asomó con timidez la cabeza por el extremo del biombo. Su corazón palpitaba con fuerza; sentía miedo y una extraña euforia. Si Otto la veía desnuda, ¿la desearía? ¿La amaría? Lo miró: estaba de espaldas a ella, vestido con una holgada camiseta negra, pantalones de trabajo que revelaban la penosa estrechez de sus caderas y unas alpargatas sucias. Ninguna de las modelos de Preene o las actrices jóvenes de La Productora que conocían a Otto sabían nada de él. Tenía fama de ser muy exigente y obligarte a trabajar hasta el agotamiento: «Pero con Otto vale la pena. Nunca pierde el tiempo». Su vida privada era un misterio: «Una ni siquiera puede imaginarlo como un *marica*». Norma Jeane advirtió que el pelo de Otto estaba adquiriendo un metálico tono gris y empezaba a ralear en la coronilla de su alargado cráneo. De perfil, se parecía más a un halcón de lo que Norma Jeane recordaba. Parecía tan *voraz*, tan *depredador*. Podía imaginárselo volando, planeando y descendiendo en picado detrás de su asustada presa. Estaba cubriendo con terciopelo rojo un desvencijado bastidor de cartón y no se había percatado de que Norma Jeane lo observaba. Silbaba, murmuraba para sí, reía. Se volvió a mirar al fondo del estudio, donde había un caos de objetos destartados: una mesa de cocina metálica, sillas cochambrosas, un fogón eléctrico, una cafetera y tazas. Tableros de contrachapado donde pegaba docenas de negativos y copias de fotos, algunas tan antiguas que estaban amarillentas. Cerca de allí había un mugriento lavabo con una cortina de arpillera a modo de puerta. Norma Jeane detestaba usar ese retrete y lo evitaba siempre que podía. Ahora le pareció ver una sombra detrás de la cortina de arpillera: ¿había alguien

dentro? ¿Ha traído a alguien para que me espíe? Era una idea descabellada, absurda. Otto no era así. Otto despreciaba a los chulos.

—¿Estás lista, muñeca? No tendrás vergüenza, ¿no? —Otto le arrojó una tela de gasa que antes había sido una cortina. Ella se cubrió, agradecida—. Voy a usar terciopelo arrugado para conseguir el efecto de una caja de caramelos. Tú serás una exquisita golosina, tan apetecible que darán ganas de comerte.

Hablaba con naturalidad, como si ambos estuvieran acostumbrados a esa situación. Se concentró en colocar el trípode en su sitio, cargar la película y regular la cámara. Ni siquiera alzó la vista cuando Norma Jeane se aproximó lentamente, aturdida como una niña en un sueño. El terciopelo rojo estaba deshilachado en los bordes pero el color se mantenía vivo, palpitante. Otto había colocado la tela de modo que los bordes no salieran en la foto y el pequeño taburete donde Norma Jeane se sentaría, enmarcado por el llamativo color, estaba disimulado bajo el terciopelo.

—Otto, ¿puedo ir al lavabo? Sólo para...

—No. Está averiado.

—Sólo para lavarme...

—No. Empecemos, Miss Sueños Dorados.

—¿Es eso lo que seré?

Otto todavía no miraba a Norma Jeane. Quizá por delicadeza, o acaso porque temía que la chica se asustara y saliera corriendo. Envuelta en la sucia cortina, se acercaba al fondo del decorado y a las cegadoras luces que siempre la intimidaban. Cuando pisó con actitud temerosa la tela, Otto la miró y dijo con brusquedad:

—¿Zapatos? ¿Llevas zapatos? Quítatelos.

—¿No pue-puedo dejármelos puestos? —tartamudeó Norma Jeane—. El suelo está muy sucio.

—No seas idiota. ¿Alguna vez has visto un desnudo con *zapatos*?

Otto soltó una risita despectiva. Norma Jeane sintió que el rubor le abrasaba la cara. Qué regordeta estaba: ¡sus pechos, de los que siempre había estado tan orgullosa, sus muslos, sus nalgas! Su tersa, pálida y

ostensible desnudez era como una tercera persona en la habitación, como un molesto intruso.

—Es que... mis pi-pies... por alguna razón parecen más desnudos que... —Norma Jeane rió, pero no como le habían enseñado en La Productora, sino con su antigua vocecita chillona y asustada, como un ratón moribundo—. ¿Me prometes que... que no mostrarás las plantas de los pies? ¡Por favor, Otto!

¿Por qué de súbito ese detalle le parecía tan importante? ¿Por qué las plantas de los pies?

Indefensa, vulnerable, desvalida. No podía soportar la idea de que los hombres la mirarían con lujuria, y sus pálidos pies desnudos eran la prueba de su desamparo animal. Recordó que en su última sesión, mientras le hacía unas fotos para la revista *Sir!*, vestida con una blusa de raso roja con escote en V, pantalones cortos blancos y zapatos de tacón forrados de raso rojo, Otto le había dicho que sus muslos eran «desproporcionados» con relación a su trasero: demasiado musculosos. Tampoco le gustaban los lunares que salpicaban su espalda y sus brazos como «hormiguitas negras» y la obligaba a cubrirlos con maquillaje.

—Vamos, muñeca. Quítate *todo*.

Norma Jeane se descalzó dando un par de puntapiés al aire y dejó caer al suelo la cortina de gasa. Su cuerpo hormigueaba en presencia de aquel hombre que era a un tiempo un amigo y un completo desconocido. Ocupó su sitio en el centro del terciopelo arrugado, sentándose en el taburete de lado y con las piernas fuertemente cruzadas. Otto había dispuesto la tela de manera que el espectador no supiera con seguridad si la modelo estaba sentada o tendida. No se vería más que el campo de vibrante carmesí y el cuerpo desnudo de la modelo, como en una ilusión óptica en la que las dimensiones y la distancia se vuelven imprecisas.

—No lo ha-harás, ¿verdad? No enseñarás las plantas de mis...

—¿De qué demonios hablas? Intento concentrarme y me estás poniendo nervioso.

—Nunca había posado desnuda. Yo...

—Ésta no es una foto obscena, cariño. Es *arte*. Hay una gran diferencia.

Ofendida por el tono de Otto, Norma Jeane procuró bromear con la voz ingenua que le habían enseñado a usar en La Productora.

—Igual que entre fotógrafo y *pornógrafo*, ¿no es cierto?

Soltó una risa estridente. Otto conocía las señales de alarma.

—Relájate, Norma Jeane. Tranquilízate. Como ya te he dicho, parecerá que estás en una caja de caramelos. Separa los brazos. ¿Acaso crees que Otto Öse no ha visto nunca una teta? Las tuyas son estupendas. Y descruza las piernas. No haremos ninguna toma de frente, así que no se verá ni un pelo del pubis. Si lo hiciéramos, no podríamos enviar las fotos por correo, y eso no nos conviene, ¿de acuerdo?

Norma Jeane quería explicar una idea confusa sobre sus pies: las plantas de los pies y cómo se verían desde abajo. Pero su lengua parecía hinchada y dormida. Hablar se le antojaba tan difícil como respirar bajo el agua. Tenía la impresión de que alguien la observaba desde el fondo del estudio. También estaba la mugrienta ventana que daba a Hollywood Boulevard: alguien podría estar mirándola desde allí, espiando por encima del alféizar. Gladys no quería que miraran a Norma Jeane, pero ellos levantaban las mantas y espiaban. Era inevitable.

—Has posado para mí un montón de veces en este estudio —dijo Otto con paciencia—. Y también en la playa. ¿Qué diferencia había cuando llevabas una camiseta del tamaño de un pañuelo o un traje de baño? Enseñas el culo de una forma más provocativa cuando usas pantalones cortos o tejanos que cuando lo llevas al aire, y tú lo sabes. No finjas ser más tonta de lo que eres.

Norma Jeane consiguió hablar:

—No me pongas en ridículo, Otto. Te lo ruego.

—Ya eres ridícula. El cuerpo femenino es ridículo. Tanta cháchara sobre la *fecundidad*, la *belleza*. El único propósito de todo eso es que los hombres se vuelvan locos de ganas de copular y reproduzcan la especie, igual que la mantis religiosa, que muere cuando la hembra con la que se ha apareado le arranca la cabeza. Pero ¿qué es la especie? Después de los nazis y de la colaboración de los estadounidenses en el exterminio de los judíos, el noventa y nueve por ciento de los seres humanos no merece vivir.

Norma Jeane se estremeció ante el ataque de Otto. En el pasado, él había hecho comentarios en parte serios y en parte humorísticos sobre la falta de nobleza de la humanidad, pero ésta era la primera vez que hacía alusión a los nazis y sus víctimas.

—¿La colaboración de los e-estadounidenses? —protestó Norma Jeane—. ¿Qué quieres decir, Otto? Creí que habíamos sa-salvado...

—«Salvamos» a los sobrevivientes de los campos de concentración porque era una buena propaganda, pero no evitamos que murieran seis millones de personas. La política de Estados Unidos, o la de Franklin Delano Roosevelt, fue rechazar a los refugiados judíos y enviarlos de vuelta a las cámaras de gas. No me mires así, que no estamos en una de tus estúpidas películas. Estados Unidos es un Estado fascista que ha medrado gracias a la guerra (ahora que los que se autodenominaban fascistas están vencidos), el Comité de Actividades Antiamericanas es su Gestapo y las chicas como tú, apetitosas golosinas a disposición de cualquiera que tenga la pasta necesaria para comprarlas. Así que cierra el pico y no hables de lo que no entiendes.

Otto esbozó una de sus grandes y mortíferas sonrisas. Norma Jeane respondió con una risita ansiosa, tratando de aplacarlo. En varias ocasiones él le había pasado el *Daily Worker* y panfletos burdamente impresos publicados por el Partido Progresista, el Comité para la Protección de los Nacidos en el Extranjero y otras organizaciones por el estilo. Ella los había leído, o había intentado leerlos. Cuánto ansiaba *saber*. Sin embargo, cuando interrogaba a Otto sobre marxismo, socialismo, comunismo, «materialismo dialéctico» o la «decadencia del Estado», él la interrumpía y se encogía de hombros con actitud desdeñosa. Porque resulta (quizá) que Otto tampoco creía en la «ingenua religiosidad» del marxismo. El comunismo era una «interpretación equivocada y trágica» del alma humana. O quizá una interpretación equivocada de la trágica alma humana.

—Nena, por favor, límitate a estar atractiva. Ése es tu gran talento y sabe Dios que escasea. Te mereces hasta el último céntimo de los cincuenta dólares de tu paga.

Norma Jeane rió. Quizá ella no fuera más que una golosina. *Un culo bonito*, como había oído comentar a alguien (¿George Raft?).

En cierto modo, el desprecio del fotógrafo era reconfortante. Sugería que había principios más elevados que los de ella. Mucho más elevados incluso que los de Bucky Glazer y los del señor Haring. Empezó a soñar con los ojos abiertos, pensando en esos hombres y en Warren Pirig, que no le hablaba más que con los ojos, y en Widdoes, que había golpeado con la pistola a un muchacho con ese aire de «arreglar las cosas» que era una prerrogativa masculina tan inevitable como las mareas. En sueños, a veces Norma Jeane recordaba que Widdoes le había pegado a *ella*.

Pero su padre había sido siempre tan afectuoso. Nunca la reñía. Nunca le había hecho daño. Abrazaba y besaba a su niña mientras madre los miraba con una sonrisa en los labios.

Algún día regresaré a Los Ángeles para buscarte.

Otto Öse recordaría esta sesión de fotos durante el resto de su vida. Esta sesión de fotos le concedería un lugar en la historia.

Claro que en su momento no lo sabía. Sólo sabía que estaba disfrutando y que eso no era habitual. En general, odiaba a sus modelos. Detestaba sus desnudos cuerpos de pez, sus ansiosos y esperanzados ojos. Si hubiera podido cubrirles los ojos con celo. Cubrirles la boca con celo aislante de modo que se viera pero ellas no pudieran hablar. Sin embargo, Norma Jeane parecía entrar en trance y no hablaba. Apenas si necesitaba tocarla, y sólo con la punta de los dedos, para ponerla en la postura adecuada.

La Monroe tenía un talento natural, incluso cuando era una cría. Tenía cerebro, pero se guiaba por la intuición. Creo que era capaz de verse a sí misma a través del objetivo de la cámara. Para ella, posar era una experiencia más intensa, más sexual, que cualquier contacto humano.

Ayudó a su modelo a posar como la sirena de proa de un barco imaginario. Los pechos desnudos, los pezones grandes como ojos. Norma Jeane no parecía consciente de las contorsiones que él la obligaba a hacer. Siempre que él murmurara: «Bien. Estupendo. Sí, así. Buena chica». Las palabras que uno murmura en momentos como ése. Se aproximaba,

acechando a su presa, pero la presa no demostraba alarma. La presa estaba completamente *entregada*. Un hecho curioso, ya que Norma Jeane era sin discusión alguna la más inteligente de sus modelos. Astuta incluso, con esa astucia que uno considera patrimonio exclusivo de los hombres, de un jugador dispuesto a arriesgar X con la esperanza de ganar Y, aunque haya pocas probabilidades reales de ganar Y y muchas de perder X. *Su problema no residía en que fuera una rubia tonta, sino en que no era ni rubia ni tonta.*

Isaac Shinn le había dicho a Otto que había sufrido una gran impresión al ver a Norma Jeane después de que La Productora la despidiera, y que temía que se hiciera daño a sí misma. Otto había reído, incrédulo.

—¿Ella? Es la mismísima fuerza vital. Es Miss Vigor en persona.

—Ésa es la clase de suicida más peligrosa —repuso Shinn—; la pobrecilla no sabe dónde se ha metido. Yo sí.

Otto lo escuchó. Sabía que Isaac Shinn, a pesar de todas sus gilipolleces, sólo hablaba con seriedad cuando decía la verdad. Otto respondió que quizá fuera una suerte que La Productora hubiera despedido a Marilyn Monroe (un nombre ridículo que nadie se tomaría nunca en serio); ahora la chica podría volver a hacer una vida normal. Completar su educación, encontrar un empleo estable, casarse de nuevo y formar una familia. Un final feliz.

—¡Por el amor de Dios, no se te ocurra decirle eso! —replicó Shinn, horrorizado—. Todavía no debe renunciar a su carrera artística. Tiene un gran talento, es preciosa y todavía joven. Yo tengo fe en ella, aunque el cabrón de Z no la tenga.

—Pero por su bien debería apartarse de esta mierda —dijo Otto con insólita gravedad—. El problema no son únicamente los estudios, sino también las personas que no hacen más que denunciarse unas a otras. Es un hervidero de «subversivos» y espías policiales. ¿Cómo es que ella no se da cuenta?

Shinn, que sudaba con facilidad, tiraba del cuello de su camisa de seda hecha a medida. Era un enano jorobado, con una cabeza enorme y una personalidad que podía definirse como fosforescente, pues brillaba en la

oscuridad. A sus cuarenta y cinco años, I. E. Shinn era una polémica pero mayormente respetada figura de Hollywood de quien se decía que había hecho más dinero apostando a los caballos que en su actividad como agente; había sido uno de los primeros miembros del progresista Comité para la Libertad Individual, fundado en 1940 como medida de resistencia ante la política derechista del Comité de Actividades Antiamericanas. En consecuencia era un hombre valiente y obcecado y Otto Öse, que había pasado brevemente por el Partido Comunista hasta que se había desilusionado, lo admiraba por ello. Los ojos de Shinn, con sus pobladas pestañas y su expresión vehemente, reflejaban un sufrimiento interior que no acababa de casar con los cómicos tics de su cara. Era excepcionalmente feo y Otto Öse también se vanagloriaba de su excepcional fealdad. *Formábamos una pareja. Hermanos mellizos. Pigmaliones gemelos. Y Norma Jeane era nuestra creación.* A Otto le habría gustado fotografiar a Shinn en un dramático claroscuro, *Cabeza de un judío de Hollywood*, como un retrato de Rembrandt. Pero él se ganaba la vida haciendo fotos a chicas. Shinn se encogió de hombros y dijo:

—Se considera tonta. Como tartamudea, cree que es prácticamente retrasada. Créeme, Otto, es una chica afortunada. Y hará carrera en el cine. Te lo garantizo.

Otto acercó el trípode. Norma Jeane alzó la vista y sonrió con gesto pensativo, como sonreiría una mujer a un hombre que se acerca para hacerle el amor.

—¡Estupendo, nena! Ahora deja que asome la punta de la lengua. Quédate así.

Ella obedeció. Estaba dormida con los ojos abiertos. ¡*Clic!* Otto también había entrado en trance. Había fotografiado a muchas mujeres desnudas, pero nunca se había sentido como se sentía ante Norma Jeane. Era como si en el acto de mirarla, la consumiera y al mismo tiempo ella lo consumiera a él. *Vivo en tus sueños. Ven; vive en los míos.* Posando contra el fondo de terciopelo rojo, era una exquisita golosina que cualquiera habría querido chupar y chupar. Por simple capricho, él le había dado un manual italiano de anatomía del siglo XVI junto con el misterioso consejo de que lo

memorizara. ¡Era tan ansiosa! Quería..., bueno, tantas cosas. *Ámame. ¿Me amarás? Y sálvame.* Era difícil imaginar que esa joven en la flor de la salud y la belleza fuera a envejecer algún día, como Otto sabía que estaba envejeciendo él. A pesar de su extrema delgadez, Otto tenía la impresión de que las carnes que ocultaba bajo prendas holgadas estaban flácidas. Su cabeza era una calavera recubierta de piel. Sus nervios eran tensos alambres. Sonrió al ver que Norma Jeane flexionaba los dedos de los pies en un infantil gesto de pudor. ¿Por qué esa manía de que no le fotografiara la planta de los pies? No tenía ni idea.

—Voy a probar otra pose, muñeca. Baja de ahí.

Norma Jeane obedeció sin vacilar. Si hubiera querido, habría podido fotografiarla de frente, el pequeño vientre redondeado con su tenue brillo pálido, el triángulo de vello rubio oscuro que por lo visto ella (con timidez y picardía) había recortado: se había vuelto tan desvergonzada como una niña pequeña, o una niña ciega. Como uno de esos críos inmigrantes mexicanos que orinaban en la cuneta sin molestarse siquiera en ponerse en cuclillas, con la naturalidad de un perro.

Entusiasmado, Otto cambió de lugar la tela, extendiéndola ahora sobre el suelo. ¡Como en una merienda campestre! Se dejó llevar por la inspiración y arrastró una escalera cubierta de telarañas que estaba en un rincón del estudio con el fin de fotografiar a Norma Jeane desde lo alto, tendida sobre el terciopelo.

—Ponte boca abajo, pequeña. Ahora de lado. Ahora *estírate*. Eres una gata grande y estilizada, ¿de acuerdo, nena? Una preciosa gata grande y estilizada. Veamos cómo ronroneas.

El efecto de las palabras de Otto fue inmediato y sorprendente. Norma Jeane obedeció sin rechistar, riendo en lo más profundo de su garganta. Era como si la hubieran hipnotizado. Como una joven recién casada, inexperta en el amor, cuyo cuerpo responde de manera instintiva y comienza a disfrutar del sexo. Desnuda sobre el terciopelo arrugado, estirando sensualmente los brazos, las piernas, la sinuosa curva de la espalda y las nalgas mientras Otto *¡clic!, ¡clic!* disparaba el obturador de la cámara mirándola a través del objetivo. Otto Öse, que se jactaba de que ninguna

mujer, y mucho menos una modelo desnuda, podía sorprenderlo. Otto Öse, a quien la enfermedad había privado y al mismo tiempo curado de su masculinidad. En esta serie de tomas estaba a más de un metro por encima de su modelo, balanceándose sobre la escalera, enfocando hacia abajo para que en las fotografías la joven apareciera rodeada por el terciopelo rojo en lugar de dominando el espacio, como en la tradicional pose de pie en la que la había retratado al principio. Era una diferencia sutil, pero importante. La seductora modelo de pie, mirando con ojos soñadores al espectador, es una invitación al amor sexual en los términos del desnudo: una mujer que se ofrece sin embages al (invisible, anónimo) varón. Pero la modelo reclinada, tendida boca abajo con los brazos alargados, vista desde una distancia corta, aparece como un ser físicamente más pequeño, más vulnerable en su desnudez, y no como un igual del espectador. Debe ser dominada. Su propia belleza inspira compasión. Un animal desvalido, desamparado, totalmente sometido al ojo sagaz de la cámara. La elegante curva de los hombros, la espalda, los muslos, la voluptuosidad de las nalgas y los pechos, el misterioso anhelo animal en la cara levantada, las pálidas, indefensas plantas de los pies...

—¡Estupendo! ¡Mantén esa postura! —¡Clic! ¡Clic!

Otto respiraba con agitación. Su frente y sus axilas se cubrieron de un sudor que escocía como si le hubieran picado un montón de hormigas rojas. A estas alturas había olvidado el nombre de la hermosa modelo (si es que tenía nombre), habría sido incapaz de decir para quién estaba haciendo aquellas fotos fabulosas y mucho menos cuánto cobraría por ellas. *Novecientos dólares. Por venderla. ¿Por qué, si la quiero? Es una prueba de que no la quiero.* Con su viejo amigo, ex compañero de cuarto y antiguo camarada del partido Charlie Chaplin Jr., cuya «identidad filial» era sinónimo de «maldición filial», había tomado un par de copas de ron —una poderosa medicina contra la congestión nasal— en mugrientos frascos de mermelada con el fin de prepararse para la sesión. No estaba embriagado por el ron, sino por otra cosa, pero ¿qué? Las luces cegadoras, el palpitante color rojo, la carne de la joven tendida ante él, exquisita como un dulce, removiéndose y estirándose en el frenesí de una relación sexual con un

amante invisible. No lo había embriagado el ron, sino la transgresión que estaba cometiendo y por la cual, en lugar de castigarlo, le pagarían con generosidad. Desde su privilegiado mirador, Otto vio pasar ante él la vida de la chica, desde sus miserables orígenes (le había confesado que era «ilegítima», como pintolescamente se describía ella, y que su padre nunca se había interesado por conocerla pese a vivir cerca de ella, en Hollywood; Otto también sabía que la madre de la chica estaba loca: sufría esquizofrenia paranoide, llevaba una década encerrada en Norwalk y en cierta ocasión había tratado de ahogar a su hija... ¿o de quemarla viva en agua hirviendo?) hasta su también miserable final (una muerte prematura causada por sobredosis de drogas, abuso del alcohol, las muñecas cortadas en la bañera, o un amante loco). La tragedia de la vida anónima de la joven traspasó el corazón de Otto, que no tenía corazón. Era una criatura sin protección de la sociedad, sin familia ni «legado». Un trozo de carne apetitosa para comercializar. Estaba en la flor de la vida, pero la flor de la vida duraría poco. Aunque a los veintitrés años aparentaba seis menos, curiosamente inmune al tiempo y a las adversidades (como los modelos proletarios de Walker Evans, el gran maestro de Otto Öse: aparceros desalojados y peones inmigrantes del sur en la década de los treinta), algún día comenzaría a envejecer de manera repentina e irreversible.

Yo no obligaba a nadie. Venían a mí por voluntad propia. Yo, Otto Öse, las ayudaba a venderse, porque sin mí habrían tenido poco valor en el mercado.

¿Por qué, entonces, estaba explotando a Norma Jeane? Le arrojó la deshilachada cortina y dijo:

—Muy bien, pequeña. Hemos terminado. Has estado genial. Estupenda.

La joven lo miró parpadeando, aturdida, como si no lo reconociera. Igual que una puta drogada o sedada incapaz de reconocer al hombre que la había follado, ignorando incluso que la habían follado y que el acto en cuestión había durado un buen rato.

—Todo ha terminado. Ha ido muy *bien*.

Aunque no quería que la joven supiera hasta qué punto había ido bien ni que esa sesión en el estudio de Otto Öse había sido maravillosa, incluso

histórica. Que esas fotos de Norma Jeane Baker, alias Marilyn Monroe, se convertirían en los desnudos de calendario más famosos, o acaso más infames, de la historia. Por ellos la modelo ganaría cincuenta dólares, mientras que otros —todos hombres— ganarían millones. *Y mostraban las plantas de mis pies.*

Detrás del raído biombo chino, Norma Jeane se vistió con rapidez. Había pasado noventa minutos en un estado de ensoñación, como si estuviera drogada. Los latidos de su cabeza se confundían con el rumor del tráfico en Hollywood Boulevard y el nauseabundo olor de los gases de los tubos de escape. Los pechos le dolían como si estuvieran llenos de leche. *Si hubiera tenido un hijo con Bucky Glazer, ahora estaría a salvo.*

Oyó a Otto hablando con alguien. Probablemente estaría telefoneando. Reía en voz baja.

Las luces ya estaban apagadas; el deshilachado terciopelo rojo, mal doblado y tirado sobre un estante; los rollos de película, listos para revelar. Lo único que quería Norma Jeane era marcharse del estudio de Otto Öse. Al despertar de su trance, bajo las deslumbrantes luces, había visto en la cadavérica cara del fotógrafo un gesto de satisfacción que no tenía nada que ver con ella. En su voz eufórica había percibido una alegría que no tenía nada que ver con ella. *Si hubiera tenido un hijo, ahora no me sentiría humillada por haberme desnudado ante un hombre que no me ama.* Debía admitir que el dinero no había sido su única motivación para desnudarse en el estudio de Otto Öse, aunque necesitaba desesperadamente dinero y esperaba visitar a Gladys el fin de semana siguiente. Se había desnudado y humillado con la esperanza de que cuando Otto la viera desnuda, cuando contemplara su hermoso cuerpo juvenil y su hermosa cara juvenil llena de deseo, dejara de resistirse a amarla como había estado resistiéndose durante tres años. Norma Jeane se preguntó si Otto sería impotente. En Hollywood había descubierto la «impotencia masculina». Sin embargo, el hecho de que fuera impotente no impediría que la quisiera. Podrían besarse, mimarse, dormir abrazados por las noches. En realidad, sería más feliz con un hombre impotente. ¡Lo sabía!

Ya estaba completamente vestida. Con sus zapatos de tacón mediano.

Se miró en el espejo de la polvera, sucio de polvos, y sus ojos azules emergieron en él como peces diminutos.

—Sigo aquí.

Rió con su nueva risa ronca. Era cincuenta dólares más rica. Quizá su suerte, pésima durante los últimos meses, empezara a mejorar a partir de ahora. Tal vez aquello fuera una señal. Quién sabe..., el «arte» de los calendarios era anónimo. El señor Shinn se proponía conseguirle una audición con la Metro-Goldwyn-Mayer. *Él* no la había dado por perdida.

Sonrió en el pequeño espejo circular que sostenía en la palma de la mano.

—Muñeca, has estado estupenda. Fantástica.

Cerró la polvera y la guardó en el bolso.

Ensayó la manera de salir del estudio de Otto Öse con dignidad: Otto estaría ordenando, o habría servido un vaso de ron, o dos vasos de ron en los mugrientos frascos de mermelada, para celebrar la sesión; era uno de sus ritos, aunque sabía que Norma Jeane no bebía y mucho menos a esas horas. De modo que apuraría también el segundo vaso haciendo un guiño. Ella le sonreiría y agitaría la mano —«Gracias, Otto. Tengo que marcharme corriendo»— y saldría del estudio sin darle tiempo para protestar. Porque ya le había entregado los cincuenta dólares, que estaban a buen recaudo en su bolso. Y ya había firmado el contrato.

Pero Otto la llamó con su característica voz cansina:

—Eh, Norma Jeane, cariño. Quiero presentarte a un amigo. Un antiguo compañero de trincheras. Cass.

Norma Jeane salió de detrás del biombo chino, extrañada de ver a un desconocido detrás de Otto Öse. Un joven con una espesa melena negra y ojos de azabache. Era bastante más bajo que Otto y de constitución fuerte, delgado pero musculoso, como si fuera bailarín o gimnasta. Sonrió con timidez a Norma Jeane. ¡Se notaba que ella le atraía! Era el muchacho más apuesto que Norma Jeane hubiera visto fuera de una película.

Y aquellos ojos.

El amante

Porque ya nos conocíamos.

Porque me había visto, con esos ojos tiernos, conmovedores, desde una pared del antiguo apartamento de Gladys.

Porque al verme dijo: *Yo también te conocía. Sin padre, como yo. Y tu madre te abandonó y corrompió, igual que a mí la mía.*

Porque era un niño en lugar de un hombre, aunque tenía la misma edad que yo.

Porque no veía en mí a la vagabunda, la puta, la ridícula Marilyn Monroe, sino a la joven esperanzada que era Norma Jeane.

Porque él también estaba condenado.

¡Porque en su condena había tanta poesía!

Porque me amaría como Otto Öse no quería o no podía amarme.

Porque me amaría como otros hombres no querrían o no podrían amarme.

Porque me querría como un hermano. Como un gemelo.

Con el alma.

La audición

Toda interpretación es una defensa ante la amenaza del aniquilamiento.

El manual del actor y la vida del actor

¿Cómo sucedió por fin? Sucedió así.

Un director de cine debía un favor a I. E. Shinn. Éste le había pasado una fiya sobre una potra purasangre, llamada Footloose, que participaría en las carreras de Casa Grande, el director había apostado por la potra (11 a 1) con dinero prestado en secreto por la mujer de un rico productor y se había hecho con dieciséis mil quinientos dólares que lo ayudarían a saldar parte de sus deudas, aunque no todas, desde luego, porque el individuo en cuestión era un jugador empedernido y un imprudente; un genio en su trabajo, según algunos, un hijo de puta irresponsable, según otros, pero en cualquier caso un hombre imposible de definir de acuerdo con los criterios corrientes sobre conducta, corrección, cortesía profesional, decencia o incluso sentido común: un «pionero de Hollywood» que detestaba Hollywood pero lo necesitaba para el respaldo económico que hacía posible sus originales y costosas películas.

Y el protagonista de la siguiente película del director debía a I. E. Shinn un favor aún más grande. En 1947, poco después de que el presidente Harry Truman firmara el histórico Decreto 9835 que exigía juramentos de lealtad

y programas de seguridad para todos los empleados públicos, y cuando incluso las empresas privadas empezaron a pedir «juramentos de lealtad», este actor había estado entre las numerosas figuras de Hollywood que se habían manifestado en contra de la orden, firmando peticiones y consiguiendo que lo ficharan como defensor de derechos constitucionales como la libertad de expresión y de reunión. Un año después se convirtió en uno de los sospechosos de subversión investigados por el temido Comité de Actividades Antiamericanas, que denunciaba a los comunistas y a los «simpatizantes de los comunistas» de la industria cinematográfica de Hollywood. Se descubrió que en 1945 el actor había actuado como representante sindical en las negociaciones entre el izquierdista Sindicato de Actores de Cine y los estudios más importantes, exigiendo un seguro de salud, mejores condiciones de trabajo, un sueldo mínimo más alto y el pago de derechos por la reposición de películas; al Sindicato de Actores se lo acusaba de estar lleno de comunistas infiltrados, simpatizantes de la izquierda o simples incautos. Para colmo, ciertos informantes anticomunistas voluntarios habían denunciado en secreto al actor ante el comité por su larga amistad con reconocidos miembros del Partido Comunista Americano, como los guionistas Dalton Trumbo y Ring Lardner Jr., que ocupaban un lugar destacado en la lista negra.

En consecuencia, para que se librara de la orden de comparecencia del comité y de un interrogatorio hostil en Washington D. C., que habría acarreado una nefasta publicidad para el actor a nivel nacional y el boicot de sus películas por parte de la Legión Americana, la Legión Católica de la Decencia y otras organizaciones patrióticas (no había más que ver la suerte que había corrido el otrora venerado Charlie Chaplin, ahora denunciado por «rojo» y «traidor») y una entrada inevitable en la lista negra (por mucho que en público los estudios negasen la propia existencia de esa lista), el actor fue invitado a una reunión privada con varios importantes congresistas republicanos de California en la mansión de Bel Air de un abogado del mundo del espectáculo a quien había conocido por mediación de I. E. Shinn, el astuto y canijo agente. En esa reunión privada (de hecho, una espléndida cena rociada con caros vinos franceses), los congresistas

interrogaron informalmente al actor y éste los impresionó con su serena sinceridad masculina y su ardor patriótico, pues al fin y al cabo era un veterano de la Segunda Guerra Mundial, un soldado que había combatido en Alemania en los últimos y penosos meses de la contienda, y si se había sentido atraído por el comunismo ruso, el socialismo o lo que fuera, debían recordar, por favor, que Stalin, ahora convertido en monstruo, era a la sazón nuestro aliado; Rusia y Estados Unidos no eran aún enemigos ideológicos: el uno, un Estado ateo militante empeñado en dominar el mundo, si no en destruirlo; y el otro, la única esperanza del cristianismo y la democracia en un mundo de atribuladas naciones. Debían recordar, por favor, que hacía apenas unos años era comprensible que un joven apasionado como el actor suscribiera las políticas radicales para enfrentarse al fascismo. Los periódicos y las revistas familiares como *Life* alentaban la simpatía hacia Rusia.

El actor explicó que él nunca había sido miembro oficial del Partido Comunista, aunque había asistido a varias asambleas, y que no estaba en condiciones de «dar nombres», que era lo que pretendía el comité. Los congresistas republicanos congeniaron con él, lo creyeron e informaron al comité de que debían eliminar su nombre de la lista, gracias a lo cual al final no lo citaron. Si hubo dinero de por medio, fue efectivo entregado discretamente por el agente del actor al abogado. Es posible que los congresistas republicanos recibieran un porcentaje del pago. El actor no supo, o no demostró saber, nada acerca de la transacción, salvo, claro está, que había quedado fuera de la lista negra. El papel de I. E. Shinn en esas negociaciones, así como en otras similares en aquellos años de «listas negras» e «indulgencias» secretas en Hollywood, siempre sería un misterio, igual que el propio agente.

—¿Por qué no creer que actuó movido únicamente por la bondad de mi deforme corazón de enano?

De modo que dos hombres clave en la próxima película de la Metro-Goldwyn-Mayer estaban secretamente en deuda con I. E. Shinn. Y era posible que cada uno de ellos estuviera al tanto del endeudamiento del otro.

El pequeño y astuto agente de risa estentórea, serenos ojos calculadores y un permanente clavel rojo en la solapa esperó su oportunidad como un buen jugador y llamó al director en el momento preciso, el día antes de la audición para el único papel de la película apropiado para su cliente Marilyn Monroe. Shinn comprendía que al director, un disidente de Hollywood, le causaría una impresión perversamente favorable el hecho de que La Productora hubiera despedido a la joven. Así que lo llamó, se identificó y el director dijo con benévola ironía:

—Me llamas para hablarme de una chica, ¿verdad?

A lo que Shinn respondió con su característica y altiva brusquedad:

—No. De una actriz. Una actriz muy especial que sería perfecta para el papel de la «sobrina» de Louis Calhern.

—Todas son especiales mientras nos las follamos —gruñó el director, que tenía resaca y le dolía la cabeza.

—Esta chica es verdaderamente buena —protestó Shinn, ofendido—. Podría llegar a ser una estrella si le dieran el papel adecuado, y creo que el de Angela es ideal para ella. Créeme, estarás de acuerdo cuando la veas.

—¿Una estrella como la Hayworth? —preguntó el director—. Una preciosa pueblerina incapaz de actuar. Una chica con tetas grandes y el labio inferior fruncido como si estuviera de morros. Una tonta que se ha hecho electrólisis para mejorar el borde del cuero cabelludo y está teñida de rojo o de rubio platino, pero será una gran estrella.

—Lo será —aseguró Shinn—. Te ofrezco la oportunidad de descubrirla.

El director suspiró y dijo:

—De acuerdo, Isaac. Envíamela. Concierta una cita con mi ayudante.

No le confesó a Shinn que ya había escogido a una joven para ese papel. No estaba confirmado; aún no había hablado con el agente de la chica, pero en este caso también había una deuda (de carácter sexual) y la candidata era una belleza morena con facciones exóticas, que era precisamente lo que exigía el guión. El director podría explicar a Shinn, si es que éste le pedía explicaciones, que su cliente no daba el tipo. Y le pagaría el favor que le debía en otra ocasión.

La cuestión es que al día siguiente, a las cuatro en punto, Shinn se presenta con su chica Marilyn Monroe. Una preciosa rubia platino con un cuerpo fabuloso enfundado en brillante rayón blanco, tan asustada, según ve el director, que sólo es capaz de hablar en murmullos. En cuanto la mira, el director llega a la instintiva conclusión de que esa chica no sirve para actuar, ni siquiera para follar, aunque su boca podría resultar útil y ella sería un buen objeto decorativo, como el elegante mascarón de proa de un barco o el ornamento de plata del capó de un Rolls-Royce. Piel pálida y luminosa como la de una muñeca cara y ojos azul cobalto llenos de pánico. Las dos manos temblando mientras sujetan el pesado guión. Una voz tan suave que al director le cuesta entenderla cuando declara, como una colegiala nerviosa, que ha leído el guión, el guión completo, y que es una historia turbadora, como una novela de Dostoievski, en la que una simpatiza con los criminales y no quiere que los castiguen. La joven dice Dos-to-ievski poniendo el mismo énfasis en cada sílaba. El director ríe y pregunta:

—Vaya, ¿has leído a Dostoievski, preciosa?

Y la chica se ruboriza, consciente de que se está burlando de ella. Entretanto Shinn permanece de pie a su lado, furioso, con la cara encendida y un hilo de baba brillando entre sus gruesos labios.

No la etiqueté como una pueblerina. Tenía bastante buen aspecto. Una joven de Pasadena criada entre algodones, de clase media alta y con una educación deplorable, a quien alguien había dicho que podía actuar. Casi una colegiala católica. ¡Qué divertido! El pobre infeliz de Shinn estaba enamorado de ella. No sé por qué eso me hizo gracia, pero me la hizo. Ella parecía mucho más alta que él, pero de hecho no lo era tanto. ¡Más tarde descubrí que estaba liada con Charlie Chaplin Jr.! Pero ese día, en ese momento, tuve la impresión de que ella y Shinn eran pareja. Una pareja típica de Hollywood. La bella y la bestia, una situación que resulta cómica para todos excepto para la bestia.

De modo que el director indica a la rubia Marilyn Monroe que comience con la audición. Hay seis o siete personas en la sala de ensayos, todos hombres. Sillas plegables, cortinas echadas para impedir la entrada de la deslumbrante luz del sol. No hay alfombra, el suelo está lleno de colillas

y desperdicios y la rubia sorprende a todo el mundo al tenderse con su brillante vestido de rayón blanco (perfectamente planchado, con falda estrecha, cinturón de tela y un cuello barco que deja al descubierto apenas una porción de su pecho color crema) antes de que el director se dé cuenta de lo que hace o de que cualquiera alcance a detenerla. En el suelo, acostada boca arriba con los brazos extendidos, la joven explica con nerviosismo al director que la primera escena comienza con ella dormida en un sofá, así que tiene que tumbarse, como ha hecho durante sus ensayos. La primera vez que aparece Angela está dormida. Eso es *crucial*. El espectador la ve a través de los ojos de «su tío», un hombre mayor, casado, abogado. A Angela se la ve únicamente a través de sus ojos y más adelante, a través de los ojos de los agentes de policía. Siempre a través de unos ojos masculinos.

El director mira estupefacto a la rubia platino tendida en el suelo, a sus pies. *¡Me está explicando el personaje a mí, el director!* Se ha vuelto tan desvergonzada como una niña terca. Una niña agresiva. Él olvida encender el cigarro cubano que acaba de desenvolver y sujeta entre los dientes. En la sala de ensayos reina un silencio absoluto mientras Marilyn Monroe comienza la escena cerrando los ojos, inmóvil en su interpretación del descanso, con la respiración profunda, lenta y rítmica (la caja torácica y los pechos subiendo y bajando, subiendo y bajando), sus tersos brazos y sus piernas cubiertas con medias de nailon extendidos con el letargo de un sueño profundo como un trance hipnótico. ¿En qué pensará?, se preguntan los hombres mientras contemplan el cuerpo de la bella durmiente. Los ojos cerrados, los labios entreabiertos. El principio de la escena dura unos pocos segundos, pero parece mucho más. Y el director piensa: esta chica es la primera de las veinte o más que han hecho una prueba para el papel (incluida la morena a la que se propone contratar) que ha captado la importancia del comienzo de la escena, reflexionado sobre el papel, leído el guión completo (o eso dice) y sacado alguna conclusión al respecto. La joven abre los ojos, se sienta despacio, parpadeando con gesto de asombro, y dice en un murmullo:

—Oh, debo de haberme quedado dormida.

¿Está actuando o ha dormido de verdad? Todo el mundo está incómodo. Ocurre algo extraño. La chica, aparentemente ingenua (o astuta), se dirige al director y no al ayudante que lee las frases de Louis Calhern, y de esa manera convierte al director, que aún tiene el cigarro cubano sin encender entre los dientes, en su amante «tío».

Fue un gesto sincero e íntimo como sus dedos en mis cojones. Más tarde tendría la impresión de que en efecto me había tocado. No era una interpretación. Ella era incapaz de actuar. Era la pura realidad. ¿O no?

Once años después, el director trabajaría con Marilyn Monroe en la última película de la actriz y recordaría esta audición y este momento. *Todo estaba allí desde el principio. Su talento, si es que podía llamarse así. Su locura.*

Al final de la escena el director ha recuperado parte de su compostura y conseguido encender el cigarro. De hecho, no está pensando que la joven cliente de Shinn es un genio. La mira con la expresión de máscara que ha perfeccionado con la práctica, porque es un hombre continuamente expuesto a las miradas de personas que pretenden leer sus pensamientos. Pero ni él mismo sabe lo que piensa en este instante. No consultará a sus ayudantes; no es de la clase de hombres que escuchan consejos de sus subordinados. Así que le dice a la chica:

—Gracias, señorita Monroe. Ha estado muy bien.

¿Ha terminado la audición? El director chupa el cigarro mientras hojea el guión que está sobre su regazo. Es un momento cargado de tensión. ¿Sería una crueldad pedirle que leyera otra escena, o debía dar por terminada la audición y explicarle a Shinn (que ha estado observando con grotesca cara trágica y ojos límpidos llenos de amor) que, en efecto, Marilyn Monroe tiene un talento inusual y fascinante y es muy hermosa, desde luego, pero que el papel requiere una morena exótica y no una rubia elegante? ¿Debería, podría, defraudar a Shinn, que además de hacerle un gran favor consiguió que borrarán a Sterling Hayden de la lista negra? ¿Qué relación tiene Shinn con el Comité de Actividades Antiamericanas y con las estrategias que permiten «despejar las sospechas de subversión» de un individuo sin que éste testifique en Washington poniendo en peligro su

carrera? El director sabe que no conviene enfadar a Shinn. Acostumbrado a que respeten su silencio, piensa en estas cosas, medita, cuando de repente la chica dice con su entrecortada vocecilla de niña:

—Puedo hacerlo mejor. Déjeme intentarlo otra vez. *Por favor.*

A él le sorprendió hasta tal punto su descaro, que el cigarro casi cayó de entre sus labios.

¿Le permití repetir la escena? Desde luego. Mirarla era fascinante. Acaso como observar a una enferma mental. Lo suyo no era una actuación. No tenía técnica. Cuando simulaba dormir, afloraba otra personalidad que era a un tiempo ella misma y otra.

Es fácil entender por qué esta clase de personas se siente atraída por la interpretación. Porque el actor, en su papel, siempre sabe quién es. Todas las pérdidas se recuperan.

Finalmente, después de la audición, el director informa a I. E. Shinn de que le telefonará pronto. Estrecha la mano del agente, una mano firme pero helada, como si la sangre hubiera abandonado sus dedos. No quiere estrechar la de la actriz, con la que prefiere evitar cualquier contacto, pero ella la tiende y él descubre que es suave, húmeda, caliente y su apretón más férreo de lo que cabría esperar. *Un espíritu temerario. Mataría por conseguir lo que quiere. Pero ¿qué quiere?* El director le da las gracias otra vez y le asegura que pronto tendrá noticias suyas.

¡Qué alivio cuando Shinn y Marilyn se marchan! El director da enérgicas caladas a su puro. No ha bebido nada después de los cuatro martinis del almuerzo, tiene sed y se siente curiosamente incómodo porque es incapaz de precisar lo que piensa. Sus ayudantes esperan que hable. Que emita algún sonido o haga un chiste. O cualquier gesto. Más de una vez lo han visto escupir en el suelo en señal de cómico disgusto. O soltar una graciosa retahíla de obscenidades. Él también es actor y disfruta con la atención de los demás. Pero no con una atención molesta.

El ayudante de dirección carraspea y se acerca a él. ¿Qué piensa el director? La prueba fue bastante mala, ¿no? Una rubia muy atractiva.

Bonita. Como Lana Turner, pero demasiado vehemente. Quizá la traicionaran los nervios. No es apropiada para el papel de Angela. ¿O sí? No tiene técnica, es incapaz de actuar. ¿O acaso es Angela, una joven confundida, quien es incapaz de «actuar»?

El director sigue callado. De pie junto a la ventana, espiando a través de un extremo de la cortina de lamas. Chupando el cigarro. El ayudante de dirección se sitúa a su lado, aunque no demasiado cerca. El director debe de haber decidido no aceptar a la cliente de Shinn. Busca la manera de suavizar el golpe. Piensa que tal vez podría asegurarle a Shinn que en su próxima película encontrará un papel para la hermosa Marilyn. Pero en esta película, ella no trabajará..., ¿no? El director da un codazo al ayudante cuando, una planta más abajo, Shinn y la rubia salen del edificio y caminan hacia la calle. El director exhala lentamente el humo del cigarro y dice:

—Cielo santo. Mira el culo de esa muchacha, ¿quieres?

Y así se decidió el futuro de Norma Jeane.

El nacimiento

Ella nacería el día de Año Nuevo de 1950.

En una época de explosiones radiactivas secretas. Fuertes vientos cálidos soplaban sobre las salinas de Nevada. Sobre los desiertos del oeste de Utah. Las aves alcanzadas en pleno vuelo caían en picado a la tierra como pájaros de dibujos animados. Antílopes, pumas, coyotes moribundos. Los ojos de las liebres reflejaban terror. En los ranchos de Utah que rodeaban los restringidos campos de pruebas del desierto de Great Salt Lake, morían vacas, caballos, ovejas. Era un tiempo de «pruebas nucleares defensivas». Un tiempo de tragedias y alerta constante. Aunque la guerra había terminado en agosto de 1945 y ya había empezado el año 1950, una nueva década.

También era la época de los platillos volantes: «objetos voladores no identificados» detectados sobre todo en el cielo del oeste de Estados Unidos. Aunque algunos verían estos artefactos planos y veloces también en el noroeste. Millares de luces parpadeantes, apariciones y desapariciones casi instantáneas. A cualquier hora del día o de la noche, aunque más a menudo de la noche, uno podía divisar alguno al alzar la vista. Los fogonazos podían cegarte y los feroces vientos calientes dejarte sin respiración. Una atmósfera de peligro y al mismo tiempo de profunda trascendencia. Como si el cielo se abriera y revelara lo que estaba detrás, oculto hasta el momento.

En el otro extremo del mundo, lejano como la luna, los misteriosos soviéticos hacían detonar sus bombas nucleares. Eran demonios comunistas empeñados en la aniquilación de los cristianos. Era imposible hacer una tregua con ellos, igual que con cualquier demonio. Sólo era cuestión de tiempo —¿meses?, ¿semanas?, ¿días?—; tarde o temprano atacarían.

Son días de venganza, entonaba el amante de Norma Jeane con su aterciopelada voz de tenor. *Sin embargo: mía es la venganza, dijo el Señor.*

Insistió en que Norma Jeane reflexionara con él sobre las fotografías. Eran almas gemelas, hermanos además de amantes. Eran mellizos nacidos en el mismo año, 1926, y bajo el mismo signo, Géminis. Otto Öse le había pasado unas copias borrosas de fotografías secretas de las fuerzas armadas tomadas en Hiroshima y Nagasaki después de los bombardeos atómicos del 6 y el 9 de agosto de 1945. Eran fotos prohibidas que no se entregarían a la prensa hasta 1952, y Cass ignoraba cómo habían llegado a manos de Otto Öse. Lo último en *pornografía*, había dicho Otto Öse de estos documentos.

La devastación de ciudades. Armazones de edificios y coches quemados. Un brumoso territorio de escombros en el que los seres humanos todavía conseguían andar erguidos pese a su paso tambaleante. Había primeros planos en colores curiosamente refulgentes e intensos de algunos de estos individuos de cara demacrada y ausente; de las manecillas de un reloj, paradas en las 8.16 de un día lejano, y de siluetas humanas grabadas a fuego en las paredes.

—En su momento no nos enteramos de nada —dijo Cass Chaplin en voz baja—. Fue el nacimiento de una nueva era. Esto y los campos de concentración.

Cass bebía, despatarrado desnudo en su cama, que de hecho era la cama de un extraño, pues en sus meses de amor él y Norma Jeane vivieron mayormente entre las posesiones de desconocidos, y rozaba con la punta de sus sensibles dedos las fotografías (que no eran más que copias) como un ciego que lee braille. Su voz temblaba con una mezcla de satisfacción y pena. Sus hermosos ojos castaño oscuro brillaban de emoción.

—A partir de ahora, Norma Jeane, las fantasías de las películas no serán convincentes. Ni las Iglesias. Dios.

Norma Jeane, abstraída en las horribles fotos, no lo contradijo. Rara vez contradecía en voz alta a su amante, que para ella era mágico, un alma gemela más profunda y valiosa de lo que ella llegaría a ser jamás. ¡El hijo de Charlie Chaplin! Y el espíritu de Chaplin asomando a sus brillantes ojos como mucho tiempo antes había asomado a los ojos del héroe de *Luces de la ciudad*. Sin embargo, pensaba *No. Ahora la gente necesitará más que nunca sitios donde refugiarse.*

Angela, 1950

¿Quién es la rubia?, ¿quién es la rubia?, ¿quién es la rubia?

Eran voces masculinas. El público que asistía a la proyección estaba compuesto en su mayor parte por hombres.

Esa rubia, la «sobrina» de Calhern, ¿quién es?

La rubia guapa, la que está vestida de blanco, ¿quién es?

Esa rubia atractiva, ¿quién demonios es?

No eran voces que murmuraban en una fantasía, sino voces de verdad. Porque el nombre Marilyn Monroe no figuraba en el material publicitario repartido por la Metro-Goldwyn-Mayer. Las dos breves apariciones de la joven en la larga película no parecían lo suficientemente importantes para imprimir su nombre entre los de los actores principales. Norma Jeane tampoco lo esperaba. Se sentía más que agradecida porque aparecía (como Marilyn Monroe) entre los títulos de crédito del final de la película.

No era el nombre verdadero de una persona verdadera. Pero era el papel que me tocaba interpretar y deseaba interpretarlo con dignidad.

Pero después de la primera proyección de *La jungla de asfalto*, se oyó repetidamente la pregunta *¿Quién es la rubia?*

I. E. Shinn estaba allí para informarlos:

—¿La rubia? Es mi cliente, Marilyn Monroe.

Norma Jeane temblaba de miedo. Escondida en el tocador de señoras. Encerrada con llave en un cubículo, donde, después de unos minutos

angustiosos, consiguió mear con dificultad media taza de un líquido abrasador. Llevaba las piernas enfundadas en brillantes medias de nailon y el retorcido cinturón del liguero de raso blanco se le clavaba en el vientre. El elegante vestido de seda y gasa blanco, con finísimos tirantes, corpiño escotado y falda ceñida estaba fruncido ahora alrededor de las caderas y el dobladillo tocaba el suelo. La embargó el antiguo miedo infantil de ensuciarse la ropa: manchas de pis, de sangre, de sudor. Sudaba y temblaba. En la sala de proyección había tenido que esforzarse para liberar sus heladas manos de entre los férreos dedos de Shinn (que la apretaba con fuerza, sabiendo que estaba tan nerviosa como una potranca salvaje a punto de encabritarse) y había huido después de su segunda escena, en la cual, en el papel de Angela, había llorado, ocultado su bonita cara, traicionado a su amante —«el tío Leon»— y desencadenado unos acontecimientos que conducirían al suicidio del hombre maduro en una escena posterior.

Me sentía avergonzada y culpable. Como si de verdad fuera Angela y me vengara nada más y nada menos que del hombre que me amaba.

¿Dónde estaba Cass? ¿Por qué no había asistido a la proyección? Norma Jeane estaba loca de amor por él, de necesidad de él. ¿No le había dicho que acudiría, se sentaría a su lado y la cogería de la mano? Él sabía que aquella velada la tenía aterrorizada, y sin embargo no se había presentado. No era la primera vez que Cass Chaplin prometía a Norma Jeane el regalo de su esquiva presencia en un sitio público (donde los ojos de los demás se posarían en él primero con entusiasmo —*¿Es él?*—, luego con decepción —*No, claro que no, debe de ser su hijo*— y finalmente con curiosidad morbosa —*¿Así que ése es el hijo de Chaplin? ¡Y de la pequeña Lita!*—) y no aparecía. Después no se disculpaba ni daba explicaciones y era Norma Jeane quien acababa pidiéndole perdón por su propia angustia y ansiedad. Él le había dicho que ser hijo de Charlie Chaplin era una maldición que los demás, en su necedad, se empeñaban en ver como bendición. «Como si fuera el hijo del rey en un cuento de hadas.» Le dijo que el adorado Charlot era un asqueroso egoísta que detestaba a los niños, en especial a los suyos propios; después del nacimiento de Cass, Charlie había tardado un año en permitir que su jovencísima esposa le pusiera un nombre al niño, todo

debido a un temor supersticioso de compartir su apellido con cualquiera, incluso con un ser de su propia sangre. Le contó a Norma Jeane que después de dos años de matrimonio, Chaplin se divorció de la pequeña Lita y lo desheredó a él, Charlie Jr., porque lo único que deseaba era la adulación de desconocidos y despreciaba el amor de su familia.

—Yo perecí en el mismo instante de mi nacimiento. Porque si tu padre no quiere que existas, no tienes el legítimo derecho de existir.

Norma Jeane no podía discrepar en este punto. Era verdad; ella lo sabía.

Pero al mismo tiempo pensaba con lógica infantil: *Sin embargo, creo que yo le caería bien si me conociera*. Porque tanto la abuela Della como Gladys eran grandes admiradoras del Pequeño Vagabundo. Y ella había crecido con aquellos ojos mirándola desde cualquier pared agujereada de cualquiera de las olvidadas «residencias» de su madre loca. *Sus ojos. Mi alma gemela. Independientemente de la diferencia de edad*.

Norma Jeane se arregló la ropa y salió de su refugio a la zona común del tocador de señoras, donde gracias a Dios no había nadie. Como una niña con la conciencia sucia, contempló su cara encendida en el espejo no de frente, sino de refilón, temiendo descubrir el vulgar y ansioso semblante de Norma Jeane en el hermoso rostro cosmético de Marilyn Monroe. O la mirada fija y ávida de atención de Norma Jeane en los ojos perfectamente maquillados de Marilyn Monroe. No parecía recordar que Norma Jeane también había sido espectacularmente bella; aunque su pelo era del color del agua de lavar los platos, los muchachos y los hombres la miraban por la calle y había llegado a donde estaba ahora gracias a la foto en *Stars & Stripes*. La despampanante rubia Marilyn Monroe era el personaje que debía interpretar, al menos esa noche, al menos en público; se había preparado cuidadosamente para ello, I. E. Shinn la había preparado cuidadosamente para ello, y no pensaba defraudarlo.

—Se lo debo todo al señor Shinn. Es un hombre bueno, amable y generoso —le había dicho a su amante.

Cass había reído y respondido con tono reprobador:

—I. E. Shinn es un *agente*, Norma. Un *mercader de carne*. Si perdieras tu buen aspecto, tu juventud y atractivo sexual, Shinn *desaparecería*.

Dolida, Norma Jeane tuvo la tentación de preguntar: *¿Y tú, Cass? ¿Qué harías tú?*

Había un misterioso antagonismo entre I. E. Shinn y Cass Chaplin. Era probable que en el pasado el segundo hubiera sido cliente del primero. (Además de ser cantante, bailarín y coreógrafo, Cass tenía experiencia como actor; había interpretado numerosos papeles secundarios en películas de Hollywood como *Can't Stop Lovin' You* y *Tres días de amor y fe*, aunque Norma Jeane no recordaba haberlo reconocido en esas películas, que había visto hacía una eternidad, cogida de la mano de Bucky Glazer.) Después de la proyección, darían una fiesta privada en un restaurante de Bel Air y Norma Jeane había invitado a Cass, pero a I. E. Shinn no le había parecido buena idea.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Porque tu amigo tiene mala fama en la ciudad.

—¿Por qué? —preguntó Norma Jeane, aunque adivinaba la respuesta.

—Por «izquierdista», por «subversivo». Y aunque en estos momentos eso entraña un riesgo importante —añadió Shinn—, no es todo. Ya has visto lo que ha pasado con su padre, que ha tenido que largarse del país más que por sus creencias, por su *actitud*. Es un arrogante y un imbécil. Y Cass es un borracho. Un fracasado, un gafe. Es hijo de Chaplin, pero no tiene su talento.

—Lo que dice es injusto, señor Shinn —protestó ella—, y usted lo sabe. Charlie Chaplin era un auténtico genio, pero un actor no tiene que ser forzosamente un genio.

El hombrecillo con aspecto de gnomo no estaba acostumbrado a que sus jóvenes clientes lo contradijeran, y mucho menos Norma Jeane, que era tímida y sumisa. ¡Cass Chaplin debía de estar corrompiéndola! La ancha y prominente frente de Shinn se frunció en un gesto de preocupación y sus ojos desorbitados reflejaron furia.

—Debe dinero a todo el mundo. Firma un contrato para un papel y luego no se presenta. O aparece bebido. Pide coches prestados y los estrella; les chupa la sangre a las mujeres, que a estas alturas deberían ser menos

incautas, y a los hombres. No quiero que te vean con él en público, Norma Jeane.

—Entonces yo tampoco iré a la fiesta —exclamó ella.

—Claro que irás. El estudio espera a Marilyn y Marilyn estará allí.

Shinn habló en voz alta. Cogió a Norma Jeane de la muñeca y ella se tranquilizó en el acto.

Naturalmente, I. E. Shinn tenía razón. El contrato que había firmado con la Metro no la obligaba únicamente a interpretar el papel de Angela; también debía participar en la promoción de la película. Marilyn asistiría a la fiesta.

Con un deslumbrante vestido de seda y gasa por el que el señor Shinn había pagado cincuenta y siete dólares en Bullock's, Beverly Hills: una prenda elegante y sugerente con un amplio escote y una falda ceñida que realzaba su figura. ¡Cincuenta y siete dólares por un vestido! Norma Jeane sintió el súbito impulso infantil de telefonar a Elsie Pirig. Su atuendo era tan sofisticado como el vestuario de Angela en la película, al que quizá pretendiera evocar.

—¡Oh, señor Shinn! ¡Es el vestido más bonito que he usado en mi vida!

—Norma Jeane dio varias vueltas delante del espejo de tres lunas del elegante salón de la tienda mientras su acompañante la contemplaba fumando un cigarro.

—Bueno, el blanco te favorece, querida —Shinn estaba encantado con el aspecto de Norma Jeane y con las miradas que ésta atraía en la tienda. Las ricas, guapas y lujosamente vestidas señoras de Beverly Hills, muchas de ellas esposas de los ejecutivos de los estudios, los miraban con disimulo, preguntándose tal vez quién sería la despampanante *starlet* que acompañaba al temible I. E. Shinn—. Sí. El blanco te sienta muy bien.

Norma Jeane tomaba clases de dicción, de interpretación y de baile en la Metro, y, por muy nerviosa que estuviera, se la veía más segura en público. Por debajo del runrún de la conversación casi podía oír una lejana música de piano, una melodiosa música de baile. Si hubieran estado en una película, un musical, I. E. Shinn —con su chaqueta cruzada, el clavel rojo en la solapa y los brillantes zapatos puntiagudos— habría sido Fred Astaire

y ahora se incorporaría de un salto para coger a Norma Jeane en sus brazos y bailar, bailar y bailar con ella ante la mirada embelesada de un público de dependientas y clientes.

Tras decidirse por el vestido de fiesta blanco, Shinn insistió en comprar, también en Bullock's, dos trajes de treinta dólares para Norma Jeane. Ambos eran elegantes, con faldas de tubo y chaquetas entalladas. Además, le compró varios pares de zapatos de piel y tacón alto. Norma Jeane protestó, pero Shinn la interrumpió diciendo:

—Mira, ésta es una inversión en Marilyn Monroe. Cuando se exhiba *La jungla de asfalto* se convertirá en un valor en alza. Yo tengo fe en Marilyn, aunque tú no la tengas.

¿Hablabas en serio o en broma? Arrugó su cara de Rumpelstiltskin y le guiñó un ojo.

—Yo también tengo fe —aseguró Norma Jeane en voz baja—. Lo que pasa es que...

—¿Qué?

—Otto Öse me explicó que soy fotogénica. Eso es como un truco, ¿no? Un truco del objetivo de la cámara o del nervio óptico. Quiero decir que en realidad no soy lo que aparento. O sea...

Shinn soltó un gruñido de disgusto.

—Otto Öse, ese nihilista, ese pornógrafo. Ojalá te olvidaras de él.

—Claro, claro —se apresuró a decir Norma Jeane—. Ya lo he hecho.

Era verdad: no había vuelto a verlo desde que él la humillara pagándole cincuenta dólares por una sesión de desnudos; cuando él la telefoneaba y dejaba mensajes para ella en la casa de huéspedes, ella rompía las notas en trocitos y no devolvía las llamadas. No había visto las copias de Miss Sueños Dorados y parecía haber olvidado que había posado para un calendario. (Naturalmente, no se lo había contado al señor Shinn. No se lo había dicho a nadie.) Tras superar la prueba para actuar en *La jungla de asfalto*, se concentró exclusivamente en su interpretación y perdió todo interés en el trabajo de modelo, a pesar de que el dinero le habría ido de perlas.

—Mantente a distancia de Öse, Cass Chaplin y la gente de su calaña.

Shinn hablaba con vehemencia. En momentos como ése, moviendo exageradamente sus labios carnosos, parecía un viejo, un auténtico vejstorio, y su simpatía se esfumaba.

¿Qué quería decir con «la gente de su calaña»? Norma Jeane se estremeció al oír que Shinn despreciaba a su amante y por alguna razón misteriosa lo equiparaba al cruel fotógrafo con cara de halcón, un hombre que carecía de la sensibilidad y la nobleza de Cass.

—Pero yo quiero a Cass —murmuró—. Espero que algún día se case conmigo, pronto.

Shinn no la oyó o se negó a oírla. Se puso en pie, sacó su cartera de piel de cocodrilo, que medía el doble que una cartera de caballero normal, y dio instrucciones a la vendedora. Norma Jeane ahora se veía mucho más alta que él y tuvo que resistirse a la tentación de encorvarse para disimular la diferencia de estatura. *Mantente erguida como una princesa*, le aconsejó una voz sabia. *Y pronto lo serás*.

Habían hecho estas espléndidas compras un par de días antes de la proyección. Después, el señor Shinn acompañó a Norma Jeane a su nueva casa de huéspedes en Buena Vista y la ayudó a meter los paquetes. (Por suerte, Cass no estaba allí, despatarrado sobre la cama, deprimido, ni descansando en un círculo de sol invernal en el minúsculo balcón del fondo. El pequeño apartamento olía a él, al empalagoso aroma de su cuerpo, sus axilas y su gruesa melena azabache, siempre ligeramente húmeda. Pero si los peludos orificios nasales de Shinn percibieron ese olor, el agente tuvo el tacto o el orgullo suficientes para no demostrarlo.) Norma Jeane pensó que debía ofrecerle una copa antes de que se marchara, pero en la cocina no había más que unas cuantas botellas que pertenecían a Cass (whisky, ginebra, coñac) y que le daba miedo tocar. Por lo tanto, no invitó a Shinn a tomar un trago, ni siquiera le pidió que se sentara mientras ella preparaba café. ¡No, no! Quería que el feo hombrecillo se largara cuanto antes para probarse la ropa nueva frente al espejo y lucirla ante Cass cuando llegara. *Mira. Mírame. ¿No te parezco bonita?*

Dio las gracias a Shinn y lo acompañó a la puerta. Al ver que la mirada ansiosa del agente parecía esperar algo más, dijo con la voz grave y

seductora de Marilyn:

—Gracias, papá.

Y se inclinó para depositar un beso ligero como una pluma en los labios del estupefacto hombrecillo.

Norma Jeane marcó el número de Cass en el teléfono del tocador de señoras. Era un número nuevo, ya que Cass estaba pasando unas semanas en casa de unos amigos en Montezuma Drive, en Hollywood Hills.

—Cass, atiende, por favor. Cariño, ya sabes cuánto te necesito. No me hagas esto. *Por favor.*

La proyección había terminado y el futuro de Norma Jeane estaba decidido. Desde el vestíbulo llegaba el runrún de una multitud de voces, pero era imposible que ella escuchara la reiterada pregunta de *¿Quién es la rubia? ¿Quién es la rubia?* ni que imaginara siquiera este fenómeno. Entretanto, Shinn respondía con orgullo: *La rubia es mi cliente, la señorita Marilyn Monroe.*

Jamás habría adivinado que, después de esta legendaria proyección, el estudio decidiría incluir su nombre entre los de los protagonistas de *La jungla de asfalto*: Sterling Hayden, Louis Calhern, Jean Hagen y Sam Jaffe, todos dirigidos por John Huston.

—Cass, cariño, *por favor* —murmuraba ella al teléfono. Y al otro lado de la línea, el aparato sonaba y sonaba.

Amor a primera vista.

Loca de amor. ¡Condenada!

El amor penetra por los ojos.

Él la llamaba «Norma». Fue el único de sus amantes que la llamó así.

Nunca «Norma Jeane». Nunca «Marilyn».

(Norma Shearer había sido el ídolo de Cass en su infancia. La Norma Shearer de *María Antonieta*. La hermosa reina con su altísimo y ridículo moño adornado con piedras preciosas, vestida con sus mejores galas, capas y capas de una tela lujosa y tan rígida que prácticamente le impedía

moverse; una mujer condenada a una muerte cruel, bárbara e injusta: ¡la guillotina!)

Ella lo llamaba «Cass». *Cass, mi hermano, mi niño*. Eran tan tiernos el uno con el otro como niños que previamente se han hecho daño practicando juegos bruscos. Sus besos eran lentos y llenos de curiosidad. Hacían el amor en silencio durante largas horas de ensueño, sin saber dónde estaban, en la cama de quién, cuándo habían empezado o cuándo y dónde terminarían. Uniendo sus acaloradas mejillas, desesperados por fundirse el uno en el otro, por ver a través de un solo par de ojos. *Te quiero, te quiero, te quiero. Oh, Cass*. Estrechando con fuerza al hermoso joven de cabello alborotado, como si fuera un premio arrebatado a otros brazos avariciosos. Aunque nunca había sido apasionada en el amor, ahora descubrió que podía serlo.

Jurando *Te querré hasta que me muera. Y también después*.

Cass rió y dijo: *Hasta la muerte es suficiente, Norma. Un mundo por vez*.

Norma Jeane no le contó que mucho tiempo antes él solía mirarla fijamente con sus maravillosos ojos desde el cartel de *Luces de la ciudad*. ¡Cuánto hacía que se había enamorado de aquellos ojos! ¿O acaso eran los ojos oscuros, pensativos pero joviales, del hombre cuyo retrato enmarcado colgaba de la pared de la habitación de Gladys? *Te quiero. Te protegeré. No lo dudes nunca: algún día regresaré para buscarte*. Una de las mayores sorpresas de su vida, una vida que tal como Otto Öse había predicho no sería larga pero sí enmarañada como un sueño y plagada de misterios como un puzle cuyas piezas encajan a la fuerza, fue el momento —un momento que en una película hubiera sido anticipado por una música emocionante, capaz de acelerar el pulso— en que salió de detrás del raído biombo chino del estudio de Otto Öse, sintiéndose rebajada, corrompida, humillada — ¡todo por cincuenta miserables dólares!— y vio a Cass Chaplin sonriéndole. *Ya nos conocíamos, Norma. Nos conocemos desde siempre. Ten fe en mí*.

Un salto cinematográfico en el tiempo. Días, semanas y finalmente meses. Nunca convivirían (Cass sufría ataques de ansiedad o asma ante la

sola idea de compartir casa con alguien; de mezclar la ropa de ambos en el armario o sus pertenencias en el cuarto de baño, por ejemplo, o de crear una historia común. ¡No podía respirar! ¡No podía tragar! No es que fuera digno hijo del Gran Dictador, incapaz de mantener una relación madura y responsable con una mujer; tampoco era un hipócrita cruel, vengativo y hedonista como el Gran Hombre; no, Cass no era así, tenía verdaderos síntomas físicos; Norma Jeane los observaba con horror en los momentos de intimidad y estaba ansiosa por hacerle saber *¡Yo no te asfixiaré! No soy esa clase de mujer*), pero estaban siempre juntos (o casi, en función de la misteriosa agenda de Cass, compuesta de audiciones, visitas y largos paseos meditativos bajo la lluvia o el sol por la playa de Santa Mónica) cuando Norma Jeane no tenía que ir a los estudios de la Metro en Culver City.

Fue mi primera película de verdad. Me concentré en ella con toda mi energía. Y esa energía procedía de Cass, de un hombre que me amaba. Porque ya no estaba sola. Ahora éramos dos. La pareja me daba fuerzas.

Una quería creerlo. Tenía todas las razones para creerlo. Las palabras sonaban como si hubieran salido de un guión. Eran palabras preparadas, no espontáneas y en consecuencia, verosímiles. Igual que leer la escritura cuando una posee la clave, la sabiduría secreta. Igual que cuando se completa un puzle sin haber perdido ninguna pieza: todas encajan en su sitio. Y con cuánta naturalidad encajaban ellos en aquel dulce desmayo, en un delirio de dolorosa necesidad física, como si hubieran hecho el amor mucho tiempo antes, en la infancia. Como si la *masculinidad* y la *femineidad* no se interpusieran entre ambos. No necesitaban, por ejemplo, el turbador engorro de los condones. Los feos, apestosos, degradantes condones. Las «gomas», como los llamaba Bucky Glazer con su brutal llaneza. ¿No le había dicho también Frank Widdoes «usaré una goma, no te preocupes»? Pero Norma Jeane, sonriendo, con la mirada fija al otro lado del parabrisas, no lo había oído ni lo oiría, porque la frase no se repitió.

Ese lenguaje grosero disgustaba a Norma Jeane. Ella era una romántica. Porque su amante era hermoso como una mujer y cuando estaban el uno junto al otro frente al espejo, se ruborizaban y sus ojos se dilataban de amor y reían y se acariciaban mutuamente el pelo y habría sido imposible decir

cuál de los dos era más bello y cuál de los cuerpos, más deseable. ¡Cass Chaplin! Le encantaba pasear con él y observar cómo las demás mujeres se quedaban prendadas de él (¡y los hombres también! Ah, lo veía). Detestaban que la ropa se interpusiera entre ellos, de modo que andaban por la casa desnudos siempre que podían. Cass era la Amiga del Espejo rediviva. Su amante era apenas un par de centímetros más alto que ella y tenía un torso suave y musculoso, cubierto en la zona del liso pecho por una pátina de fino vello oscuro, apenas más grueso que la delicada pelusilla de los antebrazos de Norma Jeane, y ella disfrutaba acariciando ese torso, los hombros, los tersos y fuertes brazos, los muslos, las pantorrillas; disfrutaba apartándole de la frente el cabello grueso, húmedo, aceitoso, y besando, besando, besando esa frente y los párpados, los labios, succionando la lengua para que entrara en su boca, mientras el pene de Cass se levantaba, presto, impaciente, cálido y temblaba en la mano de la joven como un ser con vida propia. Aquello no era un cruel sueño perverso sobre una herida sangrante entre sus piernas; aquello era el destino, sin desesperación. *¡Esos ojos!*

Te enamoras instantáneamente y es como si siempre hubieras estado enamorada.

Un salto cinematográfico en el tiempo.

¡Clive Pearce!, pensó esa mañana.

Durante el ensayo había recitado su texto con torpeza y falta de expresividad. ¡Qué incómoda se sentía trabajando con el célebre y maduro Louis Calhern, que nunca la miraba a los ojos! ¿La despreciaba por ser una actriz joven e inexperta? ¿O ella lo desconcertaba? Mientras que en la audición Norma Jeane había dicho las frases de Angela con aparente espontaneidad, tendida inocentemente en el suelo, ahora que estaba de pie se sentía paralizada de miedo ante la magnitud del desafío. *¿Y si te equivocas? Si te equivocas. Te equivocarás. Entonces tendrás que morir.* Si la echaban de la película, se vería obligada a destruirse, por más que estuviera locamente enamorada de Cass y deseara tener un hijo suyo en el futuro. «¿Cómo voy a abandonarlo?» También tenía la responsabilidad de

Gladys, que seguía en el hospital de Norwalk. «¿Cómo voy a abandonarla? Madre no tiene a nadie más que a mí.»

Todas sus escenas con Calhern eran interiores, ensayadas y rodadas en un estudio de sonido de la Metro en Culver City. En la película, Angela y su «tío Leon» se encontraban solos, pero en la realidad, en el plató, estaban rodeados de desconocidos. Una sentía una extraña satisfacción al aislarse de estos individuos. Cámaras, asistentes, el propio director. Igual que en el orfanato, cuando se columpiaba alto, muy alto, olvidándose del resto del mundo. O cuando se dirigía a su mesa del bullicioso comedor sin ver ni oír nada. Aquélla era su arma secreta y nadie podría arrebatársela. Creía que Angela, su personaje, era ella misma, aunque atrofiada. Sin lugar a dudas, Norma Jeane contenía a Angela en su interior. Sin embargo, Angela era demasiado limitada para contener a Norma Jeane. ¡Todo se reducía a una cuestión de dominio! En el argumento de la película, Angela es un ser impreciso. Norma Jeane reparó con perspicacia en que la joven era una fantasía de su «tío Leon». (Y una fantasía de los guionistas, que eran hombres.) En la hermosa, etérea y rubia Angela, la inocencia y la vanidad son la misma cosa. No existe una verdadera motivación para el personaje, excepto un egoísmo infantil. Ella no provoca escenas ni intercambios dramáticos. No es un ser activo, sino meramente reactivo. Recita sus frases como una actriz aficionada, dando palos de ciego, improvisando, guiándose por el pie que le da el «tío Leon». No existe por sí misma. Ninguna mujer de *La jungla de asfalto* tiene vida propia, salvo la que le conceden los hombres. Angela es pasiva como un lago en el que otros ven sus reflejos, pero ella, personalmente, es incapaz de «ver». No es casual que en su primera escena, Angela aparezca acurrucada en un sofá, dormida, y que la veamos a través de los posesivos ojos de su amante maduro. ¡*Oh!, debo de haberme quedado dormida.* Pero incluso despierta, con los ojos muy abiertos en una continua expresión de asombro, Angela es una sonámbula.

Durante los ensayos, Calhern se impacientaba con Norma Jeane. ¡Era verdad que la despreciaba! El personaje del actor era Alonzo Emmerich, y estaba predestinado a volarse los sesos. Angela era su única esperanza de

rejuvenecer y empezar una vida nueva: una esperanza vana. *Me culpa a mí. No puede tocarme. En su corazón no hay amor, sino ira.*

No encontraba la clave para entenderlo. La clave de las escenas que compartían. Norma Jeane sabía que si no conseguían trabajar bien juntos, la reemplazarían por otra actriz.

Ensayaba compulsivamente las escenas. Tenía pocas frases, casi todas en respuesta a las de «tío Leon» y más tarde a las de los policías que la interrogaban. Practicaba con Cass cuando éste se encontraba a su lado o estaba de humor para ayudarla. Él decía que quería que Norma Jeane triunfara. Que sabía lo que eso significaba para ella. (El «éxito» significaba poco para él, que era hijo del actor más famoso de todos los tiempos.) Sin embargo, enseguida se impacientaba con ella. La sacudía como a una muñeca de trapo para despertarla del trance de Angela. Se burlaba, tratando de disimular su furia.

—Por el amor de Dios, Norma Jeane. El director te guiará paso a paso en cada escena; así son las películas. No se trata de una verdadera interpretación, como en el teatro o como cuando estás a solas. ¿Por qué te esfuerzas tanto? ¿Por qué te vuelves loca? Estás sudando como un caballo. ¿Por qué le das tanta importancia?

La pregunta quedó suspendida en el aire. *¿Por qué le das tanta importancia? ¡Tanta importancia!*

Sabía que no podía explicar a Cass su absurda motivación: *Porque no quiero morir, porque la muerte me inspira terror. No puedo dejarte.* Porque fracasar en su carrera de actriz equivalía a fracasar en la vida que había escogido para justificar su inexcusable nacimiento. Pero a pesar de encontrarse fuera de sí, percibía la falta de lógica de semejante razonamiento.

Se enjugó los ojos y rió.

—A diferencia de ti, yo no puedo decidir qué es verdaderamente importante para mí. No tengo ese poder.

Ayúdame a adquirir ese poder. Enséñame, cariño.

El insomnio de Norma Jeane empeoraba. Su cabeza era un continuo clamor en el que destacaban susurrantes voces burlonas y risas crueles,

imprecisas y sin embargo familiares. ¿Eran sus jueces o los espíritus de los condenados que la esperaban? Angela era su única arma contra ellas. Sólo contaba con su trabajo —su interpretación—, su «arte». *¿Por qué le das tanta importancia?* Permanecía en vela cuando estaba sola en su minúsculo apartamento, tendida en la cama de bronce que había comprado en la tienda del Ejército de Salvación, y también cuando Cass dormía con ella, en esa misma cama o en otra. (¡El escurridizo Cass Chaplin! El apuesto joven tenía muchos amigos en Hollywood, Beverly Hills, Hollywood Hills, Santa Mónica, Bel Air, Venice y Venice Beach, Pasadena, Malibú y cualquier otro sitio de Los Ángeles, y esos amigos, casi todos desconocidos para Norma Jeane, eran propietarios de apartamentos, bungalows, casas y mansiones en los que Cass era bien recibido a cualquier hora del día o de la noche. No tenía una dirección permanente. Sus posesiones, que se limitaban casi exclusivamente a prendas de vestir caras y regaladas, estaban desperdigadas en una docena de residencias y a menudo viajaban con él en un bolso de lona y una gran maleta raída con las iniciales «C. C.» grabadas en oro.)

Durante las horas de la madrugada, Norma Jeane se paseaba por la casa, descalza y temblorosa. Si Cass no estaba con ella, sufría y lo echaba de menos, pero si dormía a su lado, envidiaba su sueño, un sueño en el que no podía penetrar y durante el cual su amante la eludía. En momentos semejantes recordaba a su antigua amiga Harriet y a su hijita, Irina, que también había sido una hija para Norma Jeane. Harriet le había contado que ella también había padecido insomnio en la infancia y la adolescencia, pero que durante el embarazo no había hecho más que dormir y luego, después del nacimiento de su hija y la desaparición de su marido, dormía cuanto podía, un descanso tranquilo y sin sueños que Norma Jeane conocería algún día si tenía suerte. *Si me quedara embarazada. Si tuviera un hijo. Ahora no, pero ¿cuándo?* No imaginaba a Angela embarazada. De hecho, no podía imaginarla en circunstancias distintas de las del guión. Había repetido las frases de su personaje hasta que éstas perdieron el sentido, como incomprensibles palabras extranjeras aprendidas de memoria. Bastó una semana de rodaje para que empezara a sentirse agotada. Jamás habría adivinado que actuar fuera una experiencia tan fatigosa. ¡Como levantar su

propio peso! Rompió a llorar, o quizá a reír. Se enjugó los ojos con las palmas de ambas manos.

Entonces Cass, el hermoso joven, salió desnudo y con el pelo alborotado al minúsculo balcón donde estaba ella y alargó una mano con dos píldoras blancas.

—¿Qué es eso? —preguntó Norma Jeane con recelo.

—Una poción que te ayudará a dormir, mi querida Norma. Que nos ayudará a dormir a ambos —respondió Cass besando la nuca húmeda de la joven.

—¿Una poción mágica? —preguntó Norma Jeane.

—Las pociones mágicas no existen. Pero ésta sí.

Norma Jeane se volvió de espaldas en un gesto de desaprobación. No era la primera vez que Cass le ofrecía sedantes. Barbitúricos, como los llamaban. O whisky, ginebra, ron. Y a ella le habría gustado ceder. Sabía que de ese modo complacería a su amante, que rara vez dormía sin tomar previamente píldoras, alcohol, o ambas cosas. Cass se jactaba de que el mero agotamiento no podía con él. Con su cálido aliento en el oído de Norma Jeane, rodeando sus pechos con un brazo, dijo:

—Un gran filósofo griego dijo que, de todos los estados del ser humano, no hay ninguno tan dulce como no haber nacido. Aunque yo creo que el estado más dulce es el sueño. Estás muerto, pero vivo. No existe otra sensación tan placentera.

Norma Jeane apartó a su amante con más fuerza de la que pretendía. En momentos como aquél, no amaba a Cass Chaplin. O lo amaba, pero le tenía miedo. Era el demonio en persona, tentándola. Sabía que la doctora Mittelstadt no aprobaría esa actitud. Ni la Ciencia Cristiana. Ni su tatarabuela Mary Eddy Baker.

—No, no me parece bien. Es un sueño artificial.

Cass rió, pero Norma Jeane rechazó su poción y permaneció en vela, ansiosa, mientras su amante dormía plácidamente. Al amanecer, la joven se preparó para ir al estudio y durante el largo día en Culver City estuvo irritable y nerviosa; se equivocó al decir las frases que tan bien conocía y reparó en la mirada crítica de John Huston, que sin duda estaría

preguntándose si él, que nunca cometía errores al escoger el reparto, lo habría cometido con ella, de modo que esa noche Norma Jeane aceptó las dos cápsulas que Cass le ofreció y le puso solemnemente sobre la lengua, como si fueran hostias.

¡Y qué sereno y profundo fue su sueño esa noche! No recordaba haber dormido tan bien en toda su vida. *Un sueño artificial pero saludable, ¿no?* La poción era mágica, después de todo.

Y a la mañana siguiente, mientras ensayaba con Louis Calhern en el plató, Norma Jeane pensó: *¡Clive Pearce!*

Atribuiría esta revelación a la poción mágica de Cass. Quizá no hubiera sido un descanso sin sueños. ¿Era posible que aquel hombre maduro se le hubiera aparecido en sueños?

Porque ahora creía verlo todo claro: Louis Calhern, el «tío Leon», era en realidad el señor Pearce. El señor Pearce en el papel de Alonzo Emmerich.

Hasta ese momento había visto al célebre Calhern como un extraño, cuando de hecho era el señor Pearce, que regresaba a ella: tenía aproximadamente la misma edad, aproximadamente el mismo contorno y figura y ¿no era acaso la ajada y apuesta cara de Calhern la cara de Clive Pearce con unos años más? Los ojos furtivos, la boca temblorosa y no obstante un porte altivo, o un resabio de orgullo; por encima de todo, cultivaba un tono ligeramente irónico. En los ojos de Norma Jeane debió de reflejarse una luz. Una corriente eléctrica debió de recorrer su ágil e inquieto cuerpo de niña. Era Marilyn —no, era Angela—, era Norma Jeane que interpretaba a Marilyn interpretando a Angela, como una muñeca rusa compuesta por muñecas pequeñas encerradas dentro de una más grande, que es la madre; en cuanto comprendió quién era el «tío Leon», se convirtió en una mujer dulce y seductora, tan ingenua y confiada como una niña. Calhern se dio cuenta en el acto. Era un experto en las técnicas de interpretación e imitaba emociones como si las señalara; no era un actor nato, pero advirtió el cambio en el acto. Y el director también. Al final de la jornada, él, que era parco en elogios y que hasta el momento prácticamente no había hablado con Norma Jeane, dijo:

—Hoy ha ocurrido algo, ¿verdad? ¿Qué ha sido?

Norma Jeane, que estaba muy contenta, meneó la cabeza en silencio y sonrió como si no lo supiera, porque ¿cómo explicárselo a él cuando era incapaz de explicárselo a sí misma?

Parte de su talento residía en que se dejaba dirigir. Podía leerme la mente. Las cosas habrían podido ser de otra manera, desde luego, y a mí me pareció un hecho accidental, como si hubiera arrojado semillas en el suelo y éstas hubieran brotado inesperadamente.

Su único beso. El de Norma Jeane y Clive Pearce. Él jamás la había besado en la boca, como hubiera deseado. Había tocado su cuerpo escurridizo, le había hecho cosquillas y (según creía) la había besado en sitios que ella no podía ver, pero nunca en los labios y ahora se derretía con su contacto, llena de deseo y al mismo tiempo inocente, virginal, porque era su alma la que se abría ante el hombre maduro y no su tenso cuerpo de mujer. ¡Oh! ¡Oh! ¡Te quiero! No me dejes nunca. Jamás perdonaría a Pearce por haberla engañado, por haberla llevado al orfanato para abandonarla allí; sin embargo, ahora que Pearce había vuelto a ella convertido en el distinguido abogado Alonzo Emmerich, en el «tío Leon», lo perdonó de inmediato y después del espectacular y conmovedor beso siguió pegada a él, los ojos de Angela brumosos y vehementes, los labios entreabiertos, mientras Louis Calhern, un veterano con décadas de experiencia, la miraba estupefacto.

Esa chica no actuaba. Era ella misma. Se había convertido en la Angela que quería mi personaje. En su deseo.

A partir de ese momento, Norma Jeane no volvió a preocuparse por Angela.

En el plató era una joven callada, respetuosa, atenta y perspicaz. Ahora que había resuelto el enigma de su personaje, le fascinaba ver cómo los demás resolvían el suyo, o batallaban con él. Porque actuar consiste en desentrañar una sucesión de misterios, ninguno de los cuales sirve para explicar los demás. Porque el actor es una sucesión de identidades unidas por la promesa de que, en la interpretación, todas las pérdidas son recuperables. Llamaba la atención el hecho de que la joven cliente rubia de

I. E. Shinn, Marilyn Monroe, observara con tanto interés las escenas, ensayos y rodajes de los demás, presentándose en el plató incluso cuando no le tocaba trabajar.

Utilizó la cama para medrar. Empezando con Z y con X. También estaba Shinn, por supuesto. Y Huston, desde luego. Y los productores. Y Widmark. Y Roy Baker. Y Sol Siegel, y Howard Hawks. Y cualquier otro nombre que se os ocurra.

Norma Jeane creía que en presencia de los grandes actores sus poros podían absorber sabiduría. Que el mero contacto con un gran director le enseñaría a «dirigir». Porque Huston era un genio; de él aprendió la verdad esencial del cine: que lo importante no es lo que ocurra en una escena, sino lo que se ve. Lo que eres o dejas de ser es irrelevante; lo único que importa es lo que proyectas en la película. La película te redimirá y sobrevivirá a ti. Por ejemplo, Jean Hagen, que interpretaba el papel de la amante de Sterling Hayden, en el plató exudaba personalidad y era apreciada por todos. En la pantalla, sin embargo, su personaje parecía una mujer demasiado sentimental, nerviosa y poco seductora. *Yo habría interpretado el papel más despacio, con mayor profundidad,* pensó Norma Jeane. *Le falta misterio.*

La joven y rubia Angela, por el contrario, rebosaba misterio a pesar de su superficialidad. Porque nadie podía asegurar que esa superficialidad no fuera, más bien, una profundidad inconmensurable. ¿Manipula al embobado viejo con su inocencia? ¿Se propone destruir a su «tío»? La irritante falta de expresión en su rostro era el espejo en el cual los demás, el público incluido, podían mirarse.

Norma Jeane estaba emocionada, eufórica. ¡Ya era una actriz! Nunca volvería a dudar de sí misma.

Sorprendió a John Huston al preguntarle si volvería a filmar escenas con las que él estaba satisfecho. El director preguntó por qué y ella respondió:

—Porque sé que podría hacerlas mejor.

Estaba nerviosa, pero llena de determinación. Y sonreía. Marilyn sonreía continuamente. Marilyn hablaba en voz baja, grave y sensual. Marilyn casi siempre se salía con la suya. Aunque Louis Calhern estuviera satisfecho con su propia interpretación, aceptó repetir el rodaje, fascinado

por Marilyn. Y así fue: la interpretación de la joven mejoró en cada toma nueva.

El último día de rodaje, John Huston dijo con ironía:

—Bueno, Angela, nuestra jovencita ya es toda una mujer, ¿eh?

No volveré a dudar de mí misma. Soy una actriz. Estoy segura. Puedo serlo. ¡Lo seré!

Sin embargo, a medida que se acercaba la fecha del preestreno, los antiguos temores volvieron a asaltar a Norma Jeane. Porque por muy satisfecha que se sintiera con su papel y por muchas alabanzas que hubiera recibido de sus compañeros, aún debía enfrentarse a un vasto mundo de desconocidos con opiniones propias, entre los cuales se encontraban profesionales del cine y críticos de Hollywood que no sabían nada de Norma Jeane Baker y le concederían la misma importancia que a una hormiga solitaria que se cruza en el camino, un insecto que podían pisar de manera accidental e involuntaria. ¡Y adiós, hormiga!

Norma Jeane confesó a Cass que se sentía incapaz de asistir al preestreno y, menos aún, a la fiesta que se celebraría a continuación. Cass se encogió de hombros y respondió lo harás, es lo que se espera de ti. Norma Jeane insistió: ¿y si le entraban náuseas? ¿Y si se desmayaba? Cass volvió a encogerse de hombros. Era imposible precisar si se alegraba por Norma Jeane o sentía envidia, si le molestaba o le entusiasmaba que ella trabajara con un director de la talla de Huston. (¿Y su carrera? Norma Jeane no le preguntaba cómo habían ido sus entrevistas, audiciones o citas. Sabía que Cass era sensible y malhumorado. Él mismo reconocía con sarcasmo que se ofendía tan fácilmente como el Gran Dictador. Había aceptado un pequeño papel en un musical de la Metro, pero había cambiado de idea pocos días después, al enterarse de que habían ofrecido un papel más importante a un rival, otro joven bailarín.) Norma Jeane se acurrucó contra el pecho de Cass y ocultó la cara en su cuello. Ahora él era más hermano que amante, un hermano gemelo capaz de protegerla del mundo. ¡Cuánto le habría gustado refugiarse entre sus brazos! Escondarse allí para siempre.

—No lo dices en serio, Norma —dijo Cass acariciándole distraídamente el pelo, enganchándose las uñas en su pelo—. Eres una actriz, hasta es posible que seas una buena actriz, y las actrices quieren que las vean y que las amen. Necesitan el amor de las multitudes, y no sólo el de un hombre solitario.

—No, Cass, cariño, no es verdad —protestó la joven—. Tú eres lo único que quiero.

Cass rió. Enganchándose las uñas mordidas en el pelo de Norma Jeane.

Sí; ella hablaba en serio. Se casaría con él, tendría un hijo suyo, viviría con él y para él en Venice Beach, por ejemplo. En una casita estucada con vistas al canal. El hijo de ambos, un niño de alborotado cabello moreno y hermosos ojos azabache, dormiría en una cuna situada junto a la cama de matrimonio. Y a veces en la cama, entre los dos. Un pequeño príncipe. El bebé más hermoso del mundo. ¡El nieto de Charlie Chaplin!

—Abuela Della, no vas a creer lo que tengo que decirte —dijo Norma Jeane con voz quebrada por la emoción—. ¡No lo creerás! Mi marido es el *hijo* de Charlie Chaplin. Fue amor a primera vista y estamos locos el uno por el otro. Mi hijo es el *nieto* de Charlie Chaplin. ¡Tu *bisnieto*, abuela!

La robusta anciana miró a Norma Jeane con incredulidad. Después esbozó una sonrisa y finalmente soltó una carcajada. *Nos has sorprendido a todos, Norma Jeane. Estamos muy orgullosos de ti, cariño.*

Y Gladys aceptaría a su nieto, aunque se hubiera negado a aceptar a su nieta. Después de todo, era una suerte que les hubieran arrebatado a Irina.

Cuando te llega la hora, te llega. Puede ocurrir rápidamente o no. A través de una estrecha ventana del bungalow de Montezuma Drive vio el ágil cuerpo desnudo andando sobre la alfombra. Era Cass Chaplin, ajeno a su presencia. El muchacho se inclinó sobre el piano y tocó varios acordes, una débil y fluida cascada de notas tan hermosas como las de Debussy o Ravel, sus compositores favoritos, y luego pareció apuntar algo o escribir la melodía en un cuaderno de música. Durante la última semana de rodaje de Norma Jeane en Culver City, Cass pasó varios días en una casa situada al

otro lado de Olympic Boulevard, trabajando en una composición y una coreografía de ballet. (El bungalow colonial, rodeado de una selva de palmeras raquílicas y descuidadas enredaderas, era propiedad de un guionista que figuraba en la lista negra y se había exiliado a Tánger.) Cass le había dicho a Norma Jeane que la música había sido su primer amor y deseaba volver a dedicarse a ella.

—La interpretación no es lo mío. Yo no soy actor, porque no me interesa encarnar a otros. Quiero encarnar la música, que es pura.

Siempre que había un piano cerca, Cass interpretaba fragmentos de sus composiciones para Norma Jeane y a ella le parecían preciosas. También bailaba para la joven, aunque medio en broma y durante pocos minutos. Ahora, de pie en el sendero cubierto de hojas de esta casa casi desconocida, Norma Jeane miró a través de la ventana la figura espectral de su amante y sintió la sangre palpitando en su cabeza. *No debo interrumpirlo. No estaría bien.*

Me odiará si descubre que lo he estado espiando, pensó. No puedo arriesgarme.

Se ocultó al otro lado del sendero y durante cuarenta minutos escuchó como en un trance los acordes, las notas que subían y bajaban de volumen. El tiempo se detuvo y ella deseó que siguiera así eternamente.

Cuando te llega la hora.

Shinn en el papel de transmisor de la verdad. Bajando su ronca voz para decirle que, al contrario de lo que Chaplin Jr. pretendía hacerle creer a ella, Chaplin Sr. había entregado una pequeña fortuna a su ex mujer y a su hijo. Los abogados lo habían obligado.

—Naturalmente, no queda nada de ella —dijo Shinn con una sonrisa burlona—. La pequeña Lita se la pulió hace veinticinco años.

Norma Jeane miró sin parpadear a su agente. ¿Cass le había mentado? ¿O ella le había entendido mal?

—Entonces es lo mismo —balbuceó—. Su padre lo desheredó y lo abandonó. Está solo.

—Tan solo como cualquiera de nosotros —replicó Shinn con una risita desdeñosa.

—Su padre lo ha ma-maldecido y es una maldición doblemente cruel porque procede del gran Charlie Chaplin. ¿Es que le resulta imposible sentir compasión, señor Shinn?

—¡En absoluto! Estoy lleno de compasión. ¿Acaso hay alguien que dé más que yo a las instituciones benéficas? El fondo para los niños tullidos, la Cruz Roja, la defensa de los Diez de Hollywood... Pero no siento la más mínima piedad por Cass Chaplin —Shinn se esforzaba por mantener un tono humorístico, pero su dilatada nariz, con sus profundas y peludas ventanas, temblaba de ira—. Ya te he dicho, querida, que no quiero que estés con él en público.

—¿Y en privado?

—En privado, toma precauciones. Con dos como *él* ya tenemos más que suficiente.

Norma Jeane necesitó unos minutos de reflexión para entender el comentario.

—Eso ha sido una crueldad, señor Shinn. Una crueldad y una grosería.

—Así es I. E. Shinn, ¿no? Cruel y grosero.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas. Estaba a punto de abofetear a Shinn. Pero al mismo tiempo deseaba cogerle las manos y suplicar que la perdonara, porque ¿qué haría ella sin él? No; quería reírse en su cara. En esa arrugada cara de plastilina. Ante sus ojos ofendidos y furiosos.

Lo quiero a él, no a ti. Jamás podré amarte. Si me obligas a elegir entre los dos, te arrepentirás.

Norma Jeane temblaba; estaba tan enfadada como I. E. Shinn y comenzaba a hablar con la misma contundencia. Shinn se acobardó.

—Mira, cariño, sólo pretendo ser útil. Práctico. Ya me conoces: sólo pienso en ti. En tu carrera y tu bienestar.

—Estás pensando en Marilyn. En su carrera.

—Bueno, sí. Marilyn es mía, mi creación. Me preocupo por su carrera y bienestar.

Norma Jeane murmuró algo que su agente no oyó. Le pidió que lo repitiera y ella dijo, sorbiéndose los mocos:

—Ma-marilyn no es más que una carrera. No tiene «bienestar».

Shinn soltó una carcajada cargada de asombro. Se había levantado de la silla giratoria del escritorio y se paseaba sobre la alfombra, flexionando sus dedos cortos y gruesos. A su espalda, la brumosa luz del sol y el bullicio del tráfico de Sunset Boulevard se colaban por una ventana de cristal esmerilado. Norma Jeane, que estaba sentada en una de las famosas sillas bajas de Shinn, también se puso en pie, aunque con dificultad. Acababa de salir de su clase de baile y le dolían las pantorrillas y los muslos como si se los hubieran machacado a martillazos.

—Él sabe que no soy Marilyn. Me llama Norma. Es el único que me entiende.

—Yo te entiendo —la joven miraba fijamente la alfombra, mordiéndose la uña del pulgar—. Te entiendo porque yo te he inventado. Nadie se preocupa por ti tanto como yo, créeme.

—Tú no me inventaste. Lo hice yo sola.

Shinn rió.

—No te pongas filosófica, ¿vale? Hablas como tu amigo Otto Öse, que dicho sea de paso está metido en un buen lío. Figura en la última lista del Consejo de Control de Actividades Subversivas. Así que no te acerques a él.

—No tengo ninguna relación con Otto Öse —respondió Norma Jeane—. Ya no. ¿Qué es el Consejo de Control de Actividades Subversivas?

Shinn apretó sus labios con el dedo índice. Era un ademán que él y otros personajes de Hollywood hacían a menudo, en privado y en público. Acompañado de un fruncimiento de cejas al estilo de Groucho, pretendía ser un gesto cómico, pero no lo era: cualquiera podía ver el temor en los ojos.

—No te preocupes, cariño. El tema que nos ocupa no es Otto Öse ni Chaplin Jr. Sólo debemos pensar en Marilyn. O sea, en ti.

Norma Jeane estaba inquieta.

—Pero ¿Otto Öse también está en la lista negra? ¿Por qué? —Shinn encogió sus hombros deformes como si dijera ¿*Quién sabe?* ¿*Qué más da?* —. ¿Por qué hace esto la gente? ¿Por qué se denuncian unos a otros? Me han dicho que el propio Sterling Hayden ha pasado nombres al comité. Y yo que lo admiraba. ¡Todos esos desgraciados sin trabajo y los Diez de Hollywood en prisión! Es como si no estuviéramos en Estados Unidos, sino en la Alemania nazi. ¡Charlie Chaplin fue un verdadero valiente al negarse a cooperar y largarse del país! Lo admiro por ello. Y creo que Cass también lo admira, aunque no quiera admitirlo. ¡Y Otto Öse no es comunista! Yo podría testificar a su favor: estaría dispuesta a jurar sobre la Biblia que es inocente. Siempre ha dicho que los comunistas son unos incautos. No es marxista. Yo sí que podría serlo, si terminara de entender lo que dice Marx. Es como el cristianismo, ¿no? Aunque Karl Marx tenía razón cuando dijo que «la religión es el opio del pueblo». Igual que el alcohol y el cine. Además, los comunistas defienden a los ciudadanos de a pie, ¿no? ¿Qué hay de malo en eso?

Shinn escuchó esta monserga con estupor.

—¡Ya basta, Norma Jeane! ¡Suficiente! —exclamó.

—¡Es que todo es tan injusto, señor Shinn!

—¿Quieres que nos pongan a los dos en la lista negra? ¿Y si hubiera micrófonos en mi despacho? ¿Y si hubiera... —miró hacia la estancia contigua, donde estaba el escritorio de su secretaria y recepcionista— espías escuchando? Santo cielo, no puedes ser tan tonta, así que calla.

—Pero es injusto...

—¿Y qué? La vida es injusta. ¿No has leído a Chéjov y a O'Neill? ¿No te has enterado de lo que ocurrió en Dachau y en Auschwitz? ¿No sabes que el *Homo sapiens* devora a los de su propia especie? Madura de una vez.

—No sé cómo, señor Shinn. Me cuesta admirar, o incluso entender, a la gente madura que conozco —Norma Jeane hablaba con seriedad, como si aquél fuera el verdadero tema de la conversación. Parecía estar suplicando, deseando coger las manos del agente—. Estoy tan confundida que a veces no consigo pegar ojo. Y Cass...

—Marilyn no necesita pensar ni entender nada —interrumpió Shinn—. Basta con que *exista*. Es preciosa, tiene talento y nadie quiere oír esa retorcida basura metafísica de sus sensuales labios. Créeme, bonita.

Norma Jeane dejó escapar un pequeño grito y retrocedió. Como si Shinn la hubiera golpeado.

Puede que me pegara, recordaría más tarde.

—Es po-posible que Marilyn muera otra vez —repuso—. Quizá no salga nada de su debut. Cabe la posibilidad de que los críticos me detesten o no se fijen en mí, que se repita lo ocurrido con *Scudda-Hoo! Scudda-Hay!* y que la Metro me despida, como hizo La Productora. Tal vez sería lo mejor para mí y para Cass.

Norma Jeane huyó. Shinn corrió tras ella, resoplando. Cruzaron la estancia contigua, donde la secretaria los miró con asombro, y salieron al pasillo. Frunciendo la nariz como un perro furioso, el agente gritó:

—Con que eso es lo que piensas, ¿eh? ¡Espera y verás!

¿Quién es la rubia? Esa noche de enero de 1950, eludiendo sus desesperados ojos en el espejo, volvió a marcar el número del bungalow de Montezuma Drive y al otro lado de la línea los timbrazos retumbaron nuevamente con el sonido hueco y melancólico de un teléfono que suena en una casa vacía. Cass estaba enfadado con ella; no cabía duda. No sentía envidia (¿qué podía envidiarle a *ella* el hijo de la mayor estrella de cine de todos los tiempos?), sino furia. Indignación. Sabía que Shinn lo detestaba y no quería verlo en la fiesta que se celebraría en Enrico. Eran casi las nueve y el tocador de señoras comenzaba a llenarse. Voces estridentes, perfume. Las mujeres la miraban, la atravesaban con los ojos. Una de ellas sonrió, le tendió la mano y sus dedos helados se cerraron sobre los de Norma Jeane:

—Usted es Angela, ¿verdad, querida? Excelente debut.

Era la esposa de un ejecutivo de la Metro y había sido una actriz secundaria en la década de los treinta.

—¡Oh! Gracias —dijo Norma Jeane con un hilo de voz.

—¡Qué película tan extraña e inquietante! No es lo que una espera, ¿no? Me refiero al desenlace. No estoy segura de haberla entendido bien, ¿y

usted? ¡Tantos muertos! Pero John Huston es un genio.

—Sí, desde luego.

—Debe de sentirse privilegiada por haber trabajado con él, ¿no?

Norma Jeane todavía estrechaba la mano de la mujer. Asintió con un gesto solemne y los ojos llenos de lágrimas de gratitud.

Las demás mujeres se mantuvieron a distancia, mirando el pelo, el busto y las caderas de Norma Jeane.

Pobrecilla. La vistieron como a una muñeca grande, provocativa y sensual, y ella fue a esconderse al tocador, donde temblaba y sudaba tanto que era posible olerla. ¡No me soltaba la mano, lo juro! Si se lo hubiera permitido, me habría seguido como un cachorrillo.

Por fin terminó la proyección. *La jungla de asfalto* fue todo un éxito. Al menos eso decía y repetía la gente entre apretones de manos, abrazos, besos y copas de champán. ¿Dónde estaba I. E. Shinn con su esmoquin? ¿No debía estar al lado de su aturdida cliente para hablar en su nombre?

—Hola, Angela.

—Hola.

—Estupenda interpretación.

—Gracias.

—Lo digo en serio. Ha sido una interpretación fabulosa.

—Gracias.

—Un portento.

—Gracias.

—Eres una muchacha preciosa.

—Gracias.

—Me han dicho que éste es tu debut.

—Sí.

—Y te llamas...

—Ma-marilyn Monroe.

—Enhorabuena, *Marilyn Monroe*.

—Gracias.

—Te daré mi tarjeta, *Marilyn Monroe*.

—Gracias.

—Tengo el palpito de que volveremos a vernos, *Marilyn Monroe*.

—Gracias.

Estaba radiante. No había sido tan feliz desde el día en que el Príncipe Encantado la había subido al escenario, bajo las cegadoras luces, la había alzado para que todos la admiraran y besándole la frente había dicho: *Te nombro mi Bella Princesa, mi novia*. Y le había murmurado al oído las palabras secretas: *Ahora puedes ser feliz. Te has ganado la felicidad. Al menos durante una temporada*. Las cámaras celebraron su inmensa dicha disparando los flashes en el abarrotado vestíbulo. Allí, sonriendo para los fotógrafos, estaban la rubia y espectacular Angela y el «tío Leon», que parecía turbado y fumaba como un carretero. Angela y el protagonista masculino, Sterling Hayden, con quien ella no había rodado ni una sola escena. Angela y el gran director, que le había regalado ese momento de felicidad. *Ay, jamás podré agradecerse lo suficiente*. Norma Jeane soltó una risita frívola al ver entre la multitud la enfurruñada cara de halcón de Otto Öse detrás de una cámara: con sus holgadas prendas negras, parecía un espantajo indignado con el papel servil que le tocaba interpretar precisamente a él, que después de las atroces revelaciones de las cámaras de gas, la solución final y las bombas atómicas, estaba destinado a ser un artista, el artífice de una obra original y fascinante, un creador de arte judío, de arte radical y revolucionario. Norma Jeane habría querido gritarle: *¿Lo ves? ¡No te necesito! Ni a ti ni tus asquerosos desnudos. Ni tus calendarios. Soy una actriz. No necesito a nadie. Espero que te arresten y te encierren*. Pero cuando miró mejor, vio que no se trataba de Otto Öse.

¡Cómo sonreía Shinn! Parecía un cocodrilo sin patas, girando sobre su cola. Y aquel brillo de sudor que cubría su desproporcionada cara. Norma Jeane imaginó cómo sería hacer el amor con él y rió. Tendría que cerrar los ojos y la mente. *Oh, no, yo me casaría únicamente por amor*.

Nunca había sido tan feliz. Shinn la cogió de la mano y se paseó con ella por el vestíbulo. Él la había inventado; ella le pertenecía. No era verdad, pero se lo consentiría. No se rebelaría, al menos por el momento. Nunca había sido tan feliz como en esa noche mágica. Porque era la

Cenicienta y había conseguido calzarse el zapato de cristal. Y era más guapa, despampanante y seductora que la protagonista femenina, Jean Hagen, a quien los fotógrafos prestaban menos atención; resultaba turbador ver cómo preferían a la desconocida y espectacular rubia que, según decían algunos ocultando sus sonrisas lascivas con las manos, era incapaz de actuar, pero, joder, qué tetas, mira qué culo, está más buena que Lana Turner.

Radiante, achispada por el champán, cosa que no sucedía desde su noche de bodas. A pesar de que él no había cogido el teléfono. A pesar de que él sabía cómo castigarla. Estaba ofendido y furioso con ella. Se había escondido y dormía profundamente en la lujosa cama prestada donde la noche anterior habían hecho el amor despacio, con ternura, tendidos de lado, sus cuerpos encajando a la perfección y sus bocas unidas y sus ojos rodando en las cuencas en el mismo momento —¡Ah! ¡Ah! Cariño, te quiero— y esa noche ella no había necesitado una poción mágica para dormir, como tampoco la había necesitado desde el final del rodaje y confiaba en no volver a precisar sedantes porque qué alivio, qué alegría, ¡le gustaba a esa gente!, ¡la gente de Hollywood sabía apreciarla!, ¿Quién es la rubia?, preguntaban, ¿Por qué no figura en el reparto? y el señor Z de La Productora, el asqueroso cabrón que la había explotado para después despedirla, estaría estupefacto y arrepentido, y ahora los ejecutivos de la Metro la valorarían y los productores de *La jungla de asfalto* incluirían su nombre en el reparto. Seguirían semanas, meses de promoción, durante los cuales Marilyn Monroe, la despampanante belleza rubia, aparecería en docenas de periódicos y revistas y sería premiada con los oportunos títulos honoríficos de Miss Modelo Rubia 1951 para *Photolife*, La Nueva Cara de la Pantalla 1951, La Starlet Más Prometedora de 1951, Miss Bombón 1952 y Miss Bomba Atómica 1952 (un premio que le entregó Frank Sinatra en Palm Springs). La despampanante belleza rubia estaría en todos los quioscos de periódicos, y no en las portadas de *Sir!* y *Swank*, que había dejado atrás como había dejado atrás a la subespecie de fotógrafos que trabajaban para esas revistas, sino en publicaciones respetables como *Look*, *Collier's* y *Life* («Los nuevos rostros de 1952»). Para entonces, La

Productora volvería a contratar a Marilyn y el escarmentado señor Z le subiría el sueldo a quinientos dólares a la semana.

—¡Quinientos dólares! En Radio Plane no llegaba a los cincuenta. Nunca había sido tan feliz.

Salvo aquella noche de enero de 1950, cuando todo empezó, cuando nació Marilyn. Cuando ella estaba loca de amor por Cass Chaplin y él no acudió al preestreno ni a Enrico's y ella tuvo que celebrar su dicha con una multitud de elegantes desconocidos y con copas de champán, Marilyn Monroe resplandeciente con su vestido de seda y gasa, blanco como el de una novia, un vestido de fiesta comprado en Bullock's, tan escotado que sus pechos parecían a punto de saltar de la ceñida tela. Esa noche, Shinn, el taimado agente, presentó a su deslumbrante cliente a B, J, P y R, ejecutivos y productores cuyos nombres ella no recordaría después, y cada uno de esos hombres risueños le estrechó la mano, o las dos manos, y le dio la enhorabuena por su «debut».

Entonces apareció V, un popular, apuesto y pecoso ex jugador de fútbol de Kansas, intérprete de películas bélicas de la Paramount, entre ellas el éxito de taquilla *Héroes del aire*, que había hecho llorar incluso a Bucky Glazer; Norma Jeane recordaba haber apretado la mano de su esposo durante los aterradores combates aéreos, aunque también había habido tiernas escenas de amor entre V y la hermosa Maureen O'Hara y ella las había visto con avidez y asombro, imaginándose en el papel de la O'Hara, pero también con irritación, porque qué fantasía tan tonta, tan pueril y absurda, era aquélla para una joven esposa feliz. Y ahora, seis años después, ¡el propio V en persona se abría paso entre la multitud para acercarse a ella! ¡V, no con el uniforme de la Fuerza Aérea, sino con ropa de civil! Con la cara llena de pecas y un aspecto tan juvenil que cualquiera diría que tenía veintinueve años, en lugar de treinta y nueve, aunque su pelo ligeramente ralo indicaba que ya no era el joven e impetuoso piloto de *Héroes del aire* que había volado sobre Alemania y, tras ser alcanzado en el aire, había interpretado la caída en espiral más larga de la historia del cine, una escena tan lograda que el vociferante y acongojado público cae con él en el avión

en llamas hasta que el piloto herido consigue saltar en paracaídas como en una pesadilla. Norma Jeane miró fijamente al hombre que rozaba el metro noventa de estatura, de torso y hombros fornidos, ahora algo más grueso en la zona de la barbilla pero todavía pecoso y con la mirada cálida y vehemente que ella recordaba. Porque una vez que has visto un primer plano tan íntimo de un hombre, llevas su imagen contigo como si se tratara de un sueño. Una vez que has fantaseado con una escena de amor con un hombre, atesoras en tu corazón el recuerdo de sus besos.

—¿Tú? Oh, ¿eres tú? —dijo Norma Jeane en voz tan baja que el bullicio de la conversación impidió que la oyeran, aunque tal vez no quisiera que la oyeran.

Cuánto deseaba coger las grandes y hábiles manos de V y decirle lo mucho que lo había amado, que había llorado al ver que lo herían y lo tomaban prisionero y también cuando había vuelto a reunirse con su amada, que había seguido llorando en el camino a Verdugo Gardens y ante la pavorosa mueca del viejo Hirohito expuesto sobre la radio.

—Así era mi vida entonces, cuando no sabía *quién era*.

Pero no cogió las manos de V ni le habló de Verdugo Gardens. Se limitó a alzar la mirada y sonreírle cuando él se inclinó sobre ella, muy cerca (como si ya fueran amantes), y le dio la enhorabuena por su debut. Qué podía responder Norma Jeane, que era Marilyn Monroe, aparte de un *Gracias, oh, gracias* en un murmullo, ruborizándose como una colegiala.

V la llevó a un rincón relativamente tranquilo del restaurante para hablar con seriedad de la película, de las sutilezas del guión, las caracterizaciones y el asombroso final; ¿cómo se había sentido trabajando para un director tan exigente como Huston?

—Hace que uno se sienta satisfecho con su profesión, ¿verdad? Con la vida que hemos escogido.

—¿Escogido? —preguntó Norma Jeane, desconcertada—. ¿Te refieres a que hemos elegido ser actores? Yo... nunca me lo he planteado de esa manera.

V rió, asombrado. La joven se preguntó si había dicho algo inoportuno. *Nunca sabías si hablaba en serio. Salía con cada cosa...*

Marilyn Monroe, la hermosa actriz en ciernes, y V, la exitosa estrella del cine bélico, un actor juvenil pese a su madurez, de quien se rumoreaba que era un hombre decente injustamente tratado por su esposa, una actriz secundaria que tras el divorcio se había hecho con la custodia de los hijos de ambos y una importante suma de dinero. I. E. Shinn los vigilaba de cerca, como un padre posesivo.

De repente se acercó a la atractiva pareja un individuo maduro, casi calvo, con ojos rodeados de bolsas como los de una tortuga y profundos surcos alrededor de la boca. Su arrugada gabardina indicaba que no era uno de los ejecutivos de la Metro, pero resultaba obvio que algunos invitados lo conocían; V, por ejemplo, que desvió la mirada, incómodo y ceñudo.

—Perdone, perdone. ¿Puede firmar esto, por favor?

V se había apartado, pero la achispada y radiante Norma Jeane lo recibió con una mezcla de asombro y cortesía. El hombre con ojos de tortuga se acercó alarmantemente a ella. Pretendía que la joven firmara una petición que le puso delante de las narices; ella bizqueó y vio que estaba redactada por la Comisión Nacional para la Defensa de la Primera Enmienda, de la que había oído hablar, o creía haber oído hablar. En la tenue luz del restaurante descifró la primera línea, escrita en mayúsculas, LOS ABAJO FIRMANTES PROTESTAMOS POR EL TRATAMIENTO CRUEL Y ANTIAMERICANO QUE SE HA DADO A, seguida de una lista de nombres impresos en dos columnas. El primer nombre de la columna izquierda era *Charlie Chaplin* y el primero de la columna derecha, *Paul Robeson*. Al final de la lista había mucho espacio en blanco, pero apenas media docena de firmas. El hombre de los ojos de tortuga se identificó con un nombre que Norma Jeane no reconoció y añadió que había sido guionista de *También somos seres humanos*, *Héroes del aire* y muchas otras películas, hasta que lo pusieron en la lista negra en 1949.

Pese a que su agente le había advertido que no firmara ninguna de las peticiones que circulaban por Hollywood, Norma Jeane respondió con vehemencia:

—¡Sí! ¡Claro que firmaré! —aunque estaba radiante y achispada y V la miraba de cerca, se acaloró de inmediato. Parpadeó para contener las

lágrimas de dolor e indignación y dijo—: Charlie Chaplin y Paul Robeson son grandes artistas. ¡Me da igual si son comunistas o... lo que sea! Es horrible lo que este país está haciendo a sus me-mejores artistas.

Cogió la pluma que le alargaba el hombre de los ojos de tortuga y habría firmado en el acto de no ser porque V, que no había conseguido apartarla del individuo de la petición, decidió intervenir:

—Creo que no deberías firmar, Marilyn.

—¡Maldito seas! ¡Esto es entre la joven y yo! —exclamó el hombre de los ojos de tortuga.

—Pero ¿cómo me apellido? —preguntó Norma Jeane a los dos hombres—. ¿«Monroe»? He olvidado mi apellido —fue hasta una mesa cercana y, para sorpresa de las personas allí sentadas, trató infructuosamente de firmar la petición, porque la había apoyado sobre unos cubiertos. Rió, aunque seguía estando indignada—. Ah, sí, Marilyn Monroe.

Con un ademán afectado, firmó dos veces: como Marilyn Monroe y como Mona Monroe. Cuando empezaba a firmar como Norma Jeane Glazer, I. E. Shinn, que echaba humo por las orejas, le arrebató la pluma y tachó todos los nombres.

—¡Marilyn, maldición! Estás *borracha*.

—En absoluto. Soy la única persona sobria en este lugar.

Esa noche en Enrico's conoció a V. Esa noche perdió a Cass, su amante.

Salió corriendo de Enrico's. Estaba harta de todos. *Son comerciantes de carne*. Fuera del restaurante, mientras intentaba meterse en un taxi, la rodeó una pequeña multitud.

—¿Quién es la rubia?

—¿Lana Turner? No..., es demasiado joven.

Norma Jeane rió, incómoda. Con su escotado vestido de seda y gasa blanco. Con sus tacones de aguja. Un hombrecillo regordete con un impermeable de plástico chocó con ella, al parecer intencionadamente. ¿Otra petición arrojada a su cara? No; era una libreta de autógrafos.

—¡Firme, por favor!

—No puedo —murmuró Norma Jeane—. Yo no soy nadie.

¡Tenía que escapar! Otro hombre acudió en su auxilio, abriendo la puerta trasera del taxi y ayudándola a subir. Ella tuvo la fugaz e inquietante impresión de que la cara del hombre estaba abollada, como si fuera un objeto modelado en plastilina. Tenía una nariz, aplastada y ancha en la base, como una espátula; los ojos hinchados y los párpados caídos; las cejas parecían chamuscadas y le faltaba parte de una oreja, como si estuviera corroída. Despedía un olor rancio a levadura, igual que Gladys en Norwalk.

Continuaría percibiendo ese olor hasta la mañana siguiente, cuando se lavaría con furia y desesperación.

Quizá sea mi propio olor. Puede que éste sea el comienzo.

Shinn la había ofendido. V había retrocedido con discreción. Al hombre de los ojos de tortuga lo habían echado de Enrico's. Norma Jeane se apretó los párpados con los dedos para borrarlos a todos de su mente. Era una costumbre adquirida en el orfanato. Una estrategia del Viajero del Tiempo, que accionaba la palanca de su máquina mágica para avanzar rápidamente en el tiempo. De modo que cuando abrió los ojos, unos quince minutos después, estaba ya en el bungalow colonial de Montezuma Drive. La casa se hallaba al pie de una colina y no en la cima, como las mansiones de los millonarios. Norma Jeane estaba nerviosa y desde el mediodía no había comido nada, aparte de un par de canapés devorados distraídamente durante la recepción. Se había dejado la estola de zorro blanco que le habían prestado en el departamento de vestuario de la Metro, pero el señor Shinn tenía la papeleta del guardarropa y la devolvería. ¡Cuánto lo odiaba! Dejaría de ser su cliente, aunque eso significara no volver a trabajar jamás en Hollywood. Tenía consigo el pequeño bolso con perlas bordadas, pero en su interior no había más de cinco dólares; por suerte, era suficiente para pagar al taxista, que en ese momento le preguntaba si estaba segura de que aquélla era la dirección correcta, pues la casa estaba a oscuras.

—¿La espero, señorita? Tal vez quiera que la lleve a otro sitio.

—No, no quiero ir a ningún otro sitio —respondió ella con brusquedad, aunque enseguida añadió más prudentemente—: De acuerdo, espere, pero sólo un minuto. Gracias.

No tuvo dificultades para subir por el escarpado camino con sus tacones altos, lo que significaba que no estaba borracha como había dicho el cruel enano.

Oh, Cass, te quiero. Te he echado de menos; creo que ha sido un éxito. Yo fui un éxito. Bueno, es un principio. Un papel secundario, pero un principio de todos modos. No tengo por qué avergonzarme. Es todo lo que pido: no tener motivos para sentirme avergonzada. No espero felicidad. Mi única felicidad eres tú, Cass...

El pequeño bungalow, rodeado de raquíticas palmeras y de enredaderas marchitas y sin flores, parecía desierto, pero Norma Jeane espió por la ventana del salón y vio una luz tenue brillando en el fondo. La puerta delantera estaba cerrada con llave. Ella tenía una llave, pero ¿dónde estaba?... en el bolso con perlas, no. O quizá no la tuviera.

—¿Cass? ¿Cariño? —llamó en voz baja.

Supuso que estaría durmiendo. Ojalá no se hubiera sumido en uno de esos sueños profundos, inducidos por fármacos, de los que resultaba imposible despertarlo.

El motor del taxi runruneaba en el camino de grava. Norma Jeane se quitó los zapatos y bordeó la casa a tientas. Cass nunca se molestaba en cerrar la puerta trasera. En la oscuridad vislumbró una piscina de lona para niños llena de hojas de palmera. La primera vez que había visto aquella andrajosa piscina, en una extraña alucinación, había imaginado a la pequeña Irina nadando en ella. Al ver cómo la miraba con ojos desorbitados y la cara pálida, Cass le había preguntado qué pasaba, pero ella no se lo había dicho. Él estaba informado sobre su precoz matrimonio y su divorcio; sobre Gladys, que había sido poeta antes de desmoronarse; sobre el padre de Norma Jeane, que era un importante productor de Hollywood y nunca había reconocido a su hija «ilegítima». Pero eso era todo lo que sabía.

—¿Cass? Soy yo, Norma.

En el interior de la casa olía a whisky. Había una lámpara encendida en la cocina, pero el estrecho pasillo estaba a oscuras. La joven no vio luz bajo la puerta del dormitorio, que estaba entornada. Volvió a llamar en voz baja:

—¿Cass? ¿Estás dormido? ¡Yo sí tengo sueño!

De repente se sintió como una gatita mimosa. Empujó la puerta. Allí estaba la cama, una lujosa cama de matrimonio, demasiado grande para la habitación, y sobre ella Cass, desnudo y cubierto hasta la cintura con una sábana. Norma Jeane tuvo la desconcertante impresión de que la mata de oscuro pelo enmarañado que cubría su pecho no había estado allí antes y de que los hombros y el torso eran más musculosos de lo que ella recordaba.

—¿Cass? —murmuró otra vez.

Entonces se dio cuenta de que en la cama había dos personas, dos hombres jóvenes. El más cercano, el desconocido, permaneció tendido de espaldas, con los brazos cruzados detrás de la cabeza y el velludo pubis cubierto apenas por la sábana, mientras que el otro, Cass, se encaramó sobre el codo y sonrió. Los dos estaban empapados en sudor. Dos cuerpos jóvenes, hermosos y brillantes. En un santiamén, antes de que Norma Jeane pudiera escapar, Cass saltó de la cama desnudo, ágil como un bailarín, y la cogió de la muñeca con una mano mientras con la otra tiraba del muslo de su acompañante.

—¡Norma, cariño! No te vayas. Quiero presentarte a Eddy G. Él también es mi gemelo.

El altar roto

Una insignificante secretaria de Westwood que pretendía cultivarse.

Una fanática religiosa, posiblemente. O la hija de alguien semejante.

Un estereotipo con el que uno llega a familiarizarse en el sur de California.

Por lo general no le hacíamos caso. Con el tiempo, el profesor Dietrich nos contó que jamás había faltado a una clase hasta el mes de noviembre. Pero siempre estaba tan callada que parecía invisible. Todas las semanas llegaba temprano, se sentaba a su pupitre y se inclinaba sobre el libro, releyendo los apuntes; si dejabas vagar la vista en su dirección, recibías la señal inequívoca de *No me hables, por favor; ni siquiera me mires*. En consecuencia, era fácil no fijarse en ella. Era una chica seria, pulcra, siempre cabizbaja y sin maquillaje, con la piel pálida y ligeramente brillante y el cabello rubio ceniza recogido con horquillas, como solían llevarlo las obreras de las fábricas en tiempos de guerra. Tenía un aire a una era pasada, a la década de los cuarenta. A veces se cubría la cabeza con un pañuelo. Llevaba faldas y blusas discretas, rebecas holgadas, zapatos bajos y medias. Nada de joyas o anillos en las manos. Y las uñas sin pintar. Aparentaba veintiún años, aunque con poca experiencia para su edad. Seguramente vivía con sus padres en un pequeño bungalow estucado. O quizá con su madre viuda. Los domingos por la mañana, las dos cantarían himnos en una iglesia pequeña y anodina. Sin duda era virgen.

Si la saludabas o le hacías un comentario amable, como solíamos hacer al entrar en el aula, deseosos de hablar e intercambiar noticias antes de que

comenzara la clase, ella alzaba sus asustados ojos azules y se encogía, todo en un único movimiento reflejo. Entonces advertías, como si te hubieran dado una patada en la entrepierna, que aquella jovencita era guapa, o llegaría a serlo si se percataba de su atractivo. Pero no era así. Bajaba la vista o se giraba y buscaba un pañuelo de papel en su bolso. Bastaba con decirle algo agradable. *Ni siquiera me mires, por favor.*

Por lo tanto, ¿para qué molestarse? Había otras chicas en la clase, mujeres que no eran tímidas.

Hasta su nombre era insignificante. Lo oías y lo olvidabas en el mismo momento. «Gladys Pirig», leyó el profesor Dietrich en la primera clase, pasando lista con su voz grave y sonora. Hacía una señal junto a cada nombre, nos miraba por encima de las gafas y hacía un gesto espasmódico que pretendía ser una sonrisa. Algunos conocíamos al profesor Dietrich de otras clases, nos caía bien y por eso nos habíamos apuntado a ésta; era un hombre afable, generoso y optimista, aunque demasiado exigente para la escuela nocturna, donde todos éramos adultos.

Lo llamábamos «profe Dietrich», o sencillamente «profe». Sabíamos por el folleto informativo de la Universidad de Los Ángeles que no era un auténtico catedrático, sino un «adjunto»; no obstante, cuando lo llamábamos «profe», él se ruborizaba ligeramente pero no nos corregía. Era una especie de juego: los estudiantes nocturnos nos considerábamos lo bastante importantes para merecer un catedrático y él no iba a defraudarnos.

Su asignatura era Poesía Renacentista. Escuela nocturna de la Universidad de Los Ángeles, otoño de 1951, jueves de siete a nueve de la noche. Nos habíamos matriculado treinta y dos alumnos y era asombroso, además de una prueba de la eminencia del profesor Dietrich, el hecho de que casi todo el mundo asistía a la mayoría de las clases, incluso durante la temporada de lluvias. Los alumnos éramos soldados veteranos, hombres jubilados, amas de casa sin hijos, oficinistas y un par de estudiantes del Seminario Teológico de Westwood. Algunos aspirábamos a convertirnos en poetas. El grupo dominante, aparte de los dos o tres veteranos locuaces, estaba formado por media docena de maestras treintañeras y cuarentonas que hacían toda clase de cursillos con objeto de inflar su currículum. La

mayoría trabajábamos durante el día y nuestra jornada laboral era muy larga. Uno tenía que amar la poesía y creer que ésta era digna de su amor para pasar dos horas en un aula después de trabajar todo el día. El profesor Dietrich era un maestro apasionado y dinámico, de modo que uno se contagiaba de su entusiasmo aunque no entendiera del todo su retórica. En presencia de mentores semejantes, a uno le basta con saber que ellos saben.

Como en la primera clase, cuando después de leer la lista de estudiantes, el profesor Dietrich enlazó sus manos regordetas y ajadas y dijo:

—Poesía. La poesía es el lenguaje trascendental del género humano.

Hizo una pausa y todos nos estremecimos, pensando que lo que quiera que significaran esas palabras merecía el costo de la matrícula.

Nadie se fijó en la reacción de Gladys Pirig ante esa frase. Con toda seguridad la escribió en su cuaderno como era su costumbre, igual que una colegiala.

Empezamos el semestre leyendo a Robert Herrick, Richard Lovelace, Andrew Marvell, Richard Crashaw, Henry Vaughan. Según decía el profesor Dietrich, nos estábamos preparando para Donne y Milton. Con su estentórea y dramática voz, parecida a la de Lionel Barrymore, el profesor recitó «Sobre los niños mártires», de Richard Crashaw:

Verlos fundidos en un solo río,
la leche de la madre, la sangre de los hijos,
hace que dude de si el cielo reunirá
rosas acaso, lirios quizá.

Y «Todos se han ido al reino de la luz», de Henry Vaughan:

¡Todos se han ido al reino de la luz!
Yo solo, aquí, postrado, me consumo.
Mas su memoria misma es bella y clara
e ilumina mis tristes pensamientos.

Analizábamos y discutíamos estos intrincados poemas, que siempre significaban más de lo que uno esperaba. Un verso conducía a otro, una palabra, a otra; era como una rima infantil que te atrapaba y te llevaba más y más lejos. Para algunos, esto constituía una revelación.

—¡La poesía! La poesía es comprensión —decía el profesor Dietrich observando el asombro en nuestras caras. Sus ojos brillaban detrás de las sucias gafas con montura metálica que se ponía y se quitaba una docena de veces durante la clase—. La poesía es la taquigrafía del alma. Un código morse.

Sus chistes eran tontos y ramplones, pero todos reíamos, incluso Gladys Pirig, con su característica risita aflautada que parecía más desconcertada que alegre.

El profesor Dietrich mantenía un tono deliberadamente ligero. Pretendía ser gracioso, ingenioso. Como si cargara sobre sus hombros algo siniestro y confuso y sus bromas fueran un medio para desviar nuestra atención, o quizá la suya propia, de ese hecho. Frisaba los cuarenta y empezaba a echar tripa; robusto como un oso erguido sobre las patas traseras, debía de medir un metro noventa y dos y pesar cien kilos. Un defensa de fútbol con un rostro delicado, como esculpido con cincel, que se ruborizaba con facilidad y estaba picado de viruelas, a pesar de lo cual las mujeres lo encontraban atractivo, al rudo estilo de Bogart, y veían «sensibilidad» en sus ojos de miope. Vestía chaquetas, pantalones y chalecos que no hacían juego y pajaritas que se fruncían bajo su barbilla. Sus comentarios casuales sobre el Londres de la época de la guerra inducían a pensar que había estado destinado allí durante una temporada, y uno tenía una visión fugaz del hombre en uniforme, pero sólo era eso, una visión fugaz; nunca hablaba de sí mismo, ni siquiera después de clase.

—La poesía es el camino para salir de uno mismo —decía el profesor— y para regresar a uno mismo. Pero la poesía no es el yo.

Según el profesor Dietrich, nadie había escrito una poesía tan excelsa como la de los poetas renacentistas, ni siquiera Shakespeare (que era el tema de otro cursillo). Nos instruyó en las formas poéticas, en particular la de los sonetos: ingleses y petrarquistas, o italianos. Nos hablaba de la

«mutabilidad», «la futilidad de los deseos humanos», «el temor a envejecer y morir». Éste era un tema tan recurrente en el Renacimiento, que casi podía calificarse de «obsesión cultural o neurosis colectiva».

—Pero ¿por qué? —preguntó uno de los estudiantes de teología—. ¿Acaso no creían en Dios?

El profesor Dietrich rió, tiró de la cinturilla de sus pantalones y respondió:

—Bueno, quizá sí y quizá no. Hay una gran diferencia entre aquello en lo cual la gente dice creer y aquello en lo que cree de verdad, con las entrañas. La poesía es la lanceta que escarba en los tejidos necróticos hasta encontrar la verdad.

Alguien señaló que en aquellos tiempos la gente no vivía mucho; los hombres eran afortunados si superaban los cuarenta y muchas mujeres morían jóvenes al dar a luz, de modo que era lógico, ¿no?

—Debían de estar siempre preocupados por la muerte porque podía llegarles en cualquier momento.

Una de las maestras, una experimentada oradora, replicó:

—¡Tonterías! Sin duda la «mutabilidad» era únicamente un tema literario para esos poetas varones, igual que el «amor». Querían ser poetas y necesitaban *algo* sobre lo cual escribir.

Reímos. No estábamos de acuerdo. Empezamos a discutir con vehemencia, como acostumbrábamos a hacer, ya que estábamos ávidos de conversaciones intelectuales serias, o de cualquier cosa que pasara por una conversación intelectual. Nos interrumpíamos mutuamente.

—El amor en los poemas, en los versos, igual que en las canciones populares actuales y en las películas, es un tema, ¿no? Parece que no hubiera nada más importante, pero quizá sea sólo eso, un «tema». Puede que no sea «real» en absoluto.

—Pero fue «real» en algún momento, ¿no es cierto?

—¿Quién sabe? ¿Qué demonios significa «real»?

—¿Quieres decir que el *amor* no es real? ¿Que la *muerte* no es real?

—Bueno, todo es real en un momento u otro. De lo contrario, ni siquiera tendríamos palabras para describir estas cosas.

Durante estas batallas campales que el profesor Dietrich moderaba como un profesor de gimnasia, complacido por nuestro entusiasmo aunque quizá algo temeroso de que las cosas se salieran de madre, la rubia Gladys Pirig permanecía callada, mirándonos.

En las clases del profesor tomaba apuntes, pero en momentos como éste dejaba su pluma. Era obvio que escuchaba con interés. Estaba tensa, temblorosa, con la espalda tan erguida que *saltaba a la vista que se tomaba las cosas demasiado en serio, como si cada instante fuera un tranvía que pasaba traqueteando ante ella, un tranvía que debía tomar y tenía miedo de perder.*

Una oficinista de Westwood, aunque alguna profesora de su instituto debía de haberla animado a aspirar a algo mejor: tal vez hubiera escrito poemas que esa profesora había elogiado y por eso seguía escribiendo en secreto, temiendo que no fueran buenos. Sus labios pálidos se movían en silencio. Hasta sus piernas demostraban inquietud. A veces la veíamos restregarse una pantorrilla contra la otra, como si le dolieran los músculos, o flexionar los pies como si sufriera un calambre. (Claro que a nadie se le habría ocurrido pensar que asistía a clases de baile. Era imposible imaginar a Gladys Pirig haciendo una actividad física.)

El profesor Dietrich no era uno de esos maestros que disfrutaban provocando a los alumnos cohibidos o callados, pero sin duda se había fijado en la pulcra, acicalada y extremadamente tímida jovencita rubia sentada frente a él, como se fijaba en todos nosotros; una noche preguntó quién quería leer en voz alta «El altar», de George Herbert, y debió de ver una expresión ansiosa en la cara de la chica, porque en lugar de llamar a uno de los que teníamos la mano alzada, dijo con amabilidad:

—¿Gladys?

Hubo un silencio, una pausa durante la cual casi pudimos oír a Gladys respirando hondo.

Por fin, como una niña que acepta un peligroso desafío, sonriendo incluso, murmuró:

—Lo in-intentaré.

Precisamente ese poema. Un poema que podía calificarse de religioso, impreso de manera peculiar. Arriba, una gruesa columna horizontal; en medio, una columna vertical más delgada; abajo, otra columna horizontal. Se trataba de un poema «metafísico» (según nos habían informado), lo que significaba que era un hueso duro de roer, aunque siempre podías disfrutar de las hermosas palabras como si escucharas música. Era evidente que Gladys estaba nerviosa, pero se volvió a medias para mirarnos, levantó el libro, respiró hondo, empezó a leer y... En fin, fue una auténtica sorpresa: no sólo porque Gladys usó una voz grave y dramática que conseguía ser a un tiempo suave y potente, piadosa y endiabladamente sensual, sino también por el mero hecho de que estaba leyendo ante toda la clase, porque no se había negado a la petición del profesor ni había salido corriendo del aula. En el papel, «El altar» era un enigma, pero cuando la jovencita rubia lo leyó, de repente adquirió sentido.

Alza tu siervo, Señor, un altar roto,
hecho con el corazón y afianzado con lágrimas,
cuyas partes tienen la forma que tu mano les dio;
ninguna herramienta humana ha forjado nada semejante.

Un CORAZÓN solitario
es como una piedra
que nada sino
tu poder ha tallado.
Por lo que cada parte
de mi duro corazón
converge en esta figura
para alabar tu nombre.
Y si yo por fin callara
que estas piedras no cesen de honrarte.
Oh que tu bendito SACRIFICIO mío sea
Y santifica este ALTAR para que sea tuyo.

Cuando Gladys terminó de leer, todos aplaudimos. Todos. Incluso las maestras, que era previsible que sintieran envidia de esta interpretación. El profesor Dietrich miraba con la boca abierta a la joven a la que todos habíamos tomado por una secretaria, como si no pudiera creer lo que acababa de oír. Estaba reclinado contra el escritorio, en su habitual postura relajada, con los hombros caídos y la cabeza inclinada sobre el texto, pero cuando Gladys hubo terminado se unió a los aplausos y dijo:

—Señorita, sin duda es usted poeta, ¿no es verdad?

Colorada como un tomate, Gladys encorvó los hombros y murmuró algo inaudible.

El profesor Dietrich insistió, medio en broma pero con su característico tono amable y didáctico, como si este episodio lo hubiera desconcertado y estuviera buscando las palabras precisas:

—¿No es verdad, señorita Pirig? Usted debe de ser una poetisa excepcional —le preguntó por qué creía que el poema estaba impreso con una tipografía tan curiosa. Gladys respondió con otro murmullo inaudible y el profesor dijo—: Más alto, por favor, señorita Pirig.

Gladys carraspeó y dijo con un hilo de voz:

—¿Porque pretende dibujar la figura de un altar? —esta vez su voz sonó acelerada e inexpresiva.

Daba la impresión de que la joven estaba a punto de huir del aula como un animal asustado, de modo que el profesor se apresuró a decir:

—Gracias, Gladys. Está en lo cierto. ¿Lo ven ahora los demás? «El altar» es un altar.

¡Increíble! Una vez que reconocías la figura, era imposible dejar de verla. Igual que con las manchas de tinta de los tests de Rorschach.

«Un corazón solitario.» La voz de la chica recitando estas palabras. «Un corazón solitario es como una piedra.» Todos los que estábamos allí esa noche seguiríamos oyéndola durante el resto de nuestra vida.

Noviembre de 1951. ¡Dios, cuánto tiempo ha pasado! Mejor no pensar en que somos muy pocos los que seguimos vivos.

Naturalmente, después de aquel día nos fijamos en ella. Le hablábamos más a menudo, o al menos lo intentábamos. Gladys Pirig: una chica misteriosa y atractiva. Su atractivo era precisamente el misterio. Su pelo rubio ceniza, su voz dulce y grave. Algunos buscamos su número de teléfono en el listín de Los Ángeles sólo para descubrir que allí no figuraba ninguna «Gladys Pirig». El profesor se dirigió a ella en un par de ocasiones más, en las que la chica se puso visiblemente tensa y no respondió, pero ya era demasiado tarde. Ahora su cara nos resultaba familiar. No a todos, pero a unos cuantos. Por mucho que se vistiera con ropas de secretaria, que se recogiera el pelo con horquillas como Irene Dunne y que se encogiera como un conejillo asustado cuando alguien intentaba entablar conversación con ella. *Si uno hubiera tenido que describirla de alguna manera, habría dicho que tenía el aspecto de una mujer maltratada por los hombres.*

Un jueves, uno de los alumnos llegó a clase temprano con un ejemplar del *Hollywood Reporter*, nos lo enseñó a los demás y todos observamos con asombro algo que, sin embargo, no nos tomó del todo por sorpresa.

—Santo cielo. Marilyn Monroe.

—¿Es ella? ¿Esa niñata insignificante?

—No es una niñata ni es insignificante. Mirad.

Miramos.

Algunos queríamos mantener nuestro descubrimiento en secreto, pero teníamos que enseñárselo al profesor, necesitábamos ver la expresión de su cara, y él contempló largamente la fotografía del *Hollywood Reporter*, con gafas y sin ellas. Porque allí había una lasciva foto de página entera de esta despampanante actriz de Hollywood que todavía no era una estrella pero lo sería pronto, exhibiendo un cuerpo que parecía a punto de desbordar el escotado vestido de lentejuelas y una cara tan maquillada que parecía un cuadro: MARILYN MONROE, MISS RUBIA MODELO 1951. También publicaban fotogramas de *La jungla de asfalto* y de *Eva al desnudo*.

—Esta actriz, esta Marilyn Monroe, ¿es Gladys? —preguntó el profesor con voz ronca.

Respondimos que sí, que estábamos seguros. Una vez establecida la conexión, no quedaba duda alguna.

—Pero yo he visto *La jungla de asfalto*. Recuerdo bien a esa chica y no se parece en absoluto a nuestra Gladys.

—Pues yo acabo de ver *Eva al desnudo* —dijo uno de los seminaristas— y ella sale en la película. Tiene un papel pequeño, pero la recuerdo. Quiero decir que recuerdo a la rubia que aparentemente es Gladys.

Rió. Todos reímos, emocionados y eufóricos. Muchos de nosotros habíamos vivido momentos que podían definirse como sorprendentes durante la guerra, cuando uno creía estar seguro de ciertas cosas que, de súbito y para siempre, se manifestaban de una manera distinta, cuando la vida misma no parecía tener mayor peso o significado que una telaraña, y este momento parecía uno de ellos debido a su carácter asombroso, a su cariz de irreversible revelación, aunque en este caso las circunstancias eran dichosas, felices, como si todos hubiéramos ganado la lotería y deseáramos celebrarlo. El seminarista, que disfrutaba con nuestro interés, añadió:

—No es fácil olvidar a alguien como Marilyn Monroe.

El jueves siguiente, una docena de alumnos llegamos al aula temprano con ejemplares de *Screen World*, *Modern Screen*, *PhotoLife* («La Starlet Más Prometedora de 1951») y otro número del *Hollywood Reporter*, donde aparecía una foto de «Marilyn Monroe en un estreno de cine, escoltada por el joven y atractivo actor Johnny Sands». Teníamos incluso números atrasados de *Swank*, *Sir!* y *Peek*. En la edición de *Look* del otoño anterior, publicaban un artículo sobre ella: «Miss Sensación Rubia: MARILYN MONROE». Mientras intercambiábamos revistas, ilusionados como niños, entró Gladys Pirig, vestida con gabardina color caqui y sombrero: una joven de aspecto anodino, a quien nadie habría mirado dos veces. En cuanto nos vio con las revistas, debió de percatarse de lo que sucedía. ¡Los ojos nos delataban! Teníamos toda la intención de guardar el secreto, pero su entrada fue como arrojar una cerilla encendida en un campo seco. Uno de los muchachos más atrevidos le dijo a bocajarro:

—Eh, tú no te llamas Gladys Pirig, ¿no? Eres Marilyn Monroe.

Fue lo bastante grosero para ponerle en la cara la portada de *Swank* en la que ella aparecía con un camisón transparente y zapatos de tacón rojos, el pelo alborotado y los brillantes labios carmesí fruncidos en un beso.

«Gladys» lo miró como si acabara de abofetearla.

—No..., no —se apresuró a decir—. No soy yo.

Su rostro reflejaba pavor. No era una actriz de Hollywood, sino una jovencita asustada. De no ser porque le bloqueábamos el paso —sin premeditación, sencillamente porque estábamos en su camino—, habría huido del aula. Además, estaban entrando otras personas. Alumnos de otras clases, intrigados por los rumores. Hasta el profesor Dietrich llegó cinco minutos antes de hora. Entretanto, el atrevido decía:

—Marilyn, creo que eres estupenda. ¿Me das tu autógrafo? —no bromeaba. Le alargaba el libro de poesía renacentista para que se lo firmara.

Otro alumno, uno de los veteranos, observó:

—Yo sí que creo que eres estupenda. No permitas que estos idiotas te pongan nerviosa.

Un tercero decidió imitar a la Angela de *La jungla de asfalto*:

—«Tío Leon, he ordenado que te sirvan arenques para el desayuno. Sé que te gustan.»

La joven soltó una risita chillona.

—Bueno, supongo que me habéis pillado.

Entonces llegó el profesor Dietrich, aparentemente cohibido pero también emocionado, con la cara encendida. Esa noche llevaba una chaqueta azul marino decente, con todos los botones, pantalones planchados y una corbata flamante.

—Mm, Gladys... Señorita Pirig —farfulló con torpeza—. Me han dicho..., creo... que tenemos una actriz en ciernes entre nosotros. ¡Enhorabuena, señorita Monroe!

La chica sonreía, o lo intentaba, y atinó a decir:

—Gra-gracias, profesor Dietrich.

Él le contó que había visto *La jungla de asfalto*, que la película le había parecido «insólitamente profunda para Hollywood» y la interpretación de ella, «excelente». La joven se cohibió visiblemente al oír estas palabras de

boca del profesor. Al ver sus ojos brillantes y su gran sonrisa. «Gladys Pirig» no tenía intención de sentarse como de costumbre: era obvio que deseaba escapar de nosotros.

Como si la tierra temblara bajo sus pies. Como si hubiera tenido la vana ilusión de que no fuera así, aunque estábamos en el sur de California y ¿qué otra cosa podía esperar?

Retrocedía hacia la puerta mientras nosotros nos empujábamos mutuamente para acercarnos a ella, hablando en voz alta, disputándonos su atención entre todos, incluidas las maestras. Entonces el manual de poesía renacentista, un volumen grueso y pesado, resbaló de entre los dedos de la joven y cayó al suelo. Uno de los alumnos lo levantó y se lo tendió, pero sin soltarlo, como para impedir que ella se largara.

—De-dejadme en paz —dijo, casi suplicó, la chica—. No soy quien creéis.

¡La expresión de su cara! Una mezcla de dolor, súplica, miedo y resignación femenina que algunos volveríamos a ver en su preciosa cara, profundamente conmovidos, dos años después, en la escena culminante de *Niágara*, cuando la adúltera Rose está a punto de ser estrangulada por su desquiciado marido; entonces pensaríamos que habíamos sido los primeros en ver esa expresión en el rostro de Marilyn en un lluvioso jueves de noviembre de 1951, el día en que «Gladys Pirig» consiguió escabullirse del aula, abandonando su libro y dejándonos boquiabiertos mientras el profesor Dietrich gritaba:

—¡Señorita Monroe! ¡Por favor! No le crearemos más problemas. Se lo prometemos.

Pero no. Se había ido. Algunos la seguimos por las escaleras. Se alejó corriendo. Bajó por aquellas escaleras tan veloz como un niño, o un animal asustado, y no miró atrás.

—¡Marilyn! —gritamos—. ¡Vuelve, Marilyn!
Pero nunca volvió.

Rumpelstiltskin

¿Qué hechizo es éste? ¿Cuánto durará? ¿Quién me ha embrujado?

No era el Príncipe Encantado ni V, su amante secreto, quien le había pedido matrimonio, sino el enano Rumpelstiltskin.

Nadie le había dado un guión. No se atrevía a reírse. Protestó con una vocecilla suave y apagada:

—No lo diré en serio, señor Shinn.

Él respondió sonriendo, como un listillo de Hollywood diría en cierta ocasión, igual que sonreiría un cascanueces si pudiera sonreír:

—Por favor, cariño, ya me conoces bien. Soy Isaac; no el señor Shinn. Me conoces y conoces mi corazón. Si me llamas señor Shinn, me convertiré en polvo igual que Bela Lugosi en el papel del conde Drácula.

Norma Jeane se humedeció los labios y dijo:

—Is-aac.

—¿Eso es lo que te ha enseñado tu caro profesor de dicción? Prueba otra vez.

La joven rió. Quería ocultar los ojos de la mirada luminosa y penetrante del agente.

—Isaac. ¿Is-aac? —más que una respuesta, era una súplica.

En realidad, no era la primera vez que el temible Rumpelstiltskin pedía a la Bella Princesa que se casara con él, pero ella parecía olvidar este hecho entre una proposición y la siguiente. Como la bruma matinal, la amnesia oscurecía esos episodios. Pretendían ser románticos, pero una música

estridente interfería. ¡La Bella Princesa tenía tantas cosas en las que pensar! Una apretada agenda, repleta de anotaciones para cada hora del día, estaba consumiendo su vida.

La Pobre Doncella está disfrazada de Bella Princesa. La habían hechizado para que, al menos ante los ojos de los plebeyos como ella, apareciera luminosa y resplandeciente como la Bella Princesa.

Interpretar ese papel resultaba agotador, pero como le explicaba pacientemente el señor Shinn, por el momento no había ningún otro para ella («con tu aspecto, tu talento»). En cada década ha de haber una Bella Princesa idolatrada por encima de las otras, y además de una apariencia física extraordinaria, el papel exigía aptitudes, como le explicaba aún más pacientemente el señor Shinn. («No crees que la belleza es un talento, ¿verdad, cariño? Algún día, cuando hayas perdido ambas cosas, lo creerás.») Sin embargo, al mirarse al espejo, ella no veía a la Bella Princesa que maravillaba al mundo, sino a su antiguo yo, la Pobre Doncella. Los asustados ojos azules, los aprensivos labios entreabiertos. Con tanta claridad como si hubiera sucedido una semana antes, recordaba el momento en que la habían echado del escenario en el Instituto de Van Nuys. El sarcasmo en la voz del profesor de teatro, los murmullos y las risas que había oído mientras se alejaba. Esta humillación se le antojaba natural, una justa respuesta a su valía. No obstante, ¡se había convertido en la Bella Princesa!

¿Qué hechizo es éste? ¿Cuánto durará? ¿Quién me ha embrujado?

La estaban preparando para el «estrellato». Era un proceso de transformación artificial, algo parecido a lo que harían en un criadero de animales.

Naturalmente, Rumpelstiltskin se atribuía el mérito, porque sólo él tenía los poderes mágicos necesarios para transformarla. Poco a poco, Norma Jeane había llegado a creer que I. E. Shinn era, en efecto, el único responsable: el enano hechicero que decía amarla. (Hacía tiempo que Otto Öse había desaparecido de su vida y apenas pensaba en él. ¡Qué curioso que alguna vez hubiera podido confundir a Otto con el Príncipe Encantado! No era ningún príncipe. Era un fotógrafo, un chulo. Había contemplado el

cuerpo desnudo y lleno de deseo de la joven sin un ápice de ternura. La había traicionado. Norma Jeane Baker no era nada para él, por más que la sacara de una montaña de basura y le salvara la vida. En marzo de 1951, tras recibir una citación para comparecer ante el Comité de Actividades Antiamericanas, había desaparecido de Hollywood.) En esa misma época, Shinn llamó a Norma Jeane a su despacho de Sunset Boulevard y desplegó sobre el escritorio las galeradas de una revista con fotografías de Marilyn Monroe en poses que ella había olvidado por completo.

—Pequeña, mira lo que ha hecho el fantasmón de tu amigo fotógrafo. Bonito, ¿eh? Seguro que a los ejecutivos de La Productora les encantaría verlo.

A menudo le telefoneaba a última hora de la noche para jactarse de que había conseguido colar alguna noticia falsa en una columna de cotilleo, y los dos reían a carcajadas, como si hubieran ganado la lotería con un billete encontrado en la calle.

No mereces ganar con ese billete.

Pero ¿quién lo merece?

La proposición de matrimonio de esta noche tenía una sorprendente novedad: Isaac Shinn redactaría un convenio prenupcial legando toda su fortuna a Norma Jeane Baker, alias Marilyn Monroe, desheredando a sus hijos y otros herederos. I. E. Shinn tenía millones ¡y serían todos para ella! Le presentó estos hechos con ademanes teatrales, igual que un mago habría anunciado una visión fantasmagórica a un público crédulo. Sin embargo, Norma Jeane sólo atinó a encogerse en su asiento y decir, profundamente turbada:

—Oh, gracias, señor Shinn..., mejor dicho, Isaac. Pero no puedo aceptar. No pu-puedo.

—¿Por qué no?

—Bueno, no me gustaría, no quisiera..., en fin, perjudicar a su familia. A su familia de verdad.

—¿Por qué no?

Ante semejante agresión, Norma Jeane rió. Pero enseguida se ruborizó.

—Yo lo qui-quiero —dijo por fin—. Pero no estoy enamorada de usted.

Ya estaba. Lo había dicho. En una película, lo habría expresado con tristeza pero también con elocuencia. En el despacho del señor Shinn, se lo había soltado apresuradamente y con vergüenza.

—Qué coño. Yo puedo poner suficiente amor por los dos, cariño. Ponme a prueba —su tono era jocosos, pero los dos sabían que hablaba muy en serio.

Con involuntaria crueldad, Norma Jeane replicó:

—Pero... eso no bastaría, señor Shinn.

—¡Ahora sí que me has dado! —haciéndose el payaso, Shinn se llevó las manos al corazón como si sufriera un infarto.

Norma Jeane se estremeció. ¡Aquello no tenía ninguna gracia! Pero así era la gente de Hollywood, siempre expresando sus verdaderas emociones como si se tratara de una actuación. ¿O es que sólo eran capaces de expresar sus verdaderas emociones cuando actuaban? Todo el mundo sabía que el señor Shinn sufría del corazón.

*No puedo casarme con usted con el único fin de mantenerlo vivo, ¿no?
¿Debería hacerlo?*

La Bella Princesa no era más que la Pobre Doncella. Bastaría una palmada de Rumpelstiltskin para hacerla desaparecer.

Durante esta conversación, ni la joven ni el agente mencionaron a V, el amante secreto de Norma Jeane, con quien ella deseaba casarse pronto. ¡Sí, muy pronto!

Norma Jeane no amaba a V con la vehemencia y la desesperación con que había amado a Cass Chaplin, pero quizá fuera mejor así. Sus sentimientos hacia V eran más sanos.

Se casarían en cuanto V obtuviera el divorcio. En cuanto su perversa ex mujer se resignara a no seguir chupándole la sangre.

Norma Jeane no estaba segura de cuánto sabía Shinn sobre su relación con V. Además de su agente, era su amigo y ella le hacía confidencias, pero sólo hasta cierto punto. (Por ejemplo, nunca le contaría que tras descubrir la traición de Cass, se había tomado un frasco casi entero de barbitúricos, aunque enseguida los había vomitado en forma de una viscosa pasta mezclada con bilis.) La joven tenía el inquietante palpito de que Shinn

disponía de más información sobre ella y V que ella misma, pues el agente acostumbraba a contratar espías para vigilar a sus clientes favoritos. Sin embargo, no hablaba de V con el tono desdeñoso y grosero con que solía referirse a Charlie Chaplin Jr., porque V le caía bien, lo admiraba y lo consideraba «un decente ciudadano de Hollywood, un tipo que ha obtenido el respeto que se merece». V había sido un actor de éxito en la década de los cuarenta y seguía siendo conocido en los cincuenta, al menos en ciertos círculos. No era Tyron Power, ni Robert Taylor, ni Clark Gable, ni John Garfield, pero era un actor responsable y con talento, una cara toscamente apuesta, juvenil y pecosa conocida por millones de espectadores estadounidenses.

Lo quiero. Estoy decidida a casarme con él.

Dice que me adora.

Shinn dejó caer su puño regordete sobre el escritorio.

—Estás en Babia, Norma Jeane. Sigo aquí.

—Lo la-lamento.

—Entiendo que no me quieras de esa manera, cariño. Pero hay otras formas —ahora Shinn hablaba con delicadeza, escogiendo las palabras—. Siempre que me respetes, y creo que ya lo haces...

—¡Oh, desde luego, señor Shinn!

—Y que confíes en mí...

—¡Por supuesto!

—Entonces tenemos una base fuerte, inquebrantable, para el matrimonio. Además del convenio prenupcial.

Norma Jeane titubeó. Parecía una oveja aturdida, conducida diestramente hacia el redil. Sólo empezó a resistirse al llegar a la entrada.

—Pero yo..., yo me casaré por amor; nunca por dinero.

—¡Norma Jeane! —exclamó el agente con brusquedad—. ¡Maldita sea! ¿No me has oído? ¿Acaso Huston no te enseñó a escuchar a tus compañeros de escena? ¿A *concentrarte*? La expresión de tu cara y tu postura indican que sólo estás «sugiriendo» una emoción, que no la *sientes*. En consecuencia, ¿cómo puedes saber cuáles son tus verdaderos sentimientos?

¡Qué pregunta! Shinn esgrimía esa clase de tácticas con sus clientes. Adoptaba el papel de un director que analiza las escenas y ofrece motivaciones. Era imposible discutir con él. Sus ojos eran brasas encendidas. Norma Jeane experimentó una sensación de vértigo, como si fuera a desmayarse.

Será mejor que ceda. Que diga que sí. Lo que él quiera. Él posee la sabiduría mágica. Es tu verdadero padre.

La joven había estado haciendo pesquisas sobre la vida privada de I. E. Shinn, de modo que sabía que había estado casado dos veces; la primera, durante dieciséis años. Poco después de separarse, se había casado con una joven intérprete contratada por RKO, de la que se había divorciado en 1944. Tenía cincuenta y un años. Tenía dos hijos adultos de su primer matrimonio. Norma Jeane se había alegrado al descubrir que su agente era un buen padre y mantenía una relación amistosa con la madre de sus hijos.

Yo únicamente podría casarme con un amante de los niños. Un hombre que desee hijos.

Shinn la miraba con un gesto extraño. ¿Habría hablado en voz alta? ¿O hecho alguna mueca?

—No eres religiosa, querida, ¿verdad? —preguntó Shinn—. Yo no, por supuesto. Soy judío, pero...

—¡Vaya! ¿Es judío?

—Desde luego —Shinn rió al ver la expresión de la chica. Era la encarnación de Angela—. ¿Creías que era irlandés? ¿Hindú? ¿Un patriarca mormón?

Norma Jeane rió, cohibida.

—Ay, bueno, sabía que era ju-judío, pero por alguna razón... —hizo una pausa y cabeceó. Era una maravillosa interpretación de la rubia tonta. Y tan adorable—. Hasta que usted no lo dijo... Judío.

Shinn también rió.

—Isaac es un nombre judío, cariño. Tomado de la Biblia hebrea.

Shinn la tenía cogida de las manos. Movida por un impulso, Norma Jeane se llevó esas manos a la boca y las cubrió de besos. En un trance de abnegación, murmuró:

—Yo también soy judía de corazón. ¡Mi madre admiraba tanto al pueblo semita! Decía que eran una raza superior. Y creo que también tengo sangre judía. ¿Nunca le he dicho que mi bisabuela era Mary Baker Eddy? ¿Ha oído hablar de ella? ¡Es famosa! Su madre era judía. No practicaban la religión porque tuvieron una visión de Jesús, el Sanador. Pero soy descendiente de judíos, señor Shinn. *Por nuestras venas corre la misma sangre.*

Estas palabras de la joven Princesa fueron tan sorprendentes que a Rumpelstiltskin no se le ocurrió ninguna respuesta.

La transacción

No fui yo. Todas esas veces. Fue mi destino. Como un cometa que se aproxima a la Tierra, como la fuerza de gravedad. Es imposible resistirse. Por mucho que lo intentes, no lo consigues.

Finalmente, W mandó llamar a Norma Jeane. Ahora que ella era Marilyn. Después de tantos años.

Ella conocía la razón: en La Productora contemplaban la posibilidad de contratarla para una película titulada *Niebla en el alma*. Se había presentado a la audición, y según decían, había estado «brillante». Ahora esperaba. I. E. Shinn también esperaba. La había citado W, el protagonista masculino.

¿Por qué había estado pensando obsesivamente en Debra Mae durante las últimas cuarenta y ocho horas? No tenía sentido. La muerte no existe, y sin embargo los muertos siguen muertos. Pensar en ellos era perjudicial. *Seguro que no desean nuestra compasión*, se dijo Norma Jeane.

Se preguntó si W habría citado alguna vez a Debra Mae. O N, D o B. Z, le constaba, había mandado llamar alguna vez a la chica muerta. Pero Z también la había llamado a ella, *que no estaba muerta*.

—Hola, Marilyn.

La miraba con expresión sincera. Con su sonrisa torcida. Siempre es sorprendente ver a las estrellas de cine en persona. Ahí estaba W, con su sonrisa de tenorio, una sonrisa perversamente sensual. Imaginabas sus punzantes dientes caninos. Adivinabas su aliento jadeante y ardiente, capaz

de quemar. De hecho, era un hombre apuesto con una cara delgada como un hacha y unos ojos provocativamente entornados. *Detesta a las mujeres. Pero puedes conseguir que te ame a TI.* Ella era tan bonita y tierna: un bombón. Un pastelillo de crema. Algo que merecía chuparse vigorosamente con la lengua en lugar de masticarlo y tragarlo. ¿Tendría piedad de ella? ¿Querría ella su piedad? Tal vez no. Sin perder un segundo, W rodeó con los dedos el tembloroso antebrazo desnudo de la joven. La piel de ella era del color de la nata, mucho más pálida que la de él. Los dedos de W eran fuertes y tenían manchas de nicotina. Norma Jeane se estremeció. Sintió una punzada en la boca del estómago. Una súbita humedad en cierta parte de su cuerpo. Los hombres eran los adversarios, pero una debía conseguir que el adversario la deseara. Y estaba ante un hombre que no era tierno como V, su amante secreto. Estaba ante un hombre que no era su alma gemela, como Cass Chaplin.

—Hace mucho que no nos vemos, ¿eh? Excepto en los periódicos.

En sus películas, W casi siempre era el asesino. Un asesino admirable, porque disfrutaba matando. Un muchacho demasiado alto y desgarbado con ojos pícaros y una sonrisa torcida y sensual. Con una risa bobalicona y estridente. En su debut cinematográfico, W había empujado por las escaleras a una anciana inválida. Ríe mientras la silla de ruedas cae por la escalera, se estrella y la mujer grita ante el objetivo de la cámara que enfoca la escena en una parodia de horror. *Joder, sabes que siempre quisiste empujar a una vieja tullida por las escaleras; ¿cuántas veces deseaste empujar a la puta de tu madre por las escaleras para que se rompiera el cuello?*

Estaban en la planta baja de un edificio de apartamentos en La Brea, cerca de Slauson. No era una zona de Los Ángeles que Norma Jeane conociera bien. Más tarde, dolorida y avergonzada, no la recordaría con claridad. Como no recordaría muchos apartamentos, bungalows, suites de hotel, «cabañas» y casas de fin de semana en Malibú durante los primeros años de lo que suponía sería su carrera o, en cualquier caso, su vida. Los hombres dominaban Hollywood y era preciso aplacarlos. No era una verdad profunda. Era una verdad banal y en consecuencia, fiable. Igual que *no*

existe el mal, no existe el pecado, no existe la muerte. Ni el dolor. El apartamento, con las ventanas oscurecidas por espigadas palmeras, estaba austeramente amueblado, como un sueño en el que los contornos están vacíos. Un piso prestado. Un piso compartido. No había alfombras sobre el arañado suelo de madera. Unas pocas sillas desperdigadas, un teléfono solitario sobre el alféizar de la ventana, cubierto de cadáveres de insectos. Una página arrancada de *Variety* con un titular que contenía las palabras «esqueleto tuerto», a menos que fuera «esqueleto muerto». En la sombría habitación del fondo, una cama. Un colchón de aspecto flamante que alguien había cubierto con una sola sábana, en apariencia con prisas, aunque quizá fuera distraídamente, en un estado de ensoñación. Qué alivio supone para el frenético discurrir de la mente encontrar significados y motivaciones. La joven empezaba a entender que el mundo es un gigantesco poema metafísico cuya invisible forma interior es idéntica a su forma visible y tiene exactamente el mismo tamaño. Con sus tacones de aguja y su vestido floreado, como una foto de portada de *Family Circle*, Norma Jeane pensaba que quizá la sábana estuviera limpia o acaso no (una mujer de veintiséis años, casada a los dieciséis, era forzosamente realista). En el pequeño y apestoso lavabo habría toallas, quizá limpias o acaso no. Sabía lo que vería en la papelera de mimbre, enrollado y endurecido como un fósil de caracol, así que ¿para qué mirar?

Ahora rió y se volvió con encantadora torpeza.

—Oh. ¿Qué...? —para que W pudiera sujetarla, reconfortarla con un protector ademán masculino.

—No es nada, pequeña. Sólo..., ya sabes, bichos.

Con el rabillo del ojo, Norma Jeane vio la vertiginosa fuga de unas cuantas cucarachas brillantes como trozos de plástico negro. No eran más que cucarachas (y ella tenía muchas en casa), pero su corazón se aceleró, alarmado.

W chasqueó los dedos en la cara de la joven.

—¿Estás soñando despierta, guapa?

Norma Jeane se sobresaltó y rió. Su primer reflejo era siempre sonreír o reír. Al menos lo hizo con su nueva voz, grave y seductora, en lugar de

soltar los ridículos chillidos de antes.

—No, no, no... —farfulló, improvisando como en una clase de interpretación—. Sólo pensaba que aquí no hay serpientes de cascabel. Hay que dar gracias por ello, porque no hay ninguna serpiente de cascabel en esta habitación, ¿no? Ni esperando en la cama, ¿verdad?

Más que una afirmación, era una pregunta llena de ansiedad. En presencia de hombres como W, una sólo hacía afirmaciones en forma de preguntas. Era una demostración de buenos modales, de tacto femenino. W la recompensó con una sonora carcajada.

—Eres la monda, Marilyn o... Norma. ¿Qué nombre prefieres?

Entre ellos se respiraba una fuerte tensión sexual. Los provocativos ojos de W recorrieron la figura de la chica: los pechos, el vientre, las piernas, los delgados tobillos desnudos sobre las altas sandalias de tacón. Se clavaron en su boca. Era evidente que W sabía apreciar su sentido del humor. A menudo, el extraño sentido del humor de Norma Jeane sorprendía a los hombres, que no esperaban nada semejante de Marilyn, una rubia dulce y bobalicona con la inteligencia de una niña de once años precoz. Porque era un sentido del humor parecido al de ellos. Mordaz e imprevisible, como encontrar cristales al morder un pastelillo de nata.

W le contó con entusiasmo una anécdota sobre una serpiente de cascabel. En la temporada en la que aparecían estas serpientes, todo el mundo tenía alguna historia que contar al respecto. Los hombres competían entre sí, pero era indispensable contar con oyentes femeninas. Norma Jeane no pensaba ya en Debra Mae; ahora le atormentaba la visión de una serpiente de cascabel introduciendo su hermosa cabeza con forma de porra, su oscilante lengua y sus ponzoñosas mandíbulas en eso que se llama vagina, su vagina, que no era más que un corte vacío, una nada, igual que el útero es un globo vacío que debe llenarse para cumplir su destino. Hizo un esfuerzo para escuchar a W, que trabajaría con ella si la contrataban. Si la contrataban. Procuró imprimir a su preciosa cara de muñeca una expresión que convenciera a aquel idiota de que no había vuelto a distraerse y le prestaba atención.

Quiero interpretar a Nell. Soy Nell. No podrás separarme de ella. Te robaré la película ante tus propias narices.

W le preguntaba si recordaba cómo se habían conocido en Schwab's. Claro que lo recordaba, respondió Norma Jeane con dulzura. ¿Cómo olvidarlo?

—Pe-pero ¿esa mañana iba acompañada por mi amiga Debra Mae? ¿O alguna otra mañana?

Las palabras surgieron inesperadamente de su boca. Ya no podía retirarlas.

W se encogió de hombros.

—¿Quién? No —estaba tan cerca, que ella podía olerlo. Un inconfundible olor a sudor y a tabaco—. Así que crees que podemos trabajar juntos, ¿eh?

—Pues sí, cre-creo que podríamos. Claro.

—Te vi en *La jungla de asfalto* y en... ¿cómo se llamaba la otra? Ah, sí, *Eva*. Me quedé impresionado.

Norma Jeane sonreía con tanto esfuerzo que empezó a temblarle la mandíbula.

Se miraron largamente. No había música de película; sólo el rumor del tráfico y del correteo de las cucarachas. ¿O lo estaba imaginando?... Pero ella lo sabía. Una siempre lo sabe. Esa mirada decía con elocuencia *quiero follarte. No serás una calientabraquetas, ¿no?* W sería el único actor famoso en la película, así que tenía derecho a elegir a su coprotagonista. D, el productor, informaría a Norma Jeane de la decisión de W. Si éste daba su visto bueno, la siguiente entrevista sería con D. ¿O no? Naturalmente, también estaba el director, N, pero puesto que éste trabajaba a las órdenes de D, su opinión no sería decisiva. Asimismo, había que contar con B, un ejecutivo del estudio. Lo que se decía de B hacía que una no quisiera saber nada más de él. *No existe el mal, no existe el pecado, no existe la muerte. No existe la fealdad, a menos que permitamos que nuestros ignorantes ojos nos traicionen.*

¿Y si el señor Shinn estaba al tanto de esta cita con W? (¿Era posible que se hubiera enterado?) Norma Jeane se avergonzaba de sí misma porque

había rechazado su proposición de matrimonio después de haber fingido aceptarla en un principio. ¡Estaba loca! A partir de aquel día horrible, Isaac Shinn adoptó una actitud brusca y expeditiva y se comunicaba con ella principalmente por teléfono o a través de su secretaria. Ya no la llevaba a cenar a Chasen's ni al Brown Derby. No había vuelto a inventar malos y encantadores pretextos para «dejarse caer» por el apartamento de la chica. Dios, Shinn había llorado como ella jamás había visto llorar a un hombre adulto. Le había roto el corazón. No puedes romperle el corazón a un hombre más que una vez. Ella no se proponía engañarlo; sencillamente, se había trastornado al oírle decir que era judío. La angustia la había embargado al ver a I. E. Shinn deshecho en lágrimas. *Esto es lo que hace el amor. Incluso a un hombre. Incluso a un judío.*

A pesar de todo, el agente le había enviado el guión de *Niebla en el alma*. Todavía quería que Marilyn Monroe fuera su cliente. Le dijo que lo mejor de la película era el título. El guión era pretencioso y melodramático, con horrorosos toques «cómicos», pero si ella conseguía el papel de Nell, sería su primer trabajo como protagonista. Compartiría cartel con Richard Widmark. ¡Widmark! Era un papel serio y dramático, en lugar de la habitual bazofia de rubia tonta.

—Encarnarías a una niñera psicótica —explicó Shinn.

—¿Una qué? —preguntó Norma Jeane.

—Una niñera esquizofrénica que se propone arrojar a una niña por la ventana —respondió Shinn riendo—. La ata y la amordaza. Es un trabajo arriesgado. No tendrás grandes escenas de amor con Widmark, que hace de pelele, pero lo besarás una vez. Hay tensión sexual y Widmark lo hará bien. La tal Nell, la niñera, trata de seducirlo porque lo confunde con un antiguo novio suyo, un piloto que de hecho murió durante la guerra en el Pacífico. Vamos, un dramón lacrimógeno. Es asquerosamente cursi, pero nadie se dará cuenta. Al final, Nell amenaza con cortarse el cuello con una navaja de afeitar. Los polis la encierran en un manicomio. Widmark se queda con otra mujer. Pero tendrás más escenas que nadie en la película y una oportunidad para *actuar* de verdad, por fin.

Shinn trataba de imprimir entusiasmo a su voz, que sin embargo no sonaba sincera a través del teléfono. Era una voz sensata, sobria. La voz ronca y áspera de un hombre maduro. Una voz abotonada hasta el cuello en una chaqueta de punto. Una voz bifocal. ¿Qué había pasado con el feroz Rumpelstiltskin? ¿Acaso su magia había sido fruto de la imaginación de Norma Jeane? ¿Y qué le ocurriría a la Bella Princesa, su creación, si Rumpelstiltskin estaba perdiendo sus poderes?

Él me conocía: yo era la Pobre Doncella. Todos me conocían.

Diciendo con tono afable: «Eres libre para marcharte en cualquier momento».

—Cariño. Hemos conseguido el papel.

Habían pasado tres días y un radiante I. E. Shinn hablaba con ella por teléfono.

Norma Jeane apretó con fuerza el auricular. No se encontraba bien. Había estado leyendo unos libros que le había dejado Cass: *El manual del actor y la vida del actor*, repleto de anotaciones, y *Diario*, de Nijinsky. Cuando quiso hablar con Shinn, le falló la voz.

—¿Estás despierta, nena? —preguntó Shinn, molesto—. Acabo de decirte que te han dado el papel de protagonista. El de la niñera. Widmark ha pedido que lo hagas tú. ¡Lo hemos conseguido!

Uno de los libros cayó al suelo. El lápiz, con la punta perfectamente afilada, rodó por la alfombra.

Norma Jeane trató de aclararse la garganta. De soltar lo que fuera que tuviera atascado en ella.

—Es una buena noticia —murmuró con voz ronca.

—¿Una buena noticia? ¡Es estupenda! —replicó Shinn con tono acusador—. ¿Hay alguien contigo? No pareces muy contenta, Norma Jeane.

No había nadie con ella en el apartamento. V llevaba varios días sin llamarla.

—Lo estoy. Estoy contenta —empezó a toser.

Shinn siguió hablando con entusiasmo mientras ella tosía. Parecía haber olvidado su desengaño amoroso. Su humillación. Nadie hubiera dicho que era un hombre de cincuenta y dos años y que moriría pronto. Norma Jeane

consiguió aclararse la garganta y escupió un esputo verdoso en un pañuelo de papel. Una sustancia similar le nublabla la vista. Durante días, había bloqueado sus senos frontales, ascendido y penetrado en los resquicios de su cerebro y formado una pasta dura entre sus dientes.

—No pareces contenta, Norma Jeane —protestó el agente—. Me gustaría saber por qué coño no te alegras. Me he roto el culo para dejarte bien ante D en La Productora y lo único que me dices es «ajá, estoy contenta» —imitó una voz que Norma Jeane supuso sería la suya, una vocecilla nasal de niña quejica. Hizo una pausa, respirando ruidosamente.

Norma Jeane podía verlo al otro lado de la línea telefónica: los ojos brillantes como piedras preciosas, la prominente nariz con sus peludas ventanas abriéndose y cerrándose, la enfurruñada boca blanda como un puré. Esa boca que había sido incapaz de besar. Cuando él se había acercado con esa intención, ella había dado un respingo y retrocedido gritando: *Lo lamento. No puedo. No puedo amarlo. Perdóneme.*

—Mira, Nell será dinamita. Vale, el personaje no es muy sesudo y el final es horroroso, pero será tu primer trabajo como protagonista. Es una película seria. Por fin Marilyn empezará a brillar. ¿No me crees? ¿Acaso dudas de la palabra de tu único amigo?

—¡Oh, no! No —Norma Jeane volvió a escupir en el pañuelo y lo hizo un bollo rápidamente, sin mirarlo—. Yo jamás dudaría de usted, señor Shinn.

Nell, 1952

Transformación: a esto aspira, consciente o inconscientemente, la naturaleza del actor.

MICHAEL CHEKHOV,
To the Actor

1

Yo la conocía. No era su amante sino su padre quien la había abandonado. Le dijeron que había desaparecido en la guerra. Mintieron: sólo había desaparecido de la vida de ella.

2

Frank Widdoes.

¡El detective de Homicidios de Culver City!

En el primer ensayo de *Niebla en el alma*, descubrió quién era en realidad «Jed Towers». No era el famoso actor (por quien no sentía nada, ni siquiera desprecio), sino su amante perdido, Frank Widdoes, a quien no veía desde hacía once años. En los ojos de Jed Towers, ella vio la mirada cruel, culpable y anhelante del detective. W era el hombre menos indicado para

interpretar a un tipo duro pero con buen corazón. Era un papel digno de V, no de W, con su sonrisa torcida y sus provocadores ojos. De hecho, W era un matón, un asesino. Un depredador sexual. Sin embargo, Nell se derretía en cuanto él la tocaba. Se «derretía»: un término cursi, pero inevitable en este caso. La loca y refulgente seguridad en los ojos del actor. (En el papel de Nell, Norma Jeane insistió en usar un sostén que le ceñía y le subía el busto. Sus pechos parecían a punto de estallar bajo la tela de su vestido formal. Muy pronto Marilyn se distinguiría por su hábito de no llevar sostén, pero el papel de Nell lo exigía. «Los tirantes del sujetador se notarán a través de la ropa cuando me enfoquen de espaldas. Ella hace todo lo posible por mantenerse cuerda. Lo intenta desesperadamente.»)

Te quiero, haría cualquier cosa por ti. Yo no existo; sólo existes tú.

Besaría a Jed Towers. Con pasión, con avidez. Se movería entre los brazos del hombre con una vehemencia que sorprendería a Richard Widmark. Y lo asustaría un poco. ¿Estaba actuando? ¿Marilyn Monroe interpretaba a Nell o estaba loca de deseo por él? Aunque ¿qué es la «interpretación» a fin de cuentas? Norma Jeane nunca había besado a Frank Widdoes. Al menos no como él pretendía que lo besara. Ella lo sabía y se había negado a hacerlo. Le tenía miedo. Un hombre adulto tiene el poder de penetrar en tu alma. Sus otros novios eran unos críos. Los críos no tienen poder. Tal vez tengan la capacidad de herir, pero no la de colarse en tu alma.

—Eh, Norma Jeane, ven.

Ella no había tenido más remedio que subir a su coche, con su larga y rizada melena castaña cayéndole sobre la cara. ¿Qué podía saber Widmark de Widdoes? ¡Nada! No tenía ni idea. La había obligado a arrodillarse ante él, pero ella no lo amaba. No amaba su porte altivo, su arrogancia sexual, el pene del que tan orgulloso estaba; nada de eso era real para ella. Lo único real para ella era Frank Widdoes acariciándole el pelo. Murmurando su nombre. Un nombre que sonaba mágico en boca de él. «Norma Jeane» no era un nombre mágico por sí mismo, pero en la voz ronca y anhelante de Frank Widdoes se convertía en mágico y entonces ella sabía que era hermosa y deseable. *Ser deseable es ser hermosa.* Porque él la había escondido, pronunciado su nombre, ella había subido al coche de Frank. Un

coche de la policía sin señas que lo identificaran. Era un agente de la ley. Del gobierno. Si el gobierno se lo ordenaba, podía matar. Le había visto pegar a un muchacho con el revólver, haciéndole caer de rodillas y luego de bruceos sobre el suelo salpicado de sangre. Llevaba una pistola en la funda que colgaba de su hombro izquierdo, y una tarde lluviosa y con niebla, junto al terraplén del ferrocarril donde habían hallado un cadáver, él le cogió la mano, su pequeña y tersa mano, y cerró los dedos de ella alrededor de la culata de la pistola, que estaba caliente debido al contacto con su cuerpo. ¡Ah, cuánto lo amaba! ¿Por qué no lo había besado? ¿Por qué no había permitido que la desnudara, que la besara como él quería, que le hiciera el amor con la boca, las manos, el cuerpo? Él llevaba un «chubasquero», en un envoltorio de aluminio, en la cartera.

—No te haré daño, Norma Jeane. Te lo prometo.

En cambio, ella dejaba que le cepillara el pelo.

Porque él era su verdadero padre. Podía hacer daño a otros con el fin de protegerla, pero nunca a ella.

Había perdido a Frank Widdoes. Él había desaparecido de su vida junto con los Pirig, el señor Haring, su larga melena rizada de color rubio oscuro y sus incisivos ligeramente inclinados. Sin embargo, allí estaba Jed Towers, un personaje de película, mirándola fijamente. El actor se llamaba Richard Widmark.

No veía a Widmark, que a la sazón no significaba más para mí que el retrato de un actor famoso, sino a Frank Widdoes, que había penetrado en mi alma. ¡Qué pasión la de Nell! ¡Su piel ardiente, su cuerpo preparado para el amor! Se comporta de manera temeraria, haciendo señales a este desconocido con una persiana veneciana. Trabaja como niñera en un gran hotel. Ha entrado en un mundo de fantasía. Toma prestados ropa elegante, perfume, joyas y maquillaje, todo lo cual transforma a la insignificante Nell en una seductora belleza rubia dispuesta a conquistar a Jed Towers con su joven e insaciable cuerpo. Todo acto requiere una justificación. Es preciso buscar un motivo para todo lo que se hace sobre un escenario. Nell acaba de salir de un hospital psiquiátrico. Ha intentado suicidarse. Sus muñecas están surcadas por cicatrices. Está asustada, como se asustaba Gladys ante

la perspectiva de abandonar Norwalk. Las manos de Gladys, fuertes como garras. Su delgado cuerpo se ponía rígido cuando Norma Jeane suplicaba *Deberías venir a mi casa un fin de semana, ¿sí? Quizá el día de Acción de Gracias. ¡Oh, madre!*

El desconocido golpea a la puerta de Nell. Sus provocativos ojos la recorren; la mira con inconfundible deseo. Ha traído una botella de whisky y es obvio que él también está nervioso. Los párpados de Nell tiemblan como si él le hubiera acariciado el vientre; su voz infantil se hace más grave: «¿Te gusto?». Poco después se besan. Cuando lo hacen, Nell se mueve como una serpiente hambrienta y vigorosa. Jed Towers se queda estupefacto.

Widmark se quedó estupefacto. Nunca sabría quién era Marilyn y quién era Nell. No era su estilo de interpretación. Él era un actor experimentado y con técnica. Seguía las indicaciones del director. A menudo, su mente volaba. Para un hombre, hay algo humillante en el trabajo de actor. Todo actor es una especie de mujer. El maquillaje, el vestuario. La importancia del aspecto, el atractivo. ¿A quién demonios le importa la apariencia de un hombre? ¿Qué clase de hombre usa maquillaje, carmín, colorete? Pero había previsto llevarse toda la fama en la película. Un melodrama vulgar que parecía una obra de teatro, pues sobraba texto, era estático y casi toda la acción se desarrollaba en un único escenario. Richard Widmark era el único actor de renombre del reparto y estaba convencido de que se comería todas las escenas. Se pavonearía durante todo el rodaje de *Niebla en el alma* mientras las dos jóvenes guapas, que no se conocían entre sí, se disputaban su amor. (La otra era Anne Bancroft y era su debut en Hollywood.) Pero cada puñetera escena con Nell era una batalla. Habría jurado que la chica no actuaba. Estaba tan metida en su papel que era imposible comunicarse con ella; como hablar con una sonámbula. Claro que Nell, la niñera, era una especie de sonámbula: así la describía el guión. Al ver a Jed Towers no lo ve a él, sino a su novio muerto; está atrapada en un espejismo. El guión no explicaba el significado psicológico del problema que planteaba como melodrama: ¿dónde termina la ensoñación y dónde empieza la locura? ¿Acaso todo «amor» se basa en un engaño?

Más adelante, Widmark contaría que la astuta zorra de Marilyn Monroe le había robado todas las escenas que habían hecho juntos. ¡Todas! Aunque en el momento no se notaba, quedaba claro al final de la jornada, cuando veían los fragmentos filmados ese día. Pero ni siquiera entonces les pareció tan evidente como cuando vieron la película terminada. De hecho, Marilyn Monroe había conseguido robar todas las escenas en las que intervenía. Cuando Nell no estaba ante la cámara, la película se descalabraba. Widmark detestaba a Jed Towers porque no hacía más que hablar. No mataba, ni golpeaba, ni vapuleaba a nadie; las jugosas escenas de acción eran para la rubia niñera loca, que ataba y amordazaba a una niña malcriada y estaba a punto de arrojarla por la ventana. (En el preestreno, aunque el público estaba compuesto en su mayor parte por veteranos de Hollywood, todo el mundo lanzaba exclamaciones ahogadas y suplicaba «¡No! ¡No!».) Lo más increíble era que en el plató Marilyn parecía muerta de miedo. Guardaba un as en el culo.

—Qué imbécil. A pesar de su bonita cara y su figura escultural, uno quería huir de ella como si tuviera la peste. En aquellas escenas de «amor», era como si me chupara la sangre y, francamente, no me sobra sangre. O bien es incapaz de actuar, o está actuando todo el tiempo. *Su vida entera es una representación; actúa como respira.*

Lo que más cabreaba a Widmark era que Nell pretendía repetir mil veces cada maldita escena.

—Por favor. Sé que puedo hacerlo mejor —decía con su vocecilla de niña porfiada.

Así que volvíamos a empezar, aunque el director estuviera conforme con la toma anterior. Puede que la interpretación mejorara con cada nueva toma, pero ¿qué más daba? ¿Acaso ese vulgar melodrama merecía tanto esfuerzo?

Puede que ella estuviera luchando por su vida; pero él no.

Qué curioso. Una mañana cayó en la cuenta. Todos conocían a Marilyn Monroe, pero no a Norma Jeane.

4

¡De verdad quería matar a la niña! Había crecido demasiado; ya no era una niña. Estaba perdiendo aquello que la convertía en alguien especial.

—Su motivación para matar a la niña es que la niña es ella —le dijo al director—. La niña es Nell. Quiere matarse a sí misma. No quiere madurar, y quien se niega a madurar debe morir. ¡Ojalá me permitiera añadir texto! Sé que podría mejorar el guión. Nell es una poetisa, ¿sabe? Ha hecho un cursillo nocturno de poesía y escribe poemas sobre el amor y la muerte. Sobre el amor que le ha arrebatado la muerte. Estuvo recluida en un hospital y sigue entre rejas aunque esté libre, porque su prisión es su mente. ¿Por qué me miran así? Está clarísimo. Es evidente. Deje que interprete a Nell a mi manera. Yo la conozco.

5

También a Nijinsky lo abandonó su padre en la infancia. Su apuesto padre bailarín. Un prodigio abandonado. ¡Baila, baila! Debutó a la edad de ocho años y se derrumbó veinte años después. ¿Qué más puedes hacer aparte de bailar y bailar? ¡Bailar! Bailas sobre brasas candentes y el público aplaude, porque cuando dejas de bailar, las brasas te consumen. *Yo soy Dios, soy la muerte, soy el amor; soy Dios, muerte y amor. Soy tu hermano.*

6

Serena como una muñeca de cuerda. Pero al mismo tiempo, aunque nadie lo notara, era un manojito de nervios y temblaba. Su piel estaba pálida

y húmeda (la piel de Nell era pálida y húmeda) y, sin embargo, caliente al tacto. *Cuando nos besábamos, yo le sorbía el alma como si fuera la lengua. Reía: ¡ese hombre me tenía tanto miedo!* No estaba loca (la loca era Nell) pero veía a través de los penetrantes ojos de la locura. Ella no era Nell, desde luego, sino la capaz actriz joven que interpretaba a Nell, como quien «interpreta» una melodía al piano. No obstante, ella contenía a Nell. Un actor es más grande que las partes que contiene, de modo que Norma Jeane era más grande que Nell porque la contenía. Nell era el germen de la locura en su cerebro. Nell prometía en murmullos: «Seré como tú quieras que sea». Al final, mientras se la llevaban, murmuraba: «Las personas que se aman...». Nell, la Pobre Doncella. La Nell sin apellidos. Pretendía transformarse en princesa apropiándose de las posesiones de una mujer rica: un elegante vestido de fiesta negro, pendientes de diamantes, perfume y carmín. Pero la Pobre Doncella fue desenmascarada y humillada. Desbarataron incluso su intentona de suicidio. En un lugar público, el vestíbulo de un hotel, ante la mirada atónita de unos desconocidos. *Nunca fui tan feliz como cuando rocé mi cuello con el borde de la navaja de afeitar. Y la voz de madre animándola: ¡Corta! ¡No seas cobarde como yo!* Pero Norma Jeane respondió con serenidad: *No. Soy una actriz. Éste es mi arte. Hago lo que hago para simular y no para ser. Porque si bien yo contengo a Nell, ella no me contiene a mí.*

Fue una época de autodisciplina. Se mataba de hambre y bebía agua helada. Al amanecer corría por las calles de West Hollywood y llegaba incluso a Laurel Canyon Drive, hasta que su cuerpo sano y joven vibraba de energía. No necesitaba dormir. No tomaba pociones mágicas para conciliar el sueño. Por las noches, alternaba los vigorosos ejercicios de calentamiento para actores con la lectura de libros, casi todos prestados o comprados en librerías de viejo. Nijinsky la fascinaba. Había tanta belleza y seguridad en su locura.

Empezó a pensar que conocía a Nijinsky desde hacía años. Compartía muchos de sus sueños.

Ella contenía a Nell, pero Norma Jeane no era Nell, desde luego. Porque Nell era una mujer inmadura, emocionalmente atrofiada. Era incapaz de

vivir sin un amante que la protegiera de la locura y la autodestrucción. Era preciso vencerla, destruirla. ¿Por qué Nell no se vengaba? En la escena de mayor suspense de la película, Norma Jeane sentía la tentación de arrojar a la fastidiosa niña actriz por la ventana. Igual que madre había sentido la tentación de dejar caer al suelo a su pequeña hija. *Se me ha resbalado*, le había gritado a la enfermera. *No ha sido culpa mía*. Norma Jeane detuvo el rodaje al preguntar a N, el director, si podía reescribir parte de la escena. Sólo algunas líneas.

—Yo sé lo que diría Nell y éstas no son sus palabras.

Pero N se negó. Estaba perplejo. ¿Qué harían si todas las actrices quisieran reescribir su texto?

—Yo no soy todas las actrices —protestó Norma Jeane.

No le dijo a N que era una poetisa capaz de redactar sus propias frases. Le indignaba el injusto destino de Nell. Porque en un mundo que ensalza la cordura, la locura debe castigarse. Así se vengán los mediocres de los superdotados.

Hasta I. E. Shinn comenzaba a advertir los cambios que se operaban en su cliente. Había visitado el plató de *Niebla en el alma* varias veces. ¡El gesto de Rumpelstiltskin! Norma Jeane estaba tan absorbida en su papel que no se había fijado en él, como tampoco se fijaba en los demás espectadores. Entre una toma y otra, se escondía. No era «sociable». No acudía a las entrevistas. Los demás actores no sabían qué pensar de ella. Anne Bancroft estaba fascinada por su vehemencia, pero la miraba con recelo. ¡Sí, podía ser contagioso! Widmark se sentía sexualmente atraído por ella, pero la chica lo irritaba y le inspiraba desconfianza. El señor Shinn le aconsejó que no se «entregara tanto», que no fuera tan «apasionada». Ella habría querido reírse en su cara. Estaba dejando atrás a Rumpelstiltskin. Que siguiera con sus hechizos. Como si él hubiera inventado a Marilyn. ¡Él!

Fue una época de autodisciplina. Con el tiempo recordaría su trabajo con Nell como el verdadero comienzo de su vida de actriz. El momento en el que había descubierto que actuar era una vocación, un destino. Su «carrera» no era más que vulgar propaganda orquestada por La Productora. No tenía nada que ver con su intensa vida interior. A solas, vivía y revivía

las escenas de Nell. Memorizaba su texto. Intentaba encontrar un cuerpo y un ritmo verbal para Nell. Por la noche, demasiado nerviosa para dormir después de un frenético día de trabajo, leía *To the Actor*, de Michael Chekhov, *Un actor se prepara*, de Konstantin Stanislavski y otro libro recomendado por su profesor de teatro, *The Thinking Body*, de Mabel Todd.

El cuerpo es inestable,
por eso sobrevive.

Parecía poesía, una paradoja y, a su vez, una verdad. Sabía que su forma de interpretar era intuitiva, que quizá no estuviera actuando en absoluto y que su pasión podía llegar a consumirla antes de que cumpliera los treinta. Eso había dicho el señor Shinn. Norma Jeane era como una atleta joven ansiosa por superar sus propios límites, dispuesta a entregar su juventud a cambio del aplauso del público. Era lo mismo que le había pasado al prodigioso Nijinsky. Un genio no necesita técnica. Pero la «técnica» es cordura. Sus profesores le decían que le faltaba «técnica». Pero ¿qué es la «técnica» sino la ausencia de pasión? Nell no era accesible a través de la «técnica». Sólo se podía llegar a ella zambulléndose en su alma. Nell era una mujer feroz y condenada. Era preciso vencerla, negar su sexualidad. Ah, ¿cuál era el secreto de Nell? Norma Jeane se había acercado a él, pero no alcanzaba a desentrañarlo. Sólo podía «ser» Nell hasta cierto punto. Consultó con N, que no entendió nada de lo que le dijo. Habló con V, confesándole que nunca había pensado que una actriz pudiera sentirse tan sola.

—La del actor es la profesión más solitaria que conozco —respondió V.

7

Yo nunca la exploté; en absoluto. No pretendía imitarla. Fue un regalo que me hizo ella. ¡Lo juro!

Fue una mañana llena de emoción aquella en la que Norma Jeane pidió prestado un descapotable Buick y emprendió viaje al Hospital Estatal de Norwalk. Una mañana libre. Un día sin Nell. No tendría que ensayar ni filmar ninguna escena. Como de costumbre, Norma Jeane llevó regalos a Gladys: un pequeño libro de poemas de Louise Bogan y ciruelas y peras en un cesto de mimbre, aunque tenía motivos para pensar que Gladys no leía los volúmenes de poesía que le llevaba y que desconfiaba de los obsequios comestibles. Pero ¿quién iba a querer envenenarla? ¿Quién, aparte de ella misma? Norma Jeane le dejaría dinero, como siempre. Se sentía avergonzada porque no había visitado a su madre desde Pascua y ya estaban en el mes de septiembre. Le había enviado un giro postal de veinticinco dólares, pero todavía no le había dado la buena noticia de *Niebla en el alma*. De hecho, hacía bastante tiempo que no le comunicaba las alentadoras novedades de su vida y su carrera, pensando: *¿Es posible que nada de esto sea cierto? ¿Podría ser un sueño? ¿Me lo arrebatarán todo?*

Para la visita al hospital, Norma Jeane se puso elegantes pantalones de fibra sintética, una blusa de seda negra, un pañuelo de gasa negro sobre su reluciente cabello rubio platino y brillantes zapatos negros de tacón mediano. Tenía un aspecto refinado y hablaba con voz aterciopelada. No estaba tensa ni ansiosa ni en vilo; no era Nell, había dejado a su personaje atrás; Nell habría sentido pánico en un hospital psiquiátrico, se habría quedado paralizada en la puerta.

—Es evidente que *no soy Nell*.

No es más que un personaje, se decía. Un papel en una película. Una parte de un todo. Nell no es real; tú no eres ella. Nell no es tu vida. Ni siquiera es tu carrera.

Nell está enferma y tú te encuentras bien.

Nell es el «personaje» y tú eres la actriz.

Era verdad. ¡Era verdad!

Esta mañana, ella era la Bella Princesa que visitaba a su madre en Norwalk. A una madre «con trastornos mentales» a quien quería y no había olvidado. A su madre, Gladys Mortensen, a la que nunca abandonaría, a

diferencia de tantos hijos, hijas, hermanos y hermanas que abandonaban a sus familiares en el hospital.

Ahora era la Bella Princesa, a quien otros observaban con esperanza y exaltada admiración, midiendo la distancia que los separaba de ella y deseando no equivocarse en el cálculo.

Ahora era la Bella Princesa a quien La Productora y la agencia Preene habían ordenado aparecer en público siempre perfectamente vestida y maquillada, sin un pelo fuera de lugar, porque es imposible pasar inadvertida, porque los ojos y los oídos del mundo están pendientes de ti.

Advirtió de inmediato que la recepcionista y las enfermeras la miraban con risueño interés. Como si una llama andante hubiera entrado en el lóbrego hospital. Y ahora acudía a su encuentro el doctor K, que nunca había aparecido con tanta rapidez. Y un colega, el doctor S, a quien Norma Jeane no había visto antes. ¡Sonrisas, apretones de manos! Todos estaban impacientes por ver a la hija actriz de Gladys Mortensen. Ninguno había visto *La jungla de asfalto* ni *Eva al desnudo*, pero sí habían visto, o creían haber visto, fotografías de la hermosa actriz Marilyn Monroe en revistas y periódicos. Incluso aquellos que sabían tan poco de Marilyn Monroe como de Norma Jeane Baker querían verla aunque sólo fuera fugazmente mientras las enfermeras la conducían por un laberinto de pasillos al lejano pabellón C. (¿«C» de enfermos «crónicos»?)

Es guapa, ¿no? ¡Qué elegante! ¡Y qué pelo! Es una peluca, desde luego. No hay más que ver el cabello de la pobre Gladys. Pero se parecen, ¿verdad? Es evidente que son madre e hija.

Pero Gladys no dio señales de reconocer a Norma Jeane. Ladina y terca, siempre tardaba en demostrar que la conocía. Estaba sentada en un desvencijado sofá, como si no fuera más que un montón de ropa sucia, al fondo de una sala lúgubre y apestosa. Quizá fuera una madre solitaria esperando la visita de su hija, o quizá no. Norma Jeane sintió una punzada de dolor y decepción: Gladys llevaba un andrajoso vestido gris de algodón, muy parecido al que se había puesto el Domingo de Resurrección a pesar de que su hija la había avisado de que irían a desayunar fuera. Hoy también saldrían, irían al pueblo de Norwalk. ¿Acaso Gladys lo había olvidado?

Daba la impresión de que hacía días que no se peinaba. Tenía el pelo grasiento, mustio y de un extraño tono metálico entre castaño y gris. Sus ojos hundidos parecían alerta; todavía eran hermosos, aunque más pequeños de como los recordaba Norma Jeane. Su boca, rodeada de profundos surcos, también era más pequeña.

—¡Oh, ma-madre! Aquí estás —una observación impulsiva y tonta.

Norma Jeane besó la arrugada mejilla de su madre conteniendo instintivamente la respiración para evitar oler su sudor. Gladys alzó su cara inexpresiva y dijo con brusquedad:

—¿Nos conocemos, señorita? Huele usted muy mal.

Norma Jeane se ruborizó y rió. (Había miembros del personal sanitario cerca. Se entretenían deliberadamente junto a la puerta, decididos a no perder detalle de la visita de Marilyn Monroe a su madre.) Gladys bromeaba, claro está. Le molestaba el olor del pelo decolorado de su hija y el perfume Chanel que le había regalado V. Avergonzada, Norma Jeane murmuró una disculpa y Gladys se encogió de hombros en un gesto de indulgencia, o acaso de desdén. Daba la impresión de que despertaba lentamente de un trance. *Cuánto se parece a Nell. Pero no pretendía imitarla, lo juro.*

Llegó el momento del breve rito de los regalos. Norma Jeane se sentó junto a Gladys en el desvencijado sofá y le entregó el libro de poemas y el cesto con fruta, hablando de estos objetos como si estuvieran llenos de significado en lugar de ser meros accesorios teatrales, algo con lo cual mantener las manos ocupadas. Gladys le dio las gracias con un gruñido. Le gustaba recibir regalos, pese a que los usaría poco y seguramente se los daría a otra persona en cuanto Norma Jeane se marchara, o no se molestaría en evitar que se los robaran. *No pretendía imitar a esta mujer. ¡Lo juro!* Como de costumbre, Norma Jeane habló por las dos. Pensaba que no debía mencionar a Nell: su madre no debía saber nada del morboso melodrama *Niebla en el alma* y su retrato de una joven trastornada que maltrata y está a punto de matar a una niña. Una película semejante era terreno vedado para Gladys Mortensen, igual que para cualquier paciente de Norwalk. Sin embargo, no pudo resistir la tentación de contarle que estaba actuando en

una obra «seria y difícil»; seguía contratada por La Productora; habían publicado un artículo en *Esquire*, donde la mencionaban entre las nuevas actrices de Hollywood. Gladys la escuchaba con su habitual expresión de sonámbula, pero cuando Norma Jeane abrió la revista y le enseñó la espectacular foto de página entera de Marilyn Monroe —con un escotado vestido de lentejuelas, sonriendo alegremente a la cámara—, Gladys parpadeó y observó la imagen con atención.

—¡El vestido no es mío! —dijo Norma Jeane con tono culpable—. Me lo dieron en La Productora.

—¿Llevas un vestido que no es tuyo? —Gladys frunció el ceño—. ¿Estaba limpio? ¿Era un vestido limpio?

La joven rió, incómoda.

—Ya sé que no parezco yo. Dicen que Marilyn es fotogénica.

—¡Ja! ¿Lo sabe tu padre?

—¿Mi padre? —preguntó Norma Jeane—. Si sabe ¿qué?

—Lo de esa tal Marilyn.

—Supongo que no conocerá mi nombre artístico —respondió la joven—. ¿Cómo iba a saberlo?

Pero Gladys empezaba a animarse. Miraba la fotografía con orgullo, un orgullo materno debilitado por su largo delirio. Contempló las espléndidas fotos de seis preciosas actrices en ciernes como si cualquiera de ellas pudiera ser hija suya. Norma Jeane se sintió ofendida, como si la hubieran reprendido. *Me usaría para llegar a él. Es el único valor que me concede. No me quiere a mí, sino a él.*

—Si me dijeras el nombre de mi padre, podría enviarle la revista —dijo Norma Jeane con astucia—. Hasta podría visitarlo de vez en cuando. ¿Sigue vivo? ¿Está en Hollywood?

Norma Jeane no se atrevió a confesarle que llevaba años haciendo pesquisas sobre su escurridizo padre y que algunas personas bienintencionadas, casi todas hombres, le habían facilitado algunos nombres, pero no había servido de nada. *Pretenden animarme, lo sé. Pero ¡no me daré por vencida!* (En un estreno, nerviosa y achispada por el champán, había coqueteado con Clark Gable. Medio en broma, había

insinuado al célebre actor que quizá estuvieran emparentados, pero él se había quedado estupefacto, preguntándose adónde querría llegar la despampanante joven rubia.)

—Si me dijeras cómo se llama mi padre —repitió Norma Jeane—. Si...

Pero Gladys había perdido el entusiasmo. Cerró la revista y dijo con voz fría y sin inflexiones:

—No.

Norma Jeane peinó a su madre, la adecentó un poco, envolvió su arrugado cuello con el pañuelo de gasa negro, que también era un regalo de V, y la llevó de la mano hacia la puerta del hospital. Ya había hecho los trámites necesarios para sacarla de paseo: Gladys Mortensen gozaba de ese privilegio. Fue una larga escena cinematográfica con un alegre fondo musical. Los uniformados miembros del personal, incluido el doctor X, sonreían al verlas pasar.

—¡Qué guapa está hoy, señora Mortensen! —dijo la recepcionista.

Gladys Mortensen, que gracias al vaporoso pañuelo negro se había convertido en una mujer con dignidad, no dio señales de haber oído el halago.

Norma Jeane llevó a Gladys a un salón de belleza de Norwalk, donde le desenredaron, lavaron y cortaron el pelo. Aunque no cooperaba, Gladys tampoco se resistió. Después, Norma Jeane la llevó a comer a un salón de té. La escasa clientela estaba compuesta exclusivamente por mujeres, que miraron sin disimulo a la hermosa joven rubia y a la enclenque mujer madura que debía de ser —¿sería?— su madre. Al menos ahora el pelo de Gladys estaba presentable y el pañuelo ocultaba la sucia y arrugada pechera del vestido. Fuera del asfixiante ambiente del psiquiátrico, Gladys parecía casi normal. Norma Jeane pidió la comida de ambas y ayudó a su madre a servirse una taza de té.

—¿No es un alivio salir de ese horrible lugar? Podríamos subir al coche y viajar y viajar, ¿no, madre? Eres mi madre, así que no estaríamos haciendo nada ilegal. Viajaríamos por la costa de San Francisco hasta Portland, Oregón. ¡Hasta Alaska! —en innumerables ocasiones, Norma

Jeane había invitado a Gladys a que pasara unos días con ella en su apartamento de Hollywood; un fin de semana tranquilo—. Las dos solas.

No era un plan viable, dado que ahora Norma Jeane trabajaba doce horas diarias en el plató; sin embargo, no olvidaba esa idea, esa oferta permanente. Gladys se encogió de hombros y gruñó, desconcertada. Masticaba la comida, bebía el té sin que pareciera importarle que el caliente líquido le quemara los labios.

—Deberías salir de allí, madre —dijo Norma Jeane con tono zalamero—. De hecho, no te pasa nada. Son los «nervios», pero todos sufrimos de los nervios. En La Productora hay un médico contratado exclusivamente para que recete tranquilizantes a los actores. Yo me niego a tomarlos. Prefiero estar nerviosa.

Norma Jeane oyó su provocativa voz de niña. La voz que había cultivado para el papel de Nell. ¿Por qué decía esas cosas? Le fascinaba escucharse a sí misma.

—A veces pienso que no quieres curarte, madre. Te estás escondiendo en ese horrible lugar. Además, *apesta*.

La cara ausente de Gladys se tensó. Los hundidos ojos parecieron retroceder aún más. La mano con la que sujetaba la taza tembló, salpicando inadvertidamente el pañuelo de gasa negro. La joven continuó hablando en voz baja e infantil. ¡Era como si la madre y la hija estuvieran conspirando! Planeando una fuga. Norma Jeane no era Nell, pero usaba su voz y sus ojos entornados brillaban como los de Nell en las fascinantes escenas en las que dominaba a Jed Towers, igual que Marilyn Monroe dominaba a Widmark. Gladys no conocía a Nell. Jamás la conocería. Sería una crueldad, como obligarla a mirarse en un espejo que distorsiona las imágenes: un espejo que volvería a convertir a la mujer madura en una joven de deslumbrante belleza. Norma Jeane contenía a Nell, como toda buena actriz contiene a su personaje, pero obviamente no era Nell, porque ésta no existía. Le habían arrebatado a su amante, le habían arrebatado a su padre y decían que estaba loca: por todas estas razones, *Nell no existía*.

—De todos los enigmas, madre, hay uno que me parece el más incomprensible —dijo con aire pensativo—. Que algunos «existimos», pero

la mayoría no. Un filósofo griego dijo que no hay nada tan agradable como no existir, pero yo no estoy de acuerdo, ¿y tú? Porque en ese caso estaríamos privados del conocimiento. Hemos conseguido nacer y eso ha de significar algo. ¿Dónde estábamos antes de nacer? Una amiga mía llamada Nell, una actriz que trabaja conmigo en La Productora, dice que se pasa toda la noche en vela, atormentada por esa clase de preguntas. ¿Qué significa nacer? Cuando muramos, ¿todo será igual que antes de que nacióramos? ¿O habrá una nada diferente? Porque quizá entonces conservaríamos el conocimiento. La memoria.

Gladys se removió en la silla, incómoda, pero no respondió.

Gladys, relamiéndose los pálidos labios.

Gladys, la mujer que guardaba secretos.

Fue entonces cuando Norma Jeane se fijó en las ajadas manos de su madre. Fue entonces cuando recordó que, en la sala de visitas del hospital, las había visto enlazadas sobre las rodillas de Gladys, y más tarde hundidas en su regazo. Las manos de su madre cerradas en puños. O abiertas, con los delgados e inquietos dedos acariciándose unos a otros. Las uñas mordidas, rotas, rodeadas de sangre, clavándose las unas en las otras. En ocasiones, las manos de Gladys parecían disputarse el control. Incluso cuando la mujer aparentaba una indiferencia propia de una sonámbula, allí, sobre su regazo, estaba la prueba de su actitud alerta, de su agitación. *Las manos son su secreto. ¡Ha revelado su secreto!*

La Bella Princesa devolvió a su madre al pabellón C del Hospital Psiquiátrico Estatal de Norwalk para que la cuidaran. La Bella Princesa se enjugó las lágrimas y se despidió de su madre con un beso. Con delicadeza, desató el vaporoso pañuelo negro del cuello de la mujer madura y lo colocó alrededor de su hermoso cuello sin arrugas.

—¡Perdóname, madre! Te quiero.

No era su intención. No pretendía explotar a su madre. Quizá no fuera consciente de ello. *¡Las manos! Las manos inquietas y ansiosas de Nell. Las manos de la locura.* En *Niebla en el alma*, Norma Jeane tenía las manos y la mirada ausente de Gladys Mortensen. El alma de Gladys Mortensen en el cuerpo joven de Norma Jeane.

Cass Chaplin y su amigo Eddy G. vieron la película en un elegante cine de Brentwood situado a pocos minutos de la casa que estaban cuidando y que pertenecía a la ex esposa de un ejecutivo de la Paramount, una mujer que durante mucho tiempo había estado enamorada de Eddy G. Norma Jeane interpretaba tan bien el papel de la loca y *sexy* rubia —¡dejando entrever incluso los tirantes de su sujetador!— que fueron a ver la película una segunda vez y quedaron aún más fascinados. Cuando llegó el THE END, inevitable como la muerte, Cass dio un codazo a Eddy.

—¿Sabes una cosa? Todavía estoy enamorado de Norma.

Eddy G. cabeceó, como si quisiera aclarar sus ideas, y respondió:

—¿Sabes una cosa? Yo también estoy enamorado de Norma.

La muerte de Rumpelstiltskin

Cierto día él le había gritado por teléfono; al día siguiente, estaba muerto.

Ese día ella se había sentido profundamente avergonzada; al día siguiente, llena de dolor y remordimientos.

No lo quise lo suficiente. Lo traicioné.

Lo castigaron a él en mi lugar: ¡que Dios me perdone!

¡Qué escándalo! El desnudo de Norma Jeane en el papel de Miss Sueños Dorados, la fotografía que Otto Öse había tomado varios años antes, fue identificado y publicado con retraso en la primera página del periódico sensacionalista *Hollywood Tatler*:

¿MARILYN MONROE POSA DESNUDA

PARA UN CALENDARIO?

Su estudio lo niega.

«No teníamos noticia de ello», aseguran los directivos.

La jugosa historia pasó rápidamente a las páginas de *Variety*, *L. A. Times*, *Hollywood Reporter* y las agencias nacionales de noticias. Reprodujeron incluso la fotografía del calendario, con las zonas estratégicas del voluptuoso cuerpo de la joven oscurecidas o cubiertas sugestivamente por algo que parecía encaje negro opaco. («Ay, ¿qué me han hecho? Esto sí que es pornografía.») El desnudo se convirtió en el tema candente de la prensa del corazón, los programas radiofónicos de entrevistas e incluso

algunos editoriales de periódicos. Los estudios no permitían que sus actrices posaran desnudas; la «pornografía» estaba prohibida. ¿Acaso Norma Jeane no había firmado un contrato que estipulaba que toda conducta *contraria a la moral* de la comunidad de Hollywood sería castigada con el cese temporal o incluso la anulación definitiva de dicho contrato? Un perspicaz reportero del *Tatler* (con una debilidad personal por los desnudos de jovencitas) había encontrado la foto en un calendario viejo, había examinado con interés la cara de la joven e identificado a la modelo como Marilyn Monroe, la joven actriz rubia; tras hacer algunas pesquisas, descubrió que ésta había firmado el contrato para las fotos en 1949 con el nombre falso de «Mona Monroe». ¡Qué primicia! ¡Qué escándalo! ¡Qué vergüenza para La Productora! Miss Sueños Dorados había aparecido en un almanaque de 1950 llamado *Bellezas para todas las estaciones*, publicado por Ace Hollywood Calendars, la clase de almanaque que colgaban en gasolineras, bares, fábricas, comisarías, parques de bomberos, clubes masculinos, cuarteles o residencias estudiantiles. Miss Sueños Dorados, con su sonrisa ansiosa e inocente, sus tersas axilas afeitadas, sus fabulosos pechos, vientre, muslos y pantorrillas y su melena de color rubio miel cayendo sobre la espalda, había protagonizado miles o centenares de miles de sueños masculinos sin mayor trascendencia que una imagen fugaz que contribuye al orgasmo y se olvida al despertar. La chica era una de las doce bellezas desnudas que aparecían en el almanaque sin identificación alguna. De hecho, no se parecía demasiado a ninguna de las innumerables fotografías publicitarias de Marilyn Monroe que empezaron a publicarse en la prensa en 1950 y que La Productora había distribuido como una fábrica que promociona el logotipo de un artículo de consumo masivo o crea un vistoso anuncio para vender sus productos. Miss Sueños Dorados habría podido ser la hermana menor de Marilyn Monroe: menos atractiva, menos estilizada, con el pelo aparentemente natural, poco maquillaje en los ojos y sin el llamativo lunar negro pintado en su mejilla izquierda. ¿Cómo la había reconocido el reportero? ¿Alguien le había pasado el dato?

Norma Jeane no había visto ni los negativos ni los contactos ni las copias de la ahora célebre fotografía por la cual Otto Öse le había pagado

cincuenta dólares en efectivo. Si alguien la hubiera interrogado al respecto, ella habría dicho que había olvidado por completo la sesión de fotos, igual que había olvidado, o casi olvidado, al explotador Otto Öse.

Nadie parecía saber adónde se había ido Öse. Unos meses antes, durante un descanso en el rodaje de *Niebla en el alma*, Norma Jeane, movida por un impulso, había ido al viejo estudio de Otto pensando que quizá él la necesitara. ¿La echaría de menos? ¿Le haría falta dinero? (Ahora tenía unos pequeños fondos, aunque cada vez que cobraba un talón lo gastaba rápidamente, sin que el dinero luciera, cosa que la llenaba de ansiedad.) Sin embargo, el viejo y cochambroso estudio de Otto Öse había desaparecido, reemplazado por un consultorio de quiromancia.

Corría el cruel rumor de que Otto Öse había muerto de desnutrición y de una sobredosis de heroína en un miserable hotel de San Diego. O de que había vuelto, derrotado, a su pueblo natal en Nebraska. Enfermo, hundido, moribundo. Ahogado en el lodazal del destino. Arrastrado por la irracional marea de la voluntad. Había enfrentado su frágil receptáculo humano —la «idea» de su individualidad— contra la insaciable voluntad, y había perdido. En un libro que le había dejado a Norma Jeane —*El mundo como voluntad y representación*, de Schopenhauer—, la joven había leído que «el suicida quiere la vida y simplemente está descontento con las circunstancias que le han tocado en suerte».

—Ojalá esté muerto. Me traicionó. Nunca me quiso.

Norma Jeane lloró con amargura. ¿Por qué Otto Öse la había perseguido con la cámara? ¿Por qué no permitió que se escondiera en Radio Plane? Ella era una joven esposa, casi una niña, y él la había expuesto al mundo de los hombres. A los ojos de los hombres. El halcón clavando su pico en el pecho de un pajarillo cantor. Pero ¿por qué? Si Otto Öse no hubiera aparecido y destrozado su vida, ella aún seguiría casada con Bucky. Tendrían varios hijos. ¡Dos varones y una niña! ¡Serían felices! La señora Glazer habría sido una abuela adorable. ¡Serían tan felices! Porque ¿no le había dicho Bucky, poco antes de partir hacia Australia: «Tendremos tantos niños como quieras, Norma Jeane, tú mandas»?

El chabacano escándalo. Vulgar y vergonzoso, publicado bajo los titulares de los heridos en Corea; las fotos de los «espías de la bomba atómica», Julius y Ethel Rosenberg, condenados a morir en la silla eléctrica, y las noticias de las pruebas de la bomba de hidrógeno en la Unión Soviética. I. E. Shinn acababa de llamar a Norma Jeane para felicitarla por las críticas favorables de *Niebla en el alma*. Era obvio que el agente no había esperado esa reacción, pues la mayoría de los críticos, según decía, eran personas serias, inteligentes, respetables.

—Y los otros, los gilipollas, que se vayan a la mierda. ¿Qué sabrán ellos?

Norma Jeane se estremeció. Quería colgar el auricular de inmediato. Desde el estreno, se sentía como un pájaro sobre una valla, expuesta a las pedradas o a los disparos. Un colibrí observado a través de la mira de un rifle. Shinn, V y otros amigos demostraban buenas intenciones al defenderla de críticos a quienes no conocía ni conocería.

Shinn leía ahora, con la voz de Walter Winchell, fragmentos de críticas publicadas en periódicos de todo el país, y Norma Jeane se esforzaba por escucharlo a pesar del alboroto que sentía en los oídos.

—«Marilyn Monroe, una nueva y prometedora actriz de Hollywood, demuestra tener una fuerte y dinámica presencia escénica en esta turbadora película de suspense coprotagonizada por Richard Widmark. Su interpretación de una joven niñera desequilibrada es tan sobrecogedora y convincente que uno llega a creer que...»

Norma Jeane apretó el auricular. Se esforzó por sentir alegría, satisfacción. Oh, sí, estaba contenta..., ¿no? Sabía que había hecho un buen trabajo, quizá más que bueno. Pero una idea la atormentaba: ¿y si Gladys veía *Niebla en el alma*? ¿Si descubría que Norma Jeane había imitado sus manos semejantes a garras, sus ausentes gestos de sonámbula? Norma Jeane interrumpió al agente exclamando:

—¡Oh, señor Shinn! No se enfade conmigo, pero tengo la intensa sensación, tan intensa que más bien parece un recuerdo, de que en la

película aparezco d-desnuda —rió, incómoda—. No es así, ¿verdad? No consigo recordarlo.

Por alguna razón, había tenido una fugaz visión de sí misma desnudándose en una de las escenas. Nell había tenido que quitarse el vestido de fiesta porque no era suyo.

—¡Calla, Norma Jeane! —exclamó el agente—. No seas ridícula.

—Ya sé que es una tontería —repuso ella con tono culpable—. No es más que... una idea. En el estreno cerré los ojos muchas veces. No podía creer que esa chica fuera yo. Y todavía, ya sabe, a pesar del tiempo transcurrido, porque el tiempo es un río que nos atraviesa velozmente..., en fin, todavía no lo creo. Pero el público pensó que yo era Nell. Y después, en la fiesta, que yo era Marilyn.

—¿Estás tomando analgésicos? —preguntó Shinn—. ¿Tienes la regla?

—N-no —respondió Norma Jeane—. ¡Eso no es asunto suyo! No he tomado analgésicos.

¡Y el resto de su conversación con I. E. Shinn! La última vez que él le hablaría con amabilidad, con amor. Había mencionado otro trabajo. La Productora estaba pensando en darle un papel junto a Joseph Cotten en una película titulada *Niágara*, ambientada en las cataratas; Norma Jeane interpretaría a una intrigante llamada Rose, una atractiva adúltera con intenciones asesinas.

—Estarás estupenda como Rose, cariño. Te lo prometo. Esta película tiene mucha más clase que *Niebla en el alma*, que entre nosotros, confidencialmente, es un bodrio efectista en el que lo único rescatable eres tú. Ahora bien, si puedo conseguir un buen trato con esos cabrones...

Unas horas después, Shinn volvió a telefonar. Sus gritos se oyeron antes de que Norma Jeane terminara de levantar el auricular.

—¡... no me contaste que hubieras hecho algo semejante! ¿Cuándo fue? ¿En 1949? Ya estabas contratada, ¿no? ¡Idiota! ¡Imbécil! Es muy posible que La Productora rescinda tu contrato, precisamente ahora, en el peor momento posible. ¡Miss Sueños Dorados! ¿Qué es esto, pornografía blanda? ¡Ese hijo de puta de Öse! ¡Ojalá que se pudra en el infierno!

Shinn hizo una pausa para respirar, resoplando como un dragón. Más tarde, Norma Jeane tendría la impresión de que Rumpelstiltskin había estado con ella, en la misma habitación. Se quedó paralizada con el auricular en la mano. ¿A qué se refería su agente? ¿Por qué estaba tan furioso? ¿Quién era Miss Sueños Dorados? ¿Y a santo de qué mencionaba a Otto Öse? ¿El fotógrafo había muerto?

—Marilyn era mía, imbécil —prosiguió Shinn—. Marilyn era preciosa y era mía. No tenías ningún derecho a rebajarla.

Fueron las últimas palabras que el agente dirigió a Norma Jeane. Y ella no volvería a verlo vivo.

—Ni que fuera c-comunista, ¿no? Todos los periódicos hablan de mí.

Norma Jeane pretendía bromear. ¿Por qué era tan importante?

¿Por qué no les hacía gracia? ¡Todos estaban tan enfadados con ella! ¡La odiaban! ¡Como si fuera una delincuente, una pervertida! Explicó que había posado desnuda una sola vez y que lo había hecho por dinero.

—Porque estaba desesperada. ¡Cincuenta dólares! Ustedes, en mi lugar, también habrían estado desesperados.

Cuando le enseñamos el almanaque, no se reconoció. No daba la impresión de que estuviera fingiendo. Sonreía y sudaba. Hojeó el almanaque, buscando a Miss Sueños Dorados hasta que uno de nosotros se la señaló; ella miró largamente la foto y su cara adquirió una expresión de pánico. Fue entonces cuando pareció fingir que se reconocía, fingir que recordaba. Porque no se acordaba.

¡Ya echaba de menos a I. E. Shinn! Temía que se negara a seguir representándola. No habían permitido que la acompañara a la reunión urgente que había convocado La Productora y que se celebraría en el despacho del señor Z. Ella pasaría toda la tarde con aquellos hombres furiosos. ¡Ni una sola vez rieron sus chistes! Estaba acostumbrada a que los hombres respondieran con carcajadas a sus ocurrencias más tontas. Marilyn Monroe sería una gran comediente. Pero todavía no. No para esos hombres.

Allí, con su cara de murciélago, estaba el señor Z, que apenas si se atrevía a mirarla. Allí, con sus apretados tirabuzones, estaba el señor S, que

la miraba como si nunca hubiera visto una mujer tan infame y despreciable y no pudiera apartar los ojos de ella. Allí estaba el señor D, uno de los productores de *Niebla en el alma*, que la había mandado llamar a su despacho al día siguiente de su cita con W. Allí estaba el ceñudo señor F, el jefe de relaciones públicas de La Productora, claramente disgustado. También estaban el señor A y el señor T, los abogados. De vez en cuando entraban otros, todos hombres. Norma Jeane estaba tan aturdida que más tarde no recordaría a estas personas. ¡El señor Shinn le había gritado! ¡Otras voces le habían gritado por teléfono! ¿Y qué hizo ella? Correr al lavabo de su apartamento y sacar una navaja de afeitar del armario y levantarla igual que Nell en la película, pero le temblaron las manos, el teléfono volvió a sonar y la fina navaja resbaló de entre sus dedos.

Sabía que debía medicarse para superar esa crisis. Fue su primer impulso, así como en otros tiempos su primer impulso hubiera sido rezar. *Una fotografía de Marilyn Monroe desnuda. Descubierta. Hollywood Tatler. Los directivos de La Productora estaban furiosos. Un escándalo. La Legión Católica de la Decencia, la Guía de Entretenimiento de la Familia Cristiana. Amenazas de censura, de boicot.* Rápidamente tomó dos de los analgésicos con codeína que el médico de La Productora le recetaba para los dolores menstruales y la migraña, y al comprobar que no hacían efecto de inmediato,apuró un tercero.

Ahora, a través de un telescopio, veía a una rubia que no dejaba de parpadear, rodeada por varios hombres indignados. La rubia sonreía como quien resbala en una cuesta y sonrío para indicar que no había reparado en la inclinación del terreno. Diciéndose que la situación era grave. En una película de los hermanos Marx, la situación sería cómica. *Tonta del culo. Zorra enferma, patética.* La Productora se proponía comercializar el cuerpo de la rubia, pero en sus propios y estrictos términos. Abajo se congregaban cada vez más reporteros y fotógrafos. Equipos de radio y televisión. Habían anunciado que Marilyn Monroe y el portavoz de La Productora harían declaraciones sobre la fotografía del almanaque. Pero ¿no era ridículo?

—Es como si yo fuera el general Ridgway y estuviera a punto de dar una noticia importante sobre la guerra de Corea. Todo por una estúpida *foto*

—protestó Norma Jeane.

Los hombres siguieron mirándola. Ahí estaba el señor Z, que no había intercambiado una sola palabra con ella desde que la invitara a ver su aviario, hacía casi cinco años. ¡Qué joven era ella entonces! Un tiempo después de aquello, al señor Z lo habían ascendido a jefe de producciones. El mismo señor Z que había querido destruir la carrera de Marilyn Monroe como castigo por ser una zorra y por haber manchado de sangre su bonita alfombra de piel blanca. *¿O no había sucedido así? En tal caso, ¿por qué lo recordaba con tanta nitidez?* El señor Z jamás perdonaría a Marilyn, aunque su estudio la hubiera contratado; él nunca podría librarse de Marilyn porque temía que la contratara uno de sus rivales. Él era un padre furioso; ella, una hija arrepentida y sin embargo provocativa.

—¿Qué importancia tiene? —protestaba Norma Jeane con tono plañidero—. ¿Tanto lío por una foto mía? ¿Nunca han visto fotografías de los campos de concentración nazis? ¿O de Hiroshima y Nagasaki? Montañas de cadáveres apilados como leña. Cadáveres incluso de niños y bebés —Norma Jeane se estremeció. Sus propias palabras la angustiaban más de lo que había previsto. Estaba improvisando y empezaba a perder el hilo—. Eso sí que es preocupante. Eso es pornografía, y no la foto de una tonta desesperada por cobrar cincuenta dólares.

Por eso nunca confiamos en ella. Era incapaz de ceñirse al guión. De su boca podía salir cualquier cosa.

A la mañana siguiente, la despertó el teléfono, aunque ella lo había descolgado expresamente. Podía jurar que había oído las vibraciones. Su corazón dio un vuelco; estaba convencida de que el que llamaba era el señor Shinn para decirle que la perdonaba. ¿Cómo no iba a perdonarla él si la había perdonado La Productora, si habían decidido no despedirla? En la conferencia de prensa, había hecho una brillante interpretación de Marilyn Monroe contando a los reporteros la pura verdad. *En 1949 era tan pobre que habría hecho cualquier cosa por cincuenta dólares. No posé desnuda en ninguna otra ocasión, ni antes ni después, y ahora lo lamento, pero no*

me siento avergonzada. Nunca haré nada de lo que pueda avergonzarme porque me han educado como a una buena cristiana.

Al ver que eran casi las diez, Marilyn colgó y el teléfono empezó a sonar de inmediato.

—¿Di-diga? ¿Isaac? —preguntó.

Pero no era el señor Shinn, sino su ayudante, Betty (Norma Jeane sospechaba que era una espía del FBI, aunque no habría podido explicar por qué y parecía un hecho poco probable, dada la devoción que la mujer demostraba a su jefe).

—¡Oh, Norma Jeane! ¿Estás sentada? —la voz de Betty sonaba afligida y ahogada.

Norma Jeane estaba tendida en su apastosa cama, desnuda, con el teléfono en la mano, casi serena, pensando: *El señor Shinn ha muerto. Ha sido su corazón. Lo he matado yo.*

Esa misma mañana, Norma Jeane se tomó el resto de los analgésicos con codeína, unas quince píldoras en total. Las tragó con un vaso de leche ligeramente rancia. Desnuda y temblando, se tendió en el suelo del dormitorio con la intención de morir mirando el oscuro y agrietado techo. *Ahora hemos perdido al bebé; los dos lo hemos perdido para siempre.* ¿Habría sido un bebé con la columna torcida? Habría sido un bebé con hermosos ojos y un alma maravillosa. Pocos minutos después vomitó una pasta viscosa mezclada con bilis, una pasta que se endurecería como cemento entre sus dientes, aunque ella los cepilló y los cepilló hasta que sus delicadas encías empezaron a sangrar.

El rescate

En abril de 1953, los Dióscuros entran en la vida de Norma Jeane. *Si hubiera sabido que estaban observándome, habría sido más fuerte.*

Sucedían cosas. Y continuarían sucediendo. Un camión de basura cargado con los maravillosos regalos de Navidad que nunca había recibido en la Casa de Expósitos de Los Ángeles se detuvo y dejó caer sus tesoros sobre ella.

—¡Vaya! ¿Me está ocurriendo a mí? ¿Qué es lo que me ocurre?

La vida de aislamiento y cavilaciones de la solitaria niña que practicaba las escalas en un piano se llenó ahora de animación y fiesta, como la banda sonora de un musical puesta al máximo volumen, tan ensordecedora que una oye la melodía, pero no la letra. Puro estruendo.

—Me da miedo, ¿sabes? Porque yo no soy ella. *No soy Rose*, en absoluto.

—Me refiero a que no soy una puta. ¡Yo amaría de verdad a un hombre como Joseph Cotten! La guerra le ha dejado secuelas psicológicas y quizá también físicas. Es... ¿cómo se dice?, impotente, ¿no? No queda claro. En una escena salimos haciendo el amor o algo parecido. Rose lo toca, pero él no se entera; él ríe y es obvio que está loco por ella. En esa escena, yo me pondré seria. Como se pondría Rose con él. Ella está actuando, pero yo interpretaré el papel como si no lo hiciera. De una cosa estoy segura: me

daría mucho miedo burlarme de un hombre que..., bueno, ya sabes, un hombre que no puede..., que no es un hombre.

La Productora («después de que les chupara la polla, uno a uno, a todos los que estaban sentados alrededor de la mesa») le perdonó el escándalo de la foto y le subió el sueldo a la suma de mil dólares semanales más gastos. De inmediato, Norma Jeane dispuso el traslado de Gladys Mortensen a un pequeño hospital psiquiátrico privado situado en Lakewood.

Su nuevo agente (que había reemplazado a I. E. Shinn) le aconsejó:

—Sé discreta, guapa, ¿de acuerdo? Nadie tiene por qué enterarse de que la madre de Marilyn Monroe sufre trastornos mentales.

Estaban en Monterrey, en un hotel turístico en el que se alojaban fuera de temporada. En una habitación con vistas al Pacífico y a los acantilados. Grandes piedras que rodaban como la locura en el cerebro. Ocasos deslumbrantes.

—Ahora sabemos qué aspecto tiene el infierno, al menos —dice V—. Quiero decir que por lo menos lo sabemos.

Norma Jeane, alegre y desenfadada en el papel de Marilyn, añade:

—¡Desde luego! Y también lo que se siente en el infierno. Eso es lo más importante.

V ríe y continúa bebiendo. ¿Qué ha murmurado? Norma Jeane no ha oído bien.

—Eso también.

Los amantes han ido al hotel turístico de Monterrey para celebrar el nuevo contrato de Marilyn con La Productora: un papel de protagonista en *Niágara*. Su nombre encabezaría el reparto y aparecería antes que el título. Celebran también algo más importante: V ha conseguido la custodia de sus hijos. Además, la serie en la que V trabaja como protagonista ha recibido buenas críticas en todo el país.

—Demonios, no es más que la tele —dice V—. No seas condescendiente.

—¿No es más que la tele? —repite Norma Jeane con la voz ronca y seria de Marilyn—. Yo diría que la tele es el futuro del país.

V se estremece.

—Joder, espero que no. Esa vulgar pantalla en blanco y negro.

—Las películas también empezaron en una vulgar pantalla en blanco y negro. Espera y verás, cariño.

—No. Tu cariño no puede esperar. Tu cariño ya no es joven.

—¿Quééééé? —protesta Norma Jeane—. ¡Claro que eres joven! ¡Eres el hombre más joven que conozco!

V apura su bebida y sonríe en el interior del vaso. Su infantil cara pecosa parece de cartón piedra.

—Tú sí que eres joven, pequeña. Yo no. Es posible que mi carrera haya terminado ya.

Regresarían a Hollywood, donde vivían en casas separadas, el domingo al mediodía.

Esas escenas inventadas, improvisadas en función de los hechos, la perseguirían durante el resto de su vida.

Durante los nueve años y cinco meses que le quedaban de vida.

Y los minutos volaban.

¿Existía algún reloj capaz de marcar un tiempo que transcurre hacia atrás? ¿No había descubierto Einstein que el tiempo retrocedería si se consiguiera invertir la dirección de un rayo de luz?

—¿Por qué no? No puedes evitar preguntártelo.

Einstein soñaba con los ojos abiertos. «Pensaba experimentos» y eso no era muy distinto de lo que hacía una actriz como Norma Jeane cuando improvisaba basándose en los hechos. Razón por la cual Marilyn Monroe empezaría a llegar cada vez más tarde a sus citas. No porque Norma Jeane Baker estuviera paralizada por el miedo, la indecisión y la inseguridad, contemplando su luminosa cara de muñeca en espejos de desesperación o esperanza; no, lo que la retenía eran las escenas inventadas e improvisadas.

Veamos, si hubiera un director que dijera de acuerdo, rodemos esta toma otra vez, lo harías, ¿no? Una y otra vez, tantas como fuera necesario

para que la escena saliera perfecta.

Cuando no hay director, tienes que ser tu propio director. ¿No hay un guión que te oriente? Entonces debes crearlo tú.

De esa manera simple y clara, fingiendo saber cuál es el verdadero significado de una escena que se te antojó incomprensible mientras la vivías. El verdadero significado de una vida que se te antojó incomprensible en la densa selva del acto de vivirla.

«Durante esta búsqueda en el exterior —dice Konstantin Stanislavski—, el actor no debe perder su identidad».

—¡Yo jamás sería una zorra como Rose! Yo respeto a los hombres, estoy loca por ellos. Los quiero. Me gusta su aspecto, su conversación..., su olor. Un hombre con camisa blanca de manga larga, ¿sabes?, una camisa formal con puños y gemelos, me hace perder la cabeza. Yo nunca me burlaría de un hombre. ¡Y mucho menos de un veterano, como el marido de Rose! Una persona mentalmente «discapacitada». Es de lo más mezquino y cruel... Sí, me preocupa un poco lo que pueda pensar la gente. «Marilyn Monroe es una puta, ¿y no acaba de interpretar a una niñera psicótica?» La tal Rose no se contenta con ser infiel a su marido, también se burla de él en su propia cara y conspira para matarlo. Es demasiado.

Estas escenas inventadas, estas improvisaciones, pronto se hicieron tan habituales que era incapaz de recordar si alguna vez no habían ocupado su mente.

—Es tan sencillo. Lo único que quiero es hacer las cosas bien.

¿Crees que mereces vivir? ¿Tú? Zorra enferma, patética. Puta. No se atrevía a pedir consejo a V. Temía que su amante descubriera sus debilidades. Sin embargo, no podía evitar preguntarse si Nell tenía alguna relación con lo que le ocurría. Nell y Gladys. Porque Gladys era Nell, aunque disfrazada. Norma Jeane se había apropiado de las manos de Gladys, sin sospechar que ésta acabaría poseyéndola como un demonio que se apodera de un cuerpo (si una creía en esas supersticiones, que no era el caso de Norma Jeane). Esa mañana había viajado a Norwalk y penetrado en

una atmósfera contagiosa. Dicen que los hospitales están infestados de gérmenes (invisibles), ¿por qué no iba a ocurrir lo mismo con los psiquiátricos? Sin duda, allí los gérmenes serían peores. Más letales. Norma Jeane estaba leyendo *La interpretación de los sueños*, de Sigmund Freud; solía llevar el libro a la peluquería, de modo que sus páginas estaban manchadas y semitransparentes a causa de las salpicaduras de decolorante. Todo tiene su origen en la infancia. Sin embargo, ¿qué pasa con los gérmenes, los virus, el cáncer, los trastornos cardíacos? Esas cosas son *reales*.

¿La perdonaría Gladys una vez que se hubiera adaptado a Lakewood?

Una fiesta en Bel Air, en una terraza, encima de los alborotadores pavos reales. Estaba tan oscuro (la única luz procedía de las trémulas llamas de las velas) que era imposible distinguir las caras hasta que estaban muy cerca. Ésta era una careta de goma con las facciones de Robert Mitchum. Los soñolientos ojos de párpados caídos, la sonrisa ladina esbozada con las comisuras de la boca inclinadas hacia abajo. Ese hablar cansino, como si ambos estuvieran en la cama y la cámara los enfocara en un prodigioso primer plano. Y es alto, no un alfeñique. Norma Jeane, traspuesta frente a este ídolo de la pantalla, siente su aliento cálido y cargado de alcohol en la oreja y por una vez se alegra de que V la haya dejado sola. ¡Robert Mitchum! ¡Mirándola a ella! En Hollywood, Mitchum tiene una reputación que impediría a cualquier otro actor conseguir un contrato con un estudio. Nadie entiende por qué el Comité de Actividades Antiamericanas no se ha fijado en él. Por encima de los chillidos histéricos de los pavos reales, Norma Jeane reproducirá para sí esta conversación una y otra vez, como si se tratara de un disco.

MITCHUM: Hola, Norma Jeane. No seas tímida, guapa. Yo te conocí antes de que fueras Marilyn.

NORMA JEANE: ¿Cómo?

MITCHUM: Mucho antes de que fueras Marilyn. En el valle.

NORMA JEANE: ¿Usted es Robert Mi-mitchum?

MITCHUM: Llámame Bob, guapa.

NORMA JEANE: ¿Dice que me conoce?

MITCHUM: Digo que conocí a «Norma Jeane Glazer» mucho antes de que fuera Marilyn. En el 44 o el 45. Yo trabajaba con Bucky en la cadena de montaje de Lockheed.

NORMA JEANE: ¿Bu-Bucky? ¿Conocía a Bucky?

MITCHUM: No, no conocía a Bucky. Simplemente trabajaba con él. No me caía bien.

NORMA JEANE: ¿No? ¿Por qué no?

MITCHUM: Porque ese imbécil hijo de puta llevó al trabajo unas fotografías de su preciosa esposa adolescente y se las enseñó a los muchachos, fanfarroneando, hasta que yo le paré los pies.

NORMA JEANE: No entiendo... ¿Qué dice?

MITCHUM: Da igual. Ha pasado mucho tiempo. Supongo que Bucky habrá desaparecido de tu vida.

NORMA JEANE: ¿Fotografías? ¿Qué fotografías?

MITCHUM: Ve a por todas, Marilyn. Si La Productora te da mierda, haz como Bob Mitchum y págales con la misma moneda. Buena suerte.

NORMA JEANE: ¡Espere! Señor Mitchum... Bob...

Ahora V la miraba. V, que regresaba lentamente. V con la camisa abierta, con un solo botón de la americana abrochado. V, el estadounidense típico, el muchacho pecoso empujado hasta el límite de su resistencia por el enemigo nazi, arrebatándole una bayoneta a un alemán para clavársela en las entrañas, y el típico público estadounidense vitoreando como si se tratara de un *touchdown* en un partido entre estudiantes. V rodeó los hombros desnudos de Norma Jeane y le preguntó qué le había dicho Robert Mitchum para que ella pareciera tan intrigada, como si estuviera a punto de arrojarse en los brazos de ese cabrón. La joven respondió que Mitchum había sido amigo de su ex marido:

—Hace mucho tiempo. Se conocieron en el valle cuando eran unos críos.

En esa fiesta —un multimillonario magnate del petróleo que llevaba un parche en el ojo y quería invertir en La Productora; la sorprendente exhibición de pájaros y otros animales en el jardín, entre velas apoyadas en postes; una luna de papel translúcido sobre las palmeras, iluminada por dentro para que los invitados creyeran que *¡había dos lunas en el cielo!*—, en esa fiesta, los Dióscuros (que habían acudido sin que nadie los invitara en un Rolls prestado) observaban a Norma Jeane desde lejos. Habían visto a Mitchum, pero no habían oído sus palabras. Habían visto a V, pero tampoco lo habían oído.

—A veces siento... ¿es que no tengo piel? ¿Le falta una capa? Todo duele. Como una quemadura de sol. Desde que murió el señor Shinn. Lo echo tanto de menos. Era el único que creía en Marilyn Monroe. Los jefes de La Productora no creían en ella, desde luego. La llamaban «zorra». Yo tampoco creía demasiado en ella. Hay tantas rubias... Cuando murió el señor Shinn, yo también quise morir. Yo lo maté, le rompí el corazón. Pero comprendí que debía seguir viviendo. Él decía que Marilyn era su invención y quizá fuera cierto. Tendría que vivir por Marilyn. No es que sea religiosa. Antes lo era, pero ahora no sé qué soy. Me parece que nadie sabe a ciencia cierta en qué cree, simplemente dicen lo que consideran que deben decir. Igual que con esos juramentos de lealtad que nos obligan a firmar. Todo el mundo ha de firmar. Un comunista mentiría, ¿no? Así que ¿para qué sirve? Pero supongo que es una obligación. ¿Una responsabilidad? En *La máquina del tiempo*, la novela de H. G. Wells, el Viajero del Tiempo se dirige al futuro en una máquina que no consigue controlar del todo, avanza muchos años y tiene esta visión: el futuro ya está ahí, delante de nosotros. En las estrellas. Yo no creo en las supersticiones como... ¿la astrología?, ¿la quiromancia? ¡Tratar de predecir el futuro por motivos tan insignificantes! Si yo pudiera leer el futuro, pediría una cura para el cáncer o para las enfermedades mentales. Quiero decir que el futuro está delante de nosotros como una carretera que nadie ha transitado aún, que quizá ni siquiera esté asfaltada. Tenemos que seguir vivos porque se lo debemos a nuestros

descendientes, a los hijos de nuestros hijos. Debemos permanecer vivos para que nuestros hijos puedan nacer. ¿No es lógico? Yo creo que sí. A veces sueño con un niño..., es un sueño tan bonito. En fin, no quiero hablar de eso, porque es un tema muy íntimo. Lo único que me gustaría es que en el sueño me dieran un indicio de quién es el padre.

Abril de 1953. Norma Jeane había huido y estaba escondida en el tocador, llorando. Fuera retumbaban la música y las carcajadas. ¡Estaba tan ofendida! Se sentía insultada. El magnate del petróleo la había tocado para comprobar si era «real». Quería bailar el bugui-bugui con ella. No tenía ningún derecho a obligarla a acompañarlo en esa clase de baile. ¿Y si V los hubiera visto? Y delante del señor Z, con su cara de murciélago, y del señor D, con sus crueles miradas lascivas. *No soy una puta en venta. ¡Soy una actriz!* Cuánto echaba de menos al señor Shinn en momentos como ése. Porque V la quería, pero daba la impresión de que ella no terminaba de gustarle. Era la pura verdad. Además, últimamente parecía envidiar su éxito. V, que había conocido la fama cuando Norma Jeane estaba en el instituto y contemplaba embelesada su pecosa cara infantil en la pantalla del cine. Tal vez V no la quisiera. Puede que sólo le interesara tirársela.

Necesitó diez minutos para reparar los estragos del rímel. Diez minutos para volver a poner a punto a Marilyn, la rubia bonita y alegre, el alma de la fiesta.

—¡Justo a tiempo!

Una elegía para I. E. Shinn:

En las cavernas del cielo
yacen los espíritus que han alzado vuelo.
Pero esto no es más que una invención
porque no queremos aceptar su desaparición.

Era el primer poema que Norma Jeane escribía en mucho tiempo. Y era horrible.

A veces, en la cama, en brazos del hombre al que teme desesperadamente perder, su mente salta como una pulga sobre una plancha caliente. Suspira, gime, lloriquea mientras desliza los dedos entre el cabello rizado de él, todavía espeso. Acurrucada, feliz entre los musculosos brazos salpicados de pecas. (Lleva tatuada una banderita de Estados Unidos en el bíceps izquierdo. ¡Dan ganas de besarla!) Él sube encima de ella, besándola con pasión, penetrándola lo mejor que puede, y si consigue mantener la erección (ella contiene el aliento, esperando que así sea), le hace el amor con movimientos entrecortados, firmes, violentos; a medida que se aproxima al final, acelera el ritmo y el movimiento se vuelve extraño, espasmódico y temblón, porque cada hombre tiene un estilo particular de copular, a diferencia de las mamadas, que son todas iguales, ya sea la polla esquelética o gorda, corta o larga, suave o áspera como una soga, del color de la manteca o del de la morcilla, limpia y con olor a jabón o pringada de mucosidad, tibia o ardiente, lisa o arrugada, joven o decrepita: siempre es la misma, e invariablemente repulsiva. Cuando Norma Jeane ama a un hombre, como ama a V, hace una interpretación digna de un Oscar. Lo cierto es que siempre le ha costado experimentar alguna sensación física genuina con V. Tiene las mismas dificultades que con Bucky, que gruñía y resoplaba *¡arre, caballito!* y se corría sobre el vientre de ella como si le escupiera tras un asqueroso estornudo, y eso cuando se acordaba de sacarla a tiempo. ¡Ah, cuánto desea complacer a V! Como si supiera de antemano que, tal como aseguran *Screen Romance*, *PhotoLife* y *Modern Screen* en sus artículos sobre las estrellas de cine, lo único que importa es el amor, el verdadero amor, y no la «carrera». Bueno, Norma Jeane ya lo sabe. Es una cuestión de sentido común. Cuando está con V, imagina lo que debe de ser el placer sexual, un ascenso primero lento y luego rápido hacia el orgasmo; evocando los largos y serenos encuentros con Cass Chaplin, cuando se sumían en un trance e ignoraban si era de noche o de día, la mañana o la tarde, porque Cass nunca llevaba reloj y rara vez, ropa; porque permanecía dentro de casa, con los ojos húmedos, imprevisible como un animal salvaje, y cuando hacían el amor cada parte de sus sudorosos cuerpos se pegaba a la

parte correspondiente del otro, ¡hasta las pestañas!, ¡los dedos y las uñas de los pies! Ah, pero Norma Jeane ama a V más de lo que amaba a Cass. Está convencida de ello. V es un hombre de verdad, un ciudadano adulto. V ha estado casado. De modo que cuando se encuentra con V, que es tan orgulloso como todos los hombres a los que ella ha conocido, Norma Jeane procura que se sienta el rey del mundo. Quiere que él sepa que ella siente algo especial. Las pocas películas pornográficas que ha visto la han hecho avergonzarse de la actitud de las mujeres, que, en su opinión, deberían esforzarse más por fingir interés.

A veces llega al clímax. O al menos siente algo en lo más profundo del vientre. Una sensación espasmódica que asciende hasta una crisis de sorpresa e incredulidad y cesa rápidamente, como si alguien apagara la luz. ¿Es un orgasmo? Quizá algo parecido. Lo ha olvidado. Pero murmura:

—Ay, cariño, te quiero, te quiero, te quiero.

¡Y es verdad! Se queda embelesada pensando que hace mucho tiempo, cuando era una joven esposa, apretó con fuerza la mano de su marido en la platea de un cine de Mission Hills mientras contemplaba a este hombre, a su amante, el valiente piloto de *Héroes del aire*, lanzándose en paracaídas, descendiendo lentamente entre el humo, las llamas y la tensión casi insoportable de la banda sonora. ¡Cuánto se habría sorprendido Norma Jeane si hubiera imaginado que algún día haría el amor con ese mismo hombre!

—Aunque no es el mismo hombre, desde luego. Nunca lo es.

Detrás de las deslumbrantes luces de los reflectores, oculto entre las estratégicas sombras, está el Francotirador. Ágil como un lagarto, acuclillado sobre un muro del jardín, vestido con un traje elástico de surfista, un mono con cremallera y del color de la noche. Es objeto de polémica incluso entre los entendidos: ¿hay un solo francotirador en California o son varios? Sería lógico suponer que existe cierto número de francotiradores asignado a cada distrito de Estados Unidos, con mayor concentración en las regiones saturadas de judíos, como la ciudad de Nueva York, Chicago y Los Ángeles. Por el visor de infrarrojos de su rifle de gran

calibre, el Francotirador observa con serenidad a los invitados del multimillonario magnate del petróleo. Es una etapa de vigilancia temprana, inocente; las carcajadas le impiden descifrar las palabras, incluso aquellas pronunciadas a gritos. ¿Vacila al ver las caras casi familiares de las estrellas entre las demás? Ver la cara de una «estrella» siempre causa un pequeño impacto, una punzada de desencanto, como si te concedieran un deseo con demasiada facilidad. ¡Pero cuántos rostros hermosos! Y cuántas caras masculinas impresionantes, con frentes curtidas y prominentes, desproporcionados cráneos redondeados como bolos y brillantes ojos de insecto. Corbatas negras, esmóquines, almidonadas camisas con volantes. Es gente elegante. Sin embargo, el Francotirador, un profesional con experiencia, no se deja amilanar ni por la belleza ni por el poder. El Francotirador trabaja a las órdenes de Estados Unidos, y por encima de Estados Unidos, a las órdenes de la justicia, la decencia y la moral. Podría decirse que trabaja a las órdenes de Dios.

Sopla una agradable brisa y es la víspera del Domingo de Ramos, el domingo anterior al de Resurrección. En la mansión de estilo normando del multimillonario magnate del petróleo, una residencia situada en las colinas del prestigioso barrio de Bel Air, Norma Jeane está pensando: *¿Qué hago aquí, entre desconocidos?* y simultáneamente: *¡Algún día tendré una mansión como ésta, lo juro!* Sabe que la observan y se siente incómoda. Marilyn Monroe atrae las miradas como la luz a las polillas. Lleva un escotado vestido de color rojo carmín que deja al descubierto gran parte de sus pechos y se ciñe a sus caderas y su cintura de avispa. Parece una muñeca esculpida, pero se mueve. Es un ser animado, sonrío y es obvio que está ¡muy pero muy contenta de encontrarse en tan agradable compañía! Y ese pelo platino como algodón de azúcar. Esos translúcidos ojos azules. El Francotirador piensa que la ha visto antes, ¿no es la apetitosa rubia que firmó una petición a favor de los comunistas y sus simpatizantes, defendiendo a esos traidores de Charlie Chaplin y Paul Robeson (que además de traidor es negro y encima un negro con ínfulas)? El nombre de esa chica está fichado; por muchos seudónimos y alias que tenga, el Estado

le seguirá los pasos. El Estado la conoce. El Francotirador se demora mirando a Marilyn por el visor, apuntándola con el rifle.

El demonio puede adoptar cualquier forma; absolutamente cualquiera. Incluso la forma de un niño. En el siglo XX, las fuerzas del mal han de identificarse y erradicarse como se haría con la fuente de una plaga.

Y junto a la actriz en ciernes Marilyn Monroe está V, el actor veterano, el patriótico protagonista de *Héroes del aire* y *Victory over Tokyo*, dos películas que conmovieron al Francotirador en su juventud. ¿Acaso están liados?

Si yo fuera una puta como Rose, desearía a todos estos hombres, ¿no?

En parte, la fiesta es un homenaje a los Héroes de Hollywood.

Norma Jeane no lo sabía. No sabía que Z, D, S y otros estarían presentes y le sonreirían con sus furiosos dientes de hiena.

Los Héroes de Hollywood: los patriotas que habían salvado los estudios de la cólera de Estados Unidos y de la ruina económica.

Eran los testigos «voluntarios» que habían declarado en Washington ante el Comité de Actividades Antiamericanas, denunciando a los comunistas, a los simpatizantes del comunismo y a los «alborotadores» de los sindicatos. Hollywood se estaba sindicalizando y la culpa era de los rojos. Allí estaban el apuesto actor Robert Taylor, el canijo y atildado Adolphe Menjou, el meloso y siempre risueño Ronald Reagan y el bellamente feo Humphrey Bogart, que aunque al principio se había opuesto a la investigación, más tarde se había retractado.

¿Por qué? Porque Bogie sabe lo que le conviene, igual que el resto de nosotros. El verdadero patriotismo se demuestra delatando a los amigos. Porque delatar a los enemigos es muy fácil.

Norma Jeane se estremeció.

—¿No crees que deberíamos irnos? —murmuró a V—. Algunas de estas personas me dan miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué? ¿Te preocupa que descubran tu pasado?

Norma Jeane rió, apoyándose en V. ¡Los hombres eran unos bromistas!

—Ya te lo he di-dicho, cariño: yo no tengo pasado. Marilyn nació ayer.

¡Cómo chillaban! Como niños heridos con bayonetas.

Había espectaculares pavos reales de color verde y azul iridiscentes, paseándose y sacudiendo la cabeza con movimientos entrecortados, como el golpeteo del código morse. Los invitados cloqueaban y chasqueaban la lengua. Daban palmadas para asustarlos. A Norma Jeane le sorprendió que las colas desplegadas de los pavos reales no estuvieran erectas, sino que las aves las arrastraran deshonorosamente por el suelo.

—Parece que las consideraran una carga, ¿no? Tener que llevar esas hermosas y pesadas colas consigo a todas partes.

A falta de un guión, Norma Jeane se había pasado la velada diciendo frases tontas y banales. Cuando a su mente acudían palabras sueltas como «alocución», «éxtasis», «altar», era incapaz de pronunciarlas, porque ¿qué significaban en el contexto de la fiesta del multimillonario petrolero de Texas? No lo sabía. Y V no habría podido oírla con tanto alboroto.

Caminaban por un sinuoso sendero que discurría junto a un arroyo artificial. Al otro lado del arroyo había más pavos reales y otras aves elegantes con plumas de color rosa fosforescente.

—¿Son flamencos? —Norma Jeane nunca había visto un flamenco de cerca—. ¡Qué pájaros tan bonitos! Están vivos, ¿no?

El multimillonario magnate del petróleo era célebre por su colección de aves y otros animales exóticos. En la entrada de su mansión había un par de elefantes disecados con grandes colmillos de marfil. Sus ojos eran reflectores. ¡Parecían vivos! Sobre el tejado de la casa de estilo normando había buitres africanos disecados dispuestos en fila, como ominosos paraguas negros plegados. Aquí, junto al arroyo, había un puma sudamericano en una jaula, y en el interior de una amplia zona alambrada, monos aulladores, monos araña, loros y cacatúas de brillante plumaje. Los invitados admiraban una gigantesca boa que estaba dentro de una caja de cristal y parecía un plátano largo y grueso.

—¡Ay! —exclamó Norma Jeane—. No me gustaría que ese bicho me abrazara. No, gracias.

Era una insinuación para que V le rodeara el talle con los brazos. Pero V, abstraído en la contemplación de la enorme serpiente, no captó la indirecta.

—Oh, ¿qué es eso? ¡Vaya cerdo grande y raro!

V leyó la placa atornillada al tronco de una palmera.

—Es un tapir.

—¿Un qué?

—Un tapir. Un ungulado nocturno procedente de los trópicos.

—¿Un *qué* nocturno?

—Ungulado.

—¡Caray! ¿Qué hace aquí un ungulado de los trópicos?

La rubia Norma Jeane hablaba con exclamaciones para disimular su creciente ansiedad. ¿La observaban unos ojos ocultos? ¿Había alguien detrás de los movedizos reflectores, vigilando a la multitud? Por momentos, la apuesta cara de V parecía descolorida, como una arrugada careta de pergamino. Sus ojos eran cuencas oscuras. ¿Por qué estaban allí? Una gota de sudor, solidificada por efecto de los polvos de talco, se deslizó entre los grandes y hermosos pechos enfundados en el vestido rojo.

Siempre hay un guión. Aunque a veces no lo conozcas.

Por fin se acercaron a ella.

Lo sabía; los esperaba.

La rodearon como hienas. Sonriendo.

¡George Raft! Una voz grave y sugerente.

—*Hola, Marilyn.*

El señor Z, con su cara de murciélago, jefe de producciones.

—*Hola, Marilyn.*

El señor S, el señor D, el señor T y otros a los que Norma Jeane no reconoció. Y el multimillonario magnate del petróleo, que era el principal inversor en *Niágara*. Las monstruosas caras estaban salpicadas de sombras, como en una película muda del expresionismo alemán. Observados de cerca por V, los hombres empezaron a tocar a Norma Jeane, a acariciar con dedos gordos como salchichas sus hombros desnudos, brazos, pechos, caderas y

vientre; cerraron el círculo y rieron en voz baja, haciendo un guiño a V. *A ésta ya la hemos catado. Todos la catamos.* Cuando Norma Jeane consiguió librarse de ellos y se volvió hacia V, éste se alejaba.

Corrió tras él. Estaban a punto de marcharse de la fiesta, aunque todavía no era medianoche.

—¡Espera! Ay, por favor...

Presa del pánico, había olvidado el nombre de su amante. Lo alcanzó y lo cogió del brazo, pero él se soltó, maldiciéndola.

—¡Buenas noches! —dijo, o quizá—: ¡Adiós!

—No me he acostado con ninguno de ellos —protestó Norma Jeane—. ¡De veras!

Le falló la voz. Era una mala actriz. Una vez más, las lágrimas hicieron que se le corriera el rímel. ¡Qué difícil era ser hermosa y mujer! De súbito Norma Jeane sintió que alguien le cogía la mano, se volvió y se quedó estupefacta al ver a... ¿Cass Chaplin? Alguien le cogió la otra mano, unos dedos fuertes se enlazaron con los suyos y al volverse vio a... ¿Eddy G., el amante de Cass? Los atractivos jóvenes vestidos de negro la habían seguido con la presteza y el sigilo de un par de pumas hasta el borde de la terraza, donde Norma Jeane se tambaleaba sobre sus tacones, aturdida por el dolor y la humillación.

—No debes estar con gente que no te quiere, Norma —murmuró Cass con su dulce voz infantil—. Ven con nosotros.

Esa noche...

Esa noche, ¡la primera que pasarían juntos!

Esa noche, ¡la primera de la nueva vida de Norma Jeane!

Esa noche viajaron en un Rolls-Royce negro prestado, un modelo de 1950, hacia el mar por encima de Santa Mónica. A esas horas el viento soplaba con fuerza en la ancha playa, que estaba desierta. Había una radiante luna nacarada y jirones de nubes surcaban el cielo. ¡Y ellos cantaban, reían! Hacía demasiado frío para desnudarse y nadar, incluso para caminar entre las olas que rompían en la orilla, pero allí estaban, corriendo por la playa, riendo y gritando como niños enloquecidos, cogidos por la cintura. Qué torpes eran, pero qué encantadores a la vez: tres personas hermosas en la flor de su temeraria juventud, dos muchachos vestidos de negro y una rubia enfundada en un vestido de fiesta rojo: ¿eran tres enamorados? ¿Es posible que tres personas se amen tan desesperadamente como una pareja? Norma Jeane se quitó los zapatos dando un par de puntapiés al aire, corrió hasta destrozarse las medias y aun así siguió corriendo, abrazada a los hombres, tirando de ellos, que querían detenerse para besarse y algo más que besarse, porque estaban excitados como briosos animales jóvenes y Norma Jeane los provocaba, esquivándolos, pues había que ver lo rápido que corría descalza la preciosa rubia, igual que un muchacho, gritando y riendo a carcajadas, rebotante de alegría. Ya no recordaba la fiesta de Bel Air. No recordaba el abandono de su amante, que le había dado la espalda, una espalda erguida e inflexible, y desaparecido de

su vida. Había olvidado su breve y devastador juicio: *No mereces vivir, ésta es la prueba.*

En su estado de exaltación, quizá pensara que estos jóvenes príncipes habían acudido a rescatarla del orfanato, a liberarla de la prisión donde la habían recluido unos despiadados padres adoptivos. Le había costado identificar a los hombres, aunque, naturalmente, los conocía: Cass Chaplin y Eddy G. Robinson Jr., hijos de padres célebres que los despreciaban, príncipes destronados. Eran pobres, pero vestían ropa cara. No tenían casa, pero vivían con lujo. Se rumoreaba que bebían en exceso y que consumían drogas peligrosas, pero quién lo diría al verlos: eran el prototipo perfecto del estadounidense joven y viril. ¡Cass Chaplin y Eddy G. habían ido a buscarla! ¡La querían! A *ella*, a quien otros hombres despreciaban, usaban y tiraban como si fuera un pañuelo de papel. De acuerdo con la historia que los jóvenes contaban una y otra vez, Norma Jeane llegó a la conclusión de que habían asistido a la fiesta del magnate de Texas con el único propósito de verla a ella.

Lo que no podía saber entonces era que harían posible mi vida. Que, entre muchas otras cosas, me permitirían interpretar a Rose.

Uno de ellos la arrojó sobre la arena fría y húmeda, compacta como si fuera tierra. Ella luchaba, riendo, con el vestido desgarrado y el ligero y las medias de encaje negro torcidos. El viento le alborotaba el pelo y le hacía llorar los ojos, de modo que no veía prácticamente nada. Cass Chaplin comenzó a besarla en la boca, primero con suavidad y luego con creciente pasión, metiéndole la lengua, recuperando el tiempo perdido. Norma Jeane se abrazó a él desesperadamente, rodeándole la cabeza con los brazos, mientras Eddy G. se arrodillaba para bajarle las bragas y por fin las desgarraba. La acarició con sus hábiles dedos, y con su lengua igualmente hábil la besó entre las piernas, frotando, restregando, moviéndose a un ritmo vertiginoso; Norma Jeane enlazó las piernas alrededor de los hombros y la cabeza del joven: comenzaba a balancear las caderas, estaba a punto de correrse, de modo que Eddy, rápido y ágil como si hubiera practicado esa maniobra muchas veces, se puso en cuclillas sobre ella mientras Cass adoptaba la misma postura sobre su cara, y los dos la penetraron: el delgado

pene de Cass en la boca y el más grueso de Eddy en la vagina, empujando con rapidez y maestría hasta que la chica se puso a gritar como no había gritado nunca, como si fuera a morir, abrazando a sus amantes en semejante paroxismo de emoción que más tarde todos reirían de la escena con pesar.

Cass acabó con arañazos, pequeños hematomas y marcas rojas en las nalgas. Eddy, por su parte, parodiando una exhibición de culturismo en la playa, haciendo ostentación de su desnudez, les enseñó los morados de sus nalgas y muslos.

—Es obvio que nos estabas esperando, Norma, ¿verdad?

—Parece que nos deseabas con desesperación, ¿no?

Sí.

Rose, 1953

1

—Nací para interpretar a Rose. Nací *siendo* Rose.

2

Fue una etapa de nuevos comienzos. Ahora era Rose Loomis en *Niágara*, la película de La Productora que más había dado que hablar, y también era Norma, la amante de Cass Chaplin y Eddy G.

¡Ahora todo era posible!

Y Gladys estaba en un hospital privado. *Sólo pretendo cumplir con mi obligación. Supongo que no la quiero. ¡Ay, sí, la quiero!*

Fue como si un temblor de tierra la despertara de su letargo. Un temblor en la frágil corteza del suelo de California. No se había sentido tan llena de vida desde aquellos felices días en los que era una estrella del equipo de atletismo femenino en el Instituto de Van Nuys, cuando la vitoreaban mientras corría, la elogiaban y la habían premiado con una medalla de plata. *Lo único que deseo es saber que me quieren. Que alguien me necesita.* Siempre que no estaba con Cass y Eddy G., fantaseaba con ellos; cuando no estaba haciendo el amor con los dos jóvenes, recordaba la última vez que lo

habían hecho, aunque hubieran pasado pocas horas y aún sintiera en su cuerpo el calor y el frenesí del placer sexual. *Como un tratamiento de choque, una descarga eléctrica en el cerebro.*

A veces, los hermosos Cass Chaplin y Eddy G. pasaban por La Productora para visitar a Norma Jeane en el plató. Le llevaban a Rose una rosa roja de tallo largo. Si ella tenía un momento libre y las circunstancias lo permitían, los tres se encerraban en el camerino para pasar un rato juntos. (¿Y qué más daba si las circunstancias no eran ideales?)

Tenía la mirada vidriosa, como si acabaran de follarla. Y el olor que despedía era inconfundible. ¡Así era Rose!

3

Le sobraba energía ahora que V había desaparecido de su vida.

Ahora que también habían desaparecido de su vida las crueles esperanzas vanas.

—Lo único que quiero es saber qué es real. Qué es verdadero. Nunca volverán a mentirme.

No era oportuno pero sí sintomático de la vida en que comenzaba a convertirse su vida —aún más acelerada y absorbente, llena de citas, llamadas telefónicas, entrevistas y reuniones a las que Marilyn Monroe a veces no asistía o llegaba con horas de retraso, agitada y deshaciéndose en disculpas—, no era oportuno, pero una semana antes de empezar a rodar *Niágara*, Norma Jeane se dejó convencer de que debía mudarse a un apartamento nuevo, más luminoso y grande que el anterior, en un bonito edificio de estilo colonial situado cerca de Beverly Boulevard. El cambio de barrio sería un claro paso al frente. Aunque Norma Jeane no podía permitirse un apartamento más caro (¿adónde iba a parar su sueldo?, a veces debía retrasar varias semanas el pago del hospital de Lakewood) y tuvo que pedir dinero prestado para el depósito y los muebles nuevos, se trasladó debido a la insistencia de sus amantes.

—Marilyn será una estrella —dijo Eddy G.—. Marilyn merece algo mejor que esto.

—¡Este sitio! —exclamó Cass con desdén—. ¿Sabes a qué huele? A un amor pasado y deprimente. A sábanas sucias de semen rancio. Nada apesta tanto como un amor pasado y deprimente.

Cuando él y Eddy G. se quedaban a pasar la noche con ella en el viejo apartamento, los tres acurrucados como cachorrillos en la cama de bronce que Norma Jeane había comprado al Ejército de Salvación, los hombres insistían en dejar las ventanas abiertas para que entrara aire fresco y se negaban a echar las cortinas. Les traía sin cuidado que todo el mundo los mirara. Tanto Cass como Eddy G. habían sido actores de niños, estaban acostumbrados a que los observaran y no les importaba quién lo hiciera. Los dos se jactaban de haber trabajado en películas pornográficas en la adolescencia.

—Sólo por diversión —explicó Cass—, no por dinero.

—Yo no despreciaba el dinero —dijo Eddy G. haciendo un guiño a Norma Jeane—. Nunca lo hago.

Norma Jeane no sabía si debía creer aquellas historias. Los dos jóvenes eran unos embusteros descarados, pero siempre salpicaban sus mentiras con alguna verdad, como quien espolvorea un postre dulce con cianuro: te desafiaban a creer y a desconfiar. (Contaban increíbles anécdotas de sus famosos / infames padres. Como hermanos rivales, competían entre sí para escandalizar a Norma Jeane: ¿quién era más monstruoso, el pequeño Charlot o el bravucón de *Hampa dorada*?) Sin embargo, los dos hermosos jóvenes se paseaban desnudos por el apartamento de la actriz con el aire inocente e inofensivo de un par de niños malcriados. Cass decía que no lo hacían por negligencia, sino por una cuestión de principios.

—El cuerpo humano está hecho para ser visto, admirado y deseado; no hay motivo para esconderlo como si fuera una antiestética herida infectada.

Eddy G., el más vanidoso de los dos (quizá porque era algo más joven e inmaduro), le corregía:

—Bueno, hay muchos cuerpos que parecen antiestéticas heridas infectadas y deberían esconderse. Pero no el mío; ni el tuyo, Cass, y mucho

menos el de Norma, nuestra chica.

Era igual que la Amiga Mágica que tenía Norma Jeane en la infancia. La Amiga Mágica del Espejo, que era mucho más hermosa cuando estaba desnuda.

Una noche les habló a Cass y a Eddy de su Amiga Mágica. Eddy G. rió y dijo:

—¡Yo hacía lo mismo! Incluso ponía un espejo delante cuando me sentaba en la taza del váter. Cuando hacía cualquier cosa ante el espejo, me parecía oír aplausos.

—En mi casa —comentó Cass—, que estaba bajo un malvado encantamiento, la única magia era Chaplin, mi padre. Los grandes hombres atraen la magia y la absorben como si fuera un rayo invertido. No dejan nada para los demás.

El nuevo apartamento de Norma Jeane estaba en la octava y última planta del edificio, donde era difícil que los observaran. Sin embargo, cuando pasaba la noche con Cass y Eddy en casa de alguno de sus amigos, ¿cómo sabían si los observaban desde fuera?

La joven sólo se sentía segura cuando la casa estaba rodeada de árboles o protegida por una valla alta. Sus amantes se burlaban de ella, llamándola mozigata.

—Nada más y nada menos que Miss Sueños Dorados.

—Tengo miedo de que nos hagan fotos —protestaba la chica—. No me importaría que se limitaran a mirarnos.

Los ojos y los oídos del mundo. Algún día, ése será tu único refugio, pero todavía no.

4

Aproximadamente en esta época, Norma Jeane se compró un coche nuevo: un descapotable Cadillac de 1951 color verde lima, con una gran calandra de cromo y elegantes alerones. Neumáticos de banda blanca, una antena de radio de un metro ochenta de longitud y asientos tapizados en

auténtica piel de caballo. Lo consiguió a través de un amigo de un amigo de Eddy G. y le costó setecientos dólares, una verdadera ganga. Sin embargo, Norma Jeane veía este vehículo, que aparcado en la calle parecía una imagen escapada de una pesadilla —una bebida tropical convertida en vidrio y metal—, con los ojos fríos y críticos de Warren Pirig:

—¿Por qué es tan barato?

—Porque mi amigo Beau hace tiempo que admira a Marilyn Monroe. Dice que tuvo una erección al verte en *La jungla de asfalto*, pero que te conoció como Miss Productos de Papelería o algo por el estilo. ¿Eras tú la preciosa rubia que, según dice, iba vestida con un traje de baño de papel y tacones altos y a la que se le incendió el traje de baño? ¿Te acuerdas?

Norma Jeane rió, pero insistió con sus preguntas. (¡A veces era tan terca y palurda! Como un personaje de *Las uvas de la ira*.)

—¿Dónde está tu amigo Beau? ¿Por qué no me lo presentas?

Eddy G. se encogió de hombros y dijo con aire evasivo pero encantador:

—¿Quieres saber dónde está Beau ahora mismo? En algún lugar donde no sienta la vergüenza pública de no tener coche. Digamos que está donde se siente más cómodo.

Norma Jeane tenía más preguntas, pero Eddy G. le tapó la boca cubriéndola firmemente con la suya. Estaban solos en el apartamento nuevo, casi vacío de muebles. Rara vez se quedaba a solas con uno de sus amantes. Se le antojaba extraño ver a Eddy G. sin Cass o a Cass sin Eddy G. En momentos semejantes, la ausencia del otro era tan palpable como una presencia, o incluso más, porque parecían esperar con inquietud que el tercero entrara en la habitación. Era como oír unos pasos en la escalera que no acababan de llegar arriba. Como oír el suave campanilleo que a veces precede a los timbrados del teléfono, pero en este caso el aparato no sonaba. Eddy G. rodeó el talle de Norma Jeane con sus brazos y la estrechó con tanta fuerza que casi le impedía respirar. Su sinuosa lengua penetró en la boca de Norma Jeane, silenciando sus protestas.

No estaba bien que hicieran el amor en ausencia de Cass, ¿no? ¿Cómo podían tocarse, siquiera, cuando Cass no estaba con ellos?

Eddy G. parecía enfadado. ¡Semejante personaje, enfadado! Eddy G., que había saboteado su propia carrera de actor al reírse del guión en las audiciones, llegar tarde o bebido al rodaje (o tarde y bebido a la vez) o directamente no presentarse, el mismo Eddy G. que ahora se lanzaba sobre Norma Jeane como un ángel vengador. Con sus ojos castaño oscuro, su brillante cabello moreno y una palidez que a la chica le parecía hermosa. La arrojó hábilmente al suelo, indiferente a la dureza de ese suelo de madera, pues había una urgencia canina en su necesidad de copular y de hacerlo de inmediato; le abrió las piernas y la penetró, y Norma Jeane sintió una punzada de vergüenza, de arrepentimiento, de culpa porque a quien quería en realidad era a Cass Chaplin, con él deseaba casarse, él estaba destinado a ser el padre de su hijo. También amaba a Eddy G., naturalmente, al joven que medía un metro noventa y sin embargo no era desgarrado sino robusto como su famoso padre, con músculos prietos, una adorable cara infantil, pálida y casi bonita, y unos enfurruñados labios carnosos creados para chupar. Sin saber lo que hacía, Norma Jeane se agarró a Eddy G. con los brazos, las piernas y los irritados muslos. Irritados de tanto hacer el amor. Hambrienta de afecto y sexo. Fue como si un globo cálido y delicioso empezara a expandirse en su interior —una sensación que la sorprendió porque siempre se sentía tensa, habitada por un caos de pensamientos fallidos, de pensamientos imposibles de expresar—, allí, en el fondo de su vientre, en esos lugares secretos para los cuales las palabras disponibles, como «vagina», «matriz», «útero», eran inadecuadas, mientras que otros términos, como «coño», sólo tenían un sentido caricaturesco, acuñado por el enemigo. El globo se hinchó y se hinchó. La columna de Norma Jeane era un arco que se tensaba más y más. Se removía sobre el duro suelo de madera, girando la cabeza a un lado y al otro, con los ojos ciegos.

Esto es lo que le gusta a Rose. A Rose le encanta follar y que la follan, siempre que el hombre sepa cómo hacerlo.

Norma Jeane gritó y poco faltó para que le arrancara un trozo del labio inferior a Eddy G., pero éste percibió la tensión en los músculos femeninos, y sabiendo que ella estaba a punto de correrse y lo fuertes que eran sus

orgasmos, levantó astutamente la cabeza para eludir los dientes de la apasionada joven.

No tenía un buen polvo. Creo que nunca sabía qué hacer. Ni siquiera sabía mamarla: se la metías en la boca y todo iba bien porque esa boca era una delicia, pero de hecho te lo montabas solo, como si te hicieras una paja. Es extraño, habida cuenta de quién era ella o en quién se convertiría: ¡el mayor símbolo sexual del siglo XX! En aquellos años se rumoreaba que se limitaba a tenderse y dejarse follar como si fuera un cadáver con las manos cruzadas sobre el pecho. Pero con Cass y conmigo era todo lo contrario; se excitaba tanto, se volvía tan loca, que perdía el ritmo. Nos contó que nunca se había masturbado de pequeña (¡tuvimos que enseñarle!), lo que explicaba en parte su conducta; tenía un cuerpo maravilloso y lo admiraba ante el espejo, pero no lo sentía como algo suyo ni sabía qué puñetas hacer con él. ¡Tenía gracia! Los orgasmos de Norma Jeane eran como una estampida. Como un montón de personas que gritan y empujan, tratando de salir por la puerta todas a la vez.

Una hora después, cuando los pasos de Cass los despertaron de un profundo sopor, Norma Jeane había olvidado por completo lo que quería preguntarle a Eddy G. sobre el Cadillac verde lima, lo que antes le había parecido tan crucial.

Cass los miró, esbozó una sonrisa y suspiró.

—¡Qué imagen tan serena! Parecéis una versión de la escultura de *Laocoonte* donde las serpientes han follado con los niños en lugar de intentar asfixiarlos. Como si después todos se hubieran quedado dormidos abrazados. Y como si hubieran alcanzado la inmortalidad de esa manera.

En el asiento trasero de su coche nuevo, debajo de la funda de piel de caballo, Norma Jeane encontró unas pequeñas manchas oscuras semejantes a pegajosas gotas de lluvia. ¿Era sangre? Y bajo la sucia alfombra de plástico del vehículo descubrió un sobre marrón que contenía unos cien gramos de un fino polvo blanco. ¿Opio?

Probó unos granos con la lengua. No sabía a nada.

Cuando le enseñó el paquete a Eddy G., éste se lo quitó de las manos, hizo un guiño y dijo:

—Gracias, Norma. Que quede entre nosotros.

5

—Creo que Rose tuvo un hijo, y el niño murió.

Estaba empecinada en su idea, pero sonreía. De manera inconsciente (¿o consciente?) se acariciaba los pechos mientras hablaba. A veces incluso se daba suaves palmadas, con expresión abstraída, como si esas caricias circulares y onanistas fueran inherentes al acto de pensar; la mano sobre el vientre, la entrepierna marcada por las ceñidas prendas.

Como si se masturbara delante de ti. Igual que una niña o un animal.

En los platós donde filmaban *Niágara* y en el resto de Hollywood circulaban dos teorías enfrentadas. La primera era que la protagonista Marilyn Monroe no sabía actuar ni necesitaba hacerlo, ya que para hacer el papel de la zorra de Rose Loomis no tenía más que interpretarse a sí misma, razón por la cual los jefes la habían contratado (era del dominio público que todos los directivos, desde el señor Z hasta el último jefecillo del escalafón, despreciaban a Marilyn Monroe y le atribuían tanto mérito como a una prostituta o una actriz porno); la segunda teoría, promovida por los directores y algunos de los actores que habían trabajado con ella, era más radical: Marilyn Monroe era una actriz nata, tenía un talento natural —con independencia de cómo se definiera el término «talento»— y había descubierto lo que significaba «actuar» igual que una mujer que ante el peligro de ahogarse, sacude las manos y los pies y aprende a nadar empujada por la desesperación. ¡Nadar era una habilidad «espontánea» para ella!

En su profesión, el actor usa la cara, la voz y el cuerpo. No tiene otras herramientas. Su instrumento es su propia persona.

Durante la primera semana de rodaje, el director, H, empezó a llamar a Norma Jeane Rose, como si hubiera olvidado su nombre profesional. Ella

no se ofendió. Tanto H como el protagonista masculino, Joseph Cotten —un caballero inseguro en su papel, un actor de la generación de V que se parecía a éste en muchos sentidos—, se comportaban como si estuvieran enamorados de Rose, o al menos tan fascinados por ella que eran incapaces de mirar a otra parte. ¿O acaso ella y su cuerpo ostensiblemente femenino les inspiraban repugnancia?, ¿no podían quitarle la vista de encima porque la temían y la odiaban? El actor que interpretaba el papel de amante de Rose, y que debía besarla en largas escenas amorosas, se excitaba tanto que hacía reír a Norma Jeane; si ella no hubiera sido propiedad de los Dióscuros (como se hacían llamar jocosamente Cass y Eddy G.), lo habría invitado a su casa. O a hacer el amor en el camerino, ¿por qué no? Resultaba exasperante la manera en que Rose absorbía la mayor parte de la luz de una toma, por muy escrupulosamente que iluminaran la escena. Era irritante la forma en que, sin esfuerzo aparente, absorbía la vida de una escena, por mucho que los demás actores trataran de imponer su personalidad. En la proyección de las tomas del día, ellos parecían caricaturas bidimensionales, mientras que Rose Loomis era una persona de carne y hueso. Su piel pálida y luminosa se adivinaba caliente, sus misteriosos ojos tenían la translúcida tonalidad azul de un agitado mar invernal salpicado de escarcha, sus movimientos eran lánguidos como los de una sonámbula. Cuando empezaba a acariciarse los pechos ante la cámara, el trastornado H era incapaz de cortar la toma, aunque sabía que esas escenas no pasarían por el filtro de la censura y tendría que eliminarlas. En una escena crucial, mientras se reía de su desesperado marido y se burlaba de su impotencia insinuando que se acostaría con el primer hombre que se cruzara en su camino, Rose se rozó la entrepierna con la palma de la mano en un ademán inconfundible.

¿Por qué? Era obvio. Si él no podía darle lo que ella necesitaba, se lo proporcionaría a sí misma.

Pero eso era extraño. Se comentaba, se repetía insistentemente, que era extraño. Porque menos de un año antes, durante el rodaje de *Niebla en el alma*, la actriz rubia Marilyn Monroe tenía fama de ser una mojigata, una joven ansiosa y extremadamente tímida que evitaba cualquier contacto

físico o visual; se escondía en su camerino hasta que la llamaban e incluso entonces se resistía a salir, y cuando por fin lo hacía, sus ojos estaban llenos de pánico, como si se convirtiera en su personaje en lugar de «interpretarlo». Sin embargo, en los exteriores donde se rodaba *Niágara*, visitados una y otra vez por periodistas y otras personas, la misma joven actriz rubia no parecía más tímida que un babuino. Habría salido desnuda de su escena en la ducha si la asistente de vestuario no la hubiera interceptado con un albornoz; habría arrojado al suelo la toalla con la que se envolvía después de la ducha si la misma asistente de vestuario no la hubiera interceptado con el mismo albornoz. Por voluntad propia, salía desnuda en escenas de cama en las que otras actrices, incluidas las esculturales Rita Hayworth o Susan Hayward, habrían llevado ropa interior de color carne, prendas que pasaban inadvertidas bajo las sábanas blancas. Fue una decisión espontánea de Marilyn la de separar las rodillas y abrir las piernas bajo la sábana, un movimiento vulgar, sugerente y cualquier cosa menos «femenino». ¡He aquí una mujer que sugiere que no será pasiva ni sumisa en la cama! Durante el rodaje, la sábana caía a menudo, dejando al descubierto un pezón o la totalidad de un pecho nacarado. Entonces H no tenía más alternativa que cortar la escena, por muy fascinado que estuviera.

—¡Rose! Esta toma no pasará la censura.

H era el padre vigilante y asumía su responsabilidad moral. Rose era la hija díscola y desvergonzada.

Esa maldita mujer. Era tan hermosa que no podías quitarle los ojos de encima. Cuando Cotten por fin la estrangula, algunos prorrumpimos en aplausos espontáneos.

Una parte de *Niágara* se filmó en los platós que La Productora tenía en Hollywood; otra, en las cataratas del Niágara, en el estado de Nueva York. Fue precisamente en los exteriores donde Rose Loomis se convirtió en un personaje aún más convincente e imprevisible. La actriz exigía un texto más contundente. Se quejaba de que sus frases estaban llenas de clichés. Rogó que le permitieran escribir sus propios parlamentos, y ante la negativa del director, insistió en interpretar ciertas partes de las escenas con mímica, sin hablar. Norma Jeane pensaba que Rose Loomis era un papel mediocrementemente

descrito y poco verosímil, una vulgar imitación de la seductora camarera asesina que había interpretado Lana Turner en *El cartero siempre llama dos veces*. Creía que los directivos de La Productora la habían contratado sólo para humillarla. Pero los muy cabrones se enterarían de lo que era capaz.

Insistía en que repitieran cada toma media docena de veces, o una docena.

—Hasta que salga perfecta.

Las imperfecciones la horrorizaban.

Un día, mientras se preparaban para filmar la larga y provocativa escena en la que Rose Loomis se aleja de la cámara —a paso vivo pero seductor—, Norma Jeane se volvió inesperadamente hacia H y su ayudante y dijo con total naturalidad, usando su voz, no la del personaje:

—Anoche caí en la cuenta. Creo que Rose tuvo un hijo, y el niño murió. No me había percatado antes, pero por eso interpreto a Rose de esta manera. Ella tiene que ser algo más de lo que dice el guión; es una mujer que guarda un secreto. Recuerdo cómo sucedió.

—¿Qué? —preguntó H con incredulidad—. ¿Cómo sucedió qué?

Estaba perplejo; hacía semanas que se sentía desconcertado ante Rose Loomis. O ante Marilyn Monroe. ¡O ante quienquiera que fuera esa mujer! No sabía si debía tomarla en serio o reírse de ella.

—Tuvo un niño —prosiguió la joven como si no la hubieran interrumpido—, lo metió en un cajón de una cómoda y el niño se asfixió. No fue aquí, desde luego. No estaban en la habitación de un motel, sino en algún lugar del oeste, donde vivía antes de casarse. Ella se encontraba en la cama con un hombre y no oyó llorar al bebé en el cajón. Cuando terminaron, ni siquiera se dieron cuenta de que el niño había muerto —tenía los ojos entornados, como si mirara más allá de las deslumbrantes luces del plató, tratando de penetrar en las sombras del pasado—. Más tarde, Rose sacó al bebé del cajón, lo envolvió en una toalla y lo enterró en un lugar secreto. Jamás la descubrieron.

H rió, incómodo.

—¿Cómo demonios lo sabes?

Hubiera querido llamarla «rubia estúpida». Era la forma más rápida de descalificarla. ¿Tenía miedo de que desafiara su autoridad de director, así como Rose Loomis desafiaba la autoridad y la virilidad de su marido?

—¡Lo sé! —respondió Norma Jeane, sorprendida de que H dudara de su palabra—. Yo conocí a Rose.

6

¡Una mujer gigante! Y esa mujer era ella. En las cataratas del Niágara, empezó a soñar como nunca había soñado en California. Eran fantasías diurnas, vívidas como escenas cinematográficas. Una gigante, una risueña mujer con el pelo amarillo. No era Norma Jeane, ni Marilyn, ni Rose.

—Pero soy yo. Estoy en su interior.

En lugar de un vergonzoso corte sangrante, entre las piernas tenía una protuberancia, un órgano sexual grande e hinchado. Ese órgano palpitaba de avidez y deseo. A veces Norma Jeane se limitaba a rozarlo con la mano, o a soñar que lo rozaba con la mano, e instantáneamente, como una cerilla que se enciende, tenía un orgasmo y despertaba gimiendo.

7

La muy zorra. Rose hostiga a su marido porque él no es bueno con ella, no es un hombre. Quiere que muera, que desaparezca, porque una mujer necesita un hombre y él no lo es. Si no se comporta como un marido, ella tiene derecho a deshacerse de él. En la película, el plan consiste en que el amante de Rose lo empuje al río Niágara para que caiga por las cataratas. Es una verdad desagradable para el año 1953: aunque una mujer sea la esposa de un hombre, no le pertenece. Una mujer puede estar casada con un hombre al que no ama y le corresponde a ella decidir con quién quiere acostarse. Es dueña de su vida, incluso para desperdiciarla.

Yo quería a Rose. Tal vez fuera la única mujer que la quería, pero lo dudo, pues la película fue todo un éxito y la gente hacía largas colas para verla, como en la matiné infantil de los sábados. Rose era tan bonita y sexy que el público quería que se saliera con la suya. Quizá todas las mujeres deberían salirse con la suya. Estamos hartas de ser tolerantes y comprensivas. Estamos hartas de perdonar. ¡Estamos hartas de ser buenas!

8

—Podía llegar en cualquier momento, como un mensaje. Tanto si lo entendía como si no.

Ésa era la esperanza que Norma Jeane había depositado en los libros.

Abría un libro al azar, lo hojeaba y comenzaba a leerlo buscando una señal, una verdad que cambiara su vida.

Llenó una maleta de libros para llevársela al lugar del rodaje.

Les había suplicado a Cass Chaplin y a Eddy G. que la acompañaran, y cuando ellos declinaron la invitación, les arrancó la promesa de que irían a verla, aunque sabía que no lo harían, pues los dos estaban demasiado apegados a Hollywood.

—Llámanos, Norma. Mantente en contacto. Promételo.

A veces el rodaje de *Niágara* marchaba bien y otras veces no; en el segundo caso, la culpable era siempre Rose Loomis, o al menos eso creían los demás.

Era una obsesivo-compulsiva. Nunca se contentaba con una sola toma. Su secreto era el miedo al fracaso.

Esas noches, Norma Jeane se negaba a cenar con el resto del equipo. Estaba harta de ellos, que a su vez estaban hartos de ella. También estaba cansada de Rose Loomis. Tomaba un largo baño y se acostaba desnuda en la cama de matrimonio de su suite en el motel Starlite. Nunca veía la televisión ni escuchaba la radio. Aún no había terminado de leer el inconexo y desquiciado diario de Nijinsky, cuyas frases oníricas y esotéricas le inspiraban poemas.

Quiero decirte que te amo amo amo
quiero decirte que te amo a ti a ti a ti
quiero decirte que te amo amo.
Yo amo pero tú no. Tú no amas amas.
Yo soy la vida, pero tú eres la muerte.
Yo soy la muerte, pero tú no eres la vida.

Norma Jeane escribía con frenesí. ¿Qué significaban esos versos? No habría podido asegurar si se refería a Cass Chaplin y a Eddy G. o a Gladys, o a su padre ausente. Ahora que por primera vez en su vida estaba lejos de California, veía las cosas con claridad y dolor. *Necesito que me quieras. No puedo soportar el hecho de que no me quieras.*

Se le retrasó la regla y durante dos o tres días se convenció de que estaba embarazada. ¡Embarazada! Le dolían los pezones y sentía los pechos hinchados; creía verse el abdomen abultado, la piel luminosamente blanca y los pelos del pubis, decolorados y en parte afeitados, erizados como si estuvieran cargados de electricidad estática. Esto no tenía nada que ver con Rose, que había dejado morir a un bebé indefenso en un cajón y que habría abortado para impedir que el embarazo interfiriera con sus deseos. Era fácil imaginar a Rose tendida en una camilla, abriendo las piernas y diciendo al médico: «Haga su trabajo con rapidez. No soy una sentimental».

Los imprudentes Cass Chaplin y Eddy G. nunca usaban condón, a menos que estuvieran seguros, según decían, de que el compañero de cama estaba «enfermo».

Acurrucada entre los brazos suaves y fuertes de los jóvenes, aletargada por el placer sexual como un bebé saciado por el pecho materno y tan indiferente al futuro como si en efecto fuera un bebé, Norma Jeane se quedaba dormida y soñaba que estaba en la gloria, abrazada a sus amantes. *Si ocurre, será porque estaba escrito.* Una parte de su ser quería tener un hijo —sería el hijo de Cass y de Eddy G.—, mientras que otra parte, más sensata, sabía que sería un error.

Un error como el que había cometido Gladys al tener otra hija.

Ensayó mentalmente una llamada telefónica a sus amantes:

—Cass, Eddy, tengo una buena noticia: vais a ser padres.

¡Silencio! ¡La expresión de sus caras! Norma Jeane los vio con tanta claridad como si estuvieran con ella en la habitación y rió.

Naturalmente, no estaba embarazada.

Igual que en un perverso cuento de hadas en el que los únicos deseos que se cumplen son los falsos, nunca los verdaderos, no es fácil quedarte embarazada si eso es lo que quieres.

Así, en medio de la escena en la que Rose Loomis acude al depósito de cadáveres para identificar a su marido ahogado, descubre que quien se ha ahogado en realidad es su amante y se desmaya, Norma Jeane empezó a sangrar. ¡Una trampa cruel! Porque Rose Loomis lleva un cinturón que oprime su estrecha cintura y una falda tan ceñida que apenas puede andar sobre sus altos tacones. Porque usa unas diminutas bragas de encaje que rápidamente se empapan de sangre. Norma Jeane prácticamente se desmaya de verdad y tienen que ayudarla a llegar a un coche que la espera.

Después pasaría tres angustiosos días en la cama, expulsando coágulos de sangre de color óxido y olor repugnante y atormentada por una fuerte migraña. ¡Era el castigo de Rose! El médico de La Productora le prescribió una generosa dosis de analgésicos con codeína.

—Pero no debe beber, ¿entendido?

Los médicos contratados por los estudios de Hollywood eran poco estrictos y no se preocupaban por lo que pudiera ocurrirle al paciente una vez finalizado el rodaje. Mientras Norma Jeane estaba en cama, filmaron las escenas de *Niágara* en las que ella no aparecía. La joven actriz oyó comentarios de que sin Rose, las proyecciones diarias eran poco interesantes, aburridas y decepcionantes. Entonces se dio cuenta de que su presencia en la película era crucial, más importante que la de Joseph Cotten y, desde luego, que la de Jean Peters. Y por primera vez se preguntó cuánto les pagaban a los otros dos protagonistas.

Durante su estancia en el motel Starlite, además de a Nijinsky, Norma Jeane leyó *Mi vida en el arte*, de Konstantin Stanislavski, un libro que Cass Chaplin le había regalado la víspera de su partida. Era un precioso volumen en cartóné, lleno de anotaciones de Cass. También estaba leyendo *El*

manual del actor y la vida del actor y La interpretación de los sueños, de Freud, una obra tan dogmática y monótona, como una voz recitando al ritmo de un metrónomo, que la adormecía. Pero ¿acaso Freud no era un genio? ¿No estaba a la altura de Einstein o Darwin? Otto Öse e I. E. Shinn le habían hablado bien de él. Además, la mitad de los miembros de la flor y nata de Hollywood se «psicoanalizaban». Freud creía que los sueños eran el «camino real hacia el inconsciente» y a Norma Jeane le habría gustado viajar por ese camino con el fin de aprender a dominar sus rebeldes emociones. *No pretendo liberarme del amor, sino de la necesidad de amar. Porque entonces dejaré de desear la muerte cuando no me sienta querida.* Al mismo tiempo leía *La muerte de Ivan Ilich*, de Tolstoi, una obra que Rose Loomis jamás habría leído, pues carecía de la paciencia necesaria y no encajaba con su carácter. *Quería prepararme para la muerte. No Rose, sino yo.*

Más tarde se comentaría que en cierta ocasión Marilyn Monroe no se presentó en el plató después de varias llamadas y que el propio H en persona, impaciente y nervioso, tuvo que ir a buscarla. La encontró con el ceñido vestido y el llamativo maquillaje que usaba Rose en la dramática escena en la que su vengativo marido intentaba estrangularla. La joven vio a H a través del espejo y por un momento no lo reconoció. Como si en ese instante, H fuera la encarnación de la muerte. ¡Esa sonrisa torcida y enajenada! ¡Esa risita entrecortada! Porque ella estaba llorando la terrible muerte de Ivan Ilich, ¿no? Llorando la muerte de un funcionario ruso del siglo XIX que ni siquiera había sido un hombre particularmente noble o respetable. Un reguero de rímel surcaba su mejilla pintada con colorete.

—¡Ya voy! —se apresuró a decir con tono culpable—. Rose está preparada para mo-morir.

Sin embargo, murió aterrorizada. Un castigo merecido. Aunque esa puta debería haber sufrido un poco más. Y tendrían que habernos dado la

oportunidad de verla morir en primer plano, con la cámara enfocando directamente su cara, en lugar de hacerlo desde arriba. Sin ese juego de luces y sombras que embellece su muerte como si se tratara de un cuadro. Rose caída y muerta. Un cuerpo inerte, despatarrado. De súbito, Rose no es Rose, sino el cuerpo femenino muerto.

10

—¿Por qué no contestáis? ¿Adónde habéis ido?

Sola en el motel Starlite, en las cataratas del Niágara, Norma Jeane echaba desesperadamente de menos a Cass Chaplin y Eddy G., a quienes rara vez localizaba en los números que le habían dado, en esas casas misteriosas donde el teléfono sonaba sin cesar o donde respondían criadas hispanas o filipinas que no entendían inglés. Los echaba tanto de menos que por fin «hizo el amor consigo misma», como le habían enseñado ellos, imaginando a Cass y a Eddy G., sus dos amantes, unidos en una única, acelerada y asustadiza caricia que la condujo a un clímax tan explosivo y aterrador que pareció perder el conocimiento y despertó segundos después, todavía aturdida, con un hilo de saliva en la barbilla y el corazón palpitando a un ritmo peligroso. *Si yo fuera Rose, me encantaría esta sensación. Pero supongo que no soy Rose.* Empezó a derramar lágrimas de vergüenza y desesperación. La añoranza por sus amantes era tan grande, que casi dudaba de que existieran. O, si existían, desconfiaba de que la quisieran como decían.

Norma Jeane se dijo que no le importaría descubrir que Cass y Eddy G. estaban liados, juntos o por separado, con otros hombres. (Suponía que las relaciones sexuales esporádicas eran lo natural entre los hombres homosexuales, aunque procuraba no pensar en ello.) Pero sí, sí, se quedaría devastada si se enterara de que en su ausencia habían tomado como amante a otra mujer.

Su poder residía en que era la Mujer. Ellos eran los Hombres y ella, la Mujer. «Un triunvirato mágico e indisoluble», como decía pomposamente

Cass. ¡Ah, la adoraban! La querían. Estaba segura. Cuando se exhibían con ella en público, estaban radiantes de orgullo y posesión. Marilyn Monroe, la invención de La Productora, estaba en las puertas de la fama y los astutos nativos de Hollywood Cass y Eddy G. sabían lo que esto podía significar, aunque la chica lo ignorara. («¡Venga ya! No seáis tontos, eso no ocurrirá. ¿Como Jean Harlow? ¿O Joan Crawford? Yo no soy tan importante. Sé quién soy, lo mucho que tengo que esforzarme, el miedo que tengo. El hecho de que a veces parezca otra no es más que un truco de la cámara.») Incluso cuando Cass y Eddy G. se reían de ella, Norma Jeane sabía que la querían. Porque lo hacían como quien ríe de una hermana más joven e inexperta.

Sin embargo, bueno..., en ocasiones sus risas eran crueles. Norma Jeane trató de recordar esos momentos en los que los muchachos parecían confabularse contra ella. Cuando la lastimaban al hacer el amor. Cuando lo hacían de *aquella manera* que a ella no le gustaba, que dolía y seguía doliendo mucho después, tanto que casi no podía sentarse, que tenía que dormir boca abajo y tomar analgésicos o las píldoras mágicas de Cass. No entendía por qué a ellos les gustaba hacerlo de *aquella manera*.

—No es natural, ¿no? Quiero decir que... no puede ser normal.

Risas y más risas mientras la pequeña Norma parpadeaba para contener las lágrimas que brotaban de sus brillantes ojos azul celeste.

A veces herían sus sentimientos refiriéndose a ella como si no estuviera presente. Diciendo: «¡Ella, ella, ella!». Otras veces la llamaban con malicia, misteriosamente, «Pescado». Como en:

—Eh, Pescado, ¿nos dejas veinte pavos?

O:

—Eh, Pescadito, ¿me dejas cincuenta pavos?

Norma Jeane recordó que en un par de ocasiones había oído a Otto Öse al teléfono refiriéndose a ella, o a alguna de las otras modelos, como «pescado». Pero cuando le preguntó a Cass qué significaba el término, él se encogió de hombros y salió de la habitación. Después se lo preguntó a Eddy G., que le respondió con brutal franqueza, porque en el triunvirato de

personalidades, Eddy G. adoptaba el papel del insolente hermano menor de Cass.

—¿Por qué? Bueno, tú eres «pescado», Norma. No puedes evitarlo.

—Pero ¿por qué? ¿Qué significa «pescado»? —insistió ella, sonriendo.

Eddy G. también sonrió y respondió con cordialidad:

—«Pescado» significa mujer. Las escamas pegajosas, el clásico y apestoso olor. Un pescado es un ser viscoso, ¿no? Es una especie de mujer aunque sea macho, sobre todo si lo ves abierto en canal y destripado, ¿lo pillas? No es nada personal.

Sin embargo, el poder de Norma Jeane residía en su condición femenina. Igual que Marilyn Monroe, Rose Loomis era una Mujer.

No pueden tener niños sin nosotras. No pueden tener hijos.

Sin nosotras las mujeres, ¡el mundo se acabaría!

Otra vez marcaba uno de los números de teléfono de Hollywood.

¿Cuántas veces había llamado esa tarde, esa noche? ¿Y qué hora era en Los Ángeles? ¿Tres horas más o tres horas menos? Nunca se acordaba.

—Si aquí es la una de la mañana, ¿allí son las diez de la noche? ¿Las once?

Ahora marcó con nerviosismo el número del apartamento nuevo, que todavía no había terminado de amueblar. Esta vez le respondieron.

—¿Diga? —era una voz femenina y juvenil.

Los Dióscuros

El recibimiento. Allí estaban, esperando a su amada en la terminal. Continental Airlines, Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Con elegante ropa nueva —americana, chaleco, camisa de seda con grandes puños, chalina— y sombreros a juego. Un joven de brillantes ojos oscuros, espesa melena negra, bigote y la chaplinesca mirada de amante acongojado. Junto a él, ligeramente más alto, un robusto joven con los mismos rasgos agresivos de Edward G. Robinson pero más afeminados, prominentes labios carnosos y ojos llenos de pasión. El que se parecía a Chaplin llevaba media docena de rosas blancas y el que se parecía a Robinson, media docena de rosas rojas. Cuando en la cola de pasajeros que desembarcaban del avión apareció una joven rubia con gafas de sol, un arrugado traje blanco de falsa piel de tiburón y el cabello de algodón de azúcar prácticamente oculto bajo el ala inclinada de un sombrero de paja, los atildados jóvenes la miraron con expresión ausente.

—¿Qué pasa? ¿No me re-reconocéis?

Norma Jeane suavizó la tensión del momento dándole una nota de comedia musical. Ése era su don: su habilidad para improvisar en situaciones desesperadas. Rió con alegría y esbozó esa sonrisa suya que valía un millón de dólares. Agitó una mano en la cara de los hombres, como si quisiera despertarlos.

—¡Norma!

Los demás pasajeros miraron con asombro cómo corrían los jóvenes para abrazar a Norma Jeane. Eddy G. la levantó con el brazo derecho y la estrechó con tanta fuerza que poco faltó para que le rompiera las costillas. A continuación, con la furtiva gracia de un bailarín, Cass la abrazó y le dio un húmedo y apasionado beso en la boca.

¿Quiénes eran? ¿Actores? ¿Modelos? Los tres tenían un intrigante aire familiar, como si se parecieran a otras personas.

—Oh, Cass.

Norma Jeane prorrumpió en sollozos y ocultó la cara entre las rosas blancas.

Pero Eddy G. se interpuso entre los dos.

—Me toca a mí —dijo y la besó también en la boca.

Norma Jeane estaba demasiado sorprendida para devolverle el beso o cerrar los ojos. Le costaba respirar. Había tantas rosas. Algunas cayeron al suelo. El aterrizaje, un traqueteante descenso entre un remolino de niebla con olor a azufre, la había asustado y este recibimiento la asustaba aún más. Cass, profundamente conmovido, la miraba a los ojos.

—Norma, eres tan... hermosa. Supongo...

Eddy G. esbozó una fugaz sonrisa aniñada. Él, que hacía desternillarse de risa a sus amigos imitando a su célebre padre en *Hampa dorada*, ahora lo imitaba también sin saberlo, sonriendo, hablando por la comisura de la boca. Era muy propio de él reaccionar atropelladamente para evitar situaciones embarazosas.

—¡Sí! Aunque es fácil olvidar lo hermosa que es Marilyn.

Los hombres rieron. Tras un pequeño titubeo, Norma Jeane los imitó.

¡Qué cambiados estaban! Norma Jeane casi no los había reconocido.

La ropa elegante no era el único motivo (¿tenían un nuevo amigo, un generoso «benefactor»?; ¿uno de esos enamorados maduros que les resultaban irresistibles?). Cass llevaba el pelo más largo y rizado y se estaba dejando crecer un sedoso bigote negro tan parecido al de Charlot que había que mirarlo con atención para distinguirlo del original. Eddy G. estaba inquieto y eufórico (su última droga era Dexamyl, un estimulante que superaba a la Benzadrina en todos los aspectos y no causaba adicción); sus

oscuros ojos resplandecían, pese a que tenía los párpados hinchados y los capilares de su globo ocular izquierdo se habían roto formando un delicado encaje de sangre.

—Bienvenida a Los Ángeles, Norma.

—Dios, no sabes cuánto te hemos echado de menos. Prométenos que no volverás a dejarnos.

Mientras Norma Jeane batallaba con las rosas llenas de espinas, Cass y Eddy G. caminaban a su lado, riendo y charlando animadamente. Hacían planes para esa noche y para la siguiente. Celebrarían por adelantado el éxito de *Niágara*.

—Walter Winchell dice que será un bombazo.

Se abrían paso entre la multitud que atestaba la terminal, llamativos y exhibicionistas como pavos reales. Norma Jeane procuraba eludir los ojos de los desconocidos que los miraban con expectación y curiosidad. La gente se detenía en seco para verlos pasar.

La joven había dejado el Cadillac verde lima a Cass y Eddy G., que lo habían aparcado fuera del aeropuerto. Al salir, vio un largo y profundo arañazo en el guardabarros trasero y pequeñas abolladuras en la parrilla de cromo. Rió y no hizo ningún comentario al respecto.

Eddy G. se puso al volante y Norma Jeane se apretujó entre sus dos amantes en el asiento delantero. La capota estaba bajada. El aire cargado de azufre irritaba los ojos de Norma Jeane. Mientras aceleraba entre el tránsito, Eddy G. cogió la mano de la chica y la puso sobre su entrepierna. Cass cogió la otra mano de Norma Jeane y la depositó a su vez sobre su abultado pene.

Pero lo cierto es que no me conocen. No me reconocieron.

La promesa. Sucedió de algún modo: el Château Mouton-Rothschild de 1931 resbaló entre los dedos de él, que había conseguido la botella a través de un amigo de un amigo de un amigo, en cuya amplia y cavernosa bodega de Laurel Canyon Drive podía pasar inadvertida tan misteriosa desaparición, y, maldita fuera, todavía quedaban dos tercios del contenido. El vidrio estalló. Pequeños fragmentos de cristal volaron por el suelo de

madera como pensamientos demoníacos. El olor agrio y penetrante del vino se percibiría durante meses.

—¡Oh, Dios! Perdóname.

Quienquiera que fuese, fue perdonado. Pegajosos besos de ensueño. Aquellos ojos angustiados, llenos de amor. Era imposible no reír ante semejantes ojos, ante semejante belleza. Perdidos en un éxtasis interminable. Eran lo bastante jóvenes —y el Dexamyl contribuía lo suyo— para hacer el amor eternamente. No había droga más dulce que el amor. Otros colocones eran interiores, cerebrales, pero hacer el amor era una experiencia compartida, ¿no? Al menos casi siempre.

—¡Ay! Me duele. Lo siento. No pue-puedo evitarlo.

No había cortinas en las ventanas abiertas de par en par al cielo. Incluso con los ojos cerrados, uno sabía si era un día despejado, típico del sur de California, o un día nublado; si era el alba, el atardecer, una noche estrellada, una oscura noche encapotada o «el gran mediodía», como decía Cass, citando a su Zaratustra, su gran amor de la adolescencia. («Pero ¿quién es Zaratustra? —preguntó Norma Jeane a Eddy G.—. ¿Deberíamos conocerlo?». Eddy G. se encogió de hombros y respondió: «Claro. Supongo que sí. Aquí, tarde o temprano, conoces a todo el mundo. A veces los nombres cambian, pero una vez que los conoces, los conoces».) En *Hollywood Tatler*, *Hollywood Reporter*, *L. A. Confidential* y *Hollywood Confidential* publicaban fotografías de estos tres jóvenes hermosos. En las páginas de cotilleos.

TRES JÓVENES DE JARANA: CHARLIE CHAPLIN JR.,
EDWARD G. ROBINSON JR. Y LA ATRACTIVA RUBIA MARILYN MONROE:
¿UN MÉNAGE À TROIS?

Qué vulgaridad, dijo Cass. Qué falta de escrúpulos, dijo Eddy G. Marilyn es una actriz seria, observó Cass. Eddy G. comentó que detestaba sobre todo esa foto suya en la que parecía un gilipollas: salía con la boca abierta como si estuviera jadeando. Sin embargo, recortaron las imágenes más morbosas y las pegaron en las paredes. Cuando aparecieron en la

portada de *Hollywood Confidential*, bailando los tres juntos en un bar del Strip, Cass y Eddy G. compraron una docena de revistas y pegaron las tapas en la puerta de la habitación de Norma Jeane. La joven rió de la vanidad de los muchachos. Ellos, por su parte, se burlaron despiadadamente de su compañera.

—¿Es ésta la rubia atractiva? ¿O ésta? —preguntaron manoseándole las nalgas y la vagina.

Norma Jeane chilló y se soltó. El solo contacto con ellos, con sus dedos firmes y hábiles, con el calor de sus caras, hacía que se derritiera. Ah, parecía un cliché, pero era la pura verdad.

Era Norma Jeane quien animaba a los muchachos cuando necesitaban que los animaran, un hecho frecuente después de sus largas noches de juerga y sus días ajetreados. O cuando Eddy tuvo un accidente con un Jaguar prestado. Cuando el número de plaquetas en la sangre de Cass descendió alarmantemente y tuvieron que hospitalizarlo durante tres días infernales. Cuando Eddy G., que interpretaba a Horacio en una producción local de *Hamlet* y había sido elogiado por la prensa de Los Ángeles, despertó una tarde «con la mente en blanco, como si se la hubieran lavado con una manguera», y no pudo trabajar en la función de esa noche ni en ninguna de las siguientes. Cuando Cass se torció el tobillo en la primera semana de ensayos de un musical de la Metro en el que había conseguido un papel en el coro.

—Fue un accidente. No me vengáis con puñeteras interpretaciones freudianas.

Norma Jeane los cuidaba y los escuchaba. A menudo pasaba por alto sus palabras hirientes. Porque lo que le decían era menos importante que el hecho de que le hablaran con sinceridad y sin subterfugios, apretándole la mano, mirándola a los ojos.

—Ah, Norma, creo que te quiero —dijo Eddy G., con su cara de niño malcriado súbitamente fruncida como la de un niño al borde de las lágrimas—. Siento celos de ti y de Cass. Siento celos de cualquiera que te mire. Si pudiera amar a una mujer, ésa serías tú.

Y allí estaba Cass, con sus maravillosos ojos, el primer amor verdadero de Norma Jeane. *Esos ojos. Ningún otro hombre tiene unos ojos tan bellos.* Los había visto por primera vez cuando era una niña, la Norma Jeane desaparecida tiempo atrás, maravillada por todo aquello que descubría, y que no tenía palabras para describir, en la misteriosa y atractiva vida de su madre.

—¿Norma? Cuando dices que me quieres o simplemente cuando me miras, ¿a quién ves en realidad? ¿Lo ves a él?

—No, no. ¡Te veo sólo a ti!

Qué elocuentes eran, qué ingeniosos e inspirados, qué bien se expresaban Cass Chaplin y Eddy G. cuando hablaban de sus famosos / infames padres.

—Unos padres que devoran a sus hijos como Cronos —decía Cass con la cara pálida de odio.

(«¿Quién es Cronos?», preguntó Norma Jeane a Eddy G., porque no quería que Cass se enterara de lo inculta que era. «Creo que es un rey de la antigüedad —respondió Eddy G. sin convicción—. O no, espera, me parece que es Jehová en griego. Sí, es la palabra griega para decir Dios. Estoy seguro».) En Hollywood había muchos hijos de celebridades y la mayoría parecían víctimas de un cruel encantamiento. Cass y Eddy G. los conocían a todos. Tenían apellidos ilustres (Flynn, Garfield, Barrymore, Swanson, Talmadge) que pesaban sobre ellos como si se tratara de un defecto físico. Parecían verdes e inmaduros, pero tenían ojos de ancianos. Desde muy pequeños eran expertos en la ironía. Rara vez los sorprendían los actos crueles, incluidos los propios, pero un simple gesto de cortesía o generosidad podía conmoverlos hasta las lágrimas.

—No debes ser buena con nosotros —advertía Cass.

—Desde luego —convenía Eddy G. con vehemencia—. Sería como alimentar a una cobra. Yo no me acercaría a mí mismo ni con una vara de tres metros.

—Por lo menos vosotros tenéis padres —señalaba Norma Jeane—. Sabéis quiénes sois.

—Ése es el problema —replicaba Cass, irritado—. Ya sabíamos quiénes éramos antes de nacer.

—Cass y yo somos víctimas de una doble maldición —observó Eddy G.—, porque tenemos el mismo nombre de unos individuos que no querían que naciéramos.

—¿Cómo sabéis que no querían que nacierais? —preguntó Norma Jeane—. No podéis fiaros de lo que os dijeron vuestras madres. Cuando el amor termina y una pareja se separa...

—¡El amor! —tanto Cass como Eddy G. resoplaron con desdén—. ¿Hablas en serio? Mira al Pescadito, hablándonos de esa patraña del amor.

—No me gusta que me llaméis Pescado —dijo Norma Jeane, ofendida.

—Y a nosotros no nos gusta que nos digas cómo deberíamos sentirnos —respondió Cass, acalorado—. Tú nunca conociste a tu padre, así que eres libre para inventarte a ti misma. Y estás haciendo un trabajo excelente, Marilyn Monroe.

—¡Es verdad! ¡Eres libre! —exclamó Eddy G. Con su característica impulsividad infantil, cogió la mano de Norma Jeane y poco faltó para que le fracturara los dedos—. No llevas el nombre del cabrón que te concibió. Tu nombre, Marilyn Monroe, es completamente falso. Me encanta. Es como si te hubieras parido a ti misma.

Hablaban con ella, pero no le hacían el menor caso. Sin embargo, Norma Jeane sabía que cuando no estaba presente, ellos no hablaban con tanta seriedad. Se limitaban a beber o fumar hierba.

—Si yo pudiera parirme a mí mismo, volvería a nacer —afirmó Cass con voz estentórea—. Me redimiría. Los hijos de los «grandes» jamás nos sorprendemos a nosotros mismos, porque todo lo que somos capaces de hacer ya se ha hecho, y mejor de lo que podríamos hacerlo nosotros —no hablaba con amargura, sino con un aire de noble resignación, como un actor recitando a Shakespeare.

—¡Exactamente! —convino Eddy G.—. Si tenemos talento para algo, nuestros padres siempre tienen más —rió y dio un codazo a Cass en las costillas—. Claro que mi viejo es una mierda en comparación con el tuyo. No hizo más que dos grandes pelis de gánsteres. Cualquiera puede imitar su

sonrisa. Pero Charlie Chaplin... En un tiempo, era prácticamente un rey. Y ganó un pastón.

—Joder, ya te he dicho que no hables de mi padre —dijo Cass—. No sabes una mierda de él ni de mí.

—No seas capullo, Cassie, ¿qué diferencia hay entre tú y yo? Mi viejo me gritaba cada vez que lloraba o me meaba encima. Una vez, cuando yo tenía cinco años y ya estaba chalado, me lancé sobre él porque le estaba gritando a mi madre y el cabrón me arrojó al otro lado de la habitación de una patada. Mi madre lo contó en el juicio de divorcio y lo demostró con radiografías.

—Pues yo tuve que testificar en el juicio de divorcio porque mi madre estaba demasiado borracha para presentarse.

—¿Tu madre? ¿Y qué me dices de la mía?

—Por lo menos la tuya no está loca.

—¿Hablas en serio? Tú no sabes una puñetera mierda de mi madre.

Discutían con acaloramiento y grosería, como si fueran hermanos. Norma Jeane trataba de razonar con ellos, al estilo de June Allyson en aquellas películas de los años cuarenta donde la mujer podía hacer que prevaleciera la razón si además era guapa y se indignaba.

—¡Cass! ¡Eddy! No os entiendo a ninguno de los dos. Tú eres un actor excelente, Eddy; te he visto trabajar. Te inspiran los papeles serios y el lenguaje poético: Shakespeare, Chéjov. Lo tuyo no son las películas sino el teatro. Y allí es donde se demuestra el verdadero talento para la interpretación. Pero te rindes enseguida; esperas demasiado de ti mismo y finalmente te das por vencido. Y tú, Cass, eres un bailarín extraordinario —hablaba cada vez más rápido mientras los hombres la miraban en un silencio desdeñoso. Sus caras estaban tan vacías de expresión como las efigies de los monumentos funerarios—. ¡Tú eres la música en movimiento, Cass! Igual que Fred Astaire. Y tus coreografías son preciosas. Los dos sois...

De repente se sorprendió de la vacuidad de sus palabras, aunque sabía que eran veraces. ¡No exageraba! En ciertos círculos, los hijos de Charlie Chaplin y de Edward G. Robinson tenían fama de «superdotados», aunque

también de «malditos». Porque el talento no sirve de nada sin otras cualidades: valor, ambición, perseverancia y fe en uno mismo. Por desgracia, los dos carecían de estos atributos.

—¿Así que yo tengo condiciones para la interpretación? —preguntó Eddy G. con sarcasmo—. ¿Y qué es la «interpretación», bonita? Una mierda. Todos los actores son una mierda. Su padre, mi padre, los malditos Barrymore, la puta de la Garbo. Son caras, nada más. Un público lleno de gilipollas mira estas caras y se produce una especie de puñetera magia. Cualquiera que tenga la estructura ósea adecuada puede actuar.

—Eh, Eddy —interrumpió Cass—. Eso sí es una gilipollez. ¡Una gilipollez como una catedral!

—Te digo que cualquiera puede actuar —repitió Eddy G. con vehemencia—. Es una farsa. Un chiste. Te subes ahí arriba, sigues las instrucciones del director y recitas tu texto. Eso lo hace cualquiera.

—Claro —convino Cass—. Pero no cualquiera lo hace bien.

Eddy G. se volvió hacia Norma Jeane y con súbita crueldad dijo:

—Díselo, nena. Tú eres una «actriz». Es una estupidez, ¿verdad? Sin ese culo y esas tetas, no serías nada y lo sabes.

No esa noche, sino otra. Esta noche. Cuando celebraban su llegada de las cataratas del Niágara. En el lugar que había sido su apartamento «nuevo» y que ahora estaba desordenado y olía mal incluso antes de que el Château Mouton-Rothschild se rompiera en el suelo del salón y lo dejaran tal cual porque era demasiado trabajo limpiarlo. Pero tenían una botella de champán francés, y Cass insistió en abrirla él. Llenó las copas hasta el tope, de modo que las burbujas de champán les hacían cosquillas en los dedos. Cass y Eddy G. levantaron galantemente las copas en honor a Norma Jeane:

—Nuestra Norma ha vuelto con nosotros, donde debe estar.

—Nuestra Marilyn, que es preciosa.

—Y que sabe actuar.

—Oh, sí. ¡Y también follar!

Los hombres rieron, aunque sin maldad. Norma Jeane bebió y rió con ellos. Ella infería que no la consideraban gran cosa en el aspecto sexual. Quizá todos los hombres preferían a otros hombres, o lo harían si tuvieran

la opción; naturalmente, los hombres sabían lo que les gustaba a otros hombres, mientras que Norma Jeane no tenía idea. De modo que rió y bebió. Era más sensato reír que llorar. Más sensato reír que no reír. Los hombres la adoraban cuando reía, incluso Cass y Eddy G., que la veían de cerca y sin maquillaje. El champán era su bebida favorita. El vino le daba dolor de cabeza, pero el champán le aclaraba la mente y la animaba. ¡A veces se sentía tan triste! Aunque se había entregado en cuerpo y alma a Rose Loomis y parecía saber (sin vanidad, sin euforia) que *Niágara* sería un éxito gracias a ella, que la lanzaría en su carrera, de todos modos se sentía tan triste a veces... Bueno, el champán era la bebida de su boda. Describió la boda a Cass y Eddy, que la escucharon y rieron. Ellos, que eran contrarios al matrimonio, que detestaban las bodas, disfrutaban con sus anécdotas. El traje prestado, que se había manchado dos veces. El dolor que había sentido en su primera «relación sexual». Su joven y enardecido marido moviéndose de arriba abajo, sacudiéndose, sudando, gimiendo, resollando y jadeando. En el transcurso de su breve matrimonio, el olor a medicina de los resbaladizos preservativos. Y el viejo Hirohito, con su macabra mueca, sobre la radio.

—A veces era la única persona con la que hablaba en todo el día.

Y por lo visto en aquella época Norma Jeane tenía la regla todo el tiempo. ¡Pobre Bucky Glazer! Él merecía una esposa mejor. Norma Jeane deseaba que hubiera vuelto a casarse, que hubiera encontrado a una mujer que no pareciera sufrir un aborto cada vez que le venía la menstruación.

¿Por qué digo estas cosas tan horribles?

Cualquier cosa con tal de hacer reír a los hombres.

Cass los condujo al balcón. ¿Cuándo se había ocultado el sol? Era una noche húmeda, pero ¿qué noche? La ciudad de Los Ángeles se extendía a sus pies. Hacia el norte estaban las colinas, menos iluminadas. Una parte del cielo estaba salpicada de nubes y la otra, totalmente despejada, como una grieta enorme a través de la cual podías mirar eternamente. Norma Jeane había leído que el universo tenía una antigüedad de miles de millones de años y que lo único que los astrofísicos sabían era que su edad se reajustaba continuamente, perdida en el abismo del tiempo. Sin embargo,

todo había empezado con una explosión de nanosegundos de... ¿qué? Una partícula demasiado pequeña para que la viera el ojo humano. No obstante, al mirar el cielo, uno «veía» belleza en las estrellas. Uno «veía» constelaciones que formaban figuras humanas o animales, como si las estrellas, esparcidas en el tiempo y el espacio, estuvieran sobre una única superficie plana, como las viñetas de un tebeo.

—Allí está Géminis, ¿la veis? Norma Jeane y yo somos géminis. Los Dióscuros.

—¿Dónde?

Cass señaló. Norma Jeane no sabía bien qué veía ni qué debía ver. El cielo era un enorme puzle y le faltaban demasiadas piezas.

—Yo no veo nada —dijo Eddy G. con impaciencia—. ¿Dónde está?

—Dónde *están*. Los Dióscuros son dos. Son gemelos.

—¿Qué Dióscuros? Esto es muy raro.

Unos meses antes, Eddy G. les había dicho a Norma Jeane y a Cass que él también era del signo de Géminis, pues había nacido en junio. Estaba ansioso por ser idéntico a ellos. Ahora parecía haberlo olvidado. Cass volvió a señalar la escurridiza constelación y esta vez Norma Jeane y Eddy G. la vieron, o creyeron verla.

—¡Estrellas! —exclamó Eddy G.—. Les dan demasiada importancia. Están tan lejos que resulta difícil tomarlas en serio. Y su luz ya se ha extinguido cuando llega a la Tierra.

—Su luz no —corrigió Cass—. Las propias estrellas.

—Las estrellas son luz. Nada más.

—No es verdad. Al principio, las estrellas tienen sustancia. La luz no puede generarse de la nada.

Se creó cierta tirantez entre ambos. Era obvio que a Eddy G. no le gustaba que lo corrigieran.

—Con las «estrellas» humanas pasa lo mismo —observó Norma Jeane—. Tienen que ser algo. No pueden ser nada. Han de tener sustancia.

¡La pobre y torpe Norma Jeane! Aquélla era una alusión clara, aunque indirecta y bienintencionada, a los monstruosos padres de sus amantes.

—Lo cierto es que las estrellas se consumen —señaló Cass con perversa satisfacción—. Tanto las celestiales como las humanas.

—Brindo por eso —dijo Eddy G. riendo.

Eddy G. había sacado la botella de champán al balcón y la había apoyado imprudentemente en la estrecha barandilla. Volvió a llenar las copas. El joven parecía haber revivido gracias al aire fresco, un fenómeno típico en él en aquellos tiempos.

—¿Qué coño son los Dióscuros, Cass? ¿Has dicho que son gemelos?

—Sí y no. El principio de los Dióscuros es que, en esencia, no son dos. Son gemelos idénticos que tienen una extraña relación con la muerte —hizo una pausa. Igual que un actor, sabía cuándo debía detenerse.

Cass Chaplin era de lejos el más educado de los dos. Su trastornada madre lo había enviado a un internado jesuita, donde había estudiado teología medieval, latín y griego. Había abandonado los estudios antes de graduarse, nadie sabía si de manera voluntaria o porque lo habían expulsado o había sufrido una de sus innumerables crisis nerviosas. En la época de su primera relación con él, Norma Jeane había examinado furtivamente las posesiones de Cass, y en una de sus andrajosas bolsas de lona encontró un voluminoso diario titulado LOS DIÓSCUROS: MI VIDA EN (P)ARTE. Estaba lleno de composiciones musicales, poemas y dibujos de rostros y cuerpos humanos asombrosamente realistas. Había desnudos eróticos femeninos y masculinos, personas masturbándose con la cara crispada en gestos de angustia o vergüenza. *¡Pero ésta soy yo!*, había pensado Norma Jeane. Ahora tenía la impresión de que después de que el Comité de Actividades Antiamericanas interrogara a Charlie Chaplin Sr., la prensa lo calificara de «comunista traidor» y él se exiliara a Suiza, Cass había empezado a dilapidar sus energías: o bien estaba demasiado eufórico, o pasaba días enteros deprimido; padecía insomnio, igual que ella, y necesitaba Nembutal para dormir, y bebía cada vez más. (Por lo menos, a diferencia de Eddy G., no había sucumbido a la última moda de Hollywood: fumar hachís.) Hacía meses que no se presentaba a una audición. Escribía música, pero después rompía las partituras. Aunque en teoría Norma Jeane no sabía nada, varios conocidos malintencionados, incluido su agente, se habían tomado la

molestia de informarla de que la policía de Westwood había arrestado y retenido durante una noche a Cass Chaplin por alteración del orden público mientras se hallaba en estado de embriaguez. A veces, cuando hacían el amor, no se le levantaba; en esos momentos, Cass decía que Eddy G. tendría que satisfacerlos a los dos.

Cosa que Eddy G., que era o parecía incansable y continuamente los maravillaba con su polla, no tenía inconveniente en hacer.

—Los Dióscuros eran unos gemelos guerreros llamados Cástor y Pólux. A uno de ellos, Cástor, lo mataron. Pólux echaba tanto de menos a su hermano que ofreció a Zeus, el rey de los dioses, su propia vida a cambio de la de su hermano. Zeus se compadeció (a veces, si uno se humillaba lo suficiente y los pillaba de buen humor, los cabrones de los dioses se ablandaban) y les permitió vivir a los dos, pero no al mismo tiempo. Cástor vivía un día en el cielo, mientras Pólux estaba en el Hades, el infierno; después Pólux vivía un día en el cielo, mientras Cástor estaba en el infierno; alternaban entre la vida y la muerte, pero no se veían.

—¡Joder, qué tontería! Además de disparatado, es vulgar. Eso pasa constantemente.

Cass prosiguió, dirigiéndose a Norma Jeane:

—Entonces Zeus volvió a compadecerse de ellos. Premió su amor recíproco reuniéndolos para siempre en una constelación. En Géminis. ¿La ves?

Norma Jeane aún no había distinguido el dibujo formado por las estrellas. Pero alzó la vista al cielo y sonrió. Bastaba con saber que los Dióscuros estaban allí, ¿no? ¿O tenía que verlos?

—De modo que los Dióscuros son unos gemelos que están en el cielo y son inmortales. Siempre me preguntaba...

—¿Y eso qué tiene que ver con la muerte? —interrumpió Eddy G.—. O con nosotros. Yo me siento condenadamente humano y mortal. No como si fuera una puñetera estrella en el cielo.

La botella de champán cayó al suelo del balcón y se rompió. No se hizo añicos, como la de vino, y además le quedaba poco líquido.

—¡Joder! ¡Otra vez no!

Pero tanto Cass como Eddy G. reían. En un santiamén se habían convertido en Abbott y Costello. Eddy G. levantó algunos cristales rotos y con cara de ebria beatitud exclamó:

—¡Una promesa de sangre! ¡Hagamos una promesa de sangre! Somos los Dióscuros. Somos gemelos, aunque seamos tres.

—Eso es..., cómo se llama..., sí, un triángulo —dijo Cass con entusiasmo, arrastrando las palabras. Un triángulo no puede dividirse entre dos, a diferencia del número dos.

—No nos olvidaremos nunca, ¿de acuerdo? Los tres nos querremos siempre tanto como ahora.

—Y si es necesario, moriremos por los otros —añadió Cass jadeando.

Antes de que Norma Jeane pudiera detenerlo, Eddy G. se hizo un corte en el interior del antebrazo. La sangre brotó de inmediato. Cass le quitó el trozo de cristal e hizo lo mismo en su antebrazo, del que manó aún más sangre. Norma Jeane, profundamente conmovida, no vaciló en coger el cristal de manos de Cass y con dedos temblorosos pasó el filo por su propio antebrazo. Sintió un dolor instantáneo, agudo y lacerante.

—¡Siempre nos querremos!

—¡Siempre, como los Dióscuros!

—En la salud y en la enfermedad...

—En la riqueza y en la pobreza...

—Hasta que la muerte nos separe.

Como niños ebrios, unieron los antebrazos y apretaron. Rieron hasta quedarse sin aliento. ¡Era el mayor acto de amor en la vida de Norma Jeane!

—¿Sólo hasta que la muerte nos separe? —preguntó Eddy G. con voz gutural, imitando a un gánster—. ¡Demonios, más allá de la muerte! ¡Hasta después de que la muerte nos separe!

Se besaron, tambaleándose. Comenzaron a quitarse los unos a los otros la ropa arrugada y manchada de sangre. Estaban de rodillas y habrían hecho el amor allí mismo, en el balcón, de no ser porque Cass se clavó un fragmento de cristal en el muslo.

—¡Joder!

Abrazados, dando tropiezos, volvieron a entrar en el apartamento y se arrojaron todos juntos, como cachorrillos necesitados de afecto, sobre la cama sin hacer de Norma Jeane, donde en un delirio de pasión harían el amor intermitentemente durante toda la noche.

Esa noche pensé que concebiría un niño. Pero no fue así.

El sobreviviente. ¡El estreno de *Niágara*! Para algunos, una noche histórica. Todo el mundo lo sabía, incluso antes de que las luces se apagaran. Cass y yo no pudimos sentarnos junto a Norma, que estaba en las primeras filas con los directivos de La Productora. Se odiaban mutuamente, pero así eran las cosas en Hollywood en aquellos tiempos. La tenían contratada por mil dólares a la semana. Ella había aceptado esa suma cuando estaba desesperada y luego pelearía para que se la subieran durante años. Finalmente, los jefes ganaron. La noche del estreno de *Niágara*, el cabrón de Z está sentado junto a Norma Jeane, pero se levanta para saludar a la gente y estrechar algunas manos; parpadea como si no entendiera lo que le dicen, como si quisiera entender pero no pudiera hacerlo. El tipo está convencido de que es un olmo al que la gente le pide peras. No entiende. Durante toda la trayectoria de Marilyn Monroe, que ganará millones de dólares para La Productora y una ínfima parte para sí misma, esos tipos se comportarán como si no entendieran lo que pasa. Esa noche, Marilyn lucía un vestido rojo, cubierto de lentejuelas, que dejaba al descubierto sus hombros y gran parte de los pechos; un atuendo que habían cosido con ella dentro y que la obligó a entrar en la sala dando pequeños pasos de niña, mientras todos la observaban boquiabiertos, como si fuera un bicho raro. Cinco horas era el tiempo mínimo que le dedicaba el equipo de maquillaje en ocasiones semejantes. Norma decía que era como si prepararan un cadáver. Veo que mira alrededor, buscándonos a Cass y a mí (que estamos en el gallinero), y no nos encuentra. Es una niña perdida disfrazada de puta, pero de todos modos bellísima.

—Nuestra Norma —dije dándole un codazo a Cass. Habríamos querido gritar de alegría.

Las luces se apagan y *Niágara* comienza con una escena en las cataratas. Un hombre de aspecto insignificante e indefenso junto a las poderosas y rugientes aguas. Luego vemos a Norma, o más bien a Rose. Está en la cama, ¿dónde si no? Desnuda bajo una sábana. Está despierta, pero finge dormir. Durante toda la película, Rose Loomis hace una cosa mientras simula hacer otra; el público lo sabe, pero el imbécil de su marido no se entera. El tipo es un ex combatiente trastornado, un caso patético, pero al espectador le importa un bledo su situación. Todo el mundo espera que Rose vuelva a aparecer en la pantalla. Ella es una mujer voluptuosa y mala hasta el tuétano. Supera con creces a Lana Turner. Después de ver *Niágara*, uno recuerda al menos un desnudo integral. ¿En 1953? Es imposible apartar los ojos de Rose. Cass y yo veremos la película una docena de veces... Porque Rose es *nosotros*. Nuestra alma. Es cruel a nuestra manera. No tiene moral, igual que un niño. Está constantemente mirándose al espejo, como haríamos nosotros si tuviéramos su aspecto. Se acaricia, está enamorada de sí misma. ¡Como todos nosotros! Pero, en teoría, eso es *malo*. Uno se pregunta cómo es posible que las escenas de cama pasaran el filtro de la censura. Ella abre las piernas y uno juraría que ve su rubio coño a través de la sábana. Te quedas hipnotizado mirándola. Y su cara también es una especie de coño. La roja boca húmeda, la lengua. Cuando Rose muere, la película muere. Pero su muerte es tan hermosa que yo casi me corrí en los pantalones. Todo por una chica, Norma, que de hecho no tiene la menor idea de cómo follar, que te obliga a hacer el noventa y cinco por ciento del trabajo, que en la vida real repite «Ah, ah, ah» como si estuviera en una clase de interpretación y hubiera memorizado la frase. Pero en las películas, Marilyn era una experta. Daba la impresión de que la cámara era la única que sabía hacerle el amor tal como ella deseaba. Nosotros éramos simples mirones, hipnotizados en su contemplación.

Aproximadamente en la mitad de la película, cuando Rose se burla de su marido porque a éste no se le levanta, Cassie me dice:

—Ésta no es Norma. No es nuestro Pescadito.

Desde luego que no lo era. Rose era una desconocida, una mujer a la que jamás habíamos visto. La gente pensaba que Marilyn Monroe se limitaba a interpretarse a sí misma. Encontraban la manera de desacreditar todas sus películas, por muy diferente que fuera su papel en cada una de ellas.

—Esa puta no sabe actuar. Hace de sí misma.

Pero era una actriz nata. Un genio, si uno cree en la existencia de los genios. Porque Norma no tenía idea de quién era y necesitaba llenar el vacío que sentía en su interior. Cada vez que salía, tenía que inventar su alma. También nosotros, el resto de la gente, estamos vacíos; de hecho, es posible que el alma de todos los seres humanos esté vacía, pero Norma era la única que lo sabía.

Así era Norma Jeane Baker cuando la conocimos. Cuando éramos los «Dióscuros». Antes de que nos traicionara, o de que nosotros la traicionáramos a ella. Hace mucho tiempo, cuando éramos jóvenes.

¡La felicidad! No fue la mañana inmediatamente posterior al estreno de *Niágara*, sino varias mañanas después. Norma Jeane, que sufría insomnio desde hacía meses, despertó tras una noche de sueño profundo y reparador. Una noche sin las píldoras mágicas de Cass. Había tenido sueños sorprendentes, en los que Rose estaba muerta, pero Norma Jeane, viva.

—Me prometían que viviría para siempre.

Ella era una mujer sana, alta, fuerte y ágil como una atleta. Entre sus piernas no estaba el sangrante y humillante corte que la consumía, sino un curioso y prominente órgano sexual.

—¿Qué es esto? ¿Qué soy? Me siento tan feliz.

En el sueño tenía permiso para reír. Para correr por la playa descalza, riendo. (¿Estaba en Venice Beach? No en la Venice Beach de ahora, sino en la de hacía mucho tiempo.) La abuela Della estaba allí, con el pelo agitándose al viento. Norma Jeane casi había olvidado sus carcajadas estentóreas. ¿Acaso la abuela Della tenía algo semejante entre las piernas? No era la polla de un hombre ni la vagina de una mujer. Era simplemente:

—Lo que soy. Norma Jeane.

Despertó riendo. Era temprano, las seis y veinte de la mañana. Había dormido sola. Había echado de menos a los hombres antes de quedarse dormida, tras lo cual no los había añorado en absoluto. Cass y Eddy G. no habían regresado de... ¿dónde? Una fiesta en Malibú, o quizá en Pacific Palisades. A Norma Jeane no la habían invitado. O tal vez la habían invitado y se había negado a asistir. ¡No, no, no! Quería dormir y quería hacerlo sin píldoras mágicas; en efecto, había dormido y despertado temprano con una extraña sensación de fuerza en el cuerpo. ¡Tan feliz! Se lavó la cara con agua fría e hizo los ejercicios de calentamiento que había aprendido en las clases de interpretación. Luego los ejercicios de calentamiento de sus clases de baile. Se sentía como un potrillo impaciente por correr. Se puso mallas de ciclista, calentadores y jersey holgado. Se recogió el pelo en dos trenzas cortas y rígidas (¿no le había hecho trenzas tía Elsie antes de una de las carreras en el Instituto de Van Nuys para que el cabello rizado y rebelde no le cayera sobre la cara?) y salió a correr.

Las estrechas calles flanqueadas por palmeras estaban casi desiertas, aunque en Beverly Boulevard empezaba a acumularse el tráfico. Desde el estreno de *Niágara*, recibía continuas llamadas de su agente y de La Productora. Entrevistas, sesiones fotográficas, publicidad. Había carteles de Rose Loomis distribuidos por todo el país. Estaba en las portadas de *Inside Hollywood* y *PhotoLife*. Le leían las críticas con entusiasmo por teléfono, y de tanto oírlo, el nombre de Marilyn Monroe empezó a antojársele irreal, como el nombre de una ridícula desconocida descrita con palabras también ridículas y también inventadas por desconocidos.

Un bombazo de interpretación. Un talento turbador, tosco, primitivo. Una rubia ostensiblemente sexy y sin inhibiciones; no ha habido otra igual desde Jean Harlow. El poder elemental de la naturaleza. Una actuación tortuosa. Uno detesta a Marilyn Monroe y al mismo tiempo la admira. ¡Deslumbrante, brillante! ¡Sensual, seductora! ¡Que se quite Lana Turner! Un impresionante semidesnudo. Cautivadora. Repulsiva. Más lasciva que Hedy Lamarr y Theda Bara. Si las cataratas del Niágara son la séptima maravilla del mundo, Marilyn Monroe es la octava.

Al oír estas cosas, Norma Jeane se inquietaba. Se paseaba con el auricular ligeramente separado de la oreja. Reía con nerviosismo, levantaba una pesa de cinco kilos con la mano libre. Se miraba al espejo, desde el cual la miraba a su vez, tímida e intrigada, la chica del espejo biselado de la farmacia Mayer's. O de repente se inclinaba, se balanceaba y hacía diez rápidas flexiones seguidas. Veinte. ¡Las palabras elogiosas! Y el nombre Marilyn Monroe como una letanía. Norma Jeane se sentía incómoda, consciente de que las palabras recitadas con tono triunfal por su agente o por los empleados de La Productora habrían podido ser otras cualesquiera.

Palabras de desconocidos que tenían el poder de definir su vida. Cuánto se parecían al viento, que soplaba incesantemente. El viento de Santa Ana. Sin embargo, sin duda llegaría el momento en que el viento dejara de soplar; entonces aquellas palabras se desvanecerían y... ¿qué pasaría?

—Pero ésa no era Marilyn Monroe —dijo a su agente—. ¿No se dan cuenta? Era Rose Loomis y sólo existía en la pantalla. Ahora está muerta. Todo ha terminado.

Su agente tenía la costumbre de reírse de la ingenuidad de Norma Jeane como si ella hubiera pretendido ser ingeniosa.

—Marilyn, cariño —dijo con tono reprobador—. No ha terminado.

Corrió durante cuarenta minutos de éxtasis. Después, cuando torció por el camino de entrada del edificio, jadeando, con la cara empapada de sudor, vio a dos hombres jóvenes que se dirigían a la puerta principal.

—¡Cass! ¡Eddy G.!

Estaban pálidos, desaliñados, sin afeitado. La elegante camisa de seda gris de Cass estaba desabotonada hasta la cintura y manchada con un líquido del color de la orina. Eddy G. tenía los pelos de punta, en retorcidos mechones de loco, y un arañazo reciente, curvo como un gancho rojo, junto a la oreja. Los dos miraron estupefactos a la joven vestida con un suéter de la Universidad de Los Ángeles, pantalones de ciclista, calentadores y zapatillas de deporte, con el pelo trenzado y un saludable brillo de sudor en la cara.

—¡Norma! ¿Qué haces levantada a estas horas? —preguntó Eddy G. con voz plañidera.

Cass dio un respingo, como si le latiera la cabeza, y dijo con tono de reproche:

—¡Vaya! ¡Estás contenta!

Norma Jeane rió. Los quería tanto. Los abrazó y besó sus ásperas mejillas, pasando por alto el apestoso olor.

—¡Sí! ¡Soy feliz! Tanto que está a punto de estallarme el corazón. ¿Sabéis por qué? Porque ahora la gente de Hollywood verá que yo no soy Rose. Dirán: «Ha creado a Rose, que es muy distinta de ella. ¡Es una actriz!».

¡Embarazada! Con el nombre de «Gladys Pirig», había ido a consultar a un ginecólogo de un barrio de Los Ángeles tan alejado de Hollywood que parecía pertenecer a otra ciudad. Cuando él le dijo que sí, que estaba embarazada, ella rompió a llorar.

—Ay, lo sabía. Supongo que lo intuía. Últimamente me siento hinchada y tan contenta.

El médico, que no veía más que a una joven rubia llorosa, interpretó mal sus palabras y le cogió la mano, una mano que no tenía anillo de bodas.

—Usted es una joven sana, querida. Todo irá bien.

Norma Jeane se soltó, ofendida.

—He dicho que estoy contenta. Quiero tener al bebé. Mi marido y yo llevamos años intentándolo.

De inmediato llamó a Cass Chaplin y a Eddy G. Pasó la mayor parte de la tarde tratando de localizarlos. Estaba tan eufórica que olvidó que tenía una cita para comer con un productor, una entrevista con un periodista de Nueva York y una reunión en La Productora. Aplazaría su próxima película, un musical. Durante una temporada se ganaría la vida posando para revistas. ¿Cuánto tardaría en notarse el embarazo? ¿Tres meses? ¿Cuatro? Hacía tiempo que la gente de *Sir!* le pedía una foto para la portada y ahora podría cobrar la friolera de mil dólares. También podía contar con *Swank* y *Esquire*. Y había una revista nueva, *Playboy*, cuyo director también quería sacar a Marilyn Monroe en la portada. Después se dejaría el pelo de su color natural.

—Si sigo decolorándolo, se estropeará.

Se le ocurrió una idea absurda: ¡llamaría a la señora Glazer! ¡Cuánto echaba de menos a la madre de Bucky! Era a ella, y no a Bucky, a quien adoraba. Y a Elsie Pirig.

«¿Sabes una cosa, tía Elsie? Estoy embarazada.»

Aunque aquella mujer la había traicionado, Norma Jeane la había perdonado y seguía añorándola.

«Una vez que tienes un hijo, eres una mujer para siempre. Te conviertes en una de ellas y ya no pueden hacerte a un lado.»

Los pensamientos volaban, rápidos como murciélagos, en su cabeza. No podía ordenarlos. Prácticamente tenía la impresión de que no eran suyos. ¿No se olvidaba de alguien? ¿Alguien a quien debía telefonear?

«Pero ¿quién? Casi puedo ver su cara.»

La celebración. Esa noche se reunió con Cass y Eddy G. en un restaurante italiano de Beverly Boulevard, un sitio donde rara vez reconocían a Marilyn. Con ropa vulgar, el pelo oculto bajo un pañuelo, unas cejas que apenas se veían y sin maquillaje, Norma Jeane estaba segura. Eddy G. se sentó junto a ella en el reservado y la besó en la mejilla.

—Eh, Norma, ¿qué pasa? —preguntó con cara de asombro—. Pareces...

—Nerviosa —terminó Cass con gesto risueño pero asustado, sentándose en el asiento de enfrente.

Norma Jeane había planeado murmurarles al oído, a uno por vez: «¿Sabes una cosa? ¡Estoy embarazada! Vas a ser padre». En cambio, prorrumpió en sollozos. Levantó sus laxas y asombradas manos y las besó en silencio mientras los hombres intercambiaban una mirada llena de miedo. Más tarde, Cass diría que sabía que Norma estaba embarazada, claro que lo sabía: hacía tiempo que ella no tenía la regla y sus reglas eran tan dolorosas, demoledoras para la pobre chica y una auténtica prueba para cualquier amante, que desde luego que lo sabía, o lo presentía. Eddy G. aseguró que se había quedado de piedra, aunque no era exactamente una sorpresa. ¿Cómo iba a sorprenderse si hacían el amor todo el tiempo?

¿Cómo iba a sorprenderse justo él, con su polla incansable y siempre enhiesta? Porque no cabía duda de que el padre era él. Quizá no fuera exactamente un honor, ni siquiera tenía la seguridad absoluta de su paternidad, pero no podía negar que se sentía orgulloso. ¡Un hijo de Edward G. Robinson Jr. y una de las mujeres más bellas de Hollywood! Los dos jóvenes sabían que Norma Jeane deseaba un niño. Era uno de sus rasgos más enternecedores: qué ingenua y tierna era, cuánta fe tenía en el poder redentor de la maternidad, aunque su madre fuera una loca que la había abandonado y que (según rumores que circulaban por todo Hollywood) en una ocasión había intentado matarla. Los dos sabían lo importante que era para Norma ser lo que ella definía como una «persona normal». Y si un niño no te convertía en una persona normal, ¿qué otra cosa podría hacerlo?

De modo que esa noche, cuando Norma Jeane se echó a llorar y les besó las manos, mojándolas con sus lágrimas, Cass se apresuró a decir, con toda la comprensión de que era capaz:

—Ay, Norma, ¿crees que estás...?

—¿Es lo que pienso? —interrumpió Eddy G., y su voz se quebró como la de un adolescente—. Ooooooh, vaya.

Los dos sonreían, aunque estaban aterrorizados. Todavía no habían cumplido los treinta; eran casi unos niños. Hacía tanto tiempo que no conseguían ningún trabajo de interpretación que les costaba simular emociones. La mirada que intercambiaron reflejaba la certeza de que con aquella jovencita chalada no habría una solución sencilla, pues no aceptaría someterse a un aborto. Además de desear un bebé, Norma Jeane despotricaba a menudo contra el aborto. En su tierno corazón de mema, seguía siendo una devota de la Ciencia Cristiana. Creía, o quería creer, en gran parte de esa basura. En consecuencia, no habría aborto y no tenía sentido sacar el tema. Si los amantes Dióscuros tenían la esperanza de que Marilyn Monroe se enriqueciera pronto, esto alteraba sus planes. Era un auténtico obstáculo para sus fantasías. Sin embargo, si jugaban bien sus cartas, quizá quedara en un engorro temporal.

Norma Jeane fijó sus bonitos, ansiosos y brillantes ojos en los de ellos.

—¿Os alegráis por mí? Quiero decir..., ¿por nosotros? ¿Los Dióscuros?

Sólo podían decir que sí.

El tigre de peluche. Un episodio que parecía un sueño, pero era real. Era real y compartido con los Dióscuros. Aunque se había emborrachado con vino tinto (ella había bebido sólo dos o tres vasos, mientras que los muchachos apuraron dos botellas) y más tarde no recordaría con claridad lo sucedido. Aproximadamente a medianoche, ella, Cass y Eddy G., mareados, eufóricos y llorosos, salieron del restaurante donde habían celebrado la noticia y pasaron junto a una juguetería con las luces apagadas, una tienda pequeña por delante de la cual sin duda habrían pasado muchas veces sin fijarse, a menos que Norma Jeane se detuviera de vez en cuando para mirar con añoranza los bonitos animales de peluche, una gran familia de muñecas, los cubos decorados con letras de un rompecabezas, los trenes, camiones y coches de juguete, pero Cass y Eddy G. habrían podido jurar que jamás habían visto esa juguetería, y qué coincidencia, declaró Cass, verla por primera vez precisamente esa noche.

—Como en las películas. Es la clase de cosa que ocurre sólo en las películas.

El alcohol no embotaba los sentidos de Cass; por el contrario, los aguzaba. Estaba convencido de que nunca estaba tan lúcido como cuando bebía.

—¡Las películas! —exclamó Eddy G. con la boca torcida—. ¡Todo lo que nos pasa ha pasado antes en las putas películas!

Norma Jeane, que rara vez bebía y había prometido no volver a hacerlo durante el resto de su embarazo, se tambaleó ante el escaparate. Exclamó un «Oh», empañando el cristal con su aliento. ¿Era posible que estuviera viendo lo que veía?

—¡Oh! Ese tigre. Yo tuve uno igual hace mucho tiempo, cuando era pequeña.

(¿Era verdad? ¿El muñeco era igual a aquel regalo de Navidad desaparecido en el orfanato? ¿O éste era más grande, peludo y caro? También recordó el tigre que había confeccionado para la pequeña Irina con telas de un baratillo.) Con la brutal agilidad que lo había hecho famoso en el

submundo de Hollywood, Eddy G. dio un puñetazo a la luna del escaparate, aguardó a que terminara de caer la lluvia de cristales y, ante la mirada atónita de Cass y Norma Jeane, introdujo la mano por el agujero para coger el tigre.

—¡El primer juguete del niño! ¡Es precioso!

El desagravio. A última hora de la mañana siguiente, atormentada por la culpa, Norma Jeane volvió a la juguetería. Le dolía la cabeza, tenía resaca y unas ligeras náuseas.

—¿Habría sido un sueño? No me pareció real.

Llevaba el pequeño tigre de peluche en el bolso. No quería pensar que Eddy G. había roto la luna del escaparate como consecuencia de su impulsivo comentario. Pero tenía muy claro que el joven le había dado el juguete, que había dormido con él y que ahora estaba en su bolso.

—¿Qué voy a hacer? No puedo presentarme y devolverlo como si tal cosa.

¡Allí estaba la juguetería! HENRI'S TOYS, y en letras más pequeñas: «Nuestra especialidad: juguetes confeccionados a mano». Era una tienda diminuta con una fachada de menos de cuatro metros. Y qué desamparada parecía con una luna del escaparate rota y cubierta parcialmente con un trozo de madera. Norma Jeane espió por el cristal y comprobó con horror que, sí, la tienda estaba abierta. Henri estaba detrás del mostrador. Norma Jeane abrió la puerta con timidez y una campanilla resonó sobre su cabeza. Henri alzó la vista y la miró con ojos tristes. La tienda estaba escasamente iluminada, como el interior de un castillo. El aire olía a tiempos antiguos. Cerca de allí, en Beverly Boulevard, el tráfico estaba congestionado como todos los mediodías, pero en HENRI'S TOYS reinaba una reconfortante paz.

—¿Sí, señorita? ¿En qué puedo servirle? —era una voz de tenor, melancólica pero no acusatoria.

No me culpará. No es de los que juzgan a la gente.

—Yo... yo... yo... lo la-lamento mucho, señor Henri —dijo Norma Jeane con emoción infantil, tartamudeando—. Parece que le han roto una

luna del escaparate. ¿Ha sido un robo? ¿Sucedió anoche? Vivo cerca de aquí y no había visto el agujero antes.

El cariacontecido Henri, un hombre cuya edad Norma Jeane no habría podido adivinar, aunque sabía que no era joven, esbozó una sonrisa llena de amargura.

—Sí, señorita. Fue anoche. No tengo alarma antirrobo. Me decía ¿quién va a querer robar juguetes?

Norma Jeane apretó la correa de su bolso, temblando.

—Es-espero que no se hayan llevado muchas cosas —dijo.

—Me temo que lo hicieron —repuso Henri con rabia contenida.

—Lo siento mucho.

—Se llevaron todos los juguetes que pudieron y eligieron los más caros. Un tren artesanal, una muñeca de tamaño natural pintada a mano y con pelo de verdad.

—¡Oh! Lo lamento.

—Y juguetes más pequeños, muñecos de peluche que cose mi hermana. Ella es ciega —Henri hablaba con serena vehemencia, observando con disimulo a Norma Jeane como quien mira furtivamente al público desde un escenario.

—¿Ciega? ¿Tiene una hermana ciega?

—Sí. Es una modista excelente y cose animalitos guiándose tan sólo por el tacto.

—¿Y también robaron éstos?

—Cinco, además de los otros artículos. Y de romper el escaparate. Se lo he contado todo a la policía, aunque, naturalmente, no tengo ninguna esperanza de que pillen a los ladrones. ¡Los muy cobardes!

Norma Jeane no sabía si Henri se refería a los ladrones o a la policía.

—Pero tendrá seguro, ¿no? —preguntó tras un pequeño titubeo.

—Desde luego, señorita —respondió Henri con aire ofendido—. No soy idiota.

—Bu-bueno, es una suerte.

—Sí, es una suerte. Aunque el seguro no me compensará por los nervios que hemos pasado mi hermana y yo, ni me devolverá la fe en la naturaleza

humana.

Norma Jeane sacó el pequeño tigre del bolso. Tratando de pasar por alto la mirada estupefacta de Henri, se apresuró a decir:

—He... encontrado esto en un callejón, detrás del edificio donde vivo. Supongo que es suyo, ¿no?

—Pues sí...

Henri la miraba fijamente, parpadeando con rapidez. Su pálida cara se tiñó de un casi imperceptible color rojo.

—Lo he en-encontrado en el suelo. Me imaginé que se-sería suyo. Pero me gustaría comprarlo. Si no es demasiado caro.

Henri la miró largamente en silencio. Norma Jeane no podía adivinar lo que pensaba, del mismo modo que él, suponía, no podía adivinar lo que pensaba ella.

—¿El tigre? —preguntó—. Es una de las especialidades de mi hermana.

—Está un poco sucio. Por eso me gustaría comprarlo. Quiero decir que... —Norma Jeane rió con nerviosismo—, supongo que ahora no podrá venderlo. Y es tan bonito.

Sujetaba el tigre con las dos manos para que Henri lo viera. Norma Jeane estaba delante del mostrador, a unos treinta o cuarenta centímetros de él, pero Henri no hizo ademán de coger el juguete. Era varios centímetros más bajo que la chica, un hombrecillo que parecía una talla de madera con botones negros a modo de ojos, y orejas y codos puntiagudos.

—Usted es una buena persona, señorita. Tiene buen corazón. Le dejaré el tigre por... —Henri hizo una pausa y sonrió, esta vez con sinceridad, acaso imaginando que Norma Jeane era más joven de lo que era en realidad, una chica de poco más de veinte años, estudiante de teatro o de baile, bonita pero vulgar con su cara redonda e inocente y una piel demasiado pálida sin maquillaje. Con zapatos bajos parecía a un tiempo tetona y varonil. Tan falta de presencia y seguridad en sí misma que jamás triunfaría en el mundo del espectáculo— diez dólares. Costaba quince.

Henri pareció olvidar que el tigre tenía una etiqueta con la cifra 8,98 \$ escrita a lápiz.

Rápidamente, aliviada, Norma Jeane sonrió y sacó la cartera.

—No, señor Henri. Gracias. Pero el juguete será para mi primer hijo y quiero pagar el precio íntegro.

La visión

Norma Jeane lo recordaría siempre.

Habían salido a dar uno de sus paseos nocturnos en coche. Un paseo romántico en una noche de primavera en el sur de California. Iban en el Cadillac verde lima, con su ancha rejilla cromada y sus alerones estriados. Como la proa de un barco, la rejilla cromada y el guardabarros delantero navegaban sobre las olas de un oscuro mar salpicado de luces. Cass Chaplin, Eddy G. y su querida Norma. ¡Tan enamorados! El embarazo convirtió a Norma en una mujer aún más hermosa: su bonita piel resplandecía, sus ojos se veían brillantes, claros, lúcidos e inteligentes. El embarazo también había embellecido a los de por sí bellos hombres, haciéndolos más misteriosos, más reservados. Porque nadie conocería su secreto hasta que ellos decidieran hacerlo público. Hasta que Norma Jeane decidiera hacerlo público. Los tres parecían abstraídos, ausentes, como si pensarán en el inminente nacimiento. Reían con ganas, mirándose a los ojos. ¿Era verdad? Sí, era verdad. Verdad, verdad, verdad.

—No es una película —advertía Cass—, sino la vida real.

Eddy G. se había apuntado a Alcohólicos Anónimos y Cass estaba considerando la posibilidad de acompañarlo. ¡Dejar de beber era un paso importante! Pero si le quedaban las drogas... ¿O eso sería hacer trampa? Eddy G. decía sabiamente que éste era el mejor momento para dejar de beber, como había hecho su padre no una, sino muchas veces.

—No me hago más joven. Ni más sano.

El médico de Norma Jeane había calculado que estaba embarazada de cinco semanas, desde mediados de abril.

Le aseguró que su estado de salud era excelente. Sus únicas dolencias eran las que acompañaban las abundantes menstruaciones, pero ahora no tendría la regla durante una temporada. ¡Qué bendición!

—Eso sólo ya es una suerte. No es sorprendente que me sienta tan feliz.

Dormía bien sin tomar somníferos. Hacía ejercicio. Hacía media docena de comidas frugales al día, apurando con voracidad sobre todo cereales y fruta, y muy de vez en cuando tenía náuseas. No podía comer carnes rojas y le daban asco las grasas.

Los muchachos la llamaban «mamaíta» en lugar de «Pescadito» (al menos a la cara). ¡Estaban encantados con ella! La adoraban. Era el vértice femenino del indivisible triángulo. Había pasado miedo; sí, se le había cruzado por la cabeza la posibilidad de que sus amantes la abandonaran, pero no lo habían hecho y era evidente que no tenían intenciones de hacerlo. Porque hasta ahora no habían estado enamorados de las mujeres a las que habían dejado embarazadas, o que les habían hecho creer que las habían dejado embarazadas. Tampoco ninguna de las mujeres que habían mantenido relaciones íntimas con ellos se había negado a abortar. Norma Jeane era diferente; no se parecía a las otras.

Puede que también le tuviéramos miedo. Empezábamos a pensar que no la conocíamos.

Cass conducía, llevando el coche por calles casi desiertas bajo la luz de la luna. Norma Jeane, acurrucada entre sus apuestos amantes, nunca se había sentido tan contenta. Tan feliz. Cogió la mano de Cass y la de Eddy G. y apretó las palmas húmedas sobre su vientre, donde crecía el bebé.

—Pronto sentiremos los latidos de su corazón. ¡Ya veréis!

Iban hacia el norte por La Ciénaga y habían dejado atrás Olympic Boulevard y Wilshire. Al llegar a Beverly, Norma Jeane pensó que Cass torcería hacia el este para llevarlos a casa, pero continuó hacia el norte, rumbo a Sunset Boulevard. Por la radio del coche sonaba música romántica de los años cuarenta: *I Can Dream, Can't I?, I'll Be Loving You Always*. Hicieron una pausa de cinco minutos para las noticias, la principal de las

cuales era que habían encontrado otra chica violada y asesinada, una «aspirante a modelo» desaparecida en Venice unos días antes que por fin había aparecido, desnuda y envuelta en una lona, cerca del muelle de Santa Mónica. Norma Jeane se quedó paralizada. Eddy G. cambió de emisora. No era una noticia nueva, ya la habían pasado el día anterior. Norma Jeane no reconoció el nombre de la chica; no lo había oído antes. Eddy G. sintonizó otra emisora de música pop y escucharon a Perry Como cantando *The Object of My Affection*. Silbó al son de la música, acurrucándose contra el cuerpo de Norma Jeane, que ahora parecía más cálido y reconfortante.

Era extraño: Norma Jeane nunca habló con Cass y Eddy G. de su visita a HENRI'S TOYS, a pesar de que los Dióscuros habían prometido que entre ellos no habría secretos.

—¿Adónde nos llevas, Cass? Quiero ir a casa. El bebé tiene sueño.

—Quiero que el bebé vea una cosa. Espera.

Él y Eddy G. parecían intuir que Norma Jeane empezaba a inquietarse. Y que tenía sueño. Como si el bebé estuviera absorbiéndola, conduciéndola a su silencioso espacio oscuro que precedía al tiempo. *Antes de que el universo comenzara, yo existía. Y tú conmigo.*

Estaban en Sunset y giraban hacia el este. Norma Jeane detestaba ese barrio desde hacía años, pues había pasado por allí en tranvía rumbo a sus clases o audiciones en La Productora, hasta la fatídica mañana en la que le rescindieron el contrato. En Sunset Boulevard siempre había tráfico. Un continuo río de coches, como naves surcando la laguna Estigia. Y ahora, por encima de sus cabezas, comenzaba una sucesión de vallas publicitarias iluminadas. ¡Películas! ¡Las caras de las estrellas! Y la valla publicitaria más alta y espectacular de todas era la de *Niágara*, con su superficie de casi diez metros de ancho ocupada por la protagonista femenina, la rubia platino de cuerpo voluptuoso, hermosa y provocativa cara, sugerentes y brillantes labios rojos, una imagen tan fascinante que en Los Ángeles circulaba el chiste de que demoraba el tráfico, cuando no hacía que se colapsara por completo.

Naturalmente, Norma Jeane había visto carteles de *Niágara*. Pero se resistía a mirar aquella infame valla.

Eddy G. dijo con entusiasmo:

—¡Norma! Puedes mirar o no, pero...

—Ahí está —interrumpió Cass—: Marilyn.

Marilyn

1953 - 1958

«Famosa»

Construya mentalmente un círculo de luz y atención. No permita que su concentración vaya más allá de ese espacio. Si comienza a perder el control, reclúyase rápidamente en un círculo más pequeño.

KONSTANTIN STANISLAVSKI,
Un actor se prepara

Norma Jeane jamás habría imaginado este año de maravillas, 1953. El año en que Marilyn Monroe se convirtió en una estrella y Norma Jeane se quedó embarazada.

—¡Soy tan feliz! Todos mis sueños se han hecho realidad.

Precipitándose sobre ella como las violentas y urticantes olas que rompían en la playa de Santa Mónica cuando era niña. Las recordaba tan vívidamente como si hubiera sido ayer. Pero pronto sería madre y su espíritu sanaría. Pronto silenciaría aquella voz de metrónomo.

Allí donde estés, estaré yo. Incluso antes de que llegues al lugar adonde te diriges, yo estaré allí, esperando.

—No puedo aceptar el papel. Lo lamento... Sí, ya sé que una oportunidad como ésta se presenta una sola vez en la vida, pero ocurre lo mismo con todo lo demás.

El papel era el de Lorelei Lee en *Los caballeros las prefieren rubias*, la comedia musical de Anita Loos. Una obra que llevaba mucho tiempo en cartel en Broadway y cuyos derechos había comprado La Productora especialmente para Marilyn Monroe, que desde el estreno de *Niágara* era la más rentable de las actrices en plantilla.

—¿Piensas rechazarlo? —preguntó su agente con incredulidad—. No te creo, Marilyn.

No te creo, Marilyn. Norma Jeane esbozó la engolada frase con los labios. Era una pena que se encontrara sola, que Cass y Eddy G. no estuvieran allí para reír con ella. No respondió. Su agente hablaba con rapidez. Para él, ella era únicamente Marilyn, una mujer que no le caía bien y le inspiraba temor. A diferencia del señor Shinn, no la quería. A sus espaldas, ella lo llamaba Rin-Tin-Tin, porque era un individuo inquieto, peludo y gritón, un joven viejo ferozmente ambicioso y astuto sin ser inteligente; Rin-Tin-Tin era servil con los poderosos y déspota y prepotente con los demás, sus jóvenes empleadas, los dependientes, los camareros y los taxistas. ¿Cómo era posible que el extraordinario I. E. Shinn hubiera desaparecido y que Rin-Tin-Tin ocupara su lugar? *¿Cómo voy a confiar en ti si no me quieres?*

Ahora que Marilyn Monroe se había hecho «famosa», Norma Jeane no podía fiarse de nadie que no la hubiera conocido y querido antes. Cass Chaplin le había advertido que se le pegarían como lapas.

—Uno de los dichos favoritos de mi padre es: «Quien tiene millones de dólares tiene millones de amigos».

Aunque Norma Jeane nunca tendría millones de dólares, la gente veía la «fama» como una especie de fortuna que uno podía dilapidar caprichosamente. La «fama» era un incendio que no controlaba nadie, ni siquiera los jefes de La Productora, que se atribuían el mérito de haber encendido la chispa. ¡Le enviaban flores! La invitaban a comer, a cenar, a las fiestas que celebraban en sus lujosas mansiones de Beverly Hills. *Sin embargo, siguen pensando que soy una cualquiera.*

En la fiesta que siguió al estreno de *Niágara*, Norma Jeane, que ciertamente no era Rose pero había tomado unas cuantas copas de champán, se había dirigido al señor Z con el tono suave y burlón de Rose: ¿Recuerda aquel día de septiembre de 1947? Yo era casi una niña y ¡tenía tanto miedo! Todavía no me habían cambiado el nombre. Usted me invitó al apartamento que estaba detrás de su despacho para que viera su colección de pájaros disecados, su «aviario». ¿Recuerda que me hizo daño, señor Z? ¿Recuerda que me hizo sangrar? ¿Que me obligó a ponerme a cuatro patas? ¿Recuerda que me gritó? Fue hace años. Después me rescindió el contrato. ¿Lo recuerda?

Z miró fijamente a Norma Jeane y movió la cabeza con perplejidad. No. Se humedeció los labios, incómodo, dejando entrever el brillo de su dentadura postiza. Aunque tenía cara de murciélago, la extraña textura granulada de su piel, sobre todo en la calva de aspecto ajado, era más propia de una lagartija. Ahora negaba con la cabeza, no, no. Los crueles ojos amarillentos estaban opacos.

¿No? ¿No lo recuerda?

Me temo que no, señorita Monroe.

¿No recuerda la sangre en su alfombra de piel blanca?

Me temo que no, señorita Monroe. No tengo ninguna alfombra de piel blanca.

¿Mató a Debra Mae también? ¿Y después la descuartizó?

Pero Z ya se había vuelto de espaldas. Otro poderoso hombre lagarto había llamado su atención. No había oído las palabras de Norma Jeane en la

furiosa voz de Rose Loomis. Y el ambiente era demasiado festivo: voces, risas y un grupo de negros tocando *jazz*. No era el mejor momento para arreglar cuentas con el enemigo, porque otras personas se acercaban a felicitar a Marilyn por su éxito. *Niágara* era una película de serie B barata y filmada en poco tiempo, una inversión que daría mucho dinero, de modo que lo mejor que podía hacer Norma Jeane era tragarse el rencor y sonreír, sonreír y sonreír con gracia en el papel de Marilyn.

Aunque deseara con toda su alma tirar de la manga del esmoquin de Z y enfrentarse a él. Pero una voz sensata intervino, advirtiéndole:

No lo hagas. Es la clase de cosa que haría Gladys en un momento semejante, ante un montón de testigos. Pero tú, que eres Marilyn Monroe, no harás nada por el estilo porque no estás enferma como yo.

Así pasó el momento de peligro. Norma Jeane empezó a respirar con mayor serenidad. Más tarde recordaría con sorpresa y alivio que había sido Gladys quien le había dado este buen consejo. ¡Sin duda era un episodio decisivo en la vida de ambas! *Saber que me deseaba lo mejor, que no quería que estuviera enferma. Saber que se alegraba por mí.*

Rin-Tin-Tin estaba a su lado. Hinchado de orgullo, como si él la hubiera inventado. Era varios centímetros más alto que Rumpelstiltskin, no tenía chepa y su aceitosa cabeza calva era normal, ni desproporcionada ni deforme. Sus ojos se parecían a los de cualquier hombre ambicioso y hasta tenía una caprichosa vena amable, inesperada como un estornudo, una presta sonrisa de niño ilusionado. Pero su cliente, la actriz rubia que al parecer se había hecho famosa de la noche a la mañana, seguía inspirándole miedo y desconfianza. Rin-Tin-Tin temía que un hombre con sus mismas cualidades, aunque más acentuadas, le robara su cliente. ¡Norma Jeane echaba de menos al señor Shinn! En esta clase de celebraciones, sentía su ausencia como un tufillo a restos de comida, a la basura de una cocina. Le parecía imposible que I. E. Shinn hubiera muerto y que esos otros enanos siguieran vivos. Si Isaac hubiera estado allí, se habría percatado de que Norma Jeane se sentía incómoda ante la obligación de sonreír a unos desconocidos; los nervios la empujaban a beber más de la cuenta y los efusivos elogios y cumplidos no hacían más que confundirla, pues estaba

convencida de que en realidad deberían reprenderla por no haber dado lo mejor de sí.

«¡Tema a los admiradores! Hable de su arte únicamente con aquellos que estén dispuestos a decirle la verdad», advertía el gran Stanislavski.

Ahora estaba rodeada de admiradores. O de personas que fingían serlo.

El señor Shinn se habría quedado con ella en un rincón; el pícaro y astuto Rumpelstiltskin la habría hecho reír con su cruel sarcasmo y sus ingeniosas ocurrencias. La noticia del embarazo le habría chocado. Al principio se habría puesto furioso —si a alguien detestaba más que a Cass Chaplin, ése era Eddy G. Robinson Jr., y él no podía saber que los Dióscuros habían salvado la vida de Norma Jeane—, pero la joven estaba convencida de que unos días después se habría alegrado por ella. *La Bella Princesa tendrá lo que desee.*

—¿... ahí? ¿Marilyn?

Una irritante voz radiofónica despertó a Norma Jeane de su trance. No; era una voz telefónica. Estaba tendida en el sofá y el auricular había caído a su lado. Tenía las dos manos húmedas sobre el vientre, donde el bebé dormía su secreto sueño sin palabras.

Levantó el auricular, confundida.

—¿Sí? ¿Qué?

Era Rin-Tin-Tin. Se había olvidado de él. ¿Cuándo había telefoneado? ¡Qué vergüenza! Rin-Tin-Tin preguntaba si le pasaba algo y la llamaba Marilyn, como si tuviera derecho.

—No, no me pasa nada. ¿Qué quería?

—Escúchame, por favor. Nunca has hecho una comedia musical y ésta es una magnífica oportunidad. La propuesta...

—¿Una comedia musical? No sé cantar ni bailar.

Rin-Tin-Tin soltó una carcajada. ¡Qué graciosa era su cliente! Una nueva Carole Lombard.

—Has asistido a clases de canto y de baile y en La Productora todo el mundo dice que... —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada— prometes. Que tienes un talento natural.

Era verdad: cuando se dejaba llevar por la música, cuando bailaba o cantaba, parecía poseerla una deliciosa euforia infantil. Y ahora tenía otra buena razón para sentirse alegre.

—Lo lamento. No puedo. Ahora no.

Oyó una brusca inspiración perruna. Un jadeo.

—¿Ahora no? ¿Por qué *ahora* no? Marilyn Monroe es un éxito de taquilla *ahora*.

—Por razones personales.

—¿Qué, Marilyn? No he oído bien.

—Por razones personales. Tengo una vida privada. No soy simplemente un objeto que sale en las películas.

Rin-Tin-Tin decidió hacer oídos sordos a este comentario. Era la misma táctica que solía usar Rumpelstiltskin. Dijo con impaciencia, como si transmitiera una noticia que acabara de leer en un telegrama:

—Z ha comprado los derechos de *Los caballeros las prefieren rubias* especialmente para ti. No le interesa Carol Channing, a pesar de que tuvo un éxito rotundo con la obra en Broadway. Quiere filmar la comedia sólo para que te luzcas tú, Marilyn.

¡Para que se luciera ella! ¿Por qué?

Norma Jeane se pasó la mano por la barriga como lo habría hecho Rose, acariciando la tensa y apenas perceptible redondez que era el bebé, y preguntó con indiferencia:

—¿Cuánto me pagarían?

Rin-Tin-Tin tardó unos instantes en responder.

—El sueldo estipulado por el contrato. Mil quinientos dólares semanales.

—¿Y cuántas semanas durará el rodaje?

—Calculan que unas doce.

—¿Y cuánto cobrará Jane Russell?

Una vez más, Rin-Tin-Tin se demoró en responder. Debió de sorprenderle que Norma Jeane, que parecía distraída y ausente, que no se interesaba por los cotilleos de Hollywood y, según aseguraba, ni siquiera estaba al tanto de la explosión de publicidad en torno a Marilyn Monroe,

supiera no sólo que Jane Russell sería la coprotagonista en la película, sino también que una conversación sobre el sueldo de dicha actriz pondría en un compromiso a su agente.

Éste respondió con tono evasivo:

—El contrato está pendiente. La Russell necesita la autorización de otro estudio.

—Sí, pero ¿cuánto piden?

—Todavía no se ha acordado una suma definitiva.

—¿Cuánto?

—Piden cien mil dólares.

—¡Cien mil dólares! —Norma Jeane sintió una punzada de dolor en el vientre. El bebé también se sentía ofendido. Pero nadie perturbaría su sueño porque, por encima de todo, su madre sintió alivio. Rió y dijo—: Si el rodaje dura doce semanas, cobraré dieciocho mil dólares. ¿Y Jane, cien mil? Marilyn Monroe debería tener su orgullo, ¿no cree? Es un insulto. Jane Russell y yo fuimos juntas al Instituto de Van Nuys. Ella era un año mayor y consiguió más papeles que yo en las obras del colegio, pero siempre hemos sido amigas. ¡Se sentiría violenta por mí! —Norma Jeane hizo una pausa. Había hablado muy rápidamente, y aunque no estaba alterada, su voz sonaba furiosa—. Ahora tengo que colgar. Adiós.

—Espera, Marilyn...

—A la mierda con Marilyn. Ella no está aquí.

Una mañana llamaron de Lakewood. ¡Gladys Mortensen había desaparecido!

La noche anterior había escapado de su habitación, del hospital y también de los jardines que rodeaban el edificio (según habían admitido, a regañadientes, tras una meticulosa búsqueda). ¿Podía ir lo antes posible?

—Oh, sí. Oh, sí.

No se lo contaría a nadie. Ni a su agente, ni a Cass Chaplin, ni a Eddy G. *Pretendía protegerlos. Esta tragedia era sólo mía.* Además, temía ver la ostensible indiferencia que se reflejaba en los ojos de sus amantes cada vez que mencionaba, aunque fuera indirectamente, a su madre enferma. («Todos

tenemos una madre enferma —decía Cass restándole importancia al asunto—. Si me ahorras los comentarios sobre la tuya, yo no hablaré de la mía. ¿De acuerdo?».)

Norma Jeane se vistió de prisa y completó su atuendo con un sombrero de paja de Eddy G. y unas gafas de sol. Estuvo a punto de tomar una de las azules píldoras de Benzedrina que Cass guardaba en el cuarto de baño, pero no lo hizo. En los últimos tiempos dormía un mínimo de seis horas diarias, un sueño profundo y reparador, ya que el embarazo le sentaba bien. Al menos eso aseguraba su médico, que estaba radiante como un futuro padre, tanto que a Norma Jeane empezaba a inquietarle la posibilidad de que la hubiera reconocido. ¿Y si le sacaba fotos mientras estaba anestesiada, dando a luz al niño?

Emprendió viaje a Lakewood entre el tráfico matutino. Estaba preocupada por Gladys; ¿se habría hecho daño a sí misma? *¿Es posible que esté enterada de mi embarazo?* Sabía que debía dejar de atribuirle el don de la omnisciencia; ella ya no era una niña ni Gladys, la poderosa madre que todo lo sabe. *Sin embargo, de alguna manera se ha enterado. Por eso ha huido.* De camino a Lakewood, Norma Jeane pasó junto a uno, dos, tres cines donde ponían *Niágara*. Encima de la marquesina de cada uno de ellos, estaba MARILYN MONROE, tendida de lado, con su piel pálida y luminosa, luciendo un escotado vestido rojo que apenas contenía sus voluminosos pechos. MARILYN MONROE sonreía provocativamente con unos brillantes labios fruncidos que Norma Jeane miró con timidez.

¡La Bella Princesa! Nunca se había fijado en que la Bella Princesa se burlaba de sus admiradores al tiempo que los enaltecía. Ella era tan hermosa y ellos, tan vulgares. Ella era una fuente de emociones y ellos, esclavos de las emociones. ¿Quién era el Príncipe Encantado digno de ella?

¡Sí, estoy orgullosa! Lo reconozco. Me he esforzado mucho y me esforzaré aún más.

La mujer del cartel no soy yo, pero es el fruto de mi trabajo. Merezco esta felicidad.

Merezco a mi hijo. ¡Es mi momento!

Cuando Norma Jeane llegó al hospital privado de Lakewood, como por arte de magia, Gladys había regresado. La habían encontrado dormida en un banco de una iglesia católica situada a algo más de cuatro kilómetros del psiquiátrico, sobre el concurrido Bellflower Boulevard. Estaba confusa y desorientada, pero no había opuesto resistencia a la policía de Lakewood, que la había devuelto al hospital. Al verla, Norma Jeane rompió a llorar y abrazó a su madre, que olía a cenizas, ropa húmeda y orina.

—Pero madre ni siquiera es católica. ¿Por qué fue allí?

El director de Lakewood Home se deshizo en disculpas ante Norma Jeane. Con buen tino, la llamaba «señorita Baker». (El que Gladys Mortensen fuera la madre de cierta actriz de cine era una información estrictamente confidencial. «¡No me delate, por favor!», había rogado Norma Jeane.) El director le aseguró que todas las noches, a las nueve, se cercioraban de que los pacientes estuvieran en su habitación; revisaban ventanas y puertas y había guardias de seguridad en todo momento.

—No estoy enfadada —dijo Norma Jeane—. Me siento agradecida porque mi madre está sana y salva.

Norma Jeane pasó el resto del día en Lakewood. Al fin y al cabo, era un día afortunado. Se preguntó cómo darle la gran noticia a Gladys. Una madre no siempre está preparada para recibir buenas noticias de su hija, porque una madre nunca ejerce tanto de sí misma como cuando cuida a una hija. Sin embargo, ahora era Norma Jeane quien cuidaba de Gladys, que parecía frágil e insegura en sus movimientos, parpadeando y frunciendo los ojos como si no reconociera a su hija. En varias ocasiones dijo con tono más preocupado que acusador:

—Tienes el pelo blanco. ¿Eres vieja, como yo?

Norma Jeane ayudó a bañar a su madre, le lavó el pelo enmarañado y lo peinó con solicitud. Le hablaba con alegría, tarareando y cantando como si tratara con una niña.

—Todos estábamos preocupados por ti, madre. No volverás a escaparte, ¿no?

En algún momento de la madrugada, Gladys había conseguido abrir no una sino varias puertas cerradas con llave (a menos que, contrariamente a lo

que aseguraba el personal, no las hubieran cerrado bien) y había salido sin que la vieran por el jardín delantero del hospital; una vez en la calle, se las había apañado para recorrer a pie los cuatro kilómetros y medio que la separaban de la iglesia de St. Elizabeth, donde a la mañana siguiente la encontraron los feligreses que acudieron a la misa de las siete. Llevaba una bata beis de algodón, con el dobladillo descosido, y sin ropa interior debajo. Aunque había salido del hospital calzada con unas zapatillas de pana, aparentemente las había perdido en el camino y sus huesudos pies estaban cubiertos de cortes superficiales. Norma Jeane lavó esos pies con ternura y desinfectó las heridas con yodo.

—¿Adónde ibas, madre? Si querías ir a algún sitio, deberías haberme llamado para que te llevara. A la iglesia, por ejemplo.

Gladys se encogió de hombros.

—Sabía adónde iba.

—Podrías haberte hecho daño. ¿Y si te hubiera atropellado un coche o te hubieras perdido?

—No me perdí. Sabía adónde iba.

—¿Adónde?

—A casa.

La palabra flotó en el aire, extraña y maravillosa como un insecto fosforescente. Norma Jeane, conmovida, no supo qué responder. Notó que Gladys sonreía. Era una mujer que guardaba un secreto. Mucho tiempo antes, en otra vida, había sido poeta. Una hermosa joven que había atraído a los hombres, incluso a prósperos hombres de Hollywood como el padre de Norma Jeane. A Gladys le habían administrado un sedante para «tranquilizarla» antes de que su hija llegara al hospital. No se la veía agitada, ni siquiera avergonzada por haber causado tamaña conmoción. Se había orinado en el banco de la iglesia, pero tampoco parecía avergonzada por eso. *Es una niña. Una niña cruel. Ha ocupado el lugar de Norma Jeane.*

Los ojos de Gladys, otrora hermosos, estaban sombríos y opacos como piedras y su piel tenía un veteado matiz verdoso; sin embargo, y a pesar de que había pasado la noche deambulando descalza, Norma Jeane no la notó

más avejentada que la última vez. Era como si muchos años antes le hubieran hecho un encantamiento: los que la rodeaban envejecerían, pero ella no.

—Puedes venir a casa conmigo cuando quieras, madre —dijo Norma Jeane con un ligero dejo de reproche—. Ya lo sabes.

Hubo un silencio. Gladys se sorbió los mocos y se limpió la nariz. Norma Jeane creyó oír la burlona risa de la mujer. *¡A casa! ¿Contigo? ¿Adónde?*

—Y no eres vieja —prosiguió Norma Jeane—. No deberías decir que eres vieja. Sólo tienes cincuenta y tres años —añadió con picardía—: ¿Qué te parecería convertirte en abuela?

Ya estaba. Lo había dicho. ¡Abuela!

Gladys bostezó, abriendo la boca como si fuera un cráter. Norma Jeane estaba decepcionada. ¿Debía repetir la pregunta?

Había ayudado a su madre a meterse en la cama, donde estaba tendida en camión entre sábanas limpias. El ácido y triste olor a orina había desaparecido del cuerpo de Gladys pero permanecía, tenue como un eco, en la habitación. La habitación privada de la paciente, por la cual la «señorita Baker» pagaba una desorbitada mensualidad, era del tamaño de un armario grande y su única ventana abuhardillada daba al aparcamiento. Había una mesilla de noche, una lámpara, una silla de plástico y una estrecha cama de hospital. Sobre la cómoda de aluminio, entre artículos de perfumería y prendas de vestir, estaban apilados los libros que Norma Jeane había regalado a su madre en el transcurso de los años. La mayoría eran de poesía, bonitos y delgados volúmenes con aspecto de no haber sido abiertos. Cómodamente acostada, Gladys parecía a punto de quedarse dormida. El cabello de color marrón metalizado se había secado en retorcidos mechones. Los párpados se cerraron y los pálidos labios se abrieron con laxitud. Norma Jeane sintió una punzada de nostalgia al mirar las manos de su madre, surcadas por gruesas venas: las manos de Nell, en un tiempo tan inquietas, tan vivas e imbuidas de una furiosa voluntad propia, ahora parecían inertes. La joven las cogió entre las suyas.

—Ay, madre, tienes los dedos muy fríos. Te los calentaré.

Pero los dedos de Gladys se resistían a que los calentaran. En cambio, Norma Jeane empezó a temblar.

Trató de explicarle por qué esta vez no le había traído un regalo. Por qué no llevaría a Gladys a una peluquería del pueblo ni a comer a un agradable salón de té. Trató de explicar por qué no podría dejarle mucho dinero.

—Sólo tengo dieciocho dólares en la cartera. Me siento avergonzada. Me pagan mil quinientos a la semana, pero tengo tantos gastos...

Era verdad. A menudo se veía obligada a pedir dinero prestado — cincuenta dólares, cien dólares, doscientos dólares— a sus amigos o a los amigos de sus amigos. Había hombres dispuestos a dejarle importantes sumas de dinero, y sin que mediara ningún pagaré. Le regalaban joyas, aunque a ella no le servían de mucho. Cass Chaplin y Eddy G., que eran jóvenes prácticos, no se ofendían. Como futuros padres, tenían que pensar en el día de mañana y es imposible pensar en el día de mañana si no se piensa en el dinero. Los dos habían sido desheredados por sus célebres padres, de modo que consideraban lógico que otros hombres maduros, otra clase de padres, los mantuvieran. Intentaban convencer a Norma Jeane de que ella también tenía ese derecho porque, en cierto modo, también le habían robado su herencia. Ellos habían tenido la idea de mudarse a Hollywood Hills durante el embarazo de Norma Jeane. Si no conseguían una casa adecuada sin pagar, tendrían que conseguir dinero para pagarla. Asimismo, había sido idea de ellos contratar un seguro de vida de cien mil dólares —o quizá de doscientos mil— nombrando a los otros dos como beneficiarios.

—Por si acaso. Todas las precauciones son pocas cuando hay un niño en camino. Naturalmente, a los Dióscuros no va a pasarles nada.

Norma Jeane no había sabido cómo responder a esta sugerencia. ¿Asegurar su vida? La idea la asustaba, pues indicaba con claridad que algún día moriría.

Pero Marilyn no dejaría de existir. Ella estaba en películas y fotografías. En todas partes.

De repente, Gladys abrió mucho los ojos, tratando de enfocar la mirada. Norma Jeane intuyó que no se trataba de una reacción a sus palabras.

—¿En qué año estamos? —preguntó, agitada—. ¿A qué época hemos viajado?

—Madre —respondió Norma Jeane con voz tranquilizadora—, estamos en mayo de 1953. Soy Norma Jeane y estoy aquí para cuidarte.

Gladys la miró con los ojos entrecerrados con desconfianza.

—Pero tienes el pelo blanco.

Gladys cerró los ojos. Mientras masajeaba los dedos laxos de su madre, Norma Jeane se preguntó cómo darle la buena noticia sin asustarla. *Un niño. Ya estoy casi de seis semanas. ¿No te alegras por mí?* Pero tenía la impresión de que Gladys ya lo sabía. Por eso estaba tan evasiva, empeñada en huir a través del sueño.

—Cuando me tu-tuviste no estabas casada, ¿verdad, madre? —preguntó Norma Jeane con tacto—. No tenías un hombre que te mantuviera, pero de todos modos seguiste adelante. ¡Fuiste muy valiente, madre! Cualquiera otra chica habría..., bueno, ya sabes, se habría deshecho del bebé. De mí — Norma Jeane soltó su característica risita chillona y asustada—. Si lo hubieras hecho, yo no estaría aquí. Marilyn Monroe no existiría. ¡Y se está haciendo tan famosa que recibe cartas de admiradores! Es tan... raro.

Gladys se negaba a abrir los ojos. Su cara se ablandaba como cera que se derrite. En una de las comisuras de su boca brillaba un hilo de saliva. Norma Jeane hablaba sin saber lo que decía. Una parte de ella parecía advertir que su plan de tener un niño era inviable, ridículo. ¿Un hijo sin padre? Si al menos se hubiera casado con el señor Shinn... Si V la hubiera querido un poco más, quizá se habría casado con ella. Sería el fin de su carrera, no le cabía ninguna duda. Incluso si se casaba de inmediato con uno de los Dióscuros, el escándalo la destruiría. Marilyn Monroe, la nueva celebridad, un globo inflado por la prensa, destruida alegremente por esa misma prensa.

—Tú tuviste valor. Hiciste lo correcto. Diste a luz a tu hija. A... mí.

Pero los ojos de Gladys continuaban cerrados y sus pálidos labios, abiertos y laxos. Se había sumergido en el sueño como en unas oscuras

aguas misteriosas donde Norma Jeane no podía seguirla. Aunque oía el rumor de las olas junto a la cabecera de la cama.

Desde el hospital de Lakewood llamó por teléfono a un número de Hollywood. El teléfono sonó y sonó al otro lado de la línea.

—¡Ayudadme, por favor! ¡Necesito desesperadamente vuestra ayuda!

Norma Jeane hubiera querido marcharse de Lakewood Home de inmediato, pues había estado llorando y sentía los ojos enrojecidos e irritados. Era Nell, una mujer confundida y aterrorizada, pero la presencia de otros la obligaba a comportarse con normalidad. El director insistió en hablar con ella en privado. Era un hombre de mediana edad con cara redonda como una ostra y gafas de culo de botella con montura negra de plástico. Por el entusiasmo de su voz, Norma Jeane dedujo que no la veía a ella, la hija de la paciente Gladys Mortensen, sino a la actriz de cine. A la «rubia y despampanante actriz de cine». ¿Se atrevería a pedirle un autógrafo en un momento semejante? Si lo hacía, lo insultaría. Se echaría a llorar. ¡No podría soportarlo!

El doctor Bender hablaba de Gladys. De lo bien que evolucionaba, «en términos generales», desde su ingreso en Lakewood. Sin embargo, a veces, al igual que la mayoría de los pacientes en su estado, sufría «recaídas» y se comportaba de manera inesperada y peligrosa. La esquizofrenia paranoide, explicó el doctor Bender con el tono de una amable y solícita voz radiofónica, es una enfermedad misteriosa.

—Siempre me recuerda a la esclerosis múltiple, una enfermedad misteriosa que nadie termina de entender. Un síndrome de síntomas.

Algunos teóricos afirman que la esquizofrenia paranoide deriva de la interacción defectuosa del paciente con el medio o con otras personas; otros, los freudianos, creen que su origen se remonta a la infancia, y un último grupo de especialistas considera que la causa es puramente orgánica, bioquímica. Norma Jeane asintió para demostrar que estaba escuchando. Sonrió. Sabía que debía sonreír, a pesar de que estaba cansada y deprimida, sentía dolores en el útero y empezaba a recordar todas las citas a las que

había faltado ese día porque las había olvidado por completo y, en consecuencia, no había llamado para postergarlas o dar explicaciones. El mundo esperaba sonrisas de todas las mujeres y muy especialmente de ella.

—Ya no pregunto cuándo le darán el alta —dijo Norma Jeane con tristeza—. Supongo que nunca. Me conformo con que esté segura y contenta. No podemos aspirar a más, ¿verdad?

—En Lakewood nunca nos damos por vencidos con un paciente —respondió el doctor Bender con seriedad—. ¡Nunca! Pero sí..., también somos realistas.

—¿Es hereditaria?

—¿Perdón?

—La enfermedad de mi madre ¿es hereditaria? ¿Se nace con ella? ¿Está en la sangre?

—¿En la *sangre*? —el doctor Bender repitió estas palabras como si nunca hubiera oído nada semejante. Respondió con aire evasivo—: En algunas familias se ha observado cierta tendencia a que los casos se repitan, pero en otras no, absolutamente ninguna.

—Mi padre era un hombre normal —dijo Norma Jeane con optimismo—. En todos los sentidos. No lo conozco más que por las fotos, pero he oído hablar de él. Murió en España en 1936. Lo mataron en la guerra.

Cuando Norma Jeane se levantó para marcharse, el doctor Bender le pidió un autógrafo, disculpándose, explicando que no acostumbraba a hacer esas cosas, pero ¿le importaría dárselo?

—Es para mi hija Sasha, que tiene trece años. Quiere ser una estrella de cine.

Norma Jeane sintió que su boca sonreía con simpatía, como si hubiera sido entrenada. A pesar de que percibía el principio de una migraña. Desde que se había quedado embarazada y había dejado de tener la regla, se iba salvando no sólo de los horribles dolores menstruales, sino también de sus desesperantes jaquecas, pero ahora notó los primeros síntomas de una migraña y se preguntó, aterrorizada, cómo volvería a casa con su bebé. Sin embargo, firmó con cortesía la portada de *Photoplay* con la caligrafía de trazos amplios y angulosos que La Productora había diseñado para Marilyn.

(Su verdadera firma, «Norma Jeane Baker», era un garabato pequeño y abigarrado.) La portada de *Photoplay* mostraba a Marilyn en el papel de Rose, voluptuosa, atractiva, con la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos entornados y soñadores y los labios provocativamente fruncidos. Su generoso busto parecía a punto de escapar de un vestido sin espalda de color azul eléctrico, un atuendo que, lo habría jurado, no había usado nunca. De hecho, había olvidado esa portada y la sesión en que le habían sacado esa foto. ¿Era posible que nunca hubiera posado para ella?

Sin embargo, allí estaba la prueba: el ejemplar de *Photoplay* de abril de 1953.

Para mi hijo

Contigo,
el mundo vuelve a nacer.

Antes de ti...
nada existía.

Los reyes magos

Eran Hedda Hopper, P. Pukham («Hollywood After Dark»), G. Belcher, Max Mercer, Dorothy Kilgallen, H. Salop, «Keyhole», Skid Skolsky (que desenterraba jugosos chismes hollywoodienses desde su madriguera en Schwab's Drugstore), Gloria Grahame, V. Venell, «Buck» Holster, Smilin Jack, Lex Aise, Cramme, Pease, Coker, Crudloe, Gagge, Gargoie, Scudd, Sly Goldblatt, Pett, Trott, Leviticus, BUZZ YARD, M. Mudd, Wall Reese, Walter Winchell, Louella Parsons y HOLLYWOOD ROVING EYE, entre otros. Sus exaltados artículos se publicaban en *L. A. Times*, *L. A. Beacon*, *L. A. Confidential*, *Variety*, *Hollywood Reporter*, *Hollywood Tatler*, *Hollywood Confidential*, *Hollywood Diary*, *Photoplay*, *PhotoLife*, *Screen World*, *Screen Romance*, *Screen Secrets*, *Modern Screen*, *Screenland*, *Screen Album*, *Movie Stories*, *Movieland*, *New York Post*, *Filmland Tell-All*, *Scoop!* y otras revistas. Trabajaban para United Press y American Press. Infatigables, cumplían la función de hacer circular rumores. De airear los trapos sucios y avivar las llamas. Se anticipaban a los hechos, arrojando gasolina en el bosque para hacer correr las noticias como un reguero de pólvora. Pregonaban, presagiaban, anunciaban los hechos a bombo y platillo. Tocaban el clarín, la trompeta y la tuba desde lo alto de las murallas. Hacían sonar campanas y alarmas. Juntos e individualmente, en coros y en arias, proclamaban, aclamaban, divulgaban y pronosticaban. Elogiaban, criticaban, promulgaban y difundían. Eran volcanes de palabras. Mareas de palabras. Sermoneaban, profetizaban, promocionaban y sepultaban.

Llamaban la atención. Acaparaban la atención. Voceaban su mercancía. Daban coba, publicitaban, alborotaban, revelaban, ventilaban e hiperventilaban. Predecían y contradecían. Hablaban de «meteóricos» ascensos y «trágicos» descensos. Eran astrónomos que señalaban la trayectoria de los astros, que observaban constantemente el cielo nocturno. Estaban presentes cuando nacía una estrella y también cuando moría. Cantaban loas a la carne y se alimentaban de carroña. Lamían con gula la piel hermosa y chupaban con avidez la deliciosa sangre. En los cincuenta, aclamaban con letras mayúsculas a MARILYN MONROE, MARILYN MONROE, MARILYN MONROE. En *Photoplay*, fue Medalla de Oro a la Mejor Actriz de 1953. En *Playboy*, Novia del Mes de noviembre de 1953. En *Screen World*, Miss Rubia Bombazo 1953. Aparecía también en revistas más serias, como *Life*, *Collier's*, *Saturday Evening Post*, *Esquire*. Fotografiada junto a un niño en silla de ruedas que miraba con admiración a la bella rubia, NO OLVIDÉIS HACER UNA DONACIÓN GENEROSA A LA CAMPAÑA DE LOS DIEZ CENTAVOS. MARILYN MONROE.

—Ah, supongo que en esta foto está guapa —le dijo a Cass con una risita nerviosa—. Con ese vestido. ¡Dios! Pero no soy yo, ¿verdad? ¿Qué pasará cuando la gente lo descubra?

Con una extraña, luminosa opacidad en los ojos azul celeste que él sólo conseguiría explicarse en retrospectiva, e incluso entonces sin una certeza absoluta. Porque no la escuchaba con atención. Uno rara vez escuchaba a Norma con atención. Hablaba para sí, como si los pensamientos simplemente rebosaran de su abarrotado cerebro. Con aquella manera tan suya de cerrar las manos en puños, flexionar los dedos, tocarse inconscientemente los labios como para comprobar... ¿qué? ¿Que tenía labios? ¿Que éstos eran jóvenes, carnosos, firmes? Pero Cass, a quien no le faltaban preocupaciones propias, dijo con aire distraído, acariciando la mano de Norma, que, como de costumbre, ella giró para apretar la de él entre sus dedos sorprendentemente fuertes:

—Vamos, nena, *nosotros* ya lo hemos descubierto y seguimos queriéndote. ¿Vale?

Atribuyó la inquietud de Norma a su embarazo y al miedo.

«No se harta del chorizo polaco»

¡Sus amantes! Según el voluminoso expediente del FBI etiquetado con el nombre, MARILYN MONROE, TAMBIÉN CONOCIDA COMO NORMA JEANE BAKER, eran:

Z, D, S, T y media docena más de miembros de La Productora. El fotógrafo comunista Otto Öse, el guionista rojo Dalton Trumbo, el actor comunista Robert Mitchum. Howard Hughes, George Raft, I. E. Shinn, Ben Hecht, John Huston, Louis Calhern, Pat O'Brien, Mickey Rooney, Richard Widmark, Ricardo Montalbán, George Sanders, Eddie Fisher, Paul Robeson, Charlie Chaplin Sr. y Charlie Chaplin Jr., Stewart Granger, Joseph Mankiewicz, Roy Baker, Howard Hawks, Joseph Cotten, Elisha Cook Jr., Sterling Hayden, Humphrey Bogart, Hoagy Carmichael, Robert Taylor, Tyrone Power, Fred Allen, Hopalong Cassidy, Tom Mix, Otto Preminger, Cary Grant, Clark Gable, Skid Skolsky, Samuel Goldwyn, Edward G. Robinson Sr., Edward G. Robinson Jr., Van Heflin, Van Johnson, Tonto, Johnny Weissmuller («Tarzán»), Gene Autry, Bela Lugosi, Boris Karloff, Lon Chaney, Fred Astaire, Leviticus, Roy Rogers y Tigre, Groucho Marx, Harpo Marx, Chico Marx, Bud Abbott y Lou Costello, John Wayne, Charles Coburn, Rory Calhoun, Clifton Webb, Ronald Reagan, James Mason, Monty Woolley, W. C. Fields, Red Skelton, Jimmy Durante, Errol Flynn, Keenan Wynn, Walter Pidgeon, Fredric March, Mae West, Gloria Swanson, Joan Crawford, Shelley Winters, Ava Gardner, BUZZ YARD, Lassie, Jimmy Stewart, Dana Andrews, Frank Sinatra, Peter Lawford, Cecil

B. DeMille y muchos más. ¡Todo esto en 1953, cuando sólo tenía veintisiete años! Sus aventuras más escandalosas aún pertenecían al futuro.

El Ex Deportista: el encuentro

—Quiero salir con ella.

El Ex Deportista frisaba los cuarenta. Hacía años que había bateado por última vez en un partido de liga, que había hecho su último *home run* y sonreído con timidez ante los setenta y cinco mil enfervorizados admiradores que lo vitoreaban. En sus tiempos, había roto récords del béisbol que se remontaban a 1922. Lo consideraban superior a Babe Ruth. Se había convertido en una leyenda nacional. En un ídolo estadounidense. Se había casado y tenido hijos y su esposa había pedido el divorcio acusándolo de «crueldad». Bueno, ¡tenía genio! No se puede culpar a un hombre viril de tener carácter. Además, era «italiano y celoso», un «italiano que jamás olvidaba una ofensa ni perdonaba a un enemigo». Tenía una nariz típicamente latina y la apostura característica de un italiano de tez morena. Siempre se le veía atildado al detalle. En público, era tranquilo y educado. Tenía fama de tímido y de galante. Usaba ropa informal durante el día y trajes oscuros para salir de noche. Había nacido en San Francisco, en el seno de una familia de pescadores. Era católico y un macho muy macho. Por temperamento, era un hombre de familia, pero ¿dónde estaba su familia? Salía con «modelos» y con «jóvenes actrices». Su nombre se mencionaba a menudo en la prensa del corazón. En el momento de su retirada del béisbol, ganaba cien mil dólares al año. Había regalado dinero a sus padres, comprado propiedades y hecho inversiones. Se lo «vinculaba» con ciertos comerciantes italianos de San Francisco, Los Ángeles y Las

Vegas. Como era de esperar, sentía debilidad por los restaurantes italianos: pasta, escalopes de ternera y, de vez en cuando, un *risotto*, siempre que éste estuviera preparado como era debido. Casi siempre dejaba propinas espléndidas, pero empalidecía si lo atendían mal. Nadie se habría atrevido a ofenderlo deliberadamente; era un hombre que siempre tenía la última palabra. Las mujeres lo llamaban irónicamente el Bateador de los Yanquis. Bebía, fumaba, cavilaba. Era un adicto a los deportes. Tenía muchos amigos, algunos ex deportistas como él y todos forofos del deporte. Sin embargo, se sentía solo. Suspiraba por una «vida normal». Veía béisbol, fútbol y boxeo en la televisión. Cuando asistía a un partido de béisbol, enseguida lo identificaban y lo aplaudían. A la gente le encantaba ver cómo se ponía de pie —sonriendo con timidez y saludando con la mano— y volvía a sentarse de inmediato, rojo como un tomate. Había conocido a sus amigos en restaurantes y clubes nocturnos. A menudo eran bulliciosos, exigentes con la comida y el servicio y los últimos en abandonar el local, pero dejaban generosas propinas. En los establecimientos públicos, el Ex Deportista disfrutaba firmando autógrafos, aunque detestaba que lo acorralaran o lo empujaran. Le gustaba contar con la compañía de una mujer bonita y risueña, pues con frecuencia había fotógrafos cerca. Le complacía que una mujer se colgara de su brazo, pero no que se le pegara como una lapa. Despreciaba a las mujeres que «intentaban ser hombres». Las féminas «antinaturales» que no deseaban hijos le inspiraban furia y repulsión. Condenaba el aborto. A veces usaba métodos anticonceptivos, pese a que la Iglesia únicamente admitía el de los ciclos naturales. Estaba en contra de los comunistas y los simpatizantes del comunismo, los «rojos» y los «rojillos». No había leído ningún libro, ni siquiera había abierto uno, desde sus épocas de bachiller en San Francisco, cuando había obtenido calificaciones mediocres. Se había convertido en jugador profesional a los diecinueve años. Le gustaba el cine, en especial las comedias y las películas bélicas. Era un hombre corpulento que se ponía nervioso si debía pasar mucho tiempo sentado. Iba a la iglesia esporádicamente, pero jamás se saltaba la misa de Pascua. Cuando se arrodillaba para recibir la Sagrada Comunión, cerraba los ojos, fiel a las enseñanzas de su infancia. No mordía

la hostia; dejaba que se disolviera en la boca, como también le habían enseñado de niño. Era tan incapaz de comulgar sin confesar antes sus pecados como de ponerse en pie en medio de la misa y proferir insultos y obscenidades contra el cura. Creía en Dios, pero asimismo en el libre albedrío. Por casualidad vio a Marilyn Monroe en una foto publicada en *L. A. Times*. La rubia actriz de Hollywood posaba con gracia entre dos jugadores de béisbol. «Comienza una nueva temporada. ¡A batear!»

El Ex Deportista contempló la foto largo rato. Una pelota, un bate y una joven deslumbrantemente guapa con la cara más dulce del mundo, un cuerpo escultural como el de la *Venus* de Milo y una melena de algodón de azúcar. Era un ángel con pechos y caderas. El Ex Deportista telefoneó en el acto a un amigo de Hollywood, el propietario de un conocido restaurante de Beverly Hills.

—Esa rubia, Marilyn Monroe...

—¿Sí? —preguntó el amigo—. ¿Qué pasa?

—Me gustaría salir con ella.

—¿Con *ésta*? —el amigo rió—. Es una fulana, siempre lo ha sido. Lleva el pelo teñido. Es una zorra que no usa ropa interior. Sale con judíos y vive con un par de maricas drogadictos. Ha chupado todas las pollas de la ciudad y algunas de fuera. Pasa fines de semana enteros en Las Vegas, atendiendo a los muchachos. Nunca sale de la suite. Por lo visto, no se harta del chorizo polaco.

Hubo un silencio. El propietario del restaurante de Hollywood pensó que el Ex Deportista había colgado silenciosamente el auricular, lo cual no era ajeno a sus hábitos. Sin embargo, el hombre dijo:

—Quiero salir con ella. Haz las gestiones oportunas.

Los Cipreses

Era la sexta semana de vida del bebé. También era la semana del cumpleaños de Norma Jeane.

¡Veintisiete años! Según dicen, soy casi demasiado vieja para tener el primer hijo!

Fue un momento de súbitas revelaciones.

—¡Eeeh! ¿Sabéis una cosa? Tengo una idea.

Los Dióscuros, el hermoso trío, iban de camino a una casa en alquiler, Los Cipreses, en Hollywood Hills, encima de Laurel Canyon Drive. Era la sexta o la séptima casa que les enseñaban desde el comienzo de su «búsqueda épica» (así la llamaba Cass, el maestro de las palabras). Iban a la caza del entorno perfecto para el embarazo de Norma Jeane y para los primeros meses de vida del niño.

—Somos producto de nuestra época y nuestro ambiente —dijo Cass—. No estamos hechos solamente de espíritu. Somos hijos de la tierra donde hemos nacido y de los metales preciosos de las estrellas lejanas. Debemos elevarnos por encima de la contaminada ciudad de Los Ángeles igual que por encima de la historia..., eh, ¿me escucháis?

¡Sí, sí! Norma Jeane lo miraba con embeleso, enamorada, y siempre lo escuchaba. Eddy G. se encogió de hombros e hizo un gesto de asentimiento: claro.

—El mundo se renueva con cada nacimiento, y cuando des a luz, nosotros nos aseguraremos de que lo haga. El futuro de la civilización

podría depender de un único nacimiento. El Mesías. Uno diría que hay pocas probabilidades de que nazca el Mesías, pero ¿qué más da? Arrojad los dados.

¿Quiénes eran Norma Jeane y Eddy G. para dudar de Cass Chaplin cuando él hablaba con semejante elocuencia, con tanta pasión?

Norma Jeane era la Pobre Doncella, amada por dos ardientes príncipes. Uno le daba libros que «significaban mucho para él»; el otro le regalaba flores solitarias con pinta de haber sido robadas en un súbito instante de inspiración, flores con el tallo demasiado corto, hojas salpicadas de manchas negras y hermosos y delicados pétalos que acababan de dejar atrás su esplendor.

—Te adoramos, bellísima Norma.

Era tan feliz. Puesto que nunca me había sentido tan sana, comprendí que el culto a Dios no es más que el espíritu de la salud divina (o el poder de la curación divina).

El demonio no existe. El demonio es una enfermedad de la mente.

Ese día, Eddy G. los llevaba hacia Hollywood Hills, donde se elevarían por encima de la contaminada ciudad maldita. El cielo era de un bello color celeste. Una cálida brisa seca removía el aire. La grava crujía bajo las ruedas del Cadillac verde lima, conducido con destreza y un aire de mal contenida temeridad por Eddy G., que en las películas siempre interpretaba a un joven agraciado y desenvuelto que moría, casi invariablemente, de manera violenta. Norma Jeane estaba sentada entre él y Cass Chaplin. (¡Pobre Cass! «Esta mañana no soy el de siempre, pero tampoco sé quién coño soy.») Norma Jeane, en la flor de su juventud, sonreía entre sus amantes Dióscuros, con la palma de la mano derecha apoyada con mimo sobre su barriga. Su mano caliente y húmeda; su vientre que empezaba a redondearse.

La sexta semana de vida del bebé. ¿Era posible?

En esta apacible mañana en el sur de California, los Dióscuros, el hermoso trío, subían por Laurel Canyon Drive para encontrarse con la agente inmobiliaria que había hecho suya la búsqueda épica de sus clientes

y esperaba cerrar un trato con ellos muy pronto. A sus espaldas, la llamaban Theda Bara, pues se acicalaba al estilo de las divas memas de épocas pasadas; inspiraba compasión (que era lo que sentía Norma Jeane), pero también deseos de reírse en su cara (que era lo que hacían Cass y Eddy G.). De repente, con tanta espontaneidad que cualquiera habría dicho que la idea acababa de ocurrírsele, Eddy G. golpeó el volante y exclamó:

—¡Eeeh! ¿Sabéis una cosa? Tengo una idea.

Norma Jeane preguntó qué idea y Cass masculló algo ininteligible (oh, Dios, las tripas de Cass se revolvían con tanta furia que ella casi podía percibir sus movimientos; se sentía un tanto culpable porque él había dicho que sufría «náuseas por simpatía», un sentimiento exacerbado por el hecho de que Norma Jeane prácticamente no tenía náuseas).

—Es como una revelación ¿sabéis? —prosiguió Eddy G. con vehemencia—. Antes de que Norma tenga el bebé, deberíamos redactar nuestro testamento y hacernos un seguro de vida para asegurarnos de que si le ocurriera algo a alguno de los tres, los otros dos y el bebé cobrarían — Eddy G. hizo una pausa. Irradiaba entusiasmo juvenil y repentina determinación—. Yo conozco un abogado, un hombre de fiar. ¿Qué os parece? ¿Me escucháis? De esa manera, el niño estará protegido.

Hubo un silencio. Norma Jeane estaba sumida en sus fantasías, evocando los sueños de la noche anterior. ¡Unos sueños extraños, vívidos, alucinantes! Una sucesión de sueños sobre el embarazo que había descrito a Cass diciendo que nunca había tenido otros semejantes, ¡no, jamás! Su insomnio había desaparecido como si nunca la hubiera atormentado. Ya no sentía la tentación de coger píldoras de las reservas que tenían en casa. Rara vez deseaba beber. Se dormía en cuanto apoyaba la cabeza en la almohada, aunque los hermosos jóvenes la acariciaran, besaran, chuparan o manosearan, riendo y peleándose como críos, tendidos a ambos lados o encima de su comatoso cuerpo femenino. La llamaban la Bella Durmiente. Juraban que sus pechos se estaban llenando de crema. ¡Mmmmm! Pero el río de la noche la arrastraba inocentemente lejos de allí y la alimentaba.

¡Madre, nunca he estado tan sana! ¿Por qué no me contaste que estar embarazada era tan maravilloso?

Cass carraspeó y dijo con un titubeo, como un actor mal preparado para la escena que le toca interpretar:

—Es una idea estupenda, Eddy. ¡Sí! A veces me preocupa el futuro del niño. Con la falla de San Andrés... —se volvió hacia Norma Jeane y preguntó con delicadeza—: ¿Tú qué opinas, mamaíta?

Otro silencio. Norma Jeane no parecía reaccionar ante este diálogo de acuerdo con los deseos de los Dióscuros. Más tarde, ella recordaría que este episodio se le había antojado extraño: igual que en una escena de película en la que sabes que el coprotagonista espera que te comportes de determinada manera, que des pie a su siguiente parlamento, pero tú te retraes porque un mecanismo instintivo en tu alma de actriz te obliga a resistirte, a no dejarte llevar.

—¿Norma? ¿Qué te parece la idea?

Eddy G. pisó el acelerador a fondo. Volaban sobre el estrecho camino del cañón. Se ha enfadado, pensó Norma Jeane. Eddy G. giró el botón de la radio del coche buscando una emisora, un hábito peligroso mientras conducía. *The Song from Moulin Rouge* resonó a todo volumen.

Laurel Canyon Drive era una calle larga y llena de curvas. Norma Jeane no quería rememorar el lejano incidente con la policía de Los Ángeles ni la imagen de Gladys en bata.

En aquel entonces no era más que una niña. ¡Pero miradme ahora!

Cass puso una mano sobre la mano de Norma Jeane, que estaba apoyada en su vientre. Sobre el bebé. Cuando estaba de humor, Cass era el más cariñoso de los dos hombres; era un maestro del romanticismo, no al estilo cómico de Chaplin Sr., sino al estilo solemne de Valentino, irresistible para cualquier mujer. Eddy G., por su parte, desde el comienzo del embarazo bromeaba a menudo con Norma Jeane, provocándola con nerviosismo, pero se resistía a tocarla.

—Lo importante, cariño, es que el niño esté protegido de las vicisitudes del destino. ¿Y si hubiera otra Depresión? Es posible. Nadie estaba preparado para la primera. ¿Y si el cine se fuera a pique? No sería extraño. Pronto todo el mundo tendrá un televisor en casa. Freud dice que «quien comparte una falsa ilusión es incapaz de reconocerla como tal». En el sur de

California, el propio aire que respiramos es una ilusión. Por lo tanto, creo que deberíamos tomar precauciones económicas para garantizar un buen futuro al niño.

Norma se removió en su asiento, incómoda. Era su turno de hablar. Estaba en una clase de interpretación y la obligaban a improvisar en un diálogo que los demás conocían de antemano. Era uno de esos ejercicios en los que te hacían salir del aula y luego te llamaban para que interpretaras una escena con dos o más actores que ya habían memorizado el texto.

Cass pegó su mejilla a la de ella. Su aliento era una mezcla de halitosis matutina y un tufillo dulzón a glicinas podridas.

—No va a pasarnos nada, mamaíta. Somos nuestras propias estrellas de la suerte.

¡Ahora lo recordaba! En uno de sus sueños, ella intentaba dar de mamar a su hijo, pero los labios del pequeño eran incapaces de chupar. ¿Los recién nacidos chupan de manera automática? Debía de ser un instinto, una habilidad innata como la de los pájaros para hacer un nido o la de las abejas para construir un panal. Pero qué curioso que en su sueño el niño no tuviera cara (¡todavía!); sólo un halo de luz trémula.

—Vaya —dijo Norma Jeane—. ¿Alguna vez se os ha ocurrido pensar si es posible que lo que la gente llama «Dios» sea simplemente instinto? ¿Cómo sabes qué hacer en una circunstancia nueva sin saber que ya lo sabes? ¿No dicen que cuando arrojan a un animal al agua éste descubre que ya sabe nadar? ¿Y no pasa lo mismo con los recién nacidos?

Los hombres Dióscuros fijaron la vista en la carretera.

Theda Bara los estaba esperando junto a la cancela abierta de Los Cipreses, con una sonrisa forzada en sus carnosos labios pintados de rojo oscuro y agitando la mano con el desenfado de una bailarina de los años veinte. Su actitud provocativa era un resabio de épocas pasadas: tenía una edad indeterminada entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años; tal vez incluso más. Su piel color terracota se veía tensa y brillante alrededor de los ojos. A Norma Jeane le inspiraba pena e impaciencia. *Madura. ¡Date por vencida!*

Eddy G. gritó con aparente sinceridad:

—¡Lo siento! ¿Llegamos tarde?

Era un muchachote apuesto, aunque no se hubiera afeitado en varios días, llevara los pantalones arrugados y olier a lo que en los anuncios de desodorante llamaban «transpiración»; una le perdonaba prácticamente cualquier cosa. Allí estaba también Cass Chaplin, con su cara de niño enfurruñado y la alborotada melena del Pequeño Vagabundo que todas las mujeres suspiraban por acariciar. Y la tímida y trastornada rubia, a quien la agente inmobiliaria había reconocido como Marilyn Monroe, la actriz que hacía furor en Hollywood, pero cuya intimidad estaba dispuesta a respetar. ¡El célebre trío! Llegaban tarde, desde luego, con más de una hora de retraso, aunque eso era lo normal en los Dióscuros. Lo milagroso hubiera sido que fueran puntuales.

Theda Bara, con los ojos exageradamente maquillados, un traje de zapa de color teja y altos zapatos de piel de cocodrilo, estrechó con energía la mano de sus clientes. No vaciló un instante en tranquilizar a estos jóvenes de Hollywood.

—No llegan tarde, no se preocupen. Me encanta estar en las colinas. En estos momentos, Los Cipreses es mi casa favorita exclusivamente por la vista que tiene. En un día despejado, es impresionante. Si no fuera por esta bruma, niebla o lo que quiera que sea, alcanzaríamos a ver Santa Mónica y el mar —hizo una pausa, esforzándose aún más por sonreír—. Espero que no se apresuren en sacar conclusiones. Es una propiedad incomparable.

Cass silbó.

—Ya lo veo, señora.

—Yo también lo veo, señora, y eso que estoy completamente ciego —dijo Eddy G. Pretendía hacer un chiste, porque él nunca estaba ciego de alcohol a esas horas de la mañana.

La joven rubia que previamente se había presentado a la agente inmobiliaria como «Norma Jeane Baker» ahora contemplaba la mansión de estilo normando a través de sus gafas de sol, embelesada y seria como una niña. Aunque no parecía llevar mucho maquillaje, su piel se veía luminosa. Su cabello rubio platino estaba prácticamente oculto bajo un turbante rojo

como el que solía usar Betty Grable en los años cuarenta. Una amplia camisola de seda blanca cubría sus pechos. Llevaba un pantalón de la misma tela, arrugado en la entrepierna, y sandalias de rafia.

—Oh, es preciosa —dijo con voz suave y titubeante—. Parece la casa de un cuento de hadas, pero ¿de cuál?

Theda Bara sonrió con nerviosismo. Finalmente decidió que se trataba de una pregunta retórica.

Les dijo que comenzaría enseñándoles el jardín.

—Para que se orienten.

Los condujo a paso vivo por senderos de adoquines, galerías de piedra y junto a una piscina con forma de riñón sobre cuyas azules aguas flotaban hojas de palmera secas, cadáveres de insectos y varios pájaros pequeños.

—La limpian todos los lunes por la mañana —dijo con tono culpable—. Estoy segura de que esta semana también la han limpiado.

A Norma Jeane le pareció ver sombras fugaces en el fondo de la piscina, como nadadores fantasma, y se resistió a mirar mejor. Eddy G. subió al trampolín y flexionó las rodillas como si estuviera a punto de saltar.

—No lo animéis, por favor —dijo Cass a las mujeres—. Ni siquiera lo miréis. No quiero ahogarme tratando de rescatarlo.

—Vete a la mierda, judío —replicó Eddy G. Aunque reía, daba la impresión de estar enfadado de verdad.

Theda Bara se apresuró a reanudar la excursión.

—Eres un grosero —murmuró Norma Jeane a Eddy G.—. ¿Y si ella fuera judía?

—Ella sabe que bromeo, aunque tú no lo creas.

En zonas tan altas como ésta soplabla una brisa constante. Norma Jeane no quería ni pensar cómo sería vivir allí en la temporada de los vientos de Santa Ana. Tal vez no fuera el sitio idóneo para una madre embarazada o para un niño pequeño. No obstante, Cass y Eddy G., que habían vivido en lujosas mansiones en su infancia, querían una casa en las colinas, una residencia «exótica» y «original». La cuestión económica no parecía preocuparlos, pero ¿de dónde saldría el dinero para el alquiler? Y en una casa como ésa, necesitarían criados. Norma Jeane no recibiría

bonificaciones adicionales por *Niágara*, aunque fuera un éxito de taquilla; era una actriz contratada y ya le habían pagado. ¡Cass y Eddy G. lo sabían! Ahora que estaba embarazada, no podría trabajar en otra película durante un año o más. (Hasta era posible que su carrera hubiera terminado.) Pero cuando había preguntado a cuánto ascendía el alquiler de Los Cipreses, los muchachos le habían dicho que era un precio razonable y que no se preocupara.

—Entre los tres podremos pagarlo.

Norma Jeane examinó otra grieta en zigzag, esta vez en una pared estucada y decorada con vistosos mosaicos mexicanos. La grieta estaba llena de diminutas hormigas negras.

La casa se llamaba Los Cipreses porque estaba rodeada por cipreses italianos, en lugar de por las típicas palmeras. Algunos de estos árboles conservaban su elegante forma escultural, pero la mayoría se había atrofiado debido a los fuertes vientos y estaban desfigurados, como seres monstruosos. Casi era posible ver cómo se retorcían. Eran enanos, elfos, duendes perversos. Pero Rumpelstiltskin no era malo; había sido el único amigo de Norma Jeane. La había amado sin juzgarla. ¡Si se hubiese casado con él! ¡Si no hubiera muerto! Ahora estaría esperando un hijo de I. E. Shinn, tendría una hermosa casa propia y todos la respetarían, incluidos los jefes de La Productora. (Pero, a pesar de sus promesas de amor, Isaac la había traicionado. No le había dejado nada en su testamento. ¡Ni un céntimo! La había obligado a firmar un contrato que la comprometía a filmar siete películas con La Productora en condiciones prácticamente de esclavitud.)

Theda Bara los invitó a pasar al elegante vestíbulo de la casa. Parecía un museo: suelos de mármol, arañas de bronce y cristal, papel pintado de seda, paneles de espejo y una amplia escalera. El salón estaba en un nivel más bajo y era tan grande que Norma Jeane tuvo que entrecerrar los ojos para ver las paredes del fondo. Aquí, los muebles estaban tapados con sábanas blancas y el suelo era de taracea. Sobre la gigantesca chimenea de piedra había un par de espadas cruzadas y a su lado, una armadura aparentemente medieval.

Cass volvió a silbar.

—D. W. Griffith. Esto parece una de sus extrañas superproducciones.

Espejos ovales con marcos de filigrana dorada reflejaban espejos ovales con marcos de filigrana dorada en un juego de repeticiones infinitas que sobrecogió a Norma Jeane.

¡Aquí te aguarda la locura! No entres.

Pero era demasiado tarde; no podía echarse atrás. Cass y Eddy G. se enfadarían con ella.

El actual propietario de la casa era el Banco del Sur de California. Hacía varios años que en Los Cipreses no vivía nadie, salvo inquilinos que estaban de paso. La propietaria anterior había sido una belleza de los años treinta, una actriz secundaria que había sobrevivido varias décadas al acaudalado productor con quien estaba casada. Esa mujer, una leyenda local, no tuvo hijos propios pero adoptó a varios huérfanos, algunos de origen mexicano. Un par de esos niños murió por «causas naturales» y otros desaparecieron o se fugaron. La actriz había llevado a vivir a la casa a un número variable de «parientes» y «ayudantes», que le robaron y la maltrataron. Corrían rumores morbosos sobre la afición de la mujer a la bebida y las drogas y sus intentonas de suicidio. Sin embargo, había donado grandes sumas de dinero a instituciones benéficas locales, incluida la de las Hermanas de la Eterna Caridad, una orden católica extremista que hacía continuos ayunos y vivía entregada a la oración y el silencio. Norma Jeane se había negado a escuchar los rumores más escandalosos, pues sabía que esas historias eran engañosas.

—Aunque se base en una verdad, lo que la gente dice siempre acaba convirtiéndose en una mentira.

Su corazón se aceleraba cuando pensaba en lo injusto que era todo, en las crueldades que circulaban sobre la mujer que había terminado sus días sola en esa casa y a quien una criada había encontrado muerta. El dictamen del forense fue «muerte accidental» causada por desnutrición, alcoholismo e ingestión de barbitúricos.

—¡No es justo! —murmuró Norma Jeane—. ¡Esos buitres!

Theda Bara, encaramada sobre sus altos tacones, conversaba y reía con los hombres, tratando de convencerse de que alquilarían Los Cipreses.

—Es una casa de ensueño, ¿verdad, querida? —dijo a Norma Jeane—. Tan original e ingeniosa. Sus amigos me han dicho que los tres quieren aislarse del mundo. En tal caso, le aseguro que éste es el lugar ideal.

El paseo por la planta baja se estaba prolongando demasiado. Norma Jeane empezaba a cansarse. ¡Esa casa! ¡Delirios de grandeza! Ocho dormitorios, diez cuartos de baño, varios salones, un inmenso comedor con arañas de cristal que temblaban y vibraban como si el techo se hundiera y una estancia para desayunar lo bastante grande para doce comensales. No hacían más que bajar y subir pequeños tramos de escaleras. En un nivel más bajo, con vistas a la piscina, había una sala con una barra de bar, taburetes tapizados en piel, una pista de baile y una máquina de discos. Norma Jeane fue directamente a la máquina, que además de estar desenchufada y sin luz, no tenía discos.

—¡Maldita sea! No hay nada más triste que una máquina de discos sin discos.

Se volvió con cara enfurruñada. Le habría gustado poner música y bailar. ¡El *jitterbug*! Hacía años que no bailaba el *jitterbug*. Ni el hula-hula, una danza que le encantaba y en la que había destacado a los catorce años. Ahora tenía veintisiete, estaba embarazada y le convenía hacer ejercicio, ¿por qué no bailar, entonces? Si Marilyn trabajaba en *Los caballeros las prefieren rubias* —cosa que no haría—, tendría que bailar como una corista, vestida con trajes caros y espectaculares. Participaría en números musicales con coreografías complejas al estilo de las de Ginger Rogers y Fred Astaire, espectáculos artificiosos y elegantes que no se parecerían en nada a los bailes que le gustaban de verdad.

—Lo primero que haremos será enchufar la máquina de discos, Norma —prometió Eddy G.

¿Ya se habían decidido? ¿Sin su consentimiento?

Theda Bara continuó con el paseo, riendo y hablando con los hombres con coquetería. Ellos, vestidos con ropa elegante pero arrugada y sucia, parecían exactamente lo que eran: hijos de la realeza de Hollywood

repudiados. Norma Jeane se rezagó, mordiéndose el labio inferior. ¡Oh, desconfiaba de sus amantes! ¡Y el bebé también!

El actor es intuición.

Sin la intuición, el actor no existe.

Norma Jeane trató de recordar un sueño vívido e inquietante que había tenido esa misma mañana poco antes de despertar. Ella ponía al pequeño junto a sus pechos hinchados y doloridos para darle de mamar, pero entonces aparecía alguien que intentaba arrebatarse al niño... ¡No! ¡No!, había gritado ella, pero las manos seguían tirando del bebé y ella sólo había podido defenderse obligándose a despertar.

—Norma Jeane —dijo la agente inmobiliaria con cortesía—, ¿le pasa algo? Se me ocurrió traerla aquí...

Norma Jeane hacía todo lo posible por eludir los malditos espejos. En todas las estancias de la casa había espejos: ovals, rectangulares, altos y verticales, paneles de espejo. Uno de los cuartos de baño de la planta baja tenía paredes de espejo del suelo al techo entre bordes de zinc. Dondequiera que entraras, te encontrabas invariablemente con tu reflejo entrando en la habitación y con tu cara aproximándose como un globo, los ojos buscando a los ojos. ¡Mira en qué se ha convertido la chica del espejo de Mayer's! Con el turbante rojo y las gafas de sol, Norma Jeane se parecía a la figurante de busto generoso y preciosas piernas a la que Bob Hope miraba con lascivia en *Camino de Río*. Norma Jeane pensó que la única razón de ser de su Amiga Mágica era su carácter furtivo. Si una vivía continuamente con ella, perdía todo su encanto.

Cass debió de leer sus pensamientos, porque le dijo que quitarían todos los espejos si le molestaban.

—Los Dióscuros podemos vivir sin espejos, pues nos vemos reflejados los unos en los otros, ¿no?

—No lo sé, Cass. Quiero volver a casa.

Lo quería, pero no confiaba en él. No se fiaba de ninguno de los hombres a los que amaba. Uno de ellos era el padre de su hijo, ¿o era posible que lo fueran ambos? No era la primera vez que sacaban a colación el tema de los seguros y ahora también hablaban de testamentos. ¿Acaso

esperaban que ella muriera en el parto? ¿Deseaban que muriera? (Pero no; la querían. Norma Jeane estaba segura.) Si al menos hubiera podido consultar al señor Shinn... ¿Y si le pedía consejo al Ex Deportista que quería «salir» con ella?

La noche anterior Norma Jeane le había hablado a Cass del famoso jugador de béisbol que quería conocerla y él se había entusiasmado más que ella, diciendo que el Ex Deportista era un héroe para muchos estadounidenses, un ídolo tanto o más importante que cualquier estrella de cine, y que ella debía aceptar su invitación. Norma Jeane protestó, dijo que ella no sabía nada de béisbol, que el tema no le interesaba en absoluto y que además estaba embarazada.

—Quiere «salir» conmigo. Los dos sabemos lo que significa eso.

—Siempre puedes hacerte la estrecha, la inaccesible. Un estupendo papel para Marilyn.

—Es famoso. Debe de ser rico.

—Marilyn también es famosa y no es rica.

—Ya, pero yo no soy tan famosa. *Él* tuvo una larga trayectoria antes de retirarse. Todo el mundo lo quiere.

—En tal caso, ¿por qué no ibas a quererlo tú?

Norma Jeane había mirado a Cass con ansiedad, buscando indicios de celos, pero él no parecía estar celoso. Sin embargo, a diferencia de Eddy G., Cass era un hombre impenetrable.

Norma Jeane no le dijo que ya había declinado la invitación del Ex Deportista. No personalmente, pues él se había comunicado con ella a través de una tercera persona que llamó a su agente. ¡Qué descaró! Como si Marilyn Monroe fuera una mercancía. La veías en los carteles publicitarios y hacías una llamada y una oferta. ¿Cuál era el precio de Marilyn?

En la planta alta de Los Cipreses, en el ala más antigua de la casa, las arañas de bronce y cristal eran más aparatosas. Por las ventanas se colaba una luz enfermiza y siniestra que no parecía proceder del sol. Olía a tuberías atascadas, insecticida y perfume rancio. Y el viento incesante... A Norma Jeane le pareció oír voces, amortiguadas risas infantiles. Debía de

ser el viento, que hacía vibrar los cristales de las ventanas y las lámparas. Notó que Cass miraba alrededor con gesto ceñudo, como si él también hubiera oído las voces. Esa mañana tenía resaca, había vomitado, y cuando Norma Jeane lo miró de refilón, vio una alarmante expresión ausente en su cara. Mientras Theda Bara explicaba el complicado mecanismo de los intercomunicadores de la casa, Cass se frotaba los ojos y movía la boca como si tuviera dificultades para tragar algo. Norma Jeane le rodeó la cintura con un brazo, pero él se apartó, turbado.

—Quita. No soy tu hijo.

¿Por qué hemos venido a este horrible lugar? No es la fantasía que buscábamos.

Theda Bara tardó un buen rato en describir el complejo sistema de seguridad con alarma antirrobo y luces exteriores. Al parecer, la instalación había costado un millón de dólares. Según dijo, la propietaria anterior tenía un «miedo exagerado» a que alguien entrara en la casa y la asesinara.

—Igual que mi madre —dijo Eddy G. con aire taciturno—. Es el primer síntoma, pero no el último.

Norma Jeane trató de poner una nota de humor.

—Yo siempre me digo: ¿por qué iban a querer matarme? No soy tan importante, ¿no?

—Por aquí hay mucha gente lo bastante importante para morir asesinada —repuso Theda Bara con una sonrisa fría—. Y mucha más que simplemente es rica.

Norma Jeane no entendió el comentario, pero lo tomó como una señal de rechazo. Sonriendo para sí, se preguntó qué pensaría el célebre Ex Deportista si supiera que ella estaba embarazada. ¿Y si se enterara de que estaba enamorada de dos atractivos jóvenes a la vez?

Quizá sea cierto que soy una puta. ¡Hay pruebas de sobra!

Entonces empezaron a ocurrir cosas extrañas. Eddy G. interrogaba a la agente inmobiliaria, pero Norma Jeane prestaba poca atención y Cass, con la piel cenicienta y gesto irritable, parecía a punto de desmayarse. Seguía moviendo los labios como si intentara tragar algo. El aire estaba tan seco, que era fácil creer que tenía la boca llena de arena. Norma Jeane habría

deseado estrechar a Cass entre sus brazos, besarlo y consolarlo. De repente detectó de refilón un movimiento rápido y fugaz. Una sombra que huía. ¿En uno de los espejos? Ni Theda Bara ni Eddy G. repararon en ello, pero Cass se giró hacia allí con una expresión de horror. Sin embargo, no parecía haber nada. Cuando Theda Bara les enseñó otro dormitorio, Norma Jeane creyó ver algo que se movía detrás de una cortina de brocado.

—¡Ay! ¡Mirad! —exclamó sin pensar.

—No es... nada. Estoy segura —respondió Theda Bara sin demasiada convicción.

La agente inmobiliaria echó a andar valientemente hacia allí, pero Cass la cogió por el brazo y dijo:

—No. Maldita sea. Cierra la puerta.

Salieron y cerraron la puerta tras ellos.

Norma Jeane y Eddy G. intercambiaron una mirada de preocupación. ¿Qué le ocurría a Cass? Y justo a él, que solía ser el más sensato de los tres.

Norma Jeane seguía oyendo amortiguadas voces de soprano, llantos y risas de niños, pero era el viento, naturalmente, el viento y su febril imaginación. Cuando Theda Bara los hizo pasar al cuarto de juegos, Norma Jeane comprobó con alivio que estaba vacío y que allí reinaba un silencio casi absoluto, roto sólo por el rumor del viento. *¿Por qué soy tan tonta? Seguro que nadie ha matado a un niño aquí.*

—¡Qué habitación tan bonita! —se sintió obligada a decir.

Pero la habitación no era bonita, sino simplemente espaciosa. Larga y ancha. La pared exterior estaba ocupada casi por completo por unos ventanales de cristal esmerilado que daban a un espacio desierto, como si tuvieran vistas a la eternidad. Las demás paredes estaban pintadas de color rosa subido y decoradas con personajes de historieta del tamaño de adultos. Había a un tiempo muñecos anticuados, del estilo de los que ilustraban los libros de rimas ingleses, y personajes de dibujos animados estadounidenses: Mickey Mouse, el Pato Donald, Bugs Bunny, Goofy. Con inexpresivos ojos blancos, alegres sonrisas humanas y manos enguantadas en lugar de patas. Pero ¿por qué eran tan grandes? Norma Jeane se puso delante de Goofy, cara a cara, pero se apartó enseguida, asustada. Intentó bromear al respecto:

—Este tipo no se deja impresionar por una chica guapa.

En las fiestas, cuando Cass estaba «cargado» —según lo describían sus compañeros de copas y drogas—, a menudo se ponía a disertar sobre filosofía tomista, las fallas geológicas en el condado de Los Ángeles o el «secreto espíritu inquisidor» de Estados Unidos, que, en su opinión, no había sido importado al Nuevo Mundo desde el Viejo, sino que aguardaba ya en los desiertos a los puritanos que se habían instalado allí. Ahora, de súbito, como un sonámbulo que despierta de un trance, Cass empezó a hablar sobre los animales en los libros y las películas infantiles.

—¡Dios! Sería aterrador que los animales pudieran hablar, que fueran iguales que nosotros. Sin embargo, en el mundo de los niños siempre lo hacen. ¿Por qué?

Norma Jeane lo sorprendió diciendo:

—¡Porque los animales son humanos! No pueden hablar como las personas, pero se comunican con ellas. Claro que sí. Tienen emociones parecidas a las nuestras: dolor, esperanza, miedo, amor. Cuando una hembra es madre...

—En los dibujos animados no, cariño —interrumpió Eddy G.—. Nunca tienen crías.

—Nuestra Norma ama a los animales —terció Cass con sorprendente hostilidad— sólo porque ella no conoce a ninguno. Ella cree que corresponderían su amor sin reservas.

—¡Eh, no hables de mí como si no estuviera presente! —replicó ella, ofendida—. Y no me menosprecies.

Los hombres rieron. Puede que estuvieran orgullosos de ella, de que reaccionara con agresividad, quitándose incluso las gafas como Bette Davis o Joan Crawford en un melodrama, para enfrentarse a los traidores.

—«No me menosprecies», dice Norma.

—Hasta nuestro Pescadito tiene su orgullo.

—Nuestro Pescadito tiene más orgullo que nadie.

Theda Bara paseó la mirada entre uno y otro, con sus hinchados labios abiertos en un gesto de estupefacción. ¿Qué pasaba allí? ¿Quiénes eran esos jóvenes insolentes?

Comentarios deliberados como una puñalada en el corazón. Como una puñalada en el vientre.

Ella. Norma Jeane era ella. Jamás sería otra cosa. El tercer punto de la constelación de Géminis. El distante vértice del eterno triángulo, un vértice al que Cass llamaba Muerte. Norma Jeane no tuvo más remedio que aceptar que nunca significaría otra cosa para esos hombres: por mucho que los quisiera y se sacrificara por ellos, aunque los demás la admiraran y la consideraran una actriz de talento, siempre sería *ella*. Su Pescadito. Su Pescado.

Las risas masculinas cesaron, y salvo por el zumbido del viento, reinó el silencio.

Cuando se disponían a marcharse de la fea habitación rosa, mientras Theda Bara se aclaraba la garganta para decir algunas palabras optimistas, oyeron un siseo. Cerca de sus pies, parcialmente oculta por un parque infantil, percibieron una sombra escurridiza.

—¡Una serpiente de cascabel! —gritó la agente inmobiliaria.

Presa del pánico, Eddy G. se subió a una mesa con tablero de plástico situada en medio de una isla de falso césped verde y palmeras en miniatura. Cogió a Norma Jeane por el brazo y la levantó para que se pusiera a su lado. Después ayudó a subir a Theda Bara y al pobre y tembloroso Cass, que se había puesto pálido como un papel. Cuatro adultos jadeando, asustados.

—¡La serpiente! Es la misma —dijo Cass con su angustiada cara de niño empapada en sudor y las pupilas dilatadas—. Es culpa mía. Yo soy el único responsable. No debí traerlos aquí.

Ante las incoherencias de Cass, Norma Jeane procuró adoptar una actitud práctica y dijo:

—¿Las serpientes de cascabel atacan a los seres humanos? Deberían estar más asustadas que nosotros.

Theda Bara murmuraba «ay, ay, ay», como si estuviera a punto de desmayarse, y Eddy G. tuvo que sujetarla.

—Tranquila, mujer. Todo irá bien. Ni siquiera veo a la muy puta. ¿Alguien la ve?

—Yo no he visto ninguna serpiente —respondió Norma Jeane—. Pero me parece que la he oído.

—Es culpa mía —dijo Cass, que estaba a gatas, temblando—. Desde que empecé a ver estas cosas en baños y lavabos, no puedo parar. Están aquí por mi culpa.

Al parecer era cierto, porque en el cuarto de juegos no había ninguna serpiente. Eddy G. trató de tranquilizar a Theda Bara, que estaba tan asustada que quería marcharse de inmediato de Los Cipreses, y a Cass, que, como un hombre en estado de shock, se había sumido en una especie de letargo, con los ojos muy abiertos y vidriosos y las pupilas dilatadas. Seguía diciendo incoherencias con aire contrito. Todo era culpa suya, él llevaba esas cosas consigo adondequiera que fuera, tarde o temprano lo matarían, no había nada que hacer. Norma Jeane quería llevarlo al cuarto de baño para lavarle la cara con agua fría, pero Eddy G. dijo que no, que seguramente no habría agua y que si la había, estaría llena de polvo de óxido y tibia como la sangre.

—Se asustaría aún más. Simplemente vamos a llevarlo a casa.

—¿Tú sabías que veía esas cosas, Eddy? —preguntó Norma Jeane.

—No estaba seguro de si las veía él o yo —respondió Eddy con aire evasivo.

Emprendieron el viaje de regreso a la ciudad, Eddy al volante, algo más sereno; Norma Jeane sentada a su lado, aturdida y asustada, con las manos sobre la barriga para calmar al bebé, y Cass tendido en el asiento trasero, con la camisa abierta para respirar mejor, temblando y gimiendo.

—Dios, deberíamos llevarlo a un médico —murmuró Norma Jeane a Eddy—. Es delírium trémens, ¿no? Tenemos que llevarlo a urgencias al hospital de Cedars of Lebanon —Eddy G. negó con la cabeza—. No podemos fingir que no está enfermo, que no le pasa nada.

—¿Por qué no? —preguntó Eddy G.

Cuando dejaron atrás Laurel Canyon Drive y el bulevar y entraron en Sunset, Cass les dio una sorpresa: se sentó, suspiró, infló los carrillos y rió, avergonzado.

—Joder. Lo siento. No recuerdo nada, pero no me lo contéis, ¿vale?

Le dio un pellizco en el cuello a Norma Jeane y otro a Eddy G. Aunque tenía la mano helada, su contacto fue reconfortante. Tanto Eddy G. como Norma Jeane se estremecieron, presas de un extraño y repentino deseo.

—Creo que estamos ante un caso de embarazo por simpatía. Norma está tan sana y serena que uno de los Dióscuros tiene que desmoronarse, ¿no? Es obvio que seré yo.

¿Cómo no iban a creerle cuando sus palabras sonaban tan convincentes y curiosamente líricas?

Ese sueño. La hermosa rubia arrodillada ante ella, tirando con impaciencia de sus manos. Una rubia tan hermosa que era imposible mirarla a la cara, porque su sola visión inspiraba miedo. Había escapado de un espejo. Sus piernas eran tijeras y sus ojos, fuego. Su cabello se alzaba en pálidas hebras ondulantes. *¡Dámelo! Zorra enferma, patética.* Pretendía arrebatarse al desconsolado niño de las débiles manos de Norma Jeane. *No. No es el momento oportuno. Es mi hora. ¡No puedes negármelo!*

«¿Adónde vas cuando desapareces?»

La vida y los sueños son páginas del mismo libro.

ARTHUR SCHOPENHAUER

Y llegó la mañana en que supo lo que debía hacer.

Fue la mañana siguiente a la visita a Los Cipreses y a Lakewood.

La mañana posterior a una larga noche de sueños turbulentos, como rocas rodando sobre su cuerpo suave e indefenso.

Telefoneó a Z, con quien no había hablado desde la noche del estreno. Le explicó la situación. Se echó a llorar. Puede que él creyera que eran lágrimas ensayadas, o tal vez no. Z la escuchó en silencio. Quizá ella pensara que era un silencio cargado de asombro, pero de hecho fue un silencio práctico, porque Z se había encontrado en esa posición muchas veces, muchas veces había oído esas mismas palabras, ese trillado guión escrito por un guionista anónimo.

—Mira, Marilyn, voy a ponerte con Yvet —Norma Jeane no había oído ese nombre con anterioridad—. Ya conoces a Yvet. Ella te ayudará.

Yvet era la secretaria de Z. Norma Jeane la recordaba de la vergonzosa mañana en la que Z le había enseñado su aviario. ¡Cuántos años antes! Antes incluso de que Norma Jeane se convirtiera en Marilyn. En una era de inocencia tan lejana que ni siquiera se acordaba ya de la chica que era entonces y hasta los pájaros disecados del aviario se le antojaban

provisionales, como si no los hubiera visto, ni oído sus gritos de dolor y miedo, como si la experiencia le hubiese ocurrido a alguna otra persona o formara parte de una película que Cass Chaplin sería capaz de identificar: ¿una película de D. W. Griffith?

Yvet rehuyendo su mirada con un gesto de desprecio y compasión. «Allí hay un tocador.»

Yvet se puso al teléfono y habló con tono comprensivo y práctico, con una voz más madura de lo que Norma Jeane esperaba. Llamándola Marilyn. Bueno, ¿por qué no? En La Productora ella era Marilyn. En los títulos de crédito era Marilyn. En un mundo tan vasto y rutilante que habría podido ser la eternidad, ella era Marilyn.

—¿Marilyn? —decía Yvet—. Yo me ocuparé de todo. La acompañaré. Haremos planes para mañana a las ocho y pasaré a recogerla por su casa. Iremos a Wilshire, a unos pocos kilómetros de aquí. No es un sitio ilegal ni peligroso; es una clínica. El médico es excelente. Tiene una enfermera. Todo acabará pronto, aunque si quiere, podrá pasar todo el día allí. Durmiendo, descansando. La sedarán. No sentirá... Bueno, mentiría si le dijera que no sentirá *nada*. Sentirá algo cuando se pase el efecto de los calmantes, pero será un pequeño malestar físico. Poco después se encontrará mejor. Confíe en mí. ¿Marilyn? ¿Sigue ahí?

—S-sí.

—Pasaré a recogerla mañana a las ocho. A menos que haya un cambio de planes, en cuyo caso la llamaré.

No hubo cambio de planes.

Para Elisa

Usted se interpreta siempre a sí mismo. Pero en una variedad infinita.

KONSTANTIN STANISLAVSKI,
Un actor se prepara

No podía haber sido una casualidad. Porque en ese lugar en el que viviría intermitentemente durante el resto de su vida de rubia, no existe el azar. *Allí descubrí que todo es necesidad, como los cálamos de las alas, que sujetan la carne al tiempo que la laceran.*

Para Elisa, esa melodía maravillosa e inquietante.

Para Elisa, la melodía que había tocado, o intentado tocar, muchos años antes. En el reluciente piano blanco de Gladys, otrora propiedad de Fredric March. Cuando vivían en Highland Avenue, Hollywood. Gladys se había sacrificado para que Norma Jeane tomara clases de piano y de canto, intuyendo que algún día sería actriz. *Siempre tuvo fe en mí. Y yo era tan ignorante.* Su profesor de piano, al que adoraba y temía a la vez, guiaba con firmeza sus dedos sobre el teclado.

—No seas tonta, Norma Jeane. Haz un esfuerzo.

Estaba sola cuando oyó la música. Abstraída, subía en un ascensor de Bullock's, en Beverly Hills. Debía de ser lunes, pues no tenía ensayo en La

Productora. No vestía como Lorelei Lee («Marilyn Monroe ha nacido para interpretar ese papel»), sino como una cliente más de las tiendas de Beverly Hills. Estaba segura de que nadie la reconocería. Había ido a Bullock's a comprar regalos para su maquillador, Whitey, que era todo un personaje y la hacía reír, y para Yvet, la secretaria del señor Z, que había sido muy amable y paciente con ella y siempre guardaría su secreto. Compraría también un bonito camisón para Gladys y lo enviaría a Lakewood con una tarjeta que diría «Con cariño, de tu hija Norma Jeane». Llevaba unas gafas de sol tan oscuras que le costaba ver los precios de las etiquetas, una holgada chaqueta de lino beis y pantalones. Calzaba unas zapatillas de lona con suela de corcho para descansar sus doloridos pies. Sobre la vaporosa melena rubia, todavía ligeramente alborotada tras una noche de descanso, se había atado un pañuelo color aguamarina, sin duda un obsequio de alguien. Porque en esta etapa de su vida la gente la obligaba a aceptar presentes —prendas de vestir, incluso joyas y reliquias de familia— cada vez que ella, ya fuera por cortesía o simplemente por decir algo con objeto de evitar preguntas íntimas, expresaba la más mínima admiración por esos objetos.

¡Pruébatelo, Marilyn! ¡Vaya, te queda que ni pintado! Por favor, quédatelo.

Mientras subía en el ascensor a la segunda planta de Bullock's, empezó a oír una melodía de piano. No la reconoció, pues en su cabeza, como en una enloquecida máquina de discos, sonaba la vivaz banda sonora de un musical, una estridente y sincopada música de baile. Escandalosa, vulgar. Pero de pronto oyó música clásica procedente de un piso superior. Estaba segura de que no era una grabación, sino música en vivo: ¿un pianista? ¡Tocaba *Para Elisa*, de Beethoven! La sonata atravesaba su corazón como una esquirola del más exquisito cristal.

Para Elisa, la melodía que Clive Pearce había tocado para ella en el mágico piano blanco, despacio, con suavidad y tristeza, poco antes de llevarla al orfanato.

El tío Clive.

—Por última vez, cariño. ¿Me perdonarás?

Lo haría. Lo había hecho.

Los había perdonado a todos mil veces.

En persona, Marilyn Monroe no se parece en nada a sus fotografías. Es más bonita, más joven y con una expresión más dulce. Claro que no es precisamente una belleza. El otro día la vimos en Bullock's, de compras. Parecía una mujer del montón. O casi.

Como en un trance, siguió las notas de *Para Elisa* hasta la quinta y última planta del edificio. Estaba tan emocionada que no habría sido capaz de explicar por qué se encontraba allí, en esos grandes almacenes; de hecho, detestaba ir de compras y los sitios públicos la ponían nerviosa. Aunque fuera disfrazada, siempre cabía la posibilidad de que unos ojos astutos y perspicaces vieran más allá del disfraz *porque era una época de soplones, de testigos*. (Incluso V, un actor increíblemente célebre en tiempos de guerra y un patriota de pura cepa, había sido interrogado por una comisión del estado de California que investigaba a comunistas y subversivos en la industria del cine. ¡Ay! ¿Y si V la hubiera denunciado? ¿Alguna vez había defendido a los comunistas en su presencia? Pero no, V jamás la traicionaría, ¿no? Al fin y al cabo, se habían querido mucho.) Sin embargo, la música del piano la atraía, no podía resistirse a ella. Sus ojos se humedecieron. ¡Era tan feliz! Ahora debía pensar en el futuro, no en el pasado, porque todo iba de maravilla en su vida personal y en su carrera de actriz; en La Productora le habían dado el camerino que había pertenecido a Marlene Dietrich, y aunque sólo fuera por eso, no podía permitirse pensar en cosas que la entristecieran o la pusieran nerviosa. Otra vez tenía dificultades para conciliar el sueño. A menos que trabajara, trabajara y trabajara, hiciera ejercicio, bailara, leyera y escribiera en su diario hasta quedar exhausta.

Pero le habían prohibido probarse ropa en Bullock's. O en cualquier tienda buena. Porque ensucia las cosas. No lleva ropa interior. No es limpia. Es una adicta a la Bazedrina y suda mucho.

La quinta planta de Bullock's era la más elegante. Ropa de diseñadores, Salón de Piel. Una mullida alfombra de color rosa viejo. Hasta las luces eran etéreas. Era la planta donde Norma Jeane se había probado ropa delante del señor Shinn, que le había comprado el vestido blanco para el

estreno de *La jungla de asfalto*. ¡Qué fácil había sido su vida cuando interpretaba a Angela! En aquel entonces nadie agobiaba a Marilyn Monroe; de hecho, tres años antes, Marilyn Monroe prácticamente no existía. I. E. Shinn era el único que tenía fe en ella.

—Mi querido Isaac. Mi querido judío.

Pero ella lo había traicionado. Lo había matado, rompiéndole el corazón. Los familiares más cercanos del agente, como tantas otras personas de Hollywood, la despreciaban, la tenían por una puta manipuladora, pero ¿qué había hecho ella? ¿De qué la acusaban?

—No me casé con él ni acepté su dinero. Yo sólo me caso por amor.

Aunque había amado a Cass Chaplin y a Eddy G., en un arrebató febril había abandonado el piso que compartía con ellos. Los Dióscuros. Junto a ellos no tenía futuro; debía escapar. Sólo se había tomado el tiempo necesario para sacar su ropa y sus libros favoritos. Había dejado todo lo demás, incluido el pequeño tigre de peluche. Yvet había supervisado la mudanza y le había alquilado otro apartamento en Fountain Avenue. (Naturalmente, Yvet cumplía órdenes del señor Z, que ahora, como jefe de producción, ponía todo su celo en manejar la vida de la actriz y se mostraba amable y comprensivo con ella, su inversión millonaria.) Por otra parte, el Ex Deportista decía que la quería como jamás había querido a otra mujer y que deseaba casarse con ella. Se lo había dicho en la segunda cita, antes incluso de que se convirtieran en amantes. ¿Era posible que un hombre tan célebre, atento y generoso, un verdadero caballero, quisiera casarse con *ella*? Norma Jeane sintió la tentación de confesarle que había sido una mala esposa con el pobre Bucky Glazer. Pero fue débil, y temiendo que dejara de quererla, se oyó decir con voz infantil que lo amaba y que se casaría con él.

¿Cómo iba a decepcionar también a este buen hombre? ¿Cómo iba a romperle el corazón?

Supongo que soy una zorra... ¡Pero no quiero serlo!

Norma Jeane se había aproximado al pianista despacio, con sigilo. No quería distraerlo. El piano de cola Steinway estaba situado cerca de la escalera mecánica de bajada; sentado ante él, un hombre maduro vestido

con frac y corbata blancos movía magistralmente los dedos sobre el brillante teclado. Tocaba de memoria, sin partitura.

¡Es él! ¡El señor Pearce!

Por supuesto, el señor Pearce había envejecido considerablemente. Habían pasado dieciocho años. Estaba más delgado y su cabello se había teñido por completo de plata; la carne que cubría sus inteligentes ojos era fina y descolorida; su cara otrora bella, una ruina llena de grietas y colgajos. Sin embargo, con cuánto talento tocaba el piano para la clientela rica y en su mayor parte indiferente: la inquietante dulzura de *Para Elisa* pasaba prácticamente inadvertida entre los parloteos de dependientas y clientes. ¿Cómo podéis ser tan groseros?, habría querido gritar Norma Jeane. Estáis ante un artista. *Escuchad*. Pero en toda la planta nadie escuchaba el piano de Clive Pearce; nadie salvo su antigua alumna, Norma Jeane, que era ya una mujer madura. Se mordía el labio mientras se enjugaba los ojos detrás de las gafas oscuras.

¡A Marilyn le encanta el piano! La vimos escuchando a un viejo que tocaba en la última planta de Bullock's; puede que estuviera fingiendo, pero no lo creo. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Era evidente que no llevaba sostén, pues sus pezones parecían a punto de atravesar la fina tela beis de su camisa.

En el apartamento nuevo y casi amueblado de Fountain Avenue, había puesto junto a la cama un panteón de grandes hombres, cuyas fotos había recortado de libros y revistas. Entre ellos destacaba Beethoven durante una interpretación: con la frente prominente, la expresión apasionada y el cabello alborotado. Beethoven, el gran genio de la música, para quien *Para Elisa* no era más que una bagatela, una nimiedad.

En el Panteón estaban también Sócrates, Shakespeare, Abraham Lincoln, Vaslav Nijinsky, Clark Gable, Albert Schweitzer y un dramaturgo estadounidense que acababa de recibir el Pulitzer.

Después de *Para Elisa*, el pianista interpretó varios preludios de Chopin y finalmente *Stardust*, de Hoagy Carmichael. Esto tampoco podía tratarse

de una casualidad, pues la única canción hermosa de *Los caballeros las prefieren rubias* era *When Love Goes Wrong, Nothing Goes Right*, de Carmichael, que cantaba Lorelei Lee. Norma Jeane escuchó con reverencia. Aquella tarde faltaría a varias citas, incluida una importante reunión con el diseñador de vestuario, y había prometido al Ex Deportista, que se encontraba en Nueva York, que estaría en casa a las cuatro para recibir su llamada. Intentaba recordar si últimamente había visto a Clive Pearce en alguna película. A pesar de su talento, el hombre había desaparecido del panorama artístico; sin duda La Productora había rescindido su contrato tiempo atrás. ¡Y ahora debía rebajarse a hacer esos trabajos! A tocar el piano en una tienda. Si podía, ella lo ayudaría. Le conseguiría un papel de figurante en *Los caballeros las prefieren rubias*, ¿o acaso podría tocar el piano en la película?

Es lo menos que puedo hacer por él. Le debo tanto.

Cuando el pianista hizo una pausa, Norma Jeane se adelantó a saludarlo, aplaudiendo con entusiasmo.

—¿Se acuerda de mí, señor Pearce?

Mientras se levantaba del banco del piano, Clive Pearce la miró con asombro.

—¿Marilyn Monroe? ¿Es usted...?

—Sí, ahora sí. Pero antes era Norma Jeane. ¿Me recuerda? ¿Recuerda a Gladys Mortensen? Vivíamos en el mismo edificio, en Highland Avenue.

Uno de los párpados de Clive Pearce estaba caído. En sus flácidas mejillas había una red de venitas casi invisibles. Pero sonreía con cordialidad y parpadeaba como si una luz cegadora brillara en su cara.

—Marilyn Monroe. Es un honor conocerla.

Con su atuendo formal de frac y corbata blancos y brillantes zapatos negros, Clive Pearce parecía un maniquí que había adquirido vida sólo parcialmente. Norma Jeane le tendió la mano, un gesto que había aprendido a hacer sin inseguridad, porque ahora a la gente le encantaba estrechar y acariciar esa mano, y el señor Pearce cogió ambas entre las suyas, mirándola con arrobamiento.

—Usted es Clive Pearce, ¿verdad?

—Sí, lo soy. ¿Cómo es que me conoce?

—En realidad yo soy Norma Jeane Baker. O tal vez debería decir Norma Jeane Mortensen. Usted conocía a mi madre, Gladys; Gladys Mortensen. Era amigo suyo cuando vivíamos en Highland Avenue. En 1935, aproximadamente.

Clive Pearce rió. Su aliento olía a peniques de cobre apretados durante largo rato en una mano sudorosa.

—¿De eso hace mucho tiempo! Vamos, en esas fechas usted ni siquiera habría nacido, señorita Monroe.

—Claro que sí, señor Pearce. Tenía nueve años. Y usted era mi profesor de piano —Norma Jeane intentaba controlar su tono suplicante. Era medianamente consciente de que un grupo de desconocidos los observaba a una distancia prudencial—. Por favor, tiene que acordarse. Yo era una niña. Usted me enseñó a tocar *Para Elisa*.

—¿Una niña tocando *Para Elisa*? Lo dudo mucho, querida.

Pearce parecía creer que le estaban tomando el pelo.

—Mi madre era... es Gladys Mortensen. ¿No la recuerda?

—¿Gladys...?

—Yo pensaba que ustedes eran amantes. Bueno, usted quería a mi madre. Ella era preciosa y...

El caballero de pelo cano sonrió a Norma Jeane y le hizo un guiño cómplice. *¿Su madre? ¿Una mujer? No.*

—Tengo la impresión de que me confunde con otra persona, querida. En la ciudad de oropel, todos los británicos parecen iguales.

—Vivíamos en el mismo edificio de apartamentos, señor Pearce. En el 828 de Highland Avenue, Hollywood. A cinco minutos andando del Hollywood Bowl.

—¿El Hollywood Bowl! Sí, recuerdo aquel edificio, una ruina infestada de cucarachas. Gracias a Dios pasé poco tiempo allí.

—Mi madre no se encontraba muy bien, tuvieron que ingresarla en un hospital, ¿recuerda? Usted era mi tío Clive. Usted y la tía Jessie me llevaron al or-or-orfanato.

Esta vez Pearce pareció alarmarse. Su cara adquirió un aire sombrío y suspicaz.

—¿Tía Jessie? ¿Alguna mujer se hizo pasar por mi esposa?

—Oh, no. Así los llamaba yo. Más bien, así querían ustedes que los llamara, pero yo no podía. ¿De verdad lo ha olvidado? —ahora el tono de Norma Jeane era abiertamente suplicante. Se aproximó más al hombre mayor, que era varios centímetros más bajo de lo que ella recordaba, para que los mirones que los rodeaban no pudieran oírlos—. Me enseñó a tocar en un pequeño piano Steinway color marfil que mi madre le había comprado a Fredric March...

Al oír esto, Clive Pearce chascó los dedos.

—¡El pequeño piano blanco! Desde luego. Querida, ese piano está ahora en mi posesión.

—¿Tiene el piano de mi ma-madre?

—Es mío, querida.

—Pero... ¿cómo llegó a sus manos?

—¿Que cómo llegó a mis manos? A ver, déjeme pensar —Clive Pearce frunció el entrecejo y se tiró de los labios. Sus ojos se entornaron con el esfuerzo de memoria—. Creo que el casero se quedó con algunos de los efectos personales de su madre para cobrarse el dinero que ella le debía. Sí, estoy casi seguro de que fue así. El piano había sufrido algunos daños en el incendio..., me parece recordar que hubo un incendio..., y yo le hice una oferta por él. Lo reparé y todavía lo conservo. Era un piano precioso y no quería separarme de él. No lo haré nunca.

—¿Ni siquiera si le ofrecieran una suma considerable?

Clive Pearce apretó los labios y sopesó la cuestión. Después sonrió tal como Norma Jeane recordaba que solía sonreír en el pasado, con una expresión pícaro que la hacía temblar y desconfiar del tío Clive.

—Mi querida y hermosa Marilyn, quizá pudiera hacer una concesión especial por usted.

De esta manera mágica, Clive Pearce fue contratado como extra en *Los caballeros las prefieren rubias*, donde en cierta escena tocaría el piano en el

fondo de un lujoso salón de un transatlántico. Y así fue como Norma Jeane compró el piano blanco que había pertenecido a Fredric March, por mil seiscientos dólares que le prestó el Ex Deportista.

El chillido. La canción

Imagine que en el mismo espacio que ocupa usted con su cuerpo verdadero, existe otro cuerpo, el cuerpo imaginario de su personaje, que usted ha creado en su mente.

MICHAEL CHEKHOV,
To the Actor

No era el brillante coche negro de La Productora, digno de la realeza, sino un feo Nash de techo abombado y del melancólico tono del agua de fregar los platos después de que las burbujas hayan estallado, y el chófer con uniforme y gorra era un individuo de tez morena, en parte rana y en parte humano, con unos ojos grandes y vidriosos que la asustaban.

—¡Oh, no me mire! ¡Ésta no soy yo!

Había tragado arena y tenía la garganta seca. ¿O le habían llenado la boca de algodón para amortiguar sus gritos? Trató de explicarle a la mujer con guantes de redcilla que la empujaba en el asiento trasero del Nash que había cambiado de idea, pero la mujer se negaba a escucharla. Y sus manos eran fuertes, hábiles, experimentadas.

—No, por favor. Qui-quiero volver. Esto es...

Los balbuceos de una niña asustada. ¿Miss Sueños Dorados? El Chófer Sapo conducía su abombado vehículo con una maestría digna de encomio a

través de las luminosas calles de la Ciudad de Arena. No era de noche, pero brillaba un sol tan cegador que se veía menos que si fuera de noche.

—¡Eh! He cambiado de idea, ¿entienden? Te-tengo derecho a cambiar de idea.

Había granos de arena no sólo en su boca, sino también en sus ojos. La mujer con las manos enguantadas hizo una mueca que era una mezcla de sonrisa y enfurruñamiento. El coche se detuvo con brusquedad. Norma Jeane comprendió que habían viajado en el tiempo. *Para un actor, cualquier papel supone un viaje en el tiempo. Uno se separa para siempre de su yo anterior.* ¡Una curva inesperada! ¡Un umbral con escalones de cemento! Un pasillo y un penetrante olor a medicamentos o sustancias químicas, semejante al aroma que despedían las grandes manos de Bucky Glazer. Sin embargo, le aguardaba una sorpresa (igual que en una película en la que de súbito se abre una puerta mientras sube el volumen de la música): una estancia elegantemente amueblada. *Una sala de espera.* Las paredes estaban cubiertas de relucientes paneles de madera, de los cuales colgaban reproducciones de los dibujos de Norman Rockwell publicados en *The Saturday Evening Post*. Había sillas «modernas» con patas metálicas. Un escritorio grande y brillante y... ¿un cráneo humano? El cráneo amarillento, surcado por grietas finas como las de la cobertura de un pastel, tenía un inquietante hueco en la coronilla (¿consecuencia de una autopsia? ¿Te serraban un agujero en la cabeza?) y estaba lleno de lápices, estilográficas y las caras pipas del médico. Oficialmente, era el día de descanso del médico. Más tarde, el doctor jugaría al golf en el Wilshire Country Club con su amigo Bing Crosby. Había luces brillantes que ella confundía con *mentiras brillantes*.^[3] Al amanecer, se había levantado de la sudada cama para tomar una, dos o tres pastillas de codeína.

—¡Por favor! ¿Por qué no me escuchan? He cambiado de idea.

Pero no podía cambiar de idea. Se dijo que debía animarse. *La luz esteriliza. El peligro de gérmenes e infecciones será mínimo.* (Esos pensamientos curiosos y cómicos pasaban a menudo por su cabeza en el plató. Las exageradas luces, la intensidad del vidrioso objetivo de la cámara, la certeza de que cuando comienza la película, mientras tu yo

cinematográfico surge sin esfuerzo, como cuando guiñas un ojo, tú y tu Amiga Mágica se convierten en un mismo ser, en medio de una seguridad y una dicha absolutas.) Sin embargo, trataba de explicar que había cometido un error, que no quería someterse a la operación; sí, pero estaba «en buenas manos»; el señor Z se lo había prometido. No estaba dispuesto a arriesgar una inversión de un millón de dólares. Era verdad; ella no correría riesgo alguno. Si era Marilyn Monroe, La Productora no permitiría que se pusiera en peligro. Para tranquilizarla, Yvet tarareaba: «Hay manos bondadosas que curarán tus tristezas, manos bondadosas que lustrarán tus zapatos. Manos bondadosas de la mañana a la noche». Al ver que no escuchaban sus ruegos, dijo con la vocecilla cómica y sensual de Lorelei Lee:

—¿Sabéis una cosa? Tengo la impresión de que en cualquier momento todos vosotros empezaréis a cantar y a bailar.

El médico no sonrió ante estas palabras, pero sonrió. Tenía cara de seta y una nariz regordeta llena de pelos. La llamaba «querida», quizá para convencerla de que no conocía su nombre y nunca la delataría. Era un alivio que el médico no reconociera a su famosa paciente. Ninguno de los presentes la *conocía*. Estaba temblando, desnuda bajo la fina bata de hospital. Bucky nunca le había permitido ver un cadáver, pero de alguna manera ella los había visto y sabía cómo eran. La piel grisácea, los ojos hundidos en sus cuencas. Cuando hundes un dedo en la piel esponjosa, ésta no vuelve a su posición original. Se removía, se mordía los labios para contener una risa histérica y ellos la acostaron sobre una camilla cubierta de papel, un papel que crujía y se arrugaba bajo su cuerpo; estaba tan asustada que se le escapó el pis, pero ellos la limpiaron en silencio y le pusieron los pies en unos estribos. ¡Sus pies descalzos! ¡Las vulnerables plantas de sus pies!

—Por favor, no me miren. No me hagan fotos.

Lo único que tengo que hacer es no interferir, había advertido la tía Elsie. Y así era como Norma Jeane hacía el amor casi siempre: se quedaba muy quieta, sonriendo alegremente con expectación, tierna, insegura y esperanzada, y se abría de piernas para su amante, se convertía en un regalo para él; ¿no es eso lo que quieren los hombres? Con el Ex Deportista se

había llevado una sorpresa: él era un amante tierno pero vigoroso, igual que V, jadeaba, sudaba y se mostraba agradecido, y puesto que era un caballero, jamás se reía de ella como lo habían hecho los Dióscuros, imperdonablemente.

—Un titular para el *Tatler*: MORBOSA REVELACIÓN: LA SEX SYMBOL MARILYN MONROE PREGUNTA: «¿FOLLAR ES UN VERBO?».

Ja, ja, ja.

Bueno, ella también había reído. El médico le hacía cosquillas con los dedos enfundados en guantes de goma. Unos dedos pequeños que la penetraban. Igual que el tío Pearce subiendo y bajando por sus costados, metiéndose en la raja de su pequeño culo como un ratoncillo pícaro. Pero esos dedos volvían a salir con tanta rapidez que una no se enteraba de que el ratoncillo había estado allí. La codeína la había aletargado y se encontraba en ese estado en el que el dolor se percibe como algo lejano. Igual que cuando se oyen gritos en la habitación contigua. No se resista, por favor, decía el médico. Apenas si sentirá una pequeña molestia. Esta inyección la adormecerá. No queremos atarla.

—Espere. No. Ha habido un error. Yo...

Apartó las manos del médico. Esas manos de goma. No veía las caras. La luz la cegaba. Quizá se hubiera adentrado demasiado en el futuro, donde el sol se había expandido hasta ocupar todo el cielo.

—¡No! ¡Ésta no soy yo!

Gracias a Dios, consiguió bajarse de la camilla. Gritaron tras ella, pero ya había desaparecido. Corría descalza, jadeando. ¡Oh, conseguiría escapar! No era demasiado tarde. Corrió por el pasillo. Olía a humo, pero aún no era demasiado tarde. La puerta que estaba en lo alto de la escalera no tenía llave, así que la abrió. Allí estaban los rostros familiares de Mary Pickford, Lew Ayres, Charlie Chaplin. ¡Oh, Charlot! Charlie era su verdadero padre. ¡Esos ojos! Oyó un sonido amortiguado en la habitación contigua. Sí, era el dormitorio de Gladys. Un sitio prohibido, pero Gladys ya no estaba allí. Entró y vio la cómoda y el cajón que debía abrir. Tiró, tiró y tiró de ese cajón. ¿Estaba atascado? ¿O ella no era lo bastante fuerte para abrirlo? Por fin lo abrió y apareció el bebé, agitando sus manos y pies diminutos,

respirando con dificultad. Babeaba y trataba de recuperar el aliento para llorar. Precisamente cuando el frío espéculo penetraba en su cuerpo, entre sus piernas abiertas. Precisamente cuando la vaciaban como quien vacía un pescado. Sus entrañas se deslizaban por los bordes de la cucharilla. Giró la cabeza a un lado y a otro, gritando, hasta que los tendones del cuello se agarrotaron.

El niño chilló. Una vez.

—¿Señorita Monroe? Por favor. Es la hora.

Bueno, hacía rato que era la hora. ¿Cuánto hacía que la llamaban, que golpeaban con cautela en la puerta de su camerino? Llevaba cuarenta minutos sentada allí, mirando al vacío como en un trance, enfundada en su precioso vestido rosa, con el pelo perfecto, el maquillaje perfecto, guantes hasta los codos, la parte superior de sus grandes pechos al descubierto y rutilantes joyas en sus orejas y alrededor de su bonito cuello. Era hora de interpretar *Diamonds Are a Girl's Best Friend*.

Monroe hizo un trabajo impecable. Como una auténtica profesional. Una vez que hubo memorizado cada palabra, cada sílaba, cada compás, funcionó como un reloj. No era un «personaje», un «papel». Debía de tener la capacidad de imaginarse en la película, como en una animación. Y controlaba esa animación desde su interior. Sabía cómo la percibirían los desconocidos espectadores desde la oscuridad de la platea.

Así era Marilyn Monroe durante el rodaje: la imagen animada que los desconocidos verían y adorarían algún día.

En cierta ocasión en la que me enviaron a buscarla a su camerino, llamé a la puerta, agucé el oído y podría jurar que oí el chillido de un bebé. No fue un sonido fuerte, como si en efecto hubiera un niño en el camerino, pero puedo asegurar que oí chillar a un bebé. Sólo una vez.

El Ex Deportista y la Actriz Rubia: la proposición

1

Al analizar el fracasado matrimonio en retrospectiva, como quien disecciona un cadáver, algunos observadores se preguntarían si había habido una proposición de matrimonio o si simplemente la pareja se habría visto obligada a oficializar su situación.

Nos amamos, es hora de que nos casemos, dijo en voz baja el Ex Deportista a la Actriz Rubia.

Hubo una pausa y luego, movida por su habitual miedo al silencio, la Actriz Rubia murmuró: *¡Oh, sí! ¡Sí, cariño!* En su confusión, añadió con una risita nerviosa: *Su-supongo que sí.*

(¿Oyó el Ex Deportista estas últimas palabras titubeantes? Todos los indicios sugieren que *no*. ¿Oyó el Ex Deportista alguna frase de la Actriz Rubia, dicha en murmullos o de cualquier otra manera, que amenazara su orgullo? Todos los indicios sugieren que *no*.)

Después se besaron, terminaron la botella de champán y volvieron a hacer el amor con ternura y optimismo infantil. (En la acertadamente llamada Suite Imperial del Beverly Wilshire, donde La Productora alojó a Marilyn Monroe en la noche del estreno de *Los caballeros las prefieren rubias*, tras celebrar una fiesta para quinientas personas. ¡Ah, qué noche!) De repente la Actriz Rubia se echó a llorar. Profundamente conmovido, el

Ex Deportista hizo lo que hacían los galanes de las ñoñas películas románticas de los cuarenta: enjugó con besos las lágrimas de su amada.

Diciendo: *Te quiero tanto.*

Diciendo: *Lo único que quiero es protegerte de esos chacales.*

Diciendo con infantil agresividad, encaramándose sobre los codos encima de ella, mirándola como quien estudia un territorio peligroso con la benigna ilusión de que atravesarlo no sólo será posible sino también una aventura dichosa: *Sólo quiero sacarte de aquí. Quiero que seas feliz.*

2

En los momentos cruciales, la película se desenfoca. Dado que es la única copia, es de suponer que tendrá un gran valor para los coleccionistas. Naturalmente, el sonido es malo. Los que somos capaces de leer los labios (una habilidad práctica para un aficionado al cine) contamos con una ventaja evidente, pero en este caso no lo era tanto, ya que el Ex Deportista movía los labios de una manera extraña, como si hablar lo cohibiera en la misma medida que sus imprevisibles e ingobernables emociones. La Actriz Rubia, por su parte, cuando no vocalizaba para la cámara (con la cual se «comunicaba» como nadie), tenía una exasperante tendencia a farfullar y a tragarse las palabras.

Míranos, Marilyn, queremos gritarle. Sonríe. Una sonrisa sincera. Sé feliz. Tú eres tú.

Cuando el Ex Deportista hablaba de los «chacales» y de su deseo de «sacar a Marilyn de allí», se refería a La Productora (sabía que los ejecutivos la explotaban y le pagaban una minucia en comparación con los millones que ganaban gracias a ella), a Hollywood en general y posiblemente al mundo entero, que, según le decía su intuición, no amaba lo suficiente a la actriz. (Ni a él tampoco. ¿Acaso no lo habían abucheado cuando, cojeando debido a una lesión ósea, había sido incapaz de estar a la altura de las expectativas de sus admiradores?) Es posible que también entrara en juego su virulento desprecio masculino hacia el variopinto grupo

de fanáticos que en esos momentos se encontraba en la otra acera del mojado Wilshire Boulevard, frente al hotel (pues el conserje los había obligado a desalojar la lujosa entrada), con grandes libretas para autógrafos encuadernadas en plástico y baratas cámaras Kodak, esperando sin descanso a que saliera la célebre pareja; a menos que aquellos adoradores se contentaran imaginando que, aunque invisibles y totalmente inaccesibles para ellos, el moreno y apuesto Ex Deportista y la hermosa Actriz Rubia se apareaban sin cesar, como Shiva y Shakti, deshaciendo y recreando el universo.

Una cosa está clara. Después de que el Ex Deportista diga apasionadamente *Quiero que seas feliz*, la Actriz Rubia sonrío con timidez y dice algo, pero las interferencias impiden oír sus palabras. Tras estudiar esta secuencia varias veces, un infatigable lector de labios sospecha que la Actriz Rubia dice: *¡Oh! ¡Pero ya soy feliz! No había sido tan feliz en toda mi vi-vida*. Acto seguido, como en medio de la explosión de una nova, el Ex Deportista y la Actriz Rubia se abrazan con desesperación entre las arrugadas sábanas de seda de la faraónica cama, chisporrotean y se incendian convirtiéndose en una luz intangible mientras la propia película se derrite.

Es un hecho histórico. Apropiado aunque irónico. Hemos aprendido a aceptarlo igual que cualquier hecho histórico irremediable. Nuestro primer impulso es rebobinar la cinta y volver a ver la secuencia, deseando que esta vez el resultado sea diferente y logremos descifrar los tartamudeos de la Actriz Rubia...

Pero no, nunca lo conseguiremos.

3

Durante el bullicioso estreno de *Los caballeros las prefieren rubias*, en el remodelado Teatro Egipcio de Grauman en Hollywood Boulevard, entre proyectores, fogonazos de cámaras, silbidos, vítores y aplausos, Yvet, la leal

ayudante del señor Z, se aproxima a la Actriz Rubia con sigilo de leona y le murmura misteriosamente al oído:

—Acabo de enterarme, Marilyn. Esta noche debe ir sola a la habitación del hotel. La estará esperando alguien muy especial.

La Actriz Rubia ahuecó una mano junto a su oreja cargada de diamantes:

—¿Alguien es-especial? Oh. ¡Oh!

Aquella esqirla de cristal en su corazón. En la deliciosa turbulencia de la Benzadrina, prácticamente cualquier comentario parece un heraldo del destino, una agridulce puñalada en el corazón. Benzadrina y champán, ¡qué mezcla! La Actriz Rubia empezaba a descubrir lo que todos los demás habitantes de Hollywood ya sabían.

—¿Es... mi pa-padre?

—¿Quién?

La música de la película es ensordecedora. Tocan *A Little Girl from Little Rock*. Entre los gritos de la multitud y la voz amplificada del locutor, Yvet no la oyó, aunque la Actriz Rubia tampoco pretendía que la oyera. (Razonando con la lógica de la Benzadrina, si el misterioso visitante era de hecho el padre de Norma Jeane Baker / Marilyn Monroe, habría ocultado su identidad a los desconocidos y sólo se la revelaría en privado a *ella*.) Yvet, con un elegante vestido de terciopelo negro, un collar de perlas de una sola vuelta, el cabello del color del acero y unos perplejos ojos del mismo tono que llegaban al alma de la Actriz Rubia. *Te conozco. He visto tu coño ensangrentado. He visto cómo te vaciaban las entrañas como a un pez. Nadie te conoce mejor que yo.* Yvet se apretó un dedo contra los labios. ¡Es un secreto! No digas nada. La Actriz Rubia —que no había caído en la cuenta de que atenazaba la mano de la mujer mayor igual que una adolescente asustada y eufórica— decidió no dejarse ofender por esta advertencia y, en cambio, demostrar simple gratitud, como habría hecho la propia Lorelei Lee:

—¡Gracias!

No iba a llevar a ningún hombre conmigo. Emborracharme y recoger a alguien. Eso es lo que ellos pensaban de Marilyn.

Para gran decepción del equipo de relaciones públicas de La Productora, el Ex Deportista no acompañaría a la Actriz Rubia al estreno. Acudiría vestida con sus mejores galas y escoltada por ejecutivos de La Productora, sus mentores el señor Z y el señor D. El Ex Deportista se encontraba en la Costa Este, recibiendo un homenaje en el Baseball Hall of Fame. ¿O estaba en Key West pescando con papá Hemingway, uno de los mayores admiradores del bateador? ¿O en Nueva York, su ciudad favorita, donde podía pasar prácticamente inadvertido, cenando con Walter Winchell en Sardi's, o con Frank Sinatra en el Stork Club, o en el restaurante de Jack Dempsey en Times Square, en la mesa del ex campeón de pesos pesados, bebiendo, fumando puros y firmando autógrafos junto al propio Dempsey?

—¿Sabes qué es la «fama», chico? Que te paguen por decir mentiras durante el resto de tu vida.

En cuanto ganó el título de pesos pesados, en 1919, Dempsey perdió todo su interés por el boxeo. Por el cuadrilátero. Por la afición. Incluso por ganar.

—Ganar es para los tontos.

El Ex Deportista admiraba muchísimo a este ex campeón de un deporte más masculino, más peligroso y en consecuencia más prestigioso que el béisbol, a este Dempsey cubierto de estropeada piel de elefante, a este obeso que guiñaba un ojo y reía.

—¡Eh, lo he conseguido! ¡Soy el gran Dempsey!

A la Actriz Rubia no le molestaba esta necesidad infantil del Ex Deportista de rodearse de machotes. De hecho, ella compartía esa necesidad.

¡Cuántas aburridas y fatigosas horas habían dedicado a preparar a la Actriz Rubia para esta velada festiva! Había llegado a La Productora a las dos de la tarde, con una hora de retraso, vestida con pantalones, chaqueta y zapatillas de lona. Sin más maquillaje que el carmín. ¡Sin cejas! Aún no había tomado sus pastillas de Benzedrina, de modo que estaba lúcida y mordaz. Con el cabello rubio platino recogido en una cola de caballo, aparentaba unos dieciséis años y cualquiera la habría tomado por una vulgar

aunque atractiva animadora de un instituto del sur de California, con un busto extraordinariamente desarrollado.

—¿Por qué diablos no puedo ser yo misma? —protestó—. Aunque sólo sea una vez.

Le gustaba entretener al personal de La Productora. Le encantaban sus risas y quería caerles bien. *Marilyn es una más. Es estupenda.* A veces demostraba una imperiosa necesidad de granjearse el afecto de los peluqueros, los maquilladores, las encargadas de guardarropía, los cámaras, los electricistas, el ejército entero de empleados conocidos exclusivamente por nombres familiares como «Dee-Dee», «Tracy», «Whitey» o «Gordo». *¿Cómo es en realidad Marilyn Monroe? ¡Fantástica!* Les hacía regalos. Obsequios que a su vez le habían hecho a ella o cosas que compraba ex profeso. Les pasaba invitaciones. Se acordaba de interesarse por la enfermedad de la madre de uno, por la muela del juicio de otro, por sus tempestuosas vidas amorosas, que le parecían mucho más fascinantes que la suya propia.

No se te ocurra decir nada en contra de Marilyn. Si lo haces, te haré tragarte los dientes. Es el único ser humano entre ellos.

El día del estreno de *Los caballeros las prefieren rubias*, las manos de media docena de expertos se arrojaron sobre la Actriz Rubia como lo harían los desplumadores de pollos sobre los cadáveres de estas aves. Le lavaron y moldearon el pelo y le decoloraron las oscuras raíces con agua oxigenada tan potente que tuvieron que encender un ventilador para que no se asfixiara. Tras aclarar el cabello por segunda vez, le pusieron grandes rulos de plástico rosas y le cubrieron la cabeza con un ruidoso secador que parecía una máquina diseñada para administrar electrochoques. Le dieron un baño de vapor en la cara y el cuello, que luego enfriaron e hidrataron con cremas. La bañaron y le aceitearon el cuerpo, eliminando el antiestético vello; la empolvieron, perfumaron y maquillaron. Le pintaron las uñas de un intenso tono rojo a juego con su fosforescente boca.

Whitey, el maquillador, llevaba una hora trabajando cuando notó con pesar una ligera asimetría en las cejas pintadas de la actriz; retiró la pintura y volvió a aplicarla. Movieron el falso lunar un par de milímetros, pero

luego lo devolvieron prudentemente a su sitio original. Pegaron las pestañas postizas.

—Por favor, señorita Monroe, mire hacia arriba —entonó el meticuloso Whitey, impaciente—. Por favor, no se encoja. ¿Alguna vez le he pinchado un ojo?

El delineador se acercó peligrosamente al ojo de la Actriz Rubia, pero, en efecto, no entró. A estas alturas la Actriz Rubia había tomado Nembutal para tranquilizarse, no porque se sintiera ansiosa por el estreno de esa noche (ya habían hecho varios pases de la película, preestrenos para los entendidos, y las primeras críticas le auguraban un éxito seguro y elogiaban a Marilyn Monroe en el papel de Lorelei Lee), sino porque estaba curiosamente enfadada e impaciente. ¿Echaba de menos al Ex Deportista? La preocupaba que no estuviera a su lado en el estreno, pues no le gustaba ser el centro de atención.

Cuando el Ex Deportista estaba lejos, la Actriz Rubia sufría. Cuando el Ex Deportista estaba cerca, la Actriz Rubia tenía poco que decirle y él, poco que decirle a ella.

—¿Es posible que el matrimonio sea así? Dos almas en paz.

Para el Ex Deportista era un orgullo que lo vieran con la Actriz Rubia colgada del brazo en sitios públicos. Él frisaba los cuarenta; ella era mucho más joven y aparentaba aún menos años de los que tenía. Después de estas apariciones públicas, el Ex Deportista le hacía el amor con la energía de un hombre con la mitad de edad. Sin embargo, se enfurecía si otros hombres miraban demasiado a la Actriz Rubia. O si hacían comentarios vulgares en su presencia. No le gustaba verla en el papel de Marilyn. Quería que vistiera provocativamente sólo para él, no para los demás. Se había escandalizado y disgustado al ver *Niágara*, tanto por el contenido de la película como por los lascivos y omnipresentes carteles. ¿El contrato de la actriz no le daba derecho a intervenir en la forma en que la promocionaban? ¿No le molestaba que la presentaran como si fuera un trozo de carne? Cuando desenterraron la foto de Miss Sueños Dorados para publicarla en las páginas centrales de *Playboy*, el Ex Deportista se enfureció. La Actriz Rubia intentó explicarle que no tenía ningún control sobre ese desnudo; la compañía de

almanaques la había vendido sin su autorización y sin pagarle nada a cambio. Indignado, el Ex Deportista dijo que quería matar a esos cabrones, a todos y cada uno de ellos.

Ella se miró en el espejo.

—El matrimonio debería ser así, ¿no? Un hombre que me quiere. Que jamás me explotaría.

Antes de salir hacia el cine, la Actriz Rubia tomó una o quizá dos pastillas de Benzedrina para contrarrestar el efecto del Nembutal. Tenía la impresión de que su corazón latía cada vez más despacio. ¡Ah, qué necesidad tan grande, qué necesidad tan imperiosa sentía de acurrucarse en el suelo y *dormir*! Precisamente ahora, en la noche más feliz y triunfal de su vida, lo único que deseaba era *dormir, dormir, dormir un sueño semejante a la muerte*.

Pero la Benzedrina lo cambiaría todo. ¡Oh, sí! Podía contar con que las anfetetas le aceleraran el pulso y produjeran un delirante burbujeo en la sangre y el cerebro. Esa dulce y cálida agitación que llegaba al cerebro como un rayo caído del cielo. Pero no corría ningún peligro, porque las drogas de la Actriz Rubia eran legales. Ella jamás sucumbiría al triste destino de Jeanne Eagels, Norma Talmadge o Aimee Semple McPherson. Nunca se desviaría de las prescripciones del médico. La Actriz Rubia era una joven inteligente y astuta y no la típica diva de Hollywood. Los que la conocían bien sabían que era Norma Jeane Baker, una chica nacida en Los Ángeles que había escalado posiciones con esfuerzo para escapar de sus humildes orígenes. El médico de La Productora, Doc Bob, le prescribía únicamente los fármacos apropiados. Sabía que podía confiar en él, porque La Productora jamás arriesgaría su inversión millonaria. Tomaba Benzedrina con moderación para «animarse», para obtener una «rápida y preciosa energía», imprescindible para una actriz cansada. Y tomaba Nembutal con moderación para «tranquilizar los nervios» y conseguir «un descanso reparador y sin sueños», imprescindible para una actriz cansada e insomne. Con cierto recelo, la Actriz Rubia preguntó a Doc Bob si esos fármacos producían adicción y Doc Bob, poniéndole una mano paternal sobre la rodilla llena de hoyuelos, respondió:

—Mi querida jovencita: la vida es adictiva, y sin embargo debemos seguir viviendo.

4

Necesitaron cinco horas y cuarenta aburridos y fatigosos minutos para convertir a la Actriz Rubia en la Lorelei Lee de *Los caballeros las prefieren rubias*. ¡Pero aquella multitud enfervorizada en Hollywood Boulevard! Los gritos de «¡Marilyn!, ¡Marilyn!». Tenía que admitir que el esfuerzo había merecido la pena, ¿no?

Le habían cosido el vestido mientras lo llevaba puesto. Esta hazaña sola había requerido más de una hora de trabajo. Era el vestido sin tirantes de Lorelei Lee, confeccionado en seda de color rosa subido, lo bastante escotado para dejar al descubierto la parte superior de sus nacarados pechos y tan estrecho como una camisa de fuerza. Le habían advertido que tomara aire con inspiraciones pequeñas y controladas. Los guantes hasta los codos le apretaban los brazos como torniquetes. En sus delicadas orejas, alrededor de su empolvado cuello y en los brazos lucía diamantes (de hecho eran circonitas, propiedad de La Productora), y sobre su platina melena de algodón de azúcar, la misma tiara de «diamantes» que había llevado brevemente en una escena de la película. Una estola de piel de zorro blanco cubría sus hombros, y sus pies, ya doloridos, calzaban unas sandalias de raso rosas con tacón de aguja, tan apretadas e inseguras que la Actriz Rubia se veía obligada a andar con pasitos infantiles, sonriendo, apoyándose en los brazos del señor Z y el señor D, ambos vestidos con esmoquin y tan dignos como propietarios de unas pompas fúnebres. Habían cortado el tráfico en varias manzanas de Hollywood Boulevard y en las aceras había millares de espectadores —¿decenas de miles?, ¿centenares de miles?— sentados en tribunas o empujándose escandalosamente al otro lado de las barreras de la policía. Una lluvia de decapitadas cabezas de rosas rojas caía sobre el convoy de limusinas de La Productora. La multitud gritaba

enfervorizada: «¡Marilyn!, ¡Marilyn!». Tenía que admitir que cualquier esfuerzo había merecido la pena, ¿no?

Chillidos, silbidos, reflectores que la deslumbraban, micrófonos que se acercaban bruscamente a su cara.

—¡Marilyn! Hable para los oyentes de nuestra emisora. ¿Se siente sola esta noche? ¿Cuándo va a casarse?

La Actriz Rubia respondió con astucia:

—Cuando me decida, serán los primeros en enterarse —un guiño—. Lo sabrán antes que él.

¡Risas, vítores, silbidos y aplausos! Un chaparrón de pimpollos rojos, como pequeños pájaros desquiciados.

Junto a la atractiva coprotagonista morena Jane Russell, la Actriz Rubia lanzaba besos y saludaba a las cámaras, sus ojos ahora más animados y sus mejillas pintadas con colorete, resplandecientes. ¡Ah, qué feliz era! ¡Era feliz! *LOS DIÓSCUROS* (la película) hará que esa felicidad sea eterna. Si Cass Chaplin y Eddy G. estaban entre la multitud, mirando a la Actriz Rubia —odiando a su Norma, a la mamaíta, al Pescado, su mascota; cómo los había traicionado la muy puta; cómo los había convencido de una paternidad ridícula si no monstruosa en un principio, que sin embargo ellos habían llegado a aceptar, con el tiempo, como parte de un destino extraordinario aunque ingobernable—, ni siquiera los hermosos Dióscuros podrían privar a la Actriz Rubia, a ella, que era tan tímida, de la felicidad que sentía ante su primera gran multitud. ¡Admiradores! El efecto de la Benzedrina en su forma más pura. Al público de Hollywood le hacía ilusión (o eso se decía) el hecho de que, en *Los caballeros las prefieren rubias*, la morena Jane Russell y la rubia Marilyn Monroe no fuera rivales sino amigas. ¡Habían sido compañeras de instituto!

—¡Qué asombrosa coincidencia! Da que pensar. Estas cosas sólo ocurren en Estados Unidos.

En presencia de Jane Russell, la Actriz Rubia se mostraba ingeniosa y sarcástica, algo pícara, mientras que Jane, una cristiana devota, parecía ingenua e impresionable. Exactamente al contrario que en la película. Mientras las dos elegantes jóvenes estaban en la plataforma, sonriendo y

saludando a la multitud, ambas con vestidos escotados y ceñidos como camisas de fuerza, ambas respirando con pequeñas y contenidas inhalaciones, la Actriz Rubia dijo por la comisura de su pintarrajeada boca:

—¡Jane, tú y yo podríamos provocar un escándalo! ¿Sabes cómo?

Jane dejó escapar una risita ahogada.

—¿Desnudándonos?

La Actriz Rubia le dirigió una coqueta mirada de reojo y le dio un pequeño codazo justo debajo de su voluminoso pecho.

—No, nena. Besándonos.

¡La cara de Jane Russell!

Momentos deliciosos, ignorados por los biógrafos y los historiadores de Hollywood, que *LOS DIÓSCUROS* (la película) ha hecho eternos.

5

—¿He muerto? ¿Qué es esto?

Grandes ramos de flores en su camerino, que ya se le había quedado pequeño. Montañas de telegramas y cartas. Regalos torpemente envueltos por sus «admiradores». Aquéllos eran los individuos fieles, impersonales, anónimos que compraban entradas de cine en el vasto continente de América del Norte, los que hacían posible la existencia de La Productora y de la Actriz Rubia. Al principio, en las primeras y emocionantes semanas de fama, la Actriz Rubia se había sentido halagada. Leía las cartas de sus admiradores y lloraba. ¡Oh, algunas eran tan sentidas y sinceras! ¡Cartas conmovedoras! Cartas que habría podido escribir la propia Norma Jeane cuando era una adolescente fascinada por las estrellas de cine. Había algunas de inválidos, de personas con enfermedades misteriosas, de veteranos de guerra confinados en hospitales, de ancianos o individuos que escribían como ancianos y de otros que firmaban como poetas: «Corazón desgarrado», «Un eterno devoto de Marilyn Monroe», «Fiel para siempre a *La Belle Dame Sans Merci*». La Actriz Rubia respondía a estas últimas con ayuda de sus asistentes.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Estos pobres desdichados que escriben a Marilyn como si escribieran a la Virgen María.

(Antes incluso del éxito de *Los caballeros las prefieren rubias*, Marilyn Monroe recibía tantas cartas de admiradores como Betty Grable en la cumbre de su carrera, y muchas más de las que la Grable recibía ahora.) Esa atención exagerada la conmovía y la inquietaba a la vez. Conllevaba responsabilidades. *Por eso soy actriz*, se decía ella con seriedad, *para llegar al corazón de las personas*. Firmó centenares de fotografías, imágenes de estudio de la rubia Marilyn (como una lolita con trenzas y jersey escolar; como chica de portada con un peinado a lo Veronica Lake; como la letalmente *sexy* Rose, acariciándose sugestivamente un hombro desnudo; como Lorelei Lee, la corista de cara angelical), con la misma diligencia de la joven dócil y risueña que había hecho agotadores turnos de ocho horas en Radio Plane. Porque ¿no era aquélla otra forma de patriotismo? ¿No exigía también sacrificios? Desde que vio sus primeras películas en el Teatro Egipcio de Grauman, cuando era una niña fascinada por el Príncipe Encantado y la Bella Princesa, sabía que el cine era la religión de Estados Unidos. ¡Claro que ella no era la Virgen María! No creía en la Virgen María. Pero podía creer en Marilyn... hasta cierto punto. Por respeto a sus admiradores. A veces imprimía un beso con carmín en su fotografía, y con los ondulantes trazos que había aprendido a imitar, firmaba



«Con cariño, Marilyn», hasta que le dolía la muñeca y se le nublaba la vista. Catando el pánico antes de comprender que *la voracidad de los desconocidos es inagotable e insaciable*.

A finales de 1953, aquel año de maravillas, la Actriz Rubia se había convertido en una escéptica. Una persona escéptica es una persona melancólica. Una persona melancólica provoca la hilaridad pública. Igual que un cómico radiofónico, la Actriz Rubia creó su propio repertorio de chistes para hacer reír a sus ayudantes.

—¡Vaya, cuántas flores! ¿Soy un cadáver? ¿Estamos en una funeraria? Todo cadáver necesita un maquillador. ¡Whitey!

Cuanto más reían ellos, más payasadas hacía la Actriz Rubia. Decía «White-eeey» imitando el larguísimo chillido con que Lou Costello llamaba a «¡Ab-bott!». Sacudía los brazos con afectación teatral, protestando:

—Soy una esclava de Marilyn Monroe. Pagué por un crucero de lujo y estoy en tercera clase, ¡y remando!

Cuando interpretaba sus números cómicos, la Actriz Rubia hablaba como en ningún otro momento: inflamada por una maravillosa llama demoníaca, se permitía mostrarse irreverente o vulgar; los ayudantes de La Productora a veces se escandalizaban, pero siempre reían, reían hasta que se les saltaban las lágrimas.

—No lo dirá en serio, señorita Monroe —dijo Whitey con tono de reproche, como un tío entrado en años—. Si no fuera Marilyn Monroe, ¿qué sería?

—¡Señorita Monroe! No sea cruel —terció Dee-Dee enjugándose las lágrimas—. Cualquiera de nosotros, cualquier persona en el mundo, daría su brazo derecho por estar en su lugar. Y usted lo sabe.

—¡Oh! ¿De ve-veras? —tartamudeó la Actriz Rubia, alicaída.

¡Cambiaba de humor con tanta facilidad! No te lo esperabas. Era como una mariposa o un colibrí.

¡Y esos cambios no se debían a las drogas! Al menos al principio.

Algunas de las cartas dirigidas a Marilyn Monroe no eran elogiosas. Aludían al físico de la actriz y podían calificarse de hostiles, incluso de repulsivas. Algunas procedían de personas con trastornos mentales. Sin embargo, cuando ella se enteraba de que le ocultaban cartas, se empeñaba en verlas.

—Puede que digan algo de mí que me convendría saber.

—No, señorita Monroe —respondía Dee-Dee con sensatez—. Esas cartas no son sobre usted. Son de gente que sólo cree conocerla.

Aun así, había algo agradablemente *realista* en el hecho de que la llamaran puta, guarra o zorra rubia. En su confuso mundo de ensueño, cualquier cosa que prometiera ser *real* se le antojaba estimulante. Pero muy pronto hasta la correspondencia hostil se volvió previsible y formularia. Tal como Dee-Dee pudo comprobar, los detractores de la Actriz Rubia desfogaban su odio con un ser imaginario.

—Son como los críticos de cine. Algunos adoran a Marilyn y otros la odian. Pero ¿qué saben de *mí*?

La Actriz Rubia no le contó a nadie, salvo al Ex Deportista —después de que éste se convirtiera en su amante y en su mejor amigo (al menos eso quería creer ella)—, que seguía leyendo las montañas de cartas de desconocidos con la esperanza de encontrar nombres familiares, nombres que la vincularan con su pasado. En efecto, recibió correspondencia de algunas de estas personas, casi todas mujeres: cartas de ex compañeras de instituto, del colegio de El Centro Avenue, donde había hecho el primer ciclo de bachillerato, e incluso de la escuela elemental («Siempre ibas tan elegante; sabíamos que tu madre trabajaba en el mundo del cine y que algún día tú también serías actriz»), cartas de vecinos de Verdugo Gardens (aunque ninguna de la desaparecida Harriet); cartas de mujeres cuyos nombres la Actriz Rubia no recordaba pero que decían haber salido con Norma Jeane y Bucky Glazer antes de que ellos se casaran («En aquel entonces te llamabas Norma Jeane. Bucky Glazer y tú estabais tan unidos que a todos nos sorprendió vuestro divorcio. Supongo que se debió a la guerra, ¿no?»). Elsie Pirig le escribió no una sino varias veces:

Querida Norma Jeane:

Espero que me recuerdes. No estarás enfadada conmigo, ¿no? Temo que lo estés, porque hace muchos años que no recibo noticias tuyas, aunque sabes dónde vivo y seguimos teniendo el mismo número de teléfono.

La Actriz Rubia rompió esta carta. Hasta entonces no había reparado en lo mucho que odiaba a la tía Elsie. Cuando llegó una segunda carta, y una tercera, la actriz hizo una bola con ellas y las arrojó triunfalmente al suelo.

—Caray, señorita Monroe —dijo Dee-Dee, sorprendida—. ¿De quién es esa carta que la ha alterado tanto?

En un característico gesto inconsciente, la Actriz Rubia se tocaba la boca como si, según decían algunos, quisiera cerciorarse de que tenía labios. Parpadeaba para contener las lágrimas.

—Es de mi madre de acogida. Cuando aún no era más que una niña, una pobre huérfana, quiso destrozar mi vida porque tenía celos de mí. Me obligó a casarme a los quince años para que me largara de su casa. Porque su marido se había enamorado de mí y ella estaba ce-celosa.

—¡Ay, señorita Monroe! ¡Qué historia tan triste!

—Lo fue, pero ya no me importa.

Warren Pirig no le escribió nunca, naturalmente. Tampoco el detective Frank Widdoes. De los numerosos chicos con quienes había salido mientras estudiaba en el Instituto de Van Nuys, sólo tuvo noticias de Joe Santos, Bud Skokie y un tal Martin Fulmer, a quien no recordaba. El señor Haring, el profesor de lengua y literatura al que tanto había querido y que entonces parecía corresponder a su afecto, no le escribió nunca.

—Supongo que estará ofendido conmigo. Me he desviado mucho de sus enseñanzas.

Después de salir del orfanato, Norma Jeane había mantenido correspondencia con la doctora Mittelstadt durante un par de años. La mujer le enviaba publicaciones sobre la Ciencia Cristiana y regalos de cumpleaños. Pero de buenas a primeras habían dejado de escribirse. Norma Jeane suponía que la culpa había sido suya.

—Pero ¿por qué no me escribe ahora? Aunque no vaya al cine, seguramente habrá visto fotografías de Marilyn. ¿No me habrá reconocido? ¿Estará enfadada conmigo? ¿Ofendida? Oh, la odio. Ella también me abandonó.

Le dolía, asimismo, que la señora Glazer no le escribiera.

Naturalmente, cada vez que entraba en su camerino para leer la correspondencia pensaba: *Tal vez me haya escrito mi padre. Sé que sabe quién soy, que ha seguido de cerca mi carrera.*

No estaba claro que su padre hubiera seguido de cerca su carrera. Ni por qué Norma Jeane estaba convencida de que lo había hecho.

Pero pasaron las semanas y los meses de este año de maravillas y el padre de Norma Jeane no le escribió. A pesar de que Marilyn Monroe se había vuelto tan famosa que era imposible no ver sus fotos y su nombre por todas partes. En los periódicos, las columnas de cotilleos, los carteles de películas, las marquesinas de los cines. ¡La publicidad de *Los caballeros las prefieren rubias!* ¡Un cartel gigantesco en Sunset Boulevard! La publicación del desnudo de Miss Sueños Dorados en el primer ejemplar de *Playboy*, en la página central de esta atrevida revista nueva para hombres, desató una avalancha de cartas y despertó un interés aún mayor en la prensa. La Actriz Rubia informó verazmente a los reporteros de que no había dado su autorización para que la foto de Miss Sueños Dorados apareciera en *Playboy* ni en ninguna otra revista, pero ¿qué podía hacer? Los negativos no eran propiedad suya. Había renunciado por escrito a sus derechos. Y todo por cincuenta dólares, en 1949, cuando era desesperadamente pobre. Leviticus, un periodista célebre por su cruel ingenio y sus escandalosas revelaciones en *Hollywood Confidential*, sorprendió a sus lectores dedicando una columna entera a una carta abierta que comenzaba en los términos siguientes:

Querida Miss Sueños Dorados 1949:

Sin duda es usted «la novia del mes». De cualquier mes.

Sin duda es una víctima más de la vil explotación de la inocencia femenina en nuestra sociedad.

Y es usted una de las afortunadas, ya que seguramente continuará triunfando en su carrera cinematográfica. ¡Enhorabuena!

Pero debería saber que es una mujer aún más hermosa y deseable que Marilyn Monroe. ¡Y eso es mucho decir!

Profundamente conmovida por la afectuosa galantería de Leviticus, la Actriz Rubia envió al periodista una copia del polémico desnudo con la inscripción: «Su amiga para siempre, Mona / Marilyn Monroe».

La Productora había mandado hacer copias de la foto precisamente con ese fin.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, la de la fotografía soy yo. Que los propietarios del almanaque nos demanden si quieren.

Un día, una semana antes del estreno de *Los caballeros las prefieren rubias*, una demudada Dee-Dee entregó una carta a la Actriz Rubia.

—¿Señorita Monroe? Creo que se trata de una carta confidencial.

Intuyendo el contenido de la misiva (escrita a máquina), la Actriz Rubia la cogió con nerviosismo y leyó:

Querida Norma Jeane:

Ésta es la carta más difícil que he escrito en mi vida.

En realidad, no sé qué me ha inducido a ponerme en contacto contigo después de tantos años.

No tiene nada que ver con que seas Marilyn Monroe, pues yo tengo mi propia vida, mi profesión (de la que recientemente me he retirado) y mi familia.

Soy tu padre, Norma Jeane.

Tal vez pueda explicarte las circunstancias de mi relación contigo cuando nos veamos personalmente. ~~Hasta entonces~~

Mi querida esposa, con quien he compartido muchos años de mi vida, está enferma y no sabe que te escribo. Esta información la alteraría sobremanera.

No he visto, ni probablemente veré, ninguna película de Marilyn Monroe. Debo confesar que no voy al cine. Soy un hombre de radio, y prefiero «usar la imaginación». Mi breve paso por La Productora como aspirante a actor me permitió descubrir la vulgaridad y la estupidez de ese mundo, con el cual ya no he querido tener relación alguna.

Para serte franco, Norma Jeane, no he visto tus películas porque no apruebo la impudicia de los espectáculos de Hollywood. Soy un hombre educado y demócrata. Estoy totalmente de acuerdo con el senador Joe McCarthy y con su cruzada contra el comunismo. Soy un cristiano de pura cepa, igual que mi esposa y las dos ramas de su familia.

Es inadmisibile que durante tantos años Hollywood, que como todo el mundo sabe es un nido de judíos, haya servido de refugio a traidores como Charlie Chaplin, aunque admito con vergüenza que en el pasado pagué por ver sus películas. ~~Y hay~~

Te preguntarás por qué te escribo, Norma Jeane, después de más de veintisiete años. Te seré franco: recientemente he sufrido un ataque al corazón, he hecho un riguroso balance de mi vida y no me he sentido orgulloso de mi conducta en ciertos casos. ~~Mi esposa no sabe~~

Creo que tu cumpleaños es el primero de junio; el mío es el 8, de modo que ambos nacimos bajo el signo de Géminis. Yo soy cristiano y no me tomo muy en serio esos cuentos paganos, pero es posible que las personas como nosotros tengan ciertos rasgos de temperamento en común. No soy un entendido en el tema, ya que no leo las revistas femeninas.

Tengo ante mí una entrevista a Marilyn Monroe en el último número de *Pageant*. Mientras la leía, mis ojos se llenaron de lágrimas. Has dicho al reportero que tu madre está hospitalizada y que aunque no conoces a tu padre, vives «esperando que aparezca». Mi pobre hija, no lo sabía. Te he conocido a distancia. Tu exigente madre nos separó. Con los años, la distancia entre nosotros se hizo insuperable. Yo enviaba a tu madre cheques y dinero para tu manutención. Nunca esperé, ni recibí, ninguna muestra de gratitud por su parte. ¡Desde luego que no!

Sé que tu madre está enferma. Pero antes de enfermar, Norma Jeane, era una mala mujer.

Me excluyó de tu vida. Y su mayor crueldad fue (lo sé con seguridad) hacerte creer que yo la había excluido a ella.

Me he extendido demasiado. Perdona a este viejo. Sin embargo, no estoy enfermo; mi médico dice que me recuperaré por completo. Ha dicho que está sorprendido de mi mejoría, ~~considerando el alcance de~~

Espero poder verte en persona pronto, Norma Jeane. Mi querida hija, búscame en alguna ocasión especial de tu vida, cuando padre e hija podamos celebrar el amor del que nos han privado durante tanto tiempo.

Tu afligido padre

La carta no tenía remite, pero el matasellos era de Los Ángeles.

—Es él —murmuró con tono triunfal la Actriz Rubia.

Dejó la carta torpemente escrita a máquina sobre la mesa y comenzó a alisar las arrugas de manera compulsiva. Dee-Dee la observó durante varios minutos tensos, hasta que Norma Jeane releyó la carta y repitió, no para Dee-Dee sino para sí, como si hablara sola:

—Es él. Lo sabía. Nunca lo dudé. Ha estado cerca durante todos estos años. Vigilándome. Yo lo intuía. Lo sabía.

Su bonita cara reflejaba tanta felicidad —se maravillaría más tarde Dee-Dee—, *que era casi irreconocible.*

6

Después de que Yvet murmurara su secreto al oído de la Actriz Rubia, la velada del estreno transcurrió en medio de una turbulenta nebulosa inducida por la Benzedrina y el alcohol; un deslumbrante paisaje en tecnicolor contemplado, por ejemplo, desde una montaña rusa. *Esta noche debe ir sola a la habitación del hotel. La estará esperando alguien muy especial.* Aunque su padre había escrito que era «un hombre de radio» y

despotricaba contra Hollywood, la Actriz Rubia estaba convencida de que asistiría al estreno de *Los caballeros las prefieren rubias*; tenía contactos en La Productora y podía conseguir una entrada.

«Si me hubiera dicho su nombre, lo habría invitado a sentarse a mi lado.» Estaba en algún lugar, entre la multitud de acaudalados asistentes. ¡Sí, estaba segura! Sería un hombre mayor, aunque no demasiado; seguramente rondaría los sesenta. ¡Sesenta años no son muchos para un hombre! No había más que ver al célebre señor Z. Su padre sería un caballero de pelo cano y aspecto digno, que acudiría al estreno solo. Incómodo con el esmoquin, pues le molestaba la ostentación. Sin embargo, acudiría; lo haría por ella. Ésta era, en efecto, una «ocasión especial» en la vida de su hija.

Mientras la observaban desde todos los ángulos, la Actriz Rubia, con el vestido sin tirantes de seda rosa estratégicamente cosido sobre el cuerpo para revelar cada deliciosa curva y cada voluptuosa prominencia de sus estupendas carnes de mamífero, estaba radiante como una bombilla de alto voltaje y escrutaba a la multitud, buscándolo a *él*. Se parecía más a su padre que a su madre. Siempre había sido así. Oh, esperaba que él no se avergonzara de su hija acicalada, pintarrajeada y expuesta como una gran muñeca animada.

«La espectacular sustituta de Betty Grable. Justo a tiempo.»

Esperaba que él no cambiara de idea y se marchara disgustado. ¿No había dicho que no había visto ninguna de sus películas y que probablemente no las vería nunca?

«Desaprobaba la “impudicia”.»

La Actriz Rubia soltó una sonora carcajada mientras tragaba un sorbo de champán, y el burbujeante líquido salió por sus orificios nasales.

—Ojalá Cass estuviera aquí.

Cass era la única persona de Hollywood a quien podía hacer confidencias. Estaba al tanto del «sórdido pasado novelesco» de Norma Jeane, como lo llamaba él. O por lo menos sabía todo lo que ella había querido contarle.

Cuando la Actriz Rubia tomó la decisión de romper con los Dióscuros, de someterse a la operación y de aceptar el papel de Lorelei Lee en *Los caballeros las prefieren rubias* a pesar de la modesta suma que recibiría a cambio (apenas superior a la décima parte de lo que cobraría Jane Russell), su agente le envió una docena de rosas rojas y su enhorabuena:

MARILYN, ISAAC ESTARÍA MUY ORGULLOSO DE TI.

Bueno, era verdad. En efecto, todo el mundo estaba orgulloso de ella. Los veteranos de Hollywood, los ejecutivos de los estudios, los productores, los inversores y sus arpías esposas, que por fin sonreían a la Actriz Rubia como si fuera una de ellas.

Durante el estreno de *Los caballeros las prefieren rubias*, que la Actriz Rubia había visto varias veces en su totalidad y que vería de manera menos sistemática muchas veces más (pues también en el papel de «Lorelei Lee» se había comportado como una perfeccionista, exasperando a los demás actores y al director durante el rodaje), la Actriz Rubia no conseguía concentrarse. ¡Ah, el cálido y burbujeante flujo de su sangre! ¡La felicidad palpitando en su pecho! *La estará esperando alguien muy especial*. Se alegraba de que el Ex Deportista no estuviera a su lado, ni V (que había acudido con su nueva acompañante femenina, Arlene Dahl), ni el señor Shinn. Se alegraba de estar sola ahora y muy probablemente durante el resto de la noche. *La estará esperando alguien muy especial*. Sin duda lo había arreglado todo La Productora, que pagaba la suite, a través del señor Z o de algún empleado de su oficina, alguien con suficiente autoridad para ordenar a la administración del Beverly Wilshire que condujera a un visitante a la suite de Marilyn Monroe. Le emocionaba la idea de que el señor Z, que había sido su enemigo hasta hacía poco tiempo y la había tratado con crueldad, como si fuese una cualquiera, conociera a su padre, estuviera al tanto de la inminente reunión y les deseara lo mejor a los dos. «Es como el final feliz de una película larga y complicada.» Antes de que las luces de la platea se apagaran y se oyeran los primeros acordes de la banda sonora, la Actriz Rubia dijo al señor Z, que estaba sentado a su lado:

—Tengo entendido que me han concertado una cita especial para esta noche, en la suite del hotel.

El ladino señor Z, con su cara de murciélago, esbozó una sonrisa cómplice y se llevó un dedo a los labios, igual que había hecho antes Yvet. ¿Era posible que lo supieran todos los miembros de La Productora? ¿Que lo supiera todo Hollywood?

Me desean lo mejor. Desean lo mejor para su Marilyn. ¡Los quiero!

Era extraño encontrarse otra vez en el Teatro Egipcio de Grauman. Ese simple hecho era como una escena de película: *La Actriz Rubia regresa al mismo cine en el cual, siendo una niña solitaria, había empezado a reverenciar a otras actrices rubias como ella*. Después de la Depresión, habían invertido mucho dinero en reformar esa sala. Porque estaban en otra era, la de la próspera posguerra. De los escombros de Europa y las demolidas ciudades de Hiroshima y Nagasaki había brotado un palpitante mundo nuevo.

La Actriz Rubia, conocida como Marilyn Monroe, habitaba este nuevo mundo. La Actriz Rubia sonreía constantemente, aunque sin la calidez, el sentimiento o la complejidad espiritual que denominaban «profundidad».

El ambiente en el Teatro Egipcio era festivo. Todos intuían que *Los caballeros las prefieren rubias* sería un bombazo. Éste no era un estreno como el de *La jungla de asfalto*, *Niebla en el alma* o *Niágara*, películas que podían ofender a algunos espectadores y, en efecto, lo habían hecho. *Los caballeros las prefieren rubias* era una obra artificiosa, chabacana y excesivamente cara, una victoria de la deslumbrante vulgaridad, un dibujo animado en technicolor sobre cómo triunfar a la manera estadounidense, y, en consecuencia, *era* una triunfadora segura, contratada ya por miles de cines en Estados Unidos y destinada a producir beneficios millonarios tanto dentro como fuera del país.

—¡Señor! ¿Ésa soy yo? —chilló la Actriz Rubia contemplando a la gigantesca y preciosa mujer-muñeca que se alzaba sobre el público, cogiendo con entusiasmo infantil las manos del señor Z y el señor D.

¡Ah, la poción mágica bullía en su sangre! De hecho, no tenía ni idea de lo que sentía, si es que sentía algo.

En Broadway, *Los caballeros las prefieren rubias* había sido una revista con números musicales y no una comedia musical. No había «argumento» ni «personajes». La película era apenas un poco más coherente, pero la coherencia no era su objetivo principal. Cuando Norma Jeane recibió el guión, se había quedado estupefacta ante la falta de elaboración y la banalidad de su personaje; había pedido más diálogo para Lorelei Lee, un ligero cambio en el personaje, antecedentes, profundidad, pero, naturalmente, le habían negado todas esas cosas. Envidiaba el papel de Dorothy, que era más adulta e inteligente, pero le habían dicho:

—Mira, tú eres la rubia, Marilyn. Tú eres Lorelei.

La cara de la Actriz Rubia palideció mientras veía la película, a medida que la euforia se iba desvaneciendo. No quería ni imaginar lo que estaría pensando su padre si se encontraba entre el público. Esa Lorelei Lee de gomaespuma y su mamífero congénere y amiga Dorothy, ambas soltando sus estúpidas frases, pretendidamente ingeniosas, y moviéndose con aire provocativo. *A Little Girl from Little Rock*. Ay, ¿y si papá se marchaba del cine sin dirigirle la palabra? ¿Si se enfadaba (por razones obvias) y decidía que, al fin y al cabo, no quería conocer a su hija?

—Oh, papá, esa mujer de la pantalla *no soy yo*.

¡Qué extraño! Lorelei Lee fascinó al público. Dorothy también les gustó —Jane Russell era maravillosamente tierna, atractiva, comprensiva y graciosa—, pero estaba claro que preferían a Lorelei Lee. ¿Por qué? Esas caras embelesadas, sonrientes. Marilyn Monroe era una triunfadora, y todo el mundo ama a los triunfadores.

Ah, la gran ironía era que todas esas personas deberían saber que Marilyn Monroe no existía.

No puedo fracasar. Si fracaso, moriré. Éste había sido el secreto de Marilyn después de la operación, después de que le arrebataran a su bebé. El castigo era un intenso dolor de vientre. Al principio sangraba abundantemente (no se quejaba, lo merecía), y luego la sangre empezaba a filtrarse despacio, una cálida humedad como lágrimas brotando del útero. *Donde nadie las ve. Su castigo.* Se rociaba con un caro perfume francés que

le habían regalado. Durante el rodaje, se encerraba en su camerino, aterrorizada, pensando que podía desangrarse y morir. Quería que pensarán que era «temperamental»; todas las grandes estrellas lo eran, tanto las mujeres como los hombres. No quería que se enteraran de su pánico. Y por las noches se despertaba (sola, porque el Ex Deportista se había ido) en cuanto se terminaba el efecto de la codeína. *Aprovecharé esta enfermedad para crear a Lorelei Lee*. Ésa había sido la gran hazaña de Norma Jeane, aunque el público no lo supiera ni lo imaginara. Tampoco habrían querido saberlo.

Amablemente, Doc Bob, que estaba al tanto de cada detalle de la operación, incluido el posterior ataque de histeria de la paciente, le había prescrito codeína para «el dolor real o imaginario», Benzedrina para una «rápida energía» y Nembutal para un «profundo descanso sin sueños (ni conciencia)». Al estilo de Jimmy Stewart, había dicho:

—Considérame tu amigo más íntimo, Marilyn. En este mundo y en el siguiente.

La Actriz Rubia había reído, asustada.

Me conoce. Conoce mis entrañas.

A pesar de todo, allí estaba la triunfante Lorelei Lee, moviendo provocativamente sus hermosos hombros desnudos, inclinando la cabeza tal como había ensayado hasta conseguir la perfección de un robot y cantando con voz a un tiempo *sexy* e infantil:

Los hombres se enfrían // cuando las chicas maduran.

Y al final, // todas perdemos nuestro encanto.

¡Con cuánta gracia cantaba Lorelei Lee esas irónicas frases! ¡Qué sonrisa tan radiante! Lorelei no tenía talento para el canto, pero su voz sonaba asombrosamente dulce y segura; Lorelei bailaba y su cuerpo, que no era el de una bailarina y había empezado su entrenamiento demasiado tarde, era sorprendentemente ágil. ¿Quién iba a imaginar que había ensayado durante horas, horas y horas? Con las uñas de los pies ensangrentadas y un

dolor palpitante en el útero. Cantaba como si fuese la hermana menor de Peggy Lee. Aunque era mucho más guapa que Peggy Lee, desde luego.

—Supongo que estoy orgullosa de mí misma. ¿No debería estarlo?

Murmuraba al señor Shinn, que siempre estaría a su lado. Apretándole la mano. ¡Oh, ella confiaba en él!

La película estaba a punto de terminar. Una doble y victoriosa boda. Las hermosas novias, las coristas Lorelei Lee y Dorothy, parecían vírgenes con sus trajes blancos. (¿Eran *vírgenes*? Nadie lo creería, pero sí.) Aplausos inmediatos. Al público le encantó cada trivial y chabacano segundo de la película. La Actriz Rubia, obligada a levantarse por dos brazos enfundados en mangas de esmoquin, estaba llorando. ¡Mirad! ¡Marilyn Monroe derrama lágrimas de verdad! Profundamente conmovida. Silbidos, vítores, una calurosa ovación con el público en pie.

Por esto has matado a tu hijo.

7

La Suite Imperial estaba en el ático del Beverly Wilshire. La Actriz Rubia, aturdida y emocionada, permaneció menos de una hora en el lujoso banquete celebrado en su honor, del que se escabulló tras presentar sus disculpas. *Alguien especial. Debe ir sola.* Cuando llegó al hotel, eran más de las once. Su corazón palpitaba con fuerza, como el de un pájaro, tan rápidamente que temió desmayarse. En el cine, después de la maravillosa ovación que habían recibido Jane Russell y ella, la Actriz Rubia había tomado otra de las píldoras de Doc Bob para evitar un agotamiento prematuro. Para que Lorelei Lee continuara siendo una sólida mujer de gomaespuma y no se desinflara, como un globo gastado y pisoteado sobre un suelo sucio.

—Sólo una más —se prometió—. Sólo esta noche.

Introdujo la llave en la cerradura. Sus dedos estaban helados y temblorosos.

—¿Ho-hola? ¿Hay alguien aquí? —preguntó con voz asustada.

Él estaba sentado en un sillón de terciopelo, en una pose de aparente relajación. Igual que Fred Astaire, aunque no llevaba esmoquin ni tenía el porte del actor. Sobre una mesa de centro situada ante él había una docena de rosas rojas en un florero de cristal tallado, un cubo para hielo y una botella de champán. Él estaba tan emocionado como ella, que podía oír su respiración agitada. Quizá hubiera estado bebiendo mientras la esperaba. La estola de zorro blanco se resbalaba de sus hombros. La idea de presentarse ante él parcialmente vestida le inspiraba un terror infantil. Él se había levantado con torpeza; una figura alta y musculosa con el pelo sorprendentemente oscuro. Él dijo «¿Marilyn?» al mismo tiempo que ella decía «¿Pa-papá?». Corrieron el uno hacia el otro. Los ojos de ella estaban cegados por las lágrimas. Uno de sus tacones se enganchó en la alfombra y trastabilló, pero él la sujetó de inmediato. Ella alargó las manos y él las cogió entre las suyas. Qué dedos tan fuertes y cálidos. Él reía, sorprendido ante la emoción de la Actriz Rubia. Empezó a besarla apasionadamente en los labios.

Naturalmente, era el Ex Deportista. Naturalmente, era su amante. Ella lloraba y reía.

—Qué alegría, cariño. Después de todo has venido.

Se besaron con avidez, acariciándose los brazos. Ah, era un sueño hecho realidad. Él explicó que había decidido regresar un día antes; esperaba estar allí para el estreno, pero no había conseguido plaza en un avión que llegara a tiempo. La había echado de menos.

—Ay, cariño, yo sí que te he echado de menos. Todo el mundo preguntaba por ti.

Tomaron champán y una cena tardía. El Ex Deportista dijo que no comía desde el mediodía y que estaba muerto de hambre. La Actriz Rubia picoteó distraídamente la comida. La expectación le había impedido probar bocado en el banquete y ahora, aunque estaba ebria de felicidad junto al Ex Deportista, tampoco tenía apetito. Su cerebro destellaba como una casa con todas las habitaciones iluminadas y todas las persianas abiertas. El Ex Deportista había pedido para ella peras al brandy con canela y clavo de olor. Desde su primera cita en el restaurante Villars, él estaba convencido de que

las peras al brandy eran el postre favorito de la Actriz Rubia. También creía que el champán era su bebida favorita y las rosas rojas, sus flores favoritas.

Ella lo llamaba tiernamente «papá». Lo llamaba así en privado desde hacía meses, desde que se habían convertido en amantes.

El Ex Deportista, por su parte, la llamaba «pequeña».

Otra sorpresa: él le había traído un anillo. ¿Lo habría preparado todo con antelación? Un diamante grande rodeado de diamantes más pequeños. Ella rió con nerviosismo mientras él la ayudaba a ponérselo en el dedo. ¿Cuándo lo había decidido? Con voz grave y tensa, como si hubiesen discutido, él dijo:

—Nos amamos, es hora de que nos casemos.

Y ella debía de estar de acuerdo, porque oyó una vocecilla tenue y asustada asintiendo:

—¡Oh, sí! Sí, cariño —él alzó las manos impulsivamente y le cogió la cara—. ¡Tus manos! Tus fuertes y hermosas manos. Te quiero —dijo como si fuese un guión que había memorizado sin saberlo.

El Ex Deportista dormía. Roncaba. Como un hombre que ríe lascivamente para sí. Estaba acostado boca arriba, con calzoncillos (se los había puesto en el cuarto de baño, después de que hicieran el amor) y el pecho desnudo. Era de los que sudan, se mueven, rechinan los dientes y contraen los músculos mientras duermen. Ahora esquivaba bolas fantasmas arrojadas contra su desprotegida cabeza. La Actriz Rubia a menudo intentaba tranquilizar a su amante en momentos como éste, pero ahora se levantó de la cama y caminó, desnuda y descalza, sobre la alfombra. Entró en el cuarto de baño, tomando la precaución de cerrar la puerta antes de encender la luz. Cegadores azulejos blancos, espejos reflejando espejos. Su Amiga Mágica mirándola sin reconocerla. *Como verás, no me dejó ninguna cicatriz. No es como una operación de apéndice o una cesárea.* A continuación entró en la habitación contigua, el amplio y elegantemente amueblado salón de la suite, donde habían tomado su tardía cena romántica, bebido champán y se habían jurado amor eterno entre beso y beso. *Lo único que quiero es protegerte de esos chacales. Quiero que seas feliz.* Ella creía

que el matrimonio podía funcionar: he allí un hombre que la amaba más de lo que ella se amaba a sí misma. Significaba más para él que para sí misma. Acaso la clave de la felicidad no estuviera en sus manos, sino en las de otro. Ella, a su vez, sería la clave de la felicidad de él. ¡El Ex Deportista y la Actriz Rubia!

—Puedo conseguirlo. ¡Lo conseguiré!

Ebria de dicha, fue hasta la ventana. Era una ventana larga y estrecha, como el umbral de un sueño. La cortina era fina y transparente. Una mujer desnuda de pie junto a la ventana de la sexta planta del Wilshire. ¡Cuánto alivio sentía ahora que iba a sentar la cabeza! Se casarían; estaba decidido. Se casarían en enero de 1954 y se divorciarían en octubre del mismo año. Se amarían con pasión pero a ciegas, confundidos, y se harían daño el uno al otro como animales heridos luchando desesperadamente con uñas y dientes. Puede que ella lo previera. Puede que ya hubiera memorizado el guión.

En la acera de enfrente del Wilshire, el enfervorizado grupo de admiradores seguía esperando. ¿Esperando qué? ¿A quién? Eran casi las dos de la mañana. Había unas quince personas, casi todos hombres. Uno o dos parecían de sexo indeterminado. Un súbito movimiento en la ventana del sexto piso los despertó de su sopor. Picada por una curiosidad infantil, la Actriz Rubia espío aquellas caras a un tiempo familiares y extrañas, como caras de un sueño que no parece un sueño nuestro, sino un paisaje onírico por el que viajamos, indefensos y embelesados, como criaturas en brazos de su madre. Porque no tenemos más remedio que ir allí donde nuestra madre quiera llevarnos. La Actriz Rubia reconoció a un hombre albino, alto y regordete, a quien ya había visto esa noche en las cercanías del Teatro Egipcio. Llevaba un gorro tejido en su oblonga cabeza y su expresión reflejaba auténtico arrobamiento. Vio a un hombre más bajo, semejante a una boca de riego, con una lampiña cara de crío y unos ojos bizcos tras unas gafas. Sujetaba un objeto precioso contra el pecho..., ¿una cámara de vídeo? También había una mujer larguirucha, con mandíbula prominente, manos huesudas, pies largos y finos calzados con botas de vaquero, tejanos y un sombrero flexible. La mujer cargaba un bolso donde parecía guardar

todas sus pertenencias. (¿Sería Fleece? No. Fleece había muerto.) Estas personas y las demás llevaban cámaras fotográficas y cuadernos para autógrafos con tapas de plástico. Dieron un titubeante paso al frente, como si no pudieran creer lo que veían. En la ventana de la sexta planta, la Actriz Rubia había corrido la delgada cortina.

—¡Marilyn! ¡*Marilyn!*

Algunos corrieron hacia ella mientras otros disparaban sus cámaras baratas. El joven de la cámara de vídeo levantó el aparato por encima de su cabeza.

Pero ¿qué imagen podía captar una cámara en la oscuridad a esa distancia? ¿Y qué veían? ¿Una mujer desnuda, serena, radiante e inmóvil como una estatua? Con el cabello rubio platino alborotado después de hacer el amor. Unos labios húmedos, entreabiertos. Esos labios inconfundibles. Pálidos pechos desnudos, pezones sombreados. Pezones como ojos. Y el oscuro vértice de la entrepierna.

—¡Marilyn!

Así soportó esa noche.

Después de la boda: el montaje

Ella estudiaba pantomima: la primacía del cuerpo y de la inteligencia natural del cuerpo. Estudiaba yoga: la disciplina de la respiración. Estaba leyendo *La autobiografía de un yogui*. Estaba leyendo *La senda del zen* y *El libro del Tao*. Escribió en su diario: «¡Soy una persona nueva con una vida nueva! Cada día es el más feliz de mi vida». Escribía haikus, o poemas zen:

El río de la noche
corre y corre incansable.
Y yo, este ojo. Abierto.

(Aunque ya no sufría tanto de insomnio. Estas noches.) Estaba aprendiendo a tocar el piano de oído. Pasaba largas y fascinantes horas sentada ante el piano blanco que le había comprado a Clive Pearce y había hecho reparar y afinar. El piano ya no era blanco, sino de un descolorido color marfil. Los sonidos eran agudos o graves, según el extremo del teclado que tocaras. Clive Pearce tenía razón; ella nunca había tocado la sonata *Para Elisa*, de Beethoven, y nunca la tocaría. Al menos no como es debido. De todos modos le gustaba sentarse ante el piano, apretar las teclas con suavidad, subir con los dedos hasta los agudos, descender hasta los bajos. Si tocaba una tecla grave con demasiada fuerza, podía oír una profunda voz de barítono que parecía surgir de las profundidades del mar; si

tocaba un agudo, oía la contenida voz de una soprano. *Me dijiste que tenías un bebé. Me dijiste que tenías este bebé.* Y las palabras de Gladys, que fascinaban a Norma Jeane cada vez que las oía. *Nadie va a adoptar a mi hija mientras yo esté viva para impedirlo.*

A menudo la abrazaba su esposo, que la adoraba. La estrechaba entre sus brazos fuertes y musculosos. Con sus manos fuertes y recias. ¡Le habría gustado dibujar a este hombre apuesto y fornido! A este hombre amable y paternal. Le habría gustado «esculpirlo». Pero lo que estudiaba los jueves por la tarde en la academia de arte de West Hollywood, sin la aprobación de su marido, no era escultura sino dibujo de la figura humana. También estaba aprendiendo cocina italiana: cuando visitaban a la familia de su marido en San Francisco, cosa que hacían a menudo, su suegra le enseñaba a hacer los platos favoritos del Ex Deportista, salsas italianas y *risottos*. Casi nunca leía el periódico. Tampoco leía las publicaciones sobre cine ni las revistas de cotilleos. Se veía con pocas personas de Hollywood. Había cambiado de domicilio y de número de teléfono. Envió una botella de champán a su agente con la siguiente nota:

Marilyn está viviendo una eterna luna de miel.
¡No me persigan ni me molesten!

Estaba leyendo *Las enseñanzas de Nostradamus*. Estaba releendo *Ciencia y salud*, de Mary Baker Eddy. Gozaba de una salud excelente, dormía bien y esperaba quedarse embarazada por primera vez, como le dijo al Ex Deportista, que era su marido, su papá, y la adoraba. Él había alquilado para ella una gran casa de estilo colonial al norte de Bel Air y al sur del Parque Natural de Stone Canyon. La casa estaba detrás de un muro cubierto de buganvillas. Por las noches, a veces oía arañazos en el tejado o en las ventanas y pensaba: ¡*Monos araña!*, aunque sabía a ciencia cierta que allí no había monos. Su marido dormía profundamente y no oía estos sonidos, ni ningún otro. Dormía en calzoncillos, y durante la noche los pelos rizados, duros y semicanos de su pecho, su vientre y su entrepierna se

humedecían y sus poros rezumaban una suave grasa. Era «el olor de papá» y a ella le encantaba. ¡Su aroma! Un hombre. Ella era muy escrupulosa en lo referente a la limpieza, las duchas, los lavados de cabeza, los largos baños terapéuticos. Creía recordar que en el orfanato, o quizá en casa de los Pirig, la obligaban a bañarse en el mismo agua que habían usado otros, a veces cinco o seis personas, pero ahora podía pasar largos y deliciosos ratos sumergida en el agua perfumada con sales de gaulteria mientras hacía sus ejercicios de yoga.

Respire hondo. Contenga el aire. Concéntrese en su respiración mientras exhala lentamente. Dígase a sí mismo SOY MI RESPIRACIÓN.
SOY MI RESPIRACIÓN.

No era Lorelei Lee y apenas si recordaba ya su personaje. La Productora había ganado millones con la película y ganaría muchos más, aunque a ella le hubieran pagado sólo veinte mil dólares, pero no estaba resentida porque no era Lorelei Lee, cuya única aspiración en la vida era tener dinero y diamantes. No era Rose, que había conspirado para asesinar al marido que la adoraba, ni era Nell, que había tratado de matar a una pobre niña. Si volvía a actuar, interpretaría exclusivamente papeles serios. Quizá se pasara al teatro. Admiraba a los actores de teatro, porque ellos eran actores «de verdad». A menudo corría o paseaba por el parque y notaba que la gente la miraba. Vecinos que los conocían a ella y al Ex Deportista, pero que no se inmiscuían en su vida. Casi nunca. Porque había otros: personas que paseaban al perro, niñeras y hombres con cámaras secretas. Individuos visibles e invisibles. Estaba segura de que Otto Öse seguía vivo. Estaba segura de que Otto Öse se burlaba de su matrimonio con el Ex Deportista. Igual que los Dióscuros que habían jurado venganza (¡sí, lo sabía!). Como si ellos no hubieran querido ver muerto al bebé. Como si no hubieran tratado de manipularla. En esta temporada dichosa, ella había llegado a aceptar el hecho de que vivir era respirar. Una respiración tras otra. ¡Así de sencillo! ¡Era feliz! Y no desdichada como Nijinsky, que se había vuelto

loco. El gran bailarín a quien todo el mundo adoraba. Nijinsky, que bailaba porque bailar era su destino, igual que era su destino que se volviera loco. Él había dicho:

Lloro de pena. Lloro porque soy muy feliz. Porque soy Dios.

Intentaba ver la televisión con su marido, que era un forofo de los programas deportivos, pero su mente volaba y se imaginaba a sí misma vestida con un ceñido vestido púrpura cubierto de lentejuelas, volando por el cielo como una estatua lanzada desde un avión; se veía a sí misma con los brazos levantados y el cabello casi blanco agitándose al viento. Entonces se esforzaba por hacer algún comentario sobre el partido que estaban viendo o le preguntaba a su marido qué había pasado. En el segundo caso, formulaba la pregunta del siguiente modo: «Ay, ¿qué ha sido eso? Creo que no me he fijado en los detalles». Durante la pausa publicitaria, él le explicaba lo ocurrido. Cuando estaba sola, rara vez veía las noticias, porque las desgracias del mundo la deprimían. El Holocausto había terminado en Europa, pero ahora se extendería, invisible, por el mundo. Porque los nazis habían emigrado; lo sabía. Muchos se habían trasladado a Sudamérica (entre ellos, según los rumores, el propio Hitler). Importantes nazis vivían de incógnito en Argentina, México y el condado de Orange, en California. Se decía, o se sabía, que un nazi de alto rango se había sometido a una operación de cirugía estética y a trasplantes de pelo para ocultar su identidad y ahora estaba metido en la banca de Los Ángeles y en el «comercio internacional». Uno de los más brillantes redactores de discursos de Hitler trabajaba de incógnito para cierto congresista de California, un individuo que aparecía con frecuencia en las noticias debido a sus fanáticas campañas anticomunistas. Sentada ante el piano blanco que Fredric March le había dado a Gladys, ella era Norma Jeane y tocaba piezas infantiles despacio, con suavidad. El señor Pearce le había regalado *Al aire libre*, de Béla Bartók. El Ex Deportista recibió una llamada de su abogado advirtiéndolo de que pronto citarían a su esposa. Pero ella no pensaba en

eso. Sabía que X, Y y Z habían sido interrogados por los cazadores de comunistas y habían «dado nombres»; uno de los perjudicados era el dramaturgo Clifford Odets, pero ella nunca había interpretado una obra suya. No pensaba en política sino en la respiración, que era una manera de pensar en el alma y no pensar en política, ni en la criatura que le habían arrancado del útero para arrojarla en un cubo como si se tratara de basura, como tampoco pensaba en si esa criatura había vivido un instante fuera de su útero o si había muerto de inmediato (como le había asegurado Yvet: *Siempre es inmediato e indoloro. En los países civilizados, como los del norte de Europa, es una práctica completamente legal*). Pero ella casi nunca pensaba en estas cosas, ni leía la prensa diaria ni veía las noticias en la televisión. En el otro extremo del mundo, en Corea, las tropas de las Naciones Unidas estaban ocupando un territorio devastado y caótico, pero ella se resistía a enterarse de los penosos detalles. No quería enterarse de que el gobierno hacía experimentos nucleares a unos centenares de kilómetros al este, en Nevada y Utah. Quizá supiera que los informantes del gobierno la vigilaban y que su álgter ego profesional, la Monroe, estaba «en una lista», pero se negaba a pensar en ello. Además, en 1954 había muchas listas y muchos nombres en ellas.

Si no podemos cambiar algo, debemos dejarlo pasar en silencio, igual que los orbes que giran en los cielos.

Lo decía Nostradamus. Estaba leyendo *Los hermanos Karamázov*, de Dostoievski. La conmovía profundamente el personaje de Grushenka, la tierna y dulce pechugona de veintidós años, cuya belleza campesina sería efímera como una flor, pero cuyo rencor duraría toda la vida. ¡Ah, Norma Jeane había sido Grushenka en una vida anterior! Leía los cuentos de Anton Chéjov compulsivamente, en sesiones que podían durar toda la noche y en las que apenas sabía dónde estaba o quién era, y si la tocaban (su irritado marido, por ejemplo), se encogía como un caracol sin caparazón. Leyó «Un ángel» (¡ella era Olenka!). Leyó entre sollozos «La dama del perrito» (¡ella

era la joven esposa que se enamora de un hombre casado y cuya vida cambia para siempre!). Leyó «Los dos Volodias» (¡ella era la joven que se enamora y se desenamora con la misma pasión de su mujeriego esposo!). Pero no pudo terminar «El pabellón n.º 6».

—Éste es el día más feliz de mi vida.

Cuando viajaron a Tokio, llevó consigo el vestido de lentejuelas púrpura —con finísimos tirantes y un broche de estrás sobre el pecho derecho, como un pezón— que tanto le gustaba al Ex Deportista; ceñido como la piel de una salchicha, el vestido le llegaba un poco más abajo de la rodilla y no era barato, pero lo parecía, igual que ella parecía una puta barata embutida en él, cosa que a su marido le gustaba en la intimidad, pero no en otros momentos. Llevó el vestido a Tokio en secreto, aunque nunca lo usaría allí.

¿Había modelos masculinos en la clase de dibujo?, bromeó él con un aire ladino que indicaba que, en realidad, no bromeaba; más le valía a ella no dejarse embaucar y dar una respuesta apresurada e imprudente. Pero su contestación fue digna de Lorelei Lee y a él le hizo gracia (o al menos soltó una sonora carcajada):

—¡Caray, papá! No me he fijado.

De hecho, eran las modelos femeninas las que la fascinaban y asustaban.

A menudo se quedaba mirándolas fijamente y se olvidaba de dibujar. El carboncillo titubeaba e interrumpía sus delicados movimientos. Más de una vez, la frágil barrita se rompió entre sus dedos. Algunas modelos eran jóvenes, pero la mayoría no. Una de ellas rondaba los cincuenta. Ninguna era hermosa. Ninguna era lo que se dice bonita. No llevaban maquillaje y con frecuencia iban despeinadas. Sus ojos permanecían ausentes, indiferentes a la docena de estudiantes que había en el aula, unos «alumnos» de edades comprendidas entre el final de la adolescencia y el final de la madurez, dispuestos en círculo alrededor de la modelo, a quien observaban con la grave intensidad de los ineptos. «Como si no

estuviéramos aquí. O como si no les importáramos.» Una de las modelos tenía el vientre abultado, los pechos caídos y unas piernas nervudas y sin depilar. Otra tenía la cara llena de ángulos y arrugas, como una calabaza de Halloween, un enfermizo color zanahoria en la piel y gruesos pelos en las axilas y la entrepierna. Había modelos con pies muy feos y las uñas sucias. Una (que a Norma Jeane le recordaba a Linda, una desaliñada compañera del orfanato) tenía una espantosa cicatriz de veinte centímetros en el muslo izquierdo. No podía creer que unas mujeres tan poco atractivas se atrevieran a desnudarse delante de desconocidos sin el más mínimo pudor. Las admiraba. ¡De veras! Pero ellas nunca hablaban con nadie, salvo con el profesor. Evitaban mirar a los alumnos a los ojos. No necesitaban mirar el reloj para saber que era la hora de hacer un descanso y fumar un cigarrillo, momento en el cual se ponían sus deshilachadas batas y sus viejas zapatillas y salían del aula a paso vivo y desafiante. Si esas modelos sabían, como sabían los demás alumnos, que la joven y tímida rubia a la que el profesor había presentado deliberadamente con el nombre de «Norma Jeane» era en realidad Marilyn Monroe, no lo demostraban. ¡No estaban sorprendidas! (Ah, pero a veces la miraban con disimulo. Ella las había pillado. Miradas rápidas como flechas que sin embargo no se clavaban en ella. Unos ojos tan fríos que Norma Jeane no se atrevía a sonreír.)

Una noche, después de clase, Norma Jeane hizo acopio de valor y se aproximó a la joven de la cicatriz (que no se llamaba Linda) y le preguntó si le apetecía tomar un café con ella.

—Gracias, pero tengo que volver a casa —murmuró la modelo sin mirarla. Se dirigía a la puerta con un cigarrillo encendido en la mano. Bueno, ¿podía llevarla en coche?—. Gracias, pero vienen a recogerme.

Norma Jeane esbozó la radiante sonrisa de Marilyn, que casi siempre atraía la atención, pero esta vez no lo consiguió. Pensó: *En realidad es Linda. Sabe perfectamente quién soy. Quién soy ahora y quién era entonces.* Tratando de no sonar irritada ni desesperada, Norma Jeane dijo:

—Sólo quería decirte que te admiro. Por ser una mo-modelo.

La modelo exhaló el humo. Su inexpresiva cara vulgar no reflejó la más mínima ironía, pero lo que exhaló fue ironía pura.

—¿Ah sí? Muy amable.

—Eres muy valiente.

—¿Valiente? ¿Por qué?

Norma Jeane titubeó sin dejar de sonreír. El reflejo Marilyn era instintivo, un dulce y sensual estiramiento de labios; de hecho (como acababa de leer) no era sino un reflejo social genéticamente programado, el más temprano en la vida del niño: una sonrisa encantadora y optimista, una sonrisa que dice queredme.

—Porque no eres guapa en absoluto. Eres fea. Y sin embargo, te desnudas delante de desconocidos.

La modelo rió. ¿Acaso Norma Jeane no había dicho estas palabras en voz alta? Quizá esa mujer no fuera Linda, sino una colega actriz venida a menos, ¿una adicta a las drogas maltratada por su amante?

—Porque... no sé —dijo Norma Jeane—. Supongo que yo no podría hacerlo. Si estuviera en tu lugar.

La modelo enfiló hacia la puerta riendo.

—Si necesitaras el dinero, Norma Jeane, lo harías. Puedes apostar tu bonito culo.

—Éste es el día más feliz de mi vida.

Lo avergonzó durante la luna de miel exclamando estas sentidas palabras ante camareros, conserjes, dependientes e incluso las criadas mexicanas de los hoteles, que miraban sin entender a la preciosa gringa^[4] rubia.

—Éste es el día más feliz de mi vida.

No cabía duda de que era sincera. Porque una de las verdades que se revelan en las Sagradas Escrituras es que cada día es una bendición, cada día es el más feliz de nuestra vida. Acariciaba la cara del Ex Deportista, una cara que le parecía hermosa incluso sin afeitarse. Lo miraba embelesada. Como una esposa niña, rozaba los gruesos pelos canos del pecho y los antebrazos de su marido y pellizcaba con picardía los blandos michelines de los que él, con la vanidad propia de un deportista, se avergonzaba. Igual que cuando le besaba las manos. A veces hundía la cabeza en la entrepierna de

él, volviéndolo loco de excitación. *Porque las chicas buenas no besaban a los hombres en esas partes, y ella lo sabía. Pero ¿sabía él que ella lo sabía? ¡Quizá fuera demasiado ingenua!* En la playa, junto al mar azul verdoso, corría con él a primera hora de la mañana. Al Ex Deportista le costaba creer que una mujer pudiera correr tan bien y durante tanto rato.

—Soy bailarina, cariño. ¿No lo habías notado?

Pero siempre se cansaba antes que él, se detenía y se quedaba mirándolo.

Sin embargo, nunca practicó el sexo oral con su marido. Tampoco lo hizo él con la mujer que era ahora su esposa legal. Durante años corrió por Hollywood el rumor de que Norma Jeane había telefonado subrepticamente a su amigo Leviticus desde un pasillo del ayuntamiento de San Francisco, donde unos minutos antes se había casado en una breve ceremonia civil, para darle una noticia impublicable: *Marilyn Monroe ha chupado su última polla.*

Con lo cual el atónito periodista comprendió que la Actriz Rubia y el Ex Deportista se habían casado en secreto después de varios meses de febriles especulaciones de la prensa.

¡Otra primicia para Leviticus!

Cantaba *I Wanna Be Loved by You* especialmente para su marido.

Repetía que era el día más feliz de su vida, y él se conmovía tanto que sólo podía murmurar, con voz casi inaudible:

—Y el mío.

La citaron para que se presentara ante la Junta de Investigación de Actividades Subversivas, en Sacramento. Limítate a decir la verdad, la instruyó el Ex Deportista. A esos hombres no les debo la verdad, respondió ella. Si conoces comunistas, da sus nombres, dijo él. No lo haré, repuso ella. No tienes nada que esconder, ¿no?, preguntó él, estupefacto. Lo que yo quiera esconder y lo que quiera revelar es asunto mío, dijo ella. Notó que él habría querido pegarle, pero no lo hizo, porque la quería y él no era de los

que pegan a los más débiles, y mucho menos a una mujer, a la mujer a la que amaba. Circulaba el desagradable rumor de que el Ex Deportista había pegado a su primera esposa, pero eso había pasado hacía mucho tiempo, cuando él era joven e impulsivo y su mujer lo «provocaba». No entiendo este asunto y no me gusta, dijo ahora con calma. A mí tampoco me gusta, respondió ella. Habría podido llamarlo papá. Habría podido besarlo. Él habría aceptado el beso en medio de un silencio digno. Pero al final, gracias a las negociaciones de los abogados de La Productora, la reunión con la junta de investigación no fue un interrogatorio público en el senado de California, sino una vista privada. Una vista que finalmente se celebró durante un exquisito almuerzo en un comedor privado del capitolio. No hubo interrogatorio. No hubo enfrentamientos. No hubo periodistas presentes. Al final de la comida, que duró tres horas, la Actriz Rubia firmó autógrafos con el nombre de Marilyn Monroe para los miembros de la junta y los fotógrafos de La Productora; todos los autógrafos que le pidieron.

Un alma pura. En la clase de pantomima nos decían que el cuerpo tiene su propio lenguaje, un lenguaje sutil y musical. El cuerpo precede al habla y a menudo sobrevive al habla. Nos enseñaban a expresar lo más profundo de nuestro ser por medio del mimo.

La joven rubia al principio eludía nuestras miradas. Se encogía y se abrazaba las rodillas. Llevaba mallas de algodón, una camisa masculina y el cabello decolorado informalmente recogido con un pañuelo. No usaba maquillaje (pero de cualquier modo reconocimos su cara), se acurrucaba en un rincón, con los ojos fijos en un horizonte invisible. Comenzó a moverse hacia delante, con torpeza. Se incorporó despacio, como un rayo de luz. Estiró los brazos y se puso de puntillas hasta que su cuerpo entero empezó a temblar. Luego se desplazó lentamente por la sala, contemplando el invisible horizonte. Se puso a bailar en silencio, girando con movimientos lentos y esforzados. Se quitó la camisa sin saber lo que hacía. Cruzó los brazos sobre sus desnudos pechos flácidos. Como si estuviera hechizada, se tendió en el suelo, se ovilló como una niña y de inmediato se quedó dormida, o al menos eso nos pareció. Después de un largo minuto mágico,

era imposible saber si aquello era una pantomima o un auténtico sopor repentino. Claro que podía ser ambas cosas. Pasado otro minuto, el preocupado profesor se arrodilló junto a ella y la llamó por el nombre que nos había dado:

—¿Norma Jeane?

La joven rubia estaba profundamente dormida. No fue fácil despertarla. Como es natural, sabíamos quién era. Conocíamos su nombre artístico. Pero el yo más profundo de la mujer se traslucía. Un alma pura. Era hermosa y no tenía nombre.

Lo que pasaba era que él la quería muchísimo. No podía soportar que se rebajara. Que se degradara y ultrajara. Que deshonrara su nombre y el de él. Esas fotografías y secuencias de película. Esos chacales. Y todo por una ínfima cantidad de dinero. Todo el mundo sabe que Hollywood es un burdel. No podía permitir que la exhibieran como a una puta. Una prostituta de la calle. Ahora estaban casados; ella era su mujer. ¿No pensaba en sus parientes de San Francisco? ¿En sus admiradores? ¿En cuánto lo avergonzaba? Se había casado con ella por amor y todos los periódicos habían publicado la vergonzosa noticia de que la Iglesia lo había excomulgado. Por el divorcio. La Iglesia prohíbe el divorcio. ¡Por ella! Por amor a ella. Y ella exhibiéndose como un trozo de carne. Con vestidos cosidos mientras los llevaba puestos. Contoneándose al andar. No digas que es una broma. En tal caso, es una broma de mal gusto. Los pechos rebosando por el escote. Y esa cena de premios de *Photoplay*. Como si fuera la ceremonia de los Oscar. Dijo que no iba a asistir, pero lo hizo. ¿Eso es lo que eres? ¿Un trozo de carne? Todo el mundo sabe cómo es Hollywood. El nombre de ella en los periódicos. Y el de él. ¿Los recién casados se pelean? ¿En público? Mentiras asquerosas. Maldito embustero. Él jamás le levantaría la mano a una mujer. Cómo se atrevía ella a provocarlo.

Estaba desnuda, soñolienta. Era media tarde y ella no conseguía despertar del todo. El día anterior (o acaso fuera varios días antes), se había quedado dormida durante la clase de pantomima y todavía no había

conseguido recobrase de ese sueño. Si hubiera tenido las pastillas estimulantes de Doc Bob..., pero no las tenía. Su indignado marido se las había arrebatado y las había arrojado al inodoro.

¿Eso es lo que eres? ¿Un trozo de carne?

¡No, papá! No quiero serlo.

Diles que no harás la nueva película. De ninguna manera.

Tengo que trabajar, papá. Es mi vida.

Diles que quieres papeles buenos. Papeles serios. Diles que lo dejas. Tu marido quiere que lo dejes.

Sí. Sí, se lo diré.

Se echó a llorar. Pero no pasó nada. Estaba asustada, porque no tenía lágrimas. ¡Aún no había cumplido los treinta y ya se le habían agotado las lágrimas! *He matado a mi bebé*. Consiguió derramar un par de lagrimillas. ¿*Mi bebé?* ¿*Por qué?* Sin embargo, era incapaz de llorar. Alguien le había frotado los ojos con arena, había llenado su boca de arena. Donde antes estaba su corazón, había ahora un reloj de arena, y la arena se filtraba y caía lentamente.

De hecho, estaba enferma. Una apendicitis aguda.

Presa del pánico, creyó que era un parto; después de todo, iba a tener a su hijo. Un furioso niño demoníaco, deforme y retorcido, con una cabeza tan grande que la partiría en dos al salir. Y puesto que su marido no era el padre, la estrangularía con sus grandes y bellas manos. Culpable y asustada, atormentada por el dolor, con la piel hirviendo. Él despertó, alarmado, y la encontró en el cuarto de baño, con las nalgas sobre el borde de la bañera de porcelana blanca, balanceándose en medio de terribles dolores, desnuda, sudando, despidiendo el rancio olor animal del terror físico. El Ex Deportista conocía los síntomas. De hecho, reconocerlos supuso un alivio para él. En su juventud, su propio apéndice había estado a punto de perforarle el peritoneo. Llamó a una ambulancia y se la llevaron a la sala de urgencias del hospital Cedars of Lebanon. De aquellas horas de caos y confusión emergió el rumor, repetido con entusiasmo durante años, de que el cirujano, que no se enteró de la identidad de su famosa paciente hasta que

entró en el quirófano, habría encontrado una nota pegada con cinta adhesiva a la muñeca de la actriz, una nota garabateada con mano temblorosa:

Importante: LEER ANTES de la operación.

Estimado doctor:

Corte lo menos posible. Le parecerá una muestra de vanidad, pero no lo es. Soy una *mujer* y eso significa mucho para mí. Usted seguramente tendrá hijos y sabrá a qué me refiero. Por favor, doctor. Sé que lo comprenderá. Gracias. Por el amor de Dios, querido doctor, no me quite los *ovarios*. También le pido que haga todo lo posible por no dejar una *cicatriz* grande. Gracias desde lo más hondo de mi corazón,

Marilyn Monroe

Desde la noche del estreno de *Los caballeros las prefieren rubias*, que también fue la noche en la que decidió casarse con el Ex Deportista, no había tenido noticias del hombre que decía ser su padre.

Tu afligido padre.

No se lo había contado a nadie. Estaba esperando.

Visitó a Gladys en el hospital de Lakewood. Fue sola. Tenía un reluciente Studebaker descapotable color ciruela con neumáticos de banda blanca. La Productora la había suspendido por negarse a participar en la última película, de modo que no disponía de un coche de la empresa. El Ex Deportista se ofreció a acompañarla, pero ella no aceptó su ofrecimiento.

—Te sentirías incómodo. Mi madre es una enferma.

El Ex Deportista nunca había visto, y nunca vería, a Gladys Mortensen.

Salvo en una fotografía de diciembre de 1926. Gladys con la pequeña Norma Jeane en brazos. El Ex Deportista contempló largamente a la mujer de cara demacrada, aire etéreo, ojos parecidos a los de la Garbo y finas cejas depiladas, que sujetaba en sus brazos, como quien sujeta una novedad

de alguna clase, a una rolliza niña con la boquita húmeda y un rizo rubio oscuro, semejante a un signo de interrogación, en lo alto de la cabeza. La Actriz Rubia miró con timidez a su marido, a quien en muchos sentidos no conocía. Porque amar a un hombre no significa conocerlo sino, más bien, no conocerlo. Y ser amada por un hombre significa haber conseguido crear el objeto de su amor, que bajo ninguna circunstancia debe ponerse en peligro.

—Ya ves. Mamá y yo. Hace mucho tiempo.

El Ex Deportista dio un respingo, pero ¿por qué? Estudió la fotografía sepia durante unos minutos. Cualesquiera que fuesen las palabras que hubiera deseado articular —de pena, comprensión, amor confundido o incluso pesar—, no supo expresarlas.

En Lakewood, la Actriz Rubia se convirtió en Norma Jeane Baker y su llegada despertó la expectación de costumbre, una expectación contenida y respetuosa. Llevaba zapatos de tacón mediano y un elegante traje de gabardina de color gris malva, cuya holgada chaqueta no delataba sus curvas. No era Marilyn Monroe. No había más que verla. Sin embargo, el rubio halo de Marilyn la acompañaba, como un perfume persistente. Tenía un regalo para el personal: diez dólares de chocolates suizos en una caja con forma de corazón.

—¡Oh, señorita Baker! Gracias.

—No debería haberse molestado, señorita Baker.

Sonriendo, bajando la vista hacia el anillo que la Actriz Rubia llevaba en el anular. Porque se había casado con el mundialmente célebre Ex Deportista después de su última visita a Lakewood.

—Qué día más bonito, ¿verdad? ¿Piensa ir a dar un paseo con su madre?

—Venga conmigo, señorita Baker. Su madre está despierta e impaciente por verla.

De hecho, Gladys no parecía impaciente por ver a Norma Jeane; seguramente, ni siquiera sabía que la estaban esperando. Si la habían informado de la visita, lo había olvidado. Norma Jeane también llevaba regalos para Gladys, pero no dulces, sino fruta —un cesto con mandarinas y

brillantes uvas negras—; un ejemplar del *National Geographic*, que era una revista de calidad con fotografías excelentes que quizá gustaran a Gladys, y el último número de *Screenland*, con la Actriz Rubia en la portada, en una pose digna y elegante, debajo del titular: LA LUNA DE MIEL DE MARILYN MONROE. Gladys miró estas cosas y frunció la nariz. ¿Esperaba golosinas?

Norma Jeane la abrazó con suavidad y no de manera efusiva, como le habría gustado, porque sabía que esa clase de abrazo inquietaba a Gladys. La besó también con suavidad, en la mejilla. Era evidente que había llegado en uno de los días buenos de Gladys. Por teléfono le habían dicho que recientemente su madre había pasado una «mala racha», pero se había «recuperado casi por completo». Le habían lavado la cabeza esa misma mañana y tenía puesta la preciosa bata guateada rosa que Norma Jeane le había comprado en Bullock's; estaba algo sucia, pero Norma Jeane no lo notaría. Vio las zapatillas a juego alineadas a la perfección junto a la cama. En la pared, encima del tocador, había algo nuevo: un cuadro de Jesucristo con su refulgente corazón a la vista y un halo de luz alrededor de su cabeza cinematográficamente hermosa. ¿Una imagen católica? Debía de habérsela regalado otro paciente. Norma Jeane suspiró, como si contemplara un abismo en cuyo fondo había una figura diminuta: supuestamente, su madre.

Le sorprendió y complació ver, apoyada contra un espejo, la fotografía de boda que había enviado a Gladys. La novia vestida de color perla, sonriendo con alegría. El novio alto, apuesto, con unas cejas tan bien perfiladas que parecían las de un actor. *¡No la tiró a la basura! Eso significa que me quiere*, pensó Norma Jeane.

Gladys rió mientras masticaba una uva.

—¿Ese hombre es tu marido? ¿Sabe quién eres?

—No.

—Eso es bueno —dijo Gladys asintiendo con seriedad.

Fue un alivio para Norma Jeane comprobar que el tiempo no pasaba para su madre. Incluso parecía más joven. Tenía un pícaro aire infantil. Al abrazarla, había percibido la fragilidad de sus huesos de pájaro. Y qué delicados eran los huesos de su cara. Los misteriosos ojos de la Garbo. La misma expresión etérea que la cámara había captado muchos años antes.

Norma Jeane se alegró cuando el Ex Deportista, al ver la fotografía de madre tal como era en 1926, más joven que su hija ahora, cayó bajo el hechizo de Gladys. Unos instantes.

Lo único que quedaba de las cejas escrupulosamente depiladas y pintadas de Gladys eran unos pocos pelos canos.

El personal informó a Norma Jeane de que cuando hacía buen tiempo, Gladys se paseaba «incansablemente» por los jardines del hospital. Era una de las pacientes mayores más activas. Su salud física era buena. Mientras hablaban, Norma Jeane se maravilló ante el buen humor de su madre. Quizá fuera un estado efímero, superficial e inconsciente, pero al menos no estaba enfurruñada como la mayoría de las veces. No pudo evitar compararla con su nueva suegra: una italiana baja y regordeta con la nariz prominente, una sombra de bigote, pechos grandes y caídos y un vientre voluminoso. Quería que la llamara «mamá». ¡*Mamá!*

Gladys estaba sentada en el borde de la cama, como un pajarillo, con las piernas colgando. Masticaba ruidosamente las uvas, escupiendo las pepitas en una mano. De vez en cuando, sin decir una palabra, Norma Jeane le retiraba las semillas de la mano con un pañuelo de papel. Salvo por los ocasionales espasmos en la cara y los peculiares movimientos de sus ojos, Gladys no parecía una enferma mental. Tenía un aire optimista y bondadoso. Igual que el de Norma Jeane, acentuado por la Benzadrina que le recetaba Doc Bob. Gladys habló de las «noticias internacionales», de los «problemas en Corea». ¿Acaso leía el periódico? En tal caso, era más de lo que hacía Norma Jeane últimamente. *Esta mujer no está más loca que yo. Pero se esconde. Ha permitido que el mundo la venciera.*

Norma Jeane no lo permitiría.

Gladys se puso unos pantalones y una camisa y Norma Jeane la llevó a dar un paseo. Era un día algo fresco y brumoso. La clase de día que el Ex Deportista calificaba de «ajeno al espacio y al tiempo». En días semejantes no había nada programado. Ningún partido de béisbol, nada en lo cual concentrar la atención. Cuando uno está retirado, suspendido, desempleado o mentalmente enfermo, gran parte de la vida transcurre ajena al espacio y al tiempo.

—Puede que abandone el cine. Aunque estoy en «la cumbre de la fama». Mi marido quiere que lo deje. Quiere una esposa y una madre. Una madre para sus hijos, desde luego. Y yo deseo lo mismo.

Tal vez Gladys estuviera escuchando, pero no respondió. Se soltó del brazo de Norma Jeane, como una niña impaciente que prefiere andar sola.

—Por aquí. Éste es mi atajo.

Condujo a Norma Jeane, con su traje de gabardina gris malva y sus elegantes zapatos nuevos, por un pasaje lleno de trozos de ladrillo, demasiado estrecho para ser una calle, situado entre los edificios del hospital. Por encima de sus cabezas rugían los ventiladores. Un penetrante olor a grasa acometió a Norma Jeane con la fuerza de una bofetada. Madre e hija emergieron en una zona cubierta de hierba, al pie de una cuesta en lo alto de la cual discurría un ancho camino de grava. Norma Jeane rió con timidez, preguntándose si las estarían mirando. A veces temía que los miembros del personal, incluidos los médicos, le hicieran fotos sin su consentimiento; para complacerlos, había posado en el despacho del director, junto a él y otros empleados, con su sonrisa de Marilyn. *¿Es suficiente? Por favor.* Sin embargo, cuando no había nadie con una cámara a la vista, cuando nadie parecía estar mirándola, cuando el vasto cielo vacío se alzaba sobre ella sin siquiera la concentración del sol, ¿no eran momentos perdidos? ¿No desaprovechaba entonces los preciosos latidos de la vida? ¿No era la mayor parte de la vida ajena al espacio y al tiempo y se perdía irrevocablemente cuando no había una cámara que la grabara y la preservara?

—La Productora sólo me ofrece películas eróticas. ¡Francamente! No hay más que ver el título: *La tentación vive arriba*. Mi marido dice que es asqueroso y degradante. Pretenden que Marilyn Monroe sea una muñeca sexual de gomaespuma, quieren usarla hasta que se gaste; después la arrojarán a la basura. Pero él los ve venir. Mucha gente ha intentado explotarlo. Dice que ha cometido errores y que yo debo aprender de ellos. Según él, en Hollywood no hay más que chacales. Incluidos mi agente y las personas que fingen estar de mi parte y en contra de La Productora. «Todos quieren explotarte», dice. «Yo sólo quiero amarte.»

Estas palabras vibraron extrañamente en el aire, como campanas abolladas. Norma Jeane se oyó continuar, como si Gladys la hubiera contradicho:

—Estoy estudiando pantomima. Quiero empezar de cero. Puede que me vaya a Nueva York a estudiar interpretación. Clases serias. Para hacer teatro en lugar de cine. Creo que mi marido no se opondría. Quiero vivir en otro mundo. No en Hollywood. Quiero vivir en..., ¡oh, Chéjov! O'Neill. *Anna Christie*. Podría interpretar a Nora en *Casa de muñecas*. ¿No crees que Marilyn es perfecta para el papel de Nora? La única interpretación verdadera es la del teatro. En las películas, se limitan a empalmar centenares de escenas inconexas. Es como un rompecabezas, pero no eres tú quien coloca las piezas.

—Ese banco —dijo Gladys de repente—. Yo solía sentarme ahí. Hasta que asesinaron a una persona que estaba sentada ahí.

—¿La asesinaron?

—Te hacen daño si no los obedeces. Si no tragas su veneno. Si lo dejas a un lado de la boca y te niegas a tragarlo. Eso está prohibido.

La voz de Gladys sonó aguda e histérica. *Ay, no*, pensó Norma Jeane. *Por favor, no*.

Gladys pasó rápidamente junto al banco, cubriéndose los ojos y sollozando. Era el mismo banco donde madre e hija se habían sentado varias veces y desde él se veía un arroyuelo. Ahora Gladys hablaba de terremotos. Recientemente había habido temblores en la zona de Los Ángeles, pero ningún terremoto. Por las noches entraba gente en su habitación, dijo Gladys, y la filmaban. Le hacían cosas raras con instrumentos quirúrgicos. Animaban a otros pacientes para que le robaran. Esas cosas pasaban durante los terremotos porque entonces no había nadie al mando. Pero tenía suerte: no la habían matado. No la habían asfixiado con una almohada.

—Respetan a los pacientes que tienen familia, como yo. A mí me dan un trato especial. Las enfermeras siempre están preguntando como unas tontas: «¿Cuándo vendrá a verla Marilyn, Gladys?». Y yo les digo: «¿Cómo quieren que lo sepa? Sólo soy su madre». Me preguntaron tantas veces si

Marilyn iba a casarse con ese jugador de béisbol que al final les dije: «Si tanto les interesa, pregúntenselo ustedes. Tal vez les pida que sean damas de honor».

Norma Jeane dejó escapar una risita. Gladys hablaba con voz grave, atropellada, cada vez más rápida, y eso presagiaba problemas. Era la misma voz que en Highland Avenue había resonado por encima del rugido del agua hirviendo.

Había empezado a hablar así al salir del apestoso pasadizo, como si entonces se hubiera sentido fuera del alcance de la autoridad.

—Sentémonos, madre. Ahí hay un bonito banco.

—¡Un bonito banco! —gruñó Gladys—. A veces pareces idiota, Norma Jeane. Igual que los demás.

—Es una ma-manera de hablar, madre.

—Entonces aprende una mejor. No eres tonta.

En la fresca brisa que olía ligeramente a azufre, caminaron hasta el punto más apartado de los jardines de Lakewood, donde se alzaba una alambrada de casi cuatro metros, semioculta tras un seto de ligustro. Gladys cogió la alambrada y empezó a sacudirla. Era evidente que aquél era el propósito de su rápida caminata. A Norma Jeane la asaltó la aterradora idea de que también ella era una paciente. La habían llevado hasta allí con engaños y ahora era demasiado tarde para escapar.

Pero al mismo tiempo sabía que era una idea absurda. De acuerdo con las leyes de California, su marido habría tenido que dar su consentimiento. El Ex Deportista la adoraba y jamás le haría algo así.

¡Tal vez fuera capaz de matarla con sus fuertes y hermosas manos! Pero jamás la traicionaría, jamás le haría algo tan cruel.

—Ahora tengo un marido que me quiere, madre. Me ha cambiado la vida por completo. ¡Espero que algún día lo conozcas! Es maravilloso; un hombre tierno que respeta a las mujeres...

Gladys estaba agitada, excitada por la rápida caminata. Desde hacía unos años era un par de centímetros más baja que Norma Jeane, pero a ésta todavía le parecía que tenía que alzar la vista para mirar los fríos y ausentes ojos de su madre. Y esto sometía a su cuello a una tensión considerable.

—No has tenido un hijo, ¿no? —preguntó Gladys—. Soñé que había muerto.

—Murió, madre.

—¿Era una niña? ¿Te lo dijeron?

—Tuve un aborto espontáneo, madre. Fue en la sexta semana. Estuve muy enferma.

Gladys asintió con gesto grave. No parecía sorprendida por esta revelación, aunque era evidente que no la creía.

—Una decisión sensata —dijo.

—Fue un aborto espontáneo, madre —replicó Norma Jeane con brusquedad.

—Della fue madre y abuela y ésa fue su recompensa al final. Tuvo una vida difícil; le causé mucho dolor. Aunque al final fue feliz —los ojos de Gladys reflejaron un súbito brillo malicioso—. Pero si tú haces lo mismo, Norma Jeane, no puedo prometértelo.

—¿Prometerme qué? No te entiendo —preguntó Norma Jeane, desconcertada.

—No puedo ser una de ellas. Una abuela. Como ella. Es mi castigo.

—¡Ay, madre! ¿Qué dices? ¿Tu castigo por qué?

—Por entregar a mis preciosas hijas. Por dejar que murieran.

Norma Jeane se apartó de su madre, empujando el aire con las manos como si empujara una pared. ¡Era imposible! No se puede hablar con una enferma mental. Una esquizofrénica paranoide. Era como una de esas exasperantes improvisaciones en las que el profesor proporciona ciertos datos a un actor y se los oculta a un segundo, obligando a este último a entrar en una escena sin saber lo que pasa.

Ella crearía una escena nueva.

En el escenario, basta con desplazarse a otro espacio para crear una nueva escena. Sólo hay que proponérselo.

Cogió a Gladys por su delgado, nervudo y reticente brazo y tiró de ella, conduciéndola otra vez al camino de grava. ¡Ya estaba bien! Norma Jeane estaba al mando. Era ella quien pagaba las exorbitantes facturas del hospital

de Lakewood; era la pariente más cercana de Gladys Mortensen y su tutora legal. ¡Hijas! Gladys sólo tenía una hija: Norma Jeane.

—Te quiero, madre, pero me haces mucho daño —dijo—. Por favor, no me hagas daño. Sé que no estás bien, pero ¿no puedes intentarlo? ¿No puedes esforzarte por ser más agradable? Cuando tenga hijos, jamás los lastimaré. Los amaré para que sigan vivos. Tú eres como una araña en su tela. Como una de esas arañas violín, ¡las más peligrosas! Todo el mundo piensa: «Marilyn Monroe ha de estar forrada», pero lo cierto es que no tengo dinero, me paso el día pidiendo préstamos; yo pago tu estancia aquí, en un hospital privado, y tú me envenenas. Corroes mi corazón. Mi marido y yo queremos hijos. Él desea tener una gran familia y yo también. ¡Quiero seis hijos!

—¿Cómo vas a amamantar a seis? —bromeó Gladys—. Ni siquiera Marilyn podría hacer algo semejante.

Norma Jeane rió, o lo intentó. ¡Era tan gracioso!

Llevaba la preciada carta de su padre en el bolso.

—Siéntate, madre. Tengo una sorpresa para ti. Tengo que leerte algo y no quiero que me interrumpas.

El Ex Deportista hacía constantes viajes de negocios. La Actriz Rubia fue a ver una obra de un dramaturgo contemporáneo al Teatro Pasadena.

La llevaron unos amigos. Cada vez que el Ex Deportista pasaba una noche fuera, ella asistía a alguna representación en un teatro local. En esta etapa de su vida, la Actriz Rubia tenía muchos amigos de círculos diferentes, personas a las que el Ex Deportista no conocía. Escritores, actores, bailarines. Uno de ellos era su profesor de pantomima.

En el Teatro Pasadena, algunas personas del público miraban con disimulo a la Actriz Rubia, que parecía sinceramente conmovida por la obra. No estaba vestida con ropa llamativa ni llamaba la atención. Sus amigos se sentaron a ambos lados de ella, protegiéndola.

Se comentó que, al final de la función, mientras el público se dispersaba, la Actriz Rubia había permanecido pegada a la butaca, como en trance.

—Ésta es una auténtica tragedia —murmuró—. Te rompe el corazón.
Más tarde, mientras tomaban una copa, dijo:
—¿Sabéis una cosa? Me casaré con el dramaturgo.

«¡Tenía un sentido del humor increíble! Decía las cosas más inverosímiles con gesto serio e infantil. Era lógico esperar que un individuo feo y pendenciero como W. C. Fields fuera mordaz. Igual que cabía esperar ocurrencias surrealistas en un tipo con el bigote y las cejas de Groucho Marx. Pero a Marilyn estas cosas le salían de manera espontánea. Era como si en su interior algo le dijera: “Escandaliza a esos cabrones. Déjalos de una pieza”. Y lo hacía. Y lo que decía más tarde la atormentaba o le hacía daño, cosa que ella parecía saber de antemano, pero ¿qué más daba?»

Otra vez en su habitación de Lakewood, Gladys trepó débilmente a la cama. No necesitó la ayuda de Norma Jeane. No había dicho una sola palabra desde que Norma Jeane le leyera la carta con voz serena, melodiosa, desprovista de rencor, y seguía callada. Norma Jeane la besó en la mejilla y murmuró:

—Adiós, madre. Te quiero.

Gladys no respondió. Ni siquiera miró a Norma Jeane. Ésta se detuvo en la puerta y vio que su madre se había girado de cara a la pared y miraba los chillones y chabacanos colores del Sagrado Corazón de Jesús.

Tenía algo que ver con la Pascua.

Habían llevado a la Actriz Rubia a la Casa de Expósitos de Los Ángeles en una limusina negra con asientos aterciopelados y suntuosos como el interior de un ataúd. El Chófer Sapo, con uniforme y gorra de visera, estaba sentado al volante.

La Actriz Rubia llevaba varios días sintiéndose emocionada, expectante. En cierto modo, aquello era como un debut cinematográfico. Hacía tiempo que quería volver al orfanato a visitar a la doctora Mittelstadt, la mujer que había cambiado el curso de su vida. «Para darle las gracias.»

Quizá (la Actriz Rubia esperaba que fuese un gesto natural, nada forzado) rezarían juntas en la intimidad del despacho de la doctora. ¡Arrodilladas sobre la alfombra!

El Ex Deportista no aprobaba muchas de las apariciones públicas de la Actriz Rubia. Excusándose en su papel de marido protector, decía que dichas apariciones eran «vulgares», «explotadoras», «indignas de mi esposa». Sin embargo, estuvo de acuerdo con esta visita. Durante años, antes y después de su retiro, él mismo había visitado a menudo orfanatos, hospitales e instituciones benéficas. La advirtió de que algunos niños, en especial los enfermos, podrían romperle el corazón. Pero de todas maneras era emocionante. Uno sentía que hacía el bien, que causaba una buena impresión, que creaba recuerdos positivos.

En tiempos pretéritos, los reyes y las reinas acudían a lugares semejantes para bendecir a los enfermos, los tullidos, los marginados y los condenados, pero, en la actualidad, los únicos que hacían algo parecido en Estados Unidos eran personas como el Ex Deportista y la Actriz Rubia, que estaban obligadas a «poner su granito de arena».

Pero no permitas que la prensa te asedie, advirtió el Ex Deportista.

No, claro que no, respondió la Actriz Rubia.

Unas cuantas personalidades de Hollywood se habían ofrecido a ir. Entre ellas estaba la Actriz Rubia, a pesar de que por entonces había caído en descrédito por haber incumplido el contrato que tenía con La Productora. Había pedido que la llevaran a la Casa de Expósitos de Los Ángeles, situada en El Centro Avenue, «Donde pasé una temporada. De la cual guardo muchos recuerdos».

Casi todos eran buenos recuerdos, desde luego.

La Actriz Rubia creía en los buenos recuerdos. Era huérfana de padre («Mucha gente lo es») y sí, su madre la había abandonado —«Fue durante la Gran Depresión. ¡Mucha gente resultó afectada!»—, pero en el orfanato la habían tratado bien. No se sentía resentida por haber sido una huérfana en el País de la Abundancia. «Eh, por lo menos sobreviví. En algunas culturas crueles, como la china, ahogan a las niñas igual que a gatitos.»

Titulares de periódicos. Columnas especiales escritas por Louella Parsons, Walter Winchell, Sid Skolsky y Leviticus. Noticia de portada en *Hollywood Reporter* y el suplemento dominical de *L. A. Times*. Artículos más breves en publicaciones nacionales y en *Time*, *Newsweek* y *Life*. Batallones de fotógrafos y equipos de televisión. Menciones en los boletines vespertinos de noticias:

MARILYN MONROE REGRESA AL ORFANATO DESPUÉS DE MUCHOS AÑOS.

MARILYN MONROE «REVIVE» SU PASADO EN UN ORFANATO.

MARILYN MONROE VISITA A LOS HUÉRFANOS EN PASCUA.

La Actriz Rubia le diría al Ex Deportista que no «tenía idea» de cómo había suscitado tanto alboroto. Otras celebridades visitaban orfanatos, hospitales e instituciones benéficas sin generar tanta publicidad.

La Actriz Rubia se sentía tan emocionada y asustada como una niña. ¿Cuántos años habían pasado? ¿Dieciséis? «Pero desde entonces he vivido más de una vida.» Mientras el Chófer Sapo conducía con habilidad la reluciente limusina negra por el lujoso barrio de Beverly Hills, cruzaba Hollywood y tomaba hacia el sur, rumbo al interior de Los Ángeles, la Actriz Rubia comenzó a perder la compostura. El ligero dolor pulsátil que sentía entre los ojos se intensificó. Había tomado aspirinas porque (para su secreta vergüenza) había superado la dosis de Demerol, el «tranquilizante milagroso» que le había recetado Doc Bob, y estaba resuelta a no tomar ni una tableta más. Conforme se aproximaba a la poderosa presencia de la doctora Mittelstadt, semejante a un cálido sol curativo, comprendió que el remedio sólo podía proceder del interior. El dolor no existe y, en cierto sentido, tampoco existe la «curación». *El amor divino siempre ha satisfecho y siempre satisfará todas las necesidades humanas.*

En un coche aparte viajaban varios de sus ayudantes. Una furgoneta de reparto llevaba centenares de cestos de Pascua, alegremente decorados, llenos de conejitos de chocolate, pollitos de malvavisco y gominolas multicolores. Jamón cocido de Virginia y piñas naturales, recién traídas de Hawái. La Actriz Rubia llevaba un cheque personal (¿o era del Ex

Deportista?) de quinientos dólares para entregárselo a la doctora Mittelstadt como «una muestra de gratitud».

Pero ¿no era cierto que la directora del orfanato había traicionado a Norma Jeane de alguna manera? ¿Que había dejado de escribirle después de un par de años? La Actriz Rubia se encogió de hombros. «Es una profesional muy ocupada. Igual que yo.»

Cuando el Chófer Sapo metió la limusina en los jardines del orfanato, la Actriz Rubia empezó a temblar. Ay, pero no estaban en el lugar indicado, ¿no? Habían limpiado la sucia fachada de ladrillo rojo, que ahora parecía en carne viva, como piel restregada. Donde antes había habido espacios abiertos, ahora había horrorosos cobertizos prefabricados. Donde había habido un pequeño parque de juegos, ahora había un aparcamiento de asfalto. El Chófer Sapo condujo silenciosamente la limusina hasta la entrada, donde aguardaba un bullicioso grupo de reporteros, fotógrafos y cámaras. Se los informó de que la Actriz Rubia hablaría con ellos más tarde, pero, como de costumbre, tenían que hacerle preguntas de inmediato y las gritaron a su espalda mientras ella entraba apresuradamente con sus escoltas en el edificio, perseguida por los fogonazos de cámaras que disparaban como ametralladoras. En el interior, unos desconocidos le estrecharon la mano, pero la doctora Mittelstadt no estaba a la vista. ¿Qué había pasado en el vestíbulo? ¿Qué sitio era aquél? Un hombre de mediana edad con una cara idéntica a la del cerdito Porky conducía a la Actriz Rubia a la sala de visitas, hablando rápida y alegremente.

—¿Dónde está la doctora Mittelstadt? —preguntó la Actriz Rubia.

Pero nadie pareció oírla. Sus ayudantes llevaban los cestos de Pascua y las cajas de cartón con jamones y piñas. Estaban probando el sistema de altavoces. La Actriz Rubia no veía bien con sus gafas de sol, pero no quería quitárselas porque temía que los buitres de los periodistas vieran el miedo reflejado en sus ojos. En varias ocasiones exclamó:

—¡Dios mío, es un honor estar aquí! Gracias por invitarme. ¡Pascua es un tiempo tan especial! ¡Estoy muy feliz de estar aquí! Gracias a todos por invitarme.

La celebración transcurrió en medio de una especie de nebulosa. Pero no fue una nebulosa rápida. Porque en algún momento de la ceremonia la Actriz Rubia fue fotografiada para los «archivos» del orfanato. Junto al radiante cerdito Porky, que se quitó los bifocales para la foto; con miembros del personal, y finalmente con algunos niños. Una de las niñas le recordó a la Debra Mae de diez u once años... La Actriz Rubia quería acariciar la alborotada melena pelirroja de la niña.

—¿Cómo te llamas, bonita? —preguntó.

La niña respondió con un par de sílabas entrecortadas que la Actriz Rubia no entendió. ¿Donna, quizá? ¿Dunna? No lo sabía.

La ceremonia se celebró en el comedor. La Actriz Rubia recordaba bien aquella estancia grande y fea. Hicieron entrar a los niños en fila y sentarse a las mesas para mirarla a ella como si fuese un dibujo animado de Disney. Cuando la Actriz Rubia se puso ante el micrófono para recitar el discurso que tenía preparado, sus ojos vagaron por el comedor, buscando caras familiares. ¿Dónde estaba Debra Mae? ¿Dónde estaba Norma Jeane? ¿Era aquélla Fleece?... Una criatura desgarrada y enfurruñada. No, por desgracia era un niño.

Se diría que la Actriz Rubia, contrariamente a las expectativas de la mayor parte del personal del centro, era una mujer «tierna, amable y en apariencia sincera». A ojos de muchos se comportó «como una dama». «No era una mujer llamativa, como aparecía en la publicidad, pero sí muy bonita. Y *bien equipada*.» Advirtieron que «estaba nerviosa; a veces, hasta tartamudeaba». (¡Rogamos por que no oyese cómo la imitaban algunos niños!) Era admirable su paciencia con los niños, que estaban alterados y nerviosos a causa de los cestos de Pascua, inquietos y alborotadores, «en especial los hispanos, que no entienden inglés». Algunos chicos mayores le dirigieron groseras miradas lascivas, relamiéndose, pero se dijo que la Actriz Rubia «tuvo la sensatez de no hacerles caso. O puede que le encantara, ¿quién sabe?».

A pesar de su palpitante dolor de cabeza, la Actriz Rubia disfrutó entregando los cestos a los niños, que pasaron por riguroso turno por delante de ella. Una infinidad de huérfanos. Una eternidad de huérfanos.

¡Ah, habría podido seguir haciendo eso para siempre! ¡Cualquiera que tomara la medicina mágica de Doc Bob podía hacer cualquier cosa eternamente! Era mejor que el sexo. (Bueno, todo era mejor que el sexo. ¡Eh, no era más que una broma!) Ah, si el mundo le preguntaba, ella diría que aquélla había sido una experiencia gratificante, enriquecedora y placentera. Pero no confesaría que las niñas huérfanas le interesaban mucho más que los niños. Los niños no la necesitaban. A ellos les daría lo mismo una mujer que otra, cualquier cuerpo femenino les serviría para definirse como hombres y en consecuencia como seres superiores, porque un cuerpo es igual a otro, pero las niñas la miraban fijamente, la grababan en su memoria, la recordarían siempre. Las niñas huérfanas, que habían sido heridas igual que Norma Jeane. Ella lo veía. Las niñas huérfanas necesitaban contacto físico, una rápida caricia en el pelo o en la mejilla, incluso un leve beso.

Diciendo: «¡Qué guapa eres, me encantan tus trenzas», o «¿Cómo te llamas? ¡Qué bonito nombre!». Con el aire de quien cuenta un secreto, les dijo:

—Cuando yo vivía aquí me llamaba Norma Jeane.

Y una de las niñas respondió:

—¿Norma Jeane? Ah, ojalá me llamara así.

La Actriz Rubia cogió la carita de la niña entre sus manos y sorprendió a todos los presentes echándose a llorar.

Más tarde preguntaría: ¿Cuál era el nombre completo de esa niña?

Enviaría un talón al orfanato, destinado a «ropa especial y libros» para esa niña.

Nunca sabría si ese talón de doscientos dólares se invertiría en la niña o pasaría a engrosar el presupuesto del orfanato. Porque no lo recordaría.

Una de las desventajas, aunque también ventaja, de la fama: se olvidaban muchas cosas.

¿Y el talón de quinientos dólares que había extendido impulsivamente a nombre de la doctora Mittelstadt? La Actriz Rubia no lo sacaría del bolso.

El nuevo director de la Casa de Expósitos de Los Ángeles era, de hecho, el hombre de mediana edad con la cara idéntica a la del cerdito Porky. Un

hombre agradable aunque charlatán y presuntuoso. La Actriz Rubia lo escuchó con paciencia durante unos minutos antes de preguntar, ahora con firmeza, qué le había pasado a la doctora Mittelstadt, y entonces él empezó a parpadear rápidamente.

—La doctora Mittelstadt fue mi predecesora —dijo el cerdito Porky con una voz sin inflexiones—. Yo no tuve ninguna relación con ella. Jamás hago comentarios sobre mis predecesores. Creo que todos hacemos las cosas lo mejor que podemos. No me gusta criticar a los demás.

La Actriz Rubia habló con una de las celadoras mayores, una cara familiar. Otrora joven y ahora madura, regordeta y con las mejillas flácidas pero sonriente.

—¡Claro que te recuerdo, Norma Jeane! ¡La niña más tímida y dulce! Tenías... ¿un problema de alergia?, ¿asma? No. ¿Habías tenido la polio y cojeabas? ¿No? (Bueno, es evidente que ahora no cojeas. Te vi bailar en tu última película, ¡y tan bien como Ginger Rogers!) ¿Eras amiga de esa salvaje de Fleece? ¿Sí? Y la doctora Mittelstadt te adoraba. Eras una de su círculo.

La celadora rió, cabeceando. Era una escena cinematográfica: la Actriz Rubia que regresaba al orfanato donde había estado confinada durante gran parte de su infancia y recibía revelaciones como si le echaran las cartas, pero no podía determinar cuál era el estilo de la música de fondo. En el transcurso de la ceremonia de entrega de los cestos de Pascua, en el comedor había sonado *Easter Parade* en la dulce voz de Bing Crosby. Pero ahora no había música.

—¿Y la doctora Mittelstadt? Supongo que se habrá retirado.

—Sí, se retiró.

—¿Dó-dónde está?

—Me temo que la pobre Edith ha muerto.

—¡Muerto!

—Era mi amiga. Trabajé con ella veintiséis años. Jamás he respetado a nadie tanto como a ella. Nunca trató de convertirme a su religión. Era una mujer buena y afectuosa —la boca fruncida se curvó hacia abajo—. No

como los de la nueva generación. Los que viven pendientes del presupuesto y nos dan órdenes como si fuesen de la Gestapo.

—¿De q-qué murió la doctora Mittelstadt?

—De un cáncer de mama. Eso nos dijeron —los ojos de la celadora se humedecieron.

Si ésta era una escena de película, y obviamente lo era, resultaba vívida, real y dolorosa; de manera que más tarde la Actriz Rubia tendría que ordenar al Chófer Sapo que se detuviera delante de una farmacia de El Centro, rogar al farmacéutico que llamara al número de urgencias de Doc Bob, comprar una cápsula de emergencia de Demerol y tomarla en el acto. *Así de real era la escena, aunque no tuviera música de fondo.*

La Actriz Rubia dio un respingo.

—Ay, lo lamento tanto. Cáncer de mama. Oh, Dios.

Inconscientemente, la Actriz Rubia cruzó los brazos sobre sus pechos, los célebres y voluminosos pechos de Marilyn Monroe. Hoy, en el orfanato, como invitada a la celebración de Pascua, la Actriz Rubia no hacía ostentación de esos pechos. Lucía un atuendo discreto y de buen gusto. Llevaba incluso un sombrero de Pascua, decorado con florecillas de aciano y un velo. Y un ramillete de muguets en la solapa. Los pechos de la doctora Mittelstadt eran más grandes que los suyos, aunque, naturalmente, no pertenecían al mismo género que los de la Actriz Rubia, que eran, o se habían convertido en obras de arte. Ella bromeaba diciendo que la única inscripción que deberían hacer en su lápida eran sus medidas: 96 - 60 - 96.

—¡Pobre Edith! Sospechábamos que estaba enferma, porque había adelgazado mucho. ¿Imaginas a la doctora Mittelstadt casi *delgada*? Ah, la pobrecilla debió de perder veinticinco kilos mientras estaba aquí, con nosotros. Su piel parecía de cera y tenía unas ojeras horribles. Insistimos en que fuera a ver a un médico. Pero recordarás lo terca y valiente que era. «No necesito un médico», decía. Estaba aterrorizada, pero jamás lo habría reconocido. Tal vez sepas que los fieles de la Ciencia Cristiana tienen gente que reza por ellos cuando están enfermos. O lo que sea, porque ellos dicen que no «enferman». Esa gente reza y reza sin parar. En teoría, si tienes fe, te curas. Así fue como Edith trató su cáncer. Cuando nos dimos cuenta de lo

que ocurría, de la gravedad de su estado, ya había tenido que dejar de trabajar. Se negó a ir al hospital hasta el final. Incluso entonces, fue contra su voluntad. Lo más trágico fue que Edith empezó a dudar de su fe. Mientras el cáncer la consumía hasta los huesos, esa infeliz y obcecada mujer estaba convencida de que todo era culpa suya. Jamás mencionó la palabra «cáncer» —la celadora respiró hondo y se enjugó los ojos con un pañuelo de papel—. Ellos no creen en la «muerte», ¿sabes? Me refiero a los devotos de la Ciencia Cristiana. De modo que cuando se ven a punto de morir, creen que es culpa suya.

La Actriz Rubia se armó de valor y preguntó:

—¿Y Fleece? ¿Qué ha sido de Fleece?

—Ah, Fleece. Lo último que supimos de ella fue que se había alistado en el Cuerpo Femenino. Debe de ser por lo menos sargento.

—Ay, papá, abrázame, por favor.

Entre sus brazos cálidos y musculosos. Él estaba sorprendido, ligeramente incómodo, pero la quería. Estaba loco por ella. Incluso más que al principio.

—Me siento tan... débil, supongo. ¡Ay, papá!

Él estaba confundido, no sabía qué decir.

—¿Qué pasa, Marilyn? —masculló—. No entiendo nada.

Ella tembló y se acurrucó contra su pecho. Él sintió que el corazón de la mujer latía rápidamente, igual que el de un pájaro. ¿Cómo entenderla? Esta mujer hermosa y *sexy*, capaz de hablar mucho mejor que él en público, una de las mujeres más famosas de Estados Unidos y quizá del mundo..., ¿escondida en los brazos de su marido?

La quería; no había ninguna duda. La cuidaría. Claro que sí.

Aunque le desconcertaba esta clase de conducta, que era cada vez más frecuente.

—¿Qué diablos te pasa, cariño? No lo entiendo.

Ella le leyó un pasaje de la Biblia. Con voz ansiosa y vehemente. Él supuso que era su voz de niña, una voz que habían oído muy pocos.

—«Jesús escupió en tierra, hizo barro con la saliva, aplicó el barro a los ojos del ciego, y los ojos del ciego se abrieron» —alzó la vista y sus propios ojos tenían un brillo extraño.

¿Qué podía decir él? ¿Qué coño podía decir?

Le leyó los poemas que había escrito. Para él, según dijo.

Con su ansiosa y vehemente voz de niña. Su nariz estaba enrojecida a causa de un resfriado persistente y se sorbía los mocos como una criatura; con una infantil desinhibición, se limpiaba la nariz con los dedos, curiosamente agitada, como si estuviera al borde de un precipicio.

Contigo,
el mundo vuelve a nacer.
Como dos.
Antes de ti...
nada existía.

¿Qué podía decir él? ¿Qué coño podía decir?

Estaba aprendiendo a hacer salsas. ¡Salsas! *Puttanesca* (con anchoas), carbonara (con beicon, huevos y nata), boloñesa (con carne de buey y cerdo picadas, champiñones y nata), gorgonzola (con queso, clavo de olor y nata). Estaba aprendiendo a cocinar distintas clases de pasta, con nombres poéticos que la hacían sonreír: *ravioli*, *penne*, *fettuccine*, *linguine*, *fusilli*, *conchigli*, *bucatini*, *tagliatelle*. ¡Ah, qué feliz era! ¿Aquello era un sueño? Y si era un sueño, ¿era un buen sueño o uno no tan bueno? ¿La clase de sueño que sutilmente se convierte en pesadilla? ¿Como cuando una abre una puerta sin llave y se encuentra con el hueco de un ascensor?

Despertar en una cocina desconocida donde hace demasiado calor. Gotas de pegajoso sudor en la cara, entre los pechos. Ella picaba cebolla con torpeza mientras alguien le hablaba exaltadamente. La cebolla le hacía llorar los ojos. Sacó una sartén de hierro grande de un armario. Unos niños entraban y salían corriendo de la cocina. Eran los sobrinos de su marido. No

recordaba sus caras y mucho menos sus nombres. ¡Ajo picado y aceite de oliva humeando en la sartén! Había puesto el fuego demasiado alto. O bien, abstraída en pensamientos que salían por la ventana y volaban hacia el cielo, no había vigilado el fogón.

¡Ajo! ¡Cuánto ajo! La comida de esas personas estaba saturada de ajo. Podía olerlo en el aliento de sus parientes políticos. En el de su suegra. Con sus dientes cariados. *Mamá* se acercaba. No había que rehuir a *mamá*. Ganchuda nariz de bruja y barbilla prominente. Las tetas caídas sobre el abdomen. Sin embargo, se ponía vestidos negros con grandes cuellos. Tenía los lóbulos de las orejas perforados y siempre llevaba pendientes. Alrededor de su gordo cuello, una cadena de oro de la que pendía una cruz. Siempre usaba medias de algodón, igual que la abuela Della. La Actriz Rubia había visto fotografías de los tiempos en los que su suegra era joven y vivía en Italia, cuando no era guapa pero sí atractiva, *sexy* como una gitana. Incluso de joven había sido robusta. ¿Cuántos hijos había engendrado ese pequeño y rechoncho cuerpo? Ahora era comida. Todo era comida. Para que la devoraran los hombres. ¡Y vaya si la devoraban! La mujer se había convertido en alimento, y a ella también le encantaba comer.

Hacía años, en la cocina de la señora Glazer, ella había sido feliz. Norma Jeane Glazer. La señora de Bucky Glazer. La familia la trataba como a una hija. Ella adoraba a la madre de Bucky y se había casado con él porque deseaba tanto un marido como una madre. ¡Ah, habían pasado muchos años! Su corazón se había roto, pero había sobrevivido. Y ahora era una adulta y no necesitaba una madre. ¡Esta madre no! Iba a cumplir los veintiocho y ya no era una huérfana. Su marido quería que fuese una esposa y una buena nuera. También quería que fuera una mujer despampanante en público, pero sólo cuando él la acompañaba; exclusivamente bajo su atenta supervisión. Sin embargo, ella era una adulta; tenía una profesión, si no una identidad. A menos que su única profesión fuese ser Marilyn Monroe. Una profesión que con toda probabilidad no duraría mucho. Ciertos días transcurrían con desesperante lentitud (los que pasaba en San Francisco con su familia política, por ejemplo), pero los años volaban, igual que un paisaje vislumbrado desde un vehículo conducido a toda velocidad. ¡Ningún

hombre tenía derecho a casarse con ella y luego obligarla a cambiar! Como si decir *Te quiero* equivaliera a decir *Tengo derecho a transformarte*. «¿En qué me diferencio de lo que era él en la flor de su vida? Un deportista. Los años de profesión son limitados.» Vio que el cuchillo resbalaba de entre sus dedos húmedos y rebotaba en el suelo.

—Ay, lo siento, *mamá*.

Las mujeres que estaban en la cocina la miraron con furia. ¿Qué pensaban? ¿Que pretendía clavarles el cuchillo en los pies? Se apresuró a lavarlo en el fregadero, lo secó con una toalla y regresó a la tarea de picar cebolla. ¡Ay, pero se aburría! Su corazón de Grushenka se moría de aburrimiento.

Era hora de freír los higadillos de pollo. El penetrante y ácido olor le daba náuseas. ¡Todas las mujeres y jovencitas de Estados Unidos la envidiaban! Y todos los hombres envidiaban al Bateador de los Yanquis.

En el Teatro Pasadena se había dado cuenta de que estaba ante un gran talento: el dramaturgo cuya poesía había calado hondo en su corazón. Ese hombre sabía detectar el sufrimiento trágico en la vida cotidiana. En la vida del «ciudadano de a pie». «Entregas tu corazón al mundo, pero es lo único que tienes. Y entonces desaparece.» Estas palabras pronunciadas junto a la tumba de un hombre, al final de la obra, bajo una espectral luz azul que se desvanece lentamente, habían obsesionado a la Actriz Rubia durante semanas.

—Podría actuar en sus obras. El problema es que no hay ningún papel para Marilyn —ella sonrió. Rió—. Está bien. Entonces seré otra para él.

Estaban mirando cómo freía los higadillos de pollo. La última vez había estado a punto de incendiar la cocina. ¿Hablabla sola? ¿Sonreía? Igual que una cría de tres años inventando historias. Daba miedo interrumpirla. Si la asustabas, corrías el riesgo de que dejara caer sobre tus pies el tenedor con el que estaba friendo.

Desde que había dejado de tomar las pastillas recetadas por Doc Bob, se sentía afiebrada y con las extremidades entumecidas. Había jurado que no volvería a tomar nada más fuerte que una aspirina después de pasar quince horas profundamente dormida, incapaz de despertar; su desesperado marido

había estado a punto de llamar a una ambulancia y después la había obligado a prometer que *¡nunca más!*, ella se lo había prometido y estaba decidida a cumplir su promesa. El Ex Deportista descubriría que era seria. Que además de negarse a hacer más películas obscenas para La Productora, era una esposa leal y una buena mujer. El Ex Deportista sabría que durante ese fin de semana se había portado de maravilla. Hasta había ido a misa con la familia. Con las mujeres. ¡Ah, el Sagrado Corazón de Jesús! Allí, en un altar lateral de la cavernosa iglesia con olor a incienso. Aquel tétrico corazón expuesto como una parte del cuerpo que una no debería ver. *Toma mi corazón y come de él.*

El Ex Deportista, el célebre jugador de béisbol, había sido excomulgado por casarse con la Actriz Rubia, pero el arzobispo de San Francisco era amigo de la familia y un forofo del béisbol y, «quizá, de alguna manera» pudiera arreglar las cosas. (¿Cómo? ¿Anulando el matrimonio?) Ella había ido a misa con las mujeres. Parecían encantadas de llevar consigo a la bonita Marilyn. La única rubia entre varias morenas de piel aceitunada. A *mamá* le sacaba casi una cabeza. No había llevado un sombrero apropiado, de modo que *mamá* le dio una mantilla de encaje negro para que se cubriera el pelo. Innumerables ojos oscuros, feroces, italianos, fijos en ella, trasasándola, a pesar de que no llevaba ropa provocativa, de que iba vestida tan discretamente como una monja. ¡Ah, cuánto se había aburrido en la iglesia! La misa en latín, la monocorde y sonora voz del cura interrumpida de vez en cuando por unas campanillas (¿para despertarte?), y todo tan largo. Pero se había portado bien, y su marido se lo agradecería. En la cocina, preparando grandes comilonas y fregando después, mientras él iba a pasear en barca con sus hermanos, o a jugar al béisbol en el patio de su antigua escuela con muchachos del barrio a quienes necesitaba ver como amigos. Firmando autógrafos para los críos, o para sus padres, con esa sonrisa tímida que lo hacía adorable, aunque se estaba convirtiendo en una sonrisa familiar y ya no parecía tan espontánea. En una película o una obra de teatro, él podría decir: *Sé que es difícil para ti, cariño. Sé que mi familia puede resultar agobiante. Sobre todo mi madre.* O diría simplemente: *Gracias. ¡Te quiero!* Pero no era realista esperar semejante discurso del

hombre que era su marido, porque no sabía expresarse, nunca sabría expresarse, y ella no se atrevía a enseñarle.

¡No me trates con condescendencia! En una ocasión la había mirado con gesto fiero y ella se había acobardado. Pero qué atractivo estaba con la cara encendida.

¡Ah, lo quería! Estaba locamente enamorada de él. Quería tener hijos suyos, quería ser feliz con él y... por él. Él había prometido hacerla feliz. Necesitaba confiar en él. Su felicidad no dependía de ella misma, sino de él. Porque ¿qué pasaría si él dejaba de amarla? La cabeza empezaba a darle vueltas a causa del olor y el vapor de los higadillos fritos. Se había recogido el pelo para que no cayera sobre su sudorosa cara. Observó que su suegra y otra pariente mayor la miraban con aprobación. *¡Está aprendiendo!*, decían en italiano. *Es una buena chica y una buena esposa.* Era una escena cinematográfica de la clase de película que invariablemente termina bien. Ella había visto esa película muchas veces. En esta casa, en medio de la prolífica y bulliciosa familia de su marido, ella no era la Actriz Rubia, y mucho menos Marilyn Monroe, porque era imposible ser Marilyn sin una cámara delante, filmando. Tampoco era Norma Jeane. Sencillamente, era la esposa del Ex Deportista.

No era ningún secreto que había empacado el vestido de lentejuelas púrpura para llevarlo a Tokio, aunque él la había acusado de hacerlo a sus espaldas. ¡Ay, se lo juraba! Y si había sido así, si se lo había ocultado adrede, lo había hecho con la única intención de darle una sorpresa. Igual que las sandalias plateadas de tacón de aguja. Y que ciertas prendas de lencería de encaje negro que él había comprado para ella. También llevaría la peluca rubia, una réplica casi exacta de su platina melena de algodón de azúcar, pero había tenido que deshacerse de ella el mismo día de su llegada a Tokio.

¿Cómo iba a saber que un coronel del ejército norteamericano le pediría que acudiera a «levantar la moral» de las tropas estacionadas en Corea? En su momento, juró que ni siquiera sabía dónde estaba «ubicado» ese trágico país.

En su ejemplar en rústica del clásico *La paradoja de la interpretación*, que alguien le había regalado, subrayó con tinta roja:

Así como la eternidad es una esfera cuyo centro está en todas partes y su circunferencia, en ninguna, el verdadero actor descubre que el escenario está en todas partes y en ninguna.

Esto en la tarde de su partida a Japón.

El Ex Deportista era un hombre de tan pocas palabras que, en cierto sentido, también era un mimo.

En su última clase de pantomima (que nadie, salvo la Actriz Rubia sabía que sería la última), representó a una anciana en el lecho de muerte. Los demás alumnos se quedaron fascinados por su representación dolorosamente realista, tan diferente de sus sutiles y estilizados ejercicios de mimo. La Actriz Rubia se tendió de espaldas, cubierta hasta los tobillos por una túnica negra, descalza, y se fue incorporando poco a poco; interpretando sucesivamente angustia, duda, desesperación y por fin resignación ante su destino y un alegre despertar a... ¿la muerte? Se incorporó de manera gradual hasta que, igual que una bailarina, se tambaleó sobre sus temblorosos pies, con los brazos extendidos por encima de la cabeza. Durante un largo momento de éxtasis mantuvo esta postura, temblando.

Podías ver cómo temblaba su corazón contra su esternón. Podías ver la vida vibrando en su interior, a punto de consumirse. Algunos habríamos jurado que su piel estaba translúcida.

No se debió únicamente a que yo estuviese enamorado de esa mujer, porque ni siquiera estoy seguro de haberlo estado alguna vez.

Lo que no decía era que no podía perdonarle que se aburriese con su familia. ¡Su familia!

Esas palabras se le atragantaban. Las callaría. Y nunca se lo perdonaría. *Su mujer se aburría con su familia y con él.*

¿Acaso se creía superior? ¿Ella?

En Navidad habían ido a la casa familiar en coche y ella había estado callada, atenta, sonriente, amable. Prácticamente no había hablado. Reía cuando los demás reían. Era la clase de mujer con carita de niña a quien tanto las mujeres como los hombres hacen confidencias, y ella parecía escucharlos con los ojos muy abiertos, asombrada, pero él, el marido, el único que la conocía bien, notaba que su atención era forzada, que su sonrisa se desvanecía, dejando sólo finas arrugas alrededor de la boca. Sabía demostrar respeto al padre y a los parientes masculinos mayores. Sabía demostrar respeto a la madre y a las parientes femeninas mayores. Sabía hacer fiestas a los bebés y a los niños pequeños y halagar a sus madres. «¡Debes de ser tan feliz! ¡Te sentirás tan orgulloso!» Su representación era intachable, pero él sabía que era una representación y eso lo enfurecía. Como cuando comía un par de bocados de higadillos de pollo, mollejas, salmón marinado y pasta de anchoas y, prácticamente con lágrimas en los ojos, decía: es delicioso, pero no tengo mucho apetito. En su cara se reflejaba pánico ante los gritos, las risas, el alboroto, los empujones, los niños entrando y saliendo a toda carrera de la habitación mientras en la tele el partido de fútbol sonaba a todo volumen para que pudieran oírlo los hombres más duros de oído. Y más tarde ella le pedía disculpas, acercándose con su característica actitud de mosquita muerta culpable, apretando su mejilla contra la de él, diciendo que nunca había asistido a una verdadera fiesta de Navidad en su infancia. Como si el problema fuera ése.

—Supongo que tengo mucho que aprender, ¿verdad, papá?

Después de la boda, cuando cabía esperar que se sintiera más cómoda con la familia y se alegrara de ir a visitarla, no fue así. Ah, claro que daba esa impresión, lo intentaba. Pero él, el marido, un deportista entrenado para ver más allá de la cara de póquer de sus contrincantes, un bateador experto no sólo en descifrar los más pequeños gestos de un lanzador sino también en grabar en su mente la posición exacta en el campo de cada jugador del equipo contrario con relación a la suya y la de los miembros de su equipo

(si había alguno) que estuvieran en la base, él lo sabía. ¿Acaso ella pensaba que estaba ciego? ¿Lo tomaba por un gilipollas más de aquellos con los que había «salido» desde sus tiempos de colegiala? ¿Creía que era tan insensible como ella, que se tomaba como un chiste el hecho de haber vomitado después de una de las grandes comilonas de mamá? Ella sabía, siempre se lo estaba diciendo, que la familia de él «la culpaba un poco» por lo de la excomunión. Él se había divorciado, desde luego, y la Iglesia no acepta el divorcio, pero no había violado la ley canónica hasta que volvió a casarse (¡y con una divorciada!). Necesitaba compensarlos, por si dudaban de ella. De su sinceridad. De su integridad. De su seriedad ante la vida y la religión. «¿Debería convertirme al catolicismo? ¿Lo aceptarías, papá? Mi ma-madre es una especie de católica.»

Así que fue a misa con ellas. Con las mujeres. Con la madre, la anciana abuela y las tías. Además de los niños. Y tanto mamá como la tía se quejaron de que ella estaba permanentemente «estirando el cuello» y «sonriendo». Como si no estuvieras en la iglesia, como si algo te hiciera gracia. Al entrar, ella señaló el altar lateral donde estaba el Sagrado Corazón de Jesús y murmuró:

—¿Por qué tiene el corazón fuera del cuerpo? —con esa sonrisa, como si todo fuese una broma.

«Papá dice que es una sonrisa de miedo, que ella es igual que un pajarillo asustado. ¿Así que está nerviosa? ¿Porque la gente la mira? Porque la miran, de eso no cabe duda. Saben quién es, y que además es tu esposa. Se la pasó tirando de la mantilla, que se le caía una y otra vez como si fuese un accidente, y bostezó tanto durante la misa que temimos que fueran a desencajarsele las mandíbulas. Entonces llega el momento de la comunión y ella se prepara para venir con nosotras. “¿No debería?”, pregunta. Le dijimos: no, no eres católica, ¿o lo eres, Marilyn? Y entonces ella respondió con esa mueca tan suya de niña herida: “Oh, no. Ya saben que no”. Es evidente que sabe que los hombres la miran, se nota en la forma en que camina. Incluso cuando tenía la cabeza gacha, miraba a todas partes. Y cuando volvíamos en el coche, nos dijo que el “oficio” había sido muy interesante, como si nosotros estuviéramos obligados a entender una

palabra como “oficio”. Pronuncia la palabra “ca-to-li-cis-mo” como si todo el mundo supiera de qué habla. Y dice con una risita tonta “Qué largo ha sido, ¿no?”, y los niños, riendo en el coche, le contestan: “¿Largo? Por eso vamos siempre a misa de nueve. Porque el cura es más rápido”. “¿Largo? Espera a que te llevemos a una misa mayor.” “¡O a una misa de réquiem!” Y todos riéndose de ella en el coche, y la mantilla cayéndose de su pelo porque es tan resbaladizo y brillante como el de una maniquí.»

Es verdad que en la cocina se esforzaba. Tenía buenas intenciones, pero era demasiado torpe. Resultaba más sencillo quitarle las cosas de las manos y hacerlas una. Si te acercabas a ella, se ponía nerviosa. Dejaba hervir la pasta hasta que quedaba hecha puré y tenía que vigilarla constantemente porque siempre se le estaban cayendo cosas, como el cuchillo grande. Era incapaz de preparar un buen *risotto* porque su mente estaba permanentemente en otra parte. Cuando probaba algo, no se daba cuenta de cómo sabía. «¿Está demasiado salado? ¿Necesita más sal?» ¡Creía que la cebolla y el ajo eran la misma cosa! ¡Pensaba que no había diferencia entre el aceite de oliva y la mantequilla derretida! Preguntó: «¿La gente hace pasta? Quiero decir, ¿no la compra en una tienda?». Tu tía le dio un huevo marinado recién sacado de la nevera y ella dijo: «Oh, ¿esto es para comer? ¿De pie?».

El Ex Deportista, el marido, escuchaba con respeto la letanía de quejas de su madre, acompañada por el estribillo «claro que no es asunto mío». Él escuchaba y callaba. Con la cara roja de sangre, él clavaba la vista en el suelo, y cuando mamá terminaba salía de la habitación e invariablemente oía a su espalda, en un italiano con un dejo de dolor: «¿Lo ves? Él me culpa a mí».

Lo que más le molestaba, porque hería su sentido del decoro de solterón, era el hecho de que su esposa dejara todas las habitaciones por las que pasaba hechas un asco; no sólo no recogía lo que ensuciaba él, sino tampoco lo que ensuciaba ella misma. Incluso en casa de los padres de él. El Ex Deportista habría jurado que ella no era tan distraída antes de casarse; entonces era pulcra, ordenada y deliciosamente tímida a la hora de desnudarse en su presencia. Ahora él tropezaba con prendas femeninas que

no recordaba que ella tuviera y mucho menos que hubiese usado hacía poco. ¡Pañuelos de papel manchados de maquillaje! En el cuarto de baño que compartían en casa de sus padres, había chorreones de maquillaje en el lavabo, un tubo de dentífrico sin tapa, cepillos y peines llenos de pelos rubios y suciedad en la bañera, todo lo cual lo descubriría mamá cuando se marcharan a menos que él, personalmente, lo limpiara antes. ¡Maldita fuera!

A veces olvidaba tirar de la cadena.

No era por las drogas, estaba seguro. Él se había deshecho de su alijo y le había leído la cartilla hasta que ella había jurado que nunca, nunca volvería a tomar una de esas píldoras.

—¡Oh, papá, créeme!

El Ex Deportista no lo entendía: si no estaba rodando ninguna película, ¿para qué necesitaba energía o valor? Casi parecía que lo que la asustaba era llevar una vida corriente. Igual que algunos de sus compañeros de equipo, que daban lo mejor de sí en un partido difícil, pero el resto del tiempo eran piltrafas humanas. Con cuánta seriedad decía cosas como: «¡Ay, papá, qué miedo da pensar que una escena con gente de verdad sigue y sigue para siempre! Igual que un autobús. ¿Qué puede detenerla?».

Y aquella expresión nostálgica en su cara cuando decía: «¿Alguna vez te has fijado en lo difícil que resulta descifrar lo que quiere decir la gente, cuando es posible que en realidad no quieren decir nada? No es igual que un guión. ¿No buscas a veces el sentido de algo que ha pasado, cuando de hecho no tiene sentido, sino que simplemente “ha pasado”? Igual que el clima».

Él meneaba la cabeza, sin saber qué coño responder. Había salido con actrices, modelos y coristas y habría jurado que conocía a las de su clase, pero Marilyn era otra cosa. Tal como le decían sus amigos, sugestivamente, dándole un codazo en las costillas: «Marilyn es demasiado, ¿eh?». Y los muy gilipollas no conocían ni la mitad de la historia.

A veces ella lo asustaba. O algo parecido. Como si una muñeca abriera sus ojos de cristal azul y uno esperara oír una jerga infantil, pero lo que decía ella era algo tan raro, y posiblemente tan profundo, como esos acertijos zen, algo que uno no entendía. Dicho con el vocabulario de una

cría de diez años. Él trataba de convencerla de que la entendía. Lo intentaba.

—Mira, Marilyn, llevas diez años trabajando sin parar y eres una verdadera profesional, casi como yo; ahora te estás tomando un descanso, estás fuera de temporada, igual que yo estoy retirado, ¿entiendes?

Pero cuando llegaba a ese punto olvidaba lo que quería decir. No se le daban bien los discursos. Simplemente, era capaz de ver las semejanzas entre los dos. Cuando eres un profesional de primera y los ojos del mundo están pendientes de ti, cuando estás en plena temporada de juego, durante las finales y las series, uno no tiene que pensar en nada, y mucho menos en *hacer* algo. La temporada de juego consume las horas del día como ninguna otra cosa, salvo quizá la lucha en una guerra o la muerte.

—En boxeo dicen «eso sí que ha llamado su atención» cuando a un tío le dan un buen golpe —se lo dijo para que viera que la entendía, pero ella lo miró sonriente y confundida, como si le hablara en un idioma extranjero—. Lo importante es la atención —dijo él con un titubeo—. La concentración. Si uno no tiene eso... —sus palabras se dispersaron como ingrátidos globos infantiles.

Cierta vez, en la casa de Bel Air, él había entrado en el dormitorio y la había encontrado ordenando apresuradamente su ropa, a pesar de que la criada (contratada por él) llegaría unas horas después. Ella acababa de ducharse y estaba desnuda del todo salvo por una toalla que llevaba como un turbante en la cabeza. Al verlo se había comportado como si se sintiera culpable y había dicho, tartamudeando: «No en-entiendo qué ha pasado aquí. Supongo que he estado enferma».

El Ex Deportista había llegado a pensar que ella era dos personas diferentes: la mujer aparentemente ciega y distraída que dejaba un caos a su paso y la mujer inteligente y sufrida, una niña casi, que lo miraba como si fuesen dos críos de quince años que despertaran de repente y descubrieran que estaban casados. En esos momentos, el cuerpo de ella no le parecía un voluptuoso cuerpo femenino sino una responsabilidad que compartían ambos, como un bebé gigantesco.

Pero en la casa de sus padres, en Beach Street, San Francisco, él se sentía lejos de ella. Incluso cuando ella lo miraba con expresión nostálgica y culpable. Incluso cuando, fuera de la vista de la familia, ella lo pellizcaba y decía: «¡Ayúdame, me estoy ahogando!». En cierto sentido, estas cosas endurecían el corazón del Ex Deportista. Su primera esposa se había llevado bien, o razonablemente bien, con la familia de él. Y Marilyn era una chica de ensueño, a quien todo el mundo adoraba. Sin embargo, se cerraba como una ostra si alguien le preguntaba qué tal era ser «una estrella de cine», como si jamás hubiera oído una pregunta semejante. Se sonrojaba y empezaba a tartamudear si le decían que habían visto sus películas, como si estuviera avergonzada de ellas, cosa que quizá fuera así. Se había quedado sin habla, completamente turbada, cuando una de las sobrinas del Ex Deportista le había preguntado con inocencia: «¿Tu pelo es de verdad?».

Poco más tarde él había visto una expresión feroz en su cara: era Rose, la puta. Presuntuosa. Burlona. Bueno, en aquella inmunda película, Rose no era más que una camarera y una zorra. Y Marilyn Monroe, una *pin-up*, una modelo fotográfica, una actriz en ciernes y sólo Dios sabía qué más.

Él habría querido azotarla con un cinturón. ¿Quién coño se creía que era para mirar de esa manera a su familia?

Aunque nunca se lo había dicho, naturalmente, había estado a punto de cancelar la primera cita después de que un amigo le contara que Marilyn había estado liada con Bob Mitchum, el cual, como todo el mundo sabía, era un cocainómano y sospechoso de ser rojillo; se comentaba que ella se había quedado embarazada y que Mitchum le había provocado un aborto de una paliza.

(¿Sería cierto? El Ex Deportista sabía con qué rapidez se propagaban los rumores y cuánto mentía la gente. Había contratado a un detective recomendado por su amigo Frank Sinatra, que a su vez lo había contratado para que siguiera a Ava Gardner, de quien estaba perdidamente enamorado. Sin embargo, después de pagar seiscientos pavos, los resultados de las pesquisas habían sido «infructíferos».)

Una cosa estaba clara: mucho antes de que él la conociera, ella había posado desnuda. En Hollywood también se rumoreaba que la Monroe había

hecho varias películas porno antes de cumplir los veinte, pero ninguna de estas cintas salió jamás a la luz. Después de que se casaran, un individuo que se hacía llamar «distribuidor fotográfico» se puso en contacto con un colega del Ex Deportista, diciendo que obraban en su poder unos negativos «que sin duda el marido de la señorita Monroe querría adquirir». El Ex Deportista llamó al individuo en cuestión y le preguntó sin rodeos si se trataba de un chantaje. ¿Pretendía extorsionarlo? El hombre respondió que no era más que una transacción comercial:

—Usted paga y yo le entrego la mercancía.

El Ex Deportista preguntó cuánto. El individuo mencionó una suma.

—Nada vale tanto dinero.

—Si usted ama a esa mujer, puedo asegurarle que esto lo vale.

—Puedo encargarme de que le hagan mucho daño —respondió el Ex Deportista en voz baja—. Cabrón.

—Eh, vamos, esa actitud no es la más conveniente —el Ex Deportista no respondió y el vendedor se apresuró a añadir—: Yo estoy de su parte. Soy un gran admirador suyo. Y también de la señora. Es una mujer con clase. De hecho, una de las pocas mujeres honradas en su profesión —hizo una pausa, durante la cual el Ex Deportista oyó su respiración—. Pero creo que estos negativos deberían estar fuera del mercado para que no caigan en malas manos.

Concertaron una cita y el Ex Deportista acudió solo. Examinó las fotografías durante largo rato. ¡Qué joven estaba ella! ¡Era casi una niña! Se trataba de desnudos artísticos para calendarios, del estilo del de Miss Sueños Dorados 1949, que él ya había visto en *Playboy*. Algunos eran más crudos, más reveladores. Un mechón de rubio vello pubiano, las delicadas plantas de los pies descalzos. ¡Sus pies! Habría querido besarlos. Ésa era la mujer a la que había amado antes de que se convirtiera en esa mujer. Antes de que fuera Marilyn. Su cabello no era rubio platino sino de un castaño claro como la miel, ondulado y largo hasta los hombros. Una jovencita de cara dulce y confiada. Hasta sus pechos parecían diferentes. Su nariz, sus ojos. La inclinación de su cabeza. Todavía no había aprendido a ser Marilyn. El Ex Deportista cayó en la cuenta de que ésa era la mujer a quien

amaba de verdad. La otra, Marilyn, lo tenía cautivado, o quizá desquiciado, pero no podía confiar en ella.

En consecuencia, el Ex Deportista compró las fotos y los negativos, pagando al «distribuidor fotográfico» en metálico, tan asqueado por la transacción que fue incapaz de mirar al hombre a los ojos. Además de ser el marido de esa mujer, el Ex Deportista era un hombre honrado. Lo que el mundo sabía sobre él, sobre su virilidad, su orgullo e incluso su discreción, era todo verdad.

—Gracias, Bateador. Ha hecho lo que debía.

Igual que un boxeador entrenado para no golpear nunca excepto en defensa propia, el Ex Deportista alzó la cabeza con brusquedad ante este comentario burlón y miró a los ojos a su torturador, un individuo con cara de molusco, de raza blanca y edad indeterminada, pelo grasiento, patillas y una risueña fila de dientes empastados; entonces, sin mediar palabra, el Ex Deportista le dio un puñetazo en la boca sin mover siquiera el hombro, un excelente puñetazo para un hombre de casi cuarenta años que no estaba en su mejor momento físico y que era naturalmente un tipo tranquilo y nada camorrista. El vendedor se tambaleó y cayó. Todo tan rápido y limpio como un *home run*. Hasta el maravilloso *¡crac!* del golpe. El Ex Deportista, ahora jadeando, todavía callado, frotándose los nudillos doloridos, se marchó a toda prisa del lugar.

Destruiría las pruebas. Las fotos, los negativos. Quemaría todo.

«Miss Sueños Dorados 1949, si te hubiese conocido entonces.»

El Ex Deportista revivió una y otra vez este episodio, como quien vuelve a ver una película. Pero era su película; de nadie más. Nunca se lo contaría a la Actriz Rubia. Después, mientras la observaba ante su familia, con su forzada sonrisa fugaz, el vidrioso brillo de aburrimiento en sus ojos, se vio obligado a admitir que su esposa era incapaz de apreciar su generosidad, su indulgencia, el afecto que él sentía por su familia y los esfuerzos de su madre por complacerla. Aunque ya no se drogara, era evidente que era una maldita egocéntrica y una presuntuosa. Poco después de la comida del domingo, desapareció otra vez. ¿Adónde diablos había ido? El Ex Deportista notó que sus parientes lo observaban mientras él la

buscaba. Sabiendo que en cuanto saliera de la habitación, murmurarían en italiano: «Es un asunto entre ellos; no le incumbe a nadie más. ¿Creéis que ella está embarazada?».

Ella estaba haciendo ejercicios de baile en el dormitorio. Levantando las piernas, flexionando los dedos de los pies. Llevaba un sedoso vestido color cobre que él le había comprado en Nueva York y que era poco apropiado para hacer ejercicio, y estaba descalza, con las medias llenas de carreras. Sobre la cama sin hacer, las sillas, e incluso la alfombra, había prendas de ambos, toallas húmedas y libros. Joder, él estaba harto de sus libros; prácticamente llenaban una maleta que siempre tenía que cargar él. En Hollywood bromeaban diciendo que Marilyn Monroe se creía una intelectual, cuando ni siquiera había terminado los estudios secundarios y usaba mal una de cada dos palabras que decía.

—¿Por qué te has marchado tan rápidamente? ¿A qué viene esto?

Ella le dedicó una de sus falsas sonrisas de actriz, y él le dio un golpe en la mandíbula.

No con el puño, sino con la mano abierta, con la palma.

—¡Ay, ay, por favor!

Ella se tambaleó y cayó sentada sobre la cama. Salvo por la boca pintada con carmín rojo, su cara estaba mortalmente pálida y parecía una taza de porcelana en el instante previo a hacerse añicos. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla. Él estaba a su lado, abrazándola.

—No, papá. Ha sido culpa mía. Ay, papá, lo siento mucho.

Ella rompió a llorar y él continuó abrazándola. Unos minutos después hacían el amor, o lo intentaban, porque al otro lado de las ventanas y de la puerta cerrada, ella oía voces amortiguadas, como olas. Finalmente lo dejaron y se limitaron a abrazarse.

—¿Me perdonas, papá? No volveré a hacerlo.

Era al Ex Deportista a quien habían invitado oficialmente a Japón, para inaugurar la temporada de béisbol japonesa de 1954, pero los reporteros, los fotógrafos y la gente de la tele estaban desesperados por ver a la Actriz Rubia. Era a ella a quien aclamaban las multitudes. En el aeropuerto de

Tokio, los servicios de seguridad contuvieron a centenares de japoneses curiosos, aunque extrañamente silenciosos e inexpresivos. Sólo unos pocos llamaron a la Actriz Rubia con una misteriosa y casi monocorde cancioncilla: «¡*Monchan!* ¡*Monchan!*!». Los admiradores más jóvenes se atrevieron a arrojarle flores, que caían sobre el suelo de cemento como pajarillos muertos de un tiro. La Actriz Rubia, que nunca había estado en un país extranjero, y mucho menos en las antípodas de su patria, se agarró con fuerza al brazo del Ex Deportista. Unos guardias de seguridad los escoltaron hasta una limusina. La Actriz Rubia todavía no había caído en la cuenta de lo que para el Ex Deportista era vergonzosamente claro: las multitudes habían ido a recibirla a ella y no a él.

—¿Qué significa *mon-chan*? —preguntó la Actriz Rubia con inquietud.

—Usted —le respondió un escolta con una risita temblorosa—. Usted.

—¿Yo? Pero este país ha invitado a mi esposo. No a mí.

Estaba furiosa por él y le apretó la mano, indignada. A ambos lados de la carretera de acceso al aeropuerto, más japoneses se congregaban para ver a la *monchan* sentada, rígida, en el asiento trasero de la limusina, detrás de los cristales tintados. Éstos saludaban con mayor entusiasmo del que se habían atrevido a demostrar las personas que se encontraban en la terminal, y arrojaban las flores con mayor energía, más flores y más grandes, que aterrizaban con suaves golpes secos sobre el techo y el parabrisas del vehículo. En un estremecedor casi-unísono, como robots, cantaban: «¡*Monchan!* ¡*Monchan!* ¡*Monchan!*!».

La Actriz Rubia rió con nerviosismo. ¿Intentaban decir Marilyn? ¿Así se decía Marilyn en japonés?

Junto al lujoso hotel Imperial los aguardaba otra pequeña multitud. Habían cortado el tráfico. Un helicóptero de la policía sobrevolaba ruidosamente la zona.

—¿Qué quieren? —murmuró la Actriz Rubia.

Era una escena absurda salida de una película de Charlie Chaplin. Una comedia muda. Aunque la multitud no era muda, sino clamorosa e impaciente. La Actriz Rubia habría querido protestar; ¿no eran los japoneses un pueblo comedido? ¿Respetuoso de las tradiciones,

exquisitamente amable? Salvo durante la guerra, recordó con horror, ¡oh, piensa en Pearl Harbor! ¡Los campos de prisioneros! ¡Las atrocidades de los japoneses! También recordó la calavera del viejo Hirohito sobre el mueble de la radio. Aquellas cuencas vacías que, si ella no tenía cuidado, taladraban sus propios ojos.

—¡*Mon-chan! ¡Mon-chan!* —decía el cántico ensordecedor.

El Ex Deportista y la Actriz Rubia, ambos visiblemente alterados, fueron escoltados al interior del hotel mientras centenares de policías japoneses luchaban por contener a las masas.

—¿Qué quiere de mí esta gente? Creía que esta civilización era superior a la nuestra. Lo *deseaba*.

La Actriz Rubia hablaba en serio, pero nadie la oyó. Nadie la escuchaba. La cara del Ex Deportista estaba roja y enfurruñada. El viaje había sido tan largo, que sus carrillos estaban sombreados por una fina barba.

Cumplieron rápidamente con las formalidades en el vestíbulo del hotel y en la lujosa suite de la octava planta reservada para el Ex Deportista y su esposa. Después del saludo ceremonial de un grupo de anfitriones, siguió el saludo ceremonial de otro grupo de anfitriones. Entretanto, al otro lado de las ventanas, el cántico *¡Mon-chan! ¡Mon-chan! ¡Mon-chan!* se elevaba desde la calle. Se había vuelto más apremiante, como olas agitadas por una súbita ventolera. La Actriz Rubia se dirigió a uno de los anfitriones japoneses con intención de hablarle de poesía zen y de «la calma en mitad de la tormenta», pero el hombre sonreía y asentía con tanta ansiedad, haciendo pequeñas inclinaciones de cabeza y murmurando palabras de asentimiento, que pronto se dio por vencida. Sentía la tentación de asomarse a la ventana, pero no se atrevió a hacerlo. El Ex Deportista le hacía tan poco caso como a la multitud congregada en la calle. ¿Estaban atrapados en el hotel? ¿Cómo saldrían a la calle? *Ahora empieza mi castigo, pensó. Dejé que mataran a mi hijo. Eso me ha seguido hasta aquí. Quiere devorarme.*

Era la única mujer en la habitación. De repente rió, corrió al cuarto de baño y se encerró con llave.

Más tarde salió despidiendo un ligero olor a vómito, temblorosa y pálida, salvo por la boca llamativamente pintada. El Ex Deportista, que era «papá» cuando estaban solos pero no entonces, habló en voz baja con ella, rodeándole la cintura con un brazo. Los anfitriones japoneses le habían dicho, a través de un intérprete, que si ella aceptaba salir al balcón durante algunos segundos, simplemente para reconocer la presencia y agradecer el homenaje de la gente, la multitud se calmaría y se dispersaría. La Actriz Rubia se estremeció.

—No pu-puedo hacerlo.

El Ex Deportista, profundamente turbado, le estrechó la cintura con más fuerza. Le dijo, con un titubeo, que él estaría a su lado. El jefe de policía de Tokio saldría al balcón con un megáfono y explicaría a la multitud que la señorita Marilyn Monroe estaba agotada por el viaje en avión y no podría entretenerlos por el momento, pero que agradecía que hubiesen ido a verla. Diría que para ella era un «gran honor» visitar la patria de los japoneses. A continuación, ella se presentaría modestamente ante ellos, pronunciaría unas pocas palabras y saludaría de manera amistosa aunque discreta. Eso sería todo.

—Ay, papá, no me obligues —dijo la Actriz Rubia lloriqueando—. No me obligues a salir ahí.

El Ex Deportista le aseguró que él estaría a su lado y que todo duraría menos de un minuto.

—Es por ellos. Para guardar las apariencias. Así ellos podrán irse a casa y nosotros, a cenar. ¿Sabes lo que significa «guardar las apariencias»?

La Actriz Rubia se apartó de su marido.

—¿Las apariencias de quién?

El Ex Deportista sonrió como si estas palabras tuvieran sentido o gracia. Repitió cuidadosamente lo que habían sugerido los anfitriones japoneses, y cuando la Actriz Rubia lo miró como si no entendiera, dijo otra vez, con mayor contundencia:

—Mira, yo estaré junto a ti. Es una cuestión de protocolo japonés. Marilyn Monroe los ha traído hasta aquí, y sólo Marilyn Monroe puede hacer que se marchen.

Por fin la Actriz Rubia pareció escucharlo. Finalmente accedió a hacer lo que le pedían. El Ex Deportista, con la cara roja de vergüenza, le dio las gracias. Ella se retiró al dormitorio a cambiarse de ropa y sorprendió a su marido regresando casi de inmediato, vestida con un traje de lanilla oscuro y un pañuelo rojo en el cuello. Se había empolvado la cara, puesto colorete y hecho algo con el pelo para que se viera más abultado y luminoso que pocos minutos antes, cuando estaba aplastado y despeinado a causa del largo viaje en avión. Durante ese tiempo, la multitud había continuado con su tétrica cancioncilla: «¡*Mon-chan! ¡Mon-chan!*!». Se oían sirenas. Varios helicópteros zumbaban por encima de sus cabezas. En el pasillo, junto a la suite, sonaban pisadas y voces masculinas gritando órdenes. ¿Acaso el ejército imperial japonés estaba ocupando el hotel? ¿O ese ejército ya no existía, aniquilado por los aliados?

La Actriz Rubia no esperó a que la escoltaran hasta el balcón, sino que salió rápidamente, seguida por el Ex Deportista. Ocho plantas más abajo, en la calle, desde su posición privilegiada delante del hotel Imperial, un pequeño grupo de fotógrafos y cámaras de televisión grabó la escena para la posteridad. Los focos brillaban en la noche como lunas enloquecidas. El jefe de la policía de Tokio usó un megáfono para dirigirse a la multitud, que ahora guardaba un respetuoso silencio. Acto seguido, la Actriz Rubia y el Ex Deportista dieron un paso al frente. Ella alzó con timidez una mano. La muchedumbre murmuró y empezó a cantar otra vez, ahora con un tono más melodioso y sensual: «¡*Mon-chan! ¡Mon-chan!*!». Sonriente, más tranquila, súbitamente embargada por una agridulce felicidad, la Actriz Rubia apoyó las dos manos sobre la barandilla del balcón y miró hacia abajo. *Allí donde no hay caras visibles está Dios*. El gentío se extendía hasta donde alcanzaba su vista, una bestia de múltiples cabezas, embelesada y expectante.

—Soy *mon-chan*. Os quiero —el viento se llevó sus palabras, pero la multitud aguzó el oído, haciendo un silencio absoluto—. Soy *mon-chan*. ¡Perdonadnos por Nagasaki! ¡Por Hiroshima! Os quiero.

No utilizó el megáfono y nadie oyó sus palabras. A pocos metros de distancia, por encima del techo del hotel, planeaba un helicóptero produciendo un ruido ensordecedor. En un ademán extravagante, la Actriz

Rubia levantó las manos, cogió la hermosa peluca rubia, la separó de su pelo (que estaba peinado hacia atrás y sujeto con horquillas) y la arrojó al aire.

—*Mon-chan* te quiere. ¡Y a ti! ¡Y a ti!

Las embelesadas caras japonesas se quedaron boquiabiertas ante la banda de pelo rubio que durante unos intrigantes segundos flotó con el viento —un frío viento del norte— y luego empezó a caer, girando en espiral, planeando de lado igual que un halcón, para desaparecer por fin en un vórtice de anhelantes manos alzadas.

Esa noche, una vez solos, la Actriz Rubia rehuyó al Ex Deportista cuando éste quiso tocarla, y dijo con rencor:

—No me respondiste. ¿Las apariencias de quién?

En su diario, unas sucintas notas sobre el viaje a Tokio:

Los japoneses tienen un nombre para mí.

Me llaman *Monchan*.

Me llaman «preciosa niñita».

Cuando mi alma voló de mi cuerpo.

Él no quería que ella fuera. No le parecía «buena idea» en este momento. Ella preguntó qué quería decir con «este momento». Qué diferenciaba a «este momento» de otros.

Él no respondió. Su cara enfurruñada se parecía a sus nudillos magullados.

Más tarde la Actriz Rubia protestaría: era una casualidad, ¿no? ¿Cómo iba a ser culpa de ella?

El hecho de que en Tokio, en una fiesta celebrada en la embajada de Estados Unidos, ella conociera a un coronel del ejército. ¡Tan galante! ¡Y con tantas medallas! El coronel, fascinado por la Actriz Rubia igual que todos los hombres presentes, le preguntó si estaría dispuesta a visitar a las tropas estadounidenses destacadas en Corea.

La consagrada tradición norteamericana de «levantar la moral» a los soldados. La consagrada tradición norteamericana, fotografiada por la revista *Life*, de que las estrellas de Hollywood actuaran gratuitamente ante una multitud de militares.

¿Cómo iba a negarse? Recordó con emoción los documentales de los cuarenta: Rita Hayworth, Betty Grable, Marlene Dietrich, Bob Hope, Bing Crosby y Dorothy Lamour «actuando ante las tropas en el extranjero».

Y dijo con voz cálida, suave e infantil: *¡Ah, sí, señor, gracias! Es lo menos que puedo hacer.*

Aunque no entendía por qué las tropas estadounidenses estaban destacadas en Corea. ¿No habían firmado un armisticio el año anterior? (¿Y qué era exactamente un «armisticio»?) La Actriz Rubia explicó al coronel que ella no aprobaba la intervención imperialista estadounidense en países extranjeros, pero que entendía que los pobres soldados, lejos de casa, de sus familias y de sus novias, debían de sentirse terriblemente solos.

La política no es culpa de ellos. ¡Y mía tampoco!

Por suerte, había llevado el vestido de lentejuelas púrpura; al Ex Deportista le encantaba cómo le quedaba. Y las sandalias plateadas de tacón de aguja.

Por suerte, podía cantar de memoria, como una gran muñeca animada, canciones de *Los caballeros las prefieren rubias*. Cuántas veces había cantado *Diamonds Are a Girl's Best Friend*, *When Love Goes Wrong* y *A Little Girl From Little Rock*. También se sabía la provocativa *Kiss*, de *Niágara*, *I Wanna Be Loved by You* y *My Heart Belongs to Daddy*. Marilyn Monroe había grabado estos temas laboriosamente, hasta en veinticinco sesiones para cada uno, y después el maravilloso equipo de sonido de La Productora había cortado las cintas y vuelto a empalmarlas para conseguir una grabación intachable.

Todas estas cosas pasaron por la mente de la Actriz Rubia mientras escuchaba al coronel. También pensó que, aunque estaba de luna de miel con el Ex Deportista, éste la amaría aún más si no estaba siempre inactiva.

Con cara de póquer le dijo al coronel: *¿Sabe una cosa? Podría recitar un monólogo de Shakespeare. ¡Y también hago mimo! El mes pasado*

interpreté a una anciana en su lecho de muerte. ¿Qué le parece?

La expresión del coronel. La Actriz Rubia le apretó la mano; hubiera querido besársela. *Eh, era una broma.*

Y así fue como el Ex Deportista se quedó solo en Japón. Él y la Actriz Rubia estaban de luna de miel, pero —como explicó a los malditos reporteros que los seguían a todas partes— había obligaciones profesionales ineludibles. El Ex Deportista viajó por todo el país para asistir a distintos partidos de béisbol, sin su rubia esposa actriz pero acompañado por una comitiva, y en todas partes recibió honores, orgulloso y agradecido, en su papel de gran jugador de béisbol estadounidense. Un día tras otro lo homenajearon con comidas e interminables cenas. (Donde más de una vez le pareció ver algún movimiento en las repulsivas exquisiteces que esperaban que comiera; ¡Dios, lo que habría dado por una hamburguesa con queso y patatas fritas, unos espaguetis con albóndigas o incluso un *risotto* apelmazado!) ¿Pasó quizá una ebria velada con *geishas*? Era lo menos que merecía un hombre en Japón. Un hombre que viaja sin su esposa, solterón por naturaleza, indignado con su mujer mientras todo el mundo insistía en preguntar: «¿Dónde está Marilyn?».

Cuando era a él, al Ex Deportista, a quien habían invitado a Japón.

Cuanto más pensaba en ello, más se enfurecía con su mujer. Largarse de esa manera, dejándolo solo. ¡Antes de casarse había fingido que le gustaba el béisbol! El Ex Deportista se había quedado de una pieza al oírle decir a un periodista japonés: «Todos los partidos de béisbol son iguales, aunque con pequeñas variaciones. Igual que el clima, ¿no? ¿Como un día casi idéntico al siguiente?».

No; jamás la perdonaría. Tendría que arrastrarse mucho para que lo hiciera.

En medio de una multitud de fotógrafos y cámaras de televisión, la Actriz Rubia, escoltada por personal militar, subió al avión que la llevaría en un turbulento vuelo hasta Seúl, la capital de Corea del Sur, y a continuación viajó en un aún más incómodo helicóptero hasta los

campamentos de la marina y el ejército, emplazados en el interior. La Actriz Rubia vestía ropa militar: pantalones largos, camisa y chaqueta caquis y pesadas botas con cordones. Una gorra de la infantería, sujeta a su mentón con una correa con hebilla, protegía su cabeza de los vientos helados. (Porque estaban en febrero, ¡pero este febrero no se parecía en nada al de Los Ángeles!) De no ser por sus maravillosos ojos azules, grandes y con largas pestañas, y por su boca pintada de rojo intenso, habría pasado por una niña de doce años.

¿Estaba asustada Marilyn? Demonios, no. No tenía nada de miedo. Quizá no supiera que los helicópteros sufrían accidentes, sobre todo con fuertes vientos como los que soplaban en ese momento. Puede que hasta creyera que si ella iba en el helicóptero, éste no podía estrellarse. O quizá, tal como nos aseguró con su vocecilla de niña, sólo pensara: cuando te llega la hora, te llega. Si no, no.

Un cabo, un reportero del *Stars & Stripes*, fue designado para acompañarla a los campamentos. Éste contaría en su artículo que la Actriz Rubia había sorprendido a todos los que viajaban en el helicóptero —¡en especial al piloto!— preguntando si por favor podían sobrevolar el campamento antes de aterrizar para que ella pudiera saludar a los hombres desde el aire. De modo que el piloto vuela bajo sobre el campamento, la Actriz Rubia pega la nariz al cristal y saluda con la mano, entusiasmada como una niña, a los pocos hombres dispersos que la ven y la reconocen. (Naturalmente, todos los soldados saben que Marilyn llegará en un momento u otro, pero ignoran la hora exacta de su llegada.)

*Otra vez, por favor, pide la Actriz Rubia, y el piloto ríe igual que un niño, da la vuelta y vuelve a volar sobre el campamento, como un péndulo, mientras el viento nos sacude, y la Actriz Rubia saluda otra vez con la mano a los hombres, que ahora son más y corren detrás del helicóptero igual que colegiales alborotados. Ahora aterrizaremos, pensamos, pero entonces la Actriz Rubia nos desconcierta aún más diciendo: *Démosles una sorpresa, ¿eh? Abrid la puerta y sujetadme en el aire.* No podemos creer lo que esta loca maravillosa pretende hacer, pero ella está convencida de que debe hacerlo, quizá pensando que se trata de una película; imagina cómo la verán*

desde el suelo, la vista aérea y la terrestre alternativamente, y es una escena llena de suspense, de modo que se tiende en el suelo del helicóptero, nos dice que la sujetemos por las piernas y de súbito todos participamos en su película; abrimos a medias la puerta deslizante y poco falta para que el fuerte viento nos haga dar una vuelta de campana, pero Marilyn está decidida, hasta se quita la gorra (*¡para que vean quién soy!*), se asoma por la puerta y está a punto de caer, pero no tiene miedo sino que se ríe de nosotros porque estamos aterrorizados, cogiendo sus piernas con tanta fuerza que seguramente le dejamos hematomas, y debía de dolerle, por no mencionar el viento helado, aunque el piloto le hace caso, pues a estas alturas debe de estar pensando igual que ella, igual que todos nosotros, que si te llega la hora, te llega y si no, no.

Así que sobrevolamos el campamento con Marilyn Monroe suspendida en el aire, saludando y lanzando besos a los hombres, gritando: *¡Ah, os quiero, soldados norteamericanos!*, y no una vez ni dos, sino tres. ¡Tres veces! A estas alturas todo el mundo está fuera: oficiales, el comandante, todos. Salen de la cocina, de la enfermería, en pijama; de las letrinas, sujetándose los pantalones. «¡Marilyn! ¡Marilyn!», grita todo el mundo. Hay quien se sube a los techos y a los depósitos de agua, y algunos desgraciados caen y se rompen un hueso. Un tipo que sale de la enfermería tropieza y la multitud lo pisotea. Es una escena de una turba. Igual que la hora de comer en un zoológico, con gorilas y monos corriendo. La policía militar tiene que apartar de la zona de aterrizaje a los muchachos más descontrolados.

El helicóptero aterriza y Marilyn Monroe baja flanqueada por nosotros, que tenemos toda la pinta de haber recibido un tratamiento de electrochoque y de haberlo pasado en grande. Marilyn tiene las blancas mejillas y la nariz congeladas; esos grandes y vidriosos ojos azules con largas pestañas, brillantes, y el pelo desgreñado, un pelo de un color que sólo hemos visto en las películas y que no creíamos que fuese real, pero lo es, y con lágrimas en los ojos exclama: *¡Oh! ¡Oh! Éste es el día más feliz de mi vida*, y si no la hubiésemos detenido, habría corrido a tocar las manos tendidas de los hombres, los habría besado y abrazado como si fuese la novia de todos

recién llegada de la patria. La multitud le habría demostrado su amor descuartizándola; locos de amor por Marilyn, le habrían arrancado el alborotado pelo rubio de raíz, de modo que tuvimos que sujetarla y ella no se resistió, sino que dijo, como si se tratara de una profunda verdad zen que acabara de revelársele con claridad prístina: *Éste es el día más feliz de mi vida. ¡Oh, gracias!*

Y era evidente que hablaba en serio.

La diosa norteamericana del amor en la reja del metro Nueva York, 1954

—Aaaaaah.

Una joven de cuerpo esplendoroso en lo mejor de su belleza física. Un vestido marfil de tirantes y sin espalda que le recoge los pechos en blandos y ondulados pliegues del tejido. Está de pie encima de un respiradero del metro de Nueva York, con las piernas abiertas y sin medias. La rubia cabeza cae extasiada hacia atrás mientras una ráfaga de aire le levanta la deslumbrante falda, poniendo al descubierto las blancas bragas de algodón. ¡Algodón blanco! El vestido de crepé flota, es vaporoso como la magia. El vestido es magia. Sin el vestido, la joven sería carne de hembra, cruda y desnuda.

¡Ella no piensa esas cosas! Ella no.

Ella es una joven estadounidense, sana y limpia como una tiritita. Nunca había tenido ningún pensamiento sucio o pesimista. Nunca había tenido ningún pensamiento melancólico. Nunca había tenido ningún pensamiento violento. Nunca había tenido ningún pensamiento desesperado. Nunca había tenido ningún pensamiento antiamericano. Con aquel vestido fino como el papel de seda, es una enfermera de tiernas manos. Una enfermera de boca exquisita. Muslos macizos, pechos generosos, ligeros pliegues de grasa infantil en las axilas. Ríe y chilla como una quinceañera mientras otra ráfaga le levanta la falda. Los hombros, los brazos, los pechos son de mujer madura, pero la cara es infantil. Tiritando en pleno verano neoyorquino

mientras el vapor del metro le levanta la falda como la respiración acelerada de un amante.

—¡Ah! ¡Aaaaaaah!

Es medianoche en Manhattan, Lexington Avenue a la altura de la calle 51. Sin embargo, las blanquísimas luces emanan el calor de mediodía. La diosa del amor ha estado de aquel modo, con las piernas abiertas, con unos zapatos de tacón tan alto y tan apretados que le han deformado los meñiques de los pies, durante horas. Ha chillado y gritado, y la boca le duele. En la nuca se le está formando una mancha de oscuridad, como de agua negra. El cuero cabelludo y el pubis le pican a causa del agua oxigenada que se puso por la mañana. La Chica Sin Nombre. La Chica de la Reja del Metro. La Chica de Vuestros Sueños. Son las tres menos veinte de la madrugada y la luz cegadoramente blanca de los focos cae sobre ella, sólo sobre ella, chillidos rubios, risa rubia, Venus rubia, insomnio rubio, rubias y afeitadas piernas abiertas y manos rubias que aletean en un vano esfuerzo por impedir que la falda se le suba y revele las blancas bragas de algodón de chica estadounidense y la sombra, sólo la sombra, del vello teñido.

—¡Aaahhhh!

Ahora se rodea con los brazos por debajo de los generosos pechos. Sus párpados aletean. Es evidente que tiene el coño limpio. No es una chica sucia, nada extranjero ni exótico. Es un tajo estadounidense en la carne. Aquel vacío. Garantizado. La han mondado y deshuesado hasta dejarla limpia, no quedan cicatrices que estropeen el placer, ni ningún olor. Sobre todo ningún olor. La Chica Sin Nombre, la chica sin ningún recuerdo. No ha vivido mucho y vivirá poco.

¡Amadme! ¡No me peguéis!

En el límite de las humeantes luces blancas, como en el límite de la civilización, hay una muchedumbre, sobre todo de hombres, una muchedumbre de elefantes solitarios, inquietos y excitados, y que se mantienen detrás de los cordones de la policía, ya que el rodaje comenzó a las diez y media de la noche. El tráfico se ha desviado y cualquiera pensaría

que allí hay algo oficial. *¿O están filmando una película? ¿Marilyn Monroe?*

Y allí, con los demás hombres, anónimo como ellos, está el Ex Deportista, el marido. Mirando como los demás. Mirones inquietos y excitados. Hombres por los que pasa, masificado, el deseo sexual, como una ola por la superficie del agua. Hay un espíritu ardiente. Hay un espíritu irritado. Hay un espíritu agresivo. Hay un espíritu de coger, rasgar y meterla. Hay un espíritu festivo. Un espíritu de celebración. ¡Todos han estado bebiendo! Él, el marido, forma parte del paquete. Su cerebro arde. Su polla arde. Con lentas llamas azules de ira. Sabiendo que la hembra lo tocará, besará y acariciará con aquellos dedos. Voz suave, cálida, culpable. «Aaay papá mecachis siento haberte hecho esperar tanto por qué no me esperaste en el hotel ostras ¿por qué no?» Hasta que las luces blancas se apagan, los hombres sin rostro se van y, como en un salto en la acción de una película, están solos en las habitaciones del Waldorf-Astoria, con trémulas arañas en el techo y la intimidad garantizada, y ella no quiere ceder a sus súplicas. La misma respiración infantil. Los ojos de muñeca brillantes de miedo.

—No. No, papá. Entiéndelo, estoy trabajando. Mañana. Todos se darán cuenta si...

Pero sus manos, las manos del marido, saltan hacia delante. Las dos manos. Los dos puños. Son manos grandes, manos de deportista, manos con mucha práctica, manos con una fina capa de vello en el dorso. Porque ella se resiste. Lo desafía. Esconde la cara ante la injusticia de los puñetazos.

—¡Putá! ¿Estás orgullosa? ¡Enseñar el coño de aquella manera, en la calle! ¡Mi mujer!

Y lanzó a la Chica Sin Nombre contra la pared forrada de seda con el impulso del último puñetazo, dulce como una carrera de béisbol.

«Mi bonita hija perdida»

La tuvo un rato en la temblorosa mano antes de abrirla. Una postal de felicitación, con una rosa roja en relieve en la cubierta y las palabras FELIZ CUMPLEAÑOS, HIJA. Dentro, un papel mecanografiado.

1 de junio de 1955

Mi querida hija Norma Jeane:

Te escribo para tu cumpleaños, para desearte un feliz cumpleaños y contarte que he estado enfermo, pero que pienso mucho en ti.

¡Cumplés veintinueve años! Ya eres una mujer adulta y has dejado definitivamente de ser una niña. ~~Supongo que el trabajo de Marilyn Monroe se acabará después de los treinta, ¿no?~~

No he visto tu «última película»; la vulgaridad del título y la publicidad que la ha rodeado, los carteles gigantes y las marquesinas de los cines, y tu crudo retrato posando con el vestido levantado para que todo el mundo vea tus partes no me incitan a comprar una entrada.

Pero no voy a criticarte, Norma Jeane, porque tienes tu propia vida. Es la Generación de Posguerra. Has vencido la maldición de tu enferma madre y te has abierto camino, por este hecho hay que elogiarte.

¿Sabes?, me habría gustado conocer a tu marido. He sido admirador suyo muchos años. Aunque no un fanático del béisbol como otros. Norma Jeane, me desilusionó mucho (~~pero no me sorprendió~~) que tu matrimonio con este famoso jugador terminara en divorcio y toda esa publicidad indiscreta y desagradable. Por lo menos no ha habido hijos que cosecharan la vergüenza.

Pese a todo, espero tener un nieto. ¡Algún día! Antes de que sea tarde.

Circula un rumor que dice que Marilyn Monroe es sospechosa de tratar con comunistas y compañeros de viaje. En Dios confío y espero que no haya, querida hija, nada incriminador en tu pasado. Tu vida en Hollywood debe de tener muchos rincones a los que no llega la luz del sol. El «derrocamiento del gobierno de Estados Unidos» es un peligro real. Si los rojos comunistas nos asestan un golpe nuclear antes de que empuñemos las armas, ¿qué será de nuestra civilización? Los espías judíos como los Rosenberg nos venden al enemigo y merecen morir electrocutados. Es erróneo defender la «libertad de expresión» como tú has hecho sin saber nada de las duras realidades de la vida. Todos han visto cómo se comportan esos traidores que antaño se tuvieron por «grandes» (Charlie Chaplin y el negro Paul Robeson, por ejemplo) cuando se los acorralla. ¡Pero basta ya de esto! Hija mía, cuando hablemos cara a cara, espero convencerte de tu insensatez.

Nos veremos pronto, te lo prometo. Han pasado demasiados años. Hasta tu madre comienza a aparecérseme en la memoria más como enferma que como mala. Durante mi reciente indisposición empecé a comprender que debo perdonarla. Y debo verte, mi bonita hija perdida, Norma. Antes de que «emprenda un largo viaje» a ultramar.

Tu afligido padre

Después del divorcio

—Una entrada.

La taquillera del cine Sepulveda de Van Nuys, una gorda con el pelo rubio oxigenado, bizca como una muñeca a la que le hubieran torcido la cabeza, masticaba un chicle de menta y alargó una entrada a Norma Jeane sin mirarla dos veces.

—Viene mucha gente a ver la película, ¿no?

La taquillera, masticando el chicle de menta, asintió con la cabeza.

—No sé quién me ha dicho —prosiguió ella— que Marilyn Monroe es de Van Nuys. Que fue al Instituto de Van Nuys.

La taquillera, masticando el chicle de menta, se encogió de hombros. Dijo con voz aburrida:

—Sí, eso creo. Yo terminé el bachillerato en 1953. Ella es mucho mayor.

Una noche de julio de 1955. En el cine de barrio al que catorce años antes, en su infancia perdida, había ido con un chico llamado Bucky Glazer la primera vez que «salieron» juntos. Para cogerse las manos sudadas y «darse el lote» en la parte trasera del cine, entre olores grasientos de palomitas, brillantina y laca. Donde Norma Jeane y Elsie Pirig ganaron una docena de platos grandes de plástico verde claro, exquisitamente decorados con flores de lis. ¡La emoción de tener la entrada ganadora! ¡Que las llamaran al escenario y todos aplaudieran! *¿Qué te había dicho, cariño? ¡Es nuestra noche de suerte!* Tía Elsie estaba tan emocionada que abrazó a

Norma Jeane y le dejó en la mejilla una mancha de lápiz de labios, pero sería la última vez que fuera con tía Elsie al cine Sepulveda.

Me has partido el alma. Ningún marido me ha hecho tanto daño.

Y cuántas veces, en aquel cine, sola o acompañada, años antes, había caído en trance pensando en la Bella Princesa y el Príncipe Encantado. Su corazón suspiraba por el destino de aquella hermosa pareja. Ansiaba ser ellos. Pero también, en cierto modo, ser amada por ellos. Ser transportada a su mundo perfecto, gozar de su belleza y su amor, y nunca habría silencio en aquel mundo, sino siempre música, música ambiental; nunca estaría en peligro de luchar y debatirse, como quien teme ahogarse en un mar picado.

En la marquesina del cine se alzaba un cartel de tres metros con Marilyn Monroe en la famosa escena de *La tentación vive arriba*. La rubia y alegre Marilyn con las piernas abiertas, la plisada falda marfil ondeando en el aire y dejando al descubierto pantorrillas, muslos y bragas de algodón blancas y ceñidas.

¡Mírate! Zorra. Tetas y coño en la cara de todo el mundo.

Hasta Norma Jeane levantó la mirada hacia la marquesina. Viendo y no viendo a la vez. *Mi mujer no. ¿Entendido?* Lo había entendido. Los oídos le pitaban a causa de los golpes recibidos y aún oía aquel pitido, a lo lejos. Mezclado con los rápidos latidos del pulso. *Pero no volverá a pegarme. Nadie lo hará.*

Era un buen momento para ella. Aquel mes. El anterior no había sido tan bueno, ni los previos. Desde la separación y el divorcio, en octubre. Se había mudado de casa varias veces. Había cambiado de número de teléfono más veces aún. Su ex marido la había amenazado. Su ex marido la seguía. La llamaba. Ella no se lo dijo a nadie. No podía traicionarlo más. QUIEBRA DE UN MATRIMONIO DE NUEVE MESES. LA VERDADERA HISTORIA DE MARILYN. No había contado a nadie la verdadera historia. No conocía la verdadera historia. MARILYN VISTA EN EL HOSPITAL CON CONTUSIONES GRAVES. No la había visto nadie. Ni siquiera la pareja predestinada. No la habían llevado al hospital ni a ningún otro sitio. La había atendido el médico del hotel. Hora y media después, a las cinco de la madrugada, Whitey entró discretamente en las lujosas habitaciones de las que se había ido el Ex Deportista y con

sus manos mágicas camufló rasguños, incluso una moradura en el ojo izquierdo. Llena de gratitud, había cubierto de besos las manos de Whitey. Al ver en el espejo su rubia belleza restaurada.

Ya que no en el corazón, en el espejo. Y allí estaba su Amiga Mágica, rubia y triunfante, encaramada en lo alto de la marquesina del cine Sepulveda, riendo como si nunca le hubiera ocurrido nada desagradable y nunca le fuera a ocurrir.

—... fue al Instituto de Van Nuys. Curso del cuarenta y siete.

—¿Está segura? Creía que fue más tarde.

Pero no terminé los estudios. En cambio, me casé.

Avanzando por el vestíbulo, y quizá la mirasen algunos (era una forastera al fin y al cabo, y Van Nuys era una población pequeña), pero nadie la reconoció ni la reconocería. Nadie reconocía a Norma Jeane si ella no quería que la reconociesen, en ocasiones no tenía empacho en ponerse una peluca, porque cuando no era Marilyn no era Marilyn. No aquella noche, con su rizada y morena peluca de perrito de aguas, con gafas negras de montura de plástico rojo, sin maquillaje, sin ni siquiera lápiz de labios, con un vestido de ama de casa, de rayón azul oscuro, con cinturón y botones forrados de tela, y calzada con unas zapatillas de bailarina baratas. Andando con el culo apretado, como si le hubieran puesto una inyección de novocaína en la nalga. Inadvertida para los mismos cinéfilos que veían a Marilyn Monroe en los carteles y fotos del vestíbulo, y hablaban de ella, de la chica que había ido al Instituto de Van Nuys a mediados de los años cuarenta, sí, pero entonces no se llamaba Marilyn Monroe, ¿cómo se llamaba?

—La adoptó un matrimonio de aquí. El tipo ese del almacén de chatarra de Reseda. Pisig, ¿no? Pues ella se fugó de casa. Parece que Pisig la violó, aunque se ocultó todo.

Norma Jeane deseó volverse para quejarse ante aquellos desconocidos: «No sabéis nada de mí ni del señor Pirig. ¡Dejadnos en paz!».

La verdad es que lo que dijeran aquellos desconocidos le traía sin cuidado. Lo que dijeran de ella y de cualquier otra persona o cosa.

El vestíbulo del Sepulveda no había cambiado apenas. Con qué claridad recordaba las paredes rojas de falso terciopelo, los espejos de marco dorado y la moqueta de pelo rojo, una sucia esterilla de plástico desde la taquilla hasta la puerta. Las fotos de las películas en cartel y de los «próximos estrenos» estaban en los mismos lugares de las paredes. Norma Jeane se había metido a veces en el vestíbulo para ver las fotos y los próximos estrenos. ¡El mundo estaba lleno de promesas! Siempre películas nuevas, siempre programas dobles. Salvo cuando una película era un éxito colosal (como *La tentación vive arriba*), todos los jueves cambiaban el programa. *Algo que esperar con impaciencia. Nunca habría deseos de suicidarse, ¿verdad?*

El portero era un adolescente con uniforme de acomodador, ojos acongojados y mejillas cubiertas de granos. Norma Jeane sintió pena por él, ninguna chica querría besarlo.

—Hay mucha gente esta noche. Y eso que estamos entre semana, ¿verdad? —dijo con una sonrisa.

El portero se encogió de hombros, rasgó la entrada y le devolvió el resguardo. Murmuró algo que sonó como:

—Sí, eso parece.

Era un acomodador, trabajaba en el cine. Había visto muchas veces *La tentación vive arriba*. La película estaba en cartel desde mediados de junio. Al mirar a Norma Jeane había visto a una mujer con edad para ser su madre. ¿Por qué iba a ofenderle su indiferencia? No estaba ofendida.

¡Estaba contenta! Aliviada. Porque nadie la reconocía. Porque podía pasear sola por el mundo, de aquella manera. Una mujer soltera. Una mujer sola. Sin anillos en la mano izquierda. Las huellas del anillo de compromiso y de la alianza le habían desaparecido del dedo. Se los había quitado aquella noche en el Waldorf-Astoria, con crema facial. Girándolos y tirando de ellos hasta que pasaron por el nudillo. Le extrañó tener los dedos hinchados, como la cara. Como si hubiera sufrido una reacción alérgica.

El médico del hotel le había puesto una inyección de Seconal para «calmarle los nervios», porque estaba histérica y hablaba de lesionarse ella

misma. Al día siguiente, a primera hora de la tarde, el solícito Doc Bob le puso otra inyección.

Aquello había sucedido hacía meses. No le administraban Seconal por vía intravenosa desde noviembre.

¡No necesitaba medicamentos! A veces, sólo para dormir. Pero ahora estaba en un buen momento. Había acabado por comprender que en la vida siempre debe haber buenos momentos para compensar los malos. Y aquél era un buen momento, porque se había instalado por fin en una casa alquilada al sureste de Westwood y tenía amistades (no relacionadas con el cine) que se preocupaban por ella y en las que podía confiar. ¡Sí, lo creía! Y los ejecutivos de La Productora volvían a quererla. Y la habían perdonado. Porque la última película les estaba dando más dinero que *Los caballeros las prefieren rubias*. Y le pagaban un salario de mil quinientos dólares. Pero lo aceptaba, por el momento. Se sentía dichosa de estar viva, por el momento. *Tal vez te mate y luego me mate yo. Estaríamos mejor muertos.* Pero él no la había matado ni iba a matarla. Se había librado de él. Lo amaba, pero se había librado de él. No la había dejado embarazada ni sabía nada del niño. Ni siquiera cuando ella lloraba en sueños lo había sabido. Él la estrechaba entre sus brazos, ella lo llamaba papá y él la consolaba, pero no lo había sabido en ningún momento. Por fin, en octubre, él había aceptado las condiciones del divorcio y prometido no molestarla, pero ella tenía razones para creer que a veces la seguía. Vigilaba la casa de Westwood. O había contratado a alguien que lo hiciera. O había más de un espía. ¡Salvo que fueran imaginaciones suyas! Sin embargo, no había imaginado al hombre sin cara que la había seguido con un Chevrolet gris por la calle residencial de Westwood donde vivía y que luego, en Wilshire, había acelerado para no perderla de vista, y ella había procurado mantener la calma, respirando profundamente y contando las respiraciones mientras conducía entre el tráfico, y al ver una oportunidad dobló rápidamente hacia el aparcamiento de un banco y segundos después dio media vuelta en una travesía y apretó el acelerador, sin ver en el retrovisor el Chevrolet gris pero cruzando un semáforo en el momento en el que pasaba del ámbar al rojo, riendo, entusiasmada como una niña, corriendo hacia el norte por la autovía

de San Diego, rumbo a Van Nuys. «¡No me alcanzaréis! Nadie me alcanzará!»

Llegó a Van Nuys eufórica. Salió de la autovía y pasó por delante del instituto, que había sido ampliado después de la guerra, y no sintió nada, ninguna emoción, salvo un ligero pinchazo de contrariedad porque el señor Haring no se había acercado a ella después de irse del instituto, y eso que en un sueño que solía tener imaginaba que su profesor de lengua y literatura se presentaba en casa de Pirig, llamaba al timbre y preguntaba a la atónita Elsie Pirig si podía hablar con Norma Jeane, y luego la reprendía con seriedad y le preguntaba por qué había dejado los estudios sin decírselo a él, una muchacha tan joven y que tanto prometía... «Una de mis mejores alumnas desde que me dedico a la enseñanza.» Pero el señor Haring no había ido a salvarla. No le había escrito cuando ella había pasado a ser Marilyn Monroe. ¿No estaba orgulloso de ella? ¿O estaba avergonzado, como su ex marido? «Estaba enamorada de usted, señor Haring. Pero creo que usted de mí no.» Era una escena de película, pero no original ni convincente, porque no había palabras apropiadas y en su desesperación adolescente Norma Jeane no había sido capaz de descubrirlas.

Siguió conduciendo. Derramando lágrimas y con el corazón latiéndole con fuerza. Por el municipio de Van Nuys, que parecía más próspero que durante la guerra, más viviendas residenciales, más comercios, Van Nuys Boulevard, y Burbank, y allí estaba la farmacia Mayer's, con una nueva fachada de bonitas baldosas blancas (¿seguiría estando en el interior aquel precioso espejo de esquinas biseladas?), y entre la euforia y el miedo recorrió Reseda y pasó por delante de la casa de los Pirig, ¡la casa!, adornada ahora con un revestimiento de asfalto que quería recordar al ladrillo rojo, pero por lo demás igual que siempre. ¡Allí estaba la ventana del desván de Norma Jeane! Se preguntó si los Pirig seguirían aceptando niños sin hogar. Frunció la nariz; olía a caucho quemado. Y el aire parecía ligeramente borroso. Sonrió al ver que Warren Pirig había ampliado la empresa y ahora tenía también un solar adjunto. Coches desguazados, una furgoneta y tres motos EN VENTA. Había estado repitiéndose que los Pirig también la habían abandonado, aunque la verdad es que Elsie Pirig le había

escrito a La Productora y ella, dolida y furiosa, había roto las cartas. ¡Qué venganza más dulce! «Paso en coche por delante de vuestra horrible casa. Ahora soy “Marilyn Monroe”. Estáis dentro, es hora de cenar, y no pienso detenerme para saludaros. Os gustaría verme ahora, ¿eh? Ahora sí me mirarías, ¿verdad, Warren? Me invitarías a una cerveza fría, como a una adulta. Me tendrías respeto. Me pedirías por favor que me sentara, y me mirarías sin parar, y yo diría: “Warren, ¿no me quisiste ni siquiera un poco? Debiste de darte cuenta de lo mucho que yo te amaba”. Y yo sería educada con Elsie. Ah, sería generosa. Simpática como la Vecina de Arriba de *La tentación vive arriba*. Como si nada hubiera sucedido entre nosotros. No me quedaría mucho porque explicaría que tenía otro compromiso en Van Nuys; me iría tras prometeros que os enviaría entradas de prensa para mi próximo estreno hollywoodiense y nunca más sabrías de mí. ¡Mi venganza!»

Pero se había echado a llorar. Humedeciendo la pechera del vestido de rayón azul oscuro, de ama de casa.

Una actriz se inspira en todo lo que ha vivido. En toda su vida. En su infancia sobre todo. Aunque no recuerdes la infancia. Crees que sí, pero no es cierto. Ni siquiera el período en que fuiste mayor, la adolescencia. Creo que buena parte del recuerdo es sueño. Improvisar. Volver al pasado para cambiarlo.

¡Pues sí! Estaba contenta. La gente era buena conmigo. Incluso mi madre, que cayó enferma y no podía ser mi madre, y mi madre adoptiva de Van Nuys. Un día, cuando sea una actriz seria e interprete obras de Clifford Odets, Tennessee Williams y Arthur Miller, rendiré homenaje a estas personas. A su humanidad.

—Vaya. ¿Ésa soy yo?

La sorpresa era que *La tentación vive arriba* era muy divertida. La Vecina de Arriba, el objeto de las fantasías estivales de Tom Ewell, estaba graciosa. Norma Jeane empezó a relajarse. Se pegaba los nudillos a la boca, se echaba a reír. Bueno, había tenido mucho miedo de aquello, miedo de

verse, y fue una revelación: lo que la gente de Hollywood y los críticos habían dicho era verdad.

Marilyn Monroe es una actriz natural. Como Jean Harlow en sus papeles provocativos. Como una Mae West infantil.

No había visto *La tentación vive arriba* desde junio, cuando se estrenó en Hollywood, y entonces se había apoderado de ella un pánico aislante incluso antes de que comenzara la proyección, aunque puede que estuviera agotada por la melancolía, el Nembutal con champán y las tensiones del divorcio, y hubiera visto el gigantesco rectángulo en technicolor a través de una neblina, como bajo el agua, y hubiese oído las risas de los demás como un zumbido, y hubiera tenido que hacer un esfuerzo para no dormirse, embutido el despampanante cuerpo en un vestido de noche sin tirantes, tan apretado por la pechera que apenas podía respirar, el cerebro falto de oxígeno y los ojos empañándosele en la marilynesca máscara de cerámica que Whitey, su maquillador, le había esculpido encima del color cetrino y enfermizo de la piel y las contusiones del alma. Obligada a levantarse al final de la proyección, ella y el protagonista masculino, Tom Ewell, parpadeando y sonriendo al público que aplaudía, a duras penas había conseguido no desmayarse, y después recordaría muy poco de la velada, sólo que había estado allí. Y durante el período de filmación en Nueva York, mientras su matrimonio se deshacía como el papel mojado, y después en Hollywood, en *La Productora*, se había negado a ver el metraje rodado durante la jornada, temerosa de ver algo que le impidiera continuar. Pues el veredicto del Ex Deportista había sido tajante y le resonaba en los oídos: «Enseñar el cuerpo de esa manera. Me prometiste que esta película sería diferente. Das asco».

¡Pero no! *La Vecina de Arriba* no daba asco. A Tom Ewell no le daba asco. Su cómica historia de amor no era más que... una comedia. ¿Y qué es la comedia sino la vida vista como carcajada y no como llanto? ¿Qué es la comedia sino negarse a llorar y echarse a reír? ¿La risa era siempre inferior

a las lágrimas? ¿Era siempre la comedia inferior a la tragedia? ¿Todas las comedias, todas las tragedias?

—A lo mejor ya soy actriz.

Había que creer, al ver a Marilyn Monroe en aquella cinta intrascendente, que era una actriz consumada, con pleno dominio de sus recursos, acaparando casi todas las escenas con su cálida vocecita infantil, los vibrantes movimientos de su cuerpo voluptuoso, su inocente cara de niña. Se percibía a la Vecina de Arriba a través de los ávidos ojos de Tom Ewell, así que el espectador se reía de él, de aquella torpe fantasía adolescente que estaba tan cerca de realizarse y al mismo tiempo tan lejos; tan al alcance de la mano y sin embargo tan escurridiza. ¡Y aquello era divertido! La lujuria frustrada de un adulto, de un hombre casado, de un adúltero en potencia, resultaba divertida. Los espectadores del Sepulveda reían y Norma Jeane también reía. Y qué sano era reír con los demás. *Nos hace humanos a todos. No quiero estar sola.*

Norma Jeane casi se sentía orgullosa. Allí estaba aquel rubio yo de la pantalla, entreteniéndolo a perfectos desconocidos, haciéndolos reír para que contemplaran con optimismo la locura humana, y a sí mismos. ¿Por qué había menospreciado su talento su ex marido? ¿Y a ella? *Estaba equivocado. No doy asco. Esto es una comedia. Esto es arte.*

Pero no todos los espectadores reían. Dispersos en las filas de butacas había hombres solos que miraban la pantalla con una sonrisa tirante. Uno, gordo y cuarentón, con un bulto en la nuca que parecía una papada mal colocada, se había sentado cerca de Norma Jeane y la observaba aunque tenía la atención puesta en la Marilyn Monroe de la pantalla; sin reconocerla, quizá sin verla más que como mujer joven sentada a un metro de él en un cine a oscuras. *Me está introduciendo en sus fantasías sobre Marilyn. Quiere que vea lo que hace con las manos.*

Norma Jeane se levantó de súbito y se sentó varias filas por detrás del hombre solo y al otro lado. Junto a un joven matrimonio que se reía con la película. ¡Se sentía ofendida! Aquello sí daba asco. O quizá sólo lástima. El hombre solo de cuello gordo no se volvió para mirar a Norma Jeane, pero siguió con lo suyo, pícara, subrepticamente, encorvado en su butaca.

Norma Jeane dejó de prestarle atención y se concentró en la película. Quiso recordar lo que había estado sintiendo..., ¿era orgullo? ¡La sensación del trabajo bien hecho! Puede que las críticas favorables no hubieran exagerado, que Marilyn Monroe fuera realmente una actriz con dotes. *Puede que no sea un desastre. Que no haya motivos para renunciar. Para castigarme.* Aunque sonreía al ver a la Vecina de Arriba a través de los ojos del caliente Tom Ewell, un rodríguez, Norma Jeane estaba distraída pensando en las veces que había tenido que cambiar de butaca cuando iba sola al cine de adolescente. Mientras miraba extasiada a la Bella Princesa y al Príncipe Encantado había acabado por advertir que otros, hombres solos, la miraban a ella. En el Sepulveda y en otros lugares. ¡El Grauman de Hollywood Boulevard había sido el peor! Cuando era pequeña y vivía en Highland Avenue. Hombres solos en la última sesión de tarde, comiéndosela con los ojos en la oscuridad. Como si no pudieran creer en la suerte que les había tocado, una niña sola en el cine. Gladys le decía que no se sentara «cerca» de ningún hombre en el cine, pero el problema era que los hombres cambiaban de asiento para acercarse a ella. ¿Cuántas veces podía cambiar de asiento una niña? Una vez, en el Grauman, un acomodador la había enfocado con la linterna y la había reñido. Gladys le había dicho que no hablara con hombres, pero ¿y si los hombres le dirigían la palabra? Le habían dicho que al volver a casa fuese siempre por el bordillo de la acera. Cerca de las farolas. *Para que me vieran. Si alguien trata de abalanzarse sobre mí. ¿Era por eso?*

Norma Jeane reía con los demás, aunque se dio cuenta de que había otro hombre solo a su izquierda, dos butacas más allá. ¿Por qué no se había fijado en él antes de sentarse allí? El hombre se adelantó de forma brusca para mirarla. Un cuarentón de aspecto juvenil, gafas redondas, mentón hundido y rasgos algo infantiles que le recordó a... ¿al señor Haring? ¿Su profesor de lengua y literatura? Pero el hombre solo estaba casi calvo. Norma Jeane no se atrevía a mirarlo abiertamente. Si era el señor Haring, los dos lo sabrían cuando terminase la película; si no, no. Norma Jeane esbozó una sonrisa forzada en espera de la escena siguiente. Era la más famosa de la película: la Vecina de Arriba en la calle, con el vestido marfil

de pechera ceñida, sin medias y con zapatos de tacón alto, de pie en la reja del metro mientras las ráfagas de aire le suben la falda y el tráfico de Lexington Avenue prácticamente se detiene. La escena de la película, y eso lo sabía ella, era muy diferente de las fotos publicitarias. Para que no la condenara la Legión Católica de la Decencia, La Productora la había censurado a conciencia: la falda de la Vecina se levanta sólo hasta la rodilla y en ningún momento se entrevén las bragas blancas. Era la escena que esperaban todos los espectadores, ya que las fotos se habían distribuido por todo el mundo, la deslumbrante falda blanca, la rubia cabeza echada hacia atrás, la sonrisa extasiada y soñadora, como si las ráfagas de aire copularan con ella o, en cierto modo, como si con las manos invisibles tras el flotante vestido se estuviera masturbando: una postura vista de frente, de perfil, por detrás, de medio perfil, con tantos enfoques fotográficos como ojos para percibirla. Norma Jeane esperaba esta escena sin olvidar al hombre solo que tenía cerca. ¿Sería el señor Haring? Pero ¿no estaba casado? (A lo mejor se había divorciado y vivía solo en Van Nuys.) ¿La conocería? Tenía que haber reconocido a la Marilyn de la película, su antigua alumna, pero ¿la reconocería a ella? Habían pasado muchos años. Ya no era una niña.

¡Qué extraño! La Vecina de Arriba parecía un ser distinto de la actriz agobiada y angustiada que la había encarnado. Norma Jeane recordaba las noches de insomnio pasadas incluso tomando Nembutal. Y Doc Bob le había recetado Benzadrina para reanimarla. Había estado muerta de preocupación por su vida conyugal. El Ex Deportista había querido visitar el plató, aunque no soportaba el cine, ni el aburrimiento que le producía, ni, como él mismo decía con estremecedora literalidad, «lo muy falso que es todo eso». Como si hubiera creído que las películas eran reales. Que los actores recitaban su papel espontáneamente, sin seguir un guión. Norma Jeane no quería creer que se hubiera casado con un ignorante, con un ignorante y un inculto que además era idiota; no, amaba de verdad a su marido y desde luego él la amaba a ella. Era el centro de su vida sentimental. Su misma virilidad dependía de ella. Así pues, había tenido que interpretar el papel de la Vecina, había tenido que hacer comedias banales, comedias de relleno, mientras su marido la fulminaba en silencio

con la mirada, a un lado del plató. Había puesto incómodo a todo el mundo, pero allí había estado, sin faltar casi ningún día, aunque en su vida profesional, como promotor de béisbol y presunto asesor de fabricantes de artículos de deporte, tenía sin duda muchas cosas que hacer. Nerviosa en su presencia, Marilyn tenía que repetir las escenas una y otra vez. «Quiero que salga bien. Sé que puedo hacerlo mejor.» El director había perdido la paciencia en ocasiones, pero siempre había cedido. ¿Se puede mejorar una escena por muy bien que haya salido ya? ¡Sí!

Con la misma expresión de condena que el viejo Hirohito del mueble de la radio, el Ex Deportista la miraba. Apretaba las mandíbulas mientras pensaba en su familia, allá en San Francisco, en su querida mamá, que vería aquello. *¡Esa basura! ¡Basura obscena! Después de esta película se acabó, ¿me oyes?*

Lo que le enfurecía era la naturalidad con la que se trataban Marilyn y Ewell, el protagonista masculino. ¡Los dos juntos, riendo! Cuando él estaba con Marilyn, no estaba tan alegre; ella reía poco; él reía poco; ella quería hablar con él, abandonaba y luego se sentaba, a cenar por ejemplo, y comía en silencio. A veces incluso le preguntaba si podía leer un guión o un libro. Lo había animado a ver la televisión, cuando daban algún partido o noticias deportivas. ¡Nunca le perdonaría que lo hubiera dejado plantado en Japón para irse a «animar» a los soldados destacados en Corea! La publicidad internacional que había seguido al acontecimiento había eclipsado al Ex Deportista, que había recibido en Japón el homenaje de las multitudes, aunque habían sido grupúsculos comparados con las hordas que aclamaban a Marilyn Monroe. En total, más de cien mil soldados estadounidenses la vieron con un escotado vestido de lentejuelas púrpura y zapatos de tacón alto y punta descubierta, y la oyeron cantar *Diamonds Are a Girl's Best Friend* y *I Wanna Be Loved by You*, al aire libre, con una temperatura bajo cero y echando vaho por la boca. Sospechaba que su mujer había tenido un breve idilio con el joven y enamorado cabo de *Stars & Stripes* que la había acompañado en Corea. Sospechaba que había tenido un idilio aún más breve, un polvo rápido a lo sumo, con un joven intérprete japonés de la Universidad de Tokio que a sus ojos parecía una anguila en posición

vertical. En Nueva York, en el plató, había tenido poderosas razones para creer que Marilyn y Tom Ewell se escapaban durante los descansos para hacer el amor en el camerino de éste. ¡Había una relación cálida, humorísticamente sexual entre ellos! El Ex Deportista no era celoso, pero todos los del plató lo sabían, y tal vez todo el mundillo de Hollywood. ¡Y se reían de él, del cornudo!

Su padre y sus hermanos le habían hablado con franqueza. ¿Es que no puedes controlarla? ¿Qué clase de matrimonio tenéis tú y ésa?

Al final no había sido capaz de amarla. De hacer el amor con ella. Como hombre. Como hombre había sido... el gran Bateador de los Yanquis. Y la había odiado también por eso. Sobre todo por eso. *Exprimes a un hombre hasta secarlo. Estás muerta por dentro. No eres una mujer normal. Espero que Dios no te dé hijos nunca.*

Ella se quejaba diciendo que por qué odiaba a Marilyn si había amado a Marilyn. ¿Por qué odiaba a la Vecina de Arriba? La Vecina era muy dulce y buena, y sensata y simpática. Claro que era una fantasía sexual masculina, un ángel del sexo, pero era para que hiciese gracia, ¿no? ¿Es que no era divertida la sexualidad? No hacía daño. La Vecina de Arriba invitaba a reírse de ella y con ella, pero no era una risa cruel.

—Gusto porque no soy irónica. No me han herido, así que no puedo herir.

El adulto aprende a ser irónico cuando sabe lo que es el dolor, la desilusión y la vergüenza, pero la Vecina de Arriba puede eliminar ese conocimiento.

La Bella Princesa bajo la forma de joven promesa neoyorquina a mediados de los años cincuenta.

La Bella Princesa sin Príncipe Encantado. Pues ningún hombre está a su altura.

La Bella Princesa anunciando dentífricos, champús, bienes de consumo. Es gracioso, no trágico, que se utilice a chicas guapas para vender tales productos; ¿por qué Otto Öse no veía la parte cómica del asunto? «El Holocausto no lo es todo.» En realidad (como le dijo al señor Wilder, el director de la película) fue una paradoja profunda y maravillosa que Norma

Jeane, en *La tentación vive arriba*, con el personaje inventado de Marilyn Monroe, tuviera la oportunidad de purgar ciertas humillaciones de su joven vida, no como tragedia sino como comedia.

¡Y luego la escena de la falda levantada! Más de cuatro horas de rodaje en Nueva York, en ese tiempo su matrimonio se fue a pique y no se aprovechó ni un fotograma de aquel metraje. El metraje definitivo se rodó en Hollywood, en las dependencias de La Productora, en un estudio particular insonorizado. Ninguna multitud de hombres boquiabiertos pegados a los cordones de la policía. La escena de la falda levantada fue simpática, breve y nada más. Sin nada que impresionase. Sin nada que excitara. El Ex Deportista no había visto esta escena en la película definitiva. La Vecina chilla, ríe y se da manotazos a la falda, las bragas no se ven y... y ya está.

—Señorita, señorita.

El hombre solo sentado junto a Norma Jeane se dirigía a ella, pícaramente encogido. Norma Jeane sabía que no debía hacerle caso, pero miró con desamparo hacia donde estaba el hombre, medio pensando que era en definitiva el señor Haring y que la había reconocido, aunque advirtió, al ver sus rasgos inmaduros y extrañamente corroídos, las gafas redondas que protegían los ojos húmedos y parpadeantes, la frente grasienta, que no lo había visto en su vida.

—¡Señorita..., señorita..., señorita! —jadeaba. Estaba excitado. Movía la parte inferior del tronco y removía las dos manos en la entrepierna oculta en parte por una bolsa de tela o una chaqueta enrollada, y mientras Norma Jeane miraba, aturdida y asqueada, el hombre gimió suavemente, puso los ojos en blanco y toda la fila de butacas se agitó como si estuvieran dando patadas por detrás. Norma Jeane estaba paralizada por la confusión. ¿No le había ocurrido aquello una vez, hacía años? ¿O había sido más de una vez? Y pensaba: *¿Será él? ¿El señor Haring? Bueno, ¿y si lo fuera?* Encogido como un gnomo, el hombre tuvo el atrevimiento de enseñarle una mano, estirando el brazo en diagonal, para que los demás no viesen el líquido brillante y viscoso que había en la trémula palma y en los dedos. Norma Jeane lanzó un leve grito de dolor y asco. Ya estaba en pie, ya avanzaba por

el pasillo, mientras el hombre que se parecía al señor Haring reía quedamente a sus espaldas, una risa semejante a la grava removida y que se confundió con las sonoras carcajadas de los demás espectadores.

El acomodador granujiento mataba el tiempo junto a la puerta, y al ver a Norma Jeane por el pasillo, y la cara que ponía, le dijo con voz sorprendida:

—Señora, ¿le ocurre algo?

Norma Jeane pasó junto a él sin mirarlo ni siquiera de soslayo.

—No. Es demasiado tarde.

La ahogada

¿Aquello era ya Venice Beach? Lo sabía sin verlo.

Le pasaba algo en los ojos; se los había frotado con fuerza con el dorso de la mano. Arena en los ojos. Y en el cielo, la aurora rompía como la imagen cuarteada de un rompecabezas cuyas piezas, si se soltaran, nunca podrían volver a juntarse. ¡Por qué le latía la sangre, le latía, le latía el corazón!, temerosa de poder tenerlo en la mano como un pajarillo.

Yo no quería morir, fue desafiar a la muerte. No quería envenenarme. Dios muere cuando no se lo ama, pero a mí no me amaban y no morí.

Era Venice Beach, la franja de arena compacta, ráfagas de niebla como velos, algas como anguilas adormiladas, el primer surfista, extraños y también silenciosos, como criaturas marinas chorreando agua, mirándola. Le habían roto la pechera del vestido de gasa cereza y los pechos le colgaban libremente. Pezones duros como huesos de fruta. El pelo aplastado, la boca hinchada y sonriente y el pegajoso sudor de Benzadrina cubriéndole la piel.

Eh, oye, ¿cómo te llamas? Yo soy Miss Sueños Dorados. ¿Crees que soy bella, deseable, digna de amor? ¿Cuánto te gustaría amarme? Yo sé que podría amarte.

Primero había ido al puerto de Santa Mónica. Hacía horas. Con el vestido de gasa, sin medias ni bragas. Se había subido en la noria, había sacado una entrada de niño y se había llevado a una pequeña cuyos padres, sonrientes y desconcertados, al parecer la habían reconocido aunque no

situado con exactitud (pues en Hollywood había muchas rubias), y ella había sacudido la cabina y la niña había gritado en sus brazos, «¡Ay, ay, ay!», volando hacia el cielo. No estaba borracha. ¡Que le olieran el aliento! Dulce como una naranja. Aunque había huellas de pinchazos en la tierna carne de la sangría del brazo, no se había inyectado nada. Ciertas partes corporales se le habían dormido y alejado flotando. La muñeca, el brazo, el cuello, donde le había apretado el musculoso ex marido. Dedos hermosos y fuertes. Años antes había conocido a uno que sólo quería hacer el amor con sus tetas, con el ávido y gordo pene entre los pechos, que apretaba con manos trémulas mientras se restregaba, hasta que se corría con un sollozo de angustia, derramándole el semen encima; pero Norma Jeane no estaba allí, los ojos inexpresivos y ciegos como piedras. *No duele. Es muy rápido. Se olvida inmediatamente.* Había preguntado si la niña podía irse a vivir con ella un tiempo. Esforzándose por explicar a los padres, alarmados tras la vuelta en la noria, que también ellos podían ir a visitarla. ¿Y por qué estaba enfadado el mecánico de la noria? Nadie había resultado herido. ¡Había sido jugando! Dio al hombre un billete de veinte dólares y el enfado desapareció. Y la niña estaba bien, cogida de la mano de la señora rubia y guapa, y sin ganas de soltarse. Mientras otra niña le cogía la mano a ella. *El tigre de trapo que cosí para Irina. Desapareció con ella. ¿Adónde fue?* Y aquellos asesinatos cometidos en el condado de Los Ángeles, había habido otro el mes anterior, los periódicos la habían descrito como una «modelo pelirroja» de sólo diecisiete años. A veces, el asesino enterraba a la muchacha en una «tumba superficial», y la lluvia removía el suelo arenoso y dejaba al descubierto el cadáver o lo que quedaba del cadáver. Pero a Norma Jeane nunca le había pasado nada. Conocía a las ocho, nueve o diez chicas violadas y mutiladas, o había podido conocerlas, compañeras principiantes en La Productora, compañeras modelos de la agencia Preene o de Otto Öse, y sin embargo ella no. ¿Qué significaba aquello? ¿Que estaba destinada a vivir mucho? ¿Mucho más de treinta años y más allá de Marilyn?

Se había dirigido en coche a Santa Mónica desde el rico y residencial Bel Air. Las colinas. Una mansión de cuento junto al Club de Golf de Bel

Air. Él se había ofrecido a costearle el divorcio del Ex Deportista. «Crueldad mental.» «Incompatibilidad.» Era un Bentley verde botella, con un ligero arañazo en el guardabarros de la parte izquierda de delante, producido al pasar rozando la barrera lateral de la autovía de Santa Mónica. ¿Fue cuando a Gladys la trataban con electrochoques? Porque también a ella le dolía, se le partía la cabeza. Los pensamientos se le desmandaban con frecuencia. Se podía sonreír a la Vecina de Arriba, pero la Vecina de Arriba tenía un guión y nunca se equivocaba. Casi todas las risas eran suyas. Terapia de choque electroconvulsiva, así se llamaba. Habían pedido a Norma Jeane, pariente más próximo, tutora legal de la enferma, permiso para practicarle una lobotomía. Ella, la hija, se negó. Una lobotomía puede obrar prodigios a veces en un paciente trastornado y con alucinaciones, le aseguró un médico. Sí, pero no en mi madre. No en el cerebro de mi madre. Mi madre es una poetisa, mi madre es una mujer inteligente y compleja. Sí, mi madre es una mujer trágica, pero también lo soy yo. Y en consecuencia se limitaron a «electrochocar» a Gladys. Ah, pero si aquello fue en Norwalk, años antes. No fue en el más agradable Lakewood, donde estaba Gladys ahora.

¡Madre, él quiere verte! Cuanto antes. Dice que te perdonará. Nos quiere a las dos.

Debía de tener algún significado que su padre la hubiera llamado «Norma». Al principio la había llamado «Norma Jeane»; luego, al final de la carta, «Norma». Éste fue pues su nombre desde que se encontraron: «Norma». No «Norma Jeane» ni Marilyn. Y desde luego «hija». Por último, había cogido las llaves del Bentley, con ganas de huir. Pero él no había avisado a la policía. Su debilidad era que la adoraba. Un hombrecillo gruñón y servil, con pinta de cerdito Porky, a sus pies. A los pies descalzos de Marilyn. ¡Le había chupado los mugrientos dedos! Ella había gritado, le hacía muchas cosquillas. Era un hombre bueno, decente y rico. Tenía acciones de la 20th Century-Fox. No sólo había querido costearle el divorcio, sino también contratar a un curtido detective privado (en realidad, un pluriempleado inspector de policía de Los Ángeles con cierta cantidad de «homicidios justificados» en su haber) para asustar al detective privado

del Ex Deportista. Había querido presentarla a un abogado amigo suyo, para que la ayudara a fundar su propia productora. Producciones Marilyn Monroe, S. A. Se libraría de La Productora y destruiría su poder. Hacía unos años, Olivia de Havilland había recurrido a los tribunales para anular el contrato que tenía con otros estudios y había ganado. Él le había regalado un par de pendientes de zafiro, de Madrid; ella le dijo que nunca se ponía joyas caras. Es que soy de Oklahoma, dijo. Había guardado los pendientes de zafiro, con otras joyas caras, en el fondo de los zapatos y zapatillas que se encontrarían en un polvoriento armario después de su muerte. Pero no durante mucho tiempo. No tenía intención de morir durante mucho tiempo. Durante años.

Soy Miss Sueños Dorados. ¿Dónde te gustaría besarme? ¿En todas partes? Heme aquí aguardando. Me han amado ya cientos de hombres. Y mi reinado no ha hecho más que comenzar.

Aquella noche había visto *La tentación vive arriba* en el Sepulveda. A Bucky le habría gustado la película, riendo y apretando la mano de Norma Jeane, con fuerza. Luego le habría dicho que se pusiera un erótico salto de cama con encajes y se la habría follado con ganas, joven, sano, casado y supercaliente. Pero ella estuvo todo el rato con *aquel ser de la pantalla que no soy yo*. Había tomado la decisión de desaparecer. Como Harriet al llevarse a Irina. Podía suceder en menos de una hora. Podía suceder en menos de un minuto. Desaparecería de Hollywood y de la vigilancia del Ex Deportista, se trasladaría a Nueva York y viviría sola en un piso. Estudiaría interpretación. ¡Aún no era tarde! Viviría de forma anónima. Empezaría de nuevo, con humildad, como una aficionada. Estudiaría interpretación teatral. Teatro vivo. Interpretaría a Chéjov, a Ibsen, a O'Neill. El cine era un medio muerto, vivo únicamente para el público. La Bella Princesa y el Príncipe Encantado sólo estaban vivos para el público. Sólo los amaba el público, ignorante y menesteroso. Pero no existía ninguna Bella Princesa, ¿verdad? Ningún Príncipe Encantado que nos salve.

Después se había dirigido a Venice Beach. Se recordaba con el pie descalzo en el acelerador, buscando el freno. Pero ¿dónde estaba el embrague? Había abandonado el arañado y recalentado Bentley en Venice

Boulevard, con las llaves puestas. A pie pues. Descalza. Corriendo. No estaba asustada, sino jubilosa mientras corría. Le habían roto la pechera del bonito vestido. Las toscas manos del mendigo barbudo. Amanecía y conocía aquel trozo de playa. La abuela Della vivía cerca de allí. La tumba de la abuela Della estaba cerca de allí. Ella y Norma Jeane paseaban por la playa protegiéndose los ojos de los reflejos de las olas. La abuela Della estaba orgullosa de ella, naturalmente; sin embargo, le había dicho: «Si detestas la vida que llevas, tienes que tomar una decisión, querida». Gaviotas, aves marinas. Chillaban y trazaban círculos en el cielo. Corrió hacia el agua, la primera ola, siempre nos sorprende el ímpetu del oleaje, el frío del agua. El agua es tan fina que se escurre entre los dedos, ¿cómo puede ser tan fuerte, tan peligrosa? ¡Qué extraño! Entre aquellas olas, a lo lejos, vio algo vivo, una criatura indefensa que se ahogaba, tenía la obligación de salvarla.

Bueno, sabía que aquello no era verdad, que era un sueño, o una alucinación, o un embrujo que le había hecho alguna persona malvada, ella lo sabía, pero en cierto modo *no podía sentir que lo sabía* con convicción y por lo tanto tenía que actuar con rapidez. ¿Era él, el niño? ¿O era el niño de otra mujer? Una criatura viva, indefensa, y sólo Norma Jeane la veía, sólo Norma Jeane podía salvarla. Se metió en el agua corriendo con paso vacilante y las olas le abrazaron las pantorrillas, los muslos, el vientre. No eran caricias cariñosas, sino puñetazos. Subían corriendo por la profunda abertura que tenía entre las piernas. La derribaron y tuvo que manotear para incorporarse. Ya distinguía a la pequeña y forcejeante criatura. Flotó en la cresta de una montaña de espuma y luego cayó en una depresión; volvió a subir, volvió a caer. ¡Agitaba los diminutos miembros! Sintió un principio de hiperventilación. Le faltaba oxígeno. Tragaba agua. El agua se le metía por la nariz. Una mano en su cuello. Manos fuertes y hermosas. *Antes nos moriríamos*. Pero él la había dejado ir..., ¿por qué? Siempre la dejaba ir, ésta era la debilidad del hombre, que la amaba.

Los surfistas la salvaron de morir ahogada.
Y ella les pidió que guardaran el secreto.

Por suerte era una playa a la que solían acudir cinco o seis surfistas. Algunos de nosotros incluso dormíamos al raso cuando la noche era buena. Al amanecer ya estábamos despiertos y en el agua, encima de unas olas serias y fuertes. Y de pronto vimos a aquella señora rubia correteando por la playa, con cara de ida y el vestido roto. Descalza y con el pelo suelto.

Al principio pensamos que la seguía alguien, pero estaba sola. ¡Y entonces se metió en el agua! Y qué olas tan fuertes. Era como una muñeca rubia, derribada y arrastrada por las olas, y se habría ahogado en unos minutos si uno de los muchachos no hubiera llegado a tiempo, saltado de la tabla, arrastrándola a la playa y puéstose encima de su cuerpo inmóvil para hacerle la respiración artificial que había aprendido con los Boy Scouts, y muy pronto la vimos toser, atragantarse, vomitar y respirar normalmente otra vez, volver a vivir otra vez, por suerte no había tragado mucha agua ni le había llegado a los pulmones.

Fue un fantástico momento de película que no olvidaríamos, cuando la rubia abrió sus atónitos ojos, de un azul vítreo, inyectados en sangre, y miró a los seis que estábamos allí, de pie, mirándola, reconociéndola, bueno, sabiendo quién podía ser. «Oh, ¿por qué?», fue lo primero que dijo con una vocecita estrangulada. Pero riéndose al mismo tiempo. Y vomitando otra vez, y el que la había salvado, un universitario de Oxnard, de cara lampiña, le limpió la boca con la palma de la mano, con una ternura espontánea impensable a sus diecinueve años, y se acordaría toda la vida de que la mujer que había estado a punto de ahogarse, la célebre Actriz Rubia, le cogió la mano y se puso a besarla, diciendo algo que parecía «gracias», aunque sollozaba demasiado para estar seguro, y el oleaje era fuerte, y el chico de Oxnard, arrodillado junto a ella en la arena mojada, tuvo que preguntarse si había obrado bien.

«Como si hubiera querido morir. Y yo me hubiera entrometido. Pero si no hubiera sido yo, habría sido cualquier otro, ¿verdad? ¿Qué culpa tengo yo?»

El Dramaturgo y la Actriz Rubia: la seducción

En el proceso creativo tenemos al padre, el autor de la obra; a la madre, el actor preñado con el papel; y al niño, la interpretación que ha de nacer.

KONSTANTIN STANISLAVSKI,
La construcción del personaje

1

No escribirás nunca sobre mí, ¿verdad? Sobre nosotros.

¡Cariño! Claro que no.

Porque nosotros somos especiales, ¿verdad? Nos queremos mucho.

Nunca conseguirías que los demás entendieran... lo que hay entre nosotros.

Querida, ni siquiera lo intentaré.

2

Había escrito una escena y la escena era su vida.

No era muy buena. El Dramaturgo lo sabía. Una obra hecha con palabras, un bajel de simple lenguaje, envuelto hasta cierto punto en sus

entrañas, enredado en las arterias de su cuerpo vivo. Con voz neutral, dijo de su última obra, la primera después de varios años:

—Aún tengo esperanzas. No está terminada.

Esperanzas. No está terminada.

¡Lo sabía! Ninguna obra es la vida del dramaturgo, como ninguna novela es la vida de un novelista. No son más que intermedios en la vida, como vibraciones, ondas y sacudidas violentas que pasan por un elemento como el agua, agitándolo pero sin capacidad para alterarlo. Lo sabía. Sin embargo, llevaba trabajando mucho tiempo en *La muchacha del pelo de oro*. La versión «épica» más primitiva y desnuda la había comenzado en la universidad. La había arrinconado con la desesperación y el éxtasis del primer amor, había escrito otras obras (¡en los años cuarenta, después de la guerra, se había convertido en el Dramaturgo!) y había vuelto a ella durante la juvenil madurez, después de llevar *La muchacha del pelo de oro* (las notas manuscritas, los borradores mal mecanografiados, las escenas frustradas, las escenas alargadas, las profusas descripciones de los personajes y fotos de los años veinte, con las puntas dobladas y cada vez más amarillas; por encima de todo paseaba las esperanzas) de vida en vida, desde las habitaciones individuales y las viviendas estrechas de New Brunswick, Nueva Jersey, Brooklyn y Nueva York hasta el presente piso de seis habitaciones de la calle 72 Oeste, cerca de Central Park, y hasta los hoteles turísticos de los montes Adirondacks y de la costa de Maine, incluso hasta Roma, París, Ámsterdam y Marrakech. La había llevado desde la soltería hasta una vida inesperadamente complicada por una esposa y unos hijos, por una vida familiar de la que al principio había disfrutado, como un antídoto contra el mundo obsesivo que tenía en la cabeza; la había llevado en su seno desde la impaciente y asombrada sexualidad de la juventud hasta la sexualidad menguante e insegura de los cuarenta. La muchacha de *La muchacha del pelo de oro* había sido un primer amor, nunca consumado. Ni siquiera declarado.

Tenía ya cuarenta y ocho años. La muchacha, si aún vivía, estaría por los cincuenta y cinco. ¡La hermosa Magda, madura! No la veía desde hacía más de veinte años.

Había escrito una escena y la escena era su vida.

3

¡Desaparecida! Sacó el dinero que tenía en tres cuentas en sendos bancos de Los Ángeles. Cerró la casa que tenía alquilada y dejó avisos para unos cuantos, explicando que desaparecía de Hollywood y que no la echaran de menos, por favor. Y que no la buscaran. No dio ninguna dirección ni siquiera a su consternado agente porque en el momento de la huida no tenía ninguna. Ni ningún teléfono, porque tampoco podía darlo. Los libros, los papeles y los cuatro vestidos los metió a toda prisa en cajas y los envió a: Norma Jeane Baker, lista de correos, Ciudad de Nueva York, Nueva York.

La abuela Della decía que tomara una decisión si detestaba la vida que llevaba. Pero no era la vida lo que yo detestaba.

4

Un sueño de Entonces. Una noche antes de que el Dramaturgo y la Actriz Rubia se conozcan en Nueva York, a comienzos del invierno de 1955, el Dramaturgo tiene otro de sus habituales sueños de humillación.

Sueños de los que, desde la temprana adolescencia, no ha hablado con nadie. Sueños que procura olvidar en cuanto despierta.

En el arte, piensa el Dramaturgo, los sueños son profundos, cambian la vida y a menudo son hermosos. En la vida no tienen más significado que las casas de Rahway, Nueva Jersey, vistas un día de lluvia a través de la ventanilla mojada de un autobús que corre por la Ruta 1 entre nubes de monóxido de carbono.

La verdad es que el Dramaturgo nació en Rahway, una ciudad obrera del noreste de Nueva Jersey. En diciembre de 1908. Sus padres eran judíos de Berlín que salieron de Alemania a fines del siglo XIX con la esperanza de

integrarse en Estados Unidos, americanizar su característico apellido judío y arrancarse las nudosas raíces judías. Eran judíos que ya no toleraban ser judíos, aunque eran judíos resentidamente conscientes de ser objeto del desprecio de muchos no judíos que se sabían inferiores a ellos. En Estados Unidos, el padre del Dramaturgo encontró trabajo en un establecimiento de maquinaria del este de Nueva York, con otros inmigrantes, encontró trabajo en una carnicería de Hoboken y de vendedor de zapatos en Rahway, y por fin, en la que fue la aventura más arriesgada de su madurez, obtuvo una franquicia para vender lavadoras y secadoras Kelvinator en un establecimiento de Main Street, Rahway; el comercio quedó en sus manos en 1925 y produjo beneficios crecientes hasta que se hundió a principios de 1931, mientras el Dramaturgo cursaba el último año en la Universidad Rutgers de la cercana New Brunswick. ¡Quiebra! ¡Ruina! La familia del Dramaturgo perdió la casa victoriana con gabletes que tenía en una arbolada calle residencial y se fue a vivir encima de los locales donde habían vendido las lavadoras y las secadoras, un edificio situado en una zona pobre de Rahway y que nadie quería comprar. El padre del Dramaturgo tuvo hipertensión arterial, colitis, problemas de corazón y «nervios» durante el resto de su larga y amargada vida (moriría en 1961); la madre del Dramaturgo se puso a trabajar en una casa de comidas y al final fue encargada de alimentación de las escuelas públicas de Rahway, hasta el año milagroso de 1949, en el que el Dramaturgo obtuvo el primer éxito en Broadway, ganó el premio Pulitzer y sacó a sus padres de Rahway para siempre. Un cuento de hadas con final feliz.

El sueño de Entonces que tiene el Dramaturgo transcurre en Rahway, durante aquellos años. Abre los ojos y se queda horrorizado al verse en la cocina del estrecho piso que hay encima de la tienda de Main Street. Sin que se sepa cómo, la cocina y la tienda se han fundido. La cocina está llena de lavadoras. El tiempo está dislocado. No está claro si el Dramaturgo es un muchacho capaz de percibir la vergüenza familiar o si es un estudiante de Rutgers que sueña con ser otro Eugene O'Neill, o si tiene cuarenta y ocho años, sin rastro de juventud pero con temor de llegar a los cincuenta sin haber escrito nada firme ni electrizante en la última década. En la cocina del

sueño está mirando una fila de lavadoras, todas funcionan ruidosamente. El agua sucia y jabonosa sufre sacudidas en los tambores. El inconfundible olor de los tubos de desagüe, de las cañerías. El Dramaturgo tiene ganas de vomitar. Es un sueño que cree identificar como sueño, pero al mismo tiempo es tan dolorosamente real que acabará convencido, conmocionado, de que ha ocurrido en la vida. Sin que se sepa por qué, los libros de contabilidad de su padre y su propio material literario se han mezclado y puesto imprudentemente en el suelo, debajo de las lavadoras, y el agua ha goteado sobre los papeles. El Dramaturgo debe recuperarlos. Es una misión sencilla que afronta con temor y asco. Y no obstante hay un orgullo morboso en ello, pues es deber del hijo socorrer al débil y achacoso padre. Se dobla por la cintura, esforzándose por no vomitar. Esforzándose por no respirar. Ve su mano palpar y coger un fajo de papeles, una carpeta de cartulina marrón. Incluso antes de que les dé la luz se da cuenta de que los papeles están empapados, la tinta, corrida y los textos, inservibles. ¿Está allí *La muchacha del pelo de oro*? «Ayúdanos, Señor.» No es una plegaria (el Dramaturgo no es hombre religioso), sino un taco.

El Dramaturgo se despierta con brusquedad. Es su propia respiración ronca lo que oye. Tiene la boca seca y con sabor agrio, los dientes le han rechinado de dolor y frustración. Aliviado por dormir solo en su cama de la casa de la calle 72 Oeste y lejos de Rahway, Nueva Jersey, para siempre.

Su mujer ha ido a Miami, a visitar a unos parientes ancianos.

El sueño de Entonces obsesionará al Dramaturgo durante todo el día. Como una indigestión.

5

¡Conocí a aquella muchacha! A Magda. No era yo, pero estaba dentro de mí. Como Nell, pero más fuerte que Nell. Mucho más fuerte que Nell. Tendría el niño; nadie podría impedirselo. Daría a luz en el suelo de tablas desnudas de una habitación fría, y ahogaría su llanto con un trapo.

Se limpiaría la sangre con trapos.

Luego alimentaría al niño. Sus pechos, grandes e hinchados, como los de una vaca, calientes y rezumando leche.

6

El Dramaturgo fue a mirar los papeles de la mesa. Como es lógico, *La muchacha del pelo de oro* estaba donde debía estar. Más de trescientas páginas entre bocetos, revisiones y notas. La cogió y cayó una foto amarillenta. Magda, junio de 1930. Era en blanco y negro, una joven rubia y atractiva, con ojos separados que parpadeaban al sol y la densa cabellera recogida en una trenza que le rodeaba la cabeza.

Magda había tenido un hijo, pero no de él. Aunque en la obra era suyo.

7

Impaciente como un joven enamorado, aunque ya no joven, el Dramaturgo subió corriendo los cuatro tramos de escaleras metálicas y manchadas de pintura que había hasta el ventoso desván de los ensayos en el cruce de la Undécima Avenida con la calle 51. ¡Muy emocionado! ¡Sin aliento! Nerviosísimo. Cuando entró y se topó con la confusión de voces y de caras tuvo que detenerse, para calmar su corazón. Para recuperarse.

Ya no estaba para subir corriendo aquellas escaleras, como antes.

8

Estaba muerta de miedo. No estaba preparada. Había estado en pie casi toda la noche. ¡Sólo tenía ganas de mear! No tomaba ninguna droga, sólo aspirinas. Y un antihistamínico que me dio el ayudante del señor Pearlman, para el escozor de garganta. Creía que el Dramaturgo me miraría, hablaría con el señor Pearlman y se acabaría, me echarían del

reparto. Porque yo no merecía estar allí, y lo sabía. Me parecía saber aquello de antemano. Ya me veía bajando por aquellas escaleras. Tenía el texto en la mano, trataba de leer las frases que había señalado en rojo y era como si no las hubiera visto en mi vida. Lo único que pensaba con claridad era: Si fracaso ahora, estamos en invierno, hace frío. Sería fácil morir, ¿verdad?

9

El Dramaturgo se sintió molesto, todo el mundo se dio cuenta. Menos él. Por la identidad de la actriz rubia que habían elegido para interpretar a su Magda en el ensayo.

Sí, le habían murmurado un nombre. Un nombre confuso. Por teléfono. El director de la compañía, Max Pearlman, le había dicho con la voz rápida y agobiada de siempre que el Dramaturgo conocía a todos los miembros del reparto, «salvo, quizá, a la actriz que ensaya el papel de Magda. Es nueva en el Ensemble. Es nueva en Nueva York. No la había visto hasta hace unas semanas, cuando entró en mi despacho. Ha hecho unas cuantas películas, está harta de la basura de Hollywood y deseosa de aprender auténtica interpretación, y ha venido a estudiar con nosotros». Pearlman hizo una pausa. Era un rasgo aprendido en el teatro, donde las pausas son tan importantes como la puntuación para un escritor. «Hablando con franqueza, no está mal.»

El Dramaturgo, absorto en sus pensamientos, con el envilecedor sueño de Entonces aún en el estómago, no le había pedido a Pearlman que le repitiera el nombre de aquella mujer ni que le contara más detalles sobre ella. Sólo iba a ser un ensayo privado del New York Ensemble of Theatre Artists, la compañía a la que el Dramaturgo estaba vinculado desde hacía veinte años; no era un ensayo público ni escénico. Sólo se había invitado a los miembros del Ensemble. No se permitirían los aplausos. ¿Por qué iba el Dramaturgo a detenerse a preguntar a su antiguo amigo Pearlman, por el que sentía poco afecto pero en el que confiaba ciegamente en todo lo

relacionado con el teatro, que le repitiera el nombre de una actriz poco conocida? Especialmente, tratándose de una actriz que no era de Nueva York. El Dramaturgo sólo conocía Nueva York.

¡Absorto en sus pensamientos! Un enjambre de mosquitos, de pensamientos mosquito, zumbaba continuamente en la cabeza del Dramaturgo, durante las horas de vigilia y con frecuencia también mientras dormía. En muchos sueños continuaba trabajando. ¡Trabajo, trabajo! Ninguna mujer habría podido competir. Unas cuantas mujeres habían conquistado su cuerpo, pero jamás su alma. Su esposa, celosa durante mucho tiempo, ya no sentía celos. Él apenas se había dado cuenta de su retirada sentimental, pues sólo se había fijado superficialmente en que casi siempre estaba fuera, visitando familiares. En sus obsesivos sueños de trabajo, el Dramaturgo tiraba con los dedos de palabras no escritas todavía con la Olivetti portátil; se esforzaba por oír diálogos de belleza y emoción desbordantes no articulados todavía en sonidos reales. Su vida era el trabajo, pues sólo el trabajo justificaba su existencia; y cada hora contribuía, aunque lo normal era que dejase de contribuir, a la culminación de su obra.

La conciencia culpable de Estados Unidos a mediados del siglo XX. La Norteamérica mercantil y consumidora. La Norteamérica trágica. Porque las contraminas de la tragedia llegan a más profundidad que los rápidos y baratos apaños de la comedia.

10

En el ventoso desván comenzó el ensayo. Seis actores en sillas plegables, sobre una tarima, en semicírculo y alumbrados por bombillas desnudas. Un goteo continuo en un lavabo próximo. El creciente humo de tabaco, porque algunos actores fumaban y muchos entre el público formado por unas cuarenta personas.

De los seis actores, todos menos los dos mayores, veteranos del Ensemble y de las obras del Dramaturgo, estaban claramente nerviosos. El Dramaturgo, pese a toda su reserva rabínico-académica, tenía fama de ser

muy crítico con los actores, intransigente con sus limitaciones. «No queráis entenderme demasiado deprisa», decían que había dicho más de una vez.

El Dramaturgo estaba sentado en la primera fila, a unos metros de los actores. Inmediatamente se puso a mirar a la Actriz Rubia. Durante toda la larga escena primera, en la que Magda no hablaba, la estuvo mirando, reconociéndola por fin, con un rubor sanguíneo oscureciéndole el rostro. ¿Marilyn Monroe? ¿Allí, en el New York Ensemble? ¿Bajo la protección de Pearlman, el astuto autopromotor? Aquello explicaba los rumores del público antes de que comenzara el ensayo; un clima de expectación que el Dramaturgo no había osado imaginar que tuviera que ver con él. Lo cierto era que el Dramaturgo recordaba ahora haber visto, no hacía mucho, en la columna de Walter Winchell, que se hablaba de la «misteriosa desaparición» de Hollywood de la Actriz Rubia, contraviniendo un contrato con una productora que la obligaba a ponerse a trabajar en una nueva película. El pie de foto que acompañaba la imagen de Monroe decía: ¿SE HA MUDADO A NUEVA YORK? La foto tenía trazas de ser un logotipo publicitario, una cara humana reducida a sus rasgos descollantes, los grandes párpados y el voluptuoso tajo bucal que parecía una caricatura de la solicitud erótica.

—¿Mi Magda? ¿Ella?

Pero la Actriz Rubia que sostenía el texto del Dramaturgo en sus trémulas manos se parecía poco a Marilyn Monroe. Tras el inicial momento de curiosidad, la novedad se había desvanecido rápidamente. Los miembros del Ensemble eran actores y profesionales del teatro que estaban acostumbrados a la fama. Y al talento, incluso al genio. Sus juicios eran imparciales y objetivos.

La Actriz Rubia estaba sentada en el centro del semicírculo, como si Pearlman la hubiera puesto allí para protegerla. A diferencia de los demás, actores teatrales con más experiencia, estaba antinaturalmente inmóvil, con los hombros encogidos y la cabeza, que parecía un poco grande, grande para su esbelta constitución, echada hacia delante. Estaba nerviosa y se lamía los labios sin parar. En los ojos le brillaban lágrimas contenidas. Tenía cara de niña, la piel muy pálida y unas ojeras realzadas por las luces. Vestía un jersey de punto grueso que la deslumbrante iluminación había

despojado de todo color y unos pantalones de algodón oscuros remetidos por unos botines hasta el tobillo. Llevaba el rubio pelo recogido en una trenza corta que le colgaba por detrás. No se había puesto joyas ni maquillaje. *No la habrías reconocido. No era nadie.* El Dramaturgo sintió una punzada de resentimiento, por que Pearlman se hubiera atrevido a dar a la Actriz Rubia un papel en su obra sin habérselo consultado más claramente. ¡Su obra! Un fragmento de su corazón. Y la Actriz Rubia, para bien o para mal, acapararía toda la atención del público.

Pero cuando por fin habló la Actriz Rubia, dando voz a Magda, al principio de la escena segunda, lo hizo titubeando, buscando, y enseguida se puso de manifiesto que era una voz demasiado baja para el espacio escénico. Aquello no era un plató de Hollywood, con micrófonos, amplificación, primeros planos. Su nerviosismo, o su terror, hipnotizaría al público como si se estuviera desnudando. *No sirve, pensó el Dramaturgo. No para ser mi Magda.* Estaba furioso con Pearlman, que estaba cerca de él, apoyado en la pared, chupeteando un puro apagado y contemplando la escena con cara de pasmo. *Está enamorado de ella. El muy hijo de puta.*

Sin embargo, la Actriz Rubia, en el papel de Magda, estaba fascinante. Había un temblor como de llama en su voz, en la misma inseguridad de sus ademanes, que despertaba profundas simpatías: sus apuros como Magda, la joven de diecinueve años, de familia de húngaros emigrados, que hacia 1925 entraba a trabajar en una mansión judía de las afueras de Nueva Jersey, y sus apuros como Actriz Rubia, un producto de Hollywood con algo de desastre nacional, valerosamente enfrentada a los actores de teatro neoyorquinos en un entorno despiadadamente desnudo.

—Por favor..., ¿señor Pearlman? ¿Le-le importaría si lo repito? Por favor.

La petición se hizo con ingenuidad y desesperación. La voz de la Actriz Rubia temblaba. Incluso el Dramaturgo, siempre estoico con el teatro, hizo una mueca de dolor. Porque en el Ensemble ningún actor se atrevía a interrumpir una escena para dirigirse a Pearlman ni a nadie; sólo el director tenía autoridad para interrumpir, una autoridad que ejercía con real discreción. Pero la Actriz Rubia no conocía el protocolo. Sus colegas

neoyorquinos la miraban como visitantes de un zoo que vieran una rara, lozana y primitiva especie de antepasado del mono, dotada de habla, pero sin inteligencia para expresarse con propiedad. Durante el silencio turbador que se produjo, la Actriz Rubia miró a Pearlman con los ojos entornados, una mueca sonriente y un parpadeo que tal vez quería ser seductor, y repitió con voz cálida y apagada:

—Sé que puedo hacerlo mejor. *¡Por favor!*

La solicitud era tan espontánea que podía haber salido de la boca de Magda. Algunas mujeres del público que habían estudiado interpretación con Pearlman, que imprudentemente se habían enamorado de él y a cambio se habían dejado «amar» por él, aunque de forma breve y esporádica, sintieron en aquel instante no rivalidad inflamada, sino simpatía fraternal y miedo por la Actriz Rubia, que parecía muy vulnerable y se arriesgaba a un desdén público; los hombres, incómodos, se envararon. Pearlman se empotró el puro en la boca y lo mordió con fuerza. Los demás actores miraron sus respectivos textos. Se notaba (todo el mundo lo afirmaría) que Pearlman estaba a punto de decir algo mordaz a la Actriz Rubia, con su estilo estirado y frío, rápido como la lengua de una serpiente. Pero Pearlman se limitó a gruñir: «Claro».

11

¡Pearlman! El Dramaturgo conocía al polémico fundador del New York Ensemble of Theatre Artists desde hacía un cuarto de siglo y siempre le había tenido miedo en secreto. Pues Pearlman reservaba su respeto más profundo, a pesar de los entusiasmos del día, de la semana, de la temporada, para autores que hubieran fallecido y fueran «clásicos». Él se había encargado de llevar a la Nueva York de posguerra montajes radicalmente austeros y politizados de *La casa de Bernarda Alba*, de García Lorca, de *La vida es sueño*, de Calderón, de *El Solness, constructor* y *Al despertar de nuestra muerte*, de Ibsen; había no sólo dirigido, sino también traducido obras de Chéjov, atreviéndose a presentarlo tal como el autor ruso había

deseado, no con los sombríos colores de la tragedia, sino con la agri dulzura de la comedia. Llegó a afirmar que había «descubierto» al Dramaturgo, aunque los dos eran de la misma generación y tenían el mismo fondo familiar de judeoalemanes emigrantes.

En entrevistas que escocían al Dramaturgo, Pearlman hablaba del «misterioso y místico» proceso de colaboración teatral en el que las inteligencias se fundían, abrazaban y revolcaban, a la manera de la modificación evolutiva darwiniana, para crear obras de arte únicas. «Como si yo no hubiera escrito mis obras sin él.» Y sin embargo era verdad, las primeras obras del Dramaturgo habían evolucionado en el Ensemble y Pearlman había dirigido el estreno de su obra más ambiciosa, la que lo había hecho famoso y la que aparecería vinculada a su nombre para siempre. Pearlman se consideraba un hermano espiritual del Dramaturgo, no un rival; lo había felicitado cada vez que había recibido un premio o un homenaje, mientras murmuraba observaciones crípticas que el otro pudiera oír: «El genio es lo que queda cuando la fama muere».

Sin embargo, sin que nadie lo esperase, pues como actor había sido mediocre, Pearlman brillaba con luz cegadora como preparador de actores. El New York Ensemble of Theatre Artists había adquirido renombre internacional por los talleres y cursillos privados; enseñaba tanto a los principiantes, si tenían talento, como a los actores profesionales. El Ensemble se convirtió rápidamente en un hogar para estos actores, intérpretes famosos de Broadway y de la televisión que suspiraban por recuperar sus raíces o por tenerlas. Sus dependencias, céntricas y de bajo coste, se convirtieron en un refugio, no diferente de los lugares de retiro y meditación religiosa. Conocer a Pearlman había cambiado la vida de muchos actores y remozado su perspectiva profesional, aunque no siempre la comercial. Pearlman había prometido: «En mi teatro los famosos tienen derecho a fracasar. Pueden caerse de bruces o de culo sin que los críticos se den cuenta. Aquí pueden reconocer que no saben un pimiento de su profesión. Pueden empezar otra vez de cero. Pueden tener doce años, cuatro años. Pueden ser niños de pecho. Quien no sabe gatear, amigos míos, no sabe andar. Quien no sabe andar no sabe correr. Quien no sabe correr no

sabe volar. Hay que comenzar por lo básico. El objetivo del teatro es despertar emociones. No entretener. La telebasura y la prensa amarilla entretienen. El objetivo del teatro es transformar al espectador. Quien no sepa transformar al espectador que se vaya. El objetivo del teatro (Aristóteles fue el primero y el que mejor lo dijo) es producir en el espectador una emoción profunda que suponga una catarsis del alma. Si no hay catarsis, no hay teatro. En el Ensemble no os mimamos, pero os respetaremos. Si demostráis que sabéis abrir las venas, os respetaremos. Si lo que queréis es más elogios vacíos de críticos y comentaristas, habéis venido al peor lugar. Yo no pido mucho a mis actores, sólo que se estrujen las entrañas». Según Pearlman, el intérprete más trágico era el prodigio que, al igual que el gran Nijinsky, alcanzaba la cima del genio en la adolescencia y sucumbía a un destino de decadencia igualmente prematura.

«El verdadero actor —decía Pearlman— sigue creciendo hasta que se muere. La muerte no es más que la última escena del último acto. La estamos ensayando a todas horas».

El Dramaturgo, dado a las dudas y a las meditaciones, presa de una vanidad muy distinta de la de Pearlman, tenía que admirar a éste. ¡Qué energía! ¡Cuánta confianza en sí mismo! Aquel hombre le recordaba a los toreros. Era bajo, ya que no alcanzaba el metro setenta; era atractivo sin ser guapo, muy arreglado, o bien vestido; tenía la piel áspera y emanaba un olor de sudor febril; se peinaba el pelo raleante aplastándoselo contra el rojizo cráneo; con cuarenta y tantos años, se había puesto fundas en los manchados dientes delanteros, que cuando sonreía le brillaban como reflectores. Tenía fama de someter a los actores a agotadores ensayos que se prolongaban hasta la madrugada, en la época anterior a los contratos con el sindicato; no obstante lo admiraban, o al menos lo respetaban, pues jamás exigía nada que no se exigiera a sí mismo. Trabajaba entre doce y quince horas diarias. Admitía con franqueza que era un obsesivo; alardeaba de ser un «psicótico selecto». Se había casado tres veces y tenía cinco hijos; había tenido muchas aventuras amorosas, incluso, según se rumoreaba, con hombres jóvenes; le atraía la «chispa interior» y le daba igual el aspecto de la persona. (Por eso repetía en las entrevistas que su interés profesional por

la Actriz Rubia no tenía que ver con la belleza de ésta, sino con su «don espiritual».) Algunos actores famosos de su escudería tenían una cara que sólo podía calificarse de característicamente personal; y era el único director teatral de Estados Unidos que se atrevía a meter individuos gordos en sus montajes si eran buenos actores; había despertado alguna admiración, pero sobre todo burlas, por haber seleccionado a una Hedda Gabler huesuda y de un metro ochenta en un montaje de la obra homónima de Ibsen. «Mi idea es que Hedda es una amazona solitaria en un mundo de machos pigmeos.» Podían burlarse de él, pero nunca metía la pata.

Es verdad. Le debo mucho. Pero no todo.

El Dramaturgo era un hombre alto y desgarbado, como una cigüeña. Tenía una actitud reservada y alerta, ojos cautelosos, y una boca que tardaba en sonreír. En el mundo teatral neoyorquino no era una «personalidad», era un «ciudadano». Un trabajador infatigable, un hombre íntegro y responsable. Quizá no un poeta (como su rival Tennessee Williams), pero sí un artesano. Una de sus escasas excentricidades consistía en presentarse en los ensayos con camisa blanca y corbata, como si los ensayos fueran un trabajo tan formal como el de su padre cuando vendía artículos Kelvinator en Rahway. Max Pearlman, en cambio, era chaparro y parlanchín, se ponía jerséis viejos y pantalones sin cinturón, y en la cabeza, un gorro de pescador griego o un desenfadado sombrero flexible o, en invierno, su personalísimo gorro de astracán, que añadía algunos centímetros a su estatura. Si el Dramaturgo entregaba a los actores notas escrupulosamente redactadas, durante los ensayos o tras las lecturas, Pearlman se enfrascaba en monólogos interminables que fascinaban y agotaban a sus oyentes en proporciones iguales. Si el Dramaturgo tenía una cara alargada, magra y seria que algunas mujeres estimaban hermosa, comparable a un busto romano curtido por el tiempo, la de Pearlman no la encontraba hermosa ni su amante, una cara gorda y como comprimida, con labios y nariz bulbosos. Y sin embargo, qué ojos tan vivos y penetrantes. Si el Dramaturgo reía con suavidad, con el aire de un muchacho atacado de risa en un lugar (¿la escuela?, ¿la sinagoga?) donde la risa está prohibida, Pearlman reía con ganas, como si la risa fuera buena, terapéutica como un estornudo. ¡La risa

de Pearlman! Se oía a través de las paredes. Se oía incluso en la ruidosa calle donde estaba el teatro. Los actores lo adoraban porque reía sus intervenciones cómicas aunque las hubiera oído docenas de veces; en las representaciones solía quedarse de pie en la parte trasera, durante un rato largo, al igual que todos los directores entregados y monomaniacos, tan nervioso por la actuación de sus pupilos que la cara y el cuerpo se le contraían de solidaridad, y reía a mandíbula batiente, con la risa más fuerte y contagiosa de la sala.

Hablaba del teatro como otros hablaban de Dios. O más que Dios, porque en el teatro se podía participar y vivir. «¡Morid por él! ¡Por vuestro talento! ¡Estrujaos las entrañas! ¡Sed inflexibles con vosotros mismos, lo soportaréis! Lo que ocurre en escena, amigos míos, es cuestión de vida o muerte. Y si no es de vida o muerte, no es *nada*.»

Era lo que admiraba en él. Ay, cómo sabía llegar directamente a...

Pero te explotó, ¿verdad? Como mujer.

¿Mujer? ¿Qué me importo yo como mujer? Nunca me he importado... Fui a Nueva York para aprender a actuar.

¿Por qué das tanto valor a Pearlman? Me carga que en las entrevistas exageres el papel que desempeñó en tu vida. Él se lo lleva todo, le haces publicidad por todo lo alto.

Pero es verdad... ¿o no?

Sólo quieres desviar la atención de ti misma. Es lo que hacen las mujeres. Confiar en los bravucones. Querida, tú ya sabías actuar cuando llegaste.

No, no sabía.

Vaya si sabías. También esto me carga, que te malinterpretes.

¿Eso hago? Recórcholis...

Ya eras una actriz muy buena cuando llegaste a Nueva York. Él no te creó.

Tú me creaste.

Nadie te creó, siempre fuiste tú.

Bueno, supongo que ya sabía... algo. De cuando hice cine. La verdad es que leía a Stanislavski. Y el Diario de... de Nijinsky.

Nijinsky.

Nijinsky. Pero no sabía que lo sabía. En la práctica. Era sólo... lo que ocurría cuando tenía que interpretar. Que improvisar. Como rascar una cerilla...

A la porra con eso. Eras una actriz natural, una actriz nata.

Eh, papá, ¿por qué estás enfadado? No me lo merezco.

Sólo digo, querida, que naciste con el don. Que tienes una especie de genio. No necesitas las teorías. ¡Olvídate de Stanislavski! ¡De Nijinsky! Y de él.

Nunca pienso en él.

De él olisqueándote... olisqueando tu cerebro, tu capacidad... como unos dedos gruesos que atrapasen una mariposa y le desdorasen y rompieran las alas.

Venga, no soy ninguna mariposa. ¿Quieres palpar mis músculos? Fíjate qué pierna. Soy bailarina.

Las gilipolces teóricas son para los tipos como él: no saben actuar, no saben escribir.

¿Un besito, papá? Vamos.

** * **

Oye, escucha. El señor Pearlman no fue realmente mi amante.

¿Qué es eso de «realmente»?

Bueno, que puede que hiciera algunas cosas, pero que no... No me mires así, papá. Me asustas.

¿Qué te hizo?

Nada serio.

¿Te... te tocó?

Seguramente. ¿A qué te refieres con tocar?

A como un hombre toca a una mujer.

¡Mmmmm! ¿Así?

* * *

¿O así?

* * *

Pero, papá, ya te lo he dicho: no fue nada serio.

¿Qué fue entonces?

Nada, una tontería en su despacho. Como... como un regalo que le hacía. Me dijo que quería tener una charla conmigo. ¡Conmigo! Dijo que no acababa de entenderlo. ¿Por qué una actriz de cine famosa querría estudiar en su teatro? ¿Era..., no sé, una especie de propaganda? ¿Que a los demás les importara adónde iba yo o lo que hacía? ¿Y había dejado el cine? Me preguntó cosas así. Estaba receloso y no lo culpo. Creo que me eché a llorar. ¿Cómo sabría él que Marilyn Monroe era un ser real? Él le abrió la puerta y entré yo.

¿Qué te preguntó?

Mi... motivación.

¿Y era?

No... morir.

¿Qué?

No morir. Seguir tirando.

Me carga cuando hablas así. Me parte el corazón.

No, por favor. Perdona.

Hizo el amor contigo. ¿Cuántas veces?

¡No fue amor! No lo sé. Papá, por favor, me siento mal. Estás enfadado conmigo.

No estoy enfadado contigo, cielo. Sólo quiero comprender.

¿Comprender qué? Entonces no te conocía. Estaba... divorciada.

¿Dónde os veáis tú y Pearlman? No sería siempre en aquel hediondo despacho suyo.

Bueno, casi siempre. Tarde, después de clase. Pensaba..., bueno, me sentía privilegiada. ¡Cuántos libros! Algunos, por los títulos, creo que

estaban escritos en alemán. O en ruso. Una foto del señor Pearlman con Eugene O'Neill. Y aquellos actores extraordinarios, Marlon Brando, Rod Steiger... Vi un libro en alemán que yo había leído en inglés, quiero decir que vi el nombre de Schopenhauer, lo cogí y fingí leer. Dije: «Leo mejor a Schopenhauer cuando escribe en inglés, que cuando está así».

¿Qué contestó Pearlman?

Corrigió mi forma de pronunciar Schopenhauer. No creyó que hubiera leído aquel libro. En ningún idioma. Pero yo lo había leído. Me lo había regalado un fotógrafo al que conocía. «Aquí está la verdad del mundo, El mundo como voluntad y representación.» Solía leerlo hasta que me ponía triste.

Pearlman no cesaba de decir que habías representado una auténtica sorpresa para él. Por lo que eras realmente.

Pero... ¿qué sería eso? ¿Qué soy realmente?

Tú y nada más.

Pero eso no basta, ¿verdad?

Desde luego que sí.

No. Nunca basta.

¿A qué te refieres?

Tú eres escritor porque ser sólo tú mismo no te basta. Yo quiero ser actriz porque ser sólo yo misma no me basta. Pero no se lo digas a nadie, ¿eh?

Yo nunca hablaría de ti, criatura. Sería como desollarme vivo.

Tampoco escribas sobre mí..., ¿verdad que no lo harás, papá?

¡Naturalmente que no!

Aquello... con el señor Pearlman... fue sólo algo que pasó. Como un regalo... para darle las gracias. Como Marilyn Monroe, durante unos minutos.

¿Dejaste que Pearlman hiciera el amor con Marilyn Monroe?

Así lo habría llamado él seguramente... ¡Pero a él no le gustaría esto! Que te lo cuente.

¿Qué te hizo exactamente?

Bueno, sobre todo... besarme, nada más. En distintos sitios.

¿Vestida o desnuda?

Casi totalmente vestida. No lo sé.

¿Y él?

No lo sé, papá. No miré.

Y tú... ¿te excitaste?

Creo que no. Por lo general no me excito... salvo cuando estoy con alguien al que quiero. Contigo, por ejemplo.

¡No me metas en esto! El asunto fue entre tú y aquel cerdo.

No era un cerdo. Era un hombre.

Un hombre entre los hombres, ¿verdad?

** * **

Un hombre entre los hombres de Marilyn.

** * **

Vamos, perdóname. Estoy tratando de encajarlo.

¡Ahora me acuerdo, papá! Pensaba en Magda..., la de tu obra. El regalo del señor Pearlman. Ensayar tu última obra... con actores de teatro de verdad. Tu regalo.

Te seleccionó sin consultarme. Yo no sabía nada. Cuando dirigía, seleccionaba él a todo el reparto.

Ya sé que no te dijo nada de mí. Estaba muy asustada... Te admiraba muchísimo.

Me dijo: «Confía en mí, ya tengo a tu Magda».

¿Confiabas en él?

Sí.

Por qué no recordaré mejor las cosas, la cabeza se me empapa del papel que hago y... es como si estuviera en dos sitios a la vez, ¿verdad? Con otras personas, pero no... con éstas. Por qué me gusta actuar. Incluso cuando estoy sola no lo estoy.

Tu don es tan natural que no «actúas». No necesitas ninguna técnica. Sí, es como rascar una cerilla. Una llama súbita y cegadora...

¡Pero me gusta leer, papá! En la escuela saqué buenas notas. Me gusta... pensar. Es como hablar con otra persona. En Hollywood, en los platós, tenía que esconder el libro si estaba leyendo... Los demás decían que yo era rara.

Puedes hacerte un lío. Te dejas influir con facilidad.

Sólo por las personas en quienes confío.

He visto su despacho multitud de veces. El sofá... Asqueroso, ¿verdad? Olía a su brillantina, al humo de sus puros, a embutido seco... La suciedad es la atmósfera que envuelve a Pearlman, es su imagen. En medio del grosero mercado de Broadway. «Imparcial.» «Insobornable.»

¿En serio? Pensaba que eras su a-amigo.

Cuando nos citó el Comité de Actividades Antiamericanas, en 1953, contrató a un costoso abogado de Harvard. No a un judío. Yo contraté a un tipo de aquí, de Manhattan, un amigo. Lo llamaban «abogado comunista»... Yo era el idealista. Pearlman, el pragmático. Suerte tuve de no ir a la cárcel.

¡Oh, papá! Eso no volverá a ocurrir. Estamos en 1956. Hemos progresado.

Se excitaba, ¿verdad?

¿Por qué no se lo preguntas a él? Sois amigos desde hace mucho.

Pearlman no es amigo mío. Desde el principio tuvo celos de mí.

Pensaba que el señor Pearlman te había dado... la alternativa.

¿Que yo no habría hecho carrera sin él? ¿Es eso lo que dice? Mentira.

No sé lo que dice. En realidad no conozco al señor Pearlman. Tiene centenares de amigos en Nueva York..., todos lo conocéis mejor que yo.

¿Lo ves ahora?

¡Qué! Oh, papá.

Tú y él, estáis juntos..., te mira. Lo he visto. Y tú lo miras a él.

¿Eso hago?

Tu comportamiento.

¿Qué comportamiento?

Ese comportamiento típico de Marilyn.

Puede que sea sólo... nerviosismo.

No tienes que decírmelo, cariño, si es demasiado doloroso.

Decir... ¿qué?

Cuántas veces..., vosotros.

Papá, no lo sé. Mi cabeza no es... una calculadora.

Necesitabas expresarle tu agradecimiento.

¿Eso fue? Sí, supongo.

Antes de que tú y yo nos conociéramos.

Ay, papá, sí.

Y fue... ¿cuántas veces? ¿Cinco, seis? ¿Veinte? ¿Cincuenta?

¿Qué?

Ya sabes qué.

Sólo... cuatro o cinco veces. Yo estaba metida en Magda. No estaba allí.

Está casado.

Creo que sí.

Joder, yo también estaba casado, ¿no?

* * *

¿Te corriste alguna vez?

¿Qué?

¿Tuviste algún orgasmo? ¿Con él?

¿Que si yo...? Pero, papá, si yo no te conocía entonces. Quiero decir en persona. Conocía tu obra. Te admiraba.

¿Tuviste algún orgasmo con Pearlman? Mientras te «besaba».

Papá, papá, si alguna vez tuve un... un... fue puro teatro, ¿entiendes? Y luego el teatro se acababa.

* * *

¿Estás enfadado conmigo? ¿No me quieres?

Te quiero.

No es verdad, no me quieres.

Claro que te quiero. Me gustaría salvarte de ti misma, eso es todo. Del bajo precio que te pones.

Pero si estoy salvada. En la actualidad, viviendo contigo... Papá, no escribirás sobre mí, ¿verdad? Sobre nosotros hablando así. Después de que yo..., cuando, quizá, ya no me quieras, entonces...

No digas esas cosas, querida. Tienes que haberte dado cuenta ya de que te querré siempre.

12

Esta obra que era su vida. Sin embargo, la Actriz Rubia, al prestar a Magda su vocecita cálida y apasionada, estaba entrando en la obra y en su vida. La Actriz Rubia había transferido su terror a Magda y la había vivificado.

Cuando Magda habló con los padres de Isaac, estuvo nerviosa y titubeante, y su voz tenue era casi inaudible, y cundió la embarazosa sensación de que la Actriz Rubia no iba a dar la talla y renunciaría en cualquier momento; luego, en la escena siguiente, cuando Magda habla con más seguridad, se cayó en la cuenta de que la Actriz Rubia había estado actuando, de que aquello era la «actuación» inspirada, una imitación de la vida tan intensa que se experimentaba visceralmente, como la vida. En sus escenas con Isaac, Magda estaba animada, incluso vivaz; era inusual en aquel soso espacio del ensayo, y en los montajes del Ensemble en términos generales, pero la Actriz Rubia emanaba una súbita energía sexual que cogió por sorpresa tanto al público como a los demás actores. El joven actor, el que caía en gracia al Dramaturgo, capacitado, despierto, un guapo muchacho de piel aceitunada y gafas de intelectual judío, estuvo en desventaja al principio para corresponder a la Magda de la Actriz Rubia; poco después empezó a reaccionar, con torpeza, como le habría sucedido a Isaac, y tan nervioso como un adolescente cualquiera en sus circunstancias. Se percibía la electricidad que corría entre los dos: la franca campesina húngara casi sin estudios y el joven judío de urbanización periférica que no tardará en ir becado a la universidad.

El público se relajó y se puso a reír, pues la escena era tiernamente cómica, nada que ver con lo que el Dramaturgo, respetado por su seriedad, había hecho hasta entonces. La escena terminó con la «dorada risa» de Magda.

El Dramaturgo también rió, con la risa sorprendida del reconocimiento. Había dejado de hacer anotaciones en su texto. Era como si le estuvieran arrebatando la obra, su obra. Aquella Magda, la Magda de la Actriz Rubia, la estaba llevando en una dirección que no era la suya. ¿O sí?

El ensayo prosiguió hasta el tercer acto y pudo verse a Isaac y a Magda, mediante rápidos saltos escénicos, ya de adultos y llevando vidas totalmente separadas. El Dramaturgo pensaba qué paradójico y qué adecuado, la tosca y memorable húngara de pelo de oro sustituida por la Magda emocionalmente frágil de trenza platino y ojos sombreados de azul. Era una Magda tan vulnerable, tan desnuda que se temía que le hicieran daño. Se temía que la explotasen. Isaac y sus padres, judíos de Nueva Jersey, privilegiados y acomodados para que contrastara con el pasado mísero de Magda, no resultaban tan conmovedores como había deseado el Dramaturgo. Y la trama de cuento de hadas que el Dramaturgo había ideado para representar la distancia entre el mundo de Isaac y el de Magda —ésta queda embarazada de aquél pero no se lo dice ni a él ni a sus padres, Isaac estudia brillantemente en la universidad, Magda se casa con un campesino y tiene el hijo de Isaac y después otros, Isaac se dedica a escribir y triunfa con sus veintitantos años, Isaac y Magda se ven de tarde en tarde, la última vez en el entierro del padre de Isaac; éste, a pesar de toda su brillantez, no sabe nunca lo que sabe el público, lo que Magda no ha querido que supiera—, esta trama le parecía ahora insatisfactoria, incompleta.

Las últimas frases de la obra las pronuncia Isaac, de pie en el cementerio, con Magda al otro lado de la tumba del padre. «Te recordaré siempre, Magda.» Las figuras quedan congeladas, las luces se apagan poco a poco. El final que tan justo le había parecido antes se le antojaba ahora inadecuado, incompleto, pues ¿a quién le importa que Isaac recuerde a Magda? ¿Y Magda? ¿Cuáles son sus últimas palabras?

El ensayo terminó. Para todos había sido una experiencia emocionalmente agotadora. En contra de las costumbres del Ensemble en aquellas ocasiones informales, en la platea hubo muchos que aplaudieron. Algunos se pusieron en pie. El Dramaturgo recibía felicitaciones. ¡Qué locura! Se había quitado las gafas y se enjugaba los ojos con la manga, pálido, mareado, sonriendo con turbación, presa del pánico. *Es un desastre. ¿Por qué aplauden? ¿Se están burlando?* El fondo de la estancia, sin las gafas, lo veía como un remolino pulsátil de luces de supernova, movimiento borroso y oscuridad. No veía caras, no distinguía ninguna.

Oyó que la voz de Pearlman pronunciaba su nombre. Se dio la vuelta. ¡Tenía que escapar! Murmuró unas palabras de agradecimiento, o de disculpa. Era incapaz de hablar con nadie. Ni siquiera con los actores, para darles las gracias. Ni siquiera para darle las gracias a ella.

Huyó. Del desván del ensayo, por la empinada escalera de metal. En la calle 51 tropezó con un muro de frío que machacaba la cabeza. Huyó por la Undécima Avenida en busca del metro. ¡Tenía que escapar! Tenía que llegar a su casa. O a cualquier parte en donde nadie conociera su nombre.

—Pero la amaba. Su recuerdo. ¡Mi Magda!

13

*¡Huiste de mí! Cuando ya me querías.
Cuando vi que había llegado tan lejos, por ti.
Cuando mi vida ya era tuya. En el caso de que la quisieras.
¿Cómo, pues, podía confiar en ti? Y sin embargo, te quería.
Ya por entonces empecé a odiarte.*

14

Quedaron en verse a la noche siguiente. En un restaurante del cruce de Broadway con la 70 Oeste. Era la Actriz Rubia quien tenía ganas.

¡Él se dio cuenta! Un hombre casado. Pero desdichado en su matrimonio durante años. Y ya (le avergonzaba pensarlo, pero era así) había empezado a enamorarse de ella. Mi Magda.

Se había recuperado de la conmoción de la noche anterior.

—Esta obra —dijo con voz neutral—. Se ha vuelto demasiado importante para mí. Es mi vida. Para un artista eso es fatal.

La Actriz Rubia escuchaba atentamente. Tenía la expresión sombría. ¿Sonreía de aquel modo encantador por precaución? Había ido para consolar al meditabundo Dramaturgo. He allí la rubia promesa de consuelo infinito. Pero era un hombre casado, un hombre maduro y casado. ¡Estaba hecho una ruina! Poco pelo, un aire en los ojos como de calcetines rotos y aquellas arrugas en las mejillas que parecían cuchilladas. Su vergonzoso secreto era que Magda nunca había acariciado aquellas mejillas. Magda nunca lo había besado. Magda no lo había tocado nunca. Menos aún que Magda lo hubiera seducido. Tenía doce años cuando Magda, con diecisiete y bullendo de vigor y salud rubios, había entrado a servir en casa de sus padres; cuando él fue a Rutgers, Magda ya se había marchado, casado y mudado. Todo había sido una fantasía adolescente del Dramaturgo con una joven de pelo de oro, tan diferente de él y de los suyos como si fuera de otra especie. Magda, en el papel de la Actriz Rubia, estaba ahora dignamente sentada enfrente de él, en un reservado de un restaurante de Manhattan, más de treinta años después, y le replicaba con seriedad:

—¡No deberías decir esas cosas! Sobre tu preciosa obra. ¿No lo viste? La gente lloraba. Debe de ser verdad que es tu vida, porque de lo contrario no la querrías tanto. Aunque acabe contigo... —la Actriz Rubia se detuvo. ¡Había dicho demasiado! El Dramaturgo percibía el activo trabajo de su cerebro. ¿Sería de aquellos hombres que no soportaban que una mujer les hablase con inteligencia? ¿Que hablase mucho, en cualquier caso?

—Es que no creo que pueda terminarla ya —dijo—. Algunas escenas las escribí hace un cuarto de siglo. Casi antes de que tú nacieras —lo dijo con desenfado y desde luego sin ánimo de reprochar nada. Pero la Actriz Rubia parecía desconcertantemente joven. Y su sentimiento, su forma de estar, su conciencia de sí misma eran jóvenes, incluso infantiles. Así el

mundo le hará menos daño. El Dramaturgo calculó con rapidez que tenía veinte años más que ella y que lo aparentaba—. Magda es un personaje vivo para mí, pero creo que resulta incoherente para el público. Isaac tiene mucho de mí, está claro. Pero sólo una parte de mí. El material es demasiado autobiográfico. Y los padres... —el Dramaturgo se frotó los ojos, que le picaban. Había dormido poco la noche anterior. Había hecho mella en él la locura de su largo esfuerzo y, con más dolor aún, de su reciente triunfo.

No tengo capacidad, ningún don. Tengo el ardor jadeante de un animal de carga. Pero con el tiempo hasta los animales de carga se agotan.

Había visto, durante el ensayo, cuando se había levantado para huir, que los anhelantes ojos de la Actriz Rubia habían corrido en su busca. Había querido gritar: dejadme todos en paz, es demasiado tarde.

La Actriz Rubia le dijo titubeante:

—Tengo algunas ideas sobre... sobre Magda. Por si te interesan.

¿Ideas? ¿De una actriz?

El Dramaturgo se echó a reír. Fue una risa sorprendida, de agradecimiento.

—Claro que me interesan. Eres muy amable por preocuparte.

El Dramaturgo no habría concertado aquella cita. Y una cita romántica fue, con emoción, tensión y un poco de miedo por ambas partes, en un bar restaurante con mucho humo y poca luz, en un solitario reservado del fondo. Un conjunto negro de *jazz* tocaba *Mood Indigo*, ánimo añil, y así tenía el ánimo el Dramaturgo: añil. Su mujer lo había llamado desde Miami poco antes de salir para reunirse con la Actriz Rubia, con el pelo mojado tras la ducha y las mandíbulas agradablemente irritadas tras el afeitado, y había descolgado el auricular con un sobresalto, previendo... ¿qué? ¿Que la Actriz Rubia cancelaba la cita? ¿Tras haberla concertado ella misma hacía sólo unas horas? La mujer del Dramaturgo estaba muy lejos, su voz se mezclaba con las interferencias. Casi no la reconoció. ¿Y qué tenía que ver con él aquella voz y su perpetuo retintín de reproche?

La Actriz Rubia llevaba todavía el pelo recogido en una breve trenza que le caía por la nuca. Nunca la había visto, en ninguna foto, con aquella

trenza. ¡Así pues, era Magda! La Magda de ella. La de él tenía el pelo mucho más largo y se rodeaba la cabeza con la trenza de un modo anticuado que la envejecía y la hacía parecer más recatada. El pelo de la Magda de él había sido áspero, como la crin de un caballo. El de la Magda que tenía delante era fino, sintético, de un cremoso rubio de fantasía, como el pelo de una muñeca; un hombre querría enterrar la cara en él de manera natural, enterrar la cara en el cuello de la mujer, abrazar a la mujer con fuerza y... ¿protegerla? ¿De qué? ¿De él mismo? Parecía muy vulnerable, sensible al sufrimiento. Arriesgándose a que el Dramaturgo la rechazase. Como se había arriesgado la noche anterior a sufrir un doloroso revés público de Pearlman. El Dramaturgo había oído decir que la Actriz Rubia «iba sola a todas partes» y que esto se consideraba una excentricidad, si no un riesgo. Sin embargo, con el pelo cubierto, con gafas oscuras y vestida con discreción, no era probable que la reconociesen. Aquella noche llevaba un jersey de lana holgado, pantalón hecho a medida y zapatos de medio tacón; un flexible masculino con el ala caída ocultaba buena parte de su cara a la mirada de los desconocidos curiosos. El Dramaturgo, al entrar en el abarrotado establecimiento, la había visto al mismo tiempo que ella a él desde el fondo, sonriendo, quitándose las gafas negras de montura de pasta y guardándoselas en el bolso. No se quitó el flexible hasta que el camarero tomó nota de los pedidos. Tenía una expresión traviesa y esperanzada. ¿Aquella joven rubia era Marilyn Monroe? ¿O simplemente se parecía a la famosa e infame actriz de Hollywood, como una hermana menor e inexperta?

El Dramaturgo, cuando llegase a conocerla mejor, se quedaría pasmado al saber que cuando la Actriz Rubia no quería que la reconocieran, raras veces la reconocían, ya que Marilyn Monroe no era más que uno de sus papeles y no el que más la acaparaba.

En cambio, el Dramaturgo era él mismo, siempre y por los siglos de los siglos.

No, él no habría concertado aquella cita. No habría buscado el teléfono de la Actriz Rubia, como ella había buscado el suyo, y lo había llamado. Él sabía lo de su boda con el Ex Deportista. Todo el mundo lo sabía, por lo

menos a grandes rasgos. Un matrimonio de cuento que había durado menos de un año, y el fracaso se había recogido con avidez en la prensa. El Dramaturgo recordaba haber visto una foto sorprendente en una revista, una foto tomada desde la azotea de un edificio y en la que había una multitud, miles de «fans» atestando una plaza pública de Tokio con la esperanza de entrever a la Actriz Rubia. No habría imaginado que los japoneses supieran tanto de Marilyn Monroe ni que pudieran interesarse por ella. ¿Se trataba de otro episodio morboso de la historia de la humanidad? ¿Histeria colectiva en presencia de alguien que se sabe que es famoso? Marx, en una frase célebre, había dicho que la religión era el opio del pueblo, y ahora lo era la fama; pero la Iglesia de la fama no traía ni siquiera la promesa de la salvación, el paraíso de los charlatanes. El panteón de sus dioses era una galería de espejos deformantes.

La Actriz Rubia sonrió con timidez. ¡Qué guapa era! Una belleza de niña estadounidense que provocaba un vuelco en el corazón. Y qué educada al decir al Dramaturgo lo mucho que «admiraba» su obra. Qué honor representaba conocerlo y hacer el papel de Magda. Las obras del Dramaturgo que había visto en Los Ángeles. Las obras que había leído. El Dramaturgo se sentía halagado, pero estaba intranquilo. Pero halagado. Mientras bebía whisky escocés y escuchaba. Había pasado por los alegres espejos del bar como un fantasma alto. Una figura digna con algo herido o devastado en la cara. De hombros caídos, desgarrado. Natural de Nueva Jersey, y tras pasar casi toda la vida en Nueva York, el Dramaturgo tenía sin embargo un aire propio del Oeste. Parecía un hombre sin familia, un hombre sin parientes de ninguna clase. Un hombre maduro de cara afilada, con surcos en las mejillas, calvicie en curso y actitud vigilante. Cuando sonreía se producía una ocasión inesperada. ¡Se volvía juvenil! Amablemente. Un hombre de imaginación meditabunda, pero un hombre en el que se podía confiar.

Tal vez.

La Actriz Rubia sacó del gigantesco bolso un ejemplar de *La muchacha del pelo de oro* y lo puso en la mesa, entre ambos, como un talismán.

—Magda. Es como la muchacha de *Las tres hermanas*, ¿verdad? La que se casa con el hermano —cuando el Dramaturgo la miró, añadió con inseguridad—: Se ríen de ella. El color de la faja de su vestido desentona. Con Magda, es su forma de hablar.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿El qué?

—Lo de *Las tres hermanas* y mi obra.

—Nadie.

—¿Pearlman? ¿Que me había influido?

—No, no, es que he leído la obra de Chéjov. Hace años. Al principio quería ser actriz de teatro, pero necesitaba dinero, por eso me metí en el cine. Siempre pensé que podría interpretar el papel de Natalia. Quiero decir que cualquiera como yo podría interpretarlo. Porque no es de buena familia y la gente se ríe de ella.

El Dramaturgo guardó silencio. Su ofendido corazón latía con fuerza.

Al ver la irritación del Dramaturgo, la Actriz Rubia quiso deshacer el malentendido inmediatamente, añadiendo con entusiasmo de colegiala:

—Estaba pensando en lo que hace Chéjov con Natalia, sorprende al espectador porque resulta que Natalia es fuerte y astuta. Y cruel. Y Magda, bueno, ya sabes, Magda es siempre muy buena. ¿Lo sería en la vida real? Quiero decir todo el tiempo. Quiero decir —el Dramaturgo podía ver a la Actriz Rubia iluminada por las candilejas, la cara animada, los ojos entornados— que si fuera yo una chica de la limpieza (he hecho trabajos así, lavar ropa, fregar platos, fregar suelos, frotar retretes, en un orfanato en el que estuve y luego en una casa de Los Ángeles donde me acogieron), me sentiría dolida, estaría irritada por vivir unos de un modo y otros de otro. Pero tu Magda... cambia muy poco. Es buena.

—Sí. Magda es buena. Era buena. La primera Magda. No se me había ocurrido que tuviera que estar irritada —¿era verdad aquello? El Dramaturgo se expresaba con laconismo, pero tuvo que preguntárselo—. Ella y su familia daban gracias por el empleo que tenía. Aunque no era mucho, era algo.

Amonestada, la Actriz Rubia tuvo que estar de acuerdo. ¡Claro, ahora lo entendía! Magda era superior a ella, una forma más elevada de sí misma. Desde luego.

El Dramaturgo hizo una seña a un camarero y le pidió más bebida. Whisky para él, un refresco con soda para ella. ¿No bebía alcohol?, se preguntó. ¿O no se atrevía? Había oído decir... En medio de aquel turbador silencio, el Dramaturgo, procurando que no hubiera ironía en su voz, dijo:

—¿Y qué más cosas se te han ocurrido sobre Magda?

La Actriz Rubia se rozaba los labios con timidez. Parecía que iba a hablar, pero luego se contenía. Sabía que el Dramaturgo estaba enfadado con ella y en un segundo había llegado a la conclusión de que la detestaba. La atracción sexual que tal vez había sentido por ella se estaba desbordando ahora en forma de cólera. ¡Lo sabía! Como hembra (intuía el Dramaturgo) tenía tanta experiencia como una puta a la que hubieran arrojado a la calle de niña, era igual de sensible a los cambios bruscos de la atención y el deseo de los hombres. *Porque su vida depende de ello. Su vida de hembra.*

—Me parece... que he dicho algo que no debía, ¿verdad? Sobre Natalia.

—De ningún modo. Tiene su mérito.

—Tu obra no es como... como la otra.

—No. Chéjov no me ha atraído nunca.

El Dramaturgo hablaba con cautela. Sonreía forzosamente. Sonreía. Enfrentado a la terquedad de una mujer, como la de su esposa y, muchos años antes, la de su madre. Las mujeres a las que había conocido eran capaces de tener un par de ideas sencillas alojadas en el cerebro como perdigones de un escopetazo, y ni la argumentación ni el sentido común ni la lógica podían sacarlas de allí. *Yo no me parezco al poeta Chéjov. Yo soy un artesano de la escuela de Ibsen. Con los pies pegados al suelo. Y con el suelo pegado a los pies.*

La Actriz Rubia tenía algo más que decir. ¿Se atrevería? Rió con nerviosismo y se acercó al Dramaturgo como para contarle un secreto. Él le miró la boca. Preguntándose por las suciedades desesperadas que habría hecho aquella boca.

—Estaba pensando en una cosa. ¿Magda sabría leer? Isaac podría enseñarle el poema, el que le ha escrito, y ella fingir que lo lee.

Las sienes del Dramaturgo latían con fuerza.

¡Ya estaba! Magda era analfabeta.

La primera Magda había sido seguramente analfabeta. Claro que sí.

El Dramaturgo se apresuró a responder, sonriendo:

—No es necesario que sigamos hablando de mi obra, Marilyn. Cuéntame algo de ti, por favor.

La Actriz Rubia sonrió con desconcierto. Como pensando: *¿De qué mí?*

—¿Puedo llamarte Marilyn? —añadió el Dramaturgo—. ¿O es sólo un nombre artístico?

—Puedes llamarme Norma. Es mi verdadero nombre.

El Dramaturgo meditó aquello.

—No sé por qué, pero Norma no te sienta bien.

La Actriz Rubia pareció dolida.

—¿No?

—Norma. Es nombre de anciana, de una época pasada. Norma Talmadge. Norma Shearer.

La Actriz Rubia se animó.

—¡Norma Shearer fue mi madrina! Mi madre y ella eran buenas amigas. Mi padre era amigo del señor Thalberg. Yo era muy pequeña cuando murió, pero me acuerdo del entierro. Fuimos en una limusina, con la familia. Fue el entierro más concurrido de la historia de Hollywood.

El Dramaturgo sabía poco del pasado de la Actriz Rubia, pero aquello no tenía buen aspecto. ¿No acababa de decirle que era huérfana y que la habían acogido en una casa?

Optó por no hacerle preguntas. La Actriz Rubia sonreía muy orgullosa.

—¡Irving Thalberg! El judío prodigio de Nueva York.

La Actriz Rubia sonrió con inseguridad. ¿Era una broma? ¿Una libertad que se tomaban los judíos cuando hablaban de otros judíos, con familiaridad, con confianza, incluso con desprecio, y que los no judíos no se atrevían a tomarse?

El Dramaturgo, al ver el desconcierto de la Actriz Rubia, añadió:

—Thalberg era una leyenda. Un milagro. Joven hasta en la muerte.

—¿De verdad era joven? ¿Al m-morir?

—A un niño no le habría parecido joven. Pero lo era a los ojos del mundo.

—El oficio fúnebre —dijo la Actriz Rubia con vehemencia— fue en un lugar precioso, una sinagoga o un templo, de Wilshire Boulevard. Yo era demasiado joven para entenderlo todo. Creo que se habló en hebreo..., era muy raro y maravilloso. Creo que pensé que era la voz de Dios. Pero no he vuelto desde entonces. Me refiero a las sinagogas.

El Dramaturgo movió los hombros con incomodidad. La religión no significaba para él más que una modalidad de respeto ancestral y no se la tomaba al pie de la letra. No era de los judíos que creían que el Holocausto había sido el fin de la historia, o el principio de la historia, ni siquiera que el Holocausto «definiera» a los judíos. Era liberal, socialista, racionalista. No era sionista. En privado creía que los judíos eran la más culta, más dotada, mejor educada y mejor intencionada de todas las pendencieras multitudes del mundo, pero no asociaba ningún sentimiento o simpatía especial a esta convicción; era de sentido común.

—No me tienta el misticismo. El hebreo no me suena en los oídos como la voz de Dios.

—¿No?

—El trueno quizá. El terremoto, el maremoto. Una voz divina sin los estorbos de la sintaxis.

La Actriz Rubia lo miró con los ojos como platos.

Ojos de hermosas pestañas largas en los que podía caer sin parar.

El Dramaturgo pidió más bebida por señas, para él. Pensaba en que, al igual que casi todos los actores y actrices, la Actriz Rubia parecía más joven que en las fotos. Y más baja. Y su cabeza, su bella y proporcionada cabeza, demasiado grande. Las fotos embellecían a aquellos monstruos; a veces parecían dioses en la pantalla, quién sabe por qué. *La belleza es una cuestión de perspectiva. Todo lo que vemos es ilusorio.* No quería amar a aquella mujer. Se dijo que no podía liarse con una actriz. ¡Una actriz! ¡Una actriz de Hollywood! A diferencia de los actores de teatro, que aprenden su

oficio puntillosamente y deben memorizar sus intervenciones, los de cine, sin trabajar apenas —ensayos breves y con directores tolerantes que les enseñan a murmurar unas cuantas frases y que los filman una y otra vez—, fingen actuar del modo más necio, leyendo sus frases en rótulos que les ponen detrás de la cámara. Y algunos de estos «actores» reciben Oscars. ¡Qué forma de burlarse del teatro! Y encima, la vida privada de los actores. El Dramaturgo recordaba los rumores que había oído sobre la Actriz Rubia: su promiscuidad antes de (¿y durante?) su conflictivo matrimonio, su consumo de drogas, su intento (o intentos) de suicidio, su vinculación con una serie de personajes salvajes y decadentes de la periferia hollywoodiense, entre ellos el heroinómano y alcohólico hijo del fichado Charlie Chaplin.

Ahora que había conocido a la Actriz Rubia, no podía creer nada de aquello, ni por un instante.

Ahora que había conocido a su Magda, no creería nada sobre ella que no hubiera descubierto él mismo.

—Lo que me produce mucho respeto en Magda es que tiene al niño porque lo quiere —dijo la Actriz Rubia con timidez, como una colegiala que transmite un secreto—. ¡Lo quiere, antes de que nazca! Es una escena breve, cuando habla al niño, un monólogo..., e Isaac no lo sabe, nadie lo sabe. Busca un hombre con el que casarse para que el niño pueda venir al mundo y... no lo rechacen ni lo desprecien. Puede que otra chica diera a luz en secreto y matara al niño. Bueno, es lo que hacían antes, las chicas pobres y solteras. Mi mejor amiga en el orfanato..., su madre quiso matarla..., ahogarla. En agua hirviendo. Tenía cicatrices por los brazos, como escamas de encaje.

Los ojos de la Actriz Rubia se anegaron en lágrimas. El Dramaturgo, instintivamente, hizo ademán de tocarle la mano, el dorso de la mano.

Reescribiría la historia. Estaba capacitado para ello.

La Actriz Rubia se secó los ojos, se sonó la nariz y dijo:

—Mi madre me puso Norma Jeane. Bueno, mi madre y mi padre. ¿Te gusta más que Norma?

—Un poco más —dijo el Dramaturgo con una sonrisa.

Le había soltado la mano. Con ganas de cogérsela otra vez, de inclinarse por encima de la mesa, de besarla.

Era una escena de película: no original, pero sí absorbente. Si se inclinaba por encima de la mesa, la joven rubia alzaría la cabeza, a la expectativa, y él, el enamorado, encerraría su cara entre las manos y pegaría su boca a la de ella.

El principio de todo. El fin de su largo matrimonio.

La Actriz Rubia, para disculparse, dijo:

—No me gusta mucho M-marilyn. Pero puedo llevarlo. Así me llaman ahora casi todos. Los que no me conocen.

—Puedo llamarte Norma Jeane, si lo prefieres. Puedo llamarte —y aquí su voz onduló con audacia— mi Magda.

—Ah. Eso me gusta.

—Mi Magda Secreta.

—¡Sí!

—Pero quizá Marilyn cuando haya otros cerca. Así no habría malentendidos.

—No me importa cómo me llames cuando haya otros cerca. Silba si quieres. Puedes llamarme diciendo: «Oye, tú» —la Actriz Rubia reía enseñando su preciosa dentadura blanca.

El Dramaturgo estaba profundamente conmovido, la había hecho feliz con rapidez.

También al Dramaturgo lo habían hecho feliz con rapidez.

—Oye, tú.

—Oye, tú.

Se echaron a reír como niños embriagados de entusiasmo. Repentinamente recelosos y asustados. Porque no se habían tocado aún. Sólo aquel roce de las manos. No se habían besado todavía. Saldrían del establecimiento a medianoche, el Dramaturgo le buscaría un taxi y entonces se besarían, con rapidez, con deseo pero con castidad, y se estrecharían la mano, se mirarían con anhelo y nada más. Aquella noche.

Delirante de emoción, el Dramaturgo recorrería andando las escasas manzanas que había hasta su piso a oscuras. Feliz por estar enamorado,

feliz por estar solo.

15

Como mi Magda, una muchacha del pueblo.

Sin cicatrices en los brazos. Sin cicatrices en el cuerpo.

Mi vida volvió a comenzar con ella. ¡Como Isaac! Un hombre para quien el mundo es joven otra vez. Antes de la historia y del Holocausto, recién nacido.

La verdad es que antes de ser amantes, el Dramaturgo, en público, raras veces llamó Marilyn a la Actriz Rubia, ya que era el nombre por el que el mundo la conocía familiarmente; y él, su amante, su protector, no era el mundo. Tampoco la llamó Magda o mi Magda en privado. Por el contrario, y sin darse cuenta, la llamaba querida, cariño, cielo, tesoro. Pues el mundo no tenía derecho a llamarla por estos nombres tiernos.

Sólo él lo tenía.

Cuando estaban solos, ella lo llamaba papá. Al principio jugando, para pincharle (bueno, le llevaba casi veinte años, ¿por qué no bromear con eso?), luego en serio y con los ojos destellando de amor y respeto. Cuando había otros delante, ella lo llamaba querido y a veces cielo. Raras veces se dirigía a él por su nombre de pila y nunca con diminutivos de ese nombre. Pues también éste era, en su caso, el nombre por el que el mundo lo conocía a él.

Inventar un lenguaje privado cada vez que amamos. El idioma de los amantes.

Vamos, papá..., tú nunca hablarás de mí, ¿verdad? A nadie más.

Nunca.

Ni escribirás sobre mí. ¿Papá?

Nunca, cariño. ¿No te lo he dicho ya?

16

Una epopeya estadounidense. Pearlman llamó por fin. Sabiendo que pasaba algo (pues su viejo amigo el Dramaturgo lo evitaba desde el ensayo), pero resuelto a no dar ningún indicio. Habló durante una hora seguida elogiando y analizando *La muchacha del pelo de oro*, y dijo que esperaba que el Ensemble pudiera montarla la temporada siguiente, punto en el que bajó la voz (tal como había previsto el Dramaturgo en esta escena) y añadió:

—A propósito de mi Magda..., ¿qué piensas? No está mal, ¿verdad?

El Dramaturgo temblaba de ira. Al final consiguió murmurar sólo unas palabras de educada conformidad.

—Pese a ser una actriz de Hollywood —dijo Pearlman con nerviosismo—. La clásica rubia idiota sin experiencia teatral. Notable, me parece a mí.

—Sí. Notable.

Pausa. Era una escena improvisada, pero el Dramaturgo no se esforzaba.

—Podría ser tu obra maestra, amigo mío —dijo Pearlman como si estuvieran discutiendo—. Si la trabajamos juntos —otra pausa. Silencio embarazoso—. Si... Marilyn hiciera el papel de Magda —pronunció Marilyn con voz tierna e indecisa—. Ya viste lo asustada que estaba. De «actuar en vivo», como dice ella. La aterroriza la posibilidad de olvidar alguna frase, por lo que dice. Quedarse «desnuda» en el escenario. Para ella todo es cuestión de vida o muerte. No puede fallar. Si falla, es la muerte. Respeto eso, es exactamente lo que yo pienso, o lo que debería pensar si no fuera la persona más cuerda que conozco. Le dije: «Sabes aprender de tus errores, Marilyn». «Pero la gente espera que cometa errores. Espera que fracase, para reírse de mí», dijo ella. Tenía tanto miedo durante el ensayo de la otra tarde que no hacía más que ir al lavabo. Le dije: «Marilyn, vamos a tener que ponerte un orinal debajo de la silla», y se partió de risa. Estuvo más relajada desde entonces. Ensayamos dos veces, ¡dos! Para nosotros no es nada, pero para ella tuvo que ser mucho. Me decía: «Debo mejorar. Mi voz debería ser más fuerte». Sí, cierto, tiene una voz débil. No la oirían desde las filas traseras de ningún teatro de más de ciento cincuenta localidades. Pero podemos desarrollar esa voz. Podemos desarrollarla a ella. «Ése es mi cometido», le dije. «Dadme talento y seré Hércules. Dadme

talento inusual y seré Yahvé.» «Pero el autor estará allí, el autor me oirá», repetía ella. Le dije: «Ésa es la idea, Marilyn. Es la intención del teatro contemporáneo: que el autor trabaje contigo». Con nosotros, esta mujer podría comprender su verdadero talento. En tu obra, en ese papel. Está hecho para ella. Es «una mujer del pueblo», como Magda. En serio, es más que una estrella de cine. Es una actriz teatral nata. No se parece a nadie con quien haya trabajado, salvo tal vez a Marlon Brando, los dos se parecen en espíritu. Nuestra Magda, ¿eh? Qué casualidad, ¿no? ¿Qué dices?

El Dramaturgo ya no escuchaba. Estaba en su estudio del tercer piso, mirando por la ventana el nublado cielo de invierno. Era un día laborable. Un día de indecisión. Sin embargo, estaba decidido, ¿o no? No podía hacer daño a su mujer, ni humillarla. Su familia. No podía caer en el adulterio. Aunque le costase la felicidad, la suya y la de ella. Cinco años antes, el Dramaturgo había sido de los que se habían negado sin alharacas a colaborar con el Comité de Actividades Antiamericanas en la persecución de comunistas, simpatizantes del comunismo y disidentes políticos. No podía pasar informes sobre conocidos a los que en realidad descalificaba en privado, hombres irresponsables y autodestructivos, proestalinistas que fanfarroneaban sobre el diluvio de sangre que se avecinaba. No podía pasar informes sobre conocidos que a lo mejor lo habrían traicionado (¡ah, pero no quería pensar en eso!) si hubieran estado en su lugar. Pues la suya era la intolerancia del asceta, del monje, del rebelde, del mártir.

También Pearlman había tenido roces con el comité. También Pearlman se había comportado con integridad. Eso no podía negarse.

¿Te la has tirado, Max? ¿O estás en ello? ¿Es eso lo que he de leer entre líneas?

—Si montáramos la obra, Marilyn estaría sensacional. Yo podría darle clases particulares durante unos meses. En la clase de interpretación ya reacciona. Tiene un caparazón exterior, como todos, que ha de atravesarse: por dentro es lava hirviendo. En la ciudad todos dirán que nuestro teatro está en peligro, que la reputación de Pearlman está en peligro, y Pearlman les demostrará, Marilyn les demostrará que puede ser el debut teatral del siglo.

—Un golpe maestro —dijo el Dramaturgo con ironía.

—Claro que —comentó Pearlman con pesar— podría volver a Hollywood. La han demandado. La Productora. Ella se niega a hablar del asunto, pero llamé a su agente de allí y el hombre me habló con franqueza; me explicó la situación: Marilyn ha incumplido el contrato, debe a La Productora cuatro o cinco películas, la han suspendido de sueldo, no tiene ahorros, y dije: «Pero ¿es libre de trabajar para mí?», se echó a reír y dijo: «Es libre si quiere pagar el precio, a no ser que quiera pagarlo usted», y yo le dije: «¿De cuánto dinero hablamos? ¿De cien mil? ¿De doscientos?», y él dijo: «De la friolera de un millón. Esto es Hollywood, no Broadway», añadió el soplapollas, parecía un tipo joven, más joven que yo, y se reía de mí. Entonces le colgué.

El Dramaturgo volvió a guardar silencio. El desprecio que sentía le produjo un ligero escalofrío.

Se había visto dos veces con la Actriz Rubia después de aquella primera noche. Habían hablado con seriedad. Sí, se habían cogido las manos. El Dramaturgo aún tenía que decir *Te quiero, te adoro*. Aún tenía que decir *No podemos seguir viéndonos*. La Actriz Rubia había hablado por los codos, pero no de su pasado hollywoodiense ni de sus dificultades económicas. Sin embargo, el Dramaturgo sabía, por lo que había oído o leído, que La Productora había demandado a Marilyn Monroe.

Qué poco tiene que ver con ella esa persona, esa presencia. Y con nosotros.

Max Pearlman habló otros diez minutos, pasando del éxtasis y la convicción a la agitación y la duda. El Dramaturgo lo imaginó retrepándose en su viejo sillón giratorio, estirando los robustos brazos, rascándose el peludo fragmento de barriga que quedaba al descubierto cuando se le subía el manchado jersey, y en las paredes del abarrotado y hediondo despacho, las fotos de actores vinculados al Ensemble, como Marlon Brando, Rod Steiger, Geraldine Page, Kim Stanley, Julie Harris, Montgomery Clift, James Dean, Paul Newman, Shelley Winters, Viveca Lindfords y Eli Wallach, sonriendo con afecto a su Max Pearlman; no tardaría en llegar el

día en el que el hermoso rostro de Marilyn Monroe fuera adjuntado a aquellos preciadísimos trofeos.

—¿Has hablado de tu obra con otro teatro? —preguntó Pearlman por fin —. ¿Es eso?

Y el Dramaturgo contestó:

—No, Max. No he hablado. Lo que pasa es que no creo que esté terminada y lista para representarse, eso es todo.

A lo que Pearlman, explotando, replicó:

—¡Mierda! Pues terminémosla juntos, por el amor de Dios, trabajemos en eso, tú y yo, y la tendremos lista la temporada que viene. Para ella.

Y el Dramaturgo dijo con dulzura:

—Max..., buenas noches.

Colgó con rapidez. Y luego descolgó.

Pearlman era de los que volvían a llamar y dejaban que el teléfono sonara hasta el infinito.

17

Engaño. También ella lo había llamado. La insistencia del teléfono semejante a un cuchillo en el corazón.

Hola, soy yo, tu Magda.

Como si hiciera falta que se identificase.

Una tarde, al contestar, se oyó la encantadora, la débil y cálida voz, canturreando sin previo aviso:

You ain't been blue

No, no, no

You ain't been blue

Till you've had that mood indigo.

Esther, su esposa, había vuelto de donde hubiera estado. Miami.

En la cara de él, en sus ojos tristemente culpables, lo comprendió todo.

Esta incómoda escena improvisada: las palabras de la Actriz Rubia resonando en sus oídos, en sus entrañas, en su alma, el recuerdo de su aroma, la promesa de tenerla, su misterio, en cómica colisión con las cejas arqueadas de Esther, sus maletas acumulándose en el vestíbulo, en el vestíbulo de aquel comprimido y viejo domicilio de clase media, estrecho hasta lo inverosímil porque los libros del Dramaturgo desbordaban las inestables estanterías de madera que llenaban toda la casa, sin excluir los cuartos de baño, y allí estaba el Dramaturgo, doblándose para levantar las maletas, y un bolso de Neiman-Marcus que sin saber cómo cayó a sus pies.

—¡Qué torpe eres! Mira lo que has hecho.

¡Cierto! Era un hombre torpe. No tenía gracia. No era romántico. No era amante.

Había empezado por llamarla querida. Cariño todavía no. ¡Ay, cariño todavía no!

Cogerse las manos, apretarse las manos. En su jazzístico y oscuro refugio clandestino. Donde nadie los reconocía. (¿De verdad no los reconoció nadie? ¿Un cuarentón acigüeñado y con gafas y una joven esplendorosa que se lo comía con los ojos?) Algunos besos. Pero ninguno de pasión todavía. Ninguno que fuera preludio del acto amoroso.

Compréndelo, por favor: mi vida no me pertenece. Tengo mujer, hijos, familia. Amándote hago daño a otros. ¡Y no quiero hacerles daño! Prefiero hacerme daño a mí mismo.

Y la Actriz Rubia sonreía y suspiraba, y así de bonitamente improvisó su parte de la escena. *Ay, Señor. Lo comprendo, ¡eso creo!*

Su mujer le dijo con animación:

—¿Me has echado de menos?

—Claro.

—Sí —dijo ella riendo—. Ya veo.

Desde la noche del ensayo, y con todo lo que ésta le había revelado sobre su propia audacia y la inutilidad de su arte, el Dramaturgo había sido incapaz de concentrarse en el trabajo. Apenas había podido estarse quieto. Por la mañana daba un largo paseo hasta el otro extremo del parque; el frío

era un bálsamo para su estado febril. Vagaba por los ventosos pasillos del Museo de Historia Natural, donde, de niño, y a semejanza de Isaac, había fantaseado y meditado, y se había perdido en la austera impersonalidad del pasado. Qué misterio: el mundo que nos precede nos da a luz, parece tratarnos con afecto al principio y luego se deshace de nosotros como un reptil que muda el pellejo. ¡Adiós! Pensó con furia: quiero que se recuerde mi paso por el mundo. Merecer el recuerdo. El Dramaturgo comprendía que la Actriz Rubia no quisiera tratarlo como a un igual. Advertía con astucia que estaba repitiendo un papel que ya había representado, quizá más de una vez, y por el que le habían dado un premio: era la mujer niña; él era el mentor adulto. Pero ¿qué quería ser? ¿El mentor paternal de aquella mujer o su amante? Seguramente los dos eran lo mismo para la Actriz Rubia. Para el Dramaturgo había algo morboso en ser ambas cosas, o en parecerlo. *Sólo puede amar a un hombre al que crea superior a ella. ¿Soy yo ese hombre?* ¡Conocía sus propios defectos! Era el más despiadado de sus críticos. Sabía lo dolorosamente inseguro que era al escribir; carecía de ese genio poético que es alquimia, magia, espontaneidad. Ese instante chejoviano que destella entre lo aparentemente vulgar, como en un cielo despejado. Un repentino asomo de carcajada, el ronquido de un viejo, el hedor de las manos de Solioni. *El sonido de una cuerda al romperse, que se apaga con tristeza.*

Él no habría podido crear a la Natalia de Chéjov. Ni siquiera habría comprendido que su «muchacha del pueblo» era demasiado buena y por tanto inverosímil, pero la Actriz Rubia lo había advertido por instinto. En sus obras puntillosamente forjadas no había tales destellos chejovianos, porque la imaginación del Dramaturgo era literal, a veces torpe; sí, admitía su torpeza, lo cual era una forma de sinceridad. ¡El Dramaturgo no habría traicionado a la verdad ni siquiera al servicio del arte! No obstante, lo habían recompensado por su labor; le habían dado el premio Pulitzer (que había surtido el inesperado efecto de que su mujer se sintiera al mismo tiempo orgullosa y celosa de él) y otros galardones; acabaría siendo un dramaturgo de primera fila. Porque sus obras estremecían el corazón, al igual que las de Chéjov. Y que las de Ibsen, las de O'Neill, las de Williams. Quizá por su misma sencillez estremecía con más fuerza el corazón de

Estados Unidos. Cuando se sentía optimista se decía a sí mismo que era un honrado artesano que construía barcos capaces y resistentes. Las rápidas y estilizadas naves de los dramaturgos poetas pasaban volando, pero la suya llegaba al mismo puerto que ellas.

Lo creía. ¡Quería creerlo!

Tus maravillosas obras. Tus preciosas obras. ¡Te admiro tanto...!

Y estas cosas se las decía una joven hermosa. Y hablaba con sinceridad. Con el aire de quien enuncia una verdad evidente. Había ido a la librería Strand en busca de aquellas obras suyas descatalogadas que no había leído aún, allá en su antigua vida.

Vivía en el Village, en un piso de la calle 11 Este que le había realquilado una amiga teatral de Max Pearlman. Nunca hablaba de su «antigua vida». Al Dramaturgo le habría gustado preguntarle: ¿te dolió la ruptura de tu matrimonio? ¿El hundimiento del amor? ¿O el amor no se «hunde», sino que se desvanece poco a poco?

Respeto el matrimonio. El vínculo entre un hombre y una mujer. Creo que debe ser sagrado. Nunca rompería un vínculo así.

Cómo lo miraba con aquellos ojos sonrientes y enamorados.

La Actriz Rubia lo conmovía profundamente, como una criatura perdida. Una criatura abandonada. Con aquel cuerpo voluptuoso. ¡Ah, su cuerpo! Cuando se llegaba a conocer a Norma Jeane (así pensaba el Dramaturgo en ella, aunque raras veces la llamaba; no era su privilegio, en cualquier caso) se veía que, para ella, su cuerpo era objeto de curiosidad. A veces parecía tener el extraño deseo de que el Dramaturgo entrase en colisión con ella, en un conocimiento común. Otros hombres la deseaban sexualmente, porque su cuerpo era lo único que podían ver; él, el Dramaturgo, era un hombre superior, la conocía de otro modo y por tanto nunca podría sentirse decepcionado.

¿Hablabas en serio? El Dramaturgo rió de lo que decía, con amabilidad.

—Sin duda sabes que eres encantadora. Y eso no es un debe.

—¿Un qué?

—Un debe. Una desventaja, un defecto.

La Actriz Rubia le dio un golpe en el brazo.

—Oye, no tienes por qué adularme.

—¿Te adulo diciéndote con toda franqueza que eres una mujer hermosa? ¿Y que eso no representa ninguna desventaja? —el Dramaturgo se echó a reír, con ganas de apretarle el brazo, la muñeca; con ganas de impresionarla aunque fuera un poco, de que reconociera la sencilla verdad de lo que le estaba diciendo. ¡No podía desear que él no fuera un hombre! Aunque al presentarse como lo hacía, infantil, anhelante, nostálgica, seductora, estaba claramente despertándole el deseo sexual.

A no ser que él lo estuviera imaginando. Lo del afán de la mujer por hacer que se enamorase de ella. Que dejara a su esposa, que la amase a ella. Que se casase con ella.

La Actriz Rubia había dicho que vivía para su trabajo y vivía para el amor. Y no tenía trabajo en el presente. Y no estaba enamorada en el presente. (Bajando los ojos, los trémulos párpados. ¡Pero quería estar enamorada!)

—El sentido de la vida —dijo al Dramaturgo con seriedad conmovedora— es ser a-algo más que nosotros mismos, ¿no? En la propia cabeza. En el propio esqueleto. En la propia historia. Por ejemplo, en el trabajo, nos dejamos algo nuestro en él; y en el amor, nos elevamos a un plano de existencia superior, no somos solamente nosotros —hablaba con tanta vehemencia que el Dramaturgo se preguntó si habría memorizado aquellas frases. La ingenuidad, el idealismo..., ¿imitaba a las jóvenes de Chéjov, inteligentísimas pero fatalmente engañadas? ¿La Nina de *La gaviota*, la Irina de *Las tres hermanas*? ¿O citaba alguna fuente más próxima, algún diálogo que el mismo Dramaturgo hubiera escrito años antes? Sin embargo, no podía dudarse de su sinceridad. Estaban en un oscuro reservado de un club de *jazz* de la Sexta Avenida, en el West Village, se cogían las manos y el Dramaturgo estaba algo borracho, y la Actriz Rubia había tomado dos vasos de vino tinto, ella, que raras veces bebía, y se le saltaban las lágrimas a causa de una crisis inminente, ya que al día siguiente la esposa del Dramaturgo volvía a casa—. Si fueras una mujer y amaras a un hombre, querrías tener un hijo de ese hombre. Un hijo significa..., bueno, tú eres padre, ya sabes lo que un hijo significa. Dejas de ser solamente tú.

—Sí. Pero un hijo tampoco eres tú.

La Actriz Rubia parecía tan desconcertada, tan inusualmente dolida (como si hubiera sufrido un rechazo), que el Dramaturgo le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí, ya que estaban en el mismo lado del reservado; ya no se veían con una mesa castamente puesta entre ellos. El Dramaturgo quería estrecharla entre sus brazos y que ella le apoyara la cabeza en el pecho, o que enterrase su rostro cálido y lloriqueante entre su cuello y su hombro, para consolarla y protegerla. La protegería de sus engaños. Pues ¿qué es el engaño sino el preludio del dolor? ¿Y qué, el dolor sino el preludio de la ira? Sabía, como padre, que un hijo puede entrar en nuestra vida para dividirla, no para darle sentido de totalidad; sabía, como hombre, que un hijo podía entrometerse en un matrimonio en apariencia feliz, que un hijo podía alterar, cuando no destruir irrevocablemente, el amor entre un hombre y una mujer; sabía, como ciudadano maduro durante décadas, que no hay ningún idilio en la paternidad, ni siquiera en la maternidad, sólo una simple intensificación de la vida. Cuando somos padres, seguimos siendo nosotros a pesar de todo, pero ahora con la desconocida y aterradora carga de ser padres. Quiso besar los párpados aleteantes de aquella hermosa joven que tan mágica le resultaba, tan evanescente, y decirle: «Naturalmente que te quiero. Mi Magda. Mi Norma Jeane. ¿Como podría no amarte un hombre? Pero no puedo...».

No puedo darte lo que pides. No soy el hombre al que buscas. Soy un hombre imperfecto, un hombre incompleto, un hombre al que la paternidad no ha alterado de modo apreciable, un hombre temeroso de herir, de humillar, de irritar a su esposa, no soy el salvador con el que sueñas, no soy ningún príncipe.

La Actriz Rubia replicó:

—Cuando tenía pocos meses, mi madre y yo éramos como la misma persona... Y cuando era niña. Ni siquiera necesitábamos hablar. Casi me podía transmitir sus pensamientos. Nunca me sentía sola. Ése es el amor al que me refiero, el que hay entre una madre y un hijo. Te saca de ti misma, es real. Yo sé que sería una buena madre porque..., no te rías de mí, ¿vale?, veo a un niño en un cochecito de paseo y tengo que contenerme para no

cogerlo y besarlo. «Oh, cielos», digo siempre, «¿me deja coger al niño un momento? ¡Es una monada!». Y me echo a llorar, no puedo evitarlo. Cuando era más joven y vivía en casas ajenas, me dejaban a mí al cuidado de los niños. Para cantarles y mecerlos, ya sabes. Hasta que se quedaban dormidos. Recuerdo a una niña, su madre no la quería, solían dejarla a mi cargo, la paseaba por el parque en el cochecito, esto fue después, cuando tenía ya unos dieciséis años, y le cosí un tigreito de trapo con tela de una tienda barata, la quería mucho. Pero yo quisiera que el mío fuera niño, ¿y sabes por qué?

El Dramaturgo se oyó preguntar por qué.

—Sería como su padre, por eso. Y su padre sería un hombre por el que yo estaría loca, y no dudes que sería un hombre maravilloso. Yo no me enamoro de cualquiera, ¿sabes? —la Actriz Rubia rió entre jadeos—. La mayoría de los hombres ni siquiera me gustan. Y a ti tampoco te gustarían si fueras mujer, cariño.

Los dos se echaron a reír. El Dramaturgo se moría de deseo. Oyó que su propia voz decía:

—Seguro que serías una madre maravillosa, querida. Una madre nata.

¿Por qué, por qué decía una cosa así? Una escena improvisada, el vehículo a toda velocidad fuera de control y no hay nadie al volante.

¡Conducción en estado de embriaguez!

La Actriz Rubia lo besó en los labios, suave pero eróticamente. Por la ingle y la boca del estómago le corrió una descarga de deseo que se extendió a todo el cuerpo.

Y se oyó decir, con voz tierna y espontánea:

—Gracias. Cariño.

El marido adúltero. No quería explotar a la Actriz Rubia. Era una niña, muy confiada. Quería avisarla, decirle: *¡Ojo con nosotros! No me ames.*

«Nosotros» quería decir él y Max Pearlman. Todo el mundillo teatral de Nueva York. La Actriz Rubia había peregrinado hasta allí como quien va a un lugar santo, para redimirse en el arte.

Para sacrificarse por el arte.

El Dramaturgo esperaba que hubiera peregrinado hasta allí para sacrificarse por él.

Su problema era que no había dejado de querer a su esposa. No era hombre que se tomara el matrimonio a la ligera, como muchos conocidos suyos. Incluso hombres de su generación, judíos educados como él en el liberalismo y la vida familiar. No soportaba las frívolas e imprudentes aventuras del sátiro de Pearlman; no soportaba que lo perdonaran con tanta facilidad las mujeres a las que trataba mal, incluida su atractiva pero ya madura esposa.

El Dramaturgo no había sido infiel a Esther ni una sola vez.

Ni siquiera después de haber adquirido rápidamente una fama modesta, en 1948, cuando vio con asombro, desengaño y turbación que despertaba un creciente interés entre las mujeres: las intelectuales, las señoritas de buena familia de Manhattan, las divorciadas, incluso las esposas de algunos amigos del mundo del teatro. Estaban indefectiblemente en las universidades en las que lo invitaban a hablar, en los teatros de provincias donde se representaban sus obras, inteligentes, animadas, atractivas, cultas, judías y no judías, mujeres del mundo académico, del mundo literario, esposas de empresarios prósperos, muchas cuarentonas y de ojos vidriosos, siempre encima del genio macho. Puede que se hubiera sentido atraído por alguna por aburrimiento, por soledad o por las habituales contrariedades del trabajo, pero nunca había traicionado a Esther; estaba aquel aspecto suyo, lúgubre, voluntarioso y contabilizador consagrado a los hechos. No había sido infiel a Esther, ¿es que esto no significaba nada para ella?

Mi preciada fidelidad. ¡Qué hipocresía!

No había dejado de amar a Esther y creía que Esther, a pesar de su ira y su resentimiento, tampoco había dejado de amarlo. Pero ninguno sentía ningún brote de deseo por el otro. ¡Bueno, ni siquiera un brote de interés! Desde hacía años. El Dramaturgo vivía tanto dentro de su cabeza que a

menudo los demás le parecían irreales. Cuanto más íntimos, menos reales. Una esposa, hijos. Hijos crecidos ya. Hijos que han adquirido distancia. Y una esposa a la que, literalmente, a veces ni siquiera miraba cuando hablaba con ella. («¿Me has echado de menos?» «Claro.» «Sí, ya veo.») La vida del Dramaturgo era las palabras, palabras dolorosamente escogidas, y cuando no palabras mecanografiadas con dos rápidos dedos en una Olivetti portátil, su vida era encuentros con productores, directores y actores, pruebas de declamación, lectura de papeles, talleres y ensayos (que culminaban en el ensayo general y los detalles técnicos), representaciones de tanteo y noches de estreno, críticas buenas, críticas menos buenas, lleno total, lleno a medias, premios y decepciones, una gráfica clínica de crisis continuas no diferente del accidentado curso de un esquiador que corre monte abajo por un terreno desconocido, con piedras entre la nieve, y o has nacido para esta vida delirante y disfrutas, por mucho que agote, o no has nacido para esta vida y lo que más sientes es agotamiento, hasta que deseas no sentir nada. El Dramaturgo no había querido casarse con una actriz, una escritora o una mujer con ambiciones artísticas, por eso se había casado con una joven buena, trabajadora y atractiva, de familia parecida a la suya y que había estudiado en la Escuela de Magisterio de Columbia. Después de la boda, Esther había enseñado matemáticas en un instituto durante una breve temporada, con eficacia pero sin entusiasmo; había querido casarse para tener hijos. Todo esto a comienzos de los años treinta, hacía una eternidad. El Dramaturgo era ahora un hombre importante y Esther, una de aquellas consortes de hombres importantes ante las que los observadores neutrales se preguntan: *¿Por qué? ¿Qué vería en ella?* En las reuniones sociales, el Dramaturgo y su mujer no gravitaban el uno hacia el otro de manera natural, no trababan conversación de manera natural, a lo sumo se miraban, sonreían y se alejaban. Ninguno de sus amigos comunes los habría presentado.

¡No era una tragedia! Sólo, creía el Dramaturgo, la vida normal. No la vida concentrada en escena.

Al Dramaturgo no le importaba que él y Esther no hicieran el amor ni se besaran con sentimiento desde hacía mucho. Cuando Eros ya no está, el

beso es el más extraño de los movimientos: labios dormidos que tocan y aprietan: *¿por qué?* El Dramaturgo sabía que si abrazaba a Esther, se pondría rígida y diría con ironía: «¿Por qué? ¿Por qué ahora?».

Difícilmente iba a decirle su marido: *Porque me estoy enamorando de otra mujer. ¡Ayúdame!*

A pesar de todo, el Dramaturgo creía que el amor de ambos no había dejado de existir, sólo que se había apagado. Como la sobrecubierta del primer libro del Dramaturgo, un delgado volumen de poemas publicado cuando tenía veinticuatro años, que había recibido reseñas de elogio y apoyo y del que se habían vendido seiscientos cuarenta ejemplares. En el recuerdo, la sobrecubierta de *The Liberation* era de un hermoso azul cobalto con letras amarillo canario, pero de vez en cuando comprobaba, y siempre con sorpresa, que el sol casi había borrado el fondo y que las letras antaño amarillas eran ya casi ilegibles.

Estaba la sobrecubierta del recuerdo y estaba la sobrecubierta visible a metro y pico de la mesa del Dramaturgo. Podría argüirse que las dos eran reales. Pero existían en tiempos distintos.

—Hablamos muy poco últimamente, cariño —dijo el Dramaturgo con voz vacilante, entre estanterías desbordantes, a la mujer con la que vivía en la atractiva y vieja casa de la calle 72 Oeste—. Esperaba, ahora que...

—¿Cuándo hemos hablado mucho? Hablabas tú.

Aquello era injusto. En realidad era inexacto. Pero el Dramaturgo prefirió olvidarlo sin decir nada.

Dijo otro día:

—¿Qué tal San Petersburgo?

Esther lo miró fijamente, como si el Dramaturgo hablara en clave.

En el escenario, los diálogos están en clave. El verdadero sentido del texto está debajo del texto. ¿Y en la vida?

El Dramaturgo, muerto de culpabilidad, llamó a la Actriz Rubia para cancelar la cita de aquella tarde. Iba a ir por primera vez al piso del Village en el que la Actriz Rubia vivía realquilada.

Recordaba las escabrosas escenas de porno blando que había en *Niágara*. Las piernas de la rubia asombrosamente abiertas, la V de sus ingles casi visible a través de la sábana subida hasta los pechos. ¿Cómo se las habían arreglado los responsables de la película para que los censores dejaran pasar aquellas escenas? ¿Para que la aprobase la censura de la Legión Católica de la Decencia? El Dramaturgo había visto la película solo. Por curiosidad.

No había visto *Los caballeros las prefieren rubias* ni *La tentación vive arriba*. Ver a Marilyn Monroe en papeles cómicos no le habría importado. Hasta que vio *Niágara*.

Explicó cautelosamente a la Actriz Rubia que durante una temporada no podría verla. Tal vez durante una semana o dos. Que lo comprendiera, por favor.

Con la animosa y apagada voz de Magda, la Actriz Rubia dijo que sí, que lo comprendía.

19

La sonata de los fantasmas. El Dramaturgo y Esther asistieron al estreno de un montaje de *La sonata de los fantasmas* de Strindberg que se representaba en el Circle in the Square, en Bleecker Street. Entre el público había muchos amigos, conocidos y colegas del Dramaturgo; el director de escena era un viejo amigo. El aforo del teatro era sólo de unas doscientas localidades. Poco antes de que las luces se apagaran se oyeron murmullos, el Dramaturgo se volvió y vio a la Actriz Rubia avanzando por el pasillo central. Al principio creyó que estaba sola, pues siempre le daba la sensación de que estaba sola, sola en su recuerdo, extraña y luminosamente sola, con aquella sonrisa vaga, dulce y nostálgica, con aquellos ojos parpadeantes y su aire de haber entrado allí por casualidad. Entonces advirtió que estaba con Max Pearlman, su mujer y su amigo común Marlon Brando; Brando era la pareja de la Actriz Rubia, hablaba y reía con ella mientras se sentaban en la segunda fila. Qué imagen: Marilyn Monroe y

Marlon Brando. Los dos vestidos informalmente, Brando con barba de tres días, el revuelto pelo por detrás de las orejas, cazadora de cuero raída y pantalón caqui; la Actriz Rubia envuelta en el abrigo de lana oscuro que había comprado en una tienda de Broadway que vendía restos del ejército. Iba con la cabeza descubierta; su pelo platino, de raíces oscurecidas, resplandecía.

El Dramaturgo, de un metro ochenta, se hundió en el asiento con la esperanza de que no lo vieran. Su mujer le dio un codazo y preguntó:

—¿Ésa es Marilyn Monroe? ¿Por qué no me la presentas?

El emisario

Los Dióscuros han dicho que echan de menos a su Norma y al niño.

En la bañera de patas como garras y brillante grifería de bronce, el Príncipe Encantado, desnudo. En el agua humeante que ella había cubierto generosamente de sales aromáticas, como cuando se prepara el baño de un dios. Para recibir al Príncipe Encantado. Para honrar al Príncipe Encantado. «Amo a un hombre —le había confesado de súbito—. Estoy tan profundamente enamorada de un hombre por primera vez en la vida que a veces quiero morir. ¡No, quiero vivir!». El Príncipe Encantado le dio un casto beso en la frente. No como un amante. Porque el Príncipe Encantado no podía amarla. Había amado a demasiadas mujeres y estaba harto del amor de las mujeres, incluso del tacto de las mujeres. Ella creía que el Príncipe Encantado le daría su bendición de este modo. «Sólo vivir —dijo ella—, y saber que él también vive. Que algún día podremos amarnos como marido y mujer». El Príncipe Encantado había acabado por despreciar a las princesas, pero a ella la llamaba Ángel. Desde el principio la había llamado Ángel. No la llamaba por ninguno de sus nombres, sólo Ángel. Arrastrando maliciosamente las palabras y con sus hermosos y crueles ojos muy cerca de los suyos, le dijo: «Ángel, no me digas que crees en el amor. Como quien cree en el más allá». Y ella, aturdida, respondió con rapidez: «Pero ¿no sabes que los judíos no creen en el más allá, como los cristianos?». El Príncipe Encantado dijo: «Tu amante es judío, ¿eh?», y ella dijo con viveza:

«No somos amantes. Nos amamos de lejos». El Príncipe Encantado se echó a reír y dijo: «Guarda esa distancia, Ángel. Y conservarás a tu amor». Y ella dijo: «Quiero ser una gran actriz, por él. Que se sienta orgulloso de mí». El Príncipe Encantado se tambaleaba. Y se tiraba de la camisa, que tenía empapada de sudor. Se había quitado ya la raída cazadora de cuero, que yacía en el suelo enmoquetado del piso de la calle 11 Este en el que ella vivía realquilada. Puede que el Príncipe Encantado no supiera dónde estaba exactamente. Era de esas personas a las que atienden otros, por ejemplo doncellas y lacayos. El Príncipe Encantado manipuló la hebilla del cinturón y la cremallera de la bragueta, que quedó parcialmente abierta. «Necesito un baño —afirmó el Príncipe Encantado—. Necesito asearme». Era una petición brusca e inesperada, pero ella estaba preparada para las peticiones bruscas e inesperadas de los hombres.

Ayudándolo a meterse en la bañera del fondo del piso, abriendo los relucientes grifos de bronce, echando sales de baño en la bañera y en el agua, que salía humeando, para darle la bienvenida, para hacerle los honores. El Príncipe Encantado era un emisario de su pasado y la aterrizzaba el mensaje que podía transmitirle, ya que se habían conocido hacía mucho, cuando ella era la Norma que vivía con los Dióscuros, antes de hacer *Niágara* y ser Marilyn Monroe, y no quería pensar en aquella época, y era posible que no pudiera pensar claramente, charlando con el Príncipe Encantado tal como las mujeres acostumbran para crear una música de fondo peliculera y exorcizar el terror del silencio. Al volverse, vio con consternación que el Príncipe Encantado, con movimientos torpes, había acabado por desnudarse del todo. Sólo conservaba los calcetines. Jadeaba a causa del esfuerzo invertido. Llevaba varias horas bebiendo y se había fumado un delgado cigarrillo arrugado del que emanaba un olor dulzarrón y que le había ofrecido (ella había dicho que no), y ahora jadeaba, tenía el rostro rojizo y los ojos soñolientos. Apartó con el pie los pantalones, los sucios calzoncillos y la sudada camiseta, que yacían en el suelo.

Ella sonrió asustada. No esperaba aquello. El cuerpo del Príncipe Encantado era muy... muy profundo. Un cuerpo provocativamente

entrevisto en las ocho notables películas que habían convertido al Príncipe Encantado en el actor cinematográfico más admirado del momento: un cuerpo varonil hermosamente esculpido, con los músculos pectorales visibles, pechos masculinos de forma perfecta y tetillas como granos de uva diminutos, una capa de vello negro arremolinado en el esternón y que se espesaba en la pelvis. El Príncipe Encantado tenía treinta y dos años y estaba en la cúspide de su belleza física: al cabo de unos años, la piel perdería su lustre arrogante, la carne se le aflojaría; al cabo de una década engordaría de manera visible, tendría barriga y mejillas colgantes; al cabo de dos décadas sería un gordo confeso y convicto. Con el tiempo, el Príncipe Encantado se inflaría como un muñeco de goma, hinchado con una bomba de bicicleta, como una caricatura intencionada de su joven yo. Al mirarlo, ella pensaba: «¡Si pudiera amarlo! ¡Si pudiera amarme! Somos libres de amarnos y salvarnos». El pene del Príncipe Encantado colgaba hinchado y triste en medio del crespo mechón de pelo pubiano, semierecto, inquieto; en la punta brillaba una solitaria perla de humedad. Ella retrocedió y chocó con la barra de las toallas. Los grifos estaban totalmente abiertos, el agua olorosa humeaba. Seguía sonriendo y muy nerviosa. Pues había un guión para aquella escena. *Querrá que se la chupe. Eso es lo que piden. Me cogerá por la nuca. ¿Y dónde estaba madre? En otra habitación. En la cama. Dormida y quejándose en sueños. Sólo Norma Jeane y un borracho desnudo, un hombre con el pene tieso y vibrátil, ojos sonrientes y entornados, y una boca besable, según reconocía Gladys sarcásticamente: «Sí, desde luego que es un príncipe, mientras se sale con la suya».*

Pero el Príncipe Encantado apartó a Norma Jeane, camino de la bañera, y apoyó las desnudas nalgas en el borde de porcelana. Envuelto en el aromático vapor que ascendía, indefenso y quisquilloso como un niño: «Ángel, ayúdame con estos putos...».

Se refería a los calcetines, no podía agacharse para quitárselos.

(De estos lamentables episodios tomaría nota el Francotirador. El Francotirador no haría juicios morales en sus escrupulosos informes, ya que no era ésta su misión. Al servicio de la Agencia. Para asuntos como las

actividades sospechosas de ser subversivas, las amenazas para la seguridad interior de Estados Unidos. Porque si la ciudadanía fuera inocente, no habría nada que ocultar. No habría ninguna culpa. Todos los ciudadanos serían informadores y no haría falta ningún Francotirador.)

Era su Magda, ¡suya! Llamaría a su amante. Lloraría por teléfono: «Te quiero, por favor, ven a mi lado enseguida. Esta noche». Los judíos son un pueblo antiguo, un pueblo nómada al que Dios bendijo y maldijo. Su historia es sin embargo una historia de hombres-dioses, Adán, Noé, Abraham, el dios padre de todos. Un linaje de hombres. Hombres que comprendían la debilidad de las mujeres y podían perdonarlas. *¡Te perdono! Por ser cobarde. Por no atreverte a amarme como te amo yo.*

Ah, sí, había visto al Dramaturgo en el teatro de Bleecker Street. Desde luego que lo había visto. La verdad es que sabía que estaría allí. Pese a haber llegado hacía poco a la ciudad sabía muchas cosas; tenía muchos amigos nuevos que le contaban cosas; cuántos desconocidos suspiraban por ser amigos suyos, hombres y mujeres de buena reputación deseosos de estar con Marilyn Monroe en público y de que los fotografiasen con ella.

Sí, te vi. Vi que apartaste la mirada y negaste a tu Magda.

En aquel pequeño teatro que olía a mohó, rígido y encogido junto a su esposa. ¡Aquella mujer, su esposa!

Soy Miss Sueños Dorados. La que un hombre merece.

¡Nunca lo llamaba por teléfono! Al Dramaturgo, al que admiraba más que a ningún hombre. Él era su Abraham: la conduciría a la Tierra Prometida. La habían bautizado de pequeña, se descristianizaría y se haría judía. *En el fondo de mi alma soy judía. Una judía errante que busca su verdadera patria.* Él vería lo sería que era ella y cómo se entregaba a su profesión. Pues actuar es a la vez un oficio y un arte, y ella quería dominar los dos. Era una joven inteligente, con dignidad, sentido del honor y un astuto sentido común. Un hombre como el Dramaturgo no podía sino amarla. Vería lo sensata que era su Magda: por lo pronto, del resentimiento y la histeria femenina había pasado a llevar un vestido de noche acolchado,

y mientras el Príncipe Encantado se remojaba al fondo del piso en la bañera de anticuario de porcelana, con grifería de bronce y patas en forma de garra, ella se recostó en un sofá para copiar en su diario unos versículos del Cantar de los Cantares. Había comprado una Biblia hebrea en la librería Strand y se había quedado boquiabierta, aunque aliviada, al comprobar que era el Antiguo Testamento con otro nombre.

Bésame con besos de tu boca, pues mejores que vino son tus amores.

Hete aquí que eres hermosa, amiga mía; hete aquí que eres hermosa; tus ojos son como palomas.

¡La voz de mi amado! Helo aquí que viene saltando por las montañas, brincando por las colinas.

Pues mira, el invierno ha pasado, la lluvia ha cesado, desapareció.

Las flores aparecen en la tierra, el tiempo de la poda ha llegado y el arrullo de la tórtola se oye en nuestro país.

Yo dormía, pero mi corazón velaba; oigo la voz de mi amado que llama a la puerta: «¡Ábreme, hermana mía, amada mía, mi paloma, mi pura».

Yo misma he abierto a mi amado, pero mi amado se había ido, había desaparecido.

El alma se me ha salido en su seguimiento.

Lo he buscado y no lo he hallado, lo he llamado y no me ha respondido.

Debió de quedarse dormida. ¡Le pesaba tanto la cabeza! Todo estaba ante ella, el esfuerzo de lo que le quedaba de vida.

Sí, volvería a Hollywood; haría otra película. Cómo evitarlo, si no tenía dinero; para que el Dramaturgo se divorciara y para la vida que iban a llevar juntos necesitaba dinero; y el dinero estaba a disposición de Marilyn Monroe, ya que no a la de ella. Volvería a la Ciudad de Arena como Marilyn. *Yo ya lo sabía. Sin saber que lo sabía.*

Sin embargo, volvería sabiendo de interpretación mucho más que antes. Después de los meses que había estudiado con Max Pearlman, su exigente tutor. Después de pasar meses de obediencia y avidez como una niña brillante a la que enseñan los rudimentos de la caligrafía, la lectura y la pronunciación.

«En ti late la promesa de una gran actriz», le había dicho él.

Si no era verdad, ella lo haría verdad.

El Príncipe Encantado era el más grande actor estadounidense de su época, del mismo modo que Laurence Olivier era el más grande actor británico de la suya. El genio del Príncipe Encantado parecía significar muy poco para el Príncipe Encantado; el éxito le inspiraba desprecio, no gratitud. *Yo no seré así. Trataré como me traten.*

Debió de quedarse dormida porque despertó bruscamente. Le invadía una sensación de miedo mortal. Eran las cuatro menos veinte de la madrugada. Pasaba algo. ¡El Príncipe Encantado! Hacía horas que estaba en el cuarto de baño.

Estaba en la bañera de patas de animal, en el agua tibia, con la nuca apoyada en el borde de porcelana, con la boca entreabierta, saliva en la barbilla, los ojos entornados y enseñando sólo un borroso arco de color gris, como de mucosa. Tenía el pelo mojado y el cráneo brillante como el de una foca. El cuerpo que le había parecido tan bellamente esculpido hacía unas horas estaba ahora doblado de un modo extraño, los hombros caídos, el pecho hundido, en la cintura un michelín, el pene reducido a un dedito de carne orientado lánguidamente hacia arriba en el agua sucia. ¡Había vomitado en la bañera! Estaba rodeado de grumos e islotes de vómito. *Pero respiraba, estaba vivo. Era lo único que me importaba.* Consiguió despertarlo. El Príncipe Encantado le apartó las manos y la insultó. Se puso en pie solo, chorreando agua hasta el suelo de baldosas, volvió a insultarla,

perdió el equilibrio, estuvo a punto de caerse en la resbaladiza bañera de porcelana y ella tuvo que sujetarlo para impedir que se abriera la cabeza, y lo estrechó entre sus brazos, que temblaban a causa del esfuerzo; pues el Príncipe Encantado era un hombre pesado, no alto pero sí macizo y musculoso. Le rogó, le suplicó que tuviera cuidado y él la llamó «guarra» (pero no sabía que era ella y no podía tener intención de ofenderla) aunque se agarró a ella con fuerza, y al cabo de unos minutos ella lo sacó de la bañera y lo tuvo sentado, balanceándose, murmurando y con los ojos cerrados, mientras ella empapaba un paño en agua fría y se lo pasaba suavemente por la cara, y le limpiaba lo mejor que podía los parches de vómito que tenía por el cuerpo, aunque temía que se pusiera a vomitar otra vez, que se desplomara muerto, ya que tenía la respiración irregular, la boca abierta y floja, y por lo visto no sabía dónde estaba, pero tras pasarle el paño varias veces se reanimó hasta cierto punto y consiguió ponerse en pie, y ella lo envolvió en una toalla grande y lo condujo al dormitorio con el brazo en su cintura, las pálidas y peludas piernas masculinas chorreando agua, igual que los pies, y ella reía con suavidad para darle a entender que todo estaba bien, que estaba a salvo con ella, que ella cuidaría de él; tropezando entonces e insultándola otra vez, «¡guarra, cretina!», cayó de costado en la cama con tal violencia que los muelles chirriaron y ella temió que se rompiera aquella cama que no era suya, la bonita cama de bronce de una amiga rica de Max Pearlman que vivía en París. A continuación le levantó los pies, pies pesados como ladrillos de hormigón, y le apoyó la mojada cabeza en una almohada, sin dejar de murmurarle, de tranquilizarlo, como había hecho a veces con el Ex Deportista y con otros ciudadanos de la Ciudad de Arena; se sentía ya mejor, más optimista ahora, Norma Jeane Baker era por naturaleza una joven optimista, o no se habría jurado optimismo eterno acuclillada en el tejado del orfanato, mirando la iluminada torre de RKO, a kilómetros de distancia, en Hollywood: *¡Lo juro! ¡Lo prometo! ¡Nunca, nunca me rendiré!*, y ahora comprendía que aquella ignominiosa y desagradable escena era en realidad una escena de cine: los contornos, ya que no los detalles, le parecían conocidos, y en un sentido romántico; ella era Claudette Colbert y él era Clark Gable; no, ella

era Carole Lombard y él era Clark Gable; había un guión para aquella situación, pero aunque no lo hubiera, los dos eran actores dotados y podían improvisar.

El Príncipe Encantado en mi cama. En fin, era un buen amigo, me dijo que lo llamara Carlo. Pero ¿fuimos amantes? Creo que no. ¿Lo fuimos o no lo fuimos?

Se puso a roncar al instante. Ella lo arropó y se encogió silenciosamente a su lado. El resto de aquella noche de pesadilla transcurrió entre sobresaltos e interrupciones. La agotaban las esperanzas y tensiones de la vida neoyorquina, una vida que no iba a redimirla. Sesiones de cinco horas diarias en el Ensemble, varias veces a la semana, y horas de intensa enseñanza privada con Max Pearlman o con cualquiera de sus impetuosos y jóvenes asociados; su amor por el Dramaturgo, el miedo de que se le escapara y en consecuencia ella muriese; un fracaso así como mujer la condenaría a muerte, porque ¿no había hablado la abuela Della con desprecio de su hija Gladys por no haber sabido retener a un marido, ni siquiera a un amante maduro que la mantuviera? Della riendo, diciendo entre jadeos: «¿De qué vale ser una perdida y una puta si a los treinta años no tienes nada?». Y a Norma Jeane le faltaban unos meses para cumplir treinta años.

Apoyó la cabeza con cuidado en el hombro del Príncipe Encantado. Él no la apartó. Su sueño era irregular pero profundo, como suele ser el sueño de los hombres. Rechinaba los dientes, se agitaba y daba patadas y sudaba, y hacia el amanecer había humedecido las sábanas, olía ya como si no se hubiera bañado, y el olor hizo que Norma Jeane pensara sonriendo en Bucky Glazer, en sus sobacos cenagosos y en sus pies pegados de tanta suciedad. Esta vez, con el nuevo marido, no cometería ninguno de los errores del pasado. Haría que el Dramaturgo se sintiera orgulloso de ella como actriz y que la amase más que a su mujer. Tendrían niños. Casi se imaginaba ya embarazada. *En la paz de aquella madrugada, hacia el amanecer, el niño volvió a acercárseme y me perdonó.*

Otto Öse había predicho cruelmente que moriría hecha una piltrafa en Hollywood, pero ése no iba a ser su destino.

Despertó a media mañana, se vistió sin hacer ruido, mientras el Príncipe Encantado seguía durmiendo, y fue a una tienda de la Quinta Avenida a comprar huevos, cereales, fruta y café de Java sin moler, y cuando volvió, el Príncipe Encantado ya estaba despierto y hacía guiños a la luz que le daba de lleno en los ojos enrojecidos, pero por lo demás en condiciones razonablemente buenas, sorprendiéndola con su humor, con su ingenio; le dijo que su propio olor le daba asco y que quería ducharse, y al correr otra vez hacia el cuarto de baño se rió de las aprensiones de ella, que se quedó en la puerta, escuchando, temiendo otra catástrofe, pero sin oír nada más alarmante que el golpe del jabón que se le cayó al Príncipe Encantado varias veces. Luego, frotándose el pelo con una toalla, el Príncipe Encantado miró en su armario y en los cajones de la cómoda en busca de ropa masculina, aunque fueran unos calzoncillos y unos calcetines. Y en la cocina le aceptó únicamente un vaso de agua fría, que bebió con cautela, como un hombre que caminara por la cuerda floja, sin red. A Norma Jeane la contrarió que no quisiera comer nada. ¡No le daba ninguna oportunidad! Bucky Glazer y el Ex Deportista habían sido buenos desayunadores. Ella tomaba únicamente café solo, para estimularse. Qué guapo era el Príncipe Encantado, incluso con los ojos enrojecidos, las muecas de la resaca y la «flojera intestinal», que decía él. Con las sucias ropas de la víspera, sin afeitar y el húmedo pelo cuidadosamente peinado. La llamaba Ángel y le daba las gracias. Ella le acarició la mano, sonriendo con tristeza mientras él hablaba con un entusiasmo poco convincente, como un personaje de Odets, de ellos dos actuando algún día a las órdenes de Pearlman, o haciendo una película juntos si encontraban el guión apropiado (pues también él despreciaba Hollywood, pero necesitaba el dinero de Hollywood); y ella pensando: qué ironía, ninguno de los dos recordaría claramente lo ocurrido la noche anterior, sólo que entre los dos había mediado cierta dosis de ternura. ¿Le había salvado la vida? ¿O se la había salvado él a ella? Y así quedaron unidos para siempre, aunque sólo fuera como hermanos.

Después de mi muerte, Brando se negaría a hacer declaraciones sobre mí. El único entre los chacales de Hollywood.

Cuando se disponía a irse de la casa recordó el mensaje que le habían dicho que transmitiera.

—Oye, Ángel, hace poco me encontré por casualidad con Cass Chaplin —Norma Jeane sonrió ligeramente. No dijo nada. Temblaba y esperaba que su amigo no se diera cuenta—. No lo veía, ni a él ni a Eddy G., desde hacía cosa de un año. Habrás oído algo de ellos, ¿verdad? Entonces me encontré con Cass en casa de no sé quién y me dijo que si te veía, que tenía un recado que darte.

Norma Jeane seguía sin decir nada. Habría podido decir con toda lógica: «Si Cass quiere darme un recado, ¿por qué no me lo da personalmente?».

—Me dijo: «Dile a Norma que *los Dióscuros echan de menos a su Norma y al niño*» —el Príncipe Encantado vio su expresión y añadió—: A lo mejor he hecho mal diciéndotelo. El muy capullo.

Norma Jeane se despidió y se fue corriendo a otro cuarto.

Oyó la voz de su compañero de aquella noche, titubeante: «Oye, ¿Ángel?». Pero no la siguió. Sabía, como sabía ella, que la escena había terminado; su noche compartida había concluido.

Brando y yo no hicimos ninguna película juntos. Era un actor demasiado potente para la Monroe. La habría destrozado, como a una muñeca barata.

Sin embargo, la escena con el Príncipe Encantado no había terminado aún.

Aquella tarde, al volver de una clase de interpretación, vio, en el instante sobresaltado y atónito en el que cruzó la puerta de la sala, algo parecido a un sepulcro de flores. Había varios ramos y en todos predominaban las flores blancas: lirios, rosas, claveles, gardenias.

¡Muy hermosas! Pero cuántas.

El olor de las gardenias casi lo inundaba todo. Los ojos le picaban y lagrimeaban. Sintió un principio de náusea.

Deseaba creer que las flores eran del Dramaturgo, del amante que le suplicaba que lo perdonara. Pero sabía que no eran de él.

Eran del Príncipe Encantado, por supuesto. Del amante que no podía amarla.

En una tarjeta con forma de corazón había escrito escrupulosamente con tinta roja:

ÁNGEL,
ESPERO QUE SI SÓLO UNO DE LOS DOS LO CONSIGUE,
SEAS TÚ.

TU AMIGO CARLO

Bailando en la oscuridad

Un abrigo viejo y andrajoso encima de un bastón. ¡Señor, había llegado a despreciarse a sí mismo!

Sin embargo: cerrando los enguantados puños mientras mira el paisaje cubierto de nieve recién caída, ve, como en una comedia musical en la que se realzan el sonido, el color y el movimiento, a la Actriz Rubia patinando con un joven actor del New York Ensemble. En realidad era el actor que había encarnado a su Isaac. Su Isaac patinando con su Magda. Era casi más de lo que un dramaturgo soportaría.

¿Y si se besaban? ¿Donde él pudiera verlos?

También corrían rumores sobre ella y Marlon Brando. En eso no podía permitirse pensar.

Ella había tenido muchos hombres. Muchos hombres la habían tenido a ella.

Unos amigos comunes habían comunicado al Dramaturgo que la Actriz Rubia iba a trasladarse a Los Ángeles; fortalecida por los meses de trabajo intensivo en el Ensemble, iba a reanudar el trabajo cinematográfico. Pero no en las condiciones de antes. La Productora no sólo había perdonado a Marilyn Monroe, sino que había cedido a una serie de peticiones. Aquello pasaría a la historia de Hollywood. Marilyn Monroe, desdeñada en la industria durante mucho tiempo, había derrotado a La Productora. En lo sucesivo tendría derecho de veto sobre el proyecto, el guión y el director. Y le habían subido el sueldo a cien mil dólares por película. *¿Por qué?*

Porque no podían inventar otra rubia que la sustituyera. Y que les hubiera hecho ganar tantos millones a cambio de tan poco.

No estaba celoso de la Actriz Rubia, quería lo mejor para ella.

Aquella tristeza profunda en sus ojos. Como en los ojos de la Magda de hacía treinta años a la que él, cegado por el amor adolescente, no había comprendido.

En la pista de hielo de Central Park, entre docenas de patinadores de todas las edades y vistosamente vestidos, la Actriz Rubia, con gafas negras, un gorro de piel blanco bajado hasta las orejas para ocultar hasta el último mechón y una bufanda también blanca alrededor del cuello, estaba patinando. Ella, que afirmaba que no había patinado sobre hielo en su vida, sólo sobre ruedas, de niña, en el sur de California.

Donde ella vivía, decía la Actriz Rubia con un guiño, no había hielo. Nunca.

No obstante, se advertía su titubeo con los patines. Mientras otros patinadores, más experimentados, pasaban veloces por su lado. Tenía los tobillos débiles; siempre se esforzaba por no perder el equilibrio. Impulsándose con los brazos, riendo, trastabillando y no cayéndose gracias al compañero que la sostenía diestramente, con un brazo en la cintura. Un par de veces, a pesar de la galantería masculina, acabó sentada en el hielo, pero se rió y, con la ayuda del hombre, se incorporó. Se sacudió el trasero y continuó. Los patinadores se deslizaban a su alrededor, la adelantaban; si alguno la miraba, no veía más que a una guapa joven de piel crema, con gafas oscuras y maquillaje reducido al mínimo. O ningún maquillaje. Llevaba su grueso jersey color brezo, y unos pantalones oscuros de tejido acolchado que el Dramaturgo no le había visto antes, y los patines de alquiler, de cuero blanco y hasta el tobillo. Aunque novata en el patinaje sobre hielo, saltaba a la vista que la joven era una deportista natural, seguramente una bailarina. Aquella agilidad. ¡Aquella energía! Lo mismo hacía el ganso para simular su torpeza que se movía con gracia y se deslizaba cogida de la mano de su compañero. El joven era un patinador hábil, tenía piernas largas y ágiles y un firme sentido del equilibrio; llevaba gafas de montura metálica que le daban, como al Dramaturgo a su edad, un

aire de estudiante judío, extrañamente atractivo. No llevaba en la cabeza más protección que las orejeras.

Estaban a mediados de marzo y aún hacía mucho frío en Nueva York. Del cielo azul cegador bajaba viento del norte.

Acongojado, enamorado, el Dramaturgo miraba. No había podido mantenerse a distancia. No había podido quedarse en su estudio, sentado a la mesa. Muerto de anhelo. (¿Tenía sin embargo derecho a introducir a la Actriz Rubia en su vida? El Comité de Actividades Antiamericanas andaba tras él otra vez; no era tanto una investigación como una persecución, un hostigamiento; tenía que buscar un abogado y pagar costas que no se diferenciaban de las multas; el último presidente del comité le había tomado una inquina especial al Dramaturgo desde que había visto una obra suya que al parecer «criticaba la sociedad y el capitalismo estadounidenses». Se sabía que la ficha que el Dramaturgo tenía en el FBI era «inriminatoria». El Dramaturgo pertenecía a un «cuadro de intelectuales neoyorquinos de orientación izquierdista».)

La Actriz Rubia patinaba y el Dramaturgo miraba. Pero había que reconocer (pensaba él mismo) que no hacía nada por ocultarlo. No era un hombre que ocultase nada. ¿Y qué sentido habría tenido? La calle 72 estaba cerca del parque e iba andando hasta allí con frecuencia; a menudo, para despejarse, paseaba por la nieve los días en los que casi todo Central Park estaba vacío. Sonreía al observar a los patinadores. De pequeño le había gustado patinar. Y había sido asombrosamente hábil. Durante su época de joven padre, ya instalado en Nueva York, había enseñado a sus hijos a patinar en aquella misma pista. De pronto le pareció que de aquello hacía muchos años.

La Actriz Rubia en la pista de hielo reluciente, riendo y resplandeciendo al sol.

La Actriz Rubia, que lo amaba como ninguna mujer lo había amado hasta entonces. A la que amaba como a ninguna otra mujer.

¡La Monroe! Una ninfómana.

¿Quién lo dice? He oído que lo hace por dinero. Está en las últimas.

Es frígida, odia a los hombres. Es tortillera. Pero es verdad, lo hace por dinero cuando puede ponerse precio.

El Dramaturgo sonreía mientras veía a su Magda en el hielo y a su Isaac cogiéndole la mano. El corazón le latía con una especie de orgullo.

Le extrañaba que los demás patinadores y los numerosos espectadores no la reconociesen. Que no la mirasen ni la señalaran ni la aplaudieran.

Sintió el impulso de aplaudir.

¿Habría advertido ella su presencia? ¿Lo había visto Isaac? El Dramaturgo estaba a plena luz y era una figura familiar para ambos. El Dramaturgo que los había creado. Su Magda, su Isaac. Ella era una muchacha del pueblo; él era un joven retoño del judaísmo europeo, deseoso de ser «del pueblo», deseoso de ser estadounidense, deseoso de eliminar todos los sueños de Entonces.

Es posible que, en realidad, el Dramaturgo fuera un superviviente del Holocausto. Es posible que todos los judíos vivos lo fueran. No era un asunto en el que el Dramaturgo quisiera pensar allí, en Central Park, bajo el sol deslumbrante de aquella tarde de fines de invierno.

En pie, alto como un tótem, en el borde de la terraza de losas, delante de la pista en la que los patinadores trazaban círculos continuos. ¡Una caja de música con figuras animadas! El Dramaturgo, al que los desconocidos solían reconocer en Manhattan. Con su abrigo negro y su gorro oscuro de astracán. Gafas de cristales gruesos. Cuando la Actriz Rubia y su pareja pasaron patinando, cogidos de la mano, hablando y riendo, el Dramaturgo no quiso volverse ni bajar los ojos. En aquella terraza, cuando hacía calor, se abría una cafetería muy concurrida a la que el Dramaturgo acudía con frecuencia, a media tarde, para hacer un alto en el trabajo. En invierno, las mesas y sillas metálicas se dejaban al aire libre. Habría acercado una silla al borde de la terraza para sentarse, pero estaba demasiado inquieto. ¡Aquella música! El *Vals de los patinadores*.

Se casaría con ella si ella quería. No podía dejar que se fuera.

Se divorciaría. En su corazón estaba ya divorciado. Nunca volvería a tocar a su esposa, nunca volvería a besarla. Pensar en la carne envejecida y

pintarrajeada de aquella mujer le daba asco. Sus ojos irritados, su boca dolida. Su virilidad había muerto con ella, pero pronto renacería.

Rasgaría su vida por la mitad por la Actriz Rubia.

Quería reescribir la historia de nuestra vida. ¡No una tragedia, sino una epopeya estadounidense!

Creía que tenía fuerzas suficientes.

¡Helo allí, alquilando unos patines! Nada del otro mundo. Metiendo los pies, sujetándose los bien. Y en el hielo, con los tobillos flojos al principio, con las rodillas rígidas al principio, pero enseguida con la habilidad de antaño; el puro ejercicio físico le producía una exaltación infantil. Patinaba al revés, en dirección opuesta a los demás patinadores. Parecía un hombre que supiese lo que hacía, no un viejo aturdido que agita los brazos para mantener el equilibrio. La música que sonaba ahora por los altavoces era *Bailando en la oscuridad*. Una canción escrita por un judío, pero que integrada parecía, como todas las grandes canciones populares de Nueva York. Una canción de amor y misterio, si se prestaba atención a la letra.

Mientras patinaba hacia la Actriz Rubia sonreía alegremente. ¡No tenía la menor duda! Era una escena que el Dramaturgo no habría podido escribir, ya que en ella no había ironía, sutileza. La Actriz Rubia lo había sacado de su cómodo y caliente estudio de la calle 72. Había tirado de él y él no tenía elección. Sonriendo como un hombre despertado por el sol tras haberse dormido en la oscuridad.

—¡Oh, Dios, mira!

La Actriz Rubia lo había visto y se deslizaba hacia él, radiante de alegría. No se sentía tan honrado ni tan contento desde que, en sus años de padre joven, sus hijos lo saludaban con aquellas explosiones de júbilo, como si no hubieran visto nunca a nadie tan maravilloso ni tan inesperado. La Actriz Rubia habría chocado con él si él no la hubiera detenido y sujetado. Trastabillaron a la vez en el hielo destellante. Eran amantes embriagados que estaban juntos. Cogiéndose las manos, riendo de placer. El joven actor que había hecho de Isaac se había apartado discretamente, pesaroso pero también sonriendo, pues se sabía privilegiado por asistir a

aquel encuentro, como sería un privilegio describírselo a los demás, contarles y recontarles el momento histórico en el que el Dramaturgo y la Actriz Rubia habían manifestado en público su amor en la pista de patinaje de Central Park aquel día de marzo.

—Te quiero.

—Cariño, *te quiero*.

La Actriz Rubia, con atrevimiento y temeridad, se izó de puntillas con los patines para besar en la boca al Dramaturgo.

Y aquella noche, en el piso realquilado de la calle 11 Este, la Actriz Rubia, desnuda, tras amar temblando de emoción, y con las mejillas arrasadas de lágrimas, cogió las manos del Dramaturgo entre las suyas, le acarició los dedos, se las llevó a los labios y las cubrió de besos.

—Qué manos tan bonitas —murmuró—. Tus preciosas, preciosas manos.

Él estaba profundamente conmovido. Conmovido hasta el alma.

Se casaron en junio, poco después de que él se divorciara y de que la Actriz Rubia cumpliera treinta años.

El misterio, la obscenidad

Un cruce entre la patología privada y el apetito insaciable de una cultura capitalista de consumo. ¿Cómo podemos entender este misterio? Esta obscenidad.

Esto llegaría a escribir el compungido Dramaturgo en cierta ocasión.
Pero aún tendrían que pasar diez años.

Cherie, 1956

¡Me gusta Cherie! Es muy valiente.

Cherie no bebe cuando tiene miedo. Nunca toma pastillas. Porque si Cherie empieza algo, sabe cómo ha de terminar. Dónde ha de terminar.

A Cherie la aterra volver al lugar de donde procede. Yo cerraba los ojos y veía una orilla arenosa, un riachuelo fangoso y poco profundo, y un único árbol, alto y delgado, con las gruesas raíces al aire, semejantes a venas. La familia vivía en una caravana abollada, rodeada de latas oxidadas y cepas. Cherie y sus hermanos. Cherie era la «mamaíta». Les cantaba, jugaba con ellos. Había tenido que dejar la escuela a los quince años para ayudar en casa. Puede que hubiera tenido un novio, un veinteañero. Este joven le rompió el corazón, pero no mermó su dignidad. Ni su espíritu. Cherie cosía juguetes de trapo para sus hermanos y hermanas y remendaba la ropa de la familia. Su indumentaria de cantante de cabaret da grima, con tantos sietes y zurcidos. Hasta las medias de malla negras tienen zurcidos. Cherie no era rubia platino, era rubia lejía. Antes tenía buen color de cara, de pasar mucho tiempo al aire libre, pero ahora está mortalmente pálida. Pálida como la luna. ¿Está anémica tal vez? Bo, el vaquero, le echa un vistazo y sabe que ella es su Ángel. ¡Su Ángel! Puede que siempre haya estado anémica, y sus hermanos menores también. Avitaminosis. Un hermano era retrasado mental. Una hermana había nacido con el paladar hendido y no había dinero para operarla. Cherie, de niña, escuchaba mucho la radio. Cantaba con la radio. Sobre todo canciones vaqueras y *country*. A veces lloraba, porque su

propia voz le rompía el alma. Yo la veía levantando a un niño con el pañal empapado y llevarlo a la caravana para cambiarlo. Su madre veía mucho la televisión, cuando funcionaba el aparato. Su madre era una cuarentona gorda y de piel cetrina, una borracha con la cara aplastada y arrugada, como masa de pan sin cocer. El padre de Cherie se había ido. Nadie sabía adónde. Cherie se fue a Memphis en autostop. Había allí una emisora de radio que ella escuchaba y esperaba conocer a algún pinchadiscos. Era un trayecto de trescientos kilómetros. Prefirió ahorrarse el dinero del autobús y subió a un camión que iba muy lejos. Qué guapa eres, le dijo el camionero. La más guapa que ha subido a este camión. Cherie se hizo la sorda, la muda y la retrasada mental. Y abrió la Biblia.

El camionero la miraba con tanto desenfado que se asustó y se puso a canturrear cantos bíblicos. Aquello calmó al camionero, muy deprisa.

Cómo terminó Cherie a los treinta años, en una taberna de Arizona, cantando *Old Black Magic* con el tono cambiado ante un público de vaqueros borrachos que no la escuchaban, nadie lo sabe.

Acosada por un vaquero loco por ella. Su Ángel. Siempre chillando, torpe como un novillo. A ella le daba mucho miedo, pero se enamorará y se casará con él.

Tendrá hijos a los que cantar y con los que jugar. Y a los que coser juguetes y zurcir ropa.

¡Papá, te echo de menos! Esto está lejísimos.

Cariño, cogeré el avión y te veré la semana que viene. Creí que te gustaba estar ahí. Las montañas...

Las montañas me asustan.

¿No decías que eran hermosas?

Ha pasado algo, papá.

¿Qué, cariño? ¿Qué ha pasado?

No... no lo sé.

¿Te refieres al plató? ¿Con el director, con otros actores?

No.

Cariño, no me asustes. ¿Es que... es que no te encuentras bien?

*No lo sé. Ya no recuerdo lo que es encontrarse bien.
Mi querida Norma, mi queridísima criatura, dime qué pasa.*

** * **

*¿Lloras, cariño? ¿Qué es?
No sé..., no sé cómo decirlo, papá. Me gustaría que estuvieras aquí.
¿Alguien te ha tratado mal? ¿Qué es?
Me gustaría que estuviéramos casados. Me gustaría que estuvieras
aquí.
Pronto estaré ahí, cariño. ¿Por qué no me dices lo que pasa?
Tengo... tengo miedo.
¿Miedo de...?*

** * **

*Cariño, esto es terrible. Te quiero mucho. Me gustaría serte útil.
Ya lo eres, papá. Por estar donde estás.
No... no estarás tomando demasiadas pastillas, ¿verdad?
No.
Porque es preferible ser un poco insomne a...
Ya lo sé. Me lo dijiste tú, papá.
¿Seguro que nadie te ha hecho daño? ¿Ni ofendido?
Creo que sólo es... que tengo miedo. El corazón me late muy fuerte a
veces.
Estás alterada, cariño. Por eso eres tan buena actriz. Te sumerges en tu
papel.
Me gustaría que ya estuviéramos casados. Me gustaría que me
abrazaras.
Cariño, me estás rompiendo el corazón. ¿Qué puedo hacer por ti?*

** * **

¿De qué tienes miedo, querida? ¿De algo en concreto?

*Nunca escribirás sobre mí, ¿verdad?
Cariño, claro que no. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?
Es lo que hacen. A veces. Los escritores.
Yo no soy los demás. Tú y yo no somos los demás.
Ya sé que no, papá. Pero a veces tengo mucho miedo. No quiero dormir...*

No habrás bebido, ¿verdad?

No.

Porque no toleras el alcohol, querida. Eres demasiado sensible. Tu metabolismo, tus nervios.

No bebo. Sólo champán, en las celebraciones.

Pronto tendremos celebraciones, cariño. Habrá mucho que celebrar.

Me gustaría que ya estuviéramos casados. Entonces no creo que tenga miedo.

Pero ¿de qué tienes miedo, cariño? Anda, intenta explicármelo.

** * **

No te oigo, cariño. Por favor.

Creo... que tengo miedo de Cherie.

¿De Cherie? ¿Qué?

Tengo miedo de ella.

Cariño, creí que te gustaba el papel.

¡Y me gusta! Me gusta Cherie. Cherie... soy yo.

Cariño, es posible que Cherie sea una parte de ti, pero sólo una parte. Tú eres mucho más de lo que Cherie podría ser.

¿De verdad? Yo creo que no.

No seas tonta. Cherie es una mujer cómico-patética. Una chica del sur de Alabama, dulce e ingenua, pero sin talento. Una cantante que no sabe cantar, una bailarina que no sabe bailar.

Es mucho más valiente que yo, papá. No desespera.

Pero ¿qué dices, cariño? Tú no desesperas. Eres una de las personas más felices que conozco.

¿Lo soy, papá?

Claro que sí.

Te hago reír mucho, ¿verdad? Y a otra gente.

Claro que sí. El mundo reconocerá algún día que eres una actriz extraordinaria.

¿De verdad?

Claro que sí.

Te gusté en el papel de Magda, ¿verdad? Te hice reír y es posible que te hiciera llorar. No eché a perder el papel.

Cariño, estuviste excelente en el papel de Magda. Fuiste una Magda más rica que la que yo había creado. Y Cherie será una interpretación más brillante aún.

A veces no sé lo que quiere decir la gente con esa palabra, interpretación.

Eres una actriz consumada, tú «interpretas». Como un bailarín baila en el escenario, y se despide. Como interpreta un pianista, un orador público. Tú eres siempre más grande que tus papeles.

Se ríen de Cherie. No la comprenden.

Se ríen porque les haces gracia. Tú haces que Cherie sea graciosa. La risa no es cruel, sino de simpatía. Se ven a sí mismos en ti.

¿La risa no es cruel? Puede que sí.

No cuando el intérprete la domina. Tú eres la intérprete y tú tienes las riendas.

Pero Cherie no sabe que hace gracia. Ella cree que será una estrella.

Por eso hace gracia. Es muy... inconsciente.

¿Está bien reírse de Cherie porque es «inconsciente»?

Cariño, ¿qué estamos discutiendo? ¿Por qué estás tan alterada? Claro que Cherie es graciosa, y también conmovedora. Bus Stop es una obra muy divertida y también conmovedora. Pero es una comedia, no una tragedia.

El final...

Bueno, es un final feliz, ¿no? Se casan.

Cherie no tiene a nadie más. Nadie más la quiere.

Cariño, ¡Cherie es un personaje de teatro! ¡De una obra de William Inge!

No.

¿Qué significa no?

Cherie, Magda..., las demás. No son solamente papeles.

Desde luego que sí.

Están en mí. Yo soy ellas. Son personas reales del mundo, además.

No te comprendo, cariño. Sé que no crees lo que dices.

Si no fueran reales en alguna parte, no podrías escribir sobre ellas. Y nadie las reconocería. Aunque tengan otro aspecto.

Está bien, cariño. Creo que sé lo que quieres decir. Tienes sensibilidad poética.

¿Y eso qué significa, que soy una rubia tonta? ¿Una tía burra?

¡Por favor, cariño!

Han llegado a llamarme guarra y cretina.

Cariño...

¡Me gusta Cherie! No me gusta Marilyn.

Cariño, ya hemos hablado de eso. No te alteres.

Pero la gente se ríe de Cherie como si tuviera derecho a hacerlo. Porque es un desastre. «No sabe cantar, no sabe bailar.»

No porque sea un desastre, sino porque tiene pretensiones.

Tiene esperanzas.

Cariño, no creo oportuno que hablemos así. Estamos muy lejos. Si estuviera allí...

Vosotros os reís de Cherie, la gente como tú. Porque tiene esperanzas y ningún talento. Es un desastre.

... te lo explicaría mejor. Te quiero mucho, me siento fatal cuando no nos entendemos.

Lo que pasa es que me gusta Cherie y quiero protegerla. De que la comparen con una mujer como Marilyn, ¿entiendes? Entonces es cuando se ríen.

Cariño, Marilyn es tu nombre artístico, tu nombre profesional, no una persona. Hablas como si...

A veces, por la noche, cuando no puedo dormir, lo veo claro. Dónde cometí el primer error.

¿Qué error? ¿Cuándo?

La luna brilla tanto aquí que molesta en los ojos. El aire es muy frío. Aunque corra las cortinas y me tape los ojos, sé que estoy en un paisaje extraño, incluso de noche.

¿Te gustaría que fuera antes, cariño? Puedo hacerlo.

¿Te he contado que fui a Sedona el otro día? Está al norte de Phoenix. Era como el principio del mundo. Aquellas montañas rojas... Y tan vacío... Y silencioso. Quizá fuese el fin del mundo. Como si fuéramos viajeros del tiempo y hubiéramos ido demasiado lejos y no pudiéramos volver.

Me dijiste que te pareció hermoso...

Sería hermoso en el fin del mundo. El sol estará totalmente rojo y llenará casi todo el cielo, eso dicen.

Ese error del que has hablado...

No tiene importancia, papá. Entonces no te conocía.

En todos los oficios se cometen errores, cariño. Lo que cuenta es lo que hacemos bien. Tú has hecho muchísimas cosas bien, créeme.

¿De verdad?

Desde luego que sí. Eres famosa: eso tiene que contar algo.

¿Para qué cuenta, papá? ¿Significa que soy buena actriz?

Yo creo que sí, sí.

Pero ahora soy mejor actriz. Desde Nueva York.

Sí. Lo eres.

¿Significa que debería estar orgullosa de mí misma?

Creo que deberías estar orgullosa de ti misma, sí.

¿Tú estás orgulloso de ti mismo, papá? ¿De tus obras?

Sí. A veces. Lo procuro.

Yo también lo procuro, papá. ¡En serio!

Ya lo sé, cariño. Eso es bueno y saludable.

Pero ahora todo el mundo me vigila, esperando que dé un patinazo. No estaban acostumbrados. Yo no era nadie entonces. Ahora soy Marilyn y están esperando. Como en Nueva York...

Cariño, estuviste magnífica en Nueva York. Fue tu primera actuación ante un público real y todos se quedaron impresionados y pasmados. Ya lo sabes.

Pero estaba muy asustada. Ay, Señor, qué asustada estaba.

Es el miedo escénico, cariño. Todos lo tenemos a veces.

No creo que pueda vivir con ese miedo. Me deja agotada.

Si actúas en el teatro, ensayarás durante semanas. Seis como mínimo. No será como aquella tarde.

Papá, me gustaría dormir por la noche, pero... tengo miedo de mis sueños. La luna brilla mucho, y las estrellas. Estoy acostumbrada a la ciudad. Si estuvieras aquí, sé que podría dormir. Te amaría, amaría, amaría y, ¡guau!, dormiría.

Pronto, cariño. Estaré ahí pronto.

Quizá no despertase nunca, si durmiese mucho.

No digas eso, cariño.

No, porque no puedo dejarte. Cuando estemos casados, no pasaré ni una sola noche lejos de ti.

No tendrás que hacerlo. Me encargaré de eso.

Papá, ¿te he contado lo de la escena del rodeo de la película? Cherie está allí, en las gradas. Le cuesta subir con los tacones altos y la falda estrecha. Tiene la piel muy blanca. La empalidecimos, con un maquillaje especial que me aplicaron, no sólo en la cara, sino en todo lo que se me ve. Es la única entre el público que parece... aquel ser extraño, triste y pálido como la luna. Una hembra. Las demás mujeres llevan pantalón de vestir o vaqueros, como los hombres. Se lo pasan bien.

¿Cherie no se lo pasa bien?

Es una atracción de circo, no se lo puede pasar bien. Yo subía por las gradas, el sol brillaba mucho, me mareé y me puse a vomitar. ¡No mientras filmaban!

¿Te duele el estómago? Cariño, ¿estás enferma?

Es Cherie, lo tensa que está. Porque sabe que la gente se ríe de ella aunque, como tú dices, sea «inconsciente».

No dije «inconsciente» en sentido peyorativo, querida. Sólo lo dije para explicarte...

No quiero sentir vergüenza toda la vida. Hay gente que se ríe de mí...

Que se vayan a la mierda. ¿Quiénes son?

Gente de Hollywood. En todas partes.

Escucha, por el amor de Dios, la revista Time va a sacar en portada un reportaje sobre Marilyn Monroe. ¿Cuántas actrices, cuántos actores han aparecido en la portada de Time?

Papá, ¿por qué dices eso?

¿Qué? ¿Qué pasa?

¡Les dije que era demasiado pronto! Les dije que no lo quería aún. No soy tan vieja...

Claro que no eres vieja. No lo eres en absoluto.

... como lo seré cuando esté preparada. Cuando lo merezca.

Cariño, es un honor. Pero no te lo tomes demasiado en serio. Ya sabes lo que es la publicidad. Esto es publicidad de Bus Stop. Tu «vuelta a Hollywood». No te hará ningún daño, al contrario.

¿Por qué lo has mencionado, papá? No quiero pensar en eso ahora.

Leeré el reportaje antes que tú, te lo prometo. No necesitarás ver la portada si no quieres.

Pero la gente la verá. En todo el mundo. ¡Mi cara en la portada! Mi madre la verá..., oh, ¿y si el periodista dice cosas feas sobre mí? Sobre mi familia. Sobre... ti.

Cariño, estoy seguro de que eso no ocurrirá. Será un reportaje celebratorio, «La vuelta de Marilyn Monroe a Hollywood».

¡Papá, estoy muy asustada! Preferiría que no me lo hubieras dicho.

Lo siento, cariño. Por favor. Sabes que te adoro.

Ahora ya no podré dormir. Estoy muy asustada.

Cariño, estaré ahí en cuanto pueda. Mañana por la mañana haré los preparativos.

Ahora es peor. Peor que antes. Faltan seis horas para empezar, para ser Cherie otra vez. Tengo que colgar, papá. ¡Te quiero!

Espera, cari...

Llamar al doctor Fell a su habitación del motel. Sin que importe la hora de la noche. El doctor Fell, sonriendo, con su maletín médico de urgencias.

Un paisaje rojo desierto. Por el día, una foto velada. Por la noche, un cielo tachonado de luces como gritos lejanos. No sólo obligan a apartar los ojos, sino a apretar las manos contra los oídos.

Lo que ocurría en Arizona, en los exteriores de *Bus Stop*, lo que había ocurrido en Los Ángeles, lo que ella no podía contar a su amante era una extrañeza demasiado elusiva para identificarse.

Había empezado durante el largo vuelo hacia el oeste. Después de haberse despedido del Dramaturgo en LaGuardia y haberlo besado, besado, besado hasta que les escoció la boca.

La misión que le aguardaba a él era el divorcio. La misión de ella, volver a Marilyn Monroe.

O había empezado durante el largo vuelo al oeste. El avión volando por delante del sol. Preguntó varias veces a la azafata (que servía bebidas) qué hora era en Los Ángeles, cuándo llegarían y cómo se ajustaba el reloj. Por lo visto no sabía calcular si eran viajeros del tiempo lanzados hacia el futuro o hacia el pasado.

El guión de *Bus Stop*, con sus numerosos añadidos, correcciones y pasajes tachados. Había visto la obra en Broadway, protagonizada por Kim Stanley, y en secreto creía que sería una Cherie más convincente. *Pero si fracasas. Están esperando.* Se había llevado también el gran ejemplar de segunda mano de *El origen de las especies ilustrado*, de Charles Darwin. ¡Allí había verdades profundas! Estaba deseosa de aprender. El Dramaturgo parecía impresionado por los libros que conocía, pero a veces sonreía como si ella hubiera dicho algo indebido o pronunciado mal una palabra. Pero ¿cómo va una a saber cómo se pronuncian las palabras cuando sólo se han leído? ¡Aquellos nombres de las novelas de Dostoievski! ¡Los nombres de Chéjov! Había cierta grandeza en aquellos nombres, pronunciados enteros.

Ella era la Bella Princesa que volvía al reino cruel que la había desterrado. Sin embargo, como Bella Princesa, perdonaba, lógicamente.

—Muy contenta. Muy agradecida. ¡Ya es hora de que Marilyn vuelva al trabajo!

»¿Qué conflicto? Oh, no hay ningún conflicto. Me gusta Hollywood y espero que a Hollywood le guste yo.

»Un individuo, igual que una especie, debe adaptarse o perecer. En un medio hostil. ¡Y el medio está siempre cambiando! En una democracia como la nuestra..., tantos descubrimientos sólo en la ciencia. El hombre no tardará en llegar a la Luna —reía sin aliento, porque todas las cosas se le revelaban, con los micrófonos adelantados hacia su cara—. Algún día, el misterio de los misterios, el origen de la vida. Bueno, yo soy optimista por naturaleza.

»Ah, sí, como Cherie, el personaje que hago en la película. Una inocente cantante barata, estancada en el Salvaje Oeste. Pero una optimista nata. Una estadounidense nata. ¡Me encanta!

¡Ah, desembarcar en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles! Puede que sintiera un poco de miedo y se negara a bajar del avión. Los emisarios de La Productora subieron a bordo. Muchísima gente esperaba la llegada de Marilyn Monroe: fotógrafos, periodistas, equipos de televisión, fans. Un rugido de catarata atronaba sus oídos. Estaba en Honolulu, estaba en Tokio. Pasarían dos horas y cuarenta minutos hasta que acompañaran a la Actriz Rubia hasta la limusina, que partió inmediatamente. Al fondo, las caras asustadas de los viajeros normales atrapados entre las inquietas multitudes y los cordones de la policía. ¿Un terremoto? ¿Un accidente aéreo? ¿Una bomba atómica que caía sobre Los Ángeles? «Es en broma», pensaba ella. En los periódicos de la mañana salieron fotos y artículos en primera plana.

MARILYN MONROE VUELVE A HOLLYWOOD.

MULTITUDES EN EL AEROPUERTO.

MARILYN MONROE VUELVE AL CINE.

MARILYN «OTRA VEZ EN CASA, FELIZ».

En las fotos aparecía la Actriz Rubia reproducida como una imagen reflejada en múltiples espejos. De frente, de perfil, por la izquierda, por la derecha, sonriendo, con sonrisa más radiante, lanzando besos, con boca de besar. Un ramo enorme en los brazos. En la primera página de *Los Angeles Times* había también artículos que informaban del encuentro entre el primer ministro británico Anthony Eden y el primer ministro soviético Nikolái Bulganin, y del encuentro entre el presidente Eisenhower y representantes de la recién fundada República Federal de Alemania. Había un reportaje de interés humano sobre las familias de los científicos «más secretos» implicados en la reciente prueba de la bomba de hidrógeno (¡equivalente a diez millones de toneladas de trinitrotolueno!) en el atolón Bikini, en el Pacífico Sur. Las inundaciones de Malibú se «cobraban» tres vidas. Una manifestación «pacífica» en Pasadena, encabezada por el reverendo Martin Luther King.

Para burlarse de mí, se dijo. De lo que soy.

Marilyn Monroe tenía otro agente, Bix Holyrod, de la agencia Swanson. Tenía un equipo de abogados. Tenía un «capitalista». Con el anticipo cobrado al firmar el contrato de *Bus Stop* hizo el primer ingreso de lo que con el tiempo sería un fideicomiso de cien mil dólares para su madre, Gladys Mortensen. Tenía una secretaria de prensa proporcionada por La Productora. Tenía un maquillador, una peluquera, una manicura, un experto en piel y vello que había estudiado en la Universidad de Los Ángeles, un masajista, un sastre, un chófer y una «ayudante general». Se alojaba provisionalmente en las lujosas Bel-Air Towers, cerca de Beverly Boulevard, por donde vagaría con frecuencia perdida y desorientada, sin poder encontrar la entrada del Edificio B. Tenía problemas con las llaves, ya que solía olvidar dónde las había puesto. En el piso amueblado que le habían cedido había una gobernanta y una cocinera a tiempo parcial que se dirigía a ella llamándola «señorita Monroe» entre susurros reverentes. Por debajo del perfume de las flores (pues el piso estaba siempre lleno de ramos), un lejano olor a fungicida. No metía flores en el dormitorio, ya que sabía que consumirían su oxígeno. Había media docena de enchufes

telefónicos en todo el piso, pero el aparato raras veces sonaba. Todas las llamadas para Marilyn se filtraban antes. Cuando descolgaba para hacer una llamada de cortesía, o no había línea u oía crujidos que (según le había dicho el Dramaturgo) indicaban que le habían pinchado el teléfono. Se cuidaba de tener echadas las persianas de todas las ventanas. El piso estaba en la segunda planta del edificio y expuesto a cualquier cosa. Dijo a la gobernanta que pusiera etiquetas en todas sus prendas e hiciera una lista exacta de la colada, ya que alguien le había dicho (Bix Holyrod, que pensaba que la cosa tenía gracia) que había un lucrativo mercado negro con la ropa interior de Marilyn Monroe. Asistía a comidas y cenas que se celebraban en su honor. En medio de estos acontecimientos se excusaba para llamar por teléfono al Dramaturgo, a su nuevo domicilio neoyorquino, un pequeño piso de un inmueble sin ascensor en Spring Street. Una de las fiestas más espléndidas en honor de Marilyn la organizó el señor Z, que desde hacía poco tenía una finca de estilo mediterráneo en Bel Air y una nueva esposa, de pelo bronceado y pechos que parecían una armadura. El señor Z había envejecido muy bien. Parecía más joven de lo que ella recordaba. Aunque unos centímetros más bajo que ella («mi principal atractivo, Marilyn») y algo jorobado, el señor Z tenía una flamante cabellera blanca de las que llaman leoninas y ojos de viejo sabio. El señor Z era un pionero de Hollywood, un «fragmento de historia» vivo.

Como siempre, el señor Z y Marilyn Monroe interpretaron un diálogo cómico que los demás escucharon con envidia.

—¿Todavía tiene usted el aviario, señor Z? ¡Aquellos pobres pájaros muertos!

—Yo colecciono antigüedades, querida. Creo que me confundes con otro maestro.

—Usted era taxidermista, señor Z. Todos admirábamos sus manos.

—Tengo la mejor colección privada del país de bustos romanos. ¿Quieres verla?

A estas fiestas nocturnas en ricas residencias de las colinas de Los Ángeles, y a las citas diurnas, la llevaba una limusina. Entrevistas, sesiones fotográficas, encuentros de preproducción en La Productora. Comprobó con

estupor que su chófer era el Chófer Sapo. *Así que no lo había imaginado después de todo. Nada de eso lo había imaginado.* El Chófer Sapo tampoco parecía haber envejecido. La postura rígida, perfecta, la piel blanda, arrugada, manchada y oscura, y los ojos brillantes y saltones. Ojos velados, no obstante. Gorra de visera, uniforme verde oscuro con botones dorados, como el Johnny de Philip Morris, pero a diferencia de aquel granuja de Johnny, cuya voz de falsete emplazó a miles de millones de estadounidenses nicotinómanos durante buena parte del siglo xx, el Chófer Sapo guardaba silencio. La Actriz Rubia le sonrió sin reservas.

—¡Ah, hola! ¿Me recuerda? —temblaba, pero estaba decidida a ser simpática y directa, pues todos deseamos que hablen bien de nosotros después de muertos, en particular las personas como el Chófer Sapo—. Una vez me llevó usted a la Casa de Expósitos de Los Ángeles. ¡Cómo lo pasamos! Y a otros sitios.

En el asiento trasero de la limusina, la Actriz Rubia, rodeada de vidrios oscuros, recorría la Ciudad de Arena *mientras mi corazón estaba en Nueva York, con el amante que pronto sería mi marido y que escribiría la verdadera historia de mi vida, en la que yo sería una estadounidense del pueblo, una heroína.* Al mismo tiempo, agotada y mareada (Marilyn Monroe sólo bebía champán, sólo Dom Pérignon), sonreía y pensaba: *Érase una vez un príncipe joven y apuesto al que una cruel maldición había convertido en sapo. Sólo si lo besaba una princesa joven y bella se rompería el hechizo y el príncipe joven y apuesto y la princesa joven y bella se casarían y vivirían felices para siempre.*

En mitad de este cuento se quedó dormida. Al llegar al punto de destino, el Chófer Sapo daría para despertarla unos golpecitos en el vidrio de separación, reacio incluso entonces a abrir la boca.

—¿Señorita Monroe? Hemos llegado.

Por lo general la llevaban a La Productora. El inmenso imperio que había tras aquellas murallas, al otro lado de la puerta y la garita de control. Donde hacía apenas una década había nacido Marilyn Monroe. Donde se había forjado el destino de Marilyn Monroe. Donde, décadas antes, se habían conocido sin duda los predestinados amantes que fueron los padres

de Marilyn Monroe. Ella era Gladys Mortensen, montadora de cine, pero también muy atractiva. Él era... (con toda sinceridad, la Actriz Rubia decía a los entrevistadores que no dejaban de preguntarle por su misterioso padre que éste aún vivía, sí; estaba en contacto con ella, sí; ella lo conocía, sí; pero no quería que el mundo lo conociese «y yo respeto sus deseos»).

Su antiguo camerino, antaño de Marlene Dietrich, estaba preparado. Ramos y cestas de flores esperaban. Montañas de correspondencia, telegramas, regalitos conmovedoramente envueltos. Abrió la puerta y la cerró, vencida por las náuseas.

Doc Bob se había ido de La Productora, había desaparecido como si nunca hubiera estado allí. Corría el rumor de que estaba cumpliendo condena por homicidio en San Quintín. («Se le murió una muchacha y se negó a deshacerse del cadáver.») Otro médico, el doctor Fell, se había hecho cargo de la enfermería. El doctor Fell era alto y de frente arrugada, con el buen aspecto de Cary Grant y una forma algo forzada de tratar a los pacientes. Los apabullaba con sus conocimientos freudianos; hablaba con naturalidad de la libido, la agresividad infantil reprimida y el malestar en la cultura, «al que todos contribuimos y que sufrimos todos». El doctor Fell estuvo de servicio en el plató de *Bus Stop* y luego voló a los exteriores de Arizona. A menudo, durante las noches insomnes de brillante luna, Cherie llamaba al doctor Fell, en pijama y bata de Cary Grant, a su habitación del motel, desesperada por dormir. «Sólo esta vez. Otra vez y la última. No me habituaré, ¡lo prometo!» El doctor Fell era un sacerdote que, en caso de urgencia, tenía autoridad para administrar Nembutal líquido por vía intravenosa; el simple roce de su mano, el tacto de su pulgar buscando una vena en la tierna cara interior del antebrazo de Cherie, era ya un alivio. «Oh, Señor. Gracias, gracias.»

En el plató de *Bus Stop* había habido al principio un clima de magia y buena voluntad. Ella era Norma Jeane, que era Marilyn, que era Cherie de memoria. Era una actriz que había estudiado el Método en el New York Ensemble; era la personificación del saber y el arte escénicos de Stanislavski. *El intérprete debe interpretarse siempre a sí mismo. Un sí mismo fundido en los hornos de la memoria.* Conocía a Cherie hasta los

más pequeños remiendos y jirones de su patético y grandioso vestido de cantante de cabaret. Conocía a Cherie tan íntimamente como había conocido a la Norma Jeane Baker de la agencia Preene, Miss Productos de Aluminio 1945, Miss Productos Lácteos del Sur de California 1945, Miss Hospitalidad por diez dólares al día, sonriendo con avidez, sonriendo para ser amada. ¡Oh, miradme! Contratadme. Era más feliz que con ningún otro papel cinematográfico. Pues hasta entonces nunca había elegido un papel. Al igual que una pupila de prostíbulo que o acepta al cliente que le imponen o recibe una tunda, había tenido que aceptar los papeles que La Productora le había impuesto. Hasta entonces. «Yo haré que améis a Cherie. Cherie os partirá el duro corazón.» Podía creer en sí misma y concentrarse como nunca. Las advertencias de Pearlman sonaban en sus oídos como los mandamientos de Yahvé. *¡Más al fondo! ¡Ve más al fondo! A la raíz misma de la motivación. Hasta los recuerdos que yacen enterrados como tesoros.* La voz paternal y amablemente imperiosa sonaba en sus oídos: *No dudes de tu talento, querida. De tu don incandescente. No dudes de mi amor por ti.* ¡Oh, no dudaba!

El director era un hombre distinguido al que La Productora había contratado a petición suya. No era un empleado de los estudios. Era un hombre de teatro al que el Dramaturgo valoraba mucho, un hombre independiente y muy suyo. Escuchaba con atención las sugerencias de la protagonista y supo reconocer su inteligencia, su perspicacia y su experiencia interpretativa mientras hablaban del personaje de Cherie; cómo tenía que vestirse, iluminarse, maquillarse, peinarse, incluso colorearse la piel. («Quiero un aspecto como de pelagra, de verde luna. Nada más que un asomo, quiero decir. Ha de ser sutil como un poema.») Por supuesto, el director debía el empleo a la protagonista y esto sin duda moderó su actitud; no desviaba la mirada con una sonrisa ni le seguía la corriente con exageración, como otros directores. Sin embargo, en su misma cortesía había algo turbador. Parecía demasiado educado con ella; demasiado reverente; incluso cauteloso. Su forma de mirarla cuando salía ella al plató con la indumentaria de corista de Cherie, descubriendo el nacimiento de los pechos y con las piernas enfundadas en medias de malla negras, como un

hombre en un sueño. Esperaba que aquel hombre no se hubiera enamorado de ella.

¡Y llegó un poco de buena suerte! Puede que más de la que merecía. El reportaje anunciado en la portada de *Time* era Marilyn en estado puro, no ella.

Bueno, yo no sabía que Marilyn fuese... tan carismática. Aquella mujer hechizaba como el bailoteo del fuego. En el plató y fuera del plató. A veces me quedaba mirándola y me olvidaba de dónde me encontraba. Tenía una larga experiencia como director y era inmune a la belleza femenina y desde luego también al atractivo sexual, pero la Monroe estaba más allá de la belleza femenina y mucho más lejos del sexo. Había días en los que ardía de talento puro. Había en su interior una fiebre que pugnaba por expresarse. Estaba claro que era el genio y puede que el genio se vuelva enfermizo si no consigue expresarse, que es lo que creo que al final le ocurrió a ella, por la forma en que se hizo pedazos durante los últimos años. Pero yo tuve a la Monroe en su mejor momento. No había nadie como ella. Todo lo que hacía en su papel estaba inspirado. Estaba tan insegura que quería hacerlo otra vez, y otra, y otra, y así lo bordaba. Cuando una escena le salía perfecta, lo sabía. Me sonreía y yo también me daba cuenta. Sin embargo, había días en los que estaba tan asustada que llegaba al plató con varias horas de retraso. O era incapaz de hacer nada en absoluto. Tenía toda clase de enfermedades: indigestión, inflamación de garganta, migraña, laringitis, bronquitis. Acabamos muy por encima del presupuesto. En mi opinión, valió la pena hasta el último céntimo. Cuando Monroe estaba en su elemento era como un buceador sumergiéndose en aguas profundas; si dejaba de respirar, se ahogaba. Creo que estaba enamorado de ella. La verdad es que estaba loco por ella. No deja de asombrarme, porque pensaba en ella como aquella tía palurda e imbécil, toda tetas y culo bamboleantes, y aquel ángel Marilyn Monroe entra graciosamente, me coge las manos y me dice: El guión es poca cosa, es facilón, superficial y

cursi, pero ella quiere reivindicarlo, quiere partirme el corazón con él, y bueno, el caso es que lo hizo.

Ni siquiera la nominaron para los Oscar de aquel año. Todo el mundo sabía que lo merecía por Bus Stop. ¡Cretinos!

Pasaba algo, le había dicho a su amante, pero no se había atrevido a contarle que cada mañana tenía que pasar más tiempo evocando a su Amiga Mágica delante del espejo.

Mientras que antaño, de niña, le había bastado con mirar en las vítreas profundidades para que llegase su guapa y sonriente Amiga del Espejo, deseosa de intercambiar besos y abrazos.

Mientras que antaño, siendo modelo fotográfica, le había bastado con posar como le indicaban. En las posturas que le sugerían. Cayendo en trance conforme aparecía su Amiga Mágica.

Mientras que antaño, trabajando de actriz de cine, le había bastado con presentarse en el plató, con ir al camerino y prepararse, y al ponerse ante las cámaras se producía una magia inexplicable, una fuerza sanguínea más poderosa que el sexo. Al recitar sus frases, que había memorizado sin esfuerzo, a menudo sin saber que se las sabía de memoria, nerviosa, asustada, revivía en aquel cuerpo prestado y era Angela, era Nell, era Rose, era Lorelei Lee, era la Vecina de Arriba. Incluso en la reja del metro, con el Ex Deportista como testigo de su degradación, había sido plenamente la Vecina de Arriba complaciéndose en su propio ser. *¡Miradme! Soy quien soy.*

Sin embargo, por extraño que pareciera, en el papel que ella creía que iba a ser el de su vida, el comienzo de su nueva vida como actriz cinematográfica seria, estaba llena de dudas. Estaba angustiada, muerta de miedo. Sólo salía de la cama cuando llamaban a la puerta con insistencia, sólo cuando ya llegaba tarde a la sesión de rodaje de la mañana. Y se miraba en los espejos: Norma Jeane y no Marilyn. Piel cetrina, ojos enrojecidos y el comienzo de algo fatalmente hinchado alrededor de la boca. «¿Por qué estás aquí? ¿Quién eres tú?» Oía una risa ahogada. Una burlona risa de hombre. *Zorra enferma, patética.*

Cada vez pasaba más tiempo invocando a Marilyn ante el espejo.

A Whitey, su maquillador, que la conocía más íntimamente que ningún amante o marido, le confesó:

—He perdido el valor. El valor de ser joven.

La respuesta de Whitey era invariablemente de reproche:

—¡Señorita Monroe! Usted es jovencísima.

—¿Y estos ojos? No, no lo soy.

Whitey le miraba los ojos en el espejo con un ligero encogimiento de hombros.

—Cuando haya terminado, señorita Monroe, veremos.

Whitey obraba su magia unas veces, y la cosa funcionaba. Otras veces no.

Al principio, en el plató de *Bus Stop*, la Actriz Rubia tardaba un poco más de lo habitual en estar lista para las cámaras. Aquella joven era tan naturalmente hermosa, tenía una piel tan luminosa y suave, y unos ojos tan vivos, que casi podía ponerse ante las cámaras con una ligera aplicación de polvos, lápiz de labios y colorete. Luego, en rápidas etapas, comenzó a tardar más tiempo. ¿Estaba Whitey perdiendo su arte? La piel de la actriz no quedaba bien, habría que limpiársela con loción y volver a maquillarla. A veces era el pelo lo que no quedaba bien. (Pero ¿qué defecto podía tener aquel pelo?) Mojado, arreglado y secado otra vez con un secador de mano. Mientras, Norma Jeane permanecía inmóvil ante el espejo, los ojos gachos como en una oración.

Ven, por favor. ¡Por favor!

No me abandones. ¡Por favor!

La misma a la que había desdeñado. Aquella Marilyn a la que despreciaba.

El Dramaturgo voló a Arizona para estar con ella. Aunque su vida estaba deshecha. Aunque (tenía miedo de decírselo a ella) había recibido una citación para comparecer otra vez en Washington, en el Salón de Convenciones de la antigua sede de la administración parlamentaria, para

dar cuenta de su participación en posibles actividades políticas «subversivas» y «clandestinas» durante su juventud.

Se quedó atónito al ver a la Actriz Rubia tan destrozada y tan... distinta. En ella ya no quedaba nada de la muchacha del pelo de oro y de la risa dorada.

Ayúdame. ¿Puedes ayudarme?

¿Qué es, cariño? Te quiero.

No lo sé. Quiero con desesperación que Cherie viva. No quiero que muera.

Le dolía la sangre de lo mucho que la quería. ¡Si era sólo una niña! Dependía tanto de él como, años antes, cualquiera de sus hijos. Más aún, porque sus hijos habían tenido a Esther y Esther siempre había estado cerca de ellos.

En la cama del motel, las persianas echadas para protegerse del resplandor del desierto, yacían acostados durante horas. Susurrándose, besándose, amándose, consolándose el uno al otro, porque el alma del Dramaturgo se deshacía cuando no estaba con ella y también él tenía miedo del mundo. Permanecían durante horas sumergidos en un sueño fantástico y crepuscular. Imaginaban (aunque quizá no fuera imaginación) que entraban en los sueños del otro, como si entrasen en el alma del otro. «Abrázame. Ámame. No me sueltes.» El paisaje irreal del desierto, montañas de roca roja y cumbres como cráteres lunares. El cielo nocturno, vasto, intimidatorio y sin embargo estimulante, tal como la Actriz Rubia había dicho.

Contigo me siento como si pudiera curarme. Contigo aquí. Si estuviéramos casados. Oh, cuándo nos casaremos. Tengo miedo de que ocurra algo que nos lo impida.

Con el brazo alrededor de la cintura de ella, él le hablaba del cielo nocturno. Decía lo que se le ocurría. Hablaba de un universo paralelo donde ya estaban casados y tenían doce hijos. Ella se echaba a reír. Él la besaba en los párpados. Le besaba los pechos. Le cogía la mano, se la llevaba a la boca y le besaba los dedos. Le dijo lo que sabía de la constelación de Géminis, pues ella le había dicho que era géminis: los Gemelos, los

Dióscuros, pero no gemelos belicosos, sino amantes, leales y entregados el uno al otro. Incluso después de la muerte.

Pudo verse que, un día después de la llegada del Dramaturgo, la Actriz Rubia comenzaba a revivir. El Dramaturgo, ya un héroe para algunos, fue más héroe todavía. Como si a la Actriz Rubia le hubieran hecho una transfusión de sangre. Sin embargo, el Dramaturgo no estaba exangüe y mustio, sino que también parecía fortalecido y rejuvenecido. ¡Un milagro!

Estaban muy enamorados. Bastaba con verlos juntos..., cómo se cogía ella de su brazo, cómo lo miraba. Y cómo la miraba él.

¿Cuál era el secreto del Dramaturgo? Dialogaba con la Actriz Rubia como ningún otro hombre lo había hecho. Sí, la abrazaba y la consolaba; sí, la mimaba como ningún otro hombre la había mimado; pero también le hablaba con franqueza. ¡Aquello le gustaba a ella! Que le dijeran sin rodeos que tenía que ser realista. Que tenía que ser profesional. Era una de las intérpretes mejor pagadas del mundo y tenía un trabajo que hacer. ¿Qué tenían que ver las emociones con aquello? ¿Qué tenían que ver las dudas sobre uno mismo?

—Eres una adulta responsable, Norma, y debes comportarte con sentido de la responsabilidad.

Ella, sin decir nada, lo besaba en los labios.

Sí. Tenía razón.

Casi deseaba que la cogiera por los brazos y la zarandease, con fuerza. Como había hecho el Ex Deportista, para despertarla.

El Dramaturgo seguía con su tema. Él había empezado escribiendo monólogos y el monólogo era para él una forma de hablar de lo más natural. ¿No la había alertado contra el exceso de teoría?

—Siempre he creído que eras una actriz natural. La intelectualización no hará más que mutilarte. En Nueva York te preparabas obsesivamente para las clases de interpretación, te agotabas al cabo de unas semanas. Es el distintivo de los aficionados. De los fanáticos. Puede que sea indicio de talento, pero no lo creo. En mi opinión, es preferible que un actor toque algo en bruto y sin explorar en un personaje. Era el secreto de John Barrymore. ¿Eres amiga de Brando? Es también una de las técnicas de

Brando. Aunque no te sepas de memoria el papel, aunque tengas que improvisar, en el idioma del personaje. Un buen actor de teatro nunca actúa dos veces del mismo modo. No repite frases, las dice como si no las hubiera oído antes. Es un consejo que Pearlman debería haberte dado, pero ya conoces a Max, con su pretencioso «método» de Stanislavski. Para mí, raya en la idiotez. ¿Crees que un pájaro podría volar si tomara conciencia del batir de sus alas y de sus pautas de vuelo? ¿Que podríamos hablar si fuéramos conscientes de cada palabra que pronunciamos? Olvídate de Pearlman. Olvídate de Stanislavski. Olvídate de las bobadas teóricas. El peligro del actor es ensayar demasiado. He visto montajes de obras mías en las que el director apretaba demasiado a los actores; daban lo mejor de sí antes del estreno, perdían ímpetu y se apagaban. Con Pearlman ha pasado ya. La gente dice que en los lugares donde ensaya quedan charcos de sangre; más bobadas. ¿Dices que conocías a Cherie por dentro? ¿Como a una hermana? Puede que no fuera conveniente. Puede que ni siquiera fuese verdad. Deberías haber admitido que Cherie es un misterio para ti. ¿No me dijiste que Magda era mucho más de lo que yo sabía? ¿Por qué no dejas que Cherie respire un poco? Confía en que Cherie te sorprenda mañana en el plató.

Otra vez, en silencio, temblando de gratitud, la Actriz Rubia se puso de puntillas para besar al Dramaturgo en los labios.

Sí, sí. Gracias a Dios. Él tenía razón.

Y al día siguiente por la mañana apareció en el plató la Cherie rubia platino y con palidez de pelagra, con su hortera blusa de encajes, la estrecha falda de raso negro, sujeta por un cinturón negro y ancho, las medias de malla negras y los zapatos negros de tacón alto. Ojos ennegrecidos, boca infantil roja y seductora, temblorosa y arrepentida. ¡Marilyn llegaba a su hora! No, era Cherie. Nos quedamos mirando a aquella mujer despampanante que se mordía las uñas como una muchacha en una clase de interpretación, o como una muchacha de carne y hueso, de corazón sencillo, que sabía muy bien que había sido mala y esperaba la regañina.

Arrastraba el sucio boa de plumas por el suelo, igual que Cherie. Habló con el dejo serio y arrastrado de Ozark, con una voz tan suave que casi no la oíamos.

—Bueno, caramba. Lo siento. Os pido perdón. Hice lo que no habría hecho Cherie, caer en la desesperación. No me comporté como un miembro responsable de esta producción. Estoy muy avergonzada.

Qué cojones. Nos olvidamos al instante de la ofensa, de la cólera, de la contrariedad que sentíamos. Rompimos a aplaudir espontáneamente. Adorábamos a nuestra Marilyn.

Después de un comienzo flojo, las cosas me van muy bien con esta nueva película. Se titula *Bus Stop*. ¡Espero que te guste!

Tenía la costumbre filial de enviar postales a Gladys, al hospital de Lakewood. Se las había mandado desde Nueva York.

Me gusta esta ciudad. Es una ciudad de verdad, no como la Ciudad de Arena. Si alguna vez quieres venir a verme, puedo arreglar el viaje. Los aviones van y vienen sin parar.

La ponía nerviosa llamarla por teléfono, desde que había salido de Los Ángeles. Creía que Gladys le echaría en cara que la hubiese abandonado. Pero no le reprochó nada por teléfono. Norma Jeane la había llamado desde Nueva York, al comienzo de su amor por el Dramaturgo, cuando ya sabía que se casaría con él y que sería el padre de sus hijos.

He hecho aquí amistades maravillosas, una es un profesor de interpretación de fama mundial y otra, un distinguido autor de teatro que ha ganado el premio Pulitzer. También he visto a mi amigo de Hollywood Marlon Brando.

Le había contado a Gladys lo de ir a comprar libros a la librería Strand. Era una librería de ocasión y había buscado en ella libros que hubiera tenido Gladys, pero no había encontrado ninguno. *Pequeña antología de la poesía*

estadounidense. ¿Se titulaba así? ¡Cuánto le gustaba aquel libro! Le gustaba que Gladys le leyera poesías. Ahora leía poesías sola, pero con la voz de Gladys. A estos detalles, Gladys respondía, con voz casi inaudible: «Eso está bien, querida».

De modo que dejó de llamar a Gladys y se limitó a mandarle postales con paisajes del suroeste.

Algún día vendremos aquí, cuando sea rica. Es «el fin del mundo», no hay duda.

Norma Jeane tenía tanto miedo de ver el metraje filmado durante la jornada, tanto horror a descubrir que Marilyn le había fallado, que, al margen de sus escenas, no sabía lo que sucedía en *Bus Stop*. Y sus escenas se filmaban y refilmaban tantas veces, estaban tan impregnadas de la fuerza de su interpretación, y el corazón le golpeaba tanto en las costillas que no sabía qué opinaría al verlas un espectador neutral. Como Cherie, se lanzaba de cabeza, sin pensar y con optimismo. Confiaba, como le había aconsejado su amante, en el instinto.

Por lo tanto, Norma Jeane no vio *Bus Stop* entera, desde el ruidoso y cómico comienzo hasta el final romántico-sentimental, hasta un preestreno que se celebró en los estudios de La Productora a principios de septiembre. No vería lo bien que había encarnado a Cherie hasta entonces, meses después. Cuando ya era una mujer casada. Sentada, con la mano de su marido entre las suyas, en la primera fila de butacas de la oscura sala de proyección. Entre una niebla de Miltown y Dom Pérignon. Norma Jeane era Marilyn, aunque tranquila y sedada. Las crisis primaverales de Arizona estaban tan lejos como las crisis de una desconocida. Fue una sorpresa para ella que *Bus Stop* hubiera quedado tan bien. En el papel de Cherie había hecho la interpretación más inspirada de su trayectoria profesional. Sin embargo, se le antojaba una amarga victoria, como la de una nadadora que consigue a duras penas cruzar las aguas turbulentas que han estado a punto de ahogarla. La nadadora sale dando traspiés por la orilla; el público, que no ha arriesgado nada, estalla en aplausos.

Y el público que llenaba la sala estalló en aplausos.

El Dramaturgo la protegía rodeando con el brazo sus trémulos hombros.

—Cariño, ¿por qué lloras? —le murmuró—. Has estado maravillosa. Eres maravillosa. Escucha esta reacción. *Hollywood te adora*.

¿Por qué lloraba? Quizá porque en la vida real, Cherie bebería como una esponja. Y le faltaría media dentadura. Y tendría que acostarse con los cabrones. Querer evitarlos habría sido absurdo por su parte, pero el guión era sentimental y cursi, y en 1956 no se podía correr el riesgo de que la Legión Católica de la Decencia la calificara de «autorizada para mayores con reparos». En la vida real, a Cherie la habrían apaleado y seguramente violado. Los hombres la habrían compartido. Que nadie me diga que el Salvaje Oeste no era así, conozco a los hombres. La habrían utilizado hasta dejarla embarazada o hasta que perdiera el atractivo físico, o las dos cosas. No habría habido ningún Bo, ningún vaquero guapo y cerril que se la echara sobre el hombro y se la llevase a su rancho de cinco mil hectáreas. Habría bebido y tomado drogas para seguir tirando hasta el día en que ya no pudiera levantarse de la cama, hasta que ya no pudiera ni abrir los ojos, y luego habría muerto.

La Corista (estadounidense), 1957

¿Señorita Monroe? Es la primera vez que viene a Inglaterra. ¿Cuál es su impresión?

Era el Reino de los Muertos. Cuyos habitantes se movían en silencio, como los fantasmas. Caras pálidas como el cielo de ópalo y un aire neblinoso y sin sombras. Y ella, la Actriz Rubia (estadounidense), entre ellos, bajo el mismo hechizo.

En aquellas islas del mar del Norte lo mismo estaban en invierno que en primavera. No había forma de predecirlo de un día para otro. Las rosas del azafrán y los narcisos florecían con osados colores brillantes, con un frío que pelaba. El sol era una luna difuminada en el cielo neblinoso.

Pronto dejaba de preocuparte.

—Cariño, ¿qué te pasa? Ven aquí.

—Ay, papá. Siento nostalgia.

El príncipe y la corista. El protagonista masculino era el renombrado actor británico O.

Ella era la Corista (estadounidense). De una compañía ambulante en un fabuloso país balcánico. Tetona y con unas nalgas que se bamboleaban enfundadas en raso resplandeciente. Cuando la Corista aparece por primera vez, poniéndose de prisa en la cola que rinde homenaje al gran duque del monóculo, se le rompe un tirante del vestido y su lozana pechuga queda prácticamente al aire.

—Es mala. Es vodevilesca. Es de los hermanos Marx.

—Cariño, es una *comedia*.

La Actriz Rubia era una atrevida rubia platino de Milwaukee, Wisconsin, con ascendencia irlandesa. Era la Cenicienta, era la Pobre Doncella. Cuyo improbable conocimiento del alemán complica la endeble trama. O era el remilgado Príncipe Regente. Encarnado por el renombrado actor británico con la garra y sutileza de un juguete de cuerda.

—¿Qué es la interpretación que hace? ¿Una parodia? No lo entiendo.

—No creo que su interpretación resulte paródica adrede. Él ve el argumento como una comedia de salón, es decir, con cierto estilo teatral. Con cierto aire de artificio. No es un actor del Método.

—¿Es que quiere sabotear la película? ¿Por qué? ¡Es el director!

—Querida, no quiere sabotear la película. Lo que pasa es que su técnica es diferente de la tuya.

El Príncipe y la Corista estaban destinados por el guión a *enamorarse* mientras vivían aquel cuento de hadas. Aunque su *enamoramiento* resultaba tan creíble como el amor entre dos muñecos animados y de tamaño natural.

—Desprecia su propio papel. Y a mí.

—Eso no puede ser verdad.

—¡Míralo! Fíjate en sus ojos.

Estaba obligada a verse a sí misma a través del ojo apagado en el que O se ponía el monóculo: la pechugona actriz estadounidense, el pelo rubio platino de algodón de azúcar, labios escarlata y ademanes adornados con estremecimientos. La Corista era una joven del pueblo (estadounidense), sin pelos en la lengua, y el Príncipe era el aristócrata (europeo) reservado y plegado a la tradición. Fuera del plató, O era fríamente educado, incluso cortés con la Actriz Rubia, pero en el plató, ante las cámaras, la menospreciaba. Estaba tan fuera de lugar entre aquellos actores shakespearianos de academia como lo habría estado Cherie, la pobre *cantante* de cabaret.

Marilyn Monroe era la gallina de los huevos de oro (estadounidense) en la idea británica que se había hecho O de la riqueza hollywoodiense. El

desprecio de O por Hollywood y por Marilyn desprendía un olor que los chillones perfumes de ésta no podían ocultar.

La forma en que O pronunciaba «Mari-lyn».

O, director de la sentenciada película, además de protagonista masculino. Su acento británico semejante a un cuchillo golpeando la porcelana.

Dirigiéndose a ella como se habría dirigido a una niña retrasada. Pero sin sonreír. «Mari-lyn. Querida, ¿podría hablar usted con un poco más de claridad? Con más coherencia.»

Ella no replicaba. Él podía acercarse y escupirle en la cara. Era Norma Jeane Baker embutida en un vestido que le desnudaba buena parte del pecho, el cuero cabelludo le picaba a causa del agua oxigenada que le habían aplicado por la mañana y su mente iba despacio, como un reloj al que no han dado cuerda. Repentinamente transportada a un sueño. Cuatro horas y cuarenta minutos de retraso aquel día. Tosiendo, por lo que algunas escenas tendrían que repetirse. Recitaba con titubeos; había empezado a olvidar los párrafos más sencillos. Cuando antes memorizaba con tanta facilidad. Cuando antes memorizaba incluso las intervenciones de otros actores. Los poros de su frente y su nariz rezumaban grasa que traspasaba la gruesa capa de maquillaje.

O la miraba por el monóculo. Se quitaba el monóculo y le dirigía una sonrisa forzada que parecía una mueca.

Saltaba a la vista que el gesto quería ser ocurrente. Ocurrencias de salón.

«Mari-lyn, querida muchacha. Sea usted sexy.»

La semana anterior había estado indispuesta por culpa de una indigestión. Vomitando toda la noche. El Dramaturgo había sido su enfermero, su marido abnegado y angustiado. Había adelgazado tres kilos. Hubo que ajustarle la ropa. La cara le adelgazó también. ¿Habría que repetir las escenas ya filmadas? La semana anterior sólo había podido completar la jornada, de la mañana a la tarde, en una ocasión. Los demás actores la trataban con simpatía cautelosa. *Como si mi indisposición fuera contagiosa. ¡Cuánto deseaba que me quisieran!*

Fue una exquisita venganza, la venganza de la estadounidense. El renombrado actor británico había esperado estallidos emocionales, histeria en bruto; lo habían avisado de que la Actriz Rubia era «difícil». No había esperado una venganza tan pasiva y mortal.

Pensar que yo era una Desdémona rubia e idiota. Mi secreto es que Marilyn es Yago.

Se alejaba a hurtadillas para esconderse. Se echaba a reír. No, estaba loca de dolor, de confusión.

—O tiene la culpa de mis malestares. Me ha echado una maldición.

—No pienses así, querida. Te admira en serio...

—Cuando me toca, su piel se arrastra. Las ventanas de la nariz se le contraen. Lo he visto.

—No exageres, Norma. Deberías saber...

—¿Es que huelo mal? ¿Qué es entonces?

La verdad es, Marilyn, que has encontrado a un hombre que no te desea. Un hombre al que no has conseguido seducir. Que desea tanto joder contigo como joder con una vaca. Uno entre millones.

¡El Dramaturgo! ¿Qué podía pensar y qué podía hacer?

Aquella mujer era su esposa. La Actriz Rubia, *su esposa*.

Allí, en Inglaterra, empezaba a comprender la esencia de la misión que tenía ante sí. Como el explorador pedestre empieza a comprender, cuando cambia el terreno y aparece ante sí un paisaje nuevo, asombroso e inesperado, los problemas que le aguardan.

¡Se había convertido muy deprisa en su enfermero! En su único amigo.

Sin embargo, también era amigo de O. Hacía mucho que lo admiraba. Sus obras no estaban hechas para un actor con el currículum y la trayectoria de O; pero el Dramaturgo respetaba a O y agradecía la compañía y la conversación de O. Daba por sentado que O había accedido a dirigir aquella película sobre todo por dinero; sin embargo, creía que O era un actor demasiado profesional y un hombre demasiado honrado para no poner lo mejor de sí en el proyecto.

Como hombre de teatro, el Dramaturgo estaba preparado para dejarse fascinar por el cine y para aprender lo que pudiera. La verdad es que había empezado a escribir un guión cinematográfico, el primero.

Un guión para su mujer, la Actriz Rubia.

Pero el cine le desconcertaba y aturdíala. No estaba preparado para la conmoción, para el trajín incesante. ¡Cuánta gente! El espacio brillantemente iluminado en el que trabajaban los actores estaba rodeado por un ejército de técnicos, el cámara, el director y los ayudantes de éste. Las escenas se comenzaban y se interrumpían, se comenzaban otra vez y se interrumpían, y volvían a comenzarse y a interrumpirse; las escenas se filmaban y refilmaban; había una preocupación maníaca, frenética por el maquillaje y el peinado; había en aquella aventura una cualidad artificial y casi onírica, una miseria y una mediocridad de espíritu que le molestaban profundamente. Empezaba a entender por qué O, educado como hombre de teatro, actuaba de un modo tan singular y señorial delante de las cámaras. El Príncipe era del todo artificial, mientras que la Corista era «natural». A veces era como si hablasen idiomas diferentes; o como si se hubieran yuxtapuesto dos géneros radicalmente distintos, la comedia de salón y una modalidad de realismo. La verdad era que la Actriz Rubia parecía la única intérprete que supiera actuar para la cámara mientras se comportaba como si estuviera actuando para los demás actores; pero había titubeado tanto su seguridad ya al comienzo de la producción, se había agitado tanto su entusiasmo infantil por culpa de la frialdad de O, que también ella había perdido el paso.

—No lo entiendes, papá. Esto no es el teatro. Es...

La voz de la Actriz Rubia se desvanecía. En realidad, ¿qué trataba de explicar?

Aquella misma noche se acercó a él y le tiró del brazo como si hubiera preparado lo que iba a decir.

—¡Escucha, papá! Lo que hago es decirme a mí misma que estoy sola. Pero hay otra persona allí, quizá más de una, ¿no? Yo no sé quiénes son, pero hay una intención en el hecho de que estemos allí. Bueno, estamos en aquel lugar que quiere ser una habitación, aunque podría ser la calle o un

coche, y hay una lógica en esto. Averiguamos por qué estamos allí y qué somos para los otros representando la escena —le sonrió con nerviosismo. Cuánto deseaba que él lo entendiera. El Dramaturgo estaba conmovido; le acarició la acalorada mejilla—. Por ejemplo, tú y yo ahora, ¿no, papá? Estamos aquí juntos y hacemos que tenga lógica. Nos hemos enamorado... y estamos juntos porque tiene lógica. No se trata de que podamos saberlo por anticipado. ¡No podemos! Estamos en un círculo de luz y fuera está la oscuridad, y estamos juntos y solos en el mar de la oscuridad como si fuésemos en una barca, ¿entiendes? La situación nos asustaría, a menos que tuviera una lógica. ¡Pues la tiene! Por eso, incluso cuando estoy asustada, como aquí en Inglaterra, con gente que me odia... Stanislavski dice: «Es la soledad en público».

Al Dramaturgo le habían apabullado las vehementes palabras de su esposa, aunque apenas las había entendido. La abrazaba con fuerza, con fuerza. Aquella mañana habían vuelto a decolorarle las raíces y la raya del pelo y emanaba un olor punzante, químico y nauseabundo que desasosegaba las aletas de la nariz del Dramaturgo. Hacía mucho que la Actriz Rubia había dejado de percibirlo.

Allí, en el Reino de los Muertos, empezó a hundirse. Hasta la médula de los huesos se le convirtió en plomo. En aquel helado reino submarino de súbditos pisciformes que la aterrorizaban.

¡Me odian! ¡Sus ojos!

El Dramaturgo era emisario de O, del mismo modo que era, o esperaba ser, su amigo. El Dramaturgo y O, el renombrado actor británico, estaban casados con actrices «temperamentales».

La Actriz Rubia oyó una carcajada de burla. El Dramaturgo, como un personaje serio en una película de los hermanos Marx, dijo:

—No, cariño. Son sólo las cañerías.

¡Las cañerías! Tuvo que echarse a reír.

—¿Qué te pasa, cariño? Me estás asustando.

La Actriz Rubia soñó con pitones de plomo que se materializaban junto a su cama. En aquellas habitaciones suntuosas, en aquella vieja casa de

piedra, en aquel reino de humedad perpetua. Era verdad, las gastadas cañerías gruñían, chillaban, escupían. La risa de burla pasaba por aquellas cañerías como por un tubo acústico. El Dramaturgo lo mismo estaba preocupado que mimoso, impaciente, paciente, suplicante, al borde de la amenaza, otra vez preocupado, angustiado, mimoso y cómplice, impaciente, y paciente y suplicante hasta la desesperación.

Norma cariño hace una hora que te espera un coche abajo por qué no te levantas // date una ducha y vístete // Te ayudo cariño por favor levántate.

Ella lo apartó gimiendo. Tenía los párpados pegados. Oía la voz amortiguada, como a través de una capa de algodón. Una voz que recordaba vagamente haber amado antaño, como cuando se escucha un disco antiguo y se recuerdan las misteriosas emociones que suscitó en otra época.

Luego, conforme la tarde se oscurecía y la voz del otro lado del algodón se volvía apremiante: *Cariño te lo digo en serio // me estás asustando // todos han puesto sus esperanzas en ti no los defraudes.*

Sumergida en un sueño. ¡Oh, había dejado de sentir angustia! El nuevo medicamento le calaba hasta los huesos y la sujetaba con fuerza.

El Dramaturgo estaba fuera de sí. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? En aquel lugar frío, inhóspito y tan lejos de casa. En aquel viejo edificio de piedra donde las cañerías gorgoteaban y por cuyas ventanas se filtraba una niebla incesante.

Los síntomas inconfundibles: ojos vidriosos e inyectados en sangre. Si levantaba el párpado con el pulgar, el ojo no veía. El pulgar había dejado en la carne blanda una huella que tardaba en borrarse. *Como la carne de los muertos.*

Cuando quiso levantarse se movió con torpeza y no parecía segura de su equilibrio. Sudaba y al mismo tiempo tiritaba. Y su aliento era como un puñado de monedas de cobre.

¿Por qué el Dramaturgo, presa del pánico, pensaba en la muerte de Emma Bovary? La espantosa prolongación de la agonía. La lengua fuera, su

hermoso cuerpo de piel pálida contorsionado. El líquido negro que salió por su boca cuando murió.

Estaba avergonzado de sí mismo por pensar en aquellas cosas.

¿Por qué me casé con ella? ¿Por qué imaginé que tendría la fuerza suficiente?

Estaba avergonzado de sí mismo por pensar en aquellas cosas.

Quiero mucho a esta mujer. Debo ayudarla.

Avergonzado de sí mismo, buscando pastillas en los sedosos bolsillos de las maletas de la Actriz Rubia.

Allí estaban, las pastillas de reserva. En teoría él no sabía nada de aquel alijo, que ella había metido de contrabando en Inglaterra.

La Actriz Rubia lo golpeó con el pie, furiosa y gemebunda. ¿Por qué no la dejaba en paz, por el amor de Dios?

¡Dejadme morir! Es lo que todos queréis, ¿verdad?

Convertías los asuntos más insignificantes en una prueba de mi lealtad. De nuestro amor.

¡Los asuntos más insignificantes! No me defendiste de aquel hijo de puta.

No siempre estaba claro quién se equivocaba.

¡Despreciaba a Marilyn!

No. Tú despreciabas a Marilyn.

Sólo si papá la dejaba embarazada volvería a quererlo.

¡Cuánto deseaba tener un hijo! En sus sueños más dulces, la arrugada almohada era un niño, blando y caliente. Los pechos le dolían de tan llenos de leche como estaban. El niño estaba allí, nada más cruzar el círculo de luz. El niño de ojos relampagueantes. Sonriendo al reconocer a su madre. Allí estaba el niño, falto de su amor, sólo de su amor.

Había cometido una equivocación hacía años. Había perdido el niño.

También había perdido a Irina. No la había salvado de su Madre Muerte.

Nada de esto podía explicárselo a su marido, ni a ningún hombre.

Cuántas veces encogida entre los brazos de su marido le había quitado las gafas (como en una escena de película, y él era Cary Grant) para besarlo y abrazarlo y, con tímida audacia infantil, acariciarlo por encima del pantalón, para ponérsela muy gorda, como ninguna mujer se la había puesto (¿de verdad?) utilizando exactamente el mismo procedimiento. *Ay, papá. Oh, cielos.*

Sí, lo perdonaría si la dejaba embarazada. Se había casado con él para quedarse embarazada y tener el niño, el hijo del Dramaturgo estadounidense al que reverenciaba. (Sus libros estaban en todas las librerías. ¡Incluso en Londres! Lo había querido mucho. Estaba muy orgullosa de él. Preguntándose con los ojos dilatados qué se siente al ver tu nombre en la cubierta de un libro. Mirar en una librería sin esperar ver tu nombre en el lomo de un libro y de pronto verlo allí; ¿qué se sentía entonces? Sé que estaría orgullosísima, que nunca más volvería a ser desdichada ni a sentirme inferior.)

Sí, lo perdonaría. Por tomar partido por el británico O, que la odiaba, y por toda la puta compañía de actores británicos, que la toleraban.

Sin embargo, él continuaba implorándole. Que entrara en razón. Como si fuera una cuestión de lógica.

Cariño tienes fiebre / / no has comido / / Cariño voy a llamar a un médico.

Y volvió a los estudios. Éstos significaban ahora trabajo, significaban deber, obligación y expiación. ¡Silencio a su llegada!; como en las secuelas o en los primeros indicios de un cataclismo. Al fondo del estudio se oyeron aplausos de ironía. Y cuánto, cuánto costaba, y qué dolorosamente, evocar a la despampanante Marilyn ante el espejo del camerino, no una sino dos horas, hasta que las hábiles y sacerdotales manos de Whitey producían su magia.

La verdad es que estábamos pasmados. Una persona tan débil e insegura. Todos éramos muy fuertes, pero ella no tenía más que su aspecto. Luego, en las proyecciones diarias, y en el montaje final, veíamos a una persona totalmente distinta. La piel de la Monroe, sus ojos, su pelo, sus

expresiones faciales, aquel cuerpo tan vivo... Había hecho de la Corista una persona viva y real, aunque el guión era pobre. Era la única que había tenido alguna experiencia en el cine, los demás éramos pardillos a su lado. Éramos muñecos emperifollados que pronunciaban frases completamente vacías en un inglés perfecto. Sí, es verdad, detestábamos a Marilyn por entonces, pero después de ver la película la adorábamos. Hasta O tuvo que admitir que la había juzgado mal. Prácticamente lo desbancó en todas las escenas en las que salían juntos. La Monroe salvó aquel ridículo filme cuando todos creíamos que era ella quien lo estaba estropeando. ¿Verdad que es irónico? ¿Verdad que es extraño?

Sin embargo, otra vez aquel maldito interior de salón. La ponía enferma aquel plató. El Príncipe mojigato y la Corista están solos por fin y el Príncipe mojigato espera seducirla, pero la Corista elude la maniobra y luego viene la maldita escalera curva por la que hay que subir, bajar, subir y vuelta a bajar con aquel vestido de raso, escotado y ceñido, que ha de llevar en Dios sabe cuántas escenas de aquel lento y soso cuento de hadas que la Corista ha llegado a aborrecer. La Corista en el papel de Pobre Doncella. La Corista en el papel de Cuerpo Hembra. Y lo peor de todo, que a la Corista no la dejaban bailar. ¿Por qué?, porque no estaba en el guión. ¿Por qué?, porque no estaba en la obra de teatro original. ¿Por qué?, porque ya es demasiado tarde y costaría mucho. ¿Por qué?, porque estaríamos una eternidad ensayando esas escenas, Marilyn. ¿Por qué?, límitate a aprenderte tu papel, Marilyn. ¿Por qué?, porque no te aguantamos. ¿Por qué?, porque queremos tu dinero estadounidense.

En aquel Reino de los Muertos, donde fue víctima de una maldición.

¡Echo de menos mi casa! Quiero irme a mi casa.

De pronto, la Corista se cayó por la escalera, aparatosamente. El zapato de tacón alto se le enganchó en el borde del vestido. Dio un bufido y cayó. Se había tomado varias pastillas de Bazedrina para contrarrestar el Nembutal y el Miltown, y se había echado ginebra en el té caliente sin que el Dramaturgo se diera cuenta (según diría él después), y ella se cayó por la escalera curva, y hubo gritos en el plató y los jóvenes cámaras corrieron a

ayudarla. El Dramaturgo, que estaba cerca y miraba con angustia, corrió también a ayudarla cual tormenta de amor y se arrodilló a su lado.

¡El pulso! ¿Dónde tenía el pulso?

A unos metros del incidente, en el descansillo de arriba, el disfrazado Príncipe mojigato miraba a través de su monóculo.

—Son las drogas. Vacíadle el estómago.

Nunca se lo perdonarían al Príncipe.

El reino junto al mar

1

La llevó a un remanso encantado, Galapagos Cove, en la costa de Maine, a sesenta kilómetros al norte de Brunswick.

Aunque llevaban casados más de un año y habían vivido en múltiples sitios, era todavía su novia. A la que aún había que conquistar del todo.

Él amaba aquellos detalles suyos, aquel aire de persona que descubre, se sorprende y goza. No tenía miedo de sus estados de ánimo, él mismo se había nombrado señor de sus estados de ánimo.

Al ver la casa que habían alquilado para pasar el verano, y el océano al otro lado de la casa, ella se había emocionado mucho, se había puesto infantil.

—¡Qué bonito es, papá! No quiero irme nunca de aquí.

Había en su voz un extraño timbre de súplica infantil. Lo abrazó y lo besó con fuerza. Él sintió su cálido anhelo de vida, del mismo modo que años antes lo había sentido en sus hijos, cuando los abrazaba. El amor y la responsabilidad que sentía eran a veces tan fuertes que lo debilitaban físicamente. Su misma identidad le parecía borrada.

Erguido en la orilla rocosa, al borde del cantil, sonreía con orgullo a la inmensidad del océano, como si fuera el amo del paisaje. Era el regalo que hacía a su mujer. Y ella lo aceptaba como tal, lo valoraba como una muestra

de amor. El viento volvía turbulentas las olas aquella tarde. El agua reflejaba la luz como si fuera metal. Ya gris pizarra, ya azul turbio, ya verde frío y oscuro, sacudiendo algas y espuma, siempre en movimiento. El aire era tal como él lo recordaba, fresco, salado, con salpicaduras arrastradas por el viento, y el cielo era de un azul pálido y evanescente, como una acuarela cubierta de nubes vaporosas y rápidas. Sí, era bonito; él lo proclamaba; la felicidad y las expectativas le dilataron el corazón.

Los dos tiritaban con el viento marino de comienzos de junio. Los dos con el brazo en la cintura del otro. En el cielo, las gaviotas daban vueltas batiendo las alas y lanzando gritos penetrantes, como si estuvieran furiosas por aquella invasión de su territorio.

Las gaviotas de pico redondeado de Galapagos Cove, semejantes a pensamientos antiguos.

—Te quiero.

Lo dijo con tanta vehemencia, mirando a su marido, que se habría dicho que era la primera vez en su vida que pronunciaba aquellas palabras.

—Te queremos —añadió cogiéndole la mano y poniéndosela en el vientre.

Un vientre cálido y redondo; había engordado.

El niño llevaba dos meses y seis días en el útero.

2

Ya en la cama, la acarició, la besó y pegó la mejilla contra su vientre desnudo. Asombrado de que aquella piel pálida se hubiera puesto tan pronto firme y tirante como el parche de un tambor. ¡Qué sana estaba, rebosante de vida! Quería cuidar la alimentación del niño que llevaba en su seno y seguía un régimen estricto. Las únicas pastillas que tomaba ahora eran de vitaminas. Se había retirado de su profesión «en el mundo» (como ella decía, no con desdén, pesar ni ira, sino con la naturalidad de una monja que hablase de su ya repudiada vida secular «en el mundo») para cultivar una vida verdadera en el estado matrimonial y la maternidad. Él la besaba,

fingía oír al niño dentro, un latido fantasma. ¿No? ¿Sí? Cogiéndole ella la mano y pasándosela por el vientre, rozando la cicatriz de cremallera que le había dejado la operación de apendicitis que le habían hecho hacía unos años. *Y la cantidad de abortos que había tenido. Se decían muchas cosas de ella. Pero no quise conocerlas, ni siquiera antes de enamorarme. Lo juro.* Su necesidad de protegerla era una necesidad de protegerla incluso de los recuerdos de un pasado confuso, negligente y promiscuo, y sin embargo inocente como el pasado de una criatura revoltosa.

Cayendo en el estupor y la estupefacción ante la belleza de su cuerpo. Aquella mujer era su mujer. ¡Suya!

La piel exquisita y suave, envoltorio vivo de su belleza.

Al igual que el mar, aquella belleza cambiaba constantemente. Como con luz, con gradaciones de luz. O la atracción gravitatoria de la luna. Su alma, misteriosa y temible para él, era como una esfera en precario equilibrio en lo alto de un surtidor de agua: trémula, nunca inmóvil, ora subiendo, ora bajando, ora volviendo a subir... En Inglaterra había querido morir. Si no hubiera llamado a un médico, más de una vez... En los días de su desmoronamiento, poco después de terminar la película, había estado destrozada, se le notaban cada vez más los años; sin embargo, al volver a Estados Unidos, se había recuperado completamente en pocas semanas. Ahora, embarazada de dos meses, la veía más sana que nunca. Hasta las náuseas matutinas parecían animarla. ¡Qué normal era! ¡Y qué extraordinario era ser normal! Había ahora en ella una sencillez y una franqueza que sólo le había visto antes una vez, mientras ensayaba el papel de Magda.

Lejos de la ciudad. Lejos de las expectativas de otros. Los ojos omnipresentes de otros. Embarazada de él.

Lo he hecho por ella. Devolverla a la vida. Por lo menos ahora creo que soy capaz.

Volver a ser padre, después de tantos años. Casi a los cincuenta.

El Dramaturgo ya había estado otros veranos en Galapagos Cove, con otra mujer. Una esposa anterior. Cuando era más joven. Frunció el entrecejo mientras recordaba. Pero ¿qué recordaba? Todo no. Como si buscara entre papeles antiguos y amarillentos, borradores de obras que hubiera escrito con rapidez en un raptó de inspiración y luego hubiera arrinconado; y luego olvidado. Es imposible creer, en un raptó de inspiración, que alguna vez pensaremos de manera diferente y más aún que llegaremos a olvidar. Suspiró con inquietud. La húmeda brisa marina le produjo un escalofrío. No, era feliz. Su joven esposa bajaba hacia la playa de guijarros, con agilidad y un poquito de temeridad, como una niña voluntariosa. Nunca había sido tan feliz, estaba convencido.

Los gritos de las gaviotas. ¿Qué había removido aquellos pensamientos indeseados?

4

—¡Papá, ven!

Había bajado por la pared del cantil entre rocas musgosas y resbaladizas y los restos que arrojaba el mar. Emocionada como una niña. La playa era más pedregosa que arenosa. Las olas cubiertas de espuma rompían a sus pies. No parecía darse cuenta de que se los estaba mojando. Tenía ya el dobladillo de los pantalones caqui humedecido y manchado de barro. Su pelo claro ondeaba al viento. Tenía lágrimas en las mejillas, ya que los ojos se le irritaban con facilidad.

—¡Papá! ¡Eh!

El oleaje hacía tanto ruido que casi no se la oía.

A él no le había gustado que bajara, pero sabía que no debía hacerle advertencias. Sabía que no debía reproducir el morboso vínculo que había habido entre la tendencia de su mujer a hacerse daño adrede y sus reproches, amenazas y desesperaciones paternalistas.

¡Nunca jamás! El Dramaturgo era demasiado listo para no comprenderlo.

Se echó a reír y bajó la pendiente tras ella. Las piedras húmedas y resbaladizas eran traicioneras. El viento le arrojaba salpicaduras al rostro, humedeciéndole las gafas. El cantil tendría cinco metros, no más, pero costaba descender sin resbalar. Que ella hubiera bajado tan deprisa, con la agilidad de una mona, lo dejaba atónito. «¡No la conozco, no la conozco!», se decía. Era una idea que se le ocurría espontáneamente una docena de veces al día, y por la noche, cuando ella lo despertaba con los gemidos, los lloriqueos, incluso las risas que profería en sueños. Sentía rigidez en las rodillas y casi se torció la muñeca al sujetarse cuando perdió el equilibrio. Jadeaba, el corazón le latía con fuerza, pero sonreía de contento. También él era ágil, a pesar de su edad.

En Galapagos Cove se los tomaba por padre e hija; hasta que se supo quiénes eran.

En el Hostal del Ballenero, un poco más al norte por la costa, adonde la llevó a cenar aquella noche. Cogidos de la mano a la luz de las velas. Una joven guapa y rubia, de rasgos delicados, con un vestido estival blanco; un viejo alto y de hombros caídos, educado, de voz queda, con arrugas en las mejillas. *Esa pareja. La mujer me suena...*

Llegó por fin a su lado, hundiendo los talones en la arena pedregosa. El ruido del oleaje era ensordecedor. Ella le pasó los brazos por la cintura y lo abrazó; contra su piel, por dentro del jersey y la camisa masculinos. Llevaban jerséis idénticos, de punto y de color azul marino; los había encargado ella consultando un catálogo de L. L. Bean. Jadeaban y reían, sintiendo un alivio curioso, como si los dos hubieran escapado del dolor por muy poco, aunque ¿dónde había estado el dolor? Ella se puso de puntillas y lo besó con fuerza en la boca.

—¡Papá, gracias! Hoy es el día más feliz de mi vida.

Nadie habría negado que lo decía en serio.

Se conocía en la zona como Casa del Capitán, y también como Casa Yeager, y la había construido un capitán de barco en 1790 en un peñasco situado a la orilla del mar. Un alto seto de lilas la ocultaba al tráfico, denso en verano, de la carretera provincial 130.

La Casa del Capitán era un viejo caserón de madera corroída y piedra erosionada, con tejados empinados, estrechas ventanas con parteluz y habitaciones singularmente estrechas, bajas y rectangulares; las de arriba eran pequeñas y con corrientes de aire; había chimeneas de piedra tan grandes que dentro cabía una persona de pie, y fogones de ladrillo ennegrecidos por el uso; suelos de madera sin pulimentar, cubiertos por alfombras deshilachadas, decididamente antiguas y gastadas, como testigos del tiempo. Los zócalos y pasamanos se habían tallado de forma artesanal. Los muebles consistían sobre todo en sillas, mesas y aparadores del siglo XVIII típicos muebles antiguos de Nueva Inglaterra, contruidos sin herramientas industriales, a base de superficies lisas y líneas rectas, con tacañería y contención puritanas. En las habitaciones de la planta baja había cuadros con escenas marinas y retratos de hombres y mujeres tan mal pintados que tenían que ser auténtico «arte local»; había colchas bordadas a mano y cojines de punto. Había multitud de relojes antiguos: de pie y de barco, ejemplares alemanes con campana de vidrio, de caja de música, de porcelana y laca negra atacadas por el tiempo. («¡Mira! Todos se han parado a distinta hora», dijo Norma.) La cocina, los cuartos de baño y los enchufes de la luz eran relativamente modernos, ya que la casa se había reformado muchas veces, con un coste considerable, aunque la Casa del Capitán olía a antiguo, a los estragos y la sabiduría del tiempo.

Sobre todo el sótano de suelo sucio, techo bajo y sin ventanas. Había que bajar por peldaños de madera que se hundían con el peso, y atravesando con una linterna la oscuridad sembrada de telarañas. Había allí una caldera de aceite que por suerte no se utilizaba en verano. Olor fuerte a algo dulce y húmedo, como manzanas podridas.

Pero ¿por qué bajar al sótano? Ellos no bajaron. Estuvieron un rato mirando las cercanas aguas del mar, desde el porche cerrado con tela

metálica; tomaron refrescos de limón, se cogieron la mano y hablaron de los meses inmediatos. La casa estaba muy silenciosa: el teléfono no tenía línea aún y fantasearon con que no tenían teléfono.

—¿Para qué? Para que sea útil a los que quieren *llamarnos*.

Pero al final tendrían teléfono. No podían prescindir de él: el Dramaturgo estaba profunda y apasionadamente entregado a su profesión. Luego subieron al piso de arriba y desempaquetaron las cosas en el dormitorio más grande y aireado, que tenía chimenea y fogón limpio, un empapelado que parecía nuevo y una vista del océano por encima de los enebros. La cama era antigua, de dosel, y la cabecera, de nogal tallado. En un espejo oval de cuerpo entero, sus rostros sonriendo. La frente de él, su nariz y sus mejillas estaban tostadas por el sol; ella tenía la cara blanca, ya que se había protegido del sol con un sombrero de paja de ala ancha. Frotó con Noxzema la escocida piel del Dramaturgo, con suavidad. ¿También se le habían irritado los antebrazos? Le frotó con Noxzema los antebrazos y le besó el dorso de las manos. Señaló la cara de ambos en el espejo oval y se echó a reír.

—Qué pareja tan feliz. ¿Sabes por qué? Tienen un secreto.

Se refería al niño.

La verdad es que el niño no era exactamente un secreto. El Dramaturgo había comunicado la noticia a sus ancianos padres y a sus mejores amigos de Manhattan. Había procurado que se le notase el orgullo en la voz; más aún, la preocupación, el desconcierto. Sabía lo que diría la gente, lo que dirían incluso personas que simpatizaban con él y le deseaban lo mejor en su nueva experiencia conyugal. ¡*Un niño!* ¡*A su edad!* ¡*Qué hombre!* *Un hombre con una mujer joven y despampanante*. Norma no se lo había dicho a nadie todavía. Como si la noticia fuera demasiado valiosa para compartirla. ¿O era supersticiosa? (Una de sus expresiones favoritas era «¡Toquemos madera!», y la decía con una risa nerviosa.)

Norma dijo que pensaba llamar muy pronto a su madre, que estaba en Los Ángeles. Y que Gladys tal vez podría hacerles una visita, al final del embarazo. O cuando el niño hubiera nacido ya.

El Dramaturgo no conocía aún a su suegra. Le daba vergüenza conocerla, ya que imaginaba que no sería mucho mayor que él.

Estuvieron un rato acostados, disfrutando de la tarde, vestidos de arriba abajo, pero sin zapatos, en la cama de dosel; el colchón era de crin, ridículamente duro. Él la rodeaba con el brazo izquierdo y ella apoyaba la cabeza en su hombro, era la postura preferida de ambos. La adoptaban a menudo, cuando Norma se sentía débil, o sola, o necesitada de afecto. Unas veces se quedaban dormidos; otras hacían el amor; otras dormían y luego hacían el amor. En aquel momento estaban despiertos y escuchaban el silencio de la casa, que les parecía estratificado, complejo y misterioso; un silencio que empezaba en el sucio sótano sin ventanas y con olor a manzanas podridas, y subía por entre las vigas hasta las diversas estancias de la casa, hasta el desván sin concluir que tenían encima y que estaba forrado con un extraño material aislante parecido al papel plateado con que se envuelven los regalos navideños. El Dramaturgo imaginó que, conforme el tiempo se fuera desprendiendo de la tierra, se volvería más limpio, menos ruinoso.

Además del misterioso silencio de la Casa del Capitán, que fue suya hasta el Día del Trabajo, a comienzos de septiembre, estaba el rítmico retumbar del oleaje, semejante a los latidos de un corazón gigantesco. De tarde en tarde, hacia el otro extremo de la casa, el tráfico de la carretera provincial.

Pensó que ella se había dormido, pero entonces la oyó hablar con voz muy despierta y llena de emoción.

—¿Sabes una cosa, papá? Quiero que el niño nazca aquí. En esta casa.

Él sonrió. El niño no tenía que nacer hasta mediados de diciembre, cuando ya estuvieran en Manhattan, en la casa que habían alquilado en la calle 12 Oeste. Pero no quiso replicar.

Como si él hubiera dicho algo, ella respondió:

—No me daría miedo. El dolor físico no me asusta. A veces pienso que ni siquiera es real, que es lo que esperamos que sea, nos ponemos alerta y nos asustamos. Podríamos buscar una comadrona. Lo digo en serio.

—¿Una comadrona?

—Detesto los hospitales. No quiero morir en un hospital, papá.

Volvió la cabeza para mirarla, con expresión extrañada. ¿Qué había dicho?

6

Sí, pero tú mataste al niño.

¡Ella no lo mató! No tenía intención de hacerlo.

Sí, quisiste matarlo. Fue decisión tuya.

Al mismo niño no. A este niño no.

Era yo, claro. Siempre soy yo.

Ella sabía que tenía que evitar el sótano de suelo sucio y con olor a manzanas podridas. El niño ya estaba allí, aguardándola.

7

¡Qué contenta estaba! ¡Qué sana! El ánimo del Dramaturgo se elevó en la Casa del Capitán. En aquel lugar de veraneo junto al mar. Amaba a su mujer más que nunca. Y tan agradecida.

—Está espléndida. El embarazo le sienta bien. Incluso las náuseas matutinas la llenan de alegría. Dice: «Es como debe ser, ¿no?» —y se echaba a reír. Adoraba tanto a su mujer que tenía cierta tendencia a imitar su voz lírica, cantarina, ligera. Era el Dramaturgo y las diferencias sutiles y no tan sutiles entre las voces le fascinaban—. Lo único que lamento... es que el tiempo pasa muy deprisa.

Hablaba por teléfono. En otra habitación de la espaciosa casa, o en el florido jardín trasero, ella canturreaba para sí, totalmente absorta, y no lo oía.

Como es natural, él estaba inquieto. Y si no inquieto, «preocupado».

Las emociones de su mujer, sus estados de ánimo. Su fragilidad. El miedo a que se rieran de ella. El miedo a que la «espiaran»: a que la

fotografiaran sin que lo supiera ella o lo consintiera. Su forma de comportarse en Inglaterra había sido una pesadilla para él. Un comportamiento para el que había estado tan preparado como un explorador de la Antártida equipado para un paseo por Central Park en verano. Las únicas mujeres a las que conocía íntimamente eran su madre, su ex esposa y su hija, que ya era adulta. Todas capaces de perder los nervios, como es lógico, pero siempre dentro de lo que podría llamarse juego limpio, o sentido común. Norma era muy diferente de aquellas mujeres, como si perteneciese a otra especie. Arremetía contra él ciegamente, pero con saña.

¡Dejadme morir! Es lo que todos queréis, ¿verdad?

El Dramaturgo pensaba que, en una obra de teatro, una acusación así contendría un asomo de verdad. Aunque la acusación se desmintiera con firmeza, el público lo entendería. *Sí, es así.*

Sin embargo, las estrategias teatrales no eran aplicables a la vida real. En los extremos emocionales se decían cosas terribles que no eran verdad ni pretendían serlo, ya que sólo eran formas de expresar el dolor, la ira, la confusión, el miedo; emociones pasajeras, no verdades arraigadas. El Dramaturgo había estado muy dolido y había tenido que preguntarse: ¿creía Norma en serio que a otros les gustaría que muriera? ¿Creía que a él, a su marido, le gustaría que ella muriese? ¿Eso quería creer? Lo desgarraba por dentro pensar que su mujer, a la que amaba más que a su propia vida, creyera o deseara creer algo así de él.

Sin embargo, allí, en Galapagos Cove, muy lejos de Inglaterra, no se entrometieron estos desagradables recuerdos. Raras veces hablaban del trabajo de Norma. De Marilyn. Allí era Norma y por este nombre se la conocía en la zona. Estaba contenta y más sana que nunca; no quería arriesgarse a intranquilizarla hablándole de dinero, de contratos, de Hollywood, de su trabajo cinematográfico. Le impresionaba la fuerza con que Norma había clausurado totalmente aquella parte de su vida. No creía que un hombre, en la situación de ella, pudiera hacerlo, ni siquiera que quisiera hacerlo. Él por lo menos no habría podido.

Pero, como era evidente, al Dramaturgo no le atemorizaba su trabajo. Su imagen pública le gustaba. Estaba orgulloso de la obra realizada y confiaba

en el futuro. Pese a su reserva e ironía, admitía que era un hombre ambicioso. Sonriéndose, pensando que sí, que no haría ascos a más aplausos ni a más ingresos.

El año anterior, con un estreno en Broadway y montajes de obras anteriores en distintos puntos de Estados Unidos, había ganado menos de cuarenta mil dólares. Sin descontar los impuestos.

Se había negado a responder a las preguntas del Comité de Actividades Antiamericanas. Se había negado a que Marilyn Monroe fuera fotografiada con el presidente del comité. (Aunque le habían dicho que el comité «sería blando» con él si conseguía arreglarse lo de la sesión fotográfica. ¡Qué chantaje!) Lo habían declarado culpable de desacato al Congreso, sentenciado a un año de cárcel y a pagar una multa de mil dólares, y aunque se había apelado, su abogado decía que lo más probable era que no aceptasen la apelación; en el ínterin tenía que pagar costas y la sensación de que aquello no se iba a acabar nunca. El Comité de Actividades Antiamericanas lo venía acosando desde hacía ya seis años. No había sido casual que Hacienda revisara sus ingresos. Y tenía que pasar la pensión alimenticia a Esther, ya que quería ser un ex cónyuge honrado y generoso. Incluso con los ingresos de Marilyn Monroe tenían poco dinero. Había gastos médicos y con el embarazo de Norma y el inminente nacimiento del niño habría más.

—Bueno, es un tema propio de mis obras, ¿verdad? La economía como destino de la humanidad.

Por lo visto, Norma había renunciado definitivamente a su profesión. Puede que estuviera dotada para la interpretación, decía, pero le faltaban carácter y nervios. Después de *El príncipe y la corista* se había negado incluso a pensar en hacer otra película. Decía que había huido con su vida, «pero sólo con lo puesto».

Bromeaba sobre la pesadilla inglesa. Pícaramente y con circunloquios, y al parecer sin conocer, o sin admitir que conocía, la gravedad de lo que había sucedido en realidad. *Le lavaron el estómago. Una cantidad mortal de medicamentos en la sangre. El médico británico preguntándole a él si su*

mujer tenía impulsos suicidas conscientes. No, Norma no tenía aquellos impulsos. Y él no tenía palabras para decírselo, ni valor.

Temía estropear la recuperación de Norma. Su remozada alegría de vivir.

Cuando Norma supo que estaba embarazada, salió del consultorio del médico, fue en busca de su marido (al estudio de su casa, donde trabajaba casi todos los días) y le dio la noticia susurrándosela al oído.

—Ya está, papá. Por fin me ha sucedido. Voy a tener un niño.

Lo abrazó llorando. Con alegría, con alivio. Él se había quedado atónito, pero era feliz por ella. Sí, claro que era feliz por ella. ¡Un niño! Su tercer hijo, que nacería cuando él tuviera cincuenta años; en un momento profesional en el que se sentía estancado, sin inspiración... Pero sí, claro que era feliz. Nunca permitiría que su mujer pensara que no era tan feliz como ella. Porque Norma había deseado con todas sus fuerzas quedarse embarazada. Era prácticamente su único tema de conversación; incluso se quedaba mirando en la calle a los bebés y los niños pequeños, como si estuviera en trance; él casi había empezado a compadecerla y a temer su furor erótico. Sin embargo, al final todo había salido bien, ¿no? Como una obra de costumbres limpiamente construida.

Al menos los dos primeros actos.

Norma había encontrado su papel más exquisito haciendo de esposa y de futura madre. No era un papel con Marilyn Monroe envuelta en celofán. Pero era un papel para el que físicamente parecía predestinada. Se paseaba casi desnuda haciendo alarde de que los pechos se le estaban poniendo más grandes y más duros. Estaba orgullosa de que el vientre se le hinchara «como una sandía». Desde que estaba en Maine reía espontáneamente, sin otro motivo que la felicidad. Casi todas las comidas que hacían en casa las preparaba ella. A última hora de la mañana subía a un dormitorio que daba al océano para llevar al Dramaturgo, que trabajaba allí, un jarrón con una flor y una taza de café recién hecho. Fue amable, aunque extrañamente tímida, con los amigos de su marido que los visitaron; escuchó con atención mientras las mujeres le hablaban de sus embarazos y alumbramientos, experiencias que contaron con gusto y con detalle; el Dramaturgo oyó que

Norma decía a una de aquellas mujeres que su madre le había contado en cierta ocasión que el embarazo le había producido mucha satisfacción, que era la única ocasión en la que una mujer se sentía realmente a gusto con su cuerpo, y con el mundo: «¿Es eso cierto?». El Dramaturgo no se quedó a escuchar la respuesta; se preguntó qué significaba tal revelación para un hombre. *¿Nunca nos sentimos a gusto con nuestro cuerpo? ¿Ni con el mundo? ¿Salvo durante la cópula, cuando pasamos nuestra simiente a la hembra?*

¡Era una identidad lamentable y truncada! Él no creía en aquel morboso misticismo sexual, en absoluto.

Norma era la madre más abnegada de un niño que aún no había nacido. No dejaba que nadie fumase cerca del niño. Siempre estaba pronta a abrir las ventanas, o a cerrarlas si hacía viento. Se reía de sí misma, pero no cambiaba.

—El niño me comunica sus deseos. Norma sólo es el vehículo.

¿Creía en lo que decía? A veces, venciendo las náuseas, comía seis o siete veces al día, platos poco abundantes pero nutritivos. Masticaba concienzudamente. Bebía mucha leche, líquido que, según decía ella misma, siempre había detestado. Y en los últimos tiempos sentía debilidad por la avena regada con azúcar moreno sin refinar, el pan integral, unos filetes rarísimos que chorreaban sangre, los huevos crudos, las zanahorias crudas, las ostras crudas y los melones, que devoraba como una lima. Se zampaba los purés de patata mezclados con trozos helados de mantequilla sin sal, y se los comía de la fuente, con un cucharón. Lavaba su plato después de comer, y a menudo también el de él. «¿Soy tu niña buena, papá?», preguntaba con nostalgia. Él se echaba a reír y la besaba. Recordando con una punzada de placer que años antes había dado un beso a su hija para recompensarla por haber realizado una hazaña como fregar los platos.

Su hija tenía entonces dos o tres años.

—Eres mi niña buena, cariño. Mi único amor.

Le gustaba menos, aunque se guardaba de decirle ni una palabra, que Norma hubiera comprado en una librería de la Ciencia Cristiana de la

Quinta Avenida varios libros de Mary Baker Eddy y una revista titulada *The Sentinel* en la que tres creyentes verdaderos daban testimonio de haberse curado mediante la oración. Como racionalista, liberal y judío a pesar suyo, el Dramaturgo despreciaba aquella secta; no podía sino esperar que Norma se la tomara a la ligera, con la misma actitud con que hojeaba diccionarios, enciclopedias, libros de segunda mano, incluso catálogos de prendas de vestir y de semillas, como quien busca... ¿qué? ¿Vestigios de sabiduría perdida que pudieran ser útiles para el bienestar del niño? Al Dramaturgo le conmovían mucho las largas listas de palabras que apuntaba Norma y que solía encontrar por toda la casa, en lugares insólitos, como el cuarto de baño, en el desportillado borde de la bañera de porcelana, o encima del frigorífico, o en el peldaño superior de las escaleras del sótano, palabras absurdas, incluso arcaicas, pulcramente escritas con mano de colegiala: *obduración, obelisco, oblación, obnoxio, obcecación* («Yo no hice el bachillerato, como tú y tus amigos, papá. Y menos aún una carrera universitaria. Lo que hago es..., no sé, prepararme para el examen final.») Además, escribía poesías, encorvada durante largas horas de ensueño en el banco de una ventana de la Casa del Capitán, pero él no las miraba sin su permiso.

(Aunque se preguntaba qué estaría escribiendo su Norma, su casi analfabeta Magda.)

Su Norma, su Magda, su cautivadora esposa. El pelo sintético de Marilyn le desaparecía en las raíces; su pelo de verdad era de un castaño melifluo y cálido, y ondulado. Y aquellos pechos de grandes pezones, crecidos para amamantar a una criatura. Y la fiebre de sus besos, y sus manos extasiadas y agradecidas acariciándolo, al varón, al padre-del-niño. Por encima de la ropa y por debajo. Metiéndole las manos por debajo de la camisa, por dentro de los pantalones, mientras se apoyaba en él besándolo.

—Papá, papá.

Era su *geisha*. («Vi en Tokio una vez a esas *geishas*. Tienen clase.»)

Era su *shiksa*, su mujer gentil. (Titubeante y lasciva en su boca esta palabra *yiddish* que nunca pronunciaba bien del todo. «Por eso me amas, ¿no, papá? Porque soy tu *shik-sta* rubia.»)

Él, el marido, el varón, se sentía a la vez privilegiado y abrumado. Bendecido y asustado. Desde el principio, desde el primer roce, el primer contacto inequívocamente sexual, el primer beso auténtico, sentía en la mujer la presencia de una fuerza superior que quería fluir hacia el interior de él. Ella era su Magda, su inspiración, pero también mucho más.

Como el rayo era aquella fuerza. Podía justificar su existencia como dramaturgo y como hombre, y podía destruirlo.

Una madrugada de fines de junio, cuando ya llevaban viviendo en la Casa del Capitán tres idílicas semanas, el Dramaturgo bajó mucho antes que de costumbre, con las primeras luces del alba, despertado por una tormenta que había hecho temblar la casa. Al cabo de unos minutos, lo peor de la tormenta parecía haber pasado; las ventanas de la casa estaban iluminadas por una luz borrosa y oceánica que crecía a ojos vistas. Norma había salido ya de la cama de dosel. Entre las sábanas no quedaba más que su olor. Un par de cabellos centelleantes. El embarazo le producía modorra en los momentos más imprevistos y se ponía a dar cabezadas como los gatos en cualquier lugar donde la venciera el sueño; pero siempre despertaba al amanecer, incluso antes, cuando se ponían a cantar los primeros pájaros, instigados por el niño. «¿Sabes? El niño tiene hambre. Quiere que su mamá coma.»

El Dramaturgo recorrió la planta baja. Pisando descalzo las desnudas tablas del suelo.

—Cariño, ¿dónde estás?

Hombre de ciudad, acostumbrado al aire viciado de la ciudad y a los incesantes ruidos urbanos de Manhattan, aspiraba con placer y con un poco de orgullo de propietario el aire frío del océano. ¡El océano Atlántico! Su océano. Había sido la primera persona (eso creía él) que había llevado a Norma a ver el Atlántico; desde luego había sido la primera persona que lo había cruzado con ella, hasta Inglaterra. ¿Es que no le había susurrado multitud de veces durante los abrazos más íntimos, con las mejillas arrasadas de lágrimas: «Ay, papá. Antes de conocerte yo no era nadie. ¡No había nacido!»?

¿Dónde estaba Norma? Se detuvo en la sala, una estancia estrecha y larga con el suelo increíblemente desnivelado, para mirar el amanecer. Qué poderosos debieron de parecer estos espectáculos al hombre primitivo, como si estuviera a punto de irrumpir un dios para presentarse a la humanidad. El cielo del amanecer, en el horizonte. Una llamarada espectacular. De luz terrible, dorada, oscurecida hacia el noroeste por las masas de plomo de las nubes eléctricas. Pero las nubes eléctricas se alejaban de prisa. Mientras miraba, el Dramaturgo se preguntó si también Norma habría bajado a contemplar el espectáculo. Sintió orgullo al pensar que él, el marido, podía darle tales regalos. Norma no parecía tener ideas propias sobre dónde irse de viaje. En Manhattan no había cielos matutinos así. No los había en Rahway, Nueva Jersey, ni siquiera en la inocencia de la infancia. La luz, al cruzar los cristales salpicados de lluvia, se refractaba hacia el interior empapelado de la sala formando volutas y bucles de fuego jaspeado. Como si la luz fuera vida, estuviera viva. El reloj de pie, de nogal tallado, que Norma había conseguido poner en funcionamiento, emitía su sereno tictac y el dorado péndulo se balanceaba sin prisas. La Casa del Capitán era un barco acogedor que navegaba por un mar verde hierba, y el Dramaturgo, el hombre de ciudad, era el mismo capitán. *Llevo a mi familia a puerto seguro. ¡Por fin!* El Dramaturgo con la inocencia de la vanidad masculina. Con esperanza ciega. Sintióse como si hubiera atravesado los opacos estratos del tiempo para unirse a las generaciones de hombres que habían vivido en aquella casa a lo largo de los siglos, maridos y padres como él.

—Norma, cariño. ¿Dónde estás?

Una vaga idea de que pudiera estar en la cocina, le había parecido oír la puerta del frigorífico, pero no estaba allí. ¿Estaría fuera? Salió al porche de tela metálica cuya alfombrilla, una especie de bambú trenzado, estaba empapada; las gotas de agua brillaban como joyas en los verdes muebles tubulares. No vio a Norma en el patio trasero y se preguntó si habría bajado hasta la pedregosa playa. ¿Tan temprano? ¿Con aquel frío, con aquel viento? Las nubes eléctricas se habían retirado por el norte. Casi todo el cielo era ya de un bronce resplandeciente vertebrado por fulgores naranjas.

Ah, ¿por qué sería «hombre de letras» y no pintor? O fotógrafo. Un artista que rindiera homenaje a la belleza del mundo natural en vez de revolver y airear la estupidez y fragilidad humanas. Como liberal, como hombre que creía en la humanidad, ¿por qué andaba siempre denunciando los defectos de todos, acusando a los gobiernos y al «capitalismo» de las maldades del alma humana? Pero no había ninguna maldad en la naturaleza, ninguna fealdad. *Norma es la naturaleza. En ella no puede haber ninguna maldad, ninguna fealdad.*

—¿Norma? Ven, mira. El cielo...

Volvió a la oscura cocina. Por la cocina y el cuarto de la colada en dirección al garaje, pero allí, delante de la puerta que daba al garaje, estaba la puerta del sótano, abierta; y una blanca forma femenina destacaba en la oscuridad, sentada o agachada en el primer peldaño. La luz del sótano, que se encendía con un interruptor, era muy débil; quien quisiera bajar al sótano tenía que coger una linterna. Pero Norma no empuñaba ninguna linterna y no quería bajar al sótano. ¿Estaba hablando con alguien? ¿Consigno misma? Estaba despeinada y no llevaba más que el camisón blanco y transparente. El Dramaturgo fue a decir su nombre, pero dudó, porque no quería sobresaltarla, y en aquel instante ella se volvió, con los azules ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas. El Dramaturgo vio que tenía un plato en las manos y que en el plato había un trozo de hamburguesa cruda, bañada en sangre; había comido la hamburguesa directamente del plato, como los gatos, lamiendo la sangre. Entonces vio al acechante marido. Se echó a reír.

—Papá, me has asustado.

Pronto el niño llevaría tres meses en el útero.

8

¡Estaba emocionadísima! Los invitados no tardarían en llegar.

Amigos de él, intelectuales de Manhattan: novelistas, autores teatrales, directores escénicos, poetas, editores. Pensaba (¡bueno, sabía que era una tontería!) que la simple proximidad de aquellas personas superiores debía

tener un efecto beneficioso en el niño que llevaba dentro. Como recitar solemnemente las palabras del diccionario que se proponía memorizar. Como ciertas páginas de Chéjov, de Dostoievski, de Darwin, de Freud. (En una librería de ocasión de Galapagos Cove, que no era más que un sótano atestado y mohoso, había encontrado un ejemplar de bolsillo de *El malestar en la cultura*, de Freud, por cincuenta centavos. «Es un milagro, precisamente lo que andaba buscando.») Había una alimentación a base de comida y otra a base de cosas del espíritu y el intelecto. Su madre la había criado en una atmósfera dominada por los libros, la música y la gente superior, aunque sólo fueran empleados de La Productora que cobraban más bien poco, personas como tía Jess y tío Clive, y su niño estaría infinitamente mejor alimentado, ella se encargaría de eso. «Me he casado con un genio. Mi niño es el heredero del genio. Vivirá hasta bien entrado el siglo XXI, sin recuerdos de la guerra.»

La Casa del Capitán, en una hectárea de tierra pegada al océano. Era una verdadera casa de luna de miel. Sabía que no podía ser, pero fantaseaba con que el niño nacería allí, en la cama de dosel, parido (¿con ayuda de una comadrona?) con todo el dolor y sangre que hicieran falta, y Norma no gritaría, ni una sola vez. Tenía un inquietante recuerdo (sólo se lo había contado a Carlo, que parecía creer en ella y le había dicho que sí, que él había tenido la misma experiencia) en el que su madre gritaba de dolor durante su nacimiento, el horror físico de la imagen, como pitones enloquecidas luchando entre sí; quería ahorrar al niño aquella experiencia y la crueldad de un recuerdo que duraría toda la vida.

¡Pronto llegarían los invitados que se iban a quedar el fin de semana! Norma Jeane se había vuelto muy hogareña, la emocionaba ser hogareña; era un papel que no había interpretado nunca en la pantalla, pero era el papel para el que había nacido. Mucho más ama de casa y anfitriona que la primera mujer del Dramaturgo (se lo había dicho él), y encima le gustaba, y él estaba sorprendido e impresionado. Casarse con una actriz temperamental, ¡vaya riesgo! Un «bombón» rubio, una chica «de calendario». ¡Vaya riesgo! Había querido que su marido comprendiera que no corría ningún riesgo con ella y él, para gran satisfacción suya, había

acabado comprendiéndolo. Sabía que sus amigos se lo llevaban aparte y le murmuraban: «Oye, Marilyn es encantadora. Marilyn es adorable. Lo contrario de lo que cualquiera habría esperado». Había oído algunos comentarios maravillosos: «Oye, Marilyn es inteligente. Y ha leído mucho. Precisamente he estado hablando con ella de...». Algunos sabían ya que no había que llamarla Marilyn, sino Norma. «Oye, Norma ha leído un montón. Incluso ha leído mi último libro.»

Quería a los amigos de su marido. No solía dirigirse a ellos salvo que ellos le hablasen primero y le hicieran preguntas. Ella respondía con suavidad, titubeando, insegura a veces de la pronunciación de ciertas palabras. Tímida y de lengua torpe, como con miedo escénico.

Sin duda estaba un poco asustada y tensa. Y el niño en el útero la cogía con fuerza. *No me hagas daño esta vez, ¿quieres? No hagas lo que la última vez.*

Estaba fuera, en el césped. Descalza, con unos pantalones algo sucios y una camisa de su marido anudada por debajo de los pechos, para ventilar el estómago; el sombrero de paja, de ala caída, atado en la barbilla. Tenía esa sensación fantasmagórica y cosquilleante que significa que alguien (quizá) nos está mirando. Un rayo aéreo que salía del primer piso de la Casa del Capitán. Del estudio donde el Dramaturgo tenía una mesa pegada a la ventana. *Me quiere. ¡De verdad! Moriría por mí. Me lo ha dicho.* Le gustaba que su marido la mirase pero no la posibilidad de que estuviera escribiendo sobre ella, porque se decía: «Un escritor ve primero y escribe después. Como la araña violín, que pica porque está en su naturaleza». Cortaba flores para ponerlas en jarrones. Andaba con precaución porque estaba descalza y había objetos inesperados entre la crecida hierba, piezas de juguetes infantiles, trozos de plástico y de metal. Los propietarios de la Casa del Capitán eran personas buenas y amables, un matrimonio mayor que vivía en Boston y alquilaba la casa, pero los inquilinos anteriores habían sido descuidados, incluso guarros, y es posible que con mala idea, porque tiraban huesos en la hierba desde el porche, para que Norma los pisara y se hiciera daño.

¡Pero adoraba el lugar! El viejo caserón que parecía salido de un libro de cuentos se alzaba imponente ante ella, ya que el terreno estaba muy inclinado. La parcela que llegaba hasta el cantil y hasta la playa pedregosa. Le gustaba la paz que había allí. Se podía oír el oleaje y el tráfico de la carretera, pero los ruidos llegaban amortiguados, como con intención protectora. En ningún momento había silencio absoluto. Ningún silencio cortante. Como en aquel hospital del Reino de los Muertos donde había despertado, a miles de kilómetros de distancia. Y donde un médico britano con bata blanca, un desconocido, la contemplaba como si fuera un montón de carne en la mesa de autopsias. Le preguntó con voz muy tranquila si era consciente de lo que le había sucedido; si recordaba la cantidad de barbitúricos que había ingerido; si había tenido intención de causarse un serio perjuicio. La llamaba señorita Monroe. Añadió que había «visto algunas películas tuyas».

Ella, en silencio, había negado con la cabeza. *No no no.*

¿Por qué iba a querer morirse? Sin haber tenido el niño, sin haber culminado su vida.

Carlo la había obligado a prometerle, la última vez que habían hablado por teléfono, que lo llamaría, del mismo modo que él la llamaría a ella. Si a alguno de los dos se le ocurría dar lo que Carlo llamaba «el gran paso infantil hacia lo desconocido».

¡Carlo! El único hombre que la hacía reír. Desde que Cass y Eddy G. habían salido de su vida.

(No, Carlo no era amante de Norma. Aunque los cronistas de Hollywood los hubieran relacionado y publicado fotos de los dos juntos, cogidos del brazo y sonriendo. *Monroe y Brando: ¿La pareja de Hollywood con más estilo o «sólo buenos amigos»?* No habían hecho el amor en la cama de Norma aquella noche, pero la omisión había sido sólo técnica, como cuando olvidamos cerrar un sobre que hemos echado al correo.)

Norma había encontrado una azada en el garaje y unas tijeras de podar muy oxidadas y con telarañas en la bodega, colgando de un gancho. Los invitados no llegarían hasta el atardecer. No era aún mediodía y disponía de muchísimo tiempo. Al instalarse en la Casa del Capitán había hecho una

promesa, mantener los arriates de flores limpios de malas hierbas, pero las malas hierbas crecían muy deprisa, maldita fuera. En su cabeza, mientras trabajaba rítmicamente, apareció un poema de repente, como una mala hierba:

MALAS HIERBAS DE AMÉRICA

Las malas hierbas de América no morimos
cardo abrojo cizaña
nos arrancan de raíz y NO MORIMOS
nos envenenan y NO MORIMOS
nos maldicen y NO MORIMOS
malas hierbas de América ¿sabéis una cosa?

¡NOSOTROS SOMOS AMÉRICA!

Se echó a reír. Al niño le gustaría el poema. Su ritmo sencillo y tonto. Le había compuesto una melodía al piano.

Entre los frondosos arriates de flores había algunas hortensias azules. ¡La flor favorita de Norma Jeane! Recordaba con viveza las hortensias del jardín trasero de los Glazer. Azules como aquéllas, también rosas y blancas. Y a la señora Glazer diciendo, con ese curioso y solemne hincapié que solemos hacer como si la misma trivialidad de nuestras palabras fuera testigo de nuestra veracidad, además de un ruego para que las palabras en cuestión duren más que nuestra frágil y achacosa vida: «La hortensia es la flor *más bonita*, Norma Jeane».

9

Nada es más teatral que un fantasma.

Al Dramaturgo le había intrigado siempre lo que había querido decir T. S. Eliot. Nunca había dejado de picarle la afirmación, porque en sus obras

no había ningún fantasma.

Observaba a Norma, que estaba en el jardín trasero cortando flores con unas tijeras. Su bella y embarazada esposa. Se quedaba absorto mirándola una docena de veces al día. Estaban la Norma que hablaba con él y la Norma situada a unos metros de él. La una, objeto de sentimientos; la otra, objeto de admiración estética. Que también es un sentimiento y no menos intenso. *Mi bella y embarazada esposa.*

Norma llevaba el sombrero de paja con el que se protegía del sol, pantalón informal y una camisa de él, pero no zapatos, cosa que a él le disgustaba, ni guantes de jardinero, que le disgustaba igualmente. ¡Aquellas suaves manos empezaban a criar callos! El Dramaturgo no la observaba por ningún motivo. Estaba mirando por la ventana, el mar y el cielo empedrado de nubes de translucidez y opacidad variables, con cierta satisfacción por lo que estaba escribiendo, escenas sueltas y esquemas para otra obra, aunque a lo mejor lo metía todo en el guión de cine (hasta entonces no había probado a escribir ninguno) que en el futuro tal vez fuera un trampolín para su mujer. Y entonces había aparecido ella abajo, en el césped. Con una azada y unas tijeras de podar. Trabajaba con torpeza pero con tesón. Estaba totalmente absorta en lo que hacía, al igual que estaba totalmente absorta en su embarazo; la certeza de su felicidad le iluminaba el cuerpo como una potente luz interior.

El Dramaturgo tenía miedo de que le ocurriera algo, a ella y al niño. No soportaba pensar en semejante posibilidad.

Cuán saludable parecía, como una mujer de Renoir en la cima de su belleza física femenina. Pero Norma estaba débil: cogía infecciones con facilidad, problemas respiratorios, migrañas terribles y desarreglos estomacales. ¡Los nervios!

—Aquí no, papá. Este lugar me sienta muy bien.

—Sí, cariño. A mí también.

La observaba con los codos apoyados en la mesa. En un escenario, todos sus movimientos torpes y graciosos tendrían significado; fuera de escena, aquellos mismos ademanes se perdían en el olvido, ya que no había público.

¿Cuánto duraría Norma en la categoría de no-actriz? Había renegado de las películas de Hollywood, pero quedaba el teatro, para el que tenía un talento natural; quizá genio. («No me hagas volver, papá —le había rogado en la cama, desnuda entre sus brazos—. No quiero volver a ser ella».) Hacía mucho que al Dramaturgo lo obsesionaba la extraña y proteica naturaleza del actor. Qué significaba «actuar» y por qué reaccionábamos como lo hacíamos ante las «grandes actuaciones». Sabemos que un actor «actúa» y sin embargo deseamos olvidarlo, y en presencia de actores de talento lo olvidamos inmediatamente. Es un misterio, un enigma. ¿Cómo podemos olvidar que el actor «actúa»? ¿«Actúa» para nosotros? ¿Está nuestra propia «actuación», enterrada y negada, en el mensaje de la «actuación» del actor? Entre los muchos libros que Norma se había llevado de California había uno titulado *El manual del actor y la vida del actor* (el Dramaturgo no había oído hablar de él jamás), y todas las páginas de aquel singular compendio de citas y aforismos al parecer anónimos estaban llenas de anotaciones de Norma. Era su Biblia, estaba claro. Las páginas tenían las puntas gastadas y salpicaduras, y encima se caían. Lo había publicado en 1948 una desconocida editorial de Los Ángeles. Se lo había regalado un sujeto que decía llamarse «Cass»: *Para la guapa Norma Géminis, con eterno amor estrellado*. Norma había copiado un aforismo en la portada pero la tinta casi se había borrado.

El actor sólo es feliz en su espacio sagrado: la escena.

¿Era verdad? ¿Era verdad para Norma? Amarga revelación para cualquier amante, si era cierto. Amargo descubrimiento para cualquier marido.

«Pero la verdad de un actor es la verdad de un momento que sólo puede ser pasajero. La verdad de un actor es el diálogo.»

Esto era cierto, el Dramaturgo estaba aquí más seguro.

Norma había dejado de cortar flores y volvía a la casa. Se preguntó si alzaría la cabeza y lo vería, y hubo una fracción de segundo durante la que

pudo haberse retirado, pero sí, ella levantó los ojos y lo saludó, con la mano, y él le devolvió el saludo con una sonrisa.

—Mi amor.

Qué extraño que la frase de T. S. Eliot le hubiera acudido a la cabeza. *Nada es más teatral que un fantasma.*

—No hay fantasmas en nuestra vida.

El Dramaturgo se había estado preguntando, desde la temporada en Inglaterra, por el futuro de Norma. Había renegado de la interpretación, pero ¿cuánto tiempo estaría sin actuar? Ama de casa y madre muy pronto, sin profesión. Tenía demasiado talento para contentarse con la vida privada, el Dramaturgo lo sabía. Estaba convencido. Admitía sin embargo que no podía volver a ser Marilyn Monroe; o Marilyn la mataría algún día.

Pero él estaba escribiendo un guión de cine. Para ella.

Y necesitaban dinero. O lo necesitarían, pronto.

Bajó para ayudarla en la cocina. Allí estaba Norma, sin aliento, con las flores y una ligera película de sudor en la cara. Había cogido hortensias azules y algunos tallos de rosas trepadoras, con una especie de hongo negro en las hojas.

—Mira, papá. Mira lo que he traído.

Los amigos de Manhattan no tardarían en llegar. Licores en el porche y luego cena en el Hostal del Ballenero. La tímida y simpática esposa del Dramaturgo puso flores por toda la casa, sin exceptuar la habitación de los huéspedes.

—Las flores hacen que la gente se sienta bien recibida. Como si se quisiera su presencia.

El Dramaturgo ponía agua en jarrones y ya iba Norma a arreglar las flores cuando vieron que pasaba algo, que las hortensias se caían de los jarrones.

—Querida, has cortado demasiado cortos los tallos. ¿Ves?

No era un reproche y menos aún una crítica, pero Norma se abatió en el acto. Su alegre ánimo estaba por los suelos.

—¿Qué? ¿Que he hecho qué?

—Mira. Podemos reparar el daño, así.

¡Maldición! No debería haber dicho «daño». Aquello la abatió aún más y retrocedió como una niña a la que han dado una bofetada.

El Dramaturgo puso las flores en tazones, para que flotaran en el agua. (No eran flores recién abiertas. No vivirían más de veinticuatro horas. Pero Norma, por lo visto, no se había dado cuenta.) Las rosas trepadoras, torpemente cortadas, se añadieron a las hortensias tras quitarles las manchas a las hojas a base de tijera.

—Yo creo que así queda igual de bien, cariño. Produce cierto efecto japonés.

Norma, a unos metros de distancia, no había dejado de mirarle las manos en silencio. Se acariciaba el vientre mordiéndose el labio inferior. Jadeaba y al parecer no había oído las palabras del Dramaturgo. Por último, con voz titubeante, dijo:

—¿Está bien ponerlas así? ¿Tan cortas? ¿No se reirá nadie?

El Dramaturgo se volvió a mirarla.

—¿Reírse? ¿Por qué iba nadie a reírse?

Había puesto cara de incrédulo. *¿Reírse de mí?*

10

La encontró en el rincón de la cocina, donde se había escondido.

Y si no en la cocina, en el garaje.

Y si no en el garaje, en lo alto de la escalera del sótano. (¡Vaya lugar húmedo y apestoso para esconderse!) Aunque Norma no admitía que se escondiera.

—Cariño, ¿no vienes a sentarte con nosotros en el porche? ¿Por qué estás ahí?

—Sí, ya voy, papá. Era sólo que...

Saludaba a los invitados y casi inmediatamente se iba corriendo, dejándolo con sus amigos, tímida como una gata callejera. ¿Era una modalidad de miedo escénico?

El Dramaturgo no la reprendía diciendo *Norma, no les des motivo para que murmuren de nosotros*.

Queriendo decir *Para que murmuren de ti*.

No; estaba comprensivo, agradable, hogareño, sonriente. Convirtiendo la legendaria timidez de Marilyn Monroe en una inocente broma doméstica. La encontró en el rincón de la cocina, enfrascada en la labor de alisar bolsas de papel. Los invitados recorrían la casa y salían al porche. El Dramaturgo la besó en la frente, para tranquilizarla. Cuando Norma sudaba, el pelo le olía ligeramente a productos químicos, aunque no se había puesto agua oxigenada en los últimos meses.

El Dramaturgo procuraba hablarle con amabilidad. Sin reproches. Tenía el diálogo delante, como si hubiera escrito las frases de ambos.

—Cariño, no le des tanta importancia a esta visita. Pareces muy nerviosa. Ya conoces a Rudy y a Jean, me dijiste que te caían bien.

—Yo no les caigo bien a ellos, papá. Han venido a verte a ti.

—Norma, no sea absurda. Han venido a vernos a los dos.

(No: el Dramaturgo debía borrar de su voz todo rastro de escepticismo. Debía hablar a su infantil esposa como en otro tiempo había hablado a sus jovencísimos y vulnerables hijos, hijos que adoraban y temían a papá.)

—¡Pero si no se lo reprocho! No se lo reprocho. Lo entiendo, son tus amigos.

—Bueno, sí, los conozco mucho más que tú, desde que era joven. Pero...

Norma se echó a reír, negó con la cabeza y le enseñó las palmas. Era un gesto de petición y al mismo tiempo de rendición.

—¿Y por qué esas personas, esos inteligentes amigos tuyos, él, escritor y ella, editora, por qué querrían *verme*?

—Querida, ven de una vez, ¿quieres? Te están esperando.

Ella volvió a negar con la cabeza y a reír. Lo miraba de soslayo. Muy parecida a una gata asustada, asustada por ningún motivo, a punto de echar a correr, y peligrosa. Pero el Dramaturgo no quiso confirmar sus ridículos celos y se lo pidió en voz baja, con amabilidad, pasándole el pulgar por la

frente, inclinándose para mirarla a los ojos de un modo que a veces ejercía sobre ella una especie de hipnosis.

—Cariño, anda, sal conmigo. Estás bellísima.

Era una mujer bella asustada de su propia belleza. Parecía molestarle que confundieran su belleza con «ella». Sin embargo, el Dramaturgo no había conocido nunca a una mujer tan angustiada por su aspecto cuando estaba ante desconocidos.

Norma había escuchado y meditado. Al final se estremeció, se echó a reír, se frotó la pegajosa frente en la barbilla de él y sacó del frigorífico un plato grande de hortalizas crudas, dispuestas geométricamente según el color, y una salsa de crema agria que había preparado ella misma. Él llevó bebidas en una bandeja. De pronto, todo volvía a estar bien. Iba a salir estupendo. Como en el plató de *Bus Stop*, donde el Dramaturgo la había visto aterrorizada, paralizada, con ganas de retirarse, y sin embargo muy poco después había reaparecido, y allí estaba Cherie, más vehemente, más viva, más flamiforme y convincente que nunca. Rudy y Jean admiraban la vista marina y se volvieron al oír que regresaba la atractiva pareja. El Dramaturgo y la Actriz Rubia. La mujer que quería que la llamaran «Norma» estaba deslumbrante (no evitaron el cliché, según contarían Rudy y Jean) con aquel cutis lozano y de una transparencia lechosa que le daban los primeros meses de embarazo; el pelo era de un rubio más oscuro, brillante y ondulado; llevaba un vestido de tirantes, con unas amapolas chillonas estampadas en las caderas, y un escote lo bastante abierto para enseñar el nacimiento de los turgentes pechos; calzaba zapatos blancos de tacón alto y puntera abierta, sonreía a la pareja como aturdida por los fogonazos de los fotógrafos, y entonces perdió pie en el único pero alto escalón que había que bajar para salir al porche, el plato grande se le cayó al suelo, las hortalizas, la salsa y la loza rota por los aires.

*Convertías los asuntos más insignificantes en una prueba de mi lealtad.
De nuestro amor.*

¡Los asuntos más insignificantes! Te refieres a mi vida.

También tu vida pasó a ser un motivo. Un chantaje.

Oye, que nunca me defendiste. Nunca diste la cara por mí delante de aquellos hijos de puta.

No estaba claro quién necesitaba defensa. ¿Siempre eras tú?

¡Me despreciaban! Esos a los que tú llamabas amigos.

No. Tú te despreciabas a ti misma.

12

Norma, sin embargo, quería a sus ancianos suegros. Y ante su sorpresa, sus ancianos suegros la quisieron a ella. El día en que los conoció, en Manhattan, la madre del Dramaturgo, Miriam, se llevó al hijo aparte, le asió las muñecas y le murmuró con voz de triunfo: «Esta chica es como yo cuando tenía su edad. Llena de esperanza».

¡Esta chica! ¡Marilyn Monroe!

El Dramaturgo descubrió, sorprendido y luego desilusionado, que sus padres no habían simpatizado con su primera esposa, Esther. Después de veintitantos años de pobre Esther, que les había dado unos nietos a los que adoraban. Esther, que era judía y con unos antecedentes familiares parecidos a los suyos. Mientras que Norma (Marilyn Monroe) era la *shiksa* rubia por antonomasia.

Pero se conocieron en 1956, no en 1926. En la cultura judía y en el mundo habían cambiado muchas cosas durante los años transcurridos.

El Dramaturgo había advertido que, como ya le había señalado Max Pearlman, las mujeres solían simpatizar con Norma, totalmente lo contrario de lo que se esperaba. Lo previsible eran celos, envidia, hostilidad; por el contrario, las mujeres hacían gala de un curioso parentesco con Norma, o con Marilyn; ¿sería posible que las mujeres la mirasen a ella y se vieran hasta cierto punto a sí mismas? ¿Una forma idealizada de ellas mismas? Un

hombre podía sonreír ante un malentendido semejante. Un espejismo, o una confusión. Pero ¿qué sabe un hombre? Si alguien se oponía a Norma, lo más probable era que fuese un hombre; un hombre sexualmente atraído por ella pero lo bastante sabio para comprender que ella lo rechazaría. El Dramaturgo sabía mucho de las irónicas estrategias que urdía el orgullo masculino amenazado.

¿No era verdad que si la Actriz Rubia no se hubiera sentido tan manifiestamente atraída por él, el Dramaturgo habría hablado de ella de forma despectiva?

No está mal para ser actriz de cine. Pero es demasiado floja para el teatro.

Y sucedió que la madre del Dramaturgo quiso a la segunda esposa del Dramaturgo. Pues allí estaba la tímida y sonriente Norma, una muchacha muy joven, de aspecto más juvenil aún, removiéndolo los recuerdos nostálgicos de la perdida juventud de la mujer de setenta y cinco años. El Dramaturgo oyó que su madre contaba a Norma que, a la edad de Norma, había tenido el pelo exactamente igual que el suyo. «El matiz, calcado, y las ondas.» Oyó que le contaba a Norma que durante su primer embarazo también ella se había sentido «como una reina. ¡Oh, por una vez!».

A Norma no la preocupó en ningún momento la posibilidad de que sus suegros, que no tenían inclinaciones intelectuales, se rieran de ella.

En la cocina de Manhattan y en la Casa del Capitán. Miriam hablando por los codos y Norma dándole la razón con murmullos. Miriam le enseñó a preparar caldo de pollo con sopas de pan ácimo y a preparar hígado troceado con cebolla. Al Dramaturgo no le gustaban particularmente los *bagels* de salmón ahumado, pero solían aparecer en los desayunos tardíos de los domingos. Y el *borscht*.

Miriam hacía *borscht* de remolacha y a veces de col.

Miriam preparaba la carne que guisaba. Decía que era tan fácil como abrir una docena de latas de Campbell's.

Miriam servía el *borscht* caliente o frío. Según la época del año.

Miriam tenía una receta para «*borscht* de urgencia» a base de latas de remolacha rallada para niños. «Poca azúcar. Zumo de limón. Y vinagre.

Nadie se da cuenta.»

Su *borscht* era el más exquisito del mundo.

13

EL OCÉANO

Rompí un espejo
y los pedazos
llegaron flotando a China.

¡Adiós!

14

Y llegó la terrible noche de julio en la que Norma volvió del pueblo y el marido vio a Rose en su lugar.

Rose, la adúltera de *Niágara*.

¡Eran imaginaciones tuyas, naturalmente!

Había cogido el cinco puertas para ir a Galapagos Cove, a menos que se hubiera dirigido a Brunswick. Iba a comprar comida, fruta, o artículos de farmacia. Vitaminas. Aceite de hígado de bacalao en cápsulas. Le pareció que Norma le había dicho que para fortalecerse los glóbulos blancos. Hablaba con frecuencia de su estado: en cierto modo, era su único tema. Un niño que crece en el útero. Que se prepara para nacer. ¡Qué felicidad! Cada dos semanas iba a ver a un ginecólogo de Brunswick, un profesional conocido de su ginecólogo de Manhattan. También podía haber ido a que le hicieran la permanente, o las uñas. Raras veces compraba ropa (en Manhattan la reconocían continuamente y tenía que irse corriendo de las

tiendas), pero ahora que estaba embarazada y empezaba a notarse, hablaba con nostalgia de ciertas prendas que le hacían falta. Batas y vestidos premamá. «Si no estoy guapa, dejarás de quererme, ¿verdad, papá?» Norma se había ido después de prepararle la comida y a las tres aún no había vuelto.

El Dramaturgo, absorto en sus papeles, en plena inspiración (él, que a duras penas escribía una página de diálogo al día, y aun así provisional y con tachaduras), apenas se enteró de la ausencia de su mujer hasta que sonó el teléfono.

—¿Papá? Sé que se me ha hecho tarde. Pero ya estoy en camino.

Estaba sin aliento, arrepentida, contrita.

—No corras, cariño —dijo él—. Estaba un poco preocupado, como es lógico. Pero conduce con cuidado.

La carretera de la costa era estrecha y con muchas curvas, y a veces, a plena luz del día, había masas de niebla que la cruzaban lánguidamente.

¡Si Norma sufría un accidente, y en aquel momento...!

Era una conductora prudente, por lo que sabía el Dramaturgo. Sentada al volante del viejo Plymouth de cinco puertas (que a ella se le antojaba grande y pesado como un autobús), encorvaba la espalda, fruncía la frente y se mordía el labio inferior. Tendía a pisar el freno enseguida, y con brusquedad. Tendía a alarmarse ante la proximidad de otros vehículos. Tendía a frenar en los semáforos mucho antes de llegar a la raya, como si temiera atropellar a los peatones incluso con el vehículo parado. Pero nunca iba a más de sesenta y cinco por hora, ni siquiera en plena carretera, a diferencia del Dramaturgo, que iba mucho más deprisa, y perdido en sus pensamientos, con arrogancia de neoyorquino, hablando mientras conducía, a veces levantando las dos manos del volante para gesticular. ¡Estaba convencido de que Norma era una conductora más fiable que él!

Pero ahora empezaba a tener conciencia de que la esperaba. Imposible reanudar el trabajo. Tuvo que esperar otras dos horas y veinte minutos.

De Galapagos Cove a la Casa del Capitán no había ni diez minutos. ¿Desde dónde lo había llamado Norma, desde Brunswick? El aturdimiento le impedía acordarse.

Imaginó un par de veces que la oía llegar por el empinado camino de grava. Que entraba en el garaje con su habitual discreción. El crujido de la grava. El portazo. Sus pasos. Su voz susurrante que subía por entre las tablas del suelo... «¿Papá? Ya estoy aquí.»

Incapaz de resistirlo, el Dramaturgo bajó corriendo para mirar en el garaje. Lógicamente, el Plymouth no estaba allí.

Al volver pasó por delante de la puerta del sótano, que estaba abierta de par en par. La cerró de golpe. ¿Por qué siempre estaba abierta aquella maldita puerta? El pestillo encajaba bien; Norma debía de haberla dejado abierta. Del sucio sótano ascendía un olor a descomposición denso y nauseabundo; olor a tierra, a putrefacción, a tiempo. Sintió un escalofrío.

Norma decía que detestaba el sótano: «Es asqueroso». Era lo único de la Casa del Capitán que no le gustaba. Sin embargo, el Dramaturgo pensaba que Norma había inspeccionado el sótano con una linterna, como una niña voluntariosa decidida a averiguar lo que le asusta. Pero Norma tenía treinta y dos años, no era una niña. ¿Qué objeto tenía darse miedo? Y en su estado.

Nunca se lo perdonaría, pensaba. Que Norma estropease aquella felicidad.

Por fin, pasadas las seis de la tarde, el teléfono volvió a sonar. El Dramaturgo se abalanzó sobre el auricular. Aquella voz cálida y frágil.

—Ayyyyy, papá. ¿Estás en-enfadado conmigo?

—Norma, ¿qué ocurre? ¿Dónde estás?

No podía ocultar el miedo que sentía.

—Estoy aquí medio enganchada con una gente...

—¿Qué gente? ¿Dónde?

—No estoy en ningún apuro, papá. Lo que pasa es que... ¿Qué dices?

—le estaba hablando otra persona y ella respondió tapando el auricular con la mano. El Dramaturgo, temblando, oyó voces elevadas al fondo. Y una estruendosa música de *rock and roll*. Norma volvió a ponerse entre risas—. Uf, esto está de miedo. Pero es gente muy simpática, papá. Hablan francés o algo así. Y hay dos chicas, ¿sabes? Son hermanas. Gemelas idénticas.

—Norma, ¿qué dices? No te oigo. ¿Gemelas?

—Pero enseguida me pongo en camino. Voy a hacer la cena. ¡Te lo prometo!

—Norma...

—Papá, me quieres, ¿verdad? Y no estás enfadado conmigo...

—Norma, por el amor de Dios...

Por fin, a las siete menos veinte, apareció Norma con el cinco puertas. Saludándolo a través del parabrisas.

El Dramaturgo la esperaba y la espera le había estirado la cara. Tenía la impresión de haber esperado un día entero. Sin embargo, casi todo el cielo seguía iluminado, con claridad de verano. Sólo en el horizonte oriental, en el lejano confín del océano, había comenzado el crepúsculo, semejante a una mancha oscura que ascendiese como arcos de nube compacta.

Y llegó Norma corriendo. Era la Vecina de Arriba. A no ser que fuese Rose disfrazada de Vecina de Arriba.

Con el sombrero de paja que seguía sujetando con un cordón bajo la barbilla. Con un blusón premamá estampado con pimpollos rosas y un pantalón corto, blanco y algo sucio. Rodeó con los brazos el tieso cuello del Dramaturgo y lo besó larga y húmedamente en la boca.

—Caramba, papá. Lo siento muchísimo.

El Dramaturgo sintió en la boca el sabor de algo maduro y dulce. Norma tenía manchadas las comisuras de la boca. ¿Había estado bebiendo?

Norma trataba de sacar las bolsas de comida del Plymouth y el Dramaturgo la ayudó sin decir palabra. El corazón le latía con una furia que era, de hecho, consecuencia del temor experimentado. ¡Si a Norma le hubiera ocurrido algo! ¡Y al niño! Sin que él se diera cuenta, Norma se había convertido en el eje de su vida.

Cuánto desconcierto y lástima había sentido. Al oír hablar a Norma de su anterior marido. De los detectives privados que contrataba el Ex Deportista para que la espiesen.

Pero ya estaba en casa, ilesa, risueña y arrepentida. Mirando de soslayo a su serio marido. Contándole una larga e incoherente historia, que no esperaba que él descifrara, sobre unas autostopistas que había recogido en la carretera y a las que había llevado a Galapagos Cove, punto de destino de

las dos muchachas, y de aquí a la casa de alguien, y las chicas la habían convencido de que se quedase un rato.

—Todos sabían quién era yo, me llamaban Marilyn, pero yo decía: «No, no, yo no soy ésa, yo soy Norma», como en un juego, quiero decir que nos reímos mucho..., como con mis amigas de Van Nuys, del instituto, a las que echo de menos.

Las hermanas gemelas eran «monísimas» y vivían con su divorciada madre en «una vieja caravana, triste y desvencijada», en medio del campo, y una de las muchachas, Janice, tenía un niño de tres meses que se llamaba Cody, y «el padre está en la marina mercante y piensa casarse con ella, pero tuvo que embarcar hacia esos mares». Norma se quedó un rato en la caravana y luego se fueron todos a dar un paseo con el cinco puertas, y después, «¿Sabes, papá? Terminamos en aquel supermercado de la carretera, ¿te acuerdas? Todos, incluido el niño. Porque necesitaban muchas cosas sólo para comer. Me gasté hasta el último centavo». Pedía perdón mientras lo contaba; sin embargo, hablaba con actitud desafiante. Era una niña arrepentida, pero no estaba de ningún modo arrepentida, más bien estaba orgullosa de su pequeña escapada. Sin decir: *Es dinero de Marilyn, papá. Y haré con él lo que quiera.*

Suspiraba, como presa del asombro.

—Hasta el último centavo que llevaba. ¡Es la monda!

El Dramaturgo estaba acostumbrado a pensar en lo irremediable y profundamente que amaba a aquella mujer. A aquella mujer extraña y sujeta a cambios inesperados. Ahora iba a tener un hijo suyo. Y la verdad era que no había querido otro hijo. En Manhattan, en el New York Ensemble y en los círculos teatrales le había dado la impresión de que la conocía; ahora no estaba tan seguro. Al comienzo de su relación ella parecía darle más amor del que él estaba preparado para devolver; ahora se amaban en igual medida, con un ansia terrible. Pero hasta aquel día no había pensado en la posibilidad de que llegase un momento en el que amase más a Norma que ella a él. ¡No lo soportaría!

Mientras ponía las cosas en la cocina, Norma lo miraba de reojo. En una obra de teatro, como en una película, una escena así comportaría un

mensaje fuerte. Pero la vida se adaptaba pocas veces al arte, a las formas y convenciones del arte. Aunque Norma le recordaba dolorosamente a la Rose de *Niágara*, que llevaba de cabeza (o de cualquier otra parte de la anatomía masculina) a su enamorado marido, interpretado por Joseph Cotten.

Norma le contó lo sucedido con la voz temblando de emoción. ¿Mentía? El Dramaturgo creía que no. La historia que contó era inocentísima, sin malicia. Pero estaba tan emocionada que lo mismo podía estar mintiendo. El nerviosismo sería idéntico. El Dramaturgo advirtió con horror que los pantalones blancos de su mujer estaban manchados con algo oscuro que podía ser menstruación, oh, Señor, ¿significaba aquello que iba a tener un aborto? (¿y Norma no se había dado cuenta?), aunque, al ver la cara del Dramaturgo, Norma bajó los ojos y se echó a reír con algo de vergüenza.

—¡Qué barbaridad! Estuvimos comiendo frambuesas y todos nos pusimos perdidos.

Pero el Dramaturgo estaba asustado. Su magro rostro, tostado por el sol estival, se había puesto pálido. Las gafas de lentes gruesas le resbalaron por la nariz. Norma había sacado un puñado de frambuesas de una bolsa y se las alargó al Dramaturgo, se las acercó a la boca para que comiese.

—Papá, no pongas esa cara, pruébalas y verás. Están deliciosas.

Era cierto. Las frambuesas estaban deliciosas.

15

No bastó con subrayar estas proféticas palabras de *El malestar en la cultura*. Norma quiso copiarlas en su cuaderno.

Jamás nos hallamos tan a merced del sufrimiento como cuando amamos; jamás somos tan desamparadamente infelices como cuando hemos perdido el objeto amado o su amor.

EL REINO JUNTO AL MAR

Érase una vez una Pobre Doncella
en un reino junto al mar.
Una maldición le echaron:
«La Bella Princesa serás».

«Es una maldición terrible»,
la Pobre Doncella gimió.
La madrina mala se echó a reír,
«Pues aún te puede ir peor».

Un Príncipe espío a la Princesa
cuando paseaba por el valle.
Le dijo: «¿Estás sola?
¿Necesitas quien te acompañe?».

El Príncipe cortejó a la Princesa
durante mil noches y un día.
La Princesa amó al Príncipe,
sí, pero... ¿qué le diría?

«No soy una Bella Princesa,
sólo soy una Pobre Doncella.
¿Me querrías si lo supieras?»
El Príncipe le sonrió y dijo...

Encogida en el banco de la ventana de la Habitación del Niño, soñando, feliz, limpiándose las lágrimas de los ojos, con el cavernoso cielo muy arriba y el sótano de suelo sucio tan abajo que no alcanzaba a oír sus amortiguados murmullos, Norma Jeane se esforzó, probó, buscó... pero no pudo terminar la balada.

17

La Habitación del Niño. Sabía, lógicamente, que el niño nacería en Manhattan. En el Columbia Presbyterian Hospital. Si todo salía según lo previsto. (¡El 4 de diciembre era la fecha mágica!) Sin embargo, allí, en la Casa del Capitán de Galapagos Cove, Maine, soledad en abundancia y mucha felicidad de ensueño a lo largo del verano, había creado un cuarto infantil de fantasía en el que ponía artículos que compraba en las tiendas de antigüedades y en los mercadillos de la carretera. Una cuna de mimbre, de color blanco cremoso y decorada con flores blancas. (¿No era casi idéntica a la cuna que Gladys había comprado para ella?) Juguetitos de trapo, cosidos a mano. Un sonajero de marca popular. Cuadernos, cuentos infantiles, Mamá Oca, animales parlantes, objetos en los que podía perderse durante largas horas de trance. *Érase una vez...*

Norma Jeane se encogía en el entrante de la ventana de la Habitación del Niño y fantaseaba con su vida. *Escribirá obras preciosas. Para que yo las interprete. Esos papeles me harán madurar. Me respetarán. Cuando me muera, no se reirá nadie.*

18

A veces oía un golpe en la puerta. No tenía más remedio que invitarlo a entrar. Él había abierto ya y asomaba la cabeza. Sonriendo. *¡Tanto amor en sus ojos! Mi marido.*

En la Habitación del Niño, escribió en su diario de estudiante que constituía su vida secreta. Apuntes para su propio uso, fragmentos poéticos. Listas de palabras. En la Habitación del Niño, en el banco del entrante de la ventana, Norma Jeane se encogía y leía *Ciencia y salud*, de Mary Baker Eddy, y las fascinantes declaraciones (¡en el caso de que fueran verdaderas!) que aparecían en *The Sentinel*; leía libros que había llevado de Manhattan, aun sabiendo que el Dramaturgo no siempre aprobaba todos.

El Dramaturgo creía que una mente como la de Norma («susceptible, sensible, influenciable») era como un manantial. Agua pura, inestimable. No querrías contaminarla con elementos tóxicos. ¡Nunca!

La llamada en la puerta y él ya la había abierto y le sonreía, aunque la sonrisa se desvaneció cuando vio (Norma no se atrevió a ocultárselo) lo que estaba leyendo.

Una tarde, *La vergüenza de Europa: Historia de los judíos europeos*. (Por lo menos no era una publicación de la Ciencia Cristiana, que el Dramaturgo no podía ni ver.)

La reacción del Dramaturgo ante aquellos libros, los libros «judíos» de Norma, fue compleja. La cara se le contrajo en una sonrisa reflexiva, casi de miedo. Era ciertamente una sonrisa de indignación. O de dolor. Como si Norma, sin darse cuenta (¡ay, no quería hacerlo, *cuánto lo siento!*), le hubiera dado un puntapié en el estómago. Se acercó a la ventana, se arrodilló a su lado y hojeó el libro, deteniéndose ante algunas fotos. El corazón de Norma se había acelerado. Veía en el rostro de los muertos fotografiados los rasgos de su marido vivo; a veces incluso su expresión sarcástica. Sintiera lo que sintiese aquel hombre en aquel momento, y ella estaba muy lejos de poder imaginarlo (¿qué sentiría, si fuera judía, en una circunstancia así?, pensaba que no lo soportaría), no iba a decírselo. Podrían temblarle la voz y la mano, es verdad. Pero le hablaría con serenidad, con la voz del hombre que la amaba y que sólo deseaba lo mejor para ella y para el niño.

—Norma, ¿crees que es conveniente en tu estado —dijo— que te inquietes con estos horrores?

—Pero es que..., es que quiero saber, papá —replicó ella con voz apagada—. ¿Está mal?

—Cariño —dijo él dándole un beso—, claro que no está mal que quieras «saber». Pero tú ya sabes. Sabes lo del Holocausto y lo de los pogromos, sabes lo del suelo ensangrentado de la cristiana y «civilizada» Europa. Sabes lo de la Alemania nazi, sabes incluso lo de la indiferencia de Gran Bretaña y Estados Unidos durante la persecución de los judíos. Lo sabes en términos generales, aunque no hasta el último detalle. Tú ya sabes, Norma.

¿Era verdad? Era verdad.

El Dramaturgo era el amo de las palabras. Cuando entraba en una habitación, las palabras fluían hacia él como las limaduras de hierro hacia un imán. Norma Jeane, titubeando y tartamudeando, no tenía la menor oportunidad.

Él podía hablar entonces de «la pornografía del horror».

Podía hablar de «regodearse en el sufrimiento», «regodearse en el dolor».

Podía hablar cruelmente de «regodearse en el dolor ajeno».

¡Pero yo también soy judía! ¿Es que no puedo serlo? ¿Depende todo de cómo se nace? ¿Del alma?

Norma escuchaba. Escuchaba con seriedad. Jamás lo interrumpía. Si hubiera estado en la clase de interpretación, habría abrazado el funesto libro contra sus pechos y su acelerado corazón, y aunque no estaba en la clase de interpretación podía abrazar el funesto libro contra sus pechos y su acelerado corazón; mejor aún, podía cerrar el libro y dejarlo en el gastado cojín de pluma del banco de la ventana. Arrepentida en tales ocasiones, avergonzada y dolida, pero no herida, porque sabía que no tenía derecho a sentirse herida. *No, yo no soy judía. Supongo.*

Lo que pasaba era que su marido la amaba. Más que amarla, la adoraba. Pero también tenía miedo por ella. Empezaba a ser posesivo con sus emociones. Sus «sensibles» nervios. (¿Recuerdas lo que estuvo a punto de ocurrir en Inglaterra?) Le llevaba dieciocho años y tenía la obligación de protegerla. En ocasiones como la presente lo preocupaba la magnitud de sus

propios sentimientos. Vio brillar las lágrimas en los preciosos ojos azules de Norma. El temblor de sus labios. En tan íntimo momento recordó que el director de *Bus Stop* se había asombrado de la facilidad con que Marilyn Monroe lloraba espontáneamente. *La Monroe no pide nunca la glicerina. Siempre tiene las lágrimas a punto.*

La escena, sin previo aviso, pasó a depender de la improvisación.

—Pero, papá —decía ella, balbuceaba—, si nadie lo hace, quiero decir, ahora, ¿no debería...?

—¿Qué deberías?

—Saber. Pensar. Por ejemplo, durante un día tan bonito como hoy. Aquí arriba, junto al mar. Personas como nosotros. ¿No debería ver las fotos por lo menos?

—No seas absurda, Norma. No hay nada que «debas» hacer.

—Lo que quiero decir es que esas fotos debería verlas siempre alguien, ¿entiendes? En cualquier parte del mundo. Cada minuto. Porque ¿y si... y si se olvidan?

—Cariño, no es probable que se olvide el Holocausto. Recordarlo no es responsabilidad tuya —el Dramaturgo se echó a reír, ruidosamente. La cara le ardía.

—Bueno, ya lo sé. Parece idiota —se estaba disculpando, pero no se estaba disculpando—. Creo que me refiero a... ¿qué dijo Freud? «Quien comparte una falsa ilusión es incapaz de reconocerla como tal.» ¿No podrías ser víctima de la ilusión de que otros están haciendo lo que necesitas hacer tú, para no necesitar hacerlo? En ese preciso momento. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No. No entiendo lo que quieres decir. Con franqueza, lo que haces es regodearte en el dolor ajeno.

—¿Y eso qué es?

—Hay algo morboso en eso. Conozco a muchos judíos que se regodean, créeme. La suerte pésima en la historia en versión cosmológica. ¡Sandeces! Pero yo no me he casado con un animal carroñero —más exaltado de lo que pensaba, el Dramaturgo esbozó una sonrisa horrible—. No me he casado con un animal carroñero, me he casado con una mujer.

Norma se echó a reír.

—Una mujer que no es un animal carroñero.

—Una mujer guapa, no un animal carroñero.

—Aaaah, ¿es que no puede ser guapo un animal carroñero?

—No. Un animal carroñero no puede ser guapo. Sólo una mujer.

—Sólo una mujer. ¡De acuerdo!

Levantando Norma la cara, para que la besasen. En su perfecta boca.

Cuando improvisamos, no sabemos adónde vamos. Pero a veces sale bien.

«No me quiere. Quiere a un ser rubio que hay en su cabeza. No a mí.»

19

Lo cierto es que se escabulló como un perro castigado. Y el niño en su útero, encogido de vergüenza hasta el tamaño de un pulgar.

Después siempre hacían las paces. Horas más tarde, en la cama de dosel. El colchón de crin, ridículamente duro, los chirriantes muelles del somier. Momentos exquisitos que el Dramaturgo recordaría toda la vida, asombrado de la fuerza del amor físico, del placer sexual que sigue vibrando en el tiempo mucho después de la muerte de los individuos que generaron tal amor con su cuerpo anhelante y angustiado.

Sería Rose para él si era a Rose a la que deseaba.

¡Era su mujer, podía ser cualquiera! Para él.

Lo besó hasta dejarlo sin aliento. Le succionó la lengua para metérsela en la boca. Le pasó las manos por el cuerpo, por el delgado y anguloso cuerpo que comenzaba a aflojarse en la cintura y en el vientre, le besó el pecho con pasión, el vello rizado del pecho, le besó y le chupó las tetillas, se echó a reír, le hizo cosquillas, le acarició con intensidad. Las hábiles manos de Norma. Practicaba (lo excitaba pensar que era esto, fuese verdad o no) como una pianista pasa los dedos por el teclado, haciendo escalas. Era la Rose de *Niágara*. La esposa adúltera, la esposa homicida. La rubia de

belleza y atractivo sexual inigualables a la que había visto en alguna ocasión hacía años, mucho antes de que existiera incluso la posibilidad de conocerla. ¡Y qué fantasía, la posibilidad de conocerla! Cuando se identificó con el traicionado e impotente marido, interpretado por Joseph Cotten. Hasta el final de la película se había identificado con él. Cuando Cotten estrangula a Rose. Una escena medio fantástica, de estrangulación silenciosa. Un ballet de muerte. La expresión de la perfecta cara de la Monroe cuando se da cuenta. *¡Va a morir! ¡Su marido es la muerte!* El Dramaturgo miraba estupefacto las parpadeantes imágenes de aquella película que le había conmovido más que ninguna otra. (Tendía a hablar despectivamente del cine como de un medio de masas.) Nunca había visto a una mujer como Rose. Había visto la película solo, en un cine de Times Square, y pensaba que todos los hombres del público tenían que sentir lo mismo que él. *Ningún hombre está a su altura. Tiene que morir.*

En la cama de la casa costera de Galapagos Cove se tendió encima de él, su esposa, su esposa embarazada, y se puso en posición. Su dulce aliento infantil. Los dulces grititos estrangulados («¡Ay, papá! ¡Ay, Dios mío!») que él no sabría si eran auténticos o fingidos. Nunca lo sabría.

20

El Dramaturgo abrió la puerta del cuarto de baño sin saber que ella estaba dentro.

Con una toalla en el pelo, desnuda, descalza, con el vientre hinchado, se volvió sobresaltada.

—¡Eh! ¡Oye! —en una mano píldoras, en la otra un vaso de plástico. Se metió las píldoras en la boca y bebió del vaso.

—Cariño —dijo él—, creía que ya no tomabas nada.

—Son vitaminas, papá —dijo ella mirándolo por el espejo—. Y aceite de hígado de bacalao.

Sonó el teléfono. Pocos sabían el número de la Casa del Capitán y los timbrazos fueron inquietantes.

Lo atendió Norma. Su cara de susto. Sin decir nada, tendió el auricular al Dramaturgo y salió rápidamente de la habitación.

Era Holyrod, el agente de Hollywood. Pedía disculpas por llamar. Sabía, dijo, que Marilyn no tenía intención de hacer cine por el momento. Pero se trataba de un proyecto especial. Se titulaba *Con faldas y a lo loco* y era una comedia disparatada sobre hombres disfrazados de mujer y con un papel principal escrito expresamente para Marilyn Monroe. La Productora estaba deseosa de financiar el proyecto y pagaría a Marilyn cien mil dólares como mínimo.

—Gracias. Pero ya te lo dijimos: a mi mujer no le interesa Hollywood por el momento. Nuestro primer hijo ha de nacer en diciembre.

¡Qué placer al pronunciar estas palabras! El Dramaturgo sonreía.

Nuestro primer hijo. ¡Nuestro!

Qué placer, aunque pronto se quedarían sin dinero.

DESEO

Porque me deseas
no soy.

Se la enseñó con timidez a su marido, ya que éste decía con frecuencia que le gustaría ver sus poesías.

El Dramaturgo leyó los dos versos, volvió a leerlos y sonrió con perplejidad, porque había esperado algo muy distinto. Algo que rimase, desde luego. Bueno, ¿qué decirle ahora? Quería darle ánimos; sabía lo anormalmente sensible que era, la facilidad con que se lesionaban sus sentimientos.

—Cariño, es un comienzo fuerte y dramático. Es muy... muy prometedor. Pero ¿qué viene después?

Norma asintió rápidamente con la cabeza, como si hubiera esperado aquella crítica. No, no era crítica, claro que no, era un estímulo. Le quitó el papel de las manos, lo dobló varias veces y, riendo como la Vecina de Arriba, dijo:

—¿Qué viene después? Ay, papá, cuánto sabes. Viene el enigma de nuestra vida, supongo.

23

No muy lejos, bajo el suelo de la vieja casa, un débil sonido de queja, un maullido, un gemido. *¡Socorro! ¡Ayudadme!*

—No hay nada ahí abajo. Y tampoco oigo nada.

24

Era fines de julio, al atardecer. Había llegado de visita un amigo del Dramaturgo y los dos se habían ido de pesca. Norma estaba sola en la Casa del Capitán. *Sola con el niño: sólo nosotros.* Estaba de buen humor, nunca se había sentido tan fuerte. Hacía días que no bajaba al sótano, ni siquiera miraba desde lo alto de la escalera. *No hay nada ahí abajo.*

—Es que donde yo nací no había sótanos. No hacían falta.

Había adoptado la costumbre de hablar en voz alta cuando estaba sola.

Hablaba al niño. ¡Su amigo más íntimo!

Era precisamente lo que a Nell la niñera le había faltado, en su propio ser: un niño.

—¿Por qué querría tirar a aquella niña por la ventana? Si hubiera tenido un hijo propio...

(Pero ¿qué había sido de Nell? No se había podido rebanar el pescuezo. La habían encerrado. Se había entregado sin resistencia.)

A fines de julio, al atardecer. Un día de bochorno. Norma Jeane entró en el estudio del Dramaturgo con la emoción y el temblor de una intrusa. Sin embargo, al Dramaturgo no le importaba que usase su máquina de escribir. ¿Por qué tenía que importarle? No era exactamente una escena improvisada, ya que ella la había planeado. Quería escribir una carta con copia y enviársela a Gladys. Aquella mañana se había despertado sobresaltada, pensando que Gladys debía de echarla de menos. Había estado lejos mucho tiempo, en la Costa Este. ¡Invitaría a Gladys a estar con ellos unos días en Galapagos Cove! Porque estaba segura de que Gladys se había recuperado y de que podría viajar si quisiera; era la imagen materna que había dado al Dramaturgo y a ella se le antojaba posible. El Dramaturgo le había dicho que Gladys tenía que ser muy interesante y que le gustaría conocerla. Norma Jeane escribió dos cartas con sendas copias. Una para Gladys y otra para el director de Lakewood.

Como es lógico, sólo a Gladys le dijo que esperaba un niño para diciembre.

«Por fin vas a ser abuela. ¡Ay, me muero de ganas!»

Norma Jeane se sentó a la mesa del Dramaturgo. La cámara se acercaría a ella, en picado. Le gustaba la vieja y fiel Olivetti de su marido, con la cinta deshilachada. Había papeles esparcidos por la mesa, *tan reales* como pensamientos de un genio dispersos. Puede que fueran notas, borradores. Fragmentos de escenas. El Dramaturgo hablaba poco de su trabajo. Superstición, tal vez. Pero Norma Jeane sabía que andaba enfrascado en dos o tres obras a la vez, entre ellas un guión de cine. (Habría sido capaz de hacer la película por él, tan complacida y orgullosa estaba.) Mientras buscaba un folio en blanco, sus ojos se posaron involuntariamente en...

X: ¿Sabes una cosa, papá? Quiero que el niño nazca aquí. En esta casa.

Y: Pero, cariño, habíamos planeado...

X: Podríamos buscar una comadrona. Lo digo en serio.

(X, emocionada y con los ojos dilatados; se sujeta la barriga con ambas manos como si ya la tuviera hinchada.)

En otro folio, con múltiples correcciones:

X (*irritada*): No me defendiste. Nunca.

Y: No estaba claro quién se equivocaba.

X: ¡Me despreciaba!

Y: No. Tú te despreciabas a ti misma.

Y: No. Tú te desprecias a ti misma.

(X no soporta que ningún hombre la mire sin desearla. Tiene treinta y dos años y teme que su juventud se agoste.)

25

¿Adónde vas cuando desapareces? Norma había oído ruido en el sótano. Se lo dijo a él sin mirarlo, sabiendo que no la creía, que no quería creerla. La acarició para tranquilizarla y se puso tensa.

—¿Qué te pasa, Norma?

Norma no podía hablar. Él fue a inspeccionar el sótano, con la linterna, pero no encontró nada. Sin embargo, ella lo había oído. Un maullido, un gemido quejumbroso. Otras veces era una especie de correteo. De agitación, de zarpazos. Recordaba (¿en un sueño?, ¿en una película?) un grito infantil. Por la mañana temprano, durante el día, cuando estaba sola en la planta baja, y a menudo en mitad de la noche por lo demás silenciosa, cuando despertaba sudorosa y con unas ganas incontenibles de ir al lavabo. Pensaba que podía ser un gato extraviado o un mapache, «un animal atrapado ahí.

Muerto de hambre». La llenaba de horror imaginar que una criatura viva estuviera atrapada como en una trampa en aquel sótano nauseabundo. El Dramaturgo advirtió que estaba muy agitada y quiso aplacar sus temores. No quería que ella bajase al sótano, con aquella oscuridad deprimente.

—¡Te prohíbo que bajes, cariño!

Había descubierto que bromear con su mujer era la táctica más inteligente. De este modo invitaba a la sensata Norma a enfrentarse a la irracional Marilyn. Apretándose la nariz para no oler (más que a manzanas podridas había ahora un hedor a carne descompuesta mezclado con los olores de la tierra y el tiempo), el Dramaturgo bajó otra vez al sótano, barrió con la linterna todos los rincones y volvió junto a ella jadeando, irritable (porque era un día demasiado caluroso y húmedo para la costa de Maine) y con telarañas colgando de la cara, pero estuvo amable con Norma cuando le repitió que no, que no había nada allí abajo, que por lo menos él no había visto nada; ni había oído los ruidos que ella decía. Norma pareció calmarse. Parecía aliviada. Se llevó impulsivamente la mano del Dramaturgo a la boca y la besó, poniéndolo a él en un aprieto. ¡La mano estaba sucia!

—Ay, papá. Deberías seguir la corriente a una embarazada.

La verdad es que Norma se había puesto a dar de comer a los gatos sin hogar en el jardín trasero a la semana de instalarse en la casa. A pesar de los sabios consejos del Dramaturgo. Al principio sólo a un gato, un macho flaco y negro con las orejas mordisqueadas; luego se apuntó una hembra manchada, flaca también, pero con un embarazo muy avanzado; pronto hubo media docena de animales que aguardaban pacientes la comida ante la puerta trasera. Todos eran extrañamente silenciosos y se sentaban separados entre sí; mantenían la distancia cuando Norma aparecía con los platitos, luego se abalanzaban sobre ella, veloces como máquinas en miniatura, y en cuanto terminaban se alejaban trotando sin volver la cabeza. Norma, al principio, había querido congeniar con ellos, incluso hacerles mimos, pero retrocedían bufando y enseñándole los dientes. Puesto que se podía entrar en el sótano por fuera, no era ilógico suponer que un gato se hubiera metido y quedado atrapado. Si era así, el animal se había escondido del Dramaturgo, que había ido a rescatarlo.

—Cariño, ¿por qué no dejas de alimentar a esos gatos? —sugirió el Dramaturgo.

—Claro que sí. Pronto.

—Cada vez vienen más. No puedes alimentar a todos los gatos de la costa de Maine.

—Ya lo sé, papá. Tienes razón.

Él sabía, sin embargo, que ella no desistiría, y así fue. No quería saber cuántos animales famélicos y esqueléticos aparecían cada mañana para comer lo que ella les daba. *Su extraña tozudez. Su voluntad poderosa. El hombre se sabía eclipsado por ella en lo esencial. Sólo en los asuntos superficiales se alzaba él triunfante.*

Estaba arriba, sentado a su mesa, escribiendo estas palabras u otras parecidas cuando oyó un grito. «Lo sabía. Sabía que ocurriría.»

Bajó corriendo y la vio tendida al pie de la escalera del sótano, gimiendo y frotándose. La linterna se le había caído y su haz cónico perforaba las entrañas del sótano como si fueran las sombras informes e indefinibles del olvido.

Le pidió ayuda, que salvase al niño. Cuando él se inclinó sobre ella, ella se aferró a sus manos, tiró de sus manos. Como si quisiera que la ayudase a parir.

El Dramaturgo llamó a una ambulancia. La llevaron al hospital de Brunswick.

Aborto accidental en la decimoquinta semana de embarazo.

Era el 1 de agosto.

El adiós

Empezamos a morir entonces, ¿verdad? Tú me echabas la culpa.

Nunca. A ti no.

Porque no os salvé ni a ti ni al niño.

A ti no.

Porque no fui yo quien sufrió. A quien se le desgarraron las tripas.

A ti no. Era a mí. Me lo merecía todo. Yo ya había matado al niño una vez, el niño ya estaba muerto.

Ella, la lesionada, pasó una semana en el hospital. Había perdido mucha sangre y estuvo a las puertas de la muerte en la sala de urgencias. Tenía la piel del color blanco mate de la cera, las ojeras realzadas, cortes y contusiones en la cara, en el cuello y en los brazos. Al caer se había torcido una muñeca. Se había fracturado varias costillas. Tenía conmoción cerebral. Tenía arañazos superficiales junto a los exánimes ojos y los yertos labios. Cuando el asustado marido la vio inconsciente en una camilla de la sala de urgencias pensó que sin duda estaba muerta; aquel cuerpo era ya cadáver. Ahora, en la habitación del hospital, donde no se admitían más visitas que las de él, recostada en las almohadas, con goteros blancos en ambos brazos y un tubo de oxígeno en la nariz, parecía una superviviente de alguna catástrofe; de un terremoto, un bombardeo. Parecía una superviviente que no pudiera expresarse en ningún idioma conocido para decir a qué había sobrevivido.

Ha envejecido. La juventud la ha abandonado por fin.

Estaba «en observación» porque, según dijeron al Dramaturgo, había caído en un delirio suicida.

No obstante, ¡qué alegre la habitación de la enferma! Llena de flores.

Aunque aquella enferma estaba allí con nombre supuesto. Un nombre que no se parecía ni remotamente a ninguno de los suyos.

El personal del Hospital General de Brunswick no había visto nunca semejante despliegue de flores. Desbordaban la habitación y llegaban hasta la sala de las enfermeras y de las visitas.

Claro que en el Hospital General de Brunswick no había ingresado hasta la fecha ninguna cara famosa de Hollywood.

Los periodistas y fotógrafos estaban prohibidos, como era natural. Sin embargo, en la portada de *The National Enquirer* aparecería una foto de Marilyn Monroe, la mujer lesionada en la cama del hospital, entrevista por el hueco de una puerta desde unos cinco metros.

MARILYN MONROE ABORTA AL 4.º MES DE EMBARAZO.

SE TEME SUICIDIO

Una foto semejante apareció en el *Hollywood Tatler* con una «entrevista telefónica en exclusiva desde la cama» con Marilyn Monroe, firmada por un, o una, columnista apodado «Keyhole».

El Dramaturgo impediría que ella conociese éstos y otros escarnios.

Cuando habló por teléfono con sus amigos de Manhattan, dijo con voz nerviosa y forzada:

—No he hecho más que desestimar los temores de Norma. Ahora no me lo perdono. No, no sobre el embarazo: tener un niño no la atemorizaba, en absoluto. Me refiero a su obsesión por el Holocausto, por «ser judía». A su obsesión por la historia. Ahora entiendo que sus temores no eran exagerados ni imaginarios. Su miedo es una percepción inteligente de... — hizo una pausa. Estaba aturdido, jadeando y a punto de sufrir un ataque de nervios, como los que había sufrido varias veces en público desde la

catástrofe, y no sabía ya de qué hablaba. En aquellos momentos de desánimo, el Dramaturgo, el señor del lenguaje, había perdido buena parte de su poder; él mismo se veía como un niño que se afanaba por expresar ideas que flotaban en su cerebro como globos que huían cuando alargaba las manos para cogerlos—. Otros hemos aprendido a minimizar este miedo. Este sentido trágico de la historia. Somos frívolos, somos supervivientes. Pero Marilyn, quiero decir Norma...

Pero, Señor, ¿qué estaba diciendo?

Buena parte del tiempo que pasó en el hospital estuvo callada. Yacía con los hinchados ojos entornados, como si flotase un poco por debajo de la superficie del agua. Una misteriosa sustancia le entraba gota a gota en las venas y por las venas le llegaba al corazón. Su respiración era tan superficial que el Dramaturgo no estaba seguro de que respirase en realidad, y si el Dramaturgo daba una ligera cabezada, un velo de un blanco destellante en su cerebro, porque estaba agotado, porque no era joven, porque estaba perdiendo los siete kilos de más que tenía desde que se había casado, despertaba aterrorizado por la posibilidad de que su mujer hubiera dejado de respirar. Le cogía las manos para garantizarle la vida. Le acariciaba las hinchadas y yertas manos. ¡Pobres manos lastimadas! Viendo con horror que aquellas manos eran más bien pequeñas y de dedos cortos, manos vulgares, con una franja de mugre bajo las mordisqueadas uñas. Su pelo, su famoso pelo, oscurecido en las raíces, seco, quebradizo y raleante. Le murmuraba con voz queda, como a una niña: «Te amo, queridísima Norma. Te amo», con la certeza de que ella lo oiría. Ella también lo amaba, y lo perdonaría. Y de repente, al atardecer del tercer día, le sonrió. Le cogió las manos y pareció revivir.

¡El genio del actor! Sacar energía de las indescriptibles profundidades del alma. No podemos abarcarte. No es extraño que te temamos. Estamos en una lejana orilla, alargándote las manos con veneración.

—Volveremos a intentarlo, ¿verdad, papá? Las veces que haga falta — quien no había abierto la boca durante días se puso a hablar con rapidez. Estuvo enérgica e implacable. Sus ojos de enferma brillaban. El marido no

quería que ella le viese la cara—. No nos rendiremos nunca, ¿verdad, papá?
Nunca. ¿Me lo prometes?

La otra vida

1959 - 1962

La muerte vino inesperadamente, porque yo lo quise.

VASLAV NIJINSKY,
Diario

Pésame

Mi bonita hija perdida:

Enterado de tu trágica pérdida, te doy mi más sentido pésame.

La muerte de un alma nonata puede depararnos más dolor que ninguna otra porque la inocencia es inmaculada.

Querida Norma, he sabido de tu recentísimo dolor en un momento en el que yo también estoy transido de tristeza por la defunción de la que fue mi

amada esposa durante muchos años. Estoy a la espera de un período de calma, antes de pensar en la dirección que daré a mi vida. No soy joven ya ni estoy bien de salud. Probablemente venderé la casa y demás pertenencias (demasiadas para un viudo solitario que va a cumplir los setenta y tiene gustos ascéticos). Vivo cerca de Griffith Park y por el sur veo el cementerio de Forest Lawn donde mi querida Agnes está enterrada y donde ocuparé algún día una fosa. ~~Es demasiado triste y solitario~~

Querida hija, he aquí lo que se me ha ocurrido, que es posible que tu vida haya cambiado tanto que quieras vivir conmigo. Mi casa es realmente grande, los de la inmobiliaria la llaman mansión.

He sabido de tu dolor por un medio que témome vulgar. Por una «columna de chismes» del *Hollywood Tatler*. (En la barbería.) Naturalmente, ya ha saltado a la prensa. Lo mismo que tu actual «crisis matrimonial».

Se diría que tu talento para el cine es superior, querida hija, que tu talento para la vida. ~~De tu pobre madre llegué a creer que llevaba veneno en las entrañas, como la araña violín~~

Pero no te envió esta tarjeta de pésame para regañarte. Perdóname, hija mía. Y Dios te bendiga.

No he visto tus películas pero sí tu bonita cara a menudo y me extraña que parezcas tan indiferente, aunque el alma no siempre se refleja en el rostro, supongo ~~De una mujer de treinta y tres años~~

Espero verte pronto, querida Norma. Perdona a este anciano por querer abrir antiguas heridas.

Tu arrepentido y amante padre

Sugar Kane, 1959

I wanna be loved by you // nobody else but you // Quiero que me quieras // solamente tú // Quiero que me quieras // solamente tú // Quiero que me quieras // solamente // ¡no se lo quitaba de la cabeza! no se quitaba de la cabeza aquel *Quiero que me quieras solamente tú Quiero que me quieras solamente tú //* ¡se estaba asfixiando! ¡quemando! // *Quiero que me beses // solamente tú // Quiero que me beses solamente tú //* era Sugar Kane Kowalczyk de las Muchachas Sincoadas de Sweet Sue // era Sugar Kane la ukelelista rubia platino // era un cuerpo femenino // era un culo y unas tetas de mujer // era Sugar Kane la ukelelista rubia platino que huía de los saxofonistas // a los saxofonistas les atraía su ukelele // ¡no era capaz de resistirlo! // una y otra vez y siempre la querían por aquello // *Quiero que me quieras solamente tú //* y ocurría otra vez // ocurría siempre y por toda la eternidad // ocurría otra vez // *Quiero que me quieras solamente tú //* canturreaba y sonreía al público mientras rasgaba el ukelele que había aprendido a tocar y sus dedos se movían con destreza sorprendente para estar tan drogada, sedada y aterrorizada, mientras su boca besable y fabulosa murmuraba *¡Quiero! ¡Quiero! ¡Quiero que me quieras!* // otra variante de la zorra enferma, patética, pero la adoraban y un hombre se enamoraba de ella en la pantalla // *Quiero que me quieras // solamente tú /* ¿y esto era gracioso? ¿era gracioso? ¿era gracioso? ¿por qué era gracioso? ¿por qué era graciosa Sugar Kane? ¿por qué era gracioso ver a hombres vestidos de mujer? ¿por qué era gracioso que los hombres se disfrazaran de

mujer? ¿por qué era gracioso que hombres calzados con zapatos de tacón alto trastabillaran? ¿por qué era Sugar Kane graciosa, porque era la suprema imitadora de lo femenino? ¿era esto gracioso? ¿por qué era gracioso? ¿por qué la mujer es graciosa? ¿por qué iba la gente a reírse de Sugar Kane y a enamorarse de Sugar Kane? ¿por qué, una vez más? ¿por qué la ukelelista Sugar Kane Kowalczyk tuvo tal éxito de taquilla en Estados Unidos? ¿por qué Sugar Kane, la ukelelista rubia platino y alcohólica, fue un éxito? ¿por qué *Con faldas y a lo loco* es una obra maestra? ¿por qué la Monroe es una obra maestra? ¿por qué es la película más comercial de la Monroe? ¿por qué la amaban? ¿por qué, cuando su vida estaba hecha jirones como seda rasgada? ¿por qué, cuando su vida estaba hecha pedazos como un vaso roto? ¿por qué, cuando se había desangrado por dentro? ¿por qué, cuando le habían sacado las entrañas? ¿por qué, cuando llevaba veneno en su seno? ¿por qué, cuando la cabeza le iba a estallar de dolor y tenía la boca en carne viva? ¿por qué, si todos los del plató habían sentido por ella aversión, resentimiento, temor? ¿por qué, cuando se estaba hundiendo ante los ojos de los demás? // *¡Quiero que me quieras tú, bup bupi du!* ¿por qué era tan seductora Sugar Kane Kowalczyk de las Muchachas Sincopadas de Sweet Sue? // *Quiero que me beses tú // solamente tú // ¡Quiero! ¡Quiero! ¡Quiero que me quieras // solamente tú! //* pero ¿por qué? ¿por qué era Marilyn tan graciosa? ¿por qué el mundo adoraba a Marilyn? ¿que se despreciaba a sí misma? ¿era éste el porqué? ¿por qué el mundo amaba a Marilyn? ¿por qué, si Marilyn había matado a su hijo? ¿por qué, si Marilyn había matado a sus hijos? ¿por qué el mundo quería joder con Marilyn? ¿por qué el mundo quería joderse a Marilyn sin parar? ¿por qué el mundo quería meterse en Marilyn hasta la puta empuñadura, como una espada larga y gorda? ¿era un enigma? ¿una advertencia? ¿era un chiste de tantos? // *Quiero que me quieras tú // bup bupi du // solamente tú // solamente tú // solamente*

¡Aquel malhadado sentido de la obligación! Era el castigo de la Pobre Doncella.

En el plató hubo aplausos espontáneos. Era la primera vez que la Monroe hacía la jornada completa, había estado enferma, abstraída, se rumoreaba, y allí estaba su alto y pálido marido, el de gafas, de plantón como en un velatorio, y a pesar de todo había cantado *I Wanna Be Loved by You*, quiero que me quieras, y se había ganado el ánimo de todos, porque todos querían a Marilyn, ¿¿verdad?! ¡Ansiaban amar a Marilyn! W encabezó el aplauso, era su prerrogativa como director, y otros se unieron a la iniciativa elogiando con entusiasmo a la Actriz Rubia, y ella los miraba desde el plató, mordiéndose el labio inferior casi hasta hacerse sangre, aunque su sedado corazón latía con fuerza porque quería saber si aquellas personas mentían a sabiendas o se engañaban con toda inocencia, y con la esperanza de que parasen dijo con voz tranquila:

—No. Quisiera repetir.

Y otra vez el ridículo y diminuto ukelele, que parecía un juguete, un símbolo de su vida de juguete y de su alma rubia de juguete, otra vez los movimientos sugestivos / seductores de muñeca crecida, Mae West y la Pequeña Bo Peep en morbosa mezcolanza. La cámara era un *voyeur* que se pirraba por los michelines de Sugar Kane y la gracia tenía que estar (entre la cámara y el público) en que Sugar Kane es demasiado idiota para captar las bromas sobre ella, Sugar Kane debe actuar con seriedad hasta la muerte // *Quiero que me quieras // solamente tú // Quiero que me quieras // solamente tú* // viendo por el retrovisor de la limusina de La Productora los saltones y omniscientes ojos del Chófer Sapo, que era pariente de la Pobre Doncella y la conocía // *Quiero que me quieras solamente tú Quiero que me quieras que me quieras Quiero que me quieras Quiero que me ¡bup bupi du! ¡bup bupi du! Quiero que me*

—No. Quisiera repetir.

Y poco a poco la interpretación de Sugar Kane se fue perfilando, tenía en su interior una idea de su depuración, aunque Sugar Kane no era más que

una caricatura sexual en otra farsa sexual imaginada por hombres para diversión de los hombres // Sugar Kane, «la gelatina con muelles» // el papel es una ofensa y una profunda herida para la Monroe y a pesar de todo: Sugar Kane se escribió para ella y ¿quién era Sugar Kane sino la Actriz Rubia?

—No. Quisiera repetir.

Quiero que me quieras // solamente solamente tú // ¡Sin histerias! ella no se había puesto histérica, estaba segura. Su estilista y Whitey el maquillador eran testigos. Se escuchaba a sí misma y oía la voz susurrante y ronca de Marilyn, lejana como una voz por teléfono, y estaba segura de que no se había puesto histérica con W, la historia la tenía en reserva. Sin embargo, allí estaba el peligro de la historia. Desde que había vuelto a La Productora era la comidilla. La espera de la historia. Decir a W, el distinguido director contratado por La Productora para complacerla: «Oiga usted. Tiene a Marilyn Monroe en esta absurda película para utilizarla, no para joderla. Y no se le ocurra joder con ella tampoco».

Fue como si hubiera muerto y hubiese vuelto con nosotros una persona distinta. Se contaba que había perdido un niño. Y que había querido suicidarse arrojándose al mar. La Monroe siempre fue valiente.

Tras la interrupción del aplauso no solicitado, la siguiente toma fue un desastre, olvidó sus frases e incluso los dedos la traicionaron pulsando las cuerdas del ukelele que no correspondían, y rompió en extraños sollozos sin lágrimas, y se golpeó los muslos enfundados en el ceñido vestido de seda de Sugar Kane (tan ceñido que en vez de sentarse en el plató se «apoyaba» en un aparato cóncavo ideado para aquel fin) y se puso a gritar como un animal al que están matando, y llena de furia se lanzó a darse tirones en el pelo recién teñido y cardado, frágil como el algodón de azúcar, y se habría hundido las uñas en aquella máscara de pastel que tenía por cara si no se lo hubiera impedido W. «¡No, Marilyn! Por el amor de Dios.» Viendo en los ojos desorbitados de la Monroe su propio destino. Se llamó al doctor Fell,

médico residente, nunca alejado del estudio ni de la Monroe, y apareció enseguida con una enfermera para llevarse a la enferma, que lloraba histérica. En la intimidad del camerino de la estrella, antaño camerino de Marlene Dietrich, ¿quién sabía qué sustancias mágicas se inyectaban directamente en el corazón?

Ahora vivo para mi trabajo. Vivo para mi trabajo. Vivo sólo para mi trabajo. Algún día haré algo que satisfaga mi talento y mi deseo. Algún día. Lo garantizo. Lo prometo. Quiero que me améis por mi trabajo. Pero si no me amáis, no seguiré trabajando. ¡Amadme pues, por favor!, así podré seguir trabajando. ¡Estoy atrapada! Soy prisionera de este maniquí rubio con esta cara. ¡Sólo quiero respirar a través de esta cara! ¡Por esta nariz! ¡Por esta boca! Ayudadme a ser perfecta. Si Dios estuviera en nosotros, seríamos perfectos. Dios no está en nosotros, lo sabemos porque no somos perfectos. No quiero dinero ni fama, sólo ser perfecta. El maniquí rubio llamado Marilyn soy yo y no soy yo. Ella no soy yo. Ella es mi destino. Sí, quiero que la améis. Así me amaréis a mí. ¡Yo quiero amaros! ¿Dónde estáis? Miro y miro y no hay nadie ahí.

Había ido en un coche prestado por la autovía de Ventura en dirección este, a Griffith Park y al cementerio de Forest Lawn (donde estaba enterrado I. E. Shinn, aunque para vergüenza suya había olvidado dónde), había conducido durante horas, nadie sabía nada, y en ciernes una migraña semejante a un taladro, y siguió recorriendo kilómetros y más kilómetros de zonas residenciales, pensando: *¡Cuánta gente! ¡Cuánta! ¿Por qué Dios crearía tanta?*, sin saber con exactitud lo que buscaba, a quién buscaba, y no obstante segura de que reconocería a su padre en cuanto lo viera. *¿Te das cuenta? Este hombre es tu padre, Norma Jeane.* Más vívido este padre en su mente, que resbalaba y patinaba como cubitos de hielo que se lanzan a un suelo encerado, que ninguna otra persona de su presente. No quería creer que la estuviera castigando. Que sus cartas no fueran cariñosas sino crueles. Que estuviera jugando con sus sentimientos.

Mi bonita hija perdida.

Tu arrepentido y amante padre.

Jugando con Norma Jeane, tal como había visto, con horror, por una ventana de la Casa del Capitán, a la gata embarazada jugar con un gazapo, dejando que el aturdido, ensangrentado y gimiente animal se arrastrase unos centímetros por la hierba, lanzándose después sobre él con voracidad, rasgando y mordiendo con dientes carnívoros, dejando nuevamente que se arrastrase unos centímetros, lanzándose otra vez sobre él, hasta que del pobre conejo no quedó más que la parte inferior del tronco y las patas traseras, que aún temblaban de miedo. (Su marido no la había dejado intervenir. Era cuestión de naturaleza. De la naturaleza del gato. Sólo conseguiría alterarse. Era demasiado tarde, el conejo estaba agonizando.) No. Ella no podía pensar así. No pensaba así. «Mi padre está viejo y achacoso. No tiene intención de ser cruel. Se avergüenza de haberme abandonado de pequeña. De haberme dejado con Gladys. Quiere reparar el daño. Podría vivir con él y hacerle compañía. Un anciano distinguido. De pelo blanco. Con dinero, supongo; aunque yo podría correr con los gastos de ambos, MARILYN MONROE Y SU PADRE... Me acompañaría a los estrenos. Pero ¿por qué no lo dice? ¿A qué está esperando?»

¡Tenía treinta y tres años! Le pasó por la cabeza la posibilidad de que su padre se sintiera avergonzado de Marilyn Monroe y fuera reacio a admitir en público su parentesco. Él la llamaba únicamente Norma. Decía que no había visto las películas de la Monroe. También se le ocurrió la posibilidad de que su padre estuviera esperando a que Gladys muriese.

—¡No puedo escoger entre los dos! ¡Los quiero a ambos!

Desde que había vuelto a Los Ángeles para trabajar en *Con faldas y a lo loco* sólo había visto a Gladys una vez. Aunque Gladys estaba sin duda al tanto de su embarazo, no le había contado lo del aborto y Gladys no había hecho preguntas. Casi toda la visita había consistido en pasear por los jardines del hospital, hasta la verja y volver.

—Quiero ser leal con mi madre. Pero mi corazón le pertenece a él.

En tal estado acabó perdiéndose en las colinas que flanqueaban la ciudad. Se perdió en el cementerio de Forest Lawn, se perdió en Griffith Park y por último se perdió en Glendale, y aunque había vuelto a

Hollywood y a Beverly Hills, olvidó la dirección exacta de su casa. Gentileza del señor Z y de La Productora. Era pequeña aunque estaba amueblada con buen gusto, y no estaba lejos de los estudios de La Productora, pero no acababa de recordar dónde. En un *drugstore* de Glendale (donde la reconocieron, se dio cuenta, Dios bendito, la miraban, murmuraban y sonreían, y ella estaba agotada, con el vestido arrugado, sin maquillaje y con los ojos enrojecidos tras las gafas negras) llamó por teléfono al despacho del señor Z, implorando como Sugar Kane, y le mandaron un chófer que la llevó a la casa, que ella no reconoció a primera vista, en Whittier Drive, palmeras y buganvillas esplendorosas, y tuvieron que llevarla hasta la puerta, que se abrió de pronto, y en el hueco vio a un cincuentón alto, de cara arrugada y angustiada, con gafas de vidrios gruesos, y ella, entre el aturdimiento y la perforante migraña, al parecer fue incapaz de reconocerlo.

—Cariño, por el amor de Dios. Soy tu *marido*.

Treinta y siete tomas de *I Wanna Be Loved by You* hasta que la Monroe quedó convencida de que no podía hacerlo mejor. Hubo tomas que a W y a otros les parecieron casi idénticas, pero para la Monroe había pequeñas diferencias y estas pequeñas diferencias eran vitales, *como si su vida dependiera de aquello y oponerse a ella fuera poner en peligro su vida, y la mujer reaccionaba con pánico y cólera*. Todos estaban agotados. Ella también estaba agotada, pero satisfecha, y se la vio sonreír. W la elogió con tacto. ¡Su Sugar Kane! Con tacto le cogió las manos y le dio las gracias como había hecho a menudo durante el rodaje de *La tentación vive arriba* y ella le había respondido con risitas y sonrisitas de gratitud, pero ahora Marilyn estaba tensa y encogida como una gata, sin ganas de que la tocara nadie, sin ganas de que la tocara él. Respiraba deprisa y con furia. ¡W decía que tenía el aliento inflamable! W era un distinguido director de Hollywood que había dirigido a aquella difícil actriz en la comedia anterior que había sido un éxito de crítica y público en 1955, y la Vecina de Arriba, un triunfo cómico, pero a pesar de todo la Monroe no confiaba en él. Sólo habían pasado tres años, pero Monroe había cambiado de un modo tan gigantesco

que W no la había conocido. Ya no era la Vecina de Arriba. Ya no lo miraba en espera de su aprobación y su elogio. Ya no estaba casada con el Ex Deportista, no había magulladuras que ocultar, y en una ocasión, rodando en exteriores neoyorquinos, se había desplomado en los brazos de W, había sollozado como si le hubieran roto el corazón, y W la había abrazado como un padre abrazaría a una hija y nunca había olvidado la ternura y delicadeza del momento, pero la Monroe lo había olvidado por completo. Lo cierto era que la Monroe ya no confiaba en nadie.

—¿Cómo voy a confiar? Sólo hay una «Monroe». Y la gente espera verla humillada.

Se echaba a dormir a veces en su camerino de La Productora. La puerta cerrada, el cartel de NO MOLESTAR colgado, y uno de los que la adoraban, con frecuencia Whitey, de guardia. Dormía en bragas, con los pechos desnudos, cubierta por una película de sudores y olores procedentes de los ataques de pánico y las vomitonas, y el Nembutal líquido que le corría por las venas era tan potente que se hundía con dulzura en un cenagal cálido y acogedor de sueño sin sueños, y la terrible escalada del pánico remitía, se calmaba, y *que el corazón se me pueda parar algún día es un riesgo que he de correr*, y su alma asustada se fortalecía durmiendo muchas horas, unas veces catorce, otras sólo dos o tres, aunque en estos casos despertaba aturdida y con miedo, sin saber dónde estaba, ya no en el camerino de La Productora, sino en la Habitación del Niño de la casa de verano en la que no había vuelto a entrar desde el aborto, o en una habitación desconocida de una casa particular, incluso en una habitación de hotel, y era Norma Jeane, que despertaba en medio de la destrucción causada por una loca desconocida que había tirado al suelo frascos y tubos de maquillaje, colorete y polvos de talco, que había arrancado los vestidos de las perchas del armario, y a veces también sus libros favoritos, páginas arrancadas y esparcidas, y el espejo roto de un puñetazo (sí, Norma Jeane tenía arañazos en los nudillos), y en cierta ocasión había rayas de lápiz de labios en el espejo como un grito salvaje, y se levantaba temblando y sabiendo que le tocaba a ella arreglar aquel desorden, no quería que los demás lo viesen,

qué vergüenza, la vergüenza de ser Norma Jeane, la hija de una mujer ingresada en Norwalk, y todos lo sabían, los demás niños lo sabían, alarma y compasión en sus ojos.

En el cerrado dormitorio trasero de la casa de Whittier Drive un hombre decía con ternura: *Norma, ya sabes que me preocupo mucho por ti*, y ella decía: *Sí, lo sé*, con la cabeza puesta en Sugar Kane y en la sesión de rodaje del día siguiente, que era una escena de amor entre Sugar Kane y un hombre que (en la película) la adoraba y que interpretaba C, un actor que (en la vida real) había acabado por despreciar a Marilyn Monroe. Su conducta infantil y egoísta, su reiterada incapacidad para llegar al estudio a tiempo y, una vez allí, su incapacidad para recordar frases, por mezquindad, por estupidez o porque las drogas le estuvieran derritiendo los sesos, obligaban a C y a los demás a repetir las tomas, y C sabía que su propia actuación en la película era cada día peor, y W, el director, se inclinaría por la Monroe en el montaje definitivo, porque la atracción principal de la película era la Monroe, la muy guarra. Y por eso C la despreciaba, y en la culminante escena del beso le habría gustado escupir a Sugar Kane en aquella falsa cara de ingenua que tenía, ya que por entonces el simple roce de la legendaria piel de la Monroe le revolvió las tripas, y C sería enemigo de la Monroe durante toda la vida, ¡y la de cosas que contó de ella después de muerta! Así pues, al día siguiente, delante de las cámaras, aquellos dos tenían que besarse fingiendo pasión e incluso afecto, y el público tenía que creérselo, y era esta perspectiva a la que daba vueltas mientras un hombre le decía con voz suplicante: *¿Qué puedo hacer por ti, cariño? Por los dos*. Recordó con un estremecimiento de culpa que aquel hombre que quería confortarla, aquel hombre adusto, honrado y medio calvo era su marido. *¿Qué puedo hacer por nosotros, cariño? Vamos, dímelo*. Quiso hablar, pero tenía algodón en la boca. Él, acariciándole el brazo, le decía: *Es como si después de lo de Maine cada día estuviéramos más alejados*, y ella respondió con vaguedad y entre murmullos, y él dijo con voz angustiada: *Estoy muy preocupado, cariño. Por tu salud. Por esas píldoras que tomas. ¿Acaso quieres destruirte, Norma? ¿Te das cuenta de lo que haces con tu*

vida?, hasta que ella lo apartó, diciendo fríamente: *Mi vida no es asunto tuyo. ¿Quién eres tú?*

Miedo escénico. ¡La maldición de la Pobre Doncella! Repetir y repetir y tartamudear, y repetir y empezar otra vez, y otra vez empezar, y tartamudear, y repetir, y retirarse, y encerrarse, y reaparecer por fin para ponerse a repetir, a repetir y repetir, para dejarlo perfecto, para dejarlo con la perfección que fuere, para perfeccionar lo que no es perfeccionable, para repetir y repetir hasta que quedara perfecto e inobjetable, para que cuando se riesen, se rieran de una interpretación brillante y no de Norma Jeane, para que no se fijaran en Norma Jeane.

Miedo escénico. Es un miedo cerval. La pesadilla del actor. Un chorro de adrenalina tan potente que puede derribarte al suelo, y el corazón galopa, y pasa tanta sangre por él que temes que vaya a estallar, y tus manos y tus pies se enfrían, y tus piernas flaquean, y la lengua se te traba, y tu voz se va. Un actor es su voz y si su voz desaparece, él también. Se sufren vómitos con frecuencia. Incontenibles y espasmódicos. El miedo escénico es un misterio que puede sobrevenir a un actor en cualquier instante. Incluso a un actor experimentado, un veterano. A un actor de éxito. Laurence Olivier, por ejemplo. Olivier, en sus comienzos, fue incapaz de actuar en un escenario durante cinco años. ¡Olivier! Y la Monroe, afectada por el miedo escénico al cumplir la treintena, realmente afectada, delante de las cámaras de cine aunque no ante un público en directo. ¿Por qué? Siempre se ha dicho que el miedo escénico debe de ser un simple temor a la muerte y a la aniquilación, pero ¿por qué?, ¿por qué un miedo tan universal afecta tan aleatoriamente?, ¿por qué al actor en concreto y por qué es tan petrificante?, ¿por qué este terror en este preciso momento, por qué?, los miembros se separan del tronco, ¿por qué?, los ojos se salen de las órbitas, ¿por qué?, las tripas se desgarran, ¿por qué?, ¿sois niños pequeños que temen ser devorados?, ¿por qué, por qué, por qué?

Miedo escénico. Porque no podía expresar la ira. Porque podía expresar con estilo y sutileza todas las emociones menos la ira. Porque podía expresar el dolor físico, la confusión, el temor, el sufrimiento moral, pero no podía presentarse de manera convincente como instrumento de tales reacciones en otros. No en escena. Su debilidad, el temblor de la voz cuando la alzaba con enfado. En son de queja, encolerizada. ¡Pero no, no podía! Y alguno, situado al fondo del local donde ensayaban (fue en Manhattan, en el New York Ensemble, y ella sin micrófono), gritaba: «Perdona, Marilyn, pero no te oigo». El hombre que era su amante o que había deseado ser su amante, al igual que todos sus amantes convencido de que sólo él conocía el secreto que resolvería el enigma, la maldición de la Monroe, le dijo que como actriz debía aprender a expresar la ira, que sería entonces una gran actriz o que al menos tendría una oportunidad para serlo, él guiaría su trabajo, él le elegiría los papeles, la dirigiría, haría de ella una gran actriz de teatro; bromeando y reprendiéndola incluso mientras copulaban (sin dejar de hablar como solía, con lentitud y desconcierto, medio abstraído, más que en el momento del orgasmo, y aun así por poco tiempo, como si fuera un paréntesis) y diciéndole que sabía por qué no era capaz de expresar la ira, ¿lo sabía ella?, y ella negó con la cabeza, y él dijo: *Porque quieres que te amemos, Marilyn, quieres que el mundo te ame y no te destruya, aunque tú destruirías el mundo y temes que conozcamos tu secreto, ¿no crees?*, y ella huyó de él y amó a su amigo el Dramaturgo, y se casó con el Dramaturgo, que la conoció como Magda y que apenas llegaría a conocerla.

Miedo escénico. Cuando se cayó, golpeándose el vientre en los peldaños, cuando comenzó la hemorragia, las contracciones del útero, y sin saber cómo estaba boca abajo, con las piernas encogidas, gritando de dolor y de miedo, su alarde de no temer el dolor físico se reveló como la temeraria jactancia de una niña ignorante y sentenciada cuya maldad se castigaría quitándole el niño al que amaba, ay, lo amaba más que a su propia vida, pero no había tenido fuerzas para salvarlo. *Sugar Kane lo recuerda y*

se queda abstraída en medio de una escena cómica de reconocimiento, besada por C, disfrazado de mujer, delante del público de un club nocturno.

Se quedaba abstraída // abandonaba el plató tambaleándose como una borracha, a veces sacudía las manos doblándolas por la muñeca, como un pájaro herido que quisiera volar // no dejaba que la tocáramos y si el marido estaba allí, tampoco dejaba que la tocase // el pobre infeliz // con aquel vestido vaporoso y transparente que habían confeccionado expresamente para la Monroe, enseñando aquellas tetas de vaca y los jamones de su fantástico culo de gelatina, y muy abierto por detrás, tanto que se le veía hasta la rabadilla // aquella mujer trágica y aterrorizada abandonaba a Sugar Kane // como quien se quita una piel y era Medea lo que había debajo // una imagen que daba que pensar // la Monroe se apretaba el vientre con las manos // otras veces era la frente o los oídos, como si el cerebro le fuera a explotar // a mí me dijo que temía una hemorragia // yo sabía que había sufrido un aborto en verano, en Maine me había dicho *Lo que nos sujeta el cuerpo, ¿sabes?, es sólo una red de venas, y de arterias, y ¿si se rompen y se ponen a sangrar?* // En las proyecciones diarias veíamos a una persona completamente distinta // la Monroe de verdad en quien yo pensaba siempre // «Sugar Kane» o con otro nombre // Si se hubiera permitido a sí misma ser sólo Marilyn, habría estado estupenda // Sí, la detestaba entonces // fantaseé con estrangular a aquella mala pécora // como en *Niágara*, aunque al mirar atrás pienso de otro modo // he dirigido durante muchos años y creo que nunca he trabajado con nadie como ella // era un rompecabezas que no se podía resolver // conectaba con la cámara, no con los demás // miraba a través de nosotros como si fuéramos fantasmas // quizá fuera la Monroe que había debajo lo que hacía especial a Sugar Kane // que tuviera que pasar a través de la Monroe para llegar a Sugar Kane, que sólo es superficie // puede que para alcanzar la «superficie» haya que calar muy hondo // recibiendo mucho daño y causándose a otros

Se rumoreaba que Marilyn y el doctor Fell «se entendían». Oíamos risas en el camerino y la puerta estaba cerrada.

NO MOLESTAR.

Se rumoreaba que Marilyn y W «se entendían y habían acabado mal». Oíamos a W echarle la bronca, no a la cara, sino a la espalda que se alejaba. La llamaba por teléfono al ver que no llegaba, pero no conseguía localizarla; a veces se retrasaba cinco horas, seis horas, o no aparecía. Los problemas de espalda de W comenzaron durante el rodaje de *Con faldas y a lo loco*, con contracturas. Enviaron al ayudante de W a buscarla a la caravana (estábamos entonces en exteriores, en Coronado Beach, para rodar la secuencia de «Florida»), y allí estaba Sugar Kane totalmente maquillada y con el traje de baño, hacía una hora que estaba lista y nos estaba esperando, de pie, con impaciencia, leyendo un libro que seguramente sería de ciencia ficción, *El origen de las especies*, y el ayudante de W dijo: «Señorita Monroe, W la espera», y Marilyn, sin mirarlo ni inmutarse, va y le suelta: «Dile a W que le den por el culo».

Sus comienzos como joven promesa de la pantalla. La Monroe era astuta y práctica. Adquiría los muchos fármacos que tomaba (Benzedrina, Dexedrina, Miltown, Dexamyl, Seconal, Nembutal, etcétera) en distintos *drugstores* de Hollywood y Beverly Hills, del mismo modo que consultaba a diversos médicos, sin que ninguno conociera y ni siquiera sospechara (por lo menos es lo que dirían después de su muerte) los servicios que prestaban los demás. Pero su *drugstore* favorito, según diría en las entrevistas, sería siempre Schwab's. «Donde Marilyn comenzó a prometer como actriz mientras Richard Widmark le miraba el culo.»

No la dulce Sugar Kane, sino Rose la golfa, despatarrándose desnuda y con pereza sobre las sábanas de una cama sin hacer del motel Luna de Miel, una construcción de piedra artificial que se alzaba junto a la autovía de Ventura a la altura de Sunset. Rose bostezando y apartándose de la cara el pelo rubio oxigenado. Esa expresión ensimismada de mujer que ha estado

con un hombre, al margen de lo que el hombre haya hecho con ella, al margen de lo que la mujer haya sentido o fingido que sentía, o de lo que pueda sentir horas después, en su propia cama, recordando soñadoramente. En el lavabo contiguo, un hombre, también desnudo, meaba en la taza con la puerta entreabierta y hacía ruido. Pero Rose había puesto la televisión y veía en la pantalla la imagen de una rubia sonriente, una modelo fotográfica de veintidós años, vecina de Hollywood West, cuyo cadáver habían encontrado en Los Ángeles Este, en un sumidero que pasaba por debajo del ferrocarril; la habían estrangulado y «mutilado sexualmente» y llevaba allí varios días. Rose miró a la rubia sonriente y también sonrió. Sonreía siempre que estaba nerviosa o aturdida. Da tiempo para pensar. Aleja al interlocutor. Pero ¿qué era aquello? ¿Una broma de mal gusto? *La rubia era Norma Jeane. A esa edad.* La foto tenía que haberla proporcionado Otto Öse.

Habían llamado a la muerta por otro nombre. No era el nombre de Norma Jeane ni ningún otro de los suyos.

—Ay, Señor. Dios nos asista.

Y sin embargo lo pensó. *Ya sabe quién es ella. Es un cadáver en el depósito.*

Al hombre que meaba, fuera quien fuese, no le contó ni la noticia del homicidio ni la revelación.

Había ligado con aquel hombre en Schwab's durante el desayuno por motivos sentimentales, aunque con aquella cara y aquel cuerpo de oso no podía ser un actor, y tampoco llegaría a conocer su identidad exacta. Él no la había reconocido como Rose Loomis, ni siquiera como la Monroe, en realidad no era la «Monroe» aquel día. El hombre estaba ahora en la bañera, abriendo los dos grifos y hablándole en voz alta, como un presentador de televisión. No hizo ningún esfuerzo por entender lo que decía. Era diálogo cinematográfico vacío, una forma de llenar la escena hasta que terminase. Aunque también podía ocurrir que ya hubiera despedido al hombre y que el ruido de los grifos y las cañerías procediera de la habitación contigua. Pero no, estaba aún allí, con sus hombros anchos y unas pecas en la espalda que parecían pegotes de arena seca. Ella le había preguntado cómo se llamaba,

él se lo había dicho, ella lo había olvidado, le daba vergüenza preguntárselo otra vez y no recordaba si le había dicho *Me llamo Rose Loomis*, o tal vez *Norma Jeane*, o quizá *Elsie Pirig*, un nombre cómicamente chirriante, aunque el hombre no se había reído. La muerta podía llamarse *Mona Monroe*. El coche lo había conducido ella, él había visto su anillo y hecho un comentario casi nostálgico, y ella le había explicado inmediatamente que estaba casada con La Productora, que era montadora de cine, y él pareció impresionarse de veras y le preguntó si en su trabajo veía a las «estrellas», y ella respondió que no, nunca; sólo en las películas, cuando cortaba y empalmaba trozos de cinta, y no eran más que imágenes en el celuloide.

Tiempo después. El hombre pecoso había desaparecido. La pantalla del televisor era un bombardeo de rayas trémulas y cuando las rayas se transformaron en caras humanas, no reconoció ninguna, la estrangulada Mona Monroe había desaparecido y en su lugar había un concurso con mucho escándalo. «¿Y si no hubiera sucedido aún?»

De pronto se sintió feliz otra vez, y esperanzada.

El marido engañado. Al volver con él a media tarde, quienquiera que fuese ese hombre, con el coño chorreando leche de otro hombre y el pelo oliendo a tabaco de otro (a Camel), ella, que no fumaba, podía haber esperado, si era una escena de película, con música dramática de fondo, que hubiera un enfrentamiento; en los tiempos del *Ex Deportista*, una paliza brutal y posiblemente algo peor. Pero no estaba en una película. Aquello no era cine. No era más que la casa cedida de Whittier Drive, con todas las persianas echadas para protegerse de la inclemencia del sol y con la figura herida y silenciosa de cara tallada en madera, el hombre al que ella había admirado mucho antaño y al que ahora apenas podía soportar, un hombre tan fuera de lugar en el sur de California como cualquier judío neoyorquino en el país de Oz; un personaje que aparecía con ella en una escena prolongada y que merecía tanta atención como cualquier otro personaje en una escena parecida y que aguantaba el tipo hasta que se pasaba a otra escena más emocionante: en este caso, un baño largo en agua caliente, con la puerta cerrada para que no la molestase el cónyuge, dado que estaba muy

cansada, ¡cansadísima!, apartándose de él sin darle la cara y sin más deseos que perder el sentido por etapas en la bañera de mármol, bebiendo ginebra (de la petaca de Sugar Kane, que se la había llevado a su casa), llamando inútilmente al número particular de Carlo (Carlo estaba fuera haciendo otra película y además estaba recién enamorado), emprendiendo a continuación la búsqueda onírica de alguna imagen que la hiciera sonreír y reír, pues era Miss Sueños Dorados y no morbosa por naturaleza, así no era la típica chica estadounidense, y recordando que aquella mañana, en los estudios, la habían estado aguardando (a Marilyn Monroe) y llamando por teléfono con la impaciencia habitual hasta que quedó claro, incluso para el más optimista, que Marilyn Monroe no iba a presentarse aquel día para encarnarse y rebajarse a sí misma; y que W tendría que rodar con ella en otra ocasión. ¡W se atrevía a darle instrucciones! Aquello sí era gracioso. Se echó a reír al imaginar el cabreo de C, el guapo mozo de Brooklyn, que declararía que no aguantaba a la Monroe ni en pintura, obligado a estar de plantón, maquillado, con tacones altos y ropas de mujer, como un híbrido del monstruo de Frankenstein y Joan Crawford, y si el marido engañado pegaba el oído con angustia a la puerta del cuarto de baño al oír aquella chillona risa infantil, ¿lo interpretaría como alegría?

El marido engañado. «Yo sólo quería salvarla. Durante todos aquellos años no pensé en mí mismo. En mi orgullo.»

La Amiga Mágica. A cinco kilómetros de allí, en los estudios de La Productora, empezaba otra espera de la Monroe, que les había asegurado por mediación de su agente que aquel día iría a trabajar, que había estado enferma, «con un virus», pero que estaba ya casi recuperada; el rodaje tenía que empezar a las diez de la mañana, no antes por deferencia a la Monroe, que, insomne empedernida, no solía dormirse hasta las cuatro o las cinco de la madrugada, pero ya eran las once, el sol cegador no tardaría en estar en el cénit, el teléfono se puso a sonar, lo dejó descolgado. Estaba en un dormitorio del fondo, de pie, sentada, paseando, y se miraba en el espejo en espera de que llegase la Amiga Mágica, y se sentía poco digna

murmurando: «Por favor. Ven, por favor». La jornada había comenzado para ella a las ocho de la mañana, momento en que había despertado mareada y sobria, con un recuerdo vago de la víspera, el motel de piedra artificial, decidida a reparar lo hecho, y al principio se había mostrado paciente, no angustiada ni alarmada, mientras se limpiaba el cutis con crema. «Por favor. Ven, por favor.» Sin embargo, los minutos pasaban y la Amiga Mágica no aparecía.

No tardó así en retrasarse una hora y luego dos horas, y los minutos desfilaban cruelmente, como el tictac del reloj de péndulo de la Casa del Capitán, que daba los cuartos de hora incluso mientras expulsaba de su interior al niño vivo, una masa de grumos y coágulos, como un alimento parcialmente digerido, y ella sabía la verdad del caso: tenía veneno en las entrañas y en el alma. Sabía que ella no merecía la vida como otros la merecían, y aunque lo había intentado, no había sabido justificarla; pero no debía ceder, porque su corazón rebosaba de esperanza, ¡quería ser buena!, se había comprometido a interpretar a Sugar Kane y haría un trabajo de puta madre, y a eso de las doce había empezado a ponerse histérica y en medio de un aluvión de llamadas se acordó que Whitey, maquillador personal de la señorita Monroe, se acercaría a la casa de Whittier Drive para darle un repaso cosmético antes de que la actriz abandonara la intimidad y refugio de su domicilio, dado que ella no se atrevía a salir sin aquella condición, ¡y qué alivio ver a Whitey!, ¡querido Whitey!, alto, serio, sacerdotal, con un maletín de trabajo en el que había más tarros, ampollas, tubos, pastas, polvos, pinturas, lápices, cepillos y cremas que en la casa de ella; qué alegría ver a Whitey en aquel lugar desordenado y deprimente; si no cogió y besó las manos de Whitey fue porque sabía que el círculo de fieles ayudantes de la Monroe prefería que su ama guardase las distancias, como si fuera legítimamente superior a ellos.

Al ver su calamitoso estado y la ausencia de magia en su cara demacrada, pálida y asustada, Whitey murmuró:

—No se preocupe, señorita Monroe. Quedará perfectamente, se lo prometo.

En el plató se decía que no era raro que, algunos días, la Monroe dijera incoherencias, como si las palabras la confundieran. Whitey oyó decir a su ama en aquel momento:

—¡Ay, Whitey! Debe Sugar Kane querer ir allí, más me refiero que la vida misma.

Y advirtiéndole lo que quería decir su ama, Whitey le indicó que se acostara en la cama hecha a toda prisa y comenzara los ejercicios respiratorios de yoga (porque también Whitey practicaba el yoga, la modalidad llamada hatha yoga), y la tensión de la cara y el tronco le disminuyó, y Whitey le prometió que haría aparecer a Marilyn en menos de una hora, y lo intentaron, lo intentaron con ganas, pero Norma Jeane se sentía incómoda tendida en la cama, la pesada colcha de brocado que cubría las sábanas arrugadas olía a terror nocturno, se sentía como en un rito fúnebre, como si estuviera en la funeraria y el embalsamador la estuviera retocando con pastas, polvos, pinceles y tubos de colores, su amante embalsamador, su primer marido, que le había roto el corazón y negado el niño, ¿cómo se la podía culpar pues de la muerte del niño? Las lágrimas le corrían ya por los pómulos y las sienas.

—¡Bah, señorita Monroe! —dijo Whitey.

Tuvo la nauseabunda sensación de que se le aflojaba la piel de los pómulos y de que tenía las mejillas de goma, y anhelaba otro tirón de la gravedad (Otto Öse la pinchaba diciéndole que tenía una redonda cara infantil que pronto haría bolsas), hasta que Whitey admitió que su magia no estaba funcionando. Todavía no.

Así que Whitey condujo a la temblorosa Pobre Doncella al tocador de tres espejos y luces blancas, delante del cual, en sostén de encaje negro y media combinación de seda negra, se encogió esperanzada como una suplicante que reza, y las manos suaves y expertas de Whitey le quitaron el maquillaje inútil con crema y algodones, y luego le pusieron paños calientes de gasa que parecían vendas para suavizarle la piel, que se le había irritado como por un cruel capricho de la noche anterior (¿o había sido el pecoso amante de espaldas anchas, un gigante de cuento que había restregado sus quijadas sin afeitar contra su sensible piel?), y Whitey, con seriedad y sin

prisas, recommenzó el ritual y volvió a aplicarle loción astringente, crema hidratante, base, colorete, polvos, sombra de ojos, delineador, rímel y el pintalabios granate ideado para Sugar Kane, aunque la película era en blanco y negro, y no podía retratarla en toda su gloria; y conforme transcurrían los minutos, iba saliendo de los espejos una presencia conocida aunque esquiva, al principio un destello titilante en los ojos, luego un estiramiento de los labios para esbozar la sonrisa provocativa, y a continuación se puso de manifiesto el lunar, ya no en la comisura izquierda de la pintada boca, sino un par de centímetros más abajo, hacia la barbilla; pues así se había diseñado la cara de Sugar Kane, un poco distinta de las caras anteriores que había tenido la Monroe en otras películas, y ama y criado empezaron a emocionarse («¡Ya viene! ¡Ya casi está aquí! ¡Marilyn!»), como si experimentaran la tensión que precede a una tormenta o la sensación que sigue a un terremoto, la espera del siguiente temblor, el siguiente sobresalto; y por último, mientras Whitey limpiaba y rehacía minuciosamente las castañas y arqueadas cejas, que contrastaban con el pelo claro, apareció riéndose del miedo de la Pobre Doncella la cara más hermosa que se había visto, una cara de ensueño, la cara de la Bella Princesa.

La Monroe haría muchos regalos al legendario Whitey, y el más valioso fue un alfiler de corbata dorado, en forma de corazón, con la siguiente inscripción:

PARA WHITEY CON AMOR
MIENTRAS AÚN RESPIRO
MARILYN

Como moscas a un panal de miel, así acudían los ojos de las mujeres hacia C. Un actor tan guapo, disfrazado de mujer en *Con faldas y a lo loco*, aunque era un hombre de temple, no un hortera y un payaso, como habría sido de esperar. C, el hurraño. C, el peor enemigo de Sugar Kane. C había estado con demasiadas mujeres. Se había dado un atracón y había vomitado.

La Monroe tentaba tanto a C como una mierda seca. Cierta vez que C besó a la Monroe, su boca sabía a almendras amargas y ella lo apartó de un empujón, llena de miedo, y salió corriendo del plató acusándolo de haberse puesto veneno en los labios, o eso se dijo. C contaría con expresión compungida que las primeras veces que se vieron, había bromeado con la Monroe sobre las próximas escenas de amor, que eran muchas; en una larga escena a bordo de un yate, C yacía de espaldas, fingiendo impotencia, mientras Sugar Kane se ponía encima de él, besándolo y achuchándolo, deseosa de «curarlo», y si pasó la censura fue sólo porque se adujo que era cómica y grotesca; y en aquellos encuentros iniciales, C había simpatizado mucho con la Monroe, sin sospechar la sordidez que permanecía oculta. Una escena, y no precisamente complicada, necesitó sesenta y cinco tomas. Todos los días, C y los demás tenían que esperar a la Monroe durante horas y a veces ni se presentaba. El rodaje que tenía que empezar a las diez de la mañana podía empezar perfectamente a las cuatro o las seis de la tarde. C tenía orgullo y ambiciones profesionales y no podía renunciar a aquel chollo de papel (en una película que sería la mejor que hiciera y que le haría ganar más dinero que ninguna), y de aquí su inquina por la Monroe. Sí, admitía que la Monroe podía estar consternada y un poco desquiciada (había sufrido un aborto y su matrimonio se estaba yendo a pique), pero él no tenía la culpa y en cambio debía mirar por sus intereses. *Con una mujer en ese estado, o caes tú o cae ella*, le habría confiado al marido si hubieran sido amigos, pero no era así. C era particularmente cruel imitando las confusiones verbales y tartamudeos de la Monroe, como un día en que tuvo que esperarla cinco horas (¡cinco horas!), y cuando por fin apareció, débil y sin aliento ni excusas, se volvió hacia él y hacia W y con una amarga sonrisa dijo:

—Bueno, ya sabéis lo que es ser mujer. *Que se ríen de ti.*

Siempre preguntarían a W qué le había parecido trabajar con la Monroe en la última etapa de la breve trayectoria de la actriz, y W se limitaría a decir: «En la vida real, aquella mujer era el infierno y estaba en el infierno;

en la película, estuvo divina. No había ninguna conexión. Ni más misterio en el asunto que éste».

Sin embargo, Sugar Kane llegó aquel día al plató rodeada de triunfo, con sólo cuatro horas de retraso; habían estado rodando planos secundarios y adelantando un poco; y hete aquí que llega Sugar Kane, dócil y sin aliento, esta vez disculpándose y muy pesarosa; pidiéndoles que la perdonaran, sobre todo C, a quien alargó una mano tan helada que C tuvo que contener un respingo; e inesperadamente, Sugar Kane escenificó cuatro o cinco páginas de guión sin un solo fallo; ni más ni menos que la escena de amor, larga y turbadoramente íntima, que discurría a bordo del yate. ¡Cuántos besos! Sugar Kane, con su más sugestivo vestido transparente, con la abertura de la espalda tan baja que se le veía el comienzo de los glúteos, rubia muñequita coquetuela, mimosona y bobisorientada, recostada encima de C y restregándose, y C estaba atónito, porque aquella escena tan difícil, con dos actores que se odiaban a muerte, quedó convincente y fluida; no podía creer que la Monroe no dijera al terminar: «No. Quisiera repetir». Al contrario, la Monroe sonreía. ¡*Sonreía!* La escena se dejaría intacta, tal como estaba, impecablemente interpretada en una sola toma. ¡Una sola toma! ¡Después de las repeticiones de pesadilla de los días y semanas anteriores! C se preguntó si aquel milagro era un indicio de que la Monroe se había recuperado de la noche a la mañana de una enfermedad real o, cosa más probable, si había interpretado la escena brillantemente en una sola toma sólo para dar a entender que podía hacerlo. Cuando le daba la gana.

Pese a todo, hasta C y otros que detestaban a la Monroe tuvieron que admitir que había estado genial aquel día. Aplaudimos, contentísimos de que hubiera vuelto, aunque fuera sólo por un tiempo. Si no la adorábamos, faltaba poco. ¡Nuestra Marilyn!

No dejabas de vigilarme. ¡Cobarde! Cuando le dieron el alta en el hospital de Brunswick, él la llevó a la Casa del Capitán, que no era la casa de nadie. No volvió a entrar en la Habitación del Niño. Los preciosos

objetos del niño se regalaron a Janice, para su pequeño. No volvió a pasar ante la puerta cerrada del sótano, aunque dijo al Dramaturgo que estaba bien, que se sentía contenta, que se estaba recuperando y no tenía «pensamientos morbosos», y él la creyó como sin duda creía ella en sus propias palabras, y una calurosa noche de agosto, el Dramaturgo despertó al oír ruido de cañerías, su joven esposa no estaba en la cama y tampoco en el cuarto de baño contiguo; la encontró en otro cuarto de baño, llenando la bañera de agua hirviendo, desnuda, trémula y agachada, muslos carnosos, ojos brillantes, y tuvo que abrazarla para impedir que se metiera en aquella agua, agua tan caliente que los espejos y los apliques estaban empañados, y ella forcejeó diciendo que el médico de Brunswick le había indicado que se hiciera una «ducha vaginal» para purificarse, y que era eso lo que iba a hacer, y él vio en los ojos de su mujer el destello de la locura y no la reconoció, volvieron a forcejear, qué fuerte era aquella mujer, incluso en su débil estado, ¡ah, su Magda! Pero aquella mujer no era su Magda, a aquella mujer no la conocía. Luego le diría ella con resentimiento: «Es lo que quieres, ¿no? Que me vaya», y el marido protestaría, y ella se encogería de hombros y diría riendo: «Ay, papá —una palabra que sonaría un poco grotesca en su boca desde el aborto—, ¿por qué no decir la verdad para variar?».

Imposible conocer las verdades más elementales. Salvo que la muerte no aporta ninguna solución al enigma de la vida.

(Él había escrito estas palabras y volvería a escribirlas; las palabras como solaz y como penitencia; en su momento, palabras de exorcismo; y nunca más le rogaría ella con ojos suplicantes: *Papá, ¿verdad que no escribirás sobre mí?* Nunca más.)

¡Noche de estreno! Con los azucarados movimientos de Sugar Kane concibió la sabiduría zen y salió por su boca llena de Dom Pérignon.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ya lo sé! ¡Los gatos! ¡Fueron ellos!

No antes de la noche del estreno de *Con faldas y a lo loco*. No antes de un paréntesis de infinitas noches barbitúricas, y días, semanas y meses de conciencia desmadejada, sucios como una toalla continua en una máquina estropeada, y un ingreso en urgencias (en Coronado Beach, donde le sobrevino una taquicardia y fue C, precisamente C, que no soportaba el contacto físico con MM, quien la cogió en brazos para levantarla de la caliente arena sobre la que se había desplomado). En la larga, elegante, negra y reluciente limusina, entre el señor Z, el legendario filántropo y fundador del cine hollywoodiense, y el hombre demacrado y ceñudo que era su marido.

—Los gatos. A los que yo daba de comer. ¡Ah!

Hablaba en voz alta y nadie la oía. Había entrado en una etapa de su vida en la que solía hablar en voz alta sin que nadie la oyera. En maquillarla y vestirla en los estudios se había tardado seis horas y cuarenta minutos. La habían dejado en la puerta un poco después de las once de la mañana, semiinconsciente. El doctor Fell la había medicado en la intimidad del camerino; sus gemidos y ahogados gritos de dolor se habían convertido en una rutina y en los oídos de los demás sonaban como de alegría y entusiasmo. Cerraba los ojos y la larga y punzante aguja se clavaba en una arteria del antebrazo; otras veces era en la cara interior del muslo; otras, en una arteria cercana al oído y oculta por el cardado pelo platino; otras, con más riesgo, en una arteria de encima del corazón. «Señorita Monroe, procure estarse quieta. Así.» Qué bondadosos ojos de halcón, qué nariz más ganchuda. Su doctor Fell. En otra película, el doctor Fell sería pretendiente de Marilyn y al final se casaría con ella; en la película presente, el doctor Fell era un rival del marido auténtico, que, severo enemigo de los abusos farmacológicos de su mujer, sabía poco o nada del rival. El doctor Fell era, como Whitey, otro perfeccionista implicado en la presentación pública de MARILYN MONROE y sin duda La Productora le pagaba bien. Ella temía a aquel hombre, mucho más de lo que podría llegar a temer a Whitey, porque el doctor Fell tenía el poder de decidir sobre la vida y la muerte de sus súbditos.

—Pronto llegará el día en que rompa con él. Con todos. Lo juro.

Era el deseo más sincero de la actriz. Lo apuntó en el diario de estudiante de Norma Jeane.

¡Aquel fastuoso estreno en Hollywood! ¡Qué parecido a la edad dorada de Hollywood! La Productora estaba celebrando por todo lo alto *Con faldas y a lo loco*, que ante el asombro de todos los profesionales de la industria, había sido un éxito. Ya corría el rumor de que La Productora preparaba otro exitazo con MARILYN MONROE. Al público del preestreno le encantó. A los críticos les encantó. Los cines de todo el país se peleaban por contratarla. Sin embargo, los recuerdos que la Actriz Rubia tenía sobre la película eran fragmentarios, como un sueño interrumpido muchas veces. En su memoria no quedaba ni una sola frase de Sugar Kane, excepto, paradójicamente, la misma que había farfullado durante sesenta y cinco tomas legendarias: «Soy yo, Sugar». Que había pronunciado de todas las maneras incorrectas posibles: «Soy, Sugar, yo», «Sugar soy yo», «S-sugar, ¿soy yo?», «¡Sugar! Soy yo», «Soy Sugar, yo», «¿Soy yo? ¿Sugar?». Pero todo estaba perdonado. Querían amar a su Marilyn y Marilyn volvía a ser digna de amor. Tres años lejos de Hollywood y ¡MARILYN HA VUELTO! Los Reyes Magos habían anunciado, pregonado y proclamado su regreso durante meses. La revelación era TRAGEDIA Y TRIUNFO. ABORTO EN MAINE. (Desde el punto de vista del mundillo del sur de California, un aborto allá en Maine tenía coherencia.) TRIUNFO EN HOLLYWOOD. (Hollywood era el lugar de los triunfos.) Preguntada por cómo se sentía, Marilyn replicó con su vocecita susurrante y erótico-azucarada:

—Me siento una privilegiada. Por estar viva.

Era su convicción más sincera. La apuntó en el diario de estudiante de Norma Jeane.

Por el bulevar espléndidamente iluminado. Un convoy de limusinas negras de La Productora. Un desfile de testas coronadas de Hollywood. Policías a caballo. Cordones policiales, flashes fotográficos y miles de titilantes destellos de prismáticos e incluso telescopios que la enfocaban desde la multitud. *Y el Francotirador invisible allí, vestido totalmente de negro, agazapado con paciencia tras una ventana de un piso de alquiler de*

un edificio de fachada estucada, contratado por la Agencia para espiarla (a ella y a su rojo marido) por el visor de un fusil de precisión en el que, con su alegre actitud, la actriz estaba decidida a no pensar.

¿Para qué?

—Hay cosas que sólo están en nuestra imaginación. Se llama «paranoia». Bueno, ya sabes de qué hablo.

De este rasgo de sabiduría dio constancia en el diario de estudiante de Norma Jeane.

Miles de personas flanqueando el bulevar en aquella perfumada noche californiana, empujando los cordones policiales para mirar boquiabiertas el desfile, bullendo, murmurando y aplaudiendo en olas de éxtasis. Esperaban con ansiedad las caras famosas y la cara (y el cuerpo) de MARILYN MONROE. «¡Mari-lyn, Mari-lyn, Mari-LYN!», canturreaban. Bastaba con que se abriera la limusina y saliera la Actriz Rubia para que los miles, los cientos de miles de admiradores la contemplasen a sus anchas. Pero el hombre demacrado y ceñudo que seguía siendo su marido no iba a permitirle aquella insensatez, y es posible que también el señor Z y los demás jefazos de La Productora se lo hubieran prohibido, temiendo que se dañase su frágil propiedad. *La Monroe no iba a durar mucho. Era evidente. La Grable duró veinte años y la Monroe no duró ni diez. Hay que joderse.*

La actriz, maravillada, miraba a sus admiradores. ¡Cuántos! Era increíble que Dios hubiera creado tantos.

De repente vio una dispersa serie de caras de gato abandonado que sonreían enseñándole sus dientes de carnívoro. Narices chatas de gato, orejas aguzadas y puntiagudas. ¡Los gatos! Los de la Casa del Capitán. El horror de la idea la fulminó. «Fueron ellos, ellos querían que el niño muriese. Los gatos a los que yo daba de comer.» Se volvió hacia el hombre demacrado y ceñudo que estaba junto a ella con su incómodo esmoquin, y le habría contado su descubrimiento, pero no sabía cómo explicarlo. Él seguía siendo el amo de las palabras. Y ella, una intrusa en la imaginación de él. *Lo molesto. Le molesta amarme. Pobre infeliz.* Se echó a reír. Sugar Kane era ukelelista y cantante, y su sencillez vista en la pantalla era una delicia, aunque en la vida real se habría tomado por un indicio de

subnormalidad; te querrán más y mejor si por una vez eres Sugar Kane sin ironías. «Sé hacerlo. Fijaos. Sugar Kane sin ironías. Marilyn sin lágrimas.» El hombre ceñudo de esmoquin arrugado acercó la cabeza para darle a entender que no la había oído por culpa de los gritos, las aclamaciones y los megáfonos de la policía, y ella murmuró con rapidez algo que a él le sonó como *nohablabacontigo*. Ya no llamaba «papá» al hombre con quien llevaba casada tantos años que ni se acordaba, pero al parecer era incapaz de darle otro nombre. Había momentos en los que no recordaba su nombre de pila, ni siquiera su apellido; se ponía a pensar en un apellido «judío» y se quedaba con la mente en blanco. Él había reducido sus «querida», «cariño» y «cielo», e incluso el nombre «Norma» sonaba raro en sus labios. Una vez lo oyó hablar por teléfono y decir con preocupación algo de Marilyn y entendió que a sus ojos se había convertido en Marilyn; ya no quedaba nada de Norma; puede que para él hubiera sido Marilyn desde el principio.

—¡Mari-lyn! ¡Mari-lyn! ¡Mari-LYN!

¡Eran los suyos!

Señor, le habían ajustado tanto el vestido de Sugar Kane que apenas podía respirar, embutida como una salchicha, sus pechos sobresalían tanto que parecían a punto de salpicar leche; y sus mullidas nalgas apoyadas en el borde mismo del asiento de la limusina, tal como le habían indicado (ya que no podía repantigarse como los hombres, so pena de reventar las costuras del vestido). Aquel día había sido incapaz de comer y no había tomado nada más que café solo, fármacos y unos sorbos rápidos de champán de una botella que había colado de extranjis en la limusina. «Bueno, igual que Sugar Kane. Debilidad que tiene una.»

Ya se sentía bien. Burbujeante y flotando. Ya se sentía fuerte. No se moriría durante mucho tiempo. Se lo había prometido a Carlo y Carlo se lo había prometido a ella. *Si alguna vez piensas en serio en eso, llámame inmediatamente*. Se sabía de memoria el teléfono particular de Brando. No era capaz de recordar ningún teléfono, ni siquiera el suyo, pero hasta el fin de su existencia recordaría el teléfono particular de Brando. «Sólo Carlo lo entiende. Somos almas gemelas.» Aunque no le había gustado que Carlo hubiera hecho de emisario de los Dióscuros. No le gustaba que Carlo

formara parte del disoluto círculo del Hollywood marginal. ¡Cass Chaplin!
¡Eddy G. Jr.! Creía que era de mal agüero que nunca tuviese noticia de ellos. Nadie le hablaba de ellos. *¿Cuántos los conocían? A los Dióscuros. Al niño.*

Pero ¿por qué pensar en asuntos morbosos? Su propio marido, intelectual y judío, le había recomendado que no fuera un animal carroñero. No carroñero, sino femenino. Aquello era una fiesta. Era la noche triunfal de Sugar Kane. La noche de la venganza de Sugar Kane. Los admiradores no habían llenado Hollywood Boulevard y algunas travesías para ver pasar el perfil de C y L, los protagonistas masculinos, aunque habían estado fenomenales en la película; no estaban allí por eso; estaban allí para ver a MARILYN. Conforme las limusinas se acercaban al Teatro Egipcio de Grauman, el cine del estreno, se notaba la condensación del aire, el ruido se volvió ensordecedor, los latidos del gigantesco corazón de la muchedumbre se aceleraron. La actriz empezó a reconocer aquí y allá algunas caras entre el gentío. Enanos, criaturas del subsuelo. Gnomos jorobados, pobres doncellas, mujeres sin domicilio conocido, de ojos desorbitados y pelo de paja. Los que vagan entre nosotros heridos por la vida. Caras desfiguradas, miembros reducidos, ojos vidriosos, agujeros en vez de bocas. Vio a un albino corpulento y gordo con un gorro de punto que le cubría totalmente su alargada cabeza; vio a un hombre más bajo, de cara juvenil y barbada y gafas con reflejos que sostenía en alto una filmadora con manos temblorosas. En el bordillo de la acera había una mujer raquítica, muy arreglada, de ojos saltones y llorosos, con el pelo teñido de rojo zanahoria que le colgaba a mechones del cráneo, haciendo fotos con una cámara portátil. Al lado, una cara cuidadosamente moldeada en barro o masilla, asimétrica, con unos rasguños superficiales en vez de ojos y boquita curvada como un anzuelo de pescar. ¡Cuántos! Y de repente, una mujer de unos treinta y cinco años que le parecía conocida, desgarrada, atractiva, con ropa masculina, de brillantes ojos de ágata y un pelo rizado y castaño que se cubría con un sombrero vaquero, saludándola furiosamente con la mano. ¿Sería...? ¿Fleece? ¿Después de tantos años, Fleece? ¿Viva? Norma Jeane despertó del trance inmediatamente.

—¿Fleece? ¡Eh, Fleece! ¡Espera!

Se arrojó sobre la portezuela, que tenía el seguro echado; quiso bajar la ventanilla y el señor Z se quejó. Emocionada, se subió a las huesudas rodillas de Z.

—¡Fleece! ¡Fleece! Nos veremos en el cine... —pero la limusina se había alejado ya.

Así, como si fuera una reina, la pasearon por el bulevar hasta el cine del estreno. Donde la aguardaba una avalancha de luces. En cuya acera habían puesto una alfombra carmesí. Los aplausos la envolvieron como una ola furiosa cuando salió del vehículo saludando con la mano, sonriendo y formándosele hoyuelos en las mejillas, mientras la cantilena subía de volumen. «¡Mari-lyn! ¡Mari-lyn!» ¡La multitud la adoraba! La Bella Princesa que un día moriría por todos.

—¡Eh, eh! ¡Os quiero! ¡Os quiero, quiero, quiero a todos!

Dentro del cine hubo más aplausos. Marilyn saludaba, arrojaba besos y avanzaba sin apoyarse en el brazo de ningún acompañante, con los zapatos de tacón alto y el ceñidísimo vestido de Sugar Kane. El señor Z, con esmoquin y zapatos de piel de cocodrilo, miraba a la extasiada Actriz Rubia con aprobación y sorpresa; el hombre alto, demacrado y ceñudo que seguía siendo su marido la miraba con alarma. ¿Dónde estaba la mujer tensa, trastornada y profundamente infeliz por la que todos habían estado tan preocupados? ¿Sobre la que habían circulado tantos rumores en Hollywood? ¡Allí no había el menor rastro de ella! Porque allí era Sugar Kane, la esencia misma de Marilyn. W, C y otros del agotado equipo de producción miraban a la actriz con cara de pasmo, mientras la actriz estrechaba manos, recibía abrazos y besos, sonreía dulce y alegremente, y pronunciaba frases de coherencia admisible, porque delante tenían a una Marilyn Monroe a la que juraban no haber visto ni una sola vez durante el rodaje de la película. *Joder, era un auténtico bombón, estaba despampanante, y yo, pobre de mí, que me había ilusionado besando a la otra.*

La película pasó ante sus ojos como una mancha. Aunque se acogió con entusiasmo y risas continuas. Desde el comienzo al estilo de los Keystone Kops hasta la clásica frase final de Joe E. Brown: «Nadie es perfecto». Al público le gustó *Con faldas y a lo loco* y sobre todo le gustó que MARILYN MONROE hubiera vuelto en su mejor momento artístico (sí, así parecía a pesar de los rumores) y estaban tan deseosos de perdonar a su caprichosa estrella como MARILYN MONROE de que la perdonaran.

Al final, más aplausos. El inmenso espacio interior del cine Grauman se llenó con cataratas de ovaciones. Cherie, la diligente cantante de cabaret, nunca había recibido tantas aclamaciones. W, el distinguido director (que ya no tenía expresión de agotamiento, sino que estaba radiante), y sus tres distinguidos intérpretes recibieron el homenaje de la multitud, pero, de los cuatro, el centro de la atención fue MARILYN MONROE. *La verdad es que quien podía ver a la Monroe no miraba a nadie más.* La actriz se puso en pie con alegría y aceptó con gentileza los aplausos que la envolvían como olas del mar.

—Esto es m-maravilloso. Oh, gracias, gracias.

¿Todavía no ha ocurrido? Aún estoy viva.

Sí, nosotros inventamos a MARILYN MONROE. El pelo rubio platino fue idea de La Productora. El nombre lleno de emes. La chorrada esa de la vocecita infantil. Un día vi a aquella golfa en los estudios, una «joven promesa» con pinta de pendón de discoteca. Carecía de estilo, pero la niña tenía un cuerpo del copón. La cara tenía defectos, así que le arreglamos la dentadura y la nariz. Le pasaba algo a su nariz. El comienzo del pelo lo tenía desigual y creo que le hicimos el tratamiento de la electrólisis, a menos que me confunda con Rita Hayworth.

MARILYN MONROE fue un autómata diseñado por La Productora. Lástima que no pudiéramos sacar la patente.

—Enhorabuena.

—Marilyn, enhorabuena.

—*¡Marilyn, criatura! ¡En-ho-ra-bue-na!*

Sin embargo, recordaba *Con faldas y a lo loco* tanto como un pez de las profundidades y con ojos primitivos recuerda el fondo del mar que rastrea diariamente en busca de comida. *Estoy aquí, aún estoy viva*. Reía con tantas ganas que la gente se quedaba mirándola con una sonrisa. Su marido también la miraba, con seriedad. La Actriz Rubia tomó mucho champán, incluso le salió por la nariz. ¡Ah, qué feliz era! Se la vería más tarde hablando con Clark Gable, apuesto y «otoñal», con esmoquin y sonriendo con sofisticación caballerosa ante los infantiles tartamudeos de la Actriz Rubia.

—Ay, señor G-gable. Estoy aturdida. ¿Ha visto la película? Esa rubia gorda que sale no soy yo. La próxima vez lo haré mejor, se lo prometo.

Belleza de alcantarilla

Era una belleza de alcantarilla, taimada y de piel caliente. No había otra como ella en todo Hollywood.

Ay, Señor. La Actriz Rubia se embriagaba mirándose sin parar.

Esencia de Morena. No hará falta teñir el vello del pubis, ¿verdad? La hermana morena de la Actriz Rubia.

Sin embargo, la Actriz Rubia se sentía tímida delante de ella. Era la Morena quien se acercaba sonriente y seductora. Las dos mujeres habían acudido a la fiesta (que se celebraba en una casa que parecía un palacio veneciano y que daba a un desfiladero de Bel Air, con nubecillas no muy lejanas, como traídas desde la fabulosa Shangri-La) sin acompañantes masculinos. (Aunque las dos estaban casadas. ¿O no?) La belleza de alcantarilla y piel caliente, y de un pueblo de Carolina del Norte. La belleza merengada de Oklahoma nacida en Los Ángeles. La que hablaba, fumaba y reía como un hombre del arroyo, y la que emitía una risa sofocada y confusa como si no supiese qué era la risa y para qué servía. Ay, a la Actriz Rubia se le trababa la lengua, tartamudeaba y era demasiado alta; y pesaba diez kilos más que la Morena. *Soy una hembra triste y gorda.*

Estaban en una terraza. Noche y niebla.

—¿Por qué tomárselo tan en serio —dijo la Morena—, actuar?

¿Estaban hablando de aquel tema? ¿Qué tema? La Actriz Rubia se sintió desorientada.

¿Estaba borracha? Durante la larguísima cena la habían homenajado, porque *Con faldas y a lo loco* era un éxito. Otro éxito de MM. Una obra maestra y la mejor interpretación de MM. No estaba borracha, pero había tomado mucho champán (¿cuánto?) aquella noche. Y antes de cenar, ¿en casa de alguien? No había tomado pastillas, eso lo recordaba. Por lo menos desde la última vez que las había tomado, en el coche de no sabía quién.

La Morena había saltado a la fama años antes que Marilyn Monroe, aunque no le llevaba tantos años.

—Actuar —añadió—, el cine, es básicamente mierda.

La Actriz Rubia protestó.

—¡P-pero... es m-mi vida!

A lo que la Morena replicó con desdén:

—Tonterías, Marilyn. Sólo tu vida es tu vida, Marilyn.

No pasaría por alto la Actriz Rubia que su hermana del espejo oscuro era una enviada que estaba allí con la misión de comunicarle una verdad profunda; pero no era una verdad que la Actriz Rubia pudiera encajar.

Parpadeó.

—Por favor —dijo casi en son de súplica—, no me llames M-marilyn. ¿Lo haces para burlarte?

Y la Morena la miró y observó durante un tenso momento de película, como preguntándose *¿Está loca o sólo borracha?* Se habían oído tantos rumores en Hollywood sobre MM...

—¿Por qué preguntas si es para burlarme? —dijo—. No lo entiendo.

—Podrías llamarme N-norma —dijo la Actriz Rubia con impaciencia—. Podríamos ser amigas.

Cuánta nostalgia había en la voz de la Actriz Rubia.

—Claro que podríamos ser amigas. Pero Norma es un nombre que da mala suerte —se refería a que Norma Talmadge había tenido una muerte de perros no hacía mucho.

La Actriz Rubia, dolida, respondió:

—Yo creo que es un bonito nombre. Me lo pusieron por Norma Shearer, que fue mi madrina. Y es mío.

—Claro que sí, Norma. Lo que tú digas.

—Pero es verdad.

—Está bien. Lo es.

Toda la noche, sentadas a la mesa, se habían estado observando y midiendo. El multimillonario productor y anfitrión las había puesto en extremos opuestos de la mesa, como adorno. La Actriz Rubia con su blanca seda escotada hasta el ombligo y la Morena elegantemente enfundada en lila. La Actriz Rubia callada y la Morena contando anécdotas como un hombre. *Menos en la talla, el cuerpo y la cara es un hombre. ¡Dios mío!* Se decía de aquella actriz de Hollywood que jodía como un hombre. Aquí te pillo y aquí te mato, como un hombre. (Pero ¿como qué hombre?) Había estado casada, divorciada, casada y divorciada; casada con hombres ricos y famosos, y había huido de la relación conyugal como quien se escabulle por la puerta trasera, indiferente, sin pesar y sin volver la cabeza. *¡Las mujeres no son así!* No se sabía cuántos abortos había tenido. Alardeaba de no tener instinto maternal. ¿Era lesbiana encubierta o no tan encubierta? Era una de las actrices de cine mejor pagadas del mundo, pero le gustaba impresionar diciendo: «Bueno, yo de actuar no sé un pimiento. No he aportado nada a este negocio. No me merece respeto. Es una forma de ganarme el pan. Así no tengo que caer en la mierda de verdad, como el cine porno o la prostitución».

De la Morena se decía que hacía en serie sus papeles cinematográficos, interpretando una escena tras otra, en el orden que quería el director, sin apenas repeticiones. Si el director quedaba satisfecho, ella también. Raras veces leía el guión entero, y conocía y le importaba poco el papel de los demás actores. Memorizaba sus frases leyéndolas deprisa y corriendo mientras la maquillaban y la vestían. Le atraían el juego y las apuestas y tenía el cerebro rápido, astuto y superficial de un jugador. Su cuerpo era perfecto, aunque no tenía la pechuga de la Actriz Rubia ni el culazo de la Actriz Rubia. Una cara perfecta, de pómulos visibles, una mezcla de óvalo y corazón, barbilla con hoyuelo y ojos castaños y brillantes. Aquella cara recordaba a Botticelli. Recordaba las esculturas griegas. Desde luego, no recordaba a Hollywood, California, 1960, y menos aún a Grabtown,

Carolina del Norte, años veinte. *Si pudiera ser esta mujer. Pero a la vez, por dentro, yo.*

La Actriz Rubia se oyó decir con chirriante voz adolescente:

—Bueno, soy actriz. ¡Es mi vida! Por eso quiero hacerlo lo mejor posible. Es la mejor parte de mí misma la que es actriz.

Con desconcertado desdén, la Morena encendió un cigarrillo como lo haría un hombre, con una sola mano, no con mechero, sino con una cerilla rascada con experiencia, exhaló una bocanada de humo que hizo lagrimear a la Actriz Rubia y dijo, no con amabilidad, no como una hermana mayor:

—¿Lo mejor para quién, Norma? ¿Para tus admiradores? ¿Para los jefazos de La Productora? ¿Para Hollywood?

—¡No! —exclamó la Actriz Rubia—. Para...

Para el mundo. Para el tiempo. Para vivir después de morir. Tartamudeó con los ojos dilatados, de confusión, con alarma.

—Para...

Los bonitos ojos de la Morena, de largas pestañas, estaban clavados en ella. Seductores. Hipnotizantes. Temblaba y era incapaz de pensar. Durante una ráfaga de recuerdos, que pasó con la fuerza de una dosis de Benzedrina, vio la mirada castaña e imperturbable de Harriet y hebras de humo flotando delante de aquella cara. *Mi morena y seductora hermana. Mi hermana del arroyo.*

—¿Por qué te alteras tanto? —dijo la Morena—. Eres la MONROE. Lo que haces es propio de la MONROE. Todas las películas que hagas en lo sucesivo pueden ser un fracaso de taquilla, pero eres la MONROE de por vida. Y serás la MONROE en la otra vida. Eh —al ver la cara que ponía la Actriz Rubia. *Pero yo estoy viva. Soy una mujer viva*—. Nadie hace el papel de rubia como tú. Siempre hay una rubia. Tuvieron a la Harlow, a Lombard, a la Turner y a la Grable; y ahora tienen a la Monroe. Puede que tú seas la última.

La Actriz Rubia se sentía perpleja. ¿Dónde estaba el mensaje? ¿O es que no había mensaje? Algunas noches, si llevaba de pie muchas horas, ahora que su marido-el-dramaturgo (como Hollywood conocía a aquel

personaje misterioso) se había ido a Nueva York por deseo de ella, y vivía otra vez sola en Hollywood, como navegando en un iceberg en medio de un turbulento mar de hielo, no sólo confundía las palabras sino también los pensamientos. Los sentía crujir y romperse. De la angustia de pensar y culparse continuamente había nacido el antídoto para la angustia, que no era otro que la desintegración, la locura, la expresión aniquilada de la cara de Gladys Mortensen, y Norma lo sabía y al mismo tiempo no lo quería saber; tal era el mensaje secreto de su vida. Puede que la Morena intuyera algo. La Morena se sentía muy atraída por la Actriz Rubia. Del mismo modo que, cuando era pequeña y vivía en una modesta granja de Carolina del Norte, se había sentido atraída por los seres que sufrían: los polluelos, días antes revestidos de hermosas plumas, las perdían, recibían picotazos, sangraban y abandonaban toda esperanza, ya que habían despertado la misteriosa cólera de otros pollos; el benjamín de la camada de una cerda, incapaz de alimentarse y condenado a ser pisoteado, agredido e incluso devorado por otros cerdos... Eran muchos los que sufrían. Daban ganas de salvarlos a todos. De niña querías salvarlos a todos.

—Hollywood es rentable —dijo la Morena—. Por eso estamos aquí. Somos putas de categoría. Una puta no se enamora de su oficio. Se retira cuando ha ganado suficiente. Las películas no son partos mentales, cielo. No traen niños.

¿Niños? ¿Qué tenían que ver los niños con aquello?

—Bueno, me... —titubeó la Actriz Rubia— me daría vergüenza hablar así.

La Morena se echó a reír.

—A mí me dan vergüenza muy pocas cosas.

Pero la Actriz Rubia insistió.

—Actuar es una forma de vivir. No sólo por dinero. Es..., bueno, ya lo sabes. Un arte.

La turbaba hablar con tanta vehemencia.

—Tonterías —dijo la Morena—. Actuar no es más que actuar.

Pero quiero ser una gran actriz. Seré una gran actriz.

Compadeciéndola tal vez, al ver su expresión, la Morena cambió de tema y se puso a hablar de hombres. Graciosos y crueles. De hombres a los que conocían las dos. Jefazos de los estudios, productores particulares. Actores, directores, guionistas, agentes y escurridizos y fantasmales inquilinos de la cultura marginal. Claro que había follado con Z, «para subir. ¿Quién no?». También había jodido, hacía años, con «Shinn, aquel judío retaco y sexy», y echaba de menos a I. E. incluso ahora. También con Chaplin. Bueno, con Charlie Sr. y con Charlie Jr. Con Edward G. Robinson Sr. y con Edward G. Robinson Jr. «A estos dos, a Cass y a Eddy G., también te los tiraste tú, ¿verdad, Norma?» Con Sinatra, con quien había estado casada durante unos cuantos años de inestabilidad. Frankie, a quien había dejado de respetar el día en que quiso matarse con somníferos.

—Por amor. Por amor a mí. Llamaron a una ambulancia, no a mí, y lo salvaron. Así se lo dije a él: «So panoli. Toman somníferos las mujeres. Los hombres se ahorcan o se saltan la tapa de los sesos». Nunca me perdonó, pero a otras mujeres aún las perdonó menos.

La Actriz Rubia habló entre titubeos de lo mucho que admiraba a Sinatra el cantante.

—No es malo —prosiguió la Morena encogiéndose de hombros—. Si te gustan las ñoñerías blandengues de los blancos estadounidenses. A mí lo que me va es el sonido negro sucio, el *jazz*, el *rock*. Frankie era bueno jodiendo. Cuando no estaba borracho o drogado. Era puro nervio. Un esqueleto saltarín con la polla a punto. Pero ni punto de comparación con aquel macarroni como se llame..., tú estuviste casada con él un tiempo. Salíais en todos los periódicos —dándole un codazo a la Actriz Rubia, guiñándole un ojo—. Le gustaba que lo llamara «el Bateador de los Yanquis». Hay que concedérselo a los macarronis. Por lo menos son hombres.

La expresión de la Actriz Rubia. Todo, a cierta distancia, se estaba viendo y registrando, y un día se proyectaría en el indistinto pero clásico blanco y negro. La Morena belleza de alcantarilla, envuelta en seda lila, riendo, cogiendo entre sus manos la aturdida cara infantil de la Actriz Rubia y dándole un beso en plena boca.

Esencia de Morena, esencia de Rubia.

La Monroe quería ser artista. Era de las pocas personas a las que había conocido en mi vida que se tomaban en serio aquella basura. Esto es lo que acabó con ella, no lo otro. Quería que la reconocieran como a una gran actriz, pero también quería que la quisieran como a una niña, y evidentemente no se puede tener las dos cosas.

Hay que elegir cuál se desea más.

Yo no me quedo con ninguna.

Obras completas de Marilyn Monroe

SEXUALIDAD es NATURALEZA y yo voto por la NATURALEZA
soy MARILYN //// soy MISS SUEÑOS DORADOS
creo que ninguna SEXUALIDAD es mala cuando hay amor
que ninguna SEXUALIDAD es mala cuando hay respeto //// que ninguna
SEXUALIDAD es mala cuando hay SEXUALIDAD /// el CÁNCER no produce
SEXUALIDAD //// quiero decir que la SEXUALIDAD no produce CÁNCER
el cuerpo humano, desnudo, es HERMOSO
nunca me ha avergonzado posar DESNUDA
han querido que me avergonzara pero no han podido ni podrán
todas las timideces y temores se iban cuando me quitaba la ropa
seguro que sabéis quién es MARILYN cuando MARILYN se quita la ropa
deseaba correr desnuda por la iglesia delante de Dios y de la humanidad
no me habría dado vergüenza porque Dios me hizo como SOY
Dios nos ha creado como SOMOS

Te veo mirar mi cuerpo perfecto //// te veo amar mi cuerpo perfecto //
// como si fuera el tuyo //// y en una fantasía se me ocurrió //// que en
MARILYN puedes amar tu propio CUERPO PERFECTO //// por eso vino
MARILYN a este mundo //// por eso existe MARILYN Soy Miss Sueños
Dorados /// la chica de calendario más famosa de la historia de la
humanidad //// yo diría que es un honor ¿verdad? //// me gusta que me

mires / / / / espero que nunca pares / / / / creo que el cuerpo humano es BELLO y no motivo de vergüenza / / / / por lo menos cuando eres una mujer hermosa y deseable / / / / y JOVEN

Soy Miss Sueños Dorados / / / / ¿y tú?

Soy Miss Sueños Dorados / / / / y yo diría que es toda una responsabilidad ¿no?

Soy Miss Sueños Dorados / / / / dime qué es lo que más te gusta y lo haré / / / / será un secreto entre los dos / / / / yo te adoraré / / / / tú límitate a amarme y a pensar en MARILYN de vez en cuando ¿prometido? / / / / *Zorra enferma, patética / / / / pedazo de carne / / / / coño muerto por dentro*

No estoy resentida porque por ahí dicen que soy HISTORIA

Nadie está resentido cuando es HISTORIA / / / / nadie

Un HOMBRE no estaría resentido por entrar en la HISTORIA / / / / y tampoco una MUJER

Rompedme el corazón, pero no la nariz / / / / (hijos de puta)

DULCE es la venganza / / / / (y necesito saborearla)

¡Eh, eh! seamos FELICES JUNTOS por favor / / / / es el motivo por el que EXISTIMOS

En una fantasía se me ocurrió / / / / que es el motivo por el que EXISTIMOS

SEXUALIDAD ES NATURALEZA y yo voto por la NATURALEZA / / / / ¿tú no?

Y es un hecho que el cáncer no produce sexualidad quiero decir que el cáncer no mata

quiero decir que la sexualidad no mata / / / / es IMPOSIBLE / / / / si no en el infierno nos crearían como somos / / / / la NATURALEZA es el único Dios / / / / a mí la NATURALEZA me hizo como soy quiero decir que me hizo que me hizo que me hizo que me hizo MARILYN / / / / y no podría ser otra persona desde el principio del tiempo / / / / creo en la NATURALEZA / / / / creo seriamente que soy NATURALEZA / / / / todos somos NATURALEZA / / / / tú también eres MARILYN si eres NATURALEZA / / / / eso es lo que creo / / / / *Podemos esperar con cierta confianza un porvenir seguro de gran duración*

//// Y como la SELECCIÓN NATURAL opera únicamente para beneficio de cada ser todas las cualidades corporales e intelectuales tenderán a progresar hacia la perfección //// Hay grandiosidad en pensar que de tan sencillo comienzo se desarrollara y se desarrolle todavía un sinfín de formas a cuál más bella y portentosa

¡Me lo estoy pasando tan bien en la vida que creo que van a castigarme!

El Francotirador

El significado oculto del progreso de la civilización ya no es un misterio para quienes hemos consagrado la vida a la lucha entre el Bien y el Mal, entre el instinto de Vida y el instinto de Muerte, tal como se manifiesta en la especie humana. ¡Por eso juramos!

Prefacio

Libro del patriota estadounidense

Era la sabiduría de mi padre, sabiduría de explorador: «Siempre hay un ser esperando a que el hombre indicado le pegue un tiro».

Cuando cumplí once años, mi padre me llevó al monte a matar «aves carniceras». Fijo en aquella época mi eterno respeto por las armas de fuego y mi habilidad como francotirador.

Mi padre llamaba «aves carniceras» a las rapaces nocturnas, los halcones, los cóndores de California (hoy casi extinguidos) y las águilas reales (ídem de ídem) que abatíamos a tiros mientras volaban. Además, aunque carroñeros (y no depredadores que pusieran realmente en peligro nuestras aves de corral y nuestros corderos), mi padre detestaba a los buitres por sucios y como no había razón que justificara la existencia de los animales asquerosos, también a estos feos animales los matábamos a tiros en los árboles y en las cercas, donde se posaban como paraguas viejos. Papá no estaba bien, había perdido el ojo izquierdo y tenía «cincuenta metros»

(como él decía) de colon perforados por heridas de guerra, y por eso les tenía tanta inquina a aquellos carniceros que caían del cielo sobre nuestros animales como demonios voladores.

Y los cuervos. Miles de cuervos graznando y chillando en olas migratorias que oscurecían el sol.

Otra firme convicción de mi padre era que no había balas suficientes para todos los objetivos que se merecían una. He heredado todas sus máximas, y su patriotismo.

Por aquellos años vivíamos de lo que nos quedaba del rancho ovejero. Veinte hectáreas, casi todas de matorral, en el valle de San Joaquín, entre Salinas, que quedaba al oeste, y Bakersfield, que estaba al sur. Mi padre, su hermano mayor, que había vuelto mutilado de la guerra, aunque no de la de mi padre, y yo.

Los demás nos habían abandonado. Nunca hablábamos de ellos.

Paseábamos durante horas con la camioneta Ford. A veces a caballo. Mi padre me regaló su fusil Remington del calibre 22, y me enseñó a cargar y disparar con seguridad, nunca con precipitación. Mientras fui pequeño, y durante mucho tiempo, disparé sobre objetivos inmóviles. Un objetivo vivo y móvil es otra cosa, decía mi padre. Apunta con cuidado antes de apretar el gatillo, recuerda que algún día habrá un objetivo que, si no lo tumbas, te devolverá el disparo sin compasión.

Llevo los sabios consejos de mi padre dentro del corazón.

Algunos piensan que como francotirador tengo que ser muy precavido. Lo que yo digo es que donde hay un objetivo podría no haber una segunda oportunidad.

Los pollos y gallinas del corral y los corderos de los campos eran las presas favoritas de las «aves carniceras». Había más depredadores por allí, coyotes, perros salvajes y a veces pumas, pero las «aves carniceras» eran lo peor de todo a causa de su número y la rapidez de sus ataques. Aunque eran aves hermosas, eso había que concedérselo. Halcones peregrinos, neblíes y águilas reales. Remontando el vuelo, planeando y cayendo en picado para clavar los espolones en animales pequeños y llevárselos vivos, chillando y forcejeando.

A otros los mataban y mutilaban donde los habían encontrado pastando o durmiendo. Las ovejas balaban. He visto sus restos en la hierba. Los ojos sacados a picotazos y las entrañas arrastradas por el suelo como cintas de grasa. Una nube de moscas era la indicación.

Mi padre daba la orden, «¡Dispara! ¡Dispara a esos cabrones!», y en ese mismo instante disparábamos los dos.

Todos los que me conocían me elogiaban por ser tan joven. Me llamaban Francotirador y a veces Soldadito.

El águila real y el cóndor de California son hoy rarezas, pero en mi juventud los matábamos a puñados y colgábamos los cadáveres en señal de advertencia. *Ya lo sabéis. Ahora no sois más que carroña y plumas, ya no sois nada.* Pero era bonito contemplar el vuelo de aquellos poderosos animales, había que concedérselo. Bajar un águila real, como decía mi padre, es trabajo de hombres, lo mismo que verle de cerca las plumas pardas del cuello. (Hasta el día de hoy llevo muy cerca del corazón, en recuerdo de mi juventud, una pluma parda de quince centímetros.) El cóndor era un ave más grande aún, con plumas negras en las alas (una vez las medimos y nos dio tres metros) y debajo plumas muy blancas, como si tuviera otro par de alas. ¡Y qué gritos daban! Planeando en amplios círculos, inclinándose hacia un lado y hacia el otro, y lo extraño de aquellos animales era que, a la hora de comer, llegaran otros volando a toda velocidad desde donde no alcanzaba la vista de un hombre.

El «ave carnífera» a la que más tiros pegué fue el neblí. Porque había muchísimos y cuando empezaron a escasear por los alrededores iba a buscarlos cada vez más lejos de casa, trazando círculos cada vez mayores. Para recorrer el campo iba a caballo. Luego, cuando tuve edad suficiente para conducir y antes de que subiera el precio de la gasolina, cogía el vehículo. El neblí es gris y azulado, y tiene las plumas como el vapor, por eso cuando tenían detrás un cielo neblinoso aparecían y desaparecían, aparecían y desaparecían, y a mí aquello me emocionaba, porque sabía que debía disparar contra un objetivo que no sólo corría mucho sino que además era invisible, y así lo hacía, guiándome por el instinto, a veces fallaba (lo admito), pero con frecuencia daba en el blanco y bajaba del cielo al animal

volador como si lo tuviera atado con una cuerda y de un tirón fortísimo, sin saberlo ni adivinarlo el neblí, pudiera bajarlo a la tierra en un segundo.

Ya en el suelo, con las hermosas plumas ensangrentadas y los ojos dilatados, se quedaban inmóviles como si nunca hubieran estado vivos.

Ahora ya lo sabes, carnicero, les decía con serenidad.

Ya sabes quién manda aquí y quién no puede volar como tú; nunca me alegraba, casi había tristeza en mis palabras.

Pues ¿cómo es la melancolía del Francotirador, cuando su hermosa presa yace yerta a sus pies? Ningún poeta ha hablado de esto hasta ahora y me temo que nunca lo hará.

Aquellos años. Vivía allí, pero pasaba mucho tiempo deambulando y a menudo dormía en la camioneta, siguiendo no sé qué rastro de deseo innombrable que me arrastraba a veces hasta las montañas de San Bernardino y hasta los vastos espacios desiertos de Nevada. Era un soldado en busca de su unidad. Era un francotirador en busca de mi vocación. En el retrovisor de la camioneta, una nube de polvo pardo que ascendía y delante de mí espejismos sinuosos que atraían y engañaban. ¡Tu destino! ¡Dónde está tu destino! Con las manos en el volante y el fusil al lado, en el asiento del acompañante, a veces dos fusiles y una escopeta, cargados y preparados para hacer fuego. A veces, en el vacío del desierto, conducía con fanfarronería juvenil, con el fusil apoyado en el volante, como preparado para disparar a través del parabrisas si hacía falta. (Como es lógico, nunca cometía un acto tan perjudicial para mí.) A menudo viajaba durante días y semanas, mi padre había muerto ya, mi tío estaba viejo y achacoso y nadie me vigilaba. Disparaba no sólo a las «aves carniceras», sino también a otras aves, sobre todo a los cuervos, porque hay muchísimos cuervos en el mundo, y otras aves de caza como faisanes, patos y codornices californianas, contra los que utilicé el arma, aunque no me molestaba en buscar los cadáveres.

A veces también disparaba contra conejos, ciervos y otros animales, pero no como un cazador. Un francotirador no es un cazador. Inspeccionando con prismáticos los montes y el desierto, en busca de

movimiento y vida. Una vez, pasando por las montañas Big Maria (cerca de la frontera con Arizona), vi algo que me pareció una cara, una cara de mujer, de pelo rubio artificial, con una boca de un rojo artificial fruncida y dando un beso grotesco, y aunque no quería mirar la aparición, estaba indefenso ante ella, la sangre me martilleaba en las muñecas y en las sienes, y me dije que era sólo un cartel publicitario, no una cara de verdad, pero era tan provocativa y excitante que al final no pude resistirlo, reduje la velocidad, apunté con el fusil y estuve disparando hasta que me desapareció aquella opresión horrible, y me alejé de allí, no me había visto nadie. *Ahora ya lo sabes. Ahora ya lo sabes. Ahora ya lo sabes.*

Poco después me sentí tan nervioso que no tuve más remedio que disparar a ovejas y vacas, incluso a un caballo que pastaba, ya que no había testigos por allí. Pues apretar el gatillo es muy fácil, como me dirían un día en la Agencia. Hay una sabiduría sagrada en esto y yo creo que es la sabiduría del explorador. *Donde pongas el ojo, pon la bala. Y No importa qué sea el objetivo, sólo dónde está* es delicado como la poesía. A veces veía venir un coche a lo lejos, por la carretera, y si no había testigos (en el desierto de Nevada pocas veces hay testigos), en el instante crucial en que nuestros vehículos se aproximaban sacaba el fusil por la ventanilla, apuntaba y, tras calcular por encima la suma de la velocidad de los dos coches, apretaba el gatillo en el momento estratégico; con el supremo dominio del Francotirador yo ni pestañeaba, aunque si el otro conductor pasaba muy cerca de mí veía la cara que ponía; seguía adelante sin reducir la velocidad ni aumentarla, viendo tranquilamente por el retrovisor que el coche alcanzado se salía de la carretera y se estrellaba. Si algún testigo había, eran las «aves carniceras» que contemplaban el espectáculo desde las alturas; y las «aves carniceras», a pesar de la agudeza de su vista, no pueden prestar declaración. No había nada personal en lo que hacía, era sólo el instinto del Francotirador.

«¡Dispara! ¡Dispara a esos cabrones!», ordenaba mi padre, ¿y qué puede hacer un hijo sino obedecer?

En 1946 me contrató la Agencia. Demasiado joven para haber servido a mi patria en la guerra, solicité servirla durante los intervalos de falsa paz. Porque el Mal ha anidado en Estados Unidos. Ya no es cosa de Europa sólo, ni siquiera de los soviéticos, sino que se ha instalado en nuestro continente para destruir la tradición estadounidense. Porque el Enemigo Comunista es extranjero y al mismo tiempo tan cercano a nosotros como cualquier vecino. El vecino puede ser perfectamente este Enemigo. «El Mal es el nombre del objetivo», dicen en la Agencia. «Cuando hablamos de objetivo, nos referimos al Mal.»

Roslyn, 1961

«No puedo memorizar las palabras solas. Tengo que memorizar los sentimientos.»

Vidas rebeldes sería la última película de la Actriz Rubia. Algunos opinan que ella debió de darse cuenta, que se le veía en la cara. Roslyn Tabor sería el personaje más fuerte que encarnaría en la gran pantalla. *¡No una cosa rubia! Una mujer, por fin.* Roslyn confía a una amiga que siempre termina en el punto donde comenzó, y habla con nostalgia de su madre, que «no estaba allí», y de su padre, que «no estaba allí», y de su apuesto ex marido, que «no estaba allí», y Roslyn, que es una mujer de más de treinta años y no una adolescente, confiesa con lágrimas en los ojos *Echo de menos a mi madre*, y sabemos que aquí es la Actriz Rubia quien habla. Habla de no tener hijos y sabemos que aquí es la Actriz Rubia quien habla. No terminó el bachillerato. Da de comer a un perro hambriento, a hombres hambrientos. Cuida de los hombres. Hombres dolidos, envejecidos, marcados por el sufrimiento. Derrama lágrimas por hombres incapaces de derramarlas por sí mismos. Grita a los hombres en el desierto de Nevada, llamándolos *¡Embusteros! ¡Asesinos!* Los convence de que suelten a los caballos que han cazado. Caballos salvajes que son ellos mismos, almas masculinas salvajes, extraviadas y heridas. Ah, pero Roslyn es su resplandeciente Virgen María. Concentrada, sin aliento y luminosa como quien está al borde de un abismo. Diciendo: «Todos nos estamos muriendo,

¿o no? No nos estamos enseñando lo que ya sabemos». Roslyn es creación de la Actriz Rubia y sus frases en la pantalla, una imitación de las frases privadas de la Actriz Rubia, y si su marido el Dramaturgo, que escribió el guión y se apropió de las palabras de su mujer y de ciertos trances dolorosos de su vida, quiso también apropiarse de su alma, la Actriz Rubia no se lo echó en cara. No. *Existimos para los demás y en los demás. Roslyn es tan regalo tuyo como mío.*

Ahora que ya no lo amaba.

Ahora que sólo los vinculaba la poesía. Una poesía de diálogos y una aún más elocuente poesía de gestos.

Su mujer le había sido infiel, el Dramaturgo creía saberlo.

Con quién, cuánto, cuándo, cómo, con cuánta emoción, pasión o sinceridad, eso no quería saberlo. Ahora era un marido provisional, la niñera de una actriz famosa. (Sí, captaba la paradoja: en *Vidas rebeldes*, la radiante Roslyn es la niñera de todos.) No se quejaba, estaba resignado, y cuando no podía impedirlo, concebía esperanzas. Para lo que quedaba de su ambicioso yo de juventud. Sería fiel a su mujer hasta que ella rechazase su contacto. La amaría hasta mucho después. ¿No había llevado a su hijo muerto en las entrañas, no estaban ya unidos de por vida por un vínculo demasiado intenso, profundo y sagrado para ser nombrado? Ya no era su Magda ni era su Roslyn, eso lo sabía; pero cuidaría de ella y la perdonaría (si ella quería perdón, cosa que no estaba clara).

Le preguntó cautamente:

—¿Estás segura de que quieres hacer esta película, Norma? ¿Te sientes con fuerzas? —queriendo decir sin pastillas esta vez, sin matarse mientras él miraba con impotencia.

Dolida e irritada, ella respondió:

—Yo siempre tengo fuerzas. Ninguno de vosotros me conoce.

Corremos temerariamente hacia el abismo tras haber puesto algo delante para no verlo.

Estas palabras, copiadas en el diario de estudiante de Norma Jeane.

No estaba segura de entenderlas. ¿Se refería Carlo a ella?

Carlo le había regalado un ejemplar de los *Pensamientos*, de Pascal, antes de partir hacia Reno para rodar *Vidas rebeldes*. Carlo-el-no-amante-que-sin-embargo-la-amaba.

«Mi pequeña Angela ya es toda una mujer, ¿eh?»

¡A quién sino a H habían contratado para dirigir *Vidas rebeldes*! H, el distinguido director de *La jungla de asfalto*. La Actriz Rubia respetaba a H, a quien no veía desde hacía diez años. *Él fue quien me lanzó. Él me dio una oportunidad*. Había planeado dar un abrazo al anciano cuando se vieran, pero la desanimaron su cara arrugada, su aliento aguardentoso y su barriga; sus ojos de mirada fija y franca, más enrojecidos que los suyos propios. H había seguido la trayectoria de la Actriz Rubia con interés escéptico y desorientado, como un padre podría observar de lejos la vida de un bastardo, de un retoño ilegítimo por el que no sintiera ninguna responsabilidad paterna, sólo un vínculo desigual e indirecto. En el momento de conocerse, en Hollywood, la Actriz Rubia estuvo tímida y es posible que contuviera una mueca cuando H le cogió las dos manos y se las apretó con fuerza. Su voz cavernosa y efusiva, esa actitud masculina que una mujer no sabe si es de burla, de afecto o de ambas cosas a la vez. Ella lo llamaba «señor» en señal de respeto. Él la llamaba «querida», como si no recordara su nombre; hablaba con más respeto con su marido el Dramaturgo. La ponía nerviosa adrede, mirándola con fijeza; como un hombre de mundo que tiene fama de entender de caballos y de carne de mujer. La puso aún más nerviosa recordándole la prueba de voz que había hecho para *La jungla de asfalto*: «Vas a ser Angela sólo por andar». La Actriz Rubia le preguntó qué quería decir; le habían hecho una prueba como a todas las demás, aunque ella se había tendido en el suelo para declamar las frases de Angela porque el personaje iba a estar recostado en un sofá; y H se echó a reír, guiñó el ojo a Z (estaban tramitando contratos en el despacho lujosamente amueblado que Z tenía en los estudios de La Productora) y repitió: «No, querida. Vas a ser Angela sólo por andar». La

Actriz Rubia sintió una dolorosa punzada de humillación. *Se refiere a mi culo. Hijo de puta.*

La Actriz Rubia ya no recordaba con claridad la personalidad de Angela. Recordar a Angela era recordar al señor Shinn, al que ella había traicionado, o que la había traicionado a ella. Recordar a Angela era recordar a Cass Chaplin cuando se habían hecho amantes. *Mi amiga del alma*, la había llamado Cass. *Mi bella hermana gemela*. No quería recordarse a sí misma antes de Angela, la joven promesa todavía sin nombre que había acudido al despacho del señor Z para ver el aviario.

El despacho de Z estaba ahora en otro edificio de La Productora. El mobiliario y la decoración de aquel despacho eran asiáticos: gruesas alfombras chinas, sofás y sillas tapizados en brocado, y en las paredes, pergaminos antiguos y acuarelas de paisajes naturales exquisitos. Z era en la industria el descubridor de MARILYN MONROE. En las entrevistas se jactaba de tener a «mi chica» bajo contrato, cuando otros ejecutivos, entre ellos el antiguo presidente de la compañía, habían querido darle el finiquito. («¿Por qué? Nadie se lo imaginaría: creían que no sabía actuar, creían que no era atractiva.»)

La Actriz Rubia oyó su propia risa, coqueta y cordial. Se sentía bien aquel día. Era uno de sus días buenos. Y parecía estar bien. Estaba firmemente convencida de que *Vidas rebeldes* sería un gran clásico de la gran pantalla y de que el papel de Roslyn sería su salvación. Haría que el público olvidase a Sugar Kane, a la Vecina de Arriba, a Lorelei Lee y a las demás. *¡No una cosa rubia! Una mujer, por fin.*

—Bueno, ya no soy Angela, señor H. Tampoco soy Marilyn Monroe, al menos en esta película.

—¿De verdad, querida? Pues a mí me pareces Marilyn Monroe.

—Soy Roslyn Tabor.

Fue una buena respuesta. Y a H le gustó.

Hay unos caballos, creo que los purasangres, que necesitan el látigo para correr al máximo. Así soy yo. Tenía deudas y necesitaba saldarlas, llegó aquel contrato y la Monroe estaba en él. No me merecía respeto como

actriz. No había visto casi ninguna película suya. Creía que no se podía confiar en ella, que ni siquiera me caería bien. Yo nunca había transigido con los neuróticos con tendencias suicidas. Mátate si quieres hacerlo, pero no les jodas la vida a los demás. Ésa es mi opinión. Decían que yo estaba loco por ella, que la trataba con dureza y que fui la causa de su hundimiento. Que se vayan a la mierda. Lo que le pasaba a la Monroe lo llevaba escrito en los ojos. Siempre enrojecidos, con capilares reventados. Vidas rebeldes no habría podido rodarse en color aunque hubiéramos querido.

Reno, Nevada. Es una película en blanco y negro, como los recuerdos. Una película de los años cuarenta, no de los sesenta. ¡Actores muertos! Y ya sentenciados en la historia.

La Actriz Rubia se ordenó a sí misma: «Seré profesional en todos los aspectos».

La Actriz Rubia y el marido dramaturgo al que ya no quería pero que seguía empeñado (así lo dirían los testigos) en quererla vivían, allí en Reno, en lo que sería el infierno-de-*Vidas rebeldes-y-Reno*, en unas habitaciones de la décima (y última) planta del hotel Zephyr, llamado así por Zephyr Cove, una población situada a orillas del lago Tahoe. El primer día de rodaje, la Actriz Rubia tenía que estar en el plató a las diez de la mañana, pero hacia las nueve ya se había encerrado con pestillo en el cuarto de baño, incapaz de soportar la horrible imagen que le devolvía el espejo, y despidió incluso al fiel Whitey, que suplicó a la señorita Monroe que le permitiera *intentarlo*. Era un manojito de nervios. Era un manojito de emociones. ¡Ni un solo pensamiento coherente! No había dormido en toda la noche y, si había dado alguna cabezada, posiblemente ahora siguiera dormida, con el drogado cerebro sumido en el sopor del sueño, aunque tuviera los ojos abiertos y hubiera salido de la cama para meterse en el cuarto de baño. Y se negaba a abrir la puerta. Y el marido se lo pedía por favor. Y el marido dramaturgo la amenazó con llamar a recepción y solicitar que quitaran las bisagras de la puerta. La Actriz Rubia gritaba a todos que se fueran, que la dejaran en paz, y el Dramaturgo, a las once y cuarto, se desplazó hasta el plató, que estaba a

unas manzanas de allí, y pidió disculpas en nombre de su mujer, *Marilyn tiene migraña, Marilyn tiene fiebre, Marilyn ha prometido que estará aquí esta tarde*, y H, el distinguido director, dio un gruñido y se limitó a decir que aquella mañana filmaría algunos planos donde ella no apareciese, y en privado añadió que esperaba de todo corazón que si la Monroe iba a sufrir una crisis nerviosa, que la sufriera cuanto antes.

Encerrada en una habitación del hotel Zephyr de Reno, Nevada. Vista de las calles soleadas y de los rótulos de neón del casino —\$\$\$—, y a lo lejos una cordillera, los montes Virginia, todo claro y granulado como un escenario desprovisto de color. En aquella época, Reno era la capital del divorcio de Estados Unidos y era lógico que Roslyn estuviera allí y se divorciara (se «liberarse») en esta ciudad del desierto. ¡Porque ella era Roslyn! Sería Roslyn de pies a cabeza. *Es el papel de mi vida. Ahora verán lo que sé hacer*. Sólo que empezaba a ponerse nerviosa. Quería repasar el guión y la vista se le nublaba. Ya era mediodía, hacía dos horas que tenía que estar en el plató y creía que aún tenía tiempo de prepararse para llegar a las tres o a última hora de la tarde, y esperaba que H se mostrara comprensivo. *Lo comprenderá, ¡le caigo bien! Es como un padre para mí. Fue él quien me lanzó*.

Con el sol que hacía iba con gafas negras a todas partes y huía de los fotógrafos y periodistas que esperaban como buitres en el vestíbulo del hotel o en la calle. No podían acceder al plató, pero sí a los lugares públicos. H se quejaba diciendo que Monroe arrastraba a los hombres como una hembra en celo, y que cuanto menos les daba ella, más deseaban ellos, y molestaban a los demás, incluido él. «¿Cómo es Marilyn?» «¿Cómo va su matrimonio?» En el rabillo de los ojos y en las comisuras de la boca le habían aparecido unas arrugas finas y blancas, y los ojos, antaño hermosos y azules, eran ahora una telaraña de vasos rotos, y ni siquiera durmiendo doce horas seguidas conseguía que la rojez se le redujera hasta el nivel del amarillo ictericia. «Suerte que esta película no es en technicolor, ¿eh?»

Tan difícil era prever lo que iba a salir de la seductora boca de Marilyn como adivinar o calcular todo lo que había entrado en ella.

Había dicho a H y a los demás hombres que ella era Roslyn Tabor.

—Conozco a Roslyn. La quiero.

Era verdad y a la vez una media verdad. Porque Roslyn es sólo lo que los hombres ven. ¿Qué hay de la Roslyn que los hombres nunca ven? Había dicho a H que las frases de Roslyn eran poéticas y bellas, pero que le habría gustado que Roslyn hiciera algo más que consolar a los hombres y limpiarles la nariz para que se sintieran admirados y queridos; ¿por qué no podía ser Roslyn la primera persona a la que viera el público en la película, Roslyn bajando de un tren, Roslyn llegando a Reno en automóvil, Roslyn en movimiento y activa, no la Roslyn que quedó al final, casi invisible detrás de una ventana del primer piso mientras un hombre levanta la cabeza y la busca con la mirada; y en la escena siguiente, Roslyn se mira preocupada en un espejo mientras se maquilla.

—A la porra las ventanas y los espejos. ¡Maquillaje! Veamos a Marilyn..., quiero decir a R-roslyn, de cuerpo entero.

Cuanto más lo pensaba más quería que se eliminaran algunas frases cursis de Roslyn, y le importaba poco que las hubiera escrito un dramaturgo que había ganado el premio Pulitzer. Quería que se reescribieran los diálogos. ¿Y por qué no podía soltar los caballos la misma Roslyn al final de la película?

—Roslyn podría hacerlo tan bien como el vaquero. Monroe, no Gable. O los dos, Monroe y Gable. ¿Por qué no?

Se ponía muy nerviosa explicando su lógica y la lógica de la película, la Bella Princesa y el Príncipe Encantado unidos para liberar a los caballos salvajes; naturalmente, Gable podría soltar el semental él solo y ella soltaría los demás.

—¿Por qué no, joder?

H la miró como si estuviera loca, pero la llamó querida para tranquilizarla.

—Sólo quiero que Roslyn haga más cosas —rogaba ella.

En medio del desconcertado silencio masculino.

Se filtró a la prensa que Marilyn «creaba dificultades» incluso antes de que comenzara el rodaje. Marilyn hacía «las abusivas exigencias de

siempre».

Pese a todo no le escamotearon el papel de Roslyn ni la interpretación más sólida de su vida. Roslyn era la hermana mayor de Sugar Kane, pero sin situaciones cómicas ni números musicales contoneantes. Ni ukeleles ni escenas amorosas insinuantes. Roslyn daba pena porque era «real», pero (como cualquier mujer del público advertiría inmediatamente) nada más que un «sueño real» (un sueño masculino). Para ser Roslyn tenía que dejar de ser Norma Jeane; pues Norma Jeane era más inteligente, más astuta y más experimentada que Roslyn; Norma Jeane tenía más cultura, aunque autodidacta. Cuando Gay Langland, el amante de Roslyn, habla bien de ella («No me gustan las mujeres cultas; es una suerte conocer a una mujer que respeta a los hombres»), Norma Jeane se habría reído en su cara, pero Roslyn se siente halagada. ¡Ah, la de cosas masculinas que le dice a Roslyn para adularla, seducirla y confundirla! «Roslyn, estás hecha para vivir», «Roslyn, brindemos por la vida y espero que sea así por siempre», «¿Por qué estás tan triste, Roslyn?», «Limítate a brillar ante mis ojos», «Tienes que dejar de creer que puedes cambiar las cosas». *¡Sí, puedo cambiar las cosas! ¡Miradme!*

El teléfono sonaba. Respondió hecha una furia. Se lavó la cara, se limpió los ojos con agua fría, se tomó un par de calmantes, se maquilló, se puso una blusa, unos pantalones y las gafas negras, y salió del hotel por la puerta trasera, por la cocina. Tenía una amiga en la cocina (siempre tenía amigas en las cocinas de los hoteles) y llegó al plató, inesperadamente, a las tres y veinte de la tarde, ya se sentía mucho mejor y la sangre le bullía al pensar en la cara que pondrían aquellos hijos de puta. (Menos Clark Gable; siempre respetó a Clark Gable.) Y se convirtió en Roslyn: le lavaron el pelo y la peinaron, la maquillaron para acentuar su palidez y le pusieron el vestido escotado y blanco, con cerezas estampadas. ¡La Bella Princesa en la capital del desierto de Nevada! Para que se jodiera el equipo de rodaje de *Vidas rebeldes*, aprovecharía lo que quedara de la primera jornada de filmación y exigiría que se repitiera la primera escena todas las veces que hiciese falta (sentada ante el tocador, hablando con nostalgia, con una anciana, de su inminente divorcio) hasta que caía la armadura de Norma

Jeane y aparecía la trémula, amedrentada y comprensiva Roslyn. H se quedaría de piedra, H, que no era un hombre impresionable; H, que diez años antes la había tratado con superioridad; H, que no sentía respeto por ella; H, el famoso director, que estaba esperando, como ella sabía muy bien, que la Monroe se viniera abajo cuanto antes para elegir a otra actriz más maleable que la sustituyera.

—Pero sólo hay una Monroe. Eso debe saberlo el cabrón.

A veces era un milagro. Es un tópico, pero resulta que es verdad. Pasaban las horas y la Monroe no aparecía, y cuando ya se rumoreaba, por ejemplo, que estaba en el hospital de Reno (por haber querido suicidarse la noche anterior), de pronto llegaba ella, toda tímida y melosa, y balbuciendo disculpas, y recuperábamos el entusiasmo aunque hubiéramos estado insultando a aquella cerda. Cuando llegaba la Monroe no veíamos a ninguna cerda, sino una fuerza de la naturaleza, y todos nos sentíamos dispuestos a perdonarla; incluso Clark Gable, que estaba mal del corazón, decía que la Monroe no podía evitarlo, y a él no le gustaba pero lo comprendía. Y los peluqueros, los maquilladores y demás se lanzaban sobre ella como quien trata de reanimar un cadáver y transformaban a aquella rubia de piel blanca a la que apenas reconocíamos en la bella y angelical Roslyn; y todo esto ocurrió muchas veces en las semanas que duró el rodaje, demasiadas veces quizá; y no siempre recuperábamos el entusiasmo y no siempre la cerda se transformaba en ángel, aunque era lo normal. Ninguno de nosotros sabía qué proyectaba la Monroe por el objetivo de la cámara. Veíamos a multitud de estrellas, pero ninguna era como la Monroe. Mira, había días en los que parecía totalmente normal, salvo por la palidez, e interrumpía una escena y decía que se repitiera desde el comienzo, como una principiante, y casi todas las escenas quiso que se repitieran multitud de veces, diez, veinte, treinta veces, y entre toma y toma sólo veíamos cambios ligerísimos, pero la cosa crecía, la Monroe se perfeccionaba, adquiría fuerza mientras los demás actores se debilitaban y acababan agotados, el pobre Clark Gable, que ya no era joven, que padecía hipertensión y del corazón, pero la Monroe era insensible a aquel agotamiento; insensible a H, que la

odiaba a muerte; a lo mejor creía, a lo mejor creyó siempre que todos tenían que amarla, que era tan guapa que había que rendirse ante aquella niña de orfanato. Había un dicho que repetía a todas horas y que nos contagiaba a todos: «Si vale, vale, y si no, no». Esto podría aplicarse a Reno, Nevada, en nuestra opinión. Porque al parecer no importaba lo tarde que llegara la Monroe al trabajo, ni lo angustiada o aturdida que estuviese; en cuanto salía del camerino, maquillada, vestida e interpretando, ya era como si tuviera otro ser dentro de ella, y se transformaba en Roslyn, ¿y quién iba a culpar a Roslyn de las cagadas de Marilyn? Era imposible. Nadie quería. Y proyectara lo que proyectase en el plató, por el objetivo de la cámara, cuando veíamos el metraje rodado aquel día nos quedábamos pasmados, pensando: «¿Quién coño es ésa, esa desconocida?».

La Monroe era única en su especie.

Esto sucedió *antes*. Lo que ocurrió *no había ocurrido aún*.

En una fantasía llena de emociones y esperanzas paseaba descalza por el piso superior de la Casa del Capitán. Las tablas mal encajadas, las ventanas mal construidas y, más allá, un cielo neblinoso y translúcido. Sabía que aún no había ocurrido porque tenía al niño empotrado debajo del corazón. En un saco o una bolsa especial, debajo del corazón. El niño no se había ido aún. Algún día (¡esto lo había imaginado minuciosamente!) el niño sería actor, emprendería misteriosas giras interpretativas, rompiendo con todo lo que había sido, pero esto pertenecía al futuro y la fantasía era para confortarse, ¿verdad? El niño no la había abandonado aún convertido en coágulos y chorros de negra sangre uterina. El niño tenía el tamaño de una berenjena y a ella le gustaba acariciarse la hinchazón del vientre. *Sin saber por qué, aquello tenía alguna relación con mi buena disposición hacia Roslyn y la película, y ya estábamos en la tercera semana.* Y (¡ah, esto era confuso!) podía haber sucedido en una fantasía del niño, no suya (porque los niños también fantasean en la matriz; Norma Jeane creía que había imaginado su vida entera en la matriz de Gladys), pero el caso es que entraba descalza en el alargado, estrecho y frío despacho del hombre con el que vivía, el hombre con el que estaba casada, el hombre que se creía padre de su hijo, y

veía papeles encima de la mesa; sabía (¡sabía!) que no debía mirar aquellos papeles, porque se lo habían prohibido; sin embargo, como una niña mala y atrevida, cogía los papeles y los leía; y no veía las palabras en la fantasía, sino que las oía en boca de dos hombres:

MÉDICO: Señor..., le traigo malas noticias.

Y: ¿Qué sucede?

MÉDICO: Su mujer se recuperará del aborto, aunque podría tener dolores y «pequeñas pérdidas» ocasionales. Pero...

Y (*tratando de mantener la calma*): ¿Sí, doctor?

MÉDICO: tiene ~~los genitales~~ el útero muy lesionado. Le han hecho demasiados abortos chapuceros...

Y: ¿Que le han hecho...?

MÉDICO (*turbado, hablando de hombre a hombre*): Su mujer..., por lo visto, ha tenido muchos abortos provocados. Con franqueza, es un milagro que se quedara embarazada.

Y: No me lo creo. Mi mujer nunca había...

MÉDICO: Lo siento, señor...

Y sale (*¿con rapidez? ¿con lentitud?, un hombre en una ensoñación*)

LAS LUCES SE REDUCEN (no se apagan)

FIN DE LA ESCENA

¡Marilyn era la rehostia! Las cosas que decía. Sabiendo que no podíamos reproducirlas en nuestras puritanas publicaciones, hacía las observaciones más crudas, por ejemplo, cuando ella y Gable hicieron *Vidas rebeldes*, el asunto despertó el interés de la prensa y *Life* me mandó a Reno para que entrevistara a los protagonistas, al director y al marido dramaturgo, todos hombres menos ella, y estábamos concertando un encuentro en un bar de Reno, y yo hice una de esas bromas medio idiotas que se hacen cuando estás nervioso y le pregunté qué llevaría puesto para reconocerla, y Marilyn no perdió baza; con aquella voz susurrante y arrulladora que tenía me dice por teléfono: «No tendrá pérdida. Marilyn será la única que lleve vagina».

Quizá no exista más que lo que va a suceder / / / / quizá no exista más que lo que va a suceder / / / / quizá no exista más / / / / no exista más / / / / no exista más que lo que va a suceder / / / / quizá no exista / / / / quizá no exista / / / / quizá no exista más / / / / que lo que va a suceder / / / / a suceder / / / / Las palabras de Roslyn metidas en la cabeza y no podía dejar de repetir las *Quizá no exista más que lo que va a suceder / / / /* como un mantra hindú, como si ella fuera una yogui que murmuraba la oración secreta */ / / / Quizá no exista más que lo que va a suceder*

¡Qué consuelo!, pensaba.

La boca se le llenó de hormigas rojas que picaban mientras yacía sumida en un letargo de barbitúricos. Tenía la boca abierta, de lado. Las hormigas debían de ser las diminutas hormigas rojas del desierto de Nevada. Clavaban el aguijón, descargaban sus toxinas y se iban. Pero más tarde Whitey, mientras la maquillaba, le preguntó preocupado:

—¿Le ocurre algo, señorita Monroe?

Porque la Actriz Rubia ponía una mueca de dolor mientras se tomaba el café solo de costumbre, con dos pastillas de codeína disueltas, y con una voz susurrante que Whitey casi no pudo oír, Whitey, que oía la confusa voz de su ama no sólo desde el otro extremo de un pasillo, sino a kilómetros de distancia y al final a años de distancia del cuerpo que la emitía, le dijo:

—Ay, Whitey, n-no lo sé.

Se echó a reír y sin previo aviso se puso a llorar. Luego se detuvo. ¡No tenía lágrimas! Se le habían secado como la arena. Se introdujo el pulgar en la boca y se tocó las heridas. Unas eran llagas, otras, ampollas.

—Señorita Monroe, abra bien la boca y déjeme mirar —dijo Whitey muy serio.

La Actriz Rubia obedeció. Whitey le escrutó la boca. La docena de bombillas de cien vatios que enmarcaba el espejo iluminaba la escena como si fuera un plató de cine.

¡Pobre Whitey! Perteneecía a la tribu de enanos contratados por La Productora, gente del subsuelo, aunque medía más de un metro ochenta;

hombros y brazos macizos y bondadosa cara de bollo. Tenía el cráneo como un balón de rugby, cubierto de una pelusa rizada y blancuzca. Sus ojos carecían de color, era miope y poseía una furia que inspiraba seguridad. Si no hubiera sido por sus ojos, nadie habría pensado que Whitey era un artista. *Con barro y pinturas de colores podía hacer una cara. A veces.*

Aquel experto en cosmética se había vuelto espartano al servicio de la Actriz Rubia; caballero siempre, ocultando toda señal visible de preocupación, alarma o asco a los angustiados ojos de la Actriz Rubia.

—Señorita Monroe —dijo con voz tranquila—, será mejor que la vea un médico.

—No.

—Sí, señorita Monroe. Voy a llamar al doctor Fell.

—¡No quiero a Fell! Me da miedo.

—Entonces a otro médico. Haga lo que le digo, señorita Monroe.

—¿Tiene... tiene mal aspecto? La boca —Whitey negó con la cabeza pero no dijo nada—. Me han picado los bichos —añadió la Actriz Rubia—. Por dentro. Probablemente mientras dormía —Whitey negó con la cabeza pero no dijo nada—. A lo mejor es algo que tengo, no sé, en la sangre. Alguna alergia. Una reacción a los medicamentos —Whitey seguía mudo, con la cabeza gacha. No alzaba los ojos para no ver los de su ama en el espejo lleno de luz—. Hace mucho que no me besa nadie. Quiero decir a fondo. Como haría un amante. No les puedo echar la culpa a los besos envenenados, ¿verdad? —se echó a reír. Se frotó los ojos con las dos manos, aunque tenía los ojos secos como la lija.

Whitey, sin decir palabra, se escabulló y fue en busca del doctor Fell.

Cuando llegaron los dos hombres, la vieron con la cabeza apoyada en los antebrazos. Estaba caída hacia delante, como inconsciente, y su respiración era superficial. Tenía el blancuzco pelo lavado y peinado como el de Roslyn. Aún no se había vestido y llevaba una bata sucia y pantalones anchos, y tenía las musculosas piernas de bailarina muy pálidas y en una posición anormal. Su respiración era tan superficial e irregular que el doctor Fell fue presa momentánea del pánico. *Se está muriendo. Me echarán la culpa a mí.* Pero consiguió reanimarla, le inspeccionó la boca y le echó un

rapapolvo por mezclar fármacos, contraviniendo sus instrucciones, y por ponerle los cuernos con otros médicos, y le recetó medicamentos que le curarían las llagas a menos que las llagas no tuvieran curación. Y Whitey volvió a la prueba de fuego de la cara de la Actriz Rubia. Quitó el maquillaje que había puesto, le limpió la piel con cuidado y comenzó de nuevo. Le llamaba la atención («¡Señorita Monroe!») cuando desenfocaba la mirada o si aflojaba la boca mientras se la estaba pintando. En el plató llevaban ya dos horas y cuarenta minutos esperando a Roslyn. Una y otra vez, con obstinado cabreo masoquista, H enviaba a un ayudante al camerino de la Actriz Rubia para saber cuánto faltaba todavía. Whitey murmuraba diplomáticamente: «Estará enseguida. Pero ya sabéis que no podemos correr». La escena de aquel día era más complicada que las anteriores porque tenía mucho ajetreo, cuatro actores, música y baile. Los hombres miraban a Roslyn con una intensidad que era hija de su contrariedad, su desdicha y su cólera; la cámara registraba la devoción, la esperanza, el amor que brillaban en sus ojos como si fueran reflectores. La escena era de Roslyn. Roslyn bebía demasiado y bailaba sola, exhibiendo su bello cuerpo de niña de orfanato, luego salía corriendo, hacia la romántica oscuridad, y abrazaba un árbol en un momento «poético», y el Príncipe Encantado proclamaba: «Roslyn, estás hecha para vivir, brindemos por la vida y espero que sea así por siempre».

El marido repudiado.

—A nadie le gusta que lo *espíen*, ¿verdad?

Amarla era la misión de su vida, pero en aquella cegadora ciudad del desierto había llegado a pensar que, pese a toda su devoción, a lo mejor no estaba a la altura de lo que se había propuesto. *Vidas rebeldes* había querido ser su regalo de San Valentín y era ya la tumba de su relación conyugal. Había querido ensalzar su luminosa belleza con Roslyn y no entendía qué había fracasado ni por qué debía fracasar; y eso que ella era cada vez más intransigente con él, incluso grosera, conforme intensificaba su relación profesional con Gable, su amante en la película. «¿Estoy celoso? Si eso fuera todo, aunque es innoble, creo que podría acostumbrarme.» Pero ella

seguía consumiendo fármacos. Demasiados fármacos. Y le mentía sobre eso, en su propia cara. Su organismo había desarrollado tanta tolerancia que masticaba y tragaba pastillas de codeína mientras hablaba, reía y «hacía de Marilyn» con otros. Decían: «¡Qué ingeniosa es Marilyn!». Decían: «¡Cuánta vitalidad tiene esta Marilyn!». Mientras él, el marido huraño, el marido cuatrienal, el marido-que-parecía-demasiado-mayor-para-Marilyn, el marido censor, se quedaba al margen, observando.

—Ya te lo he dicho, joder: no me gusta que me *espíen*. Si tan perfecto te crees, mírate en el *espejo*.

Tenía el cerebro más estropeado que un reloj de juguete y a pesar de todo anhelaba perfeccionarlo con toda su alma. ¡Con toda su alma!

No sólo había pasado meses leyendo *El origen de las especies* y tomando notas. También el libro que le había regalado Carlo. ¡Ah, cuánto la conmovía Pascal! Tener aquellos pensamientos hacía tantísimos años parecía imposible, la miga de *El origen de las especies* era que las cosas mejoraban, que se perfeccionaban con el tiempo, «reproducción con modificación» para mejorar, ¡pero Pascal! ¡Y en el siglo XVII! Un hombre enfermizo que moriría joven, a los treinta y nueve años. Y había puesto por escrito lo más profundo que pensaba ella y que nunca habría podido expresar ni siquiera tartamudeando.

Nuestra naturaleza consiste en movimiento; el reposo absoluto es la muerte... Es tan grande la seducción de la fama que reverenciamos todos los objetos ligados a ella, incluso la muerte.

Estas palabras de Pascal, copiadas con tinta roja en el diario de estudiante de Norma Jeane.

Carlo le había puesto una dedicatoria en el libro, *Para Ángel con amor, de Carlo. Si sólo uno de los dos lo consigue...*

«¿Y si al final tengo el niño con Marlon Brando?»

Se echó a reír. Era una idea disparatada, pero... ¿por qué no? No tendrían que casarse. Gladys no se había casado. El Príncipe Encantado

quedaba mucho mejor soltero. Ella tenía treinta y cuatro años. Le quedaban dos o tres años de fertilidad.

¡Los amantes se besaban! Roslyn y Gay Langland el vaquero.

—No. Quisiera repetir.

Los amantes volvían a besarse. Roslyn y Gay Langland el vaquero.

—No. Quisiera repetir.

Los amantes volvían a besarse. Roslyn y Gay Langland el vaquero.

—No. Quiero repetir.

Eran amantes recientes. Clark Gable, que era Gay Langland, que no era joven, y Marilyn Monroe, que era Roslyn, que era una divorciada que había dejado atrás la lozanía de la primera juventud.

Hace muchísimo, en el cine a oscuras. Yo era una niña y te adoraba. ¡Príncipe Encantado! Le bastaba con cerrar los ojos y ya estaba en aquel cine de hacía muchísimo, al que iba al salir de clase, y compraba una sola entrada, y Gladys le había advertido: «¡No te sientes al lado de ningún hombre! ¡No hables con ningún hombre!», y ella levantaba los ojos hacia la pantalla, llena de emoción, y veía al Príncipe Encantado, que no era otro que aquel hombre que la besaba ahora y al que ella besaba con avidez, sin acordarse de las escoceduras de la boca; aquel hombre moreno y atractivo, de bigote recortado, sesentón ya, con arrugas en la cara, el pelo cayéndosele y en los ojos una inconfundible expresión de caducidad. *Una vez pensé que eras mi padre. ¡Ay, dime, dime que eres mi padre!*

Esta película que es su vida.

Eran amantes recientes y los sentimientos que intercambiaban eran delicados y evanescentes como una telaraña. Roslyn dormida en la cama, el hermoso cuerpo cubierto sólo por una sábana, y su amante Gay se inclinaba suavemente sobre ella para despertarla con un beso, y Roslyn se incorporaba al instante y le pasaba los brazos por el cuello, y lo besaba con tanta vehemencia que por el momento olvidaba las escoceduras de la boca, el miedo y la desdicha de su vida. *¡Te quiero! ¡Siempre te he querido!* Volvió a ver la foto enmarcada de su galán en la pared del dormitorio de

Gladys. ¡Hacía muchísimo, pero qué vívidamente la recordaba! El edificio era La Hacienda. La calle era La Mesa. Norma Jeane cumplía seis años. *Mira, Norma Jeane, éste es tu padre.* Roslyn estaba desnuda bajo la sábana; Gay, vestido. Aparecer desnuda en la pantalla y sobre una colcha arrugada de terciopelo rojo era quedar al descubierto y tan indefensa como una criatura marina valorada por su concha, pero si se veían las plantas de los pies, ¡qué indecencia! Y la oscura emoción erótica de semejante indecencia. Cuando se besaban, Roslyn se estremecía; se podía ver los granitos de la carne de gallina en su piel pálida. ¡Hormigas rojas que pican! Aquellas llagas diminutas viajarían por sus venas, por su pecho y su cerebro, y la destruirían un día pero no aquél.

Un beso debe doler. Amo tus besos dolorosos.

La Monroe era supersticiosa y pocas veces veía lo que habíamos filmado durante la jornada, pero aquella noche llegó con Gable, se pasó la escena y nos quedamos boquiabiertos al ver cómo había quedado. H se llevó a la Monroe aparte, se plantó ante ella, le cogió las manos y le dio las gracias por el trabajo que había hecho aquel día. Era cojonudo, dijo. Muy sutil. Estaba más allá del sexo. Ella era una mujer real en la escena y Gable un hombre real. Los dos hacían soñar. Nada que ver con las habituales tonterías del cine. H había bebido whisky y hablaba con voz arrepentida, porque durante semanas había estado echando pestes de la Monroe a sus espaldas, y haciéndonos reír contándonos los métodos con que pensaba matarla.

—Si alguna vez vuelvo a dudar de ti, querida, dame un buen puntapié en el trasero, ¿quieres?

La Monroe rió con malicia.

—¿Y por qué no en los huevos?

Somos amigas, ¿verdad, Fleece?

Tú sabes que sí, Norma Jeane.

Has vuelto a mi vida por un motivo.

Siempre he sabido cómo eras.

¿En serio? Te quería mucho.

Yo a ti también, Ratón.

Íbamos a fugarnos juntas, Fleece.

¡Nos fugamos! ¿No te acuerdas?

Tenía miedo. Pero confiaba en ti.

Ay, Ratón, no debiste hacerlo. Nunca fui buena.

¡Sí lo fuiste, Fleece!

Quizá para ti. Pero no en lo más profundo.

Eras amable conmigo. Nunca lo he olvidado. Por eso quiero darte ahora algunas cosas. Y en mi testamento.

Oye, no hables así. No me gusta ese lenguaje de mierda.

Es realista, Fleece. En la película que estoy haciendo, un vaquero me dice: «Todos tenemos que morirnos algún día».

Joder, pues no le veo la gracia.

No me lo dicen para que me ría, Fleece. A veces me río, pero no esta vez.

Pues sigo sin verle la gracia. ¿Has visto gente muerta? Yo sí. Los he visto de cerca. Los he oído. Los muertos no son divertidos, Norma Jeane.

Ay, Fleece, ya lo sé. Lo que pasa es que «Todos tenemos que morirnos algún día» es un tópico.

¿Un qué?

Algo que se ha dicho antes. Muchas veces.

¿Y por eso tiene gracia?

Yo no me reía, Fleece. No te enfades.

Todo lo que se dice lo han dicho ya otros, pero eso no significa que haya que reírse de ello.

Perdona, Fleece.

En el orfanato eras la más triste. Llorabas con desconsuelo todas las noches y mojabas la cama.

No es verdad.

A las niñas que mojaban la cama les ponían un hule en vez de sábana inferior. Olía fatal. Y siempre era el pequeño Ratón.

¡No es verdad, Fleece!

Joder, qué mezquina fui contigo.

No fuiste mezquina conmigo, Fleece. Me protegías.

Te protegía. Pero era mezquina contigo. Me gustaba hacer reír a las otras niñas.

A mí me hacías reír.

Me siento mal, Norma Jeane. Aquella vez te quité el regalo de Navidad y te echaste a llorar.

No.

Sí, te lo quité. Le arranqué aquella mierda de rabo que tenía. Creo que lo hice porque tenía celos.

No te creo, Fleece.

Le arranqué el rabo a aquel tigre. Lo tuve debajo de la almohada durante un tiempo y luego lo tiré. Supongo que estaba avergonzada.

Oh, Fleece, creía que te caía bien.

¡Y me caías bien! Me caías mejor que nadie. Eras mi Ratón.

Sentí dejarte. Pero fue necesario.

¿Vive aún tu madre?

Oh, sí.

Llorabas mucho. Tu madre te abandonó.

Mi madre estaba enferma.

Tu madre estaba loca y tú la odiabas. Recuérdalo, íbamos a ir a Norwalk, a donde estaba encerrada, para matarla.

¡Eso no es verdad, Fleece! Es terrible eso que dices.

Íbamos a incendiarlo todo.

¡No es verdad!

No dejaba que te adoptaran. Por eso la odiabas.

Nunca he odiado a mi madre. Q-quiero a mi madre.

No te preocupes, Marilyn, no se lo diré a nadie. Es nuestro secreto.

No es ningún secreto, Fleece. No es verdad. Siempre he querido a mi madre.

La odiabas mucho porque no dejaba que te adoptaran. ¿Lo recuerdas? La vieja bruja no quería firmar los papeles.

Yo nunca he querido que me adoptaran, Fleece. Ya tenía una m-madre.

Oye, estuve en Norwalk una temporada.

¿En Norwalk? ¿Para qué?

¿Para qué crees tú, tontorrón?

¿Estabas... enferma?

Pregúntaselo a ellos. Hacen con una lo que les da la puta gana, no se les puede detener. Cabrones.

¿Estuviste encerrada en Norwalk? ¿Cuándo?

¿Cómo coño voy a saberlo? Hace mucho. Estábamos en guerra, me alisté en el ejército. Hice la instrucción en San Diego. Embarqué para Inglaterra. ¡Yo, en Inglaterra! Pero me puse enferma. Tuvieron que enviarme otra vez a Estados Unidos.

Lo siento mucho, Fleece.

Pues yo no. Vestía ropas de hombre, nadie me molestaba. Salvo cuando se jodía algo.

Me gusta tu aspecto, Fleece. Te vi enseguida entre la multitud. Si hubieras sido hombre, habrías sido guapo. Eso me gusta.

Sí, pero no tengo polla, ¿sabes? Si tienes coño pero no lo otro, tienes que hacer lo que la polla mande. Yo sacarí la navaja si me dejasen. No era precisamente tímida. Ahora me asustan más cosas que antes. Quería belleza en mi vida. Viví en Monterrey, en San Diego y en Los Ángeles. He seguido tu trayectoria cinematográfica.

Esperaba que lo hicieras, Fleece. Lo esperaba de todas las niñas.

Te conocí enseguida. «Marilyn.» Vi *Niebla en el alma* y tenía ganas de que tirases por la ventana a aquel renacuajo. ¡No me gustan los niños! En *Niágara* no podía creer que estuvieras tan mayor, y tan guapa. Pero me emocioné mucho cuando te estrangulaban.

Fleece, estás diciendo cosas muy extrañas.

Sólo te digo la verdad, Norma Jeane. Ya conoces a Fleece.

Por eso te quiero, Fleece. Te necesito en mi vida. Que estés en mi vida. ¿Lo entiendes? Así podremos hablar de vez en cuando.

Podría ser tu chófer. Tengo carnet de conducir.

Ahora soy Roslyn. La que sale en la película que estoy haciendo. No soy actriz, sólo una mujer. Procuro ser buena. Los hombres me han hecho

daño, estoy divorciada. Pero no resentida. Saldré adelante. Vivo en Reno, quiero decir en el papel de Roslyn. Pero no voy a jugar a los casinos, porque perdería.

He dicho que podría ser tu chófer.

La Productora ya me ha puesto un chófer.

Podría ser la guardaespaldas de Marilyn.

¿Guardaespaldas?

¿Crees que no tengo fuerza suficiente? Pues la tengo. No me subestimes, Norma Jeane.

No te subestimo.

¿Ves esta navaja? La llevo encima para protegerme de los cabrones que quieren joderme.

Vamos, Fleece.

¿Qué? ¿Te asusta?

Fleece, yo creo..., no me gustan las navajas.

Bueno, pues ésta es mía. Es mi protectora.

Creo que deberías dejarla.

Ah ¿sí? ¿Dónde? ¿Dónde debería dejarla?

En un..., bueno, donde la cogiste.

¿La hoja de la navaja? ¿Dónde debería ponerla?

No me asustes, Fleece. Yo no quería...

Marilyn, pareces un poco asustada. Joder.

No lo estoy, es sólo que...

¿Que te he hecho daño? ¿A Norma Jeane? ¿A ti? Yo nunca te haría daño.

Ya lo sé, Fleece. Y espero que sea así.

Ratoncito mío.

Es que me ponen n-nerviosa. Las navajas así.

No tengo miedo de usarla para protegerme. Podría protegerte a ti.

Ya sé que podrías. Y te lo agradezco.

Uno se acerca a Marilyn y le dice una grosería, o se lanza sobre ella. Seré tu guardaespaldas.

No sé, Fleece.

Hay quienes quieren hacer daño a Marilyn. Yo podría protegerte.

No sé, Fleece.

Y una mierda no sabes. Has querido que volviera por eso.

Fleece, yo...

Está bien, dejaré la navaja. Está bien, no habrá navaja. Nunca ha habido navajas. ¿Vale?

Gracias, Fleece.

Siempre he sabido cómo eras, Norma Jeane. Nunca te olvidaré. Comprendí que eras Marilyn. Para todas nosotras.

Besar a Fleece, ¿me atreví a besar a Fleece o soñé que besaba a Fleece y que Fleece me besaba (¡y me mordía!), y que luego los labios se me hinchaban y me escocían? Besar a Fleece como quien aspira éter. Ávidamente, aromas de naranja, y el corazón a punto de estallar.

gracias a Dios.

El aniversario de boda. El cuarto. Pasó sin pena ni gloria.

El marido repudiado. Descubrió que no sólo la encandilaba Gable (y posiblemente se la follaba), sino que además estaba el aún más enigmático Montgomery Clift. Alcoholizado y atractivamente perturbado, con el hermoso rostro desfigurado y lleno de cicatrices por culpa de un accidente de moto que había estado a punto de acabar con él el año anterior; un adicto a las anfetaminas y los barbitúricos (¿se los inyectaba?); encerrado en su caravana como un Dioniso de clausura que se apartaba con su inseparable vodka con pomelo y un amante joven e insolente, casi siempre se negaba a que le hicieran entrevistas e incluso a adentrarse en la soleada y «fantasmal» Nevada hasta que llegaba la noche. En el equipo de rodaje de *Vidas rebeldes* se hacían apuestas sobre si Clift terminaría la película y representaba un peligro mayor aún que la Monroe.

—¿Sabes por qué quiero a Monty Clift? Porque es géminis.

—¿Que es qué?

—Géminis, como yo.

El marido no estaba celoso de un homosexual sentenciado, tenía demasiado orgullo. Ella vio el sufrimiento en sus ojos y le tocó el brazo. (La primera vez que tocaba a alguien en los últimos días.) De repente era Roslyn, la belleza rubia y curativa en plan cursi.

—Bueno, la verdad es que no sé si Monty nació bajo el mismo signo que yo, lo que quiero decir es que es como un hermano gemelo. Hay personas que son como hermanos gemelos nuestros, ¿lo entiendes? Montgomery Clift es el mío.

El marido había llegado a temer a Clift como si fuese un enigma aún más enrevesado que su mujer, cuyas tendencias suicidas (estaba convencido) se debían únicamente a la pérdida del niño. Aquel día terrible en Maine había cambiado la vida de los dos para siempre. Un dolor de mujer, eterno y agotador.

Una mujer es su útero, ¿no?

Y si no es su útero, ¿qué es una mujer?

Sus relaciones se habían modificado sin remedio después de Maine. Después de Nevada, ella dejó de invitarlo a su cama. Y sin embargo, quería tener un hijo con la misma vehemencia que antes; quizá con más vehemencia, ya que tenía un año más y su salud empeoraba. Como le había predicho el médico, tenía dolores abdominales frecuentes y pequeñas pérdidas que la aterrorizaban. Su menstruación era tan dolorosa como siempre, e irregular.

Naturalmente, él no le había dicho lo que le había contado el médico. Lo del útero «lesionado». Lo de los abortos «chapuceros».

Era su secreto, el secreto del marido. Que él sabía y ella no podía saber que él sabía.

Y si no es su útero, ¿qué es una mujer?

En el final feliz de *Vidas rebeldes*, Roslyn y Gay Langland, su amante vaquero, hablan de tener hijos. (No les importa la diferencia de edad.) Después del traumático episodio de los caballos capturados y por último liberados, se van «a casa». Los guía una «estrella polar».

Norma, si no pudiera darte un hijo en vida, te lo daré en esta fantasía tuya.

¿Acaso importaba que la Actriz Rubia tratase al amo de las palabras con desprecio? En las proyecciones diarias, Roslyn era la sensibilidad en persona. Roslyn seducía a los que detestaban a la Actriz Rubia. Llegaría a admitirse que Roslyn era el papel cinematográfico que Marilyn había interpretado con más sutileza, más complejidad y más inteligencia; incluso en pleno rodaje, con la posibilidad de que la catástrofe estallara en cualquier momento, era un hecho conocido. Roslyn era como un ánfora rota que hubieran restaurado minuciosamente, con paciencia, habilidad e inteligencia, fragmento por fragmento, esquirra por esquirra, con pinzas y cola, vemos sólo el ánfora restaurada sin saber nada del ánfora rota y menos aún de la energía obsesiva que se ha vertido en la restauración. La ilusión de plenitud, de belleza. ¿Delirio?

La estoy perdiendo. Debo salvarla. El marido repudiado no habría admitido ni siquiera ante sí mismo que había abandonado la profesión literaria. Su yo más profundo. Su vida en Nueva York, con los amigos del teatro, a los que respetaba como no podría respetar a los cineastas. Admitía que H era una especie de genio; pero no un genio de su especie, ya que él necesitaba soledad, intimidad, sondear la imaginación, no darle codazos ni puntapiés. En la Costa Oeste había acabado por ser un criado, no sólo de la Actriz Rubia, que devoraba a cuantos estaban a su servicio con la voracidad de un caimán, sino también de La Productora; también él estaba en nómina, también él estaba «contratado». Se dijo a sí mismo que era sólo temporalmente. Se dijo a sí mismo que *Vidas rebeldes* sería una obra maestra que lo redimiría. Un gesto de amor conyugal que salvaría su matrimonio. Pero su alma estaba en otra parte: en la Costa Este. Echaba de menos su pequeño piso de la calle 72, abarrotado de libros y con calefacción, echaba de menos sus paseos por Central Park, echaba de menos la pendenciera compañía de Max Pearlman. ¡Echaba de menos su ser juvenil! Le asombraba que se representaran obras suyas, pero eran obras que había escrito años antes; no había intervenido en aquellos montajes, ni habría tenido tiempo si se lo hubieran propuesto. Se había convertido en un clásico antes de morir: un destino preocupante. Como Marilyn Monroe, mitificada por millones de desconocidos, mientras la mujer de carne y

hueso vomitaba en la taza del retrete, con la puerta abierta de par en par para que el marido, el desesperado y asqueado marido, se viera obligado a oír sin hacer preguntas.

—A nadie le gusta que lo *espíen*, amigo, ¿te enteras?

Y otra vez la encontró afeitándose las piernas en el cuarto de baño, y tenía tan trémula la mano y tan borrosa la vista que arañó y cortó aquella piel blanca como la de un cadáver, aquellas piernas hermosas y esbeltas, y sangraba por una docena de sitios. Casi sollozando de cólera al ver la preocupación de él, al ver la misma cara que ponía:

—¡Largo de aquí! ¿Quién te ha llamado? ¡Vete a la mierda! ¿Soy tan fea? ¿Doy tanto asco? Los judíos desprecian a las mujeres, es tu problema, amigo, no el mío.

Y él se iba y la dejaba con sus gritos. Y cerraba la puerta. Es posible que ella hubiera visto en su cara algo más que preocupación conyugal.

Desde entonces la observó en secreto, sin hacer comentarios. Habría querido decirle: «No te juzgaré. Sólo quiero salvarte». Olvidó su producción teatral. Lo único que quedaba después de escribir durante años eran fragmentos, borradores. Escenas no más extensas que un folio. Había abandonado *La muchacha del pelo de oro*. Ya no creía en su ingenua concepción de Magda, «la muchacha del pueblo». Como había apuntado inteligentemente la Actriz Rubia, Magda habría estado mucho más enfadada de lo que él sabía. Pero había ideado a Magda de aquel modo. Ya no podía concebir a Isaac, su yo adolescente. Los sueños de Entonces no habían vuelto a repetirse. Entonces era agitación emocional, pero también inspiración literaria; desde que se había casado con la Actriz Rubia quedaba muy poco de su vida anterior. Rahway, Nueva Jersey, estaba ya más lejos que el Londres de los infortunios de *El príncipe y la corista*; allí incluso había renunciado a escribir para cuidar de su mujer, que se deshacía en pedazos. (No envidiaba el sorprendente éxito de Marilyn en aquella película de figuras de cera. Los críticos la habían reverenciado. Incluso le habían dado un premio en Italia. Peor que un premio limón para él.) Sin embargo,

no podía escribir sobre ella ni sobre su matrimonio. Salvo en privado, en secreto. *Nunca la denunciaría. Nunca la traicionaría. No lo haré.*

Pues la verdad era que aún la amaba. Esperaba amarla otra vez.

Aunque ella lo repudiase en público. Aunque solicitara el divorcio.

La vigilaba en secreto, sin hacer comentarios ni emitir juicios. *Se engaña a sí misma. No es Roslyn. Lucha para sobrevivir quitándoles la película a los demás actores. Sus rivales.* La Actriz Rubia se concebía y presentaba como víctima, pero en lo más profundo de su corazón era codiciosa y despiadada. La había visto leyendo *El origen de las especies* con tanta concentración que se habría dicho que estaba aprendiendo sobre su futuro. ¡Marilyn Monroe leyendo a Darwin! Nadie lo creería. Y ahora estaba leyendo los *Pensamientos*, de Pascal. ¡Pascal! (¿Dónde habría conseguido el libro? Se había quedado de piedra al ver que ella lo sacaba de una de sus caóticas maletas, pasaba las páginas y se ponía a leer, dondequiera que estuviese, con la frente arrugada y moviendo los labios.) Pero últimamente ella le hablaba muy poco sobre sus lecturas, y si seguía escribiendo poesías, no se las enseñaba. Ya no leía publicaciones de la Ciencia Cristiana. Y los libros sobre la historia de los judíos y el Holocausto los había dejado en la Casa del Capitán.

Un montón de mierda secándose en el sucio suelo del sótano.

Con quien más encarnizadamente rivalizaba ella en Reno era con H. Porque H era uno de aquellos hombres que al parecer no deseaban a Marilyn Monroe. Se quejaba de él.

—Todos dicen que es un genio. ¡Pues vaya genio! Lo que le gusta es el juego y los caballos. Está en la película por dinero. No respeta a los actores.

—¿Por qué estamos nosotros en la película? —preguntaba el marido dramaturgo.

—Tú quizá por el dinero. En mi caso, es mi lucha por la vida.

Todo actor arrastra una maldición y es que siempre necesita público. Y cuando el público ve esa necesidad, es como si oliera sangre. Empieza su crueldad.

H gritó un día:

—¡Marilyn, mírame! —y ella no lo miró—. Mírame.

Estaban en el desierto, en las afueras de Reno, rodando la escena del rodeo. Un día tórrido, con unos cuarenta grados centígrados de temperatura. Y allí estaba H, tripón, empapado de sudor y con aquellos ojos saltones, como un Nerón loco esculpido por una mano desconcertada y paródica. Se levantó con esfuerzo, correteó como un toro y la atenazó por la muñeca; a todos nos habría gustado ver a la Monroe arrojada al ardiente suelo arenoso, porque la Monroe no había hecho más que darnos disgustos, un día y otro día, con aquel sol que pegaba fuerte (a fines de octubre), pero la Monroe se volvió y le dio un zarpazo con rapidez felina. H diría después: «¡En aquella mujer había furia animal! Me acojonó». H pesaba alrededor de cincuenta kilos más que la Monroe, pero no era rival para ella. La Monroe se soltó, salió corriendo y se encerró en su caravana (que tenía aire acondicionado); no supimos qué pensar cuando reapareció a los pocos minutos, con la cara recién arreglada y el pelo bien peinado, porque Whitey y los demás estaban siempre a su alrededor, y allí teníamos otra vez a Roslyn, sonriendo como el gato que se ha comido al canario.

Lo que me dio a entender fue que ella no era Roslyn. No tenía nada que ver con Roslyn. Con la Roslyn que ama a aquellos hombres, a aquellos perdedores, y cuida de ellos. Podía interpretar el papel de Roslyn como un músico toca el instrumento que domina. Nada más. Y quería que yo me enterase. Sólo entonces pudo terminar la escena.

¡Fleece! Sabía que podía ser una equivocación, pero qué caramba, era como cuando tiras los dados de la suerte. Había que ver lo que salía.

Había pagado a Fleece un pasaje de avión para que estuviera una semana en Reno, hospedada en el hotel Zephyr, para hacerle compañía cuando estuviera deprimida y para ver el rodaje de *Vidas rebeldes*. ¡Estrechar la mano del legendario Clark Gable! ¡De Montgomery Clift! El marido no estaba de acuerdo. Fleece no era una persona «equilibrada», dijo, se veía a la legua, y ella replicó:

—¿Soy yo una persona equilibrada? ¿Lo es Marilyn?

—El problema no eres tú —dijo él—. El problema es esa mujer a la que llamas Fleet.

—Fleece.

El marido había conocido a Fleece en Hollywood, en la calle. Cara hosca, con un mugriento sombrero vaquero, una camisa de raso azul fosforescente, unos ceñidos vaqueros negros que le resaltaban la V de las esqueléticas ingles y unas botas de cuero de imitación. Fleece había estrechado la mano del Dramaturgo con cortesía exagerada y lo llamaba «señor».

—Fleece es la única que me conoce —dijo Norma Jeane—. La única del orfanato que recuerda a Norma Jeane.

—¿Y por qué crees que te conviene eso, cariño? —preguntó el marido con amabilidad.

Norma Jeane lo miró fijamente, incapaz de pronunciar una palabra.

Cariño. ¿No había destruido ella del todo el amor que sentía aquel hombre?

A Fleece le hacía mucha ilusión la idea de ir a Reno como invitada especial de Marilyn Monroe. Pero le devolvió el pasaje de avión y se presentó en un autobús de línea de la compañía Greyhound. En el hotel, en sólo tres días, gastó en el servicio de habitaciones más de trescientos dólares, básicamente en bebidas. Tenía la habitación hecha un asco, llena de manchas y de quemaduras de cigarrillo; se quedaba dormida en la bañera, con el grifo abierto, el agua se desbordaba y se filtraba al piso de abajo. (Todos estos desperfectos los pagaría Norma Jeane.) Empeñó el reloj de oro que Norma Jeane le había regalado en un impulso, quitandoselo de la muñeca (un regalo de Z con la inscripción PARA MI SUGAR KANE). Empeñó varios objetos propiedad del hotel, entre ellos una lámpara de bronce en forma de caballo encabritado que sacó de la habitación envuelta en la cortina de la ducha. Perdió hasta el último centavo del crédito de cien dólares que le había abierto Norma Jeane en los casinos. No fue al plató de *Vidas rebeldes* ni una sola vez. Besó a Norma Jeane en la boca, con lengua y frenesí, delante del marido dramaturgo, que estaba medio borracho o lo

fingía. Abandonó al matrimonio bruscamente, en plena cena en un restaurante de Reno, la detuvieron aquella madrugada en el bar de un casino por alborotar y haber herido con una navaja a un mozo de la mesa de *blackjack* y a un guardia de seguridad, y estuvo entre rejas acusada, entre otras cosas, de agresión con arma mortal, hasta que Marilyn Monroe, precisamente Marilyn Monroe (el sensacionalista *The National Enquirer* sería el primero en publicar la morbosa noticia, con una foto grande de Marilyn con aspecto de drogada, gafas negras y pintalabios corrido, bajando la cabeza para ocultarse de las cámaras fotográficas), se presentó para depositar los mil dólares de la fianza. Poco después desapareció de Reno, seguramente en otro Greyhound, sin dejar más que una nota que introdujo por debajo de la puerta de la habitación de Norma Jeane.

QUERIDO RATÓN:

¡VIVE ETERNAMENTE EN MARILYN POR NOSOTRAS!

TU FLEECE QUE TE QUIERE

El marido repudiado. Oyó un roce en la puerta. Por la noche. Dormían en estancias distintas de la suite. Él, en un sofá y ella, en el dormitorio, insomne, bebiendo Dom Pérignon, leyendo y escribiendo en el manoseado diario con mano trémula: «Entre nosotros y el cielo y el infierno sólo está la vida, lo más frágil que hay en el mundo», hasta que se le desenfocó la vista y se concentró en el proceso de salir de la cama (¡y qué alta era aquella cama!), y sintió tanta flojedad en las piernas que tuvo que ir gateando como un niño hasta la puerta, pero se equivocó de puerta, no era la del cuarto de baño. La encontró desnuda (ella siempre dormía desnuda), sollozando y arañando la puerta, y vio con alarma y asco que se había ensuciado encima y en la moqueta. No era la primera vez.

Quizá no exista más que //// lo que va a suceder

Aquella vez Marilyn salió sola, con nosotros, a recorrer los bares y casinos, y en el casino Horseshoe estaba H en la mesa de los dados, y nos

dijo que nos acercásemos. H era un jugador compulsivo y como a todos los de su especie no le angustiaba perder, sino tener que abandonar el juego, salir del casino y volver a su hotel solo. Estaba borracho y sentimental, ya que faltaba poco más de una semana para terminar el rodaje en exteriores, y se decía a sí mismo que *Vidas rebeldes* podía ser una obra maestra o una gran cagada. H le cogió la mano a la Monroe y se la besó. ¡Vaya par! Se peleaban tanto en el plató que cuando estaban así ni siquiera se acordaban de quién había tocado las narices aquel día, quién debía disculpas a quién, aunque es posible que hubieran hecho las paces para variar. H ganó unos centenares de dólares y dio a Marilyn un crédito de cincuenta, y la Monroe dijo con su vocecita infantil que ella nunca apostaba porque perdía siempre, ya que las probabilidades de la banca eran superiores a las suyas, y H la interrumpió como haría un director de cine y, sin darse cuenta de su grosería, dijo: «Querida, tira los dados de una puta vez», y la Monroe se rió con una risa nerviosa y estrangulada, como si con aquellos dados se estuviera jugando la vida, los tiró y ganó; hubo que explicarle por qué había ganado (los dados son un juego complicado); la Monroe sonrió a los espectadores que aplaudían y dijo a H que quería retirarse ahora que ganaba, porque estaba segura de que perdería si tiraba otra vez, y H la miró con asombro y dijo: «Querida, eso no es propio de Marilyn, de la Marilyn a la que yo conozco. Eso es no tener una mierda de deportividad, no hemos hecho más que empezar». La Monroe parecía asustada. (Había multitud de mirones y algunos incluso hacían fotos, pero no la asustaban estas personas. Los desconocidos que la miraban absortos, murmurando: «Es Marilyn Monroe», le hacían sentirse segura y protegida.) Dijo: «Pero cómo, ¿es que usted juega hasta que pierde? A mí no me gusta así». Y H dijo: «Exactamente, querida. Se juega hasta que ya no queda nada que perder».

Esto es lo que hicieron aquellos dos aquella noche en el casino Horseshoe, la última semana que pasamos en Reno, Nevada.

El marido repudiado.

Con la confusión del sufrimiento permitió que dijeran que había dicho: «Yo le he dado *Vidas rebeldes* y aun así ella me ha dejado. La quiero y no

entiendo nada».

El cuento de hadas. Unas películas las hacemos, las olvidamos mientras las hacemos y ni siquiera nos molestamos en ir al preestreno, pero hay otras por las que sentimos tal angustia que no las olvidamos nunca, las vemos multitud de veces, acabamos amándolas, acabamos convenciéndonos de que hemos amado cada minuto de la producción de la película, como podríamos convencernos en la hora de la muerte de que hemos amado cada minuto de nuestra propia y misteriosa vida. Por eso nos gustaba el cuento de hadas que era *Vidas rebeldes*. Nos gustaba que la Monroe y Gable se amasen. Eran la Bella Princesa y el Príncipe Encantado paseando por el desierto en el crepúsculo, hablando bajo y riéndose. La Monroe tenía a Gable cogido del brazo. Era una niña traviesa que se pegaba a él. Quedó claro que Gable, con cincuenta y nueve años cumplidos, estaba firme como una roca. Tenía una cara despierta, ancha y surcada por multitud de arrugas. Y aquel bigote tan fino. Y aquella semisonrisa burlona.

¿Creías que Gable no era real? ¿Que no puede morir como cualquiera, de un ataque al corazón, dentro de unas semanas?

También quedó claro que la Monroe, con treinta y cinco años cumplidos, no volvería a ser la Vecina de Arriba, y tenía el pelo prematuramente canoso, de un blanco ceniza en las sombras crecientes, pero ¿y sus ojos?, aquellos ojos antaño bellos siempre húmedos y desenfocados (un detalle que la cámara no recogía; la cámara siempre quiso mucho a la Monroe), como si, hablando con ella, uno no estuviera allí para ella, como en esas imágenes repentinas que en los sueños se ponen delante de otros, y desaparecen y se van sin dejar rastro ni recuerdos, y a pesar de todo, la Monroe casi siempre respondía con coherencia, y solía ser ingeniosa y estar animada, «haciendo» de Marilyn para que sus interlocutores sonrieran. En aquella escena, la Bella Princesa con camisa, pantalón y botas, y el Príncipe Encantado vestido de vaquero y con sombrero, rodeados por el penetrante aroma de la artemisa. Era una noche estrellada. La música tan baja que casi no se oía. A lo lejos se veía el resplandor de Reno como una extraña fosforescencia subacuática.

—Es curioso cómo hemos acabado —dijo ella.

—No hables así, querida. Tú estás lejos de haber acabado —dijo él.

—Quiero decir aquí, en el desierto de Nevada. Señor Gable...

—Pero, Marilyn, ¿no te he dicho que me llames Clark? ¿Cuántas veces te lo he dicho?

—C-clark. Cuando mi madre era pequeña, repetía que usted era mi padre —dijo con nerviosismo, y dándose cuenta de la equivocación, rectificó—: Quiero decir que cuando yo era pequeña, mi madre repetía que usted era mi padre.

Gable dio un bufido y rió con ganas.

—¡Hace mucho de aquello! —dijo.

Ella se quejó tirando del brazo masculino.

—Eh, que no ha pasado tanto tiempo desde que fui pequeña, Clark.

—Joder, Marilyn, ya soy viejo —dijo Gable con amabilidad—. Tú lo sabes.

—Usted nunca será viejo, señor G-gable. Los demás aparecemos y desaparecemos. Yo no soy más que una rubia. Hay demasiadas rubias. Pero usted, señor Gable, durará siempre.

Le estaba suplicando y Clark Gable tenía suficiente caballerosidad para concederle la posibilidad.

—Si tú lo dices, querida.

Los diversos ataques cardíacos que había sufrido le habían dejado un regusto a muerte en la boca, y sin embargo no se había quejado como los demás de los retrasos de la filmación ni de las continuas tensiones que causaba la imprevisible conducta de la Monroe. *Esa mujer no está bien. Lo estaría si pudiera.* Tampoco se quejó de estar rodando con temperaturas de sauna, y en el papel de Gay Langland quiso interpretar en persona muchos momentos físicamente difíciles que pasaba el personaje, y una vez, por culpa de una cuerda enganchada, lo arrastró un camión que iba a cincuenta kilómetros por hora. Sí, Gable sabía que tenía que morir algún día. Pero había vuelto a casarse, con una mujer joven. Y su mujer estaba embarazada. ¿No indicaba aquello que iba a vivir muchos años, para ver crecer a su hijo?

En el Hollywood de antes sí, lo indicaba.

El cuento de hadas. La Actriz Rubia acabaría creyendo en este cuento de hadas que un hombre le había escrito en prenda de amor. Llegaría a creer no sólo que la luminosa Roslyn podía salvar la pequeña manada de caballos salvajes, sino también que los caballos podían salvarse. Los caballos; sólo quedaban seis de cientos y cientos, y uno no era más que un potro. Un potro que galopaba nervioso junto a su madre. Cazados y atados por hombres desesperados, y no obstante podían salvarse de la muerte. De la cuchilla del matarife y de convertirse en comida para perros. No había aquí aventuras del Salvaje Oeste, ni siquiera valor ni ideales masculinos, sino un «realismo» melancólico que se arrojaba a la cara del público estadounidense. Sólo Roslyn salvaría a los caballos con su lenta cólera femenina. Sólo Roslyn correría por el desierto en una escena cuidadosamente preparada por la Actriz Rubia y por el director, que le permitiría dar rienda suelta a su cólera ante la crueldad masculina. («Pero yo no quiero primeros planos. Mientras grito no.») Gritaría a los hombres: «¡Embusteros! ¡Asesinos! ¿Por qué no os matáis entre vosotros?». Gritaría al vacío del desierto de Nevada hasta que se quedara ronca. Hasta que le doliera por dentro la boca salpicada de llagas. Hasta que el corazón estuviera a punto de estallarle. «¡Os odio! ¿Por qué no os morís?»

Podía haber gritado igualmente a los hombres de su vida cuyo rostro recordaba y podía haber gritado igualmente a los hombres sin rostro que formaban el vasto mundo que había más allá de los bordes del fondo de terciopelo rojo y de las cegadoras luces del fotógrafo. Podía haber gritado a H, que había esquivado sus encantos. Podía haber gritado a un espejo. Había dicho al doctor Fell que no necesitaba ningún medicamento aquella mañana (para despejarse del aturdimiento de una noche de barbitúricos), y llena luego de compasión, horror y cólera a la vista de los caballos encerrados no le había hecho falta ningún fármaco. Creyó que ya no volvería a necesitar fármacos. ¡Ah, qué fuerza! ¡Qué alegría! Volvería a Hollywood sola, compraría una casa, su primera casa, viviría sola en ella y sólo trabajaría en lo que quisiera; sería la gran actriz que tenía la oportunidad de ser; ya no la retendrían los hombres; ya no le escamotearían

su ser más auténtico. La Actriz Rubia expresaba ira, cólera. Por fin. Sólo que (dirían todos los presentes) no era cólera simulada, sino pasión auténtica que recorría su cuerpo como una descarga eléctrica.

—¡Embusteros! ¡Asesinos! *Os odio.*

Semanas de retraso. Cientos de miles de dólares por encima del presupuesto. La película en blanco y negro más cara de la historia.

—Y todo se lo debemos a nuestra Marilyn. Muchísimas gracias.

La última película de la Monroe no contaría esta vez con un estreno ceremonial.

No habría desfiles de coches por Hollywood Boulevard, entre millares de admiradores desgañitados. Ningún acontecimiento de gala en el Grauman. Ni una burbuja de espuma de Dom Pérignon resbalando por el antebrazo desnudo de la Actriz Rubia. Cuando se distribuyó la película, hacía unos meses que había muerto Clark Gable. La Monroe llevaba divorciada aproximadamente el mismo tiempo. *Vidas rebeldes* fue un fracaso de público. Fue una película detestada por La Productora, que la había financiado, aunque tuvo críticas inteligentes y respetuosas y se elogió la interpretación de Gable, Monroe y Clift. Se la acusó de ser especial, «artística». Poseía una coherencia a prueba de bomba. Los personajes recordaban a actores desahuciados. Caras famosas pero no ellas mismas. Se veía a Gay Langland y se pensaba: «¿No era ése Clark Gable?». Se veía a la rubia Roslyn y se pensaba: «¿No era ésa Marilyn Monroe?». Se veía a Perce Howland, el destrozado animador de rodeo, y se pensaba: «¡Pero si ése era Montgomery Clift!». Gente a la que el público conocía de la infancia. Gay Langland era el tío soltero; Roslyn Tabor, una amiga de la madre, una divorciada de provincias. Nostalgia provinciana y esplendor perdido. ¡Incluso cabía la posibilidad de que el padre hubiera estado enamorado de Roslyn Tabor! El público no lo sabría nunca. El animador de rodeo era un bala perdida, flaco, tristón y con una cara que parecía un mapa. Lo veían al caer la noche delante de la estación de autobuses, fumando y mirando a la gente con ojos turbios: *Eh, ¿me conoces?* Eran

estadounidenses normales en los años cincuenta, pero enigmáticos durante la década siguiente porque el público de los sesenta los conocía de cuando el mundo era enigmático, e incluso la propia cara, vista entonces en el espejo, por ejemplo, de una máquina de tabaco de la misma estación de autobuses, o en el espejo salpicado de agua de unos lavabos, era un enigma que no iba a resolverse nunca.

Alojada en el 12305 de Fifth Helena Drive, Brentwood (Los Ángeles), Norma Jeane comprendería cierto día: «Todo lo que era Roslyn era mi vida».

Club Zuma

¿Qué? ¿Quién?

Pasmada al ver a su Amiga Mágica en el escenario y el baile delante de los espejos. Luces destellantes / giratorias. *I Wanna Be Loved by You*. MARILYN MONROE, con la blusa blanca sin espalda, la falda plisada flotando a causa de una ráfaga de aire que le deja las bragas blancas al descubierto. El público grita. Abiertas las bien torneadas piernas. Doblando la espalda, gimiendo de placer, y la multitud silba, vitorea, aporrea y patalea en medio de una nube de humo azul y música ensordecedora. *¿Por qué me han traído aquí? No quiero estar aquí*. Pelo platino resplandeciente en la bamboleante cabeza de la bailarina. Clavada a MARILYN MONROE si no fuera porque tiene más larga la enharinada cara de payaso, más sobresaliente la mandíbula y más grande la nariz. Pero tiene su rojitentadora boca y sus ojos sombreados de azul centellean como gemas. Y grandes pechos asoman por el vestido. La bailarina empieza a contonearse, a dar patadas con los tacones largos y afilados, a sacudir cantimploras y jamones. ¡Mari-lyn! ¡Mari-lyn!, la multitud la quiere. *No, por favor, no me queráis. Somos algo más que carne de la que reírse. ¡Lo somos!*

La noche olía a jazmín y a colonia Jockey Club, y allí está Norma Jeane con gafas oscuras, un turbante de seda blanco para ocultar el pelo, pantalón de seda blanco y una chaqueta masculina de rayas que es propiedad de Carlo. *¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué me ha traído aquí si yo pensaba que me quería?* La bailarina es hábil, agita el cuerpo mamífero con el ritmo

acelerado de la cópula. La pelvis como un martillo neumático. La húmeda y rosada punta de la lengua entre los labios. Jadeando, gimiendo. Acariciándose los grandes pechos bamboleantes. ¡Al público le encanta aquello! ¡Nunca tiene bastante! *¿Por qué hacemos que se rían de nosotras?* La bailarina está de coca hasta el cogote, se ve que tiene los ojos en blanco y el sudor le corre por el pecho dejando regueros semejantes a nervios vivos en el blanco maquillaje de payaso. ¡No puede parar aquel ritmo! La multitud es insaciable. Como en un polvo. El ritmo aumenta, no puede pararse. La bailarina de los espejos quitándose los guantes blancos y largos hasta el codo, arrojándolos a la multitud enfebrecida. *Quiero que me quieras solamente tú solamente tú solamente tú.* Quitándose las medias y arrojándolas. Quitándose la blusa sin espalda (*¡Ooooh!*), y el Club Zuma se viene abajo. El Club Zuma del Strip, saturado de humo azul. Del tabaco marroquí de Carlo. Carlo riendo con los demás. La bailarina se contonea entre los remolinos de humo y la música ensordecedora, sujetándose los cucurbitáceos y bamboleantes pechos, con pezones como uvas de color rosa de neón, y a continuación se arranca la falda plisada y la arroja, y da la espalda al público desgañitado sacudiendo el gordo culo, se inclina y entreabre las nalgas (*¡Aaaaah!*, grita, chilla el público), la bailarina, desnuda ya, cubierta de una brillante y aceitosa pasta de sudor y maquillaje, todavía de espaldas, se vuelve por fin con gestos de triunfo y enseña el largo y delgado pene pegado al afeitado pubis con cinta adhesiva color carne, y se arranca la cinta adhesiva gritando *quiero que me quieras que me quieras que me quieras*, y el gentío del Club Zuma se vuelve loco de verdad, gritando a la bailarina / el bailarín y al desesperado y bamboleante pene semierecto:

¡MARI-LYN! //// ¡MARI-LYN! //// ¡MARI-LYN!

El divorcio (segunda toma)

Una vez que se ha preparado y elaborado con detenimiento un personaje..., el actor lo interpretará correctamente, aunque no esté inspirado.

MICHAEL CHEKHOV,
To the Actor

1

—Lo lamento. ¡Ay, perdonadme! No puedo decir nada más.

En este boletín especial, anunciado como la Conferencia de Prensa sobre el Divorcio, la Actriz Rubia aparece elegantemente vestida de negro y con la cara blanca de una *geisha*. Al igual que Cherie, en *Bus Stop*, ella está mucho más pálida que sus acompañantes, tanto que podría pasar por un maniquí o un payaso. Le han delineado los labios con un lápiz granate para hacerlos parecer más grandes y carnosos. Sus ojos, en apariencia irritados a causa del llanto, están pintados con sombra azul claro y rímel marrón oscuro, del mismo tono que sus cejas. El cabello es rubio platino, como siempre, y está muy brillante. Es MARILYN MONROE, pero a la vez, una mujer dolida y confusa. Su actitud es a un tiempo nerviosa y complaciente. Cualquiera diría que mientras pronuncia estas palabras cruciales para que

las graben los periodistas olvida el guión. Olvida quién es: MARILYN MONROE. Luce un elegante traje de lino negro con un pálido pañuelo translúcido atado al cuello, medias oscuras y zapatos negros de tacón alto. No lleva joyas: sus temblorosas manos están sospechosamente desnudas de anillos. (Sí: arrojó su anillo de boda al río Truckee, en Reno, Nevada, igual que la divorciada Roslyn Tabor. ¡Una tradición ya consagrada en Reno!) Es sorprendente ver a MARILYN MONROE frágil y nada pechugona; han informado a los periodistas de que ha adelgazado «entre cinco y seis kilos». «Padece angustia» desde su divorcio mexicano del dramaturgo y desde la «trágica muerte» de su amigo y colega Clark Gable.

Una viuda. Debe presentarse ante esos cínicos como una viuda que ha sufrido una pérdida irreparable, en lugar de como una divorciada contenta de librarse de un matrimonio acabado.

Aunque consigue responder con cierta coherencia a las preguntas sobre Clark Gable —qué clase de amistad los unía, qué tenía que decir respecto de las acusaciones de la viuda del actor, según la cual MARILYN MONROE era responsable del ataque al corazón de Gable, si eso había retrasado y complicado la producción de *Vidas rebeldes* y causado un gran estrés a la actriz, etcétera—, se niega a hablar de sus ex maridos, el Dramaturgo y el Ex Deportista. Salvo para decir en un murmullo, con voz tan queda que debe repetir las palabras su abogado —de pie a su lado, la Actriz Rubia apoyada en el brazo de él—, que siente «un profundo respeto» por los dos.

Compórtese con naturalidad. Diga lo que siente. Si no siente nada, diga lo que imagina que sentiría si no estuviera sedada con Demerol.

—Son gra-grandes hombres. Grandes estadounidenses. Los respeto porque son seres humanos que han hecho cosas importantes y son célebres en su profesión, aunque, como mujer, no podía seguir casada con ellos.

Se echa a llorar. Se enjuga las lágrimas con un arrugado pañuelo de papel (no, es un pañuelo de tela blanco). Una periodista de voz estridente, enviada por un periódico sensacionalista, se atreve a preguntar si MARILYN MONROE siente que «ha fracasado como mujer, esposa y madre» y la concurrencia da un respingo colectivo ante semejante audacia (¡la pregunta

que todos se morían por hacerle!); el abogado de la Actriz Rubia frunce el entrecejo; un representante de prensa / asesor de imagen de La Productora, situado pocos pasos detrás, frunce el entrecejo; es obvio que la Actriz Rubia no está obligada a responder a una pregunta tan grosera, pero ella, valientemente, alzando sus doloridos ojos en busca de su torturadora, dice:

—Durante toda mi vida he procurado no fracasar. ¡Me he esforzado tanto! Luché para que me sacaran del orfanato y me adoptaran. Me refiero a la Casa de Expósitos de El Centro Avenue. En el instituto traté de destacar en los deportes. Intenté ser una buena ama de casa para mi primer marido, que me abandonó cuando yo tenía diecisiete años. Me he esforzado mucho por ser una buena actriz, y no una rubia más. Saben que he hecho todo lo posible, ¿no? Marilyn Monroe era una *pin-up*, ¿recuerdan? Fui chica de calendario a los diecinueve años, me pagaron cincuenta dólares por ser Miss Sueños Dorados y eso estuvo a punto de arruinar mi carrera, dicen que fue la foto de calendario más vendida de la historia y la modelo sólo recibió cincuenta dólares por ella en 1949, pero no siento re-rencor. Supongo que estoy alterada, pero no resentida, ni enfadada, ni... No dejo de pensar en cómo habría sido tener un hijo y... oh, el señor Gable ha muerto ¡y dicen que Marilyn Monroe ha tenido la culpa!..., aunque yo lo quería... como amigo..., aunque había tenido otros ataques al corazón antes..., ay, lo echo de menos..., creo que lo echo de menos más que a mi matrimonio..., mis matrimonios...

Ya está bien. Queremos un tono elegíaco, no melodramático. Si el género es trágico, es clásico, griego; los desastres ocurren fuera de escena y sólo permanece el reflejo.

—Lo lamento. ¡Ay, perdonadme! No puedo decir nada más.

Está llorando de verdad. Se tapa la cara. Durante la conferencia de prensa, los flashes de las cámaras se han disparado intermitentemente, pero ahora todos destellan a la vez, produciendo el efecto de una bomba atómica en miniatura. La Actriz Rubia, escoltada por dos de sus acompañantes masculinos, se dirige a una limusina que la espera (la Conferencia de Prensa sobre el Divorcio se ha celebrado en el jardín delantero de la residencia de Beverly Hills donde se aloja temporalmente la Actriz Rubia por gentileza

de su agente, Holyrod, o quizá de Z, o de La Productora o de un «devoto admirador de Marilyn») y los periodistas, decepcionados por la brevedad de la entrevista, la siguen, desmadrándose como una jauría de perros rabiosos, una jauría de reporteros, columnistas, locutores de radio, fotógrafos, cámaras, muchos más que el selecto grupo que ha sido invitado para este exclusivo acontecimiento; en la grabación se oyen histéricos gritos aislados —«¡Señorita Monroe, una pregunta más, por favor!» «¡Marilyn, espere!» «Marilyn, cuénteles a nuestros oyentes radiofónicos: ¿Marlon Brando será su próximo marido?»—, y a pesar de los esfuerzos de los guardias de seguridad de La Productora, que intentan contener a la multitud, un astuto reportero con pinta de italiano y orejas de sátiro consigue pasar una mano por debajo del brazo del abogado y le pone el micrófono en la cara a la Actriz Rubia con tanta fuerza que le da de lleno en la boca (¡le astilla un diente, que tendrá que arreglar el dentista de La Productora!) mientras grita en un inglés con acento extranjero:

—¡Marilyn! ¿Es verdad que ha intentado suicidarse varias veces?

Otro descarado que aparentemente no es un periodista de verdad, un tipo musculoso, con la piel brillante de sudor, el pelo de punta como un cepillo de dientes y una cara que parece febril, consigue entregar un sobre a la Actriz Rubia, y ésta lo coge al ver que reza SEÑORITA MARILYN MONROE en tinta roja y que está decorado con gusto con corazones, como una tarjeta de San Valentín.

Por fin la Actriz Rubia entra en la limusina. La puerta trasera se cierra. Los cristales son tintados, de modo que es imposible ver el interior desde fuera. Los escoltas se dirigen con brusquedad a la multitud —«Denle un respiro, ¿quieren? ¿No ven que está sufriendo?»—, suben al vehículo y éste se mueve, primero despacio porque los fotógrafos le bloquean el paso; después, rápidamente hasta que desaparece. La muchedumbre lo sigue, todavía tratando de llamar la atención a gritos, y los flashes de las cámaras continúan destellando hasta que el boletín informativo termina.

—¿Ya estoy divorciada? ¿Todo ha terminado?

—Marilyn, se divorció hace un semana, ¿recuerda? En Ciudad de México. Viajamos juntos.

—Ah, supongo. ¿Entonces todo ha terminado?

—Todo ha terminado, querida. Al menos por el momento.

Los hombres rieron como si la Actriz Rubia hubiese dicho algo ingenioso.

Estaban en el asiento trasero de la veloz limusina, detrás de los oscuros cristales tintados. Ya no se encontraban ante las cámaras. Aquello debía de ser la *vida real*, pero no parecía real. No le resultaba más fácil respirar ni enfocar la vista. Le dolían los dientes delanteros, donde la habían golpeado con un objeto duro, pero se dijo que había sido un accidente, que el reportero no tenía intención de hacerle daño. Su abogado, cuyo nombre no recordó de inmediato, y el relaciones públicas de La Productora, Rollo Freund, la felicitaban; había hecho una interpretación magistral en un momento difícil. *Era mi vida real. Sin embargo, fue una interpretación.*

—Perdonen, ¿ahora estoy divorciada? —al ver sus caras, dedujo que seguramente había hecho esa pregunta antes y que ya conocía la respuesta —. Eh..., quiero decir, ¿tendré que firmar más papeles?

Siempre había más papeles que firmar. En presencia de un notario.

MARILYN MONROE firmaba esos documentos desviando la mirada. ¡Mejor no enterarse!

En la veloz limusina que era una especie de máquina del tiempo. Ya había olvidado de dónde venía. No tenía idea de adónde la llevaban. Quizá fueran a hacer más publicidad de *Vidas rebeldes*. Rollo Freund era en realidad Otto Öse, ¿y todavía sería un fotógrafo de revistas para hombres? Estaba demasiado cansada para preguntarlo. Rebuscó en su bolso; quería una pastilla de Benzedrina para despertarse, pero no encontró ninguna. O acaso sus dedos estaban demasiado torpes. ¡Ah, cuánto echaba de menos al siniestro doctor Fell ahora que se había ido! (El doctor Fell, un médico residente, se había esfumado de La Productora. Lo había reemplazado otro médico que tenía un aire a Mickey Rooney. En Hollywood circulaba el

cruel rumor de que habían hallado al doctor Fell sentado en el inodoro de su bungalow de Topanga Canyon, con los pantalones bajados y una jeringuilla clavada en su brazo lleno de cicatrices; en una versión de la historia, había muerto de una sobredosis de morfina; en otra, de una sobredosis de heroína. ¡Un final trágico para un médico que tenía el saludable aspecto de Cary Grant!)

Ella tenía el sobre de San Valentín en las manos. Hacía meses que aguardaba con impaciencia otra carta de su padre, pero suponía que no sería ésta.

—Estoy tan sola. No entiendo por qué estoy tan sola cuando he querido a tanta gente. Quise a las chicas del orfanato, ¡mis hermanas!..., mis únicas amigas. Pero las he perdido a todas. Mi madre apenas si me reconoce. Mi padre me escribe, pero guarda las distancias. ¿Soy una leprosa? ¿Un monstruo? ¿Una maldición? Los hombres dicen que me aman, pero ¿a quién aman? A Marilyn. Yo amo a los animales, sobre todo a los caballos. Estoy ayudando a una gente de Reno a crear una fundación para salvar a los *mustangs* salvajes del sudeste. Ojalá ningún animal tuviera que morir. Excepto de muerte natural, claro.

Uno de los hombres carraspeó y dijo:

—La entrevista ha terminado, Marilyn. ¿Por qué no se relaja?

Ella intentaba explicar lo injusto que era que la culparan de la muerte de Clark Gable.

—¡Con lo mucho que lo quería! Él fue el único hombre al que he admirado en toda mi vida. Mi ma-madre, Gladys Mortensen, conoció a Clark Gable cuando los dos eran jóvenes y acababan de llegar a Hollywood.

Una vez más le recordaron con suavidad:

—La entrevista ha terminado, Marilyn.

—La razón por la cual el amor se acaba es un misterio —dijo ella con tono casi suplicante—. Ese misterio no lo he inventado yo, ¿no? ¿Por qué me culpan a mí? Sé que una debe seguir jugando a los dados hasta que pierde. Se supone que hay que ser valiente, una buena perdedora. Voy a intentarlo. La próxima vez seré mejor actriz, lo prometo.

Los hombres estaban fascinados por esta famosa actriz de cine. Habían comprobado de cerca que su cara era pura inocencia infantil detrás de la gruesa máscara de maquillaje teatral. Ese maquillaje es ideal para las fotografías, pero chocante a simple vista. Observaron la actitud patética con que apretaba en sus manos el sobre decorado con corazones, como si un mensaje de un admirador anónimo, una declaración de amor de un desconocido, pudiese salvarle la vida.

—¡No me miren así, por favor! No soy un bicho raro. No quiero que me recuerden sólo para contar anécdotas sobre mí. Tampoco quiero firmar más documentos legales. Excepto los del fideicomiso de mi madre. Para que siga en Lakewood después de que yo... —hizo una pausa, confundida: ¿qué iba a decir?—, por si me pasa algo inesperado —rió—. O esperado.

Los dos hombres se apresuraron a decirle que no debía hablar así. MARILYN MONROE era una mujer joven que viviría mucho, mucho tiempo.

3

¡Qué extraño! *Ojalá tuviese a quién contárselo.* ¡Rollo Freund, el representante de prensa / asesor de imagen contratado por La Productora para supervisar a la estrella MARILYN MONROE, era el mismísimo Otto Öse en persona! Regresaba a ella después de más de una década.

Sin embargo, él se negaba a admitir que en el pasado había sido Otto Öse. Rollo Freund decía ser un «nativo de Nueva York» que había emigrado a Los Ángeles a finales de la década de los cincuenta para lanzar una nueva ciencia denominada «asesoría de imagen». En pocos años había tenido tanto éxito que las productoras de cine se disputaban sus servicios. Para las megaestrellas (como MARILYN MONROE) que siempre parecían envueltas en escándalos y publicidad sensacionalista, actrices con posibles inclinaciones autodestructivas, un experto asesor de imagen resultaba imprescindible. Otto Öse, o Rollo Freund, era tan alto y turbador como lo recordaba Norma Jeane, e igual de delgado, con una cara angulosa y picada de viruelas, un párpado izquierdo caído que le daba un aire eternamente irónico y unas

curiosas cicatrices, como producidas por espinas, en la frente. *Su corona de espinas. ¡Él, Judas!* Su pelo otrora negro se había aclarado hasta quedar del color de la lana de acero y cubría su cráneo en forma de una curiosa pelusilla grasienta. Debía de tener cincuenta años, pero más que envejecer, se había calcificado. Sus pequeños y arteros ojos parecían espiarte, acuosos y alerta, desde una imperturbable máscara de yeso. Le habían arreglado maravillosamente bien los dientes, al estilo de Hollywood. *El hombre más feo que he conocido. ¡Pero no ha muerto!*

Rollo Freund conducía un Jaguar verde botella y vestía caros trajes claros, hechos a medida (según presumía él) por «mi sastre de Bond Street, Londres». Esos trajes se ajustaban de tal manera a su esquelético cuerpo que el pobre no tenía más remedio que sentarse muy derecho, en la misma postura que la Actriz Rubia se había visto obligada a adoptar a los siete años, cuando sus vestidos le quedaban pequeños. En el momento en que se lo presentaron, ella era la astuta Norma Jeane y no la miope y distraída Actriz Rubia, de modo que había reconocido de inmediato a Otto Öse, aunque él se había dejado una perilla cana, llevaba gafas de cristal ambarino y montura metálica y uno de sus trajes hechos a medida. Lo miró, estupefacta, y tartamudeó:

—¿No nos conocemos? ¿Otto Öse? Soy Norma Jeane, ¿me recuerdas?

Rollo Freund, como cualquier actor o mentiroso consumado, se tomó este comentario con serenidad. Él jamás permitía que otra persona dominara una situación en la que él estuviera involucrado. Sonrió con cordialidad a la mujer claramente desorientada.

—¿Oz? Me temo que no conozco a ningún «Oz». Creo que me confunde con otro, señorita Monroe.

Norma Jeane rió.

—Eh, Otto, esto es ridículo. Mira que llamarme «señorita Monroe». Me conoces, soy Norma Jeane. Y tú eres el fotógrafo que me sacó fotos para *Stars & Stripes*, el responsable de Miss Sueños Dorados... ¡Sólo me pagaste cincuenta dólares!... Y no has cambiado tanto; te he reconocido enseguida.

Otto Öse, en el papel de Rollo Freund, rió con ganas, como si la Actriz Rubia hubiese dicho una de sus frases ingeniosas.

—Por favor, Otto —dijo ella con tono suplicante—. Tienes que acordarte. En aquel entonces yo era la señora de Bucky Glazer. Era la época de la guerra. Tú me descubriste y cambiaste mi vida.

La destrozaste, cabrón. Pero Otto Öse, o Rollo Freund, como insistía en hacerse llamar, era demasiado artero para dejarse seducir por la Actriz Rubia.

No podía sino admirarlo. ¡Qué personaje!

Corría 1961 y en Hollywood, como en todas partes, ya no era un problema ser judío. La época del miedo a los rojos y el antisemitismo había terminado; el odio hacia los judíos se había desvanecido o vuelto más sutil, ahora quedaba limitado a las restricciones para ser miembro de un club o residente de un barrio, pero ya no había listas negras ni persecución de «comunistas»; los Rosenberg habían sido electrocutados hacía tiempo y su fervor de mártires se había reducido a cenizas; el senador Joe McCarthy, el Atila de la derecha, había muerto y sido arrastrado por los demonios al horrible infierno católico que había pretendido crear para otros en la tierra. Otto, o Rollo, no ocultaba su ascendencia judía; hablaba con un acento judeoneoyorquino que a Norma Jeane, después de convivir cuatro años con un judío de Nueva York, no le sonaba convincente. Sin embargo, cuando estaban a solas, Otto, o el intrépido Rollo, se negaba a admitir que tenían un pasado común.

—Lo entiendo. Otto Öse estaba en la lista negra, y por eso te cambiaste el nombre, ¿no? —dijo Norma Jeane.

El hombre negó con la cabeza, perplejo.

—Me llamo Rollo Freund desde que nací. Si tuviera mi partida de nacimiento encima, se la enseñaría, señorita Monroe.

Él siempre la llamaba «señorita Monroe», aunque pasado un tiempo empezó a llamarla Marilyn. Estos nombres sonaban burlones en sus labios. ¿No la había acusado una vez de venderse como una mercancía? ¿No había predicho para ella una muerte de drogadicta? Había dicho que el cuerpo femenino era ridículo. Detestaba a las mujeres. Sin embargo, la había

iniciado en la obra de Schopenhauer y le había dado a leer *The Daily Worker*. Le había presentado a Cass Chaplin, que durante una temporada la había hecho muy feliz.

—Ay, Otto, quiero decir Rollo. No lo atormentaré. Seré Marilyn.

No podía dejar de admirar al asesor de imagen por su habilidad para organizar la Conferencia de Prensa sobre el Divorcio y por llevarla a cabo, igual que un director de cine, en una casa prestada. No sólo había marcado los movimientos que haría MARILYN MONROE al salir de la casa para enfrentarse con la prensa, sino también los del abogado y los suyos propios. Hasta los guardias de seguridad habían ensayado.

—Debemos evitar a toda costa el tono melodramático. Vestirá de lino negro; he pedido el traje perfecto a guardarropía y con él parecerá una viuda. Debe presentarse ante esos cínicos como una viuda que ha sufrido una pérdida irreparable, en lugar de como una divorciada contenta de librarse de un matrimonio acabado.

Estaban en el despacho de Z cuando Rollo Freund pronunció este discurso. La Actriz Rubia había estado bebiendo vodka y rió con su nueva risa gutural, igual que una campesina de Carolina del Norte a quien le importara una mierda la industria del cine, su belleza o su talento.

—Tú lo has dicho, Rollo. Un matrimonio acabado, muerto. Un muermo de matrimonio con un muermo de tío (aunque amable, decente y «genial»). ¡Socorro!

Entonces la Actriz Rubia inició uno de sus exaltados numeritos cómicos, al estilo de Fred Allen, Groucho Marx o el fallecido W. C. Fields, mientras los espectadores la miraban escandalizados. Rollo Freund y sus acompañantes masculinos rieron con nerviosismo. MARILYN MONROE era casi siempre la única mujer en esas reuniones, si no contaban a las secretarías y «asistentes»; como ella misma había dicho, era «la única vagina practicante», y aunque los hombres tenían miedo de animarla, la miraban sin perder detalle, memorizando las anécdotas; porque ¿era cierto que MARILYN MONROE no usaba ropa interior? (¡lo era!, ¡se veía!), ¿que a veces no se duchaba en varios días? (¡lo era!, ¡uno podía oler su sudor

disimulado con polvos de talco!). Pero los hombres sólo le reían las gracias brevemente.

No convenía animar a la Monroe. Con una histérica, siempre hay un ataque de nervios en puertas. Había que tratarla con guante de seda. No había que olvidar que esa gatita rubia tenía uñas afiladas.

Esa tarde, sentada en el sofá de terciopelo de Z, se inclinó y se enlazó las manos sobre las rodillas cruzadas. Su actitud era la de una colegiala seria o una jovencita ansiosa por conseguir un papel de actriz. Hablaba con sobriedad.

—¿Cuándo he aceptado dar una conferencia de prensa sobre mi divorcio? Puede que un divorcio no sea una tragedia, pero es un asunto triste y privado. He estado casada cuatro años con un hombre y no puedo... —hizo una pausa, pensando. ¿No podía qué? ¿No podía recordar por qué coño se había casado con el Dramaturgo? ¿Un hombre lo bastante mayor para ser su padre, y con el carácter de un viejo lo bastante mayor para ser su abuelo? ¿No un judío jovial y pícaro (como Max Pearlman, a quien ella adoraba), sino un intelectual místico? ¿Un hombre que no era en absoluto su tipo? ¿No podía recordar su nombre?—. No puedo entender en qué me equivoqué; por lo tanto, ¿cómo voy a aprender de la experiencia? Un filósofo francés dice: «Corazón, instinto, principios». ¿No debería dejarme guiar por los míos? En realidad, soy una persona seria. ¿Por qué no cancelamos la conferencia de prensa? Me siento triste y..., no sé, con ganas de escapar.

Z y los demás hombres miraron a la Actriz Rubia como si les hablase en una lengua demoníaca, desconocida. Rollo Freund intervino rápidamente, fingiendo estar de acuerdo con ella.

—¡Experimenta emociones de verdad, señorita Monroe! Por eso es una actriz brillante. Por eso sus admiradores la ven como una imagen ampliada de sí mismos. Se engañan, claro está, pero la felicidad se basa en el engaño. Porque usted vive en su alma como una vela en el acto de consumirse. Usted vive en nuestra alma estadounidense. No sonría, señorita Monroe. Hablo en serio. Quiero decir que usted es una mujer inteligente y no simplemente una mujer «emocional»; es una artista, y como todos los

artistas sabe que la vida no es más que material para su arte. La vida se desvanece, mientras que el arte permanece. Sus emociones, la angustia que le ha causado el divorcio, la muerte del señor Gable, o lo que sea... — abarcando con un ademán impaciente el mundo entero que ella había habitado, incluso imaginado, durante sus treinta y cinco años de vida: el propio recuerdo del Holocausto evocado en ajados libros de segunda mano rescatados en una librería de viejo, vehículos de fortaleza, sufrimiento y elocuencia incluso en el dolor; los rancios olores de los manicomios de California donde había estado confinada su madre; todos los recuerdos de la vida personal de la Actriz Rubia, como si no tuvieran más significado que una película—, debería ver su propia tragedia como un documental, porque otros lo verán así.

—¿Un documental? ¿Qué documental?

—La conferencia de prensa será grabada. No sólo por nosotros, sino también por los medios de comunicación, desde luego. Algunos fragmentos se emitirán muchas veces. Será un documento valiosísimo —al ver que la Actriz Rubia cabeceaba, Rollo Freund continuó con pasión—: Señorita Monroe, bien podría conceder a sus emociones puras un formato definitivo. La vida real no es más que un medio para encontrar un formato.

Norma Jeane estaba demasiado sorprendida para responder. Miró fijamente a su viejo amigo Otto, que nunca había sido su amante y, de hecho, tampoco su amigo. Era lo único que le quedaba de sus días de juventud. Con la voz suave y melodiosa de Marilyn, tan queda que fue casi inaudible, dijo:

—Ay, su razonamiento es tan convincente que no tengo más remedio que darme por vencida.

4

¿Y eso en un sobre decorado como una tarjeta de San Valentín?

Al ver la demudada cara de la Actriz Rubia, Rollo Freund se apresuró a quitárselo de las manos.

—Oh, señorita Monroe. *Lo lamento.*

Era un cuadrado de papel higiénico en el que alguien había escrito cuidadosamente, con lo que parecía excrementos verdaderos:

PUTA

Mi casa. Mi viaje

La escena debe estar bien iluminada. Más allá del escenario, existe una oscuridad ignota.

El manual del actor y la vida del actor

12305 Fifth Helena Drive, Brentwood, California
Día de San Valentín, 1962

Querida madre:

¡Acabo de mudarme a mi propia casa!

La estoy amueblando y soy TAN FELIZ.

Es una casa pequeña de estilo mexicano, encantadora. Aislada y discreta, situada al final de una calle y parcialmente rodeada por un muro. Tiene techos con vigas vistas y un amplio salón (con una chimenea de piedra). La cocina no es muy moderna, pero ya me conoces, ¡no soy precisamente una candidata al premio de Ama de Casa del Año!

La gran sorpresa es que detrás de la casa hay una piscina. Es *muy grande*. Quién hubiera imaginado,

cuando vivíamos en La Hacienda, en Highland Avenue, que algún día tendríamos una casa con piscina en Brentwood.

Ahora estoy divorciada. No me has preguntado por el bebé. Me temo que lo perdí. O tal vez debería decir que me lo quitaron. ~~Creo que fue un accidente~~ No estuve muy bien durante una larga temporada y perdí el contacto con la gente.

Ahora me encuentro MUY BIEN. Espero traerte de visita a casa pronto.

Estoy «retirada» de la vida. Un filósofo francés dice que la mayor infelicidad del ser humano es su incapacidad para permanecer en una habitación pequeña. ¡Yo me paseo por estas habitaciones cantando!

He tenido que pedir \$\$\$ para hacer esta compra, lo confieso. Cuando firmé los papeles, me eché a llorar. Porque me sentía MUY FELIZ. Soy propietaria de mi primera casa.

Ojalá tuviera más \$\$\$ después de tantos años de trabajo. Empecé a hacer películas en 1948 y sólo tengo ahorrados 5.000 dólares. Es una vergüenza, porque otros han hecho mucho más \$\$\$ gracias a Marilyn. La agente inmobiliaria que me vendió la casa se sorprendió de que se lo contara.

¡Claro que no estoy resentida! Yo no soy así.

Madre, no puedo esperar a enseñarte mi sorpresa

especial para ti. ¡Es nuestro piano! El Steinway blanco, ¿recuerdas? El que había pertenecido a Fredric March. Lo dejé en un guardamuebles después de mi primer divorcio y ahora está aquí. En el salón. Procuro tocar un poco cada día, pero he perdido la práctica. Pronto tocaré *Para Elisa* para ti.

Aquí hay una habitación para ti, madre. Esperándote. ~~Creo que ya es hora~~ Me propongo decorar la casa con materiales mexicanos auténticos, incluyendo los azulejos. Pronto viajaré a México con una amiga. ¿Tú serás mi amiga, madre?

Tengo otra noticia, madre. Espero que no te afecte, pero he estado en contacto con padre. ¿Puedes creerlo? ¡Después de tantos años! Yo soy la primera sorprendida. Padre vive cerca de Griffith Park. Todavía no he visto su casa, pero espero hacerlo pronto. Dice que ha seguido mi carrera y que admira mi trabajo, sobre todo en *Vidas rebeldes*; él cree que es mi mejor película (y yo estoy de acuerdo). Padre se ha quedado viudo y dice que va a vender su gran casa. ¡Quién sabe lo que nos deparará el futuro!

A veces me siento como una viuda. Es curioso que no haya una palabra para describir a una madre que ha perdido a su hijo. Por lo menos en inglés. (¿Quizá la haya en latín?) Ésta es una pérdida más grande que un divorcio, desde luego.

En ocasiones tengo la impresión de estar viajando en la máquina del tiempo, ¿tú no? Esa historia aterradora que me leías.

Ay, madre, no quiero criticarte, pero a veces es muy difícil hablar contigo. Por teléfono, quiero decir. No haces ningún esfuerzo por levantar la voz para que pueda oírte. Supongo que ése es el problema, ¿no? El domingo pasado heriste mis sentimientos, ¿dejaste el auricular descolgado y te marchaste? Una enfermera me pidió disculpas. Le dije que no se preocupara, que sólo temía que (1) estuvieses enfadada o (2) te encontraras mal.

Sin embargo, sabes que puedes venir a mi casa y quedarte aquí el tiempo que quieras. La medicación puede ayudar mucho. Yo tengo un médico nuevo que me ha cambiado las medicinas. Me da «hidrato de cloral» para ayudarme a dormir y tranquilizar mis nervios. ~~Si oigo voces~~

El médico dice que ahora hay fármacos milagrosos para combatir la melancolía. Yo le dije, si la melancolía desaparece, ¿qué pasará con la música melancólica? Él me preguntó si la música merecía tanta angustia y yo le contesté que dependía de la música y entonces él me dijo que la vida es más preciosa que la música y que si una persona está deprimida, su vida corre peligro y yo le respondí que debe de haber un punto medio y que yo lo encontraría.

Algún día en esta casa de Helena Drive vivirán tus nietos, madre, te lo prometo. ¡Seremos como los demás estadounidenses! Los de la revista *Life* preguntaron si podían fotografiar a MARILYN MONROE en su nueva casa y yo les respondí: ay,

no, todavía no, aún no siento que sea mía exactamente. ¡Tengo sorpresas para todos!

(¿Quién sabe? Puede que padre venga a vivir con nosotros. Ése es mi deseo secreto. Bueno, «la vida es maravillosa», dicen.)

Madre, soy MUY FELIZ. A veces lloro porque estoy sola y soy tan feliz. Mi corazón puede entender a aquellos que me han herido, y los perdono.

En una baldosa que está junto a la puerta de entrada de mi casa hay una inscripción en latín que dice CURSUM PERFICIO (que significa «Estoy llegando al final de mi viaje»).

Te quiero, madre.

Tu amante hija

El Macarra del Presidente

Estaba claro que era un macarra.

Pero no cualquier macarra. ¡No, él no!

Era un macarra *par excellence*. Un macarra *nonpareil*. Un macarra sui géneris. Un macarra con un buen guardarropa, con estilo. Un macarra con pomposo acento británico. La posteridad lo honraría recordándolo como el Macarra del Presidente.

En marzo de 1962, en Rancho Mirage, Palm Springs, el Presidente le dio un codazo en las costillas y silbó.

—¿Esa rubia es Marilyn Monroe?

Le respondió que sí, era la Monroe, una conocida suya. Despampanante, ¿eh? Aunque algo chalada.

Con aire pensativo, el Presidente preguntó:

—¿Ya he salido con ella?

El Presidente era muy ingenioso. Un bromista. La examinó rápidamente con la mirada. Cuando estaban lejos de la Casa Blanca y de las presiones de su cargo, el Presidente sabía pasar un buen rato.

—Si no lo he hecho, concírtame una cita. *Pronto*.

El Macarra del Presidente rió con inquietud. Él no era el único macarra del Presidente, desde luego, pero tenía razones para pensar que era su macarra favorito. Sin duda era el más informado de todos.

Se apresuró a decirle al apasionado Presidente que una relación con la atractiva rubia era un «riesgo innecesario». Era famosa por...

—¿Quién ha hablado de una relación? Sólo quiero un revolcón en la cabaña. Si hay tiempo, dos.

Intranquilo, en voz baja, consciente de las numerosas miradas de admiración que los seguían mientras caminaban junto a la piscina fumando el cigarro de después de la cena, el Macarra del Presidente lo informó — igual que hubiese hecho el FBI si lo hubieran consultado, pues los archivos de MARILYN MONROE, TAMBIÉN CONOCIDA COMO NORMA JEANE BAKER eran voluminosos— de que la Monroe se había sometido a una docena de abortos, esnifaba cocaína, era adicta a las anfetaminas y los barbitúricos y habían tenido que lavarle el estómago media docena de veces sólo en el hospital Cedars of Lebanon. Era una información del dominio público. Estaba en la prensa amarilla. En Nueva York, la habían ingresado en Bellevue chorreando sangre, con las dos muñecas cortadas; la habían llevado en una camilla, desnuda y delirando. Todo esto había salido en la columna de Winchell. Un par de años antes, en Maine, había perdido un niño, o había intentado hacerse un aborto que había salido mal, y una patrulla de rescate la había sacado del océano Atlántico. Además, alternaba con presuntos comunistas.

¿Lo ve? Un riesgo innecesario.

—La conoces, ¿eh? —el Presidente estaba impresionado.

¿Qué otra cosa podía hacer el Macarra aparte de asentir con gesto grave? Tirándose del cuello de la camisa, al estilo de los actores que quieren demostrar calor y nerviosismo en una película, dos cosas que, de hecho, sentía. El Macarra favorito del Presidente era un pariente político de éste y su esposa le organizaría un escándalo y pondría un nuevo límite en su crédito si se atrevía a presentar al Presidente a un símbolo sexual como Marilyn Monroe, que era una yonqui, una ninfómana, una suicida y una esquizofrénica.

—Pero sólo por referencias, jefe. ¿Quién querría un contacto directo con ella? La Monroe ha tenido relaciones con todos los judíos de Hollywood. Ha subido desde las alcantarillas gracias a que se ha acostado con todo el mundo. Durante años estuvo liada con dos famosos maricones

drogadictos, concediendo sus favores a los amigos ricos de éstos. La Monroe ha inspirado el célebre chiste del chorizo polaco, jefe, ¿lo ha oído?

Pero el Presidente, con su pecosa cara de colegial, más joven y viril que nunca en el momento de nuestra historia, apenas si lo escuchaba. Estaba pendiente de la mujer conocida como Marilyn Monroe, que se paseaba por la terraza con aire de sonámbula, una media sonrisa en los labios y ese gesto tan suyo, o quizá fuera un aura, de extrema fragilidad, una expresión ausente que hacía que los demás mantuvieran las distancias mientras la observaban. *¿Salvo que éste fuera mi sueño y ellos pudieran verlo?* La Actriz Rubia en la terraza bañada por la luz de la luna, contoneándose junto al borde de la destellante piscina, con los ojos cerrados, esbozando con los labios la letra de *All the Way*, de Sinatra. El cabello rubio platino parecía fosforescente. La boca pintada de rojo, una perfecta O de succión. Llevaba el provocativamente corto albornoz de toalla que le había dejado su anfitriona, cuyo nombre muy probablemente habría olvidado, atado a la cintura; parecía desnuda debajo. Sus piernas eran piernas de bailarina, delgadas y con músculos firmes, aunque en la parte superior de los muslos empezaban a despuntar unas fatales estrías blancas. Y su piel era sorprendentemente pálida, como la de un cuerpo embalsamado y sin sangre.

Pero el Presidente fue tras ella con una expresión inconfundible en los ojos. Un estudiante de colegio privado preparándose para una travesura. Con el encanto de un tenaz irlandés de Boston, fanáticamente leal a su familia y sus amigos; enemigo acérrimo de todos los que lo importunaban. En todas las escenas, el Presidente era el protagonista, el único actor que tenía guión; todos los demás improvisaban, y se hundían o salían a flote. El Macarra del Presidente sólo atinó a decir con vehemencia, implorando:

—La Monroe se ha tirado a Sinatra, a Mitchum, a Brando, a Jimmy Hoffa, a Skinny D'Amato, a Mickey Cohen, a Johnny Roselli, a Sukarno, ese cabecilla rojo...

—¿A Sukarno? —ahora sí el Presidente estaba impresionado.

El Macarra comprendió que ya no podría hacer nada. Sucedió a menudo. Lo único que pudo hacer fue menear la cabeza y murmurar, con poco tino, que si el Presidente se liaba con la Monroe, debería tomar

precauciones, pues se había descubierto que esa mujer padecía una enfermedad venérea de las más virulentas cuando había viajado a Washington para follarse al propio McCarthy con el fin de conseguir que borrarán de la lista negra a su ex marido judío y comunista; lo habían publicado en todas las revistas sensacionalistas... El Macarra del Presidente también era un hombre apuesto, de aspecto juvenil a pesar de que sus sienes empezaban a encanecer, con ojos inteligentes aunque llenos de autodesprecio y mejillas regordetas. Su cara parecía cubierta de una salsa blanquecina. En el banquete de Trimalción, habría sido Baco, el Juerguista, con una corona de laurel en la cabeza, sonriendo estúpidamente entre los invitados ebrios, aunque, con franqueza (lo sabía), ya era demasiado mayor para el papel. Una década más tarde tendría los ojos vidriosos y enrojecidos del típico borracho-drogadicto, y un temblor en las manos semejante al de la enfermedad de Parkinson, pero todavía no. ¡Ah, el Macarra favorito del Presidente tenía su orgullo! No se rebajaría a mentir, ni siquiera inducido por el terror que le inspiraba su esposa.

—Con respecto a si ha salido o no con esta mujer, jefe, le diré que no, que yo sepa.

En ese momento, como si le hubiesen hecho una señal, Marilyn Monroe miró con nerviosismo en su dirección. Con un titubeo, como una niña que no sabe si cae bien a la gente o no, sonrió. ¡Qué cara de ángel! Embelesado, el Presidente murmuró al oído del Macarra:

—Concierta una cita, ya te lo he dicho. *Pronto*.

En el código de la Casa Blanca, *pronto* significaba «en menos de una hora».

El Príncipe y la Pobre Doncella

¿Me querrías si lo supieras? El Príncipe le sonrió y dijo...

Dijo que sabía, ¡que sabía lo que significaba ser pobre!, ¡ser angustiosamente pobre y vivir con el constante temor de lo que va a traer el futuro! No por experiencia personal, pues como todo el mundo sabe su familia es rica, pero sus antepasados irlandeses sufrieron la opresión del conquistador inglés. Trabajaban como mulas en el campo, dijo. Nos mataban de hambre. Su voz se quebró. Yo lo estreché con fuerza. Un momento precioso. Hermosa Marilyn, murmuró él. Somos almas gemelas por debajo de la piel.

Su piel salpicada de pecas ásperas, caliente al tacto como si se hubiese quemado al sol. La mía, suave, fina y pálida como la cáscara de un huevo, se amorata fácilmente si un hombre la oprime en el desenfreno de la pasión.

Hematomas lucidos con orgullo, como pétalos de una rosa deshojada.

Es nuestro secreto. Nunca revelaré el nombre de mi amante.

Él dijo que sabía lo que era la soledad. Había crecido solo en medio de una gran familia. ¡Yo lloraba al ver que me entendía! *Me* entendía. Él, con su gran nombre estadounidense. Un miembro de la tribu de los elegidos. Le dije que lo reverenciaba y que jamás le pediría nada después de esta noche, salvo que pensara en mí de vez en cuando. Que pensara en MARILYN con una sonrisa. Yo reverenciaba a su familia, dije. Sí, y a su esposa también, tan hermosa, elegante y refinada. Él rió y dijo con tristeza: «Pero ella es

incapaz de abrir su corazón como tú, Marilyn. No tiene ni tu sentido del humor ni tu calidez, querida Marilyn».

¡Nos enamoramos tan rápidamente!

A veces pasa. Aunque no se diga.

Puede llamarme Norma Jeane, le dije.

Pero tú para mí eres MARILYN, respondió.

Oh, ¿conoce a MARILYN?, pregunté.

Y él dijo que hacía mucho tiempo que deseaba conocer a MARILYN.

Abrazados en el suelo de la caseta de baño, sobre las toallas de playa y los albornoces que olían a humedad y a cloro. Riendo como niños traviesos. Él había llevado una botella de whisky escocés. Y a pocos metros de allí, junto al hermoso invernadero y la piscina, se celebraba una fiesta. ¡Yo me sentía tan feliz! A pesar de que unos minutos antes estaba triste, arrepentida de haberme dejado convencer para asistir a esa fiesta de fin de semana y de no haberme quedado en mi casita mexicana de Fifth Helena Drive. Pero ahora estaba contenta, riendo como una cría de cinco años. *Es la clase de hombre que hace que una mujer se sienta una verdadera mujer. No se parece a ningún otro hombre que haya conocido. Es un personaje de la Historia.* Haciendo el amor con él, mi Príncipe. ¡Qué rápido, apasionado y excitado como un colegial! Aunque la espalda no la tenía fuerte, un problema de cervicales, dijo, algo temporal de lo que yo no tenía que preocuparme, oh, pero usted fue un héroe de guerra, le dije, ¡ay, Dios, cómo lo venero! Mi Príncipe. Bebimos; él me ponía el gollete de la botella en la boca para que bebiera, y aunque yo sabía que no debía hacerlo porque el alcohol no iba bien con mi medicación, no podía resistirme, como tampoco podía resistirme a sus besos; qué mujer habría podido resistirse a este hombre, este gran hombre, un héroe de guerra, un personaje de la Historia, un Príncipe. ¡Y a sus manos, que eran las manos de un adolescente apasionado, tan desesperadas! Hicimos el amor otra vez. Y otra. Me volví loca. De hecho sentí algo, un asomo de placer: como la llama de una cerilla, algo rápido y fugaz que desaparece en un instante pero una sabe que ha estado ahí y que puede volver. No sé cuánto tiempo pasamos escondidos en la caseta de baño. Nos presentó el cuñado del Presidente. Marilyn, dijo,

quiero que conozca a un admirador suyo; y entonces yo lo vi, vi a mi Príncipe mirándome y sonriendo, al hombre que todas las mujeres desean y que tiene una expresión de serenidad y frescura porque sabe que todas las mujeres lo adoran, su propio deseo es una llama que las mujeres avivan y consumen, avivan y consumen durante toda una vida. Yo reí; de repente era la Vecina de Arriba. No era Roslyn Tabor, no era una divorciada. No era una viuda. No era una madre dolorida que había perdido a su bebé a causa de una caída por la escalera de un sótano. No era una madre que había matado a su hijo. Hacía tiempo que no era la Vecina de Arriba, pero enfundada en mi albornoz blanco y con las piernas desnudas, volví a ser la Vecina de Arriba sobre el respiradero del metro. (No, no quería que el Príncipe se enterara de mi verdadera edad: casi treinta y seis. Ya no era una jovencita.) Él dio un respingo porque le dolía la espalda. Fingí no darme cuenta, pero me puse encima de él, encajándolo dentro de mí, con la vagina ligeramente dolorida, el útero vacío que este hombre podría llenar con ese pene tan duro y anhelante; fui lo más delicada posible hasta que, cerca del clímax, él me cogió por las caderas y empezó a dar embestidas, gimiendo como si estuviera fuera de control, tanto que me dio miedo que se hiciera daño en la espalda, como me hacía daño a mí en las caderas, mientras yo decía *Sí, sí, así, sí, sí*, aunque por mi cara y entre mis pechos corrían regueros de sudor, y él me mordía los pechos, me mordía los pezones, diciendo *¡Guarra!, ¡coño sucio!, ¡adoro tu sucio coño!*; pronto terminó todo y yo, agitada y dolorida, trataba de reír como reiría naturalmente la Vecina y me oí decir *¡Aaahhh! ¡Creo que me da miedo!*, que es lo que a los hombres les gusta oír; contuve el aliento y dije: si yo fuera Castro, *¡ooohhh!*, le tendría mucho miedo; yo era la Vecina, la rubia idiota diciendo: eh, ¿dónde están esos tipos de la seguridad social que lo siguen a todas partes? (porque de repente me di cuenta de que esos hombres, agentes de paisano, debían de estar muy cerca, vigilando la puerta de la caseta de baño, y entonces sentí una oleada de vergüenza y rogué a Dios que no estuvieran escuchando o, peor aún, mirándonos con algún artilugio, como a veces temía que hicieran incluso en mi casa con las cortinas echadas, porque a pesar de que tenía gruesas cortinas negras grapadas a los marcos

de las ventanas, intuía que me espiaban y que me habían intervenido el teléfono), y él rió y dijo: te refieres al servicio secreto, Marilyn, y los dos nos echamos a reír, una risa de whisky; yo era la chica de Carolina del Norte a quien todo le importa una mierda, riendo con ganas, desde las entrañas, igual que un hombre. Ah, fue estupendo. El momento de tensión se esfumó, como si no hubiera ocurrido nunca, y yo empezaba a olvidar ya las cosas feas que me había dicho él, mi Príncipe, y que pronto olvidaría que había olvidado, porque a la mañana siguiente sólo recordaría los besos, un placer sexual fugaz como la llama de una cerilla y la promesa de un futuro. Eres una mujer muy graciosa, MARILYN, decía mi Príncipe, ya había oído decir que eras ingeniosa, brillante y fan-tás-ti-ca (me estaba lamiendo las tetas, haciéndome cosquillas), y yo respondí: ah, señor Presidente, también escribo mis diálogos, cada línea que digo, ¿sabe? Él respondió: mmmm, sí y tienes las líneas más bonitas de Hollywood, MARILYN. Yo le acaricié el tupido pelo y dije: puede llamarme Norma Jeane, porque así me llaman los que me conocen, y él dijo: voy a llamarte, nena, siempre que tenga oportunidad. ¡*Pronto!*

Yo dije: mi *Pronto*, conque ése es su nombre, ¿eh?

En la caseta de baño había una luz tenue. Olía a humedad. A través de las lamas de la pequeña ventana vi, en una arista en lo alto, la luna del desierto. ¿O era una luz borrosa encima de una palmera, detrás de la piscina? ¡La noche del desierto! Tuve la impresión de que volvía a estar en Nevada, de que era Roslyn Tabor, enamorada de Clark Gable, que moriría pronto, y me sentía llena de culpa por estar casada con un hombre al que no amaba. No estaba borracha, pero no habría podido decir dónde estaba exactamente. Dónde dormiría esa noche ni con quién. ¿O me quedaría sola? ¿Y cómo volvería a casa, a Los Ángeles, la Ciudad de Arena, al 12305 de Fifth Helena Drive, en Brentwood? Porque siempre está presente ese miedo horrible —¿cómo volver a casa?—, incluso cuando una sabe dónde está su casa. El Príncipe se limpiaba rápidamente la entrepierna con una toalla, diciendo que esperaba verme otra vez *pronto*, que se marcharía de Palm Springs a primera hora de la mañana, pero que me llamaría. Yo le pregunté: ¿quiere mi número de teléfono, señor Presidente?, porque no está en la guía,

es secreto. Él rió y respondió: ningún número es secreto, MARILYN, y yo le dije, con la voz cálida y suave de una colegiala, que si él quería, viajaría al este, sus deseos son órdenes, señor Presidente, añadí bromeando, besando su cara ardiente, y a él le gustó, lo noté; me dijo que tendría un billete en primera clase esperándome y que podíamos encontrarnos en un hotel de Manhattan, que también pasaría por California durante la campaña de recaudación de fondos y que su hermana y su cuñado tenían una casa en Malibú. Y yo dije, ay, sí, eso me gustaría. Mejor dicho, me encantaría.

Pero lo que me dijo después mi Príncipe es un secreto y nunca lo revelaré.

Mientras me cogía la cara con las dos manos, ay, espero haber estado bonita y no sudorosa, con el maquillaje corrido y los pelos de punta, que es como me sentía, pero él hablaba con sinceridad, con el corazón, igual que cuando daba sus discursos y todos lo adorábamos; dijo: tú tienes algo que no tiene nadie más, MARILYN, ninguna de las mujeres que conozco. Existes para ser tocada. Para que se te eche el aliento, igual que una llama. ¡Existes para que se te lastime, incluso! Es como si te abrieras al dolor, y no conozco a otra mujer como tú, MARILYN. Ninguna imagen cinematográfica y ninguna fotografía han enseñado tu alma, MARILYN, como yo la he visto esta noche.

Después de un último beso, mi Príncipe desapareció.

El Príncipe saldría de la caseta de baño completamente vestido, y la Pobre Doncella rubia con la que había estado permanecería en su sitio diez minutos más, tal como había sugerido él, pero los guardaespaldas no la esperaron. Sólo la esperó el Macarra del Presidente, a una distancia prudencial, al otro lado de la piscina, y cuando ella salió por fin, con pinta de ida y el albornoz de toalla mal atado, tambaleándose, llevando en la mano los zapatos de tacón, el Macarra del Presidente se acercó, sonrió y con su característica galantería dijo: ¡señorita Monroe! El Presidente desea que conserve esta pequeña muestra de su aprecio. Era una rosa de papel metalizado (el Macarra la había encontrado en una mesa, donde estaba como toque decorativo en una botella de vino, y se la había puesto en la solapa) y pudo verse cómo la mundialmente célebre MARILYN MONROE,

parpadeando con gesto de aturdimiento, cogió la falsa rosa de manos del Macarra del Presidente y sonrió.

—¡Ah! Es preciosa.

Inspiró su fragancia de lata y se sintió feliz.

La Pobre Doncella enamorada

¿Y si el Príncipe no cumplía su promesa de llamarla?

¿Si ella esperaba, esperaba y esperaba, pero él no llamaba? ¿Y en su confusa y complicada vida llamaban otros, durante esas semanas, pero nunca él? Por fin, cuando casi había perdido la esperanza, recibió una llamada de un misterioso individuo (un nombre que no significaba nada para ella, en medio de su nerviosismo) desde (se le dio a entender) la mismísima Casa Blanca. Y pronto, el cuñado del Presidente, que vivía en Malibú, llamó para invitarla a pasar un fin de semana en su casa.

Será una pequeña reunión privada, Marilyn.

Sólo un grupo selecto de personas. Gente discreta.

Con aparente indiferencia, ella preguntó:

—¿Y él... él también estará?

El galante y seductor cuñado del Presidente respondió, también con aparente indiferencia:

—Mmm. Dice que hará todo lo posible.

Marilyn rió, emocionada.

—Ah. Ya sé lo que significa eso.

Sé que tiene muchas mujeres. Es un hombre de mundo.

Yo también soy una mujer de mundo. ¡Ya no soy una niña!

El fin de semana llegó, voló y terminó. Ella sólo recordaría fragmentos, como en un popurrí cinematográfico. *¿Esto me está pasando a mí? ¿Ésta*

soy yo? ¿O lo era?

A diferencia de en las películas, aquí las tomas no se repetían. Sólo tenías una oportunidad.

Esos momentos vertiginosos en los que sonaba el teléfono de su línea privada y el misterioso (desde Washington) preguntaba si estaría en casa para recibir una llamada a las 22.25 de esa noche. Ella se sentía tan débil que tenía que sentarse, pero reía y decía:

—¿Si es-estaré en casa? Mmm —era la Vecina de Arriba, ingenua y graciosa. La simpática, dulce e ingeniosa Vecina de Arriba que escribía sus propios diálogos—. ¿Cómo puedo saberlo antes de las veintidós y veinticinco?

Un murmullo de perplejidad al otro lado. (¿O se lo imaginaba?)

Así que esperaba y esperaba. Pero no era una espera agotadora y humillante, sino una espera emocionante. La clase de espera que te da motivos para ser feliz, para sonreír, cantar y bailar el día entero. Y finalmente llegaban las 22.25, el teléfono sonaba, y ella descolgaba el auricular para decir con entrecortada voz de niña: *¿Diga?*

La voz de él, su Príncipe, inconfundible.

¿Hola? ¿Marilyn? He estado pensando en ti.

¡Yo también he pensado en usted, señor P-Pronto!

Lo hacía reír. Dios, es tan agradable oír la risa de un hombre. El poder de una mujer no reside en el sexo, sino en su capacidad para hacer reír a un hombre.

Si estuviera allí contigo, cariño, ¿sabes qué te estaría haciendo?

Ahhhh. No. ¿Qué?

* * *

A veces el cuñado del Presidente llamaba diciendo que pasaría a verla para tomar una copa en casa de ella, o salir a tomarla fuera o a cenar; tenían que tratar «asuntos confidenciales», decía; pero ella se apresuraba a decir que no. Recordando los ojos de ese hombre en Palm Springs, su mirada desnudándola sin disimulo. En ese momento no le venía bien, decía. El

cuñado del Presidente respondía, con la voz de un hombre para quien las conquistas y los rechazos sexuales tenían aproximadamente el mismo peso emocional: entonces en otro momento, bonita. No es necesario que sea esta noche.

Marilyn había oído que se pasaban las mujeres entre ellos.

Más exactamente, las mujeres pasaban por ellos en orden jerárquico descendente. Primero el Príncipe / Presidente, después sus varios hermanos y cuñados, y finalmente sus amigos.

Pero pensaba *¡Conmigo, no! ¡Él no me haría esto a mí!*

Durante la última llamada, una conversación breve y agitada, él parecía excitado y soñoliento y le había repetido esas palabras mágicas que ella empezaba a preguntarse si las habría imaginado, u oído mucho tiempo antes en una película de la que no recordaba otra cosa. *Tú tienes algo que no tiene nadie más. Ninguna otra mujer. Existes para ser tocada. Igual que una llama. No conozco a otra mujer como tú, Marilyn.*

Ella creyó que podía ser cierto. ¡Ah, creyó que él creía que era cierto! *Es como decir que me quiere. Pero con otras palabras.*

La Pobre Doncella siguió esperando. Era fiel durante su espera.

Le llegó la noticia de que Cass Chaplin estaba hospitalizado en una clínica de desintoxicación de Los Ángeles. Estuvo a punto de telefonar para interesarse por él, pero en el último momento se asustó. *No puedo. No puedo relacionarme con ellos. Ahora no.* Se preguntó si Cass y Eddy G. seguirían siendo tan íntimos.

Dios, echaba de menos a los Dióscuros, sus amantes. Después de dos aburridos matrimonios con sendos heterosexuales decentes.

¡Los hermosos Cass y Eddy G.! Ella había sido su chica, Norma. Había hecho lo que ellos le habían pedido. Tal vez la tuvieran hipnotizada. ¿Y si hubiera seguido a su lado y tenido el hijo de ambos? Quizá todavía tendría una carrera como Marilyn Monroe. Pero había pasado mucho tiempo. Ahora el niño tendría ocho años. *Nuestro hijo. Aunque maldito.* No

recordaba con claridad cómo había muerto el niño, por qué había tenido que morir, por qué Marilyn lo había matado. Unos meses antes había visto una foto de Cass en el *Tatler* y descubierto con horror cuánto había envejecido su ex amante, que ahora tenía bolsas oscuras bajo los ojos y arrugas a los lados de la boca. Su belleza en ruinas. La cámara lo había pillado en un arrebato de cólera, con un puño levantado y la boca fruncida, diciendo una obscenidad.

Pero ahora tengo un amante bueno. Un hombre que sabe lo que valgo. Una auténtica alma gemela.

Ay, aunque todo fuera zalamería irlandesa, y no dudaba de que el noventa y nueve por ciento de lo que le decía lo era, se trataba de la zalamería de su Príncipe y no de la de un drogadicto de Hollywood.

¡Qué extraño! En respuesta a la carta que con tanto afecto le había escrito a Gladys, recibió una nota escrita a máquina, las palabras abigarradas en el centro de una hoja de papel con múltiples pliegues.

No te da vergüenza Norma Jeane, he leído lo de Clark Gable dicen que lo mataste que contribuiste a su «fatal ataque cardíaco»

Aquí hasta las enfermeras están enfadadas. Así fue como me enteré.

Pero algún día, si me invitan a la Casa Blanca, quizá mi madre me acompañe. Eso sería muy importante para ella, como para cualquier madre estadounidense.

Iba al psiquiatra. Iba a un analista. Iba a ver a un «asesor de salud mental» de West Hollywood. Dos veces a la semana la visitaba un terapeuta corporal. Había empezado a asistir a clases de yoga. A veces, durante las interminables noches en que el hidrato de cloral no la ayudaba a dormir más que un par de horas, llamaba a un masajista que vivía en Venice Beach. En su imaginación, el masajista era uno de los surfistas que la habían salvado

de ahogarse hacía mucho tiempo. Un gigante, un culturista. Pero tierno. Al igual que Whitey, Nico la adoraba sin desearla; para él, su cuerpo no era más que arcilla que amasar, atender, a cambio de un pago.

—¿Sabes qué me gustaría, Nico? Me gustaría dejar mi cuerpo contigo. Entonces yo me iría..., ay, no sé dónde..., a algún sitio donde pudiera ser *libre*.

Inspiró su fragancia de lata y se sintió feliz. Al volver desde Palm Springs a su discreta casa mexicana en Fifth Helena Drive (¡qué nombre tan raro para una calle!; le había preguntado a la agente inmobiliaria qué significaba, pero la mujer no lo sabía), había puesto la rosa de papel metalizado en un florero de cristal que a su vez había colocado sobre el piano Steinway, donde la flor brillaba incluso en la oscuridad. La rosa. ¡La rosa de él! Puesto que era de papel metalizado y no de verdad, no se marchitaría ni moriría jamás; la guardaría siempre como un recuerdo del amor de ese gran hombre por ella. *Naturalmente, él nunca dejará a su esposa. Su familia católica, su formación. Yo no espero nada semejante. Es un personaje de la Historia.* El líder indiscutible del mundo libre. Dirigiendo una guerra en Vietnam. (¡Tan cerca de Corea! Donde MARILYN MONROE había hecho su celebrada actuación para las tropas estadounidenses.) A punto de invadir la Cuba comunista. Ah, el Presidente era un enemigo peligroso. Ella estaba orgullosa de él, fascinada por él. Su cara aparecía constantemente en los periódicos y la televisión. El mundo masculino de la historia y la política, el mundo de la lucha incesante. Y había emoción en esa lucha. Qué es la política sino una guerra por otros medios. El objetivo es vencer al adversario. La supervivencia de los más aptos. La selección natural. Para el hombre, el amor es una debilidad. La rubia Marilyn quería explicarle a su *Pronto* que *eh, ella lo entendía*.

Fue la rosa de papel metalizado la que la condujo hasta el piano. Sentada ante el teclado en la silenciosa casa con las persianas bajadas para protegerla del implacable sol. Pulsando las teclas con inseguridad y timidez. Como quien teme tocar el piano después de mucho tiempo porque sabe que ha perdido incluso sus modestas dotes. En realidad, nunca había tocado

Para Elisa y nunca lo haría. Pero lo que más temía era que la memoria física de sus dedos evocara en su mente recuerdos de tiempos perdidos, demasiado dolorosos. *¿Madre? ¿Qué era eso que querías de mí y nunca pude darte? ¿En qué te fallé? Me esforcé tanto.* Se preguntó si su infancia habría sido diferente en el caso de que hubiera tocado mejor el piano para el señor Pearce y cantado mejor para la pobre Jess Flynn. Tal vez su desgraciada falta de talento hubiese contribuido a la locura de Gladys Mortensen. O quizá en la mente de Gladys algo se hubiera roto repentinamente.

Sin embargo, Gladys parecía haberla absuelto de su culpa. *Nadie tiene la culpa de haber nacido, ¿no?*

Sin embargo, se sentía optimista. En esta casa, su primera casa en propiedad, empezaría a tocar el piano otra vez. Pronto tomaría clases. En cuanto ordenara un poco su vida.

Esperando a que el Príncipe la llamara. Bueno, ¿por qué no?

Casi sin saber lo que hacía, como un capricho, esa primavera aceptó trabajar en otra película. La Productora la presionaba. Su agente la presionaba. En el momento de su divorcio había hablado con Max Pearlman de la posibilidad de hacer un papel en una obra para el New York Ensemble; no sería *La muchacha del pelo de oro*, pero podría ser *Casa de muñecas*, de Ibsen, o *El tío Vania*, de Chéjov. Sin embargo, para gran decepción de Pearlman, ella no se había comprometido para ninguna fecha. Durante sus conversaciones telefónicas, se había mostrado entusiasmada como una niña, pero después habían pasado las semanas sin que él tuviera noticias de ella o de Holyrod; si él telefoneaba, no le devolvían las llamadas, y finalmente el proyecto había quedado en el aire. *Porque tengo mucho miedo. No me atrevo a presentarme ante el público en un espectáculo en vivo.* En una ocasión, mientras soñaba que trabajaba en una obra de teatro, se había apoderado de ella semejante pánico que se había orinado en la cama.

—Dios mío. Oh, *esto* no.

Recordando el olor a orina del colchón de Gladys en Lakewood.

En su confusión mental, recordaría este episodio como si verdaderamente hubiera sucedido, como si se hubiera hecho pis durante un ensayo en Nueva York.

—Dios mío. Me levanté y mi vestido estaba húmedo, pegado a mis piernas. Aaayyyy.

Esta anécdota de la Vecina de Arriba jamás la contaría en la Casa Blanca.

¡Una cita tan romántica! No en California, sino en Nueva York, donde el Presidente estaba de paso. *En el más estricto secreto, naturalmente,* ella lo entendía.

Sí, pero tenía que trabajar. No se había casado con un hombre rico; lo había hecho por amor. *Cada uno de mis matrimonios fue por amor. Pero no estoy desanimada. ¡Sí, desde luego, volvería a intentarlo!* Tenía que trabajar, y después de *Vidas rebeldes* no estaba en condiciones de ser demasiado exigente con el guión.

—Pero Roslyn Tabor ha sido mi mejor interpretación, ¿no? —protestó ante su agente—. Todo el mundo lo dijo.

Rin-Tin-Tin rió de una manera que quizá habría sonado jovial para quien no conociera Hollywood y respondió con su voz de agente sensato:

—Sí, Marilyn, todo el mundo lo dijo.

—Pero tú no estás de acuerdo, ¿no? ¿No lo crees?

—¿Qué más da lo que yo crea, querida Marilyn? —replicó él con un tono nuevo, que ella había empezado a oír con más frecuencia desde *Vidas rebeldes*, como si intentara animarla—. Lo que importa es lo que piensen los millones de estadounidenses que hacen cola como ovejas para comprar entradas en las taquillas de los cines. O los que no hacen cola.

Ofendida, ella dijo:

—Pero *Vidas rebeldes* no ha ido tan mal, ¿no? ¿Sabes quién la vio y le encantó? ¡El Presidente de Estados Unidos! ¿Puedes creerlo?

—El Presidente debería haber llevado a sus amigos —replicó Rin-Tin-Tin.

—¿Qué quieres decir? ¡Eh! ¿A qué te refieres?

Entonces el agente se ablandó y respondió con voz casi humana:

—No, no fue tan mal, Marilyn. Si hubiese sido una película sin Marilyn Monroe, habría podido decirse que fue muy bien.

Ella no preguntó «¿qué quieres decir?» porque lo sabía perfectamente. En cambio, se mordió el pulgar y, con la cara acalorada como si la hubieran abofeteado, dijo:

—Entonces no importa, ¿verdad? Yo sé actuar y la gente lo reconoce. Pero eso no importa. Durante años, la gente se ha burlado de Marilyn Monroe porque era sólo un símbolo sexual, una rubia tonta que no sabía actuar, y ahora se burlan de ella porque su última película no ha sido un éxito de taquilla. Ahora Marilyn es el veneno de la taquilla, ¿eh?

Alarmado, Rin-Tin-Tin se apresuró a decir:

—Por supuesto que no, Marilyn. No digas esas cosas; alguien podría oírte —estaban hablando por teléfono. Ella, desde su discreta casa mexicana, con las persianas bajadas para protegerse del sol—. Marilyn Monroe no es el veneno de las taquillas —Rin-Tin-Tin hizo una pausa para que ella pudiera oír las vibraciones en la línea.

Todavía no.

Sobre la repisa de la chimenea, en su sombrío salón, había dos estilizadas estatuillas. Una, de la industria del cine francés; otra, de la industria del cine italiano. Habían premiado a MARILYN MONROE por su magnífica interpretación en *El príncipe y la corista*. (Ay, ¿por qué me «honraron» por esa película y no por *Bus Stop*? ¡Maldita sea!) Pero nunca había recibido un premio en Estados Unidos, ni siquiera una nominación al Oscar por *Bus Stop* o *Vidas rebeldes*. Lo que sensatamente esperaba La Productora (como le había explicado Rin-Tin-Tin, o quizá Z) era que Marilyn volviera a trabajar en comedias eróticas, éxitos seguros como *Con faldas y a lo loco* y *La tentación vive arriba*, pues ¿por qué demonios los estadounidenses iban a gastarse el dinero que tanto les costaba ganar en deprimentes melodramas? ¿Películas iguales que sus puñeteras vidas? ¿Qué tenía de malo reír un poco? ¿Y sentir un cosquilleo en la entrepierna? ¿Eh?

Una rubia despampanante, escenas en las que la ropa cae, corrientes de aire que le levantan la falda y dejan las bragas a la vista. En esta fabulosa película nueva, *Something's Got to Give*, habría trajes ceñidos y una rubia alocada nadaría desnuda ante las cámaras. ¡Sería fan-tás-ti-co!

A mí me encanta actuar. De verdad, la interpretación es mi vida. Nunca me siento tan viva ni tan feliz como cuando estoy actuando.

Ay, ¿qué he dicho? Bueno, tú me entiendes.

(Entonces ¿por qué tengo tanto miedo? Ya no tendré miedo.)

De manera que aceptó el papel. ¡Un inmediato comunicado de prensa de La Productora! MARILYN MONROE está encantada de volver a trabajar. Sólo entonces leyó el guión de *Something's Got to Give*, que le llevó hasta la puerta de su casa, en bicicleta, un sudoroso muchacho con bigote. Se sentó a leerlo junto a la piscina (salpicada por la sombra de las palmeras, caparazones de escarabajos, algo que parecía regueros de esperma humano), y una hora después no recordaba ni una sola palabra. Un montón de clichés. Un diálogo idiota. Ni siquiera estaba segura de cuál era su papel. Su nombre cambiaba cada pocas páginas

—Supongo que Marilyn no es más que la gallina de los huevos de oro, ¿no? ¿El señuelo para los inversores?

Hablaba personalmente con Rin-Tin-Tin, un hombre maduro aunque todavía joven, barrigón, con las mejillas flácidas y los ojos entornados igual que los de ella. Él le decía que vamos, lo único que tenía que hacer era aparecer en el plató, repetir las frases que le indicaran y olvidarse de estudiar, volverse loca y hacerles la vida imposible a todos los que la rodeaban.

—Limítate a presentarte y a mostrarte *sexy* y divertida, como la Marilyn de antes. Diviértete un poco, para variar. ¿Qué hay de malo en eso?

Pero ella, indignada, se oyó decir:

—Pues hay cierta mierda que ni siquiera Marilyn está dispuesta a comer.

Y a la mañana siguiente, después de marcar el número de la agencia, se oyó decir:

—Bueno, puede que lo haga. Necesito el dinero, supongo.

Nunca sería demasiado real para ella. La última película con la que se asociaría a MARILYN MONROE.

El Presidente y la Actriz Rubia: la cita

¡La llamaron a la semana siguiente a la Pascua de 1962!

«¿Dudaba de él? No.»

Por favor, vista discretamente, señorita Monroe, le habían dicho. Una voz masculina sin identificar, por teléfono. Había habido una serie de mensajes telefónicos, algunos bastante directos y otros, en clave. Ella intuía que se estaba embarcando en *la más emocionante y significativa aventura de mi vida de mujer*. De modo que se había preparado en privado para la experiencia. Ni maquillador profesional, ni un sastre de guardarropía. Se había comprado ropa (a crédito, en Saks, Beverly Hills) en discretos tonos crema y brezo, y aunque acababa de darse un baño de brillo en el pelo rubio platino, lo llevaba parcialmente oculto bajo un elegante casquete. Sólo el pintalabios brillaba, pero ¿no brilla siempre? Era Lorelei Lee, pero sus modales serían comedidos y juiciosos, *dignos de una amiga del Presidente*, habida cuenta de que ese hombre es un aristócrata estadounidense. A pesar de todo, los tipos del servicio secreto asignados para escoltarla la miraron con una reprobación que poco a poco se convertiría en indignación y asco, como si hubiese cuajado.

—¿Acaso esperaban encontrarse con la Madre Teresa?

Era la Vecina de Arriba, la que escribía sus propios diálogos. A veces nadie reía ni reconocía haberla oído.

Los hombres del servicio secreto eran Dick Tracy y cómo se llama..., el hombrecillo casado con Maggie..., ah, sí: Jiggs. Extraños escoltas para

llevar a Marilyn Monroe a una cita secreta en el elegante Hotel C de la Quinta Avenida de Manhattan.

Seramente, se dijo: *Estos hombres han jurado lealtad a muerte al Presidente. Si le dispararan, ellos lo escudarían con sus propios cuerpos.*

Volar desde Los Ángeles a Manhattan en pocas horas es como viajar al futuro. Sin embargo, si llegas varias horas después del día en el que has embarcado, no puedes quitarte la sensación de que has viajado al pasado. ¿Años antes?

Mi vida de Manhattan. Mi vida de casada. ¿Cuándo?

Nunca pensaba en el Dramaturgo, un hombre con el cual había convivido cinco años. Su agente le había enviado una página de *Variety*, una crítica positiva y cualificada de *La muchacha del pelo de oro*. Se había detenido en la frase: «Lo que le falta a este serio montaje es una Magda verdaderamente fascinante. Para que el papel fuera verosímil, se necesitaría...».

En Manhattan los árboles de ginkgo estaban florecidos, y en Park Avenue había hermosos narcisos y tulipanes, ¡pero hacía frío! La Actriz Rubia sintió el golpe, un reproche de su sangre californiana; no había llevado ropa lo bastante abrigada para su romántica visita de un par de días en Manhattan. Allí estaban en una estación diferente. Hasta la luz parecía distinta. Se sentía destemplada, confundida. *Pero la primavera es en abril, ¿no?* Y entonces, descubriendo su error sintáctico: *Quiero decir, en abril es primavera, ¿no?* Estaban en la limusina blindada, que se movía silenciosa hacia el norte por Park Avenue, y el más corpulento de los hombres del servicio secreto, el tipo desabrido con mandíbulas prominentes que le recordaba a Dick Tracy, dijo lacónicamente:

—Estamos en primavera, señorita Monroe.

¿Había hablado en voz alta? No era su intención.

El otro agente del servicio secreto, un hombre bajo y regordete con insulsa cara de patata y vacíos ojos blancos, un calco exacto de Jiggs, se relamió los labios y siguió mirando al frente. Iban vestidos de paisano. Quizá les molestara la misión del día. La Actriz Rubia habría deseado explicarles: «Lo que hay entre el Presidente y yo no es sexual. Tiene poco

que ver con el sexo. Es un encuentro espiritual». El conductor de la limusina debía de ser otro agente del servicio secreto; tenía gesto serio, como los otros dos, y llevaba un sombrero flexible. En el aeropuerto se había limitado a saludar a la señorita Monroe con una pequeña inclinación de cabeza. Tenía un misterioso parecido con un personaje de tebeo llamado Jughead.

¡Dios, a veces da miedo! El mundo está lleno de personajes de tiras cómicas.

El día anterior, un mensajero en bicicleta le había entregado los billetes de avión en primera clase (comprados bajo el nombre falso de «P. Belle», que, según se había enterado a través del cuñado del Presidente, significaba «la Belleza de Pronto»), y durante el vuelo desde la Costa Oeste a la Costa Este tuvo razones para sospechar que el piloto y la tripulación conocían su conexión con la Casa Blanca.

—No sólo que soy Marilyn. Sino que este día es especial. Este vuelo es especial.

En la perversidad de su felicidad, pensó que el avión se estrellaría. Pero no fue así. Hubo turbulencias durante todo el viaje, pero por lo demás fue un vuelo normal. Oh, hay Dom Pérignon, señorita Belle. Especialmente para usted, señorita Belle. Le habían reservado dos asientos para ella sola en la primera fila de la cabina de primera clase. Tratada igual que la realeza. La Pobre Doncella en el papel de la Bella Princesa. Ah, estaba profundamente conmovida. Una azafata designada ex profeso para vigilarla, para asegurarse de que nadie molestara a la Actriz Rubia, que viajaba de incógnito, abstraída en la feliz fantasía de *Una cita. Con él*. Sólo habían hablado tres veces por teléfono desde su primer encuentro, y brevemente. Si no hubiera visto la cara del Presidente en los periódicos y en la televisión (que ahora veía todas las noches), quizá ni siquiera se acordaría de su aspecto, pues a la mortecina luz de la caseta de baño (en la casa de Palm Springs de Bing Crosby, cerca del campo de golf, ¿no?, ¿se habían conocido allí?), habría podido ser cualquier hombre maduro pero juvenil y vigoroso, con una apuesta cara estadounidense y un fuerte apetito sexual. Esa mañana se había medicado con Miltown, Amytal y codeína (una

pastilla, porque le parecía tener una ligera fiebre) en prudentes dosis. Era una etapa de su vida, ella habría jurado que transitoria, en la que la estaban viendo dos, tres o cuatro médicos, y cada uno de ellos, ignorando la existencia de los demás, le proporcionaba recetas. *Sólo para ayudarme a dormir, doctor. Oh, sólo para ayudarme a despertar. Y para calmar mis nervios, que están destrozados.*

No, doctor, por supuesto que no bebo.

Ni como carnes rojas, porque son demasiado pesadas para mi estómago.

En LaGuardia, con piernas temblorosas, fue la primera en desembarcar.

—¿Señorita Belle? Permita que la ayude.

Una azafata la condujo por el largo túnel acoplado al avión hasta la terminal, donde la esperaban dos hombres serios y hoscos vestidos con trajes de fibra sintética y sombreros flexibles. Al verlos la embargó el pánico: *¿Estoy arrestada? ¿Qué me pasará?* Era la Vecina de Arriba, con una sonrisa estúpida en los labios. Le temblaban tanto las manos que estuvo a punto de caérsele el bolso, pero el más corpulento de los hombres del servicio secreto lo cogió. La llamaban «señorita Monroe» y «señora», como si se sintieran humillados por el solo hecho de que los oyera ella, la mujer a su cargo. Ostensiblemente, rehuían mirar su boca pintada de color fucsia y su voluminoso pecho, que a aquellos cabrones sin corazón les parecía ofensivo. *Es pura envidia, ¿no? Envidiáis a vuestro jefe. Porque él es un hombre de verdad, ¿eh?* Pero estaba decidida a ser amable con ellos. Parloteando a la animada y amistosa manera de la Vecina de Arriba, mientras los hombres la guiaban rápidamente por el aeropuerto (atrayendo miradas de asombro de muchos individuos, pero sin amilanarse ante ninguna de ellas) hasta la limusina. El coche era lujoso, negro, brillante y lo bastante amplio para llevar a una docena de personas.

—Ah, espero que sea blindado —rió con nerviosismo. Se acomodó en el aterciopelado asiento posterior, cubriéndose las rodillas con la falda, pura y perfumada agitación femenina, mientras los hombres se sentaban a ambos lados de ella, junto a las ventanillas. Se preguntó si el Presidente les habría

dado instrucciones para que la protegieran también a ella de las balas. ¿Eso iba incluido con la invitación del Presidente?—. Vaya, tantas atenciones me hacen sentirme como una RIP... —volvió a reír con nerviosismo ante el silencio masculino—, quiero decir como una VIP.

Jiggs, el de la cara regordeta, emitió un sonido que habría podido ser una risita. O no. Dick Tracy, de perfil a ella, no dio señales de haberla oído.

Ella pensó: *Estos hombres. Los tres. ¡Llevan armas!*

Bueno, estaba ofendida. Un poco. Porque era evidente que no aprobaban su precioso traje de punto en tonos blanco, beis y brezo de Saks, Beverly Hills; el gran escote, el busto prominente y las marcadas caderas. Sus piernas de bailarina. Las sandalias de piel de cocodrilo con tacones de diez centímetros. Se había pintado las uñas de los pies y de las manos de un elegante color nacarado. El pintalabios fucsia, el cabello superrubio y el inconfundible brillo de Marilyn destellando en su piel artificialmente blanca, igual que un estucado blanco en el calor tropical. Esos hombres la censuraban a ella como mujer, como individuo y como *fenómeno* histórico. Esperaba no hacer ningún movimiento en falso, porque ¿y si sacaban las pistolas y le disparaban?

Aunque tenía casi treinta y seis años y estaba en la cima de la fama, qué incómoda la hacían sentirse los hombres que la miraban sin deseo. *Pero ¿por qué? Con lo mucho que podría amaros.*

Mirando hacia otro lado y con un aire de mojigata satisfacción, Dick Tracy le explicó que el Presidente había tenido que cambiar inesperadamente de planes, de manera que los de ella también cambiarían. Una emergencia requería la presencia del Presidente en la Casa Blanca y viajaría hacia allí esa misma tarde. En consecuencia, no pasaría la noche en Nueva York.

—Su billete de avión, señora —le entregó un sobre—, para que regrese a Los Ángeles esta noche. Tomará un taxi desde el hotel hasta LaGuardia, señora.

A pesar de su confusión, la Actriz Rubia pudo pensar con sorprendente claridad, consolándose: *Mi amante no es un ciudadano corriente, es un personaje histórico.*

—Ah, ya veo —se limitó a murmurar.

No podía disimular que estaba sorprendida, dolida. Decepcionada. Al fin y al cabo, la Vecina de Arriba era un ser humano, ¿no? Pero se negó a darle a Dick Tracy la satisfacción de preguntarle de qué emergencia se trataba y que él le respondiera que eso era información confidencial.

La limusina torció por una calle lateral, en dirección a Central Park. Y ella oyó una voz infantil preguntando:

—Su-supongo que no podrán contarme de qué emergencia se trata, ¿no? ¡Espero que no sea una guerra nuclear! ¡O algún asunto desagradable en la Unión Soviética!

Y como si le hubiera leído el pensamiento, Dick Tracy respondió:

—Lo lamento, señorita Monroe. Eso es información confidencial.

Otro desengaño: la limusina no aparcó delante del célebre Hotel C de la Quinta Avenida; sino junto a una entrada trasera, en una callejuela estrecha situada detrás del gigantesco y conocido edificio. A la Actriz Rubia le dieron una gabardina para que se la pusiera sobre la ropa, una prenda barata de arrugado plástico negro, con una capucha para que ocultara su casquete y su pelo; ella estaba furiosa pero obedeció porque aquello empezaba a ser una familiar escena de película, de un vodevil, y ninguna escena dura más de unos minutos. ¡Ah, qué impaciente estaba por escapar de esos fríos hombres y correr a los brazos de su amante! Acto seguido, Jiggs tuvo el descaro de pasarle un pañuelo de papel y pedirle que por favor se quitara «esa grasa roja» de los labios; pero ella, indignada, se negó.

—Señorita, dentro podrá ponérsela otra vez. Tanta como quiera.

—No lo haré —respondió ella—. Déjenme salir del coche.

Sacó del bolso un par de gafas oscuras que le cubrían media cara.

Jiggs y Dick Tracy conferenciaron entre gruñidos y debieron de llegar a la conclusión de que la Actriz Rubia estaba lo bastante desconocida para recorrer una distancia de unos seis metros, porque quitaron los seguros de la limusina, se apearon con cautela y la escoltaron hasta una entrada trasera, bajo una ráfaga de aire de ventilador con olor a comida rancia, y una vez dentro del edificio subieron en un montacargas hasta el piso dieciséis, donde la puerta se abrió y la obligaron a bajar a toda prisa —«Señorita

Monroe, salga por favor.» Y ella: «Puedo andar sola, gracias, no estoy lisiada»—, tambaleándose ligeramente sobre los tacones de sus sandalias. Eran italianas, los zapatos más caros que había tenido en su vida, con las puntas en forma de V.

Los hombres del servicio secreto llamaron a la puerta de la apropiadamente llamada Suite Presidencial. La Actriz Rubia se sintió incómoda. *¿Acaso soy un trozo de carne, para que me entreguen de esta manera? ¿Como si formara parte del «servicio de habitaciones»?* Pero se había quitado la gabardina negra y se la había entregado a un escolta; la escena cómica había terminado. Otro inexpresivo agente del servicio secreto abrió la puerta y los hizo pasar con una breve inclinación de cabeza y un lacónico «señora» dirigido a la Actriz Rubia. A partir de este momento la escena seguiría un curso zigzagueante, como si la cámara se sacudiera vertiginosamente. La condujeron al cuarto de baño («¿Desea refrescarse un poco, señorita Monroe?») y en el elegante cubículo de mármol y accesorios dorados, ella se retocó el maquillaje, que se había mantenido bastante bien, y se examinó los ojos. Sus grandes, sinceros e inquisitivos ojos de cristal azul, con el blanco todavía descolorido por un millar de capilares rotos que tardaban en sanar, y las blancas patas de gallo que esperaba que su amante no pudiera ver bajo la luz más benévola de la habitación. El Presidente cumpliría cuarenta y cinco años el 29 de mayo de 1962; la Actriz Rubia cumpliría treinta y seis el 1 de junio de 1962; era un poco mayor para él, pero ¿quizá él no lo sabía? ¡Porque Marilyn estaba estupenda! ¡Perfecta en su papel! Perfumada, acicalada, pulcra, con el cuerpo afeitado y el pelo de la cabeza y del pubis recientemente decolorado con una odiosa pasta morada que irritaba su sensible piel, de manera que daba el tipo, era la platina muñeca Marilyn, la amante secreta del Presidente. (Aunque había pasado un mal rato en el avión y vomitado en el minúsculo lavabo, a pesar de que había sido incapaz de comer en las últimas veinticuatro horas. Y después había tenido que reparar los daños, con manos temblorosas, ante un mal iluminado espejo.) Sí, y tenía que admitir que se sentía «tristona» desde que se había enterado de que su cita con el Presidente no duraría una noche entera y un día, como estaba previsto. La Actriz Rubia se tomó una pastilla

de Miltown para los nervios y otra de Benzedrina, que le proporcionaba energía y valor instantáneos. Usó el inodoro y se lavó la entrepierna (en Palm Springs, el lascivo Presidente la había besado ahí tanto como en cualquier otra parte de su cuerpo): no repararía en que en la papelera que estaba junto al inodoro había arrugados trozos de papel higiénico manchados de carmín, de un elegante color ciruela, semejantes a los que ella arrojaba ahora. *No. ¡No los vería!*

—Por aquí, señorita —un agente del servicio secreto a quien no había visto antes, un hombre con los dientes y el andar ligero de Bugs Bunny, la escoltó por un pasillo—. Aquí, señorita.

La Actriz Rubia, agitada, entró en una habitación amplia pero tenuemente iluminada como si entrara en un escenario cuyos límites se perdieran entre las sombras. La estancia era tan grande como el salón de su casa de Brentwood y estaba equipada con muebles que, ante sus inexpertos ojos, parecían auténticas antigüedades francesas. ¡Qué lujo! ¡Qué romántico! Bajo sus pies, una mullida alfombra oriental. Las pesadas cortinas de brocado estaban echadas, bloqueando el paso al punzante sol de Manhattan en abril, igual que las cortinas de su casa estaban grapadas a los marcos para protegerla del más caluroso sol del sur de California. En la habitación había una mezcla de olores: a tabaco, tostada quemada, sábanas sucias, cuerpos. Repantigado en la cama con dosel estaba el Presidente, desnudo, con el teléfono apoyado en el pecho, hablando rápidamente; su Príncipe, tendido entre las sábanas arrugadas y las almohadas aplastadas, con la cara enfurruñada, roja y ¡tan hermosa! ¿Cómo podía cualquier primera dama ser fría con él? Entrando en un escenario en el que sólo había otro actor para interpretar la escena con ella. Las dimensiones del escenario, igual que el número del murmurante público, desconocidas. *¡Entré en la Historia!*

Pero la escena ya había comenzado. Junto al Presidente, en la cama, había una bandeja de plata con platos sucios de yema de huevo seca, cortezas de tostadas quemadas, tazas de café, copas de vino y una botella de borgoña vacía. Un mechón de pelo castaño con hebras de plata caía sobre un ojo del Presidente. Su apuesto cuerpo varonil estaba cubierto por una

fina capa de vello que se volvía más densa en el torso y las piernas; era casi como si llevara un chaleco. Sobre la amplia cama había páginas del *New York Times* y el *Washington Post* y, precariamente apoyada sobre una almohada, una botella de whisky escocés Black & White. Al ver entrar a la Actriz Rubia, una visión en tonos beis con una radiante sonrisa fucsia, el Presidente tragó saliva y, sin dejar de hablar por teléfono, le hizo una seña para que se acercara. En reconocimiento de la belleza de la mujer, su pene flácido tembló entre la mata de pelos crespos, igual que una babosa afable que pronto crecería. ¡Vaya, he allí un recibimiento que valía el peregrinaje de cuatro mil quinientos kilómetros!

—*Pronto*. Hola.

La Actriz Rubia rió con alegría mientras se quitaba el casquete y agitaba su fina melena de platino. ¡Ah, qué escena! Sintió que su nerviosismo y su inquietud se esfumaban. Si había público, era un público invisible; el escenario flotaba en la oscuridad y el espacio iluminado les pertenecía exclusivamente a ella y al Presidente. Lo que más le sorprendió fue el tono de la escena, pues aquél era un encuentro gracioso, informal, relajado, tan lleno de familiaridad erótica que un observador neutral habría pensado que el Presidente y la Actriz Rubia habían tenido muchas citas semejantes, que eran amantes desde hacía muchos años. La Actriz Rubia, que sentía tan poco deseo sexual y habitaba su voluptuoso cuerpo como una niña embutida dentro de un maniquí, miró con fascinación al Presidente. *¡El hombre más atractivo al que he amado! Después de Carlo, supongo*. Se habría inclinado para saludarlo con un beso, pero él tenía la boca pegada al auricular y murmuraba:

—Ajá. Ya. De acuerdo. Mierda.

Le hizo una seña para que se sentara en la cama, ella obedeció y él la rodeó pícaramente con una pierna musculosa y con la mano libre le acarició el pelo, los hombros, los pechos, la bonita curva de las caderas, todo con la expresión de un colegial embelesado. Como si estuviera dolorido, murmuró:

—Marilyn. Tú. Hola.

Y ella respondió, también en un murmullo:

—*Pronto*. Hola.

—Me alegro de verte, preciosa —dijo él con voz grave y baja—. He pasado un día horrible.

Entonces ella, con una vocecita cálida y apasionada que sin duda la primera dama, con su elegante porte, no habría podido imitar, dijo:

—Me lo han contado, cariño. ¿Puedo ayudar?

Con una sonrisa de oreja a oreja, el Presidente le cogió la mano que estaba acariciando su barbilla sin afeitar y se la puso sobre el pene, ahora erecto; un gesto brusco pero no inesperado, pues en Palm Springs ella se había sorprendido de la audacia de ese hombre, aunque la intimidad inmediata resultaba reconfortante, ¿no?; te ahorrabas muchas cosas y a cambio recibías mucho rápidamente. De forma animosa, la Actriz Rubia empezó a acariciar el pene del Presidente como quien acaricia a un animal doméstico mientras su propietario mira con orgullo. Sin embargo, mal que le pesara a ella, el Presidente no colgó el auricular.

La conversación no sólo continuó sino que adquirió un tono más serio y apremiante; al otro lado debía de haberse puesto otra persona, un consejero de la Casa Blanca o un miembro del gabinete (¿Rusk? ¿McNamara?). Al parecer, hablaban de Cuba. ¡De Castro, el sofisticado rival cubano del Presidente! Aunque ignoraba los hechos, la Actriz Rubia sintió la emoción del desafío. Recordó la foto del apuesto revolucionario barbudo que había aparecido en la portada de *Time* la década anterior; en esa época, Castro había sido un héroe en muchos círculos estadounidenses. Naturalmente, su imagen había cambiado por completo y ahora era uno de los enemigos comunistas. Y a sólo ciento cuarenta y cinco kilómetros del territorio de Estados Unidos. El juvenil Presidente y el aún más juvenil Castro eran actores de un drama romántico y heroico; ambos se autodenominaban «hombres del pueblo» y eran arrogantes, presuntuosos, implacables con sus enemigos e idolatrados por sus seguidores, que les perdonarían cualquier cosa. El primero, el Presidente estadounidense, estaba empeñado en defender la «democracia» en el mundo; el segundo, el dictador cubano, propugnaba una forma extrema de democracia política y económica llamada comunismo y que, de hecho, era totalitarismo. Los dos eran

miembros de familias acomodadas, pero se identificaban públicamente con «el pueblo»; uno criticaba con elocuencia los «trapicheos económicos de los republicanos», mientras que el otro dirigía una sangrienta lucha contra el capitalismo, incluyendo el capitalismo estadounidense. La leyenda sobre Castro decía que el intrépido cubano, siempre vestido con uniforme y botas de combate, desdeñaba las medidas de seguridad; a pesar de estar bajo la constante amenaza de ser asesinado, Castro eludía a sus guardaespaldas para mezclarse con las «masas», que lo idolatraban. El Presidente estadounidense habría querido ser igual de valiente, ¡o al menos tener esa imagen! Los dos habían tenido una formación católica y estudiado con los jesuitas, de modo que probablemente les habrían inculcado la idea jesuítica de estar no por encima de la ley de Dios pero sí por encima de la de los hombres, y si Dios no existe, ¿a quién le importa la ley de los hombres?

La apuesta cara del Presidente se puso fea. Maldijo a Castro en unos términos tan fuertes que escandalizó a la Actriz Rubia: ¿debía ella, una ciudadana corriente aunque leal a la democracia, ser testigo de esos comentarios? ¿Acaso los hacía en parte para que lo oyera? La escena rezumaba sexo. La Actriz Rubia había dejado de acariciar el pene del Presidente al darse cuenta de que él estaba distraído y ya no pensaba en ella. *Es Castro. Su rival.* Observó con tristeza los platos sucios, las manchas de carmín color ciruela en la almohada. Empezó a ordenar la cama. *Marilyn era la June Allyson de los símbolos sexuales.* Retiró la bandeja a un lado, evitando mirar las copas. Puso la botella de whisky sobre la mesilla de noche, y sin saber lo que hacía, pues su cabeza bullía a causa de la combinación de Dom Pérignon con los medicamentos, tomó un trago de whisky. ¡Cómo ardió al bajar! Detestaba el sabor. Tosió, escupiendo. Bebió otro trago.

¡Ya eran más de las tres! El Presidente se marcharía pronto, aunque no le habían dicho exactamente cuándo. Pero la conversación continuaba. La Actriz Rubia dedujo que los rusos y los cubanos estaban conspirando.

—Una represalia por lo de Bahía de Cochinos, ¿eh? ¡Ya veremos!

La Actriz Rubia se estremeció, porque el Presidente hablaba de... ¿misiles nucleares?, ¿misiles soviéticos?, ¿en Cuba? Habría querido taparse

los oídos. No quería escuchar, no quería arriesgarse a despertar la ira del Presidente, que, según observó, tenía un genio tan fuerte como el del Ex Deportista y el mismo tipo varonil. La furia lo excitaba sexualmente, de modo que era un placer para él. Notó que la miraba, con el pene moviéndose como una cabeza enfadada.

—Vamos, nena —dijo.

El Presidente la cogió por el pelo. Tiró de ella para besarla con brusquedad mientras sujetaba con destreza el teléfono entre el cuello y el hombro. Una voz masculina hablaba con tono monocorde en el auricular de plástico.

—No seas tímida —murmuró el Presidente.

Igual que en una escena ensayada precipitadamente, la Actriz Rubia lo besó y le acarició el pelo, sabiendo lo que esperaba que hiciera, lo que exigía el guión, pero resistiéndose a hacerlo.

—¿Nena...?

Con suavidad, pero también con la firmeza de un hombre acostumbrado a salirse con la suya, el Presidente cogió a la Actriz Rubia por la nuca y le puso la cabeza en su entrepierna. *No lo haré. No soy una prostituta, soy...* De hecho, era Norma Jeane, confundida y asustada. No recordaba cómo había llegado a ese sitio, quién la había llevado allí. ¿Marilyn? Pero ¿por qué hacía esas cosas Marilyn? ¿Qué pretendía? ¿O era una escena cinematográfica? ¿Una película de porno blando? Había rechazado todas las ofertas, pero quizá era 1948 otra vez y ella estaba sin empleo, despedida por La Productora. Cerró los ojos tratando de imaginar la misma habitación de hotel donde se encontraba, una habitación lujosa, y en la que interpretaba el papel de una famosa actriz rubia que se encuentra con el apuesto y juvenil líder del mundo libre, el Presidente de Estados Unidos, para pasar una velada romántica; la Vecina de Arriba en una inofensiva película de porno blando, sólo una vez, ¿por qué no? Buscó a tientas la botella de whisky y el Presidente cedió, le permitió beber. El abrasador líquido la quemaba, pero también la consolaba.

Cualquier escena (siempre que no pertenezca a la vida real) puede interpretarse. Bien o mal, pero puede interpretarse. Y nunca dura más de

unos minutos.

¡Sin discusiones! Estos amantes no discutirían nunca.

La Actriz Rubia estaba desnuda entre las piernas del hombre. Ahora podía respirar. Había conseguido contener una poderosa oleada de náuseas. Había sentido auténtico terror ante la posibilidad de vomitar, de que le dieran arcadas, pues no había sensación más desagradable que las involuntarias arcadas, ¡precisamente en esa cama! *En los brazos de este hombre.* Se disculpó por toser, pero no podía parar. Tragarse el semen de un hombre es un homenaje a ese hombre, pero ¿hay algo más asqueroso?; sin embargo, si uno ama a ese hombre, ¿no debería amar también su polla, su semen? Le dolían las mandíbulas y la nuca, de donde él la había cogido con tanta fuerza al final, mientras levantaba y bajaba las caderas, que ella había tenido miedo de que le rompiera el cuello. *Guarra. Coño sucio. Ah, nena. Eres fan-tás-ti-ca.* En las películas de porno blando, las secuencias se empalman descuidadamente, a nadie le importa mucho la continuidad o la lógica de la trama, pero en la vida real una escena de sexo puede cambiar de tono con naturalidad, y ahora que la conversación telefónica con la Casa Blanca había terminado, ahora que el auricular estaba colgado, la Actriz Rubia esperaba con emoción que el Presidente le hablara, pero al ver que no lo hacía, que se quedaba jadeando con un brazo sobre su sudorosa frente, se oyó decir a sí misma, desesperada por unas frases, cualquier frase, porque no tenía guión:

—¿Ca-castro? ¿Es un dictador? Pero, *Pronto*, ¿por qué castigar al pueblo cubano? ¿Por qué un embargo? ¿Eso no hará que nos odien todavía más? Entonces...

Estas palabras sorprendentes, pronunciadas en la agitación sísmica de la enorme cama con dosel, se perdieron entre las arrugadas sábanas y almohadas; el Presidente les prestó la misma atención que prestaba a los ruidos de las cañerías en otro punto de la suite o al de la cisterna de un retrete. Después de su violento clímax, el Presidente no había vuelto a tocar a la Actriz Rubia; su pene yacía flácido y vacío en la peluda entrepierna, como una babosa vieja; su cara había adquirido el tono de una triste

madurez; ya no era un niño estadounidense, sino un distinguido patriarca. Pero puesto que ella seguía desnuda, continuaría siendo la Vecina de Arriba.

Trató de hablar otra vez, quizá para disculparse por dar su ignorante opinión, o acaso para reiterarla con la coqueta voz de la Vecina de Arriba, pero de repente se vio en el hueco del ascensor, cayendo. O quizá él estuviera estrangulándola. Una salada mano sobre su boca y un codo contra su cuello. Estaba demasiado débil para protestar. Perdió el conocimiento y despertó después de un rato (calculó que habrían pasado veinte minutos, porque parte de la sustancia viscosa que había sobre las sábanas se había secado) al notar que otro hombre, un desconocido, la estaba montando; un hombre con prisas, como un *jockey* sobre una yegua, un hombre con una camisa blanca que olía a almidón, un hombre desnudo de cintura para abajo, embistiéndola ferozmente, con su pene dentro de ella, en el tajo que había entre sus piernas, en el vacío que dolía, y ella lo empujaba sin fuerzas tratando de murmurar *¡No! ¡Por favor! ¡Esto no es justo!* Ella amaba al Presidente y a nadie más, y ésta era una manera injusta de usar su amor. Un hombre follándola con energía cuando ella no conseguía despertarse (¿probablemente era el Presidente, ya afeitado?), penetrándola con el furioso e inexplicable aire de un hombre que zapatea sobre arena compacta.

Más tarde, alguien intentaba resucitarla. La sacudía. Su cabeza se bamboleaba sobre los hombros. Los ojos inyectados en sangre se quedaron en blanco. Cerca de allí, la voz de su amante llena de furia: *Por el amor de Dios, sacadla de aquí.*

Ahora era aún más tarde. Un bonito reloj dio las cuatro y media en la mesilla de noche. Unas voces hablaban por encima de su cabeza.

—¿Señorita Monroe? Por aquí. ¿Necesita ayuda?

¡No! ¡Maldita sea! Estaba bien. Tambaleándose sobre los pies descalzos y desaliñadamente vestida, aunque estaba bien, un poco mareada, pero se soltó de las manos que querían sujetarla. En el lavabo de mármol con accesorios dorados. En el espejo iluminado por una luz cegadora que le hacía daño en los ojos. Allí estaba su Amiga Mágica, pálida y agotada, con los labios cubiertos por una costra de vómito. Se inclinó para lavarse la cara

y estuvo a punto de desmayarse, pero el agua fría la reanimó y consiguió hacer pis en el inodoro, un pis tan irritante y abrasador que gritó y se oyó un rápido golpe en la puerta —«¿Señorita?»—, pero se apresuró a decir que no, no, estaba bien, no entren, por favor.

Habían quitado la cerradura de esa puerta, ¿por qué?

Junto al lavabo estaban su bolso de mano y el de fin de semana. Con manos temblorosas se quitó la ropa manchada que le habían puesto a la carrera, pensando que la sacarían directamente a la calle, y se puso un vestido de seda morado, el color que la Actriz Morena de Carolina del Norte había usado con tanta elegancia. No se molestaría en ponerse las medias. Debía de haber dejado el ligüero en la habitación. Pero siempre que le dieran sus caras sandalias italianas, le daba igual. Se maquilló rápidamente, se pintó la boca hinchada con el pintalabios fucsia y se puso el casquete para ocultar su despeinada melena. Una chica tan estúpida como Sugar Kane se merece una paliza. Mientras salía de la suite, con Dick Tracy a la izquierda y Bugs Bunny a la derecha, los dos cogiéndola por la parte superior de los brazos, vio a través de una puerta entornada al Presidente — ¡su amante!—, aunque tenía razones para pensar que ya se había marchado del hotel. Llevaba un elegante traje oscuro, camisa blanca y corbata con cuadros plateados; su cara estaba recién afeitada y tenía el pelo húmedo, como si acabara de ducharse. Hablaba y reía con una joven pelirroja vestida con zahones (¿así llamaban a los pantalones de montar?, ¿zahones?). El Presidente y la pelirroja hablaban con el mismo acento pomposo de Boston, y la Actriz Rubia los miró fijamente, con el corazón desbocado. Murmuró «Ah, perdonen», con intención de entrar en la habitación, despedirse del Presidente y conocer a la pelirroja, pero Dick Tracy y Bugs Bunny la arrastraron con tanta brusquedad que ella temió que fuesen a arrancarle los brazos. El Presidente la estaba mirando. Su rostro se puso del color de un filete poco hecho. Caminó a grandes zancadas hasta la puerta y la cerró en su cara.

Ella intentó defenderse de sus captores. Uno de ellos la sacudió y el otro le pegó; le sangraba la boca.

—¡Ay, mi vestido nuevo!

Era Dick Tracy, que ahora tenía una sonrisa en su huesuda cara.

—No está herida, señorita. Es grasa roja que lleva en la boca.

Ella se echó a llorar. Sangraba por entre los dedos. Uno de ellos le entregó, con cara de asco, un rollo de papel higiénico. Andaban rápidamente por un pasillo. Ella sollozaba, amenazaba con contar cómo la habían tratado, se lo contaría al Presidente, y el Presidente los despediría, y entonces apareció Jiggs, cuyos ojos ahora estaban fijos en ella, ya no eran blancos ni sin pupilas, y le advirtió con voz gélida:

—Nadie amenaza al Presidente de Estados Unidos, señorita. Eso es traición.

Despertó cuando el avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Su primer pensamiento fue: *Por lo menos no me dispararon. Por lo menos.*

Las confidencias de Whitey

En el espejo, ¡Whitey lloraba!

—¿Qué pa-pasa, Whitey? —tartamudeó ella.

Muerta de vergüenza, sospechando que lloraba por compasión hacia ella. Su maquillador le tenía lástima.

Era tarde. Una mañana de abril, salvo que fuese ya mayo. En la tercera semana de rodaje. No, debía de ser más adelante, un par de semanas después. Al principio había creído que estaba en su día libre, pero se había dado cuenta de su error cuando el intrépido Whitey llegó a las siete y media de la mañana, como sin duda habían quedado. Nico, el masajista, se había marchado poco antes; una coincidencia, o quizá no fuera una coincidencia, porque los dos eran géminis. Nico también era insomne. Nico por la noche; Whitey de madrugada. Nunca necesitó decirles *No contéis mis secretos, ¿eh?* Ellos no sólo la conocían desnuda; conocían su alma.

Ahora Whitey lloraba, ¿por qué?

Oh, era culpa de ella, ¿verdad? Lo sabía.

¡Era tarde! Siempre era tarde. Supo sin mirar el reloj que era tarde. Aunque las cortinas estaban echadas, tétricamente grapadas a los marcos de las ventanas, impidiendo el paso del menor haz de luz. Gritaría de dolor si, tras aproximarse ligeramente al sueño, tenía que soportar el más delgado rayo de sol en su dormitorio, perforándole los párpados como agujas y devolviéndola a su agitada vigilia. Nico tropezaba en la oscuridad, de buen humor a pesar de su torpeza; Whitey, cuya entrada significaba el final de la

noche, estaba obligado a encender la lámpara de bajo voltaje situada sobre la mesita de noche, su ama le había dado permiso para hacerlo. En las peores mañanas, Whitey se sentaba en la cama con su equipo y empezaba los preliminares (limpieza profunda, tonificación e hidratación) mientras ella permanecía tendida boca arriba, flotando en una nube onírica. Pero ésta no era una mala mañana, ¿no?

Sin embargo, Whitey lloraba. Aunque estoicamente, como lloran los hombres, procurando no gemir ni hacer muecas; sólo lágrimas deslizándose por sus mejillas y delatando su dolor.

—¿Qué pa-pasa, Whitey?

—Señorita Monroe, por favor. No estoy llorando.

—Vamos, Whitey, eso es mentira. Estás llorando.

—No, señorita Monroe, no.

Whitey, el obcecado. Whitey, el intrépido maquillador. No recordaba exactamente cuánto tiempo hacía que había empezado con su trabajo esa mañana, pero debía de hacer al menos dos horas, porque ella había consumido seis tazas de café negro, mezclado con tranquilizantes y unas gotas de ginebra (un hábito que había adquirido en Londres, durante el rodaje de otra película maldita), y Whitey se había bebido un litro de zumo de pomelo sin azúcar (directamente de la botella, al estilo de un borracho, con la nuez moviéndose en el cuello). Whitey, que jamás le preguntaría a su ama: *Señorita Monroe, ¿qué le pasó después del viaje a Nueva York en abril? ¡Ay!, ¿qué le pasó?* Whitey, tan discreto con los asuntos de los demás como con los suyos propios.

Whitey, con sus dedos hábiles y sus bolas de algodón mojadas en tónico astringente. Sus aceites calmantes, rizadores de pestañas, minúsculos cepillos y lápices, pastas, coloretes, y polvos que hacían magia, o casi hacían magia. Esta mañana llevaba horas trabajando y ella era sólo parcialmente MARILYN MONROE en el espejo. En mañanas tan gafes, ella no podía salir de su casa, no se atrevía a abandonar el dormitorio, hasta que aparecía MARILYN MONROE. No exigía una MARILYN MONROE perfecta, pero sí una respetable y reconocible MARILYN MONROE. Una persona de la que nadie pudiera decir con asombro en la calle, en La Productora o en el

estudio de sonido: «Oh, Dios mío, ¿ésa era Marilyn Monroe? ¡No la había reconocido!». La actriz tenía treinta y nueve de fiebre, a causa de un virus que le bullía en la sangre. Tenía la impresión de que su cabeza estaba llena de helio. A pesar de la fuerte medicación, la fiebre continuaba. ¿Quizá tuviera la malaria? ¿Se la habría contagiado el Presidente? (¿O estaría embarazada?) Uno de sus médicos de Brentwood le había dicho que debía ingresar en el hospital porque tenía los glóbulos blancos muy bajos, pero entonces ella había dejado de ir a verlo. Prefería a los psiquiatras, que nunca la examinaban pero le prescribían pastillas: su interpretación de los problemas de la actriz era teórica, freudiana. Lo que equivale a decir mítica, legendaria. *Una persona tan hermosa como usted no tiene motivos para ser desgraciada, señorita Monroe. Y con su talento. Creo que ya lo sabe, ¿no?* Dos días la semana anterior y otros tres seguidos en ésta, Whitey había llamado a La Productora para comunicarle a C, el director, que la señorita Monroe estaba enferma y no podría ir a trabajar; otros días llegaba con horas de retraso, tosiendo, con los ojos rojos y la nariz goteando o, sorprendentemente, como la radiante y maravillosa MARILYN MONROE.

A veces, la sola visión de MARILYN MONROE en el plató hacía que el equipo de producción prorrumpiera en aplausos y ovaciones. Pero en los últimos tiempos reinaba un silencio absoluto.

C, el célebre director de medio pelo, despreciaba y temía a MARILYN MONROE. C se había enrolado en el proyecto sabiendo a la perfección lo que podía pasar, pero necesitaba el trabajo y el dinero. Ella diría, no sin razón, que C la castigaba cambiando constantemente sus escenas, eliminando párrafos enteros del banal y trillado guión de *Something's Got to Give* y ordenando correcciones de la noche a la mañana. Cada vez que MARILYN MONROE estaba preparada para una escena, la recibían con un diálogo nuevo. El nombre de su personaje había sido alternativamente Roxanne, Phyllis, Queenie y de nuevo Roxanne. Con la temblorosa risilla de Marilyn, ella le había dicho a C (cuando todavía se hablaban):

—¡Caray! ¿Sabe a qué se parece mucho esto? A la vida.

Esa mañana, MARILYN sólo asomaba en el espejo brevemente, para retirarse de inmediato como una niña pícara. Aparecía y desaparecía. Su imagen se esbozaba y huía a toda prisa. Vivía en algún lugar de las profundidades de cristal y había que obligarla a salir. Era la Amiga Mágica del Espejo, a quien Norma Jeane había adorado en un tiempo, pero en quien ya no podía confiar. Tampoco el pobre Whitey podía confiar en ella. Ni siquiera Whitey, que era mucho más paciente y difícil de desanimar que Norma Jeane. Porque de repente, mientras le pintaba las pestañas, podía aparecer la artera MARILYN con los ojos azules resplandeciendo de vida; hacía un guiño y se reía de los dos. Pero minutos después, tras un ataque de tos, los ojos de MARILYN desaparecían dejando en su lugar los de Norma Jeane, desolados y llenos de autodesprecio.

—Ay, Whitey, dejémoslo —decía.

El maquillador pasaba esos comentarios por alto, porque los consideraba indignos de ella. Y de él.

Norma Jeane hacía todo lo posible para que su voz no delatara la desesperación que sentía. Era lo menos que podía hacer por Whitey, que la adoraba.

El pobre Whitey había engordado y su piel y su pelo se habían vuelto cenicientos durante los años de difícil servicio a MARILYN MONROE. Su cuerpo afeminado tenía forma de pera y su cabeza, una cabeza apuesta con facciones nobles, se veía desproporcionadamente pequeña sobre los grandes y encorvados hombros. Sus ojos empezaban a parecerse a los de su ama: los ojos de un niño envejecido antes de tiempo. Miembro de la tribu de los enanos de Hollywood, era orgulloso, obcecado y leal. Si alguna vez tropezaba con algo en el atestado suelo de la habitación (lleno de ropa, toallas, platos de papel, recipientes de comida, libros, periódicos, odiosos guiones enviados por el agente de Marilyn, igual que desperdicios arrastrados a la playa después de una tormenta), maldecía en voz baja, como haría cualquier persona normal, pero jamás la reñía, y ella estaba segura de que tampoco la censuraba. (Norma Jeane se había cansado de ir ordenando detrás de Marilyn. ¡Sus desordenados hábitos eran claramente

defectos innatos e incorregibles! La Productora había contratado a una mujer para que limpiara la casa de la señorita Monroe y atendiera a la señorita Monroe, su inversión, pero Norma Jeane le había pedido que no volviera hasta por lo menos una semana después. «Seguirá cobrando, pero necesito estar sola.» Había descubierto a la mujer revisando sus armarios y cajones, leyendo su diario, examinando la rosa de papel metalizado que estaba encima del piano.) Whitey era su amigo, más querido que el nocturno Nico. Le dejaría una sorpresa en su testamento: un porcentaje de las futuras regalías de las películas de la Monroe, si es que en el futuro había regalías.

Sin embargo, Whitey parpadeaba para contener las lágrimas. Verlo así le partía el corazón.

—¿Qué pasa, Whitey? Dímelo, por favor.

—Señorita Monroe, mire al techo, por favor.

El obcecado Whitey, con el entrecejo fruncido, continuó con su trabajo. Delineó los párpados con un lápiz marrón oscuro cruelmente afilado y cubrió las rizadas pestañas con rímel. Su aliento era afrutado y cálido como el de un bebé. Cuando por fin terminó con su laboriosa tarea, se incorporó y desvió la vista del espejo.

—Señorita Monroe, le pido disculpas por mi debilidad. Lo que pasa es que anoche se murió mi gata, Marigold.

—Ay, Whitey, lo siento mucho. ¿Marigold?

—Tenía diecisiete años, señorita Monroe. Sé que era muy vieja para ser una gata, ¡pero nunca lo pareció! Hasta el momento en que murió en mis brazos. Era una hermosa gata manchada con pelo largo y sedoso, una vagabunda que llegó a mi puerta hace todos esos años, huérfana, abandonada y muerta de hambre. Marigold dormía sobre mi pecho casi todas las noches y siempre me hacía compañía cuando yo estaba en casa. Era tan dulce y buena, señorita Monroe. ¡Ronroneaba con tanto entusiasmo! No sé cómo voy a vivir sin ella.

Esta parrafada de Whitey, que rara vez hablaba y sólo lo hacía en voz baja, sorprendió a Norma Jeane. Con su melena platina y su maquillaje de

MARILYN, se sintió avergonzada. Habría querido coger las manos de Whitey, pero éste se había apartado, ocultando su cara llorosa.

—Es que ha muerto tan repentinamente, ¿sabe? Ahora ya no está. No puedo creerlo. Y casi un año después de la muerte de mi madre.

Norma Jeane miró la esquiva cara de Whitey en el espejo. Estaba demasiado atónita para reaccionar. ¿La madre? ¿La madre de Whitey? No se había enterado de la muerte de la madre de Whitey; es más, ni siquiera sabía que Whitey tenía una madre. Norma Jeane se jactaba de conocer y mimar a sus ayudantes. Recordaba la fecha de sus cumpleaños, les hacía regalos y escuchaba sus confidencias. Sus experiencias, que tenían poca o ninguna relevancia en el mundo público, eran mucho más importantes para ella que las suyas propias, cuyo significado se exageraba desproporcionadamente en ese mundo. ¿Cómo reaccionar ante el dolor de Whitey? Era obvio que Marigold acaparaba los pensamientos del maquillador; era ella con quien había dormido y por quien sufría ahora, pero Norma Jeane tenía que mencionar a la madre, ¿no? Qué extraño que Whitey no hubiera dicho nada de la muerte de la mujer en su momento. Ni una palabra. Ni una alusión. Jamás había hablado de su madre con Norma Jeane. Darle las condolencias por las dos pérdidas ahora sería trivializar la muerte de la madre.

Sin embargo, era por Marigold por quien lloraba Whitey.

Por fin, Norma Jeane dijo con ambigüedad:

—Ay, Whitey, lo lamento muchísimo.

Tendría que valer por ambas.

—Esto no volverá a ocurrir, señorita Monroe. Se lo prometo.

Se enjugó las lágrimas y volvió al trabajo. Whitey conseguiría que una radiante y juvenil MARILYN MONROE se presentara en el plató de la condenada *Something's Got to Give*, aunque fuese con varias horas de retraso. Mientras terminaba de empolvarla y acicalarla con habilidad, Norma Jeane pensó angustiosamente: *Pero esto es una novela. Una novela rusa. Un cochero rompe a llorar, ¿su hijo ha muerto y nadie lo escucha? ¡Ay!, ¿por qué no consigo recordar?* Desde que su furioso amante le había cerrado la puerta en la cara, se olvidaba de todo, y eso la aterrorizaba.

Otra historia de Whitey. Un día, Whitey estaba haciendo una limpieza de cutis a su ama en su camerino de La Productora. Le había puesto una mascarilla que olía a barro y aguas estancadas, pero a ella le gustaba ese olor, era un olor que iba bien con Norma Jeane. La sensación de tirantez que producía la mascarilla al secarse también era relajante, hipnótica y reconfortante. Estaba tendida en un diván, cubierta con toallas y con los ojos protegidos por algodones húmedos. Aquel día la habían llevado a La Productora sedada y aturdida. La habían entregado a sus ayudantes como si fuese una inválida, MARILYN MONROE recién salida de la clínica Cedars of Lebanon (¿infección de vejiga, neumonía, agotamiento, anemia?), y ese día en La Productora sólo debía posar para unas fotos publicitarias, nada de hablar ni de actuar, de modo que no había razón para inquietarse, por eso en cuanto Whitey hubo terminado de aplicarle la mascarilla de barro, se tendió en el diván y se durmió como alguien privado de sus perturbadores sentidos, *la niña que ve demasiado y entonces un cuervo le arranca los ojos, la niña que oye demasiado y entonces un gran pez que camina sobre la cola le devora las orejas*, y después de un rato despertó, se sentó, agitada y confundida, se quitó los algodones de los ojos, se vio a sí misma en el espejo —la cara cubierta de barro, los ojos desnudos y desolados— y gritó, y Whitey corrió a su lado, con las manos en el corazón, preguntando qué pasa, señorita Monroe, y la señorita Monroe respondió, riendo:

—¡Dios mío, Whitey! Creí que estaba muerta. Fue sólo un segundo.

Los dos rieron, quién sabe por qué. Entre la multitud de regalos que había en el camerino de MARILYN MONROE, otrora camerino de MARLENE DIETRICH, había una botella de licor de chocolate y cerezas abierta de la que ambos bebieron varios tragos y rieron otra vez, con lágrimas en los ojos, porque una mujer con una mascarilla de barro es una imagen cómica, la boca y los ojos limpios de barro pero perfilados por el barro, y Norma Jeane dijo con su temblorosa voz de MARILYN, que significaba que hablaba en serio, que no pretendía bromear, ni coquetear ni provocar, y no repitas esto, por favor:

—¿Whitey? ¿Me prometes una cosa? Después de que... —titubeando, temiendo decir «muera» o incluso «desaparezca» por consideración hacia Whitey— ¿maquillarás a Marilyn? ¿Por última vez?

—Lo haré, señorita Monroe —respondió Whitey.

«Feliz cumpleaños, señor Presidente»

Soñaba que estaba embarazada del hijo del Presidente, pero pasaba algo malo con el hijo del Presidente, iban a demandarla por homicidio involuntario porque a causa de las drogas que había tomado, el feto que llevaba en el útero estaba deforme, no más grande que un caballito de mar flotando en la líquida oscuridad, y aunque el Presidente era un católico devoto, contrario al aborto y los anticonceptivos, deseaba evitar un escándalo nacional, de modo que iban a extirparle quirúrgicamente el feto deforme. *Eh, sé muy bien que éste es un sueño ridículo*, despertaba cada media hora temblando y transpirando, con el corazón desbocado porque temía que uno de ellos (Dick Tracy, Jiggs, Bugs Bunny, el Francotirador) hubiera entrado sigilosamente en su casa para dormirla con cloroformo (como habían hecho en el Hotel C, antes de llevarla en estado comatoso y cubierta con la arrugada gabardina negra al avión que la trasladaría a Los Ángeles), de modo que había marcado con desesperación el número de Carlo inducida por un terror nocturno demasiado banal para ponerle nombre, pero más tarde ese mismo día, cuando estaba ya totalmente despierta y consciente de dónde se encontraba, *¡Ésta es la vida real, no un escenario!*, sonó el teléfono y ella levantó el auricular diciendo con la cálida y cordial vocecilla de la Vecina de Arriba «¿Sí? ¿Diga? ¿Quién habla?» (su número no figuraba en la guía y sólo lo tenían las personas queridas o importantes para su carrera), oyendo ruidos en la línea que significaban que la estaban grabando, el equipo de escucha en una furgoneta aparcada a la

vuelta de la esquina o camuflada en el camino particular de una casa del barrio, aunque no tenía ninguna prueba, naturalmente, y no quería exagerar, sabiendo que las drogas exacerbaban la ansiedad, las sospechas, la diarrea, los mareos, las náuseas, los vómitos y los pensamientos y sentimientos paranoicos. *Pero lo que uno imagina puede haber sucedido ya.*

Y más tarde ese día, mientras el ocaso suavizaba los contornos de las cosas, con un apocalíptico cielo de acuarela sobre su cabeza, estaba tendida en una tumbona de plástico junto a la piscina (en la que no nadaría jamás), y al alzar la vista lo vio, no al Presidente sino al cuñado del Presidente, que se parecía tanto al Presidente como si fuesen hermanos, y él le sonrió diciendo:

—Marilyn, volvemos a encontrarnos.

A este cordial y engolado ex actor se lo conocía (según le habían dicho, avergonzándola), con afecto en ciertos círculos y con desprecio en otros, como el Macarra del Presidente. *Es el diablo. Pero yo no creo en el diablo, ¿no?* Estaba especialmente sensible, había estado leyendo *Las tres hermanas*, de Chéjov, imaginando que podría interpretar a Masha; un célebre director de Nueva York la había invitado a trabajar en un montaje que duraría seis semanas y su corazón optimista la animaba: *¿Por qué no? ¡Sé silbar, igual que Masha!*, porque estaba madurando lo suficiente para convertirse en Masha, estaba madurando hacia la tragedia, aunque su corazón pesimista-realista sabía *Fracasarás otra vez, no te arriesgues*. El éxito de MARILYN MONROE tenía un regusto a fracaso en sus labios, un sabor a cenizas mojadas, pero he aquí de súbito un emisario del Presidente «devorando con los ojos» a MARILYN MONROE en biquini negro, leyendo *Obras escogidas* de Chéjov, ¿había algo más gracioso en el mundo?, ¡caray, si hubiera llevado consigo una cámara! Imaginó al Presidente, su compañero de copas y jodiendas, partiéndose el pecho con la anécdota.

Le pidió una copa a MARILYN, ella fue a buscarla (descalza, el trasero bamboleándose en el minúsculo tanga negro y las tetas más asombrosas que había visto en una hembra de *Homo sapiens*), y cuando regresó le dio la sorpresa: MARILYN MONROE estaba invitada para cantar el *Cumpleaños feliz*

al Presidente en una función de gala que se celebraría en Madison Square Garden ese mismo mes, sería una de las funciones benéficas más importantes de la historia y para una causa condenadamente buena, el Partido Demócrata, el partido del pueblo, quince mil invitados pagarían entrada, se recaudaría más de un millón de dólares para las elecciones de noviembre y sólo participarían artistas muy especiales, los grandes talentos de Estados Unidos, los amigos del Presidente, incluida MARILYN MONROE. Ella lo miró fijamente. Sin maquillaje, con su dulce cara bonita y el cabello recogido en coletas, aparentando muchos años menos que sus casi treinta y seis, dijo con timidez:

—Ah, yo creía que ya no le gu-gustaba al Presidente.

El cuñado del Presidente pareció estupefacto.

—¿Que no le gustabas? ¿Hablas en serio, Marilyn? ¿Tú? —al ver que ella seguía mordiéndose la muy mordida uña del pulgar y no respondía, protestó—: Cariño, debes saber que todos estamos locos por ti. Por Marilyn.

Titubeando, como si pensara que aquello podía ser un truco, ella dijo:

—¿De-de veras?

—Desde luego. Hasta la primera dama, la Reina de Hielo, como la llaman cariñosamente. Le encantan tus películas.

—¿En serio? Vaya.

El hombre rió y apuró su whisky con soda, tan mal preparado como lo prepararía una niña, servido en un vaso inapropiado y con el borde desportillado.

—«No ver. No oír.» También es mi lema.

No podía viajar a Nueva York en medio del rodaje de una película, dijo. Estaban a punto de echarla del proyecto, añadió. Ah, lo sentía mucho, sabía que era un honor, uno de esos honores únicos en la vida, pero no podía arriesgarse a que la despidieran y, francamente, no podía permitírselo. No era Elizabeth Taylor, que ganaba un millón de dólares por película; ella tenía suerte si sacaba cien mil y de eso le quedaba una miseria después de pagar los gastos, a sus agentes y Dios sabía a quién más de los que le chupaban la sangre, ay, casi le daba vergüenza decirlo, pero no tenía mucho

dinero. ¿Tal vez él podría explicárselo al Presidente? Esta casa que tanto amaba le estaba costando cara, casi no podía permitírsela. Billetes de avión, gastos de hotel, un vestido nuevo, porque, oh, Dios, tendría que ponerse algo muy especial para la ocasión, ¿no?, y eso costaría miles de dólares, y si iba a Nueva York desobedeciendo las cláusulas de su contrato con La Productora, ellos no pagarían la ropa, desde luego, ni costearían sus gastos, tendría que sacarlo todo de su bolsillo; no, no podía permitírselo, un honor único en la vida, pero no: no podía permitírselo.

Además, sé que me odia. No me respeta. ¿Por qué iba a dejarme explotar por esa gentuza?

El Macarra del Presidente le cogió la mano y se la besó.

—Marilyn. Hasta pronto.

Costaría cinco mil dólares.

Ella no tenía cinco mil dólares, pero (¡se lo habían prometido!) los organizadores de la fiesta de cumpleaños del Presidente pagarían sus gastos, incluido el vestido, de modo que allí estaba, probándoselo, nerviosa y emocionada como cualquier colegiala estadounidense probándose el vestido para el baile de graduación. ¡Y qué vestido! Una tela muy, muy fina, transparente, mágicamente cubierta de centenares —¿miles?— de piedras de estrás, para que MARILYN MONROE brillara, reluciera, pareciera estallar bajo el delirante remolino de luces de Madison Square Garden. Como es natural, debajo del vestido no llevaría nada. Absolutamente nada. MARILYN MONROE garantizada. Se afeitaba el vello corporal a menudo, preparándose para estar lisa como una muñeca. ¡Ah, aquella muñeca de su infancia, vieja, calva y con flácidas piernas de trapo! Aunque MARILYN MONROE no tiene nada flácido; todavía no. La enardecida multitud miraría a esa mujer, a la despampanante muñeca sexual de cuerda del Presidente, a la muñeca inflable con pelo rubio platino, la mirarían e imaginarían lo que no podían ver, ¡*un sombrío coño!*, ¡*un sombrío tajo!*, ¡*una sombría nada* entre los voluptuosos y pálidos muslos!, como si esa sombra fuese la mismísima eucaristía, llena de misterio. Casualmente, el presentador de la fiesta del Presidente era nada más y nada menos que el apuesto cuñado o, para los

íntimos, el Macarra del Presidente, meloso y radiante enfundado en su esmoquin, conduciendo a la bulliciosa multitud a un frenético clímax de ovaciones, gritos, aplausos, silbidos, pataleos y desbordante entusiasmo por MARILYN MONROE, la zorra del Presidente.

Tan borracha que el risueño presentador tuvo que ir a buscarla entre bambalinas, cogerla por las axilas y prácticamente arrastrarla hasta el micrófono. Tan apretada dentro de ese ridículo vestido y con unos zapatos de tacón de aguja tan altos que apenas si podía andar y tenía que dar pasitos de niña. Tan asustada, a pesar de que estaba bebida y encocada hasta las orejas, que apenas si podía enfocar la vista. Qué espectáculo. Qué visión. El público de quince mil demócratas ricos expresó a gritos su aprobación. A no ser que fuera un benevolente desprecio. ¡Mari-lyn! ¡Mari-lyn! Esta mujer increíble fue el gran final de la fiesta de cumpleaños, y mereció la pena esperar. Hasta el Presidente, que había dado cabezadas durante algunos de los homenajes, como los sentidos *gospels* cantados a capela por un coro negro de Alabama, le prestó toda su atención. En el palco presidencial estaba el juvenil Presidente con corbata negra, arrellanado en un sillón con los pies en alto, sobre la barandilla, con un puro (cubano, de la mejor marca) entre los dientes. Y qué dientes tan grandes y blancos. Miraba hacia abajo, a MARILYN, ese espectáculo de cuerpo mamífero y reluciente vestido «transparente». ¿Habría tenido Marilyn tiempo para preguntarse si el Presidente viajaría a Los Ángeles para ayudarla a celebrar su cumpleaños el primero de junio?, una celebración seguramente íntima; no, no era probable que hubiese tenido tiempo de preguntárselo, porque estaba de pie ante el micrófono, atontada y con una sonrisa ausente, lamiéndose los labios pintados de rojo como en un desesperado intento de recordar dónde estaba y qué era aquello, con los ojos vidriosos, tambaleándose sobre sus tacones de aguja, comenzando por fin a cantar, después de una pausa larga hasta la turbación con la voz débil, cálida y sensualmente ronca de MARILYN:

HAP //// py //// birth //// day //// to YOU

Happy //// birth //// dayyy //// to //// YOU

H-hap //// py //// birth //// day //// mis //// ter
PRES //// i //// dent
Hap //// py //// BIRTH //// day //// TOYOU

De alguna manera estas sílabas salieron de sus labios, a pesar de la horrible sequedad de su garganta, el ensordecedor zumbido en sus oídos y el remolino de luces, cuando estaba de pie ante el micrófono, agarrándose a él para no caerse, sin la ayuda del presentador, que aplaudía con entusiasmo y sonreía con lascivia mientras le miraba el trasero embutido en el brillante vestido; algunos aseguran que MARILYN alzó unos ojos llenos de amor hacia el Presidente, despatarrado en su palco como un joven príncipe consentido, aseguran que su sensual e íntima cancioncilla estuvo a todas luces dedicada exclusivamente a él, pero el Presidente estaba de un humor festivo, no de un humor sentimental, flanqueado por sus escandalosos amigos y sus hermanos rivales, aunque había que destacar la ausencia de la primera dama, que detestaba las fiestas bulliciosas como este vulgar festejo para recaudar fondos en Madison Square Garden y prefería la compañía de la flor y nata de la sociedad a esta panda de juerguistas y politiqueros, ¡estos zafios! Mientras el Presidente miraba cómo MARILYN MONROE le cantaba con voz sensual, uno de sus amigotes le dio un codazo en las costillas: *Espero que folle mejor de lo que canta, Presi*, y el ingenioso Presi murmuró, con el puro en los dientes, *No, pero al menos mientras te la tiras no tienes que oírla cantar*, un comentario que arrancó las carcajadas de todos los que estaban en el palco. De hecho, MARILYN MONROE consiguió terminar no uno sino dos precarios estribillos del *Cumpleaños feliz*, bajo la atenta mirada de la multitud, que la observaba como observaría a un equilibrista con un repentino ataque de vértigo sobre la cuerda floja, esperando que cayese, pero ella cantó sin desentonar una sola nota (eso pareció) ni tartamudear, ni perderse, y consiguió que el público se pusiera en pie y la acompañara en el jubiloso final, deseando «feliz cumpleaños» al Presidente. *Esa noche Marilyn estuvo fabulosa una intérprete magnífica quién sino Marilyn tendría las agallas necesarias para presentarse delante*

de quince mil personas sabiendo que no tiene talento, con todo el aspecto de una mujer que se ahoga y sin embargo preciosa con esa palidez suya, un cadáver flotando apenas por debajo de la superficie del agua tan dulce que nos enamoramos de ella otra vez, Marilyn con su extraño y brillante vestido dentro del cual la habían cosido como si fuese una salchicha nos sorprendió a todos, porque casi era capaz de cantar con esa nostálgica voz de fantasma. Y de repente todo terminó. Se quedó mirando con los ojos entornados a esos desconocidos que la adoraban. Que la aplaudían y la vitoreaban. Y el Presidente y sus acompañantes también aplaudían con entusiasmo. ¡Ah, la querían! La respetaban. No había viajado hasta allí, enferma y aterrorizada, en balde. Éste es el día más feliz de mi vida, intentaba explicar, ahora puedo morir feliz, soy tan feliz, ¡ah, gracias!, trataba de explicárselo al público, pero el risueño presentador tiraba de ella, gracias, señorita Monroe, y un ayudante salió de entre bambalinas para llevársela del escenario, la pobre y aturdida mujer apoyada en el brazo de un desconocido. Era evidente que estaba enferma, agotada, había dado todo lo que tenía y daba pena verla, estaba cogida del brazo de un hombre y se habría dejado caer al suelo para dormir allí mismo, pero él le dijo con suavidad: ¿Señorita Monroe? No puede acostarse aquí, y allí estaba ella, respirando hondo, sujetándose al marco de una puerta, luego dejándose caer sobre la pila de un lavabo, sola, luchando contra las náuseas, en su cuarto de baño del 12305 de Fifth Helena Drive, mirando su demacrada cara en el espejo, ¿no había salido de casa?, ¿no había viajado a Nueva York para cantarle el Cumpleaños feliz al Presidente?, sí, pero habían pasado varios días, La Productora la había echado y le pedía una indemnización de un millón de dólares por incumplimiento de contrato (según Variety), pero había tenido su momento de gloria y ahí, colgado en el armario, estaba su fabuloso vestido «transparente» de estrás, un vestido tan hermoso necesita una percha forrada de tela en lugar de una metálica, pero ella no tenía ninguna, o si la tenía, no sabía dónde estaba y, ay, Dios, le dolía ver cuántas piedras se habían caído, y el vestido era tan caro y nunca le pagarían los gastos. ¡Ay, lo sabía!

Entrega en mano, 3 de agosto de 1962

Ahí venía la Muerte, avanzando presurosa a su encuentro, aunque ella no podía saber en qué forma ni cuándo.

Esa noche, después de oír la noticia de la muerte de Cass Chaplin.

Después de colgar el auricular con manos entumecidas, permaneció sentada, inmóvil, durante largo rato, sintiendo un sabor metálico y frío en la boca. *¡Cass ha muerto! Nunca nos despedimos.* Tenía treinta y seis años, igual que ella. Su hermano gemelo. Las notas necrológicas no serían amables con Charlie Chaplin Jr., el hijo de Charlot.

—¿Fue culpa mía? Ha pasado tanto tiempo.

Sentirse culpable a estas alturas sería un lujo. ¡Sentirse viva!

La había llamado Eddy G. Eddy G., que parecía borracho, hostil y fácilmente identificable.

Su primer impulso fue preguntar cómo has conseguido este número, porque es secreto, pero entonces recordó la corrección del Presidente: «Ningún número es secreto». Escuchó en medio de un silencio tenso, sabiendo que Eddy G. sólo la llamaría para comunicarle la muerte de Cass Chaplin, igual que Cass Chaplin sólo la llamaría para comunicarle la muerte de Eddy G.

¡De modo que Cass fue el primero de nosotros! Los Dióscuros.

Siempre había pensado secretamente que Cass era el padre del bebé.

Porque lo había amado más de lo que había sido capaz de amar a Eddy G.

Porque él había entrado en su vida antes de que fuese Marilyn. Cuando era Miss Sueños Dorados y tenía toda la vida por delante.

¿Fue culpa mía? Todos queríamos que el niño muriera.

Cass había muerto, decía Eddy G., a primera hora de esa mañana. Entre las tres y las cinco de la madrugada, según calculaba el forense. En la casa de Topanga Drive donde había estado viviendo y donde Eddy G. lo visitaba de vez en cuando.

Había sido una muerte de «borracho» y no de «yonqui», informó Eddy G.

Norma Jeane tragó saliva. ¡Ay, ella no quería saber eso!

Eddy G. prosiguió con voz temblorosa; uno podía ver al actor trabajando con sus emociones enterradas: la furia, que empezaba despacio, una serenidad engañosa, y finalmente un *crescendo*, las mandíbulas apretadas, la voz enronquecida:

—Estaba boca arriba en la cama, muerto. Había estado bebiendo, sobre todo vodka, y comiendo una cosa pastosa que quizá fueran rollos de primavera con *chop suey*, y empezó a vomitar. Estaba solo y demasiado débil para volverse de lado, de modo que se ahogó con su propio vómito. La típica muerte de un borracho, ¿eh? Lo encontré esta mañana, hacia el mediodía.

Norma Jeane lo escuchaba. Aunque no estaba segura de lo que oía.

Ahora inclinada hacia delante, con un puño metido en la boca.

Con pueril insistencia, Eddy G. decía (como si en realidad hubiese llamado para eso y no para lastimar y trastornar a Norma):

—Cass dejó un recuerdo para ti, Norma. La mayoría de las cosas me las dejó a mí, que siempre fui su amigo y nunca lo abandoné, pero él solía decir «esto será para Norma, algún día». Significaba mucho para él. «Norma siempre ha tenido mi corazón», decía.

—No —murmuró Norma Jeane.

—No ¿qué?

—No lo qui-quiero, Eddy.

—¿Cómo sabes que no lo quieres si aún no te he dicho qué es? —ella no supo qué contestar—. Vale, cariño. Te lo enviaré. Por correo expreso.

Ahí venía la Muerte, avanzando presurosa a su encuentro, y por fin, en la luz mortecina de lo que había sido un día de calor sofocante (lo suponía, pues no había salido ni abierto las cortinas), la Muerte llamó a su puerta y la angustia de la espera terminó, o terminaría pronto. La risueña Muerte, mostrando sus grandes y blancos dientes, secándose la sudorosa frente con la manga, un muchacho hispano alto y desgarrado con una camiseta del Instituto Tecnológico de California.

—¿Señora? Un paquete.

Su fea y herrumbrosa bicicleta le permitiría abrirse paso entre el denso tráfico, y ella sonrió al ver a este extraño que le traía la Muerte sin saber qué le traía. Era un empleado del Servicio de Mensajería de Hollywood y también sonreía, porque seguramente esperaba una generosa propina en una dirección de Brentwood, y ella no quiso decepcionarlo. Cogió de sus manos el ligero paquete, envuelto en papel de regalo con rayas iguales que las de un bastón de caramelo y con un lazo de seda.

M. M., OCUPANTE DEL
12305 FIFTH HELENA DRIVE
BRENTWOOD, CALIFORNIA
EE. UU.
LA TIERRA

Se oyó reír. Firmó como «MM».

El mensajero no preguntó ¿ése es su nombre, señora?, un nombre raro, ¿eh? Era obvio que no había reconocido a «MM».

Vestida con ropa limpia pero sin planchar, descalza y con las uñas de los pies pintadas con laca rosa descascarillada, el pelo enredado y oscuro en las raíces oculto bajo un turbante de toalla. Con las oscuras y grandes gafas cuyos cristales despojaban de color al mundo como un negativo fotográfico.

—Espera. Sólo será un segundo —dijo ella.

Entró a buscar su bolso, pero su cartera no estaba en el bolso, ay, dónde la había puesto, esperaba que no se la hubieran robado igual que la anterior, porque le quitaban tantas cosas, o las perdía, las extraviaba, y todo esto llevando el paquete envuelto en papel de regalo como si no fuese nada del otro mundo, sólo un paquete que había estado esperando y cuyo contenido conocía, mordiéndose el labio superior, empezando a sudar mientras buscaba la puta cartera en el caos de objetos que había en su sombrío salón, una lámpara todavía en su paquete original de celofán en el sofá, tapices mexicanos comprados a principios del verano y aún por colgar, floreros de cerámica decorados en tonos tierra y, ay, ¿dónde estaba la cartera con su carné de conducir del estado de California, las tarjetas de crédito y todo el dinero que le quedaba?, y en el dormitorio, con su punzante aroma medicinal mezclado con perfume, polvos de talco, el olor a podrido del corazón de una manzana que debía de haberse caído debajo de la cama la otra noche, y finalmente en la cocina, donde encontró lo que buscaba, revisó la cara cartera de becerro, regalo de un amigo olvidado, hasta encontrar un billete y corrió a la puerta, pero...

—Oh, lo siento.

El mensajero hispano y su bicicleta grande habían desaparecido.

En la palma de su mano, un billete de veinte dólares.

Era el pequeño tigre de peluche.

Un juguete de niño. El mismo que Eddy G. había robado para el niño.

—Oh, Dios mío.

¡Había pasado tanto tiempo! Al abrir el envoltorio con dedos temblorosos pensó..., no, era una locura, pero pensó que se trataba del tigre que le habían robado en el orfanato; Fleece había dicho que se lo había robado ella, inducida por los celos, pero tal vez (¡tal vez!) le hubiese mentido; entonces pensó que quizá fuera el tigre que había confeccionado para Irina con materiales comprados en un baratillo y por el que Harriet nunca le había dado las gracias; aunque, naturalmente, sabía que tenía que ser el juguete que Eddy G. había robado de un escaparate. Recordaba la tienda con claridad: HENRI'S TOYS. NUESTRA ESPECIALIDAD: JUGUETES

CONFECCIONADOS A MANO. Eddy G. le había dado un susto de muerte al romper la luna del escaparate y robar el tigre que Norma Jeane había dicho que quería para ella y para el bebé.

Ahora, mientras contemplaba el juguete, el corazón le latía con tanta fuerza que su cuerpo entero parecía temblar. ¿Por qué se lo había dejado Cass? Aunque tenía diez años, el tigre parecía nuevo. Ningún niño lo había abrazado ni ensuciado. Cass debía de haberlo guardado en un cajón, su recuerdo de Norma Jeane y el bebé, pero no lo había olvidado.

—Tú también querías que el niño muriera. Sabes que es verdad.

Examinó la tarjeta que había adjuntado Eddy G. A menos que la hubiese escrito Cass, previendo su muerte:

PARA MM EN SU VIDA, TU AFLIGIDO PADRE.

«Todos nos hemos ido al reino de la luz»

El piano fantasma. Era capaz de actuar con rapidez si era preciso. Cuando se estaba acabando el tiempo. Dos o tres llamadas telefónicas y el piano blanco fue trasladado a la clínica Lakewood para que lo pusieran en la sala de visitas por gentileza de GLADYS MORTENSEN. Gladys parecía confundida cuando le explicaron este homenaje, pero en esa etapa de su vida (tenía sesenta y dos años y hacía tiempo que no se peleaba con los demás pacientes ni trataba de escapar o suicidarse; se había convertido en una paciente modelo) estaba dispuesta a dejarse alegrar, o a fingir que se alegraba, igual que una niña que responde con sonrisas a la expectación de los adultos; se negó a sentarse al piano cuando se lo pidieron, pero pulsó las teclas con timidez, tocando unos acordes con la misma actitud cuidadosa y reverente que adoptaba su hija ante el instrumento. Norma Jeane dijo al director y al personal: *Es un piano precioso, he tratado de mantenerlo afinado, ¿no suena maravillosamente bien?*, y le aseguraron que era magnífico y que se lo agradecían mucho. La escena no había sido ensayada, pero salió muy bien. Sorprendentemente bien. El director expresó su gratitud mientras más miembros del personal de los que ella recordaba y varios pacientes amigos de Gladys, sonrientes, lúcidos, miraban a la visitante rubia, a quien ahora llamaban abiertamente señorita Monroe, y a ella le pareció tonto y absurdo recordarles cuál era su verdadero nombre. En la sala de visitas, entre voluminosos muebles, el elegante y pequeño piano resplandecía con aire espectral, como el recuerdo de un piano.

La música es importante para los espíritus sensibles, los espíritus solitarios, ay, la música ha significado tanto para mí, dijo ella, unas frases banales y reconfortantes, y el director le cogió las manos con afecto por segunda o tercera vez, obviamente reacio a dejar marchar todavía a esta visitante célebre.

Pero ella tenía otro compromiso, explicó mientras se despedía de su madre con un beso, y aunque Gladys no respondió con otro beso o un abrazo, sonrió y dejó que su hija la besara y abrazara —*Así se comporta una madre, y yo lo valoro*—, quizá fuera la medicación, pero cuánto más misericordiosos y humanos eran estos potentes tranquilizantes que una lobotomía o el tratamiento de electrochoque, y sobre todo, cuánto mejores que las emociones puras e irracionales, y Norma Jeane prometió volver pronto, la próxima vez para una visita más larga, y se alejó a paso vivo, poniéndose las gafas para que nadie viera sus ojos, pero una de las enfermeras más jóvenes se atrevió a acompañarla al aparcamiento, una rubia de sonrisa nerviosa, parecida a June Haver, demasiado tímida para hablar de Marilyn Monroe, pero diciendo que había estudiado piano durante cinco años y que daría clases a los pacientes. *¡Caray, un piano blanco! Pensaba que sólo existían en las películas,* y Norma Jeane dijo: *Es una reliquia, en un tiempo perteneció a Fredric March,* y la joven enfermera arrugó la cara y preguntó: *¿A quién?*

La chimenea. De manera que él la odiaba, y ella aceptaría su odio igual que en el pasado había aceptado su amor, se había regodeado en su amor y lo había traicionado, y ahora veía la justicia que había en ello, quizá fuese risible, una broma, si sus detractores lo supieran, se burlarían, *Cass Chaplin había estado escribiendo extrañas cartas a Marilyn Monroe haciéndose pasar por el padre de la actriz, y ella se lo había creído; todo esto durante años.* Esas cartas que ella atesoraba, que guardaba en una caja de seguridad para protegerlas del fuego, las inundaciones, los terremotos y los estragos del tiempo; pero sin permitirse mirar por última vez las cartas mecanografiadas y firmadas «Tu afligido padre», las quemó en la chimenea

de piedra del 12305 de Fifth Helena Drive. *La primera y última vez que Marilyn Monroe usaría la chimenea.*

El parque. De hecho, había varios parques en Brentwood, a unos minutos andando de su casa, en West Hollywood y en el centro, porque ella se había hartado de que la reconocieran y la espieran, así como la habían identificado años antes en Washington Square Park, Manhattan, mientras miraba cómo jugaban y reían unos niños y les preguntaba sus nombres, y eso estaba bien antes de Galapagos Cove y la caída en el sótano; pero ahora, después de que la Tierra se moviera sobre su eje, era prudente y cauta y rara vez iba al mismo parque más de una ocasión en diez o quince días. Llegó a reconocer a los niños, pero no los miraba abiertamente. Llevaba un libro, una revista o su diario. Se sentaba cerca de los columpios, de cara a la parte delantera del tobogán, las barras de escalar y los balancines. Sabía que alguien podía estar observándola (no una madre ni una niñera) desde una corta distancia, enfocándola para fotografiarla o filmarla. El Francotirador en su furgoneta o un investigador privado (¿contratado por el Ex Deportista, que todavía estaba enamorado de ella y terriblemente celoso?), y no podía protegerse a menos que se escondiera eternamente en su casa, a lo cual se negaba. Porque los parques, los niños, la atraían. Le gustaba oír sus entusiastas gritos, sus risas, y sus nombres pronunciados por las madres una y otra vez, como se dice que repetimos los nombres de los amantes, tan sólo para oírlos, para oír cómo suenan; si alguien le hablaba espontáneamente, un niño corría cerca de ella o una pelota pasaba rodando por delante de su banco, alzaba la vista y sonreía, aunque se resistía a mirar a los ojos a cualquier adulto, pese a ir disfrazada, por temor a *¡Juraría que esta mañana vi a Marilyn Monroe en el parque, aunque parecía más vieja, delgada y solitaria!* Sin embargo, en las circunstancias apropiadas, si algún niño corría cerca de ella y la madre o la niñera se encontraban a una distancia prudencial, decía: *¡Hola! ¿Cómo te llamas?*, y dejaba que las cosas siguieran su curso si el chico se detenía a responderle, porque algunos niños son amistosos y sociables pero otros, asustadizos como ratones. No le daría el tigre de peluche a ningún niño. No se acercaría a ninguna madre o niñera

para decir: *Perdone, esto pertenecía a una niña que ya ha crecido, ¿le gustaría quedárselo? ¡Está limpio!, ¡impecable! ¡Hecho a mano!* Ni siquiera en un sueño febril diría: *Perdone, esto pertenecía a una niña que ha muerto. ¿Lo quiere? Ay, por favor, ¿querría aceptarlo?* Era demasiado orgullosa y tenía miedo al rechazo. No soportaría que la rechazaran. Por lo tanto trazó otro plan: condujo hasta un parque de Los Ángeles donde había niños blancos, negros e hispanos y dejó el pequeño tigre sobre una mesa del merendero, cerca del cajón de arena donde jugaban los más pequeños, y sin mirar atrás emprendió el viaje de regreso a Brentwood con una sensación de inmenso alivio, capaz de respirar profunda y libremente otra vez, y sonrió al pensar que una niña descubriría el juguete... *¡Mira, mamá!*, y la madre diría: *¿De quién es eso?, debe de pertenecer a alguien*, y la niña respondería: *Yo lo he encontrado, mamá, es mío*, y la madre preguntaría a las personas que estaban por allí *¿Esto es suyo?*, y finalmente la escena se desvanecería, como todas las escenas que suceden en nuestra ausencia.

El Viajero del Tiempo. Era una época de disciplina. Una época que no podría repetir y, en consecuencia, sagrada. Estaba escribiendo un poema y un cuento de hadas en su diario. Hacía tiempo que había llenado su cuaderno de colegiala, el pequeño diario rojo que le había regalado una mujer que la quería; todas las páginas estaban cubiertas por la caligrafía de Norma Jeane y ahora había insertadas algunas hojas sueltas. En una de estas hojas, transcribió escrupulosamente, copiando las desvaídas inscripciones en tinta de una de las primeras páginas: *Así que viajé, deteniéndome una y otra vez en paradas separadas por miles de años o más, atraído por el misterioso destino del mundo, observando con extraña fascinación cómo el Sol se hacía más grande y opaco al oeste del cielo y la vieja Tierra empequeñecía. Por fin, más de treinta millones de años más adelante, la enorme bóveda incandescente del Sol cubría casi la décima parte del cielo... Un horrible frío se apoderó de mí.* Sin embargo, estaba viva.

Cloroformo. Era un sueño y, en consecuencia, no era real. Ella lo sabía. No había pruebas que demostraran lo contrario. No estaba alucinando. El

hidrato de cloral era un sedante seguro. No estaba en uno de esos estados mentales. Había escondido el teléfono como quien esconde la tentación. Dentro de un cajón de la cómoda. Si sonaba, sería como el llanto de un bebé. No sentiría la tentación de atender porque no había nadie con quien quisiera hablar, salvo él, que nunca llamaría. Y ella tenía demasiado orgullo para marcar cierto número que había jurado no marcar jamás. Si a mediados de julio era evidente que había dejado de menstruar, sería por otra razón, y ella estaba obligada a conocer esa razón. Se examinó los pechos: éstos eran / no eran los pechos de una mujer embarazada. Asociaba esos pechos con el olor del océano Atlántico. El recuerdo de Galapagos Cove vívido / remoto como una película vista mucho tiempo antes en un estado de gran lucidez y excitación. Había consultado con uno de sus médicos, que había dicho: tendremos que hacer una revisión ginecológica, señorita Monroe, y una prueba de embarazo, desde luego, y parecía muy serio, pero ella había respondido rápidamente: no, hoy no tengo tiempo. No había vuelto a su consulta. (¡Los médicos y los técnicos de laboratorio le inspiraban pánico! *Algún día me traicionarán. Traicionarán a su paciente. Le contarán los secretos de la Monroe al mundo entero, y los secretos que ignoren se los inventarán.*)

Sabía lo que era la menopausia y se preguntaba, con fría fascinación, ¿ha empezado ya? ¿Tan pronto? Confundiendo su edad (treinta y seis) con la de su madre (sesenta y dos). A primera vista, parecía que un número era el doble del otro, pero no lo era. Sin embargo, las dos habían nacido bajo el signo de Géminis, de modo que había una conexión fatal. Y esa noche fue a verla alguien, acaso más de una persona, aunque ella sólo supo de una, entrando en la casa por la puerta trasera, y ella estaba en la cama, desnuda, debajo de una sola sábana, incapaz de mover los músculos, rígidos y paralizados por un terror animal, sin suficiente aire en los pulmones para gritar, y la sacaron de la casa para llevarla en coche hasta un hospital, donde un cirujano extirpó al hijo del Presidente (con la excusa de que era deforme y no podría sobrevivir), y cuando despertó quince horas después, agotada y expulsando del útero una sangre espesa y salobre que empapaba la sábana y el colchón donde dormía desnuda, con el bajo vientre palpitando de dolor,

su primer pensamiento fue: *Oh, Dios, qué sueño tan horrible*, y el segundo fue: *Es una suerte que fuese un sueño, porque nadie me creería*.

El blanco traje de baño de 1941. «Esa encantadora y estúpida jovencita. Todos la conocíamos, por supuesto. Tenía un traje de baño nuevo, blanco, bonito, de una pieza, con tirantes cruzados en la parte delantera y la espalda descubierta, y ese monumento de mujer tenía una figura espectacular y una melena ondulada que caía sobre su espalda, pero el traje de baño era de una tela barata y cuando se metió en el agua (sucedió en Will Rogers Beach) se volvió casi transparente, se le veía el vello del pubis y los pezones, pero ella no parecía notarlo mientras corría y chillaba entre las olas, y Bucky se puso rojo de furia y debió de decirle algo porque al final la tranquilizó, le ató una toalla a la cintura y la obligó a ponerse una de sus camisas, que le quedaba tan grande que parecía una tienda de campaña inflada por el viento. Se quedó cohibida y no dijo una sola palabra más durante el resto del día. Aunque nunca lo hacíamos en su cara, nos burlábamos mucho de ella, era una especie de chiste entre nosotros; cuando Bucky y su chica, Norma Jeane, no estaban delante, nos reíamos como hienas.

El poema

Río de la noche.

Y yo este ojo, abierto.

En Schwab's. Hacía meses que no tomaba Nembutal. Había estado tomando dosis moderadas de hidrato de cloral, prescrito por dos médicos, y le quedaban por lo menos cincuenta cápsulas en casa. Tenía otra receta para Nembutal, de un médico nuevo, y esa noche la llevó a Schwab's y esperó a que se la prepararan, setenta y cinco cápsulas porque pasaría dos semanas viajando fuera del país, y mientras esperaba se paseó con inquietud por el iluminado *drugstore*, evitando únicamente el puesto de revistas con las morbosas portadas de *Screen World*, *Hollywood Tatler*, *Movie Romance*, *Photoplay*, *Cue*, *Swank*, *Sir!*, *Peek*, *Parade*, etcétera, en cuyas páginas

MARILYN MONROE vivía su vida de tebeo, y la joven cajera recordaría: *Claro, todos conocíamos a Marilyn Monroe. Venía por la noche, muy tarde. Me decía: Schwab's es mi lugar favorito en el mundo, yo empecé mi carrera aquí, adivina cómo, y yo le preguntaba cómo y ella decía: un tipo se fijó en mi culo, ¿qué otra cosa podía ser?, y reía. No era como las demás estrellas, a las que nunca ves porque mandan a los criados. Ella venía personalmente y siempre sola. Sin maquillaje resultaba difícil reconocerla. Era la persona más solitaria que he conocido. Esa noche apareció a eso de las diez y media. Me pagó en efectivo, contando los billetes y las monedas. Se confundió y tuvo que empezar a contar de nuevo. Siempre me sonreía y tenía algo agradable que decir, como si fuésemos amigas de la infancia, y esa noche no fue una excepción.*

El masajista. A medianoche apareció Nico, del que casi se había olvidado, y ella salió a la puerta a recibirlo y se disculpó por no haberlo llamado pero esa noche no lo necesitaría, aunque insistió en pagarle, le dio un montón de billetes que él contaría más tarde para descubrir con asombro que había más de cien dólares, mucho más que la tarifa habitual, y cuando le preguntó si debía volver a la noche siguiente, ella respondió que no, por un tiempo no, y cuando Nico le preguntó por qué no, ella rió diciendo: *¡Ay, Nico! Ya me has dejado el cuerpo perfecto.*

El elixir. Con esos misteriosos polvos y líquidos prepararía un elixir tan delicioso para ella como el Dom Pérignon, e igual de embriagador.

El cuento de hadas.

LA PRINCESA EN LLAMAS

El Príncipe Encantado cogió a la Pobre Doncella de la mano y le ordenó «¡Ven conmigo!».

La Pobre Doncella no pudo sino obedecer, pues estaba encandilada por la belleza del sol rojo

que brillaba sobre las aguas del mundo.

¡Confía en mí!, dijo el Príncipe Encantado,
y ella confió en él.

¡Obedéceme!, dijo el Príncipe Encantado,
y ella lo obedeció.

Adórame, dijo el Príncipe Encantado,
y ella lo adoró.

Sígueme, dijo el Príncipe Encantado,
y lo seguí.

Animosamente, a pesar de mi miedo a las alturas,
subí la alta escalera de 1.001 peldaños,
todos ellos en llamas.

¡Ponte a mi lado!, dijo el Príncipe Encantado,
y yo me puse a su lado,
aunque ahora estaba asustada y
deseaba volver a casa.

En la alta plataforma que se sacudía al viento,
muy por encima de la clamorosa multitud,
el Príncipe Encantado cogió la varita mágica
del Director.

Pero ¿quién eres?, pregunté
y él respondió: soy tu amado.

Me habían bañado en aguas perfumadas,
librándome de las impurezas del cuerpo,
y todos los resquicios de mi ser
estaban escrupulosamente limpios.
Habían decolorado el feo pelo de mi cráneo,

dejándolo fino como la seda,
habían arrancado todos los pelos de mi cuerpo
y el fragante aceite que me cubría me daría el poder
de soportar un dolor insoportable para otros.

Es una pócima mágica, prometió el Director,
extendida sobre la piel se mezclaría con el aceite corporal
para crear una capa de invulnerabilidad semejante a una coraza
y aun así fina como la translúcida membrana de un huevo
y ardería y ardería sin causar dolor.

He aquí el elixir que has de beber, dijo el Director.
Y yo cogí la copa en mi mano, que temblaba,
y alzándome sobre el clamoroso público titubeé,
pero el Príncipe Encantado ordenó: ¡bebe!

Yo temblaba de miedo.
Quise hablar, pero el viento se llevó mis palabras.

Aquí. Junto al borde de la plataforma, dijo el Director.
Te ordeno que bebas el elixir.

Quiero volver atrás, dije.
Pero el viento se llevó mis palabras.

¡Bebe y serás la Bella Princesa!
Bebe y serás inmortal.

Bebí del elixir.
Era amargo y se me atragantó.
Apura el elixir, dijo el Director.
Hasta la última gota.

Así que apuré el elixir,
hasta la última gota.

Ahora te sumergirás, dijo el Director.
Ahora eres la Bella Princesa
e inmortal.

El Director enardeció a la multitud.
Abajo había una cuba con agua para que yo me lanzara.
Abajo, una banda tocaba música de circo.
El público empezaba a impacientarse.

El Director encendió una antorcha.
El Director enardeció a la multitud.
No sentirás dolor, dijo el Director.

Yo estaba hipnotizada por las llamas...
No podía mirar a otra parte.

El Director acercó la antorcha a mi cabeza
y un instante después mi pelo estaba en llamas
y mi cuerpo desnudo se abrasaba.
Levanté los brazos, con la cabeza ardiendo
en columnas de fuego.

Ahora la multitud estaba callada,
una enorme bestia observando.
El dolor que sentía era insoportable.
¡Qué dolor!
Mi pelo en llamas, mi vientre en llamas, mis ojos en llamas,
dejaría atrás mi cuerpo incendiado.

¡Salta!, ordenó el Director. ¡Obedece!

Salté de la plataforma a la cuba con agua.
Era una piedra preciosa ardiente, un cometa cayendo sobre la
tierra.

Era la Princesa en llamas, inmortal.
Me lancé a la oscuridad, a la noche.
Lo último que oí fueron los gritos desquiciados de la multitud.

Corrí por la playa, descalza, con el pelo agitándose al viento.
Era Venice Beach al amanecer, yo estaba sola, la Princesa en llamas había muerto.

Y yo estaba viva.

El Francotirador. Vestido con ropa oscura y la cara cubierta con un pasamontañas, el Francotirador entró por la puerta trasera de la aislada casa de estilo mexicano del 12305 de Fifth Helena Drive. Tenía la llave que le había entregado el informante R. F. El Francotirador cumplía órdenes y esas órdenes tenían que ver con hechos materiales, con pruebas. No era quién para entender. Ni siquiera entendería sus propias acciones. En él no había pasión ni piedad. Planeando, ingrávido, por la casa oscura igual que un ave rapaz en el aire. No vería su reflejo en un espejo. El haz de luz de su pequeña linterna no era más ancho que un lápiz, pero aun así, poderoso y firme. La voluntad del Francotirador era poderosa y firme. *El Mal es el nombre del objetivo. Cuando hablamos del objetivo, nos referimos al Mal.* No sabía si la Agencia lo había enviado a esta misión para proteger al Presidente de la zorra rubia del Presidente, que era una amenaza para él y en consecuencia para la «seguridad nacional», o si esa noche ejecutaría una acción que, una vez hecha pública, dañaría la imagen del Presidente por alternar con la zorra rubia. Porque el Presidente y la Agencia no siempre eran aliados; la Presidencia era un poder efímero y la Agencia, un poder permanente. El Francotirador estaba al tanto de las antiguas conexiones de esta mujer con organizaciones subversivas de Estados Unidos y el extranjero, de su matrimonio con un judío subversivo, de su aventura sexual con el comunista de Indonesia Sukarno (un encuentro en el hotel Beverly Hills en abril de 1956) y de su apoyo público a dictadores comunistas como Castro; sabía, y esto lo hubiese enfurecido de haber sido un hombre

apasionado en lugar de un calculador, que esa individuo había firmado exaltadas peticiones en contra del poder del propio Estado al que él había jurado defender con su vida. Sin embargo, no especularía. Recogería pruebas en un maletín y se las enviaría a sus superiores para que las examinaran y destruyeran. Él, personalmente, no destruiría ninguna prueba. Él no sabría nada de anotaciones comprometedoras en un diario, documentos o materiales que podían usar (o habían usado) para un chantaje. El primero de estos objetos fue una polvorienta rosa de papel metalizado que encontró en un florero en el salón y guardó en su maletín. A continuación, un diario en el cual habían introducido varias hojas sueltas y que estaba sobre una mesa pequeña del comedor, atestada de libros, guiones, periódicos, tazas, copas y platos sucios. Hojeó rápidamente este cuaderno, sabiendo que era una prueba y que debía confiscarse. Palabras distribuidas como «poesía» con una caligrafía insegura e infantil.

Tan alto llegó el pájaro en su vuelo,
que ya no pudo decir «éste es el cielo».

Si el ciego puede ver,
¿qué no podré yo hacer?

Para mi hijo

Contigo,
el mundo vuelve a nacer.
Antes de ti...
nada existía.

¡Un hijo! Eso sonaba peligroso para alguien.

Los japoneses tienen un nombre para mí.
Me llaman Monchan.

Me llaman «preciosa niñita».
Cuando mi alma voló de mi cuerpo.

¡Japoneses! No le sorprendió.

¡Socorro! ¡Socorro!
Socorro, siento que la Vida se acerca

El Francotirador sonrió. Metió una mano en la chaqueta, palpando la pluma de águila real que llevaba junto al corazón. Acto seguido encontró listas de palabras, obviamente en clave y escritas con la misma letra infantil para despistar. «Ofuscar, oblación, contumaz, plañidero, emergente, excoriación, palingenesia / metempsicosis.» El Francotirador introdujo este material en su maletín, para que los expertos lo descifraran, analizaran y destruyeran. Porque toda prueba que entraba en la Agencia se destruía en las gigantescas trituradoras o en los incineradores de la propia Agencia. (¿Sucedería lo mismo con los agentes, algún día serían borrados de los archivos de la Agencia? Ésa no era una pregunta digna de un patriota.)

Lo único que quedaría sería un expediente enigmático en su brevedad y su lenguaje, indescifrable incluso para la mayoría de los agentes. El Francotirador se dirigió ahora al oscuro dormitorio, situado en el fondo de la casa. Allí, la encontró en la cama, aparentemente dormida. Basándose en su ronca e irregular respiración, el Francotirador dedujo que estaba inconsciente. Su informante, R. F., se lo había garantizado: la Actriz Rubia se sumía cada noche en un profundo sopor inducido por las drogas y no era fácil despertarla. Aunque en 1962 el Francotirador era un experto profesional y no un joven bravucón que viajaba en la camioneta de su padre con un fusil del 22 preparado para disparar, seguía sintiendo una punzada de excitación en las proximidades de su presa. Y en especial ante esta presa, la famosa Actriz Rubia. Porque las presas como esta hembra siempre son «inconscientes»: ignorantes e impersonales. *El objetivo nunca es personal. Igual que el Mal nunca es personal.* La zorra del Presidente era una

alcohólica y una drogadicta, de manera que su muerte no sorprendería a nadie en Hollywood y sus alrededores. Sobre su mesilla de noche había un sórdido despliegue de frascos de pastillas, ampollas y un vaso medio lleno de un líquido turbio. Junto a la ventana vibraba y zumbaba un pequeño aparato de aire acondicionado ineficaz para purificar el punzante hedor femenino mezclado con polvos de talco y perfume, toallas y sábanas sucias y un penetrante olor a una sustancia química que hacía llorar los ojos del Francotirador; dio gracias por llevar un pasamontañas de tejido tupido, que le protegía la boca y la nariz de ese aire enrarecido.

El sujeto no ofrecerá resistencia. Las palabras de R. F., confirmadas.

La mujer estaba desnuda, cubierta por una sábana blanca como si ya estuviese en la camilla del forense. La sábana se adhería a su cuerpo febril, marcando el vientre, las caderas y los pechos de una manera a la vez excitante y repugnante. Debajo de la sábana, ¡las piernas lascivamente abiertas, con una rodilla semiflexionada! Uno de sus pechos, el izquierdo, estaba casi al descubierto. El Francotirador habría querido taparlo. El enmarañado cabello platino, semejante al de una muñeca y fantasmagóricamente pálido, era casi invisible sobre la almohada. Su piel también era fantasmagóricamente pálida. El Francotirador había visto muchas veces a esta mujer y siempre le había sorprendido la blancura y la antinatural suavidad de esa piel. Y lo que el mundo, con su cobarde servilismo, llamaba «belleza». También los grandes pájaros del cielo, las águilas reales y los halcones peregrinos eran hermosos en vuelo y sin embargo podían reducirse a simple carne para después colgar sus cadáveres de unos postes. *Ahora sabes lo que eres. Ahora ves el poder del Francotirador.* Los párpados de la mujer temblaron como si hubiese oído sus pensamientos, pero el Francotirador no tuvo miedo; en semejante estado, «el sujeto» podía abrir los ojos y sin embargo no ver nada, perdida en sus sueños y ajena a todo lo que la rodeaba. Su boca estaba flácida como un tajo cortado en la cara, y los músculos de sus mejillas se movían espasmódicamente, como si quisiera hablar. De hecho, gimió en voz baja. Tembló. Tenía el brazo izquierdo sobre la frente, enmarcando su cabeza. Exhibiendo una axila cuyos pelos rubios oscuros brillaron a la luz de la

linterna, inspirando repugnancia al Francotirador. Sacó una jeringuilla del maletín. Un médico contratado por la Agencia la había preparado con Nembutal líquido. Aunque el Francotirador llevaba guantes, éstos eran de fino látex, como los que usaría un cirujano. Sin prisa alguna, el hombre dio vueltas alrededor de la cama, calculando el mejor ángulo de ataque. Debía ser un ataque rápido y certero, tal como le habían ordenado. Lo ideal habría sido sentarse a horcajadas sobre su objetivo, pero no podía arriesgarse a despertarla. Finalmente, se inclinó sobre el lado izquierdo de la mujer inconsciente y mientras ella respiraba hondo, levantando la caja torácica, le hundió la aguja de quince centímetros en el corazón.

La Hacienda. ¡En la oscura platea! Fue su momento más feliz. Reconoció el Teatro Egipcio de Grauman de su infancia. Aquellas tardes en las que madre trabajaba pero ella no se sentía sola porque podía ver el programa doble y memorizar todo lo posible para contárselo a madre, que se quedaba embelesada ante sus exaltados relatos sobre el Príncipe Encantado y la Bella Princesa y a veces le pedía que le contara más. En el cine no debía sentarse junto a hombres solos. Hombres solitarios. Así que esa tarde, sentada cerca de dos señoras con las bolsas de la compra, supo que estaría segura, ¡y fue tan feliz! Aunque la película terminó con la muerte de la Bella Princesa, su dorado cabello extendido sobre la almohada y el Príncipe Encantado afligido junto a ella, y cuando se encendieron las luces, las mujeres se enjugaban las lágrimas y ella se enjugó las suyas y se limpió la nariz con la mano, pese a que la cara muerta de la Bella Princesa empezaba a desvanecerse ya, una imagen en una pantalla con menos sustancia que el aleteo de un colibrí.

Salió del cine deprisa, antes de que alguien pudiera hablarle como hacían a veces, y fuera anochece, brillaban las luces de la calle y el día era sorprendentemente húmedo y fresco, porque llevaba prendas ligeras, las piernas desnudas y expuestas y una camiseta de algodón de manga corta, como si se hubiese vestido o la hubiesen vestido para otra estación. Empezó el camino a casa andando cerca del bordillo, como le había dicho madre. Había poco tráfico; un tranvía pasó ruidosamente a su lado,

pero dentro no parecía haber nadie. No podía perderse; conocía el camino. Sin embargo, al llegar junto al edificio de apartamentos de su madre vio que era LA HACIENDA y no el otro, y comprendió que se había confundido de época. Aquello no era La Mesa sino Highland Avenue; aunque era La Mesa, porque ahí estaba el edificio estucado de estilo colonial, con los postigos verdes que Gladys llamaba adefesios y con la herrumbrosa escalera de incendios que, según bromeaba Gladys, se derrumbaría bajo el peso de cualquiera que intentara escapar del fuego. El umbral de LA HACIENDA estaba cegadoramente iluminado como un plató de cine, pero alrededor de la entrada sólo había oscuridad, y de repente tuvo miedo.

Mantén la concentración, Norma Jeane // // // no te distraigas // // // el círculo de luz es tuyo // // // tú te encierras en ese círculo // // // lo llevas contigo adondequiera que vayas // // // Norma Jeane estaba en la escalera y Gladys salía a su encuentro, risueña y de buen humor. Tenía los labios pintados de rojo y una fragancia floral. Así que Gladys era más joven. Lo que fuese a suceder todavía no había sucedido. Gladys y Norma Jeane riendo como colegialas traviesas. ¡Tan alegres! ¡Tan emocionadas! Arriba, en el apartamento, había una sorpresa para Norma Jeane. Su corazón latía como un colibrí aprisionado en una mano y desesperado por escapar. Arriba, carteles de cine en las paredes de la cocina, Charlie Chaplin en *Candilejas*, mirándola fijamente. Hermosos y enternecedores ojos oscuros mirando a Norma Jeane. Pero la sorpresa de Gladys estaba en el dormitorio, así que Gladys tiró de la mano de Norma Jeane y la levantó en brazos para que viera el enmarcado retrato de un hombre apuesto que en ese momento parecía sonreírle a ella.

—¿Ves, Norma Jeane? Ese hombre es tu padre.



JOYCE CAROL OATES, nació en Lockport, Nueva York, en 1938. Es una de las grandes figuras de la literatura contemporánea estadounidense. Ha recibido, entre otros premios, el National Book Award, el PEN/Malamud Award y el Prix Fémina, y en 2009, la Medalla de Honor en Literatura del National Arts Club. Con la magistral *La hija del sepulturero*, Alfaguara inició en el 2008 la publicación de su obra. A ésta siguió *Mamá* (2009), *Infiel* (2010), para muchos la mejor recopilación de relato breve de Oates hasta la fecha y uno de los libros más destacados de 2001 según *The New York Times*, *Ave del paraíso* (2010), *Memorias de una viuda* (2011) y *Una hermosa doncella* (2011). En el cincuenta aniversario de la muerte de Marilyn Monroe, Alfaguara rescata *Blonde*, finalista del Pulitzer de 2001, una de las novelas más emblemáticas de la autora.

Notas

[1] Juego intraducible con el doble sentido de la palabra *blue* [azul y deprimido]: «No sabrás lo que es estar deprimido hasta que tu humor sea de color índigo». (*N. de la T.*) <<

[2] En el original «The Curse» (La maldición), eufemismo con el que antiguamente se aludía al período menstrual. (*N. de la T.*) <<

[3] Juego de palabras intraducible con *light*, «luz», y *lie*, «mentira». (*N. de la T.*) <<

[4] En castellano en el original. (*N de la T.*) <<